ALERRA

9891

3456 | 2
14 1728
05 x2
16 3456 1
0

94321 | 11
053 2 8474
082 x11
051 74
07

94321 | 2
14 47160
03 x2
12 84220
01

94321 | 11
053 8474
082 x
051
07 1

94328 | 2
14 47164
03 x2
12 94328
08
0

FONDO ANTIGUO

FONDO ANTIGUO

LA

TIERRA SANTA

Maria Elisa

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA.

R/ 45116

LA
TIERRA SANTA

SU HISTORIA,
SUS MONUMENTOS, SUS TRADICIONES, SUS RECUERDOS,
SU ESTADO ACTUAL

RELATO DE LOS MÁS ALTOS Y MARAVILLOSOS HECHOS
EN ELLA ACAECIDOS DESDE QUE LA CONQUISTARON LOS HIJOS DE ISRAEL HASTA EL TIEMPO
EN QUE CAYÓ BAJO EL YUGO MAHOMETANO

OBRA QUE EN VISTA DE LAS PRINCIPALES, ASÍ ANTIGUAS COMO MODERNAS,
SOBRE LA MATERIA PUBLICADAS, COMO SON LAS DE CASTILLO, DESHAYES, CHATEAUBRIAND,
GERAMB, LIEVIN, DAMAS, CASSINI, BOURASSÉ, MISLIN, SAULCY,
GUERIN, ETC., ETC.,

HA ESCRITO

D. Victor Gebhardt

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS, LÁMINAS EN ACERO Y MAPAS ILUMINADOS

MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA PUBLICA
LEON

TOMO I

BARCELONA
ESPASA Y COMPAÑÍA, EDITORES
223, CALLE DE LAS CORTES 223

Esta obra es propiedad de *Espasa y Compañía*, Editores. Queda hecho el depósito que previene la ley, y se reservan todos los derechos que la misma concede.

Introducción

Si tierra existe en el mundo que despierte en el ánimo íntimos y profundos sentimientos es seguramente y sin contradicción la de Palestina ó Judea; desde la más tierna infancia todas las generaciones han oído referir un día y otro día los portentosos hechos en ella sucedidos, y lejos de debilitarse al atravesar siglos y siglos, diríase que tales memorias se hacen aún más sagradas y augustas á proporción que van hundiéndose en los remotos y misteriosos confines de las edades. Ni Egipto, con su grandiosa civilización y con los interesantes problemas que para la historia plantea, ni la fastuosa Asiria, ni Grecia con el incomparable cortejo de sus glorias, ni la misma Roma, dominadora del mundo antiguo por la fuerza de sus instituciones y ejércitos y del mundo moderno por la cátedra de verdad allí erigida, llegan á ejercer en la fantasía y en el corazón imperio semejante al de la Tierra Santa. Así lo proclaman cuantos viajeros han tenido la buena suerte de hollar aquel terreno privilegiado entre todos.

«Yo que he corrido toda Europa, tanto que de Roma á Constantinopla y de Lisboa á San Petersburgo no hay un palmo de tierra que me sea extraño, cuando llego á la Tierra Santa paréceme que hasta entonces nada he visto, que de mi memoria, queda todo borrado para no ver, para no pensar sino en el desolado país que tengo delante.»

Así se expresa uno de aquellos autores, y á renglón seguido pregunta el por qué de aquella sensación singular, la causa de la preocupación que invade su mente siempre que de cerca ó de lejos, con los ojos del cuerpo ó con los ojos del alma contempla los tristes terruños de Israel.

Por la magnificencia y el brillo de sus ciudades no será, ni tampoco por su feracidad y esplendentes panoramas. Jerusalén, su capital, exceptuando la grandiosidad de sus regios palacios y sobre todo de su templo, considerado como una de las maravillas del mundo, nada ofrecía ni ofrece que merezca de tan particular manera la admiración

*

de los pueblos; la historia de la nación hebrea, dejando á un lado algunos períodos de gloria y prosperidad, es un continuo tejido de humillaciones y reveses, castigo de faltas y delitos juzgados ya en esta vida por la justicia divina. Jerusalén ha sido tomada y entrada á saco diez y siete veces; en su recinto han sido inmolados millones de hombres; no hay otra ciudad que haya experimentado igual suerte. En aquel país, constante presa del hierro y del fuego, los campos incultos han perdido la fecundidad que debían á los sudores del hombre; los manantiales han sido cegados por las peñas y tierras de lo alto desprendidas; las de los montes, dejando de ser contenidas por la industria de los viñadores, han sido arrastradas á los valles, y los collados, sombreados antes por bosquecillos de sicomoros, sólo presentan descarnadas y riscosas cumbres.

¿Por qué, pues, sobre aquella tierra, pobre y miserable hoy, se han fijado y se fijarán siempre las anhelantes miradas de la humanidad? ¿Por qué tan vivo y universal interés?—Porque en todos los acontecimientos, felices ó desgraciados, que componen la trama de su historia, se mira la intervención incesante y palpable de la Providencia; porque aquella tierra de Judea, por especial designio del Todopoderoso, fué elegida, en medio de la idolatría general que invadió al universo mundo, para ser puerto y refugio de la creencia en la unidad de Dios, creencia que á punto varias veces de ser sumergida y perecer, sobrenada y subsiste en medio de mil prevaricaciones y de continuas catástrofes; porque aquella tierra es el único punto del globo que en nada se parece á los demás, como que en ella se dan la mano lo pasado y lo presente para proclamar la misericordia de Dios y su justicia, como que en ella está escrita en sublimes caracteres la historia de la humanidad y nos explica lo que ha pasado desde que vino al mundo el primer hombre hasta llegar nosotros.

Todo en la historia de la Tierra Santa prepara y figura por anticipación el advenimiento del Mesías, y cuando al fin este Mesías, ardientemente suspirado por toda la antigüedad, viene al mundo, en Belén es donde nace y en Jerusalén donde espira. Así, después de ser la Judea cuna de la ley mosaica, la más perfecta de la antigüedad, fuélo de la religión cristiana, á la cual sirvió aquélla como de preludio, y á la que por su divino fundador ha sido prometida la inmortalidad. El templo de Jehová, centro religioso de la fé y nacionalidad judaica, llenado su destino, cayó en ruinas para no levantarse jamás, pero hasta la consumación de los siglos el Gólgota, el sepulcro de Jesucristo y cuantos lugares santificó el Salvador con su presencia terrena, serán objeto de veneración y amor para todos los pueblos cristianos. A aquellos augustos santuarios no cesaron de acudir desde el establecimiento del cristianismo innumerables peregrinos, deseosos de avivar en ellos su devoción y su fe, y para recobrarlos del poder de los infieles, Europa, en la época de las Cruzadas, se precipitó casi en peso á Oriente, constituyendo allí por más de un siglo un floreciente y cristiano reino.

Breve reseña histórica de lo sucedido en la augusta y excepcional tierra que vamos á recorrer es preparación indispensable para nuestro relato. Por suerte, si pintoresca es siempre la Judea, aun en su actual desolación, no es su variada historia menos interesante en medio de tremendos horrores.

Cuatrocientos y más años habían transcurrido desde la gran catástrofe del diluvio, y los pueblos, engolfados en vías de perdición, daban al olvido de cada vez más la verdadera idea de la divinidad; para conservarla pura, para que no pereciese entre los hombres la antigua creencia, así en la creación del universo como en la alta providencia que lo gobierna y dirige, eligió Dios al caldeo Abraham, rico en servidores y ganados y poderoso como un rey: mandóle para ello dejar su patria y establecerse en la tierra de Canaán con promesa de darla á sus descendientes que habían de ser tan numerosos como las estrellas del cielo y las arenas del mar. La vocación de Abraham es la base histórica de la Tierra Santa.

Abraham tuvo dos hijos: Ismael, tronco de la nación árabe, é Isaac, que fué padre de Jacob. Todos ellos vivieron en el país de Canaán, aunque como extranjeros y sin poseer en él un palmo de tierra.

Conocida es la historia de los doce hijos de Jacob, padres de las doce tribus, y en especial la del más interesante entre ellos, de José, que llevado á Egipto llegó á ocupar en aquella corte el primer puesto. El hambre conduce allí á Jacob y á su familia en número de setenta personas, y al amparo del poderoso José se establecen en aquella parte de Egipto, cuya capital era Tanis, en la que era conocida con el nombre de tierra de Gessen ó de Ramesés. Jacob vivió aún diez y siete años, y murió á los ciento cuarenta y siete bendiciendo á sus hijos. José hizo embalsamar su cuerpo según la usanza egipcia, y en seguida, fiel ejecutor del postrer encargo de su padre, fué con regio cortejo á darle sepultura con Abraham é Isaac en una gruta de Hebrón. De regreso á la tierra de Gessen la familia de Jacob tuvo gran crecimiento, y en cuatrocientos y treinta años llegó á ser un verdadero pueblo. Y tanto, que hubo soberanos que asustados de su gran número lo oprimieron y vejaron, reduciéndolo á triste esclavitud; pero cuanta mayor era la opresión más los israelitas aumentaban. Moisés, cuya dramática historia nadie ignora, los salva del vergonzoso cautiverio; movido por Dios puede al fin quebrantar la obstinada crueldad del Faraón, y por él guiados salen de Egipto los futuros conquistadores de la tierra de Canaán.

Poseíanla entonces los amorreos, los cananeos, los madianitas, los jebuseos, los filisteos y otros pueblos corrompidos, entre los que había hecho estragos la perversión de los entendimientos y de las costumbres, y después que los israelitas recibieron la ley en el Sinaí y peregrinaron cuarenta años por el desierto, ya muerto Moisés y acaudillados por su sucesor Josué, pasaron el río Jordán y penetraron en son de guerra por el país

objeto de su constante anhelo y de las divinas promesas. La plaza de Jericó cae en su poder, y portentosas victorias hacen suya la mayor parte del territorio, el cual fué repartido entre las doce tribus, hallando en él profundas huellas y grandes memorias del paso y de la estancia de sus mayores. Los vencidos moradores se refugiaron unos en las ciudades de la costa, emigraron otros á lejanas playas, y el gran suceso se sintió de rechazo hasta en las costas de Africa y España con la fundación de importantes colonias.

Una exacta designación de los límites de la conquistada tierra no ha sido hecha todavía por faltar para ello documentos positivos. En el libro del Éxodo dice el Señor á su pueblo: «Señalaré tus confines desde el mar Rojo al de los filisteos y desde el desierto (Arabia) hasta el Éufrates;» por la historia, empero, no sabemos que los judíos hayan estado en posesión constante de tal patrimonio. Es cierto que David se apoderó de Damasco, que Salomón fundó á Tadmor en el desierto y que Joroboam ensanchó las fronteras de Israel hasta Emath; mas por lo general los escritores todos, según aquella expresión del sagrado texto *a Dan usque Bersabe,* encierran las posesiones hebreas entre el gran Hermón y la comarca de Hebrón. Por ella penetraremos nosotros en Judea.

Murió Josué y el pueblo continuó su conquista gobernado por magistrados ó jueces hasta que en tiempo de Samuel ciñó á Saul la corona real; sucedióle David, vencedor de Goliat y de otros enemigos, conquistador de Sión, gran monarca, gran guerrero y gran profeta, padre de Salomón el sabio, el justo, el magnífico, cuya gloria llenó las regiones todas de Oriente. Entonces llegó á su apogeo el poderío y esplendor del reino judaico; pero á la muerte del rey que en sus postreros años manchó su clara fama con insignes torpezas, el orgullo de su hijo Roboam fué causa de que diez tribus se apartaran de su obediencia y de la de su Dios, elevándose desde aquel día el reino de Israel contra el reino de Judá; triunfaron en aquél la corrupción y la idolatría; la religión, aunque alguna vez oprimida, se conservó en el segundo. Horribles tragedias ensangrentaron los regios alcázares de uno y de otro, interrumpidas por el admirable reinado de Josafat en Judá, en el que florecieron la piedad, la justicia, la navegación y el arte militar. Sesostris primero, Salmanasar después, y el más terrible entre los conquistadores, Nabucodonosor, fueron los providenciales castigos reservados á tanta abominación: las diez tribus, transportadas á Nínive y dispersas entre los gentiles, se perdieron de manera que ni vestigio dejaron; Jerusalén fué entregada á las llamas, y del templo erigido por Salomón no quedó piedra sobre piedra. Esto sucedió 600 años antes de J. C., 477 después de David, habiendo reinado diez y siete soberanos. Entonces comenzaron para los judíos los setenta años de cautiverio en Babilonia hallándose entre los más ilustres cautivos los profetas Ezequiel y Daniel.

Ciro expugna á Babilonia, y dueño de todo el Oriente funda el imperio mayor que hubiese visto el mundo todavía seis siglos antes de Jesucristo. Uno de sus primeros

decretos fué dar libertad al pueblo judío, y Zorobadel, de la tribu de Judá y de regia estirpe, fué el afortunado caudillo que pudo guiarlo otra vez á la patria y echar los cimientos del segundo templo. Empieza aquel día una era de paz y bienestar: las ruinas son reparadas, reconstrúyense las ciudades, en las que reinan la abundancia y la alegría, y el pueblo, mediante un ligero tributo á los soberanos persas, que se constituyeron en protectores más bien que en tiranos, puede vivir según sus propias leyes. Por un momento, al palidecer y eclipsarse la estrella del imperio pérsico, puede tenerse la reproducción de las pasadas catástrofes; pero Alejandro, vencedor de Darío, que se había encaminado á Jerusalén respirando venganza por la fidelidad que al vencido conservaran los judíos, trocó su ira en admiración y respeto cuando vió adelantarse hacia él al sumo sacerdote precediendo á los sacrificadores y al pueblo entero con blancas vestiduras. Mostráronle los escritos de Daniel que profetizaban sus hazañas, y otorgó á los judíos paz y les conservó sus leyes.

Los Lágidas y los Seleucidas, sucesores de Alejandro, tratáronlos con gran consideración, llenaron con ellos sus ejércitos y ciudades más importantes; de aquel tiempo data su difusión por Egipto, Grecia y Siria, y el templo de Jerusalén fué enriquecido con las ofrendas de reyes y pueblos. Tres siglos duró tal reposo que no dejó, sin embargo, de ejercer funesta influencia en las costumbres nacionales tendiendo en muchos á amoldarse á las de los gentiles dominadores, hasta que Antíoco Epifanes, rey de Siria, concibió y realizó el designio de oprimir á aquel pueblo dividido. En su excursión á Judea entregóse á actos de inaudita crueldad y á los excesos más odiosos; su soberbia le impulsó á profanar el templo de Dios, respetado por sus antecesores, apropióse los tesoros que encerraba, y dió un edicto prescribiendo la adoración de las divinidades griegas. Contra tanta tiranía da el grito de resistencia el sacrificador Matatías; su hijo Judas Macabeo con un puñado de valientes hace frente á innumerables enemigos, y con legendarias hazañas los arrolla y vence. Murió Antíoco, pero en su triste y miserable fin nada aprendió su sucesor Demetrio, quien no cesó en la persecución y en la guerra movida contra el pueblo de Judea; también continuaron las victorias de Judas, y muerto éste de Jonatás y Simón, sus hermanos y sucesivamente sumos sacerdotes, cuyo esfuerzo restableció la antigua gloria de Israel. Aquellos ilustres guerreros vieron á los reyes de Siria y á cuantos pueblos acataban su ley conjurados contra ellos, y ¡cosa aun más deplorable! hubieron de combatir con muchos judíos que, calificando de temeraria su empresa, hacían armas contra la patria; su confianza en Dios hízolos invencibles, y los sirios, arrojados de la ciudadela que en Jerusalén ocupaban, acabaron por perder una á una todas sus plazas en Judea. Libres ya del extranjero yugo, los judíos confirieron á Simón el poder público con regia investidura y con el supremo sacerdocio para que lo ejerciera él y su posteridad hasta que se presentara un verdadero profeta.

**

Este fué el comienzo del reinado de los Asmoneos ó Macabeos; durante él los judíos se engrandecieron con importantes conquistas: sometieron el territorio de Samaria, domaron á idumeos, filisteos y ammonitas, sus constantes enemigos, y por un momento pudieron creer que habían vuelto para ellos los heróicos tiempos de David y Salomón. Poco duró tanta prosperidad; estallaron la discordia y la guerra entre Hircano y Aristóbulo, nietos de Simón, y ambos llamaron en su auxilio á la fuerza que era ya entonces omnipotente en las regiones orientales después de conquistar la supremacía de Occidente, á Roma, que acababa de vencer á Mitrídates con las armas de Pompeyo, y que de antiguo se mostrara propicia á los Macabeos en odio á los monarcas sirios. Las legiones romanas entran en Judea para no salir ya de sus fronteras, y al tiempo que Antíoco el Asiático perdía la corona de Siria, Aristóbulo, prisionero, era conducido á Roma para figurar en el triunfo de Pompeyo, é Hircano, privado de la real diadema y de gran parte de sus dominios, sólo conservó una sombra de autoridad que á poco, caído en poder de los partos, auxiliares de Antígono, hijo de Aristóbulo, pasó, por querer de los romanos, á Herodes el Idumeo ó el Grande, magnate de la corte de Hircano. Desde aquel día los romanos quedaron dueños absolutos de Judea, y sus moradores le pagaron tributo. Antígono, á quien la suerte de las armas hizo prisionero de Herodes, fué enviado al triunviro Antonio, y el último descendiente de los Macabeos, el rey de Jerusalén, fué atado á un poste, azotado y muerto por orden de un ciudadano romano.

Herodes, al quedar único dueño de Jerusalén, llenóla de soberbios monumentos de que tendremos ocasión de hablar á su tiempo. Bajo su reinado nació en Belén Nuestro Señor Jesucristo.

A la muerte de Herodes, sucedida en breve, repartióse el reino entre sus hijos Arquelao y otro Herodes, quedándose con la principal autoridad los romanos que la ejercieron por medio de presidentes. Con Agrippa, nieto de Herodes el Grande, acaban los reyes de Judea; acaecida que fué su muerte, fué declarado aquel territorio provincia romana.

Pero no lo llevaron con paciencia los judíos, y alzados en el año 71 de nuestra era, los montes en que está edificada Jerusalén presenciaron una de las más horrendas catástrofes que registra la historia. Tito, hijo de Vespasiano, entró á saco en la rebelada ciudad, presa de los horrores del hambre y de la anarquía, poseídos sus moradores de espantoso furor. Jerusalén y el templo fueron pasto de las llamas, y la Judea entera quedó anegada en sangre.

Otra vez se sublevaron los judíos, y el emperador Adriano consumó en Jerusalén la destrucción de cuanto dejaran en pié los soldados de Tito; sobre las ruinas de la ciudad de David fundó la que llamó Ælia Capitolina, y la permanencia en ella quedó prohibida á los judíos. Refiere Dion que en la guerra de Adriano quinientos ochenta y cinco mil

perecieron á filo de espada; una muchedumbre de esclavos, hombres y mujeres, fueron vendidos en los mercados de Gaza y Mambré, y quedaron arrasados cincuenta castillos y novecientos ochenta y cinco lugares.

Otras sublevaciones más ó menos importantes ocurrieron en Judea reinando los emperadores Antonino, Séptimo Severo y Caracalla, hasta que aquel país, hecho pagano en los postreros años de su existencia, hubo de postrarse al fin ante el Dios á quien vilipendiara y condenara al último suplicio. Constantino y su madre Helena derribaron los ídolos en él erigidos y consagraron los Santos Lugares con monumentos que aun subsisten.

En vano fué que treinta y siete años después reuniese Juliano á los judíos en Jerusalén para la reedificación del templo; cuentan las historias que los hombres trabajaban en la obra con picos y azadones de plata y que las mujeres se servían para trasladar la tierra hasta de sus más ricos mantos; el Señor confundió la temeraria empresa, y el nuevo templo no llegó siquiera á ver concluídos sus cimientos. En aquella época afligían al mundo grandes revoluciones é infortunios; el caduco imperio romano se desmoronaba al empuje de los bárbaros, y la sociedad antigua se acababa como acaba todo lo que en la tierra ha cumplido su destino; profundo malestar y honda tristeza se habían apoderado de los ánimos en medio de tantas calamidades y ruinas, y en la tierra de Judea se cifraban las esperanzas de aquellos que ya ninguna tenían en su patria. De ahí que en todo el Occidente aumentase más y más el entusiasmo y la devoción que la Tierra Santa inspiraba y que entonces tomaran gran boga los viajes y peregrinaciones al país de los grandes recuerdos y de los estupendos prodigios.

Cosroes, rey de los persas, invadió la Palestina en el año 613 de J. C.; los judíos que vivían dispersos en aquel territorio adquirieron del vencedor noventa mil cautivos cristianos, y les dieron muerte. El emperador Heraclio salió al encuentro de Cosroes algunos años después, le derrotó y reconquistó el leño de la cruz de que los persas se apoderaran.

Transcurridos nueve años, las huestes del califa Omar, tercer sucesor de Mahoma, penetraron en Palestina y pusieron cerco á Jerusalén. Creen los musulmanes que Mahoma honró con su presencia la ciudad de David y Salomón, que de ella partió para ascender al cielo en su nocturno viaje, y por esto la consideran como casa de Dios y ciudad santa. Inútilmente opusieron los moradores tenaz resistencia esperando socorro de Heraclio; el emperador de Bizancio no se atrevió á cosa alguna para salvar á Jerusalén, y á los cuatro meses recibió Omar las llaves y la sumisión de la ciudad conquistada. Una soberbia mezquita que el viajero de este siglo admira todavía, fué levantada por el califa en el mismo lugar que ocupara el templo de Salomón, y dice la historia, al mencionar el duelo en que quedó sumida la Judea entera, que el patriarca Sofronio, no pudiendo resistir aquellas profanaciones, espiró de dolor.

Omar fué asesinado en Jerusalén corriendo el año 643; el establecimiento de diferentes califatos en Arabia y Siria, la caída de la dinastía de los Ommíadas y la elevación de los Abasidas llenaron la Palestina de turbulencias y desgracias por espacio de más de doscientos años, interrumpidos por algunos de tranquilidad y sosiego durante el reinado de Aarón-el-Rechid, el más ilustre entre los califas de la dinastía de Abbas. En aquel entonces la fama de Carlomagno se había extendido hasta el Asia; los dos príncipes más poderosos de su siglo manifestáronse su estimación mutua con repetidas embajadas y presentes, y fueron uno de ellos, por parte de Aarón, las llaves del Santo Sepulcro y de la ciudad santa.

Cuando el colosal imperio de los Abasidas se hundió entre la corrupción y el desorden, el turco Ahmed, que de gobernador de Egipto se convirtió en su soberano, conquistó la Palestina en el año 868. Un siglo después, los Fatimitas, procedentes de los arenales de Cirene, arrojaron de Palestina á los turcos, y su tercer califa, por nombre Hakem, hizo famoso su reinado por sus actos de crueldad y soberbia; quiso que le erigieran altares y que sus súbditos le invocaran como señor de vivos y muertos, y las calamidades y horrores que esto atrajo sobre la Palestina fueron como la primera señal de guerra para el afligido Occidente.

Otra vez invaden los turcos la Judea, y el negro pendón de los Abasidas ondeó en los muros de Jerusalén. Los vencedores no perdonaron á los cristianos ni á los sectarios de Alí, tenidos por el califa de Bagdad como enemigos de Dios; la guarnición egipcia fué pasada á filo de espada; iglesias y mezquitas fueron pasto de las llamas, y la Palestina quedó anegada en sangre de cristianos y sarracenos. Vengáronla en el año 1076 los Fatimitas, y éstos reinaban todavía cuando los Cruzados se presentaron en las fronteras de Judea. En aquella epopeya, para siempre memorable, ocupan el principal lugar Godofredo de Bouillon, duque de Lorena; sus hermanos Balduino y Eustaquio; Hugo, conde de Vermandois; hermano de Felipe I de Francia; Roberto, duque de Normandía, hijo primogénito de Guillermo el Conquistador; otro Roberto, conde de Flandes; Esteban, conde de Blois; Bohemundo; príncipe de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo; Tancredo, Ramón, conde de Tolosa; Guillermo, señor de Montpeller; Gerardo, conde del Rosellón; Roger, conde de Foix; Gastón, vizconde de Bearne; Guillermo de Urgel, y otros renombrados guerreros. Pedro el Ermitaño marchaba á su cabeza llevando en la mano el bordón de peregrino; Ademaro de Montreil, obispo de Puy y legado apostólico, era como el jefe espiritual de la cruzada. La hueste cristiana comenzó por apoderarse de Rama, entró luego en Emaus, mientras Tancredo se apoderaba de Belén, y puesto cerco á Jerusalén, después de reñidos asaltos y de un postrer combate que tendremos ocasión de relatar á su tiempo, la bandera de la cruz tremoló en sus muros el día 15 de julio del año 1099, que caía en viernes, á las tres de la tarde.

Diez días después de la victoria trataron los cruzados de levantar el caído trono de David y Salomón, sentando en él á un caudillo que supiese mantener la conquista que acababan de realizar á costa de raudales de sangre, y decidieron que procediese á la elección un consejo constituído por los diez varones más notables del clero y del ejército. Prescribiéronse rogativas, ayunos y limosnas para alcanzar la inspiración de lo alto, y los electores juraron, en presencia de la hueste, no atender á intereses ni afecto particular alguno para no dar el voto sino á la virtud y al saber. Aquellos varones, cuyo nombre no ha conservado la historia, trataron con gran ahinco de inquirir la opinión del ejército sobre cada uno de sus capitanes, y cuenta Guillermo de Tiro que llegaron á interrogar á los familiares y servidores de todos ellos; por fin proclamaron el nombre de Godofredo con universal aplauso. Conducido en triunfo á la iglesia del Santo Sepulcro, el duque de Lorena prestó juramento de no faltar jamás á las leyes del honor y la justicia, y al serle ofrecida la regia diadema la rehusó, diciendo que no quería llevar corona de oro allí donde Jesucristo, hijo de Dios y rey de reyes, la había llevado de espinas, contentándose con el modesto título de defensor y barón del Santo Sepulcro.

Naplusa abrió sus puertas; el ejército del sultán de Egipto fué derrotado en Ascalón, y sucesivas victorias constituyeron el reino cristiano de Jerusalén, que de oriente á poniente se extendía desde el Mediterráneo hasta el desierto de Arabia, y de norte á mediodía desde el fuerte de Darum hasta el río que corre entre Berith y Biblos. Comprendía, pues, las tres Palestinas, teniendo por capitales Jerusalén, Cesarea y Nazareth, y además todo el país de los filisteos, la Fenicia y parte de la Arabia. Además de los dominios del rey, como eran Jerusalén, Naplusa, Acre, Tiro y sus dependencias, contábanse en el reino cuatro grandes baronías: formaban la primera los condados de Jaffa y Ascalón, con los señoríos de Rama, Mirabel é Ibelín; la segunda, el principado de Galilea; la tercera, los señoríos de Sidón, Cesarea y Bethsan, y finalmente la cuarta, los señoríos de Kerak, Montreal y Hebrón. El condado de Trípoli constituía un principado dependiente, pero separado, del reino de Jerusalén.

Uno de los primeros cuidados del rey fué dotar á su pueblo de las necesarias leyes: un consejo de *prohombres* recibió el encargo de recopilar las principales de los distintos reinos de donde los cruzados procedían y de formar con ellas un código, según el cual fuesen juzgados los asuntos civiles y criminales. A los naturales del país se les consintió la conservación de su fuero. Las crónicas de aquel tiempo afirman contestes, al hablar del estado de aquella desdichada tierra bajo el dominio de sus nuevos señores, que á pesar de los gastos y pérdidas que resultaban de guerras casi continuas, los tributos eran moderados, reinaba en el país la abundancia, aumentaba la población, y los caudillos hallaban en sus feudos compensación de los bienes que dejaran en Europa.

Muerto Godofredo le sucedió su hermano Balduino, conde que era de Edesa; éste

***

espiró en medio de sus victorias, y en el año 1118 dejó el reino á su sobrino Balduino del Burgo. Entonces llegó á su apogeo el poderío de los conquistadores occidentales en Oriente, y de aquella fecha data la fundación de las dos famosas órdenes militares del Hospital y del Temple. Melisenda, hija primogénita de Balduino II, llevó la corona de Jerusalén á la casa de Anjou por su enlace con Fulco de este apellido, y tuvo por sucesor á su hijo Balduino III, reinando el cual se verificó la tercera cruzada predicada por san Bernardo y acaudillada por Luís VII de Francia y el emperador Conrado. A Balduino III sucedió su hermano Amaury; á éste su hijo Balduino IV, y por su muerte, acaecida en el año 1184, ciñó la corona el niño Balduino V. El segundo marido de su madre Sibila, por nombre Guido de Lusiñan, fué su sucesor, y adversa para él la suerte de las armas, cayó prisionero de los sarracenos en la funesta jornada de Tiberíades.

En efecto, Saladino, cuya fama llenaba ya el Oriente y el Occidente, había dejado el Egipto para invadir la Palestina, y derrotado que hubo á la hueste cristiana y conquistado las plazas marítimas, puso sitio á Jerusalén y la tomó en el año 1187. Cada varon hubo de pagar por su rescate diez besantes de oro, y catorce mil habitantes quedaron cautivos á falta de esta suma. Felipe Augusto de Francia y Ricardo de Inglaterra llegaron harto tarde para salvar la ciudad santa, pero se apoderaron de Acre ó Tolemaida en el año de 1191.

En el de 1192, por un convenio entre Ricardo y Saladino, firmado además por todos los príncipes cristianos y musulmanes de Siria, se estipuló que Jerusalén quedaría abierta á la devoción de los cristianos y que éstos poseerían la costa desde Jaffa hasta Tiro. A Guido de Lusiñan le fué dada la corona de Chipre.

Corriendo el año 1242, el emir de Damasco Saleh-Ismael, en guerra con Nedjmedin, sultán de Egipto, se apoderó de Jerusalén, y por medio de tratado la puso en poder de los príncipes latinos. El sultán envió á los Karismios, hordas procedentes del Asia central cuyo auxilio reclamara, contra la capital de Judea, y entrándola por fuerza de armas pasaron á cuchillo á todos sus moradores; en el siguiente año la saquearon de nuevo antes de hacer de ella entrega al sultán Saleh- Ayub, sucesor de Nedjmedin.

Mientras tales sucesos ocurrían, la corona de este reino, casi del todo perdido, pasó de Isabel, hija de Balduino IV, á su esposo Enrique, conde de Champaña, y de éste á Amaury, hermano de Lusiñan. Amaury casó en cuartas nupcias con la misma Isabel, y una hija de ésta y de su primer marido Conrado de Monferrato, por nombre María, heredó el combatido reino. Casada con Juan de Brienne tuvo por hija á Yolante, esposa del emperador Federico II, y cuando éste llegó á Tiro celebró paces con el sultán de Egipto pactando que Jerusalén sería propiedad común de cristianos y musulmanes. En virtud de este tratado Federico II entró en Jerusalén, y después de colocar en su frente la corona

que tomó del altar del Santo Sepulcro, emprendió su regreso á Europa, sin que los sarracenos se considerasen ligados por lo pactado, ya que veinte años después, en 1242, vemos á Nedjmedin entrar á saco en Jerusalén, conforme llevamos dicho. San Luís llegó á Oriente siete años después de esta última catástrofe, y prisionero en Egipto, vió inmolar á su vista á los postreros descendientes del gran Saladino.

Soberanos de Egipto los mamelucos Baharitas, el famoso sultán Bibars, aun oponiéndose á las incesantes invasiones de las hordas de los mongoles, combatió igualmente los postreros restos de la dominación latina en Siria. Apoderóse de Cesárea y Arsuf (1265), de Safed y Jaffa (1266) y de Antioquía dos años después. No se pasaba uno sin que en persona saliese á campaña, y su nombre está inscrito aún en gran número de torres y fortalezas. El territorio cristiano quedó reducido á algunos pueblos del litoral, hasta que, perdido que hubieron los latinos las ciudades de Tiro y San Juan de Acre (1291), quedaron expulsados por completo de la Tierra Santa, donde se habían mantenido ciento noventa y dos años, habiendo reinado ochenta y ocho en Jerusalén. El vano título de aquella soberanía fué transferido á la casa de Sicilia por Carlos, conde de Provenza y de Anjou, quien reunió en su persona los derechos del rey de Chipre y de la princesa María, hija de Federico, príncipe de Antioquía.

Los sultanes Baharitas estuvieron en posesión de la conquistada Tierra Santa hasta el año 1382, en que los mamelucos circasianos usurparon en Egipto la suprema autoridad y dieron nueva forma al gobierno de Palestina. Selím I puso término en 1517 á tantas revoluciones apoderándose de Egipto y de Siria é incorporándolos al imperio turco, y desde entonces la Palestina estuvo bajo el dominio de los sultanes de Constantinopla.

Napoleón I, vencedor en Egipto, se apoderó de Jaffa en el año de 1799 y puso sitio á San Juan de Acre; dió á los turcos la batalla del Monte Tabor en la llanura de Jizreel, y avanzó hasta Safed y Nazareth para emprender luego definitiva retirada.

En el año de 1831, Mehemet-Alí, bajá de Egipto, al alzarse contra Turquía, llevó sus armas á Siria, donde su hijo adoptivo Ibrahim consiguió señaladas victorias. Su riguroso gobierno promovió tres años después una insurrección en Palestina que, si bien reprimida, contribuyó á que por intervención de Austria é Inglaterra volviese Siria en el año de 1840 á poder de Abdul-Medjid, sultán de Constantinopla.

Desde entonces los turcos han gobernado y gobiernan la Tierra Santa, no faltando mencionar, como último episodio de esta somera historia, sino la insurrección del año de 1860, en la que, por instigación ó en connivencia con agentes turcos, asesinaron los drusos á gran número de cristianos en el Líbano y en Damasco. Un ejército francés ocupó por algún tiempo los distritos sublevados, y desde tales sucesos ha de ser cristiano el bajá gobernador del Líbano.

Esta es la tierra que vamos á recorrer en diversos sentidos y á poner, por decirlo así,

á la vista de nuestros lectores, deteniéndonos en todos aquellos sitios en que ha ocurrido alguno de los sucesos que brevemente hemos relatado.

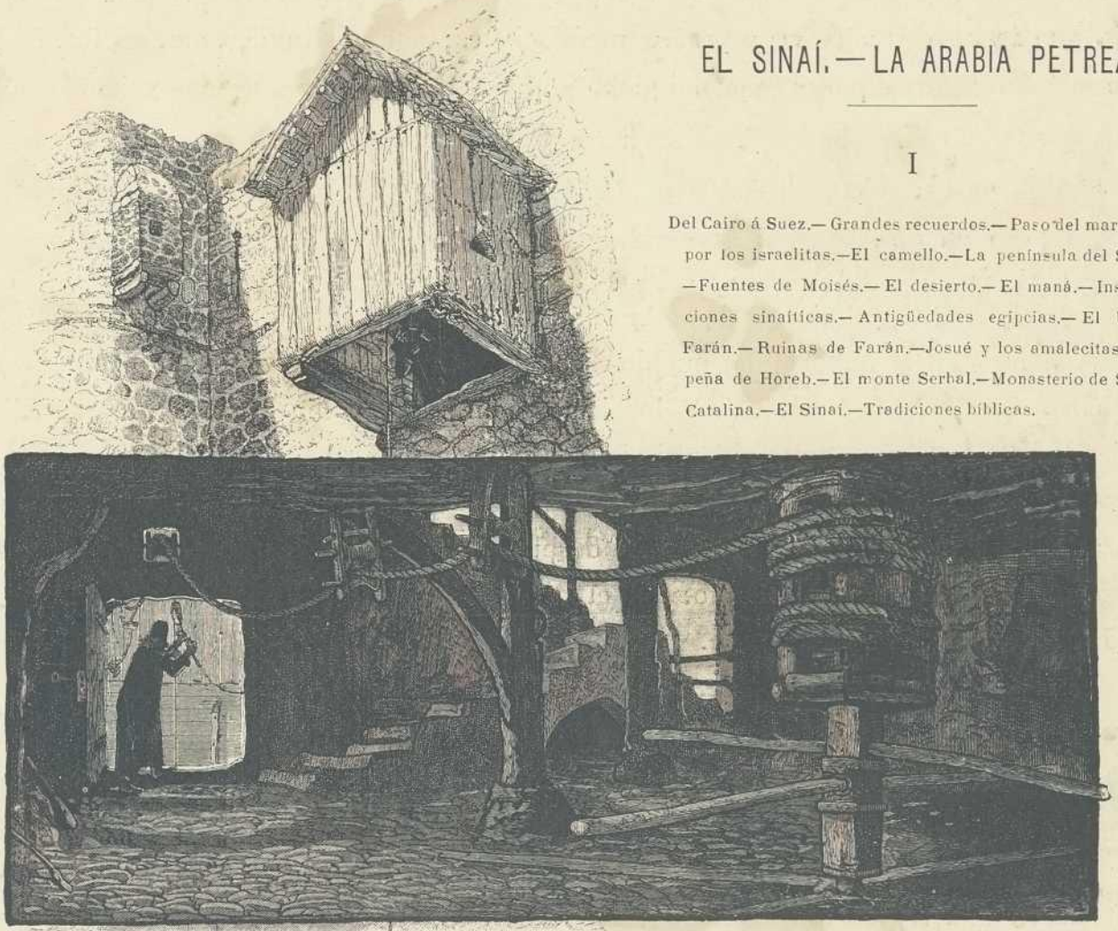
A ella, á causa principalmente de los santuarios que encierra, no han dejado nunca en todo este tiempo de acudir frecuentes y piadosas peregrinaciones del universo cristiano; y aun hoy, á pesar de la indiferencia religiosa que fatalmente invade á Europa, no hay gobierno que no cuide y atienda á lo que allí sucede. En la Tierra Santa está fija la atención de Rusia, patrocinadora del cisma, de Inglaterra y Alemania, que representan la herejía, y de España, Austria, Francia é Italia, protectoras de los intereses católicos; su estudio y su conocimiento es, pues, para los cristianos casi tan necesario como el estudio y el conocimiento de la tierra patria.

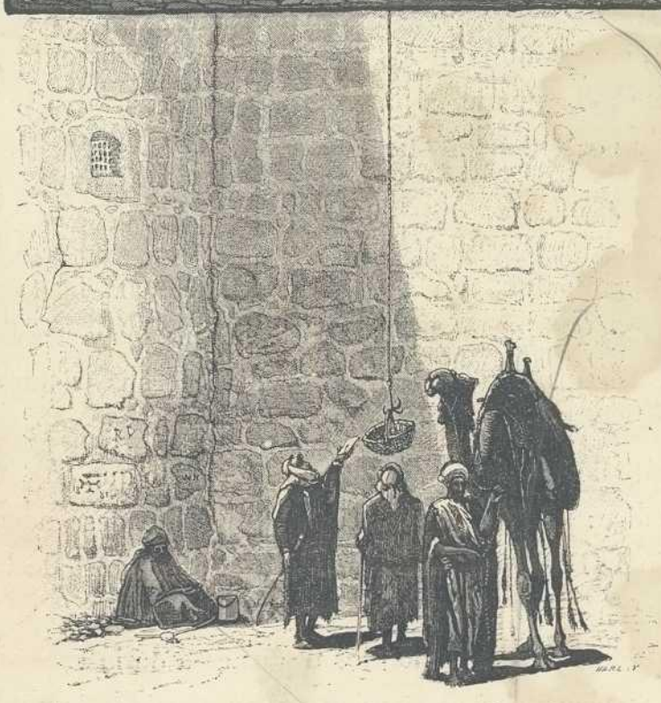
LA
TIERRA SANTA

EL SINAÍ.—LA ARABIA PETREA

I

Del Cairo á Suez.—Grandes recuerdos.—Paso del mar Rojo por los israelitas.—El camello.—La península del Sinaí.—Fuentes de Moisés.—El desierto.—El maná.—Inscripciones sinaíticas.—Antigüedades egipcias.—El Uadi-Farán.—Ruinas de Farán.—Josué y los amalecitas.—La peña de Horeb.—El monte Serbal.—Monasterio de Santa Catalina.—El Sinaí.—Tradiciones bíblicas.





CARTA PIDIENDO HOSPITALIDAD EN EL MONASTERIO DE SANTA CATALINA

El monte Sinaí, para el viajero cristiano, es el mismo trono de Dios; desde su cumbre dictó el Señor su voluntad al pueblo escogido, y allí comenzó la era llamada de la ley escrita para distinguirla de la precedente ó sea de la ley natural, en que los hombres, para gobernarse, sólo tenían su propia razón y las tradiciones de sus antepasados, cosas ambas tan fáciles de pervertirse y alterarse. Para los cristianos, pues, la peregrinación al Sinaí es el más bello

y más adecuado principio de un viaje á Tierra Santa. Y aun en los hombres descreídos ha de despertar el Sinaí vivísimo interés, ya que alzándose en el centro de las tres partes del mundo más considerables domina, por decirlo así, el teatro de la historia de la humanidad. A los ojos de la fe es el Sinaí una montaña santa que será devotamente visitada hasta la consumación de los tiempos; para el filósofo y el hombre pensador es un sitio que inspira graves y profundas meditaciones; para el indiferente, en fin, es una de las comarcas más pintorescas del globo y más dignas de ser conocidas y admiradas.

Como la tierra de Canaán, fecunda en prodigios, las riberas del mar Rojo, los montes del Sinaí, los desiertos de la Arabia Petrea fueron teatro de los más memorables acaecimientos de la historia del pueblo escogido, y transcurridos que son más de treinta y cuatro siglos vamos á conducir á los lectores en pos, digámoslo así, de los israelitas, saliendo de Egipto para emprender el viaje del Sinaí y la Arabia Petrea.

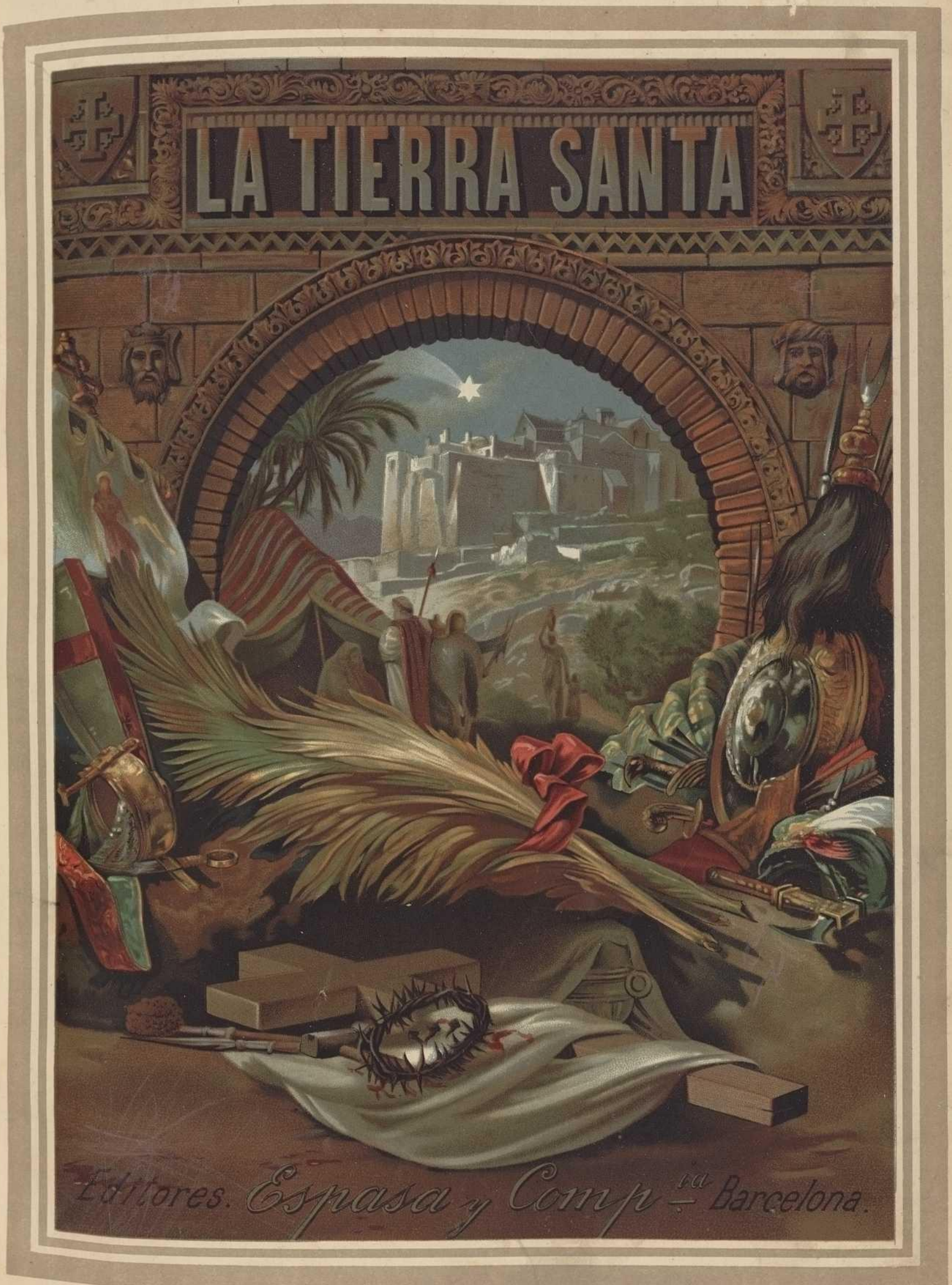
Hace pocos años este viaje, con sus fatigas y variados percances, comenzaba en el Cairo; allí se tomaban los camellos, y después de tres largas y mortales jornadas se llegaba á las fronteras de Egipto. En el día, el camino de hierro de Suez allana al viajero este primer inconveniente.

El aspecto del país hasta Suez es por demás triste y monótono; los frescos oasis, las caravanas de beduinos, los campamentos y rebaños que dan alguna animación y vida á otros desiertos, buscaríanse en vano en aquellas inmensas planicies donde torrentes de fuego en la atmósfera y la reverberación del suelo forman como incandescente horno en que todo aparece seco y calcinado. Pero si árida la tierra, no puede quedarlo la fantasía en una región que bien merece el nombre de camino real de la gloria y de los grandes hombres. En aquel desierto, confinante con las montañas de Moab, en aquel paso del Africa al Asia represéntanse á la mente las admirables emigraciones de los reyes y pueblos de remotos tiempos, y por él parece que se ven desfilar los héroes todos de la antigüedad sagrada y profana.

En la aurora de las edades, Abraham, padre de los creyentes, llamado por Dios, vino del interior de la Mesopotamia á plantar su tienda en tierra de Canaán, hasta que hostigado por la plaga del hambre abandonó el valle de Mambré y sus prados y seculares encinas para encaminarse á Egipto, acompañado de Sara y seguido de sus pastores y ganados.

Tiempo después llega Jacob, padre de las tribus de Israel. Ha sabido que José vive aún y que era en Egipto poderoso, y dice: «Iré y veré á mi hijo antes de descender al sepulcro.» Y llega, en efecto, y el hijo de Raquel sale á recibirle, y el anciano se deshace en lágrimas de gozo al ver al hijo á quien creyó pasto de las fieras.

Después, cuando para los hijos de Israel han pasado los tristes días de la esclavitud y vencido el Faraón por las famosas plagas ha consentido en su partida, la nume–


LA TIERRA SANTA
Editores. Espasa y Comp.ª Barcelona.

Hay una bandera nacional roja y
gualda. En el centro de el [illegible]
el cuadro nacional [illegible]
SUB [illegible] con su [illegible]
mad su [illegible]
Mas La bandera nacional [illegible]
representa a España entera que
da patria y por eso la saludamos
os con todo el amor y entusiasmo
que sentimos por la patria mina
En sitio tan bien

Candido Maria Jesus Maria Elisa
Daniel Elisa Lauriano
Juanillo Mari Bego Merche
Julema Paco Juan Francisco
Mari Jose Maria Pilar Federico
Asun Carmen Tere, Mari Carmen

rosa posteridad de los doce patriarcas atraviesa aquella región para encaminarse á la Tierra prometida. Una nube misteriosa la precede; de día le da sombra y de noche la alumbra.

A esas pacíficas caravanas sucede gran estrépito de armas y caballos.

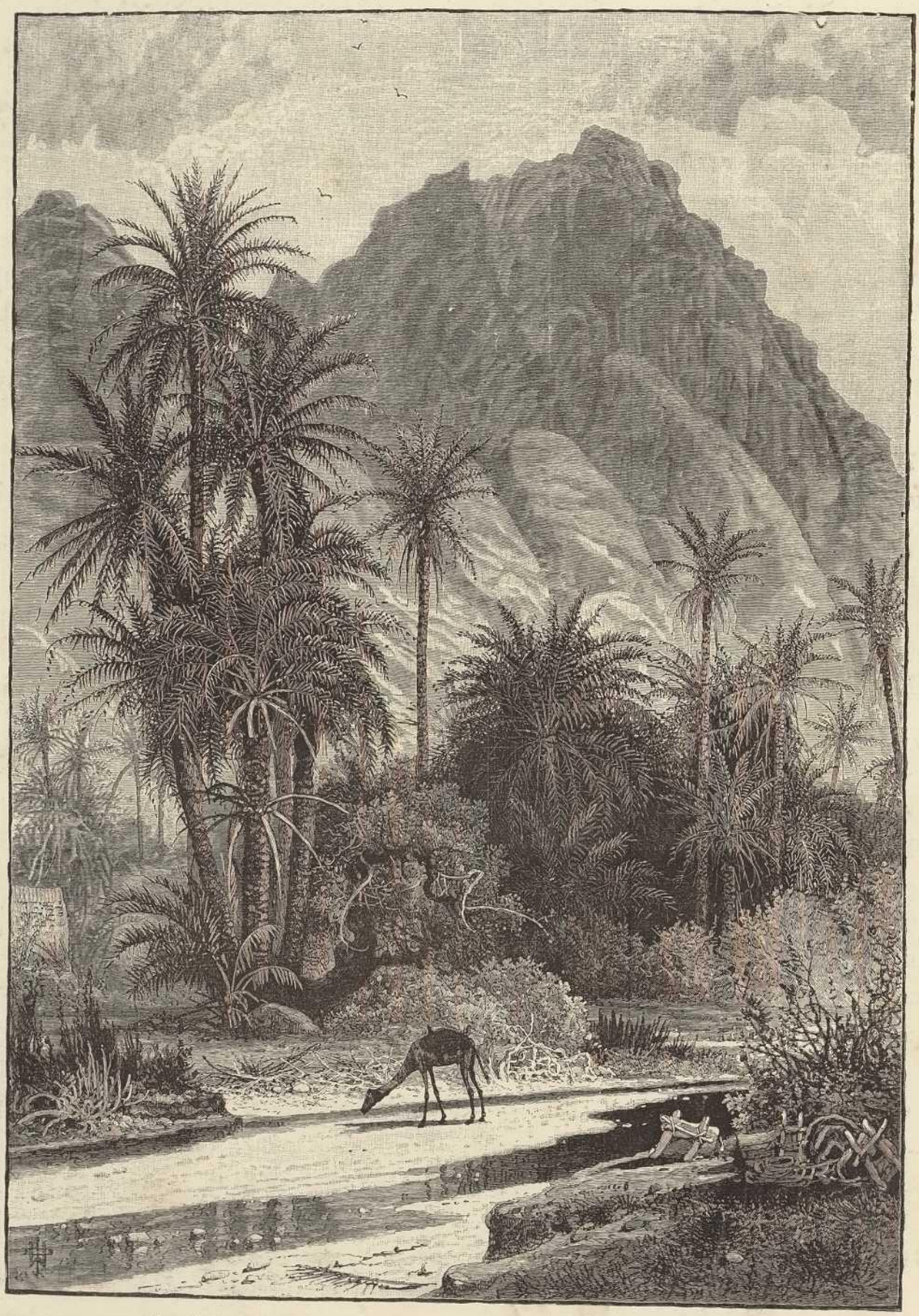
Sesostris, el Sesac de la Sagrada Escritura, regresa vencedor de su expedición contra Jerusalén. Sesenta mil caballos y cuatrocientos mil infantes le acompañan, y detrás de él mil y doscientos carros llevan los tesoros que acumulara el poderío de Salomón.

En pos de Sesostris acude el recuerdo de Nabucodonosor. «Habló el Señor, exclama Jeremías, y dijo: —Objeto de mi cólera van á ser Egipto, sus ídolos y sus reyes, y los pondré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia. — Disponed, oh doncellas egipcias, lo que habrá de serviros en vuestro cautiverio, pues Memfis va á convertirse en un desierto.» Y así fué: Nabucodonosor vence á Necchao en las márgenes del Eufrates y avanza contra Pelusa.

Maian-Musa ó fuente de Moisés en el Sinaí

Cambises, asesino de su hermano, incestuoso amante de sus dos hermanas y matador de una de ellas; Cambises, que cifraba su orgullo en ultrajar á Dios y á sus sacerdotes, fué guiado á ese desierto por un griego

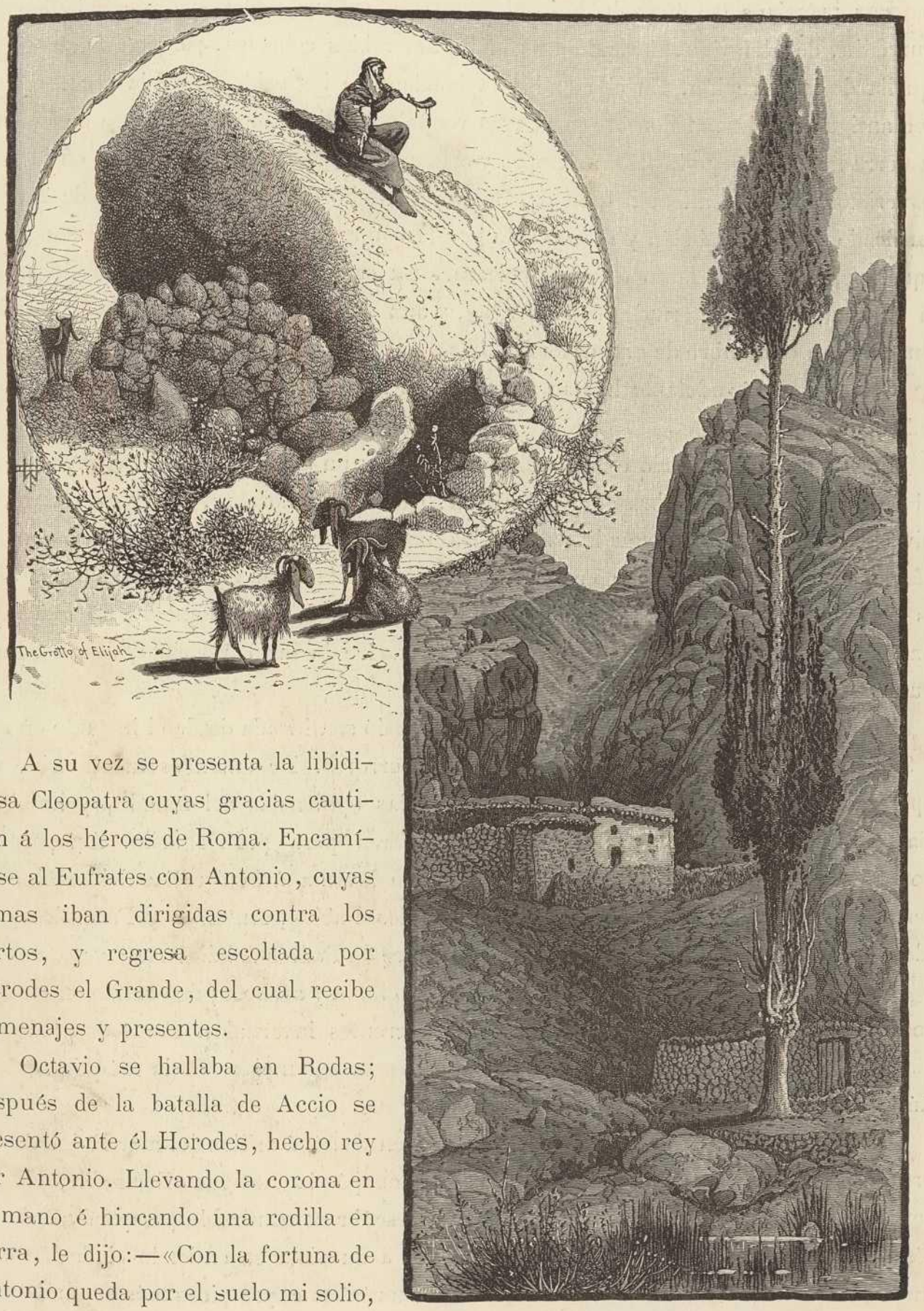
de Halicarnaso llamado Phanés. Por ello le recompensó haciendo que dieran muerte á un hijo suyo en presencia del padre.



Uadi Farán con sus palmeras, sus tamarindos, sus acacias y sus corrientes de agua

El mundo enmudece, según expresión del sagrado texto: ¡paso á Alejandro Magno! Después de expugnar la ciudad de Gaza, llega en siete días á Pelusa; encuentra allí

numerosa armada con víveres y pertrechos; funda casi sin detenerse á Alejandría, y se dirige al templo de Ammón para proclamarse hijo de Júpiter.



Capilla y gruta de Elías, en el Djebel-Musa

A su vez se presenta la libidinosa Cleopatra cuyas gracias cautivan á los héroes de Roma. Encamínase al Eufrates con Antonio, cuyas armas iban dirigidas contra los partos, y regresa escoltada por Herodes el Grande, del cual recibe homenajes y presentes.

Octavio se hallaba en Rodas; después de la batalla de Accio se presentó ante él Herodes, hecho rey por Antonio. Llevando la corona en la mano é hincando una rodilla en tierra, le dijo:—«Con la fortuna de Antonio queda por el suelo mi solio, y sin más fiador que mi virtud aquí estoy, en presencia de su rival, para rogarle que atienda, no á quien he servido, sino á la fidelidad conque lo he hecho.»—Octavio ciñó á Herodes otra vez la corona, y

merced al rey de Judea las legiones romanas en su marcha por el desierto tuvieron agua y hasta vino en abundancia.

Los príncipes del Bajo Imperio, los lugartenientes de Mahoma, de Saladino, de Nureddin, de Kelavian, llevando tras sí innumerables cohortes, pasaron también por aquella desierta región. En ella ondeó la bondera de los soldados de la cruz. «Aquí, dice antigua crónica, el hombre por cuyas venas corría la más noble sangre de Lorena, su tierra natal, el rey victorioso siempre y colmado de gloria, inquebrantable en la fe de Jesucristo, el fuerte atleta del Señor, Balduino, rindió el alma al regresar de Egipto, purificado por la confesión y robustecido por la comunión del cuerpo y de la sangre de Aquél por quien con tanto esfuerzo peleara.» Su cadáver fué llevado á Jerusalén; pero en la arena fueron enterradas sus entrañas, y aun muchos años después era aquel sitio conocido con el nombre de *arenas de Balduino*.

Seis siglos más adelante habían de pisar aquel suelo los soldados franceses acaudillados por Bonaparte.

Pero queden á un lado esos heróicos recuerdos; un día, expuesta á los rayos de un sol de fuego y al soplo abrasador del simun, padeciendo hambre, sed y toda clase de privaciones, caminó por aquellas soledades una mujer, casi una niña, llevando un infante en brazos. El infante era Dios, y la mujer la divina Madre de Jesús. José les acompaña. Jesús había descendido entre los hombres; los hombres no quisieron conocerle, y huía de la cólera de Herodes. Su madre lo llevó á Egipto, donde estuvo oculto por espacio de siete años.

Tu soledad, oh tierra bendita del desierto, quedó santificada desde el instante en que el Salvador del mundo quiso pasar por tus horrores. De entonces tu silencio, tus asperezas fueron preferidas á la algazara y á las opulencias del mundo, y hombres criados entre púrpura dejaron los regios alcázares para pedirle asilo. Así parecen proclamarlo las breñas del monte Colzim que se levanta á la derecha del camino de hierro, como repiten sus ecos los nombres de los Pablos, Antonios y Pacomios y de todos los ilustres solitarios conocidos con el nombre de Padres del desierto.

La locomotora arrastra al tren por un terreno llano y arenoso; de cuando en cuando profundos barrancos indican la fuerza de los torrentes invernales. Por todos lados la esterilidad; la naturaleza parece muerta, y los secos estampidos de la máquina hacen aún más formidable el pavoroso silencio del desierto.

El tren llega á Djebel-Attaka, y se detiene en Suez, á orillas del mar Rojo. Aquel cerro señala, según tradición, el sitio que ocupó la antigua Beelsefón, ciudad mencionada en el Pentateuco, y desde su cima descúbrese admirable perspectiva. A los piés del viajero mueren las olas del mar Rojo; á su vista se extiende el desierto de Arabia, limitado por una cordillera de altísimas montañas cuyos picos más encumbrados son el Serbal, el Djebel-Musa y el monte de Santa Catalina; á mediodía se prolonga el golfo en el cual se reflejan las calcinadas peñas de Egipto, y ábrese al norte ancho valle, de terreno húmedo y arenoso, ocupado antes por el mar, cuyas olas lo invaden aún al

ser empujadas por fuertes vientos del sur. Aquellas aguas aparecen teñidas de rojo en las raras ocasiones en que flotan en ellas enjambres de seres microscópicos de color purpurino, y este fenómeno que los naturalistas han observado en cuantos mares sufren los rayos de un sol abrasador, sin duda que los antiguos lo habían apreciado únicamente en el que baña las costas de Egipto y de Arabia.

El punto preciso en que pasaron el mar Rojo los hebreos no se sabe con certeza, antes bien las opiniones varían según se hace partir á los israelitas de Memfis, de las cercanías de Heliópolis, de Ramsés ó de Tanis, y también según la mayor ó menor extensión que se señala hacia el norte, en la época del Éxodo, al antiguo golfo Heroopolita ó, en otros términos, al brazo occidental del mar Rojo. El milagroso paso sucedió así:

Quebrantado el duro corazón del monarca egipcio por las diez plagas enviadas por Dios, había consentido al fin en dar libertad al esclavizado pueblo hebreo y permitió que saliera de Egipto. Seiscientos mil hombres en estado de guerrear y gran muchedumbre de ancianos, mujeres y niños, con numerosos ganados y llevando los venerados restos del patriarca José, emprendieron la marcha acaudillados por Moisés, y acamparon, según el sagrado texto, entre Magdol, Phihahiroth y el mar, enfrente de Beelsefón. Pero la soberbia del rey y de sus cortesanos no pudo avenirse con la humillación sufrida, y volviendo sobre su acuerdo, reunió el Faraón poderoso ejército de doscientos mil infantes, cincuenta mil jinetes y seiscientos carros, y salió atropelladamente al alcance de los fugitivos para reducirlos de nuevo al yugo ó combatirlos.

El guerrero estruendo de la hueste llegó á oídos de los hebreos, y la turba, poseída de pavor al verse encerrada entre el mar y sus perseguidores y tornadiza é ingrata como siempre, prorumpió en imprecaciones contra Moisés.—«¿Por qué nos sacaste de Egipto? ¿Acaso nos había de faltar en su suelo sepultura para que hayamos venido á buscarla aquí entre el horror del desierto?—Nada temáis, respondióles el inspirado caudillo; estad firmes, y considerad las maravillas que el Señor realizará hoy en beneficio vuestro. A los egipcios que estáis mirando allá á lo lejos, nunca jamás los volveréis á ver. Del Señor será toda la obra, y Él peleará por vosotros.»

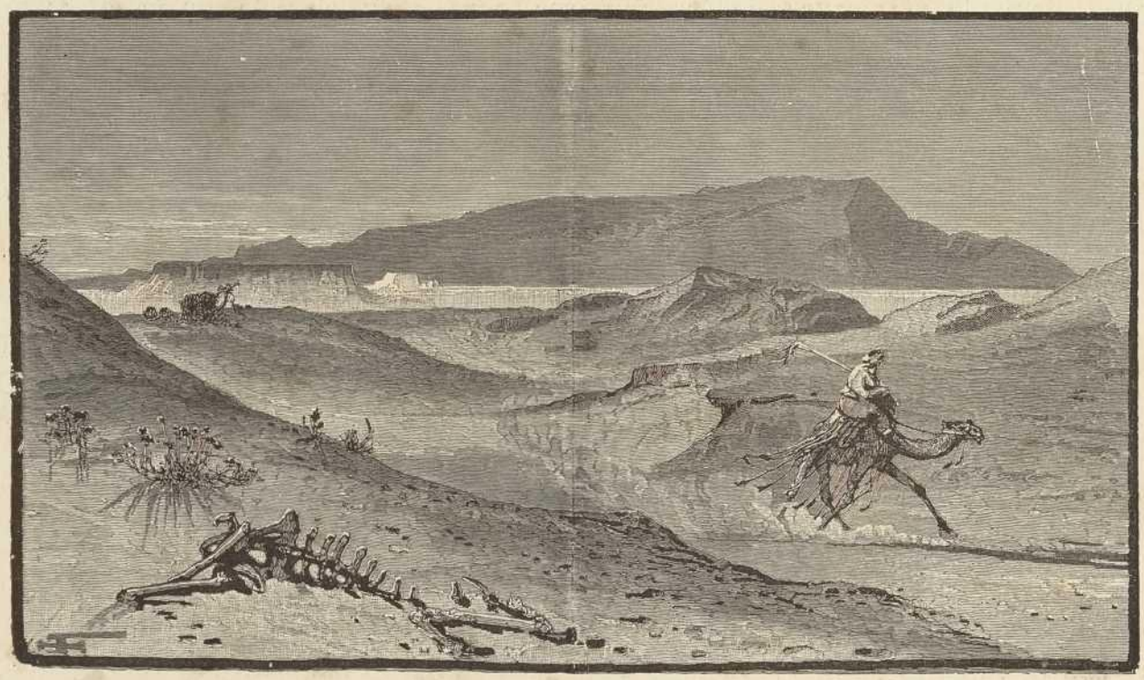
Y en efecto, por mandato de Dios, extendió Moisés la mano sobre el mar; un viento impetuoso y abrasador lo secó y dividió á derecha é izquierda las aguas, que, abriendo ancho sendero, quedaron á ambos lados como dos líquidas montañas. Por allí, siendo ya de noche, se precipitó la muchedumbre hebrea, y horas después la siguieron en pos por el extraordinario camino los soldados egipcios con todo su bélico aparato; pero ya los israelitas habían ganado la opuesta orilla, y al asomar la mañana Moisés, por disposición divina, extendió otra vez la diestra sobre las aguas. Éstas volvieron al momento á su posición natural, y ¡espantosa catástrofe! todo el ejército egipcio quedó anegado sin que se salvara un solo hombre, tragándose el abismo infantes, carros, caballos y caballeros.

Todavía se muestra el altillo en que, según tradición, estaba Moisés al extender la mano para dividir las aguas.

Sin entrar en profunda discusión acerca de las hipótesis antes mencionadas relativas al portentoso suceso, nos limitaremos á decir con M. Víctor Guerin que hasta nueva

Primera jornada por el desierto del Sur

información y más detenidas inquisiciones en los mismos sitios de que se trata, ha de empezarse por arrumbar la singular opinión que hace pasar á los hebreos, no por el mar Rojo, como se testifica en muchos y claros pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, sino por las marismas del lago Sirbonis, en la costa mediterránea. Ha de rechazarse

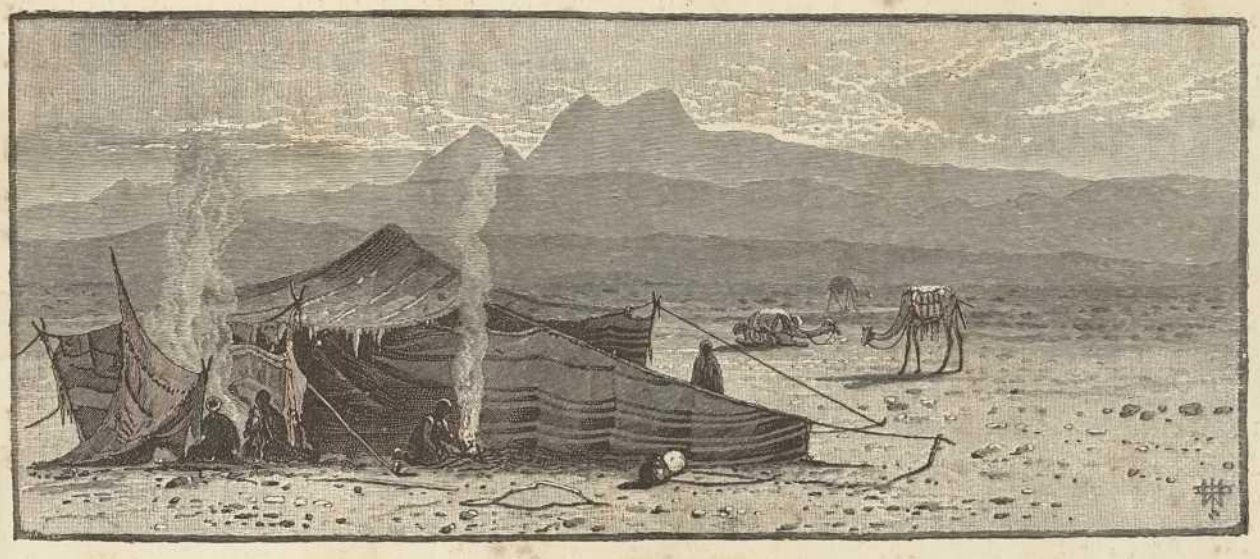


Ain-Haoarah

igualmente, continúa diciendo el mismo autor, la tradición árabe según la que pasaron los hebreos el mar Rojo al sur del monte Attaka, ya que por su anchura en dicho punto no habrían podido atravesarlo en una noche, conforme afirma la Biblia, sin contar que su gran profundidad no corresponde con los datos que proporciona el sagrado texto.

Quedan, pues, en pié estas dos únicas hipótesis: Si en la época del Exodo no se extendía el mar Rojo por el lado del norte más de lo que vemos hoy, el paso ha de fijarse en las inmediaciones de Suez. En este caso Djebel-Attaka es efectivamente la Beelsefón del Éxodo y la altura de Adjrud sería Magdol ó Phihahiroth. Esta opinión es la más generalmente profesada y ha sido admitida por muchos y distinguidos escritores.

Ó bien, por el contrario, al salir los hebreos de Egipto bajo el mando de Moisés, llegaba el mar Rojo con sus mareas hasta el pié del Serapeum y llenaba los lagos Amargos, pues si con los años se ha retirado más al sur fué por efecto de haberse formado en Chaluf, por la mayor elevación que ha adquirido el terreno, como una barrera entre él y aquellos lagos. En este segundo caso, en el perímetro del golfo Heroopolita estarían comprendidos los lagos, los que, una vez separados del mar Rojo, acabarían por secarse para llenarse de nuevo hace pocos años con motivo de la abertura del itsmo; y según esta hipótesis, emitida por M. Fernando de Lesseps y por otros ingenieros que



Desierto del Sur

han contribuído á las obras del canal, el paso de los hebreos se verificó, no en las cercanías de Suez, sino por los lagos Amargos. M. Lecointre; uno de aquellos ingenieros, ha escrito sobre el asunto un opúsculo muy interesante, y el sabio presbítero Moigno, en el prólogo que precede á la última edición, dice:

«La solución dada á este difícil problema por M. Lecointre, distinguido ingeniero naval que tanta parte ha tenido en las obras de la rotura del itsmo, nos parece la más acertada. La detenida exploración de aquellas comarcas, visitadas por él distintas veces, le ha movido á colocar el punto del paso del mar Rojo en la parte del mismo mar que ha formado después los lagos Amargos y á identificar Phihahiroth con Chebreuet. Pero, ¿cómo y en qué época fué separada del mar Rojo la región de los lagos Amargos? La clave de este segundo problema la he hallado yo en el salmo *In exitu Israel de Ægipto,* que todos hemos rezado y cantado mil veces sin entender su sentido. Tal separación fué resultado del terremoto ocurrido en el Sinaí poco tiempo después, transcurridos cincuenta días desde el paso del mar Rojo.

«—Conmovióse la tierra á la presencia del Señor, á la presencia del Dios de Jacob.

¡Oh montes, saltasteis como carneros, y vosotros, collados, como corderos! Viólo el mar, y huyó; volvióse atrás el Jordán.

»Lo cual significa, en lenguaje figurado, que el temblor de la tierra levantó por una parte los diques de Chaluf y del Serapeum, haciendo retirar las aguas del mar Rojo y separándolas de los lagos Amargos, y que por otra las alturas que dominan los valles de Akabah y del Arabah, impidiendo el paso al Jordán, le cerraron la entrada del mar de Elath y le obligaron á volver al mar Muerto.»

Conviene, sin embargo, observar en contra de esta última hipótesis, dice M. Guerin, que el dique de Chaluf, que imposibilita toda clase de comunicación natural entre el mar y los lagos, es tenido por algunos geólogos como de formación terciaria, y sería por lo tanto muy anterior á Moisés. Añadiré igualmente que de fijar el paso de los hebreos á unos cincuenta kilómetros más hacia el norte de lo que supone la opinión general, según la que se verificó en las cercanías de Suez, es preciso como indeclinable consecuencia variar gran parte de su itinerario, trasladándolo igualmente más hacia el norte, cuando ello es que los puntos hasta ahora designados concuerdan del todo al parecer con las indicaciones de la Biblia.

«Pero sea cual fuere de las dos hipótesis la que se tenga por mejor, continúa el mismo Guerin, ora, conforme á la más antigua y generalizada, se haga pasar á los hebreos el mar Rojo en las inmediaciones de Suez, ora, según la más reciente, se fije el paso hacia el norte por los lagos Amargos, que formarían entonces el extremo septentrional de aquel mar, siempre tendremos que la feliz salida de Egipto de una multitud de unos dos millones de almas, hombres, mujeres y niños, acorralada entre el mar, los montes, el desierto y la hueste de Meneftah, lo mismo que la total destrucción de este ejército, constituyen dos hechos de tal manera extraordinarios que es de todo punto imposible explicarlos por causas puramente naturales, como quieren algunos. Hase dicho, por ejemplo, que los hebreos aprovecharon la baja marea para atravesar el mar Rojo y que el flujo sumergió á los egipcios. Se ha supuesto que Moisés guió el pueblo á un vado que por experiencia conocía como habitante que fuera de la tierra de Madián. Pero ¿cómo admitir que los egipcios pudiesen ignorar el diario fenómeno del flujo y reflujo en un mar que bañaba sus costas y que estaban viendo de continuo? ¿Qué calificación merece lo de un vado tan favorable para los israelitas y á poco tan funesto para sus perseguidores? Además, pasar el mar en la hora del reflujo ó vadearlo es muy distinto de atravesarlo entre dos montes de agua, como sucedió á los israelitas. Preciso es, por lo tanto, negar el paso de los hebreos por el mar Rojo y la destrucción del ejército egipcio, ó bien admitir en estos grandes sucesos una visible intervención de la Providencia, que sólo por un milagro se explica. Con aquella negación se destruye la historia de un pueblo en lo que tiene de más notorio, de más auténtico y de más arraigado en sus tradiciones. Explicarlos humanamente no es posible, luego son milagrosos, y es acto de razón creerlos, apoyados como están por irrecusables testimonios.»

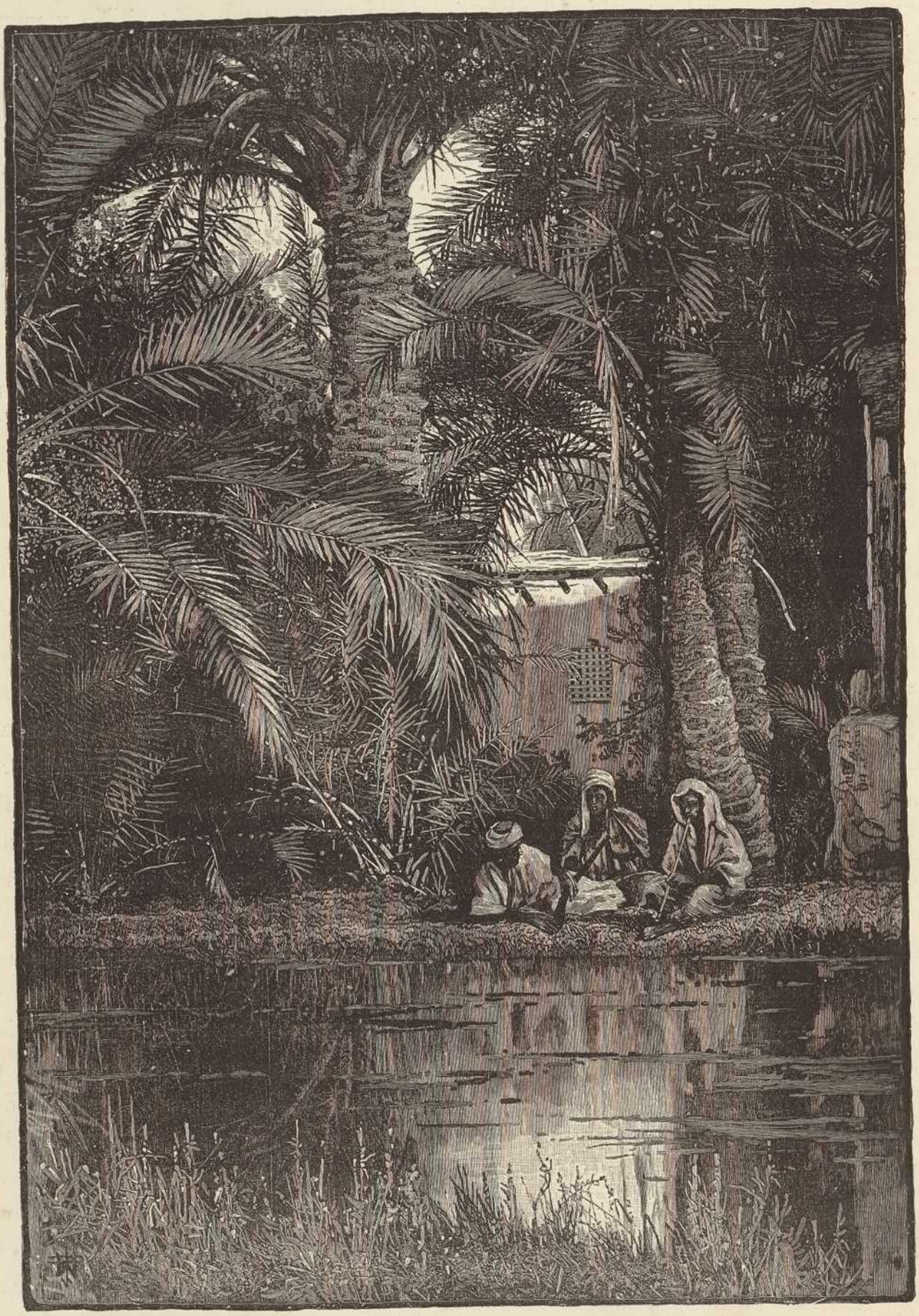
En Suez, el viajero ha de tomar el camello, nave en aquellos mares de arena, según expresión de un poeta, y diciendo adiós á los dominios del hombre, penetrar en las regiones desoladas del desierto. El viaje á caballo sería mucho más rápido y menos fatigoso; en aquellas inmensas llanuras podría devorarse el espacio, y con sólo el cambio de aires en la marcha desaparecería su monotonía. Esto, empero, no es posible á causa de la falta de agua potable. El virey de Egipto pudo en verdad, hace algunos años, llegar al Sinaí en carruaje; pero esto sólo es realizable para quien pueda hacerse preceder por caravanas que establezcan en diferentes puntos tiendas con las provisiones necesarias. El camello, que soporta sin gran pena la sed, que no sabe lo que es fatiga, y que apenas se alimenta de otra cosa que de sol y aire, es para la generalidad de los viajeros el único medio de transporte.

De dos clases son los que para esto sirven: el *hedjin,* que por lo común sirve de montura, y el *djemel,* destinado á bagaje. El último es tardo; siempre al paso, no adelanta más que legua por hora. El *hedjin,* por el contrario, es muy ligero y andarín; si se le obligara á llevar la carga del *djemel* se enfurecería y al fin daría con ella en tierra. Es, como si dijéramos, el caballo de silla del desierto; su paso duro sacude al jinete y le ocasiona mil torturas; pero abrevia los viajes, y en una hora devora tres leguas.

Establecerse en aquella enorme cabalgadura no es la primera vez cosa fácil; montarla sin que se bajara equivaldría á querer pasar de un salto una montaña. Hácese, pues, que el animal se tienda en el suelo para recibir ó dejar al jinete. Una vez éste montado, levanta á medias el animal el cuarto trasero con brusca sacudida que lanza á aquél hacia el cuello; igual movimiento en el cuarto delantero lo despide á la grupa, y el camello, después de balancearse un instante sobre sus cuatro rodillas, pónese al fin de pié con otras dos operaciones semejantes á aquellas y con igual molestia. Buen gimnasta ha de ser el jinete novel que logre mantenerse en equilibrio; por suerte los guarnicioneros árabes no olvidan la ingeniosa precaución de fijar en los borrenes de la silla, ó mejor basto, un palo perpendicular: sirve el de atrás para cogerse á él cuando el camello se hinca, el delantero para lo mismo cuando se alza: de esta manera evita el jinete caer por la cola ó por las orejas de su dromedario. Con un poco de práctica la maniobra da muy buenos resultados. Mayor destreza requiere el modo de guiar al animal; como no aguanta freno y únicamente tolera una simple cuerda alrededor del cuello, con ella hay que gobernarle, y según la manera de tirarla el *hedjin* se tiende, se levanta, anda, corre y se detiene. Si el camello tiene genio hállase expuesto el viajero á mil percances; si molido por el trote desea pararse y tira de la cuerda fatal, es muy posible que en vez de lograrlo excite más y más al animal, y que acelerándose el trote piense el infeliz, tales son sus torturas, que va á dejar sembrados á derecha é izquierda sus descoyuntados miembros.

Así, desde que ha pasado á la costa asiática, marcha el viajero por una inmensa llanura de horrible aridez, surcada apenas por suaves ondulaciones del suelo y

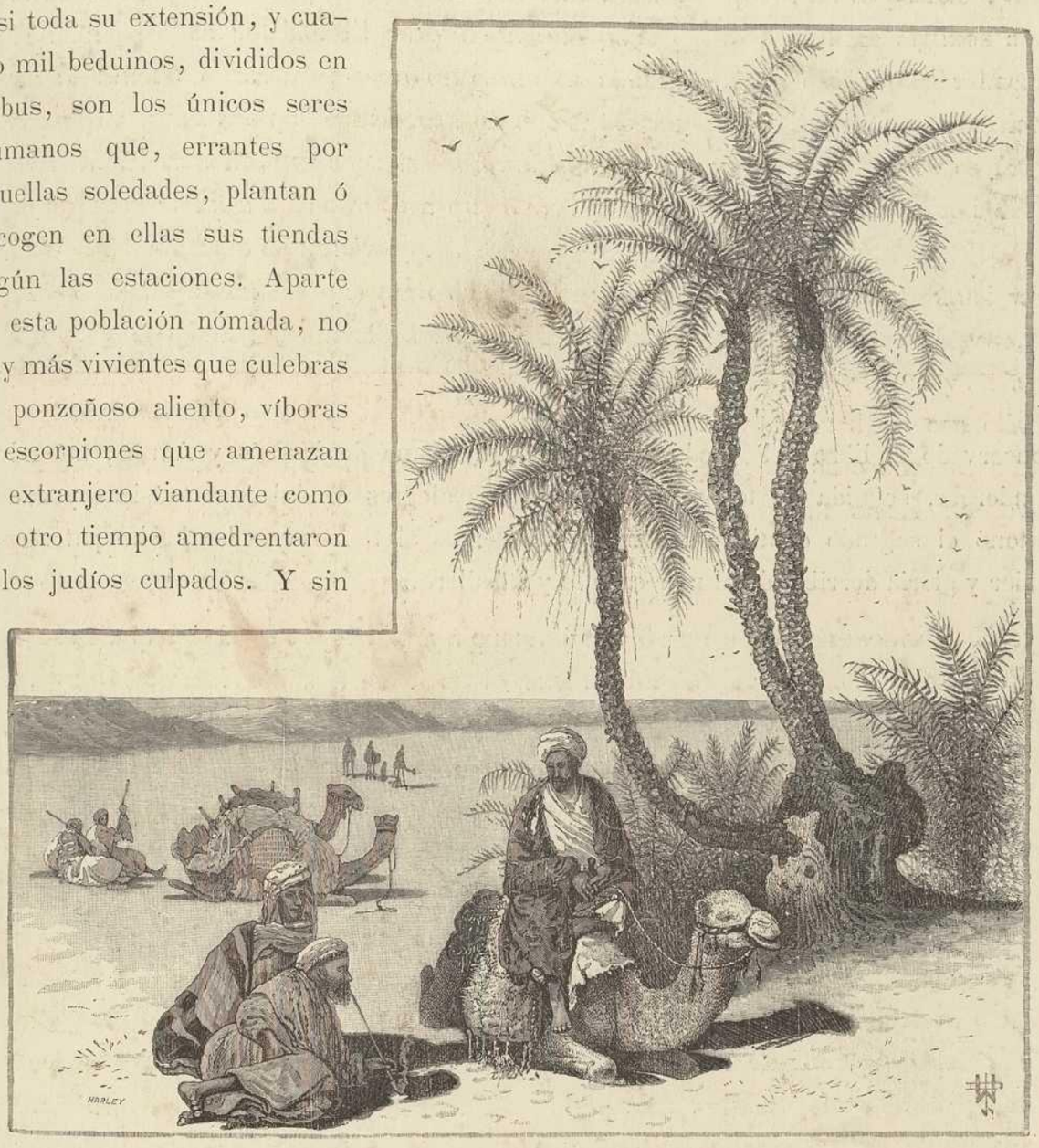
sembrada de guijarros y peñascos medio enterrados. El sol lanza perpendicularmente sus encendidos rayos; ni una gota de agua, ni el menor arbusto; por todos lados la



Palmeras de Aiun-Musa

desolada imagen de la esterilidad. Entonces comprende sin esfuerzo los trabajos que pasaron y el descontento que mostraron los israelitas fugitivos.

Entre dos golfos angostos formados por el mar Rojo, adelántase mar adentro una península en figura de triángulo, cuya base arranca en Suez y acaba en la aldea de Kalaat-el-Akabah en una extensión de sesenta leguas; los lados, de longitud diferente, miden sesenta y cinco leguas desde Suez, y cincuenta desde Kalaat hasta el vértice, llamado Ras-Mohamed. El Sinaí le da nombre; el desierto con todos sus horrores la forma en casi toda su extensión, y cuatro mil beduinos, divididos en tribus, son los únicos seres humanos que, errantes por aquellas soledades, plantan ó recogen en ellas sus tiendas según las estaciones. Aparte de esta población nómada, no hay más vivientes que culebras de ponzoñoso aliento, víboras y escorpiones que amenazan al extranjero viandante como en otro tiempo amedrentaron á los judíos culpados. Y sin

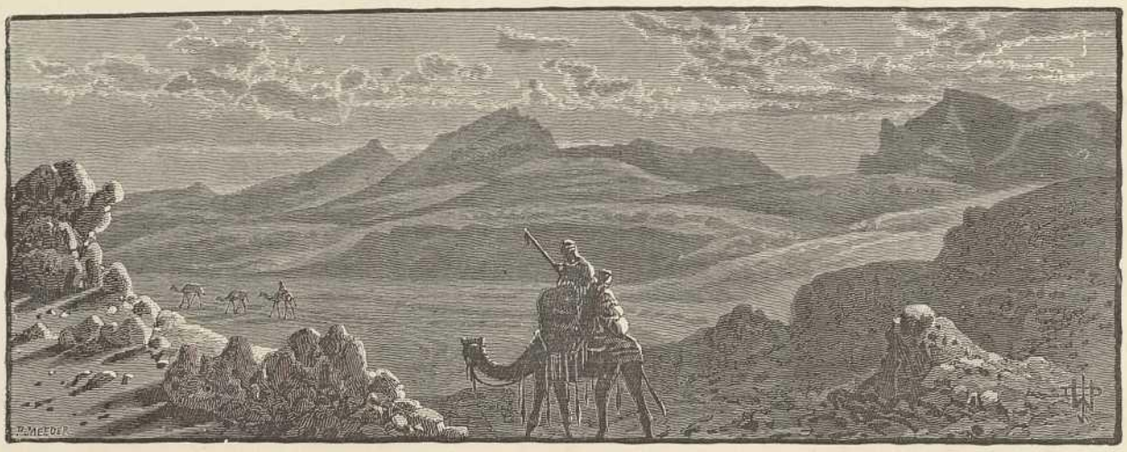


AIUN-MUSA (FUENTES DE MOISÉS)

embargo, importa la precaución más para evitar el encuentro de los hombres que el de las fieras, pues los beduinos sólo viven de robos y pillaje.

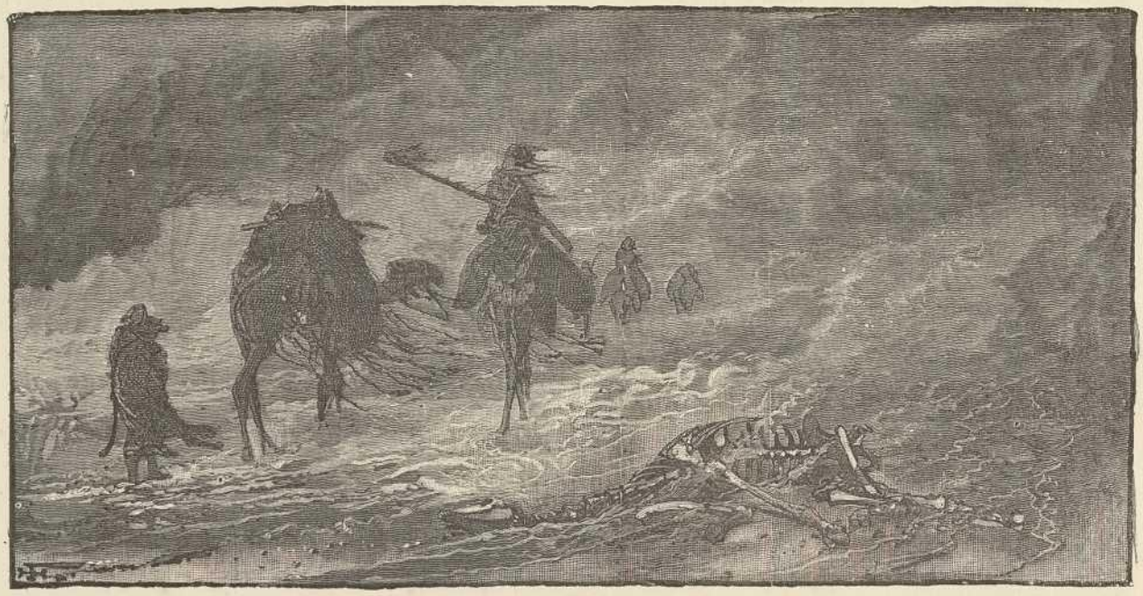
La población de Suez no tarda en desaparecer á espaldas del viajero; á la derecha las montañas de Egipto, calcinadas por el calor, van inclinando sus cumbres hacia el mar; la luz que reflejan sus vertientes se descompone en infinitos cambiantes, y á la izquierda corre dilatada cordillera que se extiende hasta los montes de Tyh. Seis horas se pasan sujeto el viajero al incesante y fuerte vaivén del paso de su cabalgadura, y

llégase á *Aiun Musa,* la fuente de Moisés, oasis sombreado por palmeras, que debe su nombre á los manantiales que lo riegan y á la tradición que fija en aquel lugar el primer campamento de Moisés después del paso del mar Rojo. Allí, el inspirado caudillo y el pueblo israelita cantaron aquel hermoso himno en acción de gracias, que nos ha



Uadi-Amarah

conservado el libro del Éxodo; allí María, hermana de Moisés y Aarón, tañendo la pandereta, seguida de todas las mujeres que alegres se daban á músicas y danzas, entonó el sagrado cántico, diciendo: «Cantemos al Señor que ha hecho patentes su poder y gloria derribando al mar caballo y caballero.»



Una tormenta en el desierto del Sur

Las fuentes de la época de Moisés manan todavía; pero el agua, aunque límpida, es salobre. En el día es aquél un sitio de esparcimiento para los habitantes de Suez, que tienen allí huertos y jardincillos y hasta algunas casitas para pasar la noche.

Repuestos los viandantes de la anterior fatiga, dejan con pena la regalada sombra, y salen de nuevo á la interminable planicie, al árido desierto, limitado al oeste por el mar y al este por dilatados montes llamados Djebel-er-Rahah, que por su continuidad produ-

cen el efecto de un inmenso muro; de aquí el nombre de Sur, en hebreo *Chur* (muralla), dado por los israelitas á aquella salvaje soledad; el de Etham que se le da en el libro de los Números sería probablemente egipcio. Cuantos viajeros han atravesado aquel desierto ponderan la tristeza que en él se respira; estéril y como muerta la tierra, apenas pueden los ojos descansar en algunos escasos y raquíticos arbustos espinosos, de hojas descoloridas y cenicientas que comen con avidez los camellos.

Nada puede darse tan triste y monótono como el atravesar en camello aquellas interminables llanuras; la regularidad de la marcha sólo es comparable al movimiento de un péndulo. Por la mañana, dado que es el primer paso, no hay que esperar variación, ni cambio en doce ó quince horas; cada uno de los segundos de la existencia es invariablemente marcado por aquella oscilación hacia atrás peculiar del camello, hasta el instante en que el *hedjin* se arrodilla para el descanso de la noche.

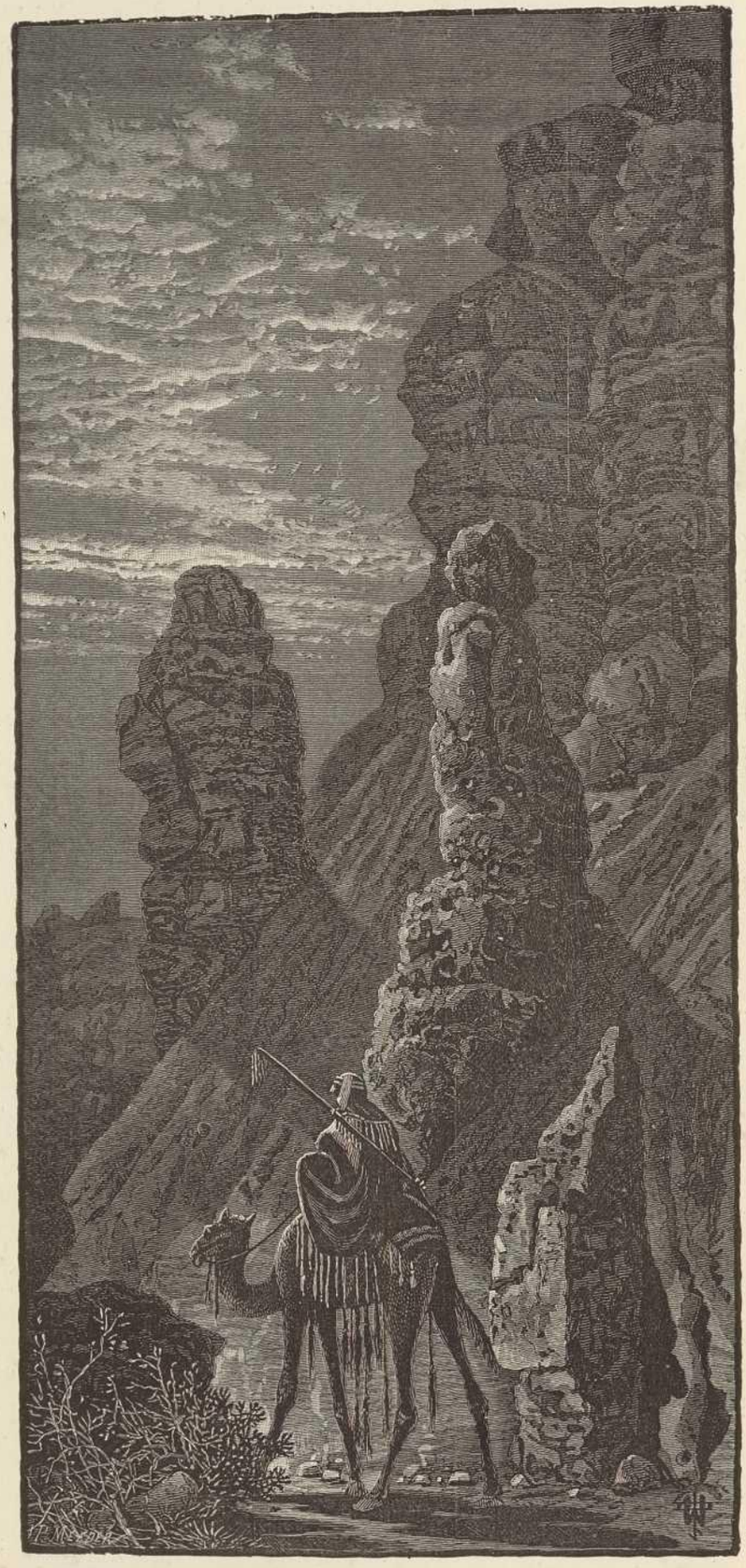
Si hay quien intenta hacer algún trecho á pié para romper la monotonía, no tarda en convencerse de que el remedio es mucho peor que el mal, pues en inmediato contacto con la arena se experimentan sus ardores, semejantes á las emanaciones de un horno, al paso que encaramado en el camello el ambiente parece menos ardoroso y se respira mejor.

Reina en aquellas regiones profundo y solemne silencio: no se ve un sér animado, no cruza el espacio pájaro ni insecto alguno. De trecho en trecho el esqueleto de un camello sirve como para dar á los viajeros severa advertencia: la de que en el desierto no hay que esperar socorro ni auxilio; si allí asalta la enfermedad ó la tormenta no hay más que soportarla sin aguardar remedio humano, y si arrecia, morir.

En esas largas jornadas por el desierto asaltan sensaciones extrañas en ningún otro punto experimentadas; los fenómenos más naturales y sencillos, el eco de la voz humana, por ejemplo, producen inesperado efecto. Las caravanas andan por lo regular en silencio como fúnebres cortejos; en la arena muere el rumor de las pisadas de hombres y camellos, y si de pronto levanta alguien la voz para llamar á un rezagado ó por otra causa cualquiera, siéntese como el sobresalto de un interrumpido sueño ó como el recobro de la vida después de prolongado letargo. El ardor de los rayos solares es causa, además, de que turben la fantasía quimeras y alucinaciones, y son varios los viajeros que por algunas horas se han sentido dominados por una especie de locura.

Pero aun puede haber algo más terrible que esa monótona tristeza; á veces el *rahmsin* ó viento del Sur levanta en aquellos parajes espantosas tempestades de arena. Hasta los animales se muestran poseídos de pavor al presentarse sus señales precursoras; oscurécese el sol; la naturaleza entera parece revestirse de fúnebre crespón. El torbellino levanta densas nubes de polvo y arremolina con violencia la arena; imposible es luchar contra el terrible meteoro, y más de una caravana ha sucumbido á su fuerza. Apenas queda bastante claridad para ver el sitio que se pisa, y hombres y camellos, cegados, sin aliento, no tienen más recurso que tenderse en tierra,

con el rostro vuelto al lado contrario al viento. La respiración se hace fatigosa; se seca la garganta, y se siente sed devoradora. Pocos minutos bastan para que una caravana se halle materialmente cubierta de arena, la que penetra hasta en los cofres y sacos de viaje mejor cerrados. Sabida es la triste suerte experimentada por el ejército de Cambises, rey de Persia, sepultado todo él en los arenales de Etiopia; por fortuna no tiene siempre el viento igual ímpetu ni es tan duradero, y la misma violencia de la tormenta abrevia su duración. El huracán, *simun* ó *samun* se desencadena con frecuencia en Nubia, en Arabia, en Persia y en todas las vastas soledades de Africa y Asia; la atmósfera con facilidad se abrasa en aquellas regiones desprovistas de humedad y de vegetación; el calor penetra en la tierra á muy escasa profundidad y se refleja por lo mismo en la región del aire, lo cual explica como puede subir el termómetro hasta cincuenta grados y más, aun á la sombra de una tienda. Cuando una nube surca aquel cielo de fuego, rompen los vientos con un furor no experimentado en nuestra zona templada, empujan las movibles capas de arena como las olas en el Océano, y lanzan al espacio torbellinos de polvo. ¡Infeliz del viajero sin abrigo sorprendido por

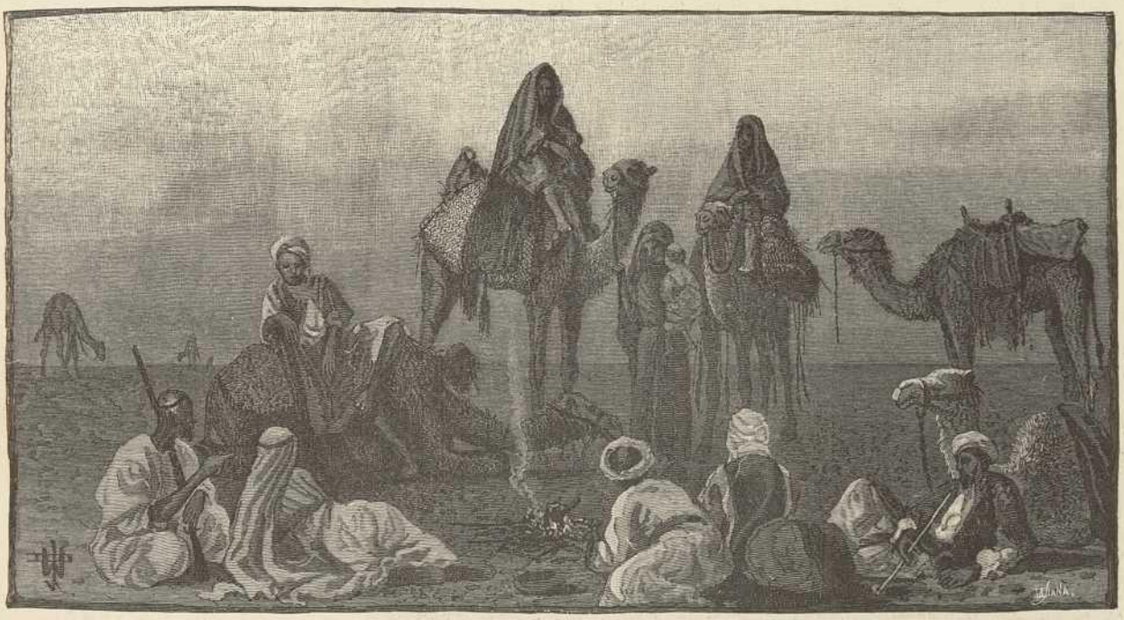


Rocas fantásticas del Uadi Hamr

la ráfaga! La asfixia le mata sin remedio, y su tumba queda para siempre ignorada en medio del desierto.

Recorridos unos setenta kilómetros encuéntrase la fuente llamada Ain-el-Havarah, en la que hicieron alto los israelitas; sus aguas son amargas, y de ahí el nombre de Marah, amargura, conque son citadas en el sagrado texto.

«Los hebreos, dice éste, después de andar tres días por el desierto sin hallar agua, llegaron á Marah; mas no pudieron beber aquellas aguas, porque eran amargas... Y murmuró el pueblo contra Moisés, diciendo:—¿Qué beberémos?—Mas él clamó al Señor, el cual le mostró un madero, y habiéndolo echado en las aguas, se endulzaron.» Según Guerin esta parada de los israelitas ha de fijarse un poco más al norte, en el



PARADA EN EL DESIERTO DEL SUR

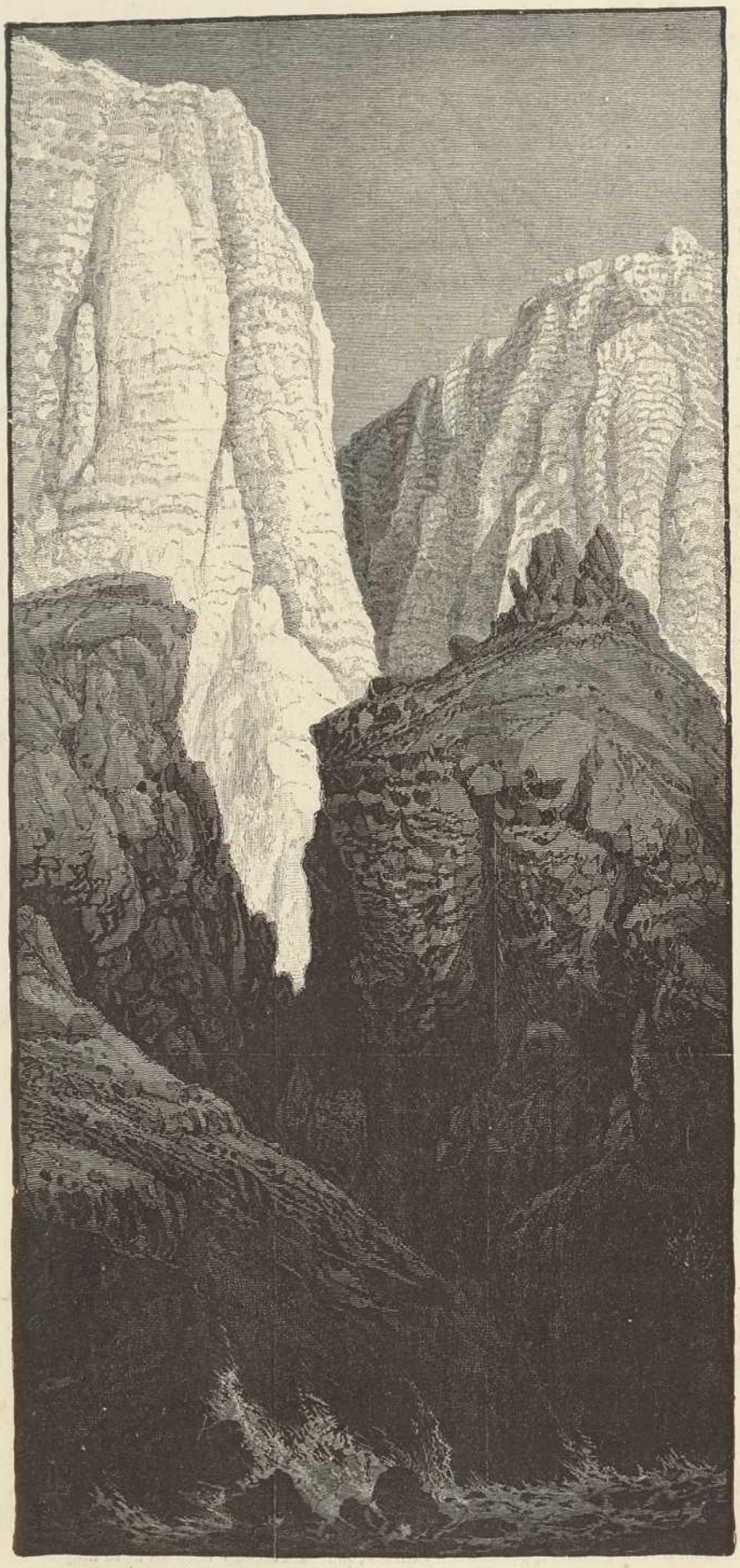
Uadi [1] Amarah, cuyo nombre es idéntico al de Marah y que tiene como éste una escasa fuente de agua salobre.

Burckhardt ha conjeturado que el *gharkad,* arbusto espinoso muy común en las fuentes de la península sinaítica, pudo ser el madero empleado por Moisés para endulzar las aguas de Marah, si bien añade á continuación que los indígenas no conocen en el día planta alguna dotada de tales propiedades.

A unos quince kilómetros hacia el noroeste álzase, á lo largo de la ribera del mar, á la altura de cuatrocientos setenta y ocho metros, peñascoso monte de forma piramidal, llamado Djebel-Hamman-Faraun (montañas de los baños de Faraón). De su escarpada

[1] Se da el nombre de Uadi ó Ued á hendiduras, torrenteras ó cañadas, más ó menos angostas é importantes, que invadidas por las aguas en época de lluvias, se convierten en torrentes durante semanas y meses, permaneciendo casi secas la mayor parte del año. Merced á la humedad que conservan, crece allí mezquina vegetación, y sirven al árabe, al mismo tiempo que de suspirado lugar de descanso, como de límite y medida en la geografía del desierto. El Uadi recibe por lo general nombre de las plantas que sustenta, como Uadi-Sidreh (espino negro), Uadi-Sayal (acacia), y en él se concentra toda la vida del desierto; fuera de allí, la tristeza y la desolación son completas.

ladera brota una fuente de aguas termales á 55° Reaumur, conteniendo natrón, cal y magnesia, muy celebradas entre los beduinos por su eficacia contra las afecciones reumáticas. Según es de tradición entre ellos, el alma del Faraón cuya hueste tragó el mar Rojo, vaga todavía errante después de tantos siglos por aquellos parajes, y con ofrendas procuran tenerla propicia cuantos acuden á las salutíferas aguas. Hija es tal superstición de creer los árabes que por aquel punto se verificó el paso del mar Rojo, lo cual es á todas luces infundado, ya que el mar frente el Djebel-Hamman-Faraun tiene por lo menos treinta y tres kilómetros de anchura, distancia que no habría podido ser recorrida en una sola noche por la gran muchedumbre de los israelitas.



Escarpadas laderas del Djebel-Hamman-Faraun

En el extremo norte del Djebel-Hamman-Faraun serpentea hasta el mar el Uadi-Useit; corre por él escaso hilo de agua salobre, y vigorosas palmeras le dan sombra. Allí colocan algunos autores la estación de Elim, mencionada en el Éxodo.

«Llegaron á Elim los hijos de Israel, donde había doce fuentes de agua y setenta palmas, y acamparon junto á las aguas.»

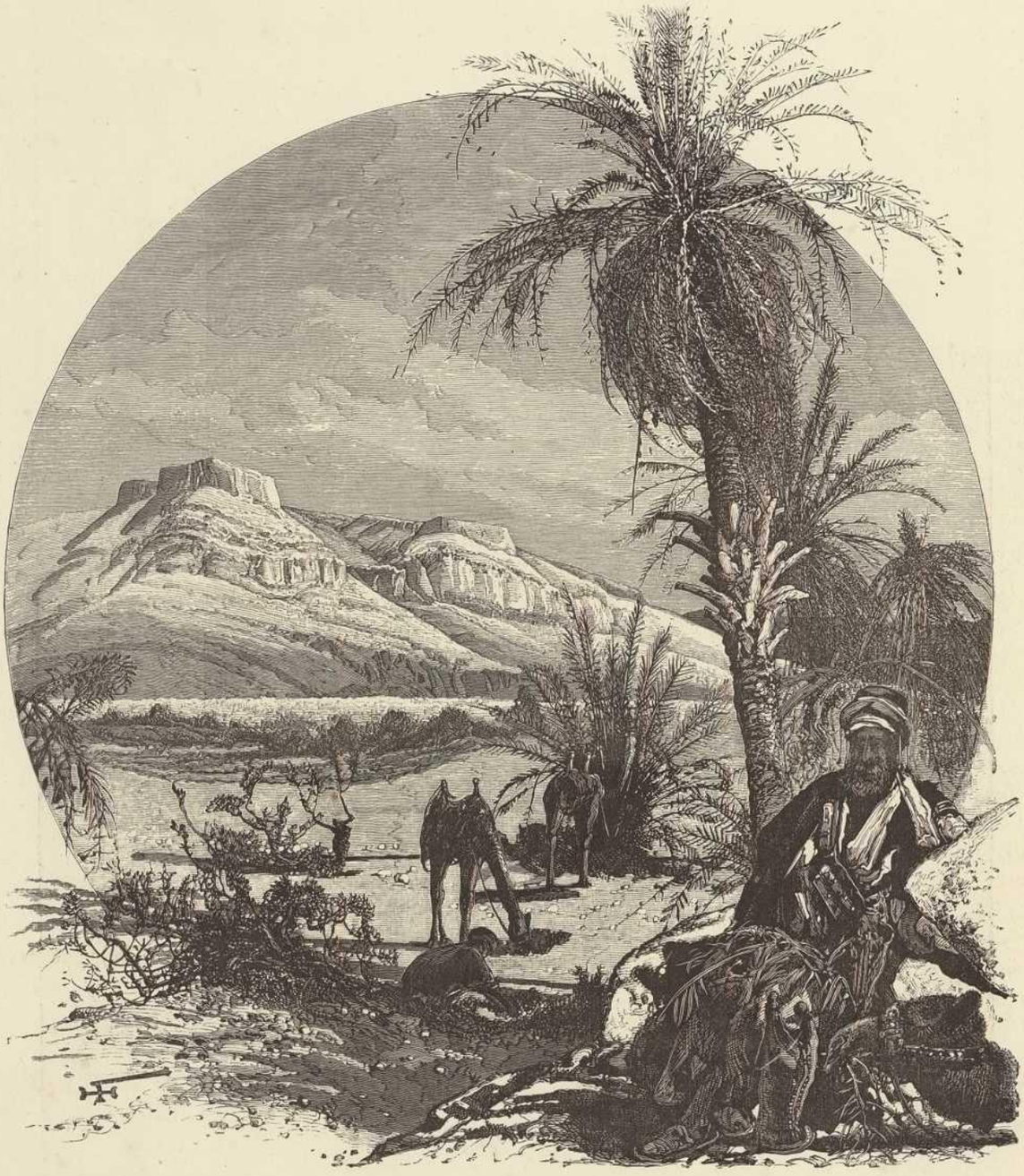
Otros exploradores, sin embargo, fijan la parada de Elim en el Uadi-Gharandel,

que, situado más hacia el norte, es regado por fuentes más abundantes y mejores. Al arroyo que ellas forman dan sombra bosquecillos de palmeras, acacias y tamariscos.

DJEBEL-HAMMAN-FARAUN, Y SUS FUENTES DE AGUAS TERMALES

Plinio conoció su existencia, y los navegantes antiguos dieron el nombre de Sinus Gharandra á la ensenada que forma esta desembocadura en el golfo de Suez.

Tomando la dirección del sudoeste, siguiendo el Uadi-Kharit y el Uadi-Baba, llégase á la llanura de El-Markha, limitada en uno de sus lados por el mar Rojo y en otro por una sierra, surcada por numerosas torrenteras. Es tenida generalmente por el desierto de Sin, donde los israelitas recogieron por primera vez el maná y pudieron también comer carne.



UADI-USEIT

«Partieron los hebreos de Elim, dice el libro del Éxodo, y vino toda su multitud al desierto de Sin, que está entre Elim y el Sinaí, á los quince días del mes segundo después que salieron de la tierra de Egipto.

»Y al encontrarse en el desierto murmuraron todos contra Moisés y Aarón.

»Y decían:—¡Ojalá hubiésemos muerto por manos del Señor en la tierra de Egipto,

cuando nos sentábamos junto á las ollas de carne y comíamos cuanto pan nos apetecía! ¿Por qué nos habéis sacado á este desierto donde pereceremos todos de hambre?»

Aquella tarde bandadas de codornices se posaron en el campamento, pudiendo los hambrientos hebreos saciarse con su carne, y á la siguiente mañana entre el rocío hallaron cubierta la tierra de una especie de escarcha muy agradable al paladar, como flor de harina amasada con miel; era el pan que el Señor les enviaba, y lo llamaron maná.

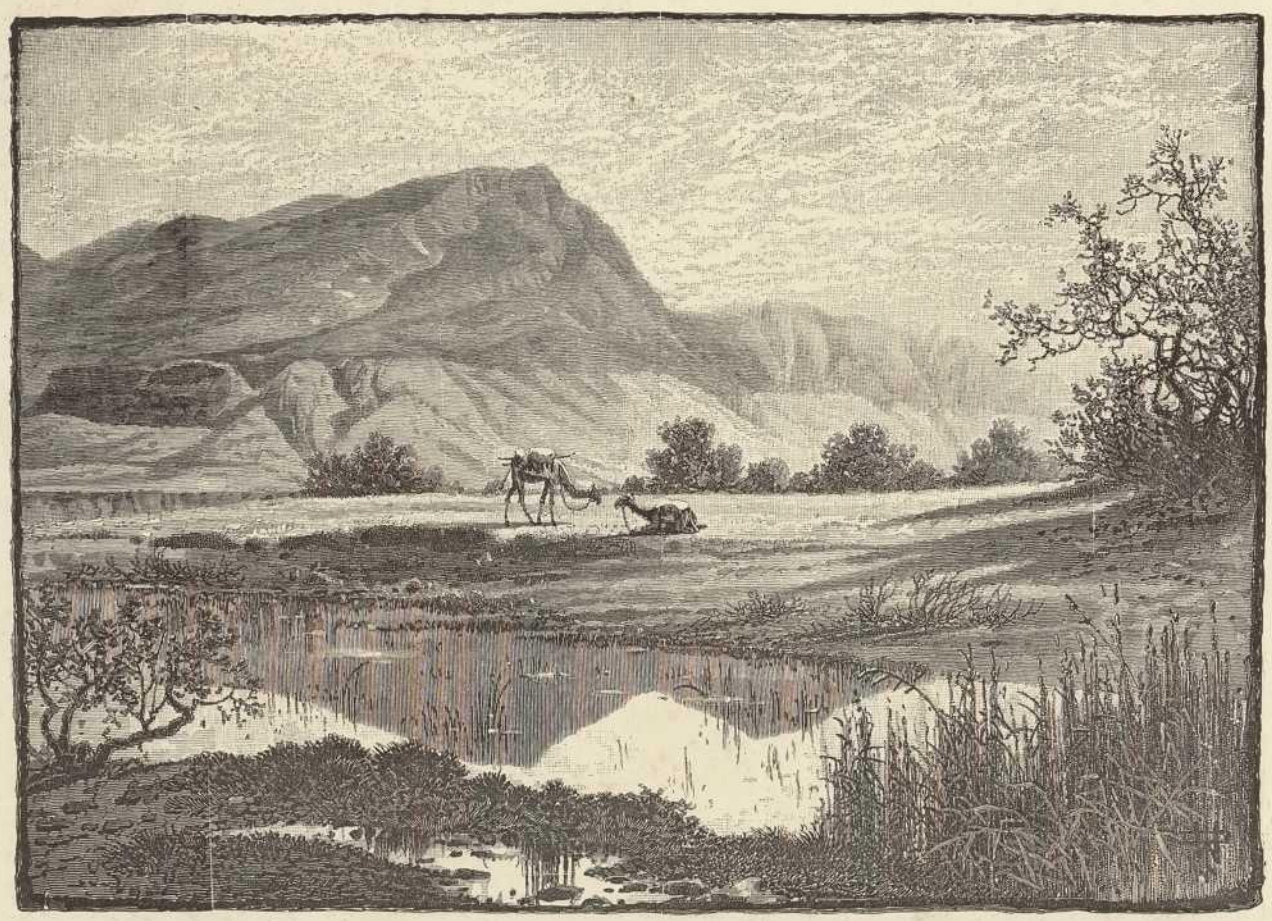
Entrada en el Uadi-Gharandel

Algunos sabios modernos, empeñados en dar una interpretación puramente científica y natural á los prodigiosos sucesos referidos en la Biblia, han dicho que el milagroso pan descendido del cielo para sustentar por espacio de cuarenta años á los israelitas en el desierto, no era más que la goma espesa y melosa que fluye del tamarisco, árbol llamado en árabe *tarfah* y muy común en aquellos uadis, y goma que pende de sus ramas cual gotas de rocío. Prodúcela la picadura de un diminuto insecto, el *coccus manniparus,* y en los meses de junio y julio se liquida por el calor del sol y cae al suelo. Los árabes la designan con el nombre de *man.*

A semejante interpretación se opone el relato del sagrado libro; el maná del tamarisco no puede ser confundido con el que sustentó á los hebreos, y las notables diferencias que hay entre ambos las formula M. Vigouroux en estos términos:

«1.° El maná del Éxodo fué recogido sin interrupción y siempre por espacio de cuarenta años; el del tamarisco ó del desierto únicamente se encuentra en los meses de junio y julio.

»2.° El primero cayó á la hora del rocío; el segundo, al medio día, esto es, cuando aquél se derritía.



Manantiales en el Uadi-Gharandel

»3.° Es el uno tan abundante que á *gomar* por cabeza alimenta á una gran multitud, al paso que el otro es tan raro y escaso que, según M. Stanley asegura, no habría de bastar para sustento de un hombre durante seis meses. Burkhardt calcula que no se producen anualmente más allá de quinientas á seiscientas libras.

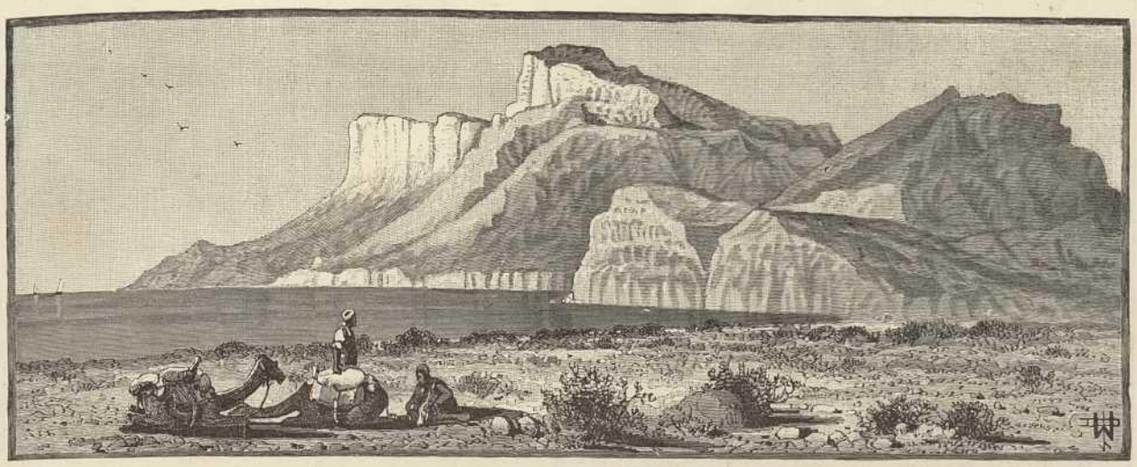
»4.° El celeste pan sólo cayó los seis primeros días de la semana; llegado que fué el sábado no se encontró ni un solo grano. La goma del *tarfah* fluye todos los días en la estación propicia, esto es, durante unas seis semanas, con exclusión de los demás meses del año.

»5.° El maná se corrompía y llenaba de gusanos al día siguiente de haberlo recogido, excepto el sábado, en que se conservaba incólume. El llamado maná del Sinaí puede, por el contrario, conservarse indefinidamente.

»6.° El maná, sustancioso manjar, fué por el tiempo de cuarenta años casi el

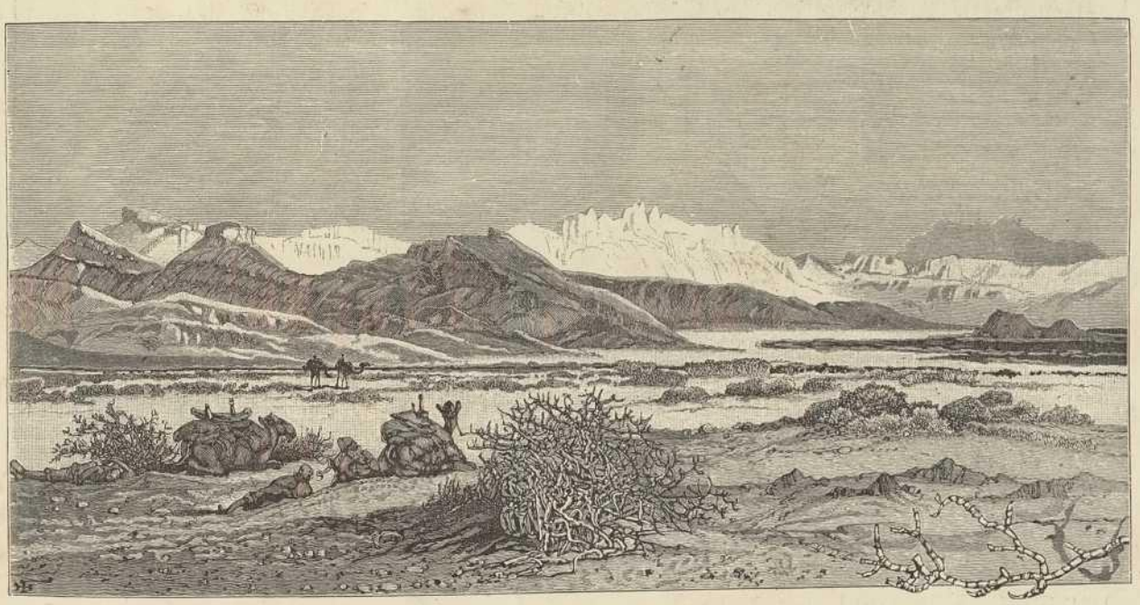
único alimento de un pueblo. La goma del *tarfah,* por el contrario, no puede bastar al sustento del hombre, y es más una sustancia purgante que nutritiva.»

«¿Qué ha de deducirse de todo esto? pregunta M. Guerin.—Que no hay más remedio que inclinarse con respeto ante los hechos milagrosos referidos en la Biblia, contesta, y admitirlos como tales, ó, tomando el camino opuesto, tenerlos por pura fábula, y en este



Llanura de El-Markha

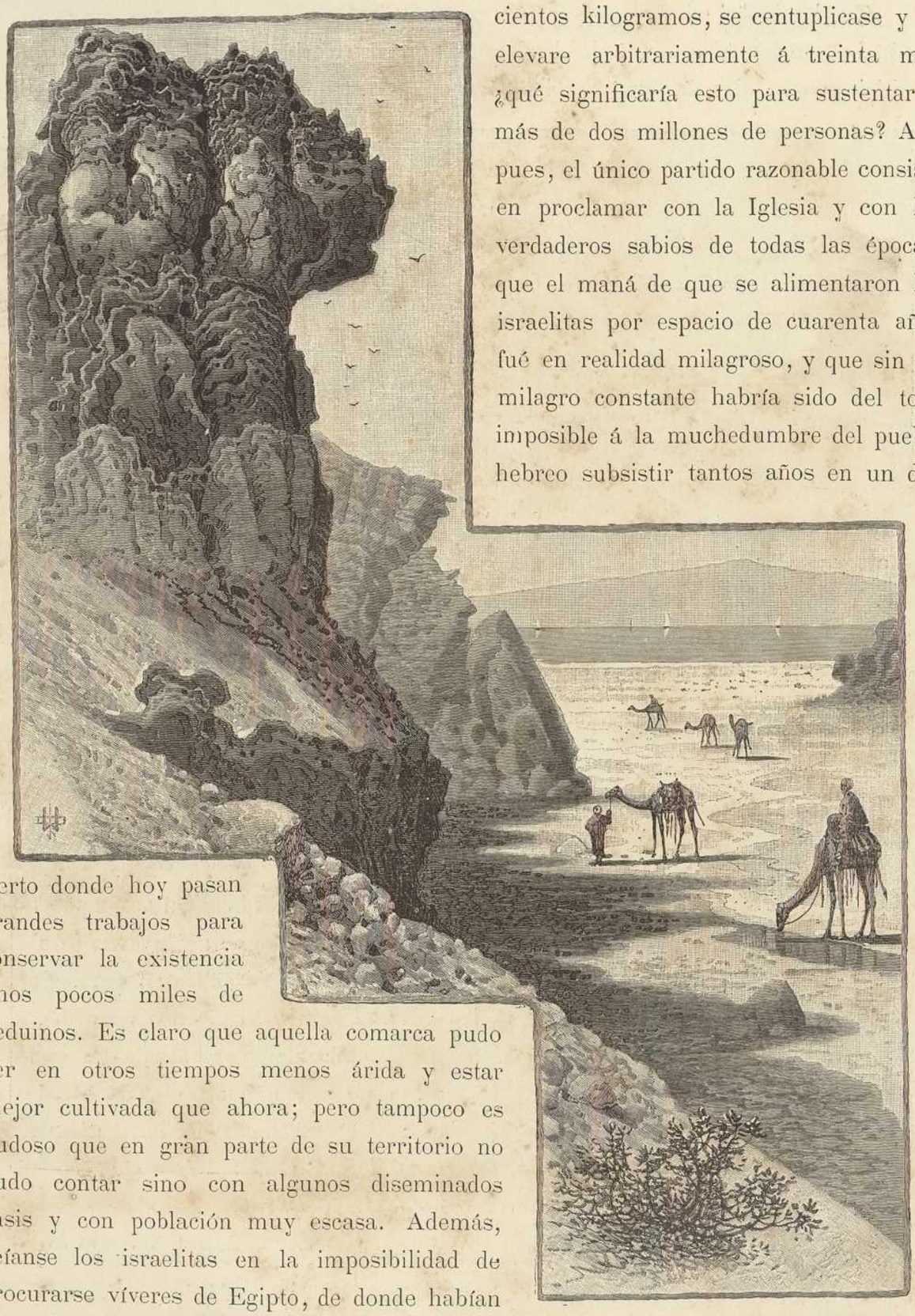
caso atreverse á negar el contenido del libro más augusto y sagrado que en el mundo existe. Y por lo que toca al hecho particular que nos ocupa, es preciso, ó bien rechazarlo de un modo absoluto, ó bien admitirlo por completo, pensando que nada es imposible á Dios, y que quien creó las maravillas de la tierra y de los cielos, maravillas que á nuestra



Pequeña ensenada cerca de la desembocadura del Uadi-Thaybeh

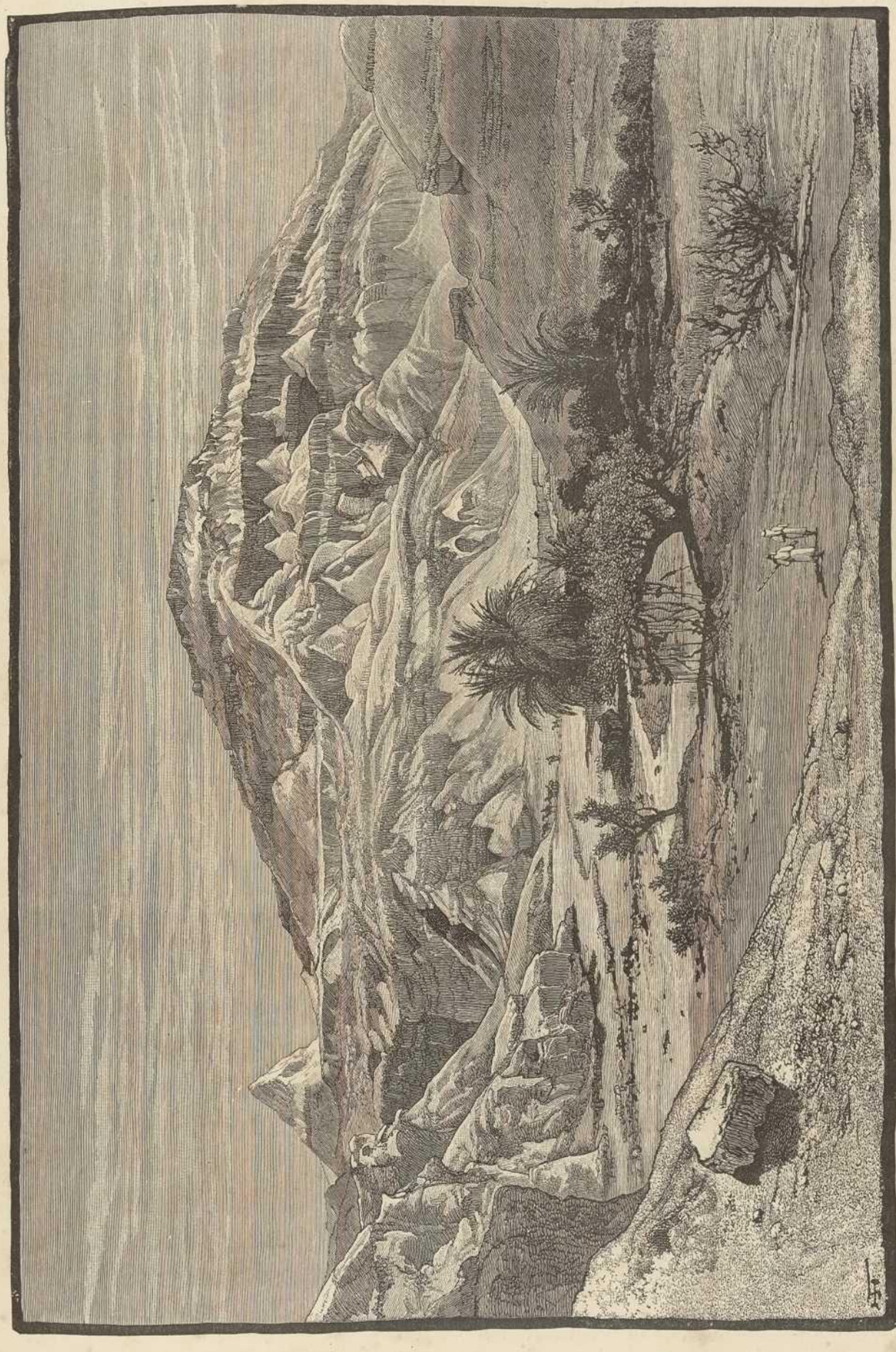
vista están y no podemos negar, pudo sin inconveniente, en beneficio del pueblo por él escogido, hacer llover maná durante cuarenta años, como sustancioso y nutritivo rocío. Querer explicar tal prodigio despojándolo de su sobrenatural carácter y tomando el maná por la goma del *tarfah,* además de cerrar los ojos á las profundas diferencias que distinguen al uno de la otra, equivale, al tiempo que se niega el milagro tradicional, á inventar

otro no menos asombroso que el primero. En efecto, aun cuando se cubriese de tamariscos toda la península sinaítica, y su producción anual, que es ahora á lo sumo de trescientos kilogramos, se centuplicase y se elevare arbitrariamente á treinta mil, ¿qué significaría esto para sustentar á más de dos millones de personas? Así, pues, el único partido razonable consiste en proclamar con la Iglesia y con los verdaderos sabios de todas las épocas, que el maná de que se alimentaron los israelitas por espacio de cuarenta años fué en realidad milagroso, y que sin un milagro constante habría sido del todo imposible á la muchedumbre del pueblo hebreo subsistir tantos años en un desierto donde hoy pasan grandes trabajos para conservar la existencia unos pocos miles de beduinos. Es claro que aquella comarca pudo ser en otros tiempos menos árida y estar mejor cultivada que ahora; pero tampoco es dudoso que en gran parte de su territorio no pudo contar sino con algunos diseminados oasis y con población muy escasa. Además, veíanse los israelitas en la imposibilidad de procurarse víveres de Egipto, de donde habían huído; del país de Edom, que les negaba el paso; del de los Filisteos, dueños de las riberas mediterráneas, y finalmente tampoco de los demás pueblos cananeos que moraban en las ciudades de Nedjeb. Por su gran



UADI-THAYBEH, EN SU PARTE INFERIOR

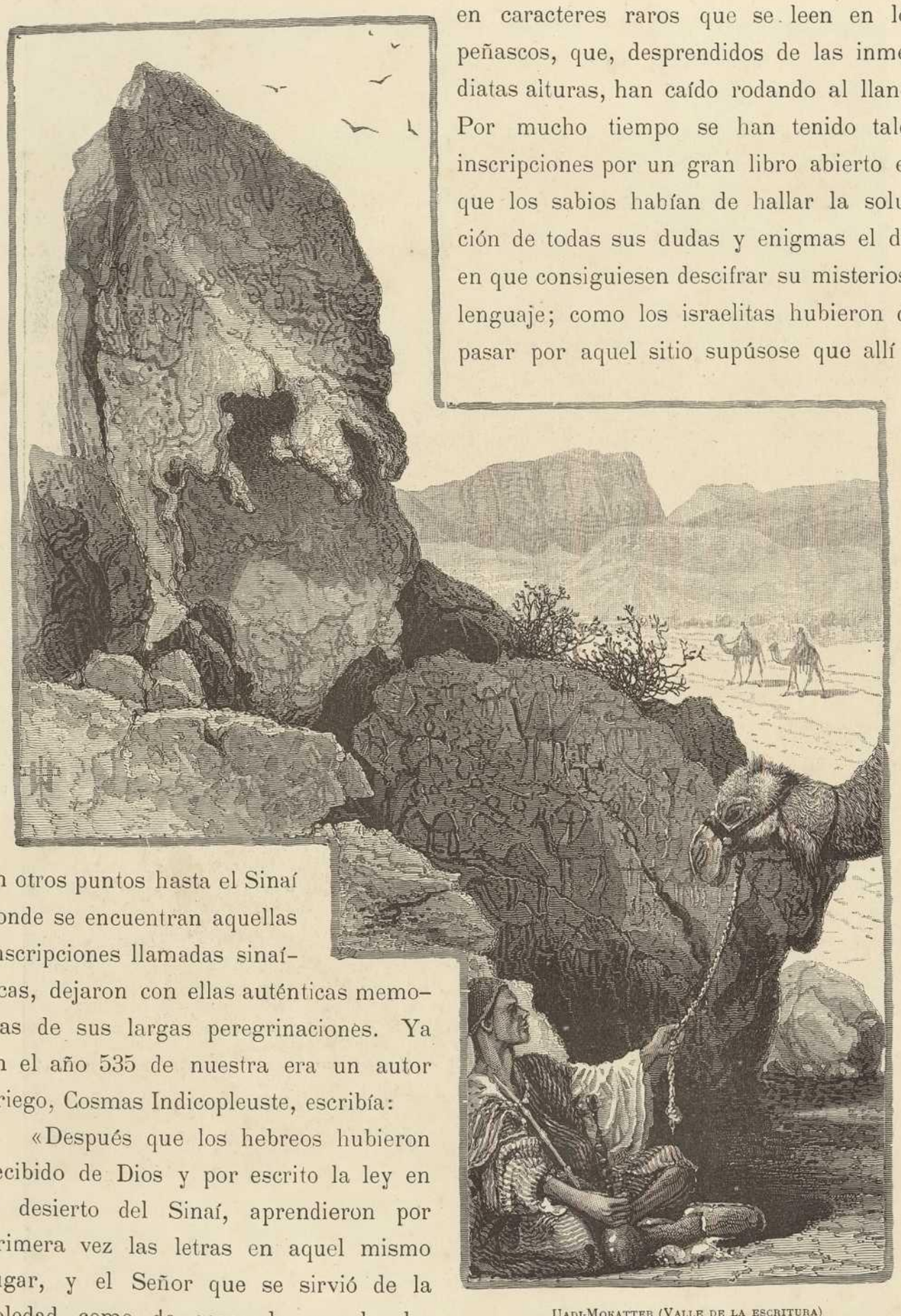
multitud estaban, pues, condenados á perecer de hambre al poco tiempo de su estancia en el desierto á no ser una incesante intervención de la Providencia, la que, al paso



UALI-THAYBEH, EN SU PARTE SUPERIOR

que por su ingratitud á veces los castigaba, no dejaba, sin embargo, de velar paternalmente sobre ellos por ser la bendita nación de la que había de nacer el Mesías prometido.»

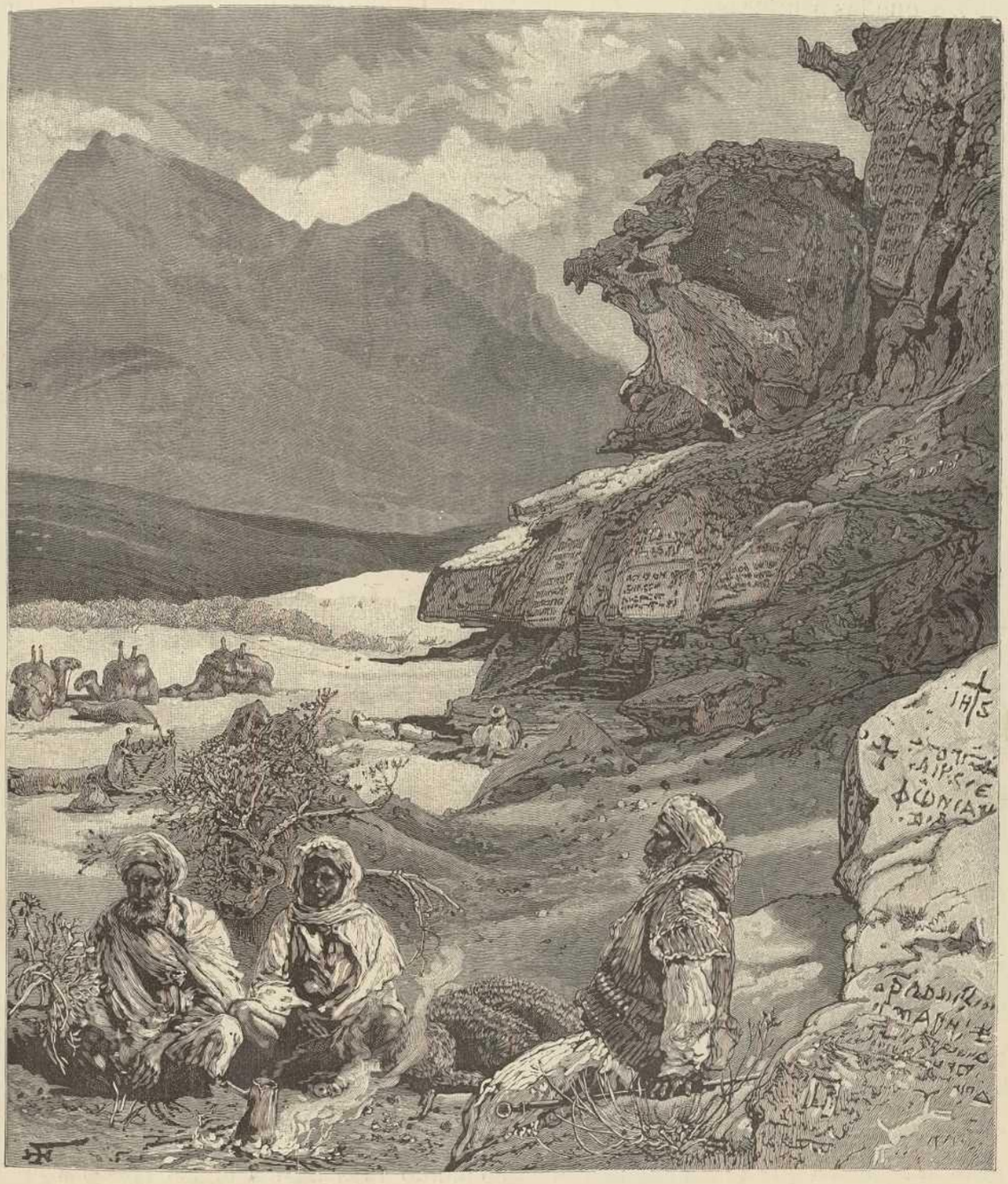
Del desierto de Sin puede salirse por el Uadi-Mokatteb (Valle de la escritura), de unos nueve á diez kilómetros de longitud, que ha sido y es famoso por las inscripciones en caracteres raros que se leen en los peñascos, que, desprendidos de las inmediatas alturas, han caído rodando al llano. Por mucho tiempo se han tenido tales inscripciones por un gran libro abierto en que los sabios habían de hallar la solución de todas sus dudas y enigmas el día en que consiguiesen descifrar su misterioso lenguaje; como los israelitas hubieron de pasar por aquel sitio supúsose que allí y en otros puntos hasta el Sinaí donde se encuentran aquellas inscripciones llamadas sinaíticas, dejaron con ellas auténticas memorias de sus largas peregrinaciones. Ya en el año 535 de nuestra era un autor griego, Cosmas Indicopleuste, escribía:



Uadi-Mokatteb (Valle de la escritura)

«Después que los hebreos hubieron recibido de Dios y por escrito la ley en el desierto del Sinaí, aprendieron por primera vez las letras en aquel mismo lugar, y el Señor que se sirvió de la soledad como de sosegada escuela, les hizo grabar caracteres por espacio de cuarenta años. Por esto en el desierto del Sinaí, en cuantos puntos acamparon los hebreos, vense las peñas desprendidas de los montes

cubiertas de letras grabadas. Yo, que he viajado por aquel país, puedo atestiguarlo. Judíos que las leían nos las explicaban diciendo: *Marcha de esta ó la otra tribu, de fulano ó zutano, en tal año y tal mes;* de manera que son análogas á las que ahora pueden leerse en mesones y hospederías. Para convencer á los incrédulos se han conservado hasta nuestro tiempo.»

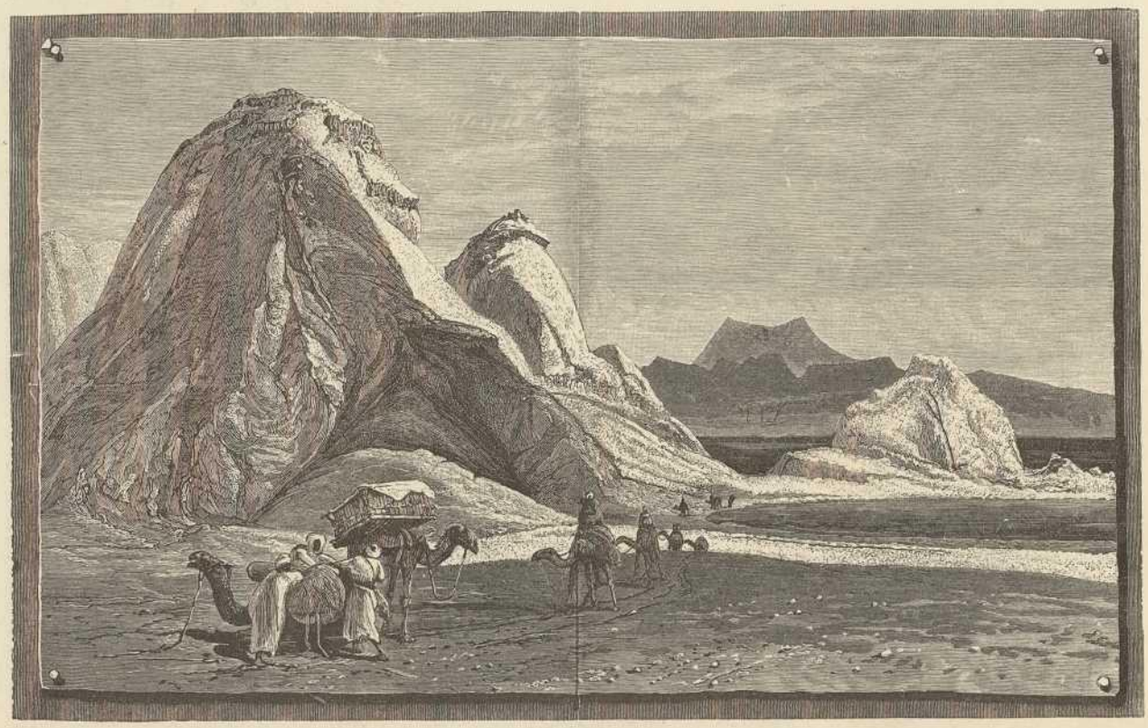


Campamento de Árabes en el Uadi-Mokatteb

La obra de Cosmas permaneció siglos y siglos sepultada entre el polvo de las bibliotecas, hasta que publicada por Montfaucon en el año 1707, despertó aquel interesante pasaje la atención de los eruditos, y sin entrar en el análisis de los numerosos trabajos, á veces contradictorios, que se han publicado sobre este oscuro asunto, especialmente de cincuenta años acá, convendrá indicar en breves palabras los resultados obtenidos

por el sabio orientalista Palmer, que hasta hoy puede considerarse como quien ha dicho acerca del problema la última palabra.

Formando parte de la comisión científica enviada por la Gran Bretaña á la Arabia Petrea en 1868, Palmer pudo recoger unas tres mil inscripciones egipcias y semíticas, aparte de las que aparecen grabadas en otras lenguas, y llegó á descubrir que las semíticas, ó sea las que por lo común son designadas con la denominación de sinaíticas, pertenecen á un alfabeto que califica de transición entre el hebreo vulgar y el árabe antiguo. Observó, además, estudiando atentamente unas doce inscripciones bilingües (sinaíticas y griegas), que de su contextura se desprende haber sido grabadas en una y otra lengua por la misma mano y que por lo tanto pertenecen á una misma época y expresan una sola cosa. Por medio de estas inscripciones



Ras Abu-Zenimeh

bilingües adquirió plena convicción de haber descubierto la clave del alfabeto sinaítico, y esto le permitió descifrar é interpretar sin grandes dificultades la mayor parte de los textos semíticos copiados, todos aquellos por lo menos que no habían sufrido irreparable deterioro por la acción del tiempo ó de los hombres, viniendo por último á descubrir que la mayor parte de las inscripciones llamadas sinaíticas, en vez de contar la gran antigüedad que se les suponía, datan cuando más de los siglos que inmediatamente precedieron y siguieron al establecimiento de la era cristiana. Según el expresado orientalista, tales inscripciones, en lugar de ser páginas inéditas de la Biblia y por lo mismo de capital interés grabadas por los israelitas en las pulidas peñas que á su paso se ofrecían para perpetuar la memoria de sus aventuras por el desierto, proceden sencillamente de gentiles unas, y otras de cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, y consisten las más en leyendas de escasa importancia trazadas con precipita-

ción por viajeros, mercaderes ó peregrinos. Muchas de ellas no constan más que de un nombre propio acompañado de una fórmula ó expresión vulgar, y también á veces de toscos dibujos representando un camello, un asno ó una cabra. Sus principales autores, á juzgar por su escritura é idioma, fueron nabateos.

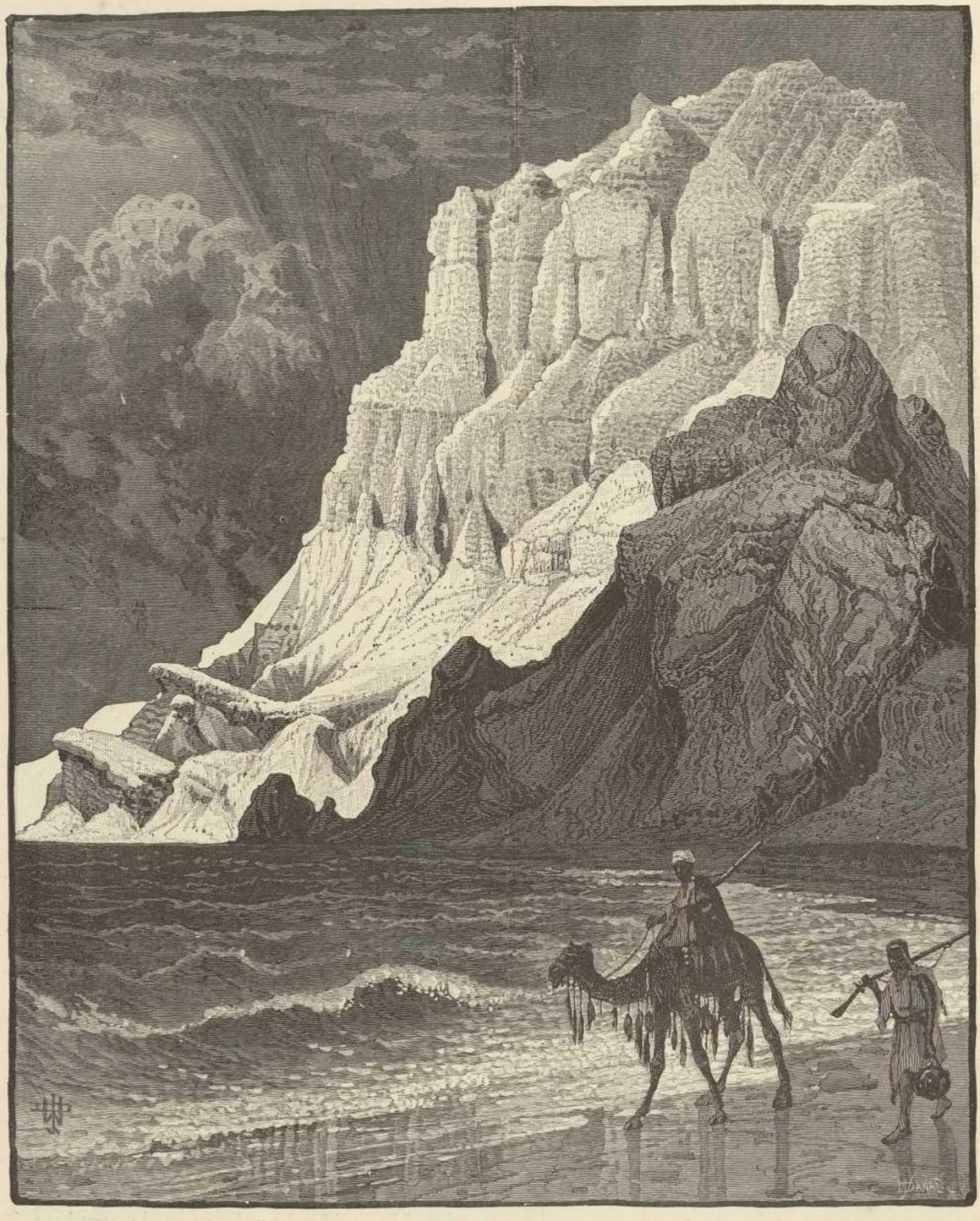
Pero si las inscripciones llamadas sinaíticas tienen relativamente un origen moderno, y si hasta el día ninguna se ha descubierto que pueda ser atribuída á los israelitas como memoria de su paso, no puede decirse lo propio de los jeroglíficos que se encuentran en diferentes puntos de aquella península, y en especial en Maghara y en Sarabit-el-Kadim, sitios que ha de recorrer el viajero que al Sinaí se encamina. De ellos sí puede

Llanura de Markha

asegurarse que datan de remotísima antigüedad, como que los hay en gran número anteriores á la época del Éxodo.

Trasládemonos, pues, á Maghara, situada á poca distancia del Uadi-Mokatteb. El nombre de Maghara significa caverna, y debióse sin duda á las subterráneas galerías allí abiertas por los egipcios en las vertientes del Uadi-Magharah para la explotación del *mafka*, nombre que unos autores traducen por turquesa, otros por cobre, y otros, en fin, por malaquita, allá por los tiempos del rey Snefru, postrer soberano de la tercera dinastía ó primero de la cuarta, que en esto no están acordes los autores, es decir, hace algunos miles de años. Son aquellas galerías muy angostas y tenebrosas y por ellas, sembrado como está el suelo de escombros, sólo es posible andar á gatas; en la entrada de

una de ellas vese una piedra con el nombre de aquel soberano, el cual está representado con la diestra armada con una maza y derribando con la izquierda á un enemigo vencido Este, que parece ser un semita, lleva larga la cabellera, en punta y poblada la barba y



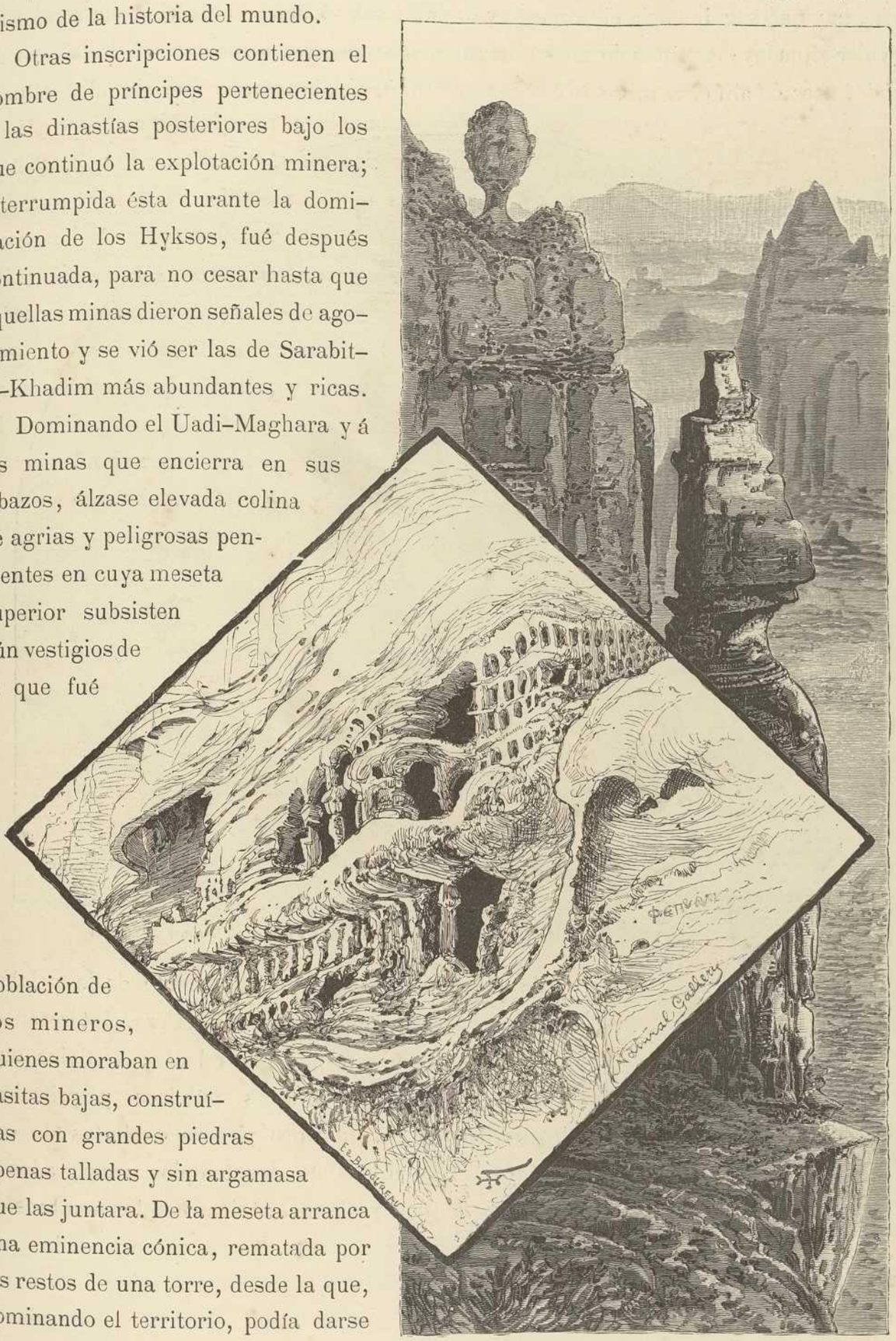
Djebel el-Markha

tiene muy deprimida la frente; pertenecería á la raza de pastores nómadas que vagaban por la comarca y á los que hubieron los egipcios de sujetar antes de dar comienzo á la explotación de las preciosas minas. Junto á la piedra de Snefru, encuéntrase otra con el nombre de su sucesor Kheops ó de Chufu, constructor de la gran pirámide; de modo que

una y otra trasladan el viajero á las primeras edades de la historia de Egipto y por lo mismo de la historia del mundo.

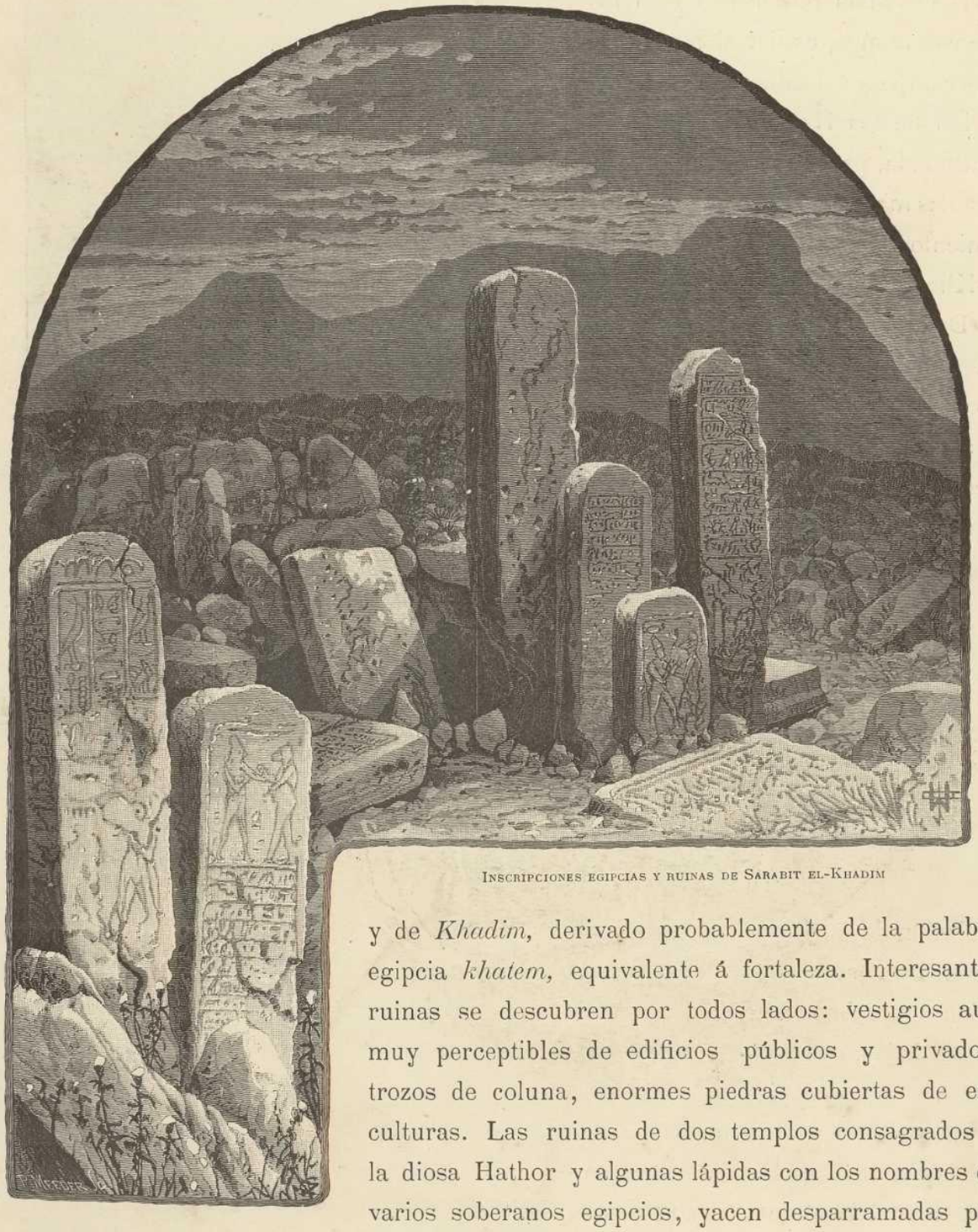
Otras inscripciones contienen el nombre de príncipes pertenecientes á las dinastías posteriores bajo los que continuó la explotación minera; interrumpida ésta durante la dominación de los Hyksos, fué después continuada, para no cesar hasta que aquellas minas dieron señales de agotamiento y se vió ser las de Sarabit-el-Khadim más abundantes y ricas.

Dominando el Uadi-Maghara y á las minas que encierra en sus ribazos, álzase elevada colina de agrias y peligrosas pendientes en cuya meseta superior subsisten aún vestigios de la que fué población de los mineros, quienes moraban en casitas bajas, construídas con grandes piedras apenas talladas y sin argamasa que las juntara. De la meseta arranca una eminencia cónica, rematada por los restos de una torre, desde la que, dominando el territorio, podía darse la señal de alarma en caso de presentarse el enemigo. En la meseta se han encontrado gran número de instrumentos de sílice, como tijeras y martillos.



GALERÍAS SUBTERRÁNEAS NATURALES DE SARABIT EL-KHADIM

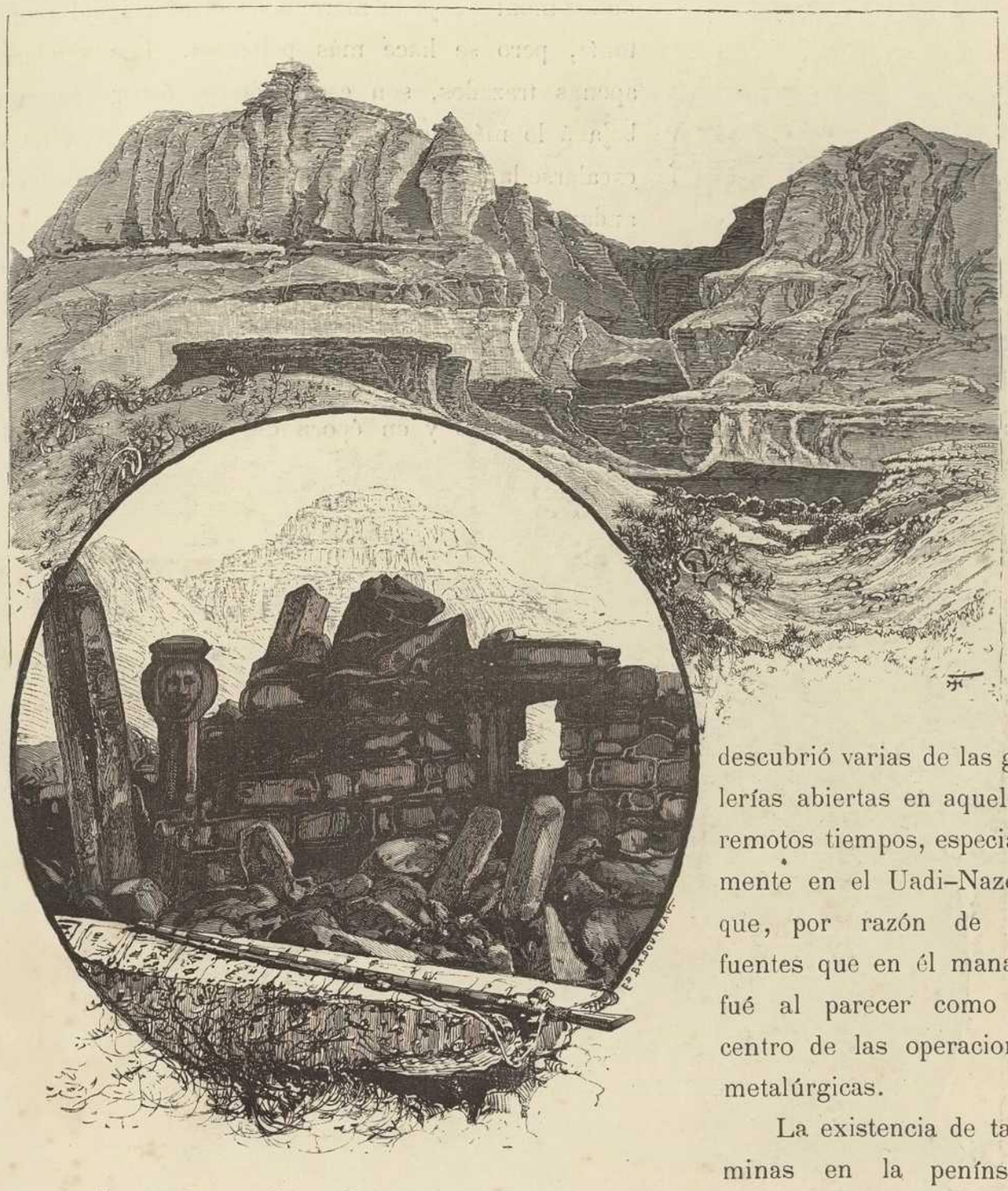
Para llegar de Maghara á Sarabit el-Khadim, centro minero también de importancia, hay que seguir hacia el nordeste y durante seis ó siete horas riscosos senderos, por estar situadas las minas en medio de escarpados montes, semejantes á fortalezas de fácil defensa; de ahí el nombre de *Sarbat* ó *Sarabit,* palabra árabe que significa altura,



Inscripciones egipcias y ruinas de Sarabit el-Khadim

y de *Khadim,* derivado probablemente de la palabra egipcia *khatem,* equivalente á fortaleza. Interesantes ruinas se descubren por todos lados: vestigios aun muy perceptibles de edificios públicos y privados, trozos de coluna, enormes piedras cubiertas de esculturas. Las ruinas de dos templos consagrados á la diosa Hathor y algunas lápidas con los nombres de varios soberanos egipcios, yacen desparramadas por la meseta de un collado que se eleva doscientos y setenta metros sobre los inmediatos valles. La inscripción jeroglífica allí descubierta hace saber que los trabajos comenzaron en Sarabit en el reinado de Amenemha II, de la dinastía duodécima; abandonados cuando la conquista de Egipto por los Hyksos, se emprendieron de nuevo reinando Thutmes III y continuaron por espacio de largo tiempo hasta la

época de Ramsés IX. Minas de turquesas, de hierro y de cobre se prolongan á larga distancia por las colinas y por los valles que rodean las ruinas de los templos antes dichos, en los que se congregarían sin duda en determinados días los infelices cautivos condenados á la penosa explotación. La comisión inglesa poco há mentada,



Ruinas de Sarabit el Khadim.—Restos de uno de sus templos

descubrió varias de las galerías abiertas en aquellos remotos tiempos, especialmente en el Uadi-Nazeb, que, por razón de las fuentes que en él manan, fué al parecer como el centro de las operaciones metalúrgicas.

La existencia de tales minas en la península sinaítica y en tan lejana época, dice M. Vigouroux *(La Biblia y los descubrimientos modernos)*, arroja gran luz sobre una parte de la historia de los hebreos en el desierto; desde su descubrimiento ya no puede haber lugar á asombro de que hubiesen en el Sinaí trabajado los metales, así para fundir el becerro de oro como para labrar los diferentes utensilios destinados al servicio del tabernáculo, en cuanto consta que los egipcios, que fueron sus maestros, lo verificaban diariamente á poca distancia del monte Horeb, en Sarabit-el-Khadim, y

lo habían verificado antes en Maghara. De esta manera quedan anonadadas las impugnaciones que sobre este punto experimentó en el siglo último el relato de Moisés.

Desde que penetra el viajero por los desfiladeros de los montes deja la marcha de ofrecer igual monotonía, pero se hace más peligrosa. Los senderos, apenas trazados, son escarpados y ásperos; ora se baja á lo más hondo de sombría cañada, ora ha de escalarse la riscosa ladera del monte. A veces ha de andarse por angosto camino, con la tajada peña á un lado y el horrible precipicio en el otro, al paso que en ciertos puntos la senda se desliza tan encajonada entre altas moles de granito que sólo se ve el cielo como una cinta azul de irregulares cortes. En invierno y en época de aguas es muy peli-

Minas de Maghara

groso andar por aquellos sitios: cuando son las lluvias más abundantes é impetuosas que de costumbre, precipítanse con irresistible fuerza de las cumbres y vertientes de los

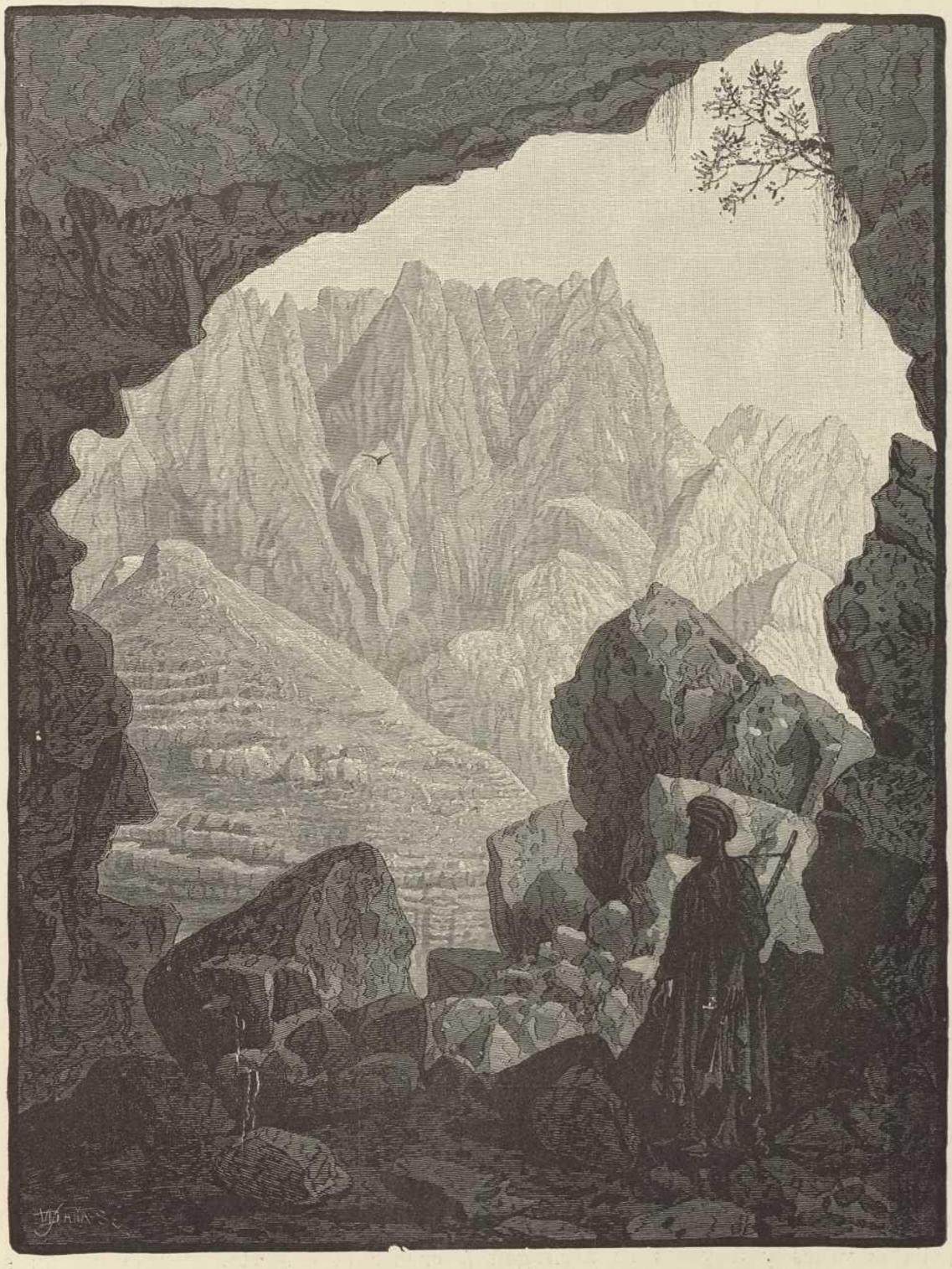
H. FENN, PINXT

C. COUSEN, SCULPT

MONTE KANATA.- DESFILADERO DE MAGHARAH.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

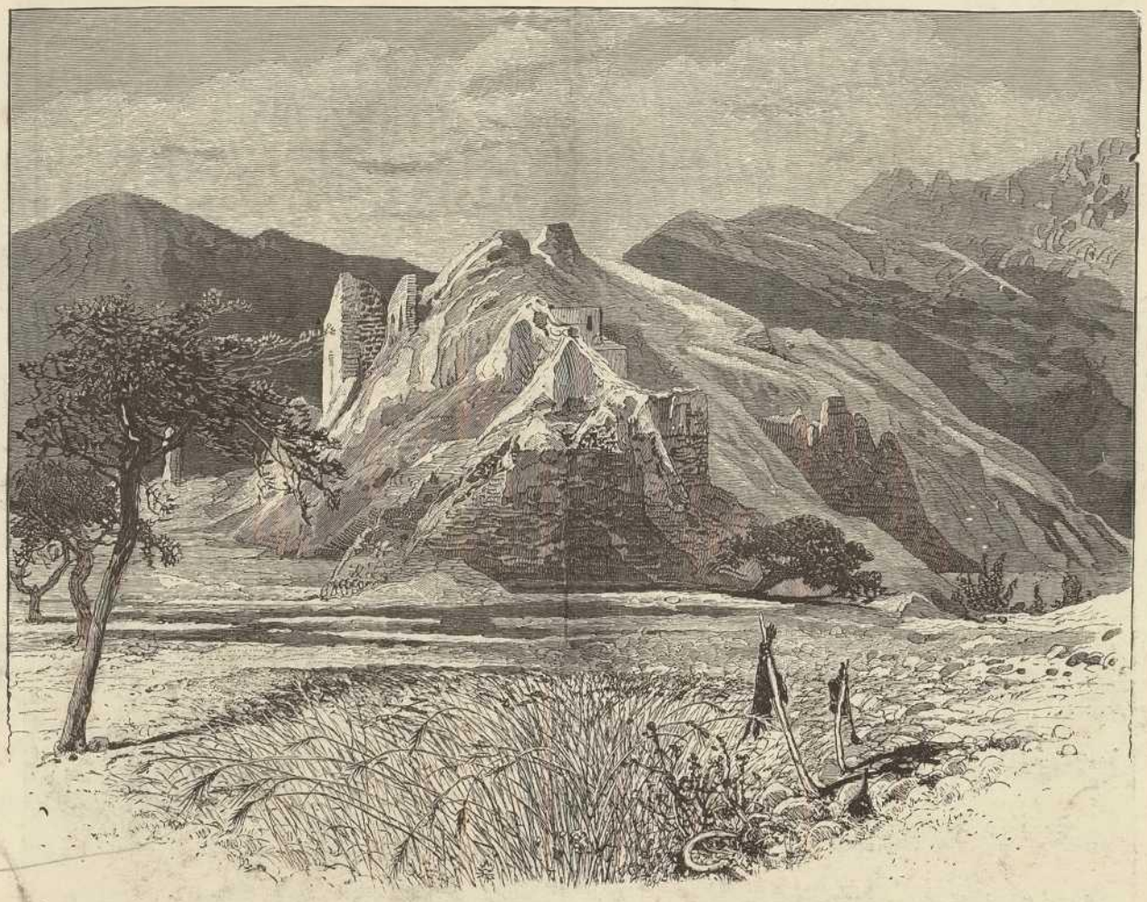
montes, donde no las contiene ni estorba su curso ninguna clase de vegetación; en momentáneos y repentinos ríos penetran por valles y cañadas como torrentes furiosos y arrastran cuanto á su paso encuentran, formando extensas inundaciones, á las que



Rocas de Maghara

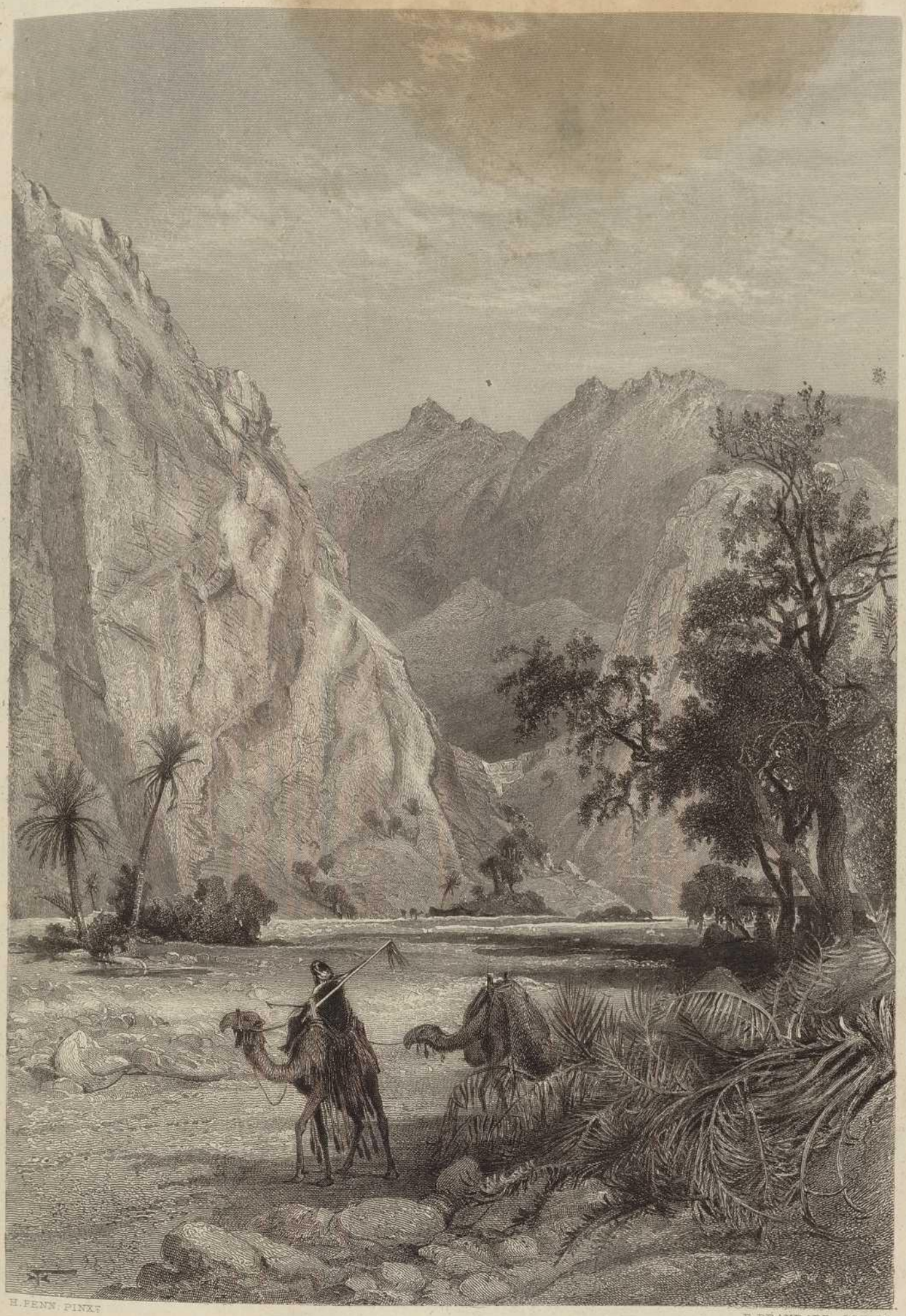
dan los árabes el nombre de *Seil*. Afortunadamente, á las pocas horas vuelve á lucir el sol, el cielo sonríe de nuevo á la tierra, y los uadis, desolados y otra vez secos, vuelven á ofrecer paso á las caravanas y lugar de campamento á los beduinos.

Al fin el desfiladero va ensanchándose, y convertido en valle, los primeros árboles del Uadi-Farán ó Feyrán alegran el selvático cuadro. Es aquel uadi, que mide unos veinte kilómetros, el más bello y regalado oasis de la península sinaítica, y los beduinos de la comarca lo miran como su paraíso en la tierra; por él serpentea en infinitas revueltas un riachuelo que en invierno lleva buen caudal de agua y que no se seca del todo ni aun en verano. Las puras y cristalinas fuentes que allí brotan mantienen con sus aguas fecundantes rica vegetación, á la que dan sombra bosquecillos de palmas, tamariscos y acacias (véase el grabado de la pág. 4). Enormes depósitos de tierra rojiza



RESTOS DE LA ANTIGUA FARÁN.—EL MAHARRAD CON SUS RUINAS

y arcillosa que se apoyan por ambos lados en los gigantescos muros del valle hasta una altura de veinte á treinta metros han movido á pensar á M. Lepsius que el uadi fué antiguamente un lago, cuyas aguas, antes de abrirse paso, formaron aquellos aluviones inmensos. Cabañas, tiendas y numerosos rebaños le comunican pintoresco aspecto; como Jethro, suegro de Moisés, y como los patriarcas, los habitantes de la comarca son por lo general pastores; llegado el verano pastan el ganado por los inmediatos valles y á veces se arriesgan á cruzar el desierto. Por lo común son robustos, altivos y celosos de su independencia; miran con recelo al extranjero que visita sus campamentos, y su desconfianza se trueca fácilmente en hostilidad. Su traje consiste en una túnica de lana sin mangas, de rayas blancas y negras, y calzan sandalias sujetas con cordones de lana. Las mujeres usan largos vestidos de lienzo;



H. PENN. PINXT

E. BRANDARD. SCULPT

EL DESFILADERO DE FEIRAN.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

una especie de pañuelo negro les cubre el rostro, excepto los ojos, y van tocadas con largos y blancos velos. Su joya predilecta es un collar de abalorios azules.

Allí se elevó la ciudad de Farán ó Feyrán, la única que ha exsitido en la península, y de la cual ha tomado nombre la comarca; en la cumbre de un peñón de treinta metros de altura vense las ruinas de un monasterio que se encuentra citado ya á fines del siglo IV como sede episcopal y después arzobispal, habiendo perdido tal carácter cuando Justiniano construyó el gran convento del Sinaí, á mediados del siglo VI. Al pié de la peña yacen aún vestigios de la iglesia, y la ciudad, cuyo origen se ignora y que citada por Ptolomeo era visitada por los peregrinos en los siglos XII, XIII y XIV, se alzaba en la inmediata vertiente; allí moraban gran número de monjes, atraídos por los altos

ROCAS LLAMADAS HESI EL-KHATTATIN, EN EL UADI-FEIRÁN

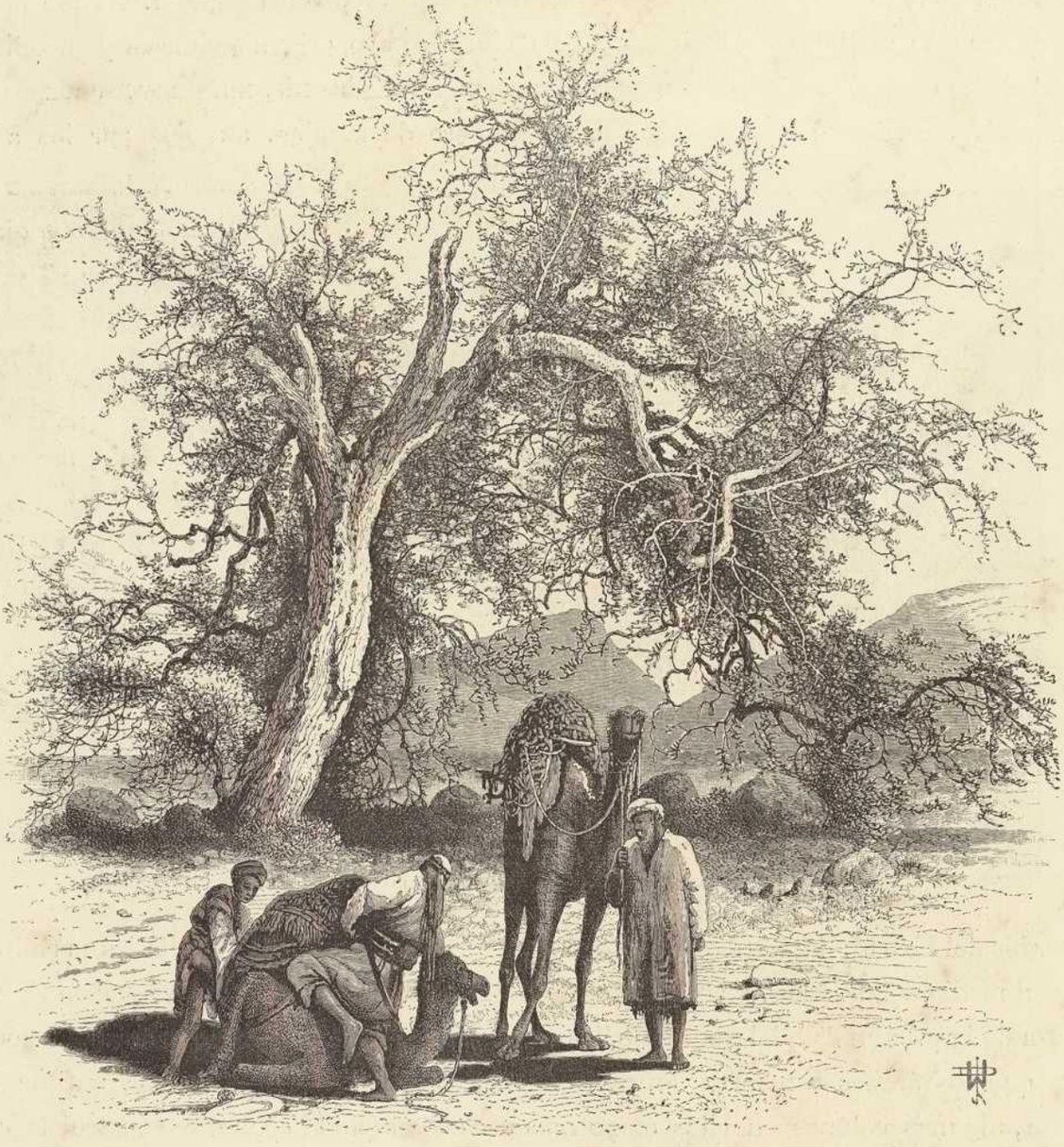
recuerdos del Éxodo; la fertilidad y los inagotables manantiales del valle les permitían vivir en medio del desierto, y además podían fácilmente procurarse provisiones de Egipto á causa de la proximidad del puerto de Tor, en el mar Rojo; de ella quedan unas pocas casas que los árabes convierten en corrales y graneros, y las gruesas piedras que las forman, algunas columnas en ellas empotradas prueban que la ciudad se construiría con los materiales de otra más antigua.

El oasis de Farán causa en el viajero, después de cruzar el desierto, impresión gratísima, y su apacible sombra le hace olvidas las pasadas fatigas. Natural era, pues, que el ameno lugar situado en medio de tanta esterilidad fuese ocupado desde los tiempos más remotos, y los amalecitas, que se hallaban poseyéndolo antes del paso de los hebreos, disputaron á éstos su entrada por el lado del oeste, cuando después de largas y penosas marchas esperaban los fugitivos poder tomar descanso en sus agradables bosquecillos.

Los amalecitas salieron en son de guerra contra los hijos de Israel, y Moisés dijo á Josué:

—Escoge los hombres más valerosos y llévalos á la pelea; yo, teniendo en la mano la divina vara, estaré en la cumbre del collado.

Josué cumplió el encargo, y se empeñó el combate al tiempo que Moisés, Aarón y Hur subieron á la inmediata altura.



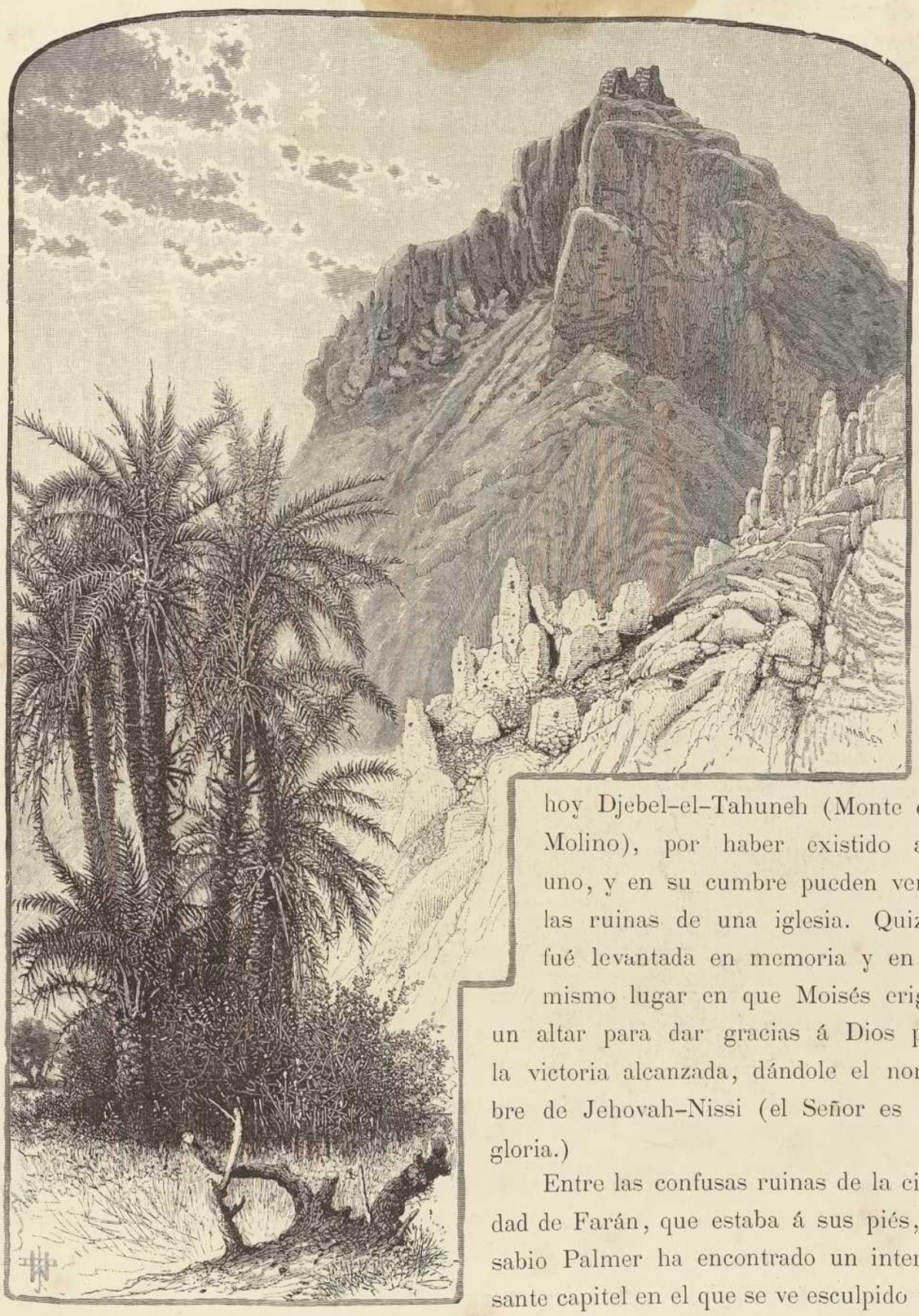
Acacia seyal en el uadi-Feirán, árbol citado en la Biblia con el nombre de Chittah

Y cuando Moisés alzaba las manos al cielo vencía Israel; pero cuando fatigado las bajaba, triunfaba Amalec. Por esto, arrimando una piedra junto á él para que se sentara Aarón y Hur sostenían le á uno y otro lado los brazos levantados á Dios, y así pudo tenerlos hasta que se ocultó el sol.

Josué puso en fuga á los amalecitas y los pasó á filo de espada.

El cerro al que, según distintos autores y entre ellos la comisión inglesa citada,

subió Moisés para presenciar la batalla que había de abrir á los hebreos el camino del Sinaí, se eleva doscientos y treinta metros sobre el nivel del valle; llámase



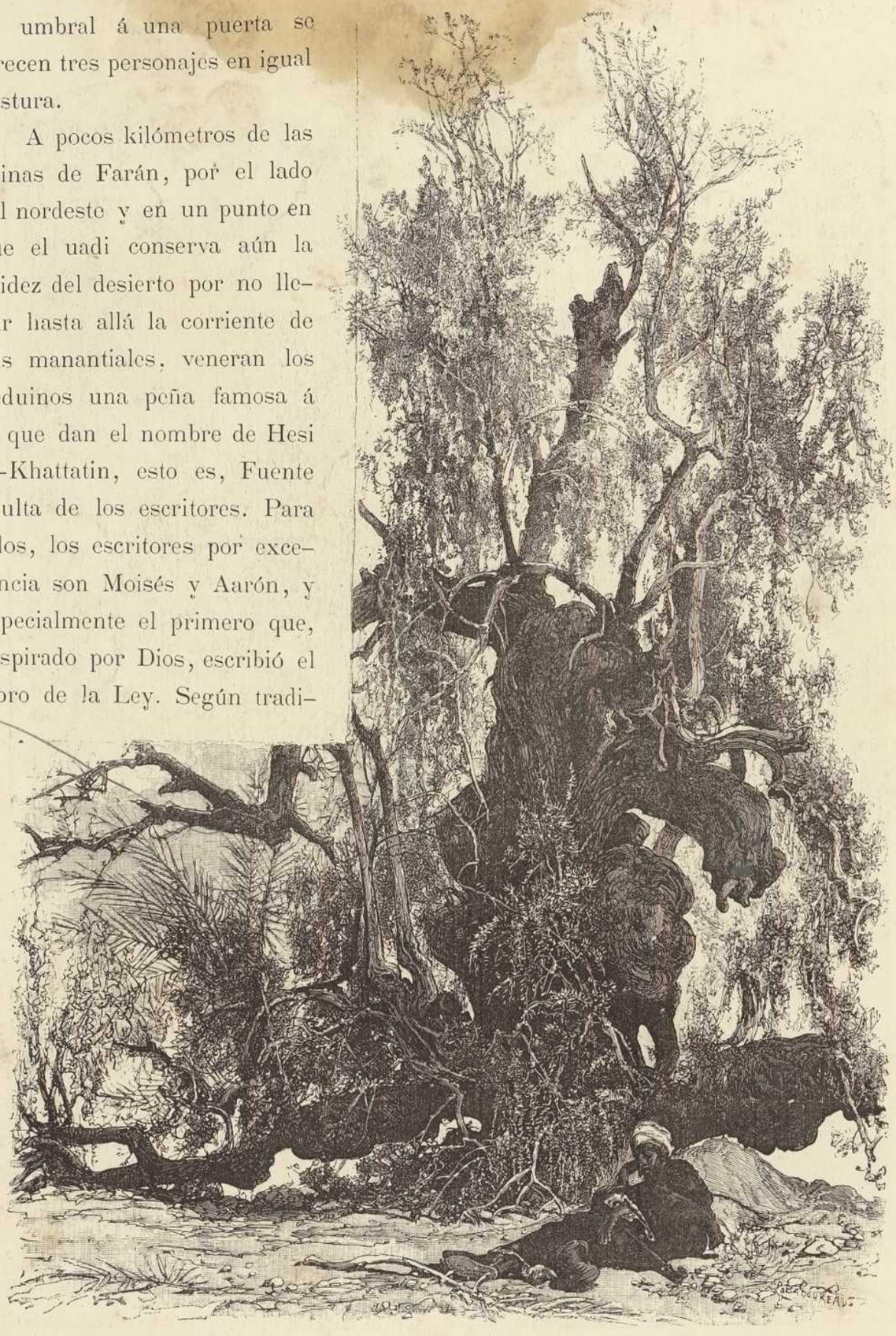
Djebel-et-Tahuneh (Montaña del Molino)

hoy Djebel-el-Tahuneh (Monte del Molino), por haber existido allí uno, y en su cumbre pueden verse las ruinas de una iglesia. Quizás fué levantada en memoria y en el mismo lugar en que Moisés erigió un altar para dar gracias á Dios por la victoria alcanzada, dándole el nombre de Jehovah-Nissi (el Señor es mi gloria.)

Entre las confusas ruinas de la ciudad de Farán, que estaba á sus piés, el sabio Palmer ha encontrado un interesante capitel en el que se ve esculpido un hombre vestido con túnica y con los brazos levantados en actitud de orar, es decir, tal como el Éxodo nos representa á Moisés durante la batalla, llamada de Rafidim, del nombre del lugar en que acam-

paban los hebreos al ser atacados por los amalecitas. En un bajo-relieve que servía de umbral á una puerta se ofrecen tres personajes en igual postura.

A pocos kilómetros de las ruinas de Farán, por el lado del nordeste y en un punto en que el uadi conserva aún la aridez del desierto por no llegar hasta allá la corriente de sus manantiales, veneran los beduinos una peña famosa á la que dan el nombre de Hesi el-Khattatin, esto es, Fuente oculta de los escritores. Para ellos, los escritores por excelencia son Moisés y Aarón, y especialmente el primero que, inspirado por Dios, escribió el libro de la Ley. Según tradi-

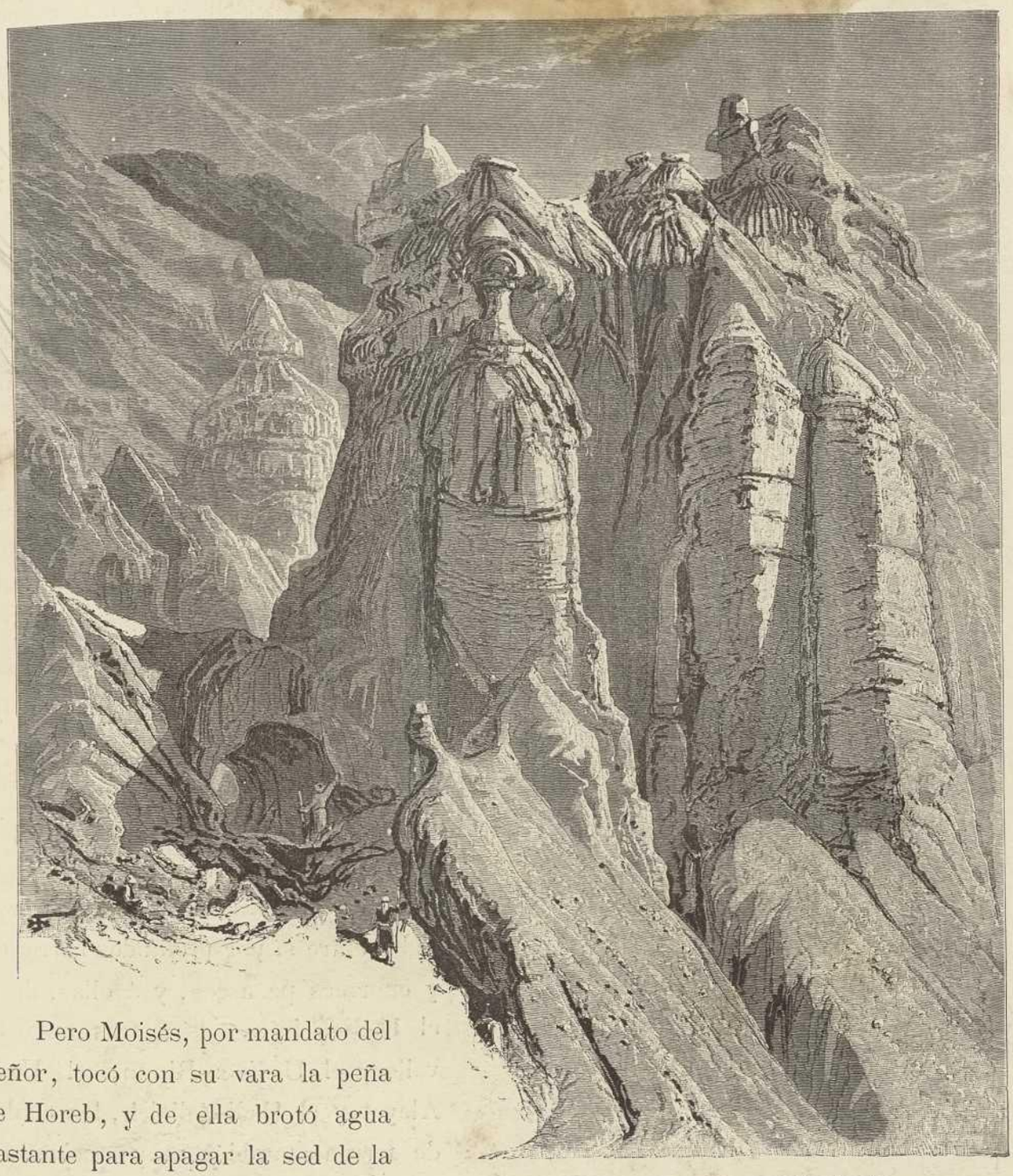


Grupos de tamariscos en el Uadi-Feirán

ción, de aquella peña, herida por la vara de Moisés, brotó milagrosamente el agua que apagó la sed de los hijos de Israel.

Acampados éstos en Rafidim, dejado á la espalda el desierto de Sin, no tenían agua para beber, y amotinados contra Moisés, le decían:

—Danos agua. ¿Nos has hecho salir de Egipto para matarnos de sed?



Terrenos de aluvión en el Uadi-Feirán

Pero Moisés, por mandato del Señor, tocó con su vara la peña de Horeb, y de ella brotó agua bastante para apagar la sed de la muchedumbre.

En el texto hebreo es llamada aquella peña *Massah-Meribah*, esto es, tentación, murmullo.

«La antigua é inmemorial costumbre, dijo la comisión inglesa, que consiste en que todo el que pasa deje una piedrecita en los sitios famosos por alguna leyenda, indicando así que no tiene en olvido el lugar ni la tradición á él referente, tal costumbre es observada por los beduinos siempre que pasan por Hesi el-Khattatin, y así es como se ven llenos de pequeños cantos las rocas de las inmediaciones. Dicen los árabes que, después

de apagar la sed en la milagrosa fuente, los israelitas se sentaron y se entretuvieron en arrojar piedras á las cercanas peñas; y de ahí la práctica moderna usada en memoria de este hecho con el especial objeto de alcanzar la protección de Moisés en favor de los parientes y amigos enfermos.»

Una fuente en el Uadi-Feirán

La peña de Horeb es una roca de granito aislada en tierra árida y seca. Una hendidura ancha, pero poco profunda, corre por ella de arriba abajo. Los árabes, como en la época de Moisés, como en la de David, dánle el nombre de *piedra de la tentación.*

Por la parte de poniente y á poca distancia de las ruinas de Farán, el Djebel-Serbal alza sus escarpadas laderas y sus graníticos y nevados picos; cinco son los principales, y el más alto, el occidental, que se levanta sobre el nivel del mar á dos mil sesenta y dos metros, forma un enorme cono de granito; desde su altura abarca la vista la península entera. El pico septentrional es el más bajo.

Las cumbres del Serbal están separadas entre sí por profundos barrancos y enormes peñascos, y á ellas, desde el Uadi-Feirán, guían tres angostos valles, el Uadi-er-Rimm, el Uadi-Aleyat y el Uadi-Adjeleh, los cuales, de terreno también muy quebrado y erizado de rocas, no pueden servir para campamento de caravanas algo considerables. Por sus líneas atrevidas, por su forma áspera y austera, por sus cimas que se lanzan á los aires como gigantescas agujas, por su imponente y aislada masa es el Djebel-Serbal uno de los montes más notables de la península. Los pocos viajeros que han logrado escalar sus varias cumbres han visto

J.D.WOODWARD. PINXT

S. BRADSHAW. SCULPT

EL MONTE SERBAL DESDE EL DESFILADERO DE FEIRAN.

ESPASA Y CÔMPª EDITORES BARCELONA.

Maria Elisa Maria Jesus

Candido Daniel Zulema

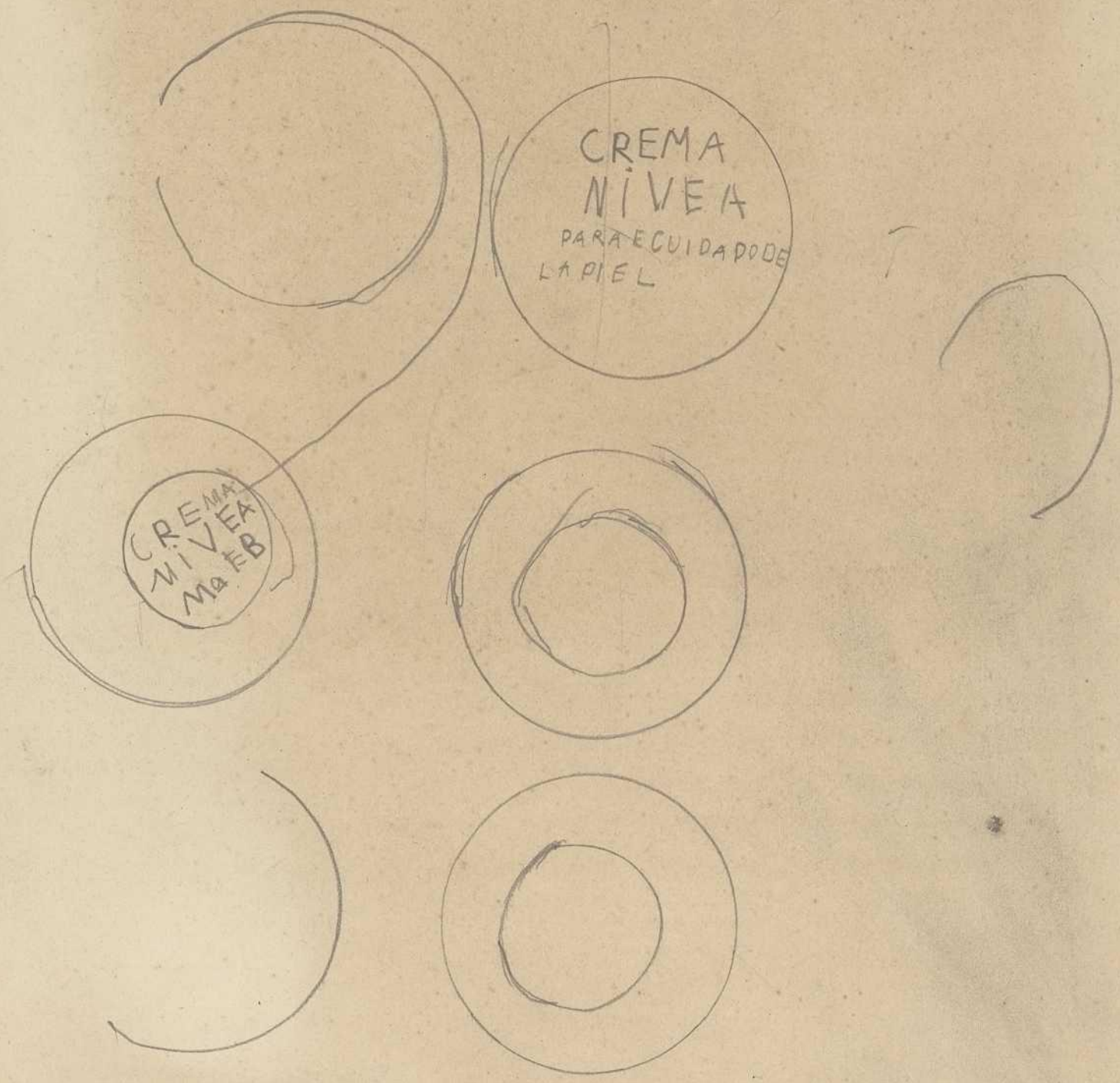
Paco Mari Glori Liodoro

Ruper Pedrito Mari Carmen

Asun Julian Carmelo Mari

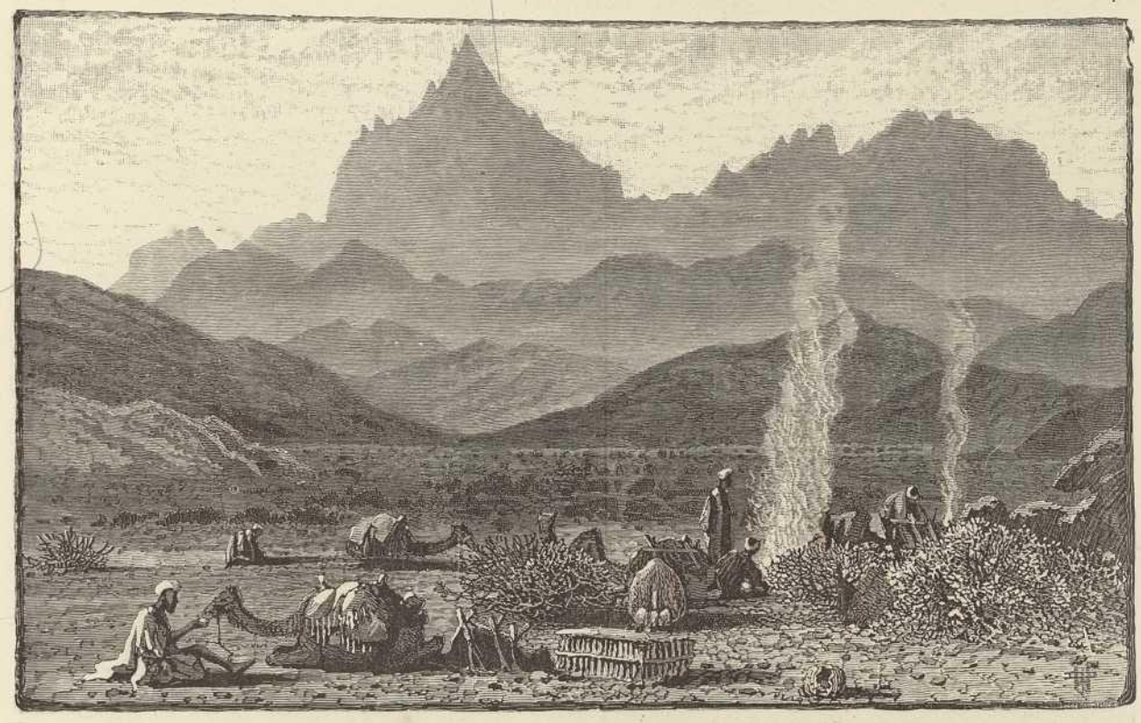
Bego Mari Jose Elisa Laurcia

Juanillo Martin Merche



43

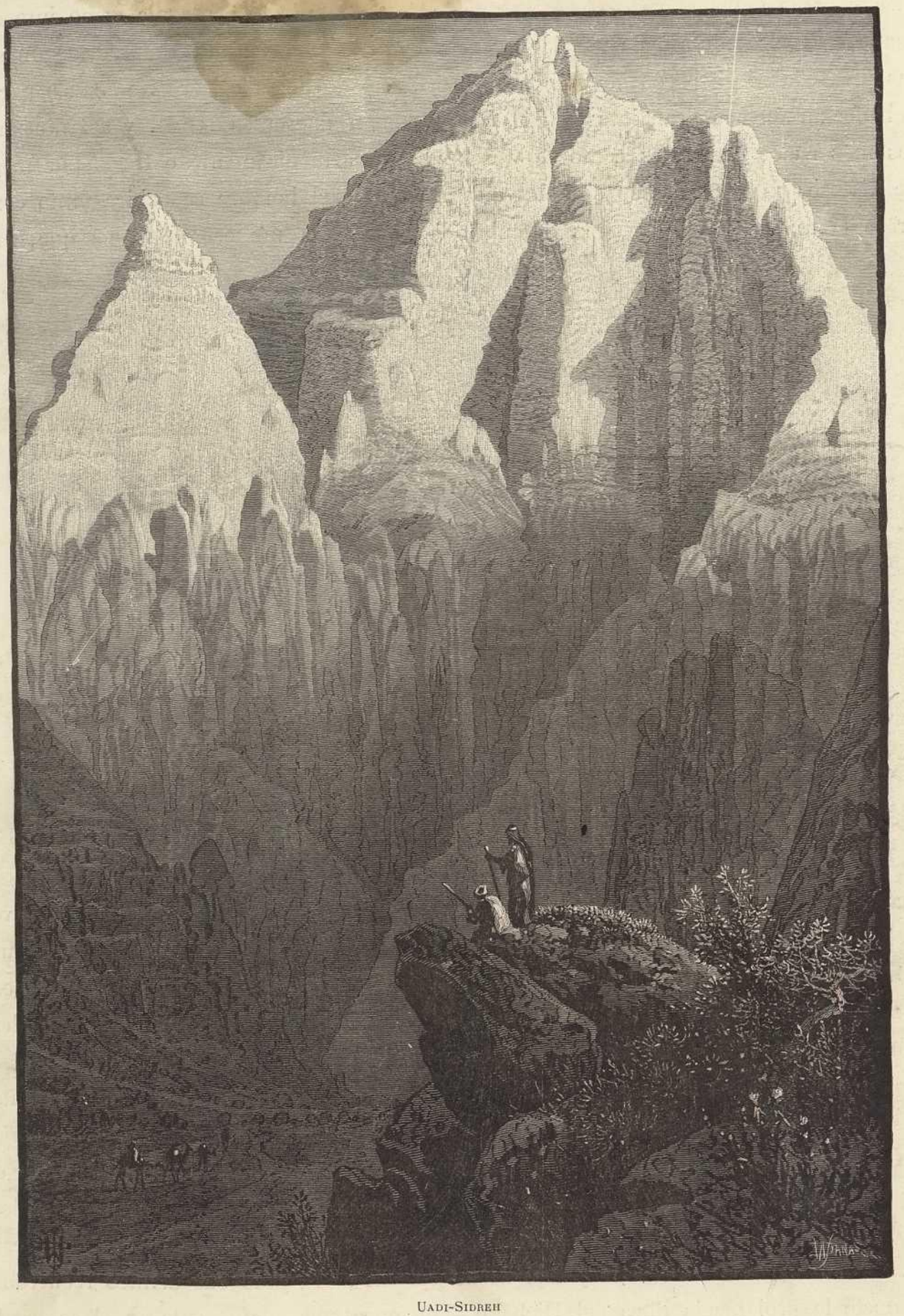
allí vestigios de edificios de época ignorada y algunas inscripciones sinaíticas, y ensalzan todos á porfía el incomparable panorama que á sus ojos se ha ofrecido. En efecto, desde aquel elevado observatorio contémplase toda la península como inmenso mapa de realce, iluminado por la naturaleza misma con variados colores, según son las montañas de asperón, de granito, de pórfido ó de tierra calcárea. Bañadas por el sol afectan formas grandiosas y fantásticas, toman diferentes tonos, y así muestran los más rudos contrastes como se van fundiendo armónicamente entre sí por medio de vistosos matices. Desde aquellas alturas en que el hombre se achica tanto como crece la majestad del Creador, descubre la vista gran número de uadis que, cual



Beidhat-Umm-Takhah, tomado desde el monte Serbal

otras tantas arterias, irradian por aquel laberinto de montañas y permiten atravesarlo. Al oeste divísase á lo lejos la azulada superficie del golfo de Suez, y aun más allá alcánzanse á ver los montes de Egipto; al suroeste la dilatada y arenosa planicie de El-Kaa extiende á lo largo de la playa su triste y monótona aridez; aquella mancha de color verdoso en que los ojos descansan complacidos es el oasis de Tor, en el día mísera aldea rodeada de bosquecillos de palmeras, pertenecientes en gran parte al monasterio del Sinaí. Su puerto, formado por bancos de coral, ofrece resguardado anclaje, y lo domina el Djebel-Hamman-Sidna-Musa (monte de los baños de nuestro señor Moisés), en el que brotan manantiales de aguas termales, y en sus calcáreas vertientes se abren numerosas grutas de anacoretas. Al este álzase el Sinaí con toda la majestad de su colosal mole y de sus divinos recuerdos; al norte la prolongada línea del Djebel et-Tih, que toma suavemente en el centro la configuración de arco, preséntase como muro que cierra el horizonte, terminado por el lado del sur con ancha faja de arena llamada Debbet-er-Ramleh.

Creen varios y distinguidos críticos ser el nombre de Serbal corrupción de *Ser–Baal,* el Señor Baal; de ser así habría estado consagrado este monte al Júpiter del Panteón

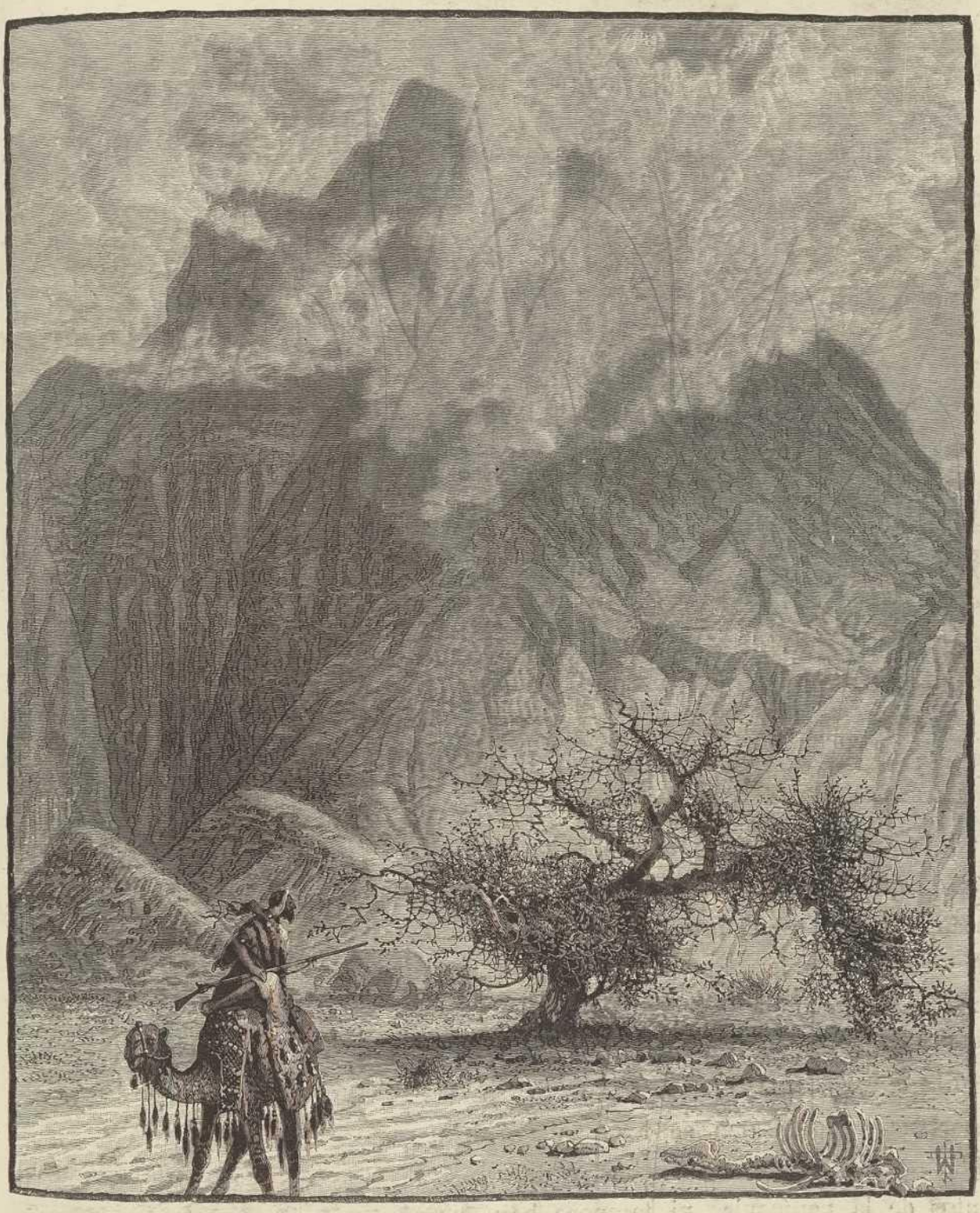


Uadi-Sidreh

cananeo, pero el docto orientaliste Palmer opina que la denominación de Djebel–Serbal significa sencillamente *Monte de la cota de Malla,* y la debe al aspecto que en la

época de lluvias ofrecen las graníticas peñas que lo forman. El agua que se desliza y corre por sus brillantes laderas, hácelas para los árabes semejantes á una especie de cota de malla.

En el año 530 de nuestra era Cosmas, apellidado Indicopleuste á causa de sus



Desembocadura del Uadi-Nakb-Badebah en el Seih-Sidreh

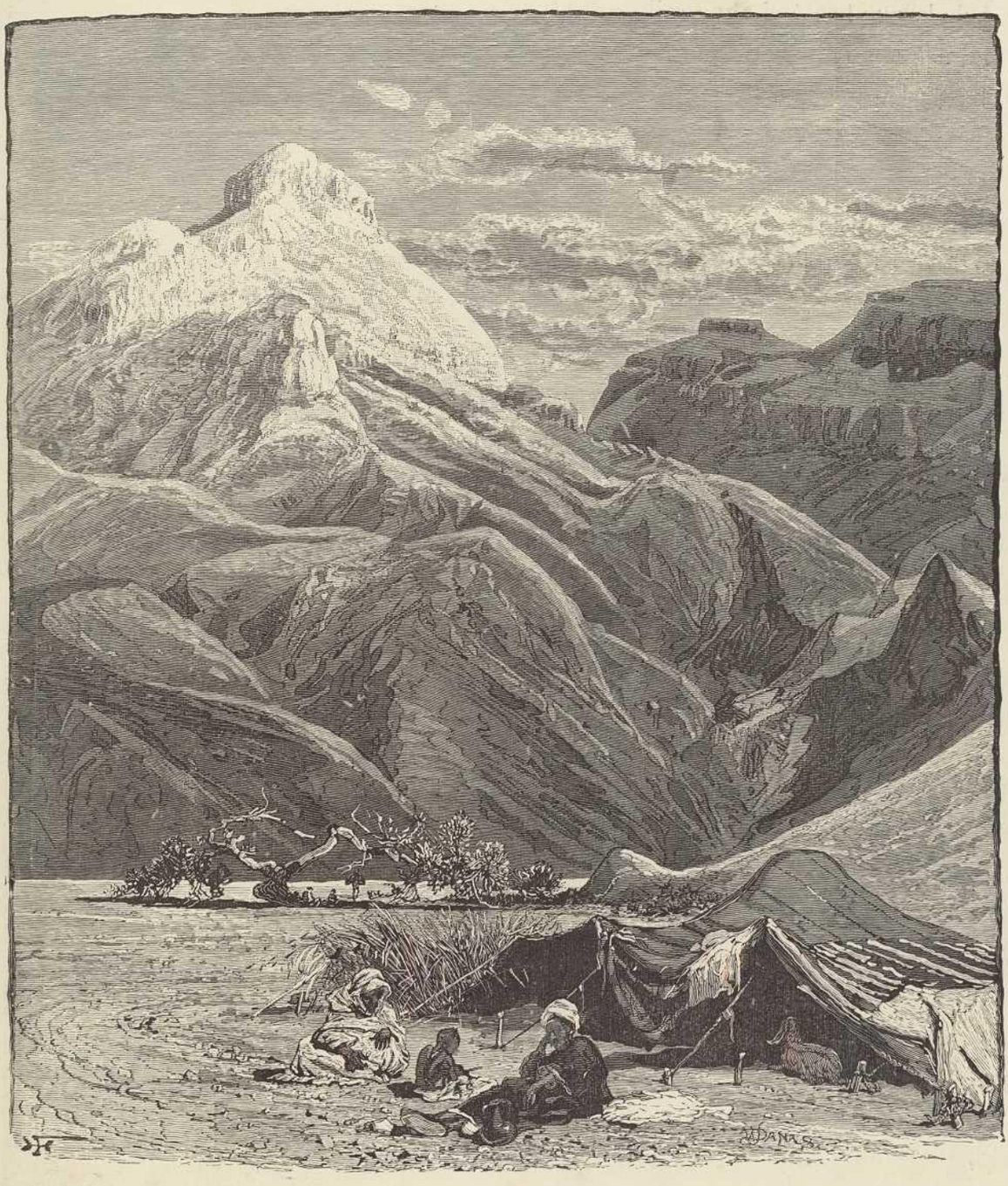
viajes á las Indias, en su obra titulada: *Topografía cristiana,* ó *Sentimiento de los cristianos acerca del mundo,* colocó el Sinaí inmediato á Farán, y de ahí que entre algunos autores se haya formado y prevalezca la teoría de ser el Serbal el famoso monte que sirvió de trono al Señor para la promulgación de su Ley.

Alegan, entre otras cosas, el gran número de inscripciones sinaíticas que allí se encuentran, y sostienen que así lo creyeron los primeros cristianos y que como

Camino practicable en el Nakb-Baderah

á tal lo veneraron; pero además de que, de adoptarlo así, varias de las estaciones del itinerario de los israelitas que se tienen hoy por fijadas de un modo indubitable habrían de ser modificadas, ni las inscripciones sinaíticas, conforme hemos visto, tienen la importancia capital que se les atribuyó, sin contar que las hay en muchos y diferentes puntos de la península, ni tampoco hay que fiar absolutamente en las tradiciones de los primeros cristianos que, con el transcurso de quince siglos, podían muy bien haberse alterado. Además, ¿es positivo que tal tradición existiera? Las ruinas del Uadi-Feirán y los diferentes monasterios que desde los primeros siglos de la Iglesia hubo en la

ciudad de Farán no bastan á probar que fuese tenido el monte Serbal como sitio de la promulgación del Decálogo, antes al contrario los restos de esculturas hallados entre las ruinas por los últimos exploradores ingleses atestiguan, según hemos dicho, la creencia en que estaban los moradores de Farán de ocupar el lugar en que se empeñó la batalla de Rafidim.



Uadi-Chellal (valle de los Caracteres)

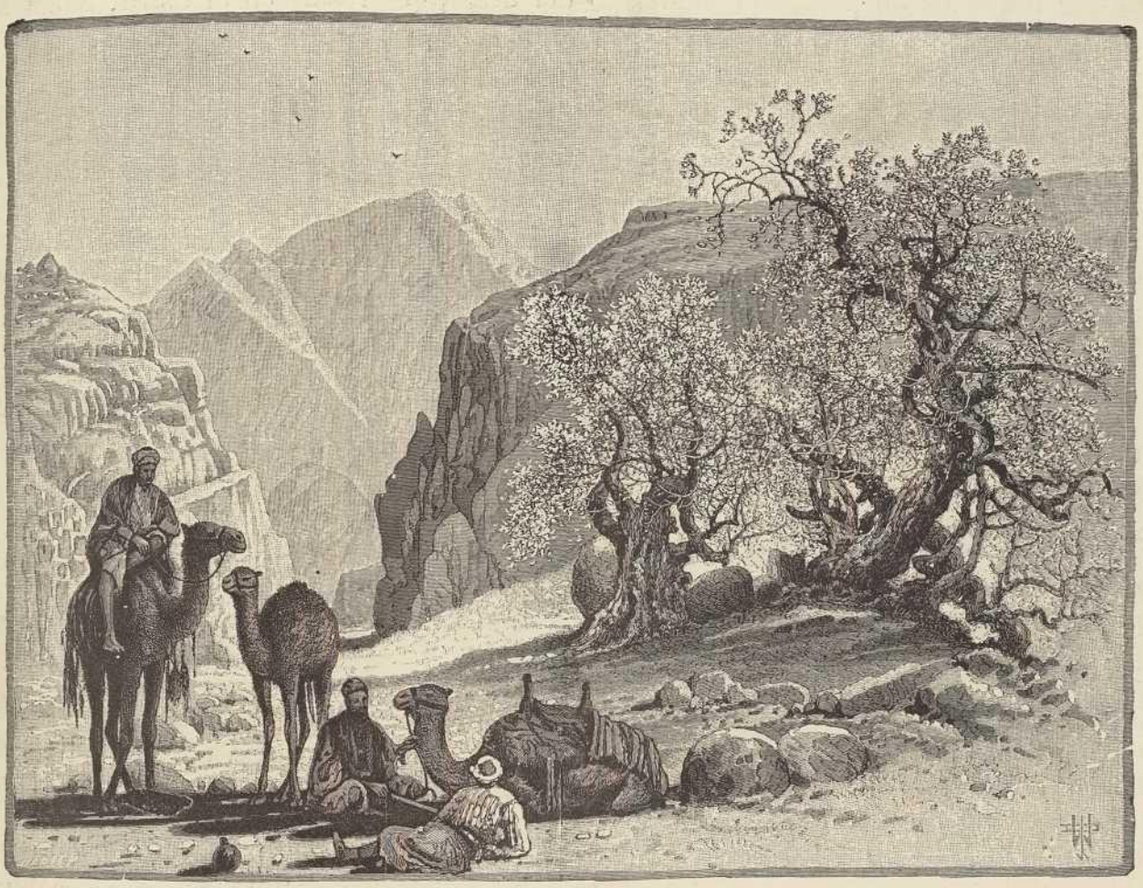
Además, al testimonio de Cosmas puede oponerse el de Silvano, Ammonio, san Nilo, Procopio y otros muchos, los cuales, en conformidad á la tradición general, señalan claramente, no el monte Serbal, sino el Djebel-Musa como el verdadero y auténtico Sinaí. Lo mismo proclama la tradición unánime de los indígenas de la comarca, y ella guió á Justiniano al Djebel-Musa y no al Djebel-Serbal cuando se propuso fundar el

monasterio que describiremos á poco. Las objeciones que en contra aducen los sostenedores de la nueva teoría, fundadas en algunos pasajes del Éxodo, han sido allanadas y desvanecidas, el nombre de Horeb que se da á la peña de la que brotó el agua milagrosa, así como al sagrado monte, no basta para identificar ambos lugares; Horeb significa *sitio seco, tierra árida*, y el hecho de la portentosa fuente referido antes no se aplicó al Djebel-Serbal, sino á otro punto distinto.

El Djebel-Musa queda por lo mismo en posesión de sus antiguas tradiciones y de la veneración tantas veces secular que le rodea, y hacia él hemos de guiar á los lectores. Abandonemos, pues, el Uadi-Feirán, dejemos á la espalda el Djebel el-Benat ó Monte de las Doncellas, célebre por el trágico fin de dos jóvenes que á su soledad, según costumbre aun practicada entre algunas tribus del Sinaí, se habían retirado para pasar los dos ó tres días anteriores á su casamiento, como para llorar por su virginidad, y que obligadas por sus padres á tomar por esposos á dos hombres á quien detestaban en vez de los que tenían su cariño, se precipitaron, anudadas sus cabelleras y así enlazadas y encadenadas una á otra, de la cumbre al abismo; entremos en el estrecho desfiladero llamado El-Bueib (la Puertecita), pasemos el Uadi-Solaf y el Uadi-Gharbeh, y por el Nakb el-Haua (Paso del viento), pintoresca cañada encerrada entre tajadas y paralelas peñas de granito rojo de doscientos á trescientos metros de altura, sitio que por lo agreste y majestuoso no tiene rival en los Alpes ni en parte alguna de Europa y que es como la imponente puerta del más grandioso templo elevado al Dios verdadero, lleguemos al vestíbulo de la cordillera sinaítica.

DJEBEL EL-BENAT (MONTE DE LAS DONCELLAS)

A proporción que disminuye la distancia á la santa montaña se encuentran en mayor número rebaños de cabras y campamentos de beduinos. Como aquella región de la península es la mejor provista de agua y de vegetación, las tribus errantes acuden con preferencia á ella en busca de pastos para sus ganados. Según opinion de los autores Robinsón y Burckhardt su número no excede de cuatro mil; los saualhah, que son los más numerosos, acampan por lo común al oeste y nordeste del Sinaí; síguenles en importancia los aleikates, cuyo principal centro se halla entre el Uadi-Nasb y el Uadi-Gharandel. Los mezeini se reunen en el golfo de El-Akabah; los ualed-soleiman, compuestos de pocas familias, vagan por las cercanías de Tor, y por fin los beni-uasal,



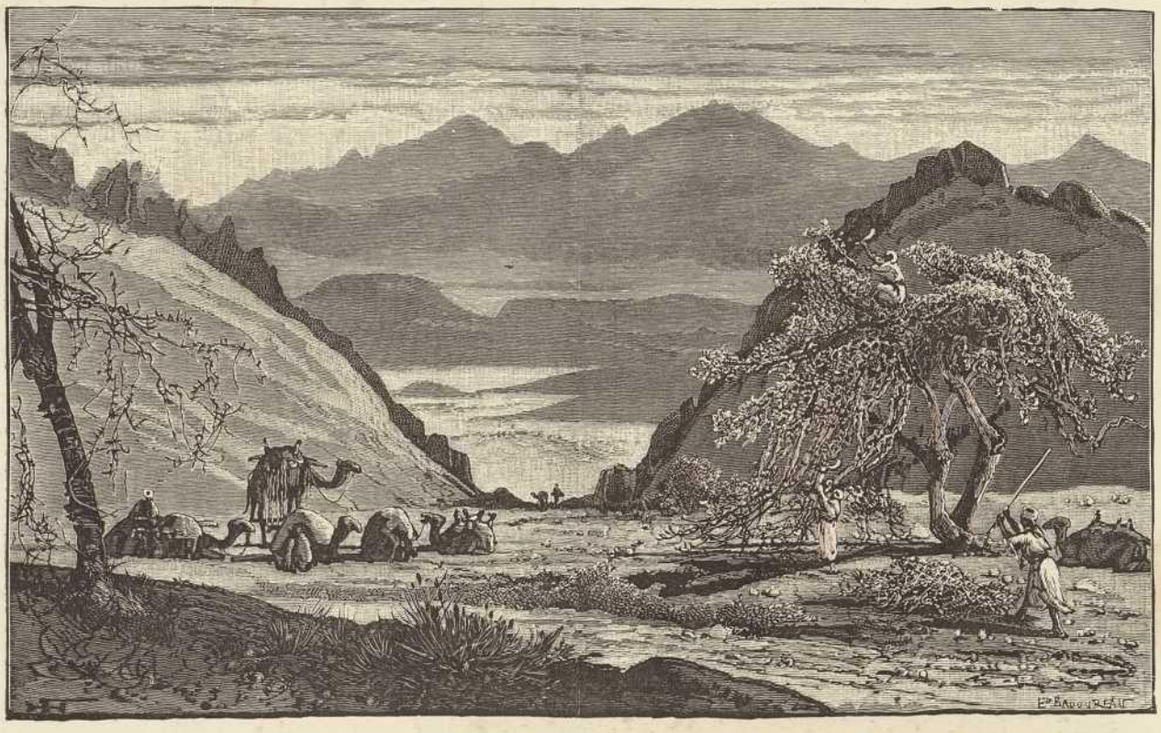
El-Bueib (la Puertecita) de Feirán

también escasos en número, suelen establecer sus campamentos en la costa oriental, hacia el extremo sur de la península. Profesan todos la religión mahometana, y religiosos por instinto siguen de buen grado los preceptos de una ley que en nada contraría sus vivas pasiones. Para ellos el Djebel-Musa ó monte de Moisés es también lugar santo y venerable.

Dos horas dura la penosa marcha por el pedregoso sendero de Nakb el-Haua; de pronto la cañada se ensancha, y los graníticos muros que la ciñen se separan para juntarse de nuevo formando una especie de anfiteatro que á primera vista parece cerrado y sin salida, mientras que el terreno, en vasta y verde planicie, se eleva hasta el fondo en plano inclinado, semejante á las esplanadas alfombradas de menuda hierba que dan

ingreso á algunas regias mansiones. Al extremo de la planicie, hacia la derecha, en las vertientes inferiores y orientales del Djebel-Musa se levanta un edificio con todo el aspecto de una fortaleza; es el famoso monasterio de Santa Catalina.

Este edificio, que puede calificarse de castillo del desierto, forma un cuadrilátero irregular; el muro aspillerado que lo circuye está formado con piedra de sillería; tiene de doce á quince metros de elevación, y los robustos estribos que lo sostienen le comunican el aspecto de una muralla flanqueada por torres y baluartes. Hace muy pocos años los extranjeros sólo podían penetrar en él siendo izados con cuerdas por medio de un gran torno hasta una ventana del muro, después que la carta de introducción de que han de estar provistos de parte del arzobispo del Sinaí, que reside en el Cairo, había sido juzgada suficiente garantía del recién llegado (véase el grabado de la pág. 1); en el día



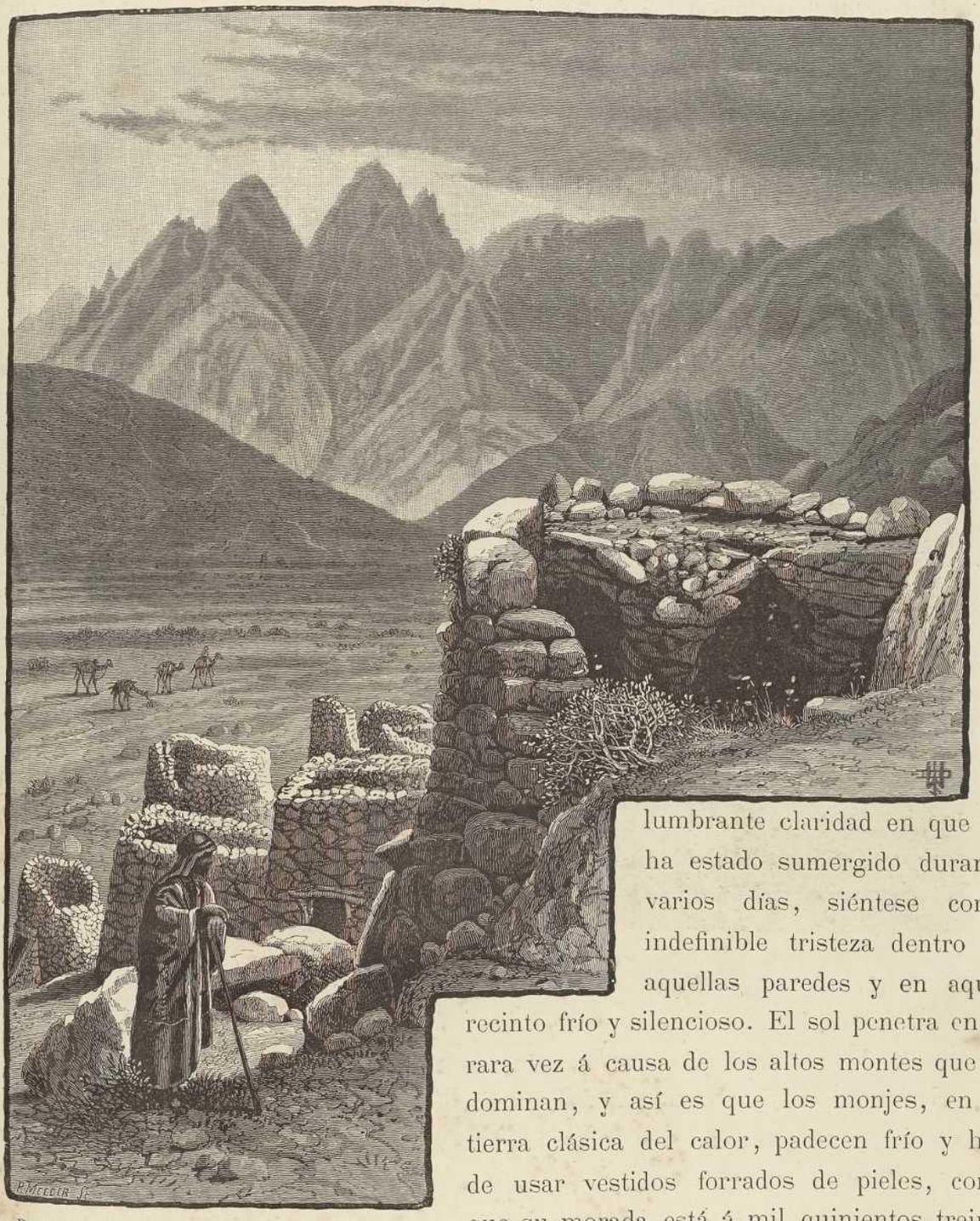
UADI-SOLAF

la carta es la única que toma el camino aéreo, y el viajero que la presenta oye rechinar, transcurrido largo rato, una puertecita de hierro, que antes sólo se franqueaba al arzobispo, para ser de nuevo tapiada luego de su partida. Por ella y por angosto y tortuoso corredor abierto en la peña se llega al interior del monasterio. La vecindad de los árabes y la necesidad de librarlo de un golpe de mano justifican estas precauciones.

El monasterio, desde el patio á que conduce el oscuro pasadizo, ofrécese como un laberinto de estrechos corredores, de galerías, de puentecillos, de escalerillas descubiertas que parecen de mano, tan ligeras son, mediante lo cual se comunican los pisos, las celdas y las salas, construídas sin ninguna regularidad. Los patios ó claustros, pues son más de uno, están embellecidos con emparrados y diversas plantas, y en el huerto crecen entre la hortaliza naranjos, limoneros y otros árboles frutales, dominados por algunos

añosos y gigantescos cipreses. Es un verdadero oasis en que el ánimo fatigado de la aridez del camino se conforta y embelesa.

Sin embargo, al penetrar otra vez en el monasterio y al recordar el oceano de deslumbrante claridad en que se ha estado sumergido durante varios días, siéntese como indefinible tristeza dentro de aquellas paredes y en aquel recinto frío y silencioso. El sol penetra en él rara vez á causa de los altos montes que lo dominan, y así es que los monjes, en la tierra clásica del calor, padecen frío y han de usar vestidos forrados de pieles, como que su morada está á mil quinientos treinta y siete metros sobre el nivel del mar, según Schubert, y á mil seiscientos sesenta y uno, según Russeger.



Restos de antiguas habitaciones de los Nauamis en el Uadi-Solaf

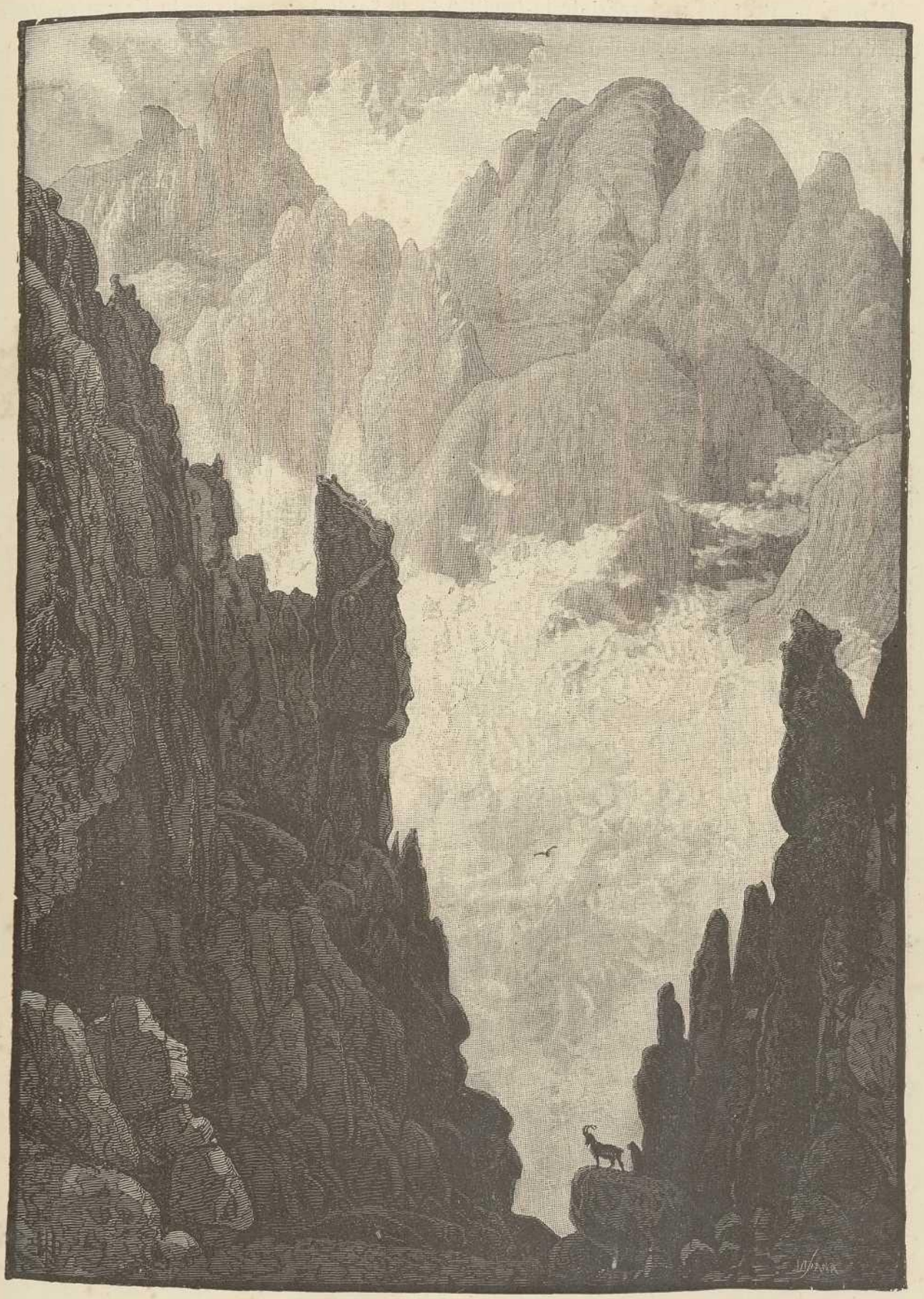
En el centro del huerto se abre la sepultura de los monjes, constando de varias bóvedas ó tumbas; se colocan en la una los cadáveres sobre rejas de hierro, y cuando, transcurridos dos ó tres años, han sufrido una descomposición completa quedando únicamente el esqueleto, los desarticulan, y los diferentes huesos, cráneos, tibias, costillas, etc.,

van á reunirse en distintos compartimientos con los huesos análogos allí antes depositados. En otro panteón se conservan los cuerpos de los arzobispos, cuyos esqueletos son los únicos que permanecen enteros, revestidos de sus ornamentos.

Los monjes pertenecen á la comunión greco-cismática, profesan la regla de san Basilio, y su régimen es muy austero. Su número, incluso el de los legos que por lo común practican diferentes oficios, no excede en la actualidad de venticinco á treinta; en tiempos anteriores fué mucho más considerable. Oratorios y capillas invitan al recogimiento y á la meditación en varios puntos del monasterio, y para el rezo se reunen los monjes dos veces al día en la iglesia mayor, consagrada á la Transfiguración. El templo, fundado por el emperador Justiniano, lo propio que el monasterio, está precedido de un *narthex* ó vestíbulo; compónese de tres naves sostenidas por elevadas colunas de granito, y termina en un ábside semicircular. El altar es de madera artísticamente labrada, y las pinturas que lo adornan son regalo del emperador de Rusia. Los cuadros en mosaico que cubren las paredes del ábside, lo propio que el de la Transfiguración, que es el principal del santuario, dignos de figurar al lado de los más famosos de Constantinopla, Rávena y Venecia, datan de mucha mayor antigüedad y son de origen bizantino. Vese á la derecha el retrato de Justiniano y á la izquierda el de su esposa, la emperatriz Teodora, también en mosaico. Junto al primero represéntase á Moisés de hinojos delante de la zarza ardiente, y al lado del segundo fué pintado teniendo en la mano las tablas de la Ley.

HADJAR EL-LAGHUEH (LA PIEDRA PARLANTE), ROCA CUBIERTA DE INSCRIPCIONES SINAÍTICAS EN EL UADI-BERRAH

Detrás del altar, magnífico sarcófago de mármol ceniciento encierra las reliquias de santa Catalina, patrona del monasterio. Martirizada en Alejandría á la edad de diez y

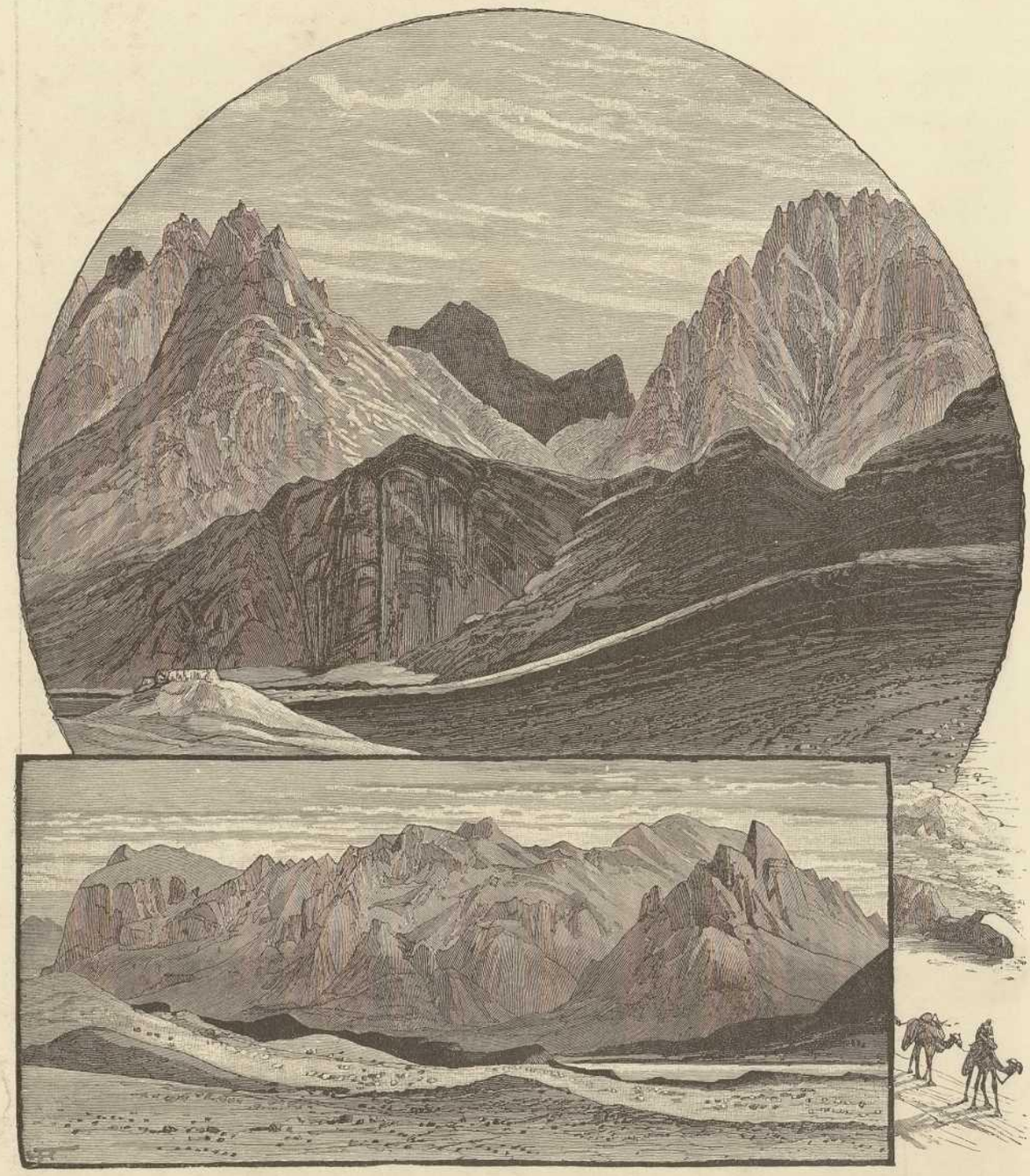


DJEBEL-SUNA

ocho años durante la persecución de Maximino, sobrino de Galerio, los ángeles, dice la tradición, arrebataron su cuerpo virginal y lo trasladaron milagrosamente

á la cima del monte que lleva su nombre, donde tiempo después lo descubrieron los monjes del Sinaí.

Pero el punto más venerado de la basílica es la capilla llamada de la *Zarza ardiente*, situada detrás del coro, lugar donde Dios manifestó su presencia y descendió á hablar



Sinaí.—Montañas de Nakb el-Haua

con su servidor. En ella sólo se entra con los piés descalzos. Adornada con ricas planchas de plata labrada y magníficos tapices, es atribuída su construcción á santa Elena; también se admiran en ella vistosos mosaicos que datan del siglo VI, á lo que se asegura.

«Moisés, dice el libro del Éxodo, apacentaba las ovejas de Jethró, su suegro, sacerdote de Madián, y habiendo llevado el ganado á lo interior del desierto, vino al monte Horeb, monte de Dios.

»Y se le apareció el Señor en llama de fuego en medio de una zarza, la cual ardía pero no se quemaba.

»Y el Señor le llamó diciendo: —Moisés, Moisés.—El cual respondió:—Aquí estoy.

»—No te acerques acá, añadió el Señor, sin desatar el calzado de tus piés, porque el lugar en que estás tierra santa es. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob.

»Moisés veló su rostro sin atreverse á mirar al Señor, y Éste siguió diciendo:

»—He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y sus clamores han llegado hasta mí... Yo soy el que soy, y dirás á los hijos de Israel: El que es me ha enviado á vosotros.»

Djebel ed-Deir, al este de Djebel Musa

A corta distancia enséñase el pozo de que Moisés sacó agua para abrevar el ganado de su suegro Jethró.

A pocos pasos de la iglesia de la Transfiguración contempla con sorpresa el viajero una mezquita cuyo alminar domina las inmediatas techumbres. Cree Burckhardt, fiando en un manuscrito por él descubierto en la biblioteca del Sinaí, que tal edificio es anterior al siglo XIV, al paso que no falta

quien afirma pertenecer á la época de Mahoma, el cual, estando en el monasterio

Uali-Kathebin

del Sinaí, otorgó á los monjes, como compensación de la obra de la mezquita, un diploma que luego ha sido siempre respetado por los árabes. Otros autores fijan

su construcción á principios del siglo XVI, y explican que el sultán Selim, conquistador de Egipto, tenía por ministro favorito á un sacerdote griego, á quien, por causa de enfermedad, envió al monte del Sinaí con la esperanza de que los aires puros del desierto y los monacales cuidados habrían de devolverle la salud perdida. No sucedió así, sin embargo, y el enfermo sucumbió á su mal, de lo que tuvo Selim tanta

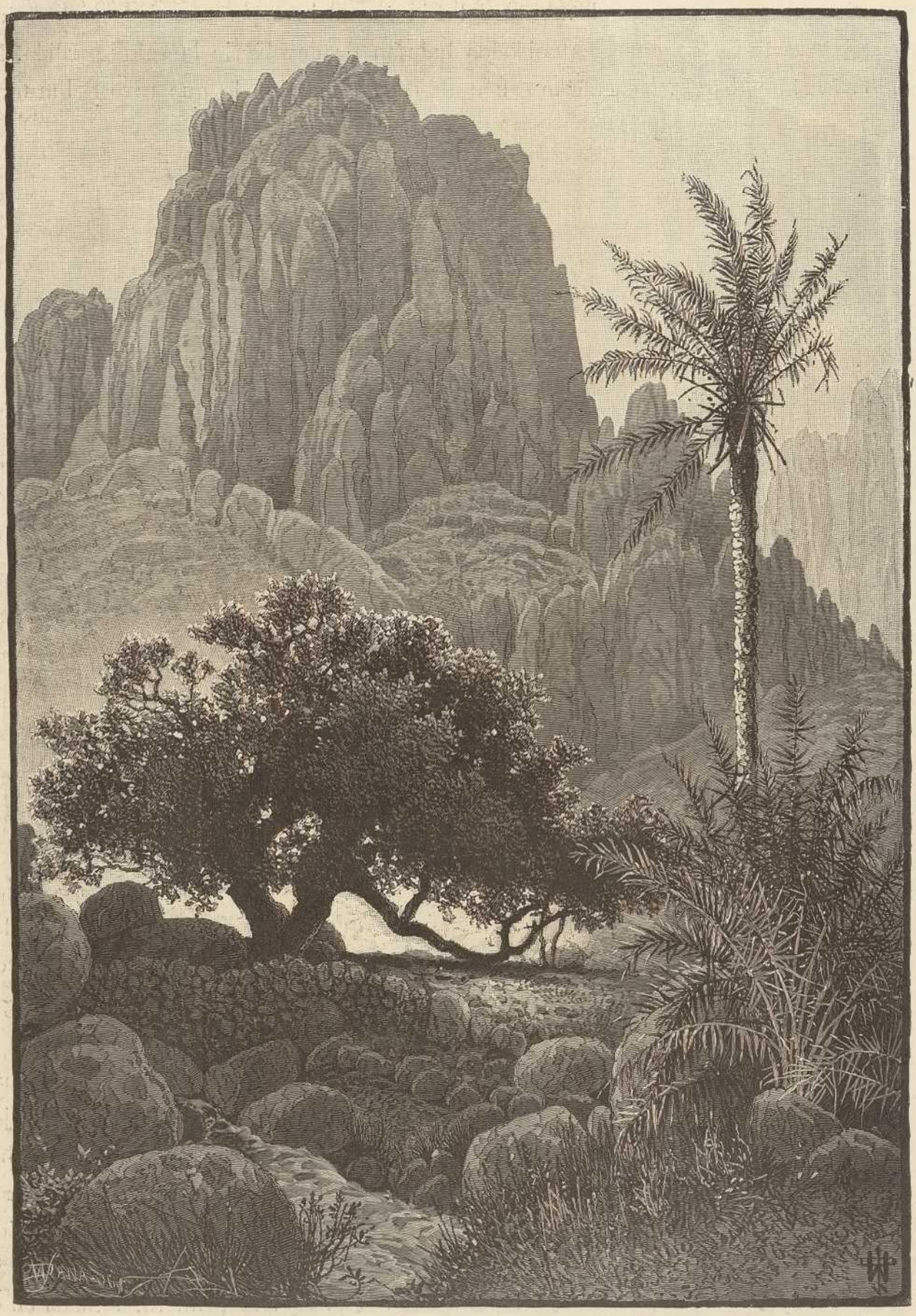
TORRE ORIENTAL DEL CONVENTO DE SANTA CATALINA

pena que juró vengar su muerte en los monjes que, según él, no le cuidaron cual debían. Entonces, para conjurar el peligro que los amenazaba, los religiosos erigieron la mezquita, y con ello, en efecto, lograron calmar la ira del sultán. La realidad es que los monjes están en la precisión de sufrir aquella vecindad tan impropia, so pena de verse desposeídos del monasterio, como también es cierto que casi todo el año les sirve la mezquita de granero y el alminar está convertido en palomar.

La biblioteca del monasterio se compone de tres piezas: la primera, situada en el piso inferior, sólo contiene un centenar de volúmenes, la mayor parte impresos.

En el piso primero, en una sala más vasta que la anterior, se guardan mil y quinientos volúmenes, entre los cuales quinientos manuscritos griegos, arábigos, arménicos y geor-

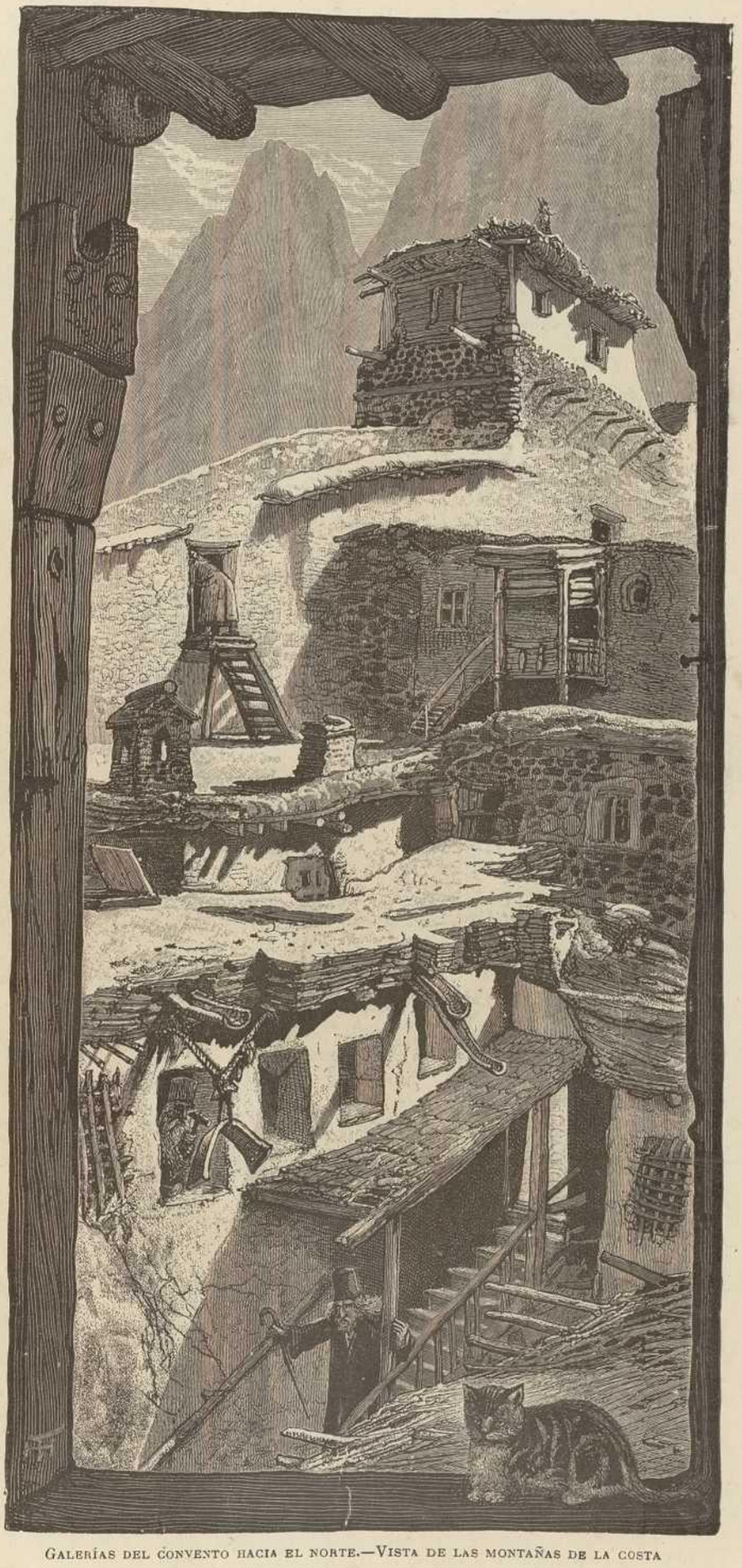
gianos, tratando casi todos de la Sagrada Escritura ó de Teología. Aunque en el umbral de la puerta se lee en caracteres griegos: *Lugar de curación ó remedio del alma,*



Uadi-Tlah en la llanura de Er-Rahah

actuales monjes del Sinaí recurren poco á la espiritual farmacia, y están, por lo que á instrucción se refiere, muy por debajo de sus antecesores.

La tercera sala está destinada á sacristía á la vez que á depósito de libros y manuscritos. En ella se conserva un manuscrito de los Evangelios, precioso y magnífico ejemplar que goza de grande y merecida fama; está escrito todo él en blanco y delicado pergamino con letras doradas que por su carácter denotan claramente, según el escritor Tischendorf, pertenecer al siglo VII ú VIII. Ricas miniaturas adornan las primeras hojas. Por tradición se sabe en el monasterio que fué regalo de un emperador por nombre Teodosio, probablemente de Teodosio III que reinó á principios del siglo VIII.

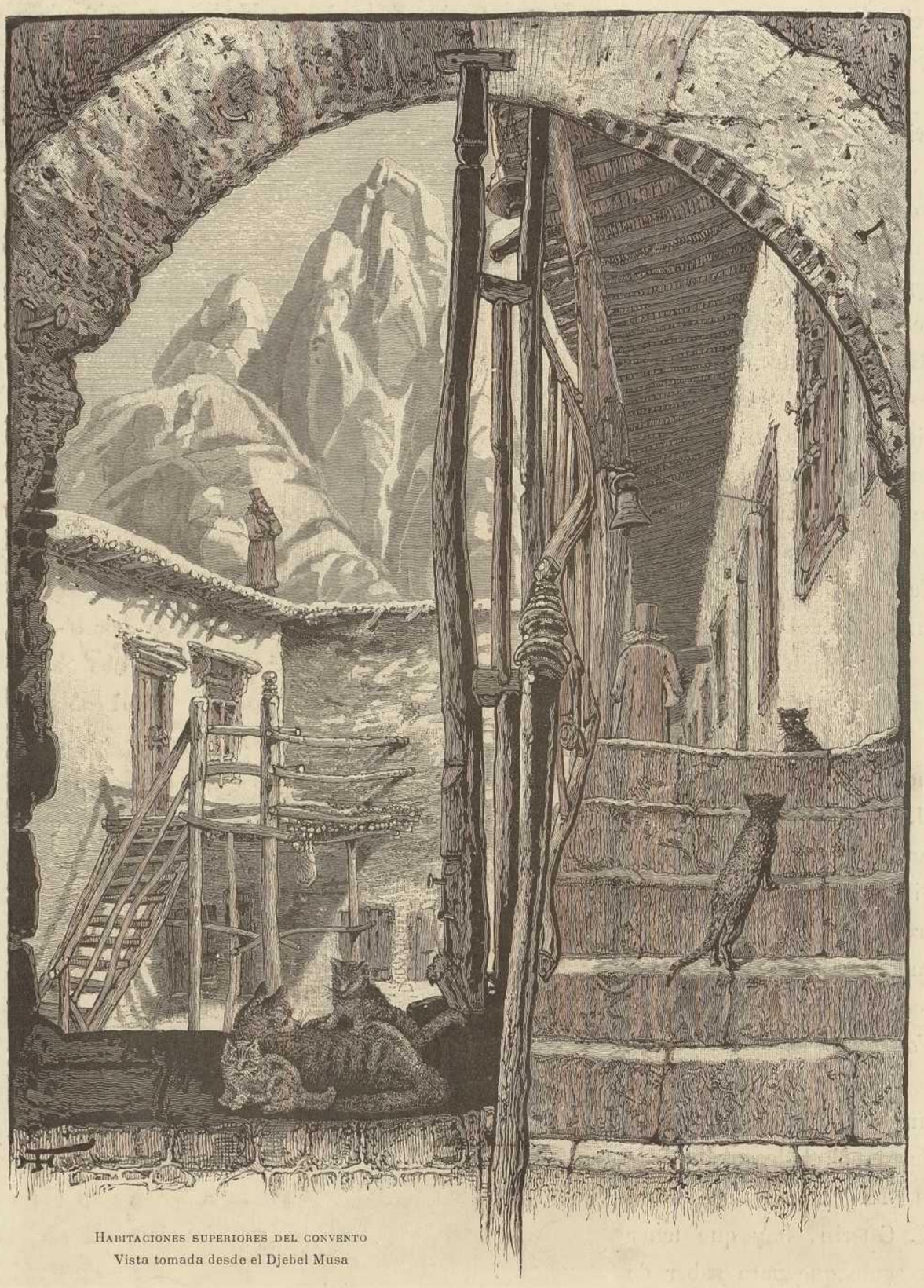


GALERÍAS DEL CONVENTO HACIA EL NORTE.—VISTA DE LAS MONTAÑAS DE LA COSTA

En la biblioteca del monasterio y entre carcomidos y arrinconados pergaminos fué descubierto por el mismo M. Tischendorf en 1859 el famoso manuscrito de la Biblia conocido con el nombre de *Códice Sinaítico;* cuya importancia es cuando menos igual á la del *Códice Vaticano.*

«Para comprender el inmenso interés que se encierra en el descubrimiento de M. Tischendorf, dice M. Guerin, hay que tener presente que para saber de un modo preciso cuál fué el texto de la Sagrada Escritura al salir de las manos de sus inspirados autores, contábamos hasta ahora por principales guías tres manuscritos que datan de los siglos IV y V,

á saber: el famoso del Vaticano; el de Londres, por nombre Alejandrino, y el de París, llamado palimsesto de Efrem el Sirio. Sin embargo, ninguno de los tres es cabal, y había que completarlos el uno por el otro: al de París le faltan algunos pasajes del



HABITACIONES SUPERIORES DEL CONVENTO
Vista tomada desde el Djebel Musa

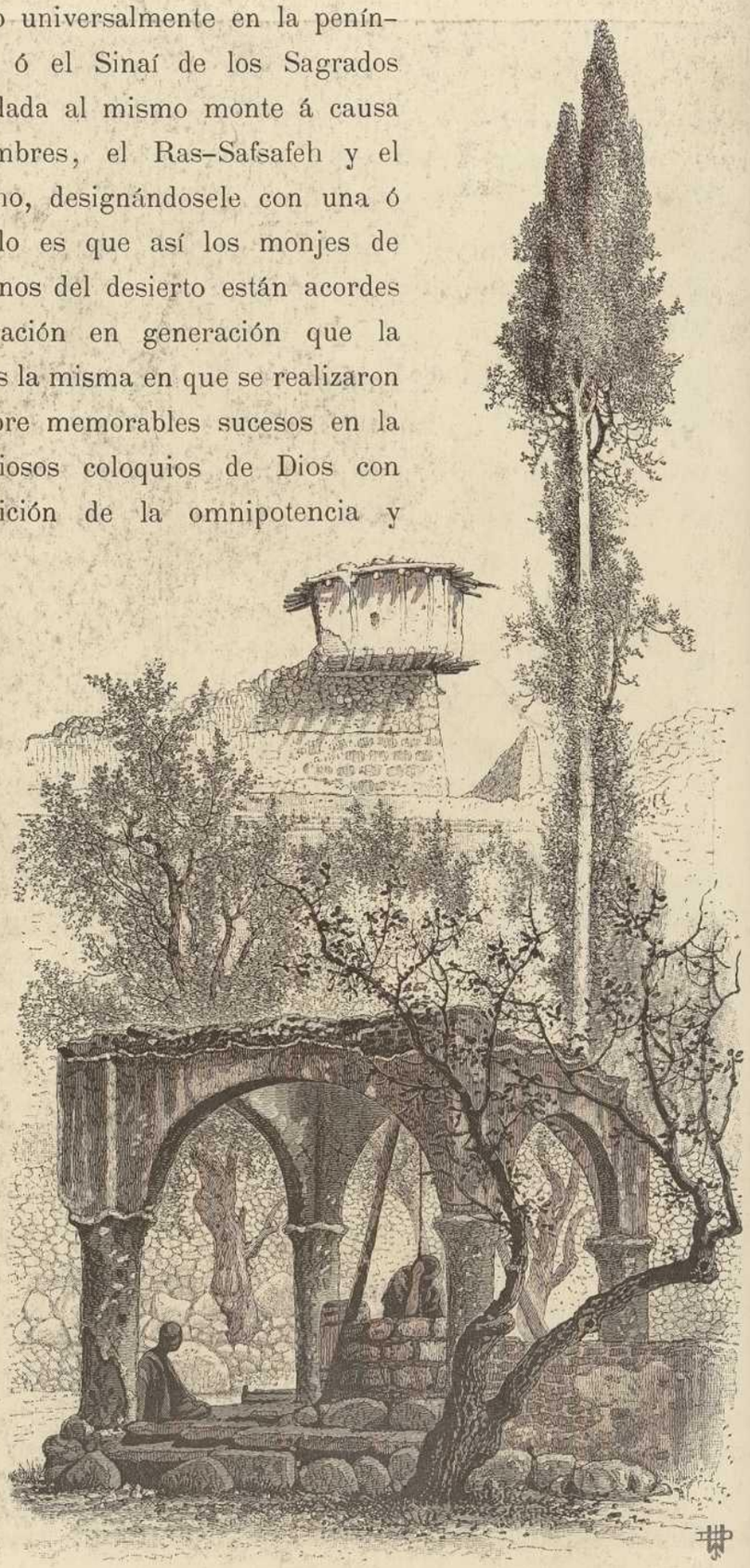
Nuevo Testamento; carece el de Londres de una parte del primer evangelio, de dos capítulos del cuarto y de alguna página de la segunda epístola de san Pablo á los Corintios. Al del Vaticano, el más antiguo é interesante, le faltan cuatro epístolas y el

libro del Apocalipsis. Pues bien, merced á las solícitas y afortunadas investigaciones de M. Tischendorf, puédese consultar hoy un cuarto manuscrito que no sólo data de tanta

Interior de la iglesia del convento de Santa Catalina

antigüedad como el más antiguo de los anteriores, sino que está completo sin faltarle ni una letra.»

El Djebel-Musa, en virtud de una tradición no interrumpida desde la época de Justiniano y anterior á ella, según llevamos manifestado, tradición común á cristianos y musulmanes, es tenido universalmente en la península sinaítica por el Horeb ó el Sinaí de los Sagrados Libros, doble denominación dada al mismo monte á causa de sus dos principales cumbres, el Ras-Safsafeh y el Djebel-Musa propiamente dicho, designándosele con una ó con otra indistintamente. Ello es que así los monjes de Santa Catalina como los beduinos del desierto están acordes en creer y repetir de generación en generación que la sierra en que ahora estamos es la misma en que se realizaron los portentosos y para siempre memorables sucesos en la Biblia referidos; los misteriosos coloquios de Dios con Moisés, la aterradora aparición de la omnipotencia y majestad divina entre el fulgor de los rayos y el estampido del trueno y la promulgación del Decálogo. Atestíguanlo el nombre de Djebel-Musa ó monte de Moisés dado á la montaña, y los de Ledja y Choaib, equivalente éste para los árabes á Jethró, el del suegro de Moisés, y llevado aquél por su hija, con que son conocidos los dos valles que lo circundan, sin contar que el monasterio de Santa Catalina, cuya fundación data de la época de Justiniano, y por lo tanto de los comienzos del siglo VI, es á su vez testimonio aun en pié que acredita al través de los siglos la legitimidad de la tradición que hace del Djebel-Musa de nuestros días el Sinaí ó el Horeb de los antiguos tiempos. Sábese, en efecto, por Procopio, autor de la obra titulada: *Edificios de Justiniano*, que este emperador,



POZO EN LA HUERTA DEL MONASTERIO

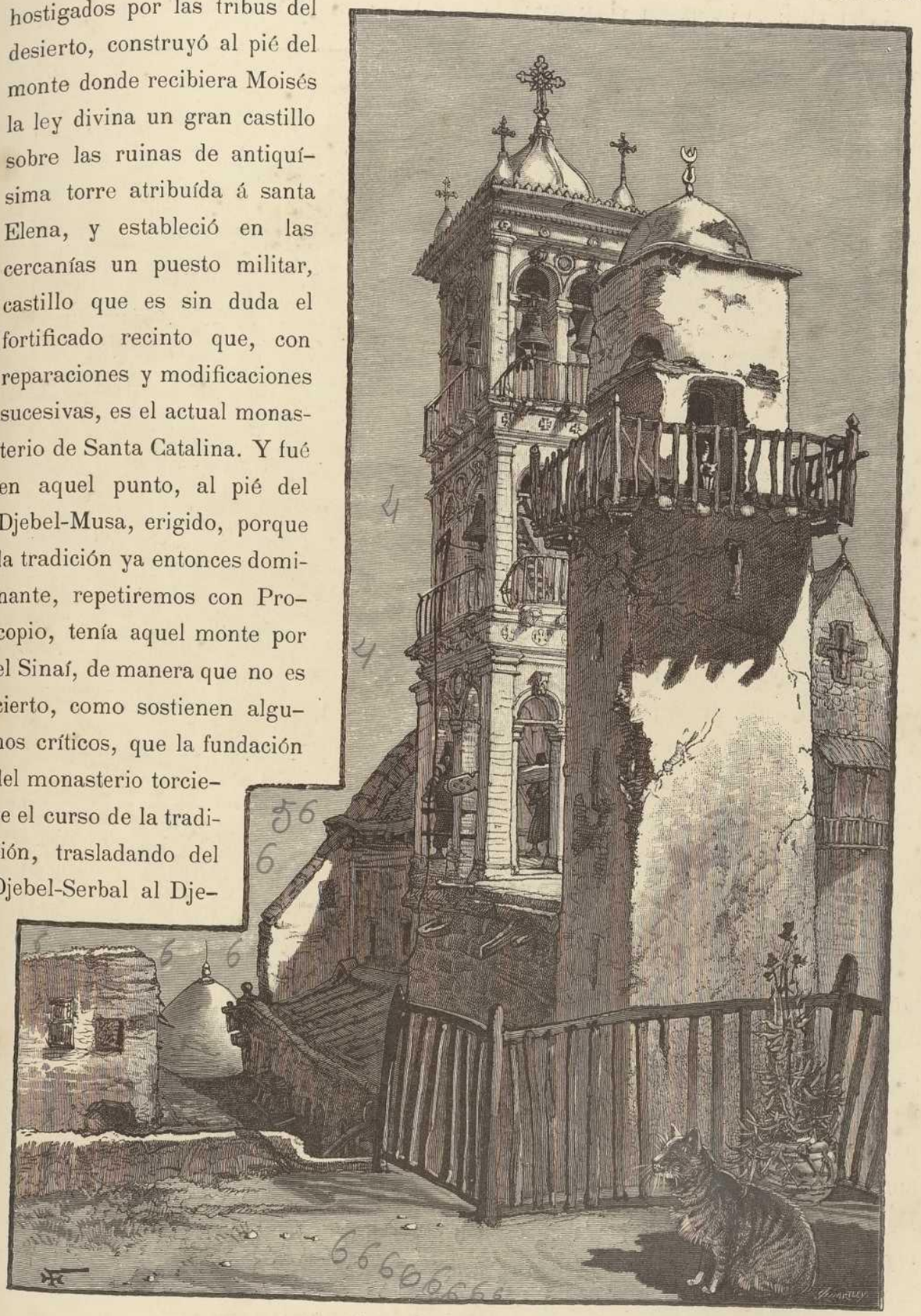
H. FENN. PINXT

C. COUSEN. SCULPT

DESFILADERO DE SHOEIB. – VALLE DE JETHRO.

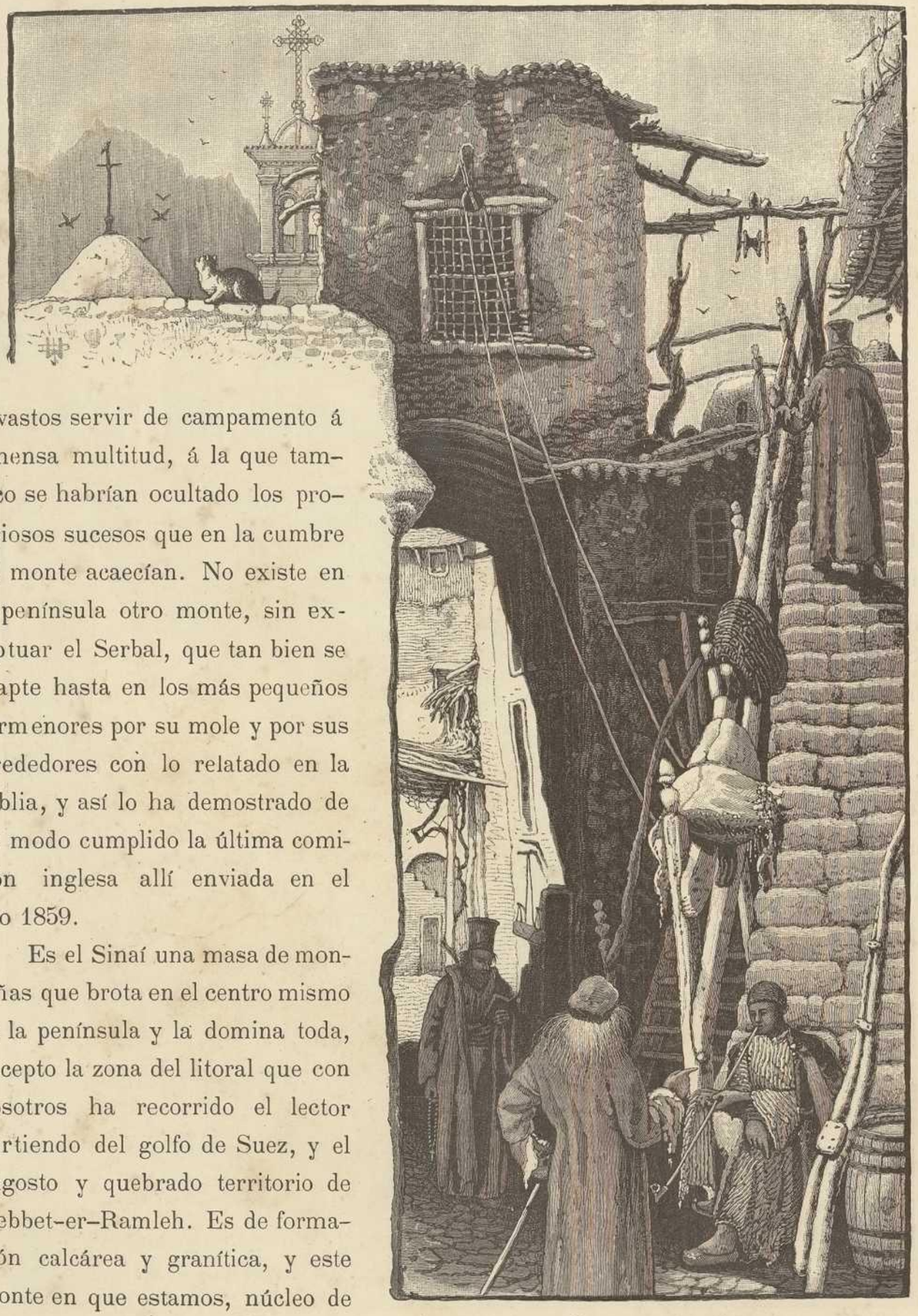
ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

deseoso de favorecer á los monjes que en el Uadi-Farán se veían incesantemente hostigados por las tribus del desierto, construyó al pié del monte donde recibiera Moisés la ley divina un gran castillo sobre las ruinas de antiquísima torre atribuída á santa Elena, y estableció en las cercanías un puesto militar, castillo que es sin duda el fortificado recinto que, con reparaciones y modificaciones sucesivas, es el actual monasterio de Santa Catalina. Y fué en aquel punto, al pié del Djebel-Musa, erigido, porque la tradición ya entonces dominante, repetiremos con Procopio, tenía aquel monte por el Sinaí, de manera que no es cierto, como sostienen algunos críticos, que la fundación del monasterio torciese el curso de la tradición, trasladando del Djebel-Serbal al Djebel-Musa la gloria de representar el monte del Decálogo. Téngase en cuenta, además, que á diferencia de lo que hemos dicho verificarse en el Djebel-Serbal el



La cruz y la media luna

territorio que rodea el Djebel-Musa se apropia de un modo perfecto al bíblico relato, ya que el Uadi el-Ledja, el Uadi ed-Deir y sobre todo el Uadi-Rahah pudieron por



Un patio del monasterio

lo vastos servir de campamento á inmensa multitud, á la que tampoco se habrían ocultado los prodigiosos sucesos que en la cumbre del monte acaecían. No existe en la península otro monte, sin exceptuar el Serbal, que tan bien se adapte hasta en los más pequeños pormenores por su mole y por sus alrededores con lo relatado en la Biblia, y así lo ha demostrado de un modo cumplido la última comisión inglesa allí enviada en el año 1859.

Es el Sinaí una masa de montañas que brota en el centro mismo de la península y la domina toda, excepto la zona del litoral que con nosotros ha recorrido el lector partiendo del golfo de Suez, y el angosto y quebrado territorio de Debbet-er-Ramleh. Es de formación calcárea y granítica, y este monte en que estamos, núcleo de toda la mole, se divide en tres grupos que rematan cada uno en un pico central. Una complicación inexplicable de enhiestos obeliscos y riscosas pendientes forma un conjunto, si desde abajo se

contempla, como confuso laberinto, impidiendo apreciar los pormenores. La etimología del nombre Sinaí puede ser, á juzgar por analogía, el *seneh* ó la acacia, árbol que antes crecía allí en abundancia, como del Serbal lo es, según algunos, el *ser* ó la mirra que en él se coge desde su base hasta la cumbre.

Hora es, pues, ya de que, despidiéndonos del monasterio de Santa Catalina, emprendamos la ascensión de la santa montaña, para lo cual no todos los viajeros se sienten con la fuerza y resolución necesarias, pues el camino es malo y la jornada muy penosa.

A la salida del monasterio comienza la subida, y á los veinticinco minutos, hacia el suroéste, encuéntrase en el fondo de una gruta una fuente de agua fresca y cristalina, llamada *Maian-Musa*, fuente de Moisés (véase el grabado de la pág. 3); en ella es tradición que abrevaba el profeta los rebaños de su suegro. Esta primera parte del camino, aunque en gran pendiente, puede recorrerse á caballo; las acémilas llegan hasta una hora del monasterio; pero luego hay que desmontar y continuar á pié venciendo obstáculos que de cada vez se multiplican. El sendero se presenta cortado á pico, ó por mejor decir, es como escala formada por peñas amontonadas una sobre

PUERTA LLAMADA DE SAN ESTEBAN

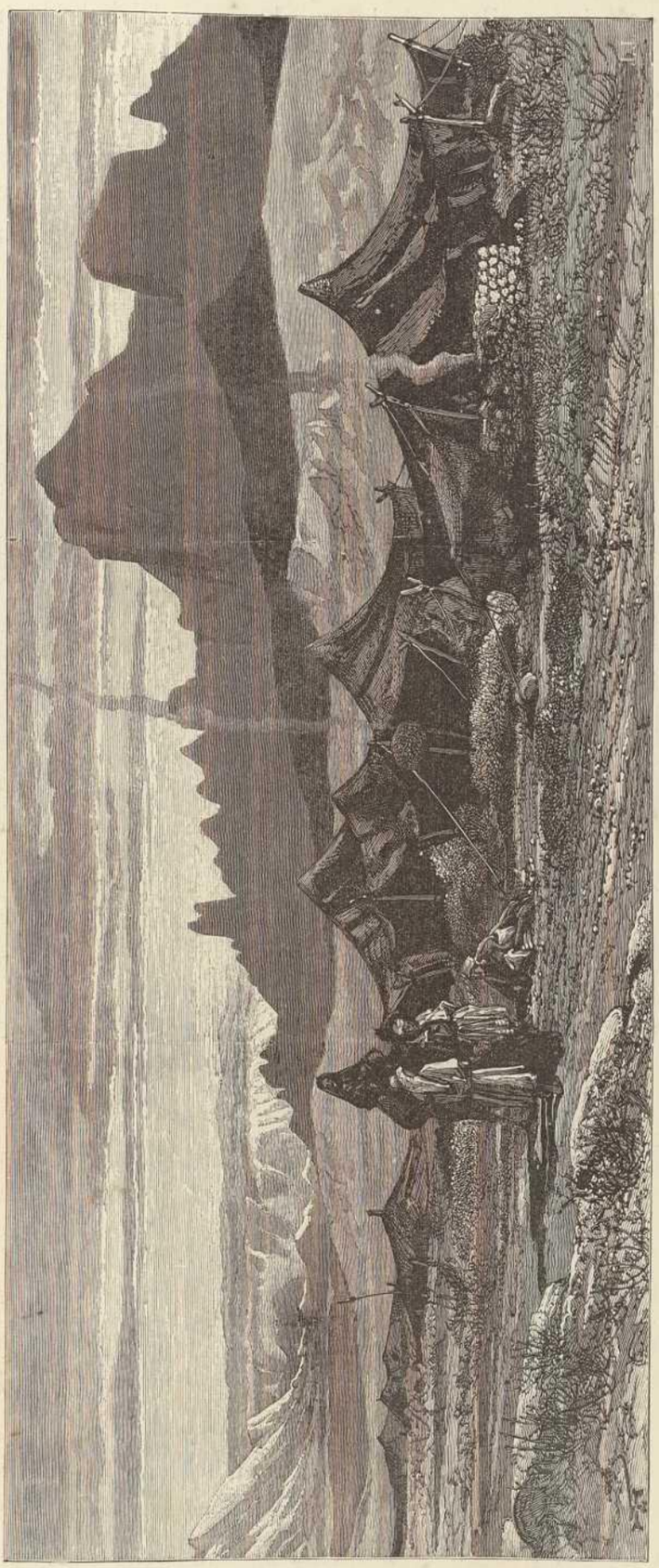
otra, por lo cual es preciso trepar ayudándose muchas veces con las manos. El

El Djebel-Musa visto desde el Sur

viajero que se detiene para mirar á su alrededor hállase como punto suspendido en el espacio, teniendo sobre su cabeza un cielo sin nubes y radiante de luz, á sus

piés espantosos abismos, y junto á sí tristes y peladas rocas entre las que apenas crece un tallo de hierba.

A poco de esta fatigosa marcha enseñan los guías una capillita consagrada á la Santísima Virgen; dice la tradición que allí se detuvo la Sacra Familia en su huída á tierra de Egipto; mas no parece verosímil que hasta aquel punto casi inaccesible, apartándose del camino trillado, llegasen los Santos viajeros. Una hendidura en la peña es tenida por la huella del camello de Mahoma, de quien dicen los musulmanes haber visitado la montaña, dejando en ella esta señal de su paso. El sendero toma luego hacia poniente, y después de atravesar los arcos abovedados llégase á una segunda fuente, á la que presta sombra añoso y gigantesco ciprés, invitando á un instante de descanso. Continuando la subida se encuentra una capilla consagrada á Elías y á Eliseo, y junto á ella la gruta en que el primero buscó asilo huyendo de la ira de Jezabel (véase el grabado de la pág. 5). Una pequeña meseta alfombrada de hierba convida al descanso, tanto más cuanto el pozo de Elías proporciona clara y excelente agua.

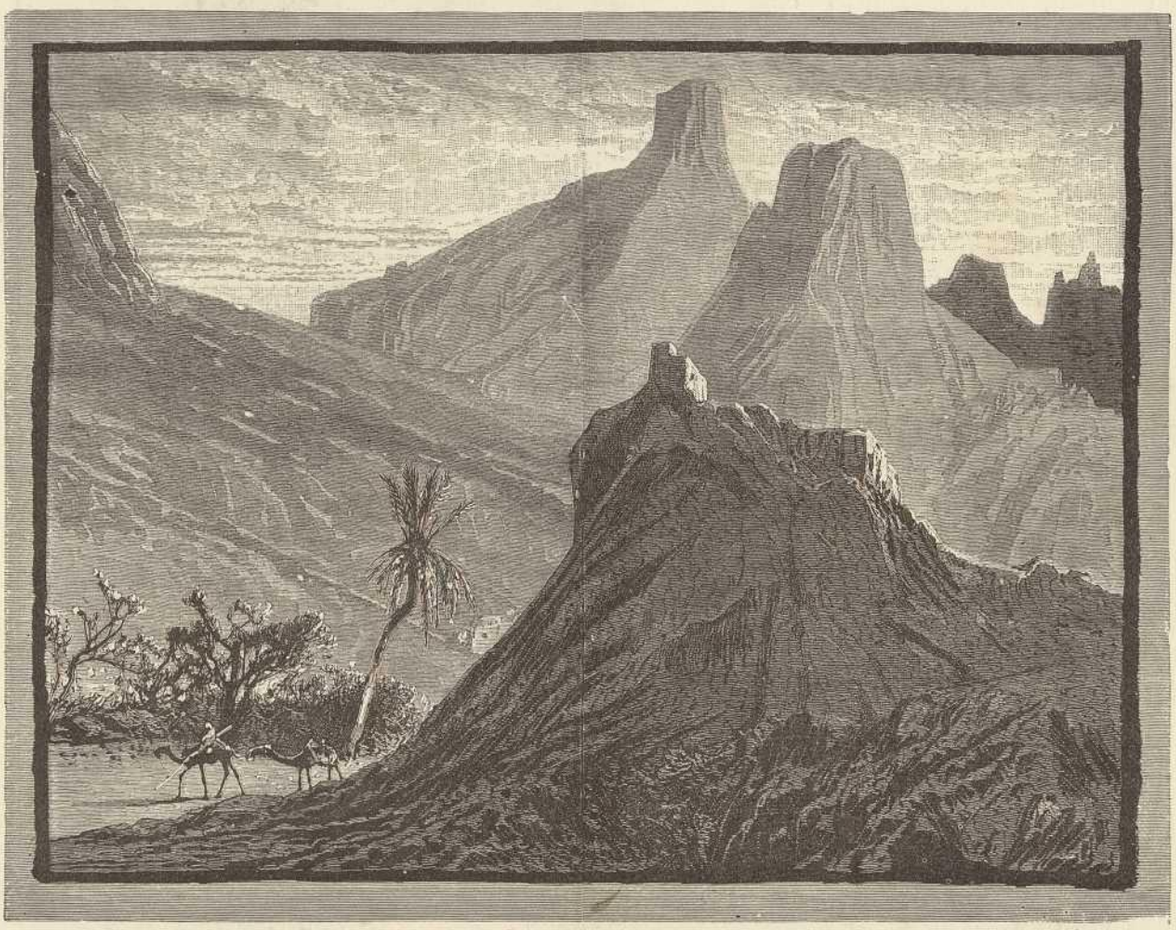


Campamento de beduinos en el Uadi Sebayeh

De la capilla de Elías y Eliseo á la cima se emplean treinta y cinco minutos por un sendero cada vez más escabroso; en los puntos en que la subida sería más difícil se han abierto en la peña escalones. La intensidad del frío y la fuerza del viento aumentan; de las

quebradas expuestas al cierzo la nieve no desaparece jamás. Por fin, con pena y constancia se llega á la cumbre del Djebel-Musa, á setecientos metros sobre el monasterio de Santa Catalina y á dos mil doscientos y cincuenta sobre el nivel del mar.

El espectáculo que desde allí se disfruta no tiene quizá rival en el mundo, es la más sublime, la más grandiosa soledad entre peñas que imaginar se puede. Moles de granito, terminadas en agrestes picachos y resquebrajadas por las más irregulares y caprichosas hendiduras, se alzan por todos lados y hasta gran distancia al derredor del viajero, sin que un bosquecillo, un campo, un prado ni un lecho



Entrada en el Uadi-Chreich

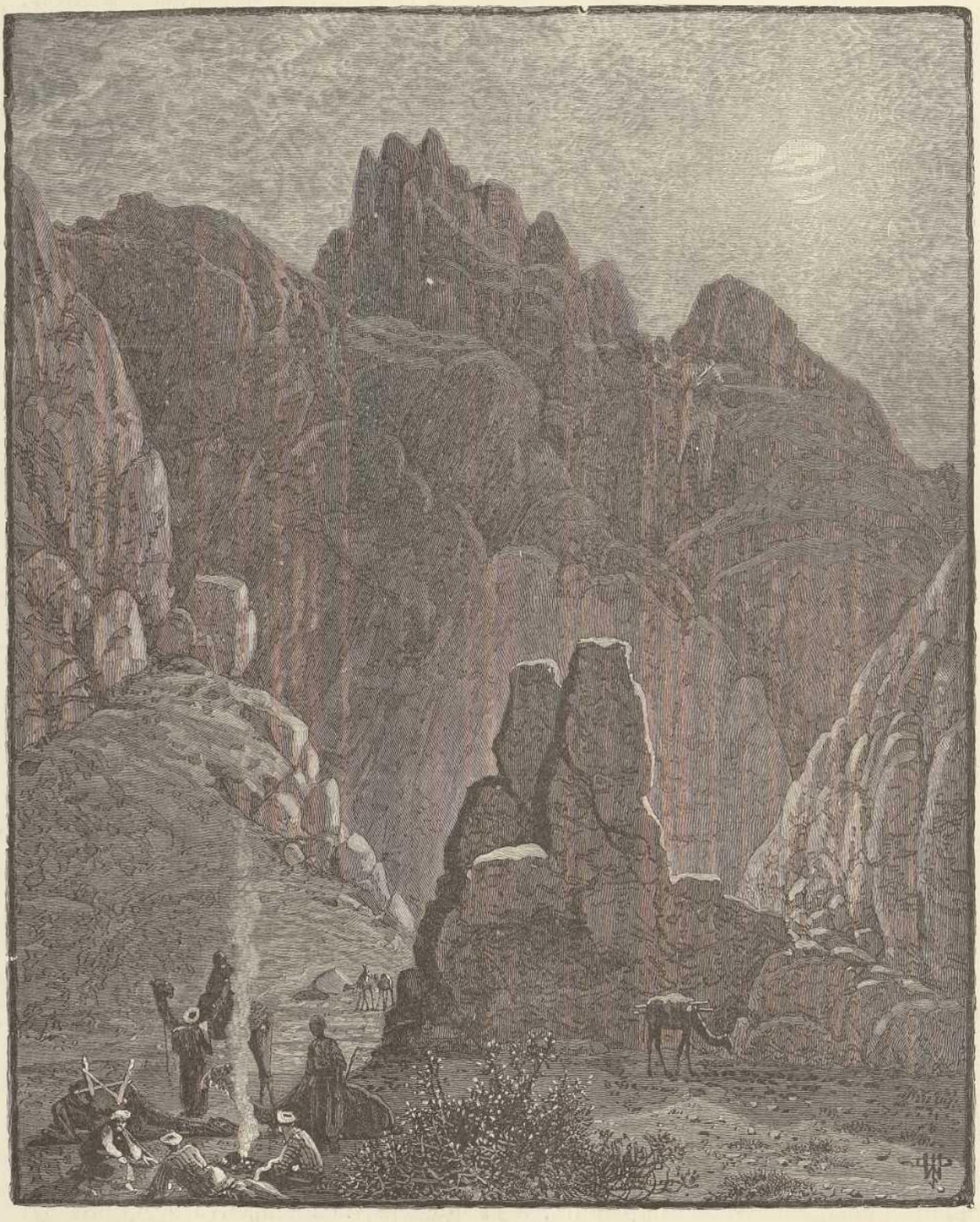
plateado de un arroyo interrumpan, suavizándola, la severidad del cuadro. «Figuraos, dice M. Leon de Laborde, un ancho mar que al impulso de la tempestad alza sus olas hasta el cielo y abre entre ellas profundos abismos; supóngase que el mar ha sido inmovilizado en aquel violento estado y petrificado en masas de basalto, de granito y pórfido, y se tendrá idea del cuadro que se descubre en toda su majestad al llegar á la cumbre del Sinaí.» Es un espectáculo de un horror sublime. El viento pasa suspirando por entre las encrispadas peñas lúgubres sonidos; allí nada florece ni nada se agosta señalando de este modo la sucesión de las estaciones; diríase que el tiempo ha quedado allí inmóvil y que lo pasado se impone á lo presente con toda la fuerza de un gran suceso inviolable y sagrado. Allí, 1391 años antes de J. C., dictó

su ley el Omnipontente entre rayos y truenos, y no parece sino que los inflexibles mandatos permanecen aún grabados por eterno buril en esas peñas!

El Ras Safsafeh y las cumbres del Djebel-Musa, con su pequeña capilla y su mezquita

En la meseta de 25 á 30 metros que forma la cumbre levantaron piadosas manos una capilla, á la que de vez en cuando suben los monjes del Sinaí para celebrar los divinos oficios. Junto á ella existe una mezquita, hoy casi arruinada. A poca distancia muestran los guías la cueva irregular y de escasa profundidad donde se escondió Moisés á la aparición del Señor para no ser anonadado por el esplendor de su gloria.

El segundo pico del Djebel Musa está separado del anterior por un espacio de tres kilómetros y medio hacia el noroeste, y lleva el nombre de Ras-Safsafeh, que es el de un árbol, el sauce. A una altura de seiscientos metros por lo menos domina verticalmente toda la llanura de Rahab, nombre que significa *alto* ó *descanso,* y por esto, y también por



Magad en Nebi-Musa, ó asiento del profeta Moisés en la garganta de El-Uatyeh

su gran extensión, pudo ser el principal lugar en que acamparon los israelitas al llegar al Sinaí. De todos los puntos del Uadi-Rahab distínguese perfectamente el pico Safsafeh, y así es que varios viajeros, entre ellos Robinsón y Palmer, opinan que en él, con preferencia al anterior, acaeció la promulgación de la ley divina.

El viajero que desee recordar el cúmulo de portentos de que fué el Djebel-Musa teatro y testigo hace más de tres mil años, vea los diferentes capítulos del Exodo á ello

Llanura de Rahah, dominada por el Ras Safsafeh

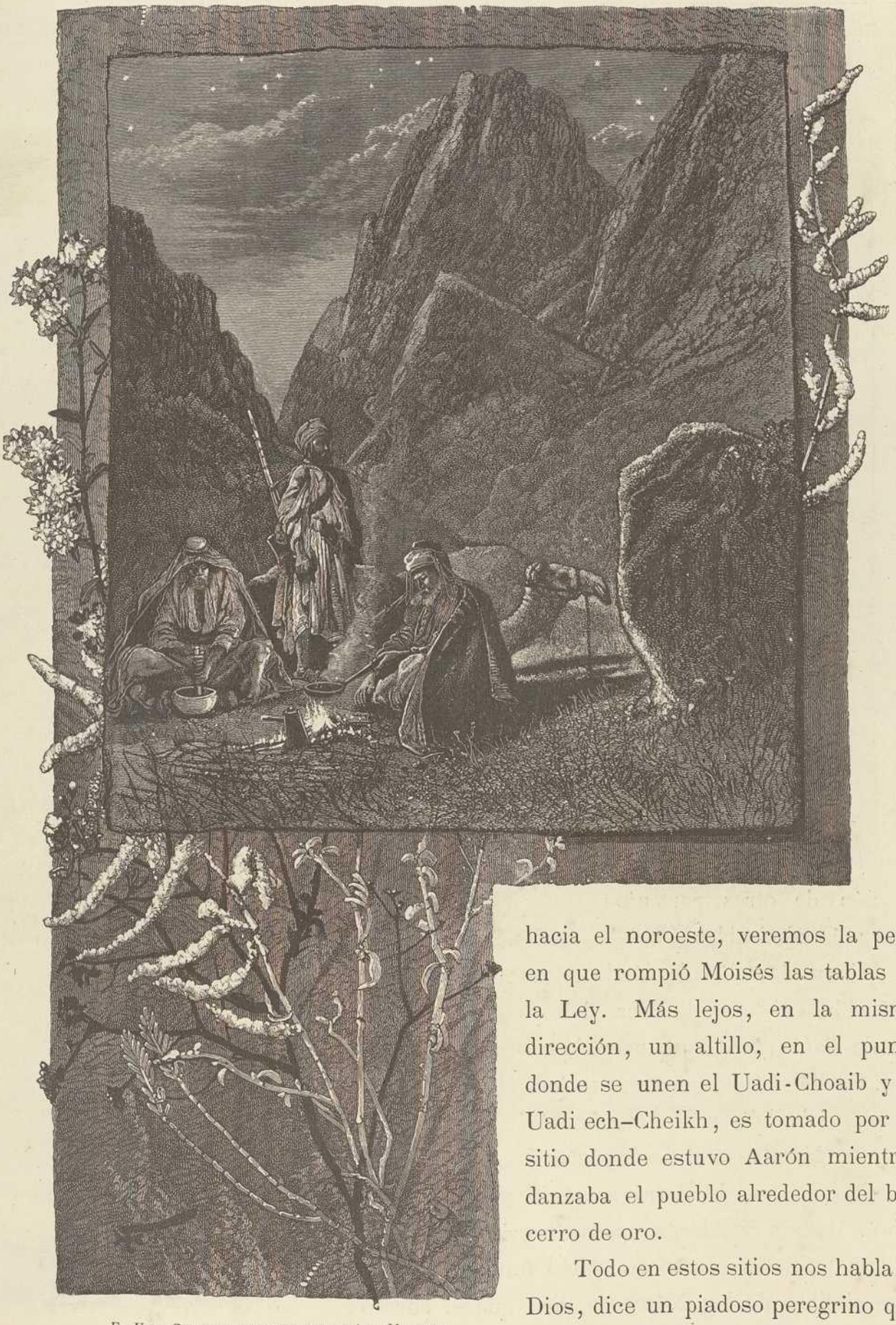
referentes, y dejando la majestuosa cumbre, emprendamos ya el descenso que, más todavía que la subida, es difícil y peligrosa. Al subir hemos tenido que vencer, sin

duda alguna, grandes dificultades; pero el terreno que pisábamos era sólido, los ojos podían descansar en él seguros, y con la ayuda de piés y manos, asiéndose fuertemente á la peña, al fin y con esfuerzo se subía. A la bajada, por el contrario, hallámonos de continuo frente á frente con un precipicio abierto á nuestros piés; cada grada de la peñascosa escalera parece ser el borde de vertiginosa sima. Un paso dado en falso, un vahido, el menor desliz, al encontrarnos sin apoyo, puede precipitarnos de peñasco

Grupo de tarfas y tamariscos en el Uadi ech-Cheikh

en peñasco hasta lo más hondo del abismo. De esta situación nace, para el viandante, la necesidad de recurrir á mil ejercicios gimnásticos á cual más peligrosos, y fortuna es que pueda aferrarse con indisoluble lazada al brazo de su *cheik,* ó guía, quien, por lo general, enjuto de carnes y nervioso, sin vestidos que le estorben, salta de peña en peña con una serenidad y destreza que llenan de admiración y envidia á su atribulado compañero, hasta que al fin deja á éste sano y salvo en el camino abierto y esplanado por mano de los monjes.

De nuevo en la falda del monte, á unos veinticinco minutos del monasterio



El Uadi-Chreich dominado por el Abu-Mahureh

hacia el noroeste, veremos la peña en que rompió Moisés las tablas de la Ley. Más lejos, en la misma dirección, un altillo, en el punto donde se unen el Uadi-Choaib y el Uadi ech-Cheikh, es tomado por el sitio donde estuvo Aarón mientras danzaba el pueblo alrededor del becerro de oro.

Todo en estos sitios nos habla de Dios, dice un piadoso peregrino que recientemente los ha visitado, y hasta las piedras refieren prodigios: es este el país de los milagros, y el alma creyente quisiera permanecer en él días y días y no sabría apartarse de su portentosa influencia

si la Tierra prometida, si Belén y Jerusalén y otros lugares santos no la atrajesen

Montañas que dominan el Uadi-Ledja

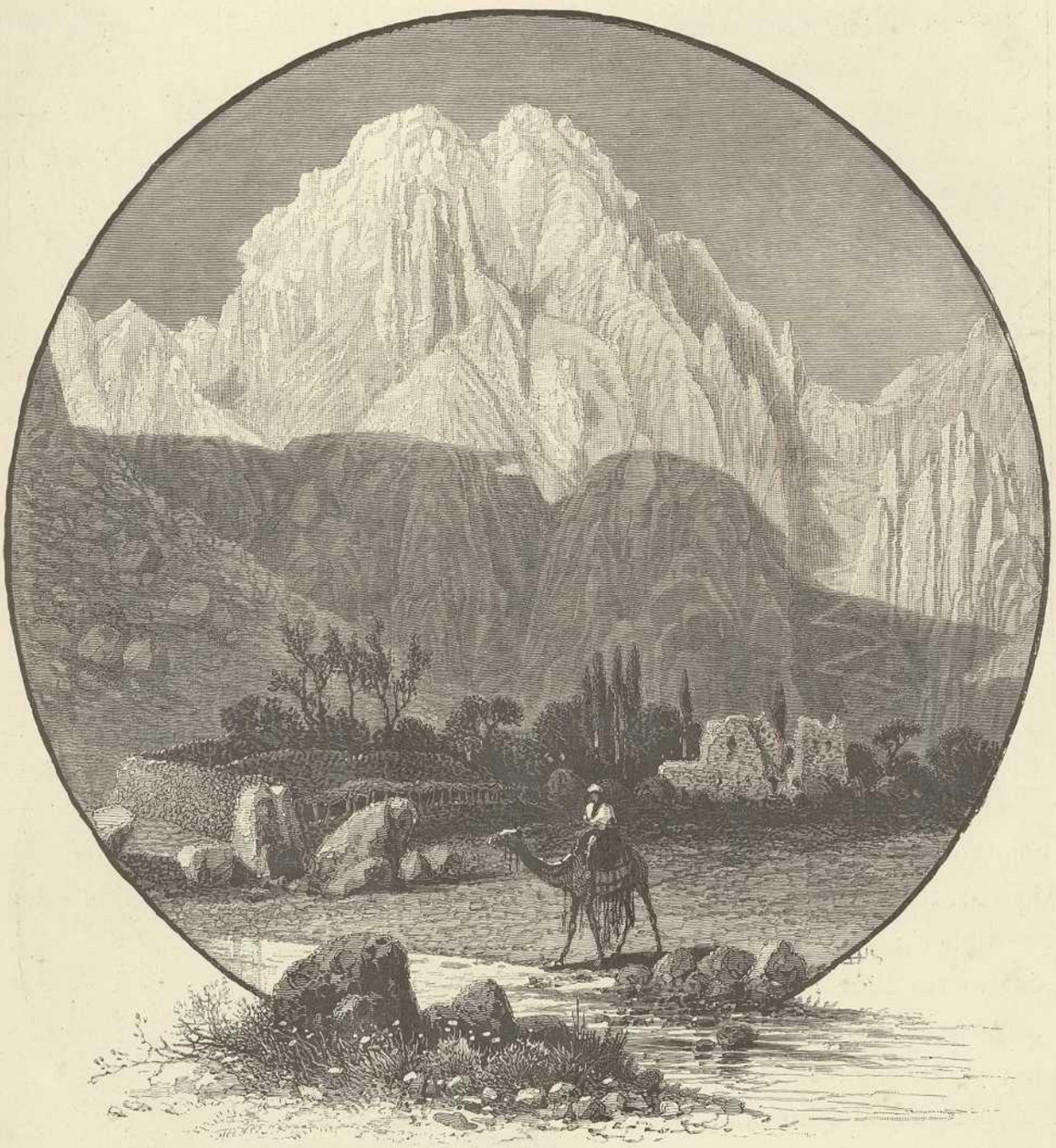
con la memoria y contemplación de otros portentos aun más admirables.

Cerca de allí, al pié del Ras-Safsafeh, existe en la roca el hoyo donde Aarón, para complacer al pueblo, fundió el ídolo mientras su hermano se hallaba en la cumbre del monte. Más hacia el oeste enséñase el sitio en que la tierra se abrió para tragar á Coré, Dathan y Abirón; pero es evidente que la última tradición carece de sólido fundamento, ya que el libro de los Números dice que el suceso ocurrió, no junto al Sinaí, sino á varias jornadas al norte de la montaña, esto es, en el campamento de Kadech-Barnea.

Continuando la marcha hacia poniente, hállase en la confluencia del Uadi el-Ledja

y del Uadi er-Rahah, las ruinas de dos antiguos conventos llamado de San Pedro y San Pablo el uno y el otro de Santa María de David.

A mil y quinientos metros al sur, en el Uadi el-Ledja, una gran peña granítica en la que se observan varias hendiduras horizontales, es considerada por los monjes del Sinaí como la famosa roca llamada *Massah-Meribah* que, tocada por la vara de Moisés,



Jardines contiguos que dan entrada al Uadi-Ledja

dió paso á una fuente copiosa; pero contra esa tradición se han alegado gran copia de razones, y en el día se tiene por más verosímil que la peña de la que brotó agua viva está situada, conforme hemos visto, en Rafidim.

A unos veinte minutos hacia el sudeste de la peña anterior existe un arruinado monasterio llamado Deir el-Arbain ó *Monasterio de los Cuarenta,* á causa de que, según refieren Ammonio y Nilo, los cuarenta monjes que en él moraban fueron, á fines del

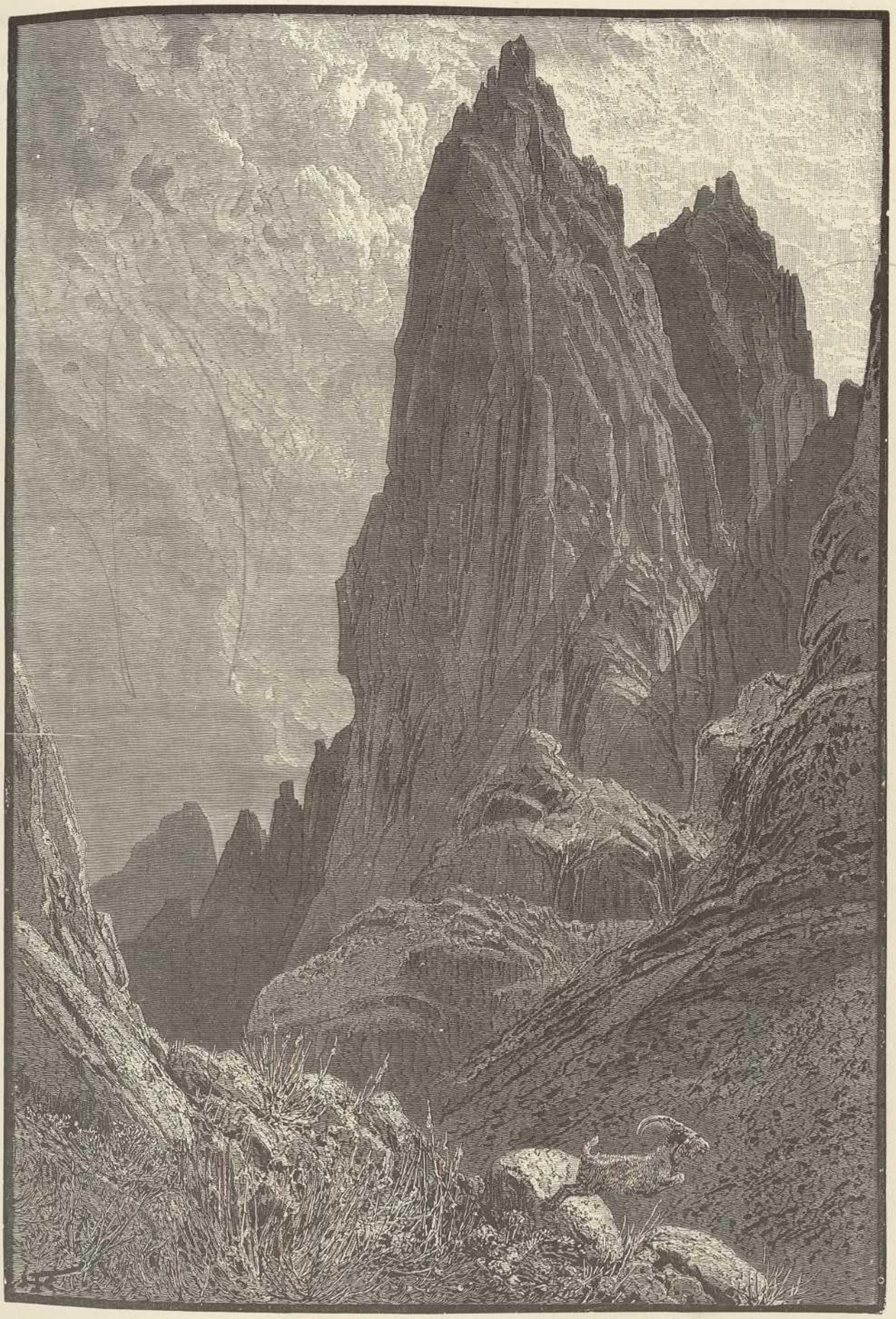
siglo IV, asesinados por los árabes. Los monjes del Sinaí han plantado entre las ruinas un huerto y muchos olivos.

Desde allí, emprendiendo hacia el sudoeste la penosa ascensión de estrecha cañada

Convento llamado El-Arbain ó de los Cuarenta en el Uadi-Ledja

por nombre Chakh-Musa (desfiladero de Moisés), llégase á la cumbre del Djebel-Katherin (monte de Santa Catalina), cuya altura sobre el nivel del mar es de dos mil seiscientos noventa y dos metros. Es el pico más elevado de la península, pues el Umm-Chomer (madre del hinojo, planta muy común en ella) que cuenta trescientos treinta y cuatro metros más de altura que el Djebel-Musa, no le llega de ciento diez y siete al Djebel-Katherin. Esto hace que desde su cima sea el horizonte aun más vasto y dilatado; en días serenos abraza la mirada la península sinaítica toda entera, entre los dos anchos golfos que la circundan y le dan el aspecto de inmenso triángulo.

Por él, por los montes y quebradas que lo forman, los israelitas, al salir de Egipto,



ROCAS DE DJEBEL-KATHERIN (Ó MONTAÑA DE SANTA CATALINA)

peregrinaron durante cuarenta años, llevando por todos lados sus quejas y su espíritu

de rebeldía contra Moisés y contra Dios mismo, ora agobiados de infortunios, ora llenos de favores por parte del Omnipotente, que así castigaba sus rebeliones é ingratitudes, como se ablandaba por las muestras de su arrepentimiento; propensos á la idolatría como los pueblos que los circundaban, pero conservando siempre fielmente, en medio de sus prevaricaciones, el precioso depósito de la unidad de Dios y de los principios morales que habían de recibir su completo desenvolvimiento en la religión de Jesucristo.

Antes de descender del punto culminante en que nos encontramos, evoquemos por un momento en la capillita de Santa Catalina que en él se levanta la memoria de suceso más reciente, como que data del siglo IV. Allí, según antigua y piadosa tradición, transportaron los ángeles, luego después de su martirio en Alejandría, el sagrado cuerpo de la heróica virgen que supo confundir la ciencia de los sabios y la saña de los verdugos por amor de Jesucristo. Por mucho tiempo halló reposo en solitaria cueva, hasta que los monjes del Sinaí lo descubrieron y llevaron á su monasterio, que tomó desde entonces el nombre de la gloriosa santa.

«Largo viaje se requiere para llegar hasta aquí, dice el R. P. de Damas, uno de los muchos autores que de la materia tratan; pero peligros, trabajos y fatigas todo lo doy por bien empleado habiendo contemplado el lugar que tomó Dios por escabel para dictar su ley á la humanidad.—Esta peregrinación, añade, es en verdad el mejor y más bello comienzo de un viaje á Tierra Santa. Importa penetrarse de la necesidad de la ley, haber meditado sobre los abusos de la libertad en que han incurrido los hombres, para comprender bien después los altos misterios de la reparación obrados por el Dios hecho hombre.»

Así pensarán y esto sentirán los cristianos todos; á los ojos de la fe es el Sinaí una montaña santa, y sus cumbres serán piadosamente visitadas hasta la consumación de los siglos. Para el viajero indiferente será siempre el Sinaí lugar de pintorescas impresiones, desde cuyas cimas se goza de un espectáculo como en el mundo no hay otro por lo singular, imponente y grandioso.

II

Otra vez el desierto.—Un *ualy* musulmán.—Campamentos de los israelitas.—Isla de Faraón.—Akabah.—Ezión-Gaber.—Cordillera y tierra de Edom.—Petra.—Sus monumentos.—Reinaldo de Chatillon.—Una noche en la ciudad de Petra.—Monte Hor.—Ruinas.

El viaje del Sinaí á Palestina por tierra, aunque penoso, ofrece verdadero interés; es cierto que no se encuentran al paso ciudades populosas, y sí únicamente unas pocas aldeas en aquellos puntos en que permiten los manantiales cultivar el suelo; que aquel territorio es el desierto en toda su aridez y á veces en toda su desolación: el desierto,

Árabes Tuarah

patrimonio de reducidas tribus pastoriles en los puntos donde la esterilidad no es completa; y sin embargo, aquellos sitios, que hoy tan fuera están del mundo civilizado, conservan en las ruinas que los cubren vestigios de un período en sus destinos históricos muy distinto del que ahora atraviesan. Hubo un tiempo en que el comercio derramaba movimiento y vida en medio de aquellas soledades; Roma, soberana entonces de la Idumea, llevó á ellas el espíritu práctico á la vez que grandioso que ha dejado impresa su huella en las más remotas provincias del imperio; abrió allí caminos cuyas señales

aun puede verse; construyó ciudades, erigió monumentos que excitan todavía la admiración del viajero, y estos testimonios de la antigua civilización idumea, y en primer lugar las ruinas de Petra, bastarían para justificar el sentimiento de curiosidad que impulsa al viajero europeo hacia aquellos eriales, aun haciendo abstracción de los interesantes recuerdos de la prolongada peregrinación hebrea.

Al poco tiempo de haber salido del monasterio de Santa Catalina hállase el viajero en estrechos desfiladeros que los torrentes han puesto casi intransitables, y en su suelo pedregoso apenas pueden sentar la planta los camellos. Las vertientes orientales de los montes sinaíticos son aún más agrestes é imponentes que las del lado occidental; la soledad es profunda, y únicamente el rumor del paso de una que otra caravana interrumpe el sepulcral silencio.

Lo primero que se ofrece á la consideración del viajero en medio del selvático paisaje que le rodea, á unas dos horas del Djebel-Musa, cuya cima puede ver aún descollar entre las graníticas agujas que le circuyen, y en una de las revueltas del Uadi-Saal, es, rematando un peñascoso altillo, un *ualy* musulmán consagrado á Neby-Saleh, humilde oratorio al que tienen gran veneración todos los beduinos de la península. El personaje que allí descansa es mirado por ellos como el jeque de los jeques y el gran profeta de que se habla en el Corán, y su sepultura, cubierta con un verde tapiz en el que están tejidos algunos versículos de aquel libro, es objeto en los últimos días de mayo de famosa peregrinación que puede considerarse como la fiesta nacional de las distintas tribus de la comarca. Hombres y mujeres, en numerosos grupos, se encaminan desde diversos puntos á la funeraria capilla, y los peregrinos, formados luego en procesión, le dan la vuelta; los sacrificios, banquetes, bailes y las carreras de dromedarios en honor del profeta duran por lo regular varios días, y la fiesta suele concluir con otra peregrinación al monte Sinaí, en cuanto los beduinos de la península profesan igual respeto y tributan los mismos homenajes á Neby-Saleh, á Mahoma y á Moisés.

Después de andar largo tiempo por un laberinto de estrechas cañadas, llégase al Uadi-Ghazalet *(valle de la Gacela);* la marcha se hace entonces menos difícil, pero la aridez es la misma y la falta de agua impone á los viajeros penoso sufrimiento. Llégase por fin á la deseada fuente de Ain en-Hadhera, que por la generalidad de los autores es identificada con la estación indicada en la Biblia con el nombre de Haseroth, á la salida de los *sepulcros de la concupiscencia.* «Y fué llamado aquel lugar sepulcros de concupiscencia porque en él enterraron al pueblo que había tenido deseos. Y saliendo de los sepulcros de concupiscencia vinieron á Haseroth, y acamparon allí.»

La palabra Haseroth significa *cierre, recinto,* y parece indicar que los israelitas, al hallar en aquel punto abundosa fuente, acamparon en él varios días y rodearon su campamento de un cierre de piedras en seco ó de un vallado de arbustos, como practican todavía los árabes para defensa de sus aduares.

Durante la estancia de los hebreos en Haseroth, María, hermana de Moisés, fué

atacada de lepra por haber murmurado, junto con Aarón, contra su hermano. Penetrado de lástima Moisés á la vista de la horrible dolencia, pidió al Señor la curación de su hermana, la cual alcanzó después que la culpada estuvo desterrada del campamento durante siete días. Transcurrida que fué esta semana de expiación, María volvió sana al campamento y el pueblo partió de Haseroth para ir á plantar sus tiendas al desierto de Farán.

En cuanto á la estación anterior, llamada *sepulcros de la concupiscencia,* en hebreo Kibroth-Hataavah, opina el sabio Palmer que ha de colocarse en el punto que lleva el nombre de *Erueis el-Ebeirig,* situado á veintiocho kilómetros al suroeste de Ain-Hadhera, y en él se encuentran, en efecto, vestigios de antiguo campamento, muchas cercas formadas con piedras y gran número de sepulcros. Allí se produjo para los hebreos, disgustados de alimentarse sólo con maná y deseosos de comer carne, la portentosa caza de codornices, á lo cual siguió una plaga de la que perecieron á millares. De ahí el nombre con que aquel lugar fué conocido.

Cuarenta y cinco kilómetros en la dirección del suroeste dista Erueis el-Ebeirig del Djebel-Musa, y esta distancia fué recorrida en tres jornadas por el pueblo hebreo al dejar el Sinaí para establecerse en Kibroth-Hataavah, donde había de experimentar la misericordia á la vez que la ira del Señor.

Seis horas de marcha conducen al desfiladero de Nakb el-Bueib, y á su salida, después de seguir por algún tiempo el Uadi es-Saadeh y al dar la vuelta á un alto cerro, aparece el mar luciente cual pulido espejo. Es el golfo oriental del mar Rojo, casi ignorado hoy por los marinos europeos; el comercio nada tiene que explotar en sus inhospitalarias playas, que ofrecen, además, graves peligros para los navegantes, ya que gran número de rocas madrepóricas, ocultas á flor de agua, forman bancos y escollos que es muy difícil evitar.

Tampoco á los viajeros por tierra brindan con la menor seguridad las riberas del golfo de Akaba, llamado antes Elanítico; en los riscos y peñas que las forman suelen tener su guarida beduinos rapaces que hasta se atreven con las caravanas cuando se juzgan ellos los más fuertes. En medio de aquel desierto, el hombre aislado y débil encuentra por todas partes enemigos. Por esto las caravanas lo pasan observando gran precaución y con las armas en la mano; al menor grito, á la más leve sospecha se detienen y se colocan á la defensiva. El árabe tiene la mirada de lince y el oído sutil, y es preciso haber vivido entre sus tribus para formarse idea de la actividad y de los recursos á quien en su vigilancia acude. Los trajes y arreos más sencillos son la mejor salvaguardia contra la codicia de los beduinos; ¡infeliz del que imprudente penetra solo ó con escasa fuerza por aquellas agrestes regiones llevando al descubierto el menor objeto de valor ó de lujo! no ha de tardar en verla en poder de salteadores, y si él llega á caer víctima de un tiro ó de una puñalada ha de contarse con que el crimen queda para siempre ignorado é impune.

Siguiendo durante unos quince kilómetros las riberas occidentales del golfo, aparece

á la vista del viajero una isleta cubierta de ruinas que lleva por nombre Djeziret-Faraun (isla de Faraón), y además las de El-Kurey (la aldea) y de Djebel el Kalat (el cerro del Fuerte). Situada la primera á un kilómetro de la playa, forma un óvalo de trescientos y cuarenta metros de largo por ciento y cincuenta de ancho y consiste en dos collados peñascosos, compuestos de granito y pórfido, y unidos por medio de un istmo. Rodéanlos bancos de coral, y el pico septentrional, más elevado que el otro, se alza sobre el mar un centenar de metros. En otro tiempo hubo en su cima un castillo, y también la colina meridional ofrece vestigios de edificios, aunque no de tanta importancia. Sus ruinas, hoy día del todo abandonadas, sirven de guarida á los piratas ó de refugio á los pescadores; datan al parecer de la época de las Cruzadas, aunque es indudable que han sustituído á ruinas mucho más antiguas, ya que el islote, á causa de su proximidad á Asiongaber y á Elath, hubo de ser ocupado desde los tiempos más remotos. Saladino se apoderó de él luego que hubo conquistado á Elath, y de su época

DJEZIRET-FARAUN (ISLA DE FARAÓN)

serán las construcciones sarracenas que allí existen. En el año 1182 atacólo, aunque sin fruto, Reinaldo de Chatillon; en tiempo de Abulfeda estaba ya completamente desierto y su guarnición fué transportada á Akabah.

Continuando la excursión por las playas del golfo, que, solitario ahora, vió surcar en otos tiempos sus aguas por las flotas de Salomón en busca del oro de Ofir; dejada atrás la fuente salobre de Ain-Nueibia, encuentra el viajero la población de Akabah, que ocupa probablemente en el extremo septentrional del golfo el sitio en que se levantó la antigua Elath que le dió nombre. Cincuenta horas de marcha la separan del monte Sinaí.

Conquistada por David cuando se apoderó este rey del territorio de Edom dejando en él guarniciones, permaneció sumisa á Salomón y probablemente secundaría en tiempo de Jorain la rebelión de los edomitas, los que se alzaron contra aquel soberano. Reconquistada tiempo después por Azarías, que la reconstruyó, estuvo en poder de los judíos hasta el día en que Rasin, rey de Siria, se le arrebató para devolverla á los edomitas. Bajo el dominio romano conservó aún cierta importancia, y en la época cristiana fué

sede episcopal, siendo, durante el imperio bizantino, el cuartel ó puesto militar de la décima legión Fretensis. Al ocurrir la invasión musulmana Elath se hallaba regida por un príncipe cristiano, por nombre Johannat, quien mediante un tributo y una declaración de vasallaje, pudo desviar de la ciudad las iras del conquistador. No tardó, empero, en caer bajo el yugo mahometano, y desde entonces con el nombre de Akabah formó un gran lugar defendido por una fortaleza de muy difícil acceso. De aquel tiempo data la esplanación del camino que á ella guiaba. En la época de la primera Cruzada, en año 1116, el rey Balduino I la tomó sin resistencia y dejó allí guarnición, de la cual la conquistó Saladino, no sin gran esfuerzo, en el año 1170. Once años después Reinaldo Chatillon, señor de Kerak y de Monreal, quiso inútilmente hacerla suya por medio de un golpe de audacia, y en el año 1319 el sultán de Egipto Mohamed ben-Kelaun dispuso nuevas obras en la pendiente que á la ciudadela conducía. Esta, en su actual estado, data, á lo que se cree, del siglo XVI; es cuadrangular y está flanqueada por una torre en cada ángulo. En ella reside el gobernador con muy escasa guarnición, que no tiene otro encargo que proteger el paso de los peregrinos á la Meca.

Algunas pobres cabañas respirando indigencia y suciedad y albergando á unos cuatrocientos habitantes, labradores y pescadores, forman todo el lugar de Akabah, de posición muy pintoresca. Su bahía es abrigada y segura, y las montañas son como admirable marco de aquel bello cuadro. Las caravanas de Egipto, al cruzarse con las de Siria y Arabia, renuevan allí su provisión de agua, pues son varios y excelentes los manantiales que hacen de aquel territorio, sombreado por bosquecillos de palmeras, delicioso oasis.

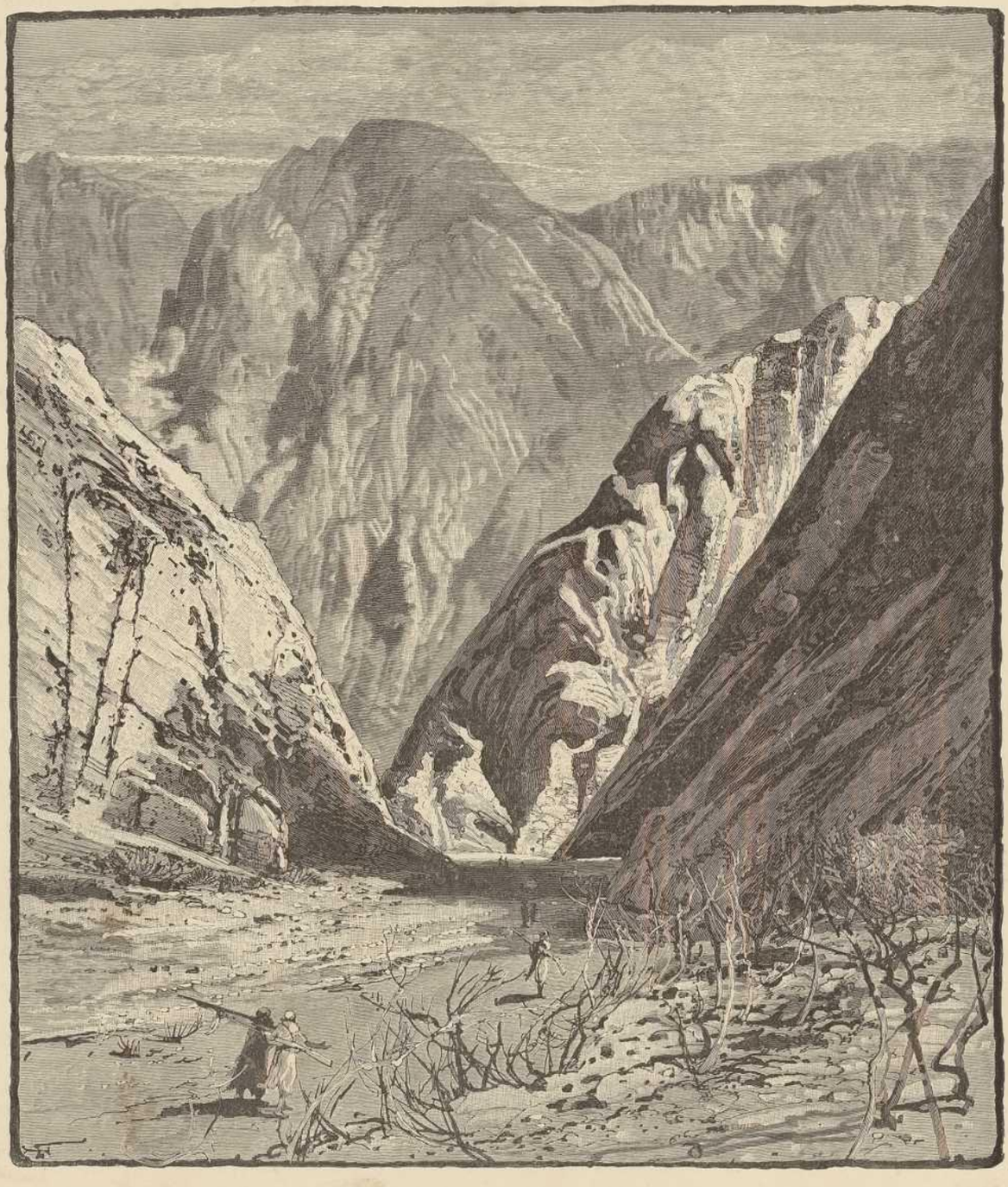
Casi siempre en unión con la ciudad de Elath es mencionada la de Ezion-Gaber (en latín Asiongaber, la espina dorsal del gigante), situada, según todas las probabilidades, en sus cercanías, hacia el norte. Por el libro de los Reyes sabemos que Salomón construyó en ella una flota y que cuando tiempo después Josafat equipó en el mismo mar otra, destinada, como la de Salomón, á ir en busca del oro de Ofir, sus naves se estrellaron en las rocas de Asiongaber. Creen los autores, en vista de que en el desierto sólo crecen tamariscos y acacias, que los pinos y cedros del Líbano que sirvieron para la construcción dicha, vendrían á flote desde las costas de Fenicia al primer puerto del golfo Elanítico, desde donde, cargados en camellos y pasando el desierto, llegarían á Asiongaber.

Desde Akabah, internándose en el desierto de Tih, después de varias jornadas de soledad y sofocante calor que recuerdan sin cesar al viajero, á poderlo olvidar, que se halla en la Arabia Petrea, llégase á Calaat el-Nakel, agradable pueblecillo rodeado de prados, huertos y bosques de palmas. Abundante fuente lo fecundiza y embellece todo.

En aquellos llanos inmensos es hermoso é imponente espectáculo, sobre todo para el europeo, la salida del sol. De las tinieblas se pasa de pronto á la luz; la noche reina aún con su oscuridad, y un instante después aparece en el horizonte el astro del día radiante y derramando torrentes de fuego. En los países cálidos no suelen anunciar la

aurora su llegada, y á la vista de semejante fenómeno se aprecia mejor la poética expresión de David al decir del sol naciente que toma vuelo cual gigante para recorrer su curso.

Este camino siguen por lo común los viajeros que desean marchar directamente á

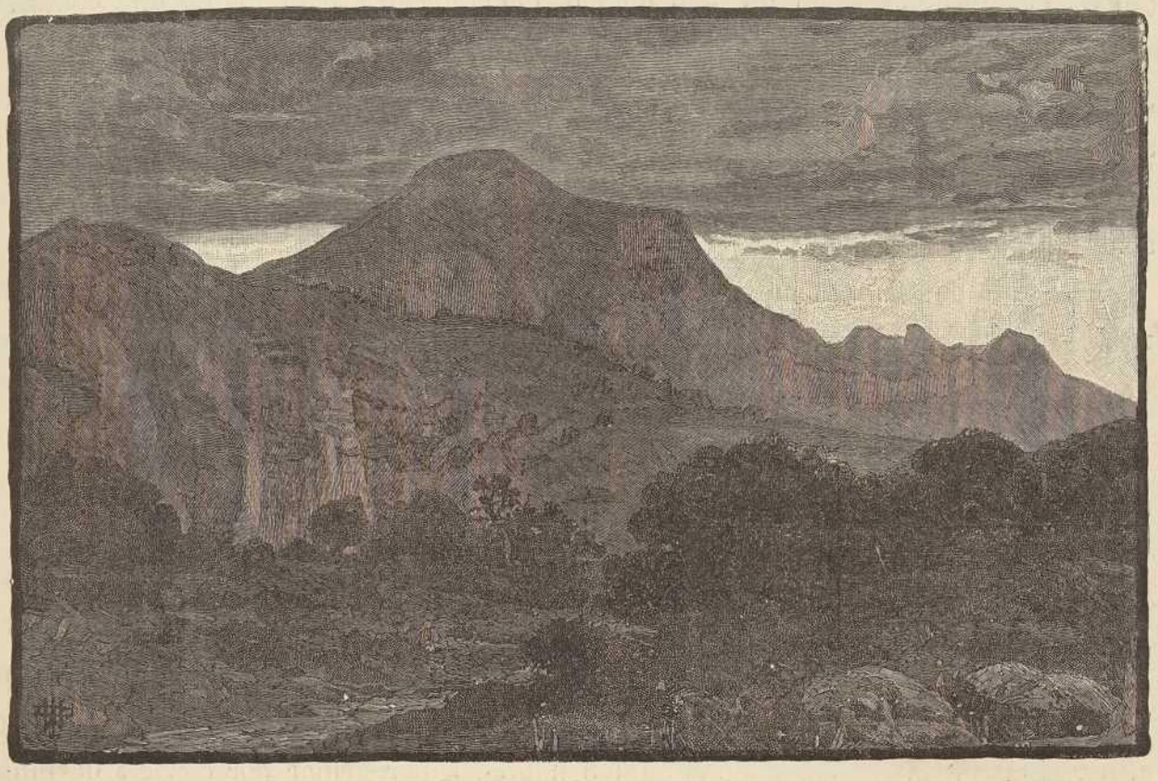


Un desfiladero en el Djebel-Tih

Palestina; pero, ¿cómo resignarse, teniendo á Petra á tan corta distancia, á no visitar la antigua capital de los Nabateos, la principal ciudad de la tercera Palestina, como algunos autores la apellidan, la capital que tiene hoy la Arabia Petrea? Tomaremos, pues, el espacioso valle de Arabah, llamado también Uadi-Akabah; atravesaremos el Uadi el Ithm, camino que es de las caravanas que de Damasco se dirigen á la Meca haciendo alto en Akabah y paso que fué, según opinión general de los israelitas cuando dejando

definitivamente el desierto de Kades, rodearon por el sur el territorio de los edomitas para ascender luego hacia el norte hasta la frontera oriental de la tierra de Moab; nos detendremos en el Ain-Ghudian [1], fuente de agua no muy buena, y en la excelente de Ain-Gharandel, rodeada de palmeras, á unos cuarenta kilómetros de la anterior, pasaremos la línea divisoria de las aguas entre el mar Muerto y el golfo Elanítico, y entrando en un valle donde crece en abundancia la adelfa, daremos vista á la famosa ciudad de Petra.

«Rodeamos un cerro en cuya cumbre se alza un árbol aislado, dice M. de Laborde en su viaje á la Arabia Petrea, y ofrecióse á nuestros ojos inmenso panorama en medio de la soledad más espantosa, figuraos un mar con sus olas petrificadas. Avanzando



DJEBEL-HARUN, Ó MONTE HOR

por el mismo sendero vemos en lontananza el monte Hor, que guarda en su cumbre el sepulcro de Aarón, antiquísima tradición conservada por un pueblo también tan antiguo y viejo que en él sólo han de buscarse ó impresiones infantiles ó memorias de remotos siglos. Toscas excavaciones y ruinas que casi se confunden con la tierra detienen por unos instantes al viajero erudito, que no sabe las maravillas que le oculta el peñascoso muro por donde va trepando; por fin llega á lo más alto y sus ojos contemplan el espectáculo más singular, el cuadro de mayor magnificencia que hayan legado á la curiosidad de las futuras generaciones la naturaleza en sus grandiosas creaciones y los

[1] Autores hay que, creyendo ver cierta analogía entre el nombre de Ezion, tal como se escribe en hebreo, y el de Ghudian, según la ortografía árabe, opinan que en este sitio estuvo fundada Ezion-Gaber. Además de que el agua de aquella fuente es cuando más potable para las bestias, lo cual parece contradecir la idea de centro de población, téngase en cuenta que Ezion-Gaber fué una ciudad marítima y que el Ain-Ghudian dista veintidós kilómetros del mar. Esto supondría que el mar Rojo ha tenido aquel retroceso lo cual no es probable.

hombres en su presunción y vanidad. En Palmira la naturaleza por su misma inmensidad, por su ilimitado horizonte, en cuyo espacio aparecen como perdidas algunos centenares de colunas, amengua en parte los humanos esfuerzos; aquí, por el contrario, diríase que se ha complacido en poner su magnificencia al servicio de obras que luchan no sin ventaja con ella, en armonizar el vigor y la originalidad de su estructura, con la grandiosidad y las variadas líneas de aquellos monumentos de los hombres. Quien por primera vez lo contempla no sabe si es más digna de su admiración la primera por aquellas gigantescas peñas, majestuosas por su forma y color, ó los segundos que se atrevieron, en medio de tan solemne paisaje, á hacer ostentación de los productos de su ingenio.»

En el valle en que fué en otro tiempo morada de los idumeos, amalecitas y maobitas, reunidos después formando un solo pueblo, encuéntranse vestigios de una civilización ya extinguida en las ruinas de un gran edificio que probablemente serviría de fuerte avanzado para la defensa de Petra: á sus puertas estamos ya; pero antes de describir someramente la renombrada ciudad conviene decir algunas palabras de la gran cordillera de Edom, en medio de la que se halla situada y en cierta manera oculta, como en la concha preciosa perla.

Entre la honda cuenca del mar Muerto y el golfo oriental del mar Rojo ó golfo de Akabah, extiéndese dilatada vega, por nombre Ued-Arabah, larga de ciento ochenta kilómetros por diez y seis de anchura media; los montes que á derecha é izquierda la limitan son más altos y escarpados al este que al oeste, y el terreno, alzándose insensiblemente á contar desde el mar Muerto, que está á trescientos noventa y dos metros bajo el nivel del Mediterráneo, llega á tener sobre el mismo ciento y cuarenta de altura.

Desde este punto y por el lado del norte, cuantos torrentes van á parar al Ued-Arabah llevan sus aguas al mar Muerto, al paso que los del lado del sur desaguan todos en el golfo de Akabah, línea divisoria que separa la vega en dos regiones ó cuencas hidrográficas. La quebrada meseta que forma su frontera occidental guía al desierto de Tih, por el cual estuvo condenado el pueblo hebreo á peregrinar por espacio de muchos años, al antiguo Negeb y á la zona meridional de Palestina; los montes que la constituyen son en su mayor parte calcáreos, mientras que los que al este se levantan son de pedernal, granito y pórfido.

Allí, en aquella cordillera, se encuentra la famosa tierra de Edom feraz y abundante en fuentes; feliz contraste con la aridez de los desiertos entre los que está enclavada. Muy populosa antes y muy bien cultivada, atestigua por medio de sus ruinas la importancia que en otro tiempo tuvo. Aun en el día sus valles y collados se ven esmaltados en primavera de plantas y flores, y es seguro que con una administración menos deplorable aquel país, que es de los más pintorescos del globo, habría de recobrar en poco tiempo la fecundidad perdida. Por desgracia imperan allí la anarquía y la fuerza, y el infeliz *fellah* que cultiva su campo ó su huerto no puede saber jamás si antes que él cosechará el fruto el beduino nómada y rapaz. Los vaticinios de los profetas se han cumplido al pié de la letra, y la tierra de Edom, centro que fué de prosperidad y riqueza, ofrece hoy la triste

imagen de la desolación. Por ella no se puede viajar sin una escolta respetable, y aún así son los viajeros indignamente socaliñados por los habitantes. Divídese en dos distritos separados por un valle llamado El-Rhueir, y llevan por nombre, el del norte, El-Djebal, que es la Gobolitis de Josefo y la Gebalene de Eusebio, y el del sur, Ech-Cherach ó sea el monte Seir de la Biblia.

Entre otras aldeas contiene el primer distrito las de Tofileh y El-Buseirah.

Es aquélla la Tophel de los sagrados libros; situada en una ladera, provéenla de agua muchas y copiosas fuentes; su población es de dos mil y ochocientas almas, y en ella reside el jeque del distrito.

El-Buseirah ni siquiera sombra es de la antigua Bosra, en hebreo Bozrah, ciudad que menciona el Génesis como patria de Jobab, hijo de Zara, uno de los primeros reyes de Edom.

Isaías, celebrando de antemano la gloria y grandeza del Mesías, dijo: «¿Quién es este que viene de Edom? Sus vestiduras están teñidas con la púrpura de Bosra.»

Eusebio hace mención de esta ciudad con el nombre de Bosor, y observa que no ha de confundírsela con Bostra, que en tiempo de Trajano fué declarada metrópoli de la nueva provincia de Arabia.

A la sección meridional de la cordillera de Edom, ó sea al Djebel ech-Cherach, pertenecen Chubeck, Petra, Maan y Akabah, de la que antes hemos hablado.

Chubek ó Kerak ech-Chobek es el *Mons regalis* ó Monte real de la época de las Cruzadas. La fortaleza erigida en dicho punto por Balduino I, se levanta en la cumbre de un collado y se halla en regular estado de conservación. A ella da entrada una puerta maciza de hierro.

En los confines del gran desierto de Arabia está situada Maan, que contiene unos mil habitantes y posee un antiguo castillo musulmán, caído hoy en ruinas. A causa de su posición en el camino que siguen los peregrinos de la Meca, disfruta aún este pueblo de alguna nombradía. Con su nombre trae á la memoria á la tribu de los maonitas, cuya capital fué en otro tiempo, tribu que, junto con los amalecitas, sostuvo guerra con la nación judaica, según así resulta del libro de los jueces en su texto hebreo, pues en la Vulgata ha sido sustituído el nombre de Maón por el de Canaán.

La región cuyos principales lugares habitados aún hoy hemos indicado, llamóse en los tiempos primitivos monte Seir, que equivale á riscoso ó escarpado, y se aplicaba á toda la quebrada y montañosa comarca que se extiende al este del Arabah, desde los confines meridionales del mar Muerto hasta la playa septentrional del golfo de Akabah. Créese que los Horim, pueblo troglodita que moraba en cavernas, fueron sus primeros moradores; de ella los expulsaron los descendientes de Esaú, y éstos dieron á los montes Seir el nombre de Edom, rojo, en memoria del color de su ascendiente. Tiempo después los edomitas fueron subyugados por David, y conforme queda dicho, Salomón equipó una flota en Ezion-Gaber, en la frontera de su territorio y en las riberas del mar Rojo; á poco, empero, recobraron su independencia, y á excepción de las pasajeras invasiones

que padecieron en la época de Amasías y Ozías vivieron en paz y sosiego. En las desastrosas guerras que desgarraron los reinos de Judá é Israel, aliáronse casi siempre con los enemigos que hostilizaban á ambos y contribuyeron á su ruina, llegando á invadir parte del desierto de Tih y casi todo el territorio de Negeb, hasta que vencidos y dominados por los Macabeos, hubieron de acatar el gobierno de prefectos judíos. Un idumeo (así llamaban los griegos á los edomitas) por nombre Antipater llegó con el favor de César á procurador de toda la Judea, y su hijo Herodes el Grande fué elevado á la dignidad de rey de los judíos.

Pero mucho antes que esto sucediera, importante revolución se había verificado en aquellas montañas: al tiempo que la progenie de Esaú realizaba incesantes progresos por el oeste y el norte y comunicaban el nombre de Idumea al territorio de que se apoderaban, los nabateos, que eran tenidos por descendientes de Nebaioth, hijo primogénito de Ismael, los arrojaron de sus antiguos dominios é hicieron suya la Idumea propiamente dicha, esto es, el monte Seir fundando allí el reducido reino de Nabat, designado por los autores latinos con el nombre de *Arabia Petræa*. Su capital fué Selah (la Roca), la Petra de griegos y romanos.

El primer soberano nabateo que menciona la historia, por los años 165 antes de Jesucristo, tuvo por nombre Aretas, que también llevaba el que en tiempo de san Pablo reinaba en Damasco, ciudad por él conquistada. Malco y Obodas se llamaron los dos reyes nabateos de quien nos ha quedado noticia, y de ellos se sabe que en nada obstante haber sostenido varias contiendas con judíos y sirios, fueron por lo común aliados de los primeros imperando los Macabeos. Pocos años antes de la era cristiana envió Roma un ejército á la Arabia Petrea al mando de Elio Galo, y para librarse Obodas del peligro que le amenazaba apeló á la astucia y á la traición: después de recibir á los romanos con grandes muestras de sumisión y amistad dióles por guía en su marcha á Syleo su primer ministro, y éste los llevó y los tuvo errantes por áridas soledades, donde la sed, el cansancio y las enfermedades acabaron con la invasora hueste. Finalmente, en el año 105 de nuestra era los nabateos, que hasta entonces lograron conservar la independencia, perdiéronla cuando la expedición de Cornelio Palma, gobernador de Siria, el cual realizó la conquista de la Arabia Petrea y la incorporó al imperio romano.

Activos, traficantes é ingeniosos, continuaron los nabateos en la época romana siendo los principales intermediarios del comercio que se hacía entre la India, la Arabia meridional y las riberas del Mediterráneo, pasando por la península sinaítica; de ahí los cuantiosos caudales que acumularon y los magníficos monumentos con que embellecieron su capital, que puede considerarse todavía, á pesar del lamentable estado á que la ha reducido la conquista musulmana, como una de las maravillas del mundo.

Esta ciudad singular, rodeada de montes peñascosos y en gran parte labrada también ella en la roca viva, á esto debió su primitivo nombre de Selah; su orígen data probablemente de los Horim, pero es la Biblia el primer monumento histórico en que aparece, reinando Amasías por los años 828 antes de la era cristiana.

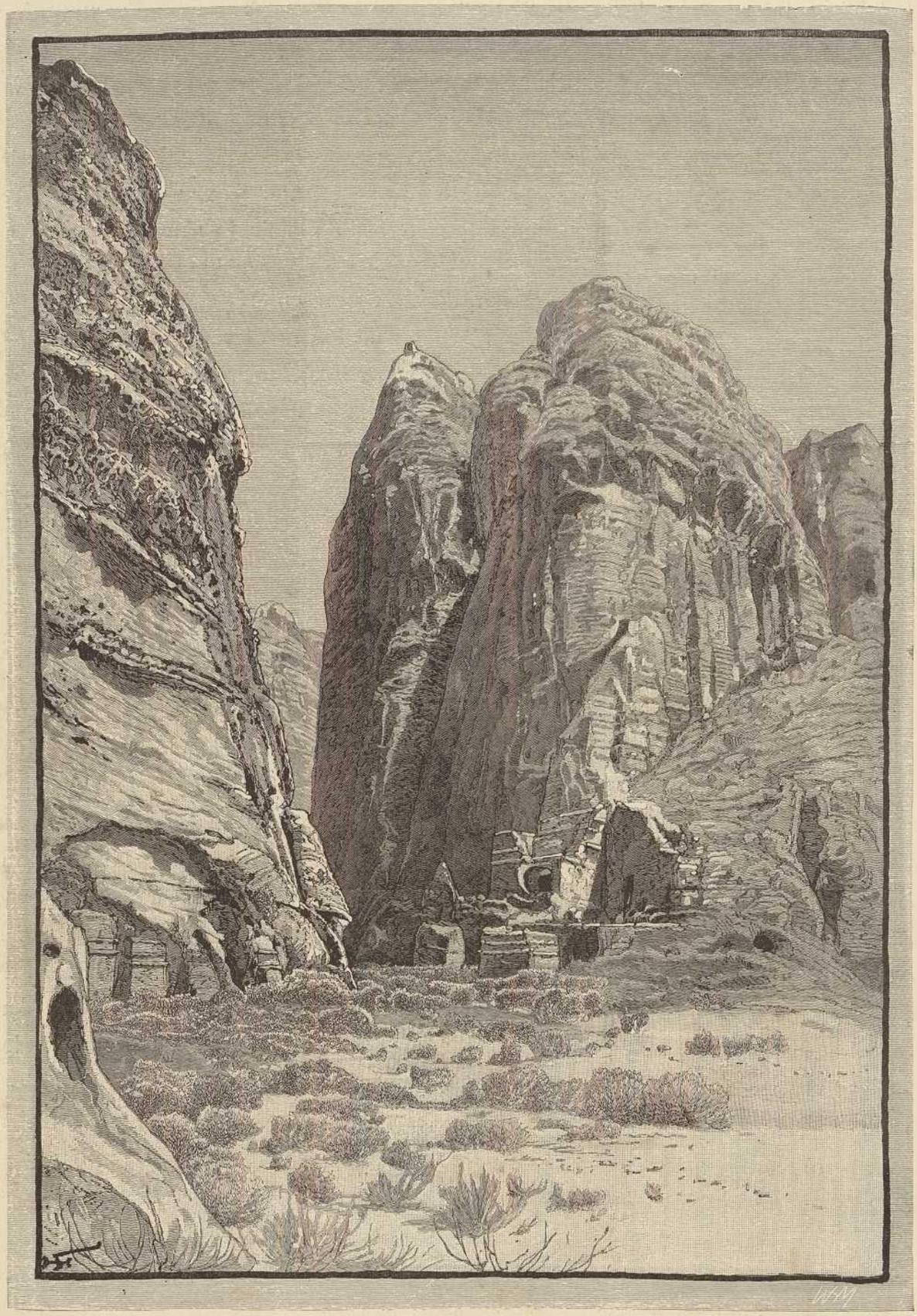
«Amasías acuchilló á diez mil hombres de Edom en el valle de Sel, y tomó Selah por fuerza de armas y le puso por nombre Joktheel, que hasta hoy ha conservado,» dice el libro de los Reyes.

Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*, expresa que esta ciudad llamábase además Arekeme, de Rekem, su fundador y soberano.

Petra siguió, como es natural, cuantas vicisitudes experimentó el territorio de Edom, y á fines del siglo IV antes de Jesucristo, habiendo caído en poder de los nabateos, adquirió bajo su dominación nuevo esplendor y poderío.

En ella, como en inviolable asilo, depositaron los tesoros que el comercio sin cesar les procuraba, y cifraron su gloria en embellecerla y presentarla como joya arquitectónica de inestimable precio. Las riscosas laderas de los montes que por todos lados circuyen el estrecho espacio que la ciudad ocupa, se convirtieron por su industria y trabajo en una especie de maravillosa colmena abierta en la peña viva y después ornada aún más todavía por el arte de griegos y romanos. Sepulcros en gran número y de infinitas formas, magníficos mausoleos, templos, palacios, pórticos, arcos triunfales, edificios públicos y viviendas particulares brotaron como por encanto de las agrestes peñas, pulidas, talladas, esculpidas y labradas de mil maneras por el martillo y el cincel, y cuando los romanos se hicieron dueños de la monumental ciudad no cesaron de embellecerla hasta con lujo y exagerada profusión de adornos. Al florecer en ella el cristianismo trocáronse los templos en iglesias, y, sede episcopal, fué metrópoli de la Palestina III. Con la conquista mahometana cesó casi por completo de ser mencionada en la historia, y por espacio de doce siglos quedó envuelta en el más profundo olvido, acabándose por ignorar hasta su situación verdadera. Seetzen fué en el año de 1807 el primer viajero moderno que, si bien sin visitarla, dió sobre ella noticias exactas recogidas entre los indígenas; Burkhardt, en 1812, penetró furtivamente en su recinto disfrazado de peregrino musulmán y descubrió al mundo la magnificencia de sus ruinas por tantos siglos ignorada. En 1818 Irby y Mangles pasaron en Petra dos días, que no fueron desperdiciados por aquellos atrevidos y perspicaces investigadores; los escritores Linaut y Laborde pudieron en 1828 residir en la ciudad algún tiempo más, y levantando el plano de la misma y dibujando sus principales monumentos, preparar lo que más sorprende y cautiva en su importante obra acerca de la Arabia Petrea. Además, fué la ciudad visitada y descrita por el doctor Stanley en 1852; en 1864 por el duque de Luynes, y más recientemente por M. Palmer y por otros sabios y artistas de enumeración prolija; y sin embargo, aún después de tantas y sucesivas exploraciones, falta todavía mucho para que Petra haya descubierto sus misterios todos, ya que á causa de los obstáculos siempre renacientes que se oponen por parte de sus moradores, cuya codicia y rapacidad exceden á cuanto puede decirse, los viajeros han de limitarse á visitas más ó menos detenidas, pero siempre incompletas. Habremos, pues, de limitarnos á indicar con brevedad lo más notable que, por lo que hasta ahora se sabe, encierra en su recinto; digamos antes que su miserable y degradada población profesa la religión mahometana por más que conserve

un tipo judaico muy pronunciado, lo que ha inducido á varios autores á ver en ella los

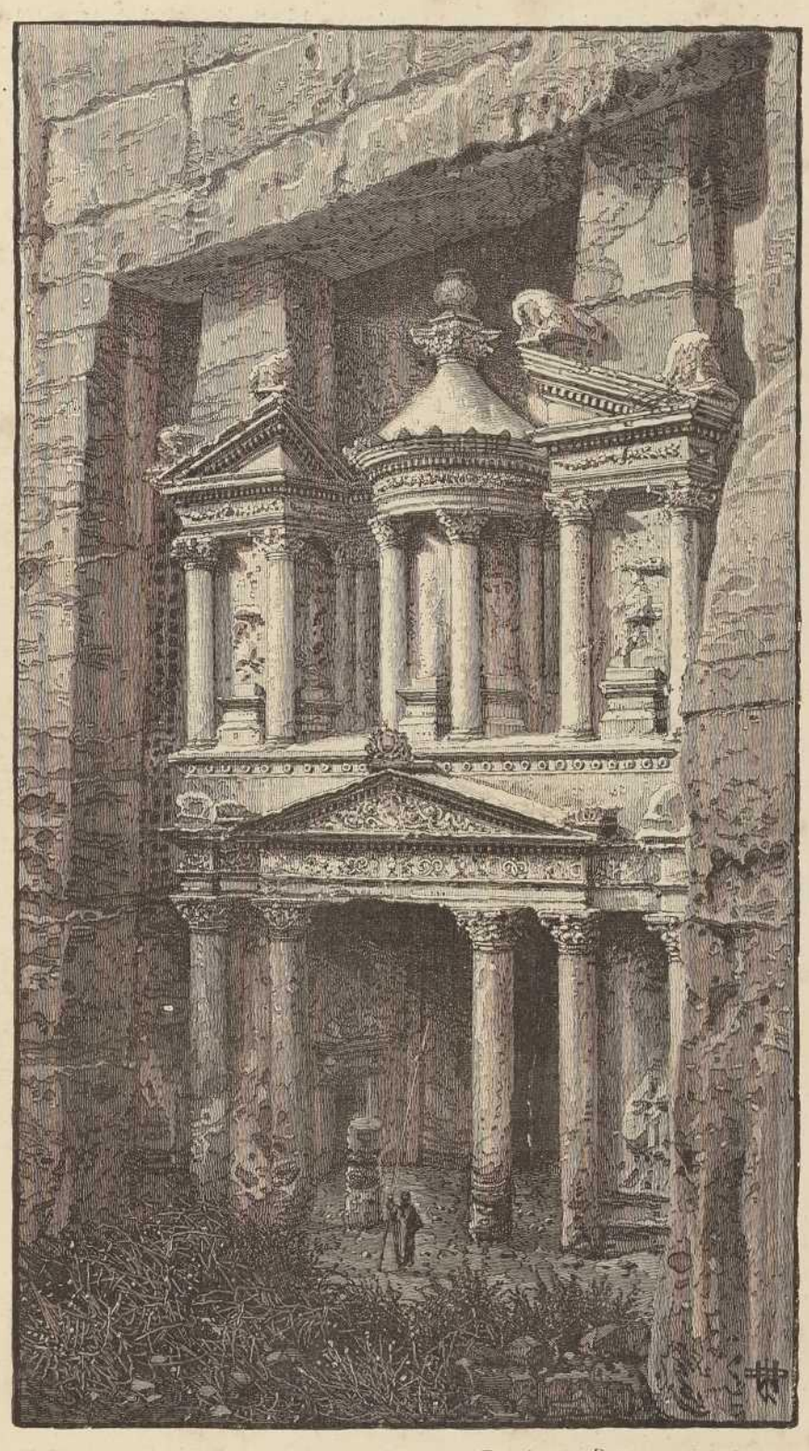


Rocas del Sik, en Petra

restos de los antiguos simeonitas, establecidos en el territorio de Edom. M. Palmer, disintiendo de esta opinión, la considera como una rama de los judíos Kheibari que,

morando en las cercanías de la Meca, tan gran papel desempeñaron en la primera época del islamismo. Según él, los kheibari, después de la conquista arábiga, fueron á establecerse á Petra con el nombre de Liyatheneh ó hijos de Leith, que fué un descendiente de Kaab.

Situada en estrecho valle, al parecer lugar nada á propósito para la fundación y crecimiento de una capital, es de difícil acceso, tanto que con reducido número de gente es posible hacerla inexpugnable. Por el lado del suroeste llégase á ella por escarpado sendero, y por el de levante, por un desfiladero sumamente angosto que lleva el nombre de Es-Sik, *la hendedura*, y no es en efecto sino una quiebra en la enorme mole de rocas que sería dividida en dos mitades por alguna conmoción violenta, dejando entre ambas una especie de pasadizo de dos kilómetros y medio de largo por cinco ó seis metros á lo más de anchura, con la particularidad de describir numerosas revueltas.

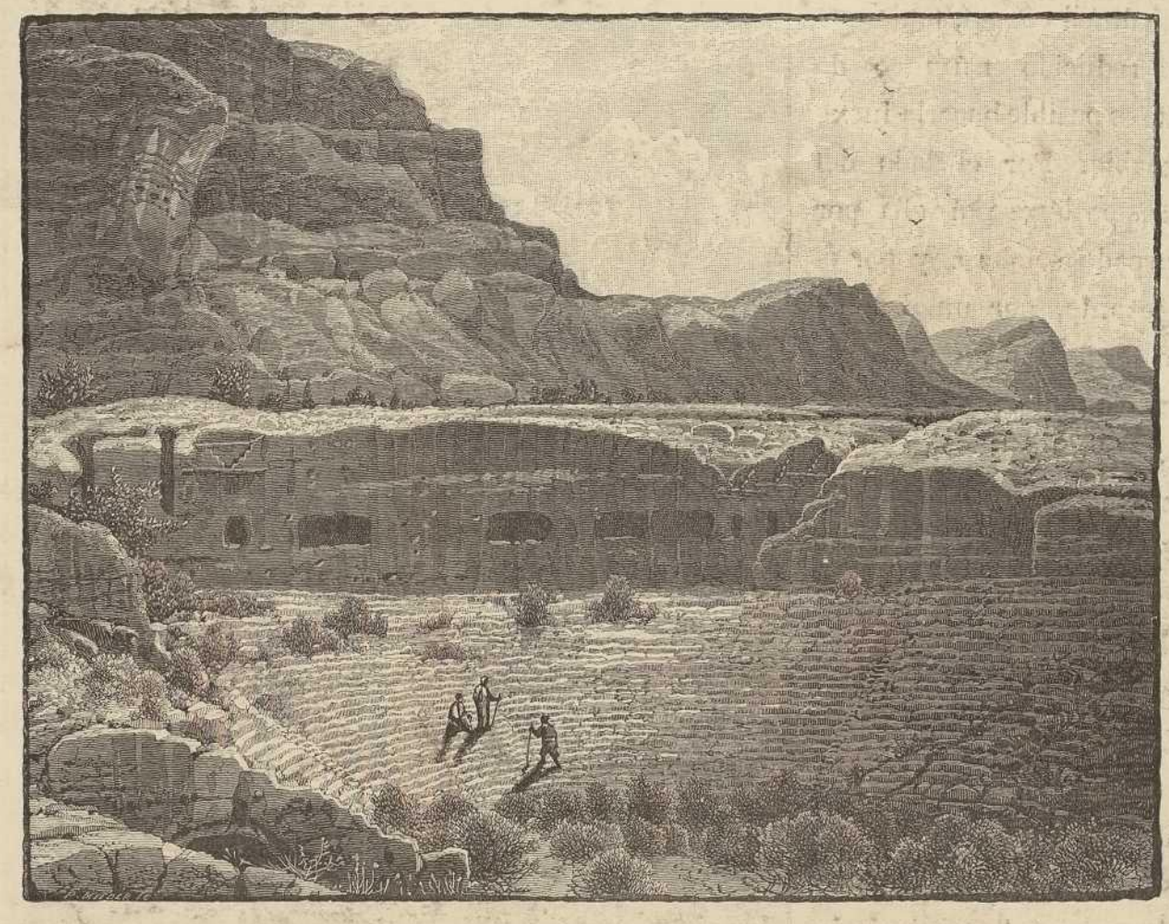


El Khazneh Faraun (el tesoro de Faraón), en Petra

A ambos lados de la cañada que lo precede vense grutas sepulcrales y monolitos, desprendidos de las peñascosas laderas, y por el centro serpentea un arroyo cuyas aguas derivan del Ain-Musa, fuente que, según tradición local, brotó milagrosamente por mandato y al impulso de la vara de Moisés.

A igual causa debióse también, dicen los naturales, la hendedura antes dicha, cuya entrada oriental es en realidad imponente; á unos treinta metros de altura atraviesa de una peña á otra la atrevida bóveda de un puente-acueducto que con las pilastras y hornacinas

para estatuas que la adornan le dan el aspecto de triunfal y grandioso vestíbulo. Sigue el camino por entre dos inmensos muros de roca, de cien metros de altura en varios sitios, muros que á veces parecen juntarse en su parte superior hasta el punto de interceptar casi la vista del cielo y por lo mismo la claridad del día. El riachuelo que surca la cañada penetra y corre murmurando á lo largo del Sik, donde en otro tiempo estuvo encauzado en un canalizo lateral abierto en la peña, entre cuyas baldosas, rotas ó fuera de lugar, han arraigado y crecido lozanos grupos de adelfas. De esta manera, en medio de una semioscuridad, anda el viajero unos treinta minutos para experimentar gratísima sor-



Anfiteatro practicado en la roca, en Petra

presa al verse de pronto inundado de luz y á su resplandor ver un monumento incomparable en su conjunto lo mismo que en los pormenores. Llámanlo los árabes Khazneh-Faraun (tesoro de Faraón), por creer que un faraón de Egipto guardó en aquel sitio sus tesoros. La inesperada aparición del bello edificio, que debe á su situación en la confluencia del Sik con otro desfiladero la luz deslumbradora que lo baña, tiene mucho de fantástico y ha causado la admiración y el embeleso de cuantos lo han visto. Construído con una piedra rojiza en la que alternan el color de la púrpura con rosados matices, consta de una soberbia fachada de dos cuerpos, ricamente ornada con colunas corintias, variadas esculturas, bajo-relieves y estatuas. Dice el duque de Luynes que debajo del friso en que apoya el cuerpo superior existe un grupo de estilo egipcio degenerado, símbolo de Isis, formando un disco sostenido por dos cuernos de vaca con dos espigas á los lados.

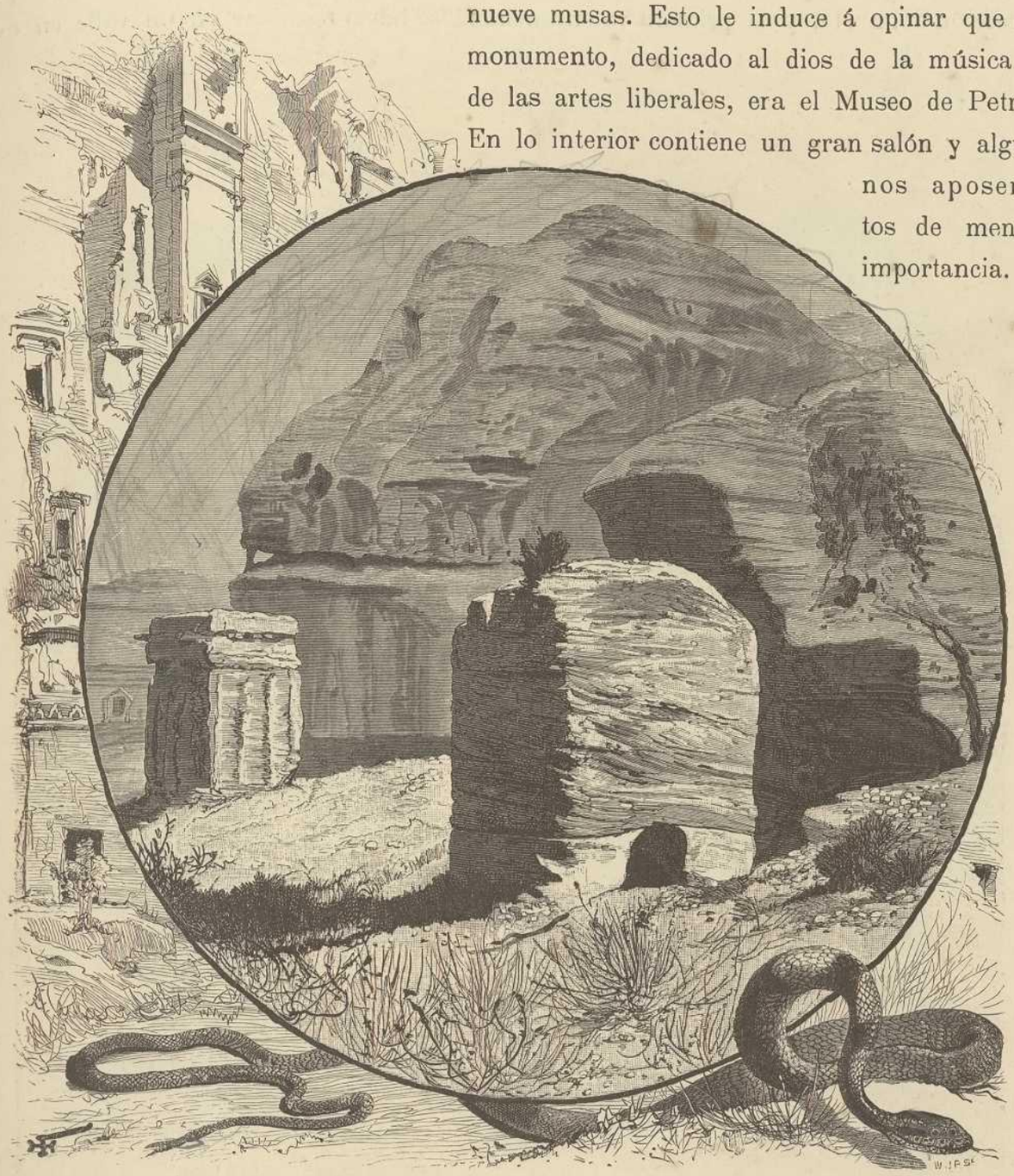
J. D. WOODWARD. PINXT

C. BERTRAND. SCULPT

DESFILADERO Á LA ENTRADA DEL VALLE DE PETRA.

ESPASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA

M. Palmer, por el contrario, manifiesta que después de muy detenido examen ha podido convencerse de que aquel grupo es sencillamente una lira, y añade que las nueve figuras en bajo-relieve representadas en el cuerpo superior, vestidas con túnica corta, no son amazonas, como así se ha dicho varias veces, sino las nueve musas. Esto le induce á opinar que el monumento, dedicado al dios de la música y de las artes liberales, era el Museo de Petra. En lo interior contiene un gran salón y algunos aposentos de menos importancia.



TUMBAS MONOLÍTICAS, EN PETRA

Desde el Khazneh-Faraun, el Sik, cuya dirección, á pesar de sus revueltas, era antes al oeste, se inclina hacia el norte durante unos cuatrocientos metros. En los verticales muros que lo forman vense á derecha é izquierda labrados nichos y sepulcros, algunos de los cuales se distinguen por su belleza, y en seguida encuéntrase al paso un gran teatro abierto en la inclinada falda de rojizo collado, en el punto en que el Sik tiene mayor anchura. Constaba de treinta y tres filas de gradas y podía contener

cuatro mil espectadores; el escenario, arruinado en gran parte, estaba adornado con colunas, como lo atestiguan varios pedestales aun subsistentes. Dominando á las gradas superiores ábrense una série de grutas sepulcrales que parecen ser anteriores al teatro.

Más allá de este singular edificio la cañada y el arroyo que por ella corre toman la dirección del norte, y la primera va ensanchándose hasta terminar en un valle en que

Ed-Deir (el convento), en Petra

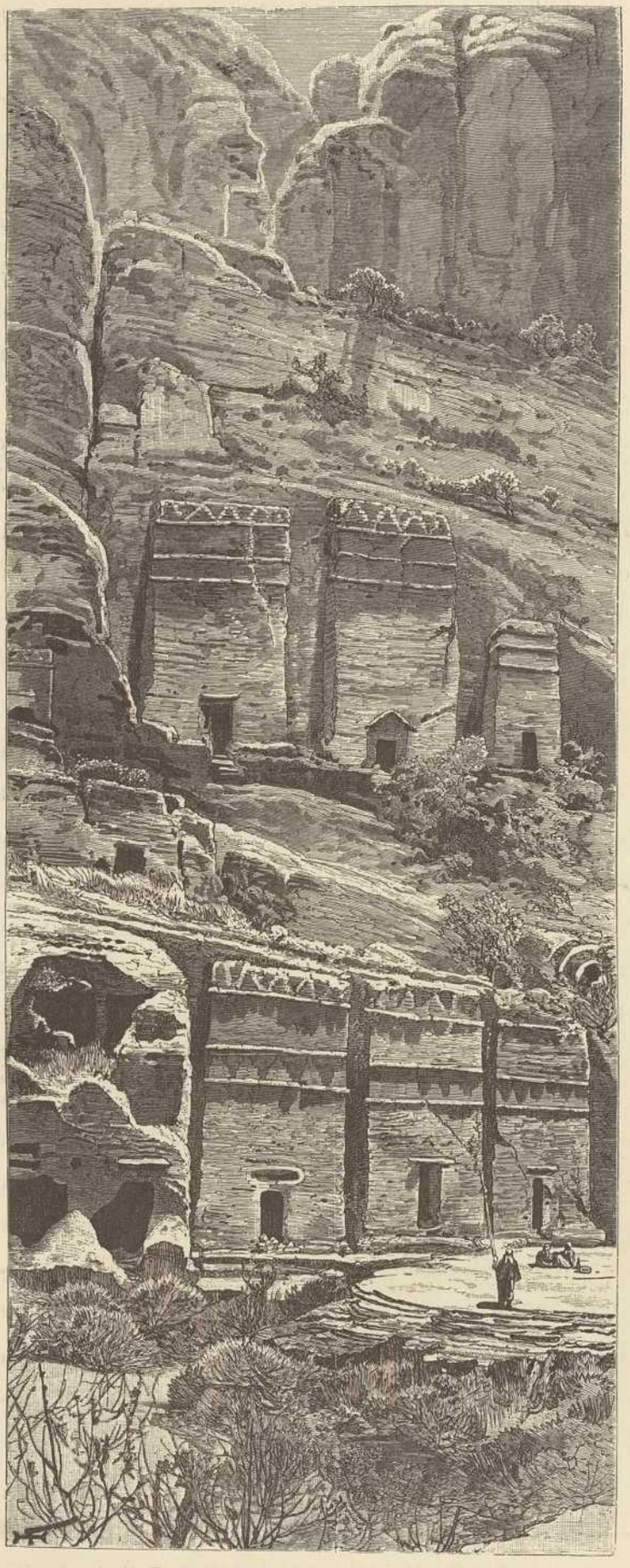
está situada la ciudad propiamente dicha, la cual ocupaba al septentrión y al mediodía ambas márgenes del riachuelo que atraviesa el valle de este á oeste para perderse en otro desfiladero erizado de maleza, por ahora inexplorado. Encerrada entre el anfiteatro de montañas que la circuye, dista mucho de hallarse en el perfecto estado de conservación que muestran las necrópolis inmediatas, y se comprende que así sea, ya que están

abiertas éstas en la peña y es aquélla obra de fábrica. Sus principales ruinas pertenecen á templos convertidos sin duda en iglesias llegada que fué la época cristiana; á un foro, á dos puentes, á un arco triunfal, á un grandioso edificio llamado por los naturales Kars-Faraun (castillo de Faraón), y á gran número de casas de las que restan los paredones. Al sudoeste encuéntrase dominada la ciudad por alto cerro, en cuya cumbre se levantaría seguramente la acrópolis, y las enormes y tajadas rocas que por el este la limitan ofrecen á la admiración del viajero soberbios monumentos funerarios que por sí solos bastarían á acreditar el esplendor y opulencia de la antiquísima ciudad. Todos han sido profanados y sin duda esparcidas al viento las cenizas que guardaban; pero los sepulcros, en su conjunto y en sus principales adornos, permanecen casi intactos, con sus colunas dóricas, jónicas ó corintias y con sus esculpidas cornisas y dinteles.

A unos tres cuartos de hora al noroeste de Petra, después de ascender con trabajo por muchos escalones labrados en la peña, llégase á vasta meseta artificial en la que se alza un templo que lleva por nombre Ed-Deir (el convento). Consagrado en su origen al culto gentílico, fué iglesia en la época cristiana. Su fachada se asemeja á la del Khazneh-Faraun, pero todo él es de proporciones más grandiosas é imponentes. En la cima de inmediata colina otra esplanada, á la cual se llega también por medio de escalones, sostiene otro templo, del que quedan todavía colunas y una magnífica hornacina en la pared de una sala. Desde allí, dominándola de una altura de cuatrocientos metros, abraza la mirada todo el perímetro de la ciudad, que en el fondo del valle aparece como silenciosa y aletargada en sus ruinas cuando en otros tiempos hubo de mostrarse tan llena de vida, de ruido y movimiento. Desiertos están sus templos; no resuena ya en su teatro la voz de los actores ni la gritería del público, y hasta sus sepulcros vense vacíos y profanados. ¿Qué ha sido de aquellos altivos y opulentos nabateos que sólo por Roma pudieron ser subyugados? pregunta al llegar aquí, poseído de pavoroso asombro, el viajero Guerin. Por el comercio enriquecidos, dice, hicieron de su capital el asilo de su independencia y quisieron que fuese una de las más bellas ciudades del mundo. Al mirar los soberbios sepulcros que para sí labraron en las rocas á alturas de muy difícil acceso, podíase pensar que por lo menos gozarían tranquilos la posesión de la tumba; mas no ha sido así: con los sectarios de Mahoma llegaron á aquel lugar los Lyatheneh, tribu codiciosa y feroz que no ha dejado sin remover una de aquellas cuevas con la esperanza de descubrir en ellas ocultos tesoros. ¡Y cosa singular y digna de ser observada! A la vista de los espléndidos mausoleos que no han podido guardar los restos de sus cadáveres, el monte Hor, allá en lontananza, conserva intacto en una de sus cumbres el Oaly de Neby-Haraun; el hermano de Moisés ha sido respetado en su sepultura cuando las mortales cenizas de todo un pueblo no han podido librarse de los ultrajes y la profanación.

En tiempo de las Cruzadas fué Petra patrimonio de los guerreros cristianos; los maravillosos monumentos, hasta los que con penas y trabajos llegan hoy únicamente los viajeros de ánimo resuelto, estaban entonces comprendidos en los dominios de la cruz. El Uadi-Musa, cuyo ingreso está ahora con gran severidad custodiado por el

fanatismo musulmán, era sitio de recreo para los compañeros de Reinaldo de Chatillón, señor de *Mons regalis* ó Montreal, y sin duda que los caballeros latinos hicieron resonar con sus trompas de caza las peñas en que se asientan el Khazneh-Faraun y Ed-Deir. Y sin embargo, en las crónicas contemporáneas ni mención se halla siquiera de tan portentosos edificios. En el año 1187, cuando el sultán Saladino con terrible furor arrollaba y destruía los reinos y señoríos cristianos, salió de Damasco para proteger la cavarana que de Siria se dirigía á la Meca y Medina, y atravesando la Arabia Petrea puso asedio con toda su hueste á Kerak; en vano la combatió; pero poco tiempo después, bloqueada la plaza y exhausta de víveres y defensores, abrió sus puertas á los musulmanes. Al embestir á Kerak, proponíase Saladino vengar el agravio que Reinaldo de Chatillón infiriera al islamismo al avanzar con sus guerreros, guiado por árabes beduinos por él alistados, hasta las puertas de la Meca y Medina, con el propósito, dice un autor arábigo, de arrebatar el cuerpo de Mahoma y acabar así para siempre con las peregrinaciones musulmanas. El caballero Reinaldo, que de este modo atacó la religión de la Media Luna en su más venerado santuario; que antes, para recobrar la ciudad de Helis, en las riberas del mar Rojo, hizo construir en Kerak barcos que luego llevó á lomo de camellos hasta la playa, llenó con la fama de su belicoso esfuerzo las comarcas orientales, y aun hoy consérvase memoria de él en la tienda del árabe



TUMBAS ABIERTAS EN LA ROCA, EN PETRA

errante. Si alguna vez, por su mismo ardimiento, comprometió los intereses cristianos, bastó para borrar sus faltas todas el heroismo de su muerte; hecho prisionero junto con el rey de Jerusalén y otros muchos caballeros en la funesta jornada de Tiberiades, de la cual tendremos ocasión de hablar más adelante, Saladino quiso que los principales cautivos le fuesen presentados, para lo que se armó espaciosa y magnífica tienda en el centro del campamento. Al rey Guy de Lusiñán tratóle con afabilidad y mandó que le sirvieran de beber, y como el soberano, después de aplicar los labios á la copa, la presentase á Reinaldo que se hallaba á su lado, detúvole el sultán y dijo:

—«No puede ese traidor beber en mi presencia, porque va á morir.»

Y volviéndose al arrogante caballero, acusóle con duras palabras de haber violado solemnes tratados, y le amenazó con inmediata muerte de no abrazar la religión del Profeta por él ultrajada. Reinaldo, con noble entereza, resistió á tales amenazas, airado Saladino le hirió con el alfanje; á una orden suya precipitáronse los guardias sobre el inerme prisionero, y la cabeza del mártir rodó á los pies del rey de Jerusalén.

La permanencia en Petra no deja de ser expuesta á percances y peligros; así refiere Bourassé la estancia de una noche que allí hicieron él y sus compañeros:

«Satisfecha nuestra curiosidad nos dedicamos á buscar un abrigo para pasar la noche, y aunque al llegar á Petra pagamos al jeque un tributo, mediante el cual podría pensar el viajero haber adquirido derecho á su protección y á la de los árabes sus subordinados, no tardó la experiencia en mostrarnos en cuán poco ha de ser tenida la palabra de los beduinos. Instalados apenas en una gruta sepulcral, vímonos asediados por horrible horda; un centenar de hombres, armados con fusiles, sables, mazas y puñales, profieren contra nosotros toda clase de gritos y amenazas.

»Despiden los aceros, blandidos por vigorosos brazos, siniestros fulgores; varios fusiles son dirigidos contra nuestros pechos, y es en vano que entre el tumulto llamemos y busquemos al jeque. ¿Cómo librarnos de aquellas furias cuyos ojos brillan como los del chacal hambriento? Uno de notros indica que quiere hablarles, y al fin guardan silencio; enséñales un bolsillo, y las miradas de todos quedaron fijas en él y todas las manos se alargaron para cogerlo. Les gritamos que el jeque había ya percibido considerable suma; pero que, esto no obstante, deseosos de descanso, consentíamos en darles otra cantidad á título de regalo, con la precisa condición de que al instante se retiraran. Aceptado el trato, les dimos el dinero, y entonces comenzó la más repugnante escena que es posible imaginar. A golpes y empujones derríbanse unos á otros á fin de alcanzar la mejor parte; trábanse porfiadas riñas, hasta que al fin, arrumbando los más fuertes con todo, se alejan y el eco repite murmurando sus últimas imprecaciones.

»A punto estábamos de conciliar el sueño cuando otra partida se presenta en la boca de la gruta y reproduce los mismos gestos, la misma gritería, las mismas amenazas. Fingíamos al principio no prestar atención á sus voces, pero su furor iba creciendo por momentos hasta que se adelantó un árabe muy alto y robusto é impuso silencio á la multitud, diciendo que él era el jeque y reclamando el tributo á que están sometidos los

extranjeros que pernoctan en Petra. Por falsedad lo tuvimos y con nuestra negativa tomó el tumulto alarmante carácter; quizás todo ello era fingido y no pasaba de comedia, mas para que no acabase en tragedia entregamos la suma reclamada. Entonces nuevas contiendas, nuevas riñas, y los beduinos se alejaron.

» Al fin, podíamos gozar del reposo de que tan necesitados estábamos; pero nó, por tercera vez los árabes vuelven á la carga. ¿Qué recurso quedaba á los infelices viajeros, rodeados de salteadores armados, sino resignarse á pagar por tercera vez? Así nos lo aconsejaba la prudencia y así lo hicimos, satisfechos, aunque no se crea, de haber podido librar algún dinero de la rapacidad de gente sin fe ni ley, que atropella por todo, hasta por el asesinato.

» Quien una sola vez ha sido testigo y víctima de tales violencias no es fácil que en su vida las olvide y que no tenga por suavizados y favorecidos los más crudos retratos de la codicia de los árabes se han trazado. Sus alaridos de gozo y de ira al divisar la presa, sus ojos encendidos á la vista de las monedas, sus vestidos en desorden, su barba erizada, temblorosos los labios, ronca la voz, y el aliento jadeante, el ruido de las armas, todo ello lo recuerdo como una pesadilla infernal.

» La agradable sorpresa y las halagüeñas emociones experimentadas la víspera ante los monumentos de la ciudad quedaron, fuerza es decirlo, algo entibiadas; al asomar el alba dirigimos la última mirada á las portentosas ruinas, y sin divisar un árabe, pues sin duda estarían todos descansando de sus hazañas nocturnas, nos apresuramos á emprender la marcha tomando por el Uadi-Arabah.

» Por muchos viajeros y geógrafos se ha dicho y repetido que este valle, que forma como un ancho canal entre los montes, fué lecho del río Jordán; el cual desaguaba en el mar, en el extremo del golfo Elanítico, antes de la tremenda catástrofe que destruyó la Pentápolis, hundiendo á Sodoma y Gomorra en las fétidas entrañas del mar Muerto. Algunos cerros y collados transversales contradicen al parecer semejante opinión, en cuanto habrían detenido la corriente del río; pero quizás formaba éste en aquellos puntos cataratas, ó es posible también que fuesen tales colinas levantadas por las fuerzas subterráneas que trastornaron aquella región y abrieron los abismos del mar Muerto.

Con dos horas de marcha se llega de Petra al Djebel-Harum ó monte Hor, donde murió el gran sacerdote Aarón. Allí acamparon los hebreos viniendo de Kadech, en la Vulgata Cades, en el día fuente de Ain-Kadis [1], adonde Moisés condujo directamente al pueblo escogido al dejar el valle del Sinaí verificando el viaje según el Deuteronomio. en once jornadas.

Llegado á Cades, disponíase á penetrar en la Tierra prometida por su frontera meridional, cuando el Señor dispuso que á ella se enviasen exploradores que la reconociesen en todas direcciones. Así lo hicieron, y á su regreso, á los cuarenta días, todos ellos, excepto los llamados Josué y Caleb, se esforzaron en sembrar desaliento entre la

(1) Autores hay que, desentendiéndose de la identidad de nombre, colocan el campamento de Cades unos setenta kilómetros más hacia el este, en el Ain-el-Uaibeh, que corre por el Ued-el-Djeib.

muchedumbre, diciendo y repitiendo que si la tierra explorada era rica y feraz, como lo probaban los frutos que de ella traían, entre otros un racimo que habían de llevar dos hombres en un varal, tenía en cambio ciudades grandes y muradas y habitadores valerosos de gigantesca estatura. Al oir esto, amotinado el pueblo hubo quien propuso tomar otra vez el camino de Egipto; Josué y Caleb procuran en vano calmar los alboro-

Ain-el-Uaibeh, en el Ued el-Djeib

tados ánimos; los gritos de la multitud sofocan sus exhortaciones para que no se perdiera la confianza en Dios, y al fin Moisés, intérprete de la cólera divina, declaró solemnemente que exceptuados Josué y Caleb, ninguno de los adultos que así desconocían la majestad del Señor que tantos prodigios obrara por ellos, entraría en la tierra de promisión.

«Perdona ¡oh Señor! había dicho Moisés, el pecado de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, así como le fuiste propicio á su salida de Egipto.

»Y dijo el Señor:

» He perdonado accediendo á tu ruego.

» Juro que se llenará toda la tierra de la gloria del Señor, pero todos los hombres que vieron mi majestad y los prodigios que hice en Egipto y en el desierto, y á pesar de todo me han tentado muchas veces y han desobedecido mi voz, no verán la tierra prometida. En esta soledad yacerán los cadáveres de cuantos pasan de veinte años, exceptuando á Caleb, hijo de Jephone, Josué, hijo de Nun.

» Vuestros hijos vagarán por el desierto por espacio de cuarenta años, tantos como días ha durado el reconocimiento. En cuanto á la perversa multitud que contra mí se ha levantado en este desierto desfallecerá y morirá.»

Y el tremendo fallo tuvo exacto cumplimiento, y cuando con propósito de conculcarlo intentaron los israelitas forzar las fronteras de Palestina permaneciendo Moisés en el campamento de Cades por negarse á seguirles en su loca empresa, fueron derrotados y perseguidos por los amalecitas y cananeos. Entonces volvieron á Cades y de nuevo hubieron de comenzar su triste peregrinación por el desierto que se extiende hasta las inmediaciones de Petra. Dos años hacía que habían salido de Egipto, y otros treinta y ocho pasaron en esta expiación; durante ellos la generación que se hizo rea desapareció del todo, dejando esparcidos sus huesos por las agrestes soledades á que en nuestro relato hemos llegado.

Transcurridos que fueron, volvemos á hallar en Cades á los hijos de la generación culpable. María, hermana de Moisés, murió allí y fué enterrada en aquel mismo lugar. En él ocurrió también el suceso que, por disposición divina, privó á Moisés y á Aarón del suspirado honor de introducir á los hebreos en la Tierra prometida. Para dar de beber á la multitud sedienta y otra vez amotinada golpeó Moisés con su vara una peña de la que brotó copiosa fuente, que llamó de *Meribah* ó de la *Contradicción*, por haber murmurado los israelitas contra el Señor; mas por haber dado dos golpes en la roca como si dudara de la omnipotencia de Dios, él y su hermano, que fué partícipe en el acto, incurrieron en aquella sentencia en el momento mismo de estar próximos á ver el logro de sus afanes.

Antes de dejar para siempre el campamento de Cades entabló Moisés negociaciones con el soberano de Edom para alcanzar de él, por benevolencia ó por dinero, paso por su territorio, lo cual le fué negado. Entonces movió su campo y lo trasladó al monte Hor, que está en la raya de la tierra de Edom, y es la montaña culminante en la cordillera de este nombre. Los escasos viajeros que hasta su cumbre han llegado ensalzan á porfía el extenso é importante panorama que se descubre desde los dos picos que la rematan, en uno de los cuales se alza el Ualy Neby-Harum, santuario musulmán por el aspecto aunque construído con los restos de un edificio más antiguo.

Consiste en una estancia abovedada que no recibe más luz que por la puerta, en cuyo centro vese un sarcófago de mármol amarillento, cubierto con un paño rojo y encima de él un empolvado turbante. Pero en la cripta, según los árabes, se encuentra el verdadero sepulcro de Aarón, pues el monumento superior no pasa de ser su cenotafio

á ella se baja por una escalera de dos tramos, y también en el centro, resguardado por una verja de hierro, existe el sepulcro, ó sea un semicilindro de mampostería cubierto con un paño negro.

En el cenotafio léese en caracteres cúficos una inscripción en la que, después de la obligada fórmula de alabanza á Dios y á Mahoma su profeta, se expresa que el ualy fué restaurado por Ech-Chimani, hijo de Mahoma-Kelaun, sultán de Egipto, en virtud de orden de su padre, en el año 739 de la egira.

Así, pues, en la cumbre de aquel solitario monte que se eleva sobre el nivel del mar mil trescientos veintiocho metros, reposan en la oscura cripta del descrito santuario los mortales restos del hermano de Moisés. Y de todos modos, consérvense ó no sus cenizas, es lo cierto que su memoria permanece en aquel monte inalterable al través de los siglos.

Levantado por los israelitas su campamento de Cades y llegados al pie del monte Hor, destinado desde aquel día á la celebridad, establecieron allí sus tiendas, y el Señor, según el sagrado texto, dijo á Moisés:

«Toma á Aarón y á su hijo con él, y los llevarás al monte de Hor.

»Y después de desnudar al padre de su vestidura, se la vestirás á Eleazar su hijo. Aarón morirá allí.»

Cumplió Moisés el divino mandato, y luego que Aarón hubo espirado en la cima del monte descendió con Eleazar; el pueblo lloró por él treinta días.

El sepulcro de Aarón fué desde la más remota antigüedad objeto de piadosas peregrinaciones: en la Edad Media hubo en aquel sitio un monasterio llamado de San Aarón, el cual fué visitado por Julio de Chartres, en la expedición emprendida en el año 1100 por Balduino I, entonces conde de Edesa, y existía aún en 1217, en cuanto en él pernoctó el peregrino Thietmar al dirigirse de Chubek al monte Sinaí. Caído en poder de los musulmanes, transformáronlo en ualy como antes, y los árabes de hoy acuden á su recinto para orar y ofrecer sacrificios, que consisten en la inmolación de un cabrito ó un carnero.

Cuarenta y tres kilómetros de una tierra agreste y desolada separan la fuente llamada Ain-Kadis de las ruinas de la ciudad Abdeh, la Eboda de Ptolomeo. Situada en una altura que en forma de promontorio se adelanta por el valle de Marrah, ofrece todavía los restos de dos recintos separados, el de una fortaleza y el de la población. Al pie del collado se extendería una especie de arrabal, según así lo hacen creer los paredones que aun quedan en pie. En los alrededores obsérvanse vestigios de cultivo y principalmente de viñedos.

Siguiendo hacia el este y á unos diez y siete kilómetros hállanse las extensas ruinas de Sebaita, que á juzgar por ellas fué ciudad de importancia y fortificada. Vense aún los restos de tres iglesias datando probablemente del siglo IV ó V de nuestra era, de un monasterio, de una robusta torre y de gran número de casas, con una cisterna en cada una. Según M. Palmer, el nombre de Sebaita es idéntico etimológicamente al de la ciudad

de Zephath, ó sea *torre de guarda,* mencionada en la Biblia. Dice ésta que los guerreros de las tribus de Judá y de Simeón exterminaron á los cananeos que moraban en Zephath y dieron á esta ciudad el nombre de Hormah, que equivale á *Anatema.* Hasta las inmediaciones de la misma ciudad fueron los israelitas perseguidos y acosados por los amalecitas y los cananeos cuando, á pesar de las prescripciones de Moisés, salieron á guerrear del campamento de Cades.

Andanse otros seis kilómetros y se llega al Kharbet el-Mechrifeh, consistente en un recinto construído con grandes sillares y flanqueado por torres, dominando desde elevado cerro todo el llano de Sebaita. Esta fortaleza, abandonada hace mucho tiempo, estaría aún ocupada en la época cristiana, en cuanto vense en su interior los restos de una iglesia, de la cual se conserva parte del ábside semicircular.

La región en que ahora estamos del presente relato llamóse en lo antiguo Negeb, ó sea distrito del mediodía, interpuesta entre la Judea meridional al norte y el desierto de Tib al sur. Cultivada en gran parte y sembrada de poblaciones, distaba mucho de ser un desierto como es hoy sin otros moradores que algunas tribus nómadas, habiendo quedado yermas las tierras y arruinadas las ciudades.

Rohaibeh, á diez y siete kilómetros de El-Mechrifeh, fué otra de estas poblaciones. La ciudad que allí se elevó llamábase Rehoboth; Isaac abrió un pozo en el lugar que tiempo después ocupó, pozo al cual dió el nombre que se transmitió luego á la ciudad, así como el pozo de Bir ech-Cheba, que á poco encontraremos, debido á su padre Abraham, fué origen, atrayendo á la población de las cercanías, de la ciudad así llamada, Rebohoth hubo de existir aún en la época cristiana, pues se ven en su recinto las ruinas de una iglesia, y las cisternas y los pozos, ya de mampostería ya abiertos en la roca, datan al parecer de antigüedad remotísima. Uno de los pozos, cavado en el Ued er-Rohaibeh y cubierto con una obra en el día casi destruída, pasa por ser el mismo que abrió Isaac y que llamó Rehoboth, palabra que en la Vulgata se traduce por *Latitud* (anchura), por haber el Señor ensanchado y hecho crecer sobre la tierra el poderío del patriarca.

Más considerables y extensas que las de Rohaibeh son las ruinas llamadas Kharbet el-Khalasah que en las márgenes del uadi de igual nombre y á quince kilómetros de las anteriores ocupan un espacio cuyo perímetro no baja de tres. Junto al uadi hállase un pozo construído con sillares muy bien labrados, estando los de la boca gastados y con visibles señales del roce de las cuerdas por medio de las que se ha sacado el agua durante tan largos siglos. De los muros que rodean la ciudad y de las torres que las flanqueaban vense todavía notables vestigios, cimentados algunos en altillos naturales que se aprovecharon para fortificar la población y ponerla á cubierto de las correrías de las tribus nómadas que sin duda serían entonces tan rapaces como lo son ahora. Dentro del recinto de la muralla vense gran número de compartimientos que indican el lugar y las dimensiones de otras tantas casas en el día arrasadas; entre ellas se distinguen por su mayor superficie los edificios públicos.

Elusa fué el nombre de la antigua ciudad que, situada al sur de Bersabé, se encontraba por lo tanto fuera de los límites propiamente dichos de la Tierra Santa. No se habla de ella en la Biblia, pero el geógrafo Ptolomeo la menciona entre las poblaciones de Idumea, al oeste del mar Muerto. La Tabla de Pentinger coloca á Elusa á setenta y una millas romanas al sur de Jerusalén, en el camino de esta ciudad á Memfis, y por lo mismo la distancia de unas veintitrés horas de marcha que media entre Kharbet el-Khalasah y la ciudad santa, corresponde perfectamente á aquel dato. En la *Vida de San Hilarión,* escrita por san Jerónimo, se cuenta la llegada del venerable anacoreta á la ciudad de Elusa en ocasión en que una gran fiesta había congregado al pueblo en el templo de Venus. Convertida al cristianismo Elusa fué sede episcopal, sufragánea de la tercera Palestina ó Palestina saludable, y en las actas de varios concilios constan los nombres de cuatro de sus obispos.

Cinco horas de marcha y llegaremos á la Tierra prometida, á la antigua Bersabé; durante ellas, y aun antes, todo anuncia al viajero que va dejando á sus espaldas la Arabia Desierta. La vista puede descansar de vez en cuando en el verdor de un prado, en campos cultivados, en grupos de arbustos y árboles. Á su paso encuentra pastores y reducidas caravanas que se dirigen de un lugar á otro. Para el que ha pasado largos días no viendo á seres humanos sino para temerlos, son las sensaciones que aquello produce por todo extremo agradables. Las fronteras de la civilización no están lejos.

JUDEA

I

BERSABE.— Pozos de los patriarcas.— Agar é Ismael.— Recuerdos bíblicos.— Campo Damasceno.— Otras ruinas.— HEBRÓN.— Sus tradiciones é historia.—David y Abner.— La piscina de Hebrón.— Ricardo de Inglaterra y la caravana sarracena.— El Haram.—Sepulcro de los patriarcas.— Los cuatro barrios de Hebrón.— La encina de Abraham.— El valle de Mambré.— Kefr-Bereik.— Cueva de Lot.—La fuente de Engaddi.—Las manzanas de Sodoma.— El MAR MUERTO.— Ahraham y Lot.— Destrucción de Sodoma y Gomorra.— Hipótesis científicas sobre la formación del mar Muerto.— Situación del valle de Siddim y de las ciudades malditas.— Expediciones al mar Muerto.— Naturaleza de sus aguas.—La estatua de la mujer de Lot.— Ruinas de Masada.— Heroismo de sus moradores.

Ruinas dejamos en Idumea y entre ruinas penetraremos en Judea: buen ingreso en la tierra hoy de desolación, que fué un día fértil y abundosa, y entre todas notable por la numerosa población que sustentaba.

Veintidós kilómetros separan á Kharbat el-Khalasah de la antigua Bersabe, en el día Bir es-Seba. Estaba edificada la ciudad en un plano inclinado en las márgenes del Ued es-Seba y era su perímetro de unos tres kilómetros; en el terreno de su recinto yacen derribados y confundidos escombros de vario aspecto, pero todavía es posible distinguir entre las ruinas el área de muchas casas, la dirección de algunas calles y los vestigios de los edificios públicos. Conócese que la ciudad padecería una destrucción completa; nada quedó de ella en pié, y únicamente permanecerían intactos los dos notables pozos abiertos en la ribera septentrional. Construídos con sillares de regular dimensión, tiene el uno doce metros de circunferencia y unos diez de profundidad hasta el nivel del agua; es el segundo no tan ancho, pero sí tan profundo; uno y otro datan indubitablemente de antigüedad remotísima. Otros varios pozos existieron cavados en el lecho del Ued, pero están en el día cegados.

La antigua ciudad de Bersabe, límite por la parte del sur, conforme queda dicho, de la tierra de Judea, es mencionada en la Biblia con el nombre hebraico de Beer-Chaba (pozo del Juramento) ó de Beer-Cheba (pozo de los Siete), Bersabe en latín, por haber en ella pactado y jurado alianza Abraham y Abimelech, soberano de Gerara. Siete corderos entregó Abraham al rey como amistoso don, y desde entonces estuvo en pacífica posesión del pozo que había cavado, quedando á éste, en memoria del juramento ó del don, el nombre de *pozo del Juramento ó de los Siete*, ya que en hebreo una misma palabra expresa las dos cosas. El nombre del pozo se transmitió á la ciudad que allí

después se edificó, y sus ruinas son aún llamadas Bir es-Seba por los árabes de nuestros días.

Bersabe y el desierto que la rodea, guarida en otro tiempo de osos y leones, presenciaron por dos veces la aflicción de Agar, la esclava de Abraham. Castigada un día por Sara, su señora, la altiva sierva se fugó y tomó el camino de su patria Egipto; pero sus fuerzas no correspondieron á su enojo. Sola había de atravesar las inmensas

Bir es-Seba (Bersabe)

planicies de arena que hasta el mar Rojo se extienden, y al caer rendida por la aflicción y el cansancio junto á una de las escasas fuentes del camino, oyó una voz que le decía: —«Vuélvete á tu señora y humíllate ante ella. Multiplicaré tu posteridad, que llegará á ser innumerable pueblo. Parirás un hijo y le llamarás Ismael, ya que el Señor ha oído la voz de tu dolor. Y será un hombre fiero que contra todos alzará la mano y todos la alzarán contra él y que plantará sus tiendas frente á frente de sus hermanos todos.»

Agar, en efecto, concibió de Abraham; y fué madre de Ismael, quien desde su infancia, mostró su genio iracundo é impetuoso; por haber maltratado á Isaac, hijo de

Abraham y Sara, pidió ésta y alcanzó que la esclava é Ismael fuesen despedidos de la casa de Abraham. El mozo creció en el desierto de Bersabe, tomó mujer de Egipto, y fué progenitor de las tribus arábigas.

Abraham continuó residiendo en aquel lugar hasta el día del sacrificio de su hijo Isaac; después habiendo regresado con él del monte Moriah, permaneció aún por varios años en Bersabe. Más tarde encontramos á Isaac establecido en el propio sitio, donde erigió un altar al Señor y mandó á sus servidores cavar un pozo. ¿Fué éste el mismo abierto por su padre, que podía estar entonces cegado, ú otro distinto? La Biblia no lo expresa. Mientras su gente se ocupaba en la obra presentóse el rey de Gerara, por nombre también Abdimelech, con el general de su ejército y uno de sus confidentes, para renovar con él la alianza que con Abraham pactara su padre.

De Bersabe partió Jacob al dirigirse á Mesopotamia para escoger esposa entre las hijas de su tío Laban. Tiempo después, ya en la ancianidad, el mismo Jacob se detuvo en Bersabe antes de encaminarse á Egipto con toda su familia.

Al ser conquistada por los hebreos la tierra de Canaán, fué Bersabe en un principio asignada á la tribu de Judá, la cual la cedió después á la de Simeón.

Con anterioridad al establecimiento de la monarquía, Samuel, cargado de años, instituyó á sus dos hijos jueces de Israel. Joel, que era el primogénito, y su hermano Abia administraban justicia en Bersabe y provocaron con sus inicuos fallos el disgusto del pueblo, el cual, por este motivo, pidió á Samuel un rey.

De regreso del cautiverio fué Bersabe habitada otra vez por los judíos, pero posteriormente á esta época el Antiguo Testamento no vuelve á hacer de esta ciudad mención. En el Nuevo no se encuentra ni siquiera citada, pero en tiempo de Eusebio era todavía un lugar de alguna importancia en cuanto tenía guarnición romana. Fué sede episcopal sufragánea de Petra, y en la época de las Cruzadas fué confundida equivocadamente con Beit-Djibrin, ó sea la antigua Eleutherópolis. En el día, según queda manifestado, no es más que campo de soledad y ruinas que ofrecerían escaso interés á no estar tan íntimamente ligadas con la memoria de los tres primeros patriarcas de la antigua ley. Allí, en efecto, junto á uno de los pozos existentes, y que desde hace más de tres mil y setecientos años conserva el nombre que Abraham le diera, acamparon éste, su hijo Isaac y Jacob su nieto. Pero ¿habrá de decirse por esto que uno de los pozos data de la época de aquel patriarca, que lo cavó y dispuso tal como ahora existe? No parece esto probable, y M. Guerin los atribuye más bien, en el estado en que hoy los vemos, á la época en que se formó en aquel punto una ciudad, época también remotísima é imposible de precisar. Mas lo que sí puede con fundamento creerse, en vista de la singular persistencia de la tradición, añade aquel autor, es que uno de los dos pozos sería reparado y reconstruído en el mismo lugar que ocupó el cavado por Abraham, junto al que selló con juramento la alianza, renovada después por Isaac, con el soberano de Gerara. El viajero que se sienta á meditar en aquellos antiquísimos sillares, ve, si no se obstina en cerrar los ojos del entendimiento, aparecer ante sí las primeras edades de la historia

y ha de sentir el indefinible embeleso de ver evocados los primitivos recuerdos de la humana familia.

En los collados que se alzan á ambos lados de los distintos caminos que conducen á Hebrón obsérvanse á mayor ó menor distancia de los mismos numerosas ruinas que son otra prueba del diferente aspecto que había de presentar el país, hoy triste y desolado. Antes de llegar al Uadi-Attir, y á unos diez y nueve kilómetros de Bersabe, varios paredones que apenas se sostienen y vestigios de muchas cisternas llevan el nombre de Kharbet-Attir; restos son de la antigua Yattir, en latín Jether; mencionada en el libro de Josué, que la coloca en el montañoso distrito de Judá, fué adjudicada á los levitas, y en la época de Eusebio era todavía una aldea morada de cristianos.

Atravesado el Uadi, otras ruinas semejantes á las anteriores cubren la falda y la cumbre de erguido collado; entre ellos son notables los restos de antigua mezquita, construída con magníficos sillares procedentes de una basílica cristiana, y en la cima del monte los de una torre, cuyos muros tenían más de un metro de espesor. Un elegante mausoleo de la época romana está, como todo lo demás, reducido á escombros. Llevan estas ruinas el nombre de Karbet-Zanutah, y fueron la antigua Zanoah, en latín Zanoe, mencionada igualmente en el libro de Josué.

Siete kilómetros más adelante la aldea de Semua ocupa una risueña colina que por lo elevado del terreno en que se alza domina casi toda la comarca. En el punto superior vense los restos de una fortaleza, de la que existe aún una parte; construída con sillares de gran regularidad, es probable que date de tiempos muy antiguos, si bien habrá sido reparada en distintas épocas, y en especial en la de las Cruzadas. Gran número de edificios arruinados, algunos con el sello de remota antigüedad, cubren con sus escombros el suelo; en la puerta de una reducida mezquita llama la atención un fragmento de friso de excelente trabajo, proveniente de antiguo monumento. Así los edificios públicos como las casas particulares contaban con estancias subterráneas abiertas en la peña, y muchos pozos y cisternas proveían á la población de agua.

Semua, que tan considerables ruinas presenta, no cuenta hoy más allá de doscientos moradores, y es, según opinión común, la antigua Echtemoa ó Echtemoh, en latín Istemo ó Esthamo, ciudad del distrito de Judá, que existiría ya antes de la conquista hebrea en cuanto es nombrada entre los lugares adjudicados á la tribu de aquel nombre. El libro de los Reyes la cita entre aquellas á las que envió David parte del botín que cogiera á los amalecitas.

Kharbet-Susieh, á media hora de distancia, es el nombre de otro lugar arruinado y desierto, cuyas casas, á juzgar por sus vestigios, serían por lo general de muy buena construcción. Las cisternas y estancias subterráneas existen en gran número. M Guerin identifica á Kharbet-Susieh con la ciudad de Hatsar-Susah, Hasersusa en latín, de la que se hace mención en el libro de Josué.

Otra de las colinas de forma cónica que encuentra el viajero en marcha hacia Hebrón, el Kharbet Tell-Main, ofrece las ruinas y conserva el nombre, apenas alterado,

de la antigua ciudad de Maon, así como el Kharbet-Zif lleva aún sin alteración el que le da la Biblia. En su recinto, entre confusos escombros, subsiste en pié parte de un *bord,* obra que datando seguramente de la época bizantina ó quizás de la Edad Media, fué construída con materiales de diversa procedencia.

Huyendo David de la ira de Saul se marchó al desierto de Zif; pero los habitantes, para tener al rey propicio, corrieron á anunciarle que el fugitivo se escondía en su territorio, en el collado de Hachila. David entonces se retiró al desierto de Maon y por él vagó algún tiempo con su gente. En

Desierto de Engaddi

este desierto existía la peña llamada del *Apartamiento,* donde Saul, que tenía ya cercado á su enemigo, hubo de apartarse de la empresa para marchar al encuentro de los filisteos, que habían invadido la tierra. David se apresuró á marchar á paraje más seguro, pero no faltaron traidores que fueron al encuentro del rey para noticiarle que David se había ocultado en el desierto de Engaddi. En los antiguos bosques del desierto de Zif, de los que queda todavía algún vestigio, David y Jonatás, hijo de Saul, celebraron alianza delante del Señor y se juraron la tierna amistad que hasta la muerte los mantuvo unidos.

A pocos kilómetros el Kharbet-Karmel muestra notables ruinas, dispuestas en anfiteatro en una colina que abraza el valle en forma de herradura. Además de los restos de gran número de casas que apenas se levantan del suelo, distínguese el área de varios edificios importantes, construídos con sillares, y entre ellos

existen las bases de dos torres redondas y de tres pequeñas iglesias de forma rectangular; divididas éstas en tres naves, cuyas mutiladas colunas yacen en tierra, terminan en ábside y parecen datar de la época bizantina. La ruina que entre todas mejor se conserva es la de un *borj* rectangular en cuya planta baja existe una gran sala abovedada y oscura y otra igual en el piso superior, pero recibiendo luz por ventanas de ojiva. Cisternas abiertas en la peña proveían de agua á la población.

Es aquélla la antigua ciudad de Karmel en hebreo, y en latín Carmel, mencionada en el libro de Josué entre las del distrito de Judá. Saul, al volver victorioso de una expedición contra los amalecitas, erigió en sus inmediaciones un arco triunfal para memoria del suceso. En los collados que la rodean tenía sus haciendas el opulento Nabal, marido de la hermosa Abigail, que fué después esposa de David. Más tarde, el rey Ozías poseyó extensos viñedos en la misma comarca, y en la época de Eusebio existía aún Karmel como una aldea con un puesto militar romano.

Diez kilómetros más de marcha y se entra en la deliciosa vega de Hebrón.

«No hay país alguno en Oriente, dice M. Poujoulat, que me haya causado la impresión íntima y profunda que experimenté á mi llegada al territorio de Hebrón, y esto debido únicamente á los recuerdos del Génesis. Para nosotros, hombres de los tiempos postreros, moradores de un mundo caduco que cae en ruinas, es gratísimo abrir el libro de la vida en su página primera y sentarse en las fuentes del gran río de la humanidad. Si desde lo alto de la colina de Mambré, donde con el pensamiento plantamos otra vez las tiendas de Abraham, se lleva la mirada á las naciones de la tierra, conócese entonces cuánto ha andado el tiempo. Feliz privilegio del viajero es recorrer así, haciendo su camino en las regiones remotas, toda la cadena de los siglos; cada uno de sus altos forma un capítulo de historia, y al ruido de sus pisadas parece que las generaciones que acabaron dejan el polvo y le gritan: — Aquí estamos.»

Entre viñas y olivares llégase á la ciudad de Hebrón que es, en efecto, una de las ciudades más antiguas del mundo, en cuanto, según la Sagrada Escritura, fué fundada siete años antes que Tanis, capital del Bajo Egipto, y de ella dice el historiador Josefo que fué anterior á Memfis. Por Hebrón pasaba una de las principales calzadas de la Palestina, y desde allí, dividiéndose en dos, guiaban la una á Egipto y á Petra la otra. De su empedrado se conservan aún vestigios al norte de la ciudad.

En este camino enseñábase años atrás una casita que llevaba el nombre de Hostería de la Virgen. Es de tradición que á aquel punto llegó un día, á la caída de la tarde, un hombre venerable acompañado de una joven que llevaba en brazos un niño, y pidieron hospitalidad para pasar la noche. Harto pobres para hospedarse en las ciudades no se habían atrevido á detenerse en Hebrón, y además como andaban fugitivos, temerosos de la ira de un déspota, procuraban apartarse de las grandes poblaciones. Aquel hombre tenía por nombre José; la joven se llamaba María, y era el niño el eterno hijo del Omnipotente á quien, conforme estaba profetizado, «los suyos no habían conocido.»

A dar fe á otra tradición muy acreditada en toda la comarca, el territorio de Hebrón

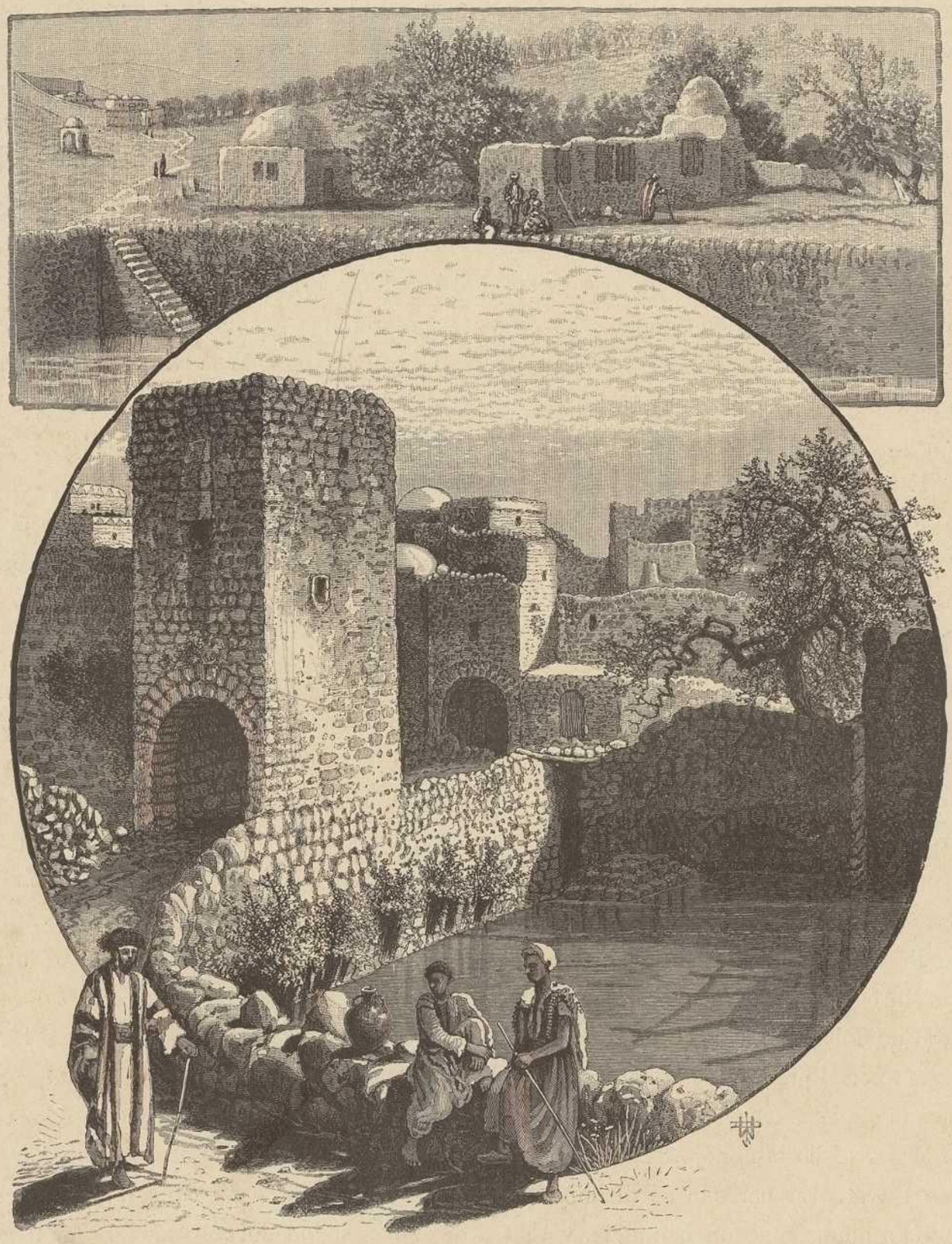
vió salir al primer hombre de manos del Criador, que formó su cuerpo con la tierra rojiza del campo Damasceno, inmediato á la ciudad, y de ahí su nombre de Adán, derivación de una raíz hebrea que significa rojo. Los peregrinos orientales no dejan de llevarse consigo puñados de aquella tierra por la que sienten gran veneración, y los moradores hacen con ella pastillas que envían y venden por todas las regiones de Oriente.

Muéstrase también en aquellas cercanías la cueva á la que Adán y Eva se refugiaron al ser arrojados del paraíso testigo de sus días de felicidad. En la Edad Media, á creer el relato de muchos peregrinos, era aún conocido y visitado el lugar en que Caín dió muerte á su hermano, lo mismo que una caverna, abierta en la roca, donde Adán y Eva lloraron por espacio de cien años la muerte de su hijo Abel. Algunos intérpretes del sagrado texto deducen de un pasaje del libro de Josué que Adán fué sepultado en Hebrón. Los collados que embellecen el paisaje fueron los primeros en adornarse con pámpanos y dorados racimos, y Noé, embriagado con el jugo de la vid, se durmió á la sombra de los terebintos que proyectan su apacible sombra por los alrededores de Hebrón.

Esto cuentan las tradiciones; la historia dice de la ciudad lo siguiente:

Fundada por cierto Arbaa; hijo de Enac ó Anakim, que dió su nombre á los enacitas, llamóse en un principio Kiriath-Arbaa; del jefe de la familia de los Hebronitas, fué llamada más tarde Hebrón. Cuando los israelitas invadieron la Palestina, el rey del territorio, por nombre Hoham, se ligó contra ellos con Adoni-Sedek, soberano de Jerusalén y otros tres príncipes cananeos, pero, vencido, fué muerto por Josué y en el año 1446 antes de J. C. cayó Hebrón en poder del vencedor, quien pasó la población á cuchillo. En el reparto de la Tierra prometida correspondió la ciudad á la tribu de Judá y con su territorio fué cedida á Caleb, siendo tiempo después asignada á los hijos de Aarón como ciudad de refugio. Al sucumbir Saul en los montes de Gelboe, David fué consagrado rey en la ciudad de Hebrón, y estableció en ella la capital de su gobierno por espacio de siete años y medio, mientras que Abner, general del difunto rey, proclamaba á Isboseth, hijo de Saul. La lucha entre ambos príncipes se prolongó varios años sin batalla decisiva, pero al paso que el partido de David se hacía más fuerte cada día, el de Isboseth, por el contrario, iba perdiendo sus principales apoyos, y sólo se sostenía por el prestigio y la habilidad de Abner. Descubriéronse en esto las amorosas relaciones que éste sostenía con Resfa, concubina que fuera de Saul, y como por ello manifestara Isboseth enojo, Abner, ofendido, abandonó la causa de su soberano y abrazó la de David. En persona se dirigió á Hebrón donde David le recibió con gran afecto, dando en honor suyo un banquete, y á poco de haber salido de la ciudad prometiendo al rey emplear toda su influencia para el triunfo de su causa, llegó á ella Joab, general de la hueste de David, de regreso de una expedición contra los malhechores que infestaban la comarca. Informado de lo sucedido y abrigando profunda enemistad por Abner, que había sido el matador de su hermano Azael, reprobó la magnanimidad del rey que había dejado partir en paz al que, según él, no era más que un espía, y en seguida,

sin dar cuenta á nadie de su siniestro intento, expidió un mensajero al general enemigo llamándole nuevamente á Hebrón. Alcanzóle el mensaje á unos tres cuartos de hora de la ciudad, junto á la cisterna de Sira (de la tradición), que aun existe, y sin sospechar



Gran Estanque de Hebrón

el lazo que se le tendía, tomó otra vez Abner el camino de la ciudad. Salióle al encuentro Joab, y como si quisiera hablarle en secreto se le acercó y le dió villana muerte en la misma puerta de ciudad, que aun se enseña y que sombría y baja recuerda el trágico suceso. Al saberlo, prorrumpió David en maldiciones contra el asesino á quien, sin

embargo, no se atrevió á castigar, y vestido de luto y precediendo al pueblo, acompañó el féretro y lloró sobre el sepulcro de la víctima.

Privado Isboseth con la muerte de Abner de su más robusto apoyo, vió por momentos decaer su causa, hasta que dos de sus parciales, por nombre Rechat y Baana, le dieron alevosa muerte en su propio palacio y en su misma estancia, mientras dormía la siesta, y llevaron su cabeza á David. Pero su perfidia halló la debida recompensa: indignado el príncipe mandó quitarles sin dilación la vida; sus piés y manos, cortados que fueron, quedaron colgados como sangrienta memoria en el estanque ó piscina de Hebrón, y la cabeza del desgraciado Isboseth fué depositada en el mismo sepulcro de Abner.

Aún subsisten en Hebrón dos antiguos estanques, cuyo origen se hace datar de aquella antigua época; el mayor, situado entre el Haret el-Haram y el Haret el-Mecharkah, nombres de dos cuarteles ó barrios de los cuatro en que la ciudad se divide, es un cuadrilátero que mide cuarenta y ocho pasos á lo largo por cuarenta y cinco á lo ancho; á él puede bajarse por dos escaleras de cuarenta peldaños, situadas en dos de sus ángulos. Conócese que ha sido objeto de reparaciones en distintas épocas, y la obra actual es árabe. La tradición la tiene por el estanque mencionado en la Biblia.

Cuando Absalón concibió el proyecto de alzarse contra su padre y señor, pidióle permiso para marchar á Hebrón con pretexto de cumplir un voto; pero en realidad para conspirar contra David y convertir aquella ciudad en centro de su rebelión. En efecto, á poco de su llegada expidió correos por todo el reino, anunciando que Absalón era rey en Hebrón.

Fortificada la ciudad por Roboam cayó en poder de los idumeos en la época del cautiverio de los judíos, á pesar de lo cual fueron en gran número los que la repoblaron al regresar de Babilonia.

Judas Macabeo la conquistó de los descendientes de Esaú, y Simón, hijo de Gioras, de los romanos; pero poco tiempo antes de la toma de Jerusalén por Tito, en el año 69 de nuestra era, Cereales, general de Vespasiano, se apoderó de ella y la entregó á las llamas después de pasar á cuchillo á sus defensores. Subyugada por los musulmanes en la época de la invasión arábiga, no perdió por esto su antigua importancia, así por su posición que domina uno de los caminos de Gaza como por la gran veneración en que es tenida por los árabes la memoria de Abraham, muy viva en aquellos lugares, conforme luego hemos de ver. Rendida Jerusalén por los Cruzados, Hebrón siguió en breve igual suerte, y Godofredo de Bouillón en el año 1100 la cedió en feudo al caballero Gerardo de Avesnes, en premio de su valor.

En 1167, con el nombre de *Castellum* ó *Præsidium ad sanctum Abraham*, fué Hebrón sede episcopal, que sólo subsistió hasta 1187 en que volvió la ciudad á poder de los musulmanes; su catedral, fundada por santa Helena, fué convertida en mezquita. Desde entonces no ha cesado de pertenecerles.

El ejército cristiano acaudillado por Ricardo de Inglaterra y otros jefes de gran fama

acampó en 1192 en torritorio de Hebrón, dice M. Michaud, el historiador de las Cruzadas, en un valle que, según tradición, fué cuna de santa Ana, madre de la Virgen María. «Comenzaba entonces el mes de junio; el entusiasmo y fervor que á los guerreros cristianos animaban les hicieron sufrir sin quejarse los ardores del estío como soportaron el año anterior las escarchas del invierno... y un día en que el Consejo deliberaba acerca de la mejor dirección que habría de tomar la hueste, presentáronse unos sirios para noticiar á Ricardo que rica y numerosa caravana llegaba de Egipto y se dirigía á Jerusalén. Al punto reunió el rey á sus mejores capitanes, á los que se unieron los guerreros franceses, la intrépida compañía, dejando el campamento al caer de la tarde, llegó al asomar el día á un lugar llamado Hari, en las inmediaciones de Hebrón, después de andar toda la noche á la claridad de la luna. Allí había pernoctado la caravana, y allí la hallaron los arqueros y ballesteros cristianos que formaban la vanguardia de la expedición; al divisarlos, los guerreros sarracenos en número de dos mil se formaron en batalla al pié de una colina mientras la caravana, retirada á un lado, esperaba el resultado de la lucha. Ricardo, á la cabeza de los suyos, se precipitó contra los musulmanes, los cuales, arrollados desde la primera acometida, se dispersaron, dice una crónica, como liebres acosadas por la jauria. La caravana cayó en poder de los vencedores; los hombres que la custodiaban se adelantaron á entregarse, y tendiendo á los Cruzados sus manos suplicantes imploraban su misericordia y miraban como muy poco cuanto pudiese acontecerles, dice la crónica, con tal de conservar la vida.

»Ricardo y sus compañeros volvieron triunfantes al campamento cristiano llevando en pos cuatro mil setecientos camellos y gran número de caballos, jumentos y acémilas, cargados con preciosas mercancías de Asia. Los Cruzados repartiéronse el botín, y el rey de Inglaterra distribuyó los despojos enemigos por igual entre los que quedaron en el campamento y los que le acompañaron, imitando al rey David, decíase en la hueste cristiana, que recompensaba así á los que marchaban al combate como á los que custodiaban los bagajes. La victoria fué celebrada con banquetes y festines, y la carne de los camellos cogidos á los musulmanes pareció á los Cruzados delicioso manjar. Con admiración eran contemplados los ricos despojos conquistados, y por todos lados se entregaban los peregrinos á ruidosa algazara pensando que aquella brillante y fácil victoria habría de decidir á su caudillo á aprovechar el terror que entre los sarracenos sembrara para guiar el ejército hacia Jerusalén.»

En el año 1834 los moradores de Hebrón se sublevaron contra Ibrahim-bajá, quien se apoderó de la ciudad y la entregó al saqueo.

Pero, más que todos los anteriores sucesos, conserva y acrece la fama de que goza la tierra de Hebrón en todas las regiones de Oriente, el hecho de haber servido de morada y sepulcro á Abraham y á los patriarcas Isaac y Jacob. Ciudad del Khalil-Allah (del Amigo de Dios) llámanla los árabes, tanto que ha acabado casi por perder entre ellos su primitivo nombre.

Llegado Abraham con Sara su mujer y su sobrino Lot á la tierra de Canaán, sepa-

róse del último á causa de las enemistades y riñas que se promovían entre los criados y pastores de uno y otro. Lot escogió por morada la llanura del Jordán, que antes de ser destruídas las ciudades de Sodoma y Gomorra y de formarse al mar Muerto ofrecía muy risueño y agradable aspecto; Abraham levantó entonces su tienda, y tomando la dirección opuesta fué á habitar en el encinar de Mambré, que está en Hebrón, dice el sagrado libro, y erigió allí un altar al Señor. Por largos años residió en aquellos lugares; Sara murió en ellos, y entonces fué cuando el patriarca compró, para que sirviera de sepultura á su familia, á Efrón, hijo de Seor, una doble cueva y el campo en que estaba situada. Al morir él, enterráronle en ella sus hijos Isaac é Ismael, y á su vez Isaac lo fué junto á su padre por los suyos Jacob y Esaú. Tiempo después, al acabar Jacob sus días en tierra de Egipto, mandó á sus hijos al bendecirles que llevaran sus mortales restos á la tierra de Canaán para darles sepultura en la misma cueva donde reposaban Abraham y Sara, Isaac y Rebeca y también su propia mujer Lía. Su disposición postrera fué cumplida por sus hijos, y su cuerpo, embalsamado según la usanza egipcia, fué llevado á Hebrón con gran pompa, conforme antes hemos dicho, y enterrado al lado de sus mayores.

«En verdad, dice al meditar sobre estos hechos el padre jesuita Damas, no me sorprende ya la veneración profunda que sienten los pueblos por la tierra que pisamos. Este lugar es santo, y el dedo de Dios está marcado en él con indelebles caracteres.

Sobre aquella cueva construyó David su palacio que Salomón concluyó; santa Helena en el siglo IV edificó una iglesia, que fué después la catedral de la Edad Media dedicada á san Abraham. Convertida hoy en mezquita con el título de Mesdjed-el-Khalil, está encerrada en el recinto llamado del Haram, que da nombre á uno de los barrios de la ciudad. La guerra de Crimea, que ha abierto á los cristianos, mediante cierta retribución en dinero, la puerta del Haram ech-Cherif de Jerusalén, cuyo acceso les estaba antes prohibido bajo pena de la vida, no fué bastante para facilitarles el del Haram el-Khalil de Hebrón, tenido por los musulmanes como uno de los santuarios más augustos del islamismo. Pocos en número han sido los privilegiados viajeros que han logrado penetrar en él, entre ellos hace pocos años el príncipe de Gales, de manera que las únicas noticias que acerca de la interioridad del edificio se han difundido hasta hoy son debidas á nuestro compatriota Ali-Bey.

Pero antes de transcribirlas examinemos por su parte exterior el famoso monumento en que van juntos los recuerdos de la antigüedad judaica, de la madre del primer césar cristiano y de la heróica época de las Cruzadas, monumento que contiene un gran patio, la mezquita y la cripta ó renombrada cueva de Makfelah.

«Es el Haram de Hebrón, dice M. de Saulcy, una magnífica obra muy semejante á los mejores trozos del muro exterior del Harám de Jerusalén, es decir, á aquellos que con toda seguridad pueden atribuirse al mismo Salomón, y como David, su padre, reinó en Hebrón por espacio de siete años y medio antes de hacerse dueño de Jerusalén, adonde trasladó la capital, no tengo el menor reparo en atribuirle la construcción del

sagrado recinto que tengo á la vista.» Consiste éste en un paralelógramo rectangular, largo de unos sesenta y cinco metros por treinta y ocho de ancho y diez y nueve de altura, entendiéndose que estos números no pueden darse por exactos sino únicamente por aproximados y como resultado de la impresión que causan, mirados desde alguna distan-

Ued-Teffah, generalmente llamado valle de Eckol

cia, unos muros á los que no sería posible acercarse mucho sin correr graves peligros. Los lados mayores están adornados con quince pilastras anchas de un metro por ocho de altura; en los menores su número no pasa de ocho. En los cuatro ángulos levantaron los musulmanes otros tantos alminares, de los que hoy sólo subsisten dos; los otros están arrasados. Junto á la escalera que conduce al sagrado recinto existe una peña en la cual se permite á los judíos hacer oración.

Al lado del mediodía álzase la mezquita, á la que se llega por ancha escalera, y Ali-Bey la describe así:

«Los sepulcros de Abraham y su familia existen en un templo que fué en otro tiempo basílica griega, súbese á él por ancha y cómoda escalera que conduce á dilatada galería, y allí se pasa á un patio de reducidas proporciones. A la izquierda vese un pórtico ó vestíbulo fundado sobre colunas cuadradas, y hay en él dos salas ó estancias: en la de la derecha está el sepulcro de Abraham, en la de la izquierda el de Sara. En la nave de la iglesia, que es gótica, entre dos robustos pilares, levántase á la derecha un templete aislado que cobija el sepulcro de Isaac; otro semejante á la izquierda guarda el de Rebeca su mujer. La iglesia, convertida en mezquita, tiene su *mehereb* ó tribuna para la predicación de los viernes, y otra tribuna para los *muddins* ó cantores. Al lado opuesto del patio levántase un segundo pórtico también con dos estancias, una á la derecha y otra á la izquierda, ambas cubiertas con una pequeña cúpula; en la última existe el sepulcro de Jacob, en la primera el de Lía.

»En un extremo del vestíbulo del templo, al lado derecho, conduce una puerta á una galería y luego á otra sala donde se encuentra el sepulcro de José[1], muerto en Egipto; sus restos fueron traídos por el pueblo de Israel. Los sepulcros de los patriarcas hállanse cubiertos con ricos tapices de seda verde bordada de oro; los de sus mujeres son de color rojo y están también magníficamente bordados; envíanlos los sultanes de Constantinopla, y nueve conté en el sepulcro de Abraham. Soberbios tapices adornan las paredes de las salas en que están los sepulcros, defendidas con verjas de hierro y puertas de madera con planchas de plata y cerraduras y candados del mismo metal. Para el servicio del templo cuéntanse más de cien empleados y domésticos.»

Pero lo que Ali-Bey califica de sepulcros no son, al parecer, más que cenotafios; los verdaderos sepulcros de los tres patriarcas y sus mujeres se hallan en la cripta situada debajo de la mezquita, cripta que, según tradición no interrumpida, es, conforme queda dicho, la antigua gruta ó cueva de Mafpelah, ó sea la doble cueva comprada por Abraham para sepultura de Sara.

Los talmudistas no están de acuerdo acerca de la disposición interior de la cueva que seguramente comprendería dos estancias ó bóvedas, conforme se desprende del nombre hebreo Mafpelah ó Makpelah, en latín *Spelunca duplex*. Creen unos que se componía de dos salas subterráneas contiguas, situadas en el mismo plano y siendo la primera como el vestíbulo de la segunda; otros, por el contrario, suponen que una estancia está sobrepuesta á otra, problema que sólo bajando á la cripta podría resolverse. Por desgracia su entrada, como hemos dicho, está prohibida no sólo á los cristianos, sino también, á lo que se cree, á los mismos mahometanos.

La edad de este notable monumento ha sido objeto de repetidas discusiones y ha dado lugar á las opiniones más diferentes; la más general y acreditada admite como

[1] Este dato es á todas luces inexacto. Los restos de José fueron sepultados en Sichem. Autores hay que dicen pertenecer aquel sepulcro á Esaú.

probable la tradición que lo atribuye á David ó á Salomón. Autores hay, no muchos, que lo suponen construído por Herodes el Grande.

Valle del Terebinto

La ciudad de Hebrón se extiende por un valle cuya dirección es de noroeste á sudeste, y se divide en cuatro cuarteles ó barrios principales cuyas casas se elevan parte en el valle y parte en anfiteatro por la falda de los collados que lo dominan.

Llámase uno de estos barrios Haret Bab ez-Zauieh (barrio de la puerta de la Zauia), y debe el nombre á un oratorio musulmán que allí se encuentra; es de los cuatro el de menor importancia.

Junto á él, hacia el nordeste y sin más separación que algunos huertos, encuéntrase el barrio llamado Haret ech-Cheikh. El único edificio en él notable es una mezquita que tiene un esbelto alminar de forma exágona, construído con ladrillos rojos y blancos alternados. Sírvele de base una torre cuadrada, y remata en una pequeña cúpula. Está la mezquita dedicada al jeque Ali-Beka, y de ahí el nombre que tiene el barrio.

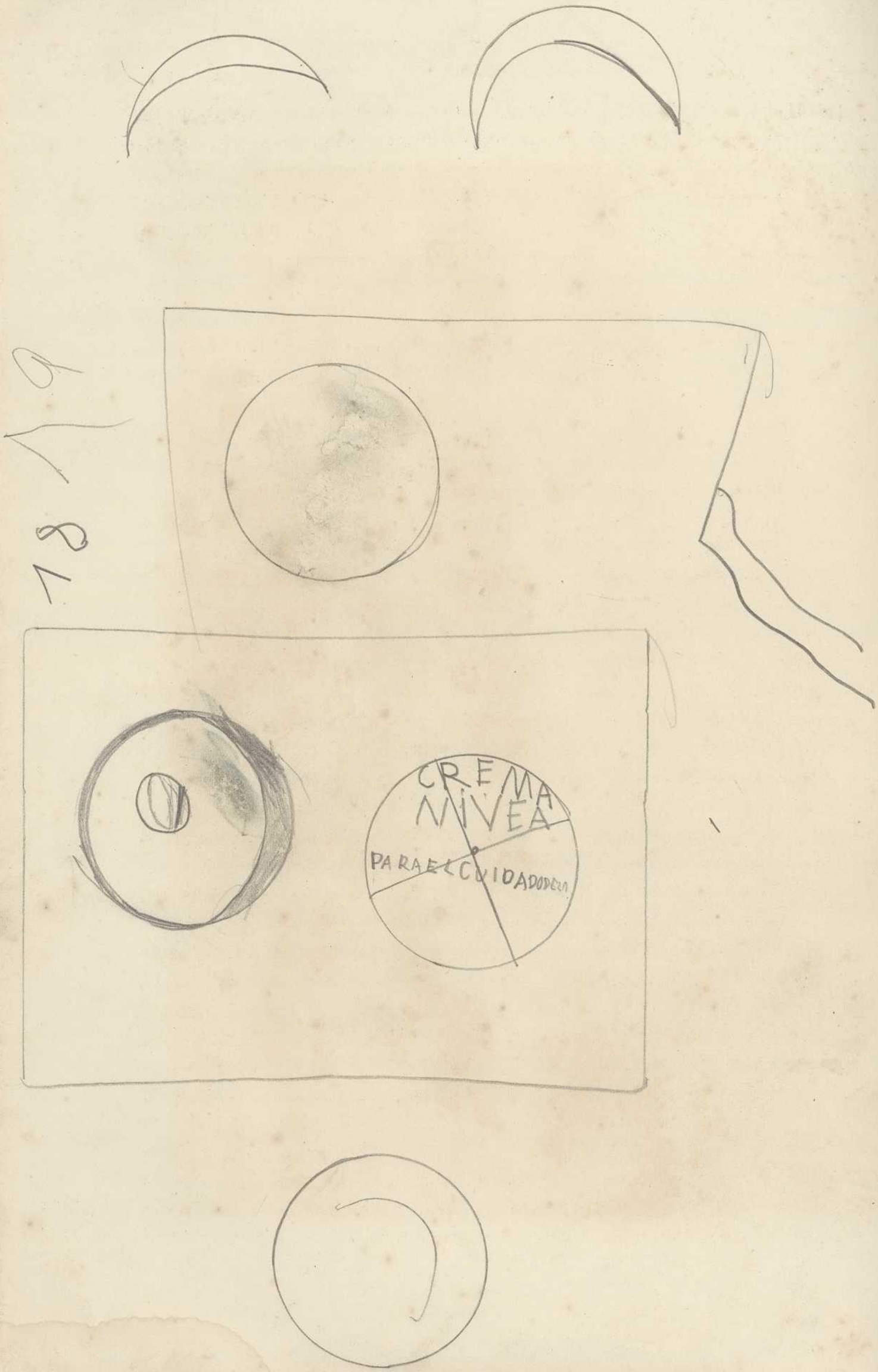
Entre los dos que llevamos expresados, pero más cerca del primero que del segundo, ábrese en medio de los huertos un pozo llamado Bir Sidna Ibrahim (pozo de nuestro señor Abraham),

H. FENN, PINXT.

ALFRED KRAUSSE, SCULPT.

HEBRON.

ESPASA Y COMPª EDITORES.


1870
CREMA
NIVEA
PARA EL CUIDADO DE LA

cuyo origen se remonta por tradición hasta el gran patriarca que le da nombre. Las mujeres de Hebrón sacan de él un agua límpida y abundante con la que llenan la jarra de barro que llevan en la cabeza, haciendo pensar al viajero en la interesante Rebeca del sagrado libro. La mayor parte de las casas de Haret ech-Cheik están construídas, lo mismo que las de los otros barrios, en forma de torres cuadradas rematando en azotea, en medio de la cual se levanta una cúpula de medio punto.

Existe en este barrio un depósito que recibe las aguas de un manantial distante muy pocos minutos en dirección del nordeste y llamado Ain-Eskali, nombre que parece ser el mismo que Echkol, Escol en la Vulgata, que era el de uno de los caudillos que acompañaron á Abraham al salir en persecución de los cuatro reyes que redujeron á Lot á cautiverio cuando el saqueo de Sodoma. El nombre de Echkol, que significa racimo de uvas, quedó luego unido á uno de los valles inmediatos á Hebrón, muy abundantes en viñedos, y de allí los emisarios enviados por Moisés á reconocer la Tierra de Canaán trajeron el magnífico sarmiento con un racimo que habían de sostener en un varal dos hombres. La colonia israelita que mora hoy en Hebrón identifica aquel valle con el Ued Teffah donde pueden admirarse todavía las más hermosas cepas de la comarca.

Esto no obstante, san Jerónimo, en el *Epitafio de santa Paula*, fija el valle de Echkol más hacia el norte, entre Bethsur y Hebrón.

Los dos restantes cuarteles de la ciudad, separados por algunos centenares de metros de huertos y olivares, llámanse el de oriente Haret el-Haram, y el de poniente Haret el Mecharkah.

Compónese el primero de cinco barrios, en el día reunidos en uno; en el más importante, por nombre Haret el-Kalah, está situado el antiguo castillo ó fortaleza (el-Kalah) que, devastada al ser tomada la plaza por Ibrahim-Bajá en 1834, fué luego reparada en su parte exterior; la interior ha quedado muy ruinosa y desmantelada. Tal como hoy existe no data al parecer de mucho más allá de la Edad Media, pero es muy posible que fuese construída con materiales de un edificio de mayor antigüedad, como lo probarían las colunas empotradas transversalmente en las paredes sirviendo de sostenimiento. La muralla tiene muchas aspilleras y varias ventanillas, cuadradas algunas y otras ojivales. En muchas de sus arruinadas salas vense antiguas chimeneas que datarán seguramente de la época de las Cruzadas. El castillo sirve de cuartel al batallón que guarnece la ciudad.

Junto al Kalah álzase el admirable recinto del Haram que da nombre al barrio y que llevamos descrito.

En este mismo barrio, á poca distancia del *Suk* ó mercado, veneran los musulmanes en un *ualy* la memoria de *Sidna Yusef en-Nadjar* (nuestro señor José el carpintero). Los restos mortales de este santón están encerrados en un gran sarcófago de apariencia musulmana, colocado en medio de una estancia abovedada á la que se baja por varios escalones. Dícese que debajo de aquella sala sepulcral existe otra, en la que según antiquísima tradición, fué sepultado Abner, cuyo trágico fin queda referido.

El cuarto barrio ó sea el Haret el-Mecherkah ocupa la parte sudoeste de la ciudad, da frente al Haret el-Haram y sólo habitan en él familias menesterosas.

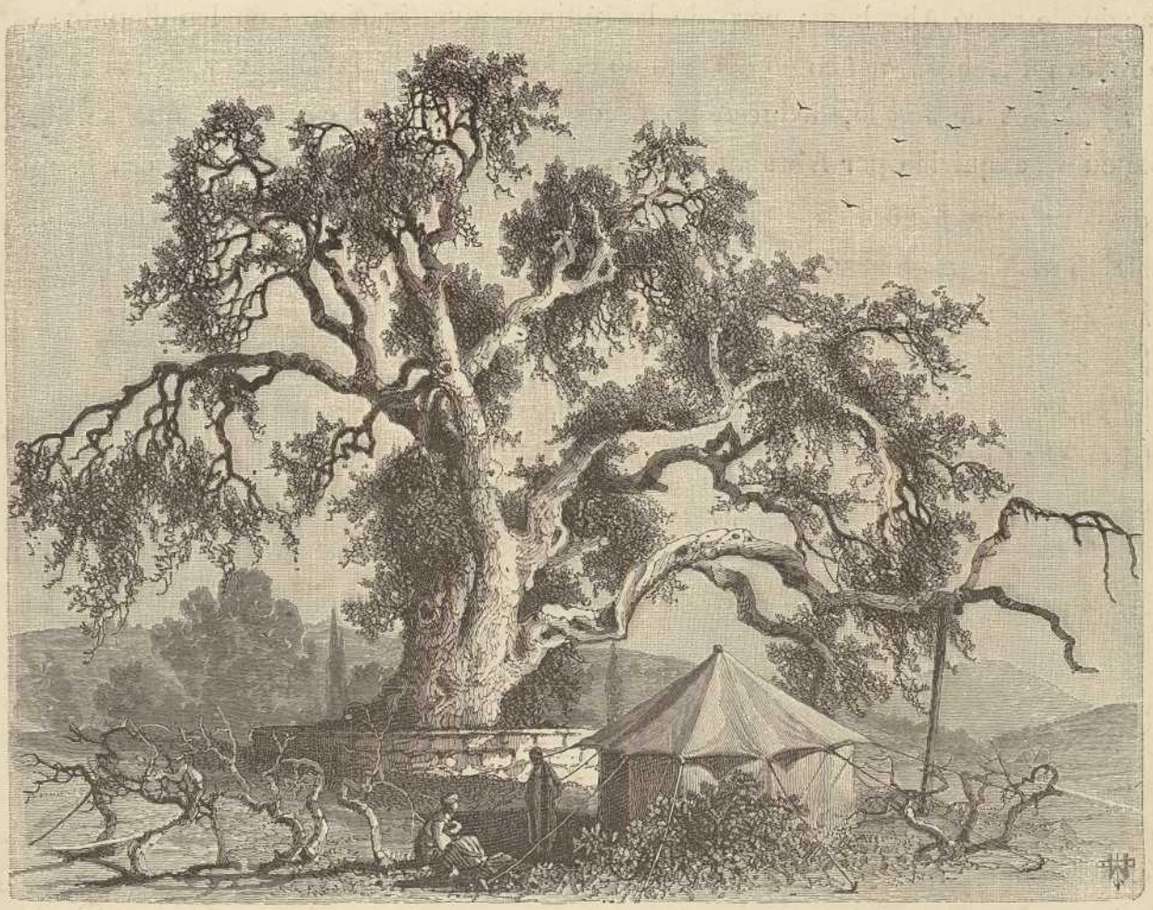
Cada uno de estos barrios está dominado por un monte distinto; al nordeste del Haret ech-Cheikh se levanta el Djebel-Beilun; el Haret el-Haram recibe amparo de Djebel-Djabrech; en la base del Djebel-Kubbet está el Haret el-Mecharkah, y finalmente

Ualy musulmán arruinado, en Hebron

al oeste del Haret ez-Zauia otra montaña, á la que dan sombra magníficos olivares, lleva el nombre de Djebel er-Remeideh. En su cima existen las ruinas llamadas Deir el-Arbain (convento de los Cuarenta), restos de una obra musulmana inhabitada en el día y consistente en una reducida mezquita con sus dependencias. No tenía el edificio este ruinoso aspecto hace dos siglos, pues cuenta el Devoto Peregrino que «como á dos leguas de Hebrón se muestra una iglesia que llaman de los Cuarenta Mártires por haber padecido en este lugar martirio por la fe de Cristo Nuestro Señor. No pudimos entrar en ella porque la tienen los turcos hecha mezquita, y dicen está allí enterrado Isaí, padre de David. Por una ventana vimos en medio de la iglesia un sepulcro muy suntuoso.» En las paredes pueden verse restos de columnas y de antiguos sillares, provenientes de época más remota que la obra actual, y dícese que debajo de ella existe vasto subterráneo que desciende hasta la ciudad y guarda, según la tradición musulmana, la tumba del padre de David. Otros suponen que es la de Caleb. Finalmente

existe una tradición muy acreditada según la que el monte, plantado de olivos hace varios siglos, fué la acrópolis de la antigua Hebrón.

A tres kilómetros al noroeste de la ciudad, en un risueño valle, por nombre Ued-Sebta, crecen dos admirables encinas; mide la una tres metros de circunferencia, y la otra mucho mayor, ocho metros y cuarenta y cinco centímetros en su base. De su tronco gigantesco salen tres grandes ramas, ó por mejor decir, tres magníficos árboles, que á su vez se subdividen en vigorosas ramas; su sombra, á la hora del medio día, se extiende á unos treinta y dos pasos de oriente á poniente y á unos treinta de norte á sur.

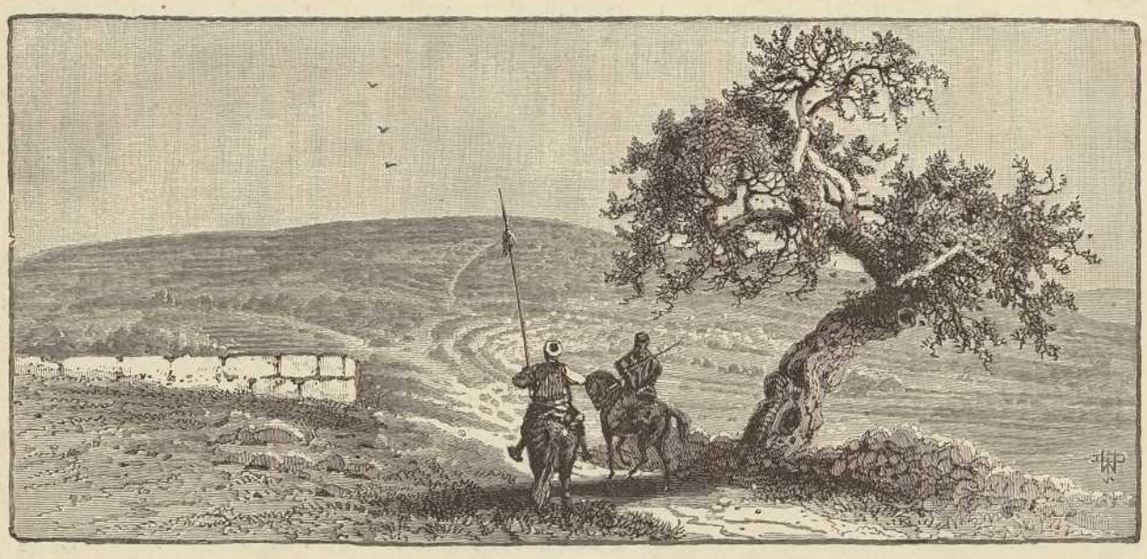


Encina de Sebta

Los siglos que para aquel árbol han pasado nadie lo sabe, pero es cierto que aun cuando su enorme tronco y la fuerza de sus ramas y raíces descubren dilatadísima vejez, rebosa aún de savia y lozanía. Varios son los viajeros que han querido ver en él la encina *(quercus Mambre)* bajo la cual tomaron descanso los tres ángeles que prometieron al santo Patriarca un hijo y le revelaron la triste suerte que esperaba á las ciudades de Sodoma y Gomorra; pero es evidente que la encina de que tratamos no data de tan remota antigüedad. Si en Eusebio se lee que en su época existía aún cerca de Hebrón el árbol memorable á cuya sombra Abraham plantó su tienda, árbol al que llama unas veces encina y otras terebinto san Jerónimo, al traducir este pasaje de dicho autor, añade que, en efecto, en su infancia subsistía todavía el árbol, de lo cual parece deducirse que después dejó de existir.

El mismo Padre de la Iglesia, en su *Epitafio á santa Paula*, refiere que ésta había visitado los vestigios de la encina de Abraham, otra prueba de que el árbol estaba ya muerto en aquel tiempo, quedando de él únicamente restos que la ávida piedad de los fieles, atribuyéndoles milagrosa virtud, haría desaparecer por completo.

Así, pues, el magnífico árbol que es aún hoy la admiración de los viajeros, no es la encina de Abraham; pero ¿puede ser un retoño de ella? ¿Ocupa el mismo sitio que aquélla ocupó? Algunos autores así lo han creído y esta opinión ha sido adoptada por numerosos peregrinos. De ser así, el Ued-Sebta de hoy sería el antiguo valle de Mambré, lugar donde moró Abraham; pero de las últimas investigaciones en los distintos valles que rodean á Hebrón, así como del estudio de los textos de la Biblia y de las *Antigüedades judaicas* de Josefo, deducen no pocos autores que el campo en que se abría la doble cueva adquirida por Abraham estaba junto á Manbré y que Mambré era lo mismo



RAMET EL-KHALIL

que Hebrón, no olvidando que el Haret el-Haram, ó principal barrio de la actual ciudad, no existía en tiempo de Abraham y que se formó después cuando la cueva, por los sagrados cuerpos en ella sepultados, llegó á ser un verdadero santuario á cuyo alrededor se agruparon las casas. El nombre de Mambré, dicen los autores que así piensan, se aplicaba así á un valle tocando por uno de sus extremos á Hebrón como á la ciudad misma que además llevaba entonces el de Kiriath-Arbaa, y aquel valle no es otro que el sitio llamado Ramet el-Khalil (lugar del Amigo de Dios, esto es, de Abraham).

En él, á tres kilómetros y medio al norte de Hebrón, existió un recinto rectangular de ochenta pasos de longitud por cincuenta y cinco de anchura, del cual sólo subsisten dos lados, los de mediodía y poniente; los de oriente y norte han sido destruídos ó los habrá cubierto la tierra. El espesor del muro, formado con grandes y pulidos peñascos superpuestos, es de un metro y ochenta centímetros; su mayor altura no excede en el día de dos metros y veinte centímetros. A juzgar por lo que del recinto queda, todas las probabilidades están en que tuvo carácter sagrado, é inaccesible para el público, tendría en su interior un santuario ó un altar. Una sola puerta, baja y estrecha, se abre en uno

de los ángulos; en el opuesto existe un pozo construído con bien labrados sillares. A unos ochenta pasos de distancia del recinto hállanse los restos de un edificio que medía quince pasos de ancho; su longitud es imposible precisarla, ya que á unos veinte pasos se pierde toda clase de huella á causa de los confusos escombros que llenan el suelo. Este edificio, construído también con sillares, pero no de la considerable magnitud de los del recinto anterior, está orientado de poniente á levante, y aunque hoy del todo destruído muestra evidentes restos de una antigua basílica cristiana. A poca distancia, hacia el este, un cerro sembrado de escombros ofrece numerosos vestigios de habitaciones humanas; allí hubo en otro tiempo un lugar, cuyas ruinas llevan ahora el nombre de Kharbet er-Ramah.

Ahora bien, en el Haram ó sagrado recinto que acabamos de describir reconocen unánimemente los judíos de Hebrón el sitio en que creció la encina ó el terebinto de Abraham; allí estuvo plantada su tienda; allí erigió un altar al Señor; allí se le aparecieron y fueron por él festejados los celestes mensajeros; al pozo que allí existe le dan judíos y musulmanes el nombre de Bir el-Khalil (pozo del amigo de Dios), y el monte que se alza al sudoeste del llano conserva la denominación característica de Djebel el-Batrak (montaña del Patriarca).

Esto mismo que hoy sustentan los más modernos viajeros, dedúcese al parecer de la relación del Devoto Peregrino (el P. Fr. Antonio del Castillo) que, procedente de Jerusalén, visitó aquel lugar en el año de 1626. «Habiendo caminado, dice, diez ó doce millas por unos bosques muy ásperos llegamos al Comvalle Mambré, al lugar donde fué Isaac circuncidado; hay allí un edificio ó cerco que está medio deshecho y más adelante unas grandiosas fábricas de piedra, lugar donde habitaba Abraham después que salió de la ciudad de Hur de los caldeos; aquí había una encina que se llamaba *Quercus Mambre* y estaba delante de la puerta del Tabernáculo. En este lugar estaba el Patriarca cuando vió los tres ángeles: *Tres vidit et unum adoravit,* y los hospedó en su casa.»

Créese que el recinto del Haram, cuya construcción acusa fecha muy anterior á la época cristiana, sería obra de los judíos ó quizás de los Idumeos, que, conforme queda dicho, dominaron en el distrito de Hebrón hasta que fueron expulsados por Judas Macabeo, proponiéndose así consagrar el sitio tradicional del famoso árbol de Mambré y de la tienda de Abraham, sitio que, venerado á la vez por judíos y gentiles, no hubo de tardar en ser objeto de varias supersticiones. Ofrecíanse libaciones de vino é incienso, inmolábanse animales, cebados expresamente para la fiesta anual que allí se celebraba, y cuéntase que llegó á ser imposible sacar agua del pozo por los infinitos objetos que como ofrenda á él arrojaban los gentiles. Tanta fama llegó á tener aquella peregrinación y tan grande era la muchedumbre que á ella concurría que se estableció allí una feria anual muy renombrada. En la época de la última insurrección judaica, cuando en el año 136 de nuestra era fueron los alzados, acaudillados por Bar-Cocheba, rotos y deshechos entre las ruinas de Bethar, baluarte de la sublevación, cuantos se libraron de la matanza fueron á miles vendidos en el mercado del Terebinto, según así era llamado

aquel lugar. Tiempo después, Eutropia, suegra de Constantino, visitólo en cumplimiento de un voto, y habiendo presenciado las supersticiones que aun se practicaban junto al árbol de Abraham, informó de todo al emperador, por el cual se dictó la orden de destruir los falsos altares que allí se habían erigido, levantando en su lugar una basílica cristiana. Por Eusebio sabemos que la voluntad del emperador quedó cumplida.

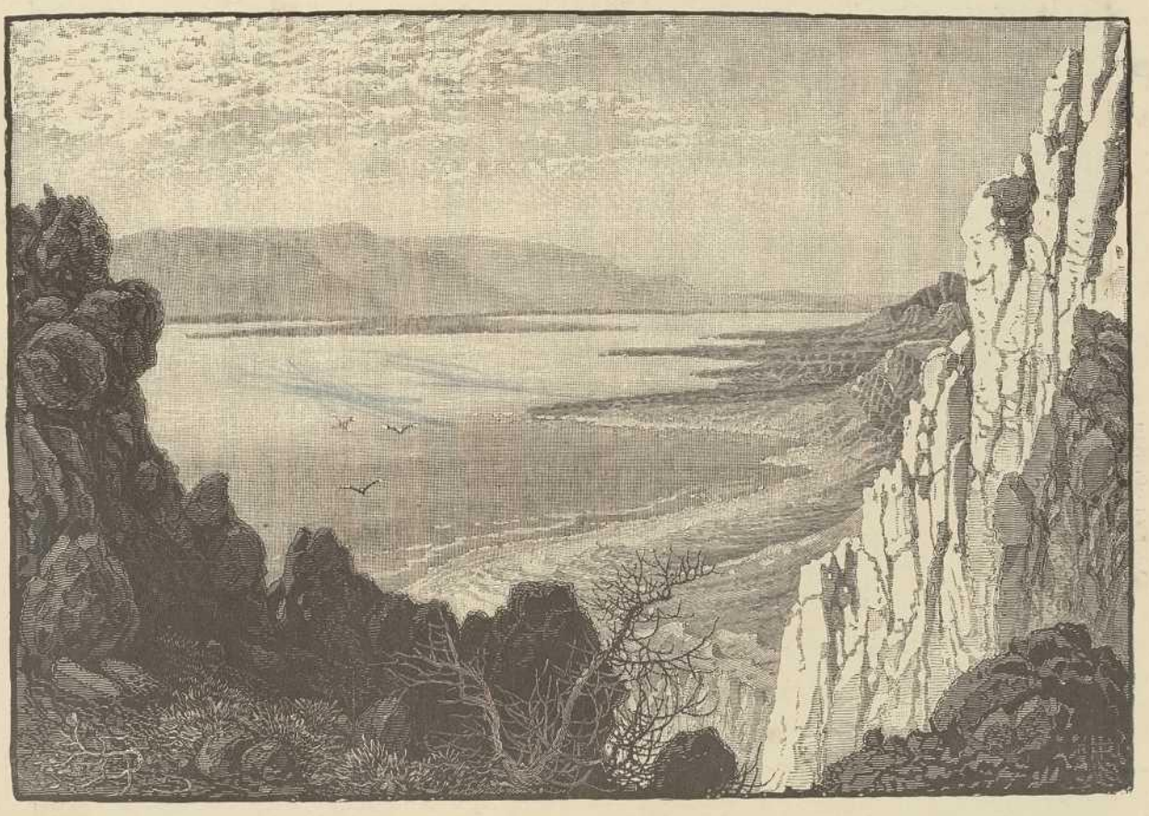
La ciudad de Hebrón no está cercada con muro; no la defienden murallas ni torres, y en sus cuatrocientas casas abriga á unos cinco mil habitantes, musulmanes todos á excepción de unos cuatrocientos israelitas establecidos en el barrio de el-Mecherkah; en Hebrón no hay cristianos. Su altura sobre el mar es de dos mil ochocientos cuarenta y dos piés, que excede en doscientos sesenta y tres á la de Jerusalén. Excepto los monumentos mencionados no existen en Hebrón edificios notables, y muchas casas muestran aún las huellas del terremoto acaecido en 1.° de enero de 1837, que causó gran desastre en toda Palestina. Los viajeros procedentes del monte Sinaí ó de Egipto han de purgar cuarentena en Hebrón, y hace poco se ha construído en las inmediaciones de la ciudad un lazareto que estaba no há mucho bajo la dirección de un médico francés. El temor de la peste, tan cruel en aquellas regiones, justifica sobradamente la severidad de sus reglamentos de policía. Los afueras de la ciudad atestiguan aún la antigua feracidad de la Tierra Prometida; crecen en sus campos árboles que dan excelentes frutos; allí se ven los alfóncigos más grandes de Palestina y sus pistachos fueron enviados por Jacob á su hijo José como uno de los frutos más sabrosos de la tierra. Numerosos plantíos de olivares embellecen la campiña; las vides cubren las colinas y son las uvas de extraordinario tamaño y de exquisito sabor; racimos hay y no son raros, que pesan de cinco á seis kilómetros. El vino de Hebrón, obra principalmente de judíos, goza de gran fama, y los musulmanes hacen con la pasa importante comercio. En Hebrón se fabrican las bujerías de vidrio muy estimadas en Oriente, como son collares, brazaletes y pendientes de varios colores con que se adornan lo mismo las mujeres drusas y maronitas en el Líbano que las de Samaria y Judea. Los restos de los seculares bosques que daban sombra á los valles idumeos bastan para aquella imperfecta industria. Los campesinos cultivan el algodón, sus mujeres lo hilan, y lo venden luego en Gaza y Jerusalén.

Escaso es el número de viajeros que pasan por Hebrón, y en verdad que exceptuando los monumentos descritos, nada más tiene que ver. Sin embargo, quien quiera trasladarse con la imaginación á las primeras edades del mundo, sentir la vida de los patriarcas, pisar el suelo en que plantaron sus tiendas, comprender sus peregrinaciones y costumbres y gozar de las profundas y deliciosas impresiones de aquella existencia primitiva, hace mal en no trasladarse á esas remotas comarcas. Si en ellas no hay más que recuerdos son recuerdos que nos acercan á Dios en cuanto nos aproximan á la cuna del linaje humano.

«¡Adiós, Hebrón! exclama el P. Damas al partir de la ciudad, ¡adiós, patria de

Abraham! Si la Providencia me trae de nuevo á Palestina no dejaré de visitarte otra vez, pues en tu recinto están como encerrados los orígenes de la humanidad.»

A su ejemplo, salgamos también de Hebrón, y siguiendo el Ued-Sebta dejaremos á la espalda el sitio en que estuvo la fortaleza de Debir, antiguamente Kiriath-Sepher (la ciudad del libro), rendida por Othoniel recibiendo en recompensa á Axa, hija de Caleb, y poco después pasaremos por una miserable aldea llamada Kerbet el-Nassara; como su nombre indica, allí vivió en otro tiempo una colonia cristiana. De lo alto del collado en que aquellas casuchas se levantan arrojaremos la última mirada al valle de Hebrón, y torciendo al este se llega, después de recorridos unos cinco kilómetros, al lugar de

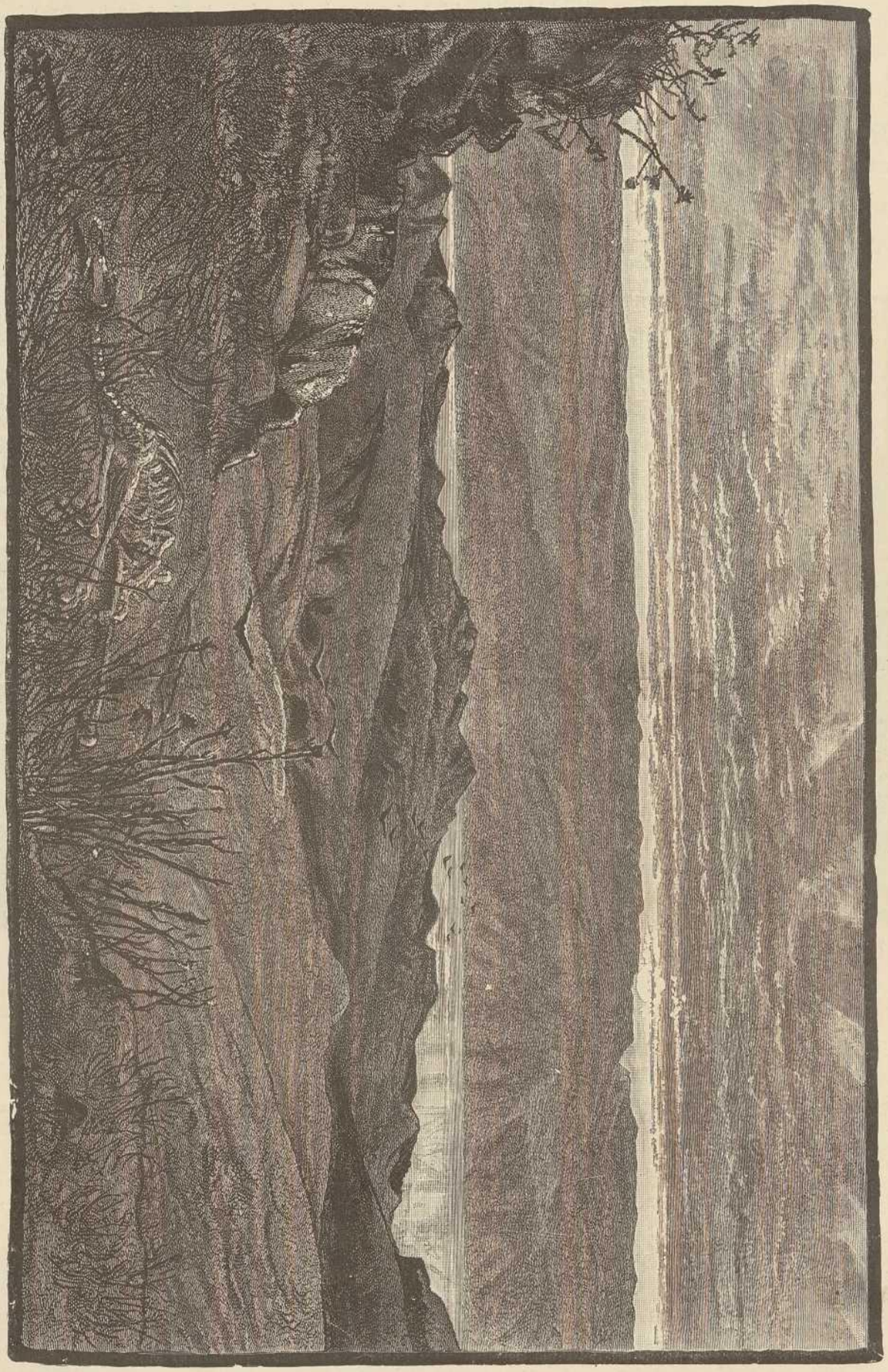


Región meridional del mar Muerto

Beni-Naim, conocido también con el nombre más antiguo de Kefr-Bereik. En sus casas de hoy vense empleados muchos materiales antiguos, dignos de llamar la atención, y la mezquita encierra, según tradición local, el sepulcro de Lot. Vese allí, en efecto, una gran caja ó ataúd de madera cubierta con un tapiz, y es posible que en ella descansen los restos de algún santón musulmán, venerado bajo el nombre del sobrino de Abraham. Rodea el santuario un patio, cerrado á su vez por un muro construído con sillares de distintas épocas, y el parapeto y las saeteras del mismo hacen que el edificio ofrezca un aspecto religioso y militar á la vez. En uno de los ángulos se alza un alminar desde el cual se divisa gran extensión del mar Muerto y del desolado país que lo circunda. Proveen de agua á Beni-Naim varias cisternas abiertas en la peña, datando sin duda alguna de remota antigüedad, lo mismo que las eras que sirven aún para la trilla.

En aquel lugar, el Caphar-Barucha de san Jerónimo, fué donde, implorando Abra-

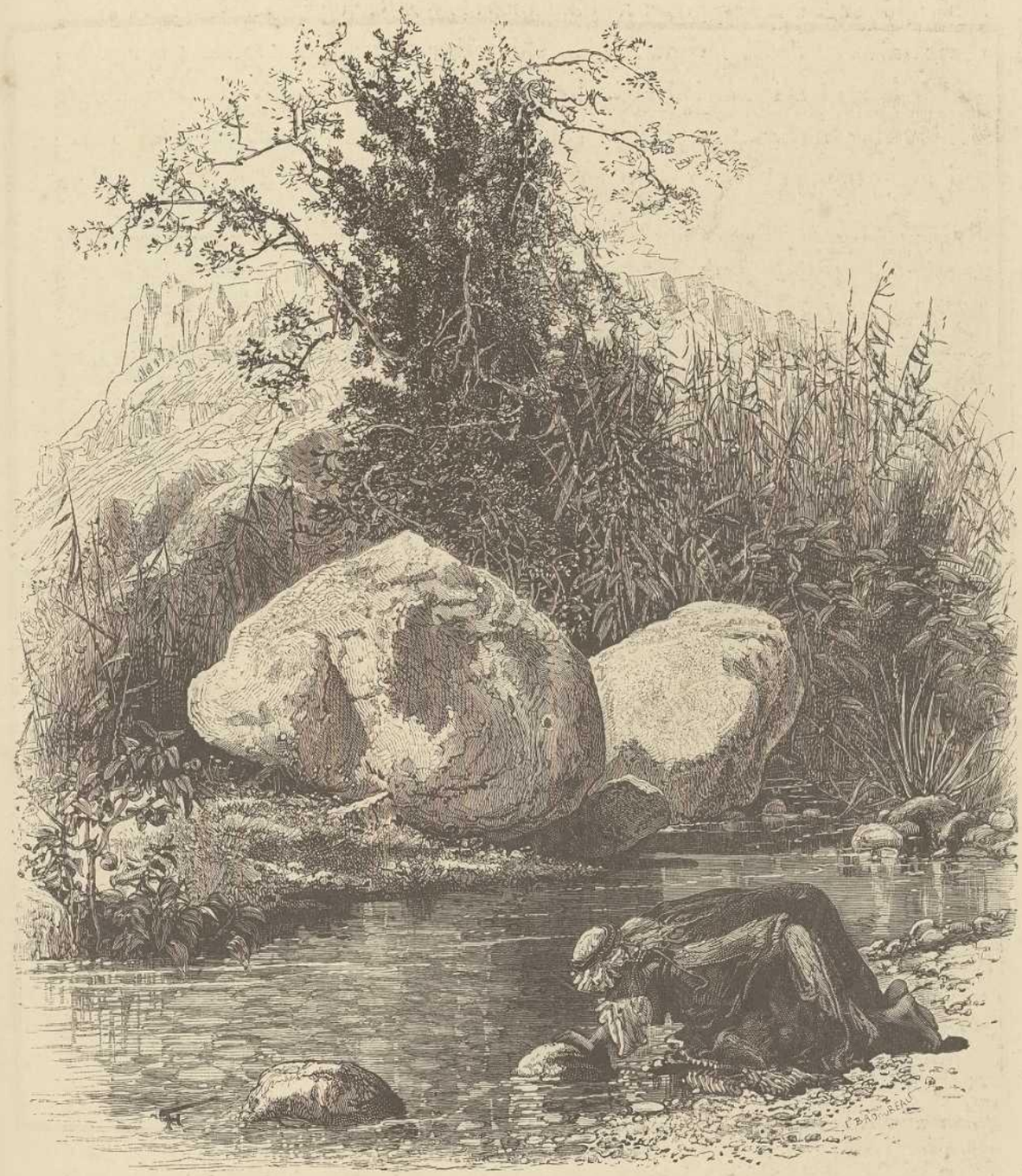
ham la misericordia divina en favor de la culpada Sodoma, alcanzó del Eternó su perdón si se hallaren en la ciudad diez justos. Al día siguiente del misterioso coloquio volvió el



DESIERTO DE JUDÁ

patriarca al mismo punto y asistió de lejos al incendio de Sodoma y Gomorra, viendo que de la tierra se elevaban inflamadas pavesas y como la humareda de un inmenso horno.

En una de aquellas laderas existe la cueva á la cual Lot, cuya mujer pereció en la huída siendo convertida en estatua de sal por su desobediencia al divino precepto de no volver atrás el rostro, se refugió con sus dos hijas para librarse de la gran catástrofe, y en ella fué cometido el doble incesto del que nacieron Ammon y Moab. Santa Paula, que



La fuente de Engaddi

la visitó, vertió lágrimas en ella pensando en el delito allí perpetrado, é hizo observar á sus compañeras, dice su santo biógrafo, cuánto importa evitar el vino á quien quiera conservar el corazón casto.

Entre Beni-Naim y las ruinas de Ain-Djedi extiéndese vasto desierto de unos veinte kilómetros de anchura; los ojos no alcanzan á distinguir lugar habitado ni tierra cultivada, y sí únicamente diseminados á largas distancias algunos campamentos de beduinos

haraposos y de feroz aspecto, cuyos bienes se reducen á rebaños de carneros y cabras que buscan con afán los raquíticos pastos bajo la guarda de pastores armados hasta los dientes y de perros no menos feroces que sus dueños. Cortan el suelo profundos y pavorosos barrancos, cuyas laderas, erizadas de maleza ó áridas y peñascosas, reflejan, sobre

El mar Muerto, visto desde Engaddi

todo en verano, en sus paredes calcáreas y blanquecinas los rayos de un sol implacable. Aquella parte de la región era nombrada más especialmente desierto de Engaddi, y después de penosa marcha de seis horas, á contar desde Beni-Naim, atravesando sucesivamente montes y valles, llégase á erguida meseta que domina las playas del mar Muerto desde una altura de setecientos y cincuenta metros, ofreciéndose al viajero espectáculo imponente y desolador á la vez.

A sus ojos y bajo sus piés extiéndense á lo lejos las aguas del famoso mar; ni un

esquife las atraviesa, ni pescadores echan en ella sus redes, pues ningún ser viviente mora en sus misteriosas profundidades. Su superficie, al reflejar el color del cielo, es de un azul oscuro, mitigado por la diáfana nube de vapores que de su seno se alzan al ser abrasado por los rayos solares. Altas y escarpadas montañas lo rodean formando

MONTES DE MOAB, VISTOS DESDE ENGADDI

como gigantesco cerco de peñascosos muros por entre los que se abren paso, en aberturas más ó menos anchas y fantásticas, los torrentes que llevan al vasto lago el tributo de sus aguas. Los montes de la ribera oriental son los del antiguo país de Moab y Ammón, y es admirable contemplarlos, dice M. Guerin, en aquella hora en que el astro del día, al llegar á su ocaso, los viste de variados colores en los que brillan primeramente el oro y la púrpura, que se mudan en rosadas y luego violáceas tintas, para perderse al fin entre sombras.

Angosto y enriscado sendero guía, en cuarenta y cinco minutos de difícil y penosa bajada, de aquel observatorio á copiosa fuente conocida desde la más remota antigüedad; lleva en el día el nombre de Ain-Djedi (fuente del Cabrito). Mana entre peñas por dos puntos distintos en reducido llano situado seiscientos metros más bajo que la meseta superior y todavía á una altura sobre la playa de ciento y cincuenta; su caudal, límpido y dulce, pero casi tibio, forma un riachuelo que cae en cascada por la ladera del monte y

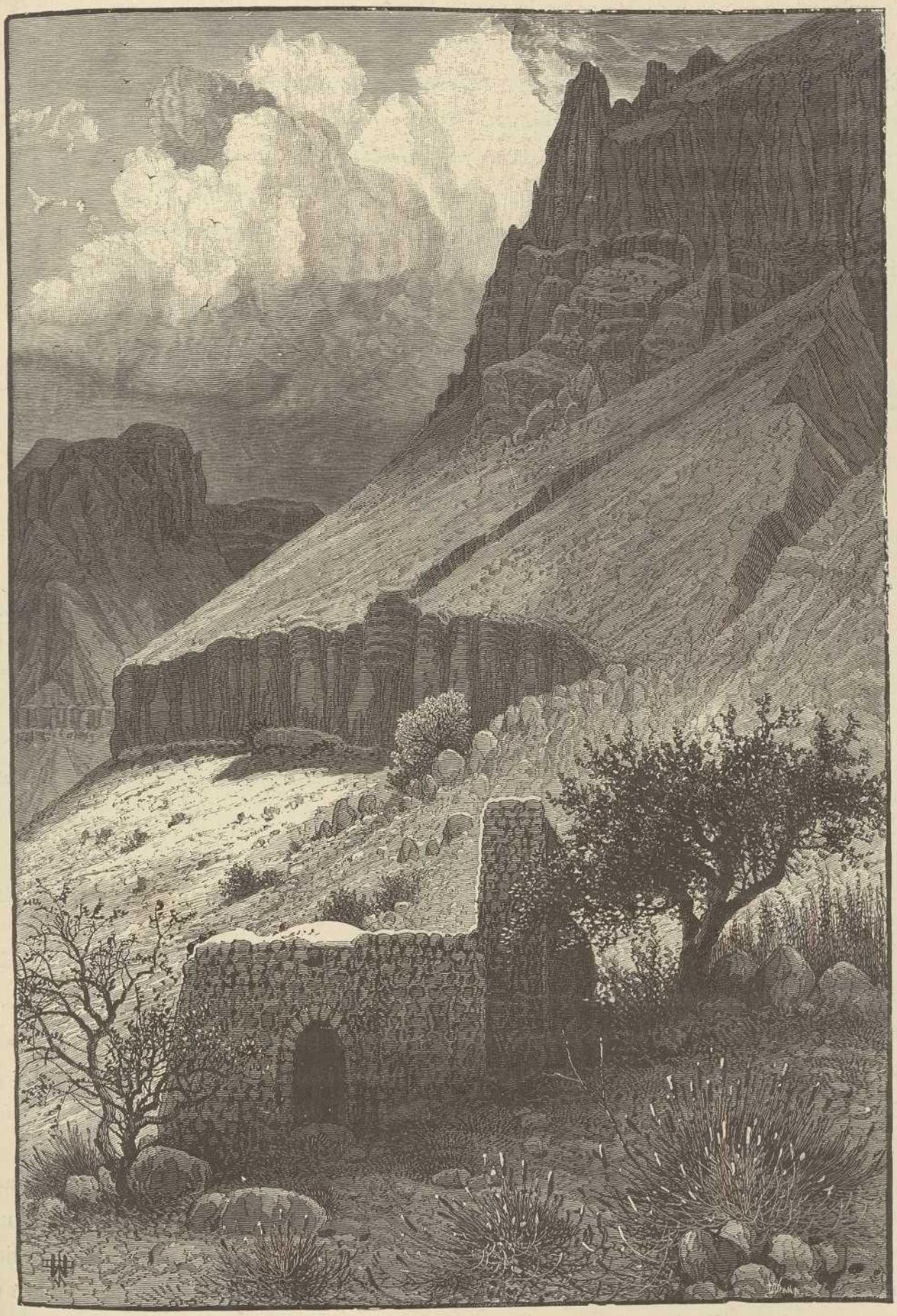
mantiene impenetrable cortina de árboles, arbustos y maleza, entre la que anidan infinitas aves. Confusas ruinas yacen esparcidas por las tierras, antes cultivadas, que riega el arroyuelo y por el llano que se extiende hasta el mar; restos son de la antigua Engedi, en latín Engaddi, mencionada en la Biblia como perteneciente al desierto de Judá. Su primitivo nombre era Hatzazon-Tamar, tomado de los bosques de palmeras que la rodeaban; el hebraico de Engedi es idéntico al que lleva hoy la fuente, que lo recibiría al ser descubierta por algún cabrero.

Los jardines de Engaddi fueron arrasados durante las guerras de los judíos y replantados por los romanos. La Escritura habla repetidas veces de Engaddi y de sus viñedos, y allí solían reunirse los moabitas y amorreos para sus campañas contra Israel. En la época de san Jerónimo, de la ciudad sólo quedaba una aldea; después nada más se sabe de ella, y en el día apenas si se ven sus ruinas sucesivamente visitadas por algunas tribus de beduinos. En cuanto la vista alcanza no distingue palmas, ni viñas, ni el celebrado árbol del bálsamo, ni habitación ninguna; por todas partes el desierto, las hórridas soledades que avecinan las riberas del mar Muerto, y en las cañadas de los montes fantásticas y tajadas peñas, llenas de cuevas y de mil extrañas maneras cortadas por las aguas pluviales. Todo en aquel país, como ha dicho M. de Chateaubriand, parece respirar todavía el horror del incesto del que nacieron Ammón y Moab. Entre las rocas crecen el *copher*, arbusto cuyas hojas proporcionan el jugo con que las mujeres árabes y turcas dan á sus uñas un tinte anaranjado, y la singular planta llamada en arábigo *ocher*, de grandes y lucientes hojas, que produce las manzanas de Sodoma.

Famoso es este fruto, del cual se ha dicho que, agradable á la vista, es amargo al paladar y tiene por carne ceniza. Tácito en su *Historia* y Josefo en su *Guerra de los judíos* fueron los primeros en mencionar la singular manzana del mar Muerto, y Julio de Chartres, que peregrinó en Palestina el año 1100, vió la engañadora manzana y la comparó á los goces mundanos. De entonces acá se han vertido muchas y distintas opiniones sobre ella, hasta dudar algunos autores de su existencia; según unos, el arbusto que la produce es muy semejante al espino majuelo; el fruto es una manzana pequeña de bello color; para otros la manzana de Sodoma no nace de árbol ni de arbusto, sino del *solanum melongena* de Linneo; hállase en abundancia, dicen, en los valles del Jordán y en las inmediaciones del mar Muerto, y si bien se la encuentra alguna vez rellena de polvo ó ceniza, esto sólo sucede cuando el fruto ha sido atacado por un insecto *(tenthredo)* que tritura la parte mollar dejando íntegro el pellejo sin quitarle nada de su agradable aspecto. Autores hay, finalmente, para quien los frutos que según el historiador Josefo nacen en la maldita tierra de Sodoma, son los de la *asclepiade gigantea*, cuyo jugo lechoso es áspero y cáustico, causando la muerte á los animales que lo comen, ó bien los del árbol llamado *Aoescha-ez*, muy parecidos á la granada. En vez de carne ofrecen una sustancia blanca, que es como algodón muy fino, y los árabes la emplean para mechas de fusil.

« También yo, dice M. de Chateaubriand, creo haber hallado el fruto sobre que tanto

se ha hablado; el arbusto que lo produce crece en abundancia á dos ó tres leguas de la



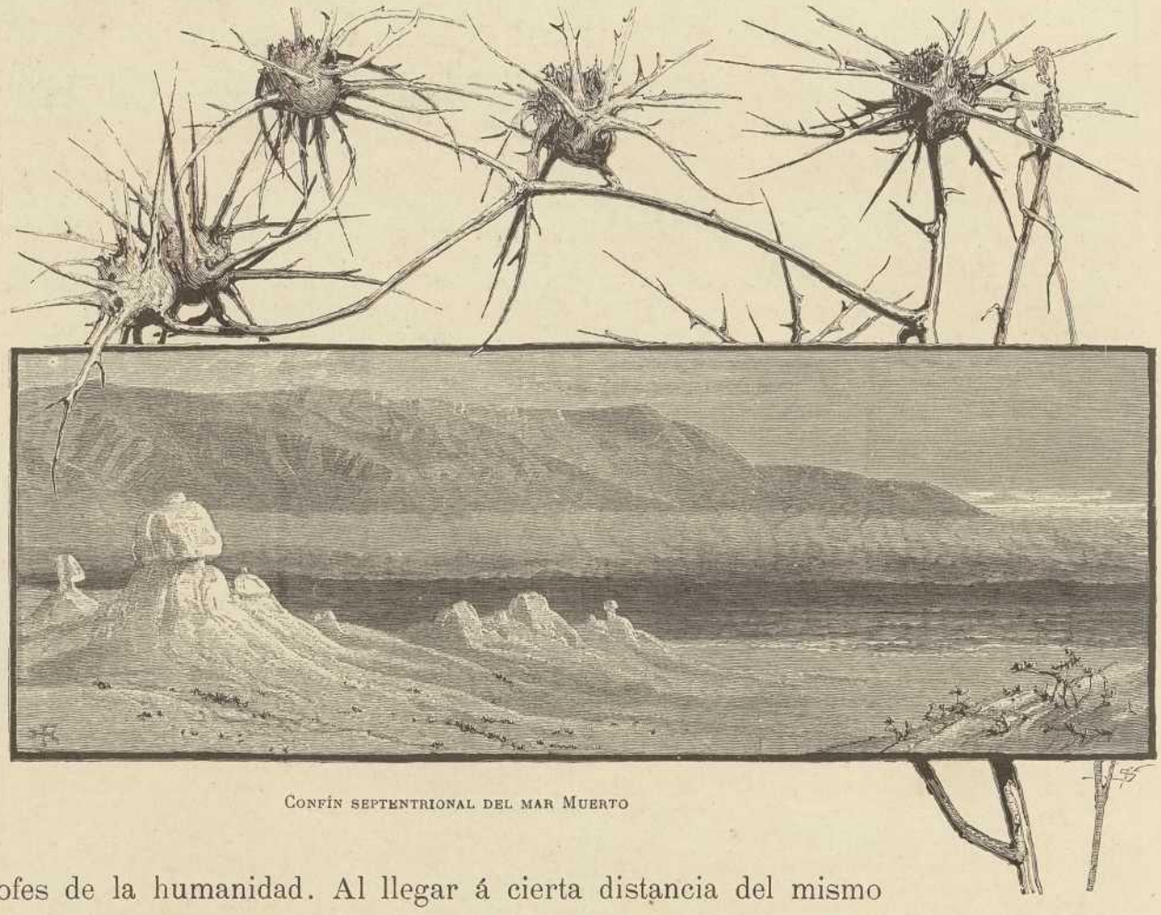
Peña de Engaddi

desembocadura del Jordán; es espinoso y de pequeñas y frágiles hojas; en forma y en color se asemeja al limón de Egipto; cuando verde su corteza despide un jugo corrosivo

y salobre, y maduro, á la menor presión deja escapar muchas y pequeñas pepitas negras de un gusto amargo y fuerte como la pimienta.

Igual al fruto descrito por el gran escritor francés es el del *ocher* de la fuente de Engaddi, y de él se dice en la comarca ser las famosas manzanas de Sodoma.

Pero descendamos ya del punto de descanso que en la embajada hemos hecho, y por una llanura ardiente, blanqueada por las emanaciones salinas del mar, resistiendo el ardor que se desprende de la tierra al reflejar la luz y el calor, hasta el punto de hacerse más insoportable que los mismos rayos del sol, subiendo y bajando, pues tiene el llano distintos niveles, acerquémonos al lugar que presenció una de las más grandes catás-



Confín septentrional del mar Muerto

trofes de la humanidad. Al llegar á cierta distancia del mismo nuestros guías no dejarán de lanzar sus caballos á galope como arremetiendo á un enemigo que los aguardase en la playa y de hacer con sus armas ruidosa salva: los árabes no suelen faltar á la costumbre de correr el *djerid* cada vez que acompañan extranjeros al mar Muerto.

Figurémonos una vasta concha que se dilata hasta perderse de vista por un espacio de setenta y seis kilómetros entre dos sierras de tres mil pies de altura, separadas una de otra como unos diez y ocho kilómetros en la parte más ancha; de forma elíptica, limítanla al este los montes del antiguo país de Ammón y de Moab, semejantes á un gran muro perpendicular, sin cumbres ni picos; distínguense únicamente ligeras inflexiones, como si la mano del pintor que trazara en el horizonte aquella línea horizontal hubiese vacilado en algunos puntos. Corren al oeste las montañas de Judá menos eleva-

pas y de líneas más desiguales. Abrese al norte la vega del Jordán, y al sur se extiende una planicie cortada por pantanosas hondonadas.

Llena aquel inmenso espacio una agua límpida con cierto tono blanquizco mirada de cerca; pero de lejos y en la hora en que un sol tropical pesa sobre la líquida masa, que refleja sus rayos como metálico espejo, nada indica que aquello sea agua, ni la agitación de las olas, ni las marítimas brisas; todo allí respira la quietud de la muerte: el cielo es sin nubes, sin movimiento el aire, los montes sin sombra y sin verdor. Las riberas cubiertas de sal son blancas, y se ofrecen á la vista como calcinadas y conservando las huellas de voraz incendio; en ellas se ven grandes manchas de una sustancia negra y viscosa, capas de betún depositadas por las aguas que llevan en disolución el asfalto, árboles enteros, arrancados y arrastrados por el Jordán y abandonados después en la playa, aparecen cubiertos también de sal, haciendo el efecto de gigantescas osamentas cercando el lúgubre mar. En medio de aquella escena de muerte no se divisa ni un sér animado y en aquellas desiertas playas llega á temer el hombre la presencia de sus semejantes. Imposible es fijar los ojos en parte alguna, tan viva y deslumbrante es la luz; en la mayor parte del año un calor intenso, semejante á las emanaciones de un horno, agravando el malestar que se experimenta, hace aún más penosa la impresión que siente el ánimo, y pocos son los viajeros que, después de haber deseado con ardor visitar el renombrado mar, no experimenten á su aspecto un sentimiento de tristeza y pena, suspirando por la hora de abandonar aquellas playas malditas, teatro de la divina justicia sobre sociedades corrompidas.

Y sin embargo, aquel lugar, hoy de desolación y luto, era tierra hermosa y feraz en aquel tiempo en que Abraham dijo á su sobrino Lot:—«Nuestra hacienda es mucha y no podemos morar juntos en un mismo lugar. Ruégote que no haya contienda entre nosotros, ni entre mis pastores y los tuyos; toda la tierra está ante tus ojos; apártate de mí. Si fueres á la izquierda, yo tomaré la derecha, si tú escogieres la derecha, yo me iré á la izquierda.» —Extendió Lot la vista por la vega del Jordán, delicioso y rico paraíso, y escogió por morada la opulenta Sodoma, que con las ciudades de Gomorra, Adama, Seboim y Bala, llamada después Segor, formaban la Pentápolis culpable y ostentaban su cultura y lujo en el jardín de Jehová, así le llama el Génesis, en el valle de Siddim ó de las Selvas, tan frondoso era; hoy es el mar Muerto.

Por sus nefandos delitos incurrieron en la celeste cólera; por divino aviso salió Lot de Sodoma con su mujer y dos hijas, para refugiarse en Segor, que así se libró de la destrucción, y luego en una cueva del monte por donde hemos venido: «Y el Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego y destruyó estas ciudades y todo el territorio del contorno, todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra.»

Así habla el libro sagrado, y también los autores paganos tuvieron conocimiento de suceso tan extraordinario. Strabon, que no distaba de la época del incendio de Sodoma más tiempo del que dista él de nosotros, refiere la destrucción de la Pentápolis, y Tácito hace igualmente mención de aquellos fértiles campos y de las opulentas ciudades consu-

midas por el fuego del cielo, de las que quedaban todavía vestigios. Según el autor griego las poblaciones sumergidas en el lago Asfaltites fueron en número de trece; Esteban de Bizancio lo rebaja á ocho; el Génesis coloca *in valle sylvestri* á las cinco ciudades antes nombradas, pero se limita á indicar las dos primeras, Sodoma y Gomorra, como destruídas por la justicia de Dios; cuatro cita el Deuteronomio y son: Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim, y finalmente el libro de la Sabiduría habla de cinco sin designación especial: *Descendente igne in Pentapolim.*

Mucho se ha ideado y escrito sobre la formación del mar Muerto; hubo un tiempo en que se tuvo por seguro ser aquel mar el antiguo cráter de un volcán. «La castástrofe de la ciudad, dice M. Munk refiriéndose á Sodoma, fué producida sin duda alguna por la erupción de un volcán.» Igual explicación había dado Volney, y uno y otro la tomaron de Strabon. Contradiciendo esta hipótesis, dice Chateaubriand:

«He visto el Vesubio, la Solfatara, el Monte-Nuovo en el lago fusino, el Pico de los Azores, el Mamelife de Cartago, los apagados volcanes de Auvernia, y en todos he observado iguales caracteres, esto es, montañas excavadas en forma de embudo, lavas y cenizas en las que es evidente la acción del fuego. El mar Muerto, por el contrario, es un lago bastante largo y arqueado, encajonado entre dos sierras que no tienen entre sí coherencia alguna de configuración, ninguna homogeneidad en el suelo. Además, en vez de reunirse en los dos extremos del lago continúan, por un lado, limitando el valle del Jordán por septentrión hasta el lago de Tiberíades, y por el otro se pierden en los arenales del Yemen. Cierto es que en la cordillera de Arabia se encuentran betún, fuentes calientes y piedras fosfóricas; pero no sucede lo propio en la opuesta, y es notorio que la presencia de aguas termales, de azufre y de asfalto no basta para deducir la anterior existencia de un volcán.»

Otro viajero, M. de Schubert, ha dicho: «Es el terreno inmediato al mar Muerto en parte calcáreo arcilloso y en parte compuesto de piedra aljez penetrada de azufre y betún; vense esparcidos por el suelo hasta considerable altura y á gran distancia del mar ó adheridos á aquél compactos fragmentos más ó menos voluminosos de betún, de modo que el alimento no habría de faltar á un incendio que se comunicase de lo alto, reproduciéndose en los mismos parajes en que ocurrió el pasado. Aunque numerosas cavidades circulares por el negro color de sus paredes, efecto del asfalto, recuerdan á primera vista los cráteres de los volcanes, un examen más detenido no tarda en hacer ver que tales hundimientos carecen de comunicación unos con otros, y que, por lo tanto, es imposible ver en ellos volcanes de realidad. Más que de cráteres ofrecen el aspecto de un foco de incendio terrestre que hubiese consumido toda la masa de un criadero de azufre y asfalto.»

M. de Russegger emite igual dictamen; en lugar alguno de los alrededores del mar Muerto ha encontrado rocas volcánicas, y á consecuencia de estos y otros trabajos la teoría vocánica, tan acreditada antes, ha acabado por ser del todo abandonada.

Otras vinieron en pos; díjose que la concha del mar Muerto es resultado de un

hundimiento de la costra terrestre, ó también que había de verse en ella una parte de esta misma costra no levantada todavía sobre el nivel de los mares; pero la opinión más generalmente profesada, no siendo conocida aún la depresión enorme del valle del Jordán y del mar Muerto respecto del Mediterráneo, era la siguiente:

El territorio de la antigua Pentápolis ocupaba precisamente el espacio invadido después por el mar Muerto. Antes de la destrucción de las ciudades culpadas existía una capa de betún entre agua debajo de la tierra vegetal que formaban los feraces campos en que aquéllas florecían. Regando el afortunado llano, dividíase el Jordán en infinitos canales, y sus aguas se perdían más lejos en los arenales ó pagaban tributo á un gran lago salado que quizás existía más allá de la llanura. Al inflamar el fuego del cielo el betún encerrado en las entrañas de la tierra, la combustión, produciendo un inmenso vacío, fué causa del hundimiento del terreno superior y devoró á una á hombres, ciudades y campiñas. El Jordán que á su paso encontró abierto un abismo, se precipitó en él y al fin lo llenó del todo con sus aguas.

Descubierto al mundo sabio en el año 1812 por Burckhardt el gran valle de Arabah que desde el sur del mar Muerto se extiende en dirección al mar Rojo, corriendo de las vertientes meridionales del gran Hermón, al norte, al golfo de Akabah, en una extensión de cuatrocientos y cincuenta kilómetros, desde una altura de quinientos sesenta y tres metros sobre el Mediterráneo hasta descender á trescientos noventa y dos debajo del mismo mar, nació de la importante noticia la hipótesis que llevamos ya mentada y que es en apariencia muy plausible, según la cual fué aquel valle el antiguo lecho por el cual llevaba antes el Jordán sus aguas al golfo Elanítico ó de Akabah, la repentina interrupción de su curso al ocurrir la catástrofe que destruyó la Pentápolis, hé aquí la causa de la formación del mar Muerto.

Sin embargo, autores hubo que emitieron dudas acerca de ese curso atribuído al río, y el problema ha tomado en el día nuevo aspecto desde que, hace unos cuarenta años, háse venido en conocimiento de la depresión arriba dicha, depresión que llega á trescientos noventa y dos metros y que algunos viajeros hacen subir á cuatrocientos veintisiete. Otro dato contrario á la hipótesis explicada es el hecho acreditado de existir independencia absoluta entre las dos regiones hidrográficas del mar Muerto y del mar Rojo, separadas por una línea divisoria que está sobre el nivel mediterráneo á doscientos y cuarenta metros, de manera que todas las aguas del valle de Arabah y de sus afluentes al norte de aquella línea se dirigen al mar Muerto, y por el contrario, al golfo de Akabah cuantas nacen al sur de la misma. En presencia, pues, de la gran depresión del mar Muerto por un lado, y por otro de la línea que corta en dos distintas vertientes el Ued-Arabah, ¿cómo dar asentimiento al antiguo desagüe del Jordán en el golfo Elanítico, por lo menos en la época histórica?

Para conservar en pie esta aplicación se recurre á la hipótesis de hundimientos gigantescos que muchos autores niegan, y dicen, entre ellos el geólogo M. Lartet, que el mar Muerto es no sólo anterior á la época de la destrucción de la Pentápolis, sino que

existía ya en remotísima época, muchos siglos antes de la aparición del hombre en la tierra, con mayor extensión que hoy día, como lo atestiguan los antiguos sedimentos del mar alrededor de sus playas y aun á gran distancia, á septentrión y mediodía de sus límites actuales.

Este es en el día el estado del científico problema, resultando que se sabe poco y como concluyente y definitiva explicación, nada, á no ser la que da la Biblia. En esto, como en todo, el progreso de las ciencias, que á cada instante va descubriendo los errores inevitables en los sistemas ideados por la limitada inteligencia humana, servirá para poner más y más en relieve la exactitud del inspirado relato. « El trastorno inmenso de esta región, dice M. de Humboldt, es un fenómeno como no le hay análogo en nuestro planeta.» Y la expedición norte-americana, que luego habremos de mencionar, no puede, después de transcurridos tres mil y quinientos años, sino llegar en su científico dictamen á la siguiente conclusión :

« La comisión, dícese, vino á este mar maravilloso en toda la acepción de la palabra con opiniones muy distintas de las que ahora sustenta ; uno de sus miembros era escéptico, á otro no le inspiraban absoluta fe las palabras de Moisés. Veintidós días hemos empleado en continuadas y precisas exploraciones, observando las grandes mutaciones que de repente experimenta, como si nos halláramos junto á inmensa caldera, hirviente muchas veces, y al fin por unanimidad hemos de declarar que quedamos convencidos de la verdad de los relatos bíblicos sobre la destrucción de esta llanura.»

Como consecuencia de algunas de las anteriores hipótesis ha venido el caso de que los sabios se hayan preguntado y sujetado á discusión el punto de saber dónde estaría situado el valle de Siddim, indicado en el Génesis como el lugar en el que pelearon los cinco soberanos de la Pentápolis contra los cuatro reyes que invadieron su territorio, y donde, después de ser derrotados, los reyes de Sodoma y Gomorra cayeron huyendo en los pozos de betún abiertos en gran número en el valle.

Según la Biblia, el valle Silvestre ó de Siddim hubo de hallarse en las inmediaciones de las cinco ciudades, en cuanto para defenderle se reunieron sus reyes en él, « en lo que al presente es el mar Salado. » Pero, dice la ciencia, si comprendía el valle toda la actual extensión del mar Muerto y éste, por lo tanto, no existía antes de la catástrofe, ¿ adónde iban á parar las aguas del Jordán y las de los varios afluyentes que allí las vierten ? El Jordán solo, según cálculo aproximado, lleva diariamente al mar Muerto, en ciertas épocas del año, seis millones seiscientas y cincuenta mil toneladas de agua ; en una cantidad igual puede fijarse el volumen líquido que le dan los varios *uadys* que le son tributarios al oeste, al este y al mediodía, de lo que resulta que trece millones de toneladas de agua entran cada día, en determinadas estaciones, en aquel gran receptáculo. Cuando esto sucede rebasa los límites que por lo común lo encierran ; pero reina en el fondo de aquel abismo calor tan intenso y es tan poderosa la evaporación que se ejerce en la superficie del lago que aun entonces le quita casi tanto como recibe, y no tarda en restablecerse el equilibrio entre lo ganado y lo perdido.

Así, pues, la hipótesis de los subterráneos canales de desagüe al mar Rojo ó al Mediterráneo, ideada por algunos autores, además de imposible, dada la depresión del lago, ha venido á ser inútil; pero la dificultad consiste en averiguar, dado caso que no existiera la gran concha del mar Muerto para ofrecer á los rayos solares sometiéndolo á la evaporación tan considerable superficie líquida, ¿adónde iban á perderse, repetimos, las aguas del Jordán, del Arnon y de los siete torrentes ó *uadys* que afluyen al lago?

A mi modo de ver, dice sobre esto M. Guerin, dos soluciones pueden darse al problema, teniendo siempre en cuenta la actual configuración del país, los datos de la geología y el relato de la Biblia: el valle de Siddim comprendía todo el ámbito del actual mar Muerto, ó bien ocupaba únicamente la parte meridional del mismo, aquella que, á contar desde la península de Lisan, no pasa de ser un estanque. En efecto, al paso que al norte de dicha península, acusa la sonda una profundidad que llega en algún punto á seiscientos y setecientos metros, no pasa la mayor de seis en la parte del sur, y esto prueba que en el vasto lago se encuentran dos zonas muy distintas. En la primera hipótesis el mar Muerto se hallaría reducido en tiempo de Abraham al estado de lago subterráneo; el Jordán y los demás afluentes que fecundaban la capa de tierra vegetal dándole extremada feracidad, podían perderse en aquél por filtraciones subterráneas y por la irrigación, sin contar, en aquella zona realmente tórrida, la evaporación. Y en la segunda el Jordán, como en nuestros días, podía desaguar en el mar Muerto al sur del llano de Jericó.

En resumen, concluye M. Guerin, sea cual fuera la hipótesis preferida, una y otra concilían á mi ver los datos de la Biblia y los de la geología. La Pentápolis, regada antes por el Jordán, según afirman los sagrados Libros, se hundió efectivamente después á consecuencia del incendio de las ciudades malditas para formar ó bien la concha completa del mar Muerto, ó bien la laguna meridional únicamente, y así es como la Biblia con toda exactitud pudo decir, el valle de Siddim, que es al presente el mar Salado.

Por lo que toca á la situación de las cinco ciudades de la Pentápolis nada indica que ocupasen el centro del valle, ni tampoco resulta de los textos bíblicos que qnedasen sumergidas en las aguas del lago; la opinión generalmente profesada es que se alzaban en lo que forman hoy sus orillas, al pié de las montañas, así para aprovechar mejor los manantiales que en ellas brotaban, como para tener posición más fuerte y ambiente más sano. La de más importancia, esto es, Sodoma, en hebreo Sedom, ha conservado su nombre en el del monte llamado Djebel es-Sadum y también Djebel el-Melah (montaña de sal), que se levanta en el extremo sudoeste del lago. A sus piés, á lo que muchos creen, estaría situada Sodoma, y como á una hora de aquel punto hacia el noroeste, en el lugar conocido hoy con el nombre de Zuera et-Thatah, Segor ó Zoar, ya que Lot, habiendo salido de Sodoma á la hora del alba, pudo llegar allí á la salida del sol. Autores hay que colocan á la última ciudad en las ruinas llamadas Kharbet es-Safieh, existentes en las riberas del *uady* de igual nombre en los confines meridionales del mar Muerto, á

trece kilómetros del Djebel es-Sadum. Por lo que toca á la posición que tuvieron Gomorra, Adama y Seboim poco ó nada se sabe.

Indicada queda la opinión que la ciencia cristiana profesa acerca de la gran catástrofe. Sodoma, según la historia, según la tradición, según los datos que aun están á la vista, hubo de hallarse edificada sobre criaderos de betún; el rayo prendió en ellos fuego, y las ciudades se abismaron en el subterráneo incendio. De Malte-Brun es la conjetura de que los edificios de Sodoma y Gomorra estuviesen construídos con piedra bituminosa y dieran así gran pábulo á las llamas.

En cuanto á las ruinas de las ciudades que se suponen tragadas por las aguas, por demás está decir que, aun cuando existiesen todavía, imposible habría de ser verlas á una profundidad de más de mil piés, hundidas en un abismo de dos mil seiscientos cuarenta y nueve piés debajo del nivel mediterráneo; pero ya fuese, según hemos indicado, que todas ó alguna de ellas ocupasen la orilla del mar ó que se procediese á su reconstrucción después de la catástrofe, parece ser que por mucho tiempo existieron ruinas en aquellas riberas. Strabon habla de las ruinas de Sodoma y hasta expresa su circuito; Josefo dijo igualmente que «pueden verse todavía vestigios de las abominables ciudades;» pero ello es cierto que en el día nadie los conoce.

El lago famoso que ocupa el lugar de las ciudades malditas es llamado mar Muerto, mar Salado, y también mar del Desierto, en hebreo *Iam-ha-Arabah*, en la Sagrada Escritura; Asfaltites por griegos y latinos á causa del asfalto que contiene; mar Maldito ó mar del Diablo en la Edad Media; Almotanah y Bahr-el-Luth (Lago de Lot) por los árabes, Uba-Degnisi por los turcos, y además mar Oriental respecto al Mediterráneo. En la antigüedad fué mucho más conocido que en los siglos posteriores, y de ello son testimonio Aristóteles, Strabon, Diodoro de Sicilia, Plinio, Tácito, Josefo y otros autores. Los antiguos mapas trazaron sus riberas mejor y con más exactitud que los relativamente modernos, y Daniel, abad de San Sabas, era el único viajero que lo había rodeado hasta que en el año de 1835, el irlandés Costigan, después de descender por el Jordán en una lancha, fué en nuestra época el primero en arrostrar, en compañía de un sólo marinero, la navegación del timido mar que hacía siglos no había surcado nave alguna. En él se mantuvo por espacio de cinco días, echó varias veces la plomada al agua, hasta que, extenuado por el calor y el cansancio y falto de víveres, ganó con trabajo la ribera septentrional. Llevado moribundo á Jerusalén, falleció á poco y su cuerpo reposa en el cementerio latino de la ciudad santa.

En 1837 los ingleses Moore y Beek intentaron una nueva exploración del mar Muerto, y de 29 de marzo á 17 de abril lo atravesaron en distintas direcciones; pero abandonados por las guías y la gente de la escolta, hubieron de interrumpir sus operaciones científicas sin haberlas concluído.

Por disposición del almirantazgo inglés, el teniente Symonds emprendió en 1841 una tercera exploración; este viajero estableció el nivel del mar Muerto á cuatrocientos metros bajo el Mediterráneo.

Verificóse en 1847 la cuarta expedición por el teniente Molyneux, y finalmente las dos últimas en 1848, la una por el teniente Lynch y en 1864 la otra bajo la superior dirección del duque de Luynes. Esta fijó en trescientos noventa y dos metros la depresión del mar Muerto respecto del Mediterráneo, y no le da más profundidad que cuatrocientos metros.

Muchos viajeros han hablado de las exhalaciones mefíticas que del mar Muerto se desprenden y lo hacen insalubre; otros, en cambio, lo niegan; los efluvios malignos que es fama nacen de su seno, dijo Chateaubriand, se reducen á un pronunciado olor de sal marina, á vapores que preceden ó siguen á la inmersión del asfalto, y á nieblas mal sanas á la verdad como lo son todas. Esto no obstante, sino miasmas pestilenciales, queda en el día acreditado que en aquellas riberas reinan perniciosos aires para quien reside en ellas algunas semanas. Dicho queda el triste fin del irlandés Costigan; el inglés Molyneux fué víctima igualmente de las calenturas contraídas en aquellas aguas, y el americano Lynch refiere así los efectos de aquella horrible *malaria:*

«Doce días llevamos de navegar por el mar Muerto, y sin más excepción que una, gozábamos todos de buena salud; de pronto, empero, se presentaron síntomas que me inspiraron viva inquietud. Todos nosotros habíamos tomado el aspecto de personas hidrópicas; los flacos aparecían gruesos, y los gruesos corpulentos; aquellos que antes solían tener descolorido el semblante, mostrábanlo ahora sonrosado, y de un vivo color rojo los que así de ordinario lo tenían. Además, la más insignificante rozadura pasaba al estado de supuración, y el cuerpo de algunos se iba cubriendo de granos y pústulas. Quejábanse todos del dolor que experimentaban cuando les llegaba el agua acre del mar á la parte dañada, pero aún con eso teníamos todos buen apetito, y manteníame yo en mi convicción de que ningún influjo pestilencial podía existir en el ambiente que respirábamos. Escasísima como es la vegetación en la ribera, poco también había de ser la descomposición vegetal que viciase el aire; el penetrante olor que de cuando en cuando nos molestaba había de proceder seguramente de manantiales sulfurosos que no son tenidos por contrario á la salud, y aunque por tres veces encontramos en las aguas pájaros sin vida, creimos que la fatiga hubo de ser causa de su muerte, de ningún modo el aire del mar, ya que éste es por completo inodoro, si bien despide más que los otros emanaciones salinas, consideradas por lo general como salubles.

«A nuestro alrededor, continúa diciendo el mismo escritor, abríanse oscuros antros, al paso que los ásperos picos de las peñas se nos mostraban envueltos en transparente bruma, asemejándose á una atmósfera tangible que los dejase entrever involuntariamente. A mil y trescientos piés debajo de nosotros la sonda había caído sobre la hundida llanura del Siddim, cubierta ahora de lodo y de sal, y en tanto me ocupaba yo en tales pensamientos, los compañeros, cediendo á invencible pesadez, habíanse entregado en diferentes actitudes á un sueño que más que de descanso tenía las apariencias de letargo.

»Recuerdo que al mirar por primera vez aquel mar, el aspecto horrible de sus

cercanías nos hizo pensar que allí debería leerse el *Lasciate ogni speranze* del infierno dantesco; transcurridos que fueron unos días y familiarizados con el misterioso panorama, tales impresiones se debilitaron y acabaron por desvanecerse al impulso del profundo interés que poníamos en nuestras exploraciones. Pero entonces, velando yo solo en medio del lago, volvía á atormentarme aquel sentimiento de terror, y los cabellos se me erizaron, como sucedió á Job al sentir el paso de un espíritu por delante de su rostro. Parecióme que el ángel siniestro de la enfermedad se cernía sobre mis dormidos compañeros, y mi exaltada fantasía vió cierta expresión terrible en sus encendidos y abotagados semblantes. Nervioso temblor agitaba sus miembros, y de cuando en cuando, desfallecidos por el calor, se levantaban, bebían con avidez largos sorbos en el barril del agua, y volvían á caer en su postración soñolienta.»

Para restablecer la salud de su tripulación, M. Lynch llevóla á residir por algún tiempo á Kerak, á tierra de Moab, y luego antes de embarcarse en Beyruth para América, fué á respirar los aires puros del Líbano. Aquellos marinos continuaban todos enfermos; uno de los jefes, por nombre Dale, falleció á los tres meses en Rhamdun, siendo sepultado en Beyruth; los demás se restablecieron al fin y pudieron llegar á sus patrios hogares.

Como sucediera á Lynch, ha llamado la atención de muchos viajeros el hecho de ver flotar en las aguas del mar Muerto codornices, golondrinas y otras aves privadas de vida; atribúyenlo unos á la fuerza de los rayos solares y otros al mortífero soplo del *simun*. Esto, no obstante, autor hay que dice haber visto nadar en aquellas aguas manadas de patos silvestres.

¿Se crían peces en el mar Muerto? A lo que parece está probado que no á causa de la gran cantidad de materias salinas que contiene en disolución. Viajeros hay que opinan lo contrario por haber visto en las riberas peces sin vida y conchas; pero es la opinión común que serían llevados por la corriente del Jordán ó por los otros afluentes, muriendo luego y siendo arrojados á la playa. San Jerónimo observó ya este hecho hace catorce siglos y lo han confirmado Lynch y los sabios exploradores que, como M. de Saulcy, han seguido sus huellas. El doctor Anderson, compañero de Lynch, refiere que repetidas veces vió como á bandadas descendían los peces por el río y que llegados á cuatro ó cinco palmos de la desembocadura, volvían atrás: si agitando el agua se procuraba asustarlos para que penetrasen en el mar se dió el caso de que muchos saltaban fuera del río. El doctor Grassi, médico director que fué del servicio sanitario en Egipto, verificó la autopsia de los peces del Mediterráneo, muertos medio minuto después de ser puestos en agua del mar Muerto, y hallando sus órganos digestivos sin lesión aparente, deduce de ahí que la muerte había sido causada por asfixia ó que obra el veneno sobre el sistema nervioso.

El fenómeno nada tiene de sorprendente, dada la índole especial del agua del mar Muerto; al paso que la del Mediterráneo contiene aproximadamente cuatro por ciento de materias salinas, llegan en aquella casi á veinticinco, es decir á una cuarta parte de su

peso [1], atribuyéndose esto á la proximidad de montañas formadas por enormes peñas de sal, á la gran depresión de aquel mar y á la elevada temperatura del aire y del suelo. «El agua de este mar, dice el conde de Forbin, es pesada, acre y amarga, y lanza á las orillas leños petrificados y piedras porosas y calcinadas. Los árabes cuentan de ella cosas maravillosas y no la nombran sino con religioso respeto. Una capa glutinosa, salina y corrosiva cubre aquellas riberas, y en ellas crecen pequeñas matas de *zaccum* y otros arbustos de los que se extraen preciosos bálsamos.»

«Una capa de sal ocultaba la arena, refiere Chateaubriand, y ofrecía el aspecto de un campo nevado, en el que se alzaban algunos raquíticos arbustos. De pronto llegamos junto al lago, y digo de pronto porque lo creía aún á distancia, ya que ni el más pequeño rumor ni la más leve brisa me habían indicado la proximidad de las aguas. La playa, sembrada de guijarros, ardía; el mar estaba sin movimiento y como muerto. Había cerrado ya la noche á nuestra llegada, y lo primero que hice al echar pié á tierra entrar en el lago hasta la rodilla y llevar el agua á mis labios. Mucho más salobre que la del mar, causa en la boca el efecto de una fuerte disolución de alumbre; apenas se me secaron las botas se cubrieron de sal, y en menos de tres horas nos quedaron de ella impregnados los vestidos y las manos.»

El agua del mar Muerto ejerce acción corrosiva hasta en los metales; el desdichado que al bañarse, dice el presbítero Bourrassé, traga una bocanada de ella experimenta en los labios y en la boca viva quemazón, siente que la garganta se le anuda, y queda por algunas horas con la respiración fatigosa y abrasada. Al salir del baño cubre el cuerpo una sustancia aceitosa que resiste á la fricción y que sólo desaparece con un baño de agua dulce.

Los nadadores tienen que luchar en el célebre lago con grandes dificultades; resisten los piés á entrar en el agua, y reducidos al movimiento de los brazos y sin punto de apoyo suficiente, siéntense empujados á la superficie y son llevados de un lado para otro. Refiere el historiador Josefo que en la visita que Vespasiano hizo al mar Muerto mandó arrojar á él unos hombres que no sabían nadar habiéndoles atado antes las manos á la espalda, y todos, dice, volvieron á flor de agua como si invisible fuerza los hubiese empujado de abajo arriba. Los árabes, ya experimentados, nadan en aquellas aguas de costado con un pié y una mano solamente. El que con gran esfuerzo logra

[1] Análisis del agua del mar Muerto verificado en 1848:

Peso específico á 60°—1,2.

Clouro de magnesia.	145,89
— de calcio.	31,07
— de sodio.	78,55
— de potasa.	6,58
Bromito de potasa..	1,37
Sulfato de cal..	0,70
	264,16
Agua.	735,84
Total de partes sujetas al análisis. . . .	1,000

zambullirse una ó dos brazas lo más, tiene que volver á toda prisa á la superficie á causa de un violento escozor en los ojos que le impide ver objeto alguno. De aquel baño sálese casi siempre con malestar y abatimiento. «Muchos peregrinos, dice el P. Damas, se tiraron al mar antes de la comida, y era singular espectáculo verlos nadar con los piés fuera del agua á pesar de sus esfuerzos para sumergirlos. Los visajes de los involuntarios bebedores provocaban á risa. Los caballos, aunque no habían probado agua desde el día anterior, no hicieron más que olfatearla y apartaron en seguida la cabeza. Es aquella agua de singular limpidez, y sin embargo, parece al introducir en ella las manos que se bañan en aceite.»

El mar Muerto no tiene islas, y de su ribera oriental se adelanta una península que lleva el nombre de Lisan. Después de grandes conmociones subterráneas suelen aparecer en la superficie de las aguas enormes masas de asfalto, semejantes á isletas, y así sucedió en los terremotos de los años de 1834 y 1837, confirmándose aún ahora la exactitud de las palabras del Génesis que menciona los pozos de betún de la comarca. Dicen los árabes que se recoge también asfalto en varios puntos de la ribera oriental. Josefo habla igualmente del betún del mar Muerto, y dice que era empleado en la medicina y también para el embalsamamiento de los cuerpos. Demetrio, hijo de Antígono rey de Macedonia, al pasar con su ejército por las riberas del lago Asfaltites notó la gran cantidad de betún que allí existía é informó de ello á su padre, quien envió gente para recogerlo; pero apenas hubieron empezado la tarea, los árabes en número de seis mil cayeron sobre los trabajadores y los dispersaron dando muerte á muchos. —En el día se fabrican con el asfalto vasijas que los viajeros suelen llevarse como recuerdo de la expedición. Un peregrino italiano del siglo XVI, D. Aquilante Rocchetta, dice que en su tiempo se hacía con el betún una liga empleada para untar los renuevos de las cepas, con lo cual se las libraba de la plaga de la langosta, muy frecuente en aquellos países.

Este es el famoso mar, testimonio de las humanas corrupciones y de las celestes iras; para dar la vuelta á sus riberas, de unos doscientos kilómetros de extensión, habrían de emplearse unos quince días, y es viaje que ni aun ahora puede verificarse sin peligro por la hostilidad de los beduinos, entre las torrenteras y hondonadas que surcan las inmediatas alturas y que tienen todas un nombre en la lengua de los árabes, sin que ninguno sea conocido fuera de aquel rincón de tierra, álzanse peñascosas moles que el calor y el aire del mar, al descomponer sus partes menos sólidas, van convirtiendo en caprichosas agujas. Entre ella vense grandes colinas de sal gema cristalizada, y durante largos siglos se mostró una, y de ella han hablado muchos autores, tenida por la estatua de la mujer de Lot, triste memoria, según expresión del sagrado Libro, de un alma increyente.

No lejos de allí, á corta distancia del sitio en que se supone haberse alzado Sodoma, y en la cima de un collado de unos trescientos metros de altura, existen los restos de la antigua Masada, una de las ciudades más fuertes del país y el último baluarte de la independencia nacional. Su recinto fué teatro de trágico suceso, cuyo relato hiela

todavía el alma de terror; sus pormenores nos han sido conservados por el historiador Josefo. Novecientas y setenta personas estaban encerradas en la fortaleza de Masada y en sus muros se estrellaba todo el ardimiento de las legiones romanas. Eleazar mandaba en la plaza, y en el pecho de cada uno de sus guerreros latía el corazón de un héroe. Los romanos rodean la sitiada ciudad con alto muro, para que nadie escape al furor que los enciende, y ponen en movimiento las máquinas de guerra para batir la ciudadela. A fin de amortiguar los redoblados golpes del ariete, levantan los sitiados fuerte empalizada, á la que los sitiadores ponen fuego. En un principio, impetuoso viento del norte lleva las llamas á su campo y les obliga á retirarse; pero mudado á poco el viento, vese envuelta la fortaleza en torbellinos de fuego. Aterrorizados los judíos claman al cielo que así parecía combatir contra ellos; Eleazar, sin pensar ni un instante en la fuga, reune á sus soldados, y con el entusiasmo de la desesperación, los exhorta á darse muerte y á matar á sus hijos y mujeres, «para que vean nuestros enemigos, dijo, que hemos preferido morir á ser esclavos.» Vacilaban algunos en aceptar tal partido, y el caudillo, más y más exaltado, hablóles de la inmortalidad del alma con palabras tan elocuentes, con miradas y gestos tan persuasivos, que sus compañeros le interrumpen decididos á llevar á cabo la terrible resolución. Vióseles entonces abrazar á sus mujeres é hijos con convulsiva ternura y hundirles luego la espada en el seno; la suerte designó á diez para dar cima á la espantosa matanza, y el último de ellos, después de prender fuego á los objetos preciosos acumulados en la fortaleza, se dejó caer sobre la punta del acero. Al día siguiente, cuando el general romano Flavio Silva penetró en aquella nueva Numancia, quedó sobrecogido de pavor á la vista de los cadáveres anegados en sangre; dos mujeres y cinco niños, ocultos en subterráneo acueducto, quedaron con vida y refirieron las circunstancias del lúgubre drama.

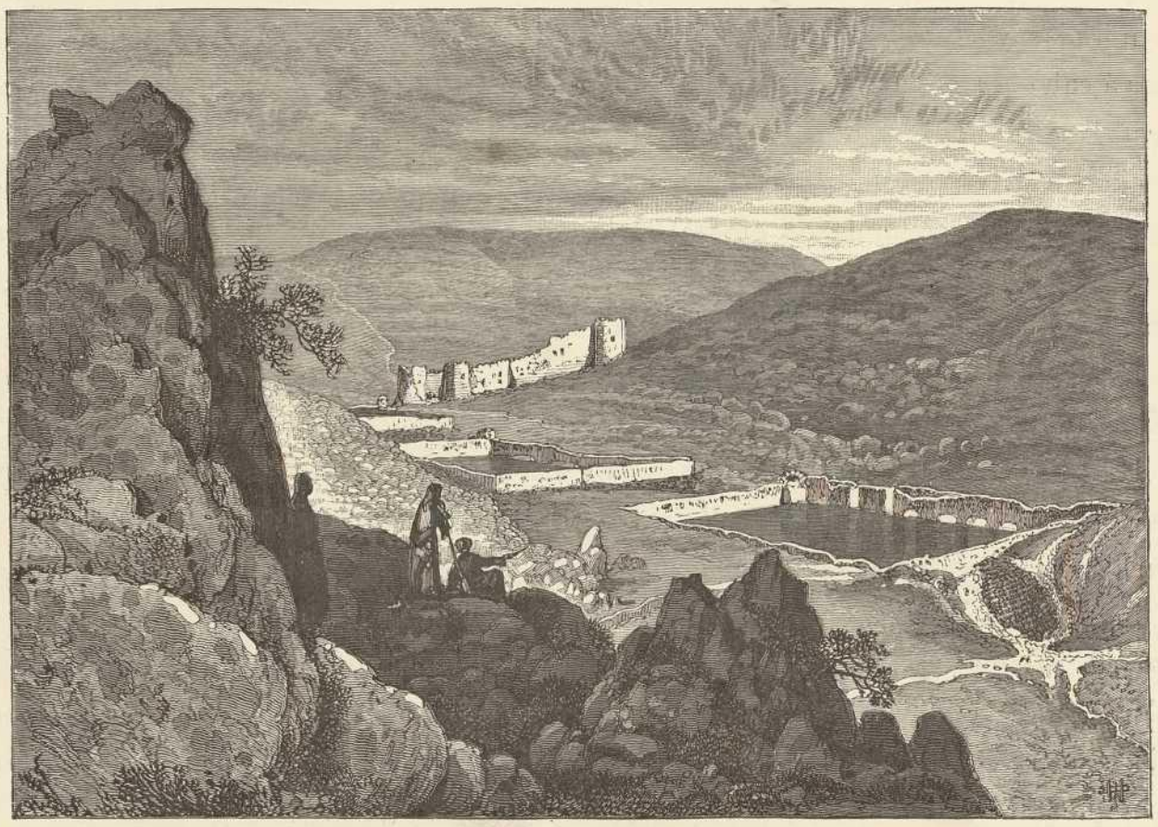
Las ruinas de Masada inspiran respeto y son todavía imponentes; quedan aún vestigios de una de las puertas, y en los robustos paredones y en los restos de mosaico y de cisternas puede reconocerse el palacio de Herodes.

Pero hora es ya de que apartemos á nuestros lectores del triste mar y de las desoladas riberas que aun conservan la huella de los divinos castigos, y de que siguiendo la exploración de la Judea emprendamos con ellos más grato y alegre viaje: á Belén, donde nació la estrella que iluminó al mundo; al Jordán, río bendito entre todos desde aquel día en que el Mesías recibió el bautismo en sus sagradas aguas.

II

Estanques de Salomón.—La fuente sellada.—El Jardín cerrado.—Etham. - Bethsur.— Beit-Ejibrin (Eleutherópolis).—Bethzachara.— Beit-Fagur.— Thecua.— Cueva de Odollam.—Montaña de los Francos.— Herodia.— BELÉN.— Basílica de Santa María.— Gruta de la Natividad.— El pesebre.— Altar de los Reyes Magos.— Altar de San José.— Capilla de los santos Inocentes.— Gruta de San Jerónimo.— Conventos.— Historia de la basílica.— Hechos históricos y tradicionales.— Los cruzados en Belén.— Gruta de la leche.— Los Pastores.—Campo de Booz.— Sepulcro de Raquel.— Monasterio de San Elías.— Pozos de David.

De regreso á Hebrón, tenemos el camino que conduce á Belén, y á corta distancia detengámonos un momento á contemplar las gigantescas obras que guardan el nombre del gran Salomón. Tres inmensos estanques, parte abiertos en la peña y parte formados con gruesos muros, ocupan el fondo de un angosto valle y están de tal modo dispuestos,



ESTANQUES DE SALOMÓN

siguiendo el declive del terreno, que las aguas pasan, como por otros tantos filtros, del superior al segundo y de éste al tercero. A semejanza de las más famosas obras de la antigüedad, atestiguan aquellos estanques el genio y poderío del ilustre monarca, y se necesita, para comprender la utilidad de aquellos vastos depósitos, haber recorrido las regiones de Oriente donde tan rara es el agua y donde la sequia lo devora todo. Su alimento principal eran las aguas pluviales, y para ello se abrieron profundos canalizos

en las inmediatas vertientes. El primer estanque, esto es, el superior ó más occidental, mide ciento treinta y cuatro metros de largo, el segundo ciento ochenta y ocho y el tercero doscientos y seis, por una anchura media de ochenta y cuatro y una profundidad que varía de diez á quince, habiéndose calculado que podían contener en total cuarenta y dos millones doscientos y treinta mil litros de agua. Del tercer estanque salen las aguas por un acueducto, en gran parte arruinado, que con prolongados rodeos y salvando montes y valles, llegaba y llega todavía al monte Moriah, á Jerusalén. En diferentes épocas ha sido restaurado, pero la incuria y la barbarie son más eficaces en destruir que la civilización en edificar, y en el día se halla roto é inservible. A estos depósitos, es decir, á tres leguas del campamento, había de ir en busca de agua el ejército de los Cruzados cuando tenía cercada á Jerusalén.

Escalones cortados en la roca permiten bajar al fondo, y robustos estribos sostienen en varias partes los muros contra el empuje de las tierras. La obra, si bien se sabe por la historia que ha tenido diversas reparaciones, acusa en su estructura general un trabajo evidentemente judaico y muy anterior á la época romana; por esto la tradición, que la atribuye al poderoso y sabio rey cuyo nombre lleva, se tiene por muy fundada y es generalmente admitida, tanto más en cuanto el mismo Salomón ha escrito:

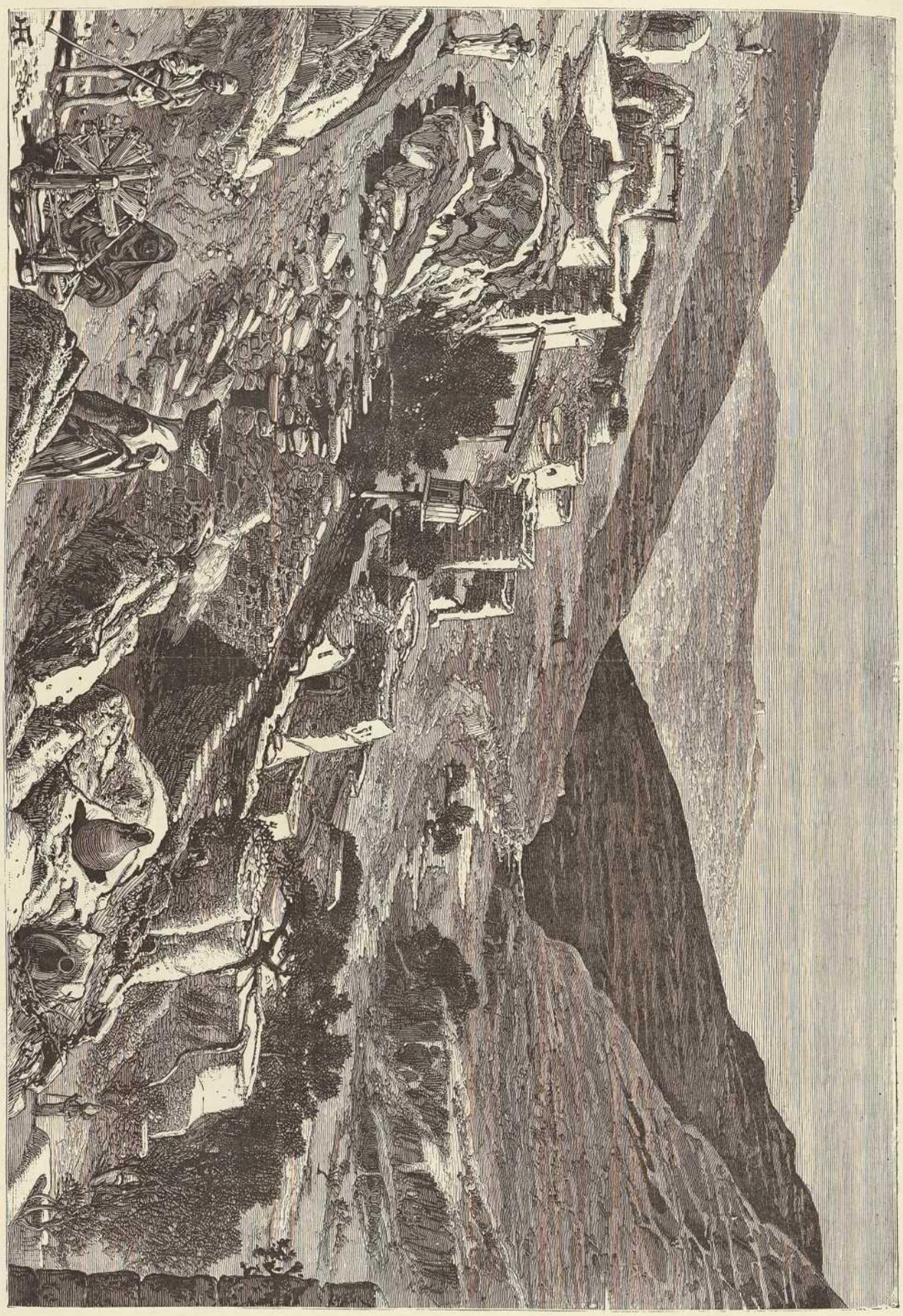
«Dado á todas las magnificencias, levanté para mí palacios, planté jardines y verjeles en que brotaban toda clase de árboles y flores, y para su riego fabriqué albercas del agua.»

Como á doscientos pasos al norte del estanque superior encuéntrase la Fuente sellada, *fons signatus,* en el fondo de una cueva; forman su angosta entrada enormes peñas y después de bajar unos doce escalones llégase á dos estancias abovedadas, cuyas arcadas ostentan también todos los caracteres de remota antigüedad. De tres fuentes distintas brota el agua cristalina, procedente de un manantial que nace algunos centenares de pasos más arriba; parte de aquel caudal enriquecía el segundo estanque después de ser conducido lateralmente por junto el primero, y otra parte era llevada á Jerusalén por una cañería de unas diez pulgadas de diámetro, de la que existen aún vestigios al lado del acueducto antes dicho. A esta fuente abundante y límpida llaman los árabes Ras-el-Ain (fuente principal) ó Ain-Saleh (fuente benéfica), y á ella es tradición que aludía Salomón en el *Cantar de los Cantares* al decir: «Jardín cerrado, fuente sellada eres, esposa mía!»

Junto á los estanques álzase una fortaleza llamada Kalet-el-Burak (castillo de los Depósitos); de construcción sarracena, forma un cuadrilátero flanqueado por una torre en cada ángulo, y en su estado actual no data de más allá del siglo XVI. Es posible, sin embargo, que sustituyera á otro arruinado, pues es de tradición que allí los Cruzados tuvieron un castillo y que Salomón en su recinto había construído antes un palacio.

Durante media hora, siguiendo la dirección de los acueductos, ofrécese al viajero áspero y árido camino por entre peñas calcinadas, cuando de pronto, llegado á lo alto de la sierra, experimenta agradable sorpresa al descubrir risueño valle esmaltado de flores que reciben sombra de numerosos y copudos árboles. Es el Ued-Urthas, cerrado mate-

rialmente por las montañas que lo circundan, y en él, merced á las aguas de la Ain-Urthas,



VALLE DE URTHAS, ANTIGUOS JARDINES DE SALOMÓN

fuente que por el valle serpentea y que no se seca jamás, ni en las epocas de mayor sequía, crece espléndida vegetación. Vense allí naranjos, limoneros, granados y almen-

dros, junto con higueras y perales; cultívanse además varias especies de legumbres, algunas importadas de Europa hace unos treinta años, y, cosa rarísima en Judea, en verde césped pueden reposar los ojos deslumbrados por el constante reflejo de las peñas. La tradición considera aquel lugar como el jardín cerrado *(hortus conclusus)* del *Cantar de los cantares,* y si su amenidad y belleza son tan notables aun hoy, júzguese lo que debió de ser cuando era objeto de los predilectos cuidados del gran rey que no pudo hallar la dicha en deleite alguno terreno, por más que la buscó con regio anhelo en todo lo creado.

Sabemos por Josefo que en el rey, que, después de ver cuanto se hace debajo del sol conoció ser todo vanidad y aflicción de espíritu, era costumbre dejar Jerusalén al rayar el alba, y montado en carro, cubierto con su manto blanco, símbolo de la realeza, y seguido de su guardia de arqueros, dirigirse á Etham, que dista dos *schenes* (diez kilómetros) de la capital. «En aquel sitio de recreo, dice el historiador, gozando de la fragante sombra de sus maravillosos jardines y de la frescura de las corrientes aguas, gustaba Salomón de pasar las primeras horas de la mañana.»

Bestan Suleiman (jardines de Salomón) lo llaman todavía los árabes.

La aldea de Urthas, que apenas cuenta trescientos moradores, álzase en una de las laderas occidentales. Conservando aún visibles restos del castigo que por haber ayudado la causa de la rebelión le impuso Ibrahim-bajá en 1834, la mayor parte de sus casas se ven arruinadas y muchas de ellas parecen haber sido construídas con materiales de remotas épocas. Supónese que ocupa el lugar de la antigua Etham, aunque varios autores creen que ésta estuvo edificada á poca distancia de aquel punto, hacia el sudoeste, junto á la fuente Athan, cuyo nombre guarda cierta reminiscencia del de Etham; el altillo donde brota está sembrado de ruinas y parece haber sido la acrópolis de la ciudad, fortificada que fué por Roboam.

En las cuevas de Etham se ocultaba Sansón después de haber vencido y humillado á los filisteos; sus enemigos, que no podían perdonarle el daño que les causara, hallaron parciales, esto es traidores, entre el pueblo israelita. Temerosos de su fuerza y de su venganza, tres mil hombres de la tribu de Judá, infieles al honor y á la patria, se reunieron para sorprender y entregar el que fuera suscitado por Dios como libertador de su pueblo. Sujeto y maniatado con recias cuerdas fué Sansón conducido hacia los filisteos; pero animado á la vista de sus contrarios de sobrenatural vigor, estremécese el héroe y rompe sus ataduras. Despiden rayos sus ojos; arde en las venas su sangre; pero ¿cómo sin armas luchar con enemigos numerosos y dispuestos para la pelea? Sansón recoge del suelo una quijada de asno, y blandiendo aquella arma de tan desusada especie, más terrible que un león, dió muerte á mil filisteos. En las inmediaciones del campo donde se dice haber ocurrido la matanza brota la fuente de *Lechi* ó de la Quijada, en cuyas aguas apagó su sed el vencedor.

El camino va haciéndose cada vez más fragoso; peñas, riscos, soledad completa, penosas subidas y peligrosas bajadas, es lo que aguarda al viajero antes de llegar á

Belén. A la derecha, desviándose algo, alcánzase á ver en una altura importantes ruinas, entre ellas la de un edificio que parece haber sido una iglesia de tres naves. Abrense en la roca gran número de sepulturas, y más lejos subsiste el último paredón de una fortaleza ó de una torre, que es lo único que queda en pié entre los escombros amontonados á su alrededor.

Pertenecen aquellas ruinas á diferentes épocas; las más antiguas y mejor conservadas son los sepulcros; sígueles en antigüedad la fortaleza ó torre que dominó el camino, y viene luego la iglesia, más moderna que la torre; por lo reducido de su ámbito puede colegirse que en la época de su construcción no había de ser muy considerable la población. Son tales ruinas, en sentir de varios autores, lo que queda de la ciudad de Bethsur (Casa del fuerte), fortificada que fué por Roboam, quien conoció la importancia estratégica de su situación. Sus moradores contribuyeron á reedificar los muros de Jerusalén. Lysias, gobernador del reino por Antíoco el Joven puso sitio á Bethsur al frente de un ejército de sesenta y cinco mil hombres, y contra él alcanzó Judas Macabeo, capitaneando únicamente diez mil combatientes, una de sus más portentosas victorias. Muerto Antíoco, su hijo, apellidado Eupator, envió el siguiente año contra la plaza, al mando también de Lysias, una nueva hueste de cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes, y Judas, menos afortunado esta vez, hubo de alejarse ante fuerzas tan considerables. La guarnición, agotados los víveres, se rindió por capitulación. El gobernador sirio Bacchides aumentó aún más las fortificaciones de Bethsur, pero esto no impidió que la recobrase, después de largo asedio, Simón Macabeo.

Supónese por muchos que esta ciudad es la misma que Bethar, que fué el último baluarte de los judíos imperando Adriano. Allí, corriendo el año 136 de nuestra era, los restos del pueblo de Israel intentaron la famosa resistencia que había de concluir en horrible catástrofe. De todos los puntos de Oriente y de Egipto habían acudido los dispersos judíos; un aventurero, por nombre Bao-Cocheba, se puso á su cabeza presentándose como el Mesías prometido, y el pueblo que antepusiera Barrabás á Jesús, lo creyó. Julio Severo, por orden de Adriano, acudió á Judea desde las playas de Bretaña, y la insurrección, terrible en un principio, fué perdiendo sucesivamente sus posiciones hasta quedar reducida á la de Bethsur, donde acudieron cuantos hebreos podían empuñar las armas. Tres años duró el sitio con diarios y mortíferos combates sin cejar los judíos en su desesperada defensa, pero de la tierra que bebió la sangre del Justo una voz se alzaba implacable que decía: *¡Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos!* y la maldición se cumplía. *¡No tenemos otro rey que el César!* habían gritado los judíos, y el César reivindicaba sus derechos con la espada en la mano. Los judíos sucumbieron; la ciudad fué tomada por asalto; sus numerosos defensores perecieron y toda la población fué vendida en los mercados de esclavos.

Otro sitio importante de aquella comarca es la actual aldea de Beit-Djibrin, que ha sucedido á la antigua ciudad de Eleutherópolis.

Rodeaba y defendía á ésta un muro construído con enormes sillares; hoy no es

posible reconocer toda la extensión de su perímetro, y porque ha sido destruído en muchos puntos, ya porque lo ocultan en otros montones de escombros; subsisten, sin embargo, en la parte septentrional vestigios que permiten distinguirlo en una extensión de trescientos pasos.

Tenían al muro un metro de espesor, y lo defendía un foso; al este y oeste aquella parte del recinto concluída en dos torres ó castillos, del primero de los

Castillo de Beit-Djibrin.—Músicos Árabes

cuales queda muy poco. Ocupa su lugar un cementerio, y muchos fustes de antiguas colunas adornan los sepulcros musulmanes. Una puerta, cuyo dintel permanece

intacto asemejándose á un arco de triunfo de reducidas dimensiones, es digna de llamar la atención. La segunda fortaleza contaba mayores proporciones; muy vasta en su origen se construyó primitivamente con magníficos sillares; tiempo después, en la época de las Cruzadas, fué reconstruída por los cristianos en proporciones más reducidas, y quizás habría ya entonces experimentado modificaciones al hacerse los musulmanes dueños del territorio.

Terminadas que fueron las Cruzadas, los mahometanos la repararon otra vez, según atestigua la inscripción arábiga esculpida en la puerta principal y fechada en el año 958 de la hégira que corresponde al 1551 de la era cristiana. En la actualidad está cayéndose en ruinas y puede penetrarse en su recinto por distintas brechas; torres cuadradas defendían sus ángulos y otras dos torres lo protegían por el lado del este, donde se distinguen aún dos puertas, ambas obstruídas. Dentro de la fortaleza una galería que lleva la dirección de este á oeste tiene visos de haber sido en algún tiempo la nave lateral de una iglesia destruída; aún se conservan en pié seis colunas de mármol blanco con capiteles corintios, que datarán de la época romana ó de la bizantina. Los arcos ligeramente ojivales que sostienen acusan una época posterior.

Grandes montones de escombros, resultantes de paredes y bóvedas venidas al suelo, impiden en muchos puntos el paso; sin embargo, los almacenes subterráneos del castillo se conservan todavía en buen estado.

La población actual ocupa á lo más una tercera parte del lugar de la ciudad antigua, y en todas las casas, especialmente en la del jeque, existen restos antiguos más ó menos mutilados. En las otras dos terceras partes de la ciudad primitiva vense hoy jardines, plantaciones de tabaco, ruinas y altillos de escombros y estiercol que de siglo en siglo van progresivamente subiendo.

Las excavaciones que existen en los alrededores de Beit-Djibrin son los más notables entre las muchas que en Palestina se encuentran. Practicadas en colinas de terreno calizo, éntrase por una puerta colosal en una serie de espaciosas rotondas cuya forma es la de gigantescas campanas; del vértice reciben luz por una ó varias troneras, y su suelo es muy desigual á causa de desprendimientos ó de escombros arrojados por las lumbreras superiores. La forma de estas salas, por la elegancia de sus líneas, demuestra en sus constructores verdadero arte, y en algunos pueden leerse repetidas las siguientes inscripciones:

«¡Oh Dios! Ibn Soleiman atestigua que no hay más Dios que Dios!»

«¡Oh Dios! perdona á Yesid, hijo de Omar, hijo de Kandy.»

Una y otra inscripción que datan, á juzgar por la forma de sus caracteres, de los primeros tiempos del islamismo, ninguna luz proporcionan acerca del misterioso origen de unas excavaciones que lo precedieron de muchos siglos.

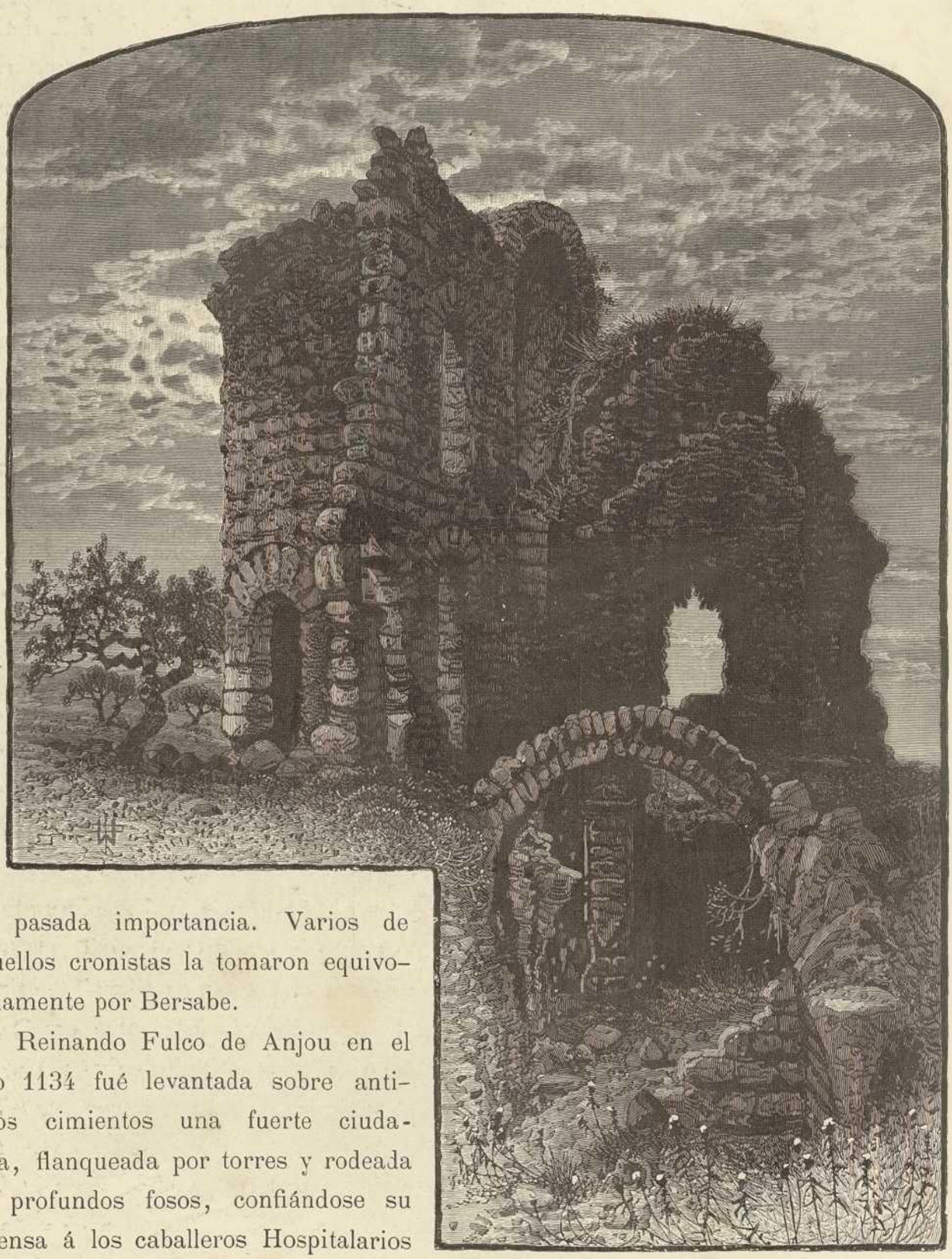
Dice san Jerónimo que en la región que se extiende de Eleutherópolis á Petra los naturales moraban en cuevas, y de esto deducen los modernos autores que aquellas excavaciones, explotadas en un principio como canteras, pudieron servir de morada,

permanente ó temporal, ó quizás de silos, á los pueblos troglodítas que vivieron primitivamente en la comarca.

Valle de Beit-Djibrin

El nombre antiguo é indígena de Eleutherópolis fué Beth-Gabra ó Beth-Gebara, que reapareció al caer la ciudad en poder de los musulmanes en el año 636 de nuestra era,

para ser mudado por los árabes en Beit-Djibrin. Antes fué Eleutherópolis cabeza de un distrito de igual nombre y sede episcopal. Al apoderarse los Cruzados del territorio hallaron la ciudad abandonada y acreditando únicamente con sus ruinas su pasada importancia. Varios de aquellos cronistas la tomaron equivocadamente por Bersabe.

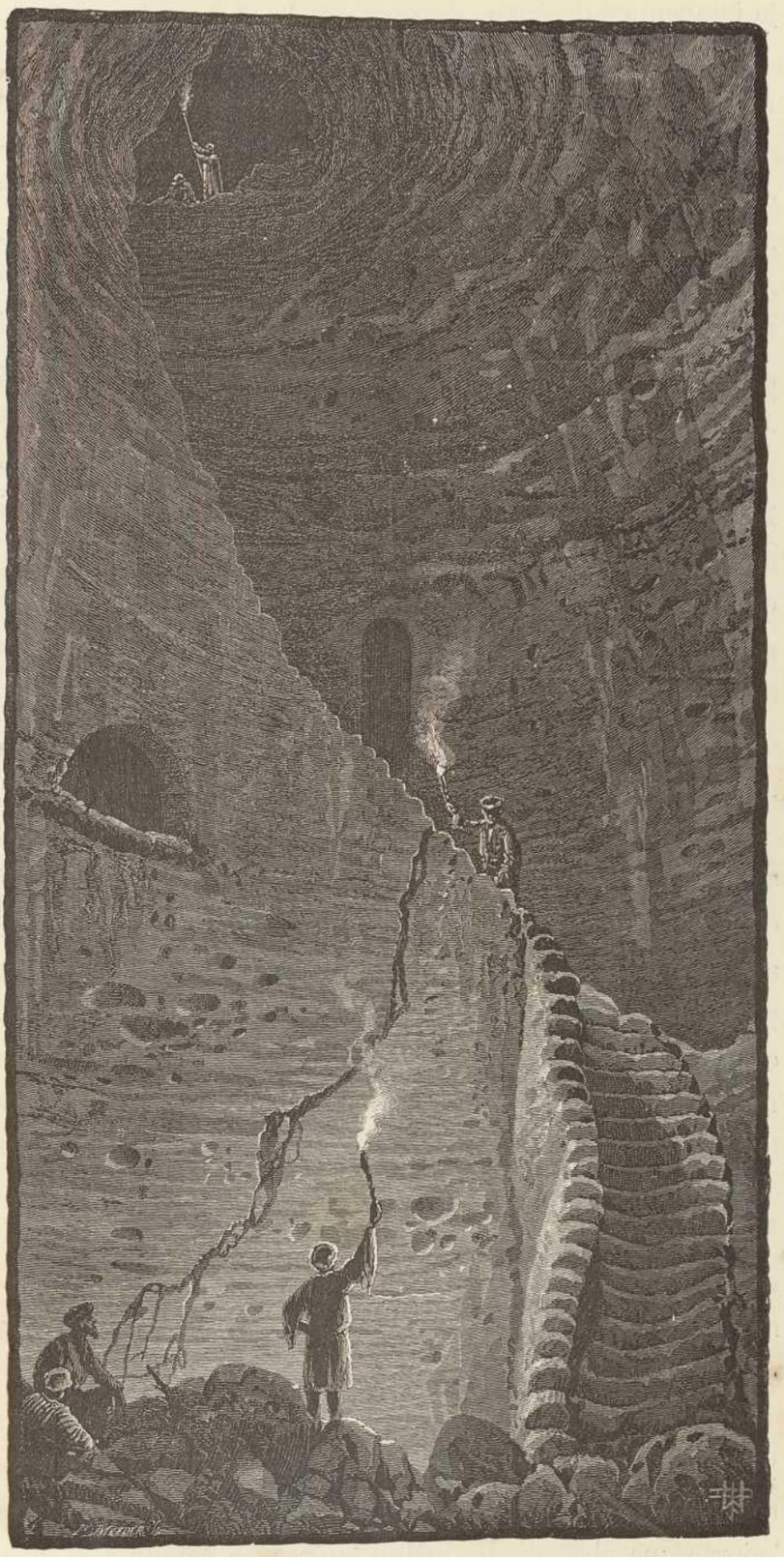


Iglesia de Santa Ana en las inmediaciones de Beit-Djibrin

Reinando Fulco de Anjou en el año 1134 fué levantada sobre antiguos cimientos una fuerte ciudadela, flanqueada por torres y rodeada de profundos fosos, confiándose su defensa á los caballeros Hospitalarios de San Juan. Saladino la conquistó en 1187, recobrada por los latinos, cayó de nuevo en poder de musulmanes en 1244. Bajo la dominación turca fué reparada en 1551, según queda dicho, y de ella sólo quedan en el día imponentes ruinas.

A dos kilómetros escasos de Beit-Djibrin, en una aldea por nombre Kharbet Mar-Hanna, encuéntranse los restos de una iglesia bizantina consagrada á santa Ana.

Tell Mar-Hanna lleva por nombre el cerro más inmediato, del cual se cree haber sido el acrópolis de la antigua Marecheth-Gath, patria que fué del profeta Micheas; en su ladera meridional ábrense vastas excavaciones análogas á las de Beit-Djibrin y tenidas por moradas subterráneas también de antigüedad remotísima. Para penetrar en ellas es necesario proveerse de antorchas, pues las lumbreras superiores que antes existían hállanse en el día cegadas; constan de espaciosas salas unidas entre sí por estrechos pasadizos, y como las anteriores tienen la forma acampanada.



Subterráneos de Tell Mar-Hanna

A la distancia de un kilómetro hacia poniente, las ruinas de Merach cubren una colina erizada de maleza; montones de escombros, silos, cisternas y excavaciones subterráneas de igual forma que las anteriores es cuanto resta de la antigua Maresa, en hebreo Marechah, perteneciente á la tribu de Judá en el distrito de Chephelah. Mencionada en el libro de Josué, fué tiempo después fortificada por Roboam; tomóla Judas Macabeo en una expedición contra los idumeos, y la conquistó Juan Hyrcano. Devuelta por Pompeyo

á sus primitivos moradores, Gabino la restauró; pero á poco, en el año 33 antes de J. C., fué devastada por los Partos. Eusebio la cita como ofreciendo en su época la imagen del desierto.

Quebrado sendero en dirección de levante conduce, por entre las montañas de Judá, á Beit-Zakaria, aldea casi del todo abandonada y consistente en unas pocas chozas medio arruinadas; dos ó tres familias las habitan. La mezquita que entre aquéllas se levanta contiene un sepulcro, que no es ya visible, oculto como está por los escombros; en él se encierran, á lo que se dice, los restos de Abu-Zakaria. En la puerta del santuario son de notar dos colunas que, según todas las apariencias, han de ser procedentes de una iglesia bizantina. Bethzachara se llamó la ciudad que allí estuvo asentada, y en ella estableció Judas Macabeo su cuartel general cuando en el año 163 antes de J. C. salió de Jerusalén en auxilio de la plaza de Bethsur, asediada por la formidable hueste de Antíoco Eupator. La batalla se empeñó en el sitio que lleva en el día el nombre de Ued Beit-Zakaria y en la falda del inmediato monte, lugar escogido por Judas á fin de que el enemigo no pudiese anonadar sus escasos batallones con sus elefantes y su caballería. Como antes hemos dicho, el caudillo hebreo hubo de ceder ante superiores fuerzas y retirarse á Jerusalén sin que le aprovecharan sus prodigios de valor y el acierto con que eligiera el campo del combate. Entre los esforzados guerreros que quedaron sin vida cita la historia á Eleazar, el cual arrostró impávido la muerte para darla á un elefante revestido con la regia coraza, creyendo que en él iba montado el gobernador sirio.

Imposible es de todo punto, entre los veinte y más personajes designados en los sagrados libros con el nombre de Zacarías, determinar con exactitud cuál sería entre ellos el que lo dió á Beth-Zacaria ó Bethzachara. ¿Fué el hijo del sumo sacerdote Joiada, apedreado por mandato del ingrato Joas en el atrio del templo por haber apostrofado al pueblo á causa de sus infidelidades? ¿Sería el profeta Zacarías, hijo de Barachias, el cual profetizó al regreso del cautiverio? Todas las hipótesis sobre este punto son igualmente arriesgadas, y únicamente puede decirse que no pudo ser el padre de san Juan Bautista, llamado también Zacarías, quien dió nombre al lugar de que se trata, en cuanto lo llevaba ya mucho antes de su nacimiento.

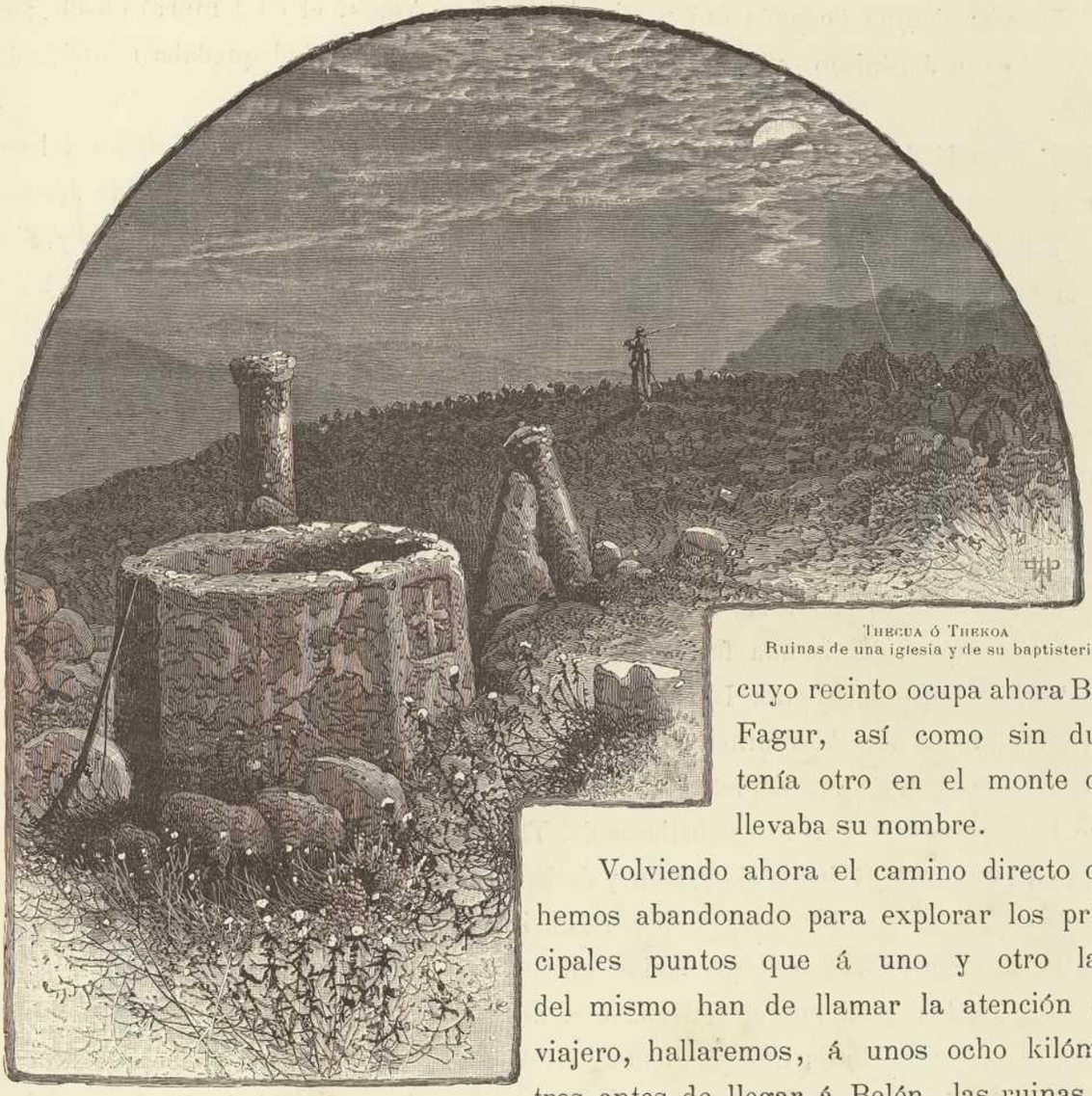
Como á tres kilómetros hacia el este, en un collado yermo y desierto en el día, vense las ruinas de Beit-Fagur, pueblo de gran antigüedad habitado aún en la edad moderna, como lo atestiguan algunas casas de aspecto árabe que todavía permanecen en pié.

Al recorrer la aldea, hoy solitaria y en gran parte arruinada, encuéntranse sillares y cañas de coluna que datan en apariencia de remotos tiempos; por un antiguo canal, roto ahora en varios puntos, atraviesan el valle las aguas del Ain-Fagur, y en las laderas que al mediodía lo limitan varias sepulturas abiertas en la peña son los restos de una reducida necrópolis muy desmantelada.

Beit-Fagur es á no dudar la ciudad de Phagor mencionada en la versión de los Setenta, en hebreo era su nombre Peor, lo mismo que el de la montaña de Moab, á

cuya cima llevó Balak al divino Balaam para que desde allí maldijese al pueblo de Israel.

Por la Biblia sabemos que Baal-Peor, en latín Beelfegor, era una deidad muy venerada entre los moabitas, y execrable sería el culto que se le tributaba á juzgar por el severo castigo que impuso el Señor á sus iniciados. A lo que se cree, Baal-Peor, antes de la llegada de los hebreos á la Tierra Santa, tuvo un santuario en la ciudad



THECUA Ó THEKOA
Ruinas de una iglesia y de su baptisterio

cuyo recinto ocupa ahora Beit-Fagur, así como sin duda tenía otro en el monte que llevaba su nombre.

Volviendo ahora el camino directo que hemos abandonado para explorar los principales puntos que á uno y otro lado del mismo han de llamar la atención del viajero, hallaremos, á unos ocho kilómetros antes de llegar á Belén, las ruinas de Thecua, sembradas en elevado cerro, desde cuya cima se descubre dilatado paisaje que impone por su grandiosa austeridad. Aridos y pelados montes, surcados por profundas torrenteras que en rápida pendiente se dirigen al mar Muerto; el espejo del vasto lago que á lo lejos brilla por entre las cañadas, y más allá las montañas de Moab, en una de las que, hacia el sudeste, se divisa la ciudad de Kerak, tal es el espectáculo que á nuestros ojos se presenta.

Thecua, en hebreo Thekoa, fué una fortaleza del desierto construída ó restaurada por Roboam para tener á raya los enemigos de la región del mar Muerto; cuando la entrada de los hebreos en la Tierra prometida fué adjudicada á la tribu de Judá. De esta

ciudad era natural aquella mujer sagaz que, enviada por Joab, logró reconciliar á David con su hijo Absalón. Conocidas son las elocuentes palabras que le atribuye la Sagrada Escritura, y en especial aquellas que dicen: «Todos morimos y nos deslizamos sobre la tierra como el agua que nunca vuelve atrás. Dios no quiere que perezca un alma, y dilata la ejecución de sus decretos para que el desechado no se pierda sin recurso.» Hira, uno de los treinta valientes que acompañaban á David, había nacido igualmente en Thecua; tiempo después fué patria del profeta Amos, el cual murió en ella; en la época de san Jerónimo existía aún su sepulcro, pero la ciudad quedaba reducida á una aldea.

Del libro II de Esdras se desprende que Thecua fué repoblada al regreso del cautiverio, y que sus moradores contribuyeron á la reconstrucción de los muros de Jerusalén.

En el año 161 antes de J. C., advertidos los hermanos Macabeos, Jotanás y Simón, de la proximidad de la hueste de Bacchides, general de Demetrio, se retiraron hacia el desierto de Thecua.

Es de tradición que los niños de aquella ciudad fueron comprendidos en el bárbaro decreto de Herodes, y que reinando Teodosio el Joven padecieron en ella martirio gran número de anacoretas.

En la época de las Cruzadas los cristianos de Thecua, que otra vez había adquirido cierta importancia, enviaron auxilios á los latinos durante el sitio de Jerusalén. El rey Fulco cedió la ciudad á los canónigos del Santo Sepulcro en cambio de Betania, donde su esposa Melisenda fundó en 1132 un convento de benedictinas del que fué abadesa su hermana menor Iveta. En 1138 una partida de musulmanes la entró á saco, pero casi todos sus habitantes pudieron librar la existencia refugiándose en una vasta cueva de las cercanías, llamada de Odollam por unos y de san Caritón por otros, de la que hablaremos luego. Los caballeros del Temple que acudieron en socorro de la población al mando de Roberto Borgoñón y de Eudo de Montfaucon cometieron la imprudencia de esparcirse por los campos en persecución de los agresores, y casi todos la pagaron con la vida cayendo á los golpes de los infieles.

Tenían los cristianos en Thecua una hermosa iglesia, de la que restan pocos vestigios; el más notable es una pila bautismal de pórfido rojizo de un metro y treinta centímetros de diámetro por un metro y diez centímetros de profundidad. De figura ochavada tiene esculpidas cruces en varios de sus lados. Al nordeste y en la cumbre de la colina algunos paredones de piedra son restos al parecer de una ciudadela; en un sillar se ven las armas del Temple. Proveían de agua á la ciudad una fuente y muchas cisternas abiertas en la roca; estas cisternas, los silos y los sepulcros subterráneos, que aun existen, son lo más antiguo de Thecua, pues los escombros que cubren el suelo pertenecen sin duda á época relativamente más moderna. Las cruces, el escudo de la orden del Temple, algunas rotas columnas dan testimonio en áquel lugar del triunfo del cristianismo y de la civilización; hoy han desaparecido uno y otra, y Thecua no es más que un desierto.

A cada paso toma el paisaje carácter más y más agreste: los valles se hacen más

angostos y profundos, y muestran los montes líneas más severas; el Monte de los

Valle y ruinas de Kharitun

Francos levanta á poca distancia el enorme cono que por su regularidad podría creerse modelado por la mano de los hombres, si con su grandeza no descubriese la mano de

Dios. Dejando atrás varios cerros y torrentes pedregosos llégase en media hora al borde de espantosa sima en cuya profundidad corre en época de lluvias un turbulento riachuelo que lleva sus aguas al mar Muerto; el hondo valle no es más que una inmensa hendidura en la riscosa cordillera llamada por los árabes Djebel-Khalil, ó sean los montes de Hebrón. Vénse á la izquierda cisternas y ruinas, pero en los primeros momentos nada basta á distraer la atención absorbida como está por la solemnidad del desierto. Limitan la estrecha cañada verticales muros de roca; enormes peñas han quedado como suspendidas en el aire, y otras, semejantes á aisladas torres, se alzan sobre frágil base y amenazan desplomarse á los abismos. Cuevas cuya profundidad nadie ha explorado se abren á diversas alturas y aumentan el terror que aquel lugar inspira. Una hay, colocada sobre horribles precipicios, que es generalmente tenida por la de Odollam ó Adullam, mencionada en la Biblia; dásele el nombre de El Laberinto; los árabes la llaman *El-Maama* (el escondrijo) y también *Merharet-Kharitun* (cueva de Caritón), por lo que luego explicaremos.

Llegar hasta la hendidura que le sirve de entrada no es empresa fácil ni desprovista de peligros, pues hay que escalar los peñascos que la sustentan y salvar más de un precipicio. Ya en la puerta de la cueva y encendidas las antorchas, con beduinos por guías, penétrase en una especie de vestíbulo, y desde él, por muy malos pasos, unas veces en pié y otras á gatas, se pasa á una serie de cuevas, donde el calor es sofocante y el suelo muy desigual y pedregoso. Con la pistola en la mano para ahuyentar á las fieras que allí podrían albergarse van los guías delante, y no es raro que alguna vez apaguen la llama de la antorcha las bandadas de murciélagos que se dan á volar asustados al ser sorprendidos por importuna visita. Ora escalando peñas, ora deslizándose por verdaderos pozos, atraviésanse vastas salas y largas galerías apenas alumbradas por la fantástica luz de las antorchas, hasta que se llega á la boca de inmensa sima, donde los guías pronuncian la palabra *Maphisch* (no hay más). Una hora ó poco menos se emplea en la penosa exploración; á la sima ó pozo en que concluye no se sabe que haya bajado nadie, y por lo mismo se ignora adónde conduce.

La soledad y aspereza del desierto de Engaddi no bastaban ya á amparar á David, acosado, como hemos visto, por la implacable saña de Saul, y fugitivo buscó albergue en la cueva de Odollam; al saberlo, sus hermanos y deudos corrieron á su lado para defenderle, en número de unos cuatrocientos, y allí, á poca distancia de su pueblo natal, pudieron mantenerse y evitar la persecución de sus enemigos.

Cierto día, al regresar Saul á la cabeza de tres mil hombres de una expedición contra los filisteos, quiso la Providencia que dejando acampada su hueste en las cercanías, entrase casi solo en la cueva de Odollam, y confiado y sin recelo se entregó al sueño. Mirándolo estaban ocultos David y sus parciales, y éstos dijeron á aquél:—«Llegado es el día por Jehová señalado cuando dijo:—En tus manos pondré á tu enemigo para que hagas con él lo que bien te pareciere.»—David, empero, contuvo á los suyos, y se limitó á cortar, sin ser sentido, la orla del manto de Saul; y cuando éste dejado

el sueño, salió ileso de la cueva y reunido otra vez á los suyos se alejaba, gritóle el magnánimo joven mostrando en la diestra la conquistada prenda:—«Rey y señor mío; el Señor te ha puesto en mi poder en la cueva, y aunque tuve el pensamiento de matarte, te perdoné por no extender la mano contra mi rey, que es el ungido de Dios. Juzgue él entre tú y yo.»—Y dicho esto treparon él y los suyos á lugares más seguros.

En la misma cueva estuvo atrincherado David como en inexpugnable asilo cuando

Cueva de Kharitun

los filisteos ocuparon á Belén; y de ella salieron los tres valientes que para satisfacer el deseo expresado por su caudillo, no vacilaron en atravesar las líneas enemigas y en ir por agua á la cisterna inmediata á la puerta de la ciudad.

Ya hemos dicho que á esta cueva se refugiaron en el siglo XII los moradores de Thecua, y en todo tiempo ha servido de asilo á los pastores nómadas contra los elementos desencadenados y á los criminales contra los emisarios de la ley.

A poca distancia de ella yacen desparramadas por el suelo confusas ruinas; son seguramente las de un antiguo monasterio llamado *Deir Kharitun* (de san Caritón),

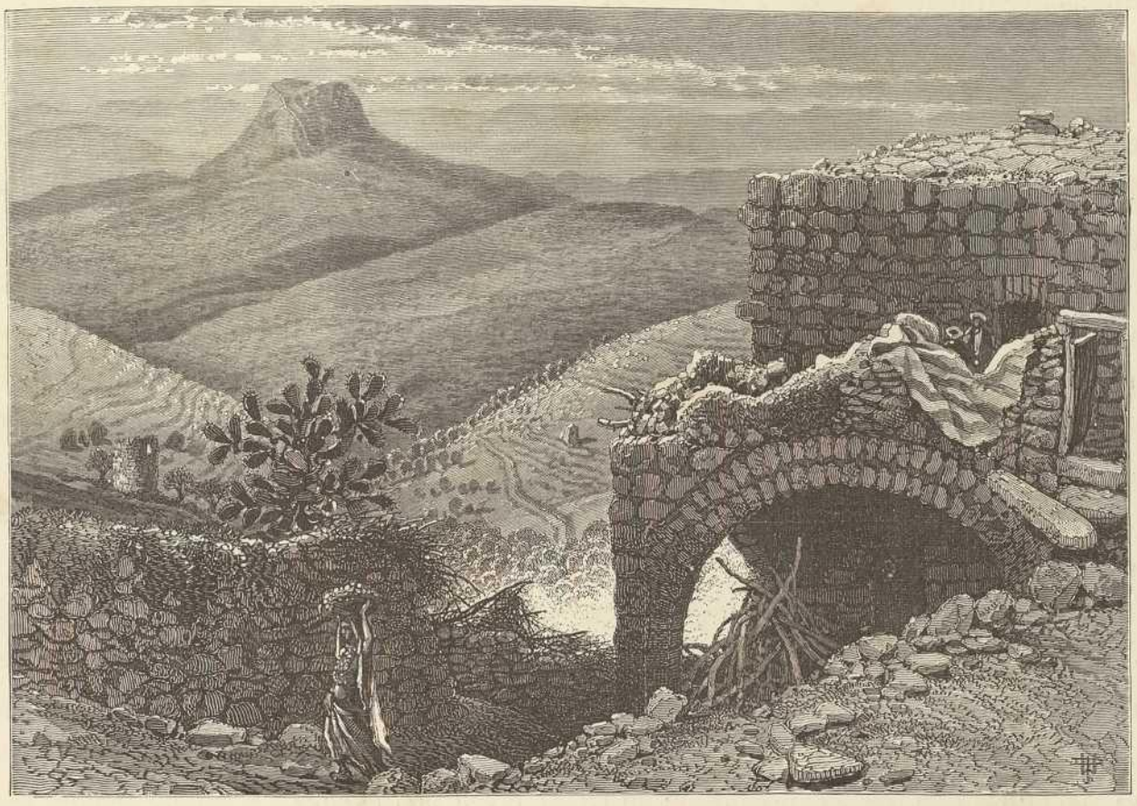
fundado por un santo anacoreta de este nombre que vivió á mediados del siglo IV, habiendo erigido varias *lauras* en los alrededores de Jerusalén, de Jericó y de Thecua. La fundada por él al este de Thecua, en el punto que conserva todavía su nombre, fué llamada *la antigua* para distinguirla de otro monasterio poco distante, ó *la nueva*, establecido al sur de Thecua por algunos monjes procedentes de San Sabas, cuya regla les pareció sobrado austera, regla que tampoco había aceptado san Aquilino que dirigía entonces la antigua laura. Después de residir por cierto tiempo en esta última, por él fundada, san Caritón descubrió en las cercanías espaciosa cueva y á ella se retiró para consagrarse enteramente al silencio y á la oración.

Pero si en efecto, como establece la opinión general de la Edad Media y aun de la presente, fundada en la tradición, esta cueva de san Caritón es la misma de Odollam, estas ruinas habrían de ser las de la ciudad de este nombre, mencionada en la Sagrada Escritura como conquistada por Josué y fortificada por Roboam. En ella Judas Macabeo celebró el sábado con su ejército después de vencer á Gorgías. Sucede, sin embargo, que las indicaciones que sobre su situación da la Biblia no corresponden á este lugar, y de ahí que se hayan suscitado fundadas dudas acerca de la identidad de una y otra cueva, dudas que hasta ahora no han sido desvanecidas. El viajero francés Clermont-Ganneau opina que la cueva de Odollam y también el sitio que ocupó la antigua ciudad de tal nombre han de buscarse en Ad-el-Mieh, nombre que le parece corrupción de Adullam, lugar abundante en cuevas, situado en la provincia de Palestina propiamente dicha, á corta distancia de Eleutherópolis é inmediato á Socho, conforme en esto con los datos bíblicos.

Sea de esto lo que fuere y dejando al tiempo aclarar lo que haya de cierto en este problema, como en tantos otros que aun existen sobre la Tierra Santa, emprendamos otra vez nuestro camino, y á unos seis kilómetros de Belén y á otros tantos del Ued-Urthas, que dejamos á la espalda, álzase á nuestra derecha la aislada y cónica eminencia llamada por los árabes Djebel-Fureidis (monte del pequeño paraíso) y por los cristianos Montaña de los Francos. Tiene de circunferencia en su base unos novecientos metros, y se eleva ciento y veinte sobre el llano que la rodea. Trepando por su escarpada vertiente llégase á la meseta que remata el cono truncado y que mide trescientos metros de circuito. Excavada interiormente en forma de anfiteatro, es de figura elíptica, y en sus bordes existen aún muy visibles los cimientos del ancho muro que la ceñía, flanqueado en los cuatro puntos cardinales por torres circulares, arruinadas hoy. Detrás del muro, y en el taluz que formaba lo que hemos llamado anfiteatro, habíanse construído almacenes y habitaciones abovedadas, de las que sólo subsisten la menor parte; las demás están destruídas ó cegadas. Varias escaleras, de las que restan aún vestigios, permitían bajar al círculo inferior ó arena central. En todo lo que resta de las obras, dice M. de Saulcy, no se encuentra por desgracia ni una sola piedra labrada, y si, como se asegura y parece cierto, fué aquello un palacio famoso por su ornamentación suntuosa, todo ello ha desaparecido, ora hayan sido empleados los sillares como materiales de otras construcciones, ora se hallen enterrados en el suelo.

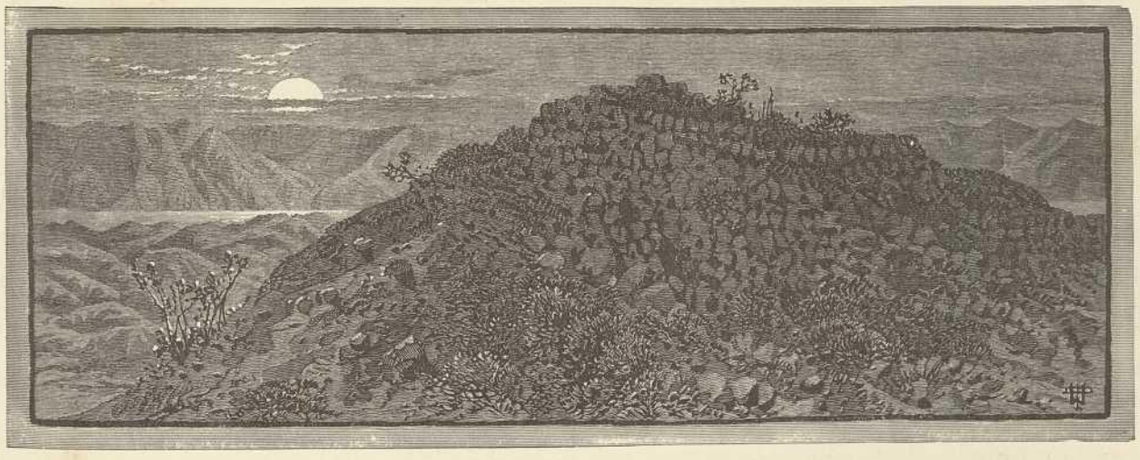
Al pié del monte, hacia la pequeña aldea de Beit-Tamar, considerables ruinas, idénticas á las anteriores, aparecen en varios puntos del llano, entregado hoy al cultivo.

Esto es cuanto queda de la ciudad de Herodia y de su renombrado acrópolis.



Monte de los Francos, visto desde Belén

Créese que desde remota antigüedad, para aprovechar lo ventajoso de la posición, existió en la cima del monte una torre ó fortaleza; pero de ser así no llegó á tener verdadera importancia hasta la época de Herodes. Refiere Josefo que este príncipe,



La cumbre del Monte de los Francos

huyendo de Jerusalén hacia Masada ante las tropas persas que Antígono llamara en su auxilio y ante los judíos partidarios del último rey de la dinastía asmonea, fué atacado por éstos á sesenta estadíos de la capital, y tuvo la suerte de vencerlos y de ponerlos

en completa derrota; cuando después ciñó la corona, quiso conmemorar su triunfo levantando en aquel mismo lugar un palacio y fundando una ciudad á la que puso el propio nombre de Herodia que llevaba la fortaleza que construyera antes en las fronteras de Arabia.

Según el citado historiador, no se limitó á esto el fastuoso fundador, sino que á él fué debida la formación del monte, que, conforme queda dicho, diríase ser obra humana al considerar la regularidad de sus líneas; créese, sin embargo, que únicamente la naturaleza la pudo realizar, y que Herodes se limitaría á regularizarla, siendo aquel dicho exageración del escritor.

Subíase al palacio, al que se había llevado de muy lejos agua en abundancia, por una escalera de doscientas gradas de mármol; protegíanlo muros y torreones, y no sólo en su recinto interior, tan adecuado para la defensa como para la habitación, estaba regiamente decorado, dice Josefo, sino que en todo él, por su parte exterior, paredes, cornisas y techumbres, mostraba preciosos adornos. Otros ricos palacios se elevaban al pié del cerro destinados á hospedar á los amigos y cortesanos del monarca, formando en todo vistoso y regio conjunto.

Y era tanto el cariño que conservó Herodes á aquella singular creación de su fantasía, que al morir en Jericó entre horribles padecimientos y comido de gusanos, dejó expreso mandato de que en ella se le diese sepultura, lo cual cumplió, con regia pompa, su hijo y sucesor Arquelao. El cadáver, revestido con la púrpura real, era llevado en dorada litera, tachonada de piedras preciosas; su frente ceñía la diadema, y en la diestra tenía el cetro; junto al féretro estaban sus hijos y parientes, y los seguían las tropas, formadas por naciones. Los Doríforos (la guardia real hebrea) ocupaban el primer lugar, y venían en pos batallones de tracios, de germanos y de galos, cubiertos todos con sus militares arreos. Seguía luego, continúa refiriendo Josefo, el resto del ejército llevando á la cabeza sus generales y centuriones, como si marchara al encuentro del enemigo, y cerraban el fúnebre cortejo quinientos servidores del rey difunto con pebeteros, de los que se exhalaban fragantes perfumes. Así recorrió la comitiva doscientos estadíos (diez leguas) hasta llegar á Herodia, donde se celebraron magníficos funerales y se dió al cuerpo sepultura.

De tanta pompa, del soberbio monumento erigido por Herodes poco ó nada queda, á no ser su debilitado recuerdo; el viento va barriendo el polvo de sus escombros, y desde aquella cima, en vez de los magníficos edificios que la circundaban, sólo alcanzan á verse áridos collados, llanuras calcinadas, y exceptuando las miserables chozas de Beit-Tamar, soledad y desolación, sin un sér viviente que anime el triste paisaje, sin un árbol ni un tallo de hierba. El mar Muerto se extiende á lo lejos como sombrío abismo que quisiese borrar la memoria de la corrupción que sus aguas ocultan; no resuenan los valles con pastoriles cantos, y el mar inmóvil no tiene olas ni murmullo. Las ondulaciones del llano se tomarían desde aquella altura por montones de ceniza y polvo; lo único que, rompiendo la monotonía, conforta la vista fatigada y distrae el ánimo entristecido es ver en lontananza algunas casas de Belén y dominándolas la cúpula de la iglesia de la Natividad.

Allí se realizó el hecho más grande de la historia humana, allí nació el Redentor. ¿Quién le hubiera dicho al soberbio rey de Judea que siglos y siglos después de quedar igualada con el suelo su morada favorita, el regio alcázar en que tanta magnificencia atesorara, subsistiría todavía enhiesta la techumbre que cobija el establo, objeto de veneración para todos los pueblos de la tierra, donde nació, pobre y aterido, el Niño al que persiguiera su saña?

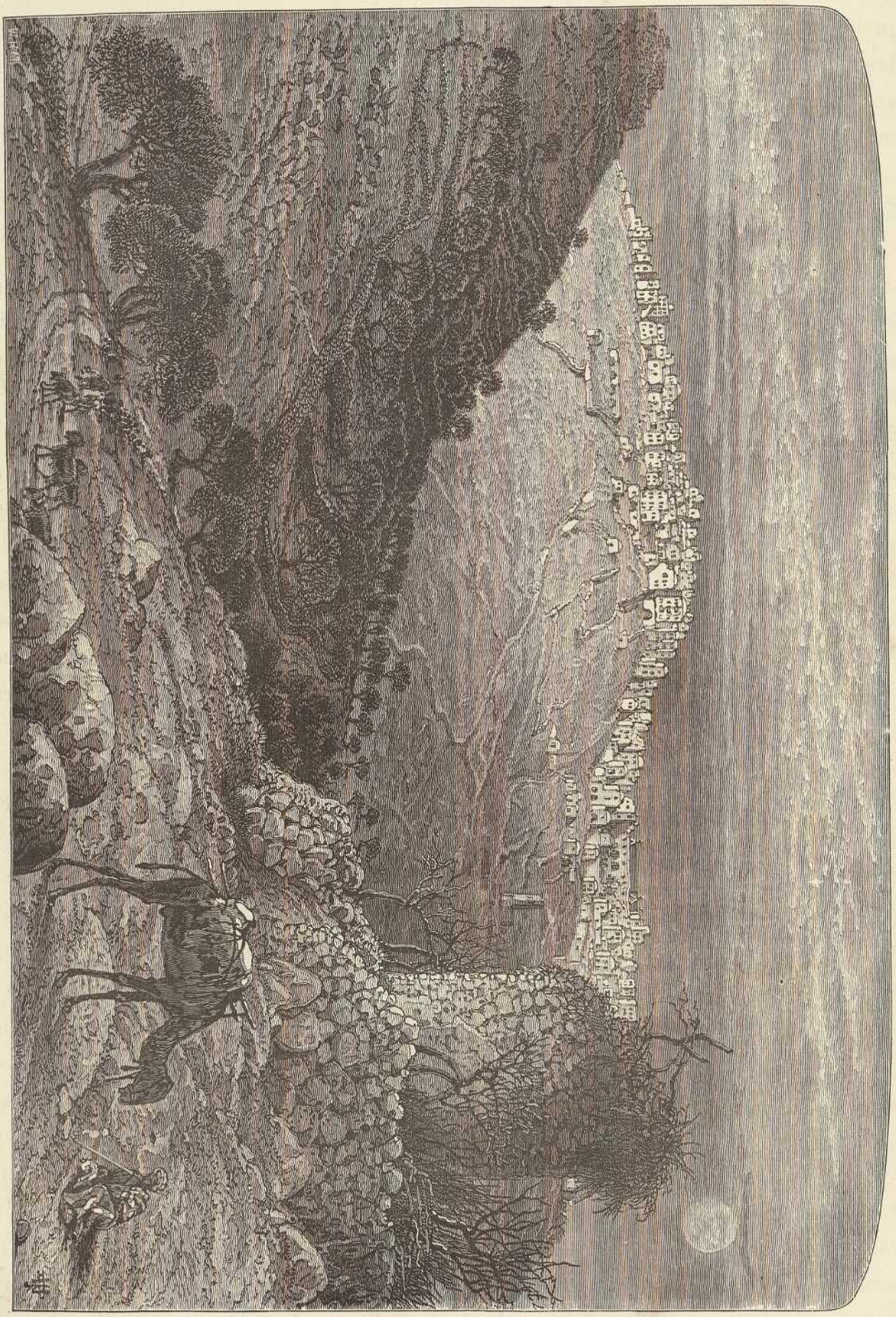
Herodia fué capital de una de las toparquías creadas en Judea; tomada Jerusalén por Tito, el legado Lucilio Basso se hizo dueño de la fortaleza de Herodia, cuya guarnición no intentó resistencia alguna y se rindió á los romanos por capitulación.

En la época de las Cruzadas fué ocupada por los latinos, de donde previno el nombre de *Monte de los Francos* que, según hemos dicho, mantiene entre los cristianos indígenas. Dice una tradición en aquellos sitios conservada que los caballeros de San Juan, después de destruído el reino de Jerusalén, se sostuvieron en ella por espacio de cuarenta años; pero el hecho no resulta acreditado y los autores ponen en duda su exactitud.

Nada más queda que ver en lo que fué un día magnífico palacio y son hoy miserables ruinas, y tomando otra vez los caballos que han debido quedar en el llano, pues únicamente á pié es posible la subida al cerro, en poco menos de una hora, siguiendo el nivel del acueducto, se llega á un punto en que, dejado aquél, es prudente apearse de nuevo ó cuando menos afirmarse en la silla, ya que es preciso escalar peñascosa y escarpada cuesta. Al llegar á la cima encuéntrase el viajero tocando á la santa ciudad, y puede exclamar como santa Paula: «Yo te saludo, oh Bethlehem, casa del pan, en la que vió la luz de la tierra el pan descendido del cielo.»

Ephrata, que en lengua hebrea significa *feracidad*, fué también el nombre de Belén; dícese que Abraham, al visitar el lugar, lo llamó Beth-Lehem ó casa del pan. A ochocientos y cuarenta metros sobre el nivel del Mediterráneo, hállase fundada Belén en dos colinas, oriental y occidental, rodeadas por los lados del norte, del este y del sur por agradables y risueños valles. Por singular acaso, ó mejor, por disposición providencial, se conserva siendo pueblo de cristianos en medio de aquella tierra musulmana. Su población llega á unas cinco mil almas, y de ellas son católicas la mitad; los griegos cismáticos son en número de mil y quinientos; de cuatrocientos los armenios, y los demás mahometanos; judío no hay ninguno. Los campos inmediatos á Belén son los mejor cultivados de la Judea, y ofrecen como alegre memoria de lo que serían las comarcas de Canaán, áridas y tristes en el día. Explicando la causa de tan notable diferencia dice el P. Damas: «Puede asegurarse que los olivares constituyen en esta tierra casi toda los bienes del árabe, y cuando el odio, siempre fogoso y profundo en aquellos corazones, les incita á la venganza, consiste ésta en talar los olivos de la familia odiada. Las represalias, que nunca faltan, agravan el mal, y la tierra va quedando desnuda y el país se convierte en un desierto. Inútil de todo punto sería entablar juicios, en los que no se encontraría quien declarase por temor de un atropello, y de ahí que resignarse fatalmente y perecer sea de ello inevitable consecuencia siempre y en todas partes donde la fuerza moral no

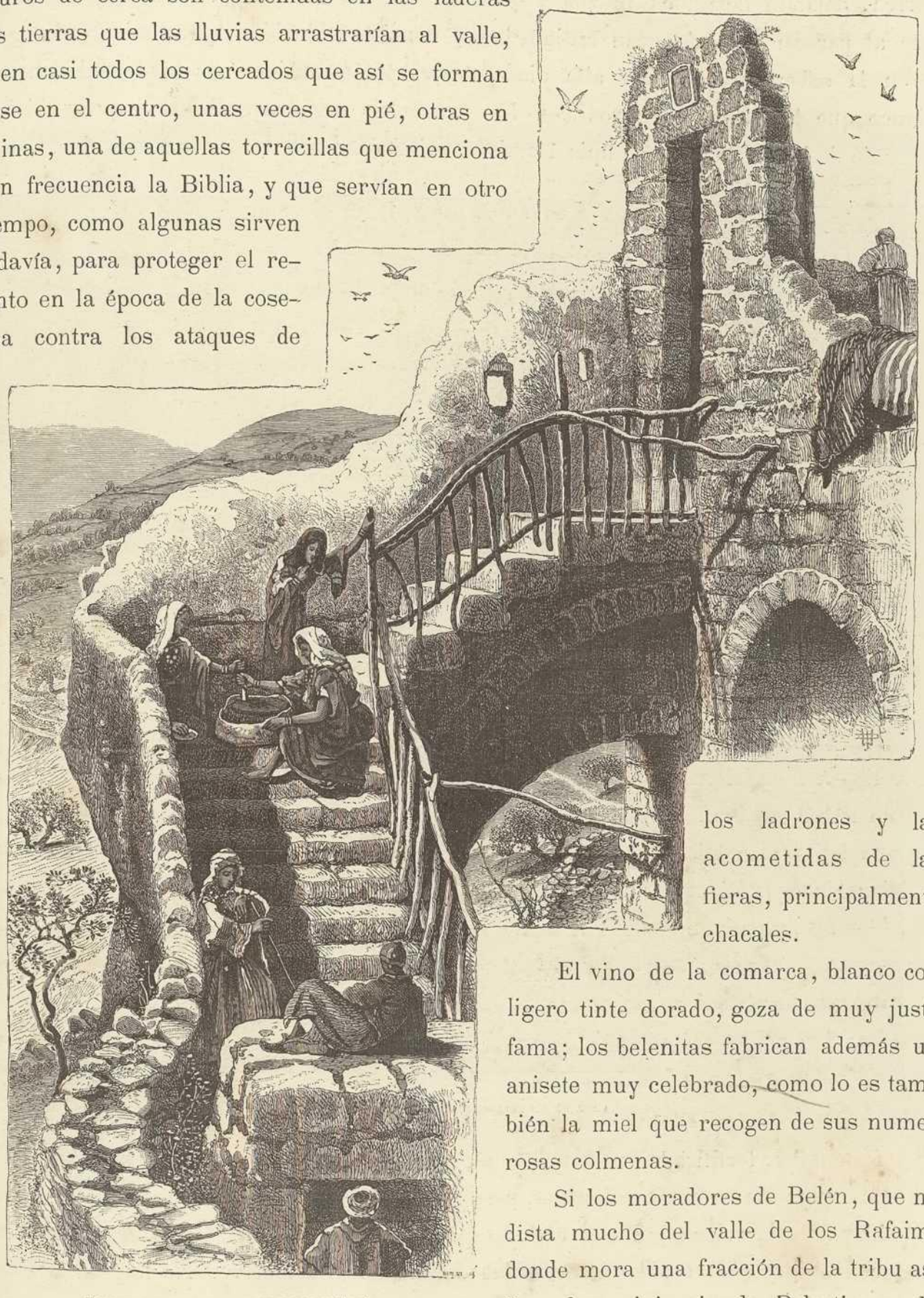
pueda suplir á la justicia armada.—Ahora bien, en Belén esta fuerza existe; siendo como



Vista general de Belén

es cristiano el pueblo y habiendo fulminado los obispos excomunión contra los que talen olivos, gózase en el país de un bienestar relativo.»

En el Ted-el-Kharubeh, especialmente, que se extiende al norte de la ciudad, crecen higueras, olivos y almendros en medio de frondosas vides. Por medio de groseros muros de cerca son contenidas en las laderas las tierras que las lluvias arrastrarían al valle, y en casi todos los cercados que así se forman vese en el centro, unas veces en pié, otras en ruinas, una de aquellas torrecillas que menciona con frecuencia la Biblia, y que servían en otro tiempo, como algunas sirven todavía, para proteger el recinto en la época de la cosecha contra los ataques de los ladrones y las acometidas de las fieras, principalmente chacales.

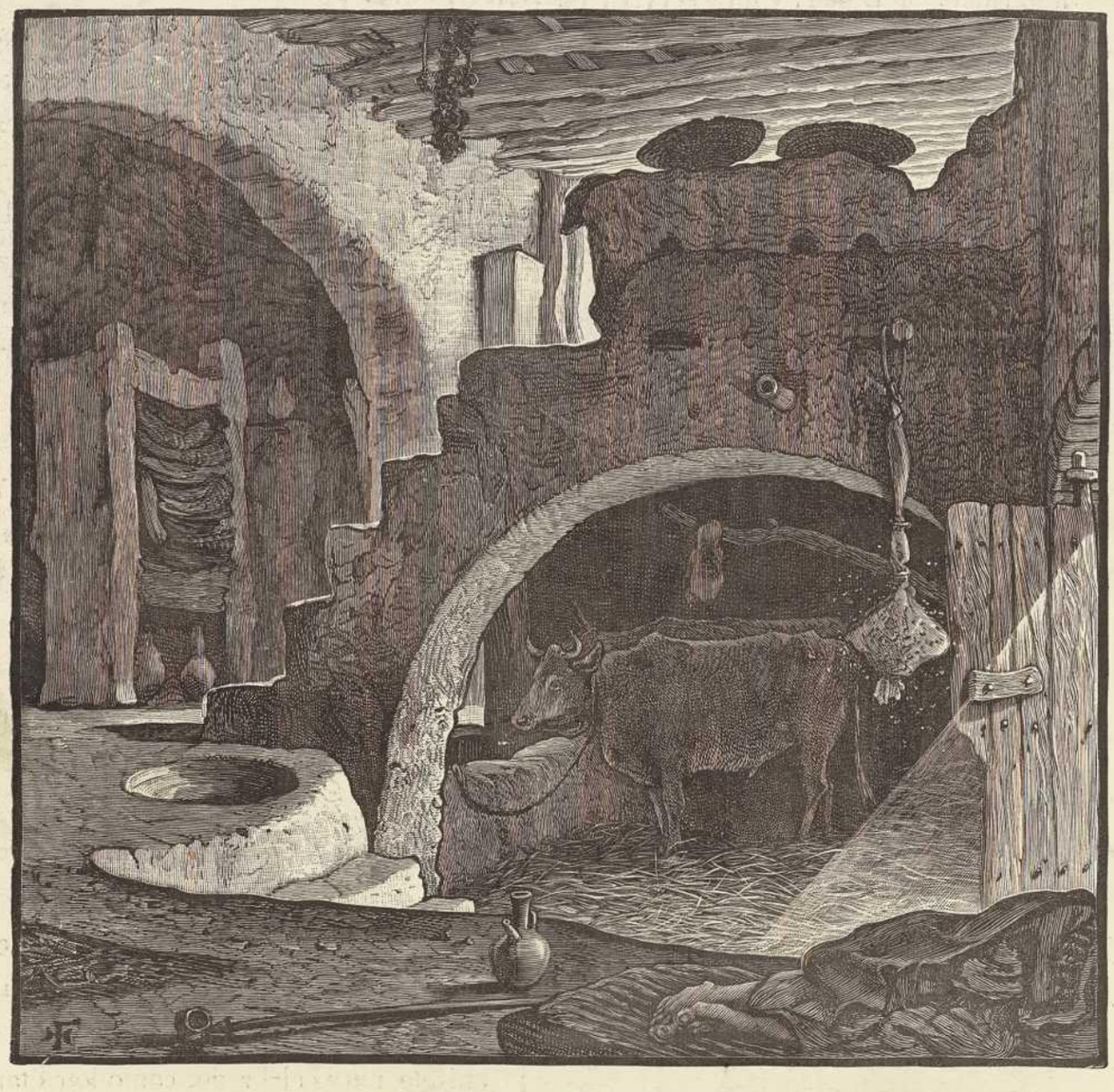


Escalera exterior de una casa en Belén

El vino de la comarca, blanco con ligero tinte dorado, goza de muy justa fama; los belenitas fabrican además un anisete muy celebrado, como lo es también la miel que recogen de sus numerosas colmenas.

Si los moradores de Belén, que no dista mucho del valle de los Rafaim, donde mora una fracción de la tribu así llamada, originaria de Palestina y de gigantesca estatura, no son gigantes ni mucho menos, tienen sin duda talla más elevada que los demás habitantes de Judea; son inteligentes, y es su carácter amable y franco.

Algunos visten traje talar de color encarnado con holgadas mangas, y cubren su cabeza con un turbante blanco; los más se limitan á usar una túnica blanca ceñida por una correa, dejando desnudos brazos y piernas. Llevan las mujeres un traje uniforme que al parecer data de gran antigüedad y consiste en falda azul, túnica encarnada, y en la cabeza, sujeto por alta diadema de cartón cubierta de raso azul, un velo blanco que les llega á las rodillas. La pureza de sus costumbres es proverbial, y gozando de la libertad que cumple á mujeres cristianas, son por todos respetadas.



Casa de un fellah en Belén, con su establo

La ciudad, fortificada en otro tiempo, carece hoy de muros; su parte más poblada se halla agrupada en casas pequeñas, pero por lo general limpias y aseadas, en la parte occidental de la colina junto al camino que guía á Jerusalén. Las calles, estrechas y tortuosas, siguen en rápidas cuestas las ondulaciones del cerro. No hay en la ciudad mezquita ni alminar alguno.

Las ocupaciones de los belenitas son de varias clases: unos se dan á la vida pastoril, y llevan á pacer el ganado por los mismos valles y los mismos montes por los que

guiaba David los de su padre Isaí y fueron testigos de sus primeras hazañas contra las fieras; entréganse otros, los *fellahs*, á la agricultura, que, á pesar de los vejámenes que experimenta por parte de la arbitrariedad de los turcos, hállase, como hemos dicho, en estado relativamente próspero. Los hay, en fin, en gran número, que además del cuidado del campo, del ganado y de las colmenas, se dedican á la piadosa

BELENITAS TRABAJANDO EL NÁCAR

industria de fabricar los rosarios, así de nácar como de huesos de aceitunas ó dátiles, las cruces, los medallones en que graban asuntos religiosos, las copas de asfalto del mar Muerto, los variados objetos de piedad, en una palabra, que los miles de peregrinos que anualmente visitan la Tierra Santa, llévanse á la patria como precioso recuerdo del viaje y de los cristianos de Belén.

Todo ello, la tierra cultivada, el buen porte de la gente, su aire expansivo y contento forman bello conjunto que causa en el viajero, ora venga, como nosotros, de los desolados desiertos y de la agreste Idumea, ora de la taciturna y sombría Jerusalén, impresión gratísima. Unánimemente la sienten y la expresan los autores, y el último que de Belén ha escrito, el francés Guerin, dice así: «Si el aspecto general de Jerusalén y los recuerdos que evoca producen grave y solemne emoción, que si levanta el ánimo á altas ideas lo deja también sumido en profunda tristeza, sentimientos bien distintos se experimentan en Belén. Imposible es precisar ni determinar en qué consiste ni en qué estriba el sereno gozo, la inefable alegría que en el aire se respira desde que se llega á la población que en vez de tener que llorar, como la Ciudad santa, por la muerte y en el sepulcro de un Dios, encierra y muestra todavía con religioso alborozo el sitio de su nacimiento y de su cuna.»

Atravesemos, pues, la ciudad, y por sus angostas callejuelas dirijámonos al convento de los Padres Franciscanos, verdadera providencia del viajero en Tierra Santa; en su hospedería, abierta para todos, encuentran siempre los españoles cariñosos compatriotas. Junto al convento, que tiene el aspecto de una fortaleza, tan robustos son sus paredones, álzase uno de los monumentos más notables de aquella región, la basílica de Santa María, en la que existe el augusto santuario de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Su fachada occidental es la única que se halla en descubierto, ocultas como están las otras por el convento católico y por los de griegos y armenios que forman como un solo y grandioso edificio, y en aquélla se abre la entrada principal de la basílica.

El *Devoto Peregrino* (Fr. Antonio del Castillo) escribió de ella en estos términos en el año de 1626:

«Antes de entrar en la iglesia hay una plaza muy grande toda cubierta de piedras blancas muy lindas: tres cisternas se ven en ella, y á la parte que mira al occidente existe un edificio al cual llaman el estudio ó escuela de san Jerónimo, por ser aquí donde el santo enseñaba á sus discípulos; mas hoy está hecha caballeriza, y allí meten sus caballos los turcos que van y vienen á Hebrón. Tiene la iglesia cinco naves, sustentadas sobre cincuenta y dos colunas de pórfido, que no tienen precio ni hay otras en el mundo. Las paredes están de medio arriba cubiertas de mosaico, con muchas historias del Testamento Viejo y Nuevo, apropiadas al misterio de la Natividad del infante Jesús; de medio abajo lo están de jaspes blancos, negros y rojos, cosa que vista causa maravilla. Todas las maderas y vigas son de cedro. La portada es grandiosa y tiene tres puertas; las dos están tapiadas, y la de en medio también casi toda, de modo que no hay más que una puertecita muy pequeña por donde se entra medio inclinados. La razón es porque no se entren los turcos con sus caballos á estar allá adentro, que lo hacen; y así, todas las puertas de los cristianos están de igual manera, porque en viniendo los turcos luego se entran á aposentar con los caballos en lo mejor de la casa. Toda la iglesia está cubierta de plomo, y tiene un maravilloso ventanaje, con hermosísimas flores y labores de mosaico, que causa agradable y maravillosa vista.»

Don Aquilante Rocchetta, que visitó la basílica en 1599, dice que las planchas de

H. FENN, PINTÓ.

J. J. CREW, GRABÓ.

IGLESIA DE LA NATIVIDAD, EN BETHLEHEM.

ESPASA Y COMPª EDITORES.-BARCELONA.

María Elisa María Jesús y María José

plomo que cubrían la espaciosa techumbre fueron colocadas al mismo año de la toma de Granada y que á esta parte de la obra contribuyeron por sus dádivas los Reyes Católicos don Fernando de Aragón y doña Isabel de Castilla. Refiere el mismo viajero que los peregrinos, al subir á la techumbre para contemplar el delicioso panorama que desde allí se disfrutaba, gustaban de grabar en aquel plomo su nombre y el de su nación y la fecha de su visita, y añade que los pobres Padres padecían muchos atropellos por parte de los genízaros que les reclamaban el plomo para hacer con él balas para sus arcabuces, y que cuando á ello se resistían los apaleaban cruelmente.

Antes de explicar el estado actual de la iglesia no será impertinente saber cómo la vió M. de Chateaubriand á principios de este siglo.

«El convento de Belén, dice el célebre escritor, está unido al templo por un patio cercado de elevados muros. Lo atravesamos, y por una puertecita lateral penetramos en la iglesia. Data ésta, sin duda alguna, de remota antigüedad, y aunque varias veces reparada, conserva visibles muestras de su origen griego; tiene forma de cruz, y adornan la nave cuarenta y ocho colunas de orden corintio, dispuestas en cuatro líneas, colunas que miden dos piés y seis pulgadas de diámetro junto á la base, y diez y ocho piés de altura, contando la base y el capitel. No tiene la nave bóveda, así es que las colunas sólo sostienen un friso de madera, el cual sustituye al arquitrave y á la cornisa; en las paredes se apoya una armadura que elevándose en el centro había de sostener una techumbre que ya no existe, si es que en efecto llegó alguna vez á ser terminada. Dícese ser la armadura de madera de cedro, pero esto es un error. En los muros, que en otro tiempo estuvieron adornados con cuadros de mosaico y con pasajes del Evangelio escritos en caracteres griegos y latinos, de los que se observan aún vestigios, ábrense grandes ventanales. Los restos de mosaico y algunas tablas que existen aún en diferentes puntos son muy interesantes para la historia del arte; por lo general presentan las figuras de enfrente, rectas y tiesas, sin movimiento y sin sombra; pero su efecto es tan majestuoso y severo como noble su carácter.

»La nave que acabo de describir, formando un brazo de la cruz, está separada de los otros tres por una pared, de modo que la iglesia ha perdido su unidad. Al otro lado de la pared hállase el santuario ó el coro, que ocupa la parte superior de la cruz, y está tres gradas más alto que la nave.»

Veamos ahora lo que de la basílica refieren las obras más recientemente publicadas.

Se levanta su fachada occidental en una plaza oblonga, empedrada y en un tiempo rodeada de pórticos, de los que y de las colunas que los sostenían subsisten hoy únicamente las bases de tres; los arqueólogos ven en esta plaza los restos del atrio que, según usanza romana, precedía á la basílica. En el centro del atrio había tres cisternas destinadas para las abluciones y bautizos, cisternas que existen aún y son de uso común de la población. Atravesando la angosta y baja abertura practicada á propósito en la puerta principal para defender mejor la iglesia contra las agresiones musulmanas, penétrase en oscuro vestíbulo que formaba el antiguo *narthex*, dividido hoy por tabiques en tres

estancias; desde él una sola puerta da paso á las naves, las cuales son en número de cinco, separadas por cuatro hileras de colunas. El crucero, que continúa separado de las naves (el tabique hoy existente data del año 1842), termina en sus dos extremos, norte y sur, por ábsides semicirculares que se imprimen en el muro exterior. Forman el punto central cuatro pilares rectangulares, y otro ábside, también semicircular, remata el coro por el lado del este. Once ventanales en cada lado, correspondiendo á los intercolumnios, se abren en las paredes de unos diez metros que, descansando en las colunas de la nave central, sostienen la parte superior de la techumbre, que se cree fué un artesonado polícromo; la que hoy existe, formada de maderas y sostenida por vigas, data de últimos del siglo XVII.

El primer mosaico cuyos vestigios se observan al entrar ocupando todo el muro occidental, representa inmenso árbol en cuyas ramas se veían figurados varios profetas con sus profecías relativas al nacimiento de Jesús; una inscripción en griego y en latín, aunque muy mutilada, indica que aquel trabajo inmenso fué dirigido por el griego Ephrem, pintor y mosaicista, en vida del emperador de Constantinopla Manuel Porfirogeneta y de Amauri, rey de Jerusalén.

La basílica, propiedad de los latinos, les ha sido arrebatada por las maquinaciones y el oro de los griegos, y en el día no tienen otro derecho en ella que el de paso, estando privados del de oficiar. Sin embargo, los cismáticos, aunque poseedores de las naves, tampoco las aprovechan ni celebran en ellas, sin duda porque no bastan á llenarlas, y también para estar menos expuestos á las agresiones musulmanas, y se limitan á oficiar en el altar mayor y en el crucero, separados, como hemos dicho, de las naves por medio de un tabique. Aquéllas están continuamente profanadas y quedan abandonadas á los usos más vulgares: los pocos musulmanes de Belén las hacen servir de bazar; los niños de la escuela pasan allí las horas de asueto, y sirven generalmente de lugar de reunión y paseo.

Al otro lado del tabique divisorio hállanse tres altares; en el centro y encima de la gruta de la Natividad, el mayor; en los dos brazos de la cruz están, al sur, el de la Circuncisión, así llamado porque es tradición que el Redentor fué circuncidado en aquel sitio á los ocho días de nacido, y al norte el de los Tres Reyes, erigido en el punto en que éstos descabalgaron para ir á prosternarse ante el divino Infante. Al pié del altar, en el pavimento, se enseña á los peregrinos una estrella formada de mármol; el sitio que ocupa corresponde al punto del cielo en que se paró la milagrosa estrella que guió á los Magos.

A uno y otro lado del coro griego nacen dos escaleras de quince gradas cada una que, convergentes, guían á la cripta que existe debajo del coro; ciérranlas magníficas puertas de bronce.

Allí está el augusto santuario que ha recibido la adoración de pueblos y generaciones; aquél es el lugar para siempre venerando do se cumplió el gran misterio: allí, en la noche del 25 de diciembre del año del mundo 4004, según general sentir de

los cronólogos, el 752 de la fundación de Roma, realizándose las antiguas profecías, nació de una virgen el Mesías prometido.

Sabida cosa es que no existen en Oriente hosterías organizadas á la manera europea, y que el *khan* ó parador, abierto para todo el que llega, no siempre proporciona albergue. Cuando la caravana es muy numerosa, es imposible penetrar en él, y si otros viajeros se han anticipado no hay más recurso que plantar la tienda como en el desierto ó resignarse á dormir al raso. En las puertas de Belén habría en aquella época, como ahora en muchas ciudades de Siria, el khan *(diversorium)* destinado á los forasteros; pero como al llegar José y María, en cumplimiento del edicto imperial, lo llenaban ya gran número de judíos como ellos comprendidos en la ley del censo, no tuvieron más recurso, dada su pobreza, que buscar asilo para pasar la noche en una de las grutas del monte ó colina, semejante á otras muchas que aún existen en las inmediaciones, las que servían de refugio á los ganados en la estación rigurosa. José llevó allí el asno que había servido de montura á la Virgen, y pocas horas después se realizó el prodigio y se dió al mundo la buena nueva con aquellas admirables palabras: *¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad!*

Descendamos, pues, al venerable santuario, que es una cueva natural de doce metros de longitud por cuatro de ancho y poco más de dos de altura, siendo más estrecha en el fondo. Preciosos mármoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes; la luz del día no llega hasta allí, pues si bien la gruta tuvo antes salida al valle, el temor de los turcos ha hecho que fuese cerrada; treinta y dos lámparas de plata, ofrendas de soberanos de España, de Austria, de Francia y de Nápoles, difunden constante y suavísima claridad, ayudando al arrobamiento que se apodera de las almas creyentes y las sumerge en tiernas y profundas meditaciones. En el extremo oriental, entre las dos escaleras, vese en el suelo una plancha de mármol blanco incrustada de jaspe y rodeada de un círculo de plata en forma radiante, en el que se leen estas palabras:

HIC DE VIRGINE MARIA
JESVS CHRISTVS NATVS EST

Esta estrella, que por su inscripción latina consagra los derechos que tienen los católicos al santuario, fué robada por los griegos en el año de 1847 y llevada al monasterio de San Sabas, pretendiendo así despojar á los latinos de un título irrevocable de propiedad; largas negociaciones se siguieron con este motivo con la Sublime Puerta, en las que tomaron activa parte las embajadas de Francia y de Rusia en Constantinopla, la una en defensa de los seculares derechos de los latinos y apoyando la otra las pretensiones de los griegos, hasta que el sultán Abdul-Medjid dispuso que se colocara al pié del altar de la Natividad otra estrella en un todo semejante á la anterior, que es la que ahora existe. Esto no es obstante, el santuario continúa contra toda justicia en poder de los griegos.

A siete pasos de distancia hacia el sur, dejando á la espalda una de las escaleras que guían á la iglesia superior, hállase el Pesebre, bájase á él por medio de tres escalones. Una pieza de mármol blanco labrada en forma de cuna ha sustituído al pesebre de madera en que la Santísima Virgen colocó entre pajas al soberano del cielo, pesebre trasladado tiempo después á Roma, á la basílica de Santa María la Mayor. Como esta parte de la gruta no permite por lo baja que en ella se celebre el santo sacrificio, háse levantado muy cerca un altar, llamado de los Magos ó de los Tres Reyes,

Capilla de la Natividad en la cripta de la basílica de santa María, en Belén
A la izquierda, el sitio de la Natividad; á la derecha, el altar de los Magos

en el sitio en que estaba sentada la Virgen al presentar el divino Infante á las adoraciones de aquellos príncipes de Oriente. Allí mismo le habían adorado antes los pastores. Este altar, lo mismo que el Pesebre, son poseídos por los católicos.

«Nada puede darse tan agradable y devoto como esta iglesia subterránea, escribe Chateaubriand; enriquécenla varios cuadros de las escuelas italiana y española, representando los misterios de estos lugares, Vírgenes y Niños á la manera de Rafael, Anunciaciones, la Adoración de los Magos, la llegada de los Pastores, milagros todos en que á la grandeza acompaña la inocencia. Los adornos ordinarios del Pesebre son de raso azul con bordados de plata. Ante la cuna del Salvador humea de continuo el incienso, y he oído en la misa tocar con gran expresión en el órgano los aires más suaves y tiernos de los mejores maestros de Italia. Estos conciertos encantan al árabe

cristiano que, dejando en el campo sus camellos, viene, como los antiguos pastores de Belén, á adorar en su cuna al Rey de reyes. Yo he visto al morador del desierto comulgar en el altar de los Magos con un fervor no sentido por los cristianos de Occidente.»

De las colgaduras de seda quedan sólo girones; si alguna vez los Padres latinos han intentado renovarlas, los griegos se lo han impedido pretendiendo que esto sólo á ellos corresponde. Tampoco existen varios de los cuadros que admiró el escritor francés, pues fueron robados en 1873, la noche del 25 de abril, en que un numeroso grupo de cismáticos armados con fusiles y espadas, penetraron tumultuariamente en la gruta y se apoderaron de muchos objetos de valor después de herir á los frailes que querían impedirlo.

Pasando á otras grutas inmediatas á esta, que por medio de pasadizos subterráneos comunican con ella y forman parte de la misma cripta, el primer altar que se encuentra después de la Natividad está consagrado á san José. Afirma una tradición que allí se retiró el santo durante el parto de la Virgen, y dice otra que para librarse de las pesquisas de Herodes se refugió allí con la Santísima Virgen y el Niño Jesús, apareciéndosele á poco un ángel que le ordenó huir á Egipto. Fué erigido este oratorio en el año 1621 por el padre Francisco de Novara, custodio de Tierra Santa, á instancia de los fieles, deseosos de que el padre putativo de Jesús fuese de un modo particular honrado en el mismo lugar donde tanta participación tuvo en los santos misterios allí realizados. La capilla está abierta en la roca, es muy baja, y hay en el altar un cuadro, verdadera obra maestra, pintado en Colonia, que representa la huída á Egipto.

De allí, bajando una escalera de cinco peldaños, se llega á la capilla de los Santos Inocentes. ¡Felicísima idea fué la de honrar á las inocentes víctimas junto á la cuna por la cual derramaron su sangre! Dice la tradición que á aquel sitio fueron llevados muchos niños por sus madres desoladas en busca de un refugio que no pudo librarlos de los sicarios de Herodes, y añade que, después de muertos, sus cuerpos fueron en aquel sitio amontonados y enterrados en un mismo sepulcro.

Por la capilla de los Inocentes se llega á la gruta de san Jerónimo, en la que se encuentran el sepulcro del gran doctor de la Iglesia, el de san Eusebio de Cremona y los de santa Paula y santa Eustaquia, y en el extremo septentrional el oratorio del primero, abierto en la peña y convertido en capilla. Allí, junto al pesebre del Salvador, apartado de la azarosa existencia mundana, vivió por espacio de treinta y ocho años el fogoso dálmata llorando sus pecados y en austera penitencia, aguardando, dice, el día del tremendo juicio. Allí trabajando día y noche, escribió sus admirables epístolas y la versión latina de la Sagrada Escritura, conocida con el nombre de *Vulgata*, al mismo tiempo que aprendía diferentes lenguas y que, haciéndose preceptor de los niños, les instruía en la gramática y en el temor de Dios. Sirviendo de edificación para la Iglesia entera, que le consideraba como una de sus lumbreras y uno de sus más firmes apoyos, recibía consultas de todos los ámbitos del mundo, y del rincón de su celda era

oráculo de la cristianidad, ya fuese menester confundir á los herejes, ya se recurriese á su saber profundo para la interpretación de los sagrados textos. Allí supo la estruendosa caída del romano imperio y la desolación de Roma, tomada por Alarico en el año de 410; el inmenso desastre arrancó á su corazón elocuentes y doloridos acentos, y en su retiro ofreció asilo á los patricios fugitivos que, después de haber poseído los palacios de la tierra, tuvieron á gran favor hallar albergue en la celda de un cenobita. Allí, en fin, murió á la edad de ochenta y ocho años, corriendo el de 420, y quiso ser sepultado en el mismo lugar que tanto amara, junto al Pesebre del Redentor. Su cuerpo, en efecto, fué depositado en un sarcófago labrado en la peña, y trasladado después á Roma, donde es venerado en la basílica de Santa María la Mayor.

En la misma capilla sepulcral, en frente del altar en que se levanta el sepulcro vacío del ilustre doctor, hállase la sepultura común, vacía también hoy, de Santa Paula y de su hija santa Eustaquia. Muchas fueron en aquel tiempo las matronas romanas que renunciando á las grandezas del mundo por la práctica de las virtudes, movidas por el amor á los Santos Lugares, dejaron su patria para vivir retiradas junto á la cuna de Jesús, y entre las más ilustres se contaban Paula y Eustaquia, de la familia de los Escipiones. Su opulenta fortuna sirvió á la madre para fundar en Belén un monasterio de varones y tres mujeres, que puso bajo la dirección de san Jerónimo, y después de una vida de humildad, abnegación y sacrificio, rindió el alma en brazos de su hija en el año de 404, rodeando su lecho de muerte gran número de obispos, presbíteros, levitas y monjes, llegados de todos los puntos de Palestina para recibir su postrer suspiro y asistir á sus funerales.

Eustaquia, imitadora de sus virtudes, quiso como ella vivir y morir en Belén; quince años más permaneció en la tierra rigiendo uno de los monasterios fundados por santa Paula. Y al morir, ella que en vida jamás se separara de su madre, que con ella comía, que con ella se acostaba, siempre unidas en entrañable cariño, fué á reunirse con ella en el mismo sepulcro. Así están representadas, ya muertas y en una sola tumba, en el cuadro del altar. «Con feliz acierto, dice Chateaubriand, imprimió el pintor á las dos santas completa semejanza; la hija se distingue de la madre únicamente por su juventud y el blanco velo: la una andó en la vida mayor trecho que la otra, pero las dos han arribado al mismo puerto.»

A los dos años de la muerte de san Jerónimo falleció en Belén su fervoroso discípulo Eusebio; natural de Cremona, dejó patria y bienes para vivir y aprender al lado del eminente doctor, y fueron tales sus progresos en la ciencia y la virtud que san Jerónimo le nombró abad de un monasterio de Belén. Sepultado á poca distancia de aquél, sus reliquias no existían ya en el altar que allí mismo le está dedicado.

Cada tarde á las cuatro los quince ó veinte Padres que forman la comunidad franciscana de Belén, los trujimanes ó intérpretes de que se sirve, y los monacillos y niños de la escuela se reunen en la iglesia del convento, puesto bajo la advocación de Santa Catalina; en ella, habilitada para parroquia, han debido refugiarse los

católicos desde que por griegos y armenios fueron despojados del magnífico templo que les sirviera de catedral en otra época. Es la capilla, en la que hace poco se estaban verificando obras para ensancharla, de una sola nave, larga y angosta, oscura y muy baja de techo, y por tradición se cree que en ella apareció la Virgen María á la virtuosa doncella que de este modo se convirtió al cristianismo. Desde allí, y por una escalera particular que permite á los latinos bajar á la cripta sin pasar por el coro de los griegos, dirígense los Padres en devota procesión á los varios santuarios que quedan descritos, empezando por el de la Natividad y acabando por el de San Eusebio. Nubes de oloroso incienso, oraciones y solemnes cánticos renuevan diariamente en aquellas subterráneas bóvedas la memoria de los misterios y grandes sucesos en ellas realizados. «¡Salve, capullos del martirio, que en el mismo umbral de la luz tronchó el perseguidor de Cristo como troncha la ráfaga las nacientes rosas! ¡Salve, primicias de las víctimas cristianas, tierno rebaño por su causa inmolado! Debajo de este altar, son ahora vuestro inocente recreo coronas y palmas.»

Así canta en la capilla de los santos Inocentes el coro de niños belenitas, y duro ha de ser el corazón y cerrado á todos los grandes y dulces sentimientos de fe y piedad que no se ablande y conmueva á la vista de aquel espectáculo.

Los viajeros católicos que se encuentran en Belén suelen formar parte de la procesión, y con ella, recorridos los santuarios y oratorios en el mismo orden que los hemos citado, vuelven á la iglesia de Santa Catalina, y acompañan á los hospitalarios Padres á las salas de su convento. A una de ellas le sirven de adorno los retratos de varios soberanos de Europa, y entre ellos los de Roberto de Anjou y de su esposa Sancha de Aragón, grandes bienhechores de la heróica empresa que sostienen en Tierra Santa los hijos de san Francisco. El convento hállase contiguo y se extiende á lo largo del muro septentrional de la basílica, y créese que ocupa el lugar de una de las fundaciones de santa Paula. Tiene una parte reservada á los Padres y otra muy espaciosa destinada á hospedería para los peregrinos extranjeros. A la escuela establecida y mantenida por los frailes concurren ciento y veinte niños católicos, y ocasiones ha habido en que su número ha sido aún mayor.

Además de esta escuela, el canónigo Belloni, profesor que fué de Sagrada Escritura en el seminario de Beit-Djalla, ha fundado en Belén una casa de orfandad muy digna de ser aquí mencionada, puesta bajo la advocación de la *Santa Familia*. Sin más recursos que su inagotable abnegación y los dones de la caridad pública y privada, ha establecido sobre muy sólidas bases un establecimiento modelo en el que doscientos alumnos, de ellos sesenta internos, reciben diariamente el doble beneficio de una educación cristiana y de una instrucción suficiente para entrar luego con desahogo por todas las sendas sociales.

Conviene citar también, entre los establecimientos benéficos de que ha dotado á la reducida ciudad el espíritu católico, otros dos conventos franceses, última y recientemente establecidos; es el uno residencia de Carmelitas y el otro de misioneros del

Sagrado Corazón de Betharam. Las hermanas de San José visitan los enfermos á domicilio, y son queridas y veneradas por la población entera.

En el lado meridional de la basílica se levanta el convento griego y á continuación el armenio, formando, junto con el latino, imponente mole que vista de lejos y también de cerca se asemeja á una fortaleza. Los monjes que en el primero residen son en corto número y están colocados bajo la jurisdicción de un obispo sufragáneo del patriarca griego de Jerusalén. Este convento, lo mismo que el armenio, se llenan de peregrinos pertenecientes á su respectivo rito llegadas que son las fiestas de Navidad y Pascua.

Lleva el nombre de escuela de San Jerónimo un salón abovedado dependiente del convento armenio, y si no la bóveda, las paredes pueden datar de remotísima época. El tiempo, y más que éste los hombres, le han causado grandes desperfectos; como á la mitad de su altura se ha construído un piso que lo divide en dos salas distintas, inferior y superior, y ni rastro queda á la vista de las seis hermosas colunas que la decoraban, empotradas como están en sendos y pesados pilares. ¿Perteneció á uno de los conventos fundados por santa Paula alrededor de la basílica? ¿Estuvo allí la biblioteca del santo doctor? ¿Recibía san Jerónimo en su vasto recinto el gran número de extranjeros que se presentaban á consultarle? Posible es todo esto y así lo afirma la tradición, pero de un modo cierto y auténtico no se sabe.

No cabe decir otro tanto de la gruta para siempre venerable de la Natividad. Dudo que exista en el mundo, escribe M. Bourassé, lugar histórico de autenticidad más cierta y positiva que el establo de Belén. ¿Cómo suponer racionalmente que los apóstoles y los primeros cristianos no tuviesen conocimiento exacto y preciso del lugar en que nació el Salvador? Y la prueba de que la tradición no era dudosa en el siglo II de nuestra era está en el hecho de que el emperador Adriano, por mandato del cual fueron profanados con la erección de ídolos paganos el Calvario y el sepulcro de Jesucristo, lo propio que los demás sitios consagrados por los más cruentos misterios de la religión cristiana, dispuso que se plantara un bosquecillo dedicado á Adonis en la colina que cobija la cueva que presenció los portentos de la maternidad divina. Esto acredita que los cristianos no habían dejado de frecuentar el camino que guía á la cuna del Redentor, y pruébanlo también y dan en el propio siglo testimonio en favor de la cueva de la Natividad los escritos de Justino y Orígenes. Un escritor contemporáneo de santa Elena escribe que uno de los primeros cuidados de la madre de Constantino fué purificar la cueva de Belén erigiendo allí un templo dedicado á la Virgen María, y testimonio de ello, en cierto modo viviente, á contar desde el siglo IV, es la magnífica basílica que aun subsiste sobre la venerada cripta. Antes de erigirla, entre los años 327 y 333, santa Helena y Constantino hubieron de cerciorarse de la legitimidad de lo que aseguraban á una los documentos y la tradición, y es evidente que el antiquísimo y majestuoso edificio lleva en sí mismo, dice Guerin, por su remota fecha y su venerable vejez, una de las pruebas más irrebatibles de la veracidad de la tradición.

Arqueólogos hay, sin embargo, que sostienen ser las naves lo único que resta de

la primitiva fábrica; el antiguo coro, dicen, fué por insuficiente derribado en tiempo de Justiniano (siglo VI) y sustituído por el que existe aún ahora. Otros, adelantando más, creen que el primer monumento desapareció casi por completo y que á Justiniano es debida la actual basílica, excepto, como es de suponer, la techumbre de madera varias veces reconstruída, una parte de los muros exteriores restaurados en edad más avanzada, y la decoración de mosaico que data del siglo XII ó de la época franca.

Combate la primera opinión el reputado arqueólogo M. de Vogué en su libro sobre las iglesias de Tierra Santa, que goza de muy grande y merecida fama; observa este autor que la unidad de plan y la armonía que reina en toda la obra prueban sin dejar sombra de duda la unidad de concepción y de ejecución, y manifiesta cuán errados están los que miran en ella el trabajo de dos épocas distintas. Tampoco tiene por admisible el segundo sistema por las notables diferencias que existen entre la iglesia de Belén y las construcciones de Justiniano, y de todo deduce que el monumento es todo él obra de Constantino. Tiénese sí por opinión muy admisible que la basílica primitiva no contaba sino con un ábside mirando á oriente y que por lo mismo los dos del crucero fueron innovación de Justiniano.

Antes de este emperador, san Jerónimo, al elegir, conforme hemos visto, por lugar de retiro y penitencia una cueva inmediata á la cuna de Jesucristo, elevó allí con sus imperecederos escritos monumento más durable todavía que el de la piadosa emperatriz. A contar desde aquella época son innumerables los testimonios, y citarlos no es ya del caso.

La iglesia, por efecto de los siglos y de las persecuciones, ha experimentado no poca alteración, según queda explicado; reparada por los emperadores griegos, embellecida por los reyes latinos, fué uno de los más bellos y suntuosos templos, no sólo de Tierra Santa, sino de la cristiandad. En ella, en el año de 1101, Balduino I fué ungido y coronado rey de Jerusalén.

Es Belén antiquísima ciudad cuya fundación se pierde en la noche de los tiempos, y dícese que fué apellidada Ephrata por ser éste el nombre de la mujer de Caleb; perteneció á la tribu de Judá, y de ella fueron naturales muchos personajes citados en la historia del pueblo escogido, entre otros Abesan, séptimo juez de Israel. Allí nació y vivió David en compañía de sus siete hermanos y de su padre Isai, y los inmediatos montes presenciaron sus primeras hazañas contra las fieras cuando apacentaba los rebaños de su casa. En Belén le ungió Samuel y le confirió por disposición divina la regia investidura al colmarse la medida de la desobediencia de Saul; de la misma ciudad, abierta la campaña con los filisteos, partió, enviado por su padre, al campamento de aquel rey para llevar víveres á sus hermanos que en él militaban, empeñándose entonces el portentoso duelo que costó la vida al temido Goliat. Roboam aumentó las fortificaciones de Belén, y de ella hablaba el profeta cuando decía: «Belén, no eres en verdad la más pequeña de las ciudades de Judá cuando de tu seno ha de nacer un rey que gobernará al pueblo de Israel.» Después del cautiverio de Babilonia únicamente

ciento veintitrés belenitas regresaron á su patria. El apóstol san Matías vió la luz primera en la misma ciudad que su divino Maestro. Por san Jerónimo se sabe que junto á su celda estaba el sepulcro de Arquelao, hijo de Herodes, el que recibió de Augusto la corona de Judea; un venerado altar cobija las cenizas de las inocentes víctimas de su padre, dice Mislin, al paso que nadie inquiere ni se acuerda de lo que haya sido de la sepultura de Arquelao.

Como las demás ciudades de Tierra Santa cayó Belén bajo el yugo musulmán, y en la época de las Cruzadas fué de las primeras en sacudirlo para enarbolar la enseña de la cruz.

«Al tiempo que la hueste cristiana, dice M. Michaud en su *Historia de las Cruzadas*, avanzaba por los montes de Judea, los musulmanes que moraban en ambas riberas del Jordán, en las fronteras de Arabia y en los valles de Sichém, acudían á la capital, los unos para defenderla con las armas, los otros para hallar dentro de sus muros un refugio para sus familias y ganados. A su paso eran los habitantes cristianos ultrajados y reducidos á cautiverio, y en iglesias y oratorios se cebaban las llamas. Las comarcas inmediatas á Jerusalén ofrecían un aspecto de desolación, y en campos y ciudades resonaba el hórrido estruendo de la guerra.

»Los Cruzados pernoctaron en la aldea de Anathot ó de San Jeremías, llamada Emmaus por nuestros cronistas, distante tres leguas de Jerusalén, y allí recibieron una embajada de los cristianos de Belén que imploraban su auxilio. Conmovido por sus súplicas, Tancredo se puso en marcha á media noche con trescientos guerreros, y fué recibido en Belén entre las bendiciones del pueblo cristiano. Entonando piadosos cánticos visitaron los caballeros la cueva donde nació el Salvador, y Tancredo clavó su pendón en la santa metrópoli á la hora misma en que fuera anunciado á los pastores el nacimiento de Jesús.»

En el año de 1110 fué erigida Belén, priorato en un principio, en sede episcopal por el pontífice Pascual II á instancia de Balduino I, y el obispo, en su calidad de conde del territorio, aprontaba una compañía de doscientos hombres de armas al convocar el rey de Jerusalén á los feudatarios de la corona.

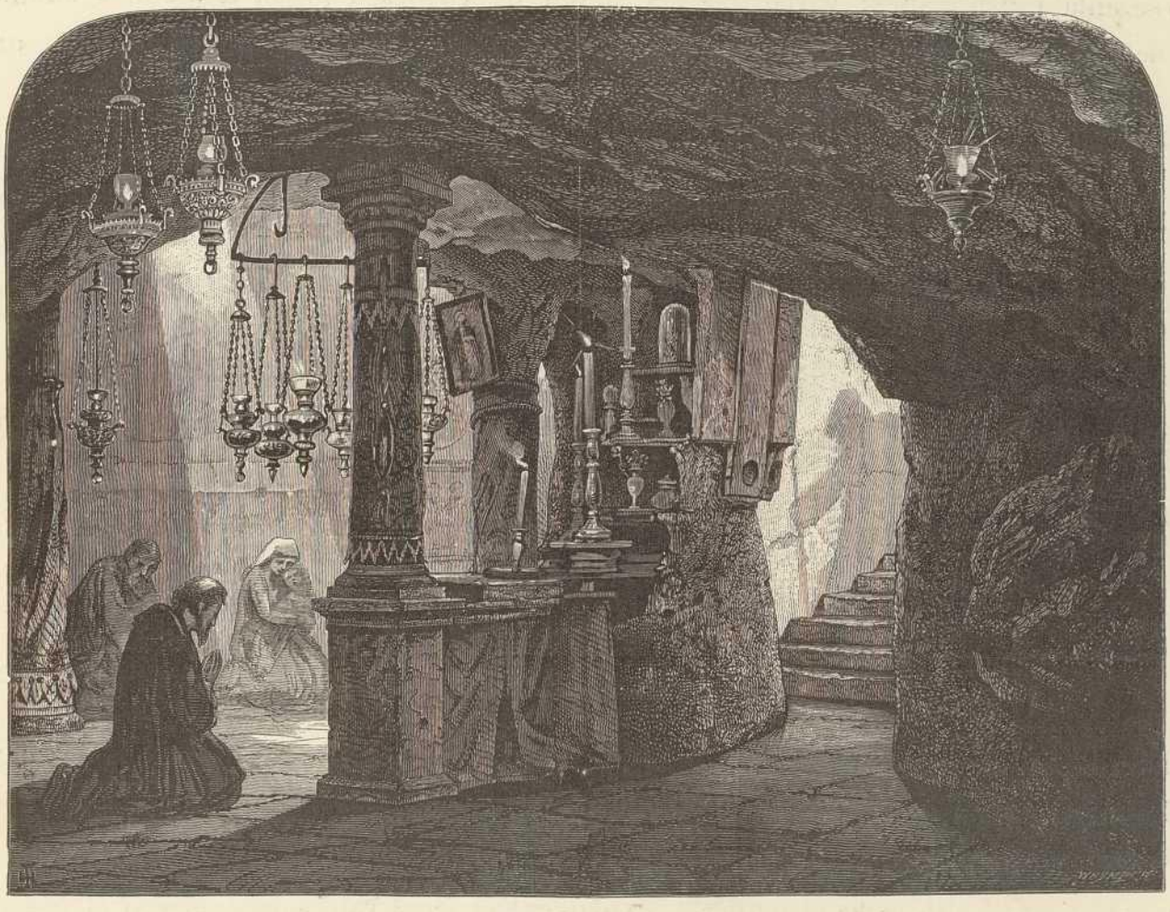
Los musulmanes entraron en ella á saco en 1244; la basílica fué robada y devastada, pero el magnífico monumento quedó en pié y pudo librarse del furor de la barbarie.

En 1499 la ciudad estaba todavía fortificada y defendida por dos fuertes, uno al oeste, en la parte alta, inmediato al camino que guía á Jerusalén, y otro al este, junto á la basílica.

Al visitarla el *Devoto Peregrino* á principios del siglo XVII, habría venido la ciudad muy á menos, en cuanto escribe que la vió casi toda destruída, contando apenas trescientos vecinos; otra vez, empero, crecería en importancia y población cuando se sabe que en el año de 1834 Ibrahim-bajá, para castigarla de su rebelión, mandó arrasar el cuartel turco, pudiendo todavía verse ruinas que datan de dicha época.

A unos trescientos pasos al sudeste de la basílica de la Natividad, encuéntrase en la

ladera de un altillo una cueva, generalmente llamada *Gruta de la leche*. Bájase á ella, después de pasar la puerta cerrada con una verja de hierro, por una escalera de trece peldaños; de forma irregular, mide unos seis pasos á lo largo por cuatro á lo ancho, y está abierta en una especie de toba ó piedra blanquizca y muy blanda, como que con facilidad se desmenuza. Sostienen la bóveda siete colunas, y recibe luz por una abertura en aquélla practicada. El altar, que mira á oriente, está adornado con lámparas y flores, y venérase en él una imagen de la Virgen. Cuenta la tradición que al saber san José los sanguinarios propósitos de Herodes se escondió en esta gruta con María y el Divino Niño, aguardando ocasión oportuna para marchar á Egipto; que allí, la santísima



Gruta de la Leche

Virgen, cuyos pechos habían quedado secos por el terror, recobró la perdida leche con tal abundancia que cayeron algunas gotas al suelo. De ahí el color blanco de la peña, y también la propiedad particular que se le atribuye de ser, reducida á polvo, eficaz remedio para las madres que se hallan imposibilitadas de criar á sus hijos; de esta creencia, general en toda la comarca, nace la veneración en que es tenido el santuario por cristianos y musulmanes. La gruta pertenece á los Padres franciscanos de Belén; en otro tiempo existió allí una iglesia dedicada á san Nicolás, y créese que en aquel sitio estuvo edificado uno de los monasterios de santa Paula.

A pocos minutos de la Gruta de la Leche, en la dirección del sudeste, vense, en la ladera oriental de la propia colina, en medio de un olivar, los restos de antigua

capilla, arruinada hoy casi del todo, erigida, dice la tradición, donde estuvo situada la casa que fué de san José, habiendo antes pertenecido á su antecesor David.

Fuera del recinto de Belén encuéntranse en varios puntos vestigios de antiguos monasterios, y no es maravilla, ya que, según hemos dicho, santa Paula fundó cuatro y desde el siglo IV hasta la invasión musulmana habíanse erigido otros alrededor del Pesebre. Por entre ruinas que quizás á ellos pertenezcan, á unos quince minutos de la ciudad, llégase á la aldea de Beit-Sahur, de la que eran originarios los pastores que prestaron los primeros homenajes al Dios recién nacido. Cuenta seiscientos habitantes, de ellos cuatrocientos y noventa cismáticos, cincuenta católicos y sesenta musulmanes; varias cuevas sirven de rústica morada á algunas familias ó de refugio al ganado. Entre las antiquísimas cisternas que se conservan lleva una el nombre de la Virgen María, por ser de tradición que en su huída la atribulada

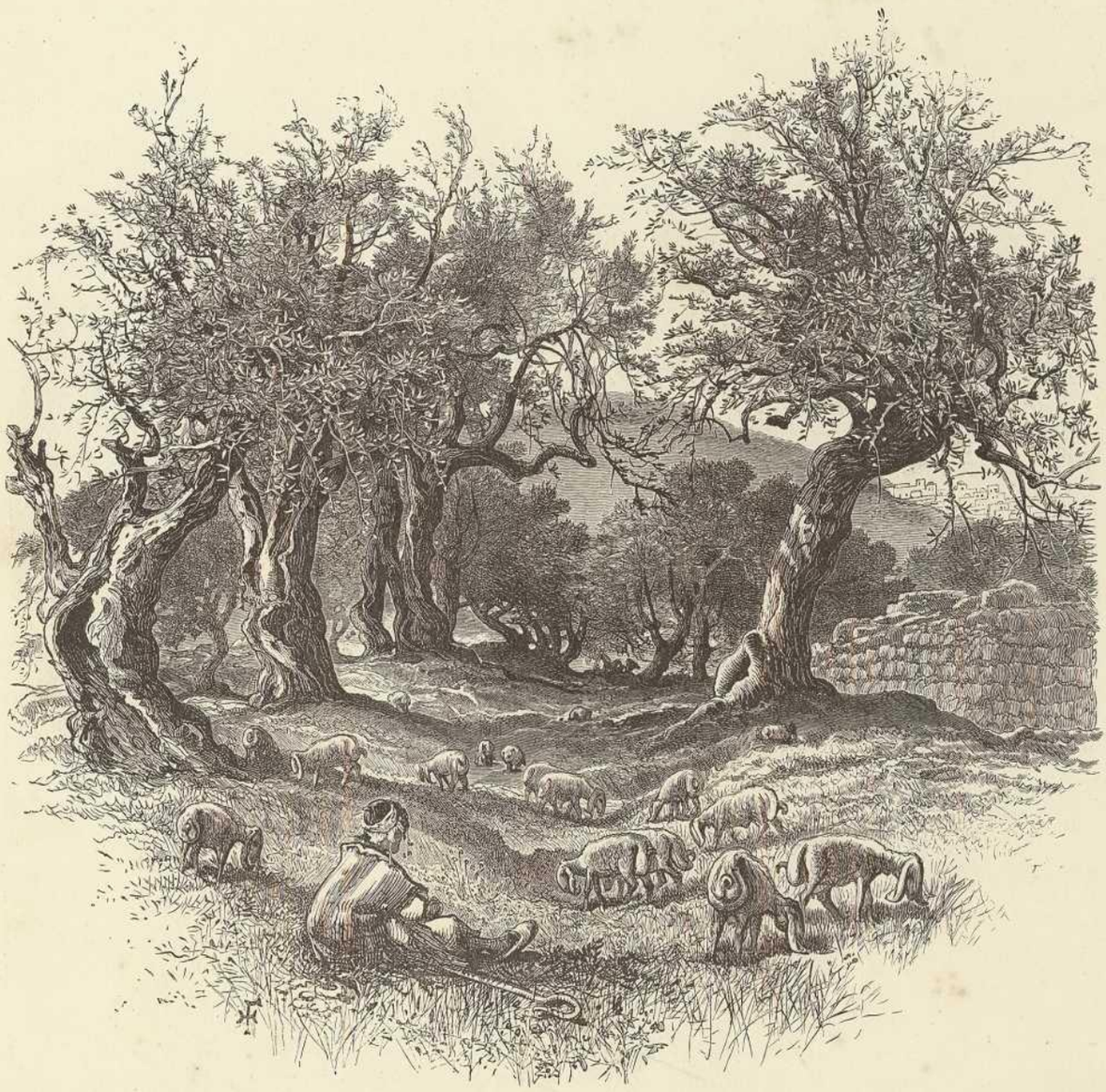
Campo de los Pastores, en lontananza las montañas de Moab

madre bebió de su agua, que para ello subió milagrosamente hasta el brocal. La iglesia parroquial de los católicos está dedicada á la Inmaculada Concepción y es de construcción moderna.

No lejos de allí, hacia el nordeste, extiéndese el fértil valle conocido con el nombre de Ued-Kharubeh, y en medio del llano existen las ruinas de antiguo monasterio llamado Deir er-Rauat (de los Pastores). Santa Helena, á creer á la tradición que le atribuye cuantos edificios antiguos y religiosos existen en el país, levantó allí una iglesia dedicada á los *Santos Angeles* con el título de *Gloria in excelsis;* de ella nada queda en el día, y únicamente por una escalera de veintiún peldaños se baja á una capilla subterránea, que sería la cripta del templo superior. Aun hoy, al practicar excavaciones, se encuentran allí trozos de mosaico y otros restos que inducen á sospechar que el monumento fué digno de la princesa que en tantos sitios dejó testimonio de su piedad y munificencia; actualmente está la gruta muy pobremente decorada, y pertenece á los griegos. Es tradición que el monasterio habitó Casiano, autor del oficio de prima, recibido tiempo después entre las horas canónicas.

En aquella gruta se hallaban recogidos y velando los pastores cuando los ángeles del Señor, en fría noche de diciembre, les anunciaron la buena nueva [1].

Allí, en aquel valle, elevóse la Torre del ganado (Mighdal Heder) junto á la cual plantó Jacob su tienda después que perdió á su amada Raquel, muerta al regresar de Mesopotamia y al dar á luz el hijo de su dolor, Benjamín; fué sepultada, dice el Génesis, en el camino de Ephrata.



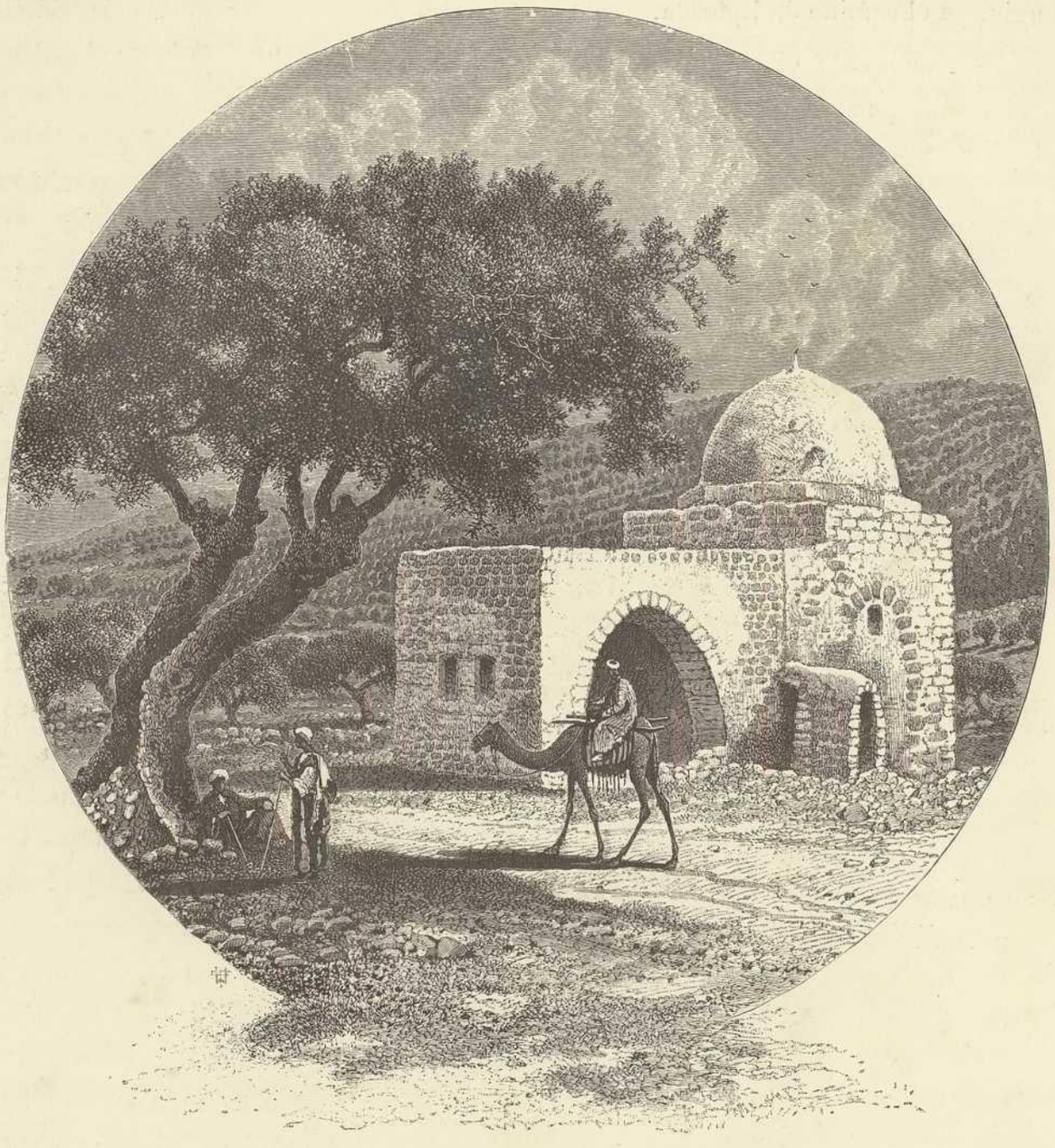
Campo de los Pastores, inmediato á Belén

En oposición á este doloroso recuerdo dice la tradición que allí estuvo situado el campo del opulento Booz, teatro del tierno y gracioso idilio referido en el libro de Ruth.

El lugar en que se dió tierra al cadáver de Raquel y donde erigió Jacob un monumento á su memoria, hállase, según tradición unánime de cristianos, musulmanes y

[1] Esta es la tradición antiquísima y general; sin embargo, en el año 1861 M. Guarmani descubrió como á un kilómetro de distancia hacia el norte, en el lugar llamado Seiar-er-Rhauem (corrales de ovejas), las ruinas de otro santuario abandonado hacía siglos del cual ni noticia se conservaba. Hállanse en él vestigios de los tres sepulcros de que hablan los antiguos peregrinos como pertenecientes á los pastores que adoraron á Jesús, y de todo ello deducen algunos autores que aquel es el verdadero lugar de la aparición angélica.

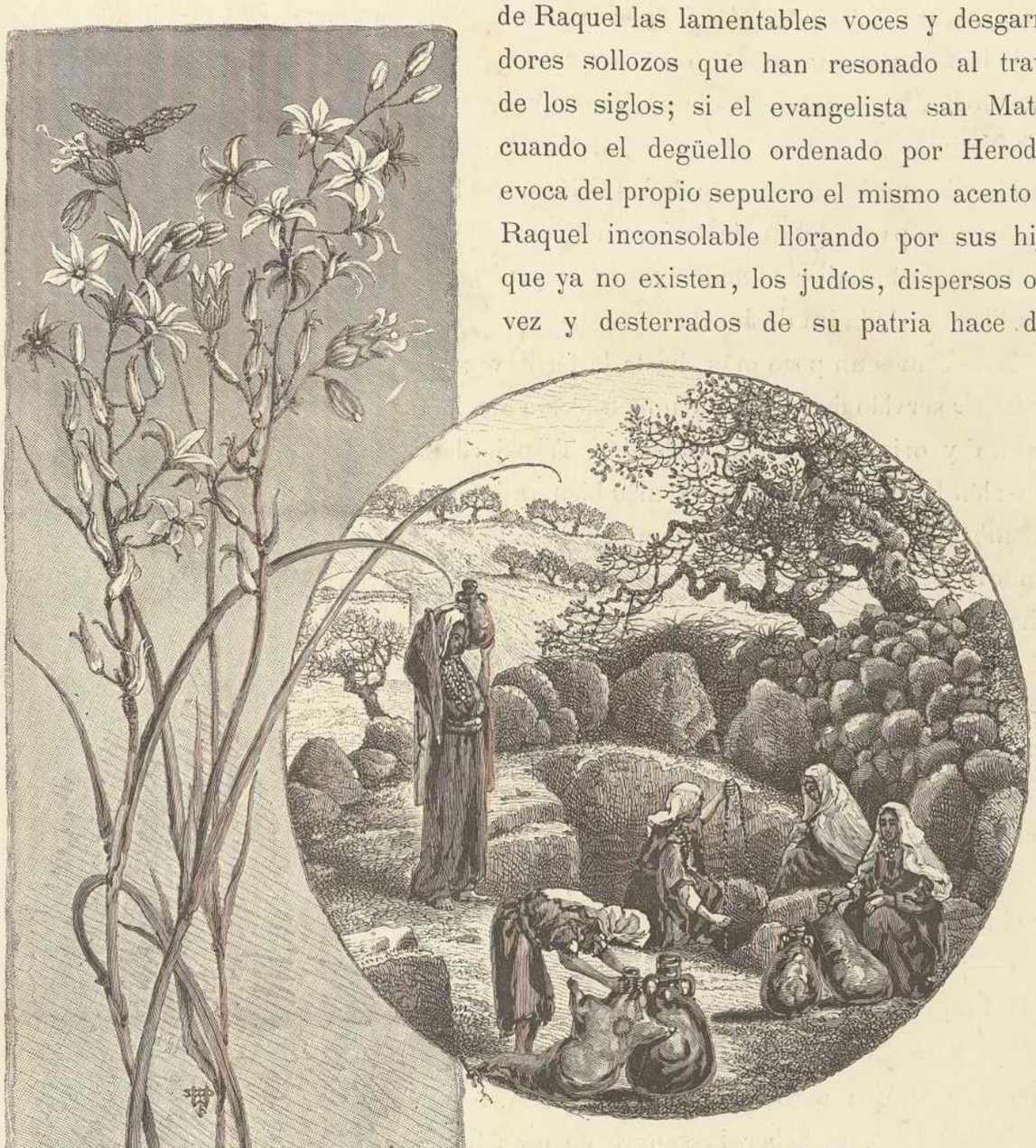
judíos, á unos veinte minutos de Belén, hacia el norte, siguiendo el camino que guía á Jerusalén. Setecientos años después el profeta Samuel, al ungir por rey á Saul, le habló de este monumento junto al cual debía hallar el nuevo rey á los mensajeros de su padre; en el siglo IV menciónalo san Jerónimo, en el VII lo vió san Arnulfo, y en la Edad Media lo formaban una pirámide y doce grandes piedras, en memoria de los doce hijos de



SEPULCRO DE RAQUEL

Jacob. Créese que los cristianos habían construído en aquel punto una capilla; pero en el día no pasa de ser un *ualy* musulmán, cuya pequeña cúpula, varias veces reconstruída y blanqueada con cal, cobija un sepulcro, apócrifo á todas luces, con todas las apariencias de uno de los numerosos sarcófagos ó cenotafios que encierran las cenizas ó están dedicados á la memoria de un santón. Su última reparación data del año 1841 y fué debida á la liberalidad del israelita Moisés Montefiore, opulento banquero de Londres. Para los judíos es aquel un monumento venerando, y gustan de inscribir su nombre

en las paredes, asociando la memoria de la esposa querida de Jacob á los dolores de su pueblo. Si en la época del primer cautiverio en Babilonia oyó Jeremías en el sepulcro de Raquel las lamentables voces y desgarradores sollozos que han resonado al través de los siglos; si el evangelista san Mateo, cuando el degüello ordenado por Herodes, evoca del propio sepulcro el mismo acento de Raquel inconsolable llorando por sus hijos que ya no existen, los judíos, dispersos otra vez y desterrados de su patria hace diez



Pozos de David

y ocho siglos, no dejan jamás, al llegar como extranjeros á la tierra que no es ya la suya, de visitar la venerada tumba de la mujer en la cual personifican su raza; prosternados ante ella, riéganla con su llanto y creen oir todavía los gemidos de la triste madre, imagen de la desolada Palestina.

Siguiendo el camino de Jerusalén por cómoda y ancha carretera quedan á la izquierda, en inmediato cerrillo, las ruinas de un templo que estuvo dedicado al profeta Habacuc, y á poco se llega al monasterio griego de San Elías, que, como todos los de la

Tierra Santa, tiene el aspecto de una fortaleza. La iglesia actual data del año 1160, pues la interior quedó destruída por efecto de un terremoto. Las paredes son muy altas y gruesas, con muy pocas aberturas; la puerta, baja y angosta, está claveteada de hierro. Desde la azotea del monasterio gózase de admirable perspectiva: á una hora de Belén al mediodía, y á igual distancia de Jerusalén, al norte, distínguese á un lado la iglesia de la Natividad, cuna de Jesucristo; al otro la cúpula del Santo Sepulcro, sitio en que murió, y la cumbre del monte de los Olivos, desde donde ascendió á los cielos.

A pocos pasos del monasterio venérase al pié de añoso aceituno una peña en la que dice la tradición haber tomado reposo el profeta Elías al huir á los desiertos de Judá para librarse de la ira de Jezabel.

Avancemos un poco más, hasta la fértil vega llamada en la Biblia de los Rafaim, por haber servido de morada á una fracción de la tribu de este nombre, de gigantesca estatura y originaria de la Palestina Transjordana, y como á cuatro kilómetros de Jerusalén hallaremos un pozo, ó más bien antigua cisterna. Conocida es en el país con el nombre de los Tres Reyes y también de la Estrella, porque allí, según tradición, brilló de nuevo á la vista de los Magos la estrella que les sirviera de guía en su viaje y que se había ocultado á su llegada á Jerusalén.

A su ejemplo tomemos de nuevo el camino de Belén, punto de partida para la expedición al Jordán; pero antes de emprenderla, visitemos, á pocos pasos de la misma carretera, á unos siete minutos de la ciudad, tres cisternas llamadas *Biar-Daud* (Pozos de David), por ser oponión general que datan de la época de dicho monarca. A lo que se cuenta, de una de ellas era el agua que, estando oculto David en la cueva de Odollam, le presentaron, arrostrando mil peligros, tres de sus esforzados partidarios para satisfacer el antojo por él manifestado.

«—¡Oh! si alguno me diera á beber agua de la cisterna que hay en Belén junto á la puerta! dijo David.—Y al momento tres valientes rompieron por el campamento de los filisteos y sacaron agua de la cisterna de Belén, que está junto á la puerta, y se la trajeron á David; pero él no quiso beberla, é hizo de ella ofrenda al Señor, diciendo: —Líbreme Dios de beber la sangre de esos hombres y de llevar á mis labios el agua que han comprado con peligro de su vida.»

Fundados algunos críticos en que de los Pozos de David no puede decirse exactamente que se hallen junto á la puerta, á no ser que la ciudad antigua se extendiese hasta aquel punto, lo cual no se tiene por probable, ponen en duda la autenticidad de la tradición, y opinan que la cisterna del sagrado texto es una de las que existen en el antiguo atrio de la iglesia de la Natividad.

III

Beit-Djalla.—Fuente de San Felipe.—Monasterio de la Santa Cruz.—Ain-Karim ó San Juan de la Montaña.—Santuario de la Natividad de San Juan Bautista.—Santuario de la Visitación.—Cueva de San Juan.—Sepulcro de Santa Isabel.—Monasterio de San Sabas.—Otros desiertos.—Los Beduinos.—El río Jordán.—Fuente de Eliseo.—Jericó.—Paso del Jordán por los israelitas.—Gálgala.—Recuerdos históricos.—Er-Riha.—Montaña de la Cuarentena.

A la salida de Belén, tomando el camino que dirige á San Juan de la Montaña, vense á poco, dada la vuelta á un cerro, las elegantes líneas de un edificio gótico dominando los árboles que le rodean y destacándose atrevidas sobre el azul del cielo. Es Beit-Djalla, mansión abierta al estudio, al retiro y á la oración. A corta distancia de la cuna del Salvador y de la cueva en que realizó san Jerónimo sus admirables trabajos, el patriarca latino de Jerusalén ha querido establecer un gran seminario. El edificio es bello y digno de los fieles que le han prestado la cooperación de sus limosnas. Rodéalo una población de dos mil almas en que los griegos cismáticos están en mayoría.

Al pié de la colina en que se halla situada mana abundosa fuente en medio de espeso olivar. Pasado éste éntrase en angosta cañada cuyo fondo lo forma un torrente, seco en verano, pero muy caudaloso en invierno, afluyente del río de Ascalón.

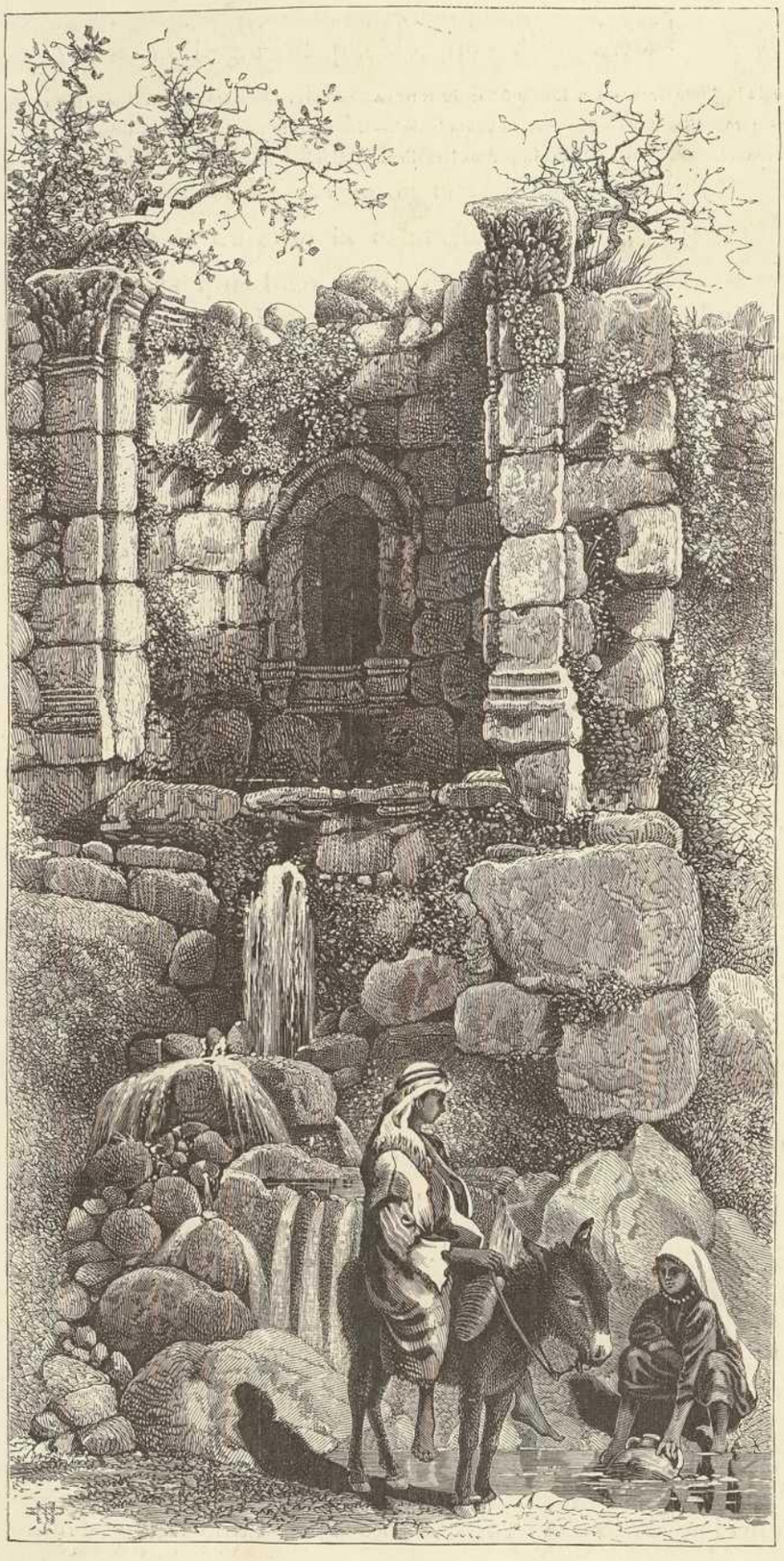
Es aquel el camino más directo y corto de Jerusalén á Gaza, y según tradición del país y opinión de muchos autores, allí fué guiado el apóstol san Felipe por inspiración divina al tiempo que un etíope famoso, eunuco de la reina Candacia, regresaba de Jerusalén á su patria, y sentado en su carro iba absorto en la lectura de Isaías. —¿Entiendes lo que lees? le preguntó el apóstol.—No, en verdad, si alguien no me lo explica, contestó el etíope, y en seguida rogó á Felipe que subiera al carro y se sentara á su lado. Hízolo así, y explicándole el sagrado texto le reveló á Jesucristo. Hallaron luego á su paso una fuente, y el etíope dijo:—Allí brota agua ¿qué dificultad hay en que sea bautizado?—Ninguna, respondió el apóstol, si tienes fe en tu corazón.—Creo que Jesucristo es hijo de Dios, dijo el magnate, y mandando entonces detener el carro y echando los dos pié á tierra, Felipe le bautizó.

La tradición añade al bíblico relato que este magnate llegó á ser el apóstol de Etiopia.

La fuente mana todavía fresca y límpida en el Ued-el-Uard (valle de las Rosas), como á una hora de marcha por el solitario sendero; los árabes la llaman Ain-el-Hanieh; pero de la iglesia allí levantada en memoria del suceso no quedan más que ruinas, entre ellas cuatro fustes de coluna.

Escritores hay, sin embargo, que, siguiendo á san Jerónimo, fijan en el Ain-ed-Dirueh, á poca distancia de las ruinas de Bethsur, el sitio del bautismo del etíope.

A nuestra derecha queda entre colinas de suaves ondulaciones el monasterio de la Santa Cruz, circuído de altos y fuertes muros. Es de tradición que el leño de la cruz del Salvador fué cortado en aquel sitio, creencia que nada contradice ni confirma, á no ser la existencia de grandes árboles en los alrededores. El monasterio está habitado por religiosos griegos; en el siglo XIII moraba en él una comunidad católica.



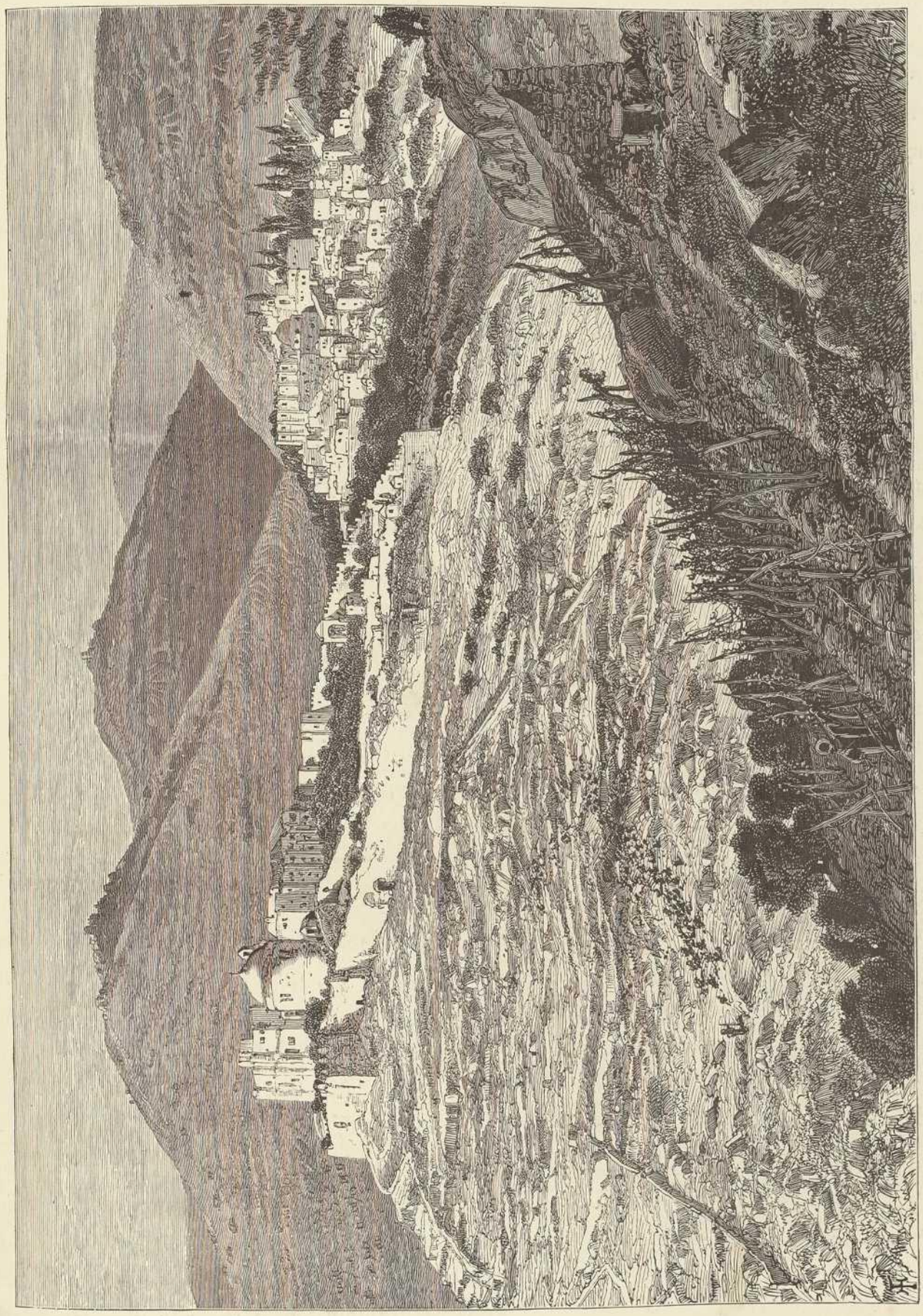
AIN-EL-HANIEH, EN EL VALLE DE LAS ROSAS

Fundado en el VII por el emperador Heraclio fué reconstruído por los Cruzados, y recientemente ha sido restaurado por el oro de Rusia. La iglesia, en especial, recargada de adornos, de mosaicos y pinturas, es digna de llamar la atención del viajero. Junto al altar mayor, una abertura practicada en el mármol del pavimento señala el punto en que estuvo plantado el olivo de la cruz.

Los árabes llaman á este monasterio *Deir el-Mussa-Uabeh*, y es fama que posee muchos manuscritos georgianos.

Desde allí el camino se hace más áspero y difícil, más montuoso el paisaje; en las alturas se observan varias cumbres cónicas semejantes á la de El-Fureidis, y en la comarca, que es llamada un desierto, vense, sin embargo, algunas aldeas escalonadas en la falda de los montes en cuantos puntos brota un poco de agua. Las

vides crecen lozanas en aquel suelo fragoso, sombreado por grupos de árboles, entre los que domina el olivo. Rápida cuesta lleva al fondo de estrecho valle, y en él está situado

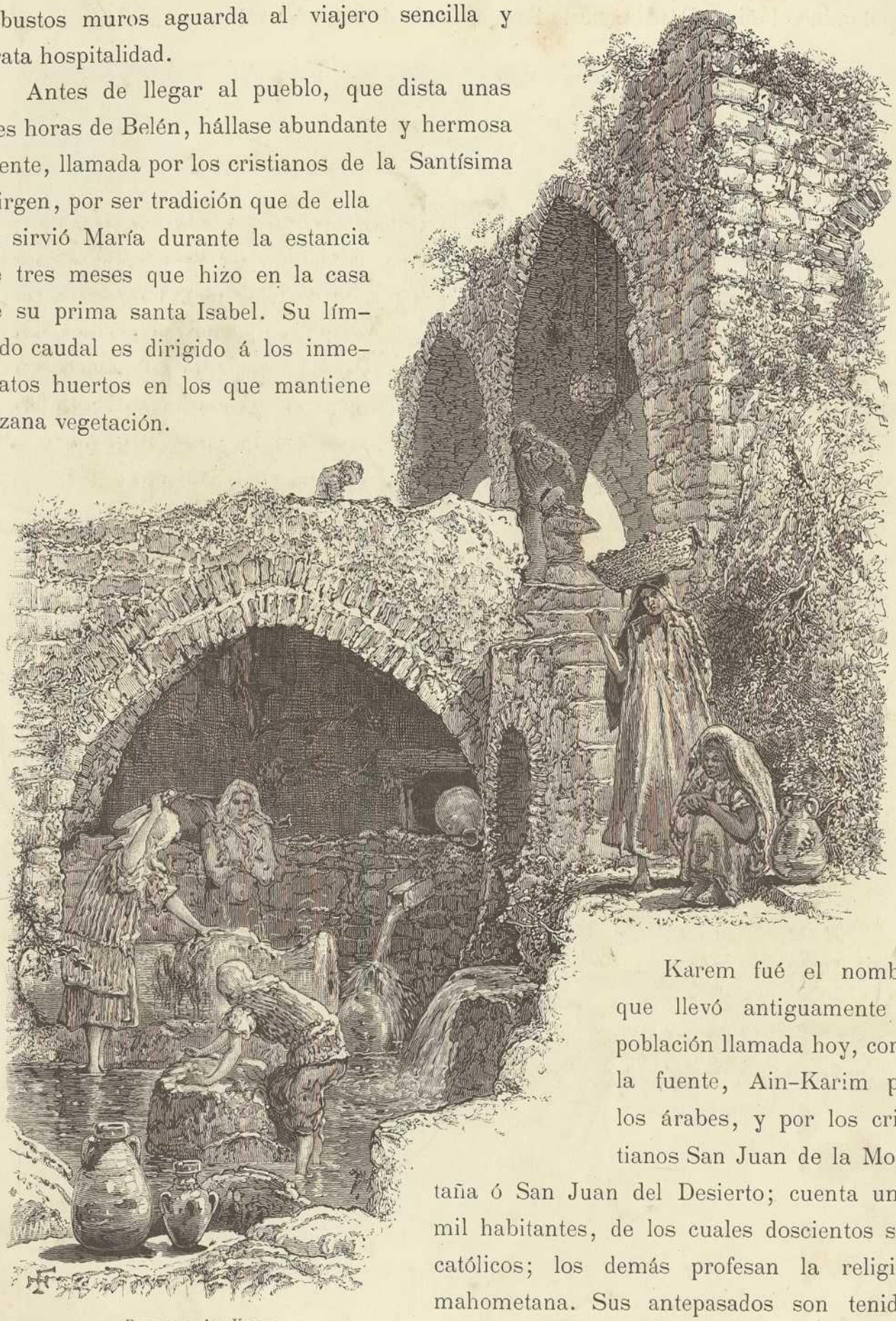


Ain-Karim ó San Juan de la Montaña

el pueblo de San Juan de la Montaña. El convento de los Padres de Tierra Santa se eleva por entre las chozas á su alrededor agrupadas, y si también aquí el pacífico

claustro tiene todo el aspecto de una construcción militar, dentro de aquellos altos y robustos muros aguarda al viajero sencilla y grata hospitalidad.

Antes de llegar al pueblo, que dista unas tres horas de Belén, hállase abundante y hermosa fuente, llamada por los cristianos de la Santísima Virgen, por ser tradición que de ella se sirvió María durante la estancia de tres meses que hizo en la casa de su prima santa Isabel. Su límpido caudal es dirigido á los inmediatos huertos en los que mantiene lozana vegetación.



Fuente de Ain-Karim

Karem fué el nombre que llevó antiguamente la población llamada hoy, como la fuente, Ain-Karim por los árabes, y por los cristianos San Juan de la Montaña ó San Juan del Desierto; cuenta unos mil habitantes, de los cuales doscientos son católicos; los demás profesan la religión mahometana. Sus antepasados son tenidos por Mogrebinos, esto es, por originarios de Occidente y en especial de España, de donde, dicen, los expulsó don Fernando el Católico. Sus viviendas, aunque toscamente construídas, no parecen tan miserables

como las de otros pueblos; la campiña está bien cultivada, y varias familias se dedican al cuidado de colmenas, de las que extraen aromática miel muy estimada en Jerusalén.

Al este del pueblo levántanse el convento y la iglesia de los Padres de San Francisco en el mismo lugar que ocupó la casa de Zacarías. Ensanchado el convento hace pocos años, consta de dos pisos sobre los que se extienden vastas azoteas; la hospedería

Iglesia de San Juan en Ain-Karim

es cómoda y espaciosa. Viven en él siete Padres profesos y siete legos, españoles todos. Un maestro árabe, mantenido por el convento, está al frente de la escuela de niños.

Consta la iglesia de tres naves y mide unos treinta y siete pasos á lo largo por unos veinte á lo ancho; rematada por esbelta cúpula sostenida por cuatro robustas colunas, está embaldosada de mármoles de varios colores formando una especie de mosaico, y hasta cierta altura cubren azulejos las paredes. Entre los cuadros que la adornan, el que representa á san Juan en el desierto es atribuído á Murillo. El altar

mayor está dedicado á Zacarías, padre del Bautista, y á ambos lados se ven en mármol y de tamaño natural las imágenes de san Francisco de Asís y santa Clara. Existe á la derecha una capilla consagrada á la Visitación de la Santísima Virgen á santa Isabel; al lado izquierdo una escalera de siete peldaños de mármol conduce á la capilla subterránea donde nació el Santo Precursor en el sitio indicado por una abertura redonda practicada en el mármol del altar. Cinco bajo-relieves, también de mármol, representan los principales sucesos de la vida de san Juan, como son la Visitación de María, el nacimiento del santo, su predicación en el desierto, el bautismo por él conferido á Nuestro Señor Jesucristo y finalmente su degollación. Estas esculturas son muy celebradas y fueron regalo del rey de Nápoles. Seis lámparas, que no se apagan nunca, difunden suave luz en aquella cripta que no recibe otra y es designada con el nombre de santuario de la Natividad de San Juan Bautista.

Allí fué, en efecto, donde manifestó Dios su misericordia en santa Isabel concediéndole en los días de su ancianidad un hijo que había de ser grande ante el Señor y convertir á muchos hijos de Israel; allí su padre Zacarías, recobrando el uso de la palabra que perdiera en el templo y poseído de fervorosa alegría, prorrumpió en aquel magnífico cántico: *Benedictus Dominus Deus Israel,* que resonará en las naves de nuestras iglesias hasta la consumación de los siglos.

Hay en el altar un bello cuadro de la escuela española representando la Natividad de San Juan.

Todos los días visitan los Padres en procesión este altar, piadosa costumbre que practican en los principales santuarios de Tierra Santa.

La primitiva fundación de la iglesia se atribuye, aunque sin testimonios que lo acrediten, á la augusta madre del emperador Constantino; sábese únicamente que Cosroes la destruyó y que, reedificada después, fué mencionada por muchos peregrinos en los siglos XII y XIII. Abandonada por los cristianos vencidos, sirvió por dilatados años de cuadra para el ganado del pueblo, hasta que en el año de 1579 obtuvieron su propiedad los Padres de San Francisco, los cuales no habitaron todavía allí, limitándose á ir cada año de Jerusalén á celebrar misa al santuario el día de la Natividad del santo. Transcurrido algún tiempo volvió la iglesia en poder de los musulmanes, y en 1621 el reverendo P. Tomás de Novara, custodio de Tierra Santa, consiguió con grandes esfuerzos y una crecida suma recobrarla junto con el terreno á ella inmediato, donde se comenzó la obra del convento; pero otra vez los habitantes de Ain-Karim la hicieron suya, y de nuevo la convirtieron en establo y caballeriza hasta que en el año de 1672 las reclamaciones del embajador francés de Constantinopla alcanzaron un decreto devolviendo á los Franciscanos la posesión del venerable santuario. Empleáronse entonces en su reparación y en las obras del convento y hospedería crecidas sumas; mas en 1679 hubieron aquellos de retirarse nuevamente y aguardar aún algunos años antes de quedar dueños definitivamente de lo que era suyo. Finalmente en 1693 emprendieron nuevas obras en el claustro y embellecieron la iglesia.

Esta serie de atropellos justifica la fama de ferocidad que tienen los árabes de aquellos alrededores. A principios del siglo con motivo de las guerras contra Egipto, los pobres religiosos corrieron nuevos é inminentes peligros, entre ellos el de perecer de hambre.

A poca distancia del sitio en que nació san Juan hállase el que ocupó la quinta ó casa de campo de Zacarías, donde santa Isabel recibió la visita de su prima María. Allí fué ésta saludada con aquellas proféticas palabras: *Bendita tú eres entre todas las mujeres,* y allí pronunció la Santísima Virgen aquel admirable cántico: *Magnificat anima mea Dominum.* Poco queda, á no ser ruinas, de los edificios levantados en memoria de tan tiernas escenas. En el siglo XII los Cruzados levantaron ó reconstruyeron la iglesia de la Visitación y junto á ella un convento, morada de religiosas; del último sólo restan algunas bóvedas y parte de los muros del recinto, con las ventanas en forma de saeteras; la iglesia quedaba reducida hace unos veinticinco años á una desmantelada capilla, á la que cada año el día de la Visitación iban los padres á celebrar misa. En 21 de febrero de 1860, después de copiosa lluvia se desplomó casi por completo, y cuando á poco se emprendió la reedificación del antiguo santuario, descubrióse al separar los escombros, que la peña en que se apoyaba estaba hueca y que en ella existía una capilla formada en parte por la misma roca y en parte por gruesas paredes sobre las que descansaba la capilla superior. Una y otra han sido restauradas y corresponden á otros tantos pisos de que constaría la casa de Zacarías, testigo el uno de la entrevista de la Virgen y santa Isabel y el otro de la circuncisión de san Juan. Un hueco abovedado en la peña indica, según tradición, el lugar en que éste fué escondido para librarle de las pesquisas de los satélites de Herodes. Las paredes y la bóveda estaban antes ornadas con pinturas hoy casi del todo borradas. En el altar mayor de la capilla del *Magnificat* existe un bello cuadro que representa la santa Visita; la Reseña de la Peregrinación española de 1881 lo atribuye al pintor barcelonés Lorenzale.

Entre las ruinas del convento existe una cisterna en la que se recogen las aguas de abundante y fresco manantial. Lleva el nombre de Pozo de Santa Isabel.

Cerca de este doble santuario poseían las damas de Sion, hará unos veinte años, un establecimiento muy modesto en que daban educación á treinta huérfanas, naturales casi todas del Líbano. El reverendo P. María de Ratisbona, muy conocido por sus obras literarias y por lo mucho que ha hecho en beneficio de los Santos Lugares, ha mandado construir para ellas en las inmediaciones del pueblo espaciosa y agradable casa, con capilla y jardín, con lo cual ha podido recibir gran aumento el número de educandas.

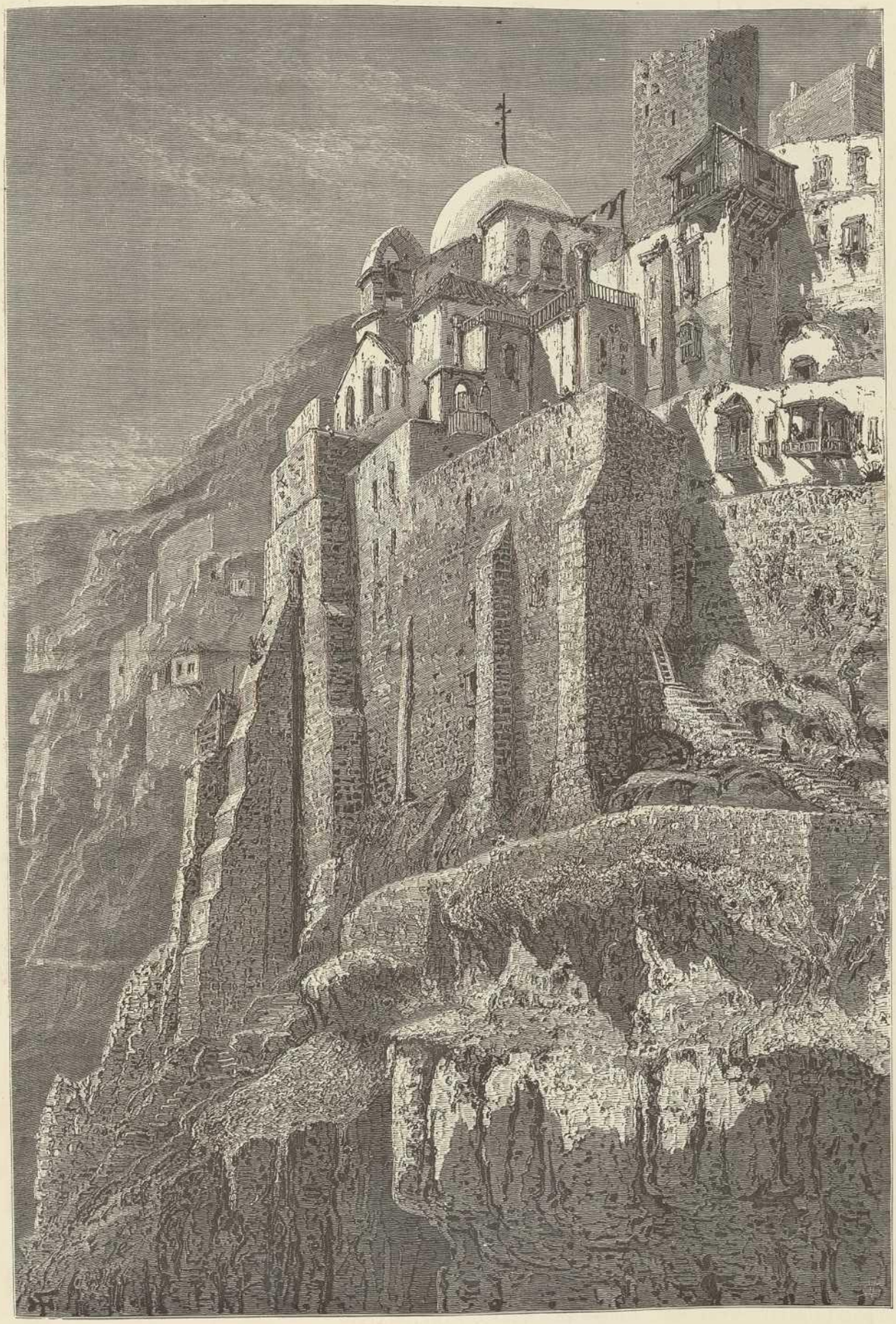
El precursor no vivió mucho tiempo en la casa paterna, y á poco la dejó por el yermo, retirándose á vivir en solitaria cueva distante unos cuatro kilómetros hacia el oeste, y por esto para los cristianos lleva Ain-Karim por otro nombre el de San Juan del Desierto. Súbese á la venerada cueva, situada en la ladera del escarpado cerro, por

algunos escalones labrados en la peña, y forma como una celda natural de unos siete metros de longitud por tres á lo ancho y dos de altura. En el fondo, con planchas de mármol, se ha erigido un altar por el patriarca latino de Jerusalén monseñor Valerga sobre el banco de roca que, según tradición, sirvió de lecho al santo Precursor. Por el lado occidental recibe luz de dos aberturas practicadas en la peña, la una muy angosta y á modo de saetera y la otra mayor y cuadrada, que sirve de puerta, teniendo como vestíbulo una especie de balcón sin antepecho, desde el cual se domina el profundo barranco del Terebinto, llamado en aquel punto Ued-es-Sathaf á causa de la aldea del propio nombre situada en la ladera del inmediato monte. Una fuente cristalina, Ain-el-Habis, brota de entre las rocas, y después de formar un pequeño remanso delante de la cueva, corre hacia el valle dejando á su paso verde cinta de hierba. Allí mismo se ven las ruinas de un edificio que fué quizás un santuario y sus accesorios, y les dan sombra algunos frondosos algarrobos; créese que el santo se alimentó con el fruto de este árbol al igual de lo que practican aún los pobres en Africa y en todo el Oriente, y de esto procede que sea llamado en lengua alemana *Johannisbrodbaum* (árbol del pan de san Juan).

Pozo de Santa Isabel

En aquel agreste sitio pasó su mocedad el santo Precursor en admirable existencia de privaciones y aislamiento hasta el día de su manifestación á Israel; se trasladó

después á orillas del Jordán, y allí predicó la penitencia y administró el bautismo á

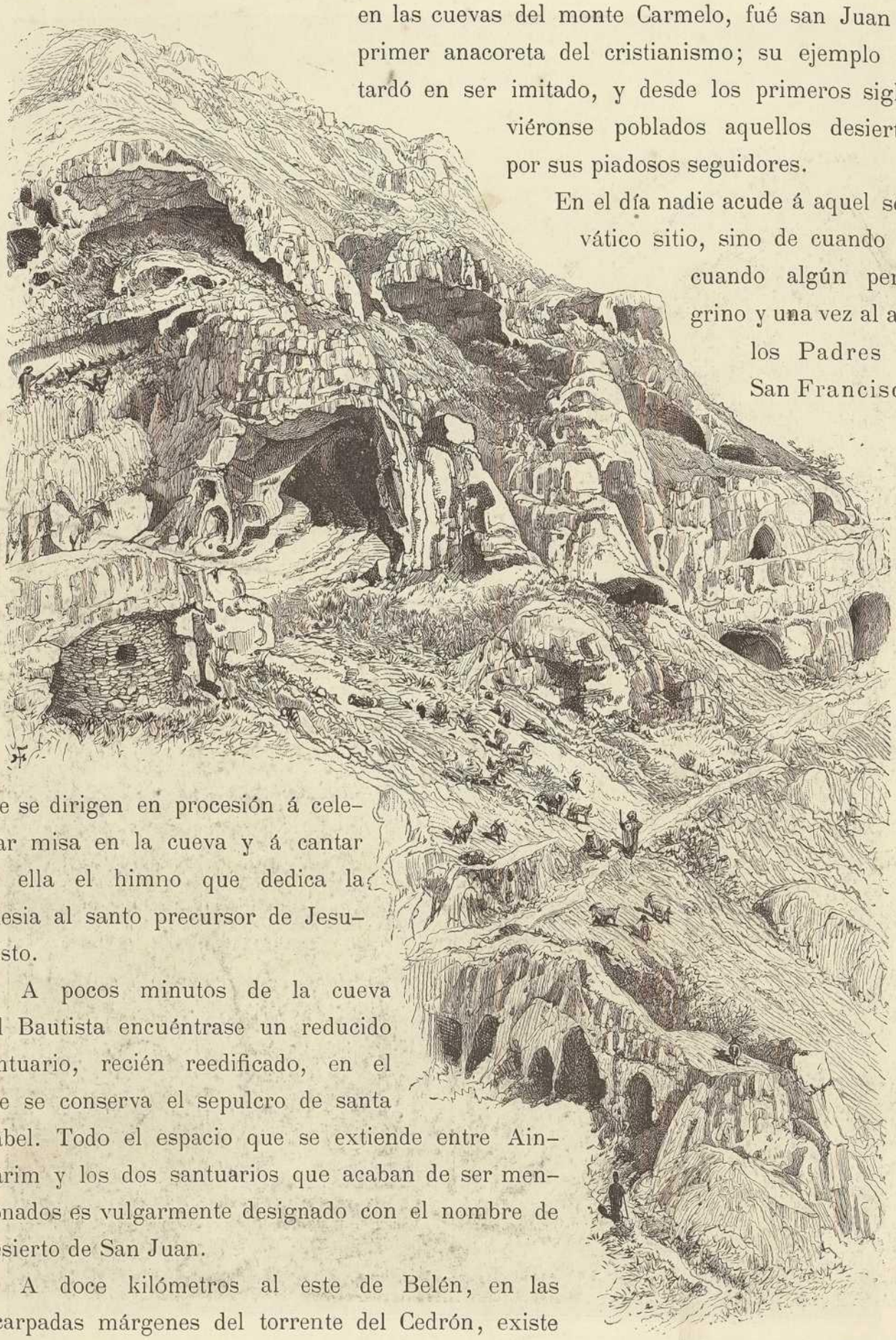


Monasterio de San Sabas

cuantos de Jerusalén y de todos los ámbitos de Judea acudían á su lado atraídos por su vida austera y la eficacia de su palabra.

Sucesor de los profetas Elías y Eliseo que se sustentaban con hierbas y raíces en las cuevas del monte Carmelo, fué san Juan el primer anacoreta del cristianismo; su ejemplo no tardó en ser imitado, y desde los primeros siglos viéronse poblados aquellos desiertos por sus piadosos seguidores.

En el día nadie acude á aquel selvático sitio, sino de cuando en cuando algún peregrino y una vez al año los Padres de San Francisco, que se dirigen en procesión á celebrar misa en la cueva y á cantar en ella el himno que dedica la Iglesia al santo precursor de Jesucristo.



Ermitas ó cuevas en las vertientes del Cedrón

A pocos minutos de la cueva del Bautista encuéntrase un reducido santuario, recién reedificado, en el que se conserva el sepulcro de santa Isabel. Todo el espacio que se extiende entre Ain-Karim y los dos santuarios que acaban de ser mencionados es vulgarmente designado con el nombre de Desierto de San Juan.

A doce kilómetros al este de Belén, en las escarpadas márgenes del torrente del Cedrón, existe un famoso monasterio que lleva el nombre de San Sabas (Mar-Saba). Imposible es dar una idea del agreste y áspero aspecto de aquellos lugares, horrible desfiladero erizado de peladas y amenazadoras rocas sobre las que

G. D. WOODWARD. PINTÓ.

E. BRANDARD, GRABÓ.

MAR SABA, VALLE DEL CEDRON.

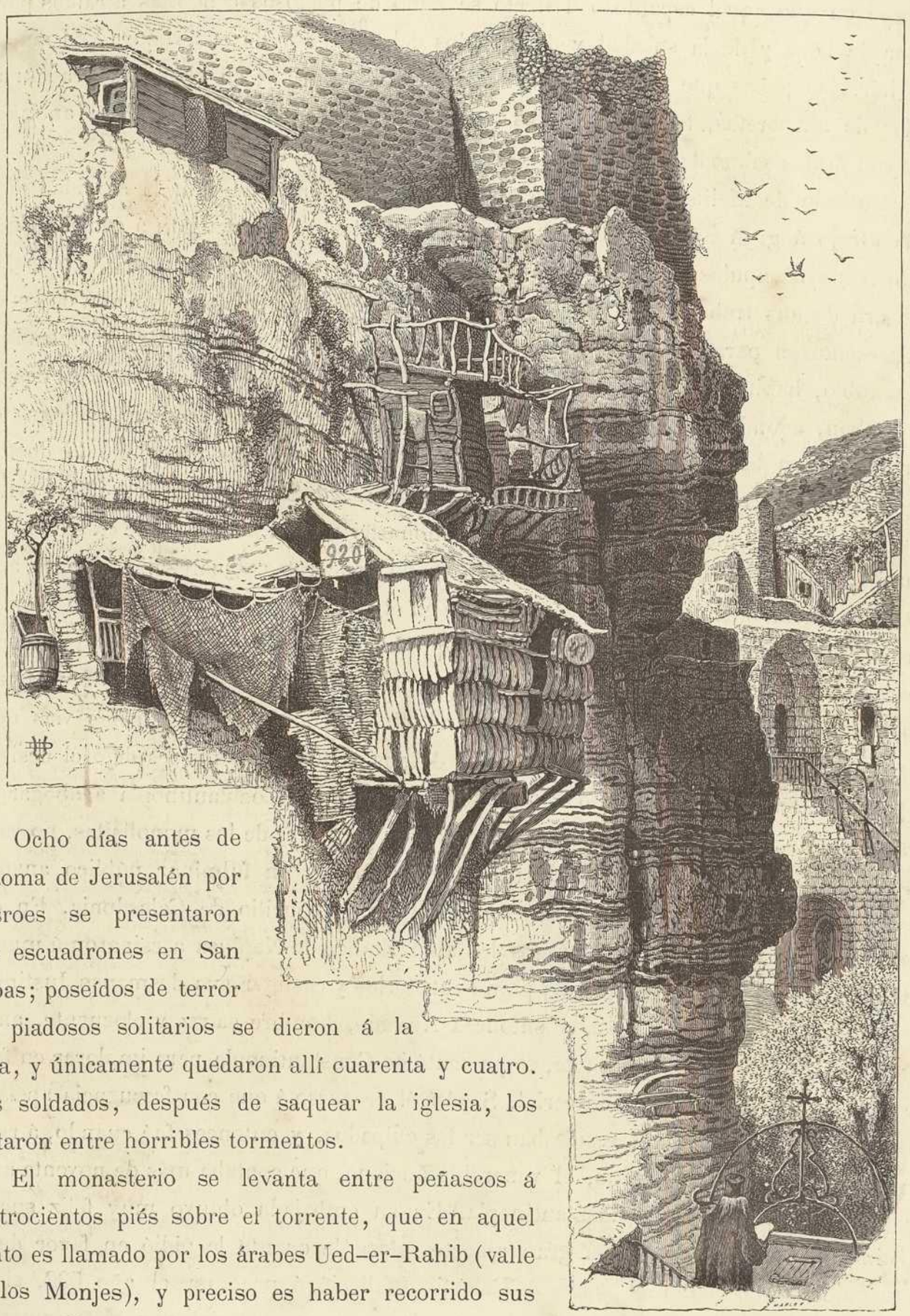
ESPASA Y COMPª EDITORES.—BARCELONA.

parece cernerse la desolación: la imagen de la muerte, acompañada de sepulcral silencio, es lo único que se ve á doquiera que se vuelven los ojos. Y sin embargo, hubo un tiempo en que aquel espantoso desierto se llenó de piadosos cenobitas atraídos por el amor de Dios y de la soledad y disgustados del mundo y de sus vicios. Ved sino en las hórridas peñas que forman el monte las infinitas celdas en ellas practicadas; allí miles de anacoretas, teniendo á Dios por único testigo de su austeridad, animaban con sus santas salmodias los ecos mudos hoy de aquellas soledades.

Eutimio de Melitene se retiró á aquel lugar en el año de 405; la santidad de su vida atrajo á gran número de personas que de todas partes acudían á consultarle y á numerosos discípulos, á los que colocó bajo la dirección de Theotistio, compañero que era de sus trabajos y de su penitencia. La emperatriz Eudoxia fué una de las que se presentaron para consultar con san Eutimio, y como no podía dársele entrada en el cenobio, habitó en una torre que para ello se construyó expresamente. Al desierto de Ruban, adonde se había el santo retirado, fué á buscarle Theotistio, y logró que consintiese en hablar á la princesa, la cual, por sus consejos abandonó la doctrina de Eutiques para volver á la unidad de la Iglesia. San Sabas, nacido en 439, ferviente discípulo de Eutimio, le sucedió, y fundó el monasterio en el punto donde existe todavía, reuniendo á su alrededor prodigioso número de anacoretas. Quaresmio, que es autor por lo general bien informado, asegura que en el desierto de San Sabas vivían diez mil anacoretas y cuatro mil monjes cristianos que buscaban allí la paz que en aquella triste época les negaba el mundo, sobre el cual derramaban torrentes de impiedad y angustia las herejías y las invasiones bárbaras. San Sabas dirigió á todos por las vías de la penitencia y los edificó con la sublimidad de sus virtudes. Dos veces dejó el desierto, á pesar de su amor al silencio y á la soledad, para ir á Constantinopla á abogar por los oprimidos: reinando el emperador Anastasio, protector de los monofisitas, no vaciló en el año de 513, sin temor á las tropas del príncipe, en fulminar público anatema contra los valedores de la herejía condenada en el concilio de Calcedonia. En otra ocasión, en el año de 530, sublevados los samaritanos de Naplusa asesinaron á muchos cristianos é incendiaron su iglesia; para contenerlos y castigar sus desmanes Justiniano envió contra ellos una hueste, y entonces Arsenio, hombre sagaz y elocuente, amigo que fuera de Juliano el Apóstota, se presentó en Constantinopla para implorar en favor de los alzados la clemencia imperial. Según él (recurso á que con frecuencia apelaban los verdugos), las víctinas resultaban ser los culpados, y entonces fué cuando, á ruego de los cristianos de Palestina, el venerable anciano, que contaba más de noventa años, se puso en marcha para Constantinopla. En su embajada obtuvo muy feliz suceso; Justiniano, que le recibió con gran respeto, otorgóle cuanto le pidió en favor de los perseguidos. De vuelta el santo á Palestina falleció á poco en el año 532, siendo su muerte muy llorada por todos los cristianos y en especial por sus numerosos discípulos.

Refiere el príncipe Radziwill que en tiempo del sultán Selim fueron asesinados

más de mil, con el pretexto de que, siendo tan grande su número, podrían fomentar sediciones.

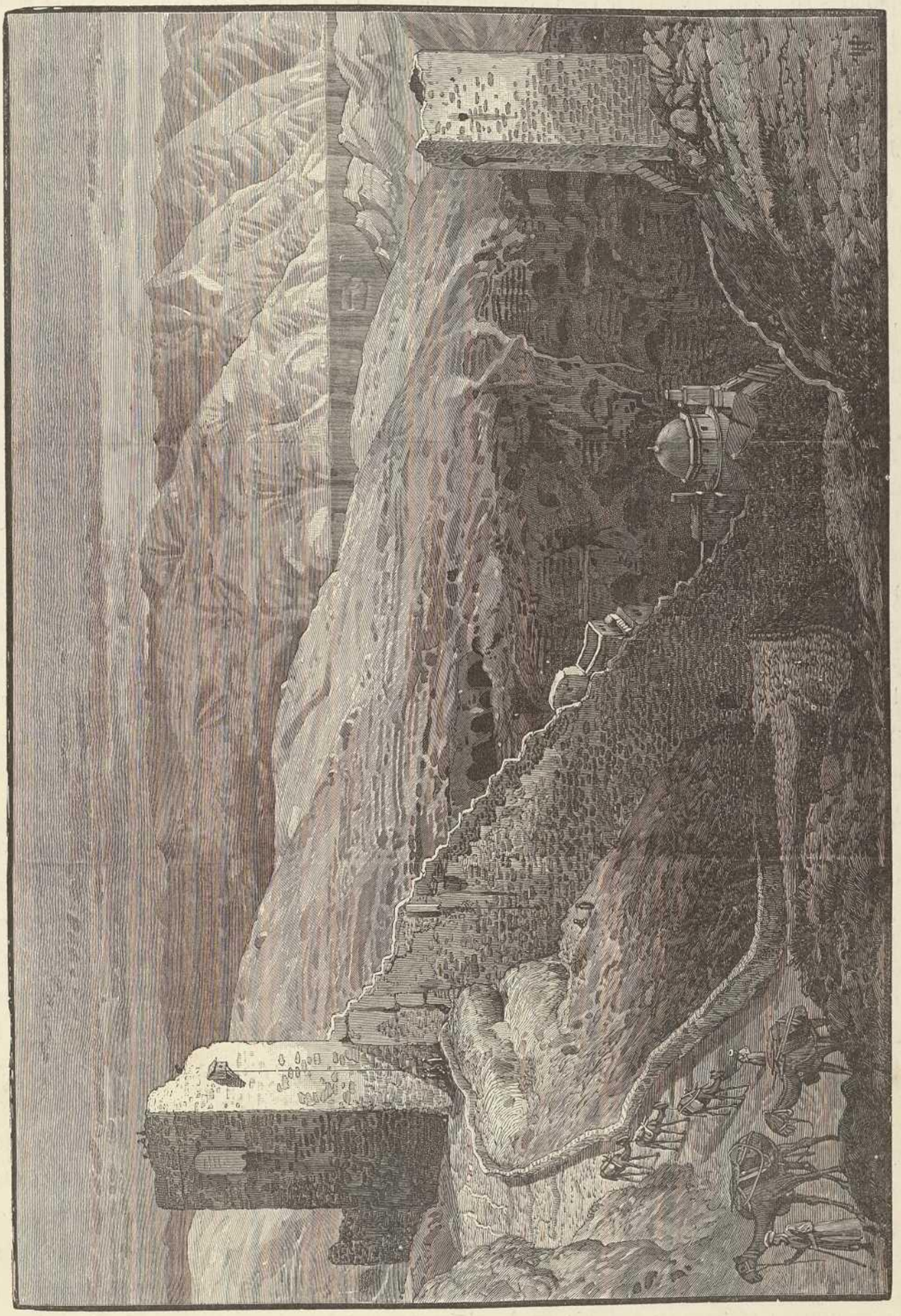


Celdas de los monjes

Ocho días antes de la toma de Jerusalén por Cosroes se presentaron sus escuadrones en San Sabas; poseídos de terror los piadosos solitarios se dieron á la fuga, y únicamente quedaron allí cuarenta y cuatro. Los soldados, después de saquear la iglesia, los mataron entre horribles tormentos.

El monasterio se levanta entre peñascos á cuatrocientos piés sobre el torrente, que en aquel punto es llamado por los árabes Ued-er-Rahib (valle de los Monjes), y preciso es haber recorrido sus innumerables escaleras é infinitas galerías para formarse idea de aquel laberinto labrado á pico en la falda de la montaña. Chateaubriand escribe desde él en estos términos: «Dudo que haya monasterio en el mundo que por

lo triste y agreste pueda compararse al de San Sabas, construído en el barranco



Mar Muerto y montañas de Moab, vistas desde San Sabas

del Cedrón que puede tener en aquel punto de trescientos á cuatrocientos piés de profundidad. El torrente está seco, y sólo en primavera corre por él un agua roja

y fangosa. La iglesia ocupa una eminencia en el fondo del cauce, y desde allí los edificios monacales se alzan unidos por escaleras perpendiculares y pasadizos labrados en la peña, en la vertiente del barranco, y llegan hasta la cima del monte donde terminan con dos torres cuadradas. Una de ellas está fuera del recinto del monasterio, y sirve de puesto avanzado contra los árabes, descubriéndose desde allí las estériles cumbres de los montes de Judea; al pié vese el lecho seco del Cedrón é infinitas cuevas que fueron morada de los primeros anacoretas. En ellas anidan hoy gran número de azuladas palomas, como para conmemorar con sus arrullos, su inocencia y mansedumbre á los santos que poblaron en otros tiempos estas rocas.»

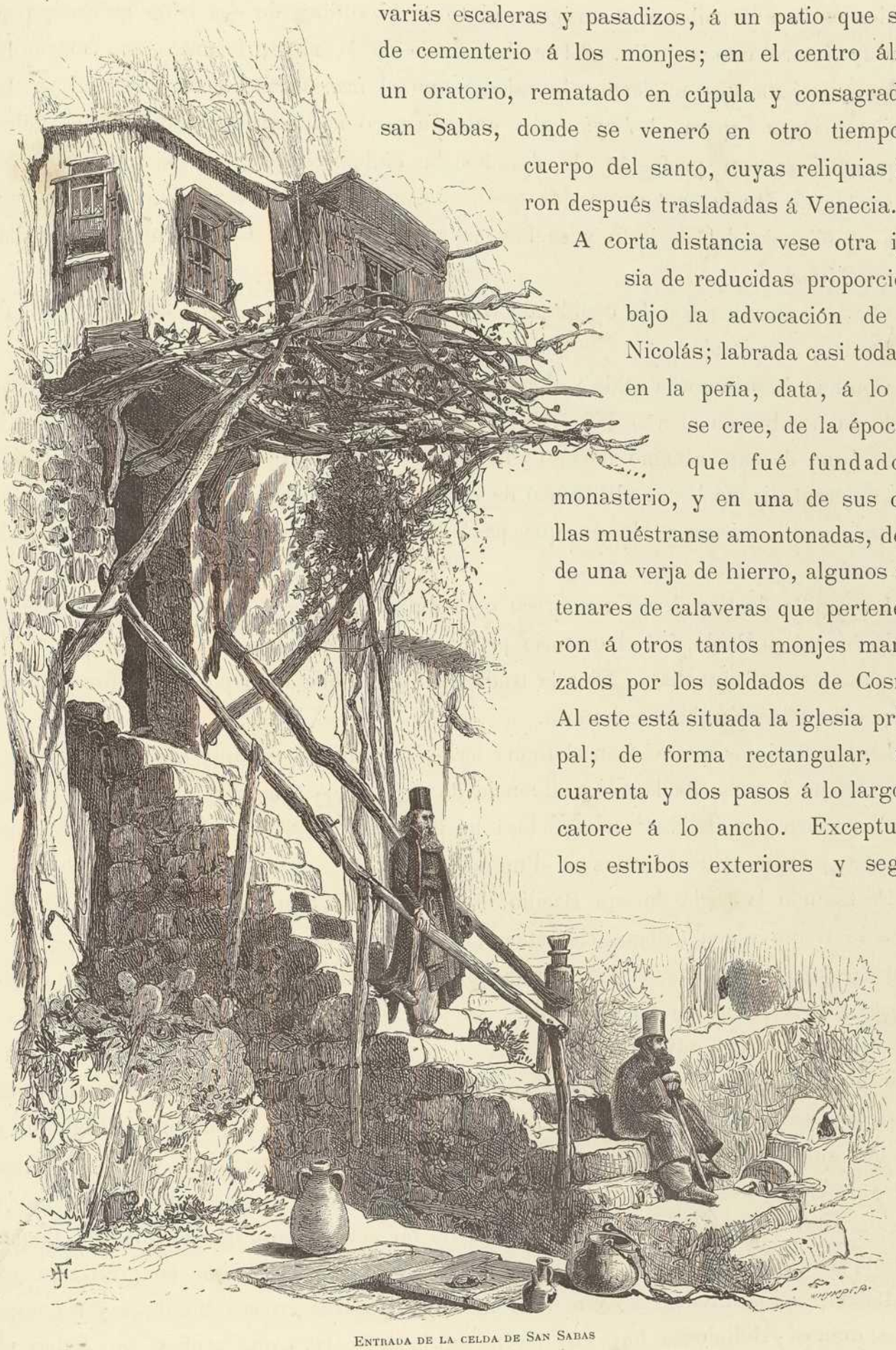
La monástica fortaleza de San Sabas está flanqueada, en efecto, por dos torres en el lado occidental: la de la derecha, separada del recinto, queda reservada para las mujeres, ya que la entrada en el cenobio les está rigurosamente prohibida; la de la izquierda, más elevada y de construcción más sólida, es atribuída á la época de Justiniano, lo mismo que gran parte del actual monasterio; desde ella el monje que allí vela constantemente descubre todos los caminos de las cercanías, y al aproximarse alguna banda de beduinos puede con tiempo dar la voz de alarma. Al pié de esta torre existe una angosta puerta de hierro, única que da ingreso al primer patio interior. El peregrino que á la misma llama en demanda de hospitalidad ve, transcurrido algún tiempo, descender una cesta atada al extremo de una larga cuerda; en ella ha de colocar la carta de recomendación que ha debido de obtener del patriarca griego de Jerusalén, y el cesto vuelve á subir otra vez. El monje de guardia entrega la carta al *higumeno* ó superior, y á poco ábrese la puerta. Precauciones todas que la prudencia y la experiencia de pasadas catástrofes aconsejan en aquel solitario país y entre los árabes nómadas que lo recorren.

Dentro ya del monasterio empecemos por subir á la torre, edificada según tradición que se ha conservado hasta nuestros días, por la madre de san Sabas, la cual hizo en ella su morada, y desde aquella altura, dominando el torrente, contemplemos en el opuesto lado del gigantesco barranco el gran número de cuevas abiertas en la peña y casi inaccesibles muchas, donde vivieron en los primeros siglos del cristianismo infinitos anacoretas, á los cuales sólo por medio de cuerdas ó escalas era posible la entrada y la salida. En aquella singular colmena de celdas, separadas unas de otras por espantosos precipicios y suspendidas todas en la boca del abismo, los ermitaños se entregaban á la oración y á la penitencia apartados en realidad de todo el mundo; un poco de agua y un frugal alimento, cuya provisión renovaban de tarde en tarde, les bastaban para el sustento del cuerpo, mientras el alma, desprendida de cuantos cuidados atormentan á los demás hombres, había de elevarse más libre á las alturas del cielo. Aquellas celdas hállanse hoy desiertas y silenciosas; pero los pequeños muros en seco que se conservan todavía en la abertura que les sirve de entrada, atestiguan que tuvieron en otro tiempo habitadores, conforme refieren la tradición y la historia.

La torre de San Sabas contiene un oratorio dedicado á san Simeón Estilita y una

biblioteca con gran número de manuscritos. Al bajar de la torre llégase, siguiendo varias escaleras y pasadizos, á un patio que sirve de cementerio á los monjes; en el centro álzase un oratorio, rematado en cúpula y consagrado á san Sabas, donde se veneró en otro tiempo el cuerpo del santo, cuyas reliquias fueron después trasladadas á Venecia.

A corta distancia vese otra iglesia de reducidas proporciones bajo la advocación de san Nicolás; labrada casi toda ella en la peña, data, á lo que se cree, de la época en que fué fundado el monasterio, y en una de sus capillas muéstranse amontonadas, detrás de una verja de hierro, algunos centenares de calaveras que pertenecieron á otros tantos monjes martirizados por los soldados de Cosroes. Al este está situada la iglesia principal; de forma rectangular, mide cuarenta y dos pasos á lo largo por catorce á lo ancho. Exceptuando los estribos exteriores y segura-



Entrada de la celda de San Sabas

mente también la cúpula, todo lo demás es obra de Justiniano. El *narthex*, sin duda por exigirlo así el terreno, en vez de mirar al ocaso está colocado al septentrión, y

aunque de época remota tiénese por posterior á la iglesia propiamente dicha, cuyas paredes están adornadas con antiguas pinturas bizantinas de ejecución grosera, pero de muy interesante estudio. El embaldosado de la nave, formado con mármoles negros y rojizos, es moderno, lo mismo que el *iconostasis,* ó tabique que en las iglesias griegas separa el *hagion* del *catholicon,* ó sea nave reservada á los fieles; bellos cuadros con profusión de dorados la embellecen, y han sido ofrenda del emperador de Rusia, así como dos grandes campanas cuya voz resuena majestuosa entre el silencio del desierto y es llevada por los ecos del Cedrón hasta las orillas del mar Muerto.

Otros santuarios son la capilla de San Juan Damasceno, la de San Jorge y la de San Pedro y San Pablo.

Contiene la primera la celda y el sepulcro de Juan de Damasco, nacido en la ciudad que le da nombre en el año 676. Allí fué donde compuso las diferentes obras que le dieron fama de sapientísimo teólogo y firme defensor de la Iglesia, con furor combatida por la heregía iconoclasta, allí murió de edad muy avanzada en el año de 780, y fué sepultado en la misma celda en que pasó largos años entregado al estudio y á la meditación.

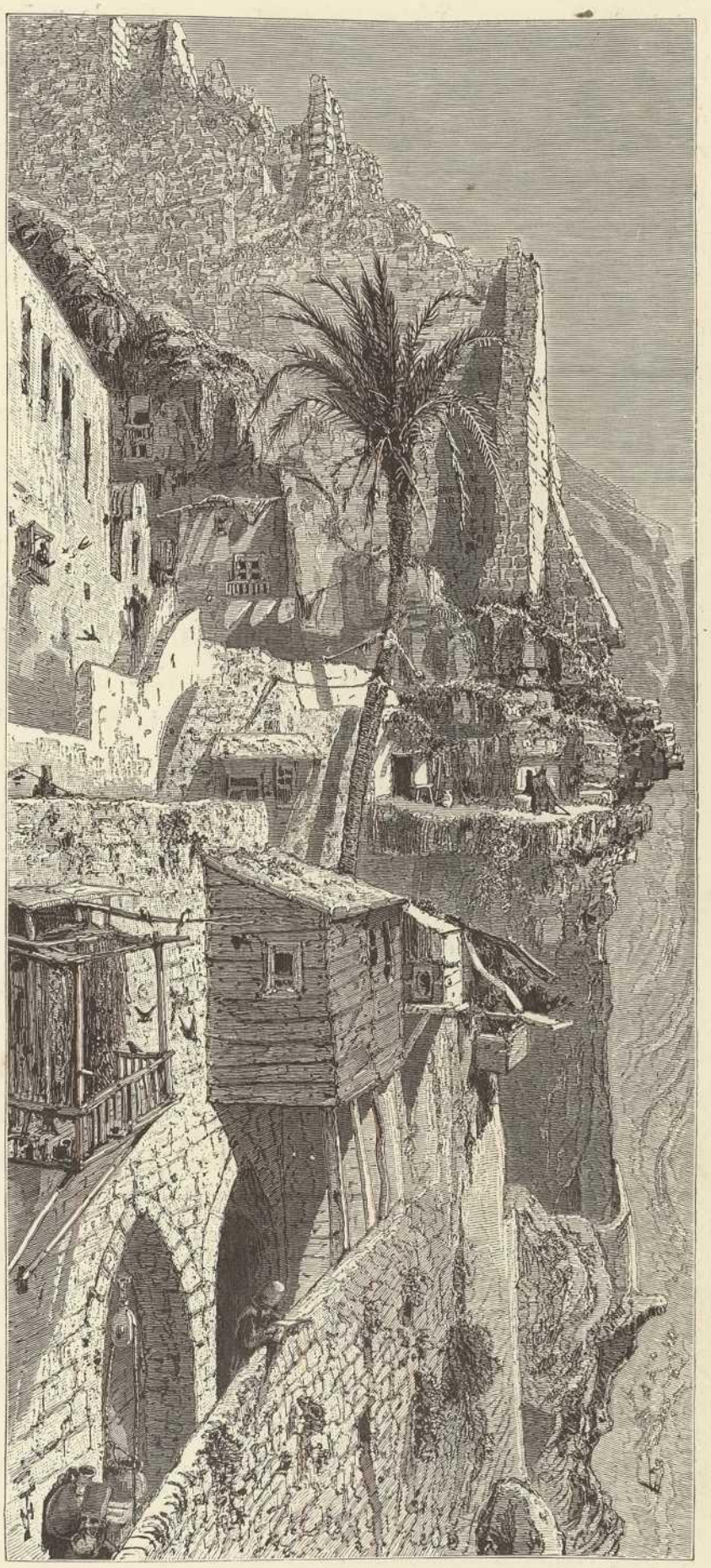
La capilla de San Jorge no ofrece cosa digna de notarse. La última, ó sea la de San Pedro y San Pablo, fué el oratorio predilecto de san Sabas, quien tenía por celda una cueva natural inmediata. Dice la tradición que en ella tuvo por algún tiempo á un león por fiel é inseparable compañero.

Los extranjeros que visitan el monasterio (su número es muy crecido en los días de la Pascua á causa de la gran afluencia de peregrinos griegos y rusos en la ciudad santa), reciben hospitalidad en espaciosa hospedería. En ella se sirve constantemente de vigilia, pues no entran carnes en el monasterio.

Profesando la regla de san Basilio, los monjes de San Sabas, que en el día no pasan de veinte y son griegos cismáticos, viven sometidos á muy austero régimen y á frecuentes ayunos. Llenadas las diarias obligaciones de su regla y aquellas que á veces les ocasiona la recepción de huéspedes, su principal ocupación consiste en el cultivo de reducidos huertos cuya tierra ha debido ser traído de fuera, ya que las laderas en que el monasterio está cimentado no son más que áridas peñas. Estrechos tablares en los que verdean el tomillo, la salvia y la albahaca, grupos de naranjos, higueras y granados embellecen y dan como un rayo de vida á tanta esterilidad, y entre aquellos árboles descuella y es notable una añosa palmera de la que se dice haber sido plantada por el mismo san Sabas. Otra distracción, no menos inocente que la anterior, tienen los monjes en los mirlos de amarillentas alas y en las palomas que en gran número revolotean por los alrededores y acuden mansas á posarse en sus hombros y á comer en sus manos. Religiosos hay que en memoria del cariño que profesó san Sabas al león su compañero y comensal, tienen por costumbre arrojar de cuando en cuando al valle del Cedrón pedazos de pan para que los coman los chacales y otros animales

que acuden de noche á beber al barranco por donde corre el agua de inmediata fuente, lazo fraternal allí establecido y perpetuado de edad en edad entre el hombre y las fieras.

Lleva aquella fuente el nombre de *Ain mar-Saba*, y dícese que brotó milagrosamente oyendo Dios las oraciones del santo fundador. Situada fuera del recinto y al pié del monasterio conducen á ella una serie de escaleras que desde la torre grande se corresponden y se enlazan entre sí por medio de muchos pasadizos y no pocas revueltas, y una vez se llega por tal camino á la panadería, situada en un ángulo del piso inferior del edificio, se interrumpe de pronto la escalera y para seguir bajando hay que aplicar á una ventana una escala, la cual establece ó rompe toda clase de comunicación entre el monasterio y el torrente. Por este medio, que los monjes sólo emplean cuando ven libres las cercanías de árabes merodeadores, se llega á otra escalera que desde cuatro metros más abajo guía hasta el lecho del Cedrón. Allí, en una pequeña gruta, nace fresco y límpido manantial cuyas aguas, después de llenar un reducido estanque, corren por el cauce del torrente. No hay otra fuente en los alrededores ni tampoco existe ninguna dentro del recinto del monasterio; tiene éste sí varias cisternas en que se recogen las aguas pluviales.



Palmera de San Sabas

Tal es en pocas páginas la descripción somera del famosísimo cenobio que de tan original manera se levanta entre los montes de peñascos en que parece que nunca el hombre hubo de sentar la planta y mucho menos establecer su morada. El viajero á Tierra Santa, dice el P. Damas, hará mal en abandonarla sin llegar hasta San Sabas, pues si cosas hay que se dejan á un lado porque con mayor facilidad pueden verse en otra parte, pertenece este monasterio al número de aquellas que no tienen copia ni siquiera imagen.

Después de pasar el umbral del hospitalario monasterio y al emprender el camino hacia el sur, á cada paso se hace el terreno más quebrado y toma más solemne y pavoroso aspecto, barrancos más y más profundos descienden entre tajadas peñas hasta abismos que no pueden mirarse sin espanto. De vez en cuando al llegar á la cima de un otero divísase el mar Muerto por entre las quiebras de los montes: iluminado por los rayos del sol muéstrase á lo lejos brillante como inmenso lago de metal fundido; no parece sino que el fuego encendido por la cólera de Dios está ardiendo todavía. Aquella tierra de color ceniciento, sin la menor sombra, sin un árbol, sin un tallo de hierba; aquellas rocas; unas blancas como tiza, y pulidas y relucientes otras como un espejo; aquel país abrasado y removido hasta lo más hondo, aquella desolación infunde asombro y pavor y llena el alma de tristeza. Entonces es ocasión de recordar y sentirse penetrado de aquellas palabras de M. de Chateaubriand:

«Al viajar por la tierra desolada de Judea, escribe, el corazón experimenta al principio irresistible cansancio; pero cuando al pasar una y otra vez de desierto en desierto vemos el espacio extenderse á nuestros ojos sin límites, poco á poco la penosa molestia se desvanece para hacer lugar á secreto é íntimo terror que, lejos de abatir al alma, la vigoriza y comunica fuerzas al entendimiento. Extraordinarios paisajes ofrecen á cada paso testimonio de que aquella tierra lo ha sido de prodigios: el sol abrasador, el águila impetuosa, la higuera sin fruto, allí se encuentran toda la poesía, los cuadros todos de la Sagrada Escritura. Cada nombre encierra un misterio, en cada cueva se lee una profecía, no hay cumbre de aquellos montes que no resuene con inspirados acentos. El mismo Dios habló en aquellas riberas, y los secos torrentes, las hendidas peñas, los sepulcros entreabiertos atestiguan el prodigio; el desierto parece estar aún mudo de terror, y diríase que no se atreve á romper el silencio desde que oyera la voz del Eterno.»

Llégase en breve á uno de los puntos más interesantes del globo, esto es, al borde de la enorme depresión del mar Muerto: el viajero encuéntrase al mismo nivel del Mediterráneo, y mira á sus piés elevadas montañas cuya cima apenas lo alcanza. La violencia de los vientos, el ardor del sol y la falta de agua hacen que la carencia de vegetación sea absoluta, así como efecto deben de ser del profundo trastorno por aquella tierra experimentado las hondas quebradas en las que mugen en invierno bullidores torrentes y por las cuales vagan seguras las culebras y las fieras. La región en que ahora estamos pertenece á aquella serie de desiertos que llegando hasta las

cercanías de Jerusalén se extienden por el oeste del mar Muerto y se enlazan por el mediodía con las soledades de Arabia.

Otra vez nos encontramos en medio del desierto; otra vez pisamos el país de los beduinos, cuyas negras tiendas, destacándose de vez en cuando sobre el color ceniciento de la tierra, anuncian que una de aquellas tribus nómadas ha fijado por algunos días su estancia en el camino que nos toca recorrer. Al divisarnos ladran los perros, las mujeres y los niños salen á ver pasar los viandantes, mientras que uno ó varios hombres, de ojos centellantes, de tez cobriza y agreste fisonomía, á la que unos dientes muy blancos y largos imprimen cierta expresión feroz, se adelantan como para reconocernos.

Su paso mesurado y lento, su firme actitud, el fuego de su mirada que brilla debajo de pobladas cejas, su barba larga y escasa, y aun más que todo esto el resuelto continente del árabe y aquel arsenal de pistolas y puñales amontonadas en su ancho cinturón de cuero forman un conjunto que no puede verse sin involuntaria sorpresa. No deja de ser bello aquel marcial y agresivo aspecto que comunica á un hombre solo el mismo aire determinado que si se llamara legión. Con el fusil en la mano y muchas veces con el dedo en el gatillo, parece estar pronto á disparar sin más ley que su voluntad.

De cuando en cuando asoma en el campo un grupo de jinetes que podrían tomarse por verdadera imagen de la guerra. Firmes en los estribos, tocan apenas á sus estrechas sillas, parecen siempre dispuestos á lanzarse al galope. Holgado albornoz los cubre; en su cinturón brillan las armas y llevan larga y acerada lanza. ¡Infeliz del viajero á quien se les antoja sujetar á rescate! La resistencia sería inútil y quizás funesta, pues nada significa para ellos la vida de un hombre. Los beduinos parecen haber nacido para los combates, y dar la muerte, aunque sea asesinando, es á sus ojos cosa de poco momento.

Y sin embargo, imposible es no sentir hacia esos hombres algo semejante á benévola admiración; la independencia, la varonil altivez del hijo del desierto agradan y cautivan. El beduino no arraiga en la tierra, y sin inquietarse por las cosas necesarias para la vida, que para la suya son muy pocas, se dirige adonde el instinto le lleva. Ignorante de las exigencias de la civilización, la cama, los muebles, una sola techumbre son para él cosas superfluas. Un turbante para su cabeza, una camisa para su cuerpo y algunas veces sandalias, en esto consiste todo su equipo. Sin temor y sin pena expone al ardiente sol de Asia su rostro atezado y sus fornidos miembros; una roca es su mesa; cuando se siente fatigado ó el sol traspone el horizonte se tiende en el suelo; sus armas le sirven de almohada, la bóveda del cielo le ampara, y se duerme tranquilo. La inmensidad es su morada.

Tales son los hombres que se encuentran en la expedición al Jordán; para el viajero aislado han de ser siempre temibles; pero con regular escolta, pagando tributo al jefe de la tribu y llevando cartas de un cónsul francés ó inglés, es raro que suceda un contratiempo. Los lances peligrosos se sortean casi siempre felizmente con serenidad y entereza, pero importa mucho no recurrir á las armas sino en caso de necesidad

extrema. Disparar contra un beduino equivaldría á contraer una deuda de sangre para con la tribu entera, y la venganza es en el desierto, donde no existe otra justicia, obligación sagrada.

«Los beduinos, escribió Jacobo de Vitri, reconocen por ascendientes á aquellos árabes que, á lo que se dice, lo fueron también de Mahoma, y tienen por principio que, no pudiendo prevenir ni retardar el día por Dios señalado para su muerte, no deben de marchar jamás á la pelea con armas defensivas: por esto no usan sino una simple camisa ó túnica y en la cabeza llevan además del gorro encarnado una especie de velo como las mujeres. Carecen esos bárbaros de fe no sólo para con los cristianos, sino también respecto de los musulmanes; son falsos, inconstantes, codiciosos, falaces en sus obras, y se dan siempre al partido del más fuerte. Como no tienen estancia ni morada fija, suelen marchar por tribus de llano en llano, buscando verdes pastos, alimentándose de leche, durmiendo sobre pieles de animales, y llevando consigo numerosos rebaños; ociosos siempre, abandonan á las mujeres el cuidado de sus bueyes y ovejas.»

Este retrato, trazado hace seiscientos años, es todavía muy parecido; pero conviene advertir que, á pesar de aquellas malas cualidades suyas, que son por desgracia reales, el beduino suele ser accesible á los sentimientos generosos y rara vez hace traición al extranjero que se entrega á él con confianza.

«Los árabes, dijo M. de Chateaubriand, así en Judea como en Egipto y Berbería, me han parecido de estatura más bien alta que pequeña; de altivo continente, son ligeros y de perfectas formas. Tienen ovalada la cabeza, la frente despejada, aguileña la nariz, grandes los ojos y una mirada suave y penetrante. Nada en ellos descubriría al salvaje á permanecer con los labios cerrados; pero hablan, y dejan oir un lenguaje gutural y fuertemente aspirado y enseñan unos dientes largos de deslumbrante blancura, semejantes á los de los chacales y panteras. En esto se distinguen del salvaje americano, en el cual la ferocidad reside en la mirada y en la boca la expresión humana.

»Las mujeres árabes suelen tener proporcionalmente estatura más elevada aún que la de los hombres; de aire distinguido y noble, por la regularidad de sus facciones por la belleza de sus formas y la disposición de sus arreos recuerdan algo las estatuas de las Musas y sacerdotisas. Pero esto ha de entenderse con ciertas restricciones, ya que las más de las veces aquellas hermosas estatuas van cubiertas de harapos; un aspecto de miseria, de suciedad y de angustia degrada sus correctas formas, y una tez quemada del sol disimula la regularidad de su semblante. Para ver á aquellas mujeres como las he pintado conviene contemplarlas de lejos y abrazar el conjunto sin descender á pormenores.

»La generalidad de los árabes usan una túnica ceñida por un cinturón; ora dejan caer una de sus mangas y quedan así ataviados á la antigua usanza, ora se envuelven con una manta de lana blanca que les sirve de toga, de capa ó de velo según se envuelvan en ella, la coloquen en sus espaldas ó la pongan sobre su cabeza. Andan descalzos,

y van armados con puñal, lanza ó espingarda. Las tribus viajan en convoy y los camellos marchan uno en pos de otro; el delantero va atado con una cuerda de pelote á la cola de un asno que sirve de guía á la recua y que, como cabeza, está exento de carga. Los camellos de tribus ricas, suelen ir adornados con cintas, banderolas y plumas.

»Los caballos, según sea su sangre, son tratados con más ó menos distinción, pero siempre con rigor extremado. En vez de ponerlos á la sombra déjanlos expuestos á los ardorosos rayos del sol, atados por los cuatro remos á estacas clavadas en tierra, lo que les priva de todo movimiento; jamás se les quita la silla, no beben más que una vez al día y pasan las veinticuatro horas con un solo pienso de cebada. Tan duro trato, en vez de perjudicarlos, los hace sobrios, pacientes y veloces. Muchas veces me he detenido á mirar á un caballo así encadenado en la abrasada arena, con las crines esparcidas, la cabeza baja como para buscar la sombra de su propio cuerpo y dirigiendo con su encendida pupila una oblícua mirada á su amo. Cuando libre de sus ataduras siente á aquél sobre la silla, en su vigor, en su veloz carrera, trae á la memoria el caballo cantado por Job.

»Cuanto se dice de la pasión de los árabes por los cuentos y relaciones es cierto, y de ello citaré un ejemplo. Durante la noche que pasamos en la ribera del mar Muerto, los hombres de nuestra escolta se sentaron alrededor del fuego, con el fusil puesto en tierra á su lado; los caballos, atados en estacas, formaban otro círculo exterior. Después de tomar café y de haber hablado mucho, quedaron todos en silencio excepto el jeque, y á la luz de la llama podía yo ver sus expresivos ademanes, su barba negra, sus dientes blancos y las varias formas que imprimía á su manto al ir avanzando en su relato. Oíanle sus compañeros con atención profunda, inclinados hacia adelante, con el rostro tocando á la llama, ora prorrumpiendo en exclamaciones de asombro, ora remedando con énfasis los movimientos del narrador. Alguna que otra cabeza de caballo avanzando sobre el animado grupo y dibujándose en la sombra, acababa de dar al cuadro pintoresco carácter sobre todo viéndole sobre el fondo del mar Muerto y de las montañas de Judea.

»Yo, que con tanto ahinco había estudiado las hordas americanas en las orillas de sus lagos ¿cómo no contemplar embelesado á esa nueva especie de salvajes? Delante de mí estaban los descendientes de la primitiva raza de los hombres, y los veía con aquellas mismas costumbres que han conservado desde los días de Agar é Ismael. Mirábalos en los propios desiertos que les fueron dados por Dios en patrimonio: *Moratus est in solitudine, habitavitque in deserto Pharad;* encontrábalos en el valle del Jordán, al pié de las montañas de Samaria, en los caminos de Hebrón, en los lugares donde la voz de Josué detuvo el sol, en los campos de Gomorra, humeantes aun por efecto de la ira de Jehová y regenerados después por las portentosas misericordias de Cristo.»

Después de una hora de marcha por una llanura sin ondulaciones en la que crecen algunas matas de hierba, éntrase en una zona de terreno muy quebrado en que los oteros de tierra caliza se suceden unos á otros mostrando las más caprichosas formas;

de pocos metros de altura en un principio van siendo más altos á proporción que disminuye la distancia que del Jordán nos separa. Subiendo y bajando por ellos llégase á una eminencia más elevada que las demás, y desde su cima se descubre el valle y en medio de él el lecho del río cuyas orillas sombrean frondosas arboledas. Preciso es haber viajado por las regiones que abrasa el sol de Oriente para comprender la impresión que causan aquel hermoso follaje y su regalada sombra. Las calcinadas montañas que limitan el horizonte hacen resaltar el encanto de la halagüeña perspectiva, embellecida además por los grandes recuerdos de la religión y de la historia.

«Con el placer que la soledad y la naturaleza inspiran, escribe Chateaubriand, había visto los caudalosos ríos de América; con emoción me acerqué al Tíber, y con igual interés quise ver el Eurotas y el Cefiso; pero lo que experimenté á la vista del Jordán no es para dicho. No sólo me recordó el río una antigüedad famosa y uno de los nombres más bellos que ha esculpido la poesía en la memoria humana, sino que miraba en sus márgenes el teatro en que se realizaron los milagros de mi religión. La Judea es el único país del mundo en que halla el viajero, con el recuerdo de los humanos sucesos, el de las cosas del cielo, haciendo así con tal combinación, nacer en lo más íntimo del alma sentimientos é ideas que no respira otro lugar alguno.»

La última cuesta, por ser extremadamente rápida, por lo común se baja á pié, y de pronto, al salir de una de aquellas hondonadas, encuéntrase el viajero junto á la arboleda que viera antes á lo lejos. Forma aquella como un muro de verdor atravesado por alguno que otro sendero tortuoso, y una vez se entra en ellos importa fijar mucha atención en los piés del caballo tanto como en la propia cabeza, ya que se anda por un verdadero bosque virgen en que los árboles crecen y mueren entregados á sí mismos sin ninguna clase de cultivo. Enormes chopos cargados de tres especies de hojas que parecen pertenecer á tres árboles del todo distintos, acacias, tamariscos de retorcidos troncos, se entrecruzan y se disputan la tierra y el espacio, estrechamente enlazados por arbustos y plantas trepadoras. En el hermoso bosquecillo anidan las aves á millares, y entre sus alegres cantos oye con transporte el europeo las melodiosas notas del ruiseñor. Avanzando por el enmarañado sendero, invadido por los ramas, los juncos y las cañas, percíbese á poco el murmullo del agua, y de repente llégase á la orilla de un río de rápida corriente; es el Jordán, cuyas sagradas aguas se dividieron para dar paso al arca del Señor y corrieron sobre la frente de Nuestro Señor Jesucristo.

En otro tiempo los Padres de Tierra Santa se dirigían en peregrinación al Jordán por lo menos una vez al año y celebraban una misa en sus orillas, para lo cual era menester resolución casi heróica. Poco más de cincuenta años han pasado desde que el viaje estaba todavía erizado de peligros, sin embargo de correr el Jordán á pocos kilómetros de Jerusalén, y á principios de este siglo el vizconde de Chateaubriand ganó fama de temerario realizándolo escoltado por algunos moradores de Belén. La índole feroz de los beduinos, á la cual nadie le iba á la mano, incitada por el fanatismo musulmán y el amor del pillaje, los llevaba á cometer en los cristianos toda clase de indig-

nidades y violencias. En el archivo del convento de San Salvador constan las prescripciones adoptadas por los Padres para la anual expedición, y una de ellas era llevar consigo los instrumentos necesarios para dar sepultura á los muertos: fúnebre precaución que casi nunca resultaba inútil. Las balas de los asesinos derribaban á uno ó más peregrinos, y sus hermanos abrían la fosa que había de guardar sus mortales restos, mientras que las hordas de beduinos, como buitres hambrientos, caían sobre ta caravana y la despojaban de todo. La ferocidad de los moradores de Jericó había llegado á ser proverbial. Hace unos sesenta años, en una de las últimas peregrinaciones anuales los hijos de san Francisco fueron atacados por numerosa cuadrilla de salteadores; muchos murieron en el campo, algunos pudieron salvarse en los montes, y otros quedaron cautivos de los árabes. Semejantes violencias, según queda dicho, no son de temer ahora, á no ser para los viajeros aislados que temerarios penetren en aquellos desiertos. Esto no obstante, el abad Mislin, quien asegura haber sido tratado siempre bien por los árabes, dice que no temería verificar la excursión al Jordán sin escolta y sin otra compañía que la de dos hombres, no adoptando más precaución que la de no entrar en el pueblo de Riha; bien es verdad que á renglón seguido añade: «consejo es este que tomaría para mí, pero no lo daría á otro.»

El Jordán, el río más caudaloso de la Tierra Santa, llamado en hebreo Ha-Yarden, toma probablemente su nombre de la impetuosidad de su corriente, debida al desnivel notable de su cauce, desnivel que es de 955 metros á contar desde su nacimiento en Nar-el-Hasbany hasta su desagüe en el mar Muerto, y por lo mismo el mayor que existe en el globo. Tres son las fuentes del Jordán y están situadas en el Ante-Líbano, á saber: el Banias, que nace á 383 metros sobre el nivel del Mediterráneo, en una cueva en las cercanías de Cesarea; el Dan, que brota al norte del Banias junto á Tel-el-Kadí, á 185 metros, y la citada de Nahr-el-Hasbany, inmediata á Hasbeya, que es la más elevada, como que está situada á 563 metros. De estas tres fuentes baja el río como un torrente, y hasta al mar Muerto donde desagüa, á 392 metros debajo del nivel mediterráneo, conserva siempre su rápido curso, y de ahí sin duda la denominación que lleva, formada de la raiz hebraica *iarad*, ó sea descender. Los árabes lo llaman Ech-Chería (el abrevadero).

Reunidas las tres corrientes y formado el Jordán entra en el lago El-Huleh, ó aguas de Merom (altura) según la Biblia, lago que casi seco en verano se llena en invierno hasta tener unos catorce kilómetros de largo por cuatro de ancho. De él sale el río rápido como un torrente alpino, poético como un arroyo de Grecia, encauzado entre verdes riberas que reflejan sus hojas y flores en el cristal de las aguas; la pendiente es tan pronunciada que al ser aquellas alguna vez detenidas por las peñas caen luego en estrepitosas cascadas. A media legua del lago El-Huleh hállase el puente de Jacob, donde Joaquín Murat, dueño del paso, exterminó á los restos del ejército turco que, rotos y huyendo en desorden del campo de batalla del Thabor, hallaron la muerte en las bayonetas francesas ó en las aguas del Jordán. Penetra éste en el lago de Tiberíades, y

á su salida gana en anchura lo que pierde en profundidad; á poco vuelve á estrecharse su cauce que en el vado de Makhadet-el-Rhoranieh, que es el punto por donde hemos llevado á nuestros lectores, hasta la margen opuesta tendrá á lo más unos veinticinco metros de anchura. Su profundidad máxima es de cinco metros y su anchura varía hasta setenta.

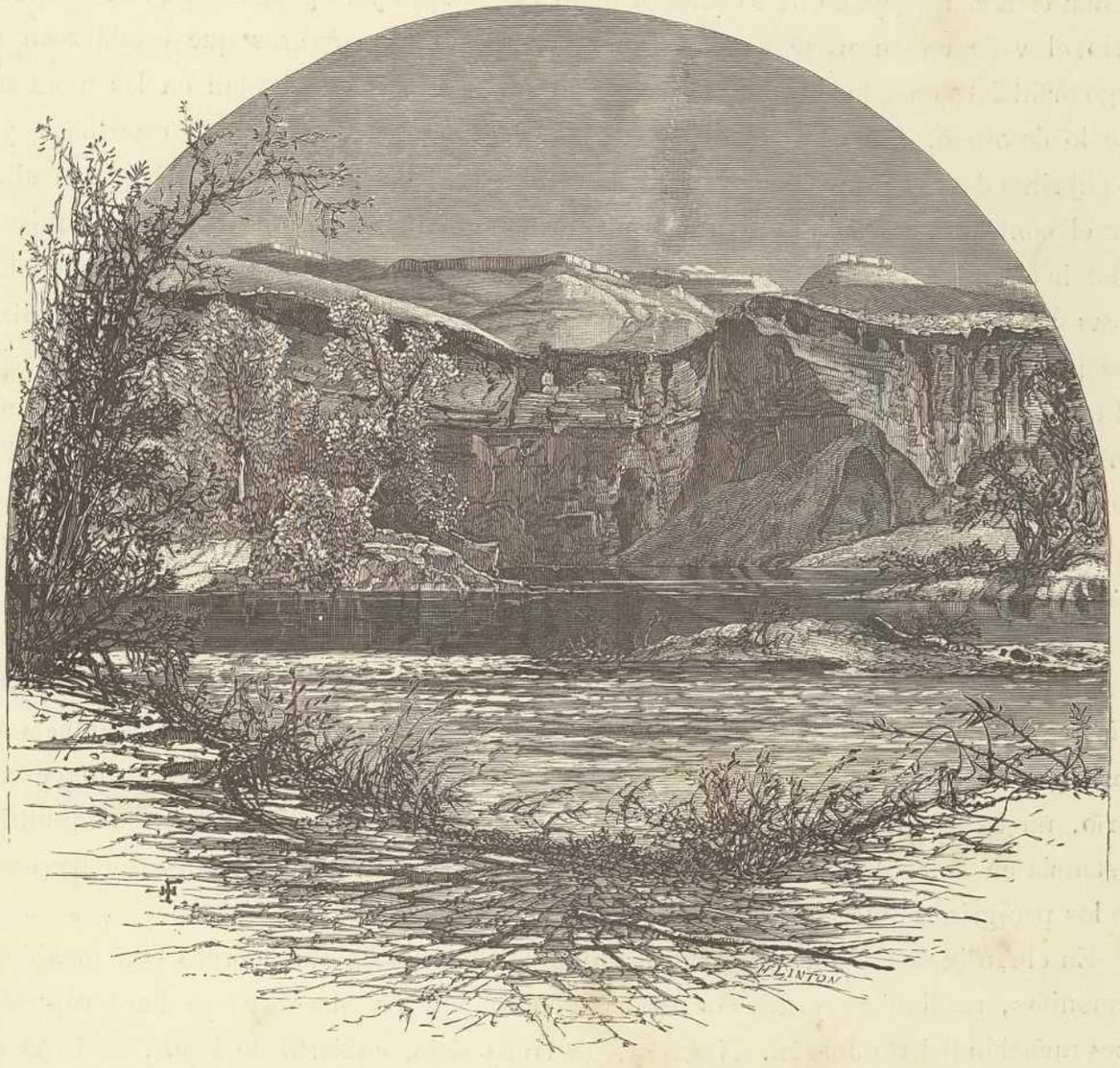
Línea de demarcación natural entre la zona oriental y la occidental de Palestina, separábalas el Jordán profundamente y sólo á raros intervalos se podía y se puede pasar de una á otra orilla atravesando vados en los que importa no fiarse sino en la época en que la corriente es escasa. Varios puentes ofrecían más seguro paso, pero en el día de ellos no quedan en pié más que tres con visibles señales de su restauración moderna: uno al norte del lago El-Huleh; otro el de Jacob antes citado, entre este lago y el de Tiberíades, y el tercero, en fin, á unos once kilómetros al sur de este lago. Desde este puente hasta el mar Muerto, es decir, en una extensión que en línea recta mide cien kilómetros y que doblan cuando menos las infinitas sinuosidades del río, éste ha de ser vadeado, lo cual en la época de las crecidas es casi impracticable. Aun en la orilla hay entonces cierta exposición en bañarse, y raras son las peregrinaciones griegas, por lo común muy numerosas, en que no ha de deplorarse alguna desgracia. En ciertos puntos tiene el río dos cauces; uno profundo y angosto para el verano, y otro más ancho para el invierno y la primavera.

El agua del Jordán, aunque cenagosa, se hace, á poco que se la deja en reposo, clara y límpida y es agradable al paladar. Cría abundancia de peces, pero actualmente ningún pescador arroja al río sus redes ni lo surca embarcación alguna. El Jordán, el primer río del mundo por interés histórico y religioso que á él va unido, conocido y visitado en todos los tiempos, no había sido explorado jamás de una manera científica, hasta que de cuarenta años acá se han practicado por hombres sabios de distintas naciones importantes trabajos que han derramado nueva luz sobre aquella privilegiada comarca. Dos viajeros han intentado en nuestra época bajar embarcados por el río desde el lago de Tiberíades hasta el mar Muerto, y uno y otro, el teniente inglés Molineux en 1847 y el teniente americano Lynch en 1848, los mismos cuyos nombres hemos citado antes de ahora, encontraron en su navegación muy grandes obstáculos, debiendo salvar veintisiete saltos de gran peligro y otros muchos menos considerables. M. Molineux se embarcó en el lago de Tiberíades el día 23 de agosto y llegó al mar Muerto el día 3 de setiembre. El teniente Lynch puso á flote en aquel lago en 8 de abril las dos embarcaciones, de hierro la una y de cobre la otra, que para este objeto había traído de Nueva-York á Caifa, y después de explorar el mar de Galilea descendió río abajo. Formaban la expedición unas cuarenta personas, entre ellas un piloto del país embarcado en Tiberíades; pero éste hallóse conocer tan poco el río y su difícil navegación como los marineros de Nueva-York, y M. Lynch hubo de dirigir él mismo sus embarcaciones.

Calcúlase en 200 millas el curso del Jordán entre los dos mares, incluyendo sus

revueltas, y las embarcaciones no hacían más que seis millas diarias; varias veces chocaron en las rocas que existen en el fondo del lecho y la barca de cobre experimentó grandes averías. La corriente es en muchos puntos impetuosa y se precipita por entre rompientes y escollos. El día 18 de mayo llegó M. Lynch al sitio donde se bañan los peregrinos, y designólo como de mucho peligro; desde allí continuó su navegación hasta el mar Muerto, según queda en su lugar explicado.

Diríase que las riberas del Jordán no han sido jamás habitadas al mirarlas ahora



Punto en que los peregrinos se bañan en el Jordán

tan incultas y desiertas; la vega en que los israelitas, atravesado el río, hallaron abundante cosecha de cáñamo y trigo ya sazonado en abril, se muestra por lo general seca y desnuda; algunos campos de algodón, altas malezas en varios puntos y las dos franjas de cañas y frondoso arbolado que sombrean ambas márgenes, casi sin solución de continuidad desde las fuentes del río hasta el mar y sirvieron de guarida en otro tiempo á leones y hoy á jabalíes y otras fieras, son allí toda la vegetación. La causa de esto ha de buscarse en la configuración del terreno; junto á aquella espesura se extiende una zona por lo general estrecha y naturalmente feraz, que es bañada por el

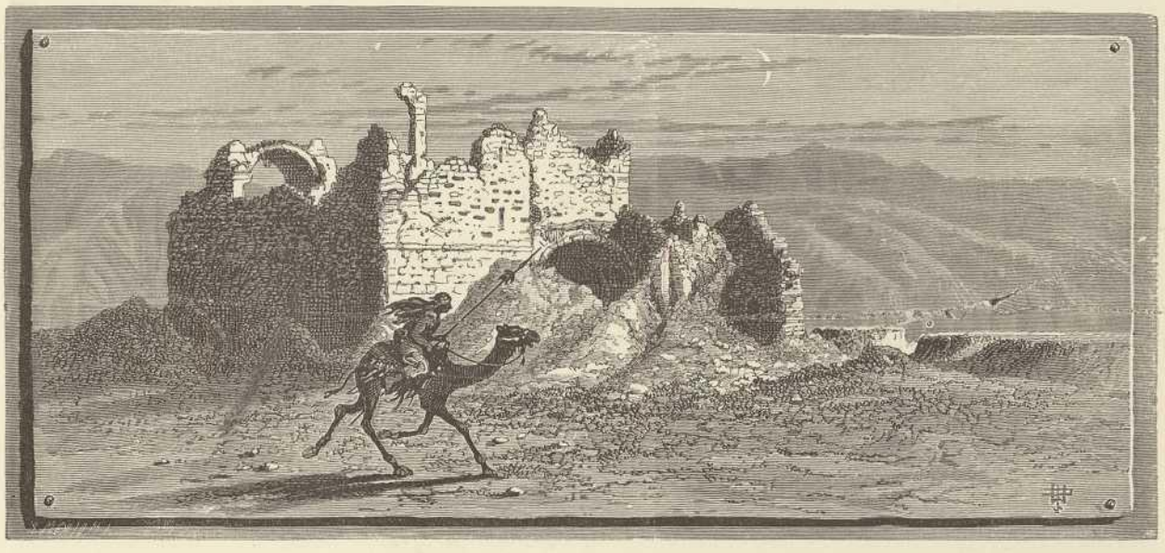
río en sus crecidas; limítanla una serie de oteros de tierra blanquecina de variadas formas y separados por profundas quebradas ó *ueds* que, descendiendo de los inmediatos montes, cortan transversalmente la vega y van á morir al Jordán. Al otro lado de esas eminencias va elevándose el valle poco á poco, hasta que, ora más angosto, ora más ancho, llega á la falda de las dos grandes y paralelas sierras entre las que aparece como extensa llanura rebajada en su centro, por donde serpentea el cauce tortuoso del Jordán. El-Ghor (la cavidad) es llamado por los árabes. De ello resulta que, á excepción de una estrecha franja de tierra inferior que es fecundada por las aguas del río, no puede serlo el valle en su parte superior sino por medio de canalizos que establezcan un riego artificial tomando el agua de los varios manantiales que brotan en las montañas que lo dominan. Sin estas fuentes vivificantes estaría condenado á la esterilidad y á no cubrirse de hierbas y arbustos silvestres sino en la estación de las lluvias; con ellas, por el contrario, ha sido y es aún muy fértil en aquellos puntos donde es cultivado y donde circula todavía el agua; mas por desgracia la mayor parte de los acueductos, tajeas y arroyos artificiales que en otro tiempo se trazaron ya no existen, y las admirables plantaciones de palmeras, de caña dulce y árbol del bálsamo han desaparecido del todo. De las ciudades que allí se fundaron pocos vestigios quedan; y excepto algunos campos que son cultivados por los fellahs que moran en las aldeas situadas en aquellos montes, la vega del Jordán queda entregada á merced de las tribus errantes de beduinos que divagan por ella llevando de un lado á otro sus rebaños, sus campamentos y sus rapiñas.

En otro tiempo numerosos solitarios poblaban el valle hoy desierto, y san Zósimo, que fué uno de ellos, halló y dió allí sepultura al cuerpo de la gran pecadora María Egipciaca, que había hecho en las soledades de la opuesta orilla una penitencia de cuarenta y ocho años. Esto sucedía en el de 430. Aun hoy, entre los juncales inmediatos al río, no es raro encontrar á algún abisinio que lleva en choza de cañas eremítica existencia en la contemplación del gran misterio allí realizado, y recoge las limosnas que los peregrinos quieren darle.

En el Antiguo Testamento, con motivo de las guerras de los hebreos con moabitas, ammonitas, madianitas y filisteos, y en la época de los Macabeos se hace repetidas veces mención del río Jordán. Naamán, guerrero sirio, cubierto de lepra, se bañó en sus aguas por orden de Elíseo y quedó sano; pero este río debe sobre todo su celebridad, después de su milagroso paso por los israelitas, suceso que luego explicaremos, á san Juan Bautista y al bautismo del Salvador. Despoblábase la Judea para acudir á sus orillas á oir las predicaciones del santo Precursor; el pueblo confesaba sus pecados y era por él bautizado en el Jordán. También Jesús vino de Galilea para recibir el bautismo, y entonces se abrieron los cielos y oyóse una voz que decía: «Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido.»

El árabe y el turco que acompañan al viajero, apenas divisan las ondas del Jordán, salúdanlas con gritos de alegría y corren á beberlas y á lavarse con ellas dando

señales de profundo respeto, pues también turcos y árabes, que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas, derivadas las unas de Ismael é infiltradas las otras al través de las fábulas del Corán, tienen por sagrado aquel río. Desde el principio de la era cristiana acudieron á él en peregrinación desde todas las partes del mundo; varios santuarios, actualmente destruídos, fueron elevados en los primeros siglos de la Iglesia cerca del punto donde se creía haberse realizado el gran suceso; una cruz lo designaba á la piedad de los fieles, y ambas márgenes estaban cubiertas de preciosos mármoles. Multitud de peregrinos se reunían en ellas en épocas determinadas y entraban con fervor en las sagradas aguas para renovar las promesas del bautismo, revestido cada uno con blanco manto que había de servirle de mortaja al descender al sepulcro, costumbre esta última que conservan todavía los griegos. Los enfermos, y en especial



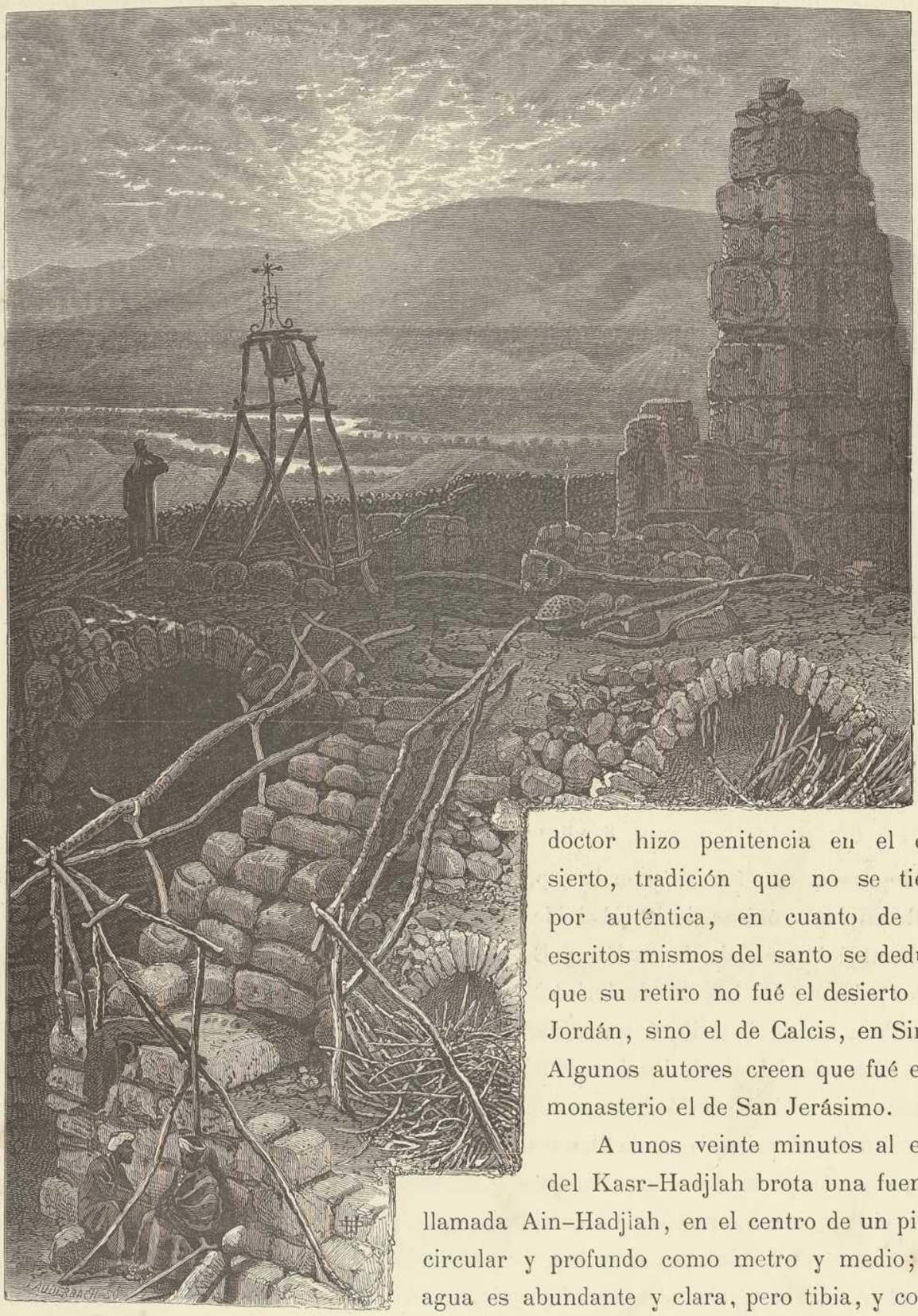
Kasr-Hadjlah, antiguamente Beth-Hoglah

los leprosos, acudían allí con la esperanza de hallar la salud en la milagrosa corriente. Refieren las crónicas de la Edad Media que peregrinos y guerreros, después de visitar los santos lugares de Jerusalén y Belén, iban á purificarse á las aguas del río y á coger palmas á los huertos de Jericó.

Para servir de asilo á tan numerosas gentes construyéronse varios monasterios á poca distancia del río; de los dos principales existen aún las ruinas, y es el uno conocido con el nombre de Kasr-Hadjlah, con el de Kasr-el-Yehud el otro.

Situado el primero en la llanura de Jericó á una hora escasa al oeste del Jordán, conserva aún parte del muro flanqueado de cuadradas torres que lo defendía. Dentro del recinto vense los restos de una iglesia, que yace ahora por el suelo en su mayor parte; ornáronla pinturas murales, hoy muy borradas cuando no desaparecidas por completo, acompañadas de leyendas griegas. Algunos arcos ojivales intactos todavía anuncian al parecer un trabajo de la época de las Cruzadas. Por lo que toca al monasterio está enteramente destruído; por sus vestigios viénese en conocimiento de que construído quizás en los primeros siglos de la Iglesia, experimentaría reparaciones en los tiempos sucesivos. Peregrinos hay que lo mencionan con el nombre de monasterio

de San Jerónimo, y á creer la tradición, fué erigido en el sitio en que el santo



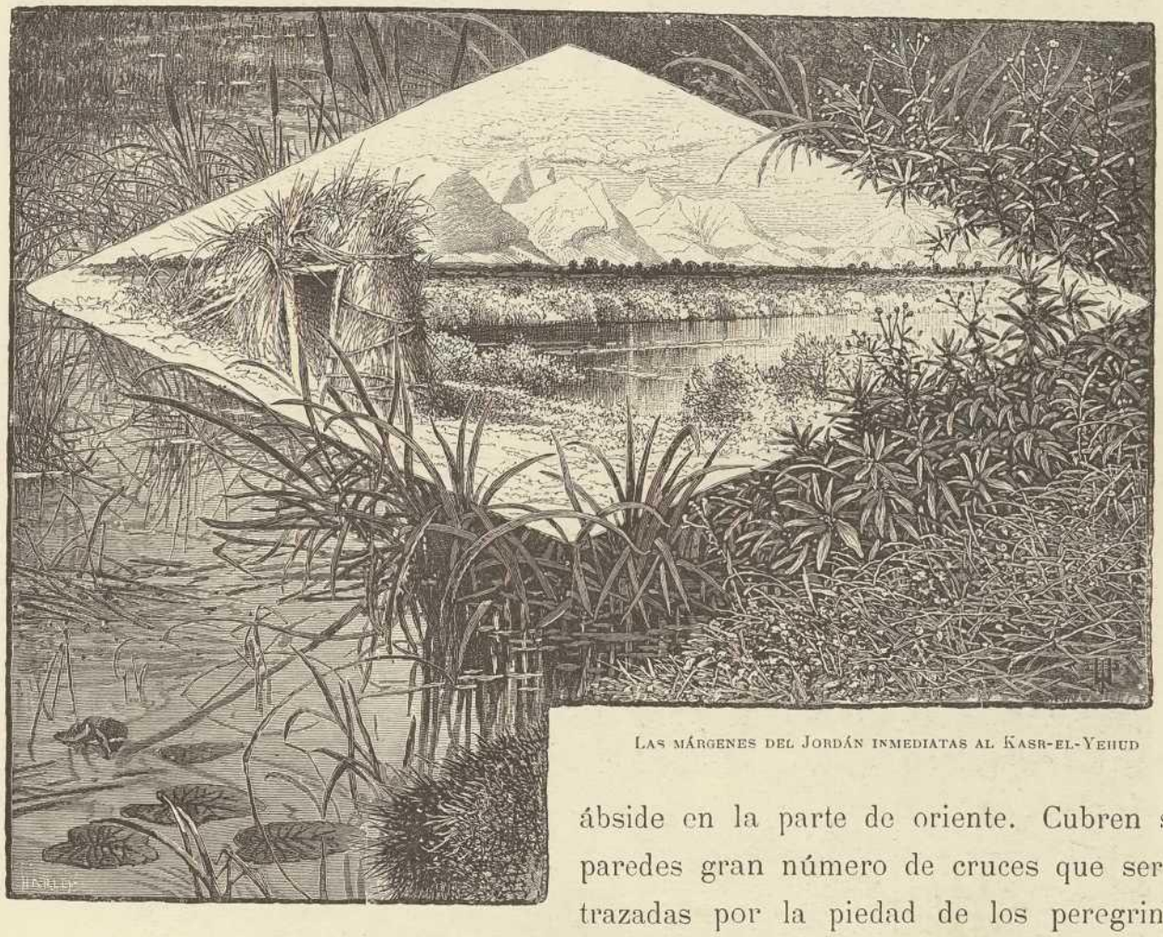
Monasterio de San Juan Bautista, ahora Kasr-el-Yehud

doctor hizo penitencia en el desierto, tradición que no se tiene por auténtica, en cuanto de los escritos mismos del santo se deduce que su retiro no fué el desierto del Jordán, sino el de Calcis, en Siria. Algunos autores creen que fué este monasterio el de San Jerásimo.

A unos veinte minutos al este del Kasr-Hadjlah brota una fuente, llamada Ain-Hadjiah, en el centro de un pilón circular y profundo como metro y medio; el agua es abundante y clara, pero tibia, y corre luego formando un arroyo que en otro tiempo estuvo canalizado y regaba el valle en el cual se pierde ahora. La 'Ain-Hadja ha conservado el nombre de la antigua ciudad que la comprendía en su recinto y que hoy, excepto algunos restos insignificantes y unos

pocos trozos de mosaico esparcidos por el suelo, ha desaparecido del todo; llamóse en hebreo Beth-Hoglah y en latín Beth-Hagla, y de ahí la denominación actual. Esta población servía de límite entre la tribu de Judá y la de Benjamín.

A cuatro kilómetros al nordeste de la Ain-Hadjlah y á poco menos de un kilómetro al oeste del río existen las ruinas del segundo monasterio, conocido con el nombre de Kasr-el-Yegud (Castillo de los Judíos) por los árabes, y por los cristianos con el de San Juan Bautista. Estuvo fortificado como el anterior, y de él sólo subsisten desplomadas bóvedas y caídos paredones, y además una capilla subterránea rectangular con un



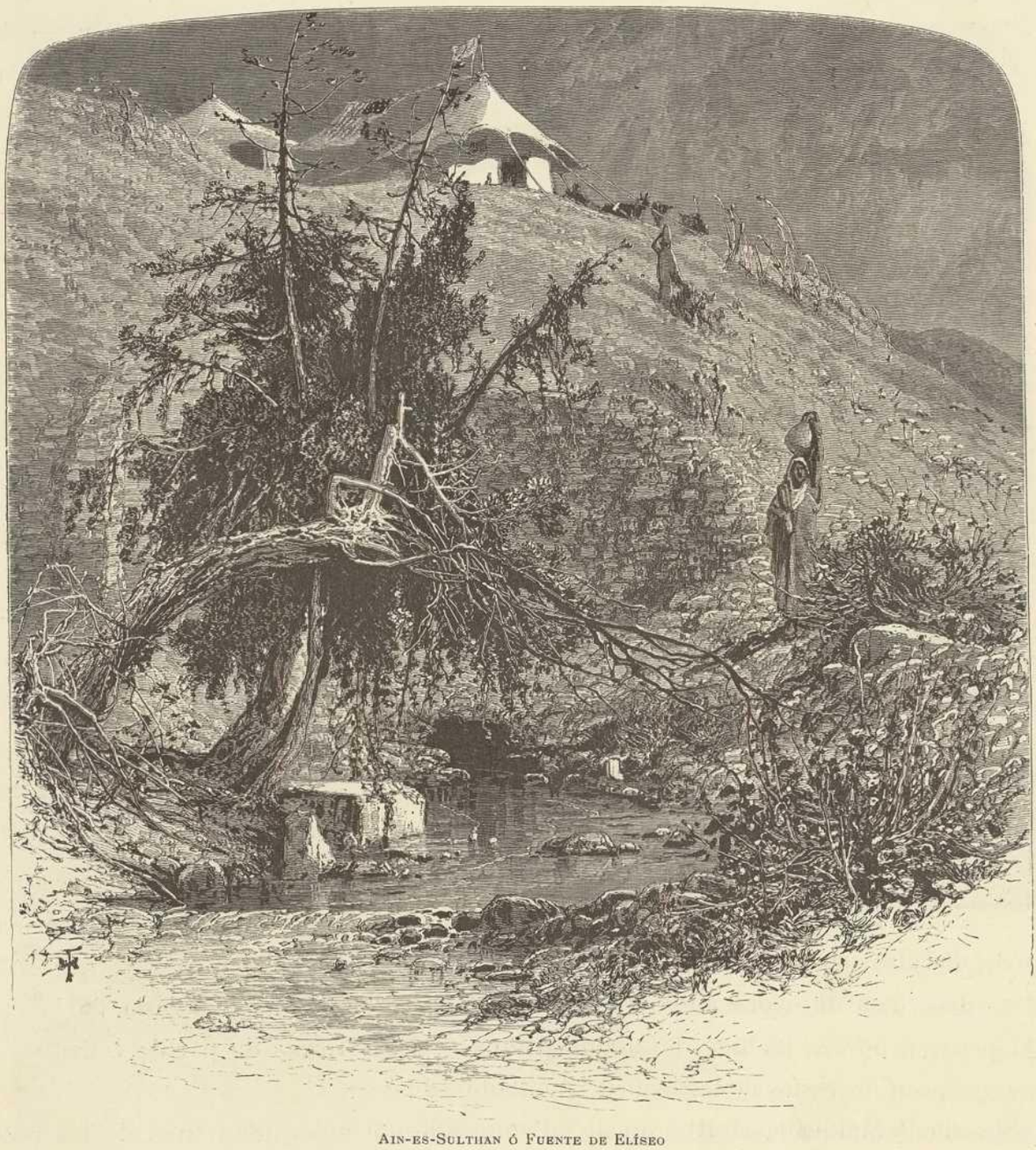
Las márgenes del Jordán inmediatas al Kasr-el-Yehud

ábside en la parte de oriente. Cubren sus paredes gran número de cruces que serían trazadas por la piedad de los peregrinos; algunas de ellas parecen ser de gran antigüedad. Encima de esta capilla, que, á lo que se cree, data de época anterior á las Cruzadas, elevábase una iglesia de la cual nada queda, á no ser la base de alguna coluna y unos trozos de pared; á derecha é izquierda yacen los restos de los edificios á ella inmediatos.

El vado de Makhadet-el-Rhoranieh, al nordeste del monasterio, uno de los pocos puntos en que el río es accesible, encajonado como está en altas y tajadas márgenes, es el escogido generalmente por los peregrinos griegos para bañarse y renovar las promesas de su bautismo. Los latinos se bañan con preferencia en otro situado al sudeste de aquel monasterio y conocido con el nombre de Makta (lugar de paso), que es probablemente el punto llamado Bethabara, donde san Juan administraba el bautismo y donde, bien en la orilla derecha, bien en la izquierda, lo recibió de su santo precursor Nuestro Señor Jesucristo.

Es tradición que por el mismo sitio pasaron á pié enjuto el Jordán Elías y Elíseo, cuando aquél, poco antes de ser arrebatado al cielo en torbellino de fuego, tocó con su manto las aguas, las que se dividieron á uno y otro lado. Por allí, en fin, á lo que se cuenta, vadeó el río san Cristóbal llevando en hombros al niño Jesús.

A once kilómetros del Jordán, por el lado del oeste, hállase abundante manantial,



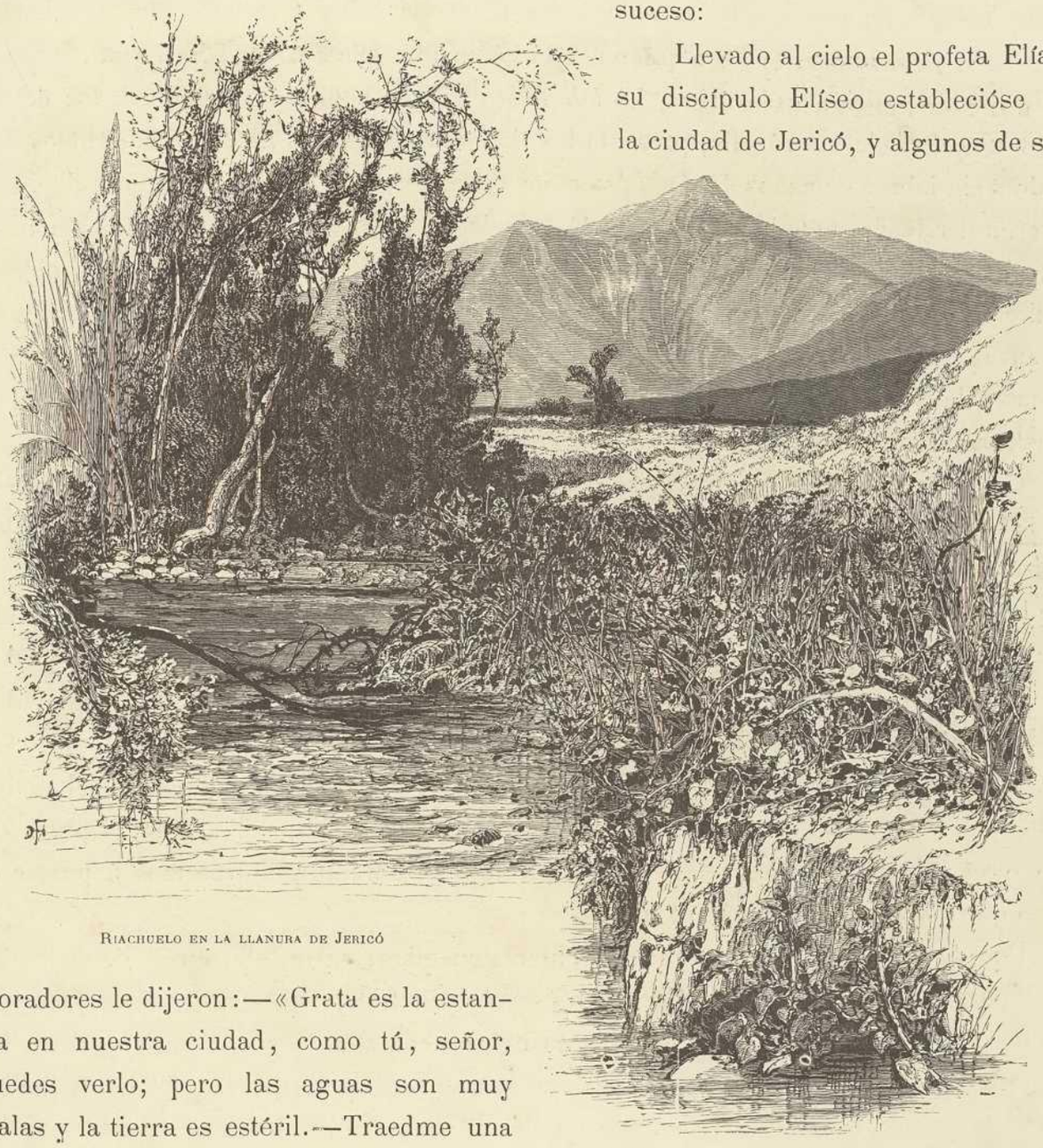
Ain-es-Sulthan ó Fuente de Elíseo

delicioso oasis, en que se respira fresco y gratísimo ambiente. Ain-es-Sulthan lo llaman los árabes y Fuente de Elíseo los cristianos; brota del suelo en un pilón de diez pasos de longitud por cinco de ancho, en parte destruído y sombreado por frondosos árboles, y corre después formando un riachuelo de seis ú ocho piés de ancho por seis ó nueve pulgadas de profundidad, que, dividido en varios brazos, riega una parte del llano hacia la actual aldea de Er-Riha; antiguamente alimentaba diferentes acueductos que desde

allí esparcían á lo lejos la fecundidad y la vida. El agua es clara y sale á la temperatura de 23°; según Russegger, nace 640 pies más baja que el nivel del Mediterráneo.

Gran número de peces viven en el pilón de la fuente y á miles anidan los pájaros en la enramada, de manera que la Fuente de Elíseo es agradable sitio de parada para cuantos peregrinos y viajeros llegan al Jordán. El nombre que lleva débelo al siguiente suceso:

Llevado al cielo el profeta Elías, su discípulo Elíseo estableciόse en la ciudad de Jericó, y algunos de sus



Riachuelo en la llanura de Jericó

moradores le dijeron:—«Grata es la estancia en nuestra ciudad, como tú, señor, puedes verlo; pero las aguas son muy malas y la tierra es estéril.—Traedme una vasija nueva, y echad sal en ella,—dijo él, y habiéndosela traído fuese al manantial de las aguas, echó en él la sal al tiempo que pronunció estas palabras:—esto dice Jehová: Sané estas aguas, y en adelante no habrá jamás en ellas muerte ni esterilidad.—Y en efecto, quedaron desde entonces saludables las aguas.»

Tal es el bíblico relato, y la Iglesia ha conservado las mismas palabras é igual ceremonia para la bendición del agua.

Varios *tells* ú oteros artificiales se levantan al sur, al oeste y noroeste de la Ain-es-Sulthan, alcanzando algunos unos veinte metros sobre el suelo, y en la ladera oriental

de aquél á cuyo pié corre la fuente, distínguense todavía restos de unas gradas de piedra por las que se bajaría hasta el pilón que la recibe. Compónense estos oteros, en los que se practicaron detenidas excavaciones en 1848 por el capitán Warren, de una tierra amarillenta que entre los dedos se deshace en fino polvo, y en ella pueden distinguirse aún las líneas y las formas de antiguos ladrillos; al penetrar en ellos se han encontrado á dos metros de profundidad sepulcros de iguales ladrillos, excepto uno construído de piedra, y los huesos que contenían serían, á lo que parece, depositados allí después de la descomposición cadavérica. El *tell* más elevado, aquel que domina á los demás como una verdadera acrópolis, presenta los cimientos de fuertes muros, construídos con piedras sin labrar y anchos de unos dos metros; en ellos se apoyaron las murallas que cayeron derribadas ante los israelitas. Enterrados á poca profundidad y también diseminados por el suelo hállanse además en gran número restos de vasos y otros objetos de tierra, que los viajeros eruditos recogen como preciosos ejemplares de la cerámica cananea, porque, en efecto, allí, junto á la fuente de Elíseo, estuvo situada la Jericó de Kenaan, la ciudad de las Palmeras, la primera que hicieron suya los hijos de Israel al penetrar, acaudillados por Josué, en la tierra prometida.

Cuarenta años habían transcurrido desde la salida de Egipto; todos cuantos vivieran bajo el yugo de los faraones habían muerto, á excepción de Caleb y Josué, y también Moisés acababa de espirar en el monte Nebo después de contemplar de lejos la tierra en que le estaba vedado penetrar. «Y aconteció que el Señor habló á Josué, hijo de Nun, y le dijo:—Moisés, mi siervo, ha muerto; levántate, pasa el Jordán tú y todo el pueblo contigo y toma posesión de la tierra que daré á los hijos de Israel... En tanto vivas nadie podrá resistir al pueblo israelita; como fuí con Moisés, así seré contigo.»

Desde aquel momento dispuso Josué lo necesario para el cumplimiento del divino mandato.—«Pasad á los campamentos, dijo á los príncipes del pueblo, y haced provisión de víveres, porque dentro de tres días pasaremos el Jordán y entraremos á poseer la tierra que el Señor Dios quiere darnos.»

Pero convenía ante todo reconocer la fuerza enemiga; y para ello envió desde Setim dos hombres que lo verificaran. Partieron éstos, y penetrando sin ser conocidos en Jericó, que por la proximidad de los israelitas y lo que se contaba de sus victorias contra los amorreos, al otro lado del río, se había puesto en estado de guerra, pudieron hallar posada en la casa de una meretriz por nombre Rahab. Sin embargo, algo se supo de su nocturna llegada, y avisado el rey de Jericó de las sospechas concebidas mandó á Rahab que sacara de su casa á los dos extranjeros tenidos por espías. Quiso favorecerles aquella mujer, y al tiempo que los ocultaba en el desván cubriéndolos con haces de lino, contestó á los enviados del rey que ya los hombres se habían marchado, pudiendo aún alcanzarlos de ir luego en su seguimiento. Así lo hicieron los emisarios dirigiéndose por el camino que guiaba al vado del Jordán.

En tanto Rahab corría al desván y llamando á los extranjeros les dijo:—«Veo que el Señor ha entregado á los vuestros esta tierra porque el terror reina entre nosotros...

Una gracia os pido, y es que por Dios me juréis que así como he tenido misericordia de vosotros, la tendréis vosotros de mí y de mis padres y hermanos.» Juráronlo los enviados de Israel, y por una ventana, descolgándose por medio de una soga, bajaron al campo por estar la casa contigua al muro. Rahab les aconsejó esconderse por espacio de tres días en el monte á fin de dar lugar á que volvieran sus perseguidores, y ellos, antes de alejarse, le dijeron:

—«Si cuando entremos en la ciudad estuviere por señal esta cinta de escarlata atada á la ventana por la que hemos descendido, y reunieres en tu casa á tus padres, hermanos y parientes, manteniéndoos todos en ella encerrados, nada tendréis que temer: caiga su sangre sobre nuestra cabeza si alguien se atreve á ofenderos. Pero si nos vendes, si divulgas lo que te decimos, quedaremos libres de tal juramento.—Hágase como habéis dicho,» respondió Rahab, y dejó colgada en la ventana la cinta de color de escarlata.

En seguida los emisarios de Josué se encaminaron al monte y estuvieron allí tres días, hasta que, de regreso los que habían salido en su seguimiento, pudieron pasar el vado del Jordán y volver á sus campamentos.

«—El Señor ha puesto en nuestras manos esa tierra, le dijeron, pues sus moradores están amilanados.»

«Josué, sigue diciendo el bíblico relato, movió de noche el campamento y marchando de Setim él y todo el pueblo llegaron al Jordán, en cuya orilla se detuvieron tres días. A la cuarta aurora salieron los heraldos á recorrer el campamento gritando: —Así que se ponga en movimiento el arca del Señor Dios vuestro llevada por los sacerdotes, levantaos todos y seguid los pasos de los que tengáis delante.—Santificaos todos, dijo Josué, porque el Señor ha de obrar mañana entre vosotros grandes maravillas.»

Llegada la hora y puestos los sacerdotes en marcha con el arca, empezó á moverse la inmensa multitud, y esto sucedía el día décimo del primer mes judaico, ó sea abril, en ocasión en que el río por su gran caudal de aguas es invadeable. Cubría, en efecto, el Jordán ambas riberas, y en tanto la impetuosidad de su corriente era tenida por los cananeos como barrera insuperable que nada habían hecho para su defensa. Los hebreos, sin barcas y sin medio alguno para establecer puentes, habrían debido retroceder, cuando ¡oh prodigio! apenas los sacerdotes hubieron puesto los piés en el agua entrando en el vado de Jericó, cuando las ondas superiores se pararon, hinchándose y amontonándose á manera de montaña, y las inferiores fueron escurriéndose hacia el mar Muerto hasta dejar el cauce en seco.

En él se detuvieron los sacerdotes con el arca mientras que iba desfilando la gran multitud formada por tribus y llevando en medio las mujeres y los niños. Los hijos de Ruben y de Gad y la media tribu de Manassés iban en armas á la cabeza de las colunas, y cuarenta mil combatientes se extendieron luego en escuadrones por la campiña de Jericó. Así pasaron el Jordán dos millones de hombres con mujeres, ancianos y niños en la época de la mayor crecida de las aguas sin puentes ni barcas, suceso,

humanamente hablando, inexplicable. Necesario es, por lo mismo, dice M. Guerin, ó negar el paso, lo cual sería tanto como rechazar uno de los hechos históricos mejor atestiguados, ó reconocer en él la milagrosa intervención de la Providencia.

Llegado á pié enjuto todo el pueblo á la opuesta orilla, los sacerdotes salieron á su vez del cauce del río, y las aguas volvieron á correr. Antes, por mandato de Josué, fueron colocadas doce grandes piedras en el río, en el lugar donde estuvieron los sacerdotes, y otras tantas fueron llevadas del cauce á la ribera, unas y otras como monumento, para las generaciones futuras del portentoso suceso. Las últimas, representando las doce tribus, fueron puestas en círculo en Gálgala, en la parte oriental y á media legua de Jericó, donde aquella noche se establecieron los campamentos. Santa Paula á principios del siglo v dice haberlas visto lo mismo que Arculfo á fines del VII, según el cual eran tan grandes que dos hombres podían apenas levantar una. En la época de las Cruzadas existían todavía, y sobre ellas se había levantado una iglesia.

En Gálgala celebraron la Pascua los hijos de Israel el día 14 del mismo mes de abril; por disposición divina se procedió á nueva circuncisión de todos los varones, y por primera vez comió el pueblo los frutos de la Tierra prometida. Desde aquel día cesó de caer el maná con que fuera alimentado desde la salida de Egipto.

Gálgala obtuvo tiempos después gran lugar en la historia del pueblo de Dios, llegando á ser población de importancia. Por el libro de los Reyes sabemos que Samuel administró allí distintos veces justicia á Israel, y que fué á Gálgala para ofrecer sacrificios y también para anunciar á Saul, en el mismo lugar donde fuera aclamado rey por todo el pueblo, que había dejado de merecer el favor divino. Muerto Absalón, los varones de Judá salieron al encuentro de David hasta Gálgala; en ella estuvieron los profetas Elías y Elíseo, y en ella también, olvidado el pueblo de lo que debía al Señor, erigió ídolos á los falsos dioses. Hoy día se buscan en vano sus ruinas: autores hay que pretenden encontrarlas en Khirbet el-Etlé donde existe una gran cavidad cuadrada que parece haber sido un estanque; otros suponen que estuvo situada en el sitio llamado Tell-Djeldjul.

Acampado estaba, pues, en Gálgala el pueblo israelita después de haber atravesado milagrosamente el Jordán; pero esto no era más que el principio de la gloriosa epopeya que había de llevarle á la conquista de toda la tierra de Canaán desde la última línea de la frontera que entonces ocupaba. Un nuevo auxilio le era necesario para triunfrr de innumerables y fuertes enemigos, y éste no se hizo esperar mucho.

Cerradas las puertas de Jericó, coronados los fuertes muros de armados defensores, bien provista de víveres y pertrechos, grave obstáculo se oponía al paso de los israelitas. Mas el Señor dijo á Josué:—«En tu mano he puesto Jericó, á su rey y á todos sus guerreros. Dad vuelta á la ciudad todos los hombres de armas una vez al día por seis consecutivos, y el día séptimo dad siete vueltas á los muros. Al sonido de las trompetas, á las voces que el pueblo dé á una, caerán desplomadas las murallas y entonces cada uno entrará caminando derecho delante de sí.»

Sorprendidos hubieron de quedar los moradores de la guerrera ciudad al mirar á los israelitas dar comienzo alrededor de su recinto á la misteriosa ceremonia ordenada por Dios.

Por primera vez salió el pueblo de los campamentos de Gálgala, y se puso en marcha; la gente de armas con sus banderas, capitaneada por Josué, formaba la vanguardia; á poca distancia seguían siete sacerdotes precediendo el arca, que era llevada por otros cuatro, y venía en pos innumerable multitud ordenada y sin confusión. Imponente silencio reinaba, y sólo se oía de cuando en cuando el estridente son de las trompetas. Así dieron la vuelta á la ciudad, á alguna distancia de la muralla, y en seguida volvieron todos al campamento.

Por espacio de seis días, uno tras otro, reprodújose la misma ceremonia.

El día séptimo, que fué el 1.° de Mayo y día de sábado, Josué congregó desde muy temprano á los príncipes y principales guerreros para celebrar consejo; después formóse el pueblo en el orden señalado y comenzó la marcha. Familiarizados los cananeos con las evoluciones diarias y sin consecuencias de sus enemigos, las mirarían sin duda con tranquilidad creciente, tanto más en cuanto ni los invasores formalizaban el sitio ni veían que arrimaran al muro máquinas ni ingenios de guerra. Y sin embargo, la hora de Dios era llegada: en la séptima vuelta las trompetas dejaron oir más agudos y prolongados sones; Josué prorrumpió en un grito que resonó en el valle; el pueblo á su vez alzó una atronadora vocería, y entonces los muros cayeron desplomados y las altas torres se hundieron con estrépito. Los guerreros de Israel vuélvense contra la ciudad, entran en ella á sangre y fuego, y desde el rey al último habitante fueron todos pasados á cuchillo, excepto Rahab y su familia, respetados en virtud del juramento que hicieron los emisarios de Josué. Todos los animales fueron muertos, la ciudad fué entregada á las llamas y destruída, quedando sólo en pié la casa de Rahab, y Josué pronunció la imprecación siguiente:

«Maldito sea delante del Señor el varón que osare levantar y reedificar los cimientos de Jericó. Si esto sucediere, muera su primogénito cuando eche los cimientos y su postrer hijo cuando le ponga las puertas.»

El lugar que, á lo que se cree, ocupaba la ciudad está hoy invadida por intrincada espesura de árboles y arbustos, entre los que se distinguen los llamados por los árabes *seder, zakkum* y *leinum Luth*. El *seder*, que lleva también el nombre de *nebek*, el *rhamnus nabeca* de los botánicos, es una especie de acacia muy espinosa, unas veces árbol, otras arbusto, que da por fruto una pequeña baya rojiza, agridulce y sabrosa al paladar. El *zakkum*, el *elœagnus augustifolius* de Linneo, es tenido por el *myrobalsamum* ó el *myrobalanum;* produce un fruto semejante á una aceituna, cuyo hueso machacado y puesto en agua caliente suelta un aceite que sobrenada y se parece al de las almendras; los árabes lo emplean como medicamento para las heridas. Los cristianos de Jerusalén usan el hueso para la fabricación de rosarios, y como las ramas de este árbol, lo mismo que las del arbusto, abundan en espinas muy agudas y recias

dice la tradición que con ellas se hizo la corona de Nuestro Señor Jesucristo. Su nombre de *zakkum* ha inducido á algunos á creer que en un árbol de esta clase se encaramó Zacheo cuando Jesucristo verificó su entrada en Jericó, y por esto el aceite de él extraído lo llaman aceite de Zacheo; pero no pasa esto de ser un error evidente, dice Guerin, fundado en la fortuita similitud del nombre, en cuanto sabemos por el Evangelio que Zacheo subió á un sicomoro. No es el *zakkum* el verdadero árbol del bálsamo, es decir, el *opobalsamum*, el cual daba antes en abundancia su precioso fruto en la llanura de Jericó; en el día ha desaparecido de ella por completo. Del *leinum Luth*, así llamado por los árabes á causa de haber sido maldito por Loth, nacen los falaces frutos de que antes hemos hecho mención. Es el *solanum Sodomeum* de Linneo. De las palmeras que dieron, sin duda por su abundancia, otro de los nombres con que era apellidada la ciudad, restan poquísimos ejemplares. También las famosas rosas de Jericó *(anastatica hierochumtica)* han desaparecido de la comarca y únicamente se encuentran algunas en las riberas del mar Muerto.

El anatema de Josué se cumplió, reinando Achab en Israel y Asa en Judá, en la persona de Hiel de Bethel por haber emprendido la reconstrucción de Jericó á poca distancia hacia el sur de la ciudad antigua, en el sitio que lleva hoy el nombre de Kharbet-Kakun, junto al Ued-el-Kelt. Abirám, su hijo primogénito, murió al echar los cimientos, y Segub, su último hijo, al colocar las puertas. La Jericó israelita, sucesora de la Jericó pagana, volvió á ser una ciudad floreciente que rivalizó con Jerusalén en magnificencia y población. Perteneciente en un principio á la tribu de Benjamín y después al reino de Judá, contaba muchos palacios y establecimientos de utilidad pública, siendo especialmente famosa por los deliciosos jardines de que ha hecho mención el historiador Josefo y por el renombrado bálsamo que en ella se cultivaba desde que Salomón recibiera de la Arabia meridional la planta que lo producía. Atrevidos acueductos llevaban á su recinto el caudal de las fuentes que brotan en los inmediatos montes, y tenía un hipódromo y un anfiteatro.

El rey Sedecías, huyendo de Jerusalén al ser expugnada por la hueste caldea, fué perseguido por los vencedores y hecho prisionero en la llanura de Jericó. Nabucodonosor le hizo sacar los ojos, y lo encerró en una mazmorra en Babilonia. De Jericó salieron varios profetas; sus moradores, concluído el cautiverio, del cual volvieron en número de trescientos cuarenta y cinco, contribuyeron á la reconstrucción de los muros de Jerusalén, y sábese que Jotanás, después de poner en derrota al ejército de Bácchides en las márgenes del Jordán, añadió á la ciudad nuevas fortificaciones. El romano Antonio donó la comarca de Jericó á Cleopatra y ésta la vendió á Herodes el Grande, quien, complaciéndose en su residencia, la adornó con suntuosos monumentos, y en una eminencia que la dominaba construyó fuerte y delicioso alcázar, al que llamó Cypros, del nombre de su madre. Entre éste y los antiguos palacios reales, dice Josefo, levantó otros dos á los que puso los nombres de Augusto y Agrippa. En Jericó hizo el sanguinario príncipe que fuese ahogado el joven Aristóbulo, á quien, para mejor

disimular sus designios había conferido la dignidad de gran sacrificador, pero en la propia ciudad fué donde el Señor castigó sus delitos con horrible muerte. Atacado de una enfermedad que inspiraba repulsión y espanto á cuantos le rodeaban, eran sus dolores tan agudos que intentó quitarse él mismo la vida. En sus postreros días mandó á matar á su hijo Antípater; condenó á ser quemados vivos á los mancebos que arrancaron el águila romana clavada en el umbral del Templo con menosprecio de la ley, y previendo que su fin habría de ser en Jericó motivo de contento, dispuso que, encerrados en el circo los principales ciudadanos, fuesen ejecutados al ocurrir su muerte, orden que por suerte no fué obedecida. Así acabó su abominable existencia el tirano perseguidor del niño Jesús, y de allí fué su cadáver trasladado á Herodia con la pompa que antes hemos descrito.

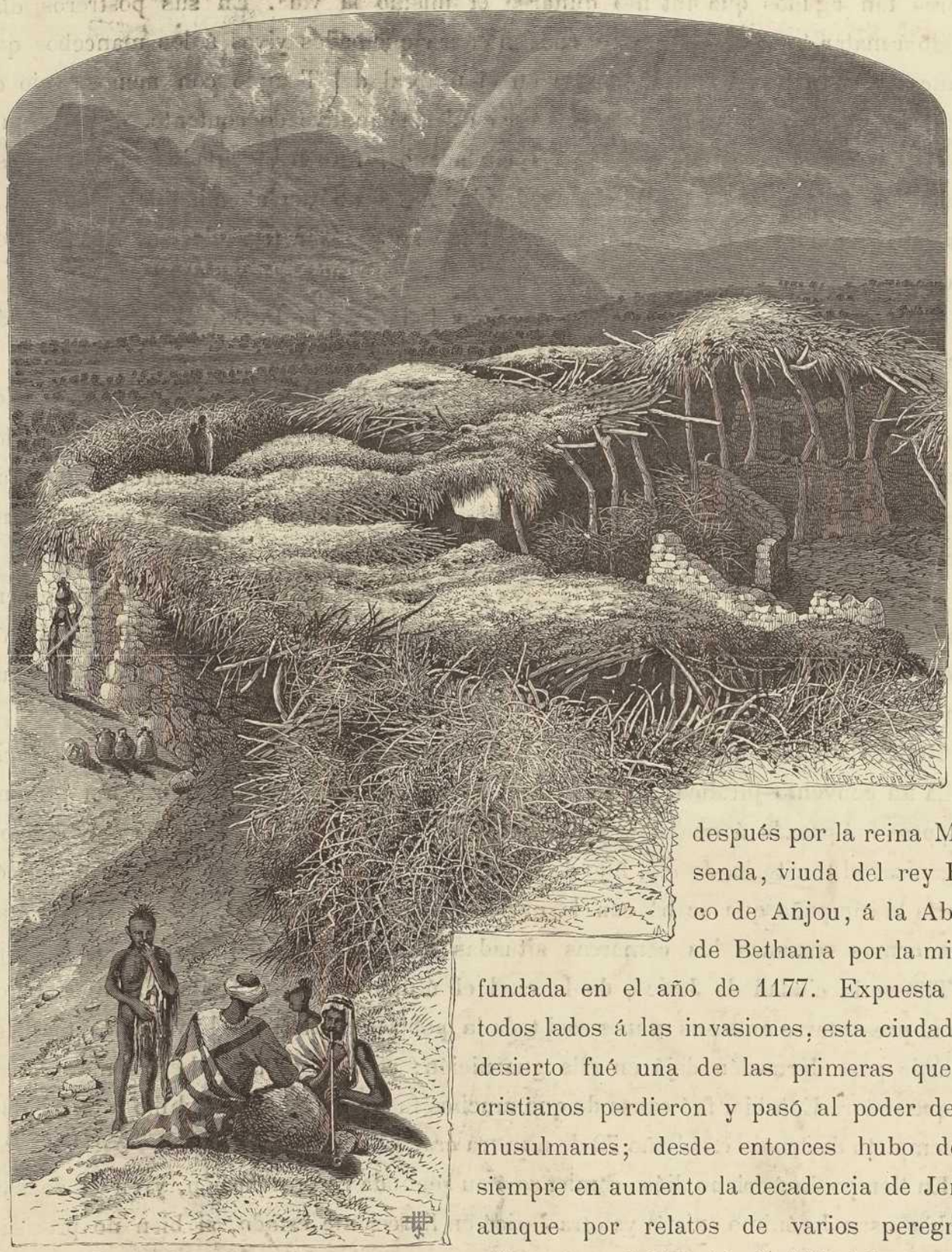
En Jericó se congregaban los peregrinos judíos de la Perea, al este del Jordán y de Galilea al dirigirse al Templo, y de allí partió el Salvador para su último viaje á Jerusalén. «—Señor, hijo de David, ten misericordia de nosotros, le gritaron dos ciegos sentados al borde del camino á la salida de la ciudad. Y Jesús se paró, los llamó, y les dijo:—¿Qué queréis que os haga?—Señor, le respondieron, que sean abiertos nuestros ojos.—Y Jesús compadecido de ellos, les tocó los ojos, y en el mismo instante vieron.»

También presenciaron aquellos lugares la conversión del publicano Zacheo, quien, para ver entre el gentío mejor á Jesús subió á un sicomoro del camino. Dice san Jerónimo que en su tiempo existía aún el árbol y una iglesia levantada en el solar que ocupó la casa del publicano.

Fué Jericó la capital de una de las once toparquías de Judea, y Gabinio estableció en ella un convento jurídico. Al ocurrir el gran levantamiento, la guarnición romana de Cypros fué pasada á cuchillo, y cuando derrotado Cestio los judíos se apresuraron á organizar el territorio, Josefo, hijo de Simón, fué enviado como gobernador á Jericó. Abierta la campaña que acabó con la nación judaica, Vespasiano, después de sujetar á las armas romanas las comarcas situadas al otro lado del Jordán, se reunió con Tito en la ciudad de Jericó, de la cual el último se había fácilmente apoderado, pues al presentarse ante sus muros casi toda la población aterrada huyó á los montes. Al partir para Jerusalén dejó en ella guarnición; pero la perfidia de sus moradores, á lo que refiere Eusebio, fué causa de que muchos fuesen pasados á cuchillo y la ciudad por completo destruída en el año 70 de nuestra era.

En tiempo de Adriano dióse comienzo á su segunda reconstrucción, y en el de san Eusebio y san Jerónimo existía ya otra Jericó en floreciente estado, si bien no precisamente en el mismo lugar que la anterior, sino á unos tres kilómetros de la Fuente de Elíseo, ocupando el sitio donde está hoy la miserable aldea de Er-Rhia. Justiniano erigió en ella una iglesia dedicada á la Madre de Dios y creó un hospicio para los peregrinos; sede episcopal, era sufragánea del arzobispado de Cesárea marítima y los nombres de sus obispos constan en las actas de varios concilios. Durante la existencia

del reino latino de Palestina, el prelado de Jericó era sufragáneo del patriarca de Jerusalén; contábanse allí tres monasterios, de Carmelitas, de Basilios y de Benedictinos, y las rentas de la huerta fueron aplicadas al Santo Sepulcro y atribuídas



Riha, la moderna Jericó

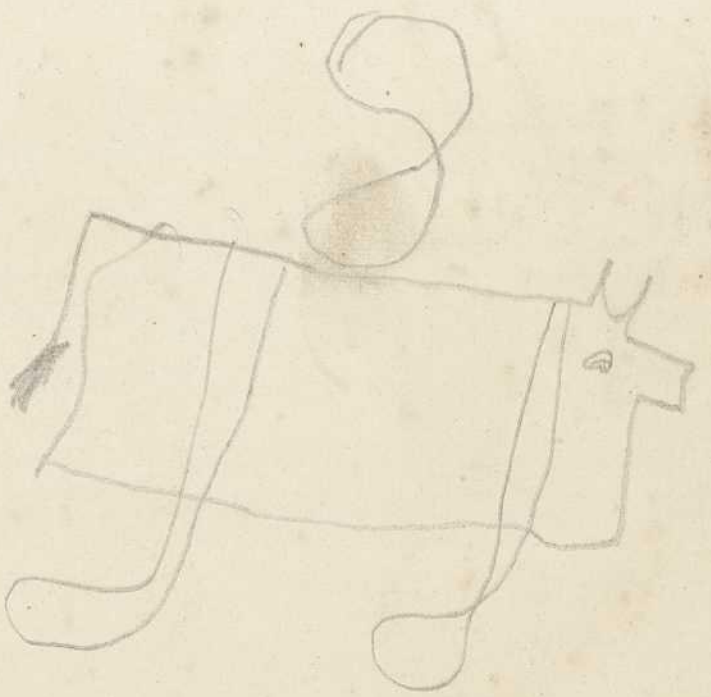
después por la reina Melisenda, viuda del rey Fulco de Anjou, á la Abadía de Bethania por la misma fundada en el año de 1177. Expuesta por todos lados á las invasiones, esta ciudad del desierto fué una de las primeras que los cristianos perdieron y pasó al poder de los musulmanes; desde entonces hubo de ir siempre en aumento la decadencia de Jericó, aunque por relatos de varios peregrinos sábese que, debido á la fertilidad de su suelo, sus celebradas huertas y jardines conservaron por largo tiempo su agradable aspecto, siendo considerado como un pequeño paraíso. En el día los vergeles de Er-Riha distan mucho de merecer elogio semejante, si bien hay en ellos plantaciones de higueras y granados, y también de

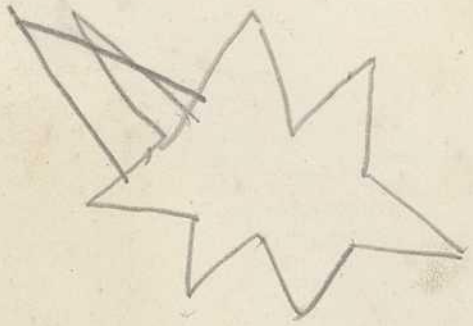
H. FENN, DIBUJÓ. C. COUSEN, GRABÓ.

EL LLANO DE JERICÓ, TOMADO DEL OESTE.

ESPASA Y COMPª, EDITORES.—BARCELONA.

247





1-2-3-4-5-6-7-8-9-10-11-12-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-28-29-30-31-32-33-34-35-36-37-38-39-40-41-42-43-44-45-46-47-48-49-50

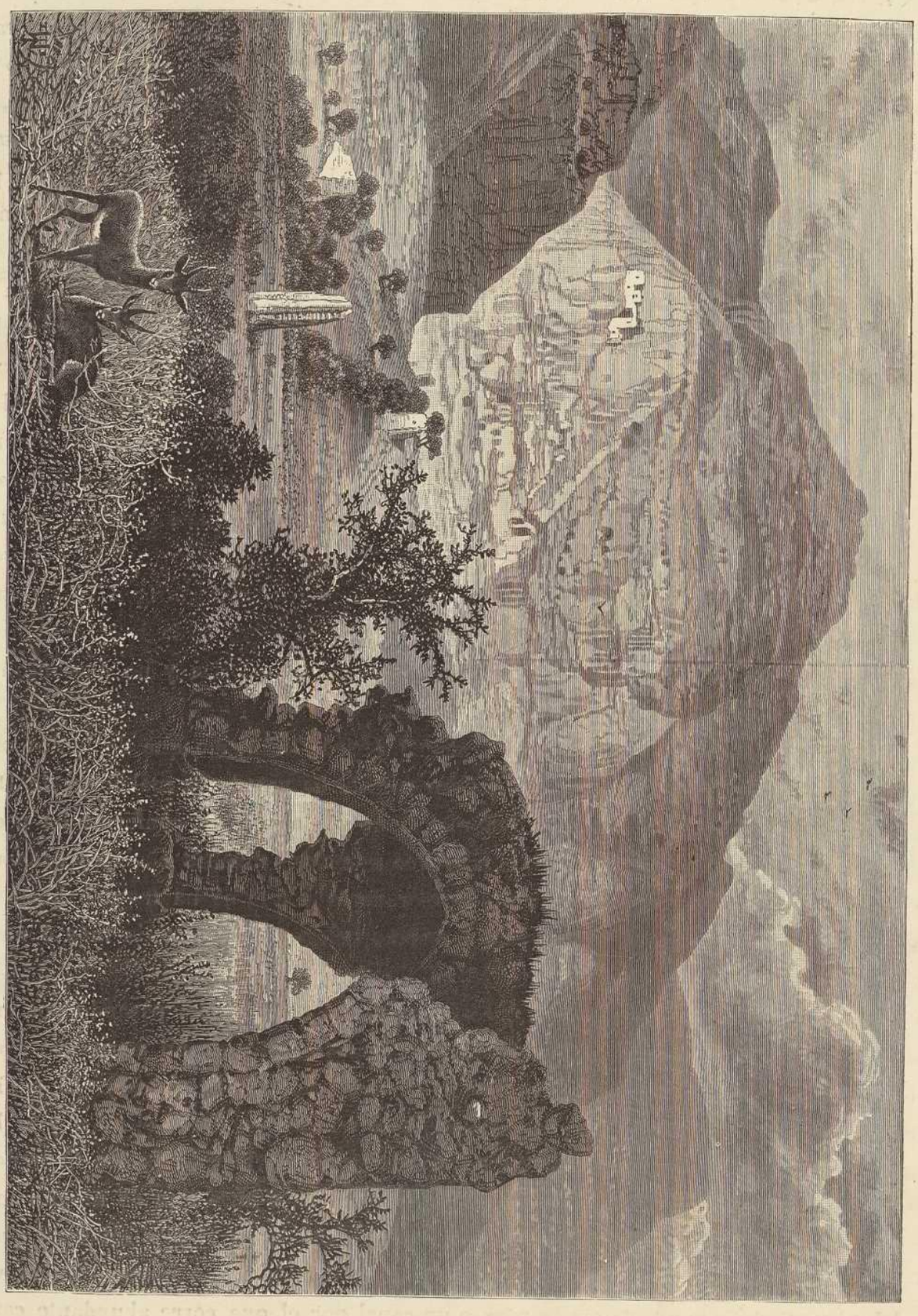
vigorosas cepas. De la opulenta Jericó sólo queda la pobre aldea que lleva aquel nombre, formada por unas cincuenta chozas construídas unas de tapia y con ramaje otras, rodeadas todas de una cerca de secos espinos para resguardarlas de leopardos y chacales, sirviendo de albergue á una población de trescientas almas degenerada por el pernicioso influjo de su clima ardiente y malsano. Por ella no pasan sino las caravanas de Damasco y algún viajero de vez en cuando; una sola vez al año, el lunes de Pascua, acampan en Jericó los peregrinos griegos que, habiendo pasado la Semana Santa en Jerusalén, se dirigen luego al Jordán; su número asciende por lo común á muchos miles, y el bajá de Jerusalén les da una escolta de trescientos hombres.

En el año de 1840 quisieron los habitantes de Er-Riha aprovechar la retirada de Damasco para caer sobre los rezagados y robarles; Ibrahim-Bajá envió contra ellos un fuerte destacamento que devastó é incendió la aldea y lo poco que quedaba de la ciudad antigua. Resto de ella es una torre rectangular que mide diez metros por lado y doce de altura, construída con piedras antiguas, quizás provenientes de la segunda Jericó; encuéntrase medio arruinada y sirve de cuartel á una compañía de *bachi-buzuks*, encargados de la defensa del valle contra las correrías de los beduinos. Suponen algunos peregrinos que fué esta torre la antigua casa de Zacheo, en la que tuvo el publicano el insigne honor de recibir á Nuestro Señor Jesucristo; otros le dan origen más remoto aun, y en ella la casa de Rahab, que fué la única que se salvó de la total destrucción de la Jericó cananea; pero opiniones son estas que nada autoriza y no descansan en fundamento alguno digno de ser tenido en cuenta.

Al mirar la miseria y soledad de la actual Jericó, lo mismo que de tantos otros antiguos y bíblicos lugares, siente el alma que por allí ha pasado la maldición de Dios. Al igual de lo que sucede con Jericó, ignórase de un modo preciso, conforme ha podido verse en varios puntos de este relato, el sitio que ocuparon muchas ciudades cananeas, y aquella tierra que parece devorar á sus moradores y que se ha tragado hasta sus ruinas, van los eruditos á dar campo á sus suposiciones é hipótesis más ó menos fundadas y legítimas.

A unos diez minutos de la fuente de Elíseo hacia el noroeste, pasando por entre confusos vestigios de una calzada romana, encuéntranse restos de un acueducto y otras ruinas llamadas por los árabes Tanahin es-Succar (molinos de azúcar). El edificio, construído con piedras de regular dimensión, se levantaba en arcos ojivales y si bien es posible que daten estas obras de época anterior á la llegada de los Cruzados á Palestina, siendo, por lo tanto, de origen musulmán, es seguro que de ningún modo pueden considerarse posteriores al tiempo de las Cruzadas, en el que sabemos que la caña de azúcar era cultivada en distintos puntos de Palestina, y en especial en la vega del Jordán. Siguiendo cuesta arriba pásase un canal por el que corre abundante caudal de agua procedente de la Ain-ed-Duk, por la cual eran movidos los molinos mencionados; allí estaría situado en remotos tiempos el castillo de Dokh, donde Simón Macabeo

fué asesinado en un festín por su yerno Ptolomeo, y en cuyo adarve mandó éste azotar cruelmente á la madre y á las dos hermanas de Hircano, que le tenía sitiado. En otros



MONTAÑA DE LA CUARENTENA

diez minutos de camino llégase á la base del monte de la Cuarentena, límite del desierto que á la ida al Jordán hemos atravesado; allí Jesucristo, al salir de las aguas del Jordán,

quiso someterse á un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches, y permitió que le tentase el espíritu del mal para enseñar á los hombres la manera de triunfar de las tentaciones que en este mundo los asaltan. Por esto es también llamado aquel sitio montaña de la Tentación; los árabes le dan el nombre de Djebel-Karantel y su cumbre está á unos quinientos metros de altura sobre el nivel de la vega.

Llegar hasta ella es peligrosa y casi temeraria empresa, pues los escalones practicados de distancia en distancia en la escarpada vertiente están rotos ó muy deteriorados, exponiendo al que los sube, por poco que el pié flaquee ó la cabeza se desvanezca, á caer precipitado á horribles precipicios. Hasta considerable altura y como en diferentes pisos ábrense en el monte numerosas cuevas, en las que, desde los primeros siglos de la Iglesia, gran multitud de anacoretas continuaron el prolongado ayuno del Salvador y se esforzaron por medio de un absoluto desprendimiento del mundo en llegar á la perfección evangélica. De san Caritón y san Elpidio se dice que moraron allí. Aquellas innumerables celdas convierten la montaña, según expresión de Santiago de Vitry, cronista de las Cruzadas, en una inmensa colmena, donde los piadosos solitarios, cual abejas diligentes, fabricaban con sus virtudes regalada miel espiritual. En el día están todas vacías, dispersadas como fueron las abejas por vientos y tempestades; arrostrando persecuciones y aun la muerte los anacoretas se negaron, al ocurrir la invasión musulmana, á abandonar sus grutas; un autor del siglo XIV refiere que en su tiempo el sultán mandó cortar el sendero que á ellas conducía para que en ellas pereciesen de necesidad, sin poder ser socorridos ni bajar ellos al llano; y en efecto, el hambre acabó con cuantos no habían caído á los golpes de los beduinos y el último de aquellos monjes aguarda há siglos en su ignorada tumba que la Providencia le envíe un sucesor. Dícese, sin embargo, que cada año algunos peregrinos procedentes de Etiopia pasan la cuaresma en las desiertas cuevas, entregados á penitentes prácticas.

Varias de estas cuevas habrían sido transformadas en capillas según atestiguan las antiguas y borradas pinturas que cubren sus paredes interiores; en la situada á mayor altura, llamada santuario de Sidna-Aisa ó de Nuestro Señor Jesús por creerse que en ella moró el Salvador y tuvo hambre siendo por primera vez tentado, vese una ventana ojival en el lado que cae al abismo, indicando al parecer ser obra de la época de las Cruzadas; pero la construcción general de la capilla y antiquísimas pinturas acusan trabajo más remoto: la tradición lo atribuye á la madre de Constantino. Junto á la cueva consérvase todavía una cisterna que labrarían seguramente los anacoretas para recoger las aguas pluviales.

Escasos en número son los viajeros que llegan á la cumbre; de nuestra época cítanse á dos, suizo el uno y austriaco el otro, que han llevado hasta el fin la peligrosa subida. De todos modos aquellos que se sienten con valor y fuerzas para intentarla, y ayudándose de las manos tanto como de los piés, sin volver jamás los ojos por temor al vértigo, consiguen, por el lado del oeste, único accesible, llegar á la cima, ven compen-

sados en parte sus fatigas por admirable panorama. Por un lado recréanse las miradas en las vastas llanuras de Jericó, siguen las sinuosidades del Jordán y la verde espesura de sus márgenes, contemplan su desagüe en el mar Muerto, abrazan la extensión del gran lago y en lontananza vislumbran las sierras del país de Moab, mientras que por otro se ofrece grandioso conjunto de agrestes cañadas y austeros y riscosos montes.

Desde allí, según tradición cristiana, mostró Satanás á Jesús todos los reinos del mundo y se los ofreció en cambio de su adoración. Un pequeño santuario, hoy en ruinas, conmemora el misterio; de él quedan en pié un reducido ábside y algunos lienzos de pared en los que muchas cruces, varias de ellas de aspecto muy antiguo, fueron grabadas por piadosos visitantes en tiempos en que no sería tan difícil como ahora llegar hasta la cima.

Existen, además, en la meseta superior vestigios de antigua fortaleza de la cual no queda piedra sobre piedra, pero cuyas líneas semicirculares son aún muy perceptibles; por el lado del este tenía el recinto por defensa natural la escarpada peña, y por el punto en que era más accesible protegíalo un foso abierto en la roca. Creen algunos autores que era este castillo uno de los dos que, con los nombres de Trex y Tauro, menciona Strabón como inmediatos á Jericó y fueron destruídos por Pompeyo, colocando el otro en las márgenes del Ued-el-Kelt, en el punto culminante del Kharbet-Kakun; dícese en el país que los Cruzados repararon y utilizaron el de la montaña de la Cuarentena, el cual formó parte de la línea de fuertes que defendían el territorio, sobre todo por el lado del este.

La montaña pertenecía entonces á los canónigos del Santo Sepulcro, y en un convento para cuyo mantenimiento y el de los peregrinos estaban destinados los diezmos de Jericó, moraban religiosos llamados Frailes de la Cuarentena.

IV

Excursión á la orilla izquierda del Jordán.—Aarak-el-Emir.—Amman.—Sus admirables ruinas.—Hesban.—Kharbet-Madeba.—Monte Nebo.—Muerte de Moisés.—Muerte de san Juan Bautista.—Moaur.—Callirrhoe.—Ruinas de Ma-in.—Kerak.—Vuelta á la orilla derecha del Jordán.—Uady el-Kelt.—Valle de la Bendición.—Adonamim.—Parábola del buen Samaritano.—Fuente de los Apóstoles.—Bethania.—Resurrección de Lázaro.—Bethphage.—Neby-Samuil.

Al descender de la montaña volvamos á la vega; conviene no alejarse del famoso río sin emprender antes una excursión, aunque rápida y corta, á la opuesta ribera, á las tierras de Ammon y de Moab, al país de Galaad ó Perea, que todos estos nombres tuvo el territorio situado á oriente del Jordán. Poseían la orilla izquierda las tribus de Ruben y de Gad y la media tribu de Manassés, la de Benjamín la derecha. No es aquélla escarpada como ésta, sino que, por el contrario, presenta una playa suavemente inclinada; en ella crece y continúa la misma espesura del opuesto lado y parece que ha de extenderse á profundidad inmensa, siendo así que en la margen izquierda, lo mismo que en la derecha, no pasa de ser una faja de menos de doscientos metros de anchura.

Atravesado el río por el vado antes nombrado de Makhadet-el-Rhoranieh, ó de Jericó, el más frecuentado y el que existe de tiempo inmemorial, hállase el viajero en las tierras de los antiguos ammonitas, poseídas hoy por tribus nómadas que las recorren en todos sentidos: allí donde se levantaron florecientes y populosas capitales, vense ahora campamentos de beduinos, algunas miserables aldeas de árabes sedentarios, y muy pocas ciudades de escasos moradores, las que abatidas y silenciosas parecen, más que centros de población, vastos cementerios rodeados de imponentes ruinas. Los beduinos aduan son los primeros que se encuentran al pisar la orilla izquierda; sus mujeres llevan el labio inferior y la barba pintarrajados de azul; mejor efecto produce la pintura reticular que usan en los piés y les llega hasta la mitad de la pierna cual si fuesen medias caladas. Las infelices, como sucede en todas las tribus, están condenadas á los más penosos trabajos del campo y de la tienda; los hombres usan, como todos los beduinos, el albornoz ó manto listado, y llevan á cada lado de la frente una larga trenza de cabello. M. de Saulcy duda de si puede haber alguna analogía entre la costumbre conservada por los aduan, sucesores de los ammonitas, y el nombre dado por los griegos al Júpiter cornígero.

Dos horas de marcha por un país llano y abundante en pastos conducen á Naslah; corre allí delicioso arroyo, en cuyas márgenes se encuentran evidentes restos de un acueducto, y en la falda de cercana colina se abren varias cuevas sepulcrales. A la izquierda divísanse las aldeas de Nemrieh (en hebreo Bet-Nimra) y Beit-Haram (Beth-Haran), á la que Herodes llamó Julias en honor de la emperatriz, y á la derecha la

de Kefrein (los dos pueblos), nombre que parece derivado de la vecindad en que estaban Naslah, la población antigua, y la moderna de aquel modo apellidada.

En aquel punto entra el camino en la sierra, y subiendo siempre, pasando valles y atravesando puertos, por caminos sino peligrosos poco agradables, llégase á la pendiente que baja al valle de Aarak-el-Emyr, situado á 446 metros sobre el nivel del mar y dispuesto en forma de anfiteatro. En las laderas de los collados que lo forman crecen frondosos encinares.

Refiere el historiador Josefo que perseguido el rey Hircano por la rivalidad de sus hermanos, se retiró al este del Jordán, donde, en guerra con los árabes, construyó una fortaleza. En ella Hircano, temeroso del creciente poder de Antíoco V Eupator, soberano de Siria, se dió la muerte en el año 181 antes de Jesucristo. Después el alcázar fué cayendo en ruinas y no ha sido jamás reconstruído.

Los restos que de él subsisten admiran todavía; las piedras que forman su base son enormes, y M. de Saulcy ha leído en una inscripción semítica que allí se conserva la palabra *Araqiah*, lo cual le hace presumir que en un tiempo, en vez de Aarak-el-Emyr, se llamara este sitio Aarak-Iah ó sea roca de Jehová. El mismo autor tiene por indudable, en vista de la índole de estas ruinas y de los vastos subterráneos del alcázar, que Hircano se limitó á aprovechar para su defensa un abandonado templo ammonita allí existente desde antigüedad remotísima, haciendo en él las reparaciones del caso, que aun pueden reconocerse por lo que se diferencian de la obra primitiva. Los beduinos dan al templo ó castillo el nombre de Kasr-el-Aabed (palacio del esclavo negro), y al gran estanque inmediato, seco sin duda hace largos siglos, el de Meydan-el-Aabed. Hircano puso á su palacio el de Tiro, que llevaba en griego la Sur fenicia, y el mismo nombre se encuentra aún en el Uady es-Sir que corre en aquellas inmediaciones.

Por pintoresco y delicioso valle, viendo á uno y otro lado en los inmediatos cerros numerosas ruinas que indican haber vivido en el país abundante población, llégase á una llanura no menos feraz, atravesada por los restos de una vía romana, y á poco más de tres horas de nuestra salida de Aarak-el-Emyr, dejando atrás un puente romano del cual quedan en pié tres arcadas, algunos diseminados sarcófagos y los restos de un acueducto, experimenta el viajero gratísima sorpresa al encontrarse á la entrada de una ciudad romana que acabase de sufrir un terremoto habiendo perecido en la catástrofe todos sus moradores. Termas, basílicas, templos, pórticos, columnatas, teatros, se suceden sin intervalo en la extensión de un cuarto de legua, y los edificios, que datan de los primeros tiempos del imperio, yacen amontonados unos sobre otros. El Kalaah, esto es, la acrópolis, de la que subsisten un muro de enormes sillares y una torre cuadrada, domina las maravillosas ruinas; la ladera del collado en cuya cima se levanta, estuvo cubierta de casas, de las que sólo quedan bóvedas y paredes desplomadas.

Un riachuelo, el Nahr-ez-Zerka ó Yabok, dividía á la ciudad en alta y baja; en la margen derecha levántase un teatro capaz para seis mil espectadores, que es entre aquellos arruinados edificios el que mejor se conserva; de las cincuenta colunas

corintias que lo adornaban, doce se mantienen aún en pié. Dice M. de Saulcy que el detenido examen de estos monumentos le ha producido la convicción completa y profunda de que dos arcadas de unas termas son verdaderas ojivas con todos los caracteres de tales. «Desde ahora afirmo sin sombra de duda, escribe, que existen en Amman ojivas indisputablemente romanas.»

Son aquellas las ruinas de Amman, la antigua Rabbat-Ammon, capital del reino de Basan, en el que reinaba Og, de gigantesca estatura, cuando fué aquel territorio teatro de las triunfantes expediciones de los israelitas antes de pasar el Jordán. Obtúvolo la tribu de Gad; pero no cesó aún la guerra entre los vencidos mas no subyugados ammonitas é Israel. Jefté los encerró en sus fronteras; Saul peleó varias veces con ellos, y Joab, general de David, marchó también contra los constantes enemigos del pueblo escogido: sitiada Rabbat se apoderó de una parte de la ciudad, y de toda ella luego que David acudió de Jerusalén con refuerzos. La corona de oro del ídolo de Melkom ó Molok fué presa del vencedor, y la población pereció á filo de espada. Volvió más tarde Rabbat á poder de los ammonitas, cuya total destrucción no acaeció hasta el año 588, después de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor. Desde entonces deja Rabbat-Ammon de ser mencionada en la historia, y hasta desaparece su nombre primitivo, que únicamente los árabes han conservado desfigurándolo, para tomar el de Filadelfia que le dió el soberano de Egipto Ptolomeo II Filadelfo al reconstruirla. Su destrucción se atribuye principalmente á violentos temblores de tierra.

Otra vez en marcha y dejando atrás la fuente ó Ain-Amman éntrase en espacioso valle, por el cual, viendo escombros de extinguidas poblaciones á uno y otro lado y algún campamento de los aduan, que suelen frecuentarlo, se llega en tres horas á Na-ur, que por sus ruinas parece haber sido ciudad importante de la antigüedad; cuál fuese, hállase envuelto aún en el misterio. Antigua vía romana, en lamentable estado conduce á Kherbet-el-Al, la antigua y fuerte Elealeh, que como casi todas las ciudades del país es montón informe de ruinas, y de allí á Hesban, que dista de Amman unos veintiséis kilómetros.

Hesban, la antigua Hesbon, era en la época de la invasión israelita floreciente ciudad, residencia de Sihon, rey de los amoritas ó amorreos, desprendiéndose del sagrado texto que al ocurrir aquel suceso eran dos únicamente los reinos ó naciones que ocupaban aquel territorio: el de Amori, cuya capital era Hesbon, y el de Basan, con Rabbat-Ammon por capital. Moisés envió á Sihon mensajeros de paz pidiendo paso, prometiendo no desviarse por campos ni viñedos ni beber agua de las cisternas, manteniéndose siempre en el camino real hasta dejar atrás la frontera; mal aconsejado el rey negó lo que se le pedía, y llevado el punto á trance de batalla fué vencido en Iahatz, é Israel se apoderó de Hesbon y de los pueblos todos de Amori, cuyo territorio fué dado á la tribu de Ruben; la capital se contó entre las ciudades atribuídas á los Levitas, de la tribu de Gad. Entonces fué cuando Rabbat-Ammon y todo el reino de Basan fueron devastados por los irresistibles invasores. Tiempo después cayó Hesbon

en poder de los moabitas, y en la época de los Macabeos perteneció otra vez al reino judaico.

Las ruinas de Hesban, situadas á 900 metros sobre el nivel del Mediterráneo, no son de las que más interesen; consérvanse vestigios de un templo, de una torre cuadrada y de grandes colunas. Un vasto recinto formado con gruesos sillares parece ser de construcción árabe; existen aún medio cegadas numerosas cisternas y varias sepulturas abiertas en la peña, que sirven ahora de asilo á los beduinos pastores.

En menos de dos horas, siguiendo casi siempre la magnífica planicie que se atraviesa yendo de Na-ur á Hesban, y dejando el territorio de los árabes Aduan para entrar en el de los Beni-Sakhr, encuéntranse las ruinas que llevan el nombre de Kharbet-Madeba, la antigua Midba, ciudad primitivamente moabita. Los israelitas la conquistaron de los amorreos, y la asignaron á la tribu de Ruben. Junto á Midba derrotó David á los ammonitas y á sus aliados sirios; á mediados del siglo IX antes de nuestra era volvió la ciudad á poder de los moabitas, y tiempo después es mencionada como población nabatea. Hircano se apoderó de ella después de seis meses de sitio, y en la época cristiana fué sede episcopal.

Consisten hoy sus ruinas en los vestigios de un recinto colosal que parece haber sido estanque de una gran fortaleza y además en los de dos templos.

En la sierra que se alza al noroeste de Madeba y de Hesbon creyóse universalmente hasta hace poco que existía el famoso monte al que da el Deuteronomio los nombres de Abarim y Nebo; gran diligencia se había mostrado por viajeros y eruditos para dar con la montaña desde la [que pudo Moisés, antes de espirar, ver extenderse á sus ojos la tierra prometida, con el sagrado monte cuya cima presenció la muerte del gran legislador y profeta, hasta que al fin, no hallando cerro que llevase el nombre de Nebo, dice M. de Saulcy, se acabó por identificar el santo monte con el Djebel-Atarus. «Yo mismo, siguiendo las huellas de mis predecesores, añade el mismo autor, había aceptado y contribuído á defender el común error, cuando un beduino de mi escolta á quien pregunté el nombre del monte á cuyo pié habíamos llegado, me contesta:—Djebel-Neba. —Y no es posible la duda: el monte Nebo distaba, según Eusebio y san Jerónimo, siete millas de Hesbon, ó sea un poco más de diez kilómetros, y teniéndose esta indicación por exacta señálanos el compás el monte que en nuestro reconocimiento topográfico del país ha recibido el nombre de Djebel-Neba.» Transcribiendo el sagrado texto extiéndese este autor en consideraciones para justificar lo que califica de feliz é inesperado descubrimiento; pero esto no obsta para que el viajero Tristram, desentendiéndose así de la opinión común como de la de M. de Saulcy, así del monte Atarus como del Djebel-Neba, haya creído encontrar el monte Nebo al sur de un manantial que lleva el nombre de Ayun-Musa, junto al sitio donde existen las ruinas de Nebbe.

Sea de todo esto lo que fuere, ello es que uno de los montes que se levantan en el llano que acabamos de recorrer fué seguramente el lugar donde ocurrió el gran suceso

que relata la Biblia con su sublime sencillez. Desde aquellas cumbres descúbrese extenso panorama: la sierra de Hebrón hasta Galilea, el mar Muerto, el valle del Jordán y en último termino el Carmelo y el Hermón. En ellas se complace la imaginación en representarnos á Moisés fijando prolongada mirada de gozo y de pesar en aquella deseada tierra, patrimonio del pueblo de Dios, que sus piés no han de pisar. Bajo el peso de la sentencia que el Señor ha pronunciado contra él á causa de la duda que asaltó su alma en el desierto de Sin, dispónese á bajar resignado á la ignorada tumba que ha de recibir sus restos en aquella extranjera y enemiga tierra.

«Habló el Señor á Moisés y le dijo:

»Sube al monte Abarim, esto es, de los Pasajes, al monte de Nebo que está en la tierra de Moab, en frente de Jericó, y mira la tierra de Canaán, dada por mí á los hijos de Israel.

»Allí morirás, como Aarón, tu hermano, murió en el monte Hor.

»Porque prevaricasteis contra mí en el desierto de Sin y no me santificasteis entre los hijos de Israel, verás de cerca la tierra que yo les daré, pero no penetrarás en ella.»

El libertador y legislador de Israel, sabiendo que su fin se acercaba, congregó á todo el pueblo para que oyera sus solemnes y últimas palabras; impuso las manos sobre su sucesor Josué, hijo de Nun, para que le obedecieran los hijos de Israel, repartió entre las tribus la tierra prometida, y prorumpió luego, entre el pueblo consternado, en aquel su postrero y más sublime cántico.

«Oigan cielos y tierra mis palabras; descienda mi doctrina como lluvia fecundante, como rocío sobre hierba. Invocaré el nombre del Señor; perfectas son sus obras y todos sus caminos justicia.»

Vióse en seguida á las tribus desfilar lentamente ante el venerable anciano, quien daba á cada una especial bendición, y al concluir exclamó:

«Bienaventurado eres tú, Israel: ¿quién como tú que por el Señor eres salvo? Él es el escudo de tu socorro y la espada de tu gloria.»

Y subiendo Moisés de las campiñas de Moab al monte Nebo, allí murió y fué sepultado en uno de aquellos valles sin que nadie haya sabido el lugar de su sepulcro. Ciento y veinte años contaba, y el pueblo le lloró por espacio de treinta días.

Al pié del Djebel-Atarus murió otro varón ilustre que por la Verdad misma fué proclamado *el más grande entre los hijos de los hombres,* san Juan Bautista, decapitado en Makherus ó Makheronte por orden de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea. El austero profeta que clamaba en el desierto: *Preparad las vías del Señor* y predicaba á todos el bautismo de la penitencia, no pudo guardar silencio ante el escándalo que daba un príncipe al mundo, y vengador de la justicia y la virtud ultrajadas decía al rey:—«No os es lícito cohabitar con la mujer de vuestro hermano.» En medio de los placeres de una corte disipada, entre los excesos de un banquete, el príncipe, débil y cruel, no vaciló, para cumplir la venganza de una criminal mujer, en ordenar la decapitación del profeta, y su ensangrentada cabeza fué llevada en una bandeja á la

sala del festín. La animosa entereza del Bautista ha sido glorificada por los siglos como ha sido execrada la infame conducta de Herodías; el castigo no se hizo esperar mucho, y caídos en desgracia Herodes Antipas y su cómplice Herodías fueron desterrados á León de Francia, donde hallaron miserable muerte.

Créese que fué Alejandro Janneo quien echó los primeros cimientos de Makherus, y en la época de las guerras de Pompeyo contaba con un fuerte castillo que fué entonces destruído; reconstruyólo Herodes el Grande, y además de levantar para sí un palacio fundó allí una ciudad, que sirvió de refugio á gran número de fugitivos de Jerusalén al ocurrir la ruina de la capital. El romano Lucilio Basso la hizo suya por medio de un ardid de guerra y la guarnición fué pasada á cuchillo. Hoy lleva aquel sitio el nombre de Mcaur, y en él despierta el interés del viajero el recinto aún visible de la ciudadela que ocupa toda la parte alta de un collado, conservándose todavía una torre y una gran cisterna. Hállase situado á 1,158 metros sobre el nivel del mar Muerto y por lo mismo á 764 sobre el del Mediterráneo.

Una marcha de tres horas hacia el norte por áspero y montuoso terreno conduce á la ladera del profundo valle de Zerka-Main en las inmediaciones de Callirrohoe. Crece en la hondonada espléndida vegetación, muy semejante á la de Nubia y de la Arabia meridional, y entre ella reaparecen los bosquecillos de palmeras. Brotan allí varios manantiales más ó menos calizos y calientes; uno de ellos llega á tener la temperatura de 61°. Los árabes atribuyen su descubrimiento á un doméstico del rey Salomón, y apelan aún en el día á su virtud curativa. Su fama data en efecto de muy lejos, y sábese que Herodes el Grande, poco tiempo antes de morir, buscó en ellos un remedio para un cuerpo que se deshacía en podredumbre.

Las ruinas de Ma-in, á pocas horas de Callirrohoe, atraen á los viajeros intrépidos que no se asustan por la aspereza de los caminos, que llegan en esta región á ser verdaderamente horribles, ni por las balas de los beduinos, que no los dejan transitables, si bien con mucha precaución, sino en las raras ocasiones en que no están en intestinas guerras. Al territorio de los Beni-Sakhr sucede el de los Hamide. Ma-in es la antigua Baal-Meon de los moabitas, y fué adjudicada á la tribu de Ruben. Dícese que fué patria de Elíseo. Las ruinas ocupan gran extensión, y son entre ellas notables las piedras colocadas en forma de *dolmen* ó superpuestas, y de *cromleh* ó formando círculos. ¿A qué época, á qué gentes han de atribuirse estos monumentos primitivos? Dios sólo lo sabe. A lo que se dice encuéntranse varios en otros puntos de los territorios de Moab y de Ammon.

Antes de abandonarlos lleguemos, venciendo la fatiga del viaje, hasta la ciudad de Kerak, la antigua Kir-Moab, capital de los moabitas, belicoso pueblo, cuya frontera por medio de un rodeo procuraron los israelitas dejar á un lado al dirigirse á Canaán. Esto no obstante, la guerra entre uno y otro pueblo fué casi continua y con variada suerte. En tiempo de los Jueces Moab hizo tributarios á los israelitas; Saul y David invadieron aquel territorio, que á su vez, después de Salomón, hubo de pagar tributo

al reino de Israel. Muerto que fué Acab, Meca, el rey moabita cuya coluna conmemorativa fué descubierta en el año de 1868 en Diban, á pocas horas de Kerak, se rebeló contra tal humillación, y la guerra comenzó de nuevo; Joram se alió con Josafat, rey de Judá, é invadió el territorio por la frontera meridional atravesando la Idumea, pero hallando invencible resistencia en Kir-Moab, en cuyos muros inmoló Meca á Baal, su hijo primogénito, los israelitas hubieron de emprender la retirada. En los tiempos sucesivos vemos al territorio de Moab subyugado unas veces é independiente otras hasta que los moabitas desaparecieron como pueblo de la escena de la historia en el siglo II de la era cristiana. A juzgar por las noticias del sagrado libro era el país de Moab de gran feracidad, y las importantes ruinas que lo cubren hacen creer que tendría población numerosa.

En la época de las Cruzadas, Kerak, sede arzobispal que recibió el nombre de *Petra deserti* y que no ha de ser confundida con la antigua capital de los nabateos antes descrita, fué la principal plaza fortificada que poseyeron los latinos más allá del Jordán; junto con la de Montreal ó Chobek constituyó el señorío de Reinaldo de Chatillón, y era, por decirlo así, llave de aquel territorio en cuanto dominaba los caminos que seguían las caravanas de Egipto y Arabia al dirigirse á Siria. Por esto estuvo constantemente expuesta á los ataques de los sarracenos, los que, acaudillados por Saladino, acabaron por hacerla suya en el año de 1188. En tiempos más recientes fué esta ciudad objeto de discordia entre los soberanos de Egipto y de Siria, pero su posición casi inexpugnable ha permitido siempre á sus belicosos moradores que no salen de sus casas sino armados, conservarse como independientes, siendo la plaza que mantiene con el desierto y los beduinos más frecuentes y amistosas relaciones. Los mercaderes de Hebrón suelen concurrir en gran número á sus ferias y mercados. Desde hace pocos años ha logrado el bajá de Jerusalén establecer en ella guarnición.

Kerak y sus arrabales cuentan con una población de unos 6000 musulmanes con 2000 fusiles y de 1800 griegos cismáticos que poseen de 500 á 600 fusiles. La muralla, especialmente en el lado septentrional, es notable por su antigüedad, y el edificio más considerable es el castillo, en muy buen estado de conservación, por presentar interesante ejemplar de lo que fué una gran fortaleza en la época de los Cruzados. La actual mezquita de Kerak fué antes iglesia latina, y de los varios símbolos cristianos que ornaban su ojival portada, los musulmanes sólo han respetado un cáliz esculpido. La iglesia griega está dedicada á san Jorge.

Kerak está situado á 970 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y desde su castillo dilátase la vista hasta el mar Muerto por un lado y hasta los montes de Jerusalén por otro.

Por el-Azhemieh y Sueimeh, ruinas de importantes poblaciones (de las últimas cree M. de Saulcy que son la Beth-Iesimoth de la Biblia), encaminémonos otra vez á las márgenes del Jordán, y de nuevo atravesémoslo por el vado ó, tomando la dirección del noroeste, por la barca.

El uadi el-Kelt, profunda y áspera garganta entre muros de enhiestas peñas, nos abre camino, á dos kilómetros de la fuente de Elíseo, para volver al interior de Judea.

Valle de Berakhah

A nuestra izquierda queda el valle de Emek-Berakhah, en latín *vallis Benedictionis,* donde Josafat y su pueblo dieron gracias á Dios por haberlos librado del hierro de los ammonitas, de los moabitas y de los habitantes del monte Seir, haciendo que estos implacables enemigos suyos volvieran su furor unos contra otros. La hueste avanzaba formidable por el desierto de Engaddi, y á poco los ecos que habían repetido sus gritos de guerra contra Israel resonaron con las bendiciones que elevó al Señor el pueblo de Judá al ver aquellos llanos cubiertos con los cadáveres de sus enemigos, que quedaron casi exterminados.

Corre por el fondo del uadi el-Kelt un torrente que recibe del uadi Fara, al norte de Jerusalén, el principal tributo de sus aguas; atravesábase antes por un puente hace

siglos arruinado, pero de él se conservan todavía algunos bellos vestigios. Este uadi

Ruinas de un puente-acueducto en el Uadi el-Kelt

es generalmente identificado con el Nahal-Kerith, en latín *torrens Carith,* donde Elías

se retiró por disposición divina, siendo allí alimentado por cuervos, y también con el valle de Achor, lugar en que por sentencia de Josué fué lapidado Acham por haber reservado para sí, violando el celeste mandato, una parte de los despojos de Jericó.

Siguiendo por el lado meridional de la torrentera en dirección á Jerusalén, pásase no sin trabajos por antigua calzada cuyas piedras dislocadas forman en algunos puntos peligrosas cuestas. Llámase una de ellas *Ascensus Adommim* en la Vulgata y en hebreo

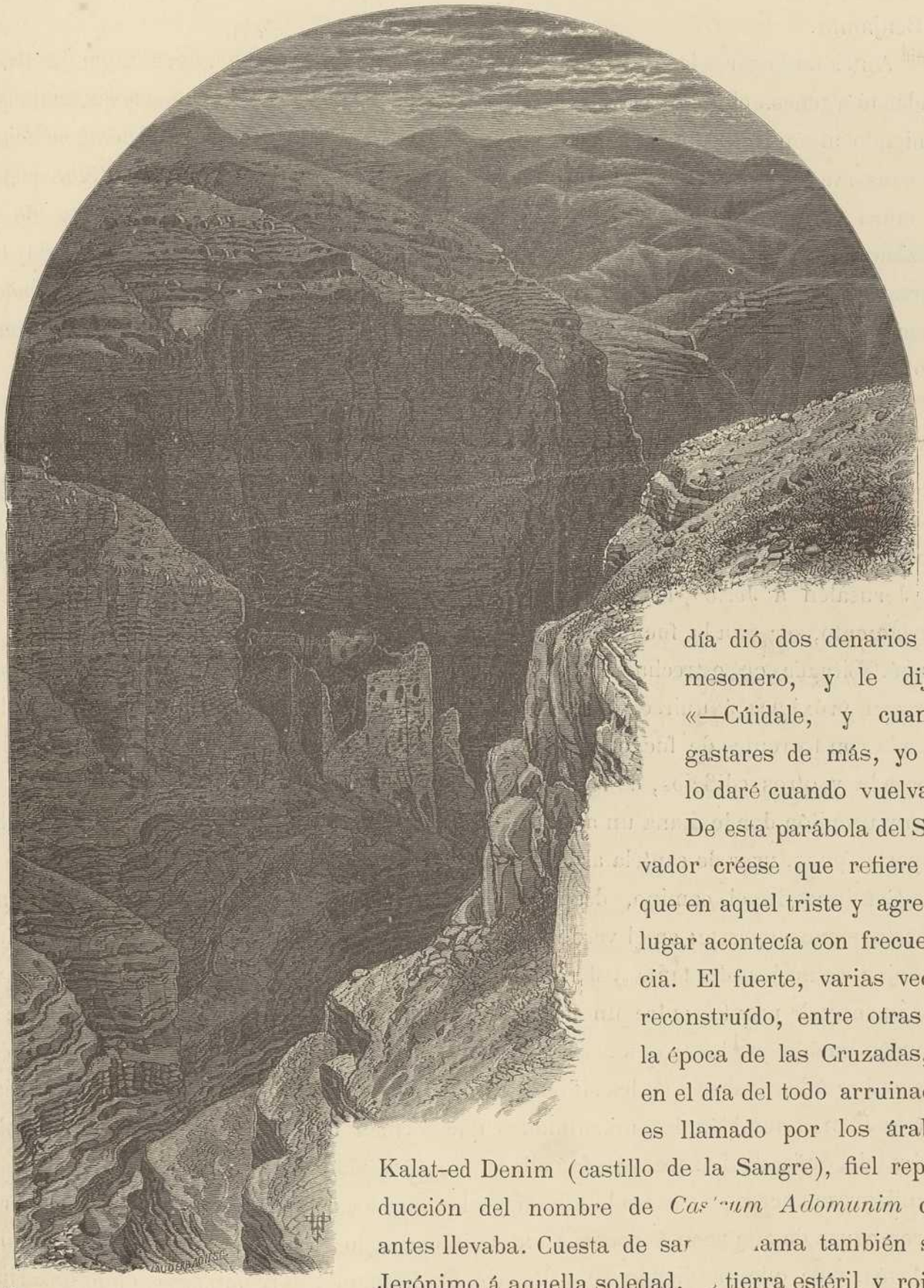
Arco de un acueducto en el Uadi el-Kelt

Maalek Adummim, por conducir al puesto militar del mismo nombre establecido por los romanos casi á la mitad del camino entre Jerusalén y Jericó, con objeto de proteger á los viajeros en lugares no más seguros antes de lo que son hoy.

«Un hombre bajaba de Jerusalén á Jericó, dijo una vez Jesucristo á un doctor de la ley que le preguntó: ¿quién es mi prójimo? y dió en manos de unos ladrones, los cuales, después de despojarle y de herirle, le dejaron medio muerto y se fueron.

»Aconteció, pues, que hacía igual viaje un sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Hizo lo mismo un levita, mas un samaritano que iba su camino se movió

á compasión, y acercándose á él echó en sus heridas aceite y vino y las vendó; púsole luego sobre su caballo, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y al otro día dió dos denarios al mesonero, y le dijo: «—Cúidale, y cuanto gastares de más, yo te lo daré cuando vuelva.»



Ruinas de un convento en el Uadi el-Kelt

De esta parábola del Salvador créese que refiere lo que en aquel triste y agreste lugar acontecía con frecuencia. El fuerte, varias veces reconstruído, entre otras en la época de las Cruzadas, y en el día del todo arruinado, es llamado por los árabes Kalat-ed Denim (castillo de la Sangre), fiel reproducción del nombre de *Castrum Adomunim* que antes llevaba. Cuesta de sa[illegible]ama también san Jerónimo á aquella soledad, [illegible] tierra estéril y rojiza á causa, dice, de la abundancia con que ha sido allí vertida por asesinos y salteadores. Del pueblo que en las cercanías existiría, no quedan más que ruinas, á las que dan los árabes el nombre de Ram-Hadrur.

A lo que parece no datan de gran antigüedad: hace dos siglos veíase aún en aquel lugar una mezquita dedicada á Moisés, Neby Musa, y créese que se levantó cerca de allí, en Deir-el Kelt, un convento. Aquel lugar era el límite entre las tribus de Judá y Benjamín.

Antes de llegar á las ruinas del fuerte y al escalar un cerro que domina las escarpadas márgenes del uadi, vense en las del lado del septentrión muchas cuevas artificiales, teniendo algunas un muro de defensa en su entrada. Junto á ellas, un puente-acueducto se conserva aún en buen estado. Formaban parte aquellas grutas del antiguo cenobio ó laura llamada de Chuziba, fundada por el monje Juan, contemporáneo de san Zózimo. Imposible es hallar para la contemplación y la penitencia lugar más agreste y solitario, y las grutas ó celdas, pobladas antiguamente por piadosos anacoretas, sirven hoy de asilo á bandadas de tórtolas y palomas y también á cuervos y otras aves rapaces.

Dos horas de marcha por un camino infernal, dejando á un lado el lugar de Bahurim, donde descansó David al huir ante la rebelión triunfante de su hijo y donde fué ultrajado y apedreado por Semei, llevan á la fuente de Hod el-Azarieh, la primera que se encuentra viniendo del valle del Jordán. Llámanla los cristianos Fuente de los Apóstoles, por ser de tradición que allí hicieron alto varias veces en sus excursiones de Jerusalén á Jericó los discípulos de Nuestro Señor Jesucristo. Créese, no sin fundamento, ser esta la fuente del Sol (En-Chemech) de que se habla en el libro de Josué. Situada en estrecha garganta, entre dos montañas que á fuerza de acercarse parecen próximas á unirse, el aire circula en aquel lugar con dificultad, y el sol lo inunda con torrentes de fuego. Por esto se construiría en las inmediaciones un khan ó posada y otros edificios, de los cuales sólo quedan ruinas. Adornan aún la fuente un arco y un pilón donde mana un agua fresca y cristalina en la que se crían sanguijuelas. Importa, pues, usar de cautela al beberla.

Continuando el camino, después de un corto descanso, el paisaje va tomando aspecto menos agreste; en el verde follaje de algunos árboles se detienen complacidos los ojos cansados de tanta esterilidad. La ladera oriental del monte de los Olivos comienza, y de pronto, entre un frondoso encinar, divísanse las toscas viviendas de un pequeño pueblo que hasta entonces permaneciera oculto para el viajero; si pregunta éste su nombre á los árabes que les sirven de guías y de escolta le contestarán:—El-Azarieh. Así lo llaman también los musulmanes que forman toda su población, y tal nombre deriva sin duda de Lázaro, que fué allí vuelto á la vida por Nuestro Señor Jesucristo. El milagroso suceso, así como la iglesia y el monasterio que consagraron su memoria, fueron causa de que poco á poco se extendiese á todo el pueblo el nombre del amigo de Jesús, y de que, perdiendo su primitivo de Bethania, lo reemplazase el de Lazarium que le dieron los cristianos. De él, el actual con que es conocido por los árabes.

Con el de Bethania es este pueblo mencionado distintas veces en los Evangelios, pues Jesús se complacía en tomar en él descanso en la casa que allí habitaba la piadosa

Marta, hermana de Lázaro, hombre rico, con muchos servidores y considerables bienes. De Bethania partió el divino Maestro dirigiéndose á Jerusalén, donde entró el Domingo de Ramos entre las populares aclamaciones; en Bethania pasó las noches de la última semana de su vida mortal: por las mañanas iba á la ciudad y regresaba á la tarde, instruyendo por el camino á sus discípulos con sublimes y penetrantes lecciones.

Lázaro, cuando no le llamaba á otros puntos el cuidado de su hacienda, residía con Marta en Bethania; su hermana María vivía en Magdala dada á la disipación y al escándalo. Lázaro mereció que le llamasen amigo de Jesús.

En Bethania, en la casa de Simón apellidado el Leproso, quizás por haber padecido mal de lepra alguno de sus antepasados, se hallaba el Salvador cuando la arrepentida María se llegó á él con un vaso de alabastro que contenía precioso ungüento, y lo derramó sobre el cabello de Jesús estando recostado á la mesa.

Lázaro y sus hermanas, fervorosos seguidores de la nueva doctrina, merecieron que Jesús los colmase de bendiciones.

Pero sucedió que Lázaro contrajo grave enfermedad, y sus hermanas se apresuraron á participar al Salvador, que con sus discípulos se hallaba en el Jordán, el peligro de su amigo.—«Esta enfermedad no es para muerte, dijo Jesús, sino para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.»

Dos días después dijo á sus discípulos:—«Volvamos á Judea... Lázaro nuestro amigo duerme, pero yo le despertaré.—Si duerme, mejorado estará, respondieron los discípulos.—Lázaro ha muerto, añadió Jesús al ver que no le habían comprendido; vamos á él.»

Vino, pues, Jesús, sigue refiriendo con tierna y sencilla expresión el sagrado libro, y halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro.

Rodeaban á Marta y María parientes y amigos que procuraban darles consuelo, y al oir que venía Jesús, Marta salió á su encuentro, é inspirada por la fe que en él tenía, le dijo:—«Señor, de estar tú aquí mi hermano no habría muerto.»

Comenzó entonces el sublime coloquio que la Iglesia nos recuerda cada día ante el féretro de los fieles que salen de este mundo, y en esto Jesús y Marta llegaron á la casa, donde fué tanta la aflicción y el llanto que Jesús se acongojó y lloró también. —¡Ved cuánto le quería!—decían entre sí los judíos al mirar aquellas lágrimas.

Jesús se dirigió al sepulcro, que era una gruta cuya boca habían cerrado con una losa. Quitada ésta... gritó Jesús en alta voz:—Lázaro, sal fuera.—Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los piés y las manos con vendas y cubierto con el sudario el rostro.—Desatadle y dejadle ir, mandó el Salvador; y Lázaro, vuelto milagrosamente á la vida, gozó en el mundo de prolongada existencia.

Tal prodigio llevó al colmo la fama de Jesús y el encono de sus enemigos; si fueron muchos los que entonces creyeron en él, otros en cambio concibieron el proyecto de perder al *gran Profeta* en quien su ceguedad no les dejaba ver al Mesías prometido á sus mayores, y el milagro que razonablemente habría debido abrirles los ojos, sólo sirvió para hacer más densas las tinieblas que los ofuscaban. «Desde aquel día, dice el

evangelista san Juan, pensaron cómo le darían muerte, por lo cual Jesús dejó de mostrarse en público y se retiró á la ciudad de Ephrem, morando allí con sus discípulos.»

El lugar donde se verificó el gran milagro no ha cesado de ser objeto de piadosas peregrinaciones desde los primeros siglos de la Iglesia hasta nuestros días. Santa Helena edificó allí una iglesia, cuya cripta sería la cueva sepulcral. Existente aún en tiempo de san Jerónimo, un autor de los últimos años del siglo VI dice haber visto en Bethania un gran monasterio y una basílica en la que se contenía la escena de la que salió Lázaro resucitado á la voz de Jesucristo, basílica que, mencionada en los siglos siguientes por otros muchos peregrinos, sería sin duda reparada en la época de las Cruzadas.

En el año de 1114, el monasterio de San Lázaro y la iglesia del mismo nombre eran pertenencias de los canónigos del Santo Sepulcro, y algunos años después, en 1138, la reina Melisenda, esposa del rey Fulco de Anjou, cedióles Tecua en cambio de Bethania, y transformó el antiguo edificio, engrandecido y fortificado por ella, en una abadía de religiosas de la orden de san Benito, permuta que confirmó Celestino II en bula del año 1143. Para amparar á las religiosas contra las correrías de los árabes elevó la reina Melisenda una fuerte torre cuadrada, cuya parte inferior construiría sin duda con gruesos sillares procedentes de la obra más antigua. Iveta, hermana de la reina, fué su primera abadesa. En el año de 1159, sin duda por arreciar la guerra y por haberse retirado las religiosas á Jerusalén, pasó el monasterio á poder de los caballeros hospitalarios. Caído el reino latino en el año de 1187 la abadía, así como la iglesia que de ella dependía, fueron devastadas por los sarracenos; consérvase la torre, si bien en ruinoso estado, y en el lugar que ocupó el templo se alza una mezquita de blanqueada cúpula, pues los musulmanes tienen también en gran veneración la memoria de Lázaro. Con ello quedó cerrado el paso á su sepulcro para los cristianos, pero en el siglo XVI compraron éstos el derecho de abrir otro exterior, lo cual practicaron labrando en la peña una escalera de veintiséis peldaños por la que se llega á una antecámara ó vestíbulo rectangular de tres metros de largo por dos de ancho; en aquel lugar fué donde Jesucristo dió la voz de: *Lazare, veni foras*. Los Padres Franciscanos van á celebrar en él el santo sacrificio dos veces al año, y sírveles de altar una gran piedra apenas desbastada, la misma, según tradición, que cerró la gruta sepulcral. Otros tres escalones conducen á ésta, que mide unos dos metros en cuadro; cúbrela una bóveda ojival, como la del vestíbulo, obra seguramente del siglo XII y sus paredes están cubiertas de mampostería.

Lázaro de Bethania fué el patrón de una orden de caballería instituída, á lo que se cree, en San Juan de Acre. Religiosa y militar, sus caballeros hacian voto de combatir á los infieles y de asistir á los leprosos, á los que se dió el nombre de lazarinos, y los presbíteros daban á los enfermos y heridos los auxilios espirituales.

Otras dos iglesias ú oratorios existían en Bethania; una en el lugar en que estuvo edificada la casa de Marta y otra en el que ocupó la de Simón el Leproso; de ellas apenas quedan ruinas.

C. WERNER, DEL.ª

A. WILLMORE, SCULP.ª

BETANIA.

ESPASA Y COMPA EDITORES.

estrella navarra lista ruvia linda

pinta parda chata careta 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12

13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31

32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45 46 47 48 49 50

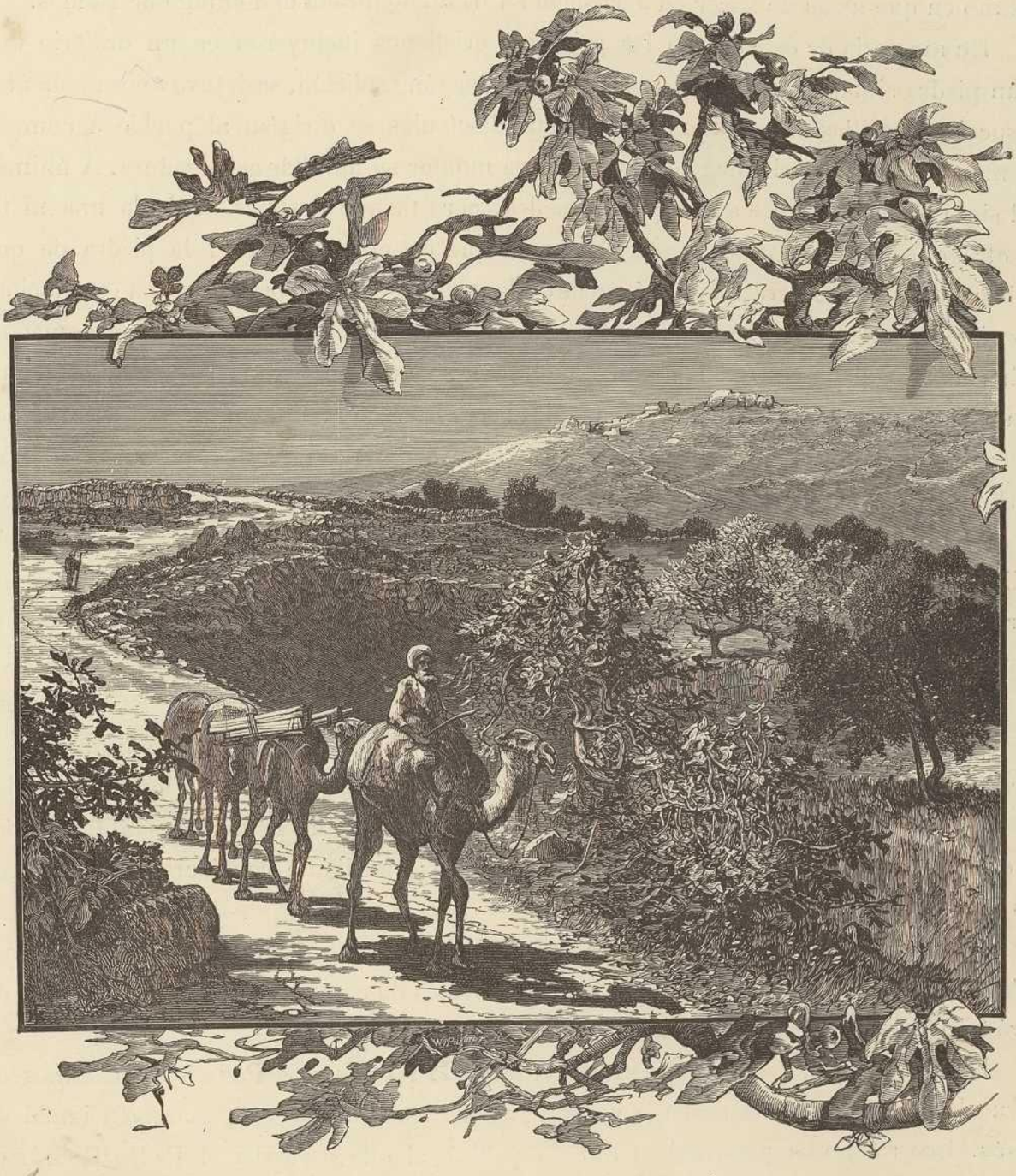
51 52 53 54 55 56 57 58 59 60 61 62 63 64 65 66 67 68 69

70 71 72 73 74 75 76 77 78 79 80 81 82 83 84 85 86 87 88 89 90 91 92 93

94 95 96 97 98 99 100 101 102 103 104 105

241

En los alrededores de Bethania pueden verse aún vestigios de las casas que allí existieron; en un cerrillo, á la salida del pueblo, muéstrase una piedra larga como de un metro, en la cual es tradición que estuvo sentado el Salvador cuando Marta salió á su encuentro y le dijo aquellas palabras:—«Señor, de estar tú aquí, mi hermano no habría muerto.» Llámasela la Piedra del Coloquio.



PUNTO EN QUE SEGÚN TRADICIÓN ESTUVO SITUADO EL PUEBLO DE BETHPHAGE

La aldea actual de Bethania se compone de unas cuarenta casuchas con unos trescientos habitantes, todos musulmanes. Dista de Jerusalén como tres cuartos de hora.

Entre la aldea y la capital, á un kilómetro de la primera y á veinticinco minutos de la última, hallóse antiguamente situado el pueblecillo de Bethphage, nombre que, según su etimología, significa *casa de la Higuera,* sin duda á causa de las higueras

que allí crecerían, y también *casa de las Quijadas*, por pertenecer á los sacerdotes del templo de Jerusalén y ser las quijadas de las víctimas inmoladas la parte que á ellos estaba reservada. Este último sentido adopta san Jerónimo. El Antiguo Testamento no hace ni una sola vez mención del pueblo de Bethphage, pero los Evangelistas lo hicieron famoso al referir que á él envió el Salvador dos discípulos en busca del pollino en que había de hacer en Jerusalén su triunfal entrada el domingo de Ramos.

En memoria de este suceso los primeros cristianos incluyeron en un oratorio una gran piedra situada cerca de Bethphage en que, según tradición, se detuvo unos momentos Jesucristo á orillas del camino mientras sus discípulos se dirigían al pueblo á cumplir su mandato, sirviéndole luego de estribo para montar su humilde cabalgadura. A últimos del siglo XII mostrábanse aún capilla y piedra, pero tiempo después ni de la una ni de la otra quedaron conocidos vestigios, hasta que en el año de 1877 la piedra de que hablan los antiguos peregrinos fué encontrada por un *fellah* al practicar una excavación. Consiste en una roca que forma un cubo algo irregular de un metro ó poco menos, adherida á los peñascos que constituyen el suelo; sus cuatro caras de oeste, este, sur y norte están adornadas con buenas pinturas al fresco que datan de la época de las Cruzadas, conforme lo indican inscripciones latinas del siglo XII, conservadas en gran parte. En la cara que mira á Bethania representó el pintor la resurrección de Lázaro; en la del norte ó de Bethphage está pintada la escena en que los discípulos de Jesús solicitan llevarse el pollino; las pinturas de los otros lados son más difíciles de descubrir, pero se cree que se figura en la una la bendición del restaurado santuario y en la otra la triunfal entrada en Jerusalén.

Alrededor de esta piedra se elevaba un oratorio de forma circular, cuyos escasos restos, también recién descubiertos, parecen indicar época anterior á las pinturas de la piedra, ó sea á la de las Cruzadas; aquello era la *honesta capella* de que hablan las relaciones de los siglos medios. Estas ruinas, lo mismo que la piedra santificada por el divino contacto del Mesías, han sido adquiridas, mediante considerable suma, por los Padres franciscanos de Jerusalén.

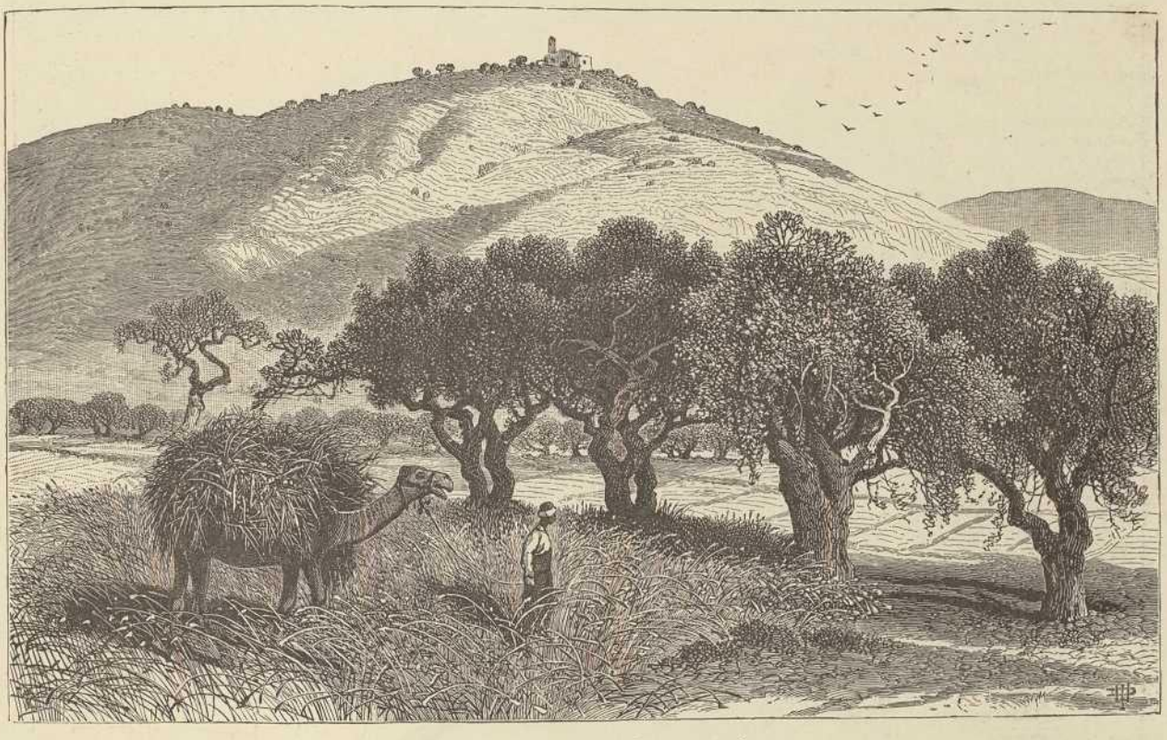
El pueblo de Bethphage ha dejado de existir hace mucho tiempo; de él no quedan más que algunas cisternas, trozos de mosaico, restos de colunas, muchos fragmentos de cerámica judaica y gran cantidad de escombros.

En otro tiempo, llegado que era el Domingo de Ramos, los Padres franciscanos de Jerusalén se derigían á Bethphage y reproducían las escenas de la marcha triunfal de Jesús. Dos religiosos presentaban allí un pollino al que montaba el Padre Guardián, y por entre gran multitud de cristianos que cubrían el camino con mantos y flores y agitaban en las manos ramos y palmas, emprendía la procesión el camino que siguió el Salvador hasta Jerusalén. Religiosa y patética conmemoración á la que ha sido preciso renunciar á causa de los exhorbitantes derechos que para consentirla exigían las autoridades turcas y de los exiguos recursos con que cuentan los Padres de Tierra Santa.

Aunque llegados á la vista de Jerusalén, no nos toca entrar aún en su sagrado recinto; saludémosla desde el monte Scopus, ó Scopos, donde el conquistador Alejandro sintió, al mirarla, desvanecerse su ira, y por la carretera de Belén, que hemos ya recorrido á trechos, y que era uno de los cinco caminos reales que guiaban á la capital, retrocedamos para continuar y acabar nuestra excursión á los principales y más notables puntos de Judea.

A corta distancia, después de dar una mirada al campo en que Jesucristo maldijo la higuera, hállase el sitio tradicional que sirvió de morada á Simeón el Justo, el santo patriarca que recibió en sus brazos al niño Jesús. Llámase este lugar Torre de San Simeón, y vense en él una cisterna y arruinados paredones.

Aquella montaña alta y aislada, que como en gigantesca escalinata se alza á lo lejos



NEBY-SAMUIL, ANTIGUAMENTE RAMATHAIM-SOPHIM

al noroeste de Jerusalén y atrae las miradas de cuantos atraviesan la llanura, lleva el nombre de Neby-Samuil (el profeta Samuel) y su cumbre, que está á novecientos y catorce metros sobre el nivel del Mediterráneo, forma una meseta de doscientos y cincuenta metros á lo largo por ciento á lo ancho. Es el monte más elevado de los alrededores de Jerusalén y uno de los lugares más venerables. En él, centro de las tribus de Israel, se detuvieron en tiempo de los Jueces varias asambleas populares; á él acudieron los ancianos del pueblo hebreo en demanda de un rey á Samuel, y Saul, que seguido de un solo servidor iba por aquella tierra recogiendo los rebaños de su padre, fué ungido soberano. Tiempo después Assa, rey de Judá, fortificó la ciudad para defenderla contra Israel; la población superior ocupaba la cumbre del monte, la baja ó inferior se extendía por la ladera hacia oeste, y juntas formaban la antigua Ramathaim-Sophim, cuna de Samuel y también lugar de su sepulcro. Créese que la

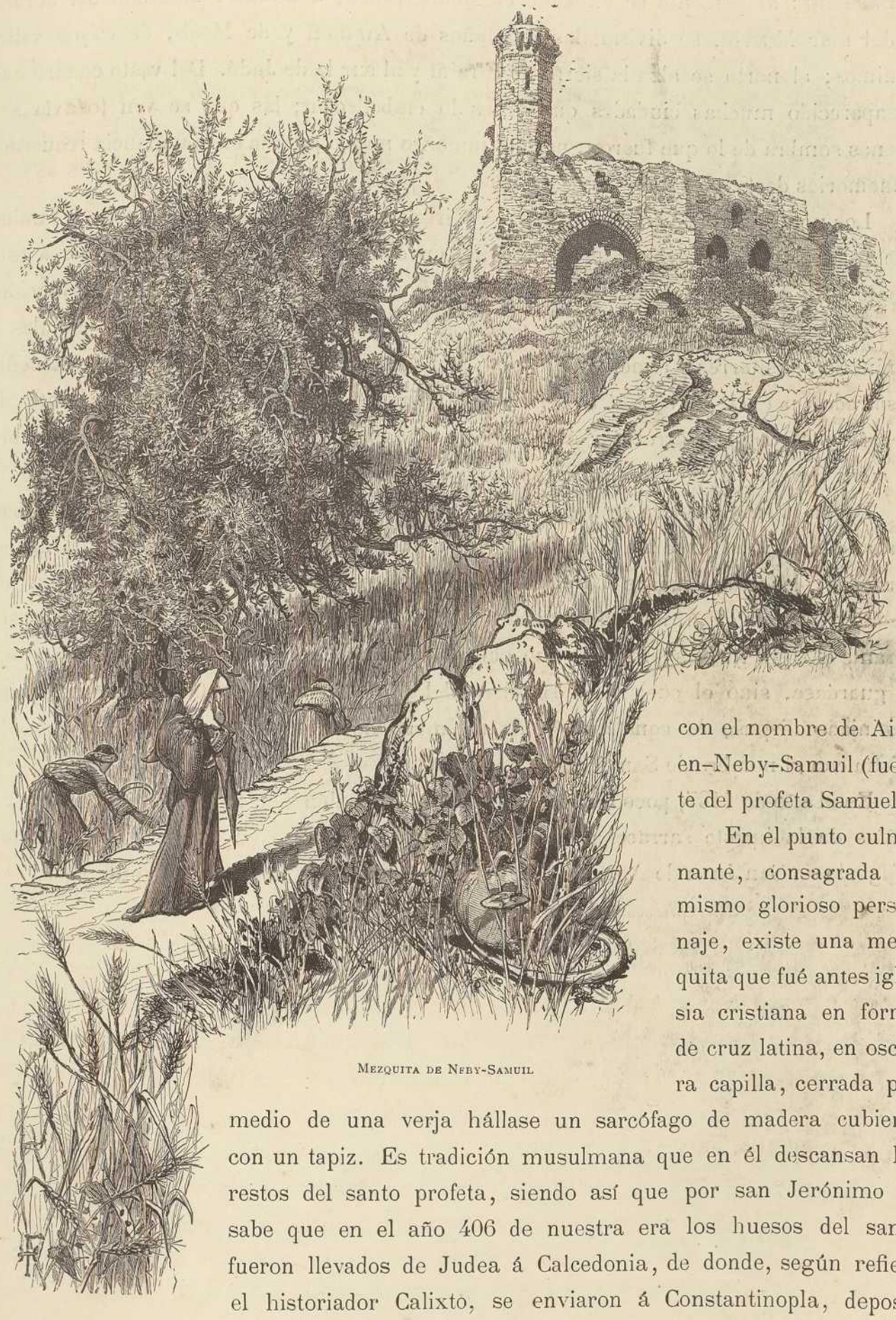
casa del profeta é ilustre Juez que tuvo la dicha de afianzar la independencia de su patria, comprometida por las victorias de los filisteos, estuvo situada en la ciudad alta,

NEBY-SAMUIL
Vista tomada desde el monte de los Olivos

lo mismo que las de sus discípulos y un altar erigido al Señor.

Allí moran en el día en pocas casas unos veinte musulmanes, pero algunas de ellas, que vieron quizás los tiempos bíblicos, merecen fijar la atención del viajero. Compónese la primera de una sala larga de veinte pasos por nueve de ancho, abierta por completo en la peña, y teniendo por techo una bóveda de época más reciente; otra hay antiquísima labrada también en la roca, pero de menores dimensiones, y lo mismo ha de decirse de un tercer recinto dividido en varias estancias. Los cimientos de un edificio importante apoyados en la peña son aún muy perceptibles. Dos fuentes proveen de agua á la aldea; el agua de la una es recogida en dilatada y profunda cisterna abierta en la roca; la otra brota

en una gruta rectangular á la que se baja por algunos escalones, siendo conocida



Mezquita de Neby-Samuil

con el nombre de Ain-en-Neby-Samuil (fuente del profeta Samuel).

En el punto culminante, consagrada al mismo glorioso personaje, existe una mezquita que fué antes iglesia cristiana en forma de cruz latina, en oscura capilla, cerrada por medio de una verja hállase un sarcófago de madera cubierto con un tapiz. Es tradición musulmana que en él descansan los restos del santo profeta, siendo así que por san Jerónimo se sabe que en el año 406 de nuestra era los huesos del santo fueron llevados de Judea á Calcedonia, de donde, según refiere el historiador Calixto, se enviaron á Constantinopla, depositándoles en una iglesia junto al palacio de Hebdomon.

Una escalera interior conduce de la mezquita á la azotea y luego al alminar con que

remata; desde allí disfrútase de extenso panorama y abraza la vista gran parte de Judea y Palestina: al poniente se extiende el Mediterráneo; á levante, más allá del Jordán y del mar Muerto, se divisan las montañas de Ammon y de Moab, de cuyos valles venimos; al norte se alza la sierra de Efraim y al sur la de Judá. Del vasto cuadro han desaparecido muchas ciudades que antes lo embellecían; las que se ven todavía son apenas sombra de lo que fueron; pero el inmenso marco guarda en abundancia recuerdos y memorias destinados á no perecer nunca.

Los peregrinos que en otro tiempo se dirigían de Jaffa á Jerusalén por el camino que pasa al pié del Neby-Samuil, camino en el día abandonado, solían subir á este monte á fin de ver cuanto antes y de más lejos el objeto principal de su peregrinación, la ciudad santa de Jerusalén, que desde allí se ve distintamente con sus cúpulas y alminares, sus torres y almenados muros; á la vista del lugar por ellos tan ardientemente suspirado, por el cual habían arrostrado fatigas y peligros, derramaban llanto de alegría y se dejaban arrebatar á transportes de piadoso contento. De ahí su nombre de *mons Gaudii* y el de *Montjoie* que le dieron los francos.

Por la misma escalera se llega á una serie de arruinadas estancias que formaban parte de la abadía inmediata á la iglesia y que, como ésta, fueron obra del tiempo de las Cruzadas; las desplomadas bóvedas, los vastos subterráneos y la abundancia de escombros atestiguan su importancia. Levantada por los monjes premonstratenses durante el siglo XII, es probable que ocupase el lugar de anterior monasterio en que se guardase, sino el cuerpo, el sepulcro del profeta, pues consta que el emperador Justiniano dispuso la construcción de un muro de cerca en el monasterio que allí existía con el nombre de San Samuel.

En el año de 1187, poco antes de la toma de Jerusalén por Saladino, algunas compañías de la hueste sarracena entraron á saco la abadía, cuyos monjes se habían refugiado en San Juan de Acre; la iglesia fué entonces convertida en mezquita.

H. FENN. DELt J. GODFREY. SCULPt

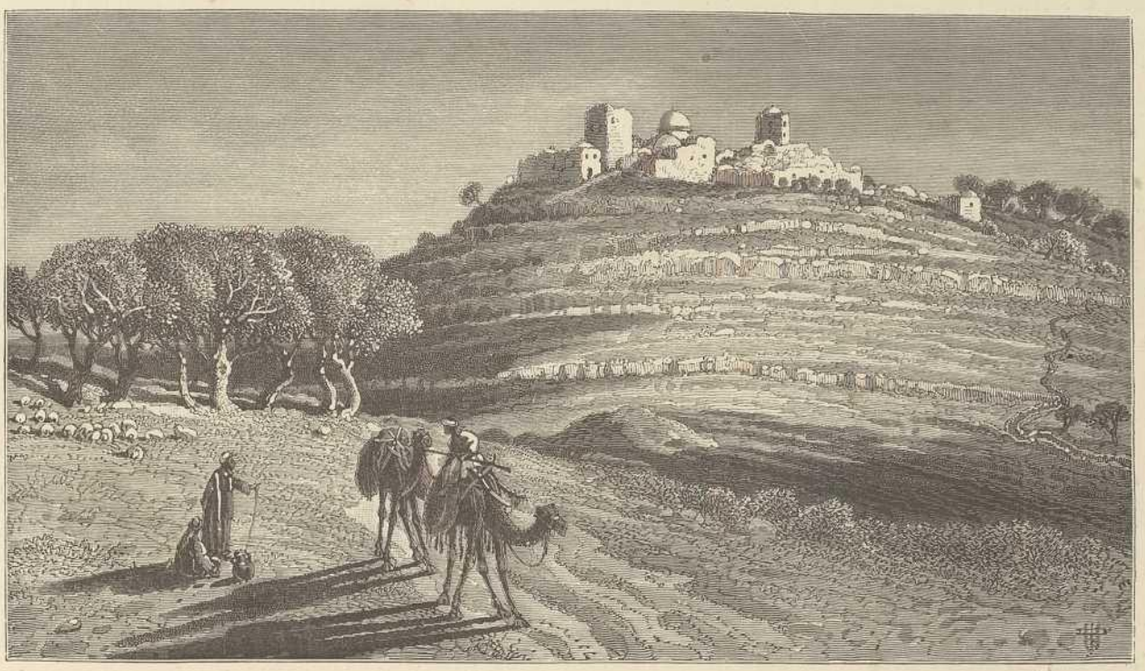
VISTA DE NEBY SAMWIL.

ESPASA Y COMPª EDITORES. BARCELONA.

V

Gabaón.— Gran victoria de Josué.— Bethoron.— Ialo.— Emmaus.— Nicópolis. – Latrun — Kiriet-el-Anab.— Iglesia de San Jeremías.— Soba.— Kulon.— Valle del Terebinto.— David y Goliath — Mizpa.— Gibea de Saul.— Anathoth — Er-Ram.— Geba.— Mikhmach.— Población.— Ai.— Beeroth.

Al bajar de Neby-Samuil, después de saludar en un collado inmediato por nombre Djoz unas ruinas de la época de las Cruzadas, en el lugar que se cree haber sido morada de José de Arimatea, llevemos nuestros pasos al norte para concluir por aquel lado la exploración de Judea. Atravesando fértil valle llegaremos en media hora á la pintoresca



El-Djeb, antiguamente Gabaón

colina denominada El-Djeb que domina la aldea del mismo nombre, formada por quinientos habitantes. Muchas son las casas que se caen en ruinas, y el aspecto de casi todas denota alta antigüedad; algunas cisternas labradas en la peña datarán seguramente de época más remota aún. A escasa distancia, al pié de un otero en el día cultivado, pero comprendido antes en el recinto de la población antigua, brota en el fondo de una gruta una fuente cuyo abundante caudal sería llevado á un gran estanque rectangular construído á unos cien metros más abajo, cegado hoy casi por completo.

El pueblo de El-Djeb, conforme su nombre y situación atestiguan, ocupa el lugar de la antigua Gabaón, cuyos moradores, aterrorizados al saber el paso del Jordán por los hebreos y la toma de Jericó y de Ai, apelaron á una estratagema á fin de alcanzar la benevolencia de los victoriosos invasores. Al dirigirse sus enviados al campamento de Gálgala se vistieron con raídos trajes y tomaron escasas y rancias provisiones; todo

en ellos, hasta sus bagajes, denotaba que venían de remotas tierras después de largo y penoso viaje, y engañado Josué por tales apariencias y creyendo que no eran cananeos, admitiólos en su alianza y prometió respetar la vida del pueblo que los enviaba, confirmando el pacto los jefes de tribu con solemne juramento. Por la Biblia sabemos que Gabaón, con otras tres ciudades de menor importancia, formaba entonces un pequeño é independiente estado; eran aquellas ciudades Caphira, Beeroth y Cariathiarim; habitábanlas los levitas, y merced al explicado ardid pudieron librarse de la triste suerte que les aguardaba.

Transcurridos ocho días vinieron en conocimiento los hebreos de que eran aquellas ciudades cananeas; sus guerreros penetraron en ellas, si bien, ligados por su juramento, hubieron de respetar la vida de los moradores. No dejó el pueblo, sin embargo, de mostrarse descontento, y, murmurando de la alianza con aquellas ciudades celebrada, de reclamar su total ruina; para acallar sus quejas Josué condenó á aquellos habitantes á aprontar leñadores y á llevar el agua que exigieran las necesidades de la casa del Señor.

La defección de los gabaonitas llenó de ira á Adonisedek, rey de Jerusalén, el cual dirigió su voz á los soberanos de Hebron, Iarmuth, Lachis y Englon para imponer ejemplar castigo á los traidores. Los cinco reyes, reunidas sus huestes, marchan contra Gabaón, y con tanto ardor la asedian que su caída parece inevitable y próxima. En tan duro trance envía la ciudad embajadores para implorar el auxilio de Josué, que había regresado á Gálgala; sin pérdida de momento reune el caudillo israelita escogida hueste, y corre en socorro de sus aliados. Empeñada la batalla al pié de los muros de la ciudad sitiada, los cinco reyes son vencidos, y hasta el cielo aumenta su derrota haciendo caer sobre ellos nubes de granizo. El vencedor los persigue, para poder dar cima al combate y á la victoria alcanza de Dios que suspendan su curso sol y luna, y los enemigos experimentan uno de aquellos desastres que se graban para siempre en la historia. Los cinco reyes fueron hechos prisioneros y encerrados en una cueva para ser luego condenados á muerte.

En el libro II de los Reyes menciónase á Gabaón y su estanque, probablemente el mismo de que antes hemos hecho mérito, con motivo de una batalla en aquellas inmediaciones empeñada entre Abner, general de Isboseth, hijo de Saul, y Joab, que mandaba la hueste de David. Antes de la pelea general salieron al campo doce guerreros por cada hueste y trabaron combate unos contra otros; ni uno solo quedó con vida, y aquel sitio recibió el nombre de *Campo de los valientes*. En Gabaón fué donde el mismo Joab dió alevosa muerte al caudillo Amaca, envidioso del favor que le otorgaba David.

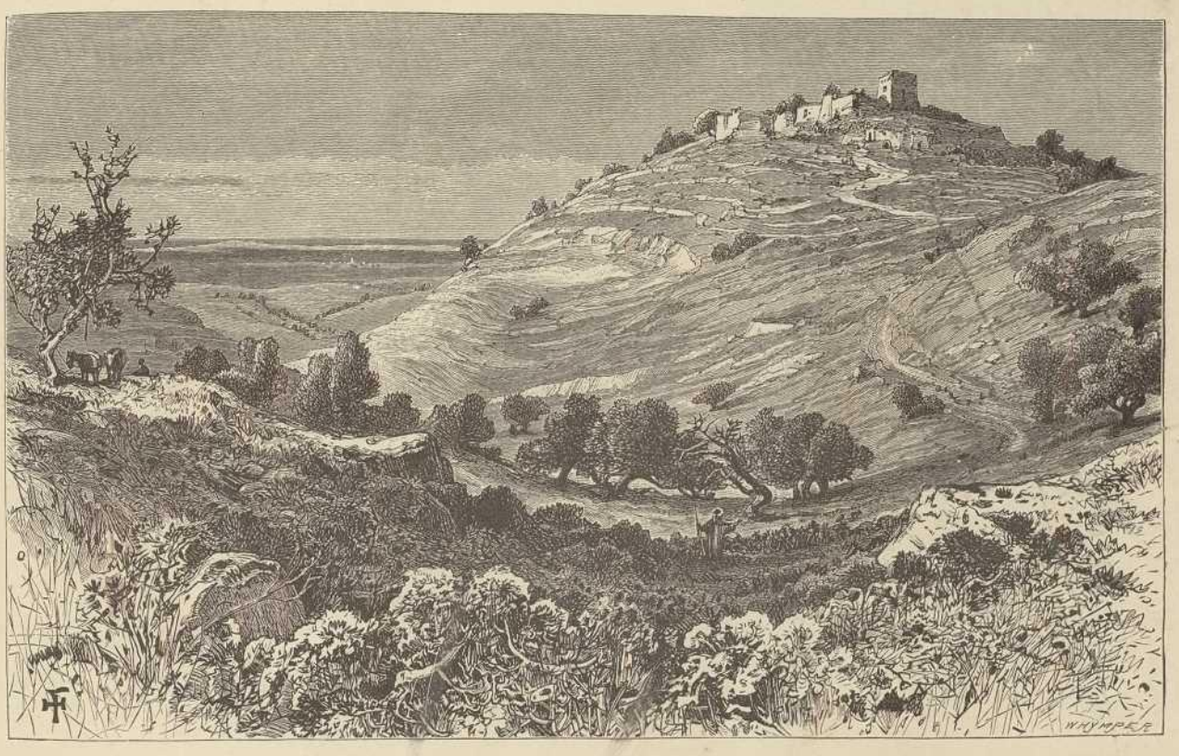
Al llevar éste á Jerusalén el arca de la alianza, el tabernáculo quedó en Gabaón.

Tres años llevaba Salomón de reinado cuando se dirigió á sacrificar á aquella ciudad por ser, antes de la construcción del templo, el cerro en que estaba fundada el de mayor importancia entre todos; en su altar ofreció mil hostias en holocausto. En Gabaón se hallaba aquel rey cuando el Señor se le apareció en sueños para saber lo que más

deseaba; Salomón pidió la sabiduría como el don de mayor precio, y Dios, al otorgársela, concedióle además la riqueza, el poderío y la gloria que no había el rey solicitado.

A nueve kilómetros al oeste de Gabaon hállase en la cumbre de un monte un pueblecillo llamado Beit-Ur-el-foka; restos son de lo que fué ciudad, de la Bethoron alta para distinguirla de la baja, que encontraremos á poco. Vense en él las ruinas de un fuerte que ha debido de experimentar varias reconstrucciones, y que hoy sirven de vivienda á algunas familias. El número total de habitantes no pasa de ciento y cincuenta, y cultivan alrededor del pueblo una huerta á la que dan sombra higueras y olivos.

Siguiendo por el espacio de tres cuartos de hora una senda bastante quebrada llégase



Beir-Ur el-foka (Bethoron alta)

á Beit-Ur-et-thata, aldea así llamada por estar situada en colina más baja que la anterior; allí estuvo la Bethoron inferior ó baja. Las casas de la actual población, que cuenta unas trescientas almas, han sido en gran parte construídas con materiales antiguos, y varias cisternas abiertas en la peña descubren igualmente su remoto origen. En la falda del collado cultívanse huertos de gran fertilidad, hermoseados con granados y olivos.

Las dos ciudades de Bethoron son mencionadas distintas veces en la Biblia; Josué, después de su victoria de Gabaon, acosó á los vencidos amorreos por la cuesta de Bethoron. Una y otra ciudad, alta y baja, estaban situadas en la línea fronteriza que separaba á las tribus de Benjamín y de Efraim, y por el libro de Josué sabemos que Bethoron, sin distinción de superior é inferior, ciudad de refugio perteneciente á la tribu de Efraim, fué cedida á los levitas descendientes de Caath.

Salomón fortificó ambas ciudades, y en sus campos alcanzó Judas Macabeo en los años 166 y 162 antes de J. C. dos de sus más grandes victorias contra el ejército sirio.

En el 65 de nuestra era, el procónsul romano Cestio, después de entregar á las llamas la ciudad de Lydda, dirigióse contra Gabaon por la cuesta de Bethoron; frustada poco después su tentativa para apoderarse de Jerusalén, pasó otra vez

Colina de Bethoron

fugitivo por el mismo camino, hostilizado sin cesar por los judíos que en desfiladeros y barrancos le mataron mucha gente y le obligaron á abandonar material y bagajes. Con grandes trabajos pudo llegar de noche á Bethoron, y una vez allí para engañar al enemigo que ocupaba todas las salidas, dejó en la plaza cuatrocientos hombres escogidos entre los mejores, y antes de rayar el día siguió su camino con lo que quedaba de su lucida hueste. A la siguiente mañana los judíos, que supieron su fuga, cayeron contra los cuatrocientos soldados, á los que durante toda la noche habían

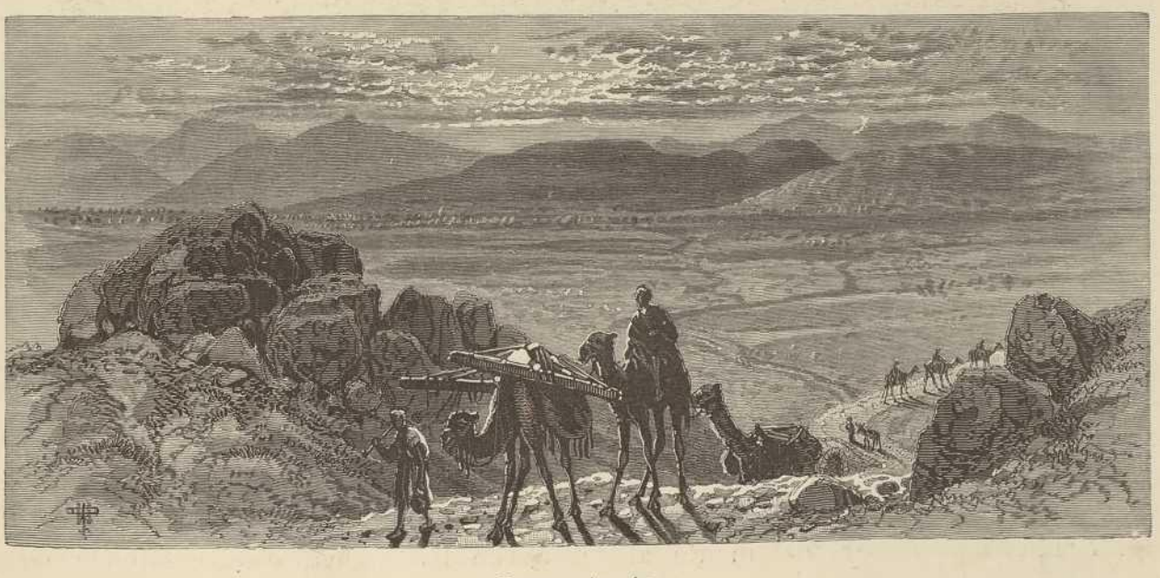
tomado por el ejército entero, los pasaron á cuchillo, y aun pudieron alcanzar al procónsul y acosarle con encarnizamiento hasta Antipatris.

El camino que siguió Cestio era entonces el más frecuentado por ser el más llano y llevaba del Mediterráneo á Jerusalén.

Bet-Ur-et-thata (Bethoron baja)

En la época de san Jerónimo, según se desprende de su *Epitafio de Santa Paula,* las dos ciudades de Bethoron, al ser visitadas por la ilustre matrona, no eran ya más que dos miserables aldeas.

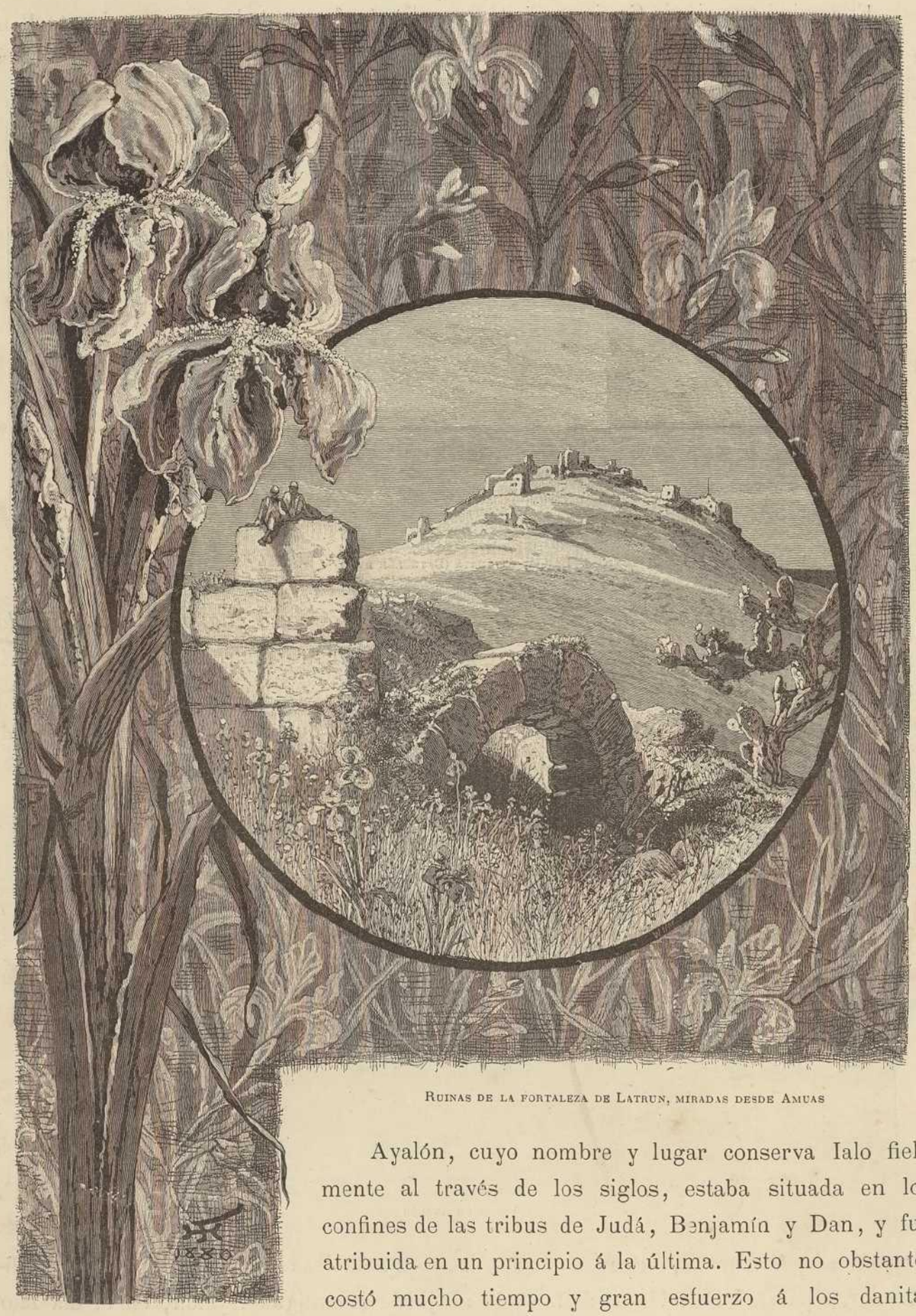
Dos largas horas de marcha por tortuoso sendero que atraviesa gran número de



Valle de Ayalón

torrenteras y barrancos, entre los que son los más notables el uadi-Soleiman y el uadi-Mansur, separan á Beit-Ur-et-thata ó de abajo de la antigua Ayalón, en el día Ialo, situada en una altura de un kilómetro de base; la meseta de su cumbre estuvo rodeada de muros, de los cuales quedan todavía algunos sillares. En ella se ven las ruinas de

una fortaleza, y ocupan las pobres chozas que se alzan á su alrededor unos quinientos habitantes que cultivan la inmediata huerta, muy feraz y de agradable aspecto.



Ruinas de la fortaleza de Latrun, miradas desde Amuas

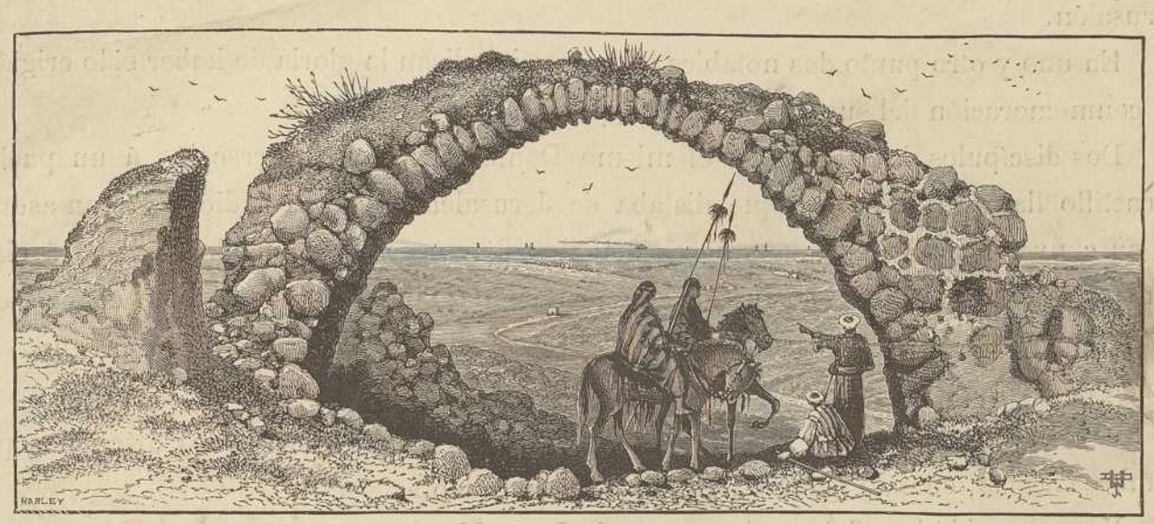
Ayalón, cuyo nombre y lugar conserva Ialo fielmente al través de los siglos, estaba situada en los confines de las tribus de Judá, Benjamín y Dan, y fué atribuida en un principio á la última. Esto no obstante, costó mucho tiempo y gran esfuerzo á los danitas expulsar de ella á los amorreos, á los cuales se empezó por reducir á la condición de tributarios.

Al norte del pueblo dilátase el famoso valle de Ayalon, inmortalizado por aquellas palabras pronunciadas por Josué en la cuesta de Bethoron:—«Detente, ¡oh sol! sobre Gabaon, y tú, luna, sobre el valle de Ayalon.»

Reinando Saul presenciaron aquellos campos la gran derrota de los filisteos, á los que persiguió y acosó el monarca hebreo desde Michmas hasta la ciudad de Ayalon. Fortificada ésta por Roboam, cayó en tiempo de Achaz en poder de los filisteos, y esta es la última mención que de ella se hace en los sagrados libros.

A dos kilómetros al sudoeste de Ialo existe un pueblo que lleva el nombre de Amuas; situado parte en el valle y parte en la falda de un cerrillo, contiene á lo más doscientos habitantes; en sus inmediaciones ábrese un pozo que data de remota antigüedad. En las laderas de aquellos montes vense varias cuevas sepulcrales.

A pocos minutos hacia el sur yace en ruinas una iglesia bizantina de cuyas naves



RUINAS DE LATRUN

no queda piedra sobre piedra; no así de sus tres ábsides que miran á oriente, de los que se conserva todavía una parte.

No es mucho mayor la distancia que separa estas ruinas del altillo en que está situada la aldea de Latrun, entre los vestigios de una fortaleza reconstruída en la época de las Cruzadas, si bien con materiales mucho más antiguos; allí estaría la acrópolis de la ciudad de que Amuas ha conservado el nombre.

Esto es, en efecto, lo que resta de la antigua Emmaus, llamada tiempo después Nicópolis, nombre griego que ha perdido á contar desde la conquista sarracena, para recobrar, aunque corrompida, su denominación primera.

En el año de 164 antes de J. C. alcanzó Judas Macabeo una gran victoria sobre Gorgias al mediodía de esta ciudad, llamada Emmaus ó Ammaus por la Biblia y por Josefo. En tiempo de los romanos fué Emmaus capital de una toparquía; tomada por Casio, entrególa á las llamas Quintilio Varo en el año 4 de nuestra era, y un terremoto la destruyó en el año 131. Al dar comienzo al sitio de Jerusalén dispuso Tito quo la quinta legión, acampada en Emmaus, se reuniera con él en el campamento de Gabath-Saul.

Reconstruída la ciudad en el año 223, recibió entonces, á lo que aseguran varios autores, el nombre de Nicópolis, al paso que otros historiadores afirman que así la llamaron los romanos luego después de la toma de Jerusalén como testimonio de su triunfo sobre los judíos.

¿Es la ciudad de Emmaus-Nicópolis la Emmaus del Evangelio donde apareció el resucitado Jesús á dos de sus contristados discípulos? Autores hay, entre ellos M. Guerin, que así lo creen, fundándose en la igualdad de nombre, en muy antiguos testimonios y en que en algunos manuscritos, al trasladar el texto de san Lucas, se lee que la distancia de Emmaus á Jerusalén era de 160 estadios en vez de 60 que reza la Vulgata; pero ello es cierto que á creer esta última versión y además la tradición general y no interrumpida, el Emmaus del Nuevo Testamento se encuentra en el actual lugar de Kubeibeh, miserable aldea á la mitad del camino entre Neby-Samuil y Jerusalén.

En uno y otro punto dos notables iglesias reivindican la gloria de haber sido erigidas en conmemoración del suceso así referido por el santo Evangelista.

Dos discípulos de Jesús iban el mismo Domingo de la Resurrección á un pueblo ó castillo llamado Emmaus, que distaba de Jerusalén sesenta estadios, y eran asunto de su conversación las grandes cosas aquellos días acaecidas, cuando se llegó á ellos el mismo Jesús, y se puso á caminar en su compañía, sin que de pronto le conociesen.

«—¿Por qué estáis tristes? ¿qué pláticas traéis entre vosotros? les preguntó el recién llegado.

»—Forastero debes de ser en Jerusalén, le respondió uno de los discípulos por nombre Cleofás, cuando ignoras lo que allí ha sucedido.»

Y en seguida le refirieron la muerte de Jesús Nazareno, varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, dice san Lucas, y como su sepulcro había sido hallado vacío.

Al acercarse los tres viandantes al pueblo dió Jesús muestras de ir más lejos, pero á las repetidas instancias de los otros entró con ellos. «Sentados todos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndolo partido, se lo dió. Y entonces se abrieron sus ojos y le conocieron, mas Jesús desapareció de su vista.»

Las ruinas de la iglesia de Amuas se hacen datar del siglo IV, y del XII las de la iglesia de Kubeibeh. Unas y otras, merced á la munificencia de dos nobles damas, han sido libradas de la completa destrucción que las aguardaba; en el año de 1861, la señora de Nicolai fundó en Kubeibeh sobre las antiguas ruinas un santuario y un convento llamado de Emmaus, y los cedió á los Padres de San Francisco; en la capilla donde pasara largas horas en oración y de la que se dice ocupa el mismo lugar que la casa de Cleofás, duerme hace años el sueño de los justos. Émula de sus virtudes y de sus piadosas fundaciones la señora de Saint-Criq de Artigau compró en el año de 1860 las ruinas de la basílica de Amuas, y han comenzado ya las obras para su restauración.

Nicópolis, mientras subsistió el reino latino, fué sede episcopal.

Al mediodía del pueblo mana una fuente muy famosa á la que se atribuyó curativa virtud por haber tomado en ella descanso Nuestro Señor Jesucristo. Juliano el Apóstata mandó cegarla para contrariar la devoción popular.

Haciendo derivar del latín *latro* el nombre de Latrun, cuenta la tradición que aquel castillo habíase convertido en guarida de bandidos á los cuales capitaneaba en sus fechorías el señor del lugar, por nombre Dimas, de origen egipcio, condenado después por los romanos al suplicio de la cruz; padeciólo en el Calvario junto á Cristo, y habiendo en su arrepentimiento reconocido en él al Salvador mereció que éste le prometiera la gloria del paraíso y que los cristianos le veneren bajo la invocación del Buen Ladrón.

Ello es que las tradiciones de robo y pillaje son permanentes en aquella comarca que de Dimas ha seguido siempre los ejemplos de su vida, pero nó los de su arrepentimiento. Quizás á esto, más que á haber vivido allí el buen ladrón, debióse la capilla que los cristianos consagraron en aquel punto á san Dimas para que los sacara con bien de lugares de tan mala fama como de siniestro aspecto. La fortaleza de Latrun, lo mismo que las de Plaus y Moé, cuyos vestigios apenas se descubren en las inmediatas alturas, fueron en la época de las Cruzadas como los reductos que defendían el camino de Jerusalén; Saladino las desmanteló, y como allí en efecto se guareciesen numerosas y audaces compañías de bandoleros Ibrahim-bajá en 1834 completó su destrucción.

En uno de los caminos de Jaffa á Jerusalén domina la posición de Latrun el paso á los montes de Judea; desde aquel punto el uadi-Aly que atraviesa el llano, va formándose angosta torrentera y comienza la verdadera subida, serpenteando á trechos el camino entre dos muros de roca erizados de arbustos y maleza. Después de andar por la penosa hondonada unos diez kilómetros, y de hacer alto entre los olivos que dan sombra al Bir-Ayub (Pozo de Jacob), en la Sagrada Escritura fuente de *Nephtoa* (fuente abierta), límite entre las tribus de Judá y Benjamín, déjase á la derecha en inmediato monte el reducido lugar de Saris, que fué la ciudad de igual nombre perteneciente á la tribu de Judá. A la espalda queda el pueblo de Beit-Nuba, la antigua Nob, la ciudad sacerdotal en la que se refugió David huyendo de la ira de Saul. El gran sacerdote Achimelech le dió los panes de proposición y le entregó la espada de Goliat, por lo cual, al saberlo Saul, mandó acuchillar á los moradores de Nob y entrar á saco la ciudad. Allí estableció su campamento Ricardo Corazón de Leon en el año de 1192, y aun se encuentran restos de una iglesia de los tiempos de la dominación latina. Autores hay que fijan el sitio de la antigua Nob en la actual aldea de el-Isoiyé, á algunos kilómetros de Jerusalén.

Muy pocos nos separan del pueblo que desde hace unos sesenta años lleva el nombre de Abu-Goch, por llamarse así un poderoso jeque que con sus hermanos en número de seis y sus ochenta y cinco hijos fué por mucho tiempo el terror de la comarca, de caravanas y peregrinos. En los montes que se extienden de Modin á Hebron quince mil árabes obedecían sus órdenes, y más de una vez hubieron los bajáes de entrar en tratos con él después de haberle perseguido con numerosas fuerzas.

Ibrahim-bajá logró encarcelarle, pero en el año de 1834 le devolvió la libertad para oponerle á la insurrección triunfante y emplear su influencia en pró de la dominación egipcia. En el día los descendientes del famoso bandolero viven aún en el pueblo que lleva su nombre en dos palacios ó caserones que les pertenecen.

Llamábase antes el lugar Kiriet-el-Anab (aldea de los racimos de uva); en sus inmediaciones levantóse en el siglo XII una hermosa iglesia gótica bajo

Olivar en Bir-Ayub

la invocación del profeta Jeremías, y en el XVI los Padres Franciscanos la servían aún y ocupaban el convento que junto á ella se había construído. Una noche penetraron los árabes por sorpresa en su recinto, asesinaron á los frailes, saquearon el convento y la iglesia y les pusieron fuego. Pero gran parte del edificio quedó en pié, y desde aquel día sirvió de establo á los musulmanes. Ultimamente, á instancias del embajador francés en Constantinopla, ha sido cedido á Francia, y es posible que en breve, pues ya han tenido comienzo las obras de restauración, vuelva á servir para el sagrado uso para que fuera levantado.

La iglesia, que consta de tres naves terminadas en otros tantos ábsides, es digna de llamar la atención del viajero, y es notable el buen estado en que relativamente se conserva, á pesar de su antigüedad, de las llamas que serpentearon por sus bóvedas y de las profanaciones de que ha sido objeto. Vense aún restos de pinturas murales y mosaicos, y mide el edificio en su parte interior treinta y dos pasos á lo largo por veinte á lo ancho.

El nombre dado á esta iglesia y también á la fuente que brota á poca distancia, suponiendo que aquélla fué erigida en el lugar donde nació el gran profeta, ha sido causa de que Kiriet-el-Anab fuese identificado con Anathot, patria de Jeremías, siendo así que ésta, según autorizadas opiniones, ha de buscarse en la actual aldea de Anata, conforme luego diremos.

KIRIET-EL-ANAB

También se ha confundido Kiriet-el-Anab con la Emmaus del Evangelio, pero lo que se tiene por más verosímil es que estuvo en este lugar la antigua Kiriath-Iearim, (Ciudad de los Bosques), la Cariathiarim de la Vulgata, cuyo nombre primitivo de Kiriat-Baal aludiría probablemente á un templo que en su recinto tendría la principal divinidad cananea.

La ciudad de Kiriath entró en la alianza que con Josué celebraron los gabaonitas; tiempo después fué cedida á la tribu de Judá.

Refiere el libro I de los Reyes que caída el arca del Señor en poder de los filisteos las horribles enfermedades que á éstos fueron enviadas les decidieron á devolverla á Israel; para ello la colocaron en un carro nuevo al que uncieron dos vacas que no habían sufrido yugo y que tomaron espontáneamente el camino de Bethsames (Casa del Sol), donde se pararon. Recibiéronla los Bethsamitas con grandes demostraciones

de contento, pero como se hicieran reos de sacrilegio descorriendo los velos del arca, no tardaron en ser severamente castigados. Movióles esto á solicitar de los habitantes de Cariathiarim que se la llevaran á su ciudad, y en efecto, aquellos ciudadanos fueron por ella y la colocaron en la casa de Abinadab, situada en una altura, y constituyeron en su guardador á Eleazar, hijo del mismo Abinadab. Transcurridos veinte años hízola David trasladar con gran pompa á la casa de Obed-Edom, allí permaneció, tres meses antes de ser llevada á Jerusalén, é instalada en el monte Sion en un principio y después en el monte Moriah, en el santuario del Templo.

El profeta Urías, hijo de Semei, fué natural de Cariathiarim; en el año de 609 antes de J. C., profetizó la ruina de Jerusalén, y el asolamiento de aquella tierra, por lo cual, sin que pudiera valerle haber huído á Egipto, el rey Joakim mandó prenderle y él mismo le dió muerte.

El profeta Zacarías fué también natural de Cariathiarim.

A este pueblo que, como hemos dicho, se ha confundido con Anathot y Emmaus, y que llaman los cristianos de San Jeremías, llegó el ejército de la primera cruzada al caer de la tarde después de penosa marcha por los montes de Judea; en él pernoctó, y de allí, después de recibir la embajada de los cristianos de Belén, marchó Tancredo con sus guerreros para enarbolar la bandera de la cruz en la cuna del Salvador. Al amanecer había la hueste de seguir su marcha y llegar á las tres horas á la vista de Jerusalén. «Durante aquella noche memorable, dicen las crónicas de la cruzada, no hubo en el ejército quien pudiese conciliar el sueño; no hay memoria de aurora con tanto anhelo esperada, y apenas rayó el día muchos peregrinos, dejando las filas y arrostrando mil peligros, llegaron á la vista de la ciudad santa y volvieron para contarlo á sus compañeros. El entusiasmo de los Cruzados había llegado á su colmo.

A tres kilómetros al sudeste de Kiriet-el-Anab álzase aislada y cónica montaña por nombre Soba; en la plazoleta de su cumbre estuvo edificada una pequeña ciudad, reducida hoy al estado de miserable aldea con igual denominación. Antes de la invasión de Ibrahim-bajá era plaza fuerte, ceñida de antiguos muros muy bien construídos y conservados; pero en el año de 1834, después de tenaz resistencia, fué asaltada por las tropas de Ibrahim y desmantelada. Subsisten, sin embargo, en varios puntos lienzos de muralla casi intactos, muestra de la bella fortificación de aquel recinto. En el punto culminante del monte existe una torre moderna, apoyada en base de gran antigüedad, y fuera del pueblo actual vense muchas sepulturas, tambien de remoto origen, abiertas en la peña; varias están medio cegadas; las que aún se emplean para su primitivo uso tienen la boca cerrada con grandes losas, las cuales son separadas al dar tierra á un nuevo cadáver.

En la falda del monte, al lado oriental, extiende sus inmensas ramas colosal encina que es hace siglos el ordinario punto de reunión de aquellos habitantes; más abajo, prolongándose por el valle, hay plantados huerto y verjeles entre los que crecen

muchos árboles frutales. Riégalos antigua fuente á la que acuden á llenar sus cántaros las mujeres de Soba.

Esta es en pocas líneas la descripción de un lugar que sirve hoy de morada á

Soba

unos ochocientos habitantes. La tradición generalmente adoptada por cristianos y musulmanes dice que allí estuvo la antigua ciudad de Modin, patria de los Macabeos y lugar de su sepultura; sin embargo, recientes investigaciones coronadas de importantes descubrimientos, no dejan, al parecer, sombra de duda en que aquella ilustre ciudad ha de buscarse en las cercanías de Lydda, en Karbet-el-Medieh, conforme á su tiempo diremos. Allí, en efecto, han sido descubiertos restos que fundadamente son tenidos por los de los sepulcros del heróico Matatías y de sus preclaros hijos.

En la época de las Cruzadas la montaña de Soba se llamó Belmonte, y los latinos

reconstruyeron entonces, seguramente con materiales antiguos, la fortaleza de que queda hecha mención.

Desde aquella cumbre Ricardo Corazón de León divisó á Jerusalén á la distancia de unos diez y seis kilómetros. Ricardo, el Aquiles de las Cruzadas, sintió correr sus lágrimas á la vista de la santa ciudad para cuya reconquista tomara la cruz y empuñara la espada, y el valeroso rey de Inglaterra ocultó el rostro tras el escudo, diciendo no ser digno de contemplar por más tiempo aquellos lugares sagrados quien como él no era bastante para recobrarlos.

Algunos autores miran en Soba la antigua Ramathaim-Sophim, patria y sepulcro del profeta Samuel; pero, como queda dicho, tiénese por seguro que aquella ciudad ha de ser colocada en Neby-Samuil. Ello es que, á pesar de la importancia que tiene la posición de Soba, á pesar igualmente de las magníficas murallas que la circuían, no se ha descubierto hasta ahora ciudad ni lugar alguno de la antigüedad que pueda ser identificada con la población actual.

Desde el punto en que por entre cañadas y desfiladeros comienza el paso de los montes de Judea, el nivel del terreno va siempre subiendo, al descender de un cerro para bajar al valle, ofrécese al paso otro cerro más alto y no menos áspero. «Seguíamos una seca torrentera, escribe en su famoso *Itinerario* el cantor de *Los Mártires;* la luna, en su cuarto menguante, iluminaba apenas nuestros pasos por aquellas hondonadas, y los jabalíes hacían oir á nuestro alrededor sus agrestes aullidos. Tan profunda desolación me hizo comprender y experimentar el sentimiento que impulsó á la hija de Jefté á llorar en los montes de Judea y á los profetas á gemir y suspirar en las alturas. Llegado el día, nos encontramos en medio de un laberinto de montañas de forma cónica, muy semejantes entre sí y enlazadas una á otra por su base. La peña que forma sus cimientos sale en muchos puntos á flor de tierra. Sus fajas ó cornisas paralelas están dispuestas como las gradas de un circo romano, ó como los escalonados muros con que se sostienen los viñedos en los valles de Saboya. En cada escalón de la peña crecen carrascas, bojes y adelfas; en los barrancos olivos aislados, y á trechos cubren las laderas extensos olivares. A nuestro paso oimos el grito de diferentes pájaros, de grajos entre otros. Llegados á lo más alto de la sierra, descubrimos á nuestra espalda (al mediodía y poniente) el llano de Saron hasta Jaffa y el horizonte del mar hasta Gaza; delante de nosotros (á norte y levante) abríase el valle de San Jeremías, y en la misma dirección, en lo alto de un peñasco, divisábase á lo lejos una antigua fortaleza llamada el Castillo de los Macabeos (Soba). Créese por algunos que el autor de las Lamentaciones vino al mundo en el lugar que en medio de estos montes ha conservado su nombre, y en verdad que la tristeza de estos sitios palpita en los cánticos del dolorido profeta.»

Tres kilómetros y medio, en los que se ven algunas ruinas, entre ellas calificadas por algunos de la casa de Obed-Edom antes citada, separan por el lado oriental á Soba de la adea de Kulonieh, de quinientos habitantes, situada en la falda de peñascoso

monte que se eleva en gigantescos escalones de los cuales, por lo regulares, se diría mejor ser obra de los hombres que de la naturaleza. La pequeña mezquita que se alza entre las casas dispuestas en anfiteatro, tiene fama de ser muy antigua. Varias cuevas, que en un principio serían canteras, han sido utilizadas para sepulturas.

Junto al pueblo corre clara y abundante fuente, y tocando al camino vense las

KULONIEH, ANTIGUAMENTE KULON

ruinas de un edificio que mide treinta y cinco pasos á lo largo por diez y ocho á lo ancho; los paredones exteriores permanecen aún en pié hasta cierta altura, formados con excelentes sillares. En el suelo yacen las bóvedas convertidas en escombros; algunas cisternas inmediatas están casi del todo cegadas. De esta fábrica, dice Chateaubriand, que de no ser hebraica, es seguramente romana.

En la versión de los Setenta, un versículo del libro xv de Josué que falta en el texto hebreo y en la Vulgata, menciona una ciudad denominada Kulon entre las de

la tribu de Judá, ciudad que, á juzgar por las demás poblaciones entre las que se cita, debió de estar situada en la comarca en que existe en el día Kulonieh; esto y la casi identidad de ambos nombres hace suponer con fundamento que el actual lugarejo ha sucedido á la antigua Kulon, conservando así su posición como su denominación hebraica ó quizás cananea.

A breve distancia, por el lado del este, atraviésase el uadi Beit-Hanina, designado generalmente por los peregrinos con el nombre de valle del Terebinto, por medio de un puente, cuyas pilas datan quizás de la época romana, al paso que los arcos, en especial el mayor, que es de forma ligeramente ojival, manifiestan ser obra más moderna. A ambos lados del uadi se cultivan con esmero huertos y verjeles de gran frondosidad; en ellos crecen naranjos, limoneros, granados, almendros y otros árboles frutales, haciendo de aquel lugar, á pesar de la angostura del valle, uno de los más agradables de Judea.

El valle del Terebinto comienza muy cerca de los muros de Jerusalén y su dirección es al ocaso. Estrecho, profundo, sinuoso y quebrado sigue por entre ásperos montes y también por entre más accesibles colinas sombreadas por terebintos, que le han dado su nombre, por nopales, sicoromos, olivos y moreras: en el fondo pulidos guijarros forman el lecho del torrente por el cual corren en invierno cenagosas aguas. Algunas aldeas, escalonadas en las inmediatas vertientes, dan animación á aquella naturaleza triste y agreste, pintoresca y solemne, y todo en ella induciría á la poesía á inventar para aquel teatro heróicos episodios si la historia no estuviese allí presente para ofrecer el trabajo hecho.

Fué, en efecto, aquel valle testigo de las hazañas de David, y entre los cantos que arrastra el torrente fueron cogidos los que le sirvieron de armas contra Goliat. En estas alturas habían los filisteos establecido su campamento; en las del opuesto lado desplegábanse las tiendas de Israel, y la hondonada separaba á los combatientes. Unos y otros medían sus fuerzas, y aunque todos deseaban el combate, vacilaban en empeñar la acción por la desventaja que daba el terreno á los que primeramente atacasen. La incertidumbre duró cuarenta días; cada mañana un guerrero de gigantesca estatura y extraordinaria fuerza, revestido con férrea armadura, salía del campamento filisteo blandiendo enorme lanza, bajaba hasta el torrente, y desde allí provocaba y retaba á singular combate al israelita que se sintiese poseído de mayor esfuerzo. Goliat era su nombre, y viendo que nadie respondía á sus provocaciones insultaba un día y otro día á los guerreros de Israel y hasta al Dios de los judíos con horribles blasfemias, volviendo á su campo cada tarde más ufano y envanecido para mostrarse más audaz é insolente á la siguiente mañana.

Pero sucedió que el joven David llegó al campamento hebreo enviado por Isaí su padre á adquirir noticias de tres hijos suyos que en el ejército servían, y al saber y oir aquellos ultrajes, levantado su corazón por el secreto instinto que empuja á las grandes empresas, acalló la voz de la falsa prudencia y presentóse á Saul, que mandaba

la hueste, solicitando el honor de pelear con el insolente filisteo. Dícenle que sus pocos años, su inexperiencia en las armas y hasta sus miembros no muy fornidos le hacen poco á propósito para aquel combate; mas el mozo contesta que al guardar los rebaños de su padre ha debido luchar más de una vez con las fieras y siempre ha vencido á los osos y leones. Consiente el rey al fin, y exige que el novel guerrero se cubra con su regia y sólida armadura, pero apenas con ella ha dado pocos pasos cuando, paralizado en sus movimientos por aquél bélico arreo, se desprende de él y sólo guarda sus armas de pastor: el cayado y la honda. Coge cinco guijarros en el cauce del torrente, mételos en su zurrón, y se adelanta con el palo en la mano.—«¿Me tomas acaso por un perro para que así vengas contra mí?—le grita Goliat.—En nombre del Dios de Israel vengo,—contestóle David, y mientras el gigante prorumpe en amenazas y furioso le acomete, saca de su zurrón una piedra, la coloca en la honda, la dispara y hiere con ella al filisteo quedándole clavada en la frente. Vacila el gigante y cae; David, que no tenía espada, corrió sobre él, empuñó su acero, y con el mismo le remató y le cortó la cabeza. Estruendosa gritería alzóse del campo israelita, y la hueste entera que en armas había presenciado la lucha movióse contra sus enemigos, tan silenciosos y aterrados como ella jubilosa y alentada. Los filisteos emprenden la fuga, los israelitas los persiguen y acuchillan hasta las puertas de Accaron, alcanzando completa victoria.

Desde aquel día el joven pastor quedó en la corte de Saul, y entre él y el príncipe Jonatás nació entonces la entrañable amistad que hizo de los dos un alma sola. Muy diestro en tañer el arpa, sólo él, con arrobadora música, acertaba á contener el extraño mal que de vez en cuando atormentaba al monarca: arrebatado y furioso sólo se recobraba al oir el arpa de David. Hízole su escudero, confióle varias expediciones guerreras en las que adquirió gran fama, y llególe á dar por esposa su hija Michol; pero á tanto favor sucedió en breve no menor desgracia. «Hirió Saul á mil y David á diez mil;» decían las mujeres de Israel cuando cantando y danzando salían á recibir al joven héroe al regresar de sus victoriosas campañas; envidia, enojo, y por fin odio y furor invadieron poco á poco el alma de Saul hasta el punto de que un día arrojó su lanza contra su yerno con intento de atravesarle. Favorecido por su enamorada esposa, huyó David al desierto, y perseguido y acosado llevó azarosa existencia hasta que á su vez, por disposición de Dios, llegó á sentarse en el trono.

La tradición judaica no ha puesto jamás en olvido el lugar que fuera teatro del primer triunfo de David, y en verdad que el viajero instruído que recorra el país con la Biblia en la mano habría de adivinarlo fácilmente, tan circunstanciada y exacta es su descripción. Ved los dos collados que se alzan frente á frente el uno del otro; aquí acampaban los israelitas, allá los filisteos. Entre ellos se extiende el valle, y en lo más hondo del torrente se ha formado un lecho de cantos rodados. Los siglos, que tantas mudanzas han visto en nuestras ciudades y en los imperios tantas revoluciones, han pasado sobre aquellos montes y valles sin alterar ni mudar cosa ninguna. En el

sitio donde Goliat mordió el polvo elevaron los primeros cristianos un monasterio y una iglesia; quizás á estos monumentos pertenecen las ruinas antes mencionadas. Las crónicas de las Cruzadas dan al pueblo el nombre de Kalonia, y no falta autor que ve también en él el Emmaus del Evangelio.

Transportémonos ahora á cuatro kilómetros al norte de Jerusalén y hagamos alto por un instante en la aldea de Chafath, que cuenta unos ciento y cuarenta habitantes; situada en elevada cuesta, descúbrense muy distintamente desde ella las cúpulas y los alminares de la ciudad santa. Las casas son, por lo general, muy antiguas y abovedadas en su interior; una que lleva aún hoy el nombre de *el-Keniseh* (la iglesia), ofrece

Chafath (Mizpah de Benjamín)

restos de un santuario cristiano con ventanales de ojiva, y data al parecer de la Edad Media. A poca distancia vense las ruinas de un edificio que los moradores llaman *Deir-el-Mahrak* (el convento incendiado), y junto á ellas un *birket* ó estanque de doce pasos de largo por seis de ancho. Una opinión tenida por probable identifica la actual aldea de Chafath con la famosa y antigua ciudad de Mizpah de Benjamín, Maspha en la Vulgata, por más que algunos viajeros creen que estuvo situada en Neby-Samuil. Mizpah significa en hebreo *observatorio, lugar elevado,* y esto mismo expresa el nombre de Chafath, de modo que entre el hebraico y el arábigo existe una identidad muy digna de tenerse en cuenta.

La ciudad de Mizpah es mencionada por vez primera en el libro de Josué, el cual la cita como perteneciente á la tribu de Benjamín. En la época de Samuel fué uno

de los puntos en que el profeta juzgaba á Israel y en que se reunieron las grandes asambleas del pueblo. En Mizpah fué donde, vencidos los israelitas por las reconvenciones de Samuel y abjurando la idolatría de Baal y Astaroth, hicieron penitencia ante el Señor y practicaron solemne ayuno. También allí, atacados por los filisteos al tiempo que ofrecía Samuel un holocausto al Eterno, alcanzaron contra ellos decisiva victoria.

En el año 940 antes de J. C. fué esta ciudad fortificada por Asa, rey de Judá, y cuando, tomada y destruída Jerusalén por Nabucodonosor (año 588 antes de J. C.), fué Godolías, hijo de Ahicam, puesto por aquel rey á la cabeza de los tristes resíduos del pueblo de Israel, estableciόse en Mizpah, adonde fué á encontrarle el profeta Jeremías. A poco cayó á los golpes de Ismael, hijo de Nathanias y de sus sicarios, enviados por el soberano de los ammonitas para sorprenderle y darle muerte; con él sucumbieron todos los judíos y caldeos que se encontraban en Mizpah, y no satisfecho aún, dos días después mandó matar sin piedad á setenta habitantes de Sichem, Silo y otros lugares de Samaria que llegaron trayendo incienso y ofrendas para la casa del Señor. Sus cadáveres fueron arrojados á un estanque construído por el rey Asa, que es probablemente el que existe aún en Chafath.

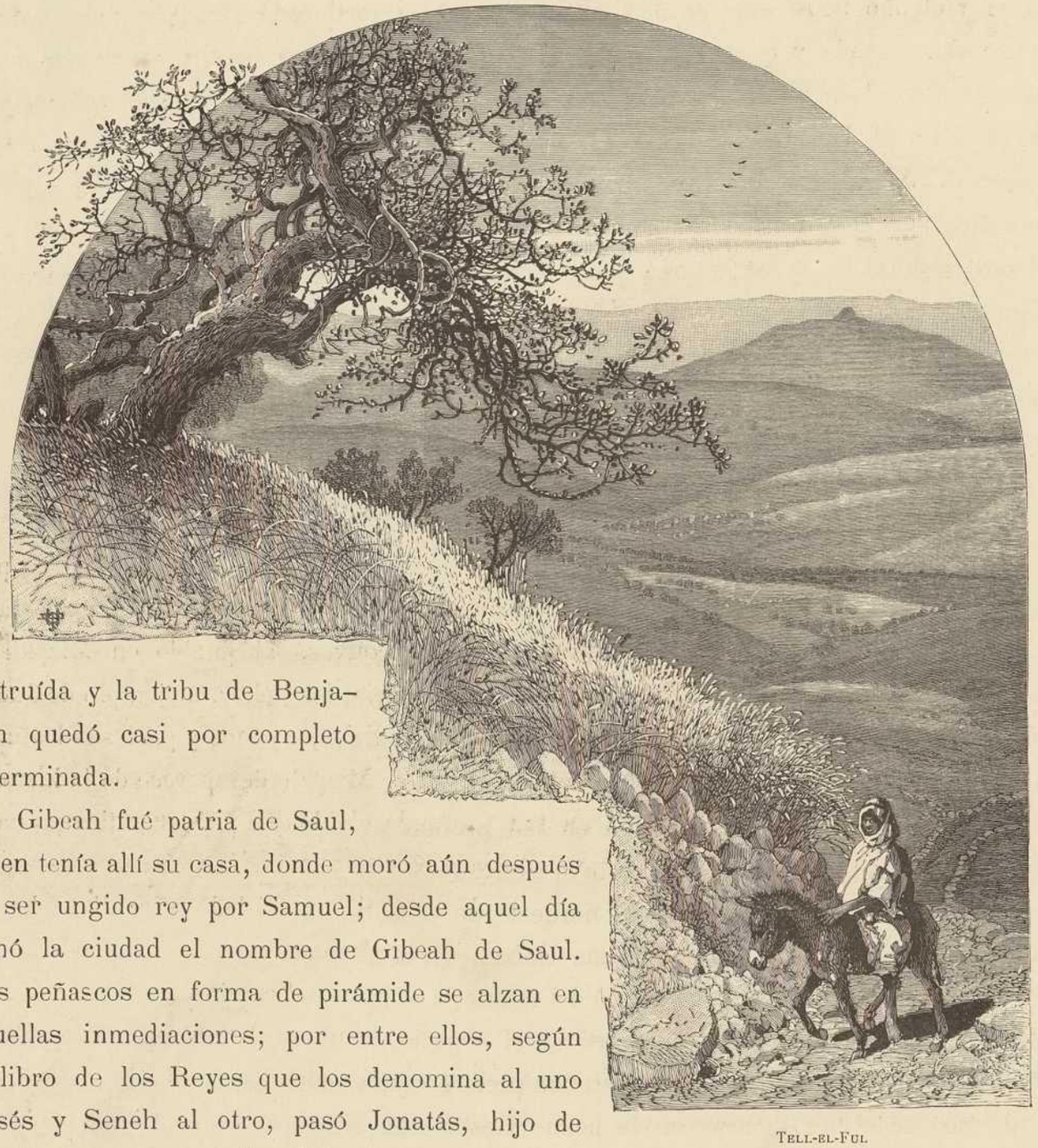
Los moradores de Mizpah contribuyeron después del cautiverio á la reconstrucción de los muros de Jerusalén.

En el año 165 antes de J. C., Judas Macabeo, vencedor de Apolonio y Seron, pero amenazado por Gorgias quien á la cabeza de numeroso ejército acampaba junto á Nicópolis, pronto á marchar contra Jerusalén, convocó al pueblo en Mizpah; y reunidos en aquel antiguo lugar de oración y penitencia, los judíos, á ejemplo de Judas, emprendieron la obra de su santificación con sus cilicios, ayunos y piadosas lecturas. A contar desde aquella última y solemne asamblea, Mizpah desaparece de la historia, y la famosa ciudad quedó envuelta en tan profundo olvido que por largo tiempo nadie cuidó de averiguar el sitio en que estuvo edificada.

A mil y quinientos metros al nordeste de Chafath, un aislado cerro lleva hoy el nombre de Tell-el-Ful (monte de las Habas); en la plazoleta superior existen vestigios de antigua torre rectangular, y al pié del monte, á lo largo del camino que guía de Jerusalén á Naplusa, vense diseminadas en el espacio de algunos centenares de metros confusas ruinas, entre las que llaman con preferencia la atención varios labrados sillares y algunas cisternas abiertas en la peña. Restos son sin duda de la antigua población de que era el collado el natural acrópolis fortificado luego por el arte. ¿Cuál fué el nombre de esa población? La denominación puramente arábiga que hoy tiene aquel sitio no permite colegir por ella la antigua; mas todas las probabilidades están, según así se desprende de las razones aducidas por varios autores, en que se levantó allí la ciudad de Gibeah de Benjamín.

El libro de Josué la menciona por primera vez entre las de aquella tribu; en tiempo de los Jueces adquirió muy triste celebridad por el indigno ultraje que sus moradores infirieron á la esposa del levita de Efraim, ocasionándole la muerte. La historia refiere

que el ofendido é irritado esposo, con fría y bárbara entereza, empuñó una espada, dividió en doce partes el cadáver y las envió á las doce tribus de Israel. Un grito de dolor é indignación universal contestó al sangriento mensaje, y todas las ciudades armaron para castigar el crímen de los habitantes de Gibeah. Imploraron éstos el socorro de sus hermanos los benjaminitas, y empeñada la lucha, la ciudad sucumbió y fué destruída y la tribu de Benjamín quedó casi por completo exterminada.



Tell-el-Ful

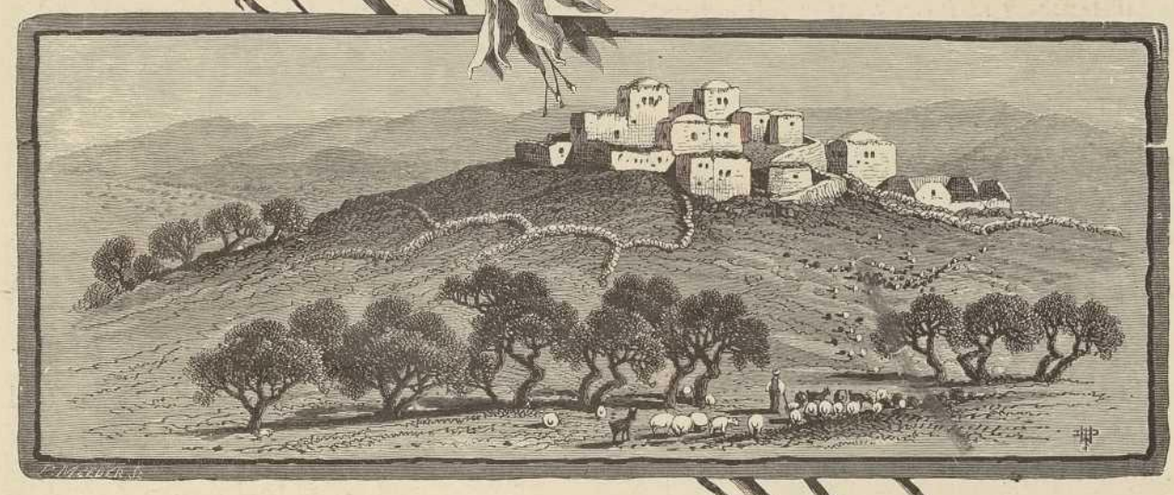
Gibeah fué patria de Saul, quien tenía allí su casa, donde moró aún después de ser ungido rey por Samuel; desde aquel día tomó la ciudad el nombre de Gibeah de Saul. Dos peñascos en forma de pirámide se alzan en aquellas inmediaciones; por entre ellos, según el libro de los Reyes que los denomina al uno Bosés y Seneh al otro, pasó Jonatás, hijo de aquel monarca, cuando sin más compañía que la de su escudero penetró en el campamento filisteo allí establecido, dió muerte á veinte enemigos, y sembró la alarma entre la hueste que fué luego derrotada por Saul en Bethaven.

Reinando David vióse afligida la tierra por tres años de hambre; el monarca consultó al Señor, y por él supo que la causa de la calamidad era el delito de Saul y los suyos al tratar como enemigos á los gabaonitas, á pesar de la alianza que Josué les otorgara. Convocados aquellos ciudadanos, manifestóse David dispuesto á darles la

satisfacción que por la matanza de los suyos pidieran, satisfacción que consistió en la entrega de siete parientes de Saul, los cuales fueron muertos en cruz en Gibeah.

En la época del sitio de Jerusalén por Tito existía aún Gibeah en estado de aldea, según leemos en el historiador Josefo, quien la coloca á treinta estadios de la capital. En tiempo de san Jerónimo estaba ya por completo arrasada.

Si desde Tell-el-Ful se toma hacia el sudeste llégase en treinta y cinco minutos al pueblecillo de Anata, que consta de doscientos habitantes. Unas diez ó doce casas son modernas; las demás, ya muy ruinosas, fueron construídas con materiales antiguos. Cisternas, sepulturas abiertas en la peña y algunos fustes de coluna proceden



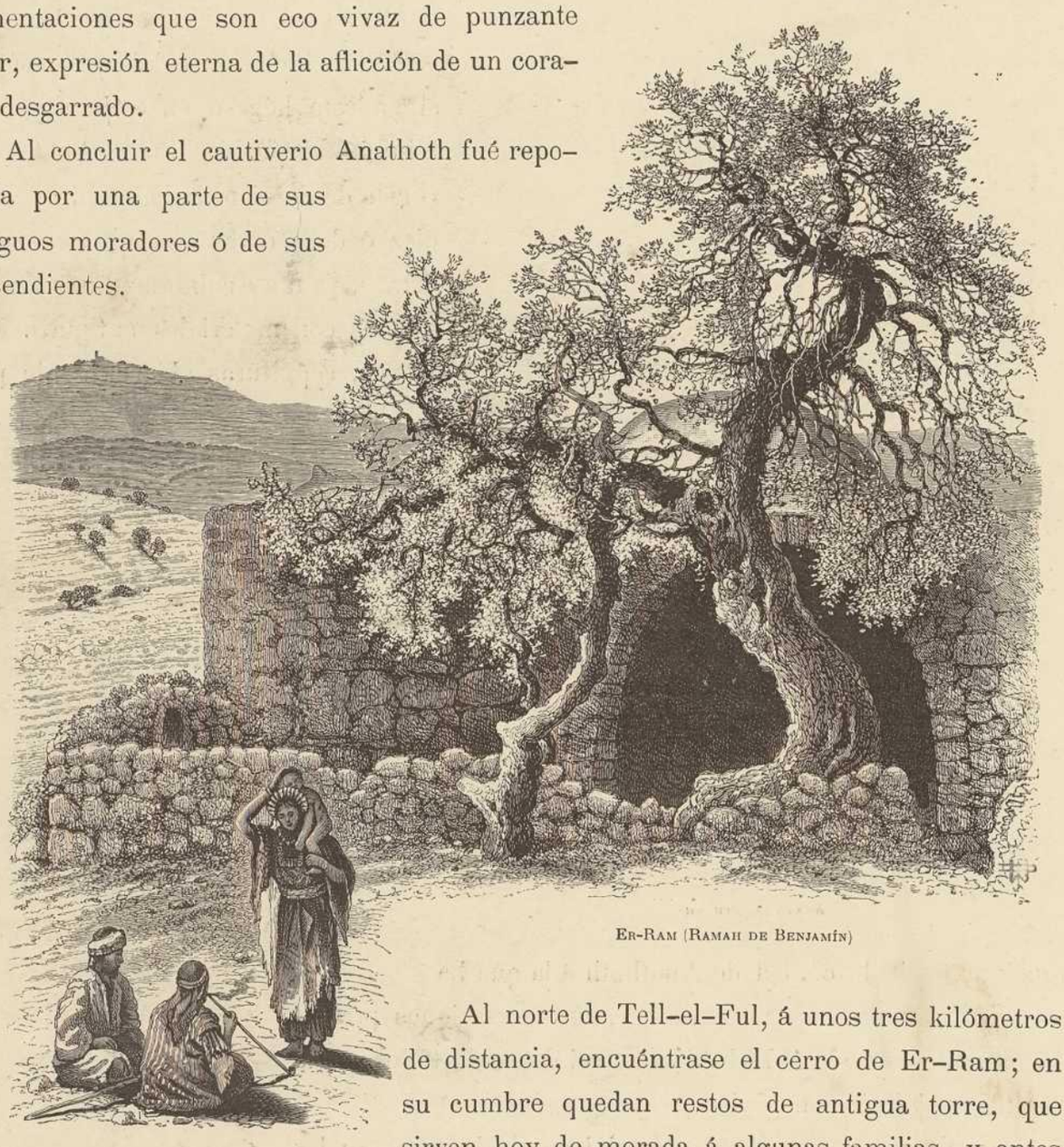
ANATA (ANATHOTH)

igualmente de la ciudad de Anathoth á la que ha sucedido el actual lugar de Anata. Las excavaciones practicadas en el año de 1874 han puesto al descubierto los restos de antigua iglesia con pavimento de mosaico.

Anathoth es mencionada en el libro de Josué entre las ciudades de Judá atribuídas á los sacerdotes; en ella nació Jehú, uno de los esforzados compañeros de David cuando era perseguido por Saul. Salomón, á poco de ceñir la corona, queriendo castigar al pontífice Abiathar por haber favorecido la causa de Adonías, le privó del sacerdocio y le desterró é su patria Anathoth. Isaías, en el pasaje en que profetiza la marcha de Sennacherib contra Jerusalén, hace mención de Anathot y la califica de *pobre;* pero á lo que especialmente debe aquella ciudad su fama fué á haber

sido cuna de Jeremías, el gran profeta, cuyas sentidas endechas vivirán lo que duren los siglos. Allí moraba cuando á la edad de quince años recibió la tremenda misión de reconvenir á los judíos por sus crímenes y por su ingratitud para con Dios. Después de profetizar la ruina de la ciudad culpable, Jeremías, testigo de las calamidades que afligían á Judea y derramando lágrimas en medio de las tristes ruinas de Jerusalén, tomada, saqueada y destruída por el furor de los asirios, prorrumpió en aquellas Lamentaciones que son eco vivaz de punzante dolor, expresión eterna de la aflicción de un corazón desgarrado.

Al concluir el cautiverio Anathoth fué repoblada por una parte de sus antiguos moradores ó de sus descendientes.

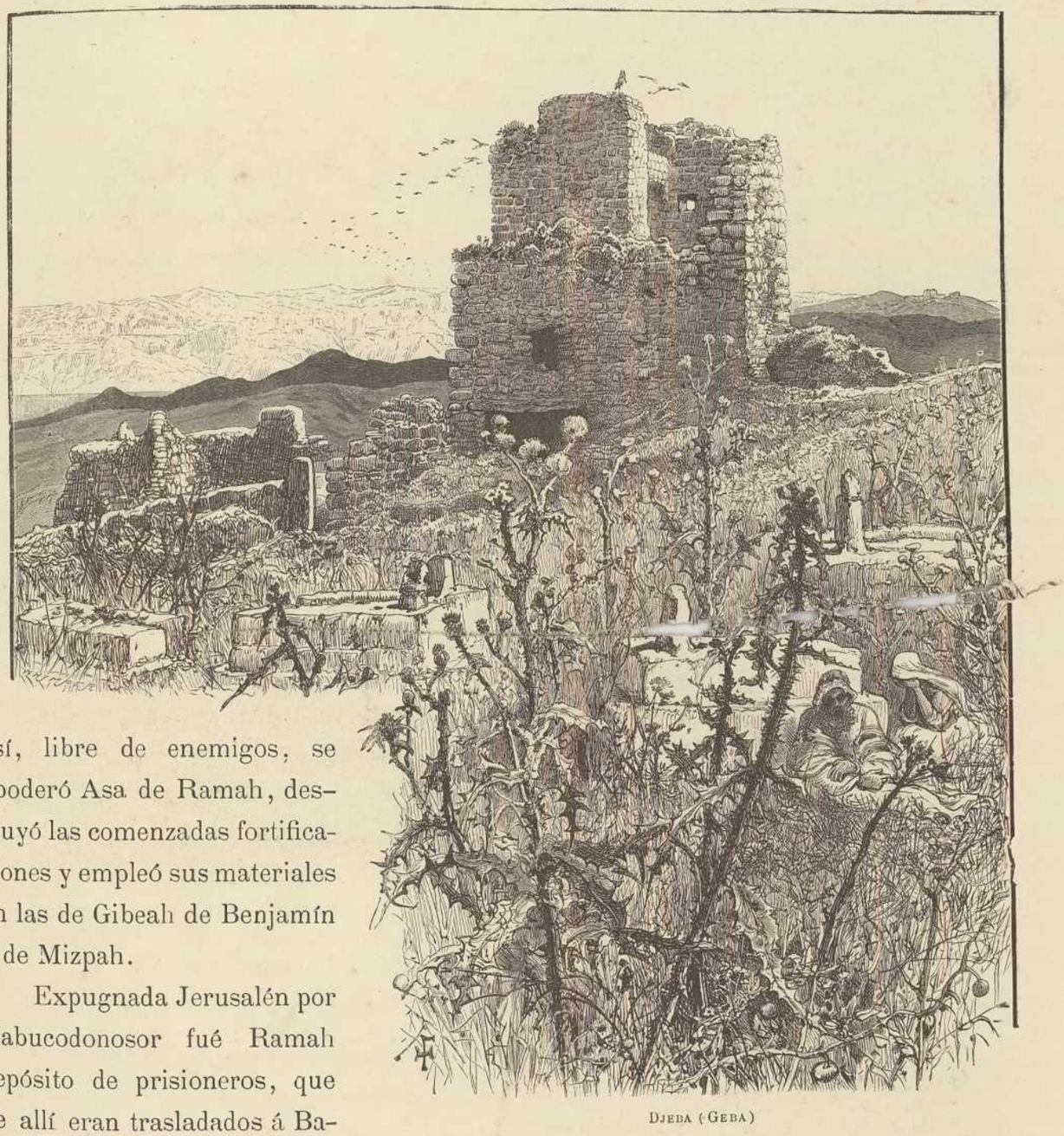


Er-Ram (Ramah de Benjamín)

Al norte de Tell-el-Ful, á unos tres kilómetros de distancia, encuéntrase el cerro de Er-Ram; en su cumbre quedan restos de antigua torre, que sirven hoy de morada á algunas familias, y antes de llegar á ellos álzase una mezquita que ha sustituído á un templo cristiano, cuyo coro ocupa. Los habitantes veneran en ella la memoria de un jeque por nombre Hasen. Recorriendo el pueblo, en el que se albergan unas doscientas almas, pueden verse muchos sillares, que á simple vista descubren su antigüedad, empotrados en las casuchas musulmanas.

Er-Ram, conforme indican su nombre y posición, es la antigua Ha-Ramah, perteneciente á la tribu de Benjamín. Reinando Asa en Judá, Baasa, rey de Israel,

se apoderó de Ramah, situada en la línea fronteriza de ambos Estados y quiso fortificarla para cerrar por aquel lado el paso á los súbditos de Asa; pero éste, á fin de impedir la construcción de la fortaleza, compró por medio de ricas dádivas la alianza de Ben-Hadad, rey de Siria, residente en Damasco. Invadió Ben-Hadad el norte de la Palestina, con lo cual obligó á Baasa á acudir en defensa del devastado territorio, y así, libre de enemigos, se apoderó Asa de Ramah, destruyó las comenzadas fortificaciones y empleó sus materiales en las de Gibeah de Benjamín y de Mizpah.



DJEBA (GEBA)

Expugnada Jerusalén por Nabucodonosor fué Ramah depósito de prisioneros, que de allí eran trasladados á Babilonia. De regreso del cautiverio fué repoblada, pero en la época de san Jerónimo no pasaba de ser una aldea de escasa importancia, lo mismo que en el día. Eusebio la coloca á seis millas de Jerusalén.

En Ramah fué donde el general caldeo Nabuzardan descubrió á Jeremías entre los cautivos y le devolvió la libertad. Débora juzgaba al pueblo entre Ramah y Bethel debajo de una palmera que llevaba su nombre.

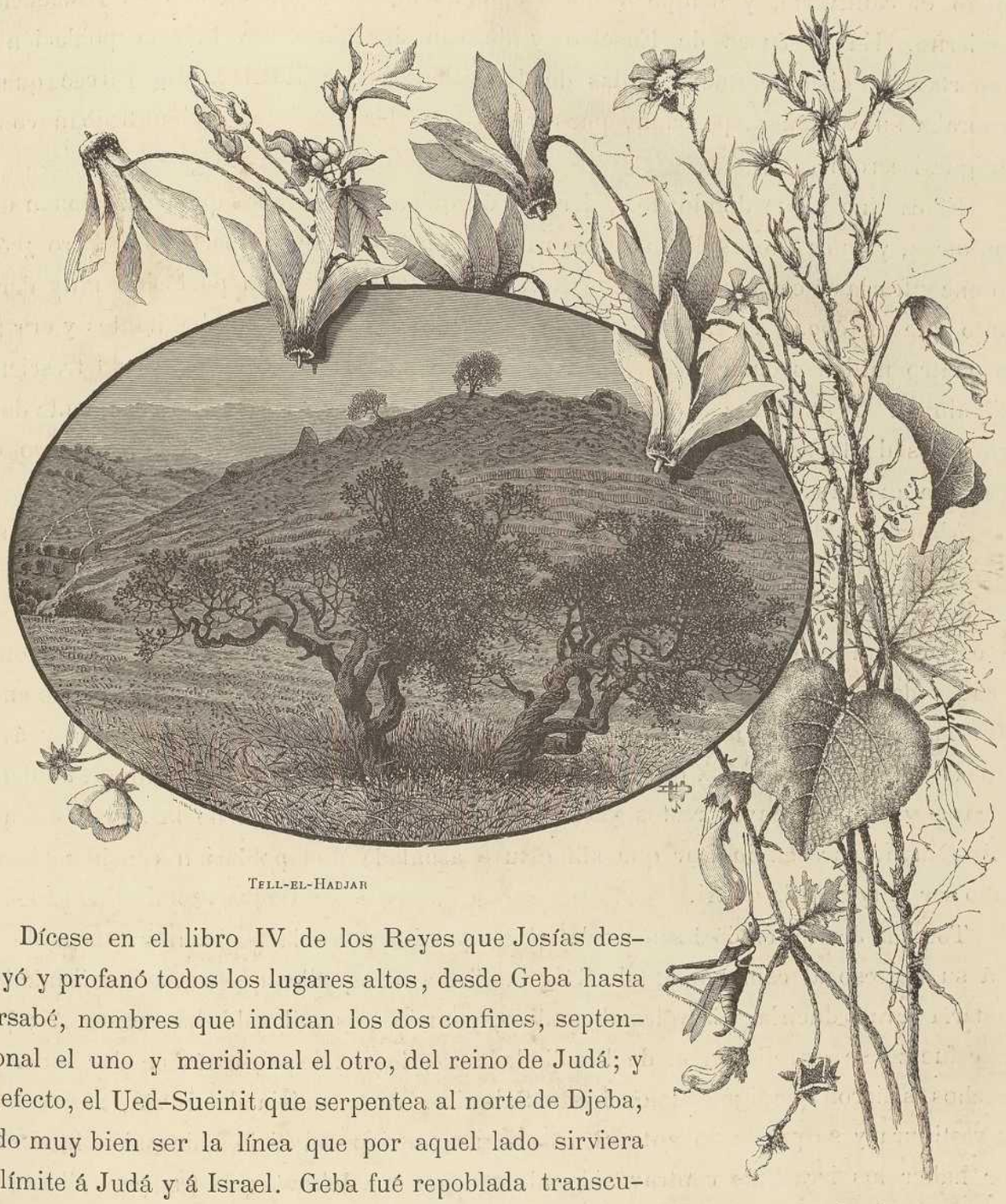
Dos kilómetros y medio por el lado del nordeste separan á Er-Ram de Djeba,

lugar que, situado también en la cumbre de un collado, cuenta igualmente unos

Desfiladero de Mukhmas, la antigua Mikhmach

doscientos moradores. De muchas casas sólo quedan ruinas y no pasarán de treinta las que permanecen en pié. En el punto culminante de la plazoleta en que se alzan,

existen aún restos de una fortaleza, cuya base la forman muy antiguos sillares. Las cisternas y sepulturas abiertas en la peña que á su alrededor se encuentran datan asimismo de remota antigüedad. Un santuario musulmán allí existente lleva por nombre Nebi-Yacub (profeta Jacob). Djeba es la antigua Geba, en latín Gabaa ó Gebae, ciudad de la tribu de Benjamín, adjudicada con sus arrabales á los sacerdotes.



Tell-el-Hadjar

Dícese en el libro IV de los Reyes que Josías destruyó y profanó todos los lugares altos, desde Geba hasta Bersabé, nombres que indican los dos confines, septentrional el uno y meridional el otro, del reino de Judá; y en efecto, el Ued-Sueinit que serpentea al norte de Djeba, pudo muy bien ser la línea que por aquel lado sirviera de límite á Judá y á Israel. Geba fué repoblada transcurridos los años de cautiverio. Importa distinguirla de la Gibeah de Saul que antes hemos mencionado y con la cual ha sido con frecuencia confundida.

Atravesando la honda torrentera del Ued-Sueinit antes mentado, y subiendo hacia el nordeste por empinadas cuestas llégase á poco á la aldea de Mukhmas, hoy casi del todo desierta; sus casas están construídas con materiales antiguos, é indican igualmente

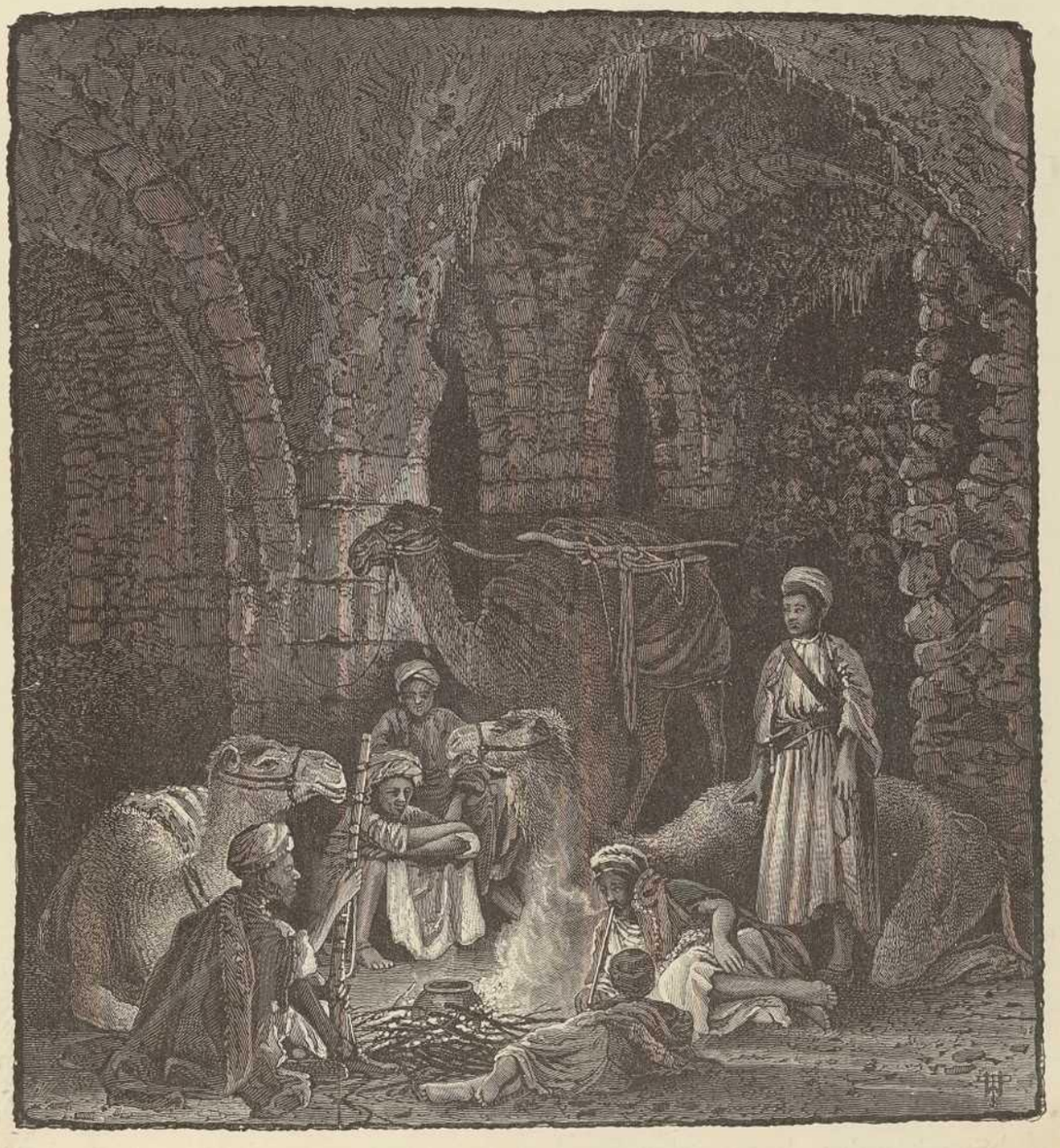
tiempos muy remotos los vestigios de cisternas, de silos y de edificios, de los que sólo restan algunos cimientos. Este pueblo ocupa el lugar de la antigua ciudad de Mikhmach, en latín Machmas; en ella, según profetizara antes Isaías, dejó Sennacherib sus bagajes al marchar contra Jerusalén para no verse embarazado con ellos al atravesar los malos pasos que se encontraban entre aquella ciudad y la de Geba. Mikhmach fué repoblada finido el cautiverio, y tiempo después Jonatás Macabeo fijó en ella su residencia y gobierno. En la época de Eusebio y de san Jerónimo era todavía población de importancia, distante nueve millas de Jerusalén; en la Edad Media parece que se ignoraba su verdadera posición, pues vemos que las crónicas la identificaban con la antigua Beeroth.

El camino sigue dominado á derecha é izquierda por colinas que se escalonan unas con otras, y en casi todas distínguense ruinas de más ó menos importancia. Pero ¿cómo no encontrarlas á cada paso en una tierra que tuvo un tiempo población muy densa, tanto que en época de David ascendió á más de seis millones de habitantes y era aún de cuatro millones cuando la guerra de Tito, siendo la de hoy apenas de trescientas mil almas? Y atiéndase á que aquella numerosa población vivía holgadamente de los productos de la tierra y podía aún exportarlos en grandes cantidades, al paso que la escasa que en el día existe está sumida en la escasez y la miseria.

Alguna de aquellas ruinas hubo de ser la ciudad de Ai, cuya posición ha sido muy controvertida. Colócanla algunos autores en Tell-el-Hadjar, escarpado montecillo que debe su nombre á montones de piedras irregulares de pequeñas dimensiones que se encuentran en la cumbre, restos de casas por completo destruídas; opinan otros, á causa de su mayor importancia, que las ruinas de esta ciudad han de verse en las llamadas El-Kudeireh, situadas á dos kilómetros al sudeste de Tell-el-Hadjar y á dos y medio al noroeste de Mukhmas. En efecto, cisternas, estanques, sepulturas, cimientos de casas y edificios cuyos restos yacen esparcidos por la huerta de la actual aldea de Deir-Diuan, parecen indicar que allí estuvo asentada una población considerable que pudo ser muy bien la de Ai.

Tomada Jericó, envió Josué exploradores para conocer la posición y fuerza de Ai, y á su regreso al campamento de Gálgala afirmaron aquéllos que con tres mil hombres bastaría para reducirla. Creyóles el caudillo, y envió tres mil soldados contra Ai; pero su esfuerzo se estrelló en el de los ciudadanos, los cuales después de dar muerte á muchos salieron persiguiéndolos hasta Sabarim. A la noticia del revés, rasgó Josué su vestidura y se prosternó ante el arca santa; castigo del cielo había sido la derrota por haber los israelitas contravenido al mandato de Jehová que les prescribiera no sustraer cosa alguna del anatema fulminado contra la ciudad culpable de Jericó, y luego que con el último suplicio de Achan y su familia, reos del delito, fué aplacada la divina justicia, emprendióse nueva expedición contra Ai. Al occidente de la ciudad colocó Josué en emboscada á algunos miles de combatientes, mientras que él, con el grueso del ejército, avanzó contra el fortificado recinto. A poco, fingiéndose quebrantado

por el valor del enemigo, simuló una retirada, y cuando los ciudadanos salieron animosos en su persecución y á una señal convenida, el descatamento, oculto en emboscada, cayó sobre la ciudad privada de sus defensores y la entregó á las llamas. A sus fulgores la hueste hebrea cesa en su retirada, hace rostro al enemigo, y los guerreros de Ai, estrechados y envueltos por los batallones de Josué y por los que eran ya dueños de sus hogares, fueron exterminados en número de doce mil. La



Ruinas de un khan en El Bireh (Beeroth)

situación de El-Kudeireh y las profundas hondonadas que la rodean permiten comprender perfectamente las varias circunstancias del bíblico relato.

Dueño de Ai, Josué la redujo á escombros y la condenó, dice la Biblia, á ser eternamente un sepulcro. Sería, sin embargo, reedificada, pues al describir Isaías la marcha de Sennacherib menciona la ciudad de Aiath, que, á juzgar por los nombres de las poblaciones que le preceden y siguen, hubo de ser la misma de Ai. En tiempos de Eusebio y san Jerónimo era Ai un desierto y de ella sólo quedaban ruinas.

Por dilatada llanura sigue el camino; á un lado queda la aldea de Ramallah, donde habitan varias familias cristianas, latinas y griegas, y se llega á El-Bireh, pueblo de ochocientos habitantes, situado á cinco kilómetros y medio al oeste de El-Kudeireh. Cubren las casas la ladera de un montecillo, y brota al pié abundante fuente cuyas aguas son recogidas en un pequeño depósito, junto al que se alza un santuario musulmán; antiguamente llenaban dos vastos estanques, cuyo recinto es visible todavía. A poca distancia vense las ruinas de un *khan* ó posada, construído en parte con materiales más antiguos, y en la parte alta del pueblo las de una iglesia que mide treinta

Ruinas de una iglesia en El-Bireh (Beeroth)

y dos metros á lo largo por diez y ocho á lo ancho. Constaba de tres naves terminadas al oriente por otros tantos ábsides; los muros, excepto los de la fachada, permanecen en pié. Sus bóvedas, hace siglos desplomadas, eran sostenidas por arcos apuntados. Esta iglesia, construída en la época de las Cruzadas, fué concluída en el año de 1146. teniendo gran semejanza con la de santa Ana de Jerusalén, y había sucedido á una basílica allí erigida por Santa Helena en memoria del hecho en aquel pueblo acaecido.

Refiere el evangelista san Lucas que José y María con el niño Jesús, que contaba entonces doce años, fueron, según costumbre, á Jerusalén, los días de la fiesta de Pascua; concluídos que fueron, emprendieron el camino de regreso, pero el niño se quedó en la ciudad sin que sus padres lo advirtiesen. «Creyendo que estaba con los de la comitiva anduvieron camino de un día y le buscaban entre los parientes y entre los

conocidos; pero como no le hallasen, se volvieron, buscándole, á Jerusalén, donde al cabo de tres le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles.»

En efecto, el pueblo de El-Bireh, situado á tres horas largas de Jerusalén en el camino que guía á Nazareth, es de tiempo inmemorial, á causa de su copiosa fuente, el punto de la primera parada de cuantas caravanas se dirigen de la Ciudad Santa á Samaria y Galilea, y allí acaban la jornada y pernoctan aún ahora las que han emprendido el viaje ya muy entrado el día ó se componen de hombres, mujeres y niños. Por esto, aunque el evangelista no lo diga, la constante tradición que fija en El-Bireh el suceso referido puede invocar en su favor una probabilidad que raya en certidumbre.

El pueblo de El-Bireh es la antigua ciudad de Beeroth, nombre que equivale á *pozos* ó *cisternas*, y que seguramente recibiría de las aguas en que la comarca abunda y de los estanques por el manantial alimentados. La denominación arábiga es reproducción fiel, con terminación distinta, del nombre hebraico ó cananeo. A la llegada de los hebreos á la tierra prometida formaba Beeroth con Gabaon, Caphira y Cariathiarim la confederación que, conforme hemos visto, se libró del exterminio por el ardid imaginado por los gabaonitas; fué adjudicada á la tribu de Benjamín, y sus habitantes emigraron.

Los dos asesinos del último hijo de Saul, por nombre Isboseth, los que al saber el trágico fin de Abner presentaron á David la cabeza del príncipe, fueron naturales de Beeroth.

Beeroth en tiempo de las Cruzadas fué llamada Birra ó Mahomería, y algunas veces Mahomería Major para distinguirla de otra Mahomería Parva, situada más hacia el sur.

Pero llegamos ya por el lado septentrional á los límites de Judea como antes los hemos tocado por el mediodía; descritas quedan sus ciudades y notables lugares, y la tierra de Samaria, menos montañosa y más feraz, se extiende delante de nosotros. En ella penetraremos á su tiempo, mas ahora nos toca retroceder: después de aquellas ciudades y de aquellos lugares nos falta visitar y recorrer con la Biblia y la historia en la mano la ciudad más santa, los lugares más venerandos de Judea, Jerusalén y sus religiosos é históricos monumentos; lleguemos, pues, á la capital de los monarcas de Judá, á la ciudad en que fué redimido el linaje humano. El Calvario, el Santo Sepulcro, los montes Sion y Moriah, Gethsemaní, el valle de Josafat, la montaña de la Ascensión, la Tumba de los Reyes, nos aguardan con sus inmensos é inefables recuerdos, y todo ello es materia que por su importancia bien merece sección y capítulo aparte.

JERUSALÉN

I

Aspecto general de Jerusalén.—El monte Scopos.—El gran sacerdote Iaddua y Alejandro Magno.—Topografía y clima.—JERUSALÉN CANANEA.—Melchisedech y Abraham.—Los Jebuseos.—Primer recinto de Jerusalén.—JERUSALÉN JUDAICA.—Conquístala David.—Templo de Salomón.—Segundo recinto.—Magníficas obras de aquel rey.—Destrucción del templo de los caldeos: su reconstrucción por Zorobadel.—Jerusalén en tiempo de Herodes.—El último templo.—La torre Antonia.—Otras obras de Herodes.—Jerusalén en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo.

Delante de nosotros está el teatro del drama más sublime é interesante para los destinos de la humanidad que han presenciado los siglos; á nuestros ojos se alza la ciudad cuyo nombre ha despertado en todos los pechos cristianos, desde nuestra más tierna infancia, vivos y profundos sentimientos de fe, de amor y de compasión. Cada palmo de la tierra en ese murado recinto comprendida es y será para siempre memorable por una divina enseñanza ó por una profética amenaza, por levantadas empresas ó terribles desventuras, por heróicas virtudes ó por abominables delitos. A la vista de esa santa ciudad, en que están esculpidas con caracteres indelebles la omnipotencia, la justicia y la misericordia de Dios, mil voces secretas hablan al corazón del hombre y siente como poderoso impulso que lo eleva y sustrae de su condición triste y miserable.

El panorama de áridas montañas y de blanquizcas peñas, amontonadas en desorden y dando aquí y allá paso entre ellas á escasos aceitunos; aquella línea de murallas cuyas almenas se destacan del azulado cielo, no puede olvidarlo jamás quien una vez lo ha visto. Por siglos y siglos los peregrinos han caído de hinojos ante aquel espectáculo; en aquellos tonos por lo general grises, en la completa ausencia de vegetación, en aquel absoluto reposo de una naturaleza muerta, en el aspecto de aquella ciudad silenciosa, hay algo que penetra el corazón de estupor; el recuerdo de los altos sucesos humanos allí acontecidos llena el entendimiento de grandiosas imágenes, al paso que á la vista de la cúpula del Santo Sepulcro y á la de la montaña de la Ascensión, al otro lado de la ciudad, á la idea de que allí, allí mismo, Jesucristo murió en la cruz y resucitó luego para subir al cielo, siéntese el alma como transportada fuera de este mundo. Impresiones son estas que pueden tener gradación diferente según sea la disposición de los corazones;

pero en cuantos autores han escrito sobre la visita á Jerusalén conócese que han sido profundas, íntimas é indelebles.

«De pronto, dice Chateaubriand, en el extremo del pedregoso llano que seguíamos divisé una línea formada por góticas murallas flanqueadas por torres cuadradas, detrás de las que se alzaban las cúpulas de algunos edificios. Junto á los muros se veía un campamento de caballería turca, equipada con toda la pompa oriental. Gritó el guía: *El Kods, el Kods!* (la Santa, la Santa) y se alejó al galope.

»Comprendo ahora lo que han dicho historiadores y viajeros acerca del asombro de los Cruzados y peregrinos á la primera vista de Jerusalén, y puedo asegurar que quien en esta materia no ha pasado de lecturas, por más que haya tenido la paciencia, como yo la tuve, de enterarse de unas doscientas obras modernas sobre la Tierra Santa, de varias compilaciones rabínicas y de los pasajes de los autores antiguos relativos á Judea, poco ó nada la conoce. Inmóvil, absorto, quedé con la mirada fija en Jerusalén, midiendo la altura de sus muros, evocando á la vez los recuerdos todos de la historia, de Abraham á Godofredo de Bouillon, pensando en el universo mundo transformado por la misión del Hijo del Hombre, y buscando en vano aquel Templo, del cual *no queda piedra sobre piedra.* Aunque viviera mil años, jamás saldría de mi memoria este desierto que parece respirar todavía la grandeza de Jehová y los espantos de la muerte... A la vista de esos muros y torreones de piedra, encerrados en un paisaje de peñas y rocas, pregúntase el ánimo contristado si tiene delante los confusos monumentos de un cementerio en medio de un desierto.»

«Al acercarse á Jerusalén, escribe el duque de Ragusa, diríase que se entra en el dominio de la muerte. La esterilidad se ve por todos lados y el cultivo en ninguno.

»El espectáculo de miseria y desolación que tengo á la vista adviérteme de que me encuentro en la tierra de condenación donde fué cometido el gran crimen sobre el cual pesa hace diez y ocho siglos la divina justicia, en la tierra prometida y otorgada al pueblo de Dios, convertida de fecunda y rica en lugar de maldición.

»Todas las miserias humanas parecen haberse reunido en aquellas áridas campiñas, y dominado el viajero por sombría tristeza, no acierta á salir de la meditación que le absorbe. Cree ver aún la diestra de Dios cayendo sobre la infortunada ciudad y reduciéndola á vivir en eterna agonía, y hasta llega á imaginarse estar asociado á su funesta suerte por no encontrar en el aire que respira elementos vitales. ¡Oh! vayan á la Tierra Santa, lleguen á Jerusalén, aun abrigando una fe vacilante, todos aquellos que suspiran por emociones vigorosas y nuevas; por poco que tengan la imaginación despierta y el corazón recto y sincero, su deseo ha de quedar cumplido.»

«Llegando á Jerusalén por el lado de Jaffa, dijo el abad mitrado Mislin, no se encuentra fuera de la ciudad huerto, jardín ni habitación alguna; no hay nada que separe á la ciudad de Sión del desierto que la circuye. Vésela aparecer de pronto, diez minutos antes de entrar en ella, con sus almenas, sus cúpulas, sus murallas y torreones, todo con un tinte ceniciento como los valles, los montes y el país entero.

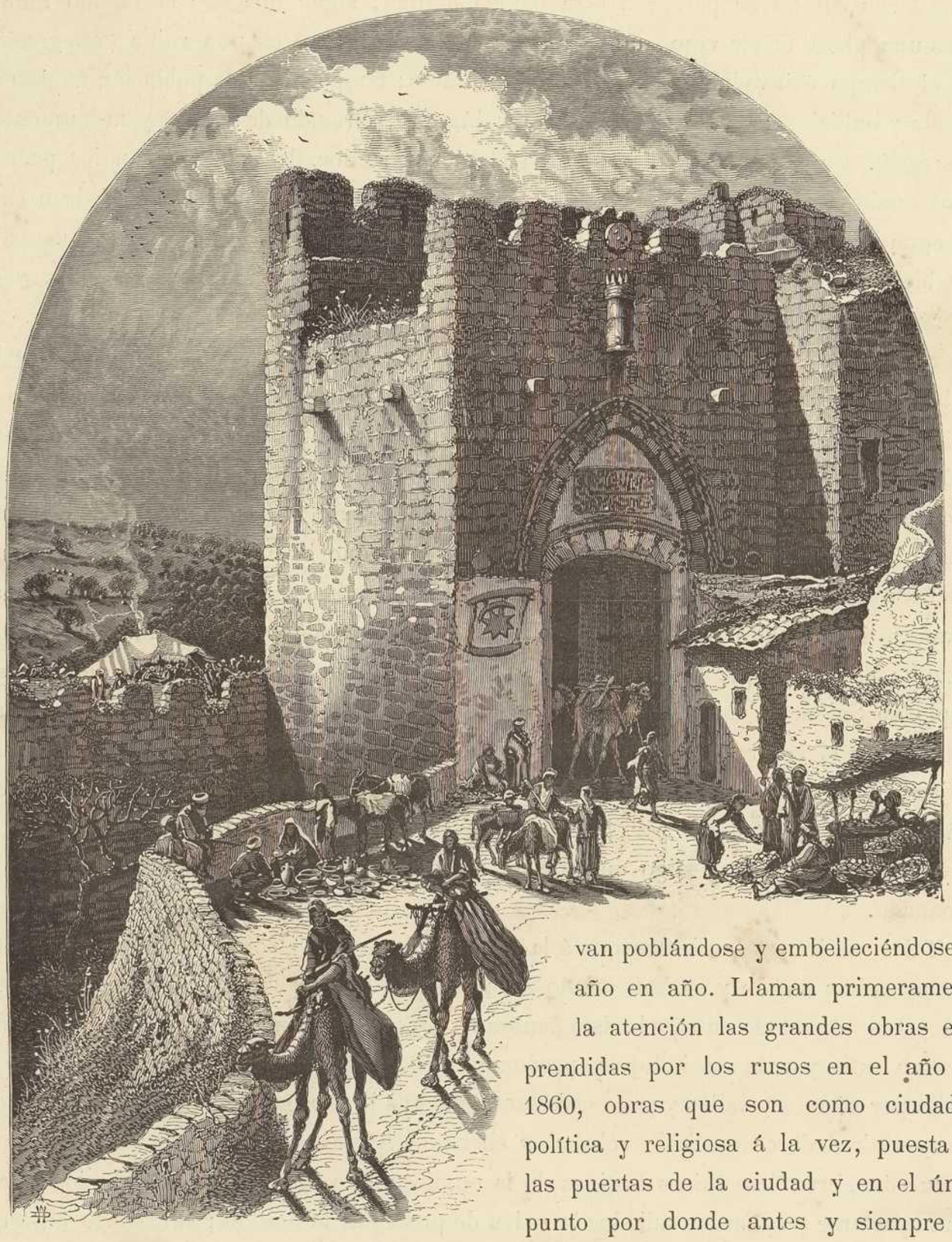
Observé sí que el conjunto de la ciudad, de sus muros y monumentos conserva un aspecto de dignidad que me causó gran placer, diciendo para mí:—Hermosa es aún en su desolación.

»Jerusalén no se parece á otra ciudad alguna, sigue diciendo el mismo autor; no es una plaza fuerte como tantas existen en Europa; no es una ruina ennegrecida por el tiempo é invadida por la hiedra y la maleza; tampoco es una población moderna, agitada y bulliciosa; es un recinto vasto y lúgubre, circuído de restos y monumentos funerarios. De sus muros no se escapa el menor rumor, desiertos se ven los pedregosos senderos de sus valles; las aves del cielo enmudecen, el torrente del Cedrón está sin agua y secos los estanques; hendidas las rocas, muéstrase la tierra como quemada y cubierta de ceniza; en ella no encuentran alimento los animales campestres, y el dolor y la muerte parecen ser los únicos habitadores de aquellas profundas soledades.»

Sí, esta es aquella Jerusalén tal cual la ha hecho la divina justicia. No se busque la ciudad de David y Salomón en los tiempos en que, llegada el apogeo de su poderío y esplendor, era capital de un Estado cuyas fronteras se extendían desde el Egipto hasta el Eufrates; aquella gloria para siempre se ha eclipsado. Expugnada y arrasada muchas veces, destruída hasta en sus cimientos, renaciendo sin embargo cada vez de sus cenizas, lleva en todas partes impresa la señal cierta del rayo que la hirió; todo grita que una maldición terrible pesa sobre la ciudad deicida, condenada, desde que condenó al Salvador, á esclavitud perpetua. Aquella cúpula, rematada por la media luna, es la mezquita de Omar que hace doce siglos se alza triunfante sobre el arca del famoso templo de Salomón, del que, según tremenda profecía, no ha quedado piedra sobre piedra. Por el contrario, las otras dos cúpulas que se levantan más hacia poniente cobijan un sepulcro que no será jamás destruído y que hasta el fin de los tiempos será venerado y honrado por los pueblos, según así también está profetizado, y el recinto del Gólgota, testigo que fué de los padecimientos y de la muerte del Dios humanado.

Tales son los pensamientos que á la vista de Jerusalén asaltan en tropel la mente de cuantos han nacido y se han criado en medio de la civilización cristiana. Y hasta hace pocos años todo en aquel triste panorama contribuía á que el peregrino y el viajero sintiesen más y más su influjo y predominio. Después de penosa marcha á pié ó á caballo por montes y valles y por escabrosos senderos llegábase á la vista de la ciudad, en cuyos alrededores era todo soledad y silencio. Añosos árboles, cargados de siglos y recuerdos, eran los únicos testigos de la emoción del recién llegado, ya que los guías solían apartarse y aguardar callados la orden de proseguir la marcha; al desierto austero que servía de entrada á Jerusalén por la parte del norte, único lado en que no la ciñen hondos y quebrados valles, era por su religiosa y lúgubre tristeza como el natural vestíbulo de una ciudad cuya más preciosa joya es un sepulcro. Hoy, sin embargo, todo esto ha cambiado mucho; desde que al emprender el emperador de Austria la peregrinación á Tierra Santa fué rehabilitada la antigua vía romana de Jaffa á Jerusalén,

los viajeros, al desembarcar en aquel puerto, toman por regular carretera á lo largo de la que están tendidos los alambres del telégrafo eléctrico, y por ella, pasando por Ramleh y Abu-Goseh, en unas diez horas y en coche llegan á Jerusalén, cuyos alrededores

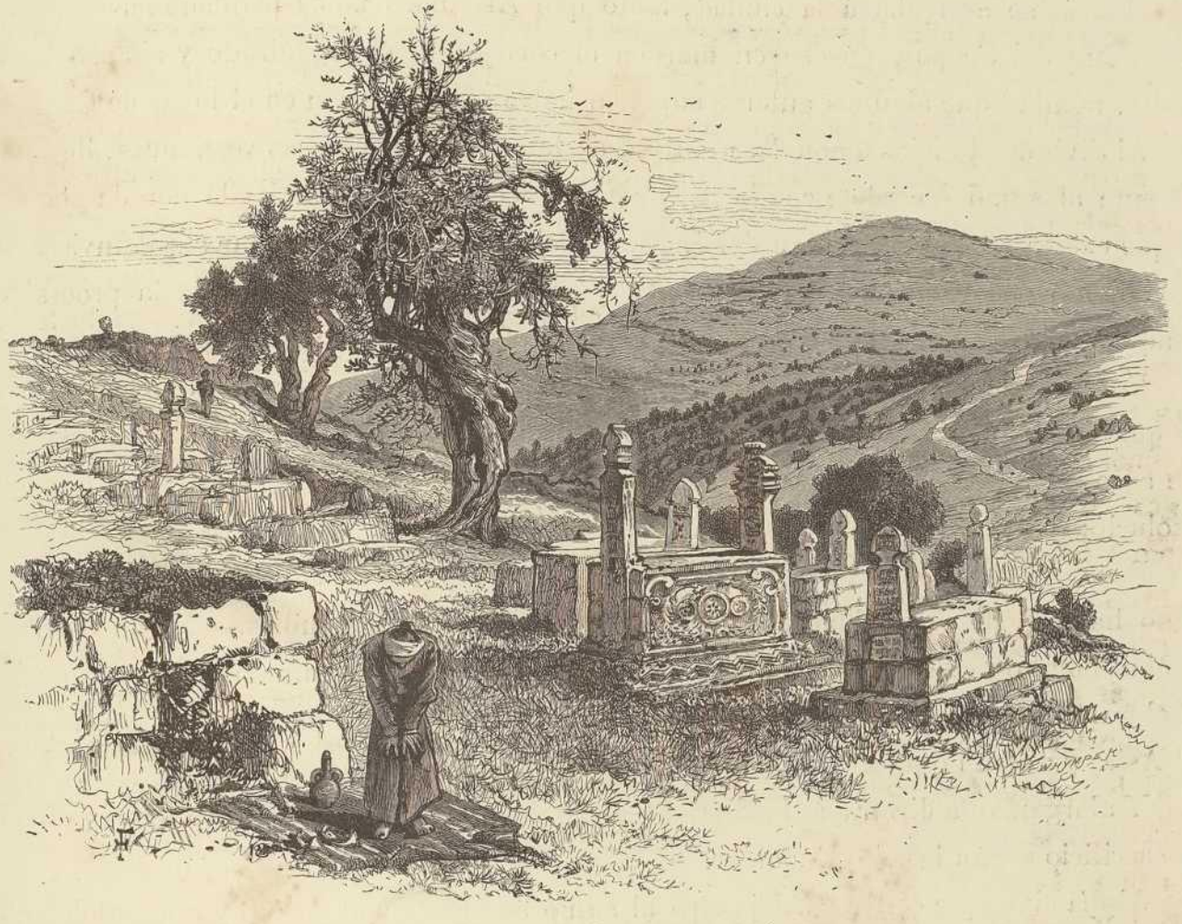


Puerta de Jaffa.—Entrada occidendal de Jerusalén

van poblándose y embelleciéndose de año en año. Llaman primeramente la atención las grandes obras emprendidas por los rusos en el año de 1860, obras que son como ciudadela política y religiosa á la vez, puesta en las puertas de la ciudad y en el único punto por donde antes y siempre ha sido y es accesible y vulnerable, y que se alzan como permanente amenaza del cisma y del imperio moscovita, deseosos de hacer suyos los Santos Lugares. Vense además escuelas y hospitales fundados recientemente por Prusia é Inglaterra, evidentes testimonios de los esfuerzos que emplea también la herejía para disputar al catolicismo la posesión de la Tierra Santa, y quitan por último

la majestad de aquellos sitios varias casas de cónsules y de particulares, jardines y hasta cafés. ¿Qué sucederá, pregunta M. Guerin, cuando el camino de hierro proyectado entre Jaffa y Jerusalén habrá transformado por completo las cercanías de la ciudad santa, privándolas de la soledad y quietud que antes tenían, y con la rapidez del vapor trasladen los trenes á los viajeros desde el puerto hasta el Santo Sepulcro? De temer es, añade, que sin espacio ni tiempo para meditar y así debilitadas las primeras impresiones, resulten igualmente desmedradas las que sucesivamente se experimenten.

No anticipemos nosotros esta mala manera de visitar una tierra en que cada piedra



El monte Scopos.—Cementerio musulmán

es testimonio de un gran suceso religioso ó histórico; sigamos como hasta aquí contando, aun que sea brevemente, pues así lo reclama la grandiosidad del asunto, cuanto dicen de las épocas pasadas los lugares que recorremos, y expliquemos por lo mismo los recuerdos que encierra la altura en que nos encontramos, llamada por los antiguos monte Scopos.

Era el año 328 antes de nuestra era; Alejandro Magno acababa de apoderarse de Tiro después de siete meses de asedio. Con los escombros de los suntuosos edificios de la antigua ciudad continental cegó el estrecho que la separaba del islote en que se había refugiado el poderío de la metrópoli fenicia, y para abrir á sus soldados el camino de Tiro se había antes dirigido contra la ciudad de Gaza, la que sucumbió á su vez ante las armas del gran conquistador.

Dueño de ambas plazas, resolvió Alejandro, conforme queda indicado en la histórica reseña que sirve de Introducción á esta obra, marchar contra Jerusalén; Iaddua se llamaba entonces el sumo sacerdote, y al saber la terrible amenaza fulminada contra la ciudad de David dispuso rogativas públicas para alcanzar el amparo del cielo.

Aquella noche Dios se apareció á Iaddua, y asegurándole que nada tenía su pueblo que temer, mandóle abrir las puertas de la ciudad y salir al encuentro de Alejandro con toda la pompa de las ceremonias religiosas. El sumo sacerdote, sumiso á los mandatos de Jehová, ordenó lo necesario para su cumplimiento, y al saber que la hueste macedónica se acercaba á la ciudad, tanto que Alejandro había plantado su tienda en la cumbre del Scopos, púsose en marcha el cortejo por él organizado y avanzó hasta Sapha, nombre que algunos autores suponen haberse conservado en el lugar de Chafath.

Al divisar á lo lejos á aquella multitud de hombres con blancas vestiduras, llevando al frente al sumo sacerdote con la tiara pontificia en la que brillaba la dorada plancha en que estaba escrito el nombre del Eterno, Alejandro hizo que la hueste detuviera su movimiento de avance, echó pié á tierra y se adelantó al encuentro de la procesión, siendo el primero en inclinar humilde la coronada frente ante el sumo sacerdote.

Entonces el pueblo todo de Jerusalén rodeó alborozado y aclamó al victorioso rey, de quien sus generales sospecharon si habría perdido el juicio al ver que aceptaba con agrado y benevolencia aquellos homenajes, y que del pasado enojo y de las terribles resoluciones al parecer nada quedaba.

Parmenion fué el único que se atrevió á interrogar á su soberano, preguntándole cómo había podido humillarse ante el sumo sacerdote de los judíos.—No he venerado en él al hombre, contestóle Alejandro, sino á Dios del cual es ministro. He reconocido en él á un misterioso sér que se me apareció en sueños para prometerme la conquista del Asia, y ahora no puedo ya dudar de la victoria de mis armas.

Y alargando la diestra á Iaddua, se encaminó á Jerusalén, en cuyo templo ofreció un sacrificio según los ritos judaicos.

Al día siguiente convocó Alejandro al sumo sacerdote y al pueblo y preguntóles qué gracia deseaban recibir de su mano; díjole Iaddua que se contentarían con la libertad de conservar las antiguas leyes y la exención del tributo cada siete años, esto es, cada año sabático, durante el cual se suspendía el cultivo y quedaban en descanso las tierras. Tal petición fué favorablemente acogida, y poco después salió Alejandro de Jerusalén para dirigir sus armas contra los persas.

Tiempo después en este mismo collado estableció Tito su campamento, que luego acercó más á los muros, ocupando los puntos en que se habían establecido los antiguos asirios: inexorable instrumento de la divina justicia, este conquistador hubo de mostrarse despiadado; tocábale castigar no ya idolatrías pasajeras seguidas de arrepentimiento, sino el irremisible crimen de la muerte del Justo. Transcurridos mil años, los Cruzados plantaron sus tiendas y armaron sus ingenios de guerra en esta misma colina.

Edificada Jerusalén en una de las más elevadas mesetas de Judea, á unos setecientos

H. FENN, DIBUJÓ. C. COUSEN, GRABÓ

JERUSALEN DESDE EL MONTE SCOPUS.

JURUSALEN

y ochenta metros sobre nivel mediterráneo, ocupa la cima
de un pirámide que tiene por gradas sierras tantos mas
ardidas cuanto mas a ella se aproximan. En sus alrededores
no nace naturalmente la hierba ni crece el musgo la yerba
es seca cenicienta llena de guijarros y peñascos y los jardines y
huertos que antes hemos mentado y cuyo cultivo
se alcanza a fuerza de trabajo y riego no bastan
ni con mucho a desterrar del triste aspecto que
de

Me llamo Maria Elisa Bejo Gutierrez
Me llamo Maria Elisa Bejo Gutierrez

y ochenta metros sobre el nivel mediterráneo, ocupa la cima de una pirámide que

Parte del muro septentrional de Jerusalén

tiene por gradas sierras, tanto más áridas cuanto más á ella se aproximan. En sus alrededores no nace naturalmente la hierba, ni crece el musgo; la tierra es seca, cenicienta, llena de guijarros y peñascos, y los jardines y huertos que antes hemos mentado y cuyo cultivo se alcanza á fuerza de trabajo y riego no bastan ni con mucho á despojarla del triste aspecto que de esterilidad presenta. Cincuenta y cuatro kilómetros dista del Mediterráneo y treinta y dos del Jordán; la meseta que le sirve de asiento está surcada por varios barrancos, y únicamente se prolonga y es accesible por el lado del norte uniéndose con el país inmediato; en todos los demás,

excepto en el de Bezetha, cércanla profundos valles ó cañadas, el del Cedrón ó Josafat al este y el de Ben-Hinnom al oeste y al mediodía, á los que la ciudad, que aparece sola y aislada, domina con una especie de majestad. Apartada de la costa y sin comercio alguno, puesta en la divisoria de las aguas entre el Mediterráneo y el Jordán, aislada entre montañas que son dominadas á su vez por otros picos más elevados, tuvo fama de ser el centro de las naciones y del mundo entero: ombligo de la tierra fué llamada, y aun hoy muestran los griegos en su capilla, en medio de la iglesia del Santo Sepulcro, el punto tenido por el central de la tierra.

La meseta que sirve de asiento á la ciudad divídese en cinco oteros ó colinas diferentes, que son: al noroeste el monte Goreb, unido al Calvario; al nordeste, el monte Bezetha; á oeste y sudoeste, el monte Sion; al este, el monte Moriah; entre los dos últimos el monte Acra, y al sur del llamado Moriah se alza el que lleva el nombre de Ophel. El valle de Tyropœon, así denominado porque en época sin duda remotísima sería morada de pastores que tendrían allí sus queseras (barranco de los Queseros le llama Josefo), atravesaba casi por el centro y de norte á mediodía la quebrada meseta; teniendo principio al norte de la puerta que lleva hoy el nombre de Damasco terminaba al sur en la fuente de Siloe, cerca de la cual iba á morir en el valle del Cedrón; pero antes enviaba largo ramal hacia poniente hasta el punto que ocupa la actual puerta de Jaffa, ramal que separaba la base septentrional del monte Sion de la meridional de los montes Goreb y Acra, y que en el día casi ha desaparecido por completo por efecto de las sucesivas demoliciones que han acumulado ruinas á ruinas. Las casas de hoy descansan en los informes restos que de edad en edad han ido amontonando habitaciones anteriores, alternativamente derribadas y reconstruídas, y así es que no puede alzarse allí edificio alguno de cierta importancia sin que se abran los cimientos á gran profundidad. Lo propio ha de decirse de la rama principal del valle que pasaba entre los montes Goreb y Bezetha y después entre el monte Sion y el Moriah; para dar con el suelo primitivo hay necesidad en muchos puntos de abrir entre escombros pozos de veinticinco metros.

Otra torrentera menos importante que la anterior separaba el monte Moriah al sur del monte Bezetha al norte; corría de oeste á sudeste, y desembocaba en el torrente del Cedrón, según así lo han patentizado las excavaciones del capitán inglés Warren en el año de 1867. A poca distancia de su origen había sido profundizada artificialmente para que sirviera de foso á la torre Antonia y le comunicara mayor fortaleza; más lejos, hacia el este, abrióse y construyóse en su lecho, en época mucho más remota, el gran estanque conocido con el nombre de Birket-Israil; finalmente en su extremo oriental fué rellenada al sentar los cimientos del recinto del Templo en su ángulo del nordeste.

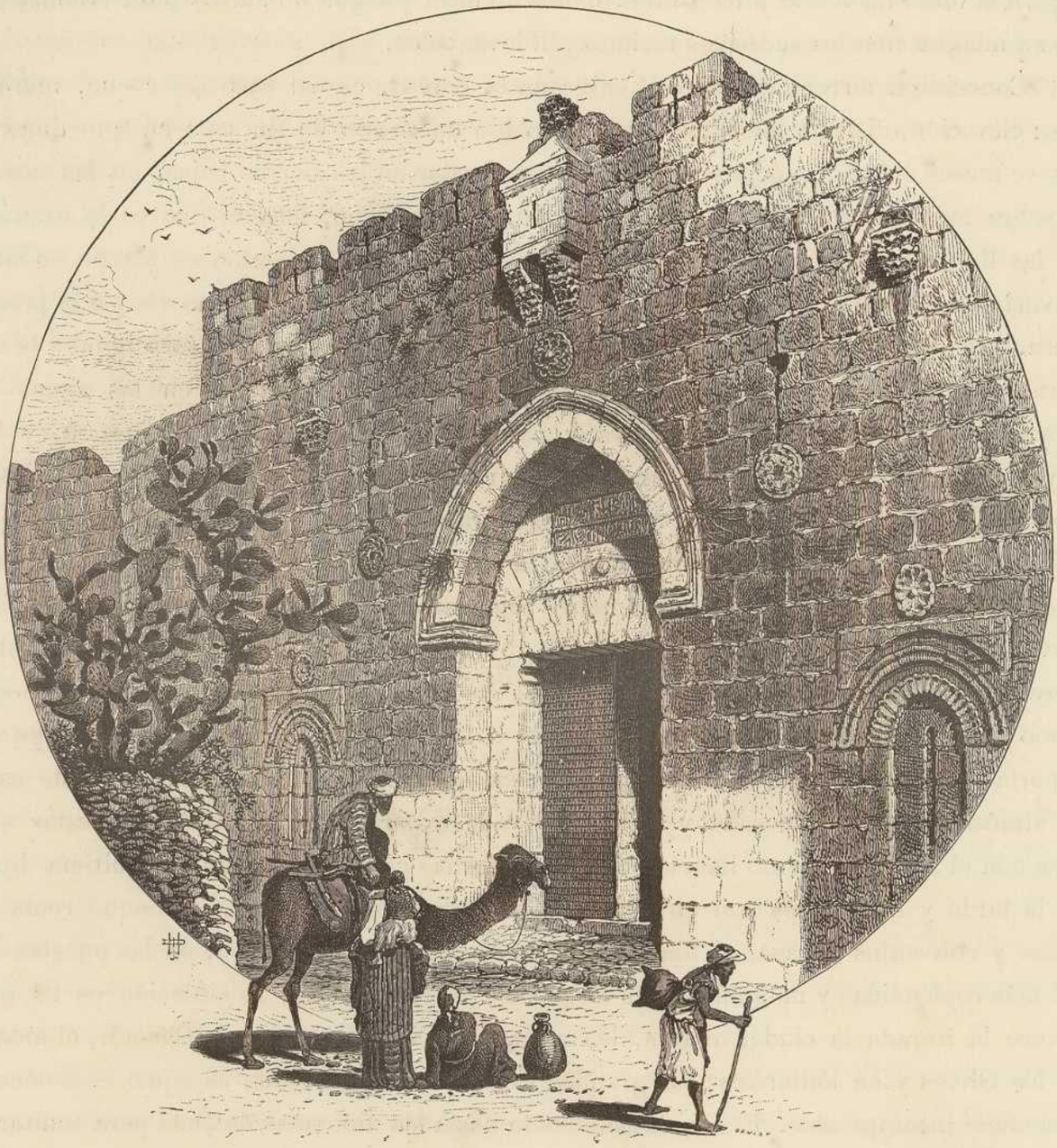
Pero no se busquen ahora aquellas alturas y barrancos que en tiempo de los reyes de Judá tanto contribuirían al magnífico golpe de vista de sus palacios y á la fortaleza de su posición; aquí como en parte alguna han tenido cumplimiento aquellas palabras

del Santo Precursor: «Las colinas serán arrasadas y cegados los valles.» Una ligera depresión es lo único que señala el límite entre el monte Moriah y el de Sion; la inclinación de las laderas del de Bezetha es apenas perceptible, y únicamente queda enhiesto y dominante el monte Sion. Sin embargo, los antiguos nombres permanecen, y para el observador son interesantes puntos de mira y seguros indicios para reconstruir en su imaginación los sucesivos recintos allí levantados.

Conocido el terreno en que está edificada la ciudad, es del caso decir que, merced á su elevación, disfruta de clima muy templado en medio de un país en que durante nueve meses del año se deja sentir con fuerza el calor en las tierras bajas, en las costas y sobre todo en las hondonadas del Jordán. En invierno, llegada que es la estación de las lluvias, el agua se transforma alguna vez en nieve, y entonces blanco sudario envuelve á la santa ciudad, en tanto que á pocas leguas, en el mismo día y á la propia hora, los vecinos de Rieha, la antigua Jericó, sienten una temperatura igual á la del verano en el mediodía de Europa y pueden bañarse impunemente en las aguas de aquel río. La nieve, empero, es rara y pasajera en la comarca de Jerusalén, y los rayos solares y los templados vientos del sur la derritan muy pronto y la convierten en riachuelos. Los inviernos son por lo general benignos y las copiosas lluvias que durante ellos caen causan sumo regocijo á los habitantes, que de este modo llenan sus albercas y cisternas. El termómetro baja rara vez á cero, y pasada la estación lluviosa, es decir, desde mediados de abril á 15 de octubre, es el ambiente de inalterable pureza y muéstrase el cielo siempre azulado, de ese azul brillante, intenso, luminoso, como sólo se goza en el mediodía de España é Italia. Aunque el calor arrecie, puede soportarse sin gran pena á no ser los días en que sopla el aire del sur; en este caso la atmósfera se pone pesada y sofocante, y se experimenta indefinible malestar que cesa con el abrasado viento llamado por los indígenas *rhamsin* ó *simun*. La última hora de la tarde y las noches son en verdad deliciosas; desde las azoteas conque rematan casas y conventos gózase, al tiempo que de agradable temperatura, de las puestas del sol más espléndidas y magníficas que es posible imaginar; y si la situación es tal que abrace la mirada la ciudad entera, las alturas de Neby-Samuil y de Chafath, el monte de los Olivos y en lontananza las grandes sierras transjordánicas, es aquel espectáculo realmente incomparable. El sol, descendiendo hacia las montañas de Judá para ocultarse en las aguas del mar de Jaffa, ilumina con sus rayos postreros cúpulas, alminares y torres de la ciudad santa, las tres cimas del monte de los Olivos, y á lo lejos viste de púrpura los picos de la cordillera de Ammón y Moab; á medida que declina matices más suaves suceden á los encendidos colores, y después que han ido tomando tinte más violáceo y sombrío llega la noche y salen á tachonar el firmamento millones de estrellas. Espectáculo semejante, dice el erudito viajero Guerin, aunque repetido en Jerusalén durante la mayor parte del año con una pompa y esplendidez que, más que de regia, puede calificarse de divina, no cansa jamás, es siempre nuevo, y muy insensible ha de ser quien al contemplarlo no se sienta íntimamente

conmovido, sobre todo si evoca en aquellos momentos los admirables destinos de la ciudad famosa.

Esto, desde la altura en que nos hemos colocado, vamos á practicar antes de traspasar su murado recinto. Con la Biblia y la historia en la mano procuremos que pasen

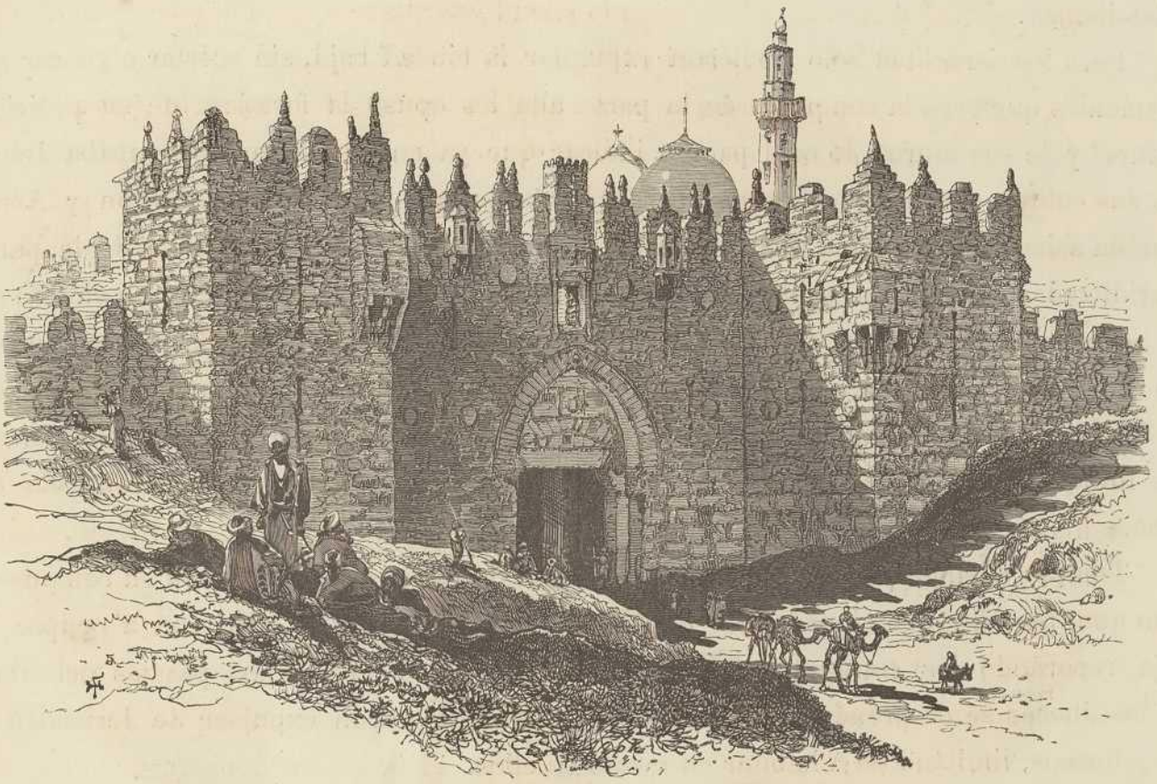


Puerta de Sion ó Puerta del profeta David

á nuestros ojos primero la Jerusalén cananea, luego la Jerusalén judaica, la Jerusalén cristiana, la musulmana y la latina para llegar, en fin, á la Jerusalén de hoy tal como á nuestra vista se presenta. De este modo, al visitarla, postrarnos ante los Santos Lugares que encierra, tendremos ya la explicación de las dificultades y dudas que acerca de sus sucesivos recintos y reedificaciones pueden asaltar á quien lo haga sin esta previa preparación histórica.

A lo que se cree Jerusalén fué fundada por el rey Melkhisedec, quien la llamó

Salém, esto es, Paz. Al tener con Abraham, dos mil años antes de Jesucristo, la entrevista referida en el Génesis, halló al patriarca en el valle de Savé ó del Rey; y como en el libro de los Reyes se designa este mismo valle del Rey como el lugar en que Absalón erigió para sí en vida un monumento cinerario, de ahí se ha deducido su identidad con el valle de Josafat ó del Cedrón y la de Salém con Jerusalén. Así, por tradición constante, se ha tenido por indubitable desde la antigüedad más remota. «El primer fundador de la ciudad, ha escrito el historiador Josefo, fué un rey cananeo llamado en su lengua patria Melkhisedec (rey de la justicia), y en realidad era justo.



Puerta de Damasco ó Bab-el-Amud (Puerta de la Coluna)
Entrada de Jerusalén por el lado del norte

Fué el primer sacerdote de Dios, y después de haberle erigido un templo denominó á la ciudad Hierosalyma, de Solyma que antes se llamaba.»

Sin embargo, muchos son los autores, empezando por san Jerónimo, que impugnan la etimología ideada por el historiador judaico por creer que no es natural derivar á la vez del griego y del hebreo el nombre de Jerusalén, y opinan que éste, ó sea el de Jerusalén, es un compuesto de Jebus y Salém, *visión ó patrimonio de paz*. Jebus fué hijo de Canaan, y los jebuseos al ocupar á Salém le agregarían el nombre de su antepasado y progenitor.

Sea lo que fuere de estas oscuras versiones, ello es que cuando los hebreos, al mando de Josué, atacaron la ciudad de Jebus, llamábase el rey que en ella imperaba Adonisedec, nombre cuyo significado (señor de justicia), idéntico al de Melkhisedec, milita igualmente en favor de la identidad entre Jerusalén y Salém, residencia del

primero de dichos reyes, siendo lícito considerar uno y otro nombre como título hereditario usado por aquellos soberanos.

Aunque Adonisedec, rey de Jebus ó Jerusalén, fué vencido por Josué y muerto junto con los cuatro reyes á quienes hiciera marchar contra los israelitas, no pudieron éstos hacerse dueños de la ciudad de los jebuseos. Esto no impidió que aun en vida de Josué fuese adjudicada á la tribu de Benjamín, formando uno de los confines meridionales de la misma, y poco después de acaecida la muerte de aquel caudillo cayó en poder de la tribu de Judá, la cual pasó sus moradores á cuchillo y la entregó á las llamas.

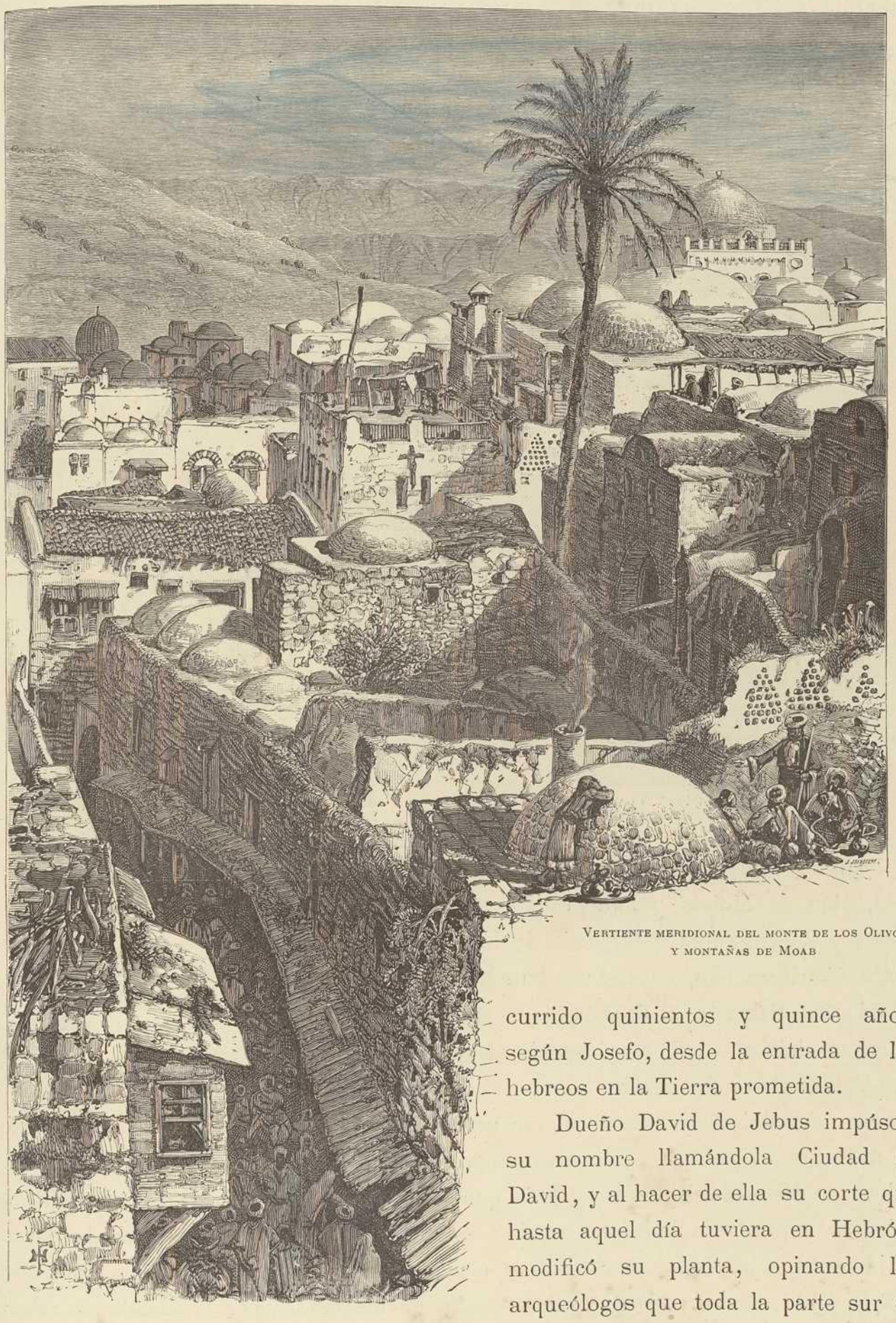
Pero los israelitas sólo pudieron expugnar la ciudad baja, sin acertar á vencer los obstáculos que para la conquista de la parte alta les opuso la fortaleza de su posición natural y de sus muros, lo cual parece indicar que ya en aquel tiempo ocupaba Jebus las dos colinas que tiempo después fueron llamadas con los nombres de Sion y Acra, aquélla asiento de la ciudad alta, y ésta de la ciudad baja. «En un ángulo de la parte meridional de la ciudad subsiste todavía, dice M. de Saulcy, un ancho foso abierto en la peña indicando que por allí pasó el recinto murado de Jebus; la actual puerta de Jaffa ó de Hebrón probablemente ocupa el lugar de una puerta jebusita; en el lado occidental, por lo agrio y escarpado, no se abriría puerta alguna, pero sí en las inmediaciones cuando no en el mismo sitio en que existe hoy la llamada de Sion.»

Tiénese además por acreditado que los vencedores no se afirmaron en su conquista, sino que, por ellos abandonada, los moradores de la ciudad alta volvieron á ocupar la baja reparando los estragos del pasado incendio, pues de algunos pasajes del libro de los Jueces se desprende que los benjaminitas no lograron expulsar de Jerusalén á los jebuseos, limitándose á habitar en medio de ellos.

Así estuvieron las cosas mientras duraron la dominación de los Jueces y el reinado de Saul; pero acaecida la muerte de éste y reducido que hubo David á su imperio las tribus todas de Israel, trató de someter á la ciudad que conservara su independencia hasta entonces. Corría el año de 1053 antes de J. C., y el rey, á la cabeza de su hueste, emprendió la marcha contra Jerusalén.

Los habitantes cerraron las puertas; confiados en la fortaleza de sus muros no temieron contestar con burlas á las intimaciones del rey israelita, y colocando en el adarve los ciegos, cojos y cuantos mutilados había en la ciudad le dijeron que con ellos bastaba para impedirle el ingreso. Encendido David en ira comenzó sin dilación el ataque y á su acometida no resistió la ciudad baja; no cesó, sin embargo, por este contratiempo la resistencia de la alta y de su fuerte ciudadela, y el monarca israelita, para estimular el arrojo de sus guerreros, prometió conferir el grado de general al primero que subiese al asalto del enemigo adarve. Muchos fueron los capitanes que con tal anuncio rivalizaron en intrepidez y ardor, y Joab, hijo de Sarvia, se anticipó á todos, y llegó y se mantuvo en la muralla, dando tiempo á que acudiendo los

demás, fuesen los jebuscos vencidos y la ciudad tomada, cuando habían trans-



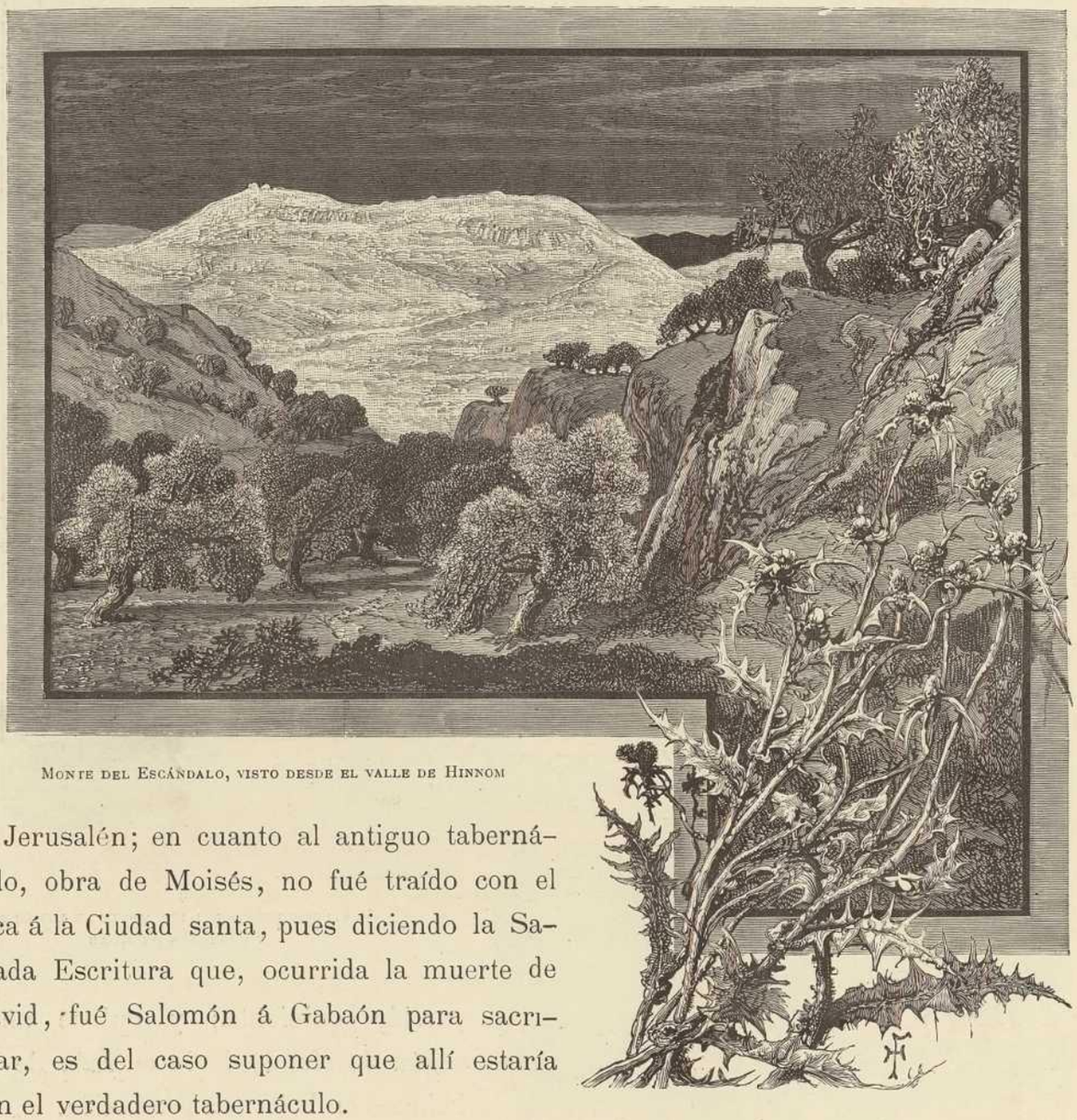
VERTIENTE MERIDIONAL DEL MONTE DE LOS OLIVOS Y MONTAÑAS DE MOAB

currido quinientos y quince años, según Josefo, desde la entrada de los hebreos en la Tierra prometida.

Dueño David de Jebus impúsole su nombre llamándola Ciudad de David, y al hacer de ella su corte que hasta aquel día tuviera en Hebrón, modificó su planta, opinando los arqueólogos que toda la parte sur de la antigua Jebus quedaría fuera del recinto judaico. «En éste, dice M. de Saulcy, se conservó intacta la cortina occidental del muro de Jebus; de su extremo meri-

dional partió un muro que dió frente á mediodía y luego á oriente, dejando fuera el monte Moriah, donde después se levantó el templo.»

David quiso construir para sí un palacio, y á este efecto Hiram, rey de Tiro, le envió operarios y preciosos materiales, y todo induce á pensar que lo edificó en el monte Sion, donde existe hoy la ciudadela. En el mismo monte dispuso un lugar en que fuese custodiada el arca de la alianza que estaba en Obed-Edom, á poca distancia



Monte del Escándalo, visto desde el valle de Hinnom

de Jerusalén; en cuanto al antiguo tabernáculo, obra de Moisés, no fué traído con el arca á la Ciudad santa, pues diciendo la Sagrada Escritura que, ocurrida la muerte de David, fué Salomón á Gabaón para sacrificar, es del caso suponer que allí estaría aún el verdadero tabernáculo.

David concibió la idea de elevar un templo á Jehová, pero esta gloria, más que al monarca ocupado en guerreras empresas, estaba reservada por Dios á su hijo Salomón. Dice el historiador Josefo que poco antes de su muerte entregó David á Salomón en presencia de todo el pueblo los planos del templo tal como lo había concebido, con todas sus dependencias y con supresión de los más pequeños pormenores, y aquel gran príncipe, cuyos últimos años fueron amargados por la desatinada rebelión de algunos de sus hijos, espiró en el año 1014 antes de Jesucristo siendo sepultado con regia pompa en la ciudad que llevaba su nombre, esto es, en Sion.

Cuatro años después daba comienzo Salomón á la grandiosa obra del templo en el monte Moriah, en la era que David había adquirido para ello de su dueño Areuna el jebuseo por el precio de cincuenta siclos de plata. En aquel lugar, famoso ya por ser de tradición que á él condujo Abraham á su hijo Isaac para el sacrificio que le ordenara el Señor, el ángel del exterminio que enviado por Dios había hecho entre el pueblo gran mortandad desde Dan hasta Bersabé y se disponía á extender su diestra sobre Jerusalén para castigar al culpado David, se detuvo por divina misericordia: la horrible peste cesó, y para dar gracias al Señor erigió allí el rey un altar y ofreció holocaustos y sacrificios de paz. Aquel punto fué, pues, el señalado para recibir el incomparable monumento que había de ser maravilla de la edad antigua.

Miles de hombres labraban en los montes la piedra y las maderas, y los materiales, transportados á Jerusalén, se hallaban estar preparados y ajustados de tan exacta manera, que á su llegada no había más que colocarlos, sin que en todo el tiempo de la obra se oyese en la ciudad ni el golpear de un martillo ni el rechinar de una sierra. Enormes sillares de granito, pórfido y mármol formaron los cimientos; las paredes fueron cubiertas de variadas esculturas imitando hojas, flores y frutos; el maderaje procedía todo de los preciados bosques del Líbano; el oro y el jaspe brillaban en techumbres y pavimentos. Los trabajos de fundición fueron ejecutados por fenicios, que establecieron sus talleres en el valle del Jordán, y pasaron en todo de ochenta mil hombres los ocupados en la obra, en la cual la perfección del artificio igualaba la preciosidad de los materiales.

La esplanada que la sustentaba tenía seiscientos codos por lado, circuída por robusto muro. El santuario, esto es el *naos*, se componía del vestíbulo ó en hebreo *aulem*, del Santo ó *hekal* y del Santo de los santos ó *debir;* las dos últimas partes, ó sea el templo propiamente dicho, contaban únicamente sesenta codos á lo largo, veinte á lo ancho y treinta á lo alto. El vestíbulo, *pylono* ó *pronaos*, tenía veinte codos de longitud, diez de anchura y unos ciento de altura, particularmente esta última, esto es de ser el *pronaos* mucho más alto que el *naos*, que era común á los templos egipcios. Formaba aquél un verdadero pórtico, precedido ó sostenido por dos colunas de bronce, que llevaban el nombre de Iakin la una y de Boaz la otra, á semejanza de los obeliscos que se elevaban á ambos lados de la portada en los santuarios egipcios. Tres galerías formando tres pisos y teniendo cada una treinta y tres estancias, según Ezequiel, ó treinta únicamente, á creer á Josefo, comunicaban entre sí y rodeaban el templo ó *hieron* por oeste, norte y sur; al este se alzaba la fachada. La decoración interior excedía en magnificencia á todas las obras hasta aquel día realizadas, conforme lo atestiguan la Biblia, el historiador Josefo y la tradición unánime de la antigüedad. El Santo contenía el altar de los perfumes, formado de madera de cedro con planchas de oro; el candelero de siete brazos y la mesa de los panes de proposición, además de gran número de candelabros, vasos é instrumentos, todo de oro. En las paredes, cubiertas de madera de cedro dorada, veíanse esculpidos querubines, coloquíntidas,

palmas y flores. Dentro del Santo de los santos, inaccesible aún para los sacerdotes, en el que sólo al gran pontífice era dado penetrar una vez al año, el día de las expiaciones, descansaba el Arca de la alianza á la que cobijaban con sus alas extendidas dos querubines, en hebreo *kerubim,* colosales y simbólicas figuras de madera cubierta de láminas de oro, de las que se ha dicho que ofrecían notable semejanza con las esfinges egipcias y con los toros de rostro humano venerados en Asiria.

Delante del pórtico, en el lado oriental, hallábase el altar de bronce ó de los

El Cenáculo ó Neby Daud

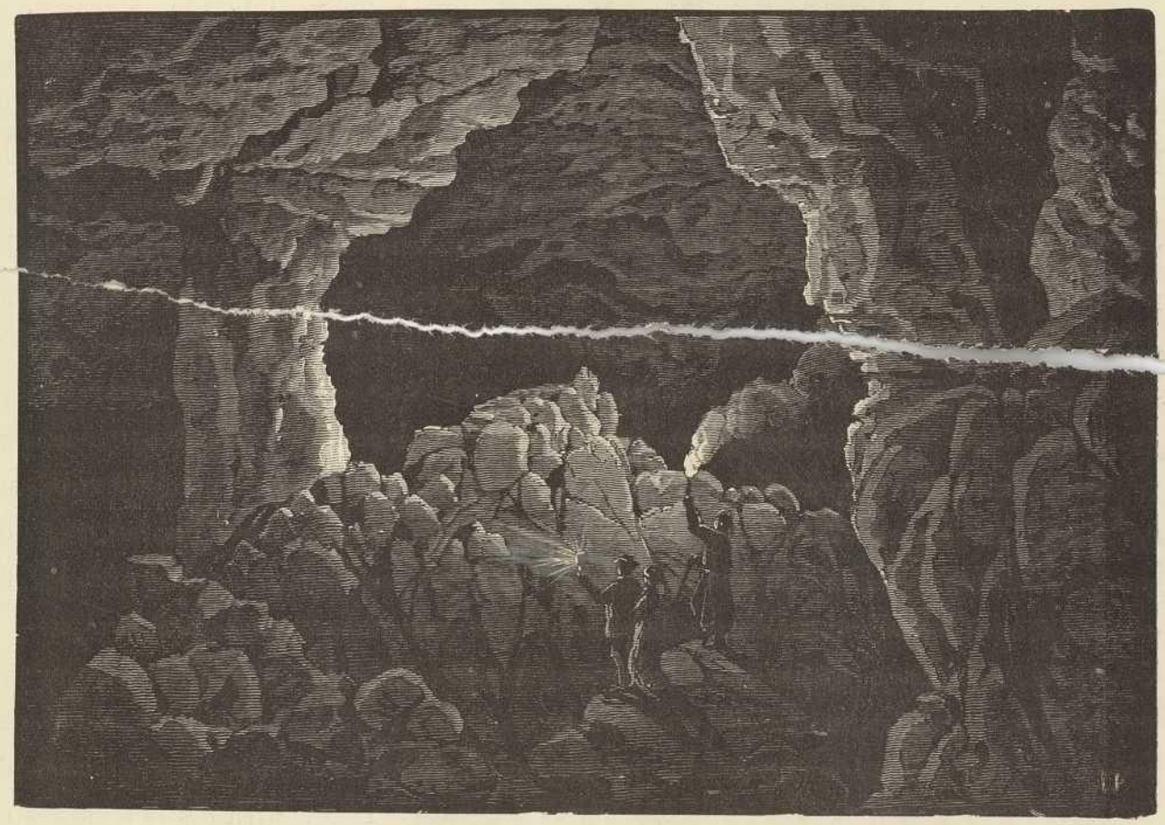
holocaustos, y junto á él el llamado mar de bronce que servía para la purificación de los sacerdotes, y además otras piscinas secundarias, todas de bronce como aquél, para las abluciones y el lavado de las víctimas.

Si de reducidas dimensiones el templo á causa de que no había el pueblo de penetrar en él, eran grandiosos los atrios que lo rodeaban, adornados también con magníficos pórticos y divididos en diferentes compartimientos, destinados uno á los sacerdotes, otro á los israelitas y el tercero, en fin, á los gentiles, extranjeros y judíos impuros.

Siete años duró la obra, que fué dirigida por un arquitecto cuyo nombre ha conservado la historia; llamábase Hiram, como el rey de Tiro que lo había enviado, y tanto él como los numerosos artífices que tuvo á sus órdenes rivalizaron en esfuerzos para hacerla digna del gran monarca que concibiera su plan, del rey que lo llevaba á cabo

y sobre todo del Omnipotente á quien iba á ser consagrada. En ella y en sus grandiosas dependencias se invirtieron sumas enormes, y todavía en las canteras inmediatas á la ciudad, especialmente en los vastos subterráneos que se extienden debajo del monte Bezetha, se enseñan las señales que han quedado de la extracción de las gigantescas moles de piedra conque se construyeron los pórticos, los muros de los atrios, los edificios secundarios en ellos enclavados y sobre todo la colosal murulla que cercaba y contenía la cumbre, explanada y ensanchada, del monte Moriah.

El magnífico templo, en cuya arquitectura, con bien halladas armonías, se encontraban combinados los estilos fenicio, egipcio y asirio, quedó concluído en el año de 1004

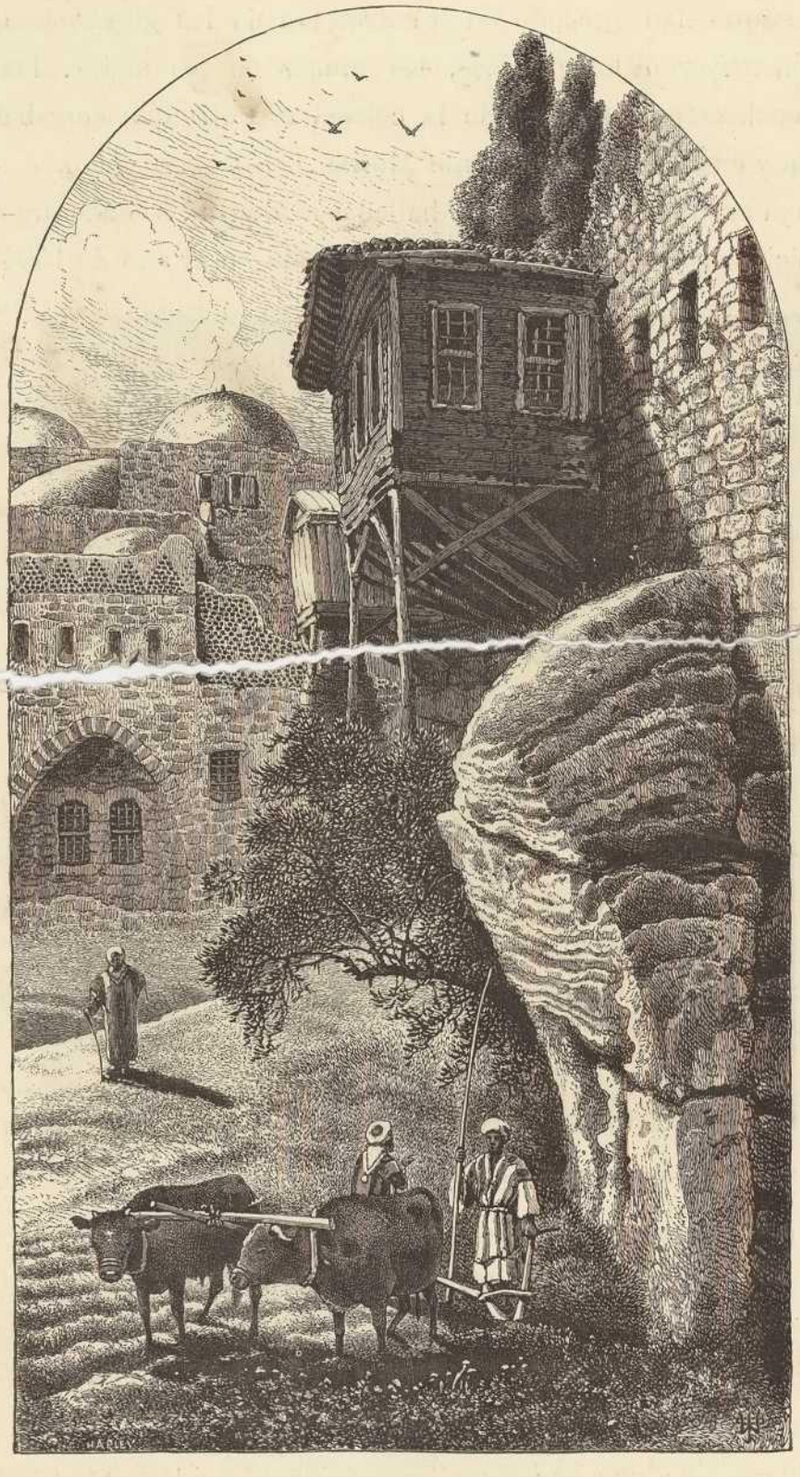


CANTERAS INMEDIATAS Á LA PUERTA DE DAMASCO, DEBAJO DEL MONTE BEZETHA

antes de J. C.; su dedicación fué celebrada con extraordinaria solemnidad en medio de gran concurso de pueblo; ciento veinte mil ovejas y veintidós mil bueyes fueron inmolados en sacrificio.

Para disponer del terreno que la gran obra necesitaba hubieron de practicarse trabajos de explanación y terraplenes considerables, sobre todo por el lado del valle de Josafat, dada la primitiva disposición que sucesivas excavaciones, en las que han sido halladas á gran profundidad piedras con caracteres fenicios, permiten atribuir á la cumbre del monte Moriah ó era del jebuseo Areuna. Aquella vasta área artificial quedó ceñida, conforme queda dicho, por inmenso muro que fué unido al de la ciudad, y desde entonces Jerusalén con su santuario se halló cerrada, al sur, por la antigua muralla de David, enlazada por magnífico puente con el recinto meridional del templo; á oriente por este mismo recinto y también al norte, hasta la alta y tajada peña en

que se alzó la torre de Hananeel, llamada luego de Baris en tiempo de los reyes asmoneos, y Antonia por Herodes, en honor de su amigo Marco Antonio. Desde aquel punto la cortina septentrional del nuevo recinto tomaba la dirección de occidente hasta unirse con la muralla que enlazara el recinto de David con el de Jebus, esto es, junto la puerta Djennath, abierta en el muro jebuseo.



Arco llamado de Robinson, restos de un puente que atravesaba el valle de Tyropœon

Este muro, obra de Salomón, llamado el segundo recinto de Jerusalén, al triplicar la extensión de la ciudad, dejó fuera el cerro del Calvario, que quedó á setenta y seis metros de la muralla. Así ha quedado completamente acreditado hace veinte años, cuando excavaciones emprendidas á expensas del gobierno ruso han puesto al descubierto la base de aquel venerable muro y de una puerta monumental y junto á aquel gran número de balas de honda, disparadas sin duda por los soldados de Tito contra los defensores de lo que en su tiempo, cuando existió el tercer muro, formaba como un segundo recinto de fortificación.

La realizada por Salomón experimentó dos modificaciones durante la dinastía de David: Ezechías, que ascendió al trono en el año de 727 antes de nuestra era, hizo levantar un muro que partiendo del extremo noroeste del recinto primitivo de Jebus, se unía en ángulo recto con la cortina occidental de la nueva muralla de Salomón, y esto con objeto de poner á salvo en caso de asedio un gran depósito de agua construído por el mismo rey, depósito que hoy existe y sirve todavía. Los griegos dieron á este estanque el

nombre de Amygdalon, la almendra; actualmente lleva aún el de Ezechías, y por musulmanes y árabes cristianos es llamado Birket-Hamman-el-Batrak, *Estanque de los baños del Patriarca,* denominación que tuvo origen, á lo que se cree, en la época de las Cruzadas. Data la segunda modificación del reinado de Manassé, sucesor de Ezechías en el año de 658 antes de J. C.; aquel príncipe englobó en el recinto de la ciudad, por medio de un muro que ha sido descubierto en parte en el año de 1867, un arrabal que se había formado en la colina de Ophel; y de esta manera, modificado el segundo recinto, comprendiendo ya las alturas de Sion, Acra, Moriah y Ophel, contenía algo más de cuarenta hectáreas.

Elevado un templo al Eterno, quiso Salomón construir para sí un palacio; trece años duró la obra de lo que se llamó *Casa de la selva del Líbano,* por ser de cedro cuantas colunas lo sostenían y todo el maderamen de la techumbre. En el principal cuerpo del edificio, de cien codos de longitud por cincuenta de ancho y treinta de altura, apoyábase un pórtico sostenido además por majestuosa colunata, y al cobijar exactamente la mitad del área, dejaba al descubierto en los extremos dos alas del edificio. Precedíalo un vestíbulo ó ante-pórtico, sostenido también por colunas.

Otro pórtico llevaba el nombre *del Trono* ó *del Juicio* porque en él administraba Salomón justicia sentado en soberbio trono de marfil y oro; seis gradas lo elevaban del suelo y en cada una había dos leones de gran precio y admirable trabajo.

Colosales sillares se emplearon en la construcción del edificio, en la que se siguieron, á lo que se cree, los modelos asirios y egipcios, y en cuanto á su adorno interior bastará decir que su magnificencia llegó á causar sorpresa á la misma reina de Sabá; el oro, la plata, el marfil brillaban por todos lados; la pintura y la escultura habían adornado á porfía los techos y las paredes, de las que pendían en gran número escudos y otros adornos de oro.

Otro palacio construyó Salomón para su esposa la hija de Faraón; pero nada queda ya de éste ni de aquél, y hasta se ignora el sitio preciso que ocuparon. Sábese únicamente por un pasaje de Josefo que estaban inmediatos uno á otro, y por la Biblia que se alzaban junto al templo.

Inclinado por naturaleza á lo grandioso y magnífico, Salomón hizo de Jerusalén una de las ciudades más célebres de Oriente. Comenzó, para sepultura de su padre y la de los reyes sus sucesores, famoso panteón, y realizó obras considerables en la ciudad baja, en el barrio llamado de Mello, cuyo profundo barranco rellenó por completo. Para verificarlas hubo de imponer al pueblo graves cargas, las que, al introducir entre él el descontento, sirvieron luego de pretexto á la separación de las diez tribus en tiempo de su hijo Roboam.

En el año de 588 antes de J. C., Nabuzardán, general de Nabucodonosor, entró á fuego y sangre en la ciudad; las casas, los muros, los palacios y el Santuario fué todo entregado á la destrucción, y el pueblo llevado cautivo á Babilonia. Años antes aquel soberano, brazo de la divina justicia, había entrado en Jerusalén como conquis-

tador, y destronando al rey Jojakin puesto en su lugar á Sedecías, vigésimo rey de la dinastía de David, por creer que en él habría de hallar más dócil instrumento de la política caldea; pero se engañó: Sedecías, al frente de los escasos moradores que quedaron en la ciudad, pues los demás habían seguido á Jojakin en su cautiverio, intentó alzarse contra los vencedores. Por espacio de diez y siete meses sostuvieron mortífero asedio, en que la peste y el hambre convirtieron á Jerusalén en vasto cementerio. Los sitiadores batieron los muros con arietes cubiertos, conforme están representados en los bajo-relieves de Nínive, y aunque los judíos pelearon con el furor de la desesperación, sin que lograra desarmarlos la fuga de su rey Sedecías al valle del Jordán, el triunfo de los caldeos fué completo y sucedió la horrible catástrofe que ha cantado Jeremías en sus sublimes Lamentaciones. Sedecías no se libró de caer en manos de los vencedores; en su presencia fueron muertos sus hijos, y privado luego de la vista y cargado de cadenas fué llevado prisionero á Babilonia.

Cuatrocientos diez y seis años duró el templo desde que fuera concluído por Salomón hasta su destrucción por los caldeos; pero si el santuario propiamente dicho, junto con sus dependencias y los admirables pórticos que lo rodeaban, fué presa de las llamas ó destruído por mano de los hombres, los gigantescos muros que formaban su recinto exterior hubieron, á causa de su masa imponente y de su gran profundidad en el suelo, de resistir incólumes, por lo menos en su parte inferior, á todos los ataques del hierro y del fuego, y así los hallaría Zorobabel cuando transcurridos setenta años y rotas por Ciro las cadenas del cautiverio, quiso levantar de sus ruinas el templo de Salomón. Las obras de reconstrucción se prolongaron largos años, debido esto especialmente á la aversión y mala voluntad de los samaritanos que en los reinados de Darío y Jerjes se esforzaban en aprovechar pretextos para representar á los judíos como rebeldes que sólo esperaban ocasión propicia para recobrar la independencia; concluídas al fin en el sexto año del reinado de Darío, 516 antes de J. C., pudo abrirse el segundo templo sobre las ruinas del primero con gran gozo de los judíos nacidos durante el cautiverio, por más que los pocos ancianos que recordaban el esplendor del antiguo no dejaban de lamentar su destrucción. En vez de las innumerables víctimas ofrecidas por Salomón inmoláronse cien becerros, doscientos carneros, cuatrocientos corderos y doce machos cabríos por los pecados de Israel. Ni en la Biblia ni en las obras de Josefo constan noticias precisas acerca de este segundo templo; pero todo induce á pensar que en él se reprodujeron las principales líneas del primitivo, aun cuando no con su magnificencia por la desdicha de los tiempos.

También en el año 453 antes de J. C. salieron otra vez de sus cimientos los antiguos muros de Jerusalén, á cuya reconstrucción contribuyeron las ciudades de Judea, y estos nuevos muros atravesó y en aquel nuevo templo sacrificó como conquistador pacífico el macedonio Alejandro. Dominada Jerusalén por los Ptolomeos de Egipto no presenció su recinto otras devastaciones hasta que habiéndoles vencido el príncipe sirio Antíoco Epifanes, erigió éste, en el año 169 antes de nuestra era, una fortaleza en la

colina de Acra para dominar el templo; el santuario de Jehová fué saqueado é indignamente profanado y al culto del Eterno reemplazó el de Júpiter Olímpico. Poseído de santa indignación el anciano Matatías levanta el pendón de la resistencia, y llama á las armas á cuantos aman la fe y la patria; Judas Macabeo, uno de sus esforzados hijos, da comienzo á una heróica epopeya de combates y victorias; á la cabeza de un puñado

Fuente Árabe en el acueducto que nace en los estanques de Salomón

de valientes liberta á Jerusalén, purifica el templo y de nuevo lo consagra al Dios verdadero, pero á poco, rendido por el gran número de sus enemigos, perece en medio de su triunfo. Sin desalentarse por su muerte, sus hermanos continúan la lucha y logran arrancar la tierra de Judea del yugo de los Sirios. En el año 141 antes de J. C. arrasó Simón la ciudadela de Acra, y estableció su residencia en el ángulo noroeste del templo, en la torre Hananeel, á la que sus sucesores, al reconstruirla, dieron el nombre de Baris. Las turbulencias religiosas y políticas que alteraron la paz de Judea, y especialmente de Jerusalén, reinando los príncipes asmoneos, fueron causa de que en

ellas, conforme queda explicado antes de ahora, intervinieran los romanos como señores. Pompeyo entró por fuerza de armas en Jerusalén en el año 64 antes de J. C., y años después el idumeo Herodes, devorado de ambición insaciable, pudo, á fuerza de astucia, de valor y de crímenes, alcanzar del senado de Roma, con el apoyo de Antonio y de Octavio, el título de rey de Judea (año 39 antes de J. C.)

Ya en el trono, quiso rivalizar con Salomón en el número y la grandiosidad de los edificios por él construídos, y prodigó inmensas riquezas en levantar templos, palacios y teatros. Pero con tales obras paganas sólo alcanzaba enardecer aún más el encono de los judíos, irritados ya por su despótica crueldad, y para acallarlos y satisfacerlos pensó, llegado que fué el año décimoquinto de su reinado, en reedificar el templo á fin de darle mayor extensión y devolverle la antigua magnificencia,

Valle de Gihon, tomado desde el ángulo noroeste del recinto de la ciudad

confiado en que la realización de su gran pensamiento habría de grangearle el afecto de sus súbditos y dar á su nombre imperecedera fama.

Sabido su proyecto despertóse viva inquietud entre el pueblo, poco dispuesto á prestarle asentimiento, por lo que Herodes lo convocó á fin de explicárselo y en lo menester justificarlo, ya que de ninguna manera podía consentir en renunciar á él. En graves y muy meditadas palabras, dice Josefo, expuso el plan, expresando que más que de su propio gusto, se trataba del honor é interés de todos.

«Al regresar nuestros antepasados del cautiverio, dijo, levantaron al Eterno un templo que tenía sesenta codos menos de altura que el antiguo edificado por Salomón; no les acusemos por ello, pues tal inferioridad no dependió de su voluntad, ya que Ciro y Darío les habían señalado las dimensiones que podían dar al sagrado edificio; á ellas hubieron de ceñirse. Sometidos luego después á la autoridad de los macedonios, no tuvieron tampoco ocasión ni lugar para pensar en erigir un templo parecido en grandiosidad y riqueza al de Salomón, pero hoy que por favor de Dios omnipotente me hallo siendo vuestro rey, que en mis Estados florece la paz, que mi tesoro se halla en muy

próspero estado y que cuento con la amistad de los romanos, señores del mundo, tengo que es deber para mí hacer lo que nuestros padres hubieron de omitir por la faerza de las cosas, probando así al Señor, en cuanto me es dable, toda la gratitud que hacia él alimento por las gracias de que me ha colmado.»

Contra lo que el rey esperaba, no se manifestó el pueblo contento de tales palabras. ¿Quién aseguraba que una vez derribado el templo se encontraría Herodes en disposición de costear los gastos necesarios para levantar el nuevo? Alguien hubo de expresar estos temores, y para desvanecerlos juró Herodes que no se tocaría una sola piedra del edificio existente hasta quedar reunidos y dispuestos todos los materiales de la reconstrucción. Esta promesa hizo renacer la confianza, y desde el día siguiente dióse principio á los trabajos. Mil carros se emplearon en el transporte de la piedra, y diez mil hombres se ocuparon en disponerlo y prepararlo todo bajo la dirección de mil sacerdotes.

De entonces datan los enormes terraplenes del meridional, por el que, á lo que se dice, fué la esplanada del templo considerablemente ensanchada, si bien la generalidad de los autores, después de las excavaciones allí practicadas por los ingleses en el año de 1867, opinan que el recinto exterior continuó tal como era el antiguo, que á su vez era el mismo de Salomón, esto por lo menos en lo tocante á los basamentos inferiores que se hunden profundamente en el suelo.

La *naos* del nuevo templo tenía á lo largo cien codos (52 metros 50) y á lo alto veinte más que la anterior. Todo el edificio fué construído con grandes sillares de aquella piedra blanca de Jerusalén conocida en nuestros días con el nombre de *maleki* ó piedra real, y sobre todo él descollaba la parte central de modo que á gran distancia pudiesen los moradores de la comarca divisar su santuario. Las puertas de ingreso elevaban sus dinteles hasta la mayor altura del monumento; adornábanlas soberbias colgaduras de brillantes colores, y por su parte superior y por debajo de las cornisas corrían en festones doradas vides con colgantes racimos que eran la admiración de cuantos los veían, tanto por el intrínseco valor de la materia como por el acabado arte de su ejecución.

«Vastos pórticos, superiores á los primitivos en grandiosidad y magnificencia, rodeaban la *naos,* sigue diciendo el historiador Josefo, y en el lado septentrional del sagrado recinto elevábase en un ángulo la ciudadela, de singular fortaleza, construída por los príncipes y sumos sacerdotes asmoneos que precedieron á Herodes y la llamaron Baris. En ella estaba depositada la túnica del sumo sacerdote, con la que no podía revestirse sino en el acto del sacrificio. Hecha aún más fuerte por Herodes para asegurar la defensa del templo, fuéle dado por él el nombre de Antonia en agradecimiento á su amigo Antonio, emperador de los romanos. Cuatro puertas se abrían en el frente occidental del recinto: una guiaba al palacio del rey, separado del templo por un valle; otras dos comunicaban con la ciudad, y la última conducía á la población nueva ó sea Bezetha. Por cómoda y grandiosa escalinata podíase bajar al fondo del valle

y subir luego á la ladera opuesta. El cuarto lado del recinto, ó sea el meridional, tenía una puerta central, y de él partía el pórtigo regio, que era triple y se extendía del valle oriental al occidental, pudiendo en verdad decirse de él ser una de las obras más notables de la tierra por su prodigiosa elevación sobre el fondo del valle, adonde no podía mirarse sin vértigo, y por su magnificencia. Cuatro líneas de colunas paralelas lo formaban, adherida la última al muro del edificio; el diámetro de cada coluna era tal que se necesitaban tres hombres para abrazarla; tenían de altura veintisiete piés, eran en número de ciento sesenta y dos y de una sola pieza de mármol blanco; sus capiteles corintios admiraban por su labor exquisita. De los tres pórticos ó galerías que esta columnata formaba, dos medían treinta piés á lo ancho, un estadío á lo largo y más de cincuenta piés á lo alto, y el otro, ó sea el central, tenía una tercera parte más de anchura (unos trece metros) y doble elevación. Este era el primer atrio, ó de los gentiles, siempre muy concurrido, y de él se pasa al segundo por medio de catorce gradas, en cuya balaustrada de piedra leíanse en planchas de mármol inscripciones en lengua griega y latina prohibiendo el paso á los extranjeros bajo pena de muerte [1]. El muro que limitaba este segundo atrio, tenía en sus frentes del norte y del sur tres puertas y en la del este una sola de grandes dimensiones, por la cual podían pasar los judíos purificados y las mujeres. Permanecían éstas en un lugar especial anterior al atrio sagrado, inaccesible para ellas, y se pasaba luego al postrer atrio, en el que sólo entraban los sacerdotes, separados del pueblo por una hilera de piedras de un codo de altura. Alzábase en él la *naos* ó el templo propiamente dicho, situado en lo más elevado de la esplanada, al que se subía por medio de doce gradas, encontrándose antes el gran altar de los holocaustos, construído con piedras que no conocían el hierro; junto á él estaba el pilón de las purificaciones, que había sustituído al Mar de bronce de Moisés, inmenso receptáculo sostenido por doce bueyes de aquel metal, destruído en tiempo de Nabucodonosor. Una puerta alta de setenta codos y ancha de veinte, siempre franca y abierta, como el cielo que lo está para todos, daba ingreso á la primera pieza de la *naos*, vasta sala de noventa codos de altura por cincuenta á lo largo y veinte á lo ancho; en ella otra puerta de doradas hojas, festonado el dintel con vides de oro y colgantes racimos de gran magnitud, llevaba á la parte interior que medía sesenta codos á lo largo y á lo alto por veinte de anchura. De la puerta pendía un velo de preciosa tela babilónica en el que, con los brillantes colores del jacinto, del ostro, del azafrán y de la púrpura, eran simbolizados los cuatro elementos, el aire, tierra, fuego y mar. Esta última pieza de sesenta codos estaba á su vez dividida en dos salas; la primera, que medía cuarenta codos, encerraba tres objetos admirables y famosos en todo el mundo, es á saber: el candelabro, la mesa de los panes de proposición y el ara de los perfumes. Los siete brazos del candelabro figuraban los siete planetas; los doce panes puestos sobre la mesa simbolizaban el círculo zodiacal y los doce meses del año, y el ara, por medio de los trece aromas sacados del mar y de la tierra habitada

[1] Una de estas inscripciones en lengua griega que Josefo reproduce en su relato, ha sido desenterrada hace pocos años.

é inhabitada, significaba que todo venía de Dios y todo ha de serle consagrado. La última

Fuente de la Puerta de la Cadena (Bab-es-Silsileh)

pieza de la *naos*, sombría y reducida sala de veinte codos cúbicos, separada de la anterior también por medio de una cortina ó velo, no contenía absolutamente nada; era inacce-

sible, invisible é inviolable; en ella, perdida el arca, sólo moraban el nombre y la majestad divina y era llamada el *Santo de los santos.*»

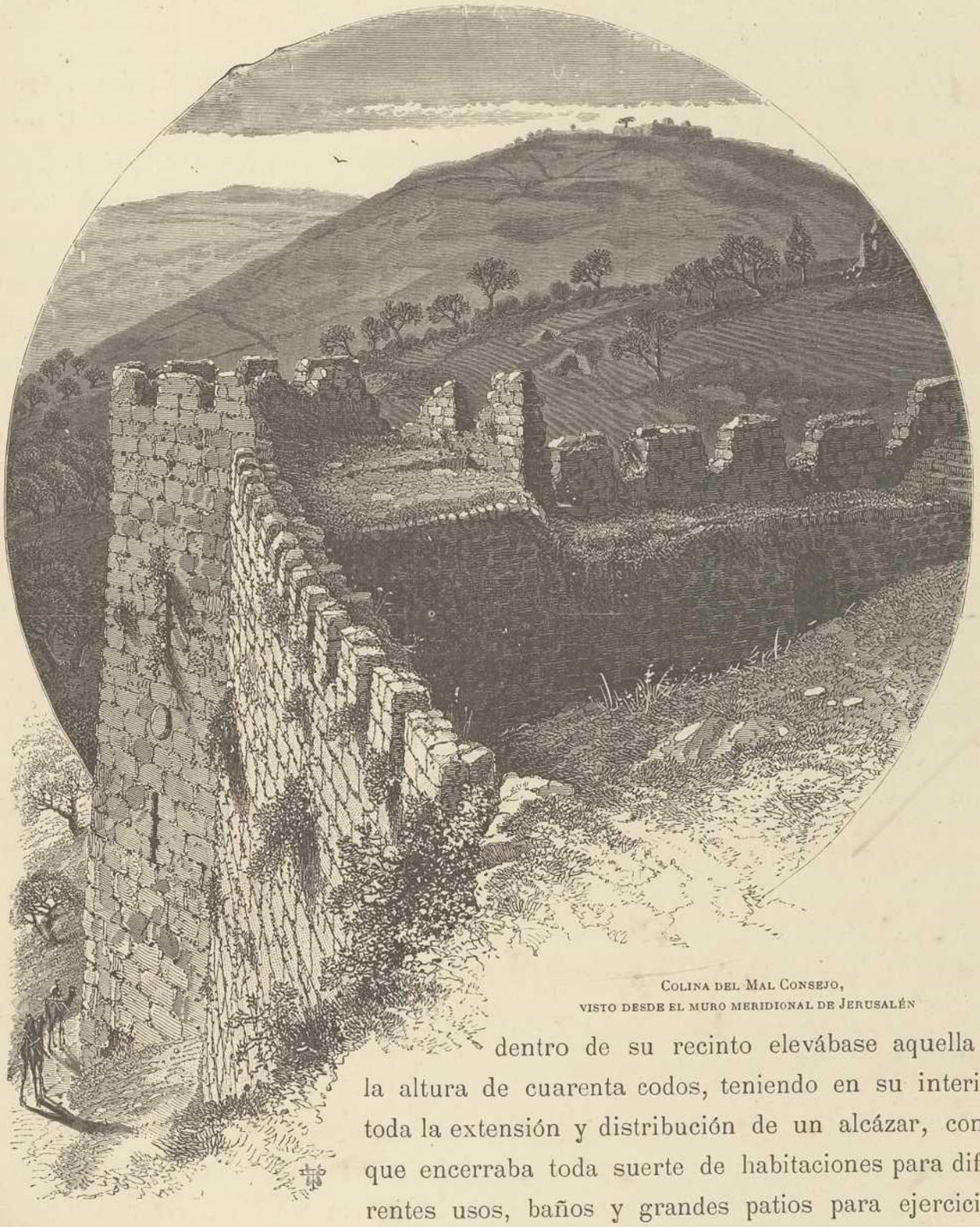
Por la Biblia sabemos que Jeremías, por mandato expreso del Señor, sacó del templo de Salomón, antes de ser destruído por Nabucodonosor, el tabernáculo y el arca de la alianza para esconderlos en una cueva del monte Nebo, donde permanecerán ignorados hasta que Dios congregue á su pueblo.

Todo el edificio, formando tres recintos rectangulares inscritos los unos en los otros, fué construído con materiales de gran precio y no se habían escaseado en él las planchas de oro. La fachada principal miraba á oriente, y al norte dos galerías unían los pórticos con la fortaleza que protegía el templo; desde unas de ellas presenció Tito el incendio que redujo á pavesas el admirable monumento que, según expresión de Josefo, cautivaba los ojos lo mismo que la inteligencia. A la salida del sol aparecía en muchos puntos y visto á corta distancia como ascua de oro reflejando los rayos del astro, y mirado de lejos ofrecíase cual nívea montaña, ya que donde nó el oro, brillaba el mármol de nítida blancura. Varias astas de oro partían de los remates con objeto de asustar á los pájaros que habrían podido mancharla.

Ocho años se emplearon en las obras, y aunque no del todo concluídas, pues aun en tiempo de nuestro Señor Jesucristo se trabajaba en adornos y puntos secundarios, púdose el año 16 antes de nuestra era abrir el templo que á los ojos del pueblo entusiasmado apareció con toda la grandiosidad y magnificencia de sus inmensos atrios, de sus soberbios pórticos y de su santuario rival en esplendor del de Salomón. Este templo de Herodes vió á José y María rescatar, mediante dos palomas, á uso de los pobres, al divino niño del pesebre de Belén y oyó el *Nunc dimittis* del anciano Simeón y las entusiastas bendiciones de la profetisa Ana. En él, á los doce años, el Hijo del hombre enseñó á los doctores, y después este mismo recinto volvióle á ver en ciertos días señalados cuando sus padres lo llevaban consigo de Nazareth á Jerusalén para celebrar allí las fiestas de Pascua, de Pentecostés ó de los Tabernáculos. Finalmente en los postreros años de su vida mortal es el templo con frecuencia el lugar de sus divinas enseñanzas; por sus pórticos gusta de pasear con sus discípulos hablándoles de su celeste reino; del sagrado recinto arrojó á los mercaderes; en él fué tentado por el espíritu del mal y perdonó sus pecados á la mujer adúltera; allí propuso la parábola del buen Pastor, la de los dos Niños, la de los Viñadores y la del Banquete nupcial; allí pronunció el *Reddite quæ sunt Cæsaris Cæsari, et quæ sunt Dei Deo;* allí hizo el elogio del dinero de la pobre viuda; en aquel templo entró entre ramos y palmas el domingo de su triunfo, y finalmente en él, un día en que sus apóstoles le invitaban á admirar su grandeza y magnificencia, diciéndole: «Mirad, maestro, qué piedras y qué fábrica,» predijo su total ruina. «En verdad os digo, respondió, que de estos grandes edificios no quedará piedra sobre piedra.»

Entre las otras construcciones de Herodes la llamada Torre Antonia, de que antes de ahora hemos debido hacer mención, fué, al decir de Josefo, la que daba más evidente

testimonio de los vastos pensamientos del monarca. Construída en una peña de cincuenta codos de altura y por todos lados escarpada, revistió sus flancos con pulimentados sillares, así para embellecer la obra como á fin de que una superficie lisa dificultara aún más su acceso. Alrededor de la torre corría un muro de tres codos, y



COLINA DEL MAL CONSEJO,
VISTO DESDE EL MURO MERIDIONAL DE JERUSALÉN

dentro de su recinto elevábase aquella á la altura de cuarenta codos, teniendo en su interior toda la extensión y distribución de un alcázar, como que encerraba toda suerte de habitaciones para diferentes usos, baños y grandes patios para ejercicios militares. Provista de cuantos recursos son necesarios para la vida, habría podido tomársela por una ciudad si por su magnificencia no se asemejara más á un vasto palacio. Ofreciendo en su conjunto la forma de torre, flanqueábanla en sus cuatro ángulos otras tantas torres de cincuenta codos de elevación excepto la que defendía el ángulo sudeste que alcanzaba setenta, de manera que desde ella se dominaba

por completo el *Hieron* ó el Templo. Una legión estaba constantemente alojada en la torre Antonia, y así como era el Hieron la ciudadela de la ciudad, podía decirse que Antonia era el baluarte del templo.»

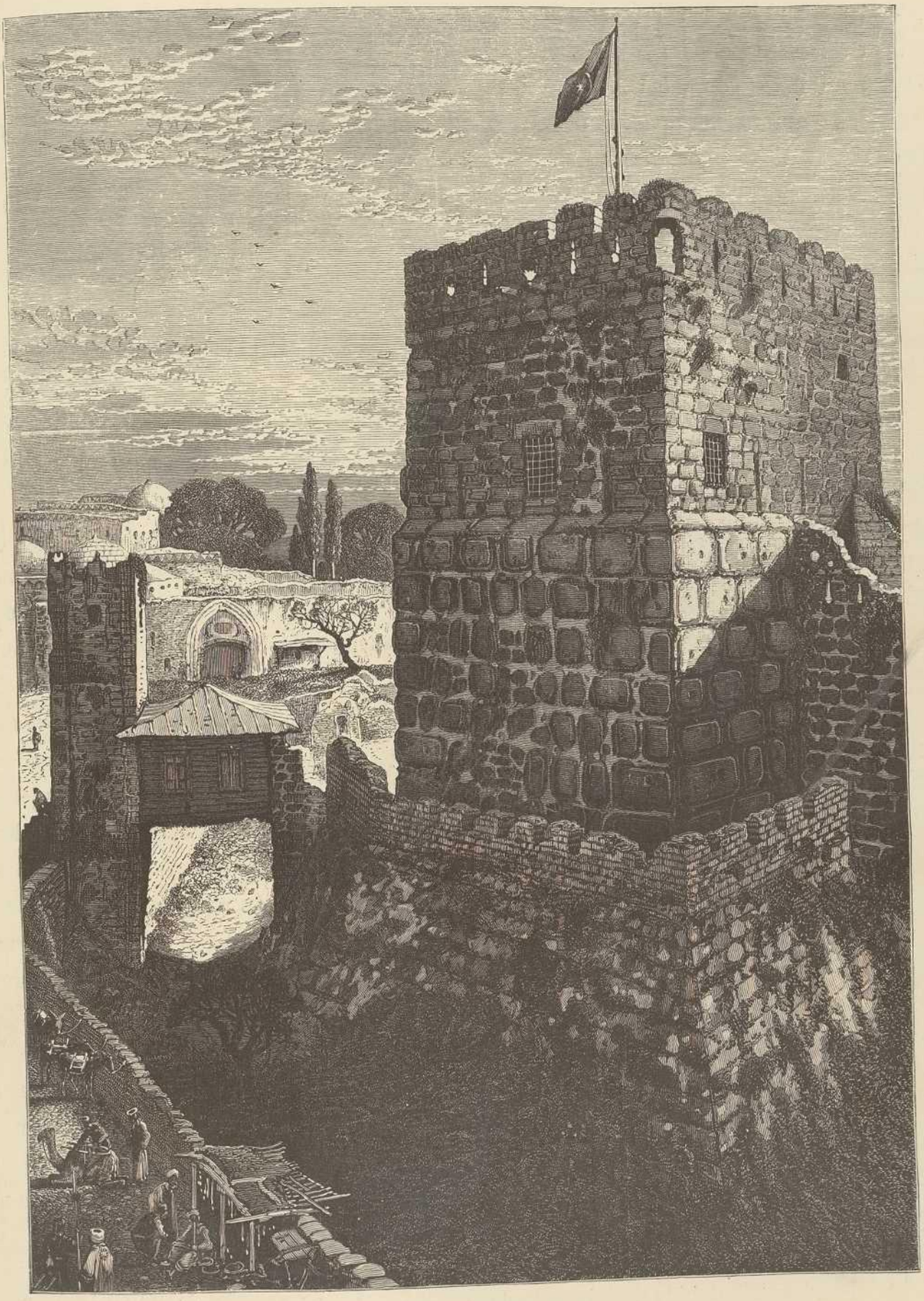
De la torre Antonia un secreto subterráneo conducía á la puerta Dorada, y en ésta dispuso Herodes la construcción de otra torre «para refugiarse en ella, dice Josefo, en caso de que el pueblo se rebelase contra la autoridad real.»

Para morada suya levantó Herodes en el monte Sión espléndido palacio, á cuyo embellecimiento concurrieron las artes todas y los materiales más preciosos. Constaba el edificio de dos vastos cuerpos, á los que apenas podía el templo ser comparado á pesar de su magnificencia, y llevaban los nombres de los dos amigos y protectores del rey; llamábase el uno *Cæsareum* y *Agrippeum* el otro; cerrábalos un muro de treinta codos de altura, flanqueado todo el de labradas y equidistantes torrecillas, y contenían salas de festín capaces para los lechos de cien comensales. La variedad y riqueza de las piedras empleadas en su decoración eran, según Josefo, indescriptibles; lo más raro y exquisito se veía allí con profusión, á lo cual había que agregar un mueblaje de lo más suntuoso é innumerables vasos de oro y plata. Varias galerías circulares y concéntricas, sostenidas por columnas de materias preciosas, rodeaban amenos jardines, en los que estatuas de bronce presidían á encantadores juegos de agua y donde revoloteaban á bandadas domesticadas palomas.

En la muralla septentrional á que estaba adherido el palacio de Herodes construyó el rey tres torres ó ciudadelas que sobrepujaban en extensión, en belleza y fortaleza á cuantas en el mundo existían, y dióles los nombres de las tres personas á quien, dice el historiador tantas veces citado, más tiernamente había amado, á saber: Hippicos su amigo, Fasael su hermano y Mariamna su esposa. Hippicos había muerto peleando por su causa; Fasael, prisionero de los partos, abrióse el cráneo contra las paredes del calabozo para librarse del suplicio que le destinaban aquellos que alevosamente le vencieron y la reina Mariamna, en fin, fué condenada á muerte y ejecutada á instigación de su marido por acusación de adulterio. Lo que queda de la torre de Fasael en la actual llamada de David, cerca de la puerta de Jaffa y que es tenida hasta por anterior á Herodes, atestigua la gran solidez de tales obras. Por lo que toca á ésta es opinión común que Herodes se limitaría á repararla, á adornarla con espléndidas salas y á fortificarla aún más de lo que lo estaba. Maciza hasta cierta altura se alzaba á la de noventa codos (47 metros), y se la comparaba al faro de Alejandría. La torre Hippicos era cuadrangular; cada uno de sus lados tenía veinticinco codos, y su altura llegaba á ochenta (42 metros). La llamada Mariamna era maciza hasta una altura de veinte codos; las estancias y salones que sostenía eran famosos por su riqueza, y la altura total no pasaba de 55 codos.

A la elevación del terreno en que estaban edificadas debíase que presentaran estas torres mayor elevación aún de la que en realidad tenían; construídas con enormes sillares de una piedra blanca y reluciente (algunos medían 20 codos de longitud), unidos

entre sí con peregrino arte, parecían hechas de una sola pieza, ó mejor habría cada una podido tomarse por una peña natural de mármol, pulimentada por mano de los hombres.



Torre de David

A Herodes fué debida además la construcción en Jerusalén de un teatro á la usanza romana; cubierto en rededor de inscripciones recordando las altas acciones de

Augusto, adornábanlo trofeos de oro y plata en memoria de los naciones por él subyugadas. Novedades eran éstas tomadas de las costumbres gentílicas que irritaron la susceptibilidad de los judíos; para ellos eran aquellos trofeos imágenes humanas cubiertas con armadura, y esta abominación, que prohibía expresamente su ley religiosa, excitó la indignación general.

Era á últimos del invierno del año 4 antes de J. C., y Herodes, que había alcanzado la edad de setenta años, iba señalándolos uno á uno por monstruosos crímenes desde que el Senado le confiriera el título de rey. Muchas veces la fe religiosa de sus súbditos, que sólo en apariencia profesaba, había sido por él ultrajada, ya haciendo ostentación de seguir los usos de sus amigos los romanos, ya instalando en su capital obras artísticas reprobadas por la ley de Moisés. Por temor, limitábase el pueblo á murmurar en secreto, cuando no á urdir conjuras que abortaban siempre, ahogadas en la sangre de los más audaces.

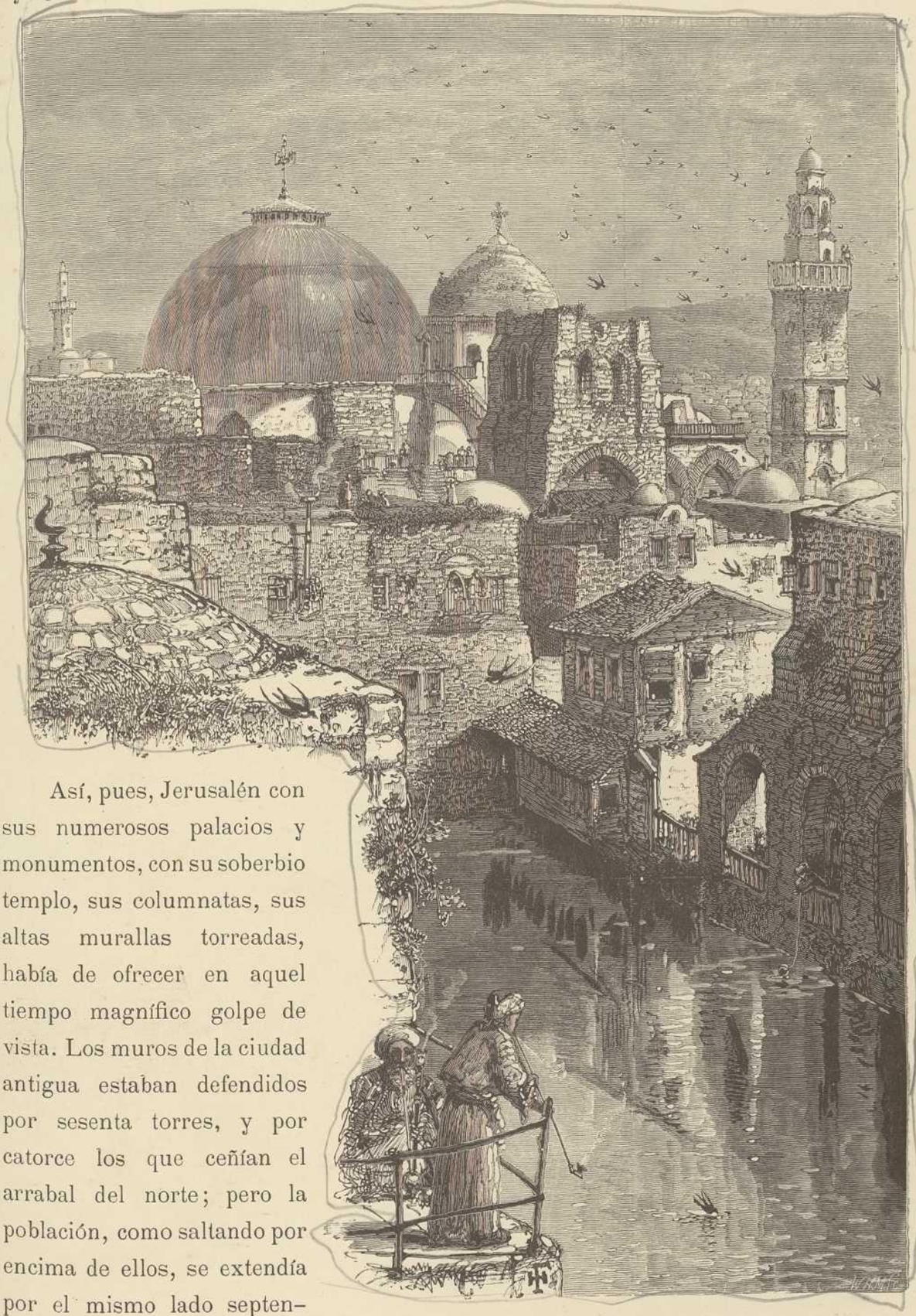
En la fecha antes dicha comenzó la horrible enfermedad que algunos años después había de llevar el rey al sepulcro y de ahí que corriera válido el rumor de su próximo fin. Entonces dos ilustres doctores é intérpretes de la ley, por nombres Judas, hijo de Sarifeo, y Matías, al oir la noticia de que Herodes estaba espirando, excitaron á los jóvenes cuya educación dirigían á hacer desaparecer de la ciudad santa cuantos emblemas contrarios á la ley erigiera el monarca, entre los que estaba en primer término, con general enojo, una colosal águila de oro, de valor inestimable, colocada en el vestíbulo del templo.

Con gran sorpresa y contento del gentío allí habitualmente congregado, los jóvenes, á la mitad del día, la emprendieron á hachazos contra la dorada escultura; á los primeros golpes acudieron los soldados, y después de dispersar á la multitud redujeron á prisión á los atrevidos mancebos y también á sus dos preceptores. Cargados de grillos, fueron conducidos ante Herodes, el cual convocó en el teatro á los magnates de la nación sin fuerzas para sostenerse en pié, hizo que le llevaran allí en litera, y Matías, el promovedor del alboroto, fué condenado á ser quemado vivo en unión con varios de los presos, ejecutándose cerca de aquel lugar la cruenta sentencia. Aquella misma noche ocurrió un eclipse de luna, lo cual permite fijar la fecha en 13 de marzo del año 4.

Aquel monumental edificio se levantó á doscientos y cincuenta metros de la puerta de Damasco, á la derecha del camino de Naplusa; destruído y arrasado por los mismos judíos á fin de que no se estableciesen en su recinto los romanos sitiadores, de él sólo queda en el día un montecillo en forma de semicírculo, en el cual se han encontrado mármoles y otros preciosos restos en las excavaciones practicadas en los últimos años.

A Herodes fué debida igualmente la construcción del Xystus ó foro de Jerusalén, plaza pública donde se reunían las asambleas cuando no era necesario convocar á la nación toda en los atrios inmensos del templo. Por medio de un puente sobre el valle de

Tyropœón se pasaba de éste al Xystus, limitado al norte por el palacio de los Asmoneos.



Así, pues, Jerusalén con sus numerosos palacios y monumentos, con su soberbio templo, sus columnatas, sus altas murallas torreadas, había de ofrecer en aquel tiempo magnífico golpe de vista. Los muros de la ciudad antigua estaban defendidos por sesenta torres, y por catorce los que ceñían el arrabal del norte; pero la población, como saltando por encima de ellos, se extendía por el mismo lado septentrional hasta mucho más allá del arrabal, y embellecíanlo quintas y jardines que habían de comunicar á aquella parte muy agradable aspecto.

Estanque de Ezequías, por su lado meridional

Tal era Jerusalén en la época de Nuestro Señor Jesucristo; una ciudad bella é imponente, aun cuando de angostas y tortuosas calles, lo que no era obstáculo para que tuviesen casi todas aceras de piedra. Dice el Nuevo Testamento que por ellas discurría considerable multitud, sobre todo en señaladas festividades, y el historiador Josefo, por el cual sabemos haber sido de 120,000 almas la población de Jerusalén en la época de Alejandro Magno (número que la generalidad de autores consideran excesivo en atención al perímetro de la ciudad), refiere que el gobernador romano dispuso una vez que se contaran los corderos pascuales, y se hallaron ser en número de 270,000, lo cual haría suponer que la Pascua fué celebrada por 2.700,000 personas. También se cree exagerado este dato del historiador hebreo, pero de todos modos prueba que los muros de Jerusalén encerraban una población muy numerosa, que se convertía en determinadas ocasiones en enorme aglomeración de gentes. Así sucedió cuando congregada, por decirlo así, la nación entera cometió el crimen entre todos horrendo; así pasó también al caer sobre ella la terrible expiación: durante las fiestas de la Pascua fué condenado á muerte Jesucristo; en iguales días cercaron la ciudad las legiones de Tito.

II

Tercer recinto de Jerusalén.—Conclusión de las obras del templo.—JERUSALÉN ROMANA.—El gobernador Gessio Floro.—Escenas de desorden en Jerusalén.—Alzamiento.—Campaña del procónsul Cestio Galo.—Su derrota.—Campaña de Vespasiano.—Situación de Jerusalén.—Tito formaliza el sitio.—Obras de ataque.—Expugna el primero y segundo recinto.—Línea de contravalación.—Hambre.—Toma de la ciudadela Antonia.—Incendio y destrucción del templo.—Ruina de Jerusalén.—Triunfo de Tito —ÆLIA CAPITOLINA.—JERUSALÉN CRISTIANA.—Santa Helena en Jerusalén.—EL GÓLGOTA Y EL SANTO SEPULCRO.—Autenticidad de los Santos Lugares de Jerusalén.—Invención de la Santa Cruz.—La iglesia de la Resurrección.—Otros santuarios.

Agrippa I, el último príncipe de su dinastía que reunió bajo su cetro el reino entero de Herodes y gran amigo del emperador Calígula, ceñía la corona de Judea y ejercía en Jerusalén un poder del todo nominal en presencia de la dominación romana representada por los gobernadores, cuando para proteger los barrios que se habían ido formando en el lado del norte, fuera del recinto fortificado, dióse comienzo, diez años después de la pasión y muerte del Salvador, á la construcción de una nueva muralla que hubo de tener gran extensión y fortaleza, por ser aquel lado el más expuesto de la ciudad que con ella doblaba su perímetro. Nacía el nuevo muro en el extremo noroeste del de Jebus, esto es, en la torre de Hippicos ó sea la de la puerta de Jaffa, tomada aquella dirección hasta una torre que fué llamada Psephina, é inclinábase luego al nordeste para enlazarse con una cortina unida al recinto del templo. La parte de población de este modo unida á la antigua, fué llamada en idioma del país Bezetha, nombre que Josefo traduce por Ciudad Nueva.

Este fué el tercer recinto de Jerusalén dentro del cual quedaron incluídos una parte del monte Bezetha y el cerro Goreb ó Gólgota, situados antes extramuros; desde aquel tiempo no ha sido modificado, y contra él fueron dirigidas las guerreras máquinas de Tito, lo mismo que las de los cruzados. Noventa torres, según Josefo, defendían la nueva muralla, con la cual quedaba la ciudad ocupando el espacio de unas cien hectáreas. La torre Psephina (de la palabra griega *psephinos,* hecha de cantos), en el ángulo del noroeste, tenía treinta y cinco metros de altura, era octógona, y ocupaba el punto más elevado del recinto (784 metros).

Para no alarmar la susceptibilidad del emperador Claudio hubo de suspenderse la obra; pocos años después la concluyeron los judíos dando al nuevo muro, que ocupaba casi el mismo lugar que la actual muralla septentrional, veinticinco codos de elevación.

Desde que por las excavaciones y los descubrimientos verificados han adquirido estos hechos carácter de indudable certeza, han caído por su base y han perdido toda clase de valor aquellas objeciones topográficas con que trataba la incredulidad de poner en tela de juicio la autenticidad del Santo Sepulcro, suponiendo que, como ahora, el lugar que ocupa, esto es, el Gólgota actual, estuvo al ocurrir la tragedia del Calvario

enclavado dentro de los muros y no fuera, según refieren los Evangelios. Además, descubiertas las cuevas reales ó los subterráneos del monte Bezetha, ha podido ser aún más apreciada la exactitud de Josefo que dice eran aquéllos atravesados por el nuevo muro, y ha quedado por completo acreditada en este punto, como en todos, la verdad del bíblico relato y también la autenticidad del Santo Sepulcro.

En tiempo de este mismo Herodes Agrippa continuaban todavía las obras del templo, y pueblo y sacerdotes solicitaron de él que fuera alzado veinte codos el remate del santuario, lo que equivalía á dar igual altura á los dos cuerpos del edificio que formaban el templo propiamente dicho. Agrippa I se apresuró á otorgarlo, y con crecido gasto hizo venir del Líbano la madera de construcción necesaria. Pero al darse por concluída así esta innovación, como todas las demás obras de perfeccionamiento y adorno en que se venía trabajando hacía sesenta años, el nieto de Herodes ya no existía, y á su muerte desapareció para Jerusalén y la Judea hasta la sombra de la antigua monarquía para no quedar otra autoridad ni otro poder que el de los gobernadores romanos. A Agrippa II no quedaron más atribuciones que la tutela del templo, esto es, su administración temporal y el nombramiento de sumo sacerdote, con más el gobierno de algunos pueblos de Galilea con el vano título de rey.

A él fué debida la construcción, junto al Xystus, en el palacio que fuera en otro tiempo residencia de los reyes asmoneos, de un gran mirador ó pabellón, desde el cual, por su elevada posición, se gozaba de admirable panorama. Recostado en el triclinio podía ver el rey desde allí y enterarse de cuanto pasaba en el recinto del templo, y esto, que estaba prohibido por la ley judaica, causó no poca irritación entre los magnates de Jerusalén, quienes, para librar las sagradas ceremonias de indiscretas miradas, alzaron una pared que interceptaba la vista, no sólo del mirador real, sino de la galería en que colocaban guardias las tropas romanas en días de gran fiesta.

Disposición semejante disgustó en gran manera á Agrippa y sobre todo al gobernador, que lo era Porcio Festo, y de él partió la orden para el inmediato derribo de la pared construída; los magnates solicitaron que se les permitiese enviar una embajada á Nerón para someterle la decisión del caso, y en efecto, diez personajes, presididos por el sumo sacerdote Ismael y el tesorero del templo, marcharon á Roma. Recibiólos Nerón con benevolencia, y merced á la intervención de la emperatriz Popea autorizó la obra objeto del litigio.

Pero ni este triunfo ni la conclusión definitiva de las portentosas obras del templo, que habrían debido ser para Jerusalén ocasión de solemne regocijo, fueron bastantes á devolver un poco de calma y sosiego al pueblo deicida, desgarrado por la discordia, azotado por la tiranía, vejado por anárquicos desórdenes. Condenado á la destrucción por la profecía de Moisés, lo mismo que por la de Jesucristo, profanado aun antes que terminado, «el templo que fuera manchado con sangre, había de ser, dice Josefo purificado por el fuego.»

Además, la conclusión del templo dejaba sin trabajo y sin pan á diez y ocho mil

hombres, y esta causa, aunque secundaria, venía á agregarse á las otras principales y profundas que hacían inevitable la final catástrofe y que, al demostrar cómo se combinan los humanos desvaríos con las divinas justicias, hacen que la lectura de las historias de aquel tiempo en que se explican, sea de muy elevado y provechoso estudio. Agrippa, que no se atrevió á despedir á aquellos trabajadores, empleólos por espacio de algún tiempo en empedrar las calles; lo que fué de ellos después se ignora, pero se cree que la próxima insurrección encontró entre ellos numerosos auxiliares.

Corría el año 66 de la era cristiana; Nerón imperaba en Roma y Gessio Floro había sucedido á Porcio Festo en el gobierno de Judea. Procedente de Cesárea, donde habitualmente residía, entró con militar aparato en Jerusalén el día 27 de abril, con el propósito de castigar el insulto que se le había inferido cuando poco antes algunos jóvenes amigos de burlas pasearon por la ciudad, aludiendo á la insaciable codicia y rapacidad del gobernador, unas canastas, implorando limosna en favor de un mendigo por nombre Floro. El procurador se presenta con semblante airado, y al día siguiente forma una especie de tribunal ante el que cita al sanedrín para intimarle la inmediata entrega de los culpables; en vano expusieron los judíos la imposibilidad en que estaban de satisfacerle en cuanto aquellos habían tomado ya la fuga, y en vano á las amenazas del ofendido magistrado contestaron con protestas y súplicas para que no hiciera responsable al pueblo pacífico de la falta de unos pocos; el fin de aquella lamentable escena fué lanzarse los soldados contra el gentío que llenaba las calles, y atropellando y robando hacer en él gran número de víctimas. Y hasta se atrevió Floro á lo que nunca sucediera en el imperio romano hasta entonces: muchos judíos pertenecientes al orden ecuestre fueron azotados y ejecutados en suplicio de cruz.

Berenice, hermana de Agrippa, hallábase en Jerusalén, y descalza, suelto el cabello, acudió suplicante á Floro para que cesara la horrenda matanza. El procurador no quiso oirla, y humillada y anegada en lágrimas, sólo debió su salvación á la entereza de sus guardias.

Al nuevo día la sedición y la lucha parecían haber de estallar; pero los sacerdotes hacían grandes esfuerzos para sosegar los ánimos. Floro reunió á los magnates, y manifestóles que el único medio de acreditar su sumisión, era que saliera el pueblo al encuentro de las nuevas cohortes que llegaban de Cesárea, y les dirigiera el acostumbrado saludo.

Convocado el pueblo en el Hierón fuéle comunicada la voluntad del procurador; los más ardientes se negaron á cumplirla, y la multitud mostróse dispuesta á la resistencia; pero entonces se presentaron los levitas y sacerdotes llevando los sagrados vasos, y mostrando sus pechos desnudos y sus frentes cubiertas de ceniza conjuraron al pueblo que no expusiera á total ruina el augusto y sagrado edificio. Su voz fue escuchada, y el pueblo, que cayera de hinojos ante ellos, se levantó para salir al encuentro de las cohortes romanas.

Nuevos y sangrientos desórdenes ocurrieron á la llegada del militar cortejo; saludado

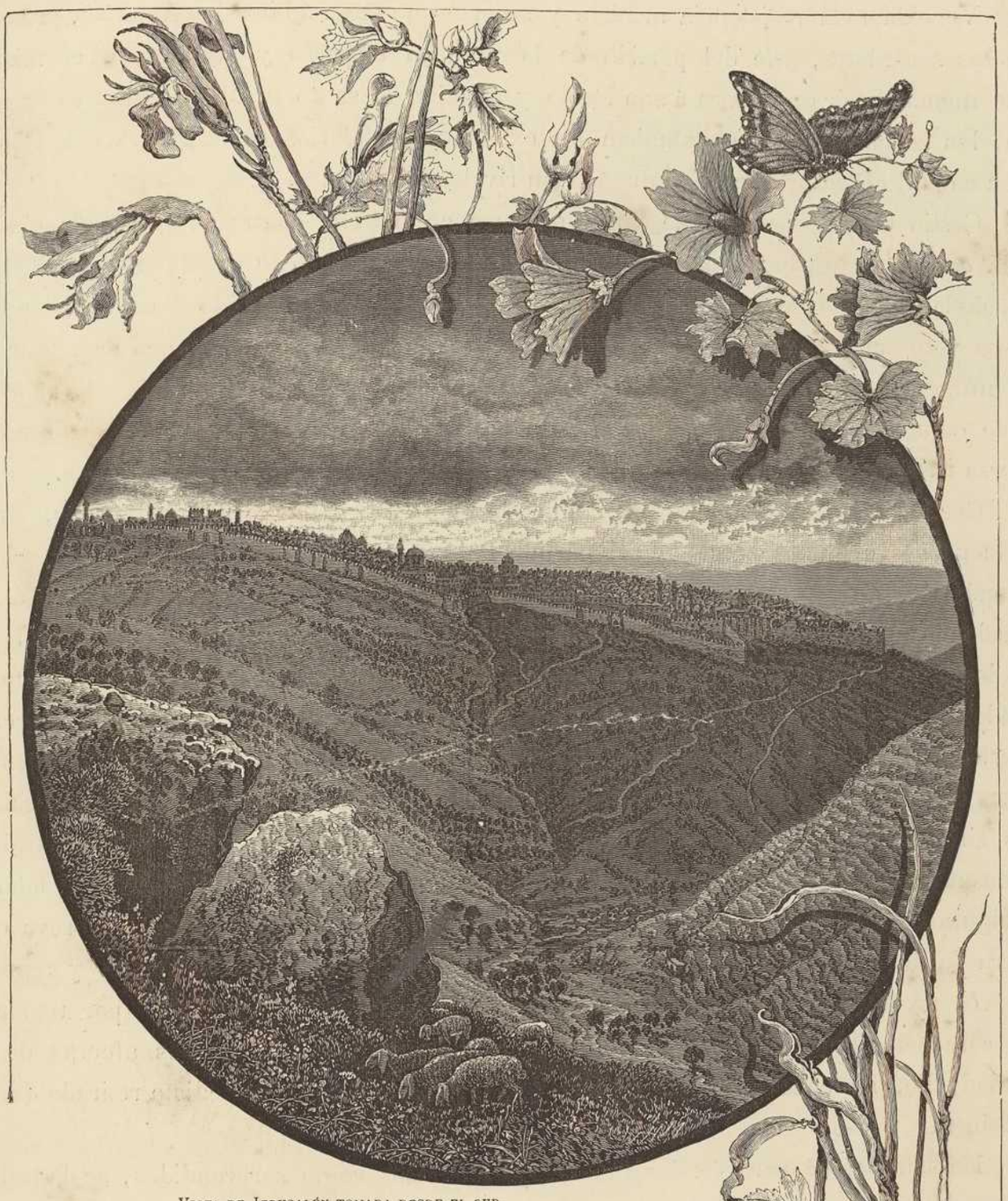
por los judíos, no fué devuelto á éstos el saludo según la costumbre exigía; de ahí algunas voces de disgusto, y á ellas contestaron los soldados dirigiendo sus armas y caballos contra el inerme gentío. La puerta es estrecha para el tropel de fugitivos; en ella perecen pisoteados en gran número; perseguidos y perseguidores la atraviesan en espantosa confusión, y la multitud es arrollada hasta la altura de Bezetha.

Al saber el alboroto, Floro, á la cabeza de las tropas de la ciudad, salió de su morada para encaminarse á toda prisa á la ciudadela Antonia; pero veloz entre el pueblo ha corrido la nueva de que va á apoderarse del tesoro del templo, y en un instante se organiza la resistencia; de todas las casas llueven piedras y toda clase de proyectiles contra los soldados hasta detenerlos en su marcha, en tanto que los judíos más resueltos destruyen la galería que enlazaba el templo con la fortaleza. Floro no tuvo más recurso que desandar lo andado y buscar con sus soldados refugio en palacio.

Llegado allí convoca al sanedrín para manifestarle que, no pudiendo sostenerse en Jerusalén, la abandona á su espíritu de rebelión; tiembla aquél á la sola idea de romper con el César; y ya que el procurador no accede á quedarse, alcanza de él que á lo menos deje destacada una cohorte en la ciudad.

Jerusalén quedó aterrorizada de su triunfo; al tiempo que envió embajadores al procónsul de Siria para justificarse, despachó mensajeros á Agrippa á fin de que intercediera con Nerón y obtuviera de él la destitución de Floro y su reemplazo por procurador más blando y humano. Fué Agrippa sin dilación á la ciudad, y, reuniendo al pueblo en el Xystus, en presencia de su hermana Berenice, que ocupaba vistoso solio en la galería del palacio de los Asmoneos, dirigió á la multitud conmovedoras palabras, suplicándole por el templo, por los sagrados objetos en él contenidos, por los ángeles de Dios que los custodiaban, no exponer el Santo de los Santos á los terribles azares de la guerra. Su discurso llevó algún sosiego á los ánimos alterados y los predispuso á las resoluciones pacíficas; para aprontar el tributo, cuyo pago se había suspendido hacía algún tiempo, recaudáronse sin gran dificultad cuarenta talentos (960,000 reales); para satisfacer en cierto modo á los romanos dióse comienzo á reconstruir la derribada galería que unía el templo con la ciudadela Antonia. Mas calma fué ésta de muy corta duración: el partido que quería á toda costa sacudir el yugo romano, se mostró de cada vez más agresivo, y Agrippa, burlado, escarnecido y atropellado, hubo de salir de la ciudad, que de nuevo quedó entregada á todos los horrores de la guerra civil y la anarquía. Para ayudar á los que deseaban la conservación de la paz, envió Agrippa tres mil hombres de tropas, los que, junto con la cohorte romana que quedara en Jerusalén, pudieron sostener la lucha por espacio de siete días. La llegada de numerosas bandas que, con el nombre de *sicarios*, infestaban hacía algún tiempo los campos de Judea, decidió de la suerte de aquellos prolongados combates: al octavo día el ejército, acosado por el hierro y el fuego, perdía terreno en todos los puntos, y llegada la noche del 23 del mes de julio, el partido de la guerra quedó dueño de Jerusalén. El palacio de Agrippa y Berenice fué incendiado, consumiendo

las llamas los archivos en que constaban las escrituras de hipoteca y deudas; dos días después fué tomada y también incendiada en parte la ciudadela Antonia; el alcázar de



VISTA DE JERUSALÉN TOMADA DESDE EL SUR

Herodes, en el monte Sión, opuso más larga resistencia, y sus defensores no capitularon hasta mediados del mes de agosto, cuando el fuego sólo había dejado en pié sus robustos paredones. Las tropas romanas, exceptuadas de la capitulación, se refugiaron en las invencibles torres de Hippicos, Phasael y Mariamna, y desde ellas presenciaron las sangrientas escenas de los tiranuelos que se disputaban la soberanía de Jerusalén, hasta que, estrechado el cerco y con promesa de conservar la vida, se rindieron. Pero apenas

hubieron depuesto las armas, las turbas las asesinaron sin provocación ni pretexto y sin respeto al día del sábado en que ocurrió la horrible matanza.

Vencida toda resistencia armada y muerto que fuera á lanzadas Anahías, príncipe de los sacerdotes, jefe del partido de la paz, ya disperso y anonadado, el mismo que mandó herir en la boca á san Pablo y á quien el santo predijera entonces trágico fin, los zeladores, así se llamaban los exaltados partidarios de la guerra con Roma, y su caudillo Eleazar quedaban dueños sin rivales de la situación.

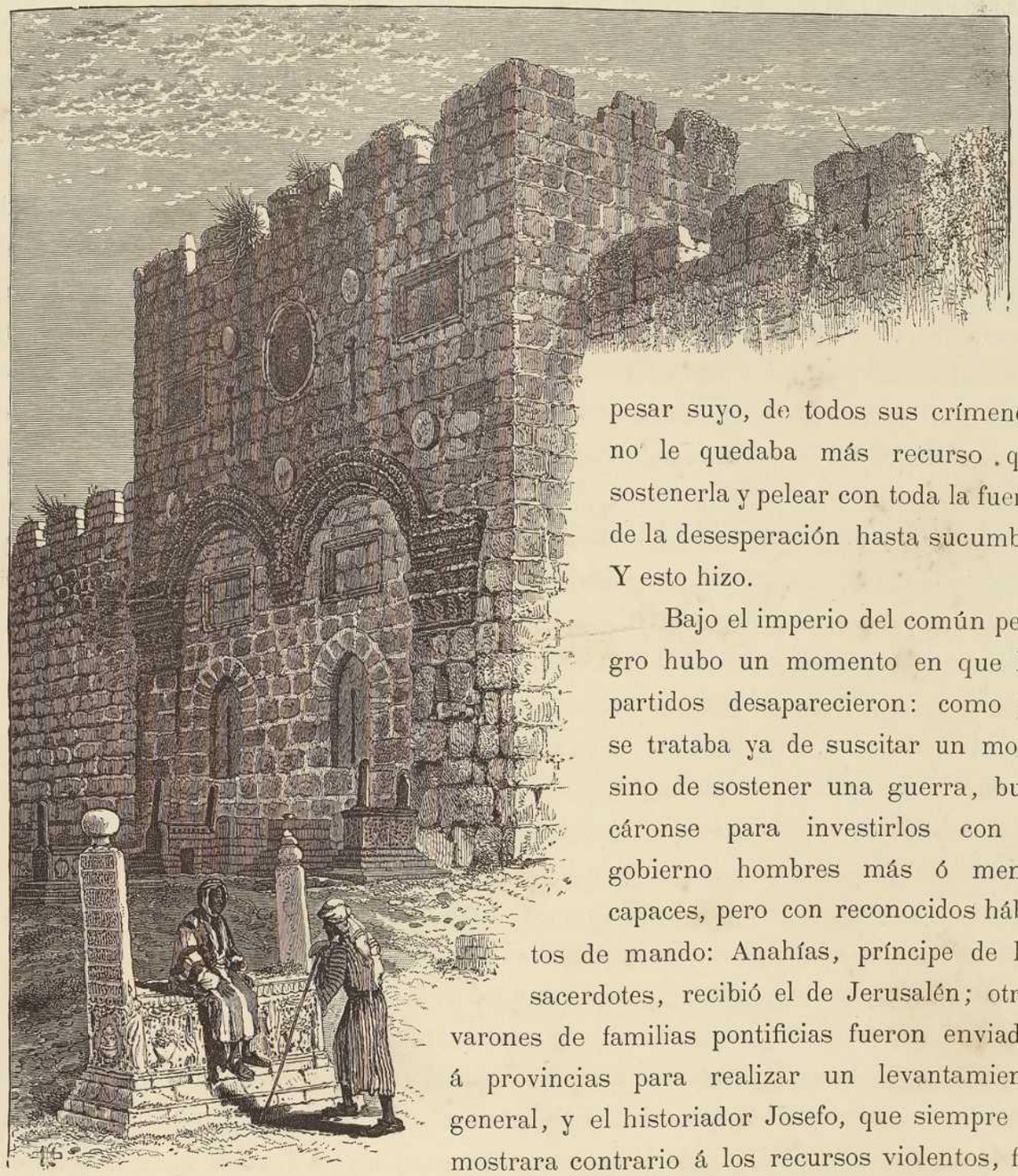
Cestio Galo, procónsul de Siria, se puso en marcha contra la sublevada ciudad á la cabeza de unos 13,000 hombres de tropas romanas y de otros tantos auxiliares; las ciudades sirias, hostiles todas á los judíos, se habían apresurado á enviarle numerosos voluntarios. Para resistirle contaba Jerusalén con defensores que, si bien muchos en número, carecían de disciplina: la fiesta de los Tabernáculos (28 de setiembre á 5 de octubre) había atraído á su recinto una multitud de creyentes ó de conjurados, fuerza irregular, desordenada, sin táctica, con pocas armas y sobre todo sin jefes.

Cestio avanzaba con lentitud, confiando en la discordia de los ciudadanos, en la influencia que pudiese recobrar el partido de la paz, en la inconstancia de las turbas, entusiastas hoy y pusilánimes mañana; por medio de Agrippa ofreció amnistía á los alzados, y hasta les envió parlamentarios; pero todo en vano, hasta que llegado al pié de los muros de Jerusalén la superioridad de las armas romanas recobró el natural predominio. La ciudad baja fué expugnada, y los judíos armados hubieron de hacerse fuertes en el templo y en la ciudad alta; allí los atacaron los romanos y después de cinco días de combates, cuando el templo parecía próximo á perderse, pues ya tocaban los sitiadores á sus puertas, y cuando los caudillos de la sedición se mostraban consternados, por más que Eleazar aun tuvo bríos para mandar arrojar desde el adarve á algunos judíos á quien suponía traidores; cuando, en fin, á causa de lo breve que fuera la lucha esperaban todavía los partidarios de la paz reconciliación y amnistía, el procónsul, ya ignorase lo que en el templo ocurría, ya fuese por temor á la compacta muchedumbre de judíos que iba presentándose en las afueras de la ciudad, dió, por causas que no se han explicado, la orden de inmediata retirada (9 de octubre).

Desastrosa fué para él: los judíos, tan animosos como sorprendidos, se lanzaron fuera del recinto del templo; los grupos que ocupaban los inmediatos montes se precipitaron por todos lados contra las cohortes romanas, y en cada desfiladero, en cada mal paso les causaban numerosas bajas. Por los pedregosos valles de Judea el legionario, cargado con su pesado equipo, el caballero, cuya montura resbalaba en las peñas, retirábanse amilanados, creyendo tener á la espalda poderoso ejército enemigo, y aturdidos por la constante y hostil gritería que salía de todas las alturas acompañada de nubes de flechas. En Gabaón, que fué la primera etapa; hemos visto la derrota sufrida por aquella hueste, que no pudo parar, perseguida siempre, hasta Antipatris, en la costa mediterránea, adonde llegó habiendo perdido cinco mil hombres y el águila

de la duodécima legión. La pena y la vergüenza acabaron en breve con la vida del procónsul.

Pero más que á nadie había de ser funesta al vencedor la inesperada victoria: Jerusalén se encontraba definitivamente presa en la red de la rebelión, y cómplice, á pesar suyo, de todos sus crímenes, no le quedaba más recurso que sostenerla y pelear con toda la fuerza de la desesperación hasta sucumbir. Y esto hizo.



PUERTA DORADA.—TUMBAS MUSULMANAS

Bajo el imperio del común peligro hubo un momento en que los partidos desaparecieron: como no se trataba ya de suscitar un motín sino de sostener una guerra, buscáronse para investirlos con el gobierno hombres más ó menos capaces, pero con reconocidos hábitos de mando: Anahías, príncipe de los sacerdotes, recibió el de Jerusalén; otros varones de familias pontificias fueron enviados á provincias para realizar un levantamiento general, y el historiador Josefo, que siempre se mostrara contrario á los recursos violentos, fué gobernador de Galilea. A la vez más entendidos y menos exaltados que los favoritos de las turbas aquellos hombres eran por lo mismo más idóneos para empeñar la guerra, á ser ésta inevitable, y también para tratar de conciliación, de ser aún la paz posible, según de ello conservaban todavía un destello de esperanza. A su voz y bajo su dirección acabóse la obra del nuevo muro de Jerusalén, forjáronse armas, construyéronse ingenios militares, é hiciéronse, en una palabra, cuantos preparativos requería la guerra nacional provocada.

Pero no se crea que á pesar de esta moderación relativa no se sintiese en la ciudad el desorden y la tiranía que acompañan siempre las situaciones revolucionarias; de ahí que á intervalos se apoderase el desaliento de los más animosos y que se observara en la ciudad creciente emigración. Los cristianos, que veían en lo que pasaba el comienzo de la profecía de Cristo, se apresuraban á abandonar Jerusalén; decíase entre ellos que san Simeón, pariente de Jesús, sucesor de Santiago, que fué su primer obispo, había recibido de lo alto aviso de la catástrofe que se preparaba, y buscaron y hallaron asilo en la ciudad de Pella, situada al otro lado del Jordán y dependiente de los estados de Agrippa, que no tomó en la sublevación la menor parte.

Las tristes nuevas del desastre de las armas romanas y de lo sucedido en Judea recibiólas la corte de Nerón en triunfal viaje por las ciudades helénicas, y un consular de escaso renombre y oscuro hasta entonces, Tito Flavio Vespasiano, recibió el encargo de reparar el daño. A sus órdenes fueron puestas tres legiones, veintitrés cohortes, seis mil caballos y los contingentes de los reyes vasallos, entre ellos Agrippa y Malch, soberano de los nabateos, reuniendo en todo unos sesenta mil hombres; ciento y sesenta máquinas de guerra, ballestas y catapultas de gran fuerza y alcance, seguían al ejército.

Llegado á Antioquía antes de finalizar aquel invierno, Vespasiano, capitán prudente y experimentado, comprendió en seguida la falta que cometiera Cestio Galo al querer herir en el corazón una causa cuyo poderío ignoraba; sin preocuparse de la Galilea alzada á su derecha, de la Judea y la Idumea sublevadas á su izquierda, habíase arriesgado á penetrar desde un principio hasta Jerusalén, rodeado por unos cien mil hombres armados, y el resultado le fuera funesto. Mucho más había de serlo ahora en que la insurrección se había extendido y aumentado en fuerzas; por esto, en vez de pretender derribarla de un golpe, Vespasiano resolvió vencerla ciudad por ciudad y fortaleza por fortaleza, entrar por Galilea, provincia separada de Jerusalén por la de Samaria, y circunscribir así poco á poco y aislar la rebelión en su foco de Jerusalén, dejando que se consumiera por su propia violencia hasta que fuese llegada la hora de descargar el golpe de gracia.

Invadida la provincia de Galilea puede decirse que sólo en dos puntos, en las ciudadelas de Jotapat y Gamala, situadas en escarpadas alturas, opuso la insurrección empeñada resistencia. El gobernador Josefo se había encerrado en la primera junto con las principales fuerzas de la insurrección; después de heroica defensa, que duró cuarenta y siete días, los sitiadores entraron por el aportillado muro matando y devastando en junio del año 67; los sitiados les ahorraron trabajo dándose entre sí la muerte con desesperación, y cuando de cuarenta que se habían escondido en una cueva sólo quedaban el gobernador y un soldado, á quien por suerte había el primero de hundir la espada en el pecho, fueron uno y otro llevados á presencia de Vespasiano. Desde aquel día quedó unido Josefo á la fortuna romana. Esta arrollaba por todas partes á sus enemigos, y entre horrores y matanzas, cuya lectura llena aún el alma de pavor,

volvía á ser poderosa é incontrastada en Galilea y en Samaria, cuando las conmociones y guerras que estallaron en Occidente y fueron causa de la elevación de Vespasiano al solio imperial, hicieron que el victorioso caudillo suspendiera sus afortunadas campañas en ocasión en que se disponía á llevar por fin sus legiones contra la ciudad de Jerusalén.

Dentro de sus muros habían afluído cuantos en la lucha sostenida habían podido librarse del furor de los vencedores, aun más enardecidos en la desesperación de su vencimiento de lo que lo estuvieran en sus esperanzas de victoria. Los residuos de las partidas de aventureros que fueron el terror del país, cuantos patriotas se habían lanzado al campo con las armas en la mano, los más decididos y obstinados de las poblaciones rendidas, todos corrieron á la ciudad santa para defenderla ó acabar la vida en los umbrales del templo.

Todos ellos fueron naturales auxiliares del partido más violento y exaltado, y así vemos que á poco de su llegada desaparecen la unión y relativo sosiego que se estableciera en Jerusalén después de la inesperada victoria alcanzada contra Cestio. De la mayoría conservadora ó moderada no tarda en pasar el poder á la minoría de los celadores, que de nuevo adquiriera considerable predominio y que, dueña del templo, extendía su tiranía á toda la ciudad. Para combatirla el pontífice Ananus puso cerco al santuario, y entonces los sitiados no vacilaron en llamar en su auxilio á los eternos enemigos de los judíos, á los idumeos (Edomitas), los que introducidos en Jerusalén en número de veinte mil hombres, burlando la vigilancia de los guardias en una horrible noche de tormenta, destrozaron á cuanto se les puso por delante, se dieron á horrible matanza en la que perecieron más de doce mil ciudadanos, entre ellos el pontífice Ananus, martirizador del apóstol Santiago, y la ciudad, puesta á merced de Eleazar, caudillo de los zeladores, atrincherado en el templo y en el atrio de los judíos, y de Juan, natural de Ciscala, jefe de los galileos fugitivos, ocupando la ciudadela Antonia y el atrio de los gentiles, quedó entregada á todos los excesos del terror revolucionario. Los idumeos abandonaron al fin á Jerusalén saciados de botín; pero aquella tiranía se prolongó meses y meses: en la siguiente primavera, mientras los romanos contemplaban la sumisión de Galilea, de Samaria y de las costas mediterráneas, continuaban en la ciudad santa las alarmas incesantes, la profanación del templo, las disposiciones de fuerza, las proscripciones y los suplicios, no siendo por cierto respetados ni aquellos hombres que se pusieran en un principio al frente de la sublevación. No en vano Vespasiano, cuando le instaban para que marchara directamente contra Jerusalén y acabara de una vez con una rebelión que así se desgarraba á sí propia, contestaba: «Esperemos, no es tiempo aún; Dios es mejor general que yo, y nos entregará la plaza sin combate.»

En esto se engañó, por más que la anarquía y la violencia siguieron dominando en Jerusalén durante el año de respiro que le dieron las guerras civiles del imperio, finalizadas con la coronación de Vespasiano. A Eleazar y á Juan que se combatían entre sí, habíase agregado un tercer tirano, el aventurero Simón Bar-Gioras que peleaba de

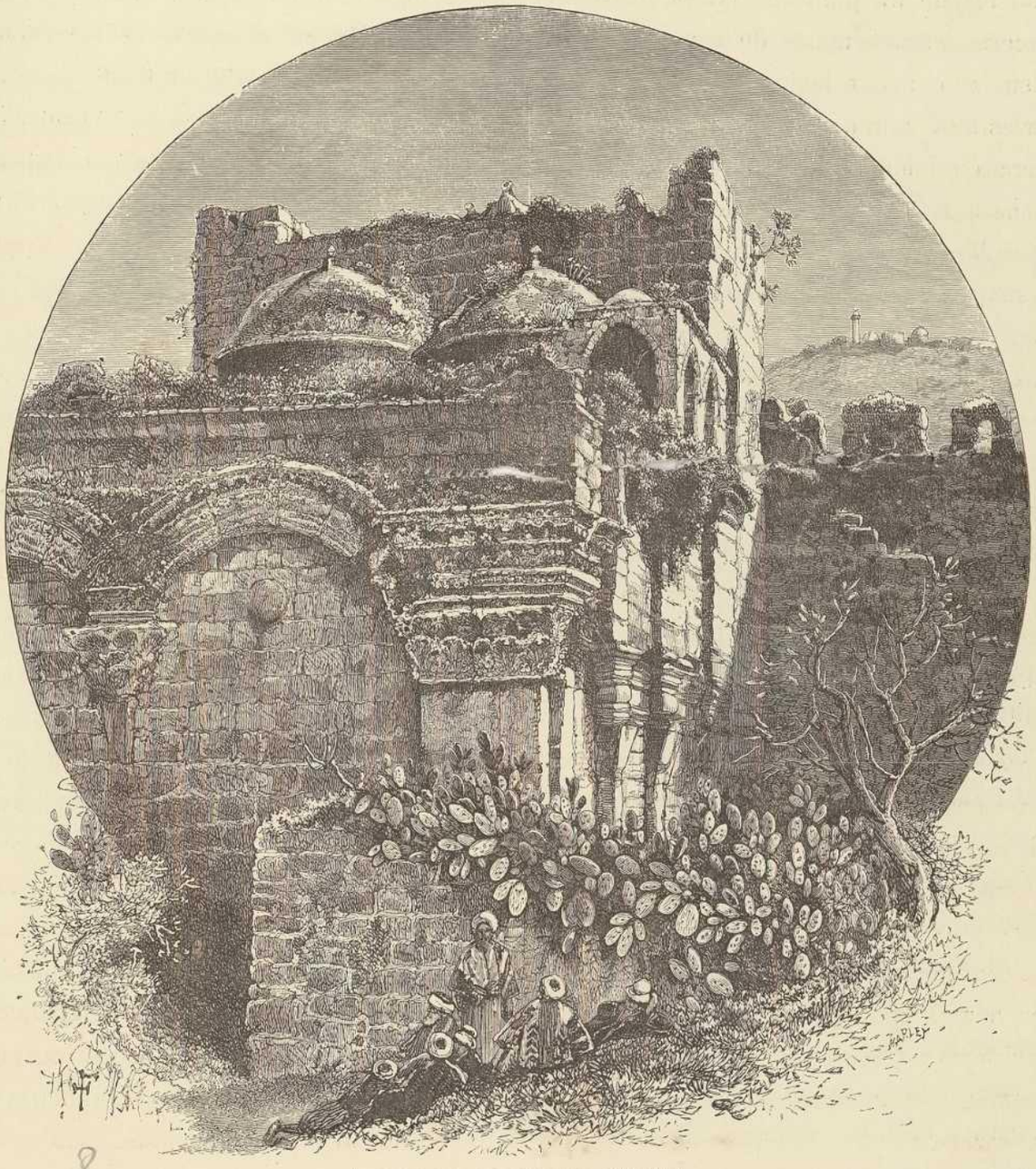
vez en cuando contra el uno ó contra el otro, pero que, como ellos, era siempre azote y terror de los ciudadanos. Esto no obstante, aquella prolongada inacción de las tropas romanas hizo que se estableciese al fin en Jerusalén un sosiego relativo, y la proximidad del tiempo pascual del año 70 produjo entre los judíos una especie de tregua. Los peregrinos pudieron llegar libremente á la ciudad santa, y aunque no en tan gran número como en los años de paz en que había alcanzado á tres millones de almas, todavía lo fija Josefo en un millón y doscientos mil [1] que, no cabiendo en el recinto fortificado, acampaban en los alrededores. Así estaba Jerusalén convertida en hormiguero humano, cuando á principios de abril, Tito, que á las órdenes de su padre Vespasiano y mandando la legión decimaquinta había hecho las anteriores campañas, se puso en marcha desde Cesárea, investido con el mando supremo, para coger la inmensa redada que tenían anunciada los profetas.

Su ejército ascendía á unos sesenta mil soldados sin contar los esclavos; á sus órdenes estaban las tres legiones (5.ª, 10.ª y 15.ª) que hicieran la guerra de Galilea, reforzadas con nuevos reclutas venidos de Egipto; la duodécima que, vencida en tiempo de Cestio, se prometía la reparación de su derrota; las tropas de los reyes vasallos, veinte cohortes de las ciudades sirias, un enjambre de jinetes árabes, constantes enemigos del pueblo judío, y por último gran número de voluntarios romanos, cortesanos del nuevo imperio, deseosos de bienquistarse con la dinastía Flavia en su primera guerra y en la próxima victoria. En Gibeah de Saul, á treinta estadios (legua y media) de Jerusalén, reunióse Tito con la legión quinta que, después de devastar la tierra de Idumea, llegaba de Emmaus, y con la décima, procedente de Jericó: poco temor inspirarían ya los defensores de la ciudad cuando pudo señalarse tan cercano á sus muros el punto de reunión. A las primeras nuevas de la marcha, emprendida al llegar el mes de marzo, á la vista de los primeros exploradores romanos, toda la población acampada extramuros precipitóse fugitiva dentro del fortificado recinto, llenando pórticos y plazas, ocupando murallas y azoteas, y llevando allí con mayor confusión y desorden los primeros temores del hambre. A creer al historiador Tácito, empuñaron las armas, al influjo del patriotismo, todos los hombres aptos para la guerra, lo cual habría dado á la causa judaica más de cien mil combatientes. Josefo, por el contrario, pinta á la generalidad de la población como oprimida y desalentada, sin más deseo que la sumisión ó la fuga; á las milicias propias de la ciudad como desarmadas ó disueltas; á los pontífices y magnates como tenidos por sospechosos los que no estaban proscritos, y reduce por lo mismo las fuerzas de la insurrección á dos mil y cuatrocientos zeladores, seis mil galileos de Juan, cinco mil idumeos y diez mil soldados de Simón. Sea como fuere, ello es que pocos ó muchos, divididos, careciendo de caballería y con escasos recursos guerreros, hicieron frente por espacio de meses á un ejército romano de cincuenta á sesenta mil hombres, provisto de formidables pertrechos, y que en la resistencia llevaron su valor hasta el heroísmo.

[1] El historiador Tácito reduce este número á la mitad, esto es, á seiscientas mil almas.

Refiramos, aunque sea brevemente, las principales peripecias del famoso sitio, haciendo observar los vestigios que de sus obras quedan aún en los alrededores de Jerusalén.

De Gibeah de Saul salió Tito á la cabeza de seiscientos jinetes para reconocer la



LA PUERTA DORADA POR EL LADO OCCIDENTAL
A lo lejos el monte de los Olivos

plaza; atacado por los judíos, el joven César corrió grave peligro, y con alguna pérdida hubo de regresar apresuradamente á su campo.

A él llegó aquella noche la legión quinta para incorporarse al grueso del ejército; y mientras Tito con dos legiones (la 12.ª y la 15.ª) se dirigió á ocupar el monte Scopos, la recién llegada quedó á tres estadios en su retaguardia. Aun pueden verse en la meseta de aquel monte el largo *vallum* que probablemente separaba á una legión de

otra, un *tumulus* considerable al extremo de otra trinchera ó *vallum* y prolongadas hileras de piedras que se cruzan sin causa aparente, lo cual se atribuye á que allí mismo habían acampado recientemente las tropas de Cestio.

Apenas habían comenzado los trabajos para poner los campamentos del Scopos á cubierto de un golpe de mano, cuando la décima legión, que recibiera orden de establecerse á seis estadios de las murallas, hizo su aparición en el monte de los Olivos. A su vez aquellos legionarios dieron principio á las obras de establecimiento, pero, sin darles momento de reposo, cayeron sobre ellos varios batallones salidos de Jerusalén; la derrota de los romanos fué completa, y la legión corría peligro de ser exterminada cuando Tito, con parte de sus fuerzas, voló á su socorro y pudo rechazar á los vencedores. Mas éstos aguardaron á que el príncipe abandonase el campo y regresase al suyo para volver al ataque con nuevos bríos y decisión mayor, y en efecto, de nuevo iban á ser arrollados los legionarios cuando Tito se presentó otra vez, y casi solo se lanzó á la pelea. Al mirar los soldados á su caudillo envuelto por el enemigo, volvieron al combate, y lograron al fin arrojar á aquél al fondo del valle. Sin otro tropiezo fueron continuadas y acabadas las obras de defensa.

De ellas no queda en la cumbre del monte de los Olivos, entre las labradas tierras que lo forman, señal ni vestigio alguno.

Explanado el terreno, cortados los árboles, derribadas las casas al noroeste de la plaza á fin de facilitar el paso de tropas, ingenios y convoyes, Tito, para acercarse al punto vulnerable, trasladó su cuartel general á la distancia de dos estadios haciendo frente á torre Psephina, al tiempo que una legión fué á establecerse al frente de la torre de Hippicos. Por haberse realizado estos movimientos de tropas el día de la festividad de los Azimos (12 de abril) nada hicieron los sitiados para impedirlos, tanto menos en cuanto Juan de Giscala había aprovechado la solemnidad de la fiesta para introducir sus soldados en el templo y despojar á Eleazar de su exclusivo dominio, que desde aquel día quedó compartido entre ambos.

Mientras se abrían trincheras y se hacían preparativos contra la torre Psephina, construyéronse varios *aggeres* ó grandes terraplenes en otros puntos inmediatos, destinados á sostener las torres de ataque y á formar las esplanadas para los ingenios de batir. De este gran movimiento de tierras quedan subsistentes aún muchas y evidentes señales; aunque allanados por el tiempo, varios de aquellos terraplenes se elevan todavía algunos metros del suelo y ofrecen un aspecto muy caracterizado y propio.

Concluídos tres *aggeres* dirigidos contra otros tantos puntos en que era la muralla de Agrippa menos elevada y fuerte, fueron arrastradas á ellos las torres y comenzó la destructora obra de los arietes. La *helepolis*, torre de nueve pisos con numerosos soldados á la que los judíos dieron el nombre de Nicon (la Victoriosa), fué arrimada al muro entre granizadas de piedras y flechas, y empeñáronse sangrientos combates. Viva fué la resistencia; en una salida, algunas máquinas romanas fueron pasto de las

llamas, hundióse una torre de madera, y hasta Tito hubo una vez de sacar la espada para reprimir la audacia de los sitiados. Al fin en 23 de abril quedó abierta una brecha que los judíos ni siquiera trataron de defender; la ciudad nueva, el vasto recinto de Bezetha hasta el valle del Cedrón quedó en poder de los romanos, y Tito pudo, trasladando á él su cuartel general, plantar la tienda en lo que era llamado campo de los Asirios, en memoria del sitio de Sennacherib.

Del tercer campamento de Tito ni vestigio queda, ni es posible rastrearlo, ocupado como está aquel sitio por un barrio de Jerusalén.

Sin dilación dióse comienzo al ataque contra el segundo recinto, y fué dirigida la *helepolis* contra la torre que se alzaba en medio del muro septentrional; después de cinco días de incesante pelea y de otras tantas noches de continuas alarmas, fué expugnado el recinto, y los sitiadores se lanzaron á él por un punto donde se hallaba establecido un bazar para el servicio de la ciudad nueva. De él partían estrechas y tortuosas callejuelas, y los romanos, sin reconocer el terreno que ante ellos se ofrecía, ni destruir el muro que acababan de asaltar, cometieron la imprudencia de penetrar por ellas; á los disparos que á mansalva les asestaban los judíos, muchos perdieron la vida, y á las pocas horas tuvieron que retirarse abandonando el recinto conquistado.

Cuatro días después repitieron el asalto, esta vez con completo y para ellos buen suceso. El muro septentrional del segundo recinto fué demolido, y los sitiados hubieron de refugiarse en el tercero y último recinto (2 de mayo).

Acra y Bezetha, la parte inferior y más vasta de Jerusalén, pero la menos fuerte, quedan en poder de los romanos; faltábales conquistar la parte alta y mejor fortificada. El templo y la ciudadela Antonia continuaban ocupados por los soldados de Eleazar y Juan; Sión ó el recinto superior de la población pertenecía como antes á Simón. La sublevación conservaba, pues, todas sus fortalezas, y defendíanla por un lado la muralla y las escarpadas pendientes del templo, y por otro las torres y los precipicios que limitaban la ciudad alta por norte, poniente y mediodía; además, como la plaza no se hallaba aún cercada, podía abrigar la esperanza de abandonarla en el último trance.

Mas por aquel entonces tal facilidad no era por nadie aprovechada; en la gente armada el entusiasmo y el ardor iban creciendo en vez de disminuir, y la generalidad del pueblo, por patriotismo, por fuerza ó por miedo (que esto no se sabe), se había retirado con los hombres de guerra en Sión y en el templo. Este fué sobre todos el refugio con más fervor elegido; de tener que sucumbir, era un consuelo morir en su sagrado recinto. A todo esto la escasez y las enfermedades se dejaban sentir cruelmente, inevitable resultado de la extraordinaria aglomeración de gente, tan desproporcionada con los habituales recursos de la población. Todas las noches por las puertas del Mediodía salían á merodeo numerosos grupos de hombres hambrientos, y exponiéndose á ser alanceados por los jinetes árabes que rondaban por la llanura, bajaban al valle de Ben-Hinnom para recoger algunos víveres en la devastada campiña.

A este malestar uníanse y corrían de boca en boca los más funestos presagios. Refiere Josefo que un inspirado campesino por nombre Jesús que hacía algún tiempo corría las calles gritando—¡Infeliz de tí ¡oh Jerusalén!—luego de comenzado el sitio, después de vocear como siempre sus fatídicas amenazas para la ciudad, el templo y el pueblo, añadió:—¡Ay de mí, infeliz!—y sin dejarle apenas tiempo para concluir, una piedra arrojada por una ballesta desde la línea romana le dejó sin vida.

Como si la penosa conquista de Bezetha y Acra hubiese fatigado á los vencedores tanto como enardecido á los vencidos, suspendió Tito por cinco ó seis días las operaciones del sitio, dando algún tiempo de descanso á sus soldados y de reflexión á sus enemigos. Para hacer á su vista alarde de sus numerosas y disciplinadas tropas, dispuso, con pretexto de pagarlas, que formaran en solemne revista en la cumbre y las laderas del Scopos, y á poco envió á Josefo al pié del muro portador de pacífico mensaje. Sin embargo, todo fué en vano: nada bastó á mover el alma de aquellos hombres de hierro, como los llama dicho historiador, últimos defensores de la patria hebrea que se consideraban, quizás con fundamento, como exceptuados de toda clase de amnistías. Apelando entonces al rigor, el caudillo romano apostó caballería contra los nocturnos merodeadores, y una mañana hizo crucificar á la vista de la ciudad á quinientos de aquellos infelices. A otros enviólos cautivos á Juan con los puños cortados, sangrientos embajadores, para que apiadándose de la ciudad y del templo, no obligase á los romanos á dar el postrer combate; pero no produjeron estos medios mejor resultado, y desde el adarve respondieron los sitiados con atroces injurias contra Tito y el emperador.

Continuaron, pues, las obras de ataque; á cada una de las cuatro legiones se impuso la construcción de un terraplén ó *agger*, dos contra la torre Antonia y dos contra el muro septentrional de la ciudad alta; pero apenas levantados después de diez y siete días de trabajo, los primeros, á impulso de poderosa mina, se hundieron entre torbellinos de polvo y de llamas, y dos días después fueron destruídos los otros dos con cuantos ingenios allí se habían conducido (30 de mayo).

Al siguiente día reunió Tito un consejo de guerra, y rechazada en él la proposición de un asalto general inmediato, considerada difícil si no imposible la construcción de nuevas obras y máquinas de ataque, por lo escasa que estaba la madera en aquellas comarcas devastadas, se adoptó el sistema del bloqueo por medio de una línea no interrumpida de contravalación. Partiendo del cuartel general ó campo de los Asirios hacia oriente, cortaba la parte inferior de Bezetha ó la ciudad nueva para bajar al valle del Cedrón, y atravesándolo, seguir de norte á mediodía por el monte de los Olivos; pasaba por el monte del Escándalo, famoso por la idolatría de Salomón; otra vez atravesaba el valle, y en la colina llamada del Mal Consejo hallaba el sepulcro del pontífice Ananus, suegro de Caifás, el campo de Haceldama, adquirido con los treinta dineros, y la quinta de Caifás en que se tuvo el conciliábulo en que fué resuelta la muerte del Salvador; continuaba luego de mediodía á norte coronando siempre las alturas, y volvía y acababa en las trincheras del campamento de Bezetha, en el mismo

punto de partida. Diez y siete días hubieron de emplearse en levantar los ya inservibles terraplenes, y en tres, de 31 de mayo á 2 de junio, como si las legiones trabajasen movidas por actividad sobrehumana, dice Josefo, quedó concluído aquel muro de tapia, piedra y arbustos de treinta y nueve estadios de extensión (5 kilómetros y 800 metros), defendido por trece reductos ó *castella*. En el monte de los Olivos pasaba por el punto mismo en que, según la tradición cristiana, Jesucristo, al mirar á Jerusalén, se había detenido para llorar por ella y exclamar: «Días vendrán contra tí en que tus enemigos te cercarán con vallado y te estrecharán por todos lados.»

De aquella grandiosa obra subsisten aún evidentes vestigios: en aquel monte pueden seguirse por espacio de unos setecientos metros formando uno de los límites del cementerio judaico; encuéntranse de nuevo en el camino de Bethania, en la vertiente que domina la aldea de Siloan, en una extensión de seiscientos metros, y otra vez aparecen muy caracterizados durante unos trescientos metros en la ladera oriental de la colina del Mal Consejo, en línea paralela al valle de Hinnom. En las inmediaciones de la puerta de Jaffa existen en unos doscientos metros, lo mismo que á poca distancia de la puerta de Damasco, donde definitiva y naturalmente se pierden, porque por aquel lado se unía la línea con el lado occidental del campamento de Tito. De los trece reductos ha podido determinarse la situación de doce, indicada por grandes montones de cascote en las eminencias que dominan los valles.

La ciudad quedó como presa en un círculo de hierro; para los sitiados se cerraron todas las salidas. A poco cebóse el hambre en la multitud con creciente furor, y la mortandad fué espantosa; el relato de las escenas de horror que en la ciudad santa ocurrieron no puede ser leído sin estremecimiento, y es sabido el pavoroso episodio de aquella madre por nombre María, hija de Eleazar, que mató á su tierno hijo y devoró su carne. Al saber tantos horrores, á la vista de los inmensos pudrideros que se habían formado en los valles de Hinnom y Josafat con los innumerables cadáveres que cada noche despeñaban los sitiados desde el muro de la ciudad y los pórticos del templo, Tito quiso que á toda costa concluyera la espantosa tragedia, y dispuso emprender otra vez las obras de ataque contra la torre Antonia. De larga distancia trajéronse los árboles maderables, y después de veintiún días de trabajo (de 4 á 26 de junio) cuatro terraplenes más altos aun que los primeros amenazaron la ciudadela. Al impulso del ariete abrióse en el muro dilatada brecha; y por ella, una noche (30 de junio) llegaron sigilosamente algunos romanos á la esplanada en que se alzaba la torre, acuchillaron á los centinelas judíos y toda la fortificación cayó en su poder. Sorprendidos los sitiados se retiraron al templo por subterráneos pasadizos; hasta allí los persiguieron los vencedores, y cuenta Josefo de un centurión que, atravesando el pórtico exterior, llegó solo hasta el ángulo del *hierón* interior por el atrio de mosaico que jamás pisara un gentil. Helados de terror por tanta audacia los judíos retrocedieron al santuario, y dice aquel historiador que si los clavos de su herrado calzado no le hubiesen hecho resbalar y caer sobre el pulido pavimento del Lithostrotos, aquel hombre se habría apoderado

del templo y la lucha habría quedado terminada. Al ruido de su caída los fugitivos volvieron el rostro; en un instante quedó acribillado de heridas, y á pesar de su desesperada resistencia, como nadie acudió en su auxilio, acabó por sucumbir.

Varios días emplearon los sitiadores en derribar los muros exteriores de la ciudadela, y con ellos se procuraron los materiales para establecer vasta rampa hasta los atrios exteriores del templo. En él cesó entonces (12 de julio) el sacrificio perpetuo ordenado por la ley de Moisés; según ella, cada mañana y cada tarde había de ofrecerse al Señor un cordero por los pecados del pueblo, y únicamente en la época de las grandes calamidades del cautiverio de Babilonia y de la persecución de Antíoco se había interrumpido la piadosa práctica. En el día expresado cesó porque en la ciudad presa del hambre no se encontraban ya víctimas, y cesó para no reproducirse jamás. Con ello coincidieron nuevas proposiciones hechas por Tito también por medio de Josefo; pero la adversa suerte de las armas, el hambre y los horrores que los rodeaban no pudieron hacer mella en el duro corazón de aquellos hombres, y fueron como las otras rechazadas.

A creer á Josefo, Tito protestó entonces ante Dios, para descargo de su conciencia, de que eran los judíos, no él, los que preferían á la paz la guerra, la esclavitud á la libertad, á la abundancia el horrible manjar con que María se había sustentado. «La ciudad que fuera testigo de tan enorme crimen, dijo, no merece ver por más tiempo los rayos del sol.»

Impulsados los judíos por un valor desesperado se lanzaron contra los legionarios cuando éstos con el pico y la azada daban la última mano á sus trabajos: vano esfuerzo. Rechazados, concéntranse en el templo interior entregando antes á las llamas los pórticos del norte y del oeste; en ellos se establecen los romanos, y los arietes ruedan sobre el marmóreo suelo del atrio de los gentiles y baten el sagrado muro del santuario, que se alza todavía firme y fuerte. Tito ha recomendado á la hueste el respeto por el monumento incomparable que ha de ser el trofeo más preciado de su costosa victoria; pero en vano: vencidos otra vez los judíos en una salida desesperada y poseídos de furor los romanos por la obstinada resistencia, un soldado, haciendo que sus compañeros le levantasen hasta una de las doradas ventanas que por el lado del norte abrían en una de las estancias inmediatas al santuario, arrojó por ella uno de los ardientes tizones que caían de los incendiados pórticos. Prende el fuego en los ricos artesonados, y en un momento se comunica á las contiguas salas y después al santuario. Al saberlo Tito, que fatigado se había retirado á su tienda, acude presuroso y con el gesto y con la voz quiere contener á los soldados y obligarles á combatir las llamas. Su voz, empero, se pierde entre el terrífico estruendo, sus ademanes no son obedecidos: la soldadesca codiciosa del oro que le han dicho existir en el templo se empuja y se precipita entre los humeantes escombros atizando por doquiera el incendio. También el César, queriendo salvar á toda costa el sagrado monumento, penetra en lo que no es ya lugar santo y por un instante pueden sus ojos profanos contemplar las preciosidades que había visto únicamente el sumo sacerdote; al pasar el umbral, esforzándose

aún en dar voces para combatir el fuego, un soldado lo prende en las hojas de la puerta del propio santuario, y á poco las llamas lo invadieron todo. Cumplían aquellos feroces guerreros una misión divina, pues escrito estaba en el libro de los eternos decretos que el día 9 del mes de Ab (4 de agosto del año 70, día de sábado), sería el postrero del templo de Herodes; en igual día, á seiscientos setenta y siete años de distancia,

Angulo noroeste del Haram ech-Cherif

fué reducido á pavesas el templo de Salomón por los babilonios de Nabucodonosor: éste fué destruído para ser reedificado transcurridos setenta años; aquél cayó para no levantarse jamás.

La última hora del templo fué acompañada de horrible matanza; al tiempo que las llamas con agudos chirridos se enlazaban y formaban espantosos torbellinos, y el soberbio edificio, pórticos, templo, santuario, iba abismándose con pavoroso estrépito

en inmenso y ardiente brasero, los romanos, acuchillando á cuantos se les ponen por delante, hombres, mujeres y niños, inundan con sangre humana el altar de Jehová. Hubo un instante supremo en que á aquellos que veían de lejos la colosal hoguera les pareció que todo el monte Moriah ardía hasta en sus fundamentos, y entonces á los gritos de furor de los soldados gentiles, á los rugidos de los hebreos que aun peleaban rodeados de llamas, á los clamores de la inerme multitud que los combatientes judíos empujaba hacia las legiones y los aceros romanos hacia el incendio y la muerte, á los lamentos de los moribundos respondió de la ciudad un gemido tan lamentable é intenso, que fué repetido, según Josefo, por los ecos del mar Muerto y de las montañas de Perea. Escena de horror más espantosa no la registra la historia: ¡digno castigo de los que se atrevieron á pedir que la sangre del Justo cayera sobre ellos y sobre sus hijos!

La ruina del templo fué total y completa; lo poco que respetó el fuego cayó en breve derribado: de los pórticos, del templo interior, del santuario no quedó, según palabras del Evangelio, piedra sobre piedra. Mil ciento y treinta años se habían cumplido desde que Salomón diera en aquel sitio comienzo á las primeras obras. Cuantos tesoros se acumularon allí desde hacía siglos cayeron en manos de los soldados; fué tanto el oro que se llevaron que el valor de aquel metal bajó por mitad en las ciudades de Siria. El velo del Santo de los Santos, el libro de la Ley, la mesa de los panes de proposición, el candelabro de siete luces, la lámina de oro que brillaba en la frente del sumo sacerdote formaron parte del botín atribuído á Tito.

Al día siguiente las legiones plantaron sus estandartes en el solar del incendiado monumento, hicieron un sacrificio á los dioses y proclamaron á su general *imperator*.

Sin embargo, Jerusalén no había sido aún expugnada en todas sus partes; rendido el templo quedaba izada la bandera judaica en Sión, hasta donde, por medio de incontrastable esfuerzo, lograron llegar los mermados restos de los batallones de Juan de Giscala, llevando éste á su cabeza. Unidos allí con las fuerzas de Simón prolongaron por algunos días más la agonía de la Ciudad santa. De una entrevista entre los dos caudillos y el César en medio del puente que cruzaba el valle de Tyropœon, no resultó su rendición como se creía en el campamento romano; Juan, negándose con arrogancia á aceptar el perdón y la mano que el vencedor le tendía, pidió para sus soldados y el pueblo libre paso y facultad de retirarse al desierto, y Tito dispuso que sin dilación se emprendieran las obras de ataque. Mientras éstas adelantaban permitió á sus soldados incendiar los barrios de Acra, hasta entonces respetados, y los alaridos del dolor de las víctimas fueron para los moradores de la ciudad alta anuncio de que del campamento romano no había ya que esperar misericordia.

Exceptuando las tres plazas fuertes de Herodia, Masada y Macheronte, que aun sostenían la causa judaica, en el recinto de Sión se hallaban encerrados los tristes residuos de la nación hebrea: algunos miles de soldados que después de tantas luchas, privaciones y padecimientos sentían agotadas sus fuerzas, ya que no su valor, y con ellos una población desarmada muy numerosa todavía, como que llenaba todas las casas

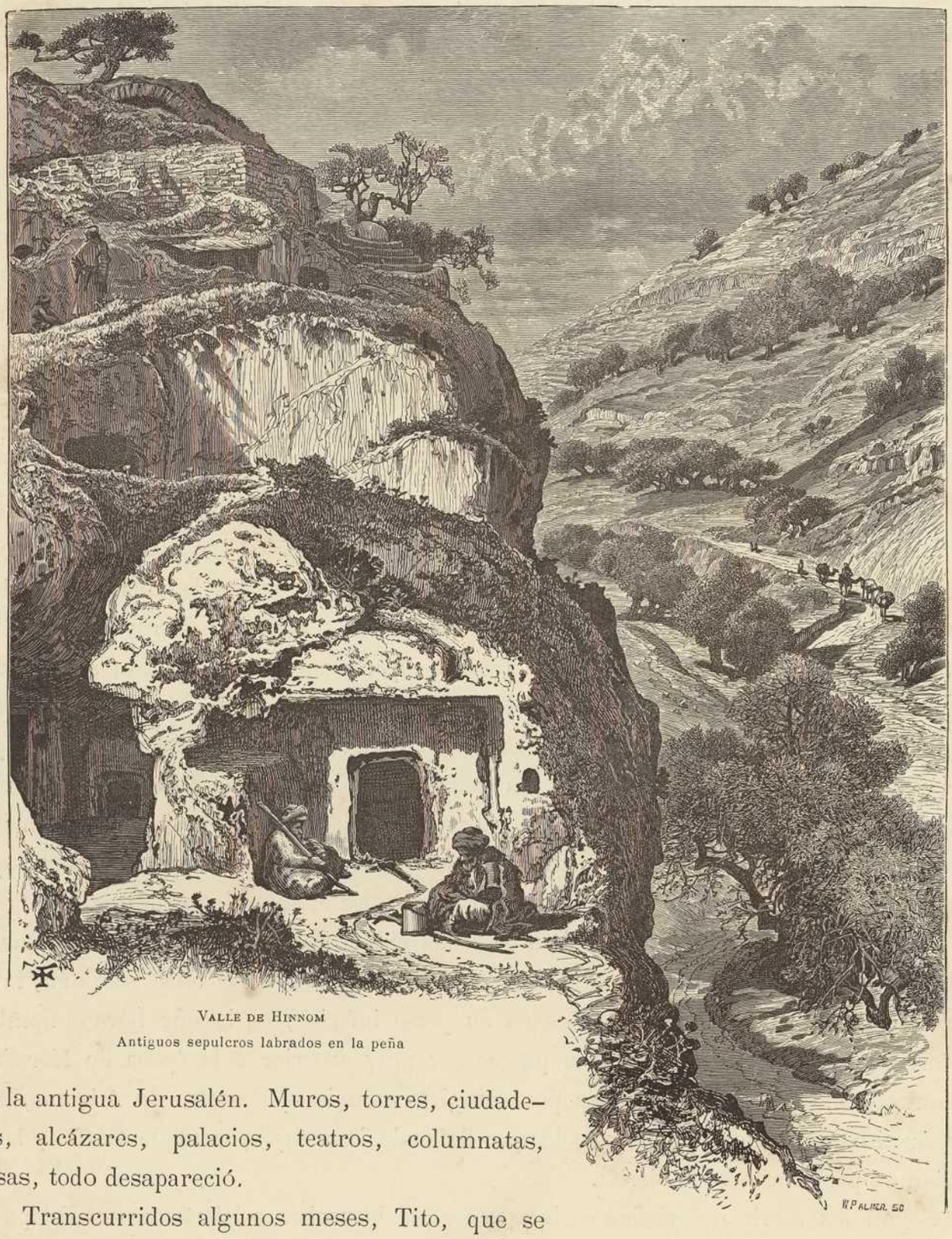
y hasta las calles. Cuando los sitiadores, después de varios días de trabajos, acercaron los ingenios al muro y la torre *helepolis* lanzó contra él nubes de piedras y flechas, apenas quedaron en el adarve combatientes; y así que el ariete abrió brecha en la cortina occidental y se dejó oir el fatídico grito: «¡Los romanos llegan, los romanos están dentro de la plaza!» produjose espantosa confusión, buscando todos en tropel refugio en los subterráneos y lugares ocultos. Esto hicieron también Juan y Simón sin pensar que en las tres torres de Hippicos, Phasel y Mariamna podían hallar inexpugnable asilo.

Los romanos penetraron en Sión matando, devastando é incendiando (1.° de setiembre); la mortandad fué horrible, y aun así, cuando por orden de Tito cesó la matanza, ascendieron á un gran número los cautivos que fueron amontonados en el recinto del templo y encerrados en lo que había sido atrio de las mujeres. A cuantos habían peleado se condenó á muerte, excepto á algunos de pocos años y arrogante presencia reservados para la triunfal entrada en Roma; los más jóvenes y robustos quedaron destinados á las minas y al anfiteatro; los demás, así como los niños, mujeres y ancianos, fueron vendidos como esclavos. A pesar del modo somero y rápido con que la separación se hizo, duró la tarea lo suficiente para que muchos prisioneros que no recibieron alimento ó lo rehusaron pereciesen durante ella de hambre.

Después de aquella lucha de cinco meses, de las trincheras y terraplenes levantados por los romanos dentro de la misma ciudad y de los repetidos incendios que sufriera, no habían de quedar en Jerusalén sino ruinas, entre las que los legionarios andaban afanosos buscando oro, y Tito, que una vez arruinado el santuario prefería que el pueblo judío no pudiese cifrar en su venerada ciudad esperanzas para un nuevo alzamiento, dispuso que fuese arrasado cuanto del templo y de la ciudad quedaba. Exceptuó únicamente una parte de la muralla de occidente para servir de alojamiento á las tropas que allí habían de quedar, y además las tres soberbias torres de Phasael, Mariamna é Hippicos; al admirar su gigantesca estructura, su singular primor é invencible fortaleza quiso conservarlas como monumento de la gloria romana, y es fama que de ellas dijo: «Evidentemente nos ha valido la victoria el favor de los dioses, pues sólo un dios ha podido lanzar á los judíos de estas ciudadelas. Contra ellas nada habría podido la mano de los hombres, ni la fuerza de los ingenios.» De ellas sólo una, la de Phasael, queda en pié, por lo menos en su parte inferior; es la que lleva el nombre de torre de David, cuya maciza base parece ser muy anterior á la época de Herodes; las otras dos, que serían arrasadas por completo cuando el desastre de Adriano, han sido sustituídas, la de Hippicos por la que defiende la actual puerta de Gaffa, y la de Mariamna por otra torre moderna.

Según los escritores cristianos, la casa en que Jesucristo celebró con sus discípulos la cena y en que descendió sobre los apóstoles el Espíritu Santo quedó también en pié, lo mismo que un resto del pináculo del templo en que Jesús fué tentado por Satanás; autores hay que aseguran haber existido hasta el siglo v parte de la torre que formaba el ángulo sudeste. Hoy hasta esas ruinas han desaparecido, y aquel basamento angular,

varios sepulcros, fragmentos del recinto exterior del templo, las jambas de la puerta que lleva el nombre de Dorada, otros vestigios de puertas como aquélla tapiadas, cimientos de muro y torres, algunas columnas romanas, apenas visibles por el revoque que las cubre, ruinas de estanques y albercas es cuanto queda, según iremos viendo,



VALLE DE HINNOM
Antiguos sepulcros labrados en la peña

de la antigua Jerusalén. Muros, torres, ciudadelas, alcázares, palacios, teatros, columnatas, casas, todo desapareció.

Transcurridos algunos meses, Tito, que se disponía á partir para Italia, llegó á Jerusalén por última vez, y halló rematada la obra de destrucción que ordenara. La décima legión acampaba en medio de los escombros, ocupada aún en excavar el suelo en busca de tesoros; un corto número de infelices viejos á quien la compasión dejará libres, lloraban sobre las ruinas del

templo; ellos y algunas pobres hebreas que se habían convertido en degradado juguete del soldado, eran todo lo que vivía de la sinagoga. Unos pocos cristianos recién llegados de su retiro de Pella con el obispo Simeón comenzaban á reunirse y á continuar entre sombras sus asambleas en el Cenáculo, excepto aquellos escasos y diseminados moradores y las tres torres herodianas aisladas en medio de aquel desierto, nada más quedaba ni otra huella se veía de una ciudad que antes del sitio contó más de cien mil habitantes. La inmediata campiña, devastada á causa de las obras del sitio en cinco leguas á la redonda, hollada incesantemente por los piés de las tropas, los cascos de los caballos y de las ruedas de las máquinas, se ofrecía por falta de cultivo en su natural aridez; rotos los acueductos, cortados casi todos los árboles, había tomado el aspecto de desolada tristeza que nunca más la abandonó y que aun conserva.

Cuéntase que á la vista de tanto duelo Tito lloró, y que acallando la voz de la guerrera soberbia, abominó de su propia gloria, tomó al cielo por testigo de que no había de envanecerse por la victoria alcanzada, y proclamó haber sido su brazo mero instrumento de un celestial castigo, sentimiento de compasión que si pudieron compartir con el César los gentiles de Occidente, estaban muy distantes de sentir los idólatras árabes, sirios y fenicios, vecinos del pueblo de Judá y sus constantes enemigos hacía quince siglós. Por esto, cuando Tito se presentó en medio de ellos con el doble trofeo de su victoria, tesoros y cautivos, cada una de las jornadas de su marcha fué un verdadero triunfo. En las dos Cesáreas, en Berito, en Antioquía precipitóse el pueblo á su encuentro, las ciudades le ofrecieron coronas y juegos, espectáculos y suplicios de los infelices vencidos festejaron su paso. Pero el triunfo mayor y más solemne obtúvolo el joven *imperator* en Roma adonde llegó en la primavera del año de 71. Vespasiano salió la víspera á recibir á su hijo, y á la siguiente mañana los dos verificaron en la ciudad eterna su solemne entrada.

Era el cortejo, según enfática expresión de Josefo, como un río no interrumpido de plata, marfil y oro, viéndose en su corriente magníficas telas, coronas con piedras preciosas, dioses llevados en las sagradas andas, animales de Oriente con sus habituales arreos y muchos objetos raros, como el árbol del bálsamo, del cual se creía crecer únicamente en Judea. En pos de estos tesoros venían como más glorioso botín, los prisioneros, cubiertos con vistosos trajes que no bastaban á ocultar su pena y aniquilamiento. De los cien mil cautivos que aproximadamente diera la guerra habíanse escogido setecientos, los de más bello talante, los de valor más renombrado, y á su cabeza marchaba Simón, hijo de Gioras, recibiendo azotes y pendiente de su cuello la cuerda que había de servir en breve para estrangularle. Seguían los simulacros de las ciudades expugnadas, de una altura de tres ó cuatro pisos, con bajo-relieves incrustados de plata y marfil representando los pasos más gloriosos de la lucha; en la comitiva veíanse hasta naves con todo su aparejo, y venían, en fin, los despojos del templo, los candelabros, los vasos de oro, las sagradas trompetas, el velo, la mesa de los panes, el candelero de siete brazos, la plancha de oro con el nombre de Jehová y el libro de la Ley, cerrando

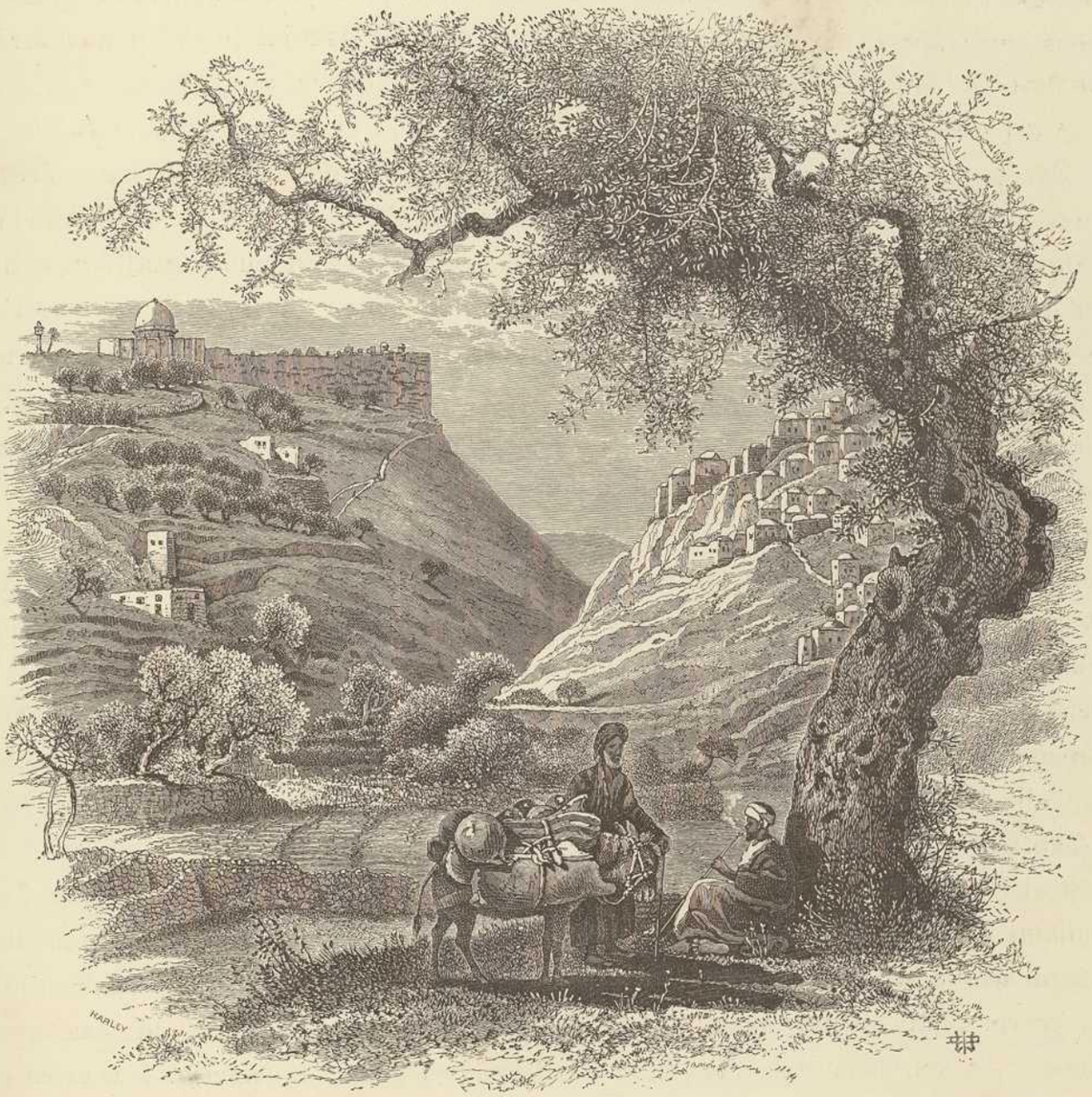
la marcha los dos príncipes en carro triunfal, rodeados de laurel y púrpura. Al llegar al Foro, junto á la cárcel Mamertina, el cortejo se detuvo breve rato; Simón fué introducido en el Tullianum, calabozo en que le habían precedido Yugurtha y Vercingetorix; á los pocos instantes las aclamaciones populares anunciaron su muerte, y los triunfadores siguieron su camino al Capitolio.

Trece años después era esta victoria conmemorada con un monumento que subsiste todavía; en el arco de Tito, inmediato al anfiteatro de Vespasiano, se esculpieron las escenas del triunfo, los despojos del templo, el Jordán subyugado y Roma guiando al triunfador. Los judíos de Roma no pasaban jamás por debajo del arco, testimonio de sus dolores y de su castigo.

Aquellos sagrados despojos fueron depositados en el templo de la Paz, excepto el libro de la Ley y el velo del santuario, que quedaron en el palacio de Vespasiano; transcurrido un siglo, imperando Cómodo, hubieron de ser sacados á toda prisa para librarlos del incendio que destruyó aquel templo, y tiempo después, en el año de 455, Genserico, conquistador de Roma, los llevó consigo á África. Allí los conquistó Belisario (año de 530), y de Constantinopla, donde fueron parte del triunfal cortejo, los envió Justiniano á la iglesia de Jerusalén. Sin embargo, á creer al historiador Procopio, sólo parte de aquellos preciosos objetos cayeron en poder de Genserico, en cuanto en el saco de Roma del año de 410 se había apoderado de algunos Alarico. Años después, el ejército del rey franco Clodoveo puso sitio á Carcasona, atraído por la celebridad de los tesoros imperiales allí llevados por Alarico después de aquel suceso, y entre ellos se citaban las admirables reliquias del templo de Salomón traídas de Jerusalén por los romanos. El sitio fué levantado al presentarse el monarca ostrogodo Teodorico, quien probablemente llevó á Rávena aquellos sagrados objetos (año de 508). Estas son las últimas noticias que de ellos proporciona la historia, de modo que á lo menos algunos habrán perecido en el recinto de la misma ciudad á la que estuvieron destinados.

Sesenta años después de la gran catástrofe, en el de 130 de J. C., el emperador Ælio Adriano, viajando por Siria, tuvo curiosidad de visitar las ruinas de Jerusalén donde otra vez se había ido reuniendo alguna población y levantando alguna casa, y entonces concibió el proyecto de reedificar la ciudad convirtiéndola en gentílica, dándole su propio nombre de Ælia y haciendo que la poblasen colonos romanos. Esto y la aparición del famoso Bar-Cozbad ó Bar-Kokeba que, apoyado por el rabino Akiba, se hacía pasar por el Mesías, produjeron así que se alejaron el emperador y su ejército nuevo levantamiento en que las tropas romanas fueron expulsadas del recinto de Jerusalén y volvió éste á quedar en poder de los fanatizados judíos, para quienes fué uno de los primeros cuidados emprender la reedificación del templo, monumento religioso y nacional á la vez, fecundo en recuerdos de independencia y gloria. Ahogada la insurrección en ríos de sangre por el general Julio Severo, tomada y arrasada nuevamente Jesusalén, y de ella excluídos bajo pena de muerte los judíos, en el lugar que ocupara la ciudad

santa se levantó otra completamente gentílica; colonizada por veteranos romanos y reconstruída por orden de Adriano, constante en su primitivo propósito, Jerusalén perdió su antiguo nombre para tomar el de Ælia, al que fué añadido el de Capitolina luego que fué erigido en el solar del antiguo santuario un templo á Júpiter Capitolino, junto á cuya estatua se alzó la ecuestre del emperador. La nueva ciudad tuvo un teatro, termas y vió además reedificados sus muros sobre los mismos cimientos que los



TOPHETL, PARTE INFERIOR DEL VALLE DE HINNOM
A la derecha la aldea de Siloan; á la izquierda el ángulo sudeste del recinto del templo, hoy El Haram

antiguos, excepto en el lado sur, donde el recinto experimentó pequeña disminución quedando fuera de él, como sucede en nuestros días, parte del monte Sión y del Ophel. Un cerdo esculpido en la puerta de Belén, fué como su irrisorio é insultante guardián contra los judíos vencidos, á la que un solo día del año (el nono del quinto mes, *ab*), aniversario de la destrucción del templo por Tito, se permitió entrar en la ciudad de David para llorar por ella. Testimonio de aquella desolación es la liturgia hebrea, según la que, llegado el ayuno del día 18 del mes *ab*, aniversario de la victoria de Adriano,

imploran de Dios el castigo de aquel segundo Nabucodonosor que había destruído cuatrocientas y ochenta sinagogas.

Y no sólo se propuso el emperador borrar, á ser posible, las tradiciones judaicas, sino que manifestó igual saña contra los lugares que eran objeto de la veneración de los discípulos y seguidores de Cristo; hemos visto lo que hizo en Belén con la gruta de la Natividad, y asimismo fueron profanadas con templos á Venus Astarté y á Júpiter la roca del Calvario y el sepulcro del Dios crucificado. ¡Providencial y singular manera de atestiguar á pesar suyo la certeza y antigüedad de aquellos mismos piadosos recuerdos cuya destrucción se proponía!

Así permaneció Jerusalén hasta que al ser elegido el emperador Constantino por providencial instrumento de la conversión del romano imperio á la religión divina, Jerusalén hubo al fin de reconocer al Dios crucificado en su recinto, y recobrando el nombre que casi fuera olvidado por completo al convertirse en ciudad gentílica, se hizo cristiana. Helena, piadosa madre de Constantino, animada de ardiente fervor y provista por su hijo de plenos poderes, partió de Roma en peregrinación á Palestina en el año de 326, y sin que la arredraran los rigores del invierno y su edad ya avanzada, se embarcó para Jerusalén, decidida á que los Santos Lugares, que fueron testigos de la vida y muerte de Jesucristo, quedasen lavados de la profanación y recibiesen la honra que les era debida. Para que volviesen á la luz los venerados sitios que Adriano sepultara debajo de enormes terraplenes en los que erigió los dos templos de Júpiter y Venus, no hubo más que derribar aquellos monumentos paganos, arrancar sus cimientos, extraer el área artificial que los sustentaba, y en efecto, después de muchos días de trabajo, á los ojos de los anhelantes y enternecidos asistentes, aparecieron la roca del Gólgota y la del Santo Sepulcro. Y viéronse tales como el Evangelio los pinta: el sepulcro de Nuestro Señor con una sola tumba, como que antes no había aún servido, abierto en piedra en un huerto, situado junto al lugar en que fuera el Señor crucificado. Pertenecía el sepulcro á José, rico decurión originario de Arimatea, quien sin duda mandaría labrar el nuevo á causa de estar ya del todo lleno el familiar que allí mismo poseía, y este segundo sepulcro se encontró también junto al primero; labrado asimismo en la peña encerraba en sus paredes varias tumbas iguales á las que se ven todavía en Jerusalén en diferentes grutas funerarias. Hecho es este que acredita una vez más que aquel lugar estuvo en la época evangélica situado fuera del recinto de la ciudad, en cuanto prevenía la ley entonces en vigor que no pudiese abrirse sepultura alguna á menos de cincuenta codos de la muralla (unos veintisiete metros).

Como la generalidad de los sepulcros judaicos, componíase el familiar de José de Arimatea de un vestíbulo y una estancia sepulcral; el vestíbulo desapareció en las obras emprendidas por santa Helena para aislar el Santo Sepulcro, y también la estancia sepulcral, que era cuadrada con tres nichos ó sepulturas en cada lado, quedó reducida á la mitad cuando fueron puestos los cimientos de la cúpula.

El sepulcro nuevo que fué por espacio de tres días la mortuoria mansión de un Dios, estaba igualmente formado por un vestíbulo mirando á Oriente; desde él, por estrecho hueco, se pasaba doblando el cuerpo á una estancia en cuya pared septentrional habíase practicado, no un *loculus* ó nicho oblongo perpendicular á la roca, sino, vaciándola, una especie de sarcófago paralelo á ella. La entrada se cerraba por medio de una gran losa.

Así como debajo del templo de Júpiter descubrió santa Helena el Santo Sepulcro, del mismo modo, derribado el templo de Venus y removidos y separados escombros y tierras, apareció la peñascosa meseta del Gólgota; y aun más: en las excavaciones practicadas al este del cerrillo quedó al descubierto una como antigua cisterna, y en ella se hallaron las tres cruces de Jesucristo y los dos ladrones, la inscripción, ya medio borrada, que se puso en la primera, una lanza y los clavos. Pero iguales las cruces y separada y suelta la inscripción no había medio de distinguir la que sirvió de glorioso suplicio al Hombre Dios: una enferma que recobró la salud, un muerto que volvió á la vida al contacto del sacro madero fueron prodigios que, atestiguados por graves y contemporáneos testigos, descubrieron cuál era entre las tres la santa cruz del Salvador, y Helena, en cuyo corazón rebosaba piadoso contento, cayó de hinojos ante ella y la adoró.

La santa emperatriz envió un fragmento del venerado leño á su hijo, quien lo recibió en Constantinopla con grandes honores y lo llevó luego delante del ejército en todas sus campañas; otro fué enviado á Roma para la iglesia que la misma Helena fundó en aquella ciudad bajo la advocación de la Santa Cruz de Jerusalén; en ella se conserva todavía junto con la inscripción, y la parte mayor, encerrada en preciosa caja de plata, quedó en poder del obispo de Jerusalén. De él fué arrancada por los persas de Cosroes, hasta que catorce años después, en el de 628, el emperador Heraclio venció al rey de Persia, libertó á gran número de cristianos cautivos y recobró del sucesor de Cosroes la verdadera cruz, que el emperador envió á Jerusalén como el más precioso trofeo de victoria. El mismo, despojado de las insignias de la realeza y descalzo, la llevó sobre sus hombros en 14 de setiembre del año de 629 por las calles de la ciudad hasta el Calvario, seguido de su corte y de inmensa multitud, poseída de gozoso entusiasmo, siendo éste el origen de la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz que anualmente celebra la iglesia.

Tomada Jerusalén por los musulmanes, los cristianos de la ciudad procuraron esconderla á sus pesquisas; créese que entonces, para lograrlo mejor, fué dividida en fragmentos, con los que se enriquecieron sucesivamente varias iglesias cristianas, si bien quedando aún entera una gran parte que saludaron con alborozo los Cruzados vencedores en el año de 1099. Adornada con guarniciones de oro y piedras preciosas, fué durante la dominación latina el santo lábaro que llevó á la pelea á los guerreros cristianos; en la desastrosa jornada de Hattin cayó en poder de Saladino, y no fué devuelta hasta transcurridos treinta y dos años, después de la toma de Damieta.

A contar de aquella época el precioso leño ha sido más y más dividido, y se encuentran de él fragmentos en gran número de pueblos cristianos.

Uno de los clavos hallados junto á las cruces fué engastado en preciosa diadema que circundaba un casco de guerra; enviado por Helena á su hijo, lo miraría éste con predilección especial á juzgar por la frecuencia conque lo reproducen sus medallas. Otros se conservan en Roma y en París, y son varias las iglesias que dicen poseer clavos de la cruz [1].

Constantino recibió con transportes de alegría la noticia del precioso hallazgo y los presentes de su madre, y sin dilación escribió á Macario, obispo de Jerusalén, disponiendo la construcción en los descubiertos santuarios cristianos de una basílica que excediera en belleza y magnificencia á cuantas en el mundo existían, para lo cual ponía á su disposición los tesoros imperiales. La inspección de las obras fué confiada al prefecto del pretorio Druciliano, y un presbítero de Constantinopla por nombre Eustatho quedó encargado de dirigir á los operarios y de realizar los vastos proyectos del emperador. Al saberse que los Santos Lugares de Jerusalén iban á recibir al fin la honra que les era debida y que se elevaba en la ciudad santa, esta vez para recibir adoraciones, la verdadera cruz de Jesucristo, un grito de gozo inefable salió en todo el mundo de los pechos cristianos, angustiados hacía apenas doce años por los horrores de la persecución. En su viaje de regreso fué santa Helena objeto de un triunfo universal, y entonces en medio de tanta dicha, después de recibir los abrazos de su hijo y de su nieto, que habían salido á recibirla, falleció á la edad de ochenta años en el de 328. Su cuerpo fué llevado á Roma.

Autores ha habido que han tratado de sembrar dudas sobre la autenticidad de los santos lugares descubiertos por la piadosa madre de Constantino, cuando es lo cierto que está acreditada por pruebas que por lo sólidas y numerosas quizás no las tenga iguales otro hecho histórico en el mundo. Obsérvese sinó que desde la ascensión del Salvador hasta el día de hoy los cristianos no han abandonado jamás la ciudad de Jerusalén; á Jaime el Menor, su primer obispo, sucedió san Simeón, y con él los cristianos se retiraron, conforme queda dicho, á la opuesta ribera del Jordán para dejar pasar la cólera divina, cuando Tito, antes de cumplir cuarenta años de la profecía de Jesucristo y viviendo sin duda aun muchos que la habían oído, la dió terrible cumplimiento. Desde el martirio de san Simeón, en el reinado de Trajano, hasta el de Adriano, época de persecución y muerte, trece obispos pasaron rápidamente por la sede de Jerusalén, todos de nación judaica y por lo mismo conocedores de los monumentos de su país. Marcos, que entre aquellos obispos tiene en orden el número diez y seis, abrió la serie de los gentiles, y en la crónica de Eusebio constan los nombres de otros catorce que fueron sucediéndose en el transcurso de cuarenta años hasta el episcopado de san Narciso, que fué uno de los presidentes del concilio de Cesárea en el año de 195.

[1] Obsérvese acerca de esto que muchos serán *reliquias santificadas*, es decir, objetos que han tocado las verdaderas reliquias ó han recibido en su composición una partícula de ellas.

San Alejandro, mártir en tiempo del emperador Decio, fué su sucesor, y á éste siguieron otros cuatro hasta Macario, que ocupaba la sede de Jerusalén al ascender Constantino al trono imperial. La lista de aquellos prelados es cabal y completa, y pensar que estos obispos que, sin más interrupción que el tiempo del asedio de Tito, habitaron en la ciudad santa hubiesen perdido, al igual que los fieles, la memoria del Gólgota y de los lugares que fueron testigos de la pasión de Jesucristo es no sólo desconocer por completo la intensidad del sentimiento religioso sinó cerrar los ojos á toda evidencia. ¿Quién podrá creer que unos hombres siempre prontos á verter su sangre por la fe cristiana no habían de venerar las sagradas huellas del Salvador en el mundo y habían, por el contrario, de dar tan pronto al olvido el camino del Calvario y del Sepulcro? Por imposible ha de tenerse que la tradición cristiana relativa al Gólgota y al Santo Sepulcro se perdiera ni alterase antes de Constantino; transmitida de generación en generación no sólo por los obispos y presbíteros de la naciente Iglesia de Jerusalén, no sólo por los fieles, judíos convertidos cuyos padres ó abuelos fueron testigos de la Pasión, sino también por aquellos judíos que, obstinados en no reconocer al Mesías, no habían podido olvidar el sitio en que sus antepasados le crucificaran, era aquella tradición confirmada además por los gentiles y hasta por los emperadores, que viendo con espanto el constante crecimiento de la nueva religión, procuraban en vano, por medio de santuarios erigidos á sus ídolos, borrar de la memoria de los cristianos los recuerdos que les eran más caros, lo cual, al contrario de lo que se proponían, redundaba en beneficio de aquellos mismos recuerdos, ya que añadían á ellos el peso de su propio testimonio. Hay más, la época de Constantino está muy inmediata á la muerte del Mesías y tocaba de muy cerca á este memorable suceso, el de mayor importancia que en el mundo se ha realizado, para que quepa suponer con sombra de razón que en el año 326 de nuestra era, cuando aun no habían transcurrido tres siglos y bastaba ascender á pocas generaciones para encontrar testimonios formales é indiscutibles como emanados de testigos oculares, pudiera santa Helena ser inducida á error por los cristianos á la vez que por los judíos y por los monumentos gentílicos que proclamaban á su manera la verdad de las tradiciones que profanaban.

Cuando los cristianos de Jerusalén, al presentarse las legiones de Tito, se refugiaron en Pella, ciudad de Perea, habían pasado únicamente treinta y siete años desde la muerte del Redentor, y de aquellos no cabe dudar que padres é hijos, y grandes y pequeños conocían el verdadero sitio en que radicaba el Calvario y en que estaba la sagrada tumba. Entre los que regresaron concluída que fué la guerra hubieron de contarse muchos de los primeros fugitivos, y de éstos tampoco puede creerse que hubiesen perdido la memoria de los Santos Lugares, á los que, transcurridos sesenta años, puso Adriano una señal que indudablemente había de estar existente en la época de santa Helena. ¡Pues qué! ¿quién puede creer que de los templos erigidos por aquel emperador no quedasen muchos y muchos vestigios cuando no habían transcurrido aún dos siglos? Tan lejos se halla esto de la verdad, dice M. de Saulcy, que por mi parte no vacilo en

afirmar que aquellos templos permanecían aún en pié y eran frecuentados por los gentiles de la ciudad cuando procedieron á derribarlos los operarios enviados por santa Helena.

Así, pues, al llegar ésta á Jerusalén la tradición subsistía viva é inalterable; y siendo así, la autenticidad de los Santos Lugares entonces descubiertos ha de colocarse entre los hechos históricos mejor acreditados y de mayor evidencia. La única sombra que podía empañarla, esto es, el argumento topográfico que se desprendía de estar ahora incluído el Calvario en el recinto murado de la ciudad ha caído por su base desde que han podido precisarse, merced á los estudios y excavaciones practicadas, las sucesivas variaciones que el perímetro de Jerusalén ha experimentado y que ha sido puesto al descubierto, conforme llevamos explicado, el muro que lo limitaba por aquella parte.

De la época de Constantino acá es notorio que no ha podido alterarse la tradición para ser sustituída con otra errónea y apócrifa; siempre ha habido cristianos en Jerusalén, las peregrinaciones jamás se han interrumpido, y de todo ello resulta por lo unánime, sólido é inquebrantable testimonio, al cual vienen á prestar su apoyo los musulmanes mismos, cuyos historiadores todos han estado siempre de acuerdo con los cristianos en reconocer la autenticidad de aquellos santuarios.

Antes de dejar la Palestina habíase ocupado santa Helena con gran actividad en que se diera comienzo á la ejecución de las obras dispuestas por el emperador en el Santo Sepulcro, así como en elevar santuarios en Belén y en otros lugares santificados por el paso del Redentor. En el grandioso edificio que se erigía en el Calvario se prodigaron los materiales de más precio, el mármol, el cedro, el bronce, la plata y el oro; los trabajos continuaban día y noche en medio de sagrados cánticos; el obispo alentaba de continuo á los operarios, cristianos todos y todos poseídos de igual entusiasmo; la emperatriz no les escaseaba regalos, y dicen los autores de aquel tiempo que jamás palacio alguno de príncipe terreno fué elevado con el ardor con que lo fué la basílica del Santo Sepulcro. Los fieles de todo el imperio se enteraban con viva solicitud del adelanto que iba teniendo la obra; después de tan grandes y prolongados dolores veían al fin el cumplimiento de aquella profecía de Isaías relativa al sepulcro del Salvador: *Et sepulcrum ejus erit gloriosum.*

En el año de 335 fué celebrada la dedicación del augusto templo, el cual fué saludado con el nombre de *Martyrion* ó Testimonio, en cuanto aquel lugar era en realidad glorioso testimonio de la divinidad de Jesucristo y de la religión descendida con él á la tierra. Gran multitud de fieles y muchos obispos y presbíteros asistieron á la imponente ceremonia que duró ocho días, desplegándose en ella, por disposición imperial, extraordinaria pompa.

Componíase la basílica de un vasto atrio precedido de propíleos y adornado con pórticos sostenidos por colunas, y de una iglesia de cinco naves con el ingreso á oriente, según así lo había exigido la disposición del terreno. Debajo de magnífica cúpula encerraba el ábside el sepulcro de Jesucristo rodeado de las estatuas de los doce após-

toles; una de las naves laterales del mediodía comprendía el Gólgota, y la capilla subterránea de la Invención de la Santa Cruz se extendía debajo del atrio. Entonces fué cuando para hacer del Santo Sepulcro un oratorio distinto y separado de las peñas á que estaba unido hubo que explanar y nivelar el terreno á él inmediato, y además, para imprimirle la forma adoptada, circular ó poligonal, fué destruída la primera gruta que servía de vestíbulo al sepulcro, según todo ello lo explica al por menor san Cirilo, obispo de Jerusalén. Las paredes de roca de la estancia sepulcral desaparecieron bajo mármoles y oro; igualmente fueron allanadas las asperezas naturales de la peña del Calvario, y en su cima se formó una meseta para sustentar una capilla adornada asimismo con deslumbrante magnificencia; en lo interior del monte y debajo de aquélla abrióse una cueva con destino también á oratorio.

Este soberbio monumento, gloria de la cristiandad, con sus pórticos, sus columnatas, sus mármoles y metales de alto precio, sus pinturas y mosáicos, fué destruído casi por completo en el año de 614, cuando Cosroes á la cabeza de formidable ejército, del que formaban parte veintiséis mil judíos, entró á sangre y fuego en Jerusalén. Pasada la tormenta y retirados los persas, Modesto, abad del monasterio de San Teodosio, que desempeñaba en clase de vicario las funciones del patriarca Zacarías, prisionero de los invasores, y que ocupó después la sede patriarcal, emprendió, ayudado por las limosnas de los cristianos de Siria y Egipto, la reconstrucción de la iglesia y llevóla á cabo en el año de 626, aunque no con la grandiosidad y magnificencia de la antigua. Por esto, en vez de comprender en un edificio único é inmenso todos los santuarios, como hiciera Constantino, Modesto, con menores recursos, se limitó á erigir cuatro reducidas iglesias, unas junto á otras, unidas por medio de un muro y teniendo todas salida á un patio común embaldosado de mármoles. Fueron aquellas iglesias: 1.ª la de la Resurrección ó *Anastasis*, que contenía el Santo Sepulcro; 2.ª la del Gólgota, edificada en el sitio donde Jesucristo fué crucificado; 3.ª la de la Invención en el punto en que fué hallada la Santa Cruz; esta iglesia era llamada por los peregrinos Martyrion ó basílica de Constantino, por más que no pasase de ser una capilla subterránea del grandioso edificio por aquel emperador erigido, y 4.ª la iglesia dedicada á la Virgen, cuya situación no se ha fijado de un modo preciso; en ella, á lo que se cree, estaba contenida la piedra de la Unción.

Observan los autores que la basílica fundada por Constantino no pudo ser destruída hasta en sus cimientos por las bárbaras hordas de Cosroes, que si pasaron como torrente asolador derribándolo todo, no tuvieron tiempo suficiente para aniquilar cosa alguna; debieron, pues, quedar del edificio considerables fragmentos que sin duda no dejó Modesto de utilizar en su restauración. Aun en el día, después de las nuevas devastaciones y sucesivas reedificaciones de que el monumento ha sido objeto, encuéntranse en él, examinando con detención, la actual iglesia, lienzos de pared, especialmente en la parte inferior de la rotonda, que datan al parecer de la época de Constantino.

«El emperador, dice Eusebio de Cesárea en su *Elogio de Constantino*, se había

fijado especialmente en tres puntos para embellecerlos con grandiosos y espléndidos edificios: el de la primera aparición de Cristo en la tierra; aquel donde combatió y triunfó con su gloriosa resurrección por la salvación del mundo, y finalmente el de su manifestación postrera, ó sea su ascensión á los cielos desde la cumbre del monte de los Olivos.

Respecto de la basílica en el último erigida sólo se sabe por el testimonio del mismo Eusebio y el del *Peregrino de Burdeos,* el más antiguo que se conoce, su gran magnificencia. Por un pasaje de san Jerónimo viénese en conocimiento de que era de planta circular y de que el punto donde se veían las sagradas huellas que Nuestro Señor dejó impresas en la tierra no había podido jamás cerrarse con bóveda.

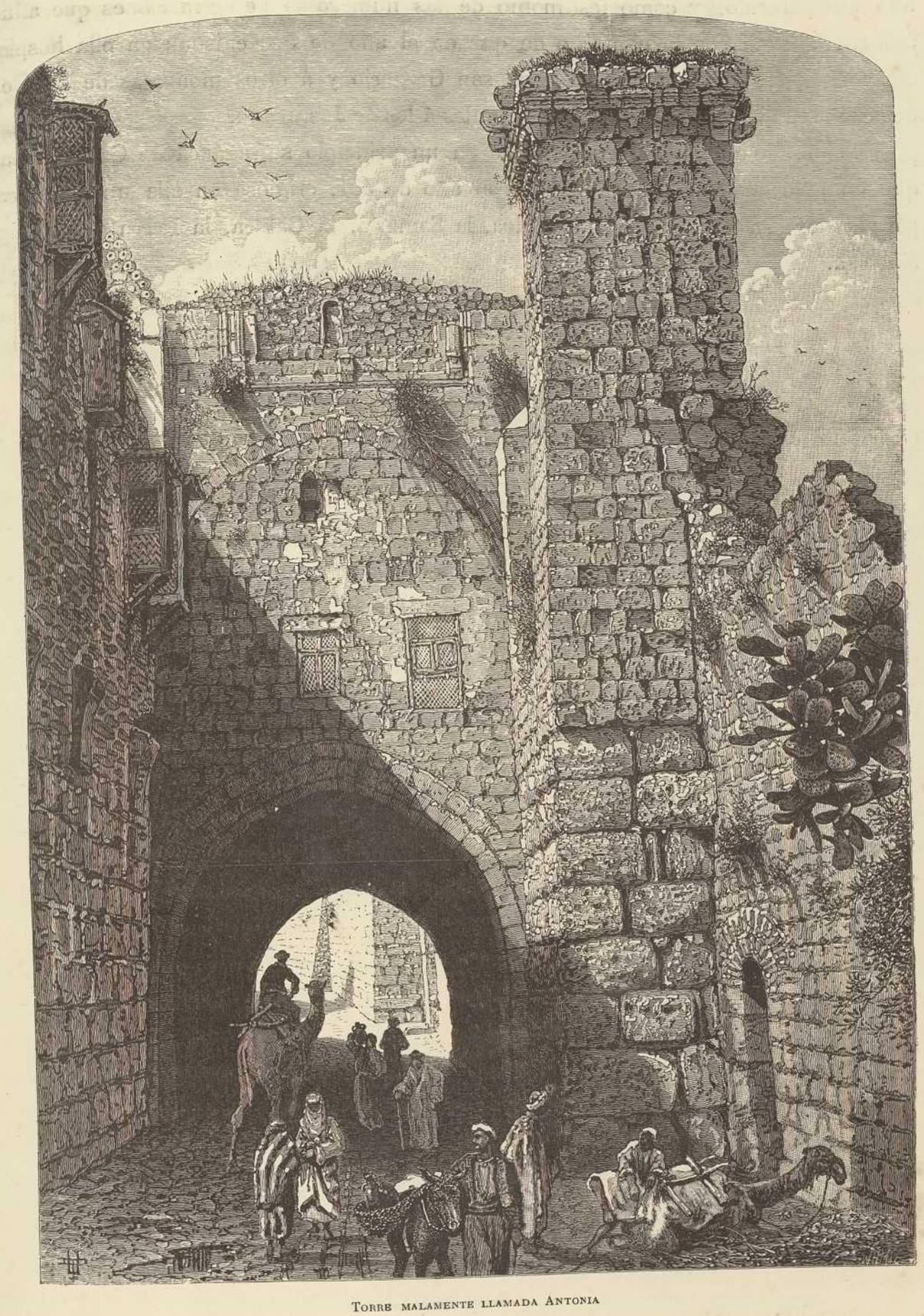
La basílica de Constantino, destruída en el año de 614 por los persas, fué en el propio siglo reedificada por el mismo monje Modesto que reconstruyó la del Santo Sepulcro. Como la anterior era una rotonda.

A la emperatriz Eudoxia debióse la fundación de una basílica en honor del protomártir san Esteban; situada á poca distancia de la actual puerta de Damasco, que por mucho tiempo llevó el nombre de San Esteban, fué consagrada en el año de 460 y contenía los restos del santo cuya gloriosa memoria celebraba. En el siguiente año recibió igualmente los mortales despojos de su piadosa fundadora, y en el de 518 se reunió un sínodo en su recinto. De ella se creía estar edificada en el lugar en que fué apedreado el proto-mártir; pero otra tradición dice haberse consumado el martirio en la ladera oriental del monte Moriah.

El templo erigido por Adriano á Júpiter Capitolino entre las ruinas del judáico santuario sería probablemente derrribado en tiempo de Constantino, pues en el año de 333, cuando el peregrino de Burdeos hizo el viaje á Palestina, ya no existía, si bien allí permanecían aún en pié dos estatuas, la de Adriano y la de Antonino Pío [1]. La vana tentativa del apóstata Juliano para desmentir la divina profecía reconstruyendo el templo judío (año de 363) no hizo más, con la conmoción que milagrosamente experimentó la tierra y con el fuego que de ella brotó, que acumular allí mayores ruinas y nuevos escombros. Abandonada la temeraria empresa, la mayor parte de aquel recinto quedó en estado de abandono durante los siglos v y vi, y únicamente en el lado meridional del atrio, en aquel lugar donde se verificó la presentación de la Santísima Virgen, erigióse, imperando Justiniano, una basílica de la que sabemos por el obispo san Cirilo que excedía en magnificencia á cuantas estaban dedicadas á la Madre del Redentor. Diéronle los antiguos peregrinos el nombre de Santa María la Nueva para distinguirla de Santa María la Antigua ó de la Natividad, y Procopio, en su libro sobre los *Edificios levantados por Justiniano,* explica las grandes obras de sostenimiento realizadas para sentar sus cimientos. Adornábanla en su interior magníficas columnas; por todos lados, excepto por el de oriente, la rodeaban pórticos, y daban á ella acceso un *narthex,* un atrio y soberbios propíleos. Junto á éstos se

[1] La base de la última con su inscripción exiete aún empotrada en el muro del Haram-ech-Cherif.

alzaban dos grandes hospicios, uno para los enfermos y otro para los peregrinos,



TORRE MALAMENTE LLAMADA ANTONIA

todo esto en aquella parte del explanado terreno del Haram-ech-Cherif en que se levanta hoy la gran mezquita de El-Aksa.

Al mismo emperador se le tiene por fundador de otras iglesias y monasterios que han desaparecido, y como testimonio de las numerosas peregrinaciones que afluían á la ciudad santa consta el hecho de que en el año de 570 existían en ella hospicios con más de tres mil camas. Al papa san Gregorio y á otros monarcas de Occidente debióse la fundación de hospicios semejantes á los de Justiniano.

Como sede episcopal Jerusalén fué en un principio sufragánea de Cesárea, hasta que en el concilio de Calcedonia, en el año de 451, erigióse en ella un patriarcado para las tres Palestinas, ó sean la Judea, la Samaria, la Galilea, la Perea y la antigua Nabatea.

III

JERUSALÉN MUSULMANA.—El califa Omar en Jerusalén.—La piedra *Es-Sakhrah*.—Fundación del Haram-ech-Cherif.—Devastación de los santuarios cristianos.—Sitio y toma de Jerusalén por el ejército de los Cruzados.—JERUSALÉN LATINA.—Restauración de los Santos Lugares.—Sepulcros de los reyes de Jerusalén.—EL CENÁCULO.—Basílica de la Ascensión.—Iglesia de la Asunción.—Iglesia de Santa Ana.—*Templum Domini*.—Los Templarios.—Su gloriosa existencia y su trágico fin.—Caballeros hospitalarios de San Juan de Jerusalén.—Santa María Latina.—Ruinas de lo que fueron edificios de la Orden de San Juan.—Caballeros Teutónicos.—Casa de Simón el Fariseo.—Iglesia de San Pedro.—Los musulmanes recobran la ciudad de Jerusalén.—Suerte que cupo al *Templum Domini* y á la iglesia del Santo Sepulcro.

En el año de 637, después de cuatro meses de sitio y una vigorosa resistencia por parte de los habitantes y los doce mil griegos que formaban la guarnición, Jerusalén estaba próxima á sucumbir á los redoblados asaltos de los batallones de Kaled y Abu-Obeida, generales del califa Omar, sucesor de Abu-Beker y fundador de la dinastía de los Omeyas; el patriarca Sofronio, á pesar de su ánimo esforzado y del intenso dolor que experimentaba al pensamiento de que la media luna reemplazase á la cruz en los monumentos de la Ciudad santa, vióse obligado á capitular, mas no quiso entrar en tratos sino con el mismo califa. Llegado éste de Medina, firmó el siguiente tratado:

«¡En nombre del Dios clemente y misericordioso! Estos son los artículos de la capitulación que yo, Omar, servidor de Dios, príncipe de los creyentes, otorgo y prometo cumplir al pueblo de Ælia (así llamaban aún los árabes á Jerusalén):

»Aseguro la vida á los habitantes y á sus hijos, y también la posesión de sus bienes, iglesias, cruces y cuanto les pertenece.

»Su ciudad y todo lo que se refiere á su fe religiosa será respetado. Sus iglesias no sufrirán despojo, destrucción, ni ultraje.

»Se ha tratado y convenido que el pueblo de Ælia satisfará igual tributo que el de las otras ciudades conquistadas (cinco dineros los ricos, cuatro los de medianos haberes y tres la clase popular; ancianos y niños quedaban exentos de la capitación). Los griegos y la gente de mal vivir tendrán tres días para dejar la ciudad sin riesgo de su existencia y bienes. Cuantos moradores de la comarca fijen su residencia en Ælia pagarán el mismo tributo...»

Abiertas las puertas de la plaza que encerraba unos cincuenta mil habitantes, Omar quiso que le acompañaran al recinto del antiguo templo y que le mostraran la piedra *(Es-Sakhrah)* en que Jacob descansara la cabeza durante su milagroso sueño [1], aquella peña que en la era de Areuna formaba la cumbre del Moriah, que jamás había sido herida por el hierro, que había servido de base, según unos, al gran altar de los holocaustos, y dicen otros que en ella estuvo el Santo de los Santos. Era tenida por el centro del mundo, y creíase que debajo de ella se abría un abismo sin fondo en el cual se

[1] Era de tradición que esta piedra había sido trasladada de Bethel al santuario del templo.

oía pavoroso rumor de alborotadas aguas. La arábiga fantasía, admitiendo y amplificando las tradiciones hebreas é inventando otras nuevas, creía de la piedra del Moriah que con perpétuo prodigio se sostenía en el aire, que en ella estaba escrito el gran nombre incomunicable de Dios, y que de allí partió Mahoma para su celeste viaje. Ante aquella piedra, *lapis pertusus,* que los judíos á costa de crecida suma acudían á regar con su llanto una vez al año y á rociarla con esencias y perfumes en memoria de su templo destruído, se detuvo Omar, y al ver el lugar cubierto de escombros é inmundicia en odio á los hebreos, púsose, para dar ejemplo, á limpiarlo. Cuantos le seguían le imitaron, sirviéndose como él del manto para arrojar á la inmediata torrentera la basura que recogían, y concluída esta tarea bajaron á la fuente del valle de Hinnom, hicieron sus abluciones, y luego fué el califa á orar á la iglesia de Santa María, erigida por Justiniano. Con estos actos, que daban la consagración musulmana á la piedra del Moriah y á la iglesia de la Presentación, indicaba que habían de ser uno y otro dedicados á la religión del Profeta, y allí, en efecto, mandó levantar la soberbia mezquita, obra maravillosa del arábigo arte, que ha perpetuado hasta nuestros días el nombre de Omar en Jerusalén, su conquista. Hecho esto, tomó otra vez el camino del desierto.

Desde aquel día el vasto recinto del templo de Salomón tomó el nombre de Mesdjed-el-Aksa (el oratorio apartado), por oposición á la Meca ó Mesdjed-el-Haram (el oratorio del santuario). Llamósele también Haram-ech-Cherif (santuario ilustre).

El décimo califa Abd-el-Melek-ben-Meruan fué el que dejó realizados en el año 72l de la hegira (692) los proyectos de Omar; alzó los muros del Haram, edificó la Kubbet-es-Sakhrah (la cúpula de la Roca), y transformó en mezquita la antigua basílica de Justiniano con el nombre de Djami-el-Aksa (la Mezquita apartada). A la vasta empresa fueron consagradas por espacio de cuatro años las rentas de Egipto, y, á lo que dicen varios autores árabes, el propósito de Abd-el-Meleck iba encaminado á fundar en Jerusalén un santuario que compitiera con el famoso de la Kaaba, á fin de quitar recursos á su rival Abdallah-Ben-Zobeir que se hiciera proclamar califa en la Meca y en Medina.

El sucesor de Abd-el-Melek embelleció el templo de Es-Sakhrah con una cúpula de cobre dorado, arrancada á una iglesia de Balbek; otros califas lo adornaron con jaspes, mosaicos y verjas de plata y oro. En el año de 1016 un terremoto produjo gran deterioro en la cúpula, que fué reconstruída en el de 1027. También la mezquita El-Aksa experimentó diferentes veces el funesto efecto de los temblores de tierra, y hubo de ser objeto de sucesivas restauraciones. El califa abbasida El-Mahdi (775-785) dispuso que fuera reducida su longitud y aumentada por el contrario su anchura, y puede decirse que de entonces data la forma que ha conservado hasta nuestros días. Más adelante visitaremos y haremos la descripción de estos famosos santuarios de la religión de Mahoma.

A pesar de lo tratado, los cristianos de Jerusalén gozaron de escasa paz bajo la

dominación musulmana: en el año de 937, después de la sosegada pero corta época de Aaron-el-Rechid, los mahometanos, llegado que fué el domingo de Ramos, invadieron, poseídos de furor, la basílica de Constantino; pusieron fuego á las puertas meridionales, incendiaron el pórtico y devastaron las iglesias del Calvario y de la Resurrección. El feroz é insensato Hakem, en el año de 1010, mandó destruir las cuatro iglesias construídas por el abad Modesto y también la rotonda de la Ascensión; pero en el de 1020 murió el califa, probablemente asesinado mientras se entregaba una noche á supersticiosas prácticas de magia, y las primeras no tardaron en ser reedificadas, á lo que se dice haber contribuído eficazmente su madre, la cristiana María. Una techumbre provisional abrigó el Santo Sepulcro, mientras que por el emperador griego Román se entablaron negociaciones con el califa Dhaher, hijo y sucesor de Hakem, á fin de alcanzar autorización para elevar una iglesia definitiva; obtenida, la nueva iglesia quedó concluída en 1048, reinando Constantino IX, apellidado el Monómaco.

De la cruel devastación no se libró en Jerusalén santuario cristiano alguno, y no todos pudieron ser reedificados como los anteriores; de este número fueron la iglesia que en el antes reducido santuario del Cenáculo levantara Constantino, la de la Ascensión y la basílica de San Estéban, fundada por la emperatriz Eudoxia, de las que sólo quedaban ruinas á la llegada de los Cruzados á la ciudad santa.

No era mejor la suerte de los cristianos de Jerusalén y de los numerosos peregrinos que de Europa se dirigían incesantemente á Tierra Santa, y en los postreros años del siglo XI llegaron á ser atropellados y sujetos á rescate por las hordas turcas hasta en el recinto de las iglesias durante los divinos oficios. Uno de los peregrinos que tales ultrajes padeció fué Pedro de Amiens, llamado el Ermitaño; á su regreso á Europa sus patéticas relaciones produjeron el suceso más trascendental y memorable de los siglos medios: las Cruzadas.

Después de la noche que pasó la hueste cristiana en el pueblecillo de Anathot ó de San Jeremías, llamado por los cronistas Emmaus, de donde partió Tancredo para la conquista de Belén, según antes hemos explicado, siguió á la salida del sol su movimiento de avance, desplegadas las banderas y en orden de pelea, cuando de pronto la venerada ciudad se ofreció á la vista de los soldados de la cruz. Los primeros que la descubren gritan á una voz:—¡Jerusalén! ¡Jerusalén!—Este nombre corre de boca en boca y de una en otra fila; las palabras—¡Jerusalén! ¡Dios lo quiere!—son repetidas á la vez por sesenta mil guerreros y despiertan los ecos del monte Sión y del de los Olivos. Los Cruzados precipitan la marcha, y en su religioso entusiasmo llegan á olvidar que el enemigo los acecha, pronto á caer sobre sus desordenados batallones. Los caballeros echan pié á tierra, y descalzos unos, postrados de hinojos otros, ora clavan sus ojos en los sagrados muros ó los levantan al firmamento, ora besan con fervor el suelo que fué hollado por el Salvador del mundo. En su enajenamiento, dicen los sencillos cronistas de la gloriosa expedición, pasan alternativamente de la alegría á la tristeza; unas veces se felicitan por haber llegado al término de sus trabajos,

otras lloran por sus pecados, por la pasión y muerte de Jesucristo y por su sepulcro profanado, y todos renuevan el juramento de libertar á Jerusalén del yugo de los musulmanes.

Antiguo ciprés en la esplanada del Haram-ech-Cherif, en el lado de occidente

Esto sucedía en los primeros días de junio del año 1099 cuando el gobernador que mandaba en la ciudad por el califa Iftikhar-ed-Daulé se había apresurado, al acercarse el enemigo, á reunir á los creyentes en el patio de la gran mezquita. Varios fueron los que, llevados de su exaltación, quisieron dar muerte á todos los cristianos y destruir el Santo Sepulcro á fin de quitar para siempre la causa de expediciones semejantes á la que entonces los amenazaba; prevaleció, sin embargo, el consejo de los más prudentes que se resistían á exasperar tan cruelmente al enemigo, y se resolvió limitarse á imponer y á sacar sin dilación á los cristianos un tributo de catorce mil dynars, y á expulsar de la ciudad á cuantos no profesasen la fe musulmana y se hallasen en estado de empuñar las armas y por lo mismo de perjudicar la defensa. Dispúsose además que fuesen cegadas ó envenenadas las cisternas de las inmediaciones; cuantos víveres y provisiones necesarios para la vida se hallaban en ellas fueron transportadas á la plaza, y á su alrededor se formó como un desierto en donde los cristianos habían de verse combatidos por

todas las miserias y privaciones. Gran número de trabajadores se ocupaban día y noche en profundizar los fosos y en reparar las torres y murallas, cuyo recinto era entonces exactamente el mismo de hoy. La guarnición ascendía á cuarenta mil hombres, y además habían tomado las armas veinte mil ciudadanos. Los *imanes* recorrían las calles exhortando al pueblo á la defensa, y numerosos centinelas vigilaban la campiña desde los alminares de las mezquitas.

Una nube de jinetes árabes que salieron á medir sus armas con los cristianos envolvieron á Balduino del Burgo y á sus caballeros, algo separados del grueso del ejército, y mal lo habrían pasado los cristianos á no acudir en aquel entonces Tancredo que con alguna gente venía de posesionarse de Belén. Los musulmanes fueron rechazados, y Tancredo, separándose de sus compañeros, subió solo al monte de los Olivos para contemplar el recinto de la ciudad santa; acometiéronle allí cinco musulmanes, tres de los cuales perecieron á sus golpes, poniendo á los otros en fuga, y en seguida se reunió con la hueste que en su entusiasmo caminaba sin orden y cantando estas palabras de Isaías: «Alza los ojos ¡oh Jerusalén! y mira á tu libertador que viene á romper tus cadenas.»

Desde el día siguiente al de su llegada se ocuparon los Cruzados en establecer el cerco de la plaza y ocuparon los lugares que fueron teatro de los combates cantados después por el Tasso. Roberto, duque de Normandía, y los bretones acamparon junto á la puerta septentrional (puerta de Damasco); seguían Roberto, conde de Flandes, y Hugo de Saint-Pol hacia occidente; Godofredo de Bouillon y Tancredo establecieron su campamento al noroeste, desde el de los flamencos hasta la puerta de Belén; Tancredo, que era el más inmediato á Roberto de Flandes, recibió especial encargo de vigilar y combatir la torre Psephina, que á esto debió el nombre de torre de Tancredo con que fué después conocida. Sus ruinas son en el día llamadas por los musulmanes Kasr-Djalud (castillo de Goliat).

El conde Ramón de Tolosa tomó posiciones al occidente dando frente á la torre de David, y teniendo á sus inmediaciones á Guillermo de Montpeller y á Gastón de Bearne extendía su línea desde el cuartel de Godofredo hasta el pié del monte Sión. Además, estableciόse un cuerpo de observación en el monte de los Olivos, á fin de prevenir una sorpresa por el valle de Josafat.

A poco el conde Ramón, para mejorar su posición, ocupó con la mitad de sus tropas toda aquella parte del monte Sión extramuros, y plantó su tienda junto al edificio que fuera iglesia del Cenáculo.

Señaladas las posiciones á los caudillos del ejército latino, dieron comienzo los trabajos de campamento y sitio, y después de cinco días de incesantes combates viéronse reducidos los musulmanes á evacuar sus obras exteriores y á encerrarse en el recinto murado.

La llegada de los cristianos expulsados de la ciudad, sus lágrimas y el triste relato de sus padecimientos acabaron de inflamar el ardor de los sitiadores por penetrar en

la santa ciudad. Un solitario que tenía su morada en el monte de los Olivos, unió sus ruegos á los de los fieles; en nombre de Jesucristo conjuró á los guerreros á inmediato y general asalto, y aun sin escalas ni máquinas de guerra halagó á muchos la esperanza de victoria. Los capitanes que habían visto los portentos realizados por el valor y entusiasmo de los soldados cristianos y no habían olvidado los infortunios del largo sitio de Antioquía, cedieron sin dificultad á la impaciencia del ejército, y como por otra parte la vista de Jerusalén había encendido en todos un ardor que se creía invencible, nadie dudaba de que Dios los ayudaría y los conduciría triunfantes á las murallas de los sarracenos.

Dada la señal, la hueste cristiana avanzó en buen orden; los unos, formados en cerrados batallones, se cubrían con los escudos que formaban sobre sus cabezas impenetrable bóveda, y se esforzaban en romper el muro con picos y martillos; los otros, dispuestos en prolongadas hileras, se mantenían á regular distancia, y con incesantes descargas de hondas y ballestas ofendían á los del adarve y protegían á sus compañeros. De aquél cae terrible lluvia de aceite y pez hirviendo, de enormes piedras y de toda clase de proyectiles, mas nada basta á contener á los soldados de la cruz; á sus golpes se desploma el antemuro, pero una vez al pié de la muralla no se encuentra más que una escala que alcance su altura. Mil valientes se disputan el honor de subir por ella, y algunos pueden sentar la planta en la muralla y cruzar las armas con sus defensores, admirados de tanta audacia y esfuerzo. A contar los Cruzados con los instrumentos é ingenios necesarios tienen por seguro los cronistas de la época que aquel día habrían penetrado en Jerusalén. Pero los sitiados no tardaron en rehacerse, y cayendo con grandes fuerzas sobre los escasos cristianos que no pudieron recibir oportuno socorro, diéronles muerte gloriosa, y los Cruzados hubieron de volver á sus campamentos arrepentidos de su temeridad.

Resuelta la construcción de escalas é ingenios enviáronse destacamentos á diferentes puntos en busca de la madera necesaria; un cristiano de Siria guió á los soldados á una selva del territorio de Gabaón, y allí pudieron cortar árboles, si no en gran cantidad, en número suficiente para atender á las primeras necesidades. Empezaron, pues, los trabajos con gran actividad, mas por desgracia nuevas angustias y padecimientos iban á caer sobre los cristianos.

Al llegar los armados peregrinos á la vista de Jerusalén comenzaban los fuertes calores del estío; un sol devorador y los vientos del mediodía, impregnados de polvo del desierto, abrasaban el ambiente; seco el torrente de Cedrón, cegados ó emponzoñados los pozos y las cisternas de las cercanías, la fuente de Siloe que por intervalos corría, no bastaba para aquella multitud que se encontró en breve asaltada por la sed con todos sus horrores.

Desde entonces no hubo entre jefes y soldados sino un solo deseo, un solo pensamiento, el de hallar agua; para conseguirlo empleaban los ricos su dinero y sus joyas, los pobres toda su actividad y tiempo. En grupos vagaban los Cruzados por montes

y valles exponiéndose á cada instante á caer en las emboscadas de los musulmanes, en busca de una fuente ó un pozo, y cuando acertaban á descubrirlo acudían todos en tropel, disputándose á veces con las armas algunas gotas de un agua cenagosa. Caballos y acémilas, perdido todo vigor, morían á centenares, y sus restos abandonados por los campos llenaban el aire de mefíticos miasmas.

Añadióse á la sed la escasez de víveres, y si en el miserable estado á que los Cruzados se veían reducidos hubiesen los sitiados caído sobre ellos es probable que habrían alcanzado completa victoria; protegíalos, sin embargo, el glorioso recuerdo de sus hazañas y la resignación heróica que en medio de tanto infortunio conservaban, y el enemigo no se atrevió á atacarlos. De pronto difúndese por los campamentos una nueva que á todos transporta de contento: una flota genovesa, con víveres y pertrechos, había llegado al puerto de Jaffa, abandonado por sus moradores, y había logrado echar á tierra su cargamento antes de ser alcanzada y entregada á las llamas por la escuadra egipcia que la perseguía. Los caballeros del conde de Tolosa salieron á proteger el convoy, y después de porfiados combates contra fuerzas superiores pudieron llevarlo al campamento. Con él llegó además un refuerzo muy precioso, cual fué el de los marineros y calafates genoveses, cuyo arte y experiencia comunicaron vigoroso impulso á la construcción de las máquinas de sitio.

Entre ellas eran notables tres enormes torres con ruedas, de tres pisos cada una; el primero estaba destinado á los que dirigían sus movimientos, y el segundo y tercero á los guerreros que habían de dar el asalto. Más altas que los muros de la ciudad sitiada se había adaptado en su parte superior un puente levadizo que, cayendo á su tiempo, había de ofrecer camino hasta el interior de la plaza.

El descubrimiento de varias fuentes, entre otras la de los Apóstoles, la del desierto de San Juan y la de San Felipe, hasta las que, aunque lejanas, se organizó una especie de servicio regular, devolvió á los campamentos la animación primera; si los males no habían cesado por completo la esperanza de verlos acabar en breve daba á los cristianos fuerza para soportarlos. A ello contribuyó en mucho el despertamiento en sus corazones del religioso entusiasmo á cuyo impulso habían obrado prodigios.

Dice una de las sencillas y verídicas crónicas que en aquel tiempo se escribieron, que la miseria, madre casi siempre de quejas y murmuraciones, había endurecido sus pechos y sembrado discordias entre capitanes y soldados. En otro tiempo, añade, los guerreros cristianos habían disputado entre sí ciudades y provincias; ahora contendían por los objetos más baladíes y todo se volvía para ellos en asunto de disgusto y riña. A tal estado de los ánimos llevaron remedio las incesantes exhortaciones del clero, á las que se unieron las del respetado solitario del monte de los Olivos. Persuadidos los cristianos de que las puertas de la ciudad santa no cederían á su esfuerzo á no ir acompañado de cristiano fervor, dispúsose religiosa é imponente ceremonia. Después de tres días de riguroso ayuno, al octavo del mes de julio, salieron los batallones

de sus cuarteles, yendo soldados y caudillos con armas, pero descalzos y con la cabeza descubierta; precedida por los obispos y el clero que llevaban las cruces y las reliquias, con los pendones al viento y al bélico sonido de atambores y clarines, formóse militar procesión en el monte Sión junto al Cenáculo; atravesó el valle del Cedrón, y detúvose en el monte de los Olivos, en las ruinas de la basílica de la Ascensión. Allí, en el lugar donde Nuestro Señor Jesucristo ascendió al Cielo, y donde veían todavía la huella de sus piés escucharon las últimas exhortaciones de los obispos, y dando el ejemplo Ramón de Tolosa y Tancredo, los desavenidos se abrazaron, fué jurada general y sincera reconciliación y se repartieron abundantes limosnas á los pobres. Por el lado del mediodía regresó la procesión al punto de partida, habiendo dado la vuelta á la ciudad: del mismo modo, dicen las relaciones allí escritas, dieron los hebreos la vuelta á Jericó, cuyas murallas se desplomaron al fragor de sus trompetas.

Así se prepararon los Cruzados para el definitivo y glorioso asalto.

El consejo de guerra lo fijó para la aurora del jueves 14 de julio, variando uno de los puntos de ataque: Godofredo trasladó su campo al nordeste de la plaza, al punto en que actualmente crece un añoso olivo que lleva el nombre del caudillo lorenés. Tal variación ofrecía la ventaja de ser el tereno más favorable al movimiento de avance de las máquinas é ingenios. Durante la noche que precedió á la aurora del día señalado fueron aquéllos puestos en batería, y las tres torres, una para Godofredo, otra para Tancredo, contra la fortaleza del noroeste, y la última para Ramón de Tolosa, contra el muro de Sión, estaban dispuestas á acudir luego que los arietes hubiesen cumplido su terrible oficio.

Absortos quedaron los musulmanes al mirar con el alba los trabajos aquella noche realizados, de los que no habían tenido ni asomo de sospecha. Dada la señal, todas las máquinas se pusieron en movimiento y comenzó el combate en toda línea. Arqueros y ballesteros no se daban de una y otra parte punto de reposo, y las torres iban avanzando entre estrepitosa gritería. Godofredo en lo más elevado de la suya, acompañado de sus hermanos Eustaquio y Balduino, alentaba á todos con su ejemplo; cuantos dardos disparaba su mano, dicen las crónicas, llevaban la muerte entre los sarracenos. Ramón, Tancredo, el duque de Normandía, Gerardo de Rosellón, el conde de Flandes y Gastón de Bearne peleaban en medio de sus soldados, y todos, caballeros y hombres de armas, poseídos de igual ardor, se lanzaban á la refriega con la segura esperanza de victoria.

Sin embargo, los dardos y las flechas, el aceite hirviendo, el fuego griego, catorce ingenios que lanzaban toda clase de proyectiles contrastaron por todos lados el animoso esfuerzo de los cristianos. Por una brecha hicieron los musulmanes una salida y dieron á las llamas algunas máquinas de los sitiadores; al fin de la jornada las torres de Godofredo y Tancredo apenas podían ser movidas y la de Ramón quedaba muy desmantelada. La pelea había durado doce horas sin decisivo resultado, y la noche separó á los combatientes. Los caudillos y en especial Roberto de Normandía y el

de Flandes, dice el monje Guibert, «se mostraban inconsolables de que Dios no los hubiese juzgado aún dignos de entrar en la ciudad santa y de adorar el sepulcro de su Hijo.»

El día siguiente, viernes 15 de julio, reparados en lo posible los pasados descalabros, ocupan todos aun antes del alba su puesto de combate. Los cristianos irritados por la resistencia de la víspera, comenzáronlo con furioso denuedo; los sitiados, que sabían la próxima llegada de un ejército egipcio, mostrábanse alentados por la esperanza de victoria. Formidables máquinas defendían los muros, y desde lo alto de las torres no cesaban los musulmanes de lanzar encendidas antorchas y materias inflamables contra los ingenios enemigos que entre llamas iban acercándose. Blanco especial de los tiros era la torre de Godofredo, rematada en una gran cruz de oro; allí se veía al duque de Lorena, al cual rodearon en breve los cadáveres de muchos valientes. El conde de Tolosa, al mediodía, tenía enfrente al emir de Jerusalén que acaudillaba á los mejores soldados egipcios; y hacia el norte Tancredo, el duque de Normandía y Roberto de Flandes ocupaban lo alto de la movediza torre, impacientes por dejar las ballestas y empuñar la espada.

Pero la hora del medio día era llegada y nada anunciaba aún á los Cruzados un próximo triunfo, cuando de pronto aparecióse á sus ojos en la cumbre del monte de los Olivos un caballero blandiendo la lanza y dando á la hueste cristiana la señal de entrar en la plaza. A una voz gritaron muchos ser aquel san Jorge que venía en auxilio de los suyos, y no se necesitó más para que á todos encendiera nuevo é incontrastable ardor. La torre de Godofredo, que era la que mejor había resistido, es empujada con mayores bríos, y entre terrible granizada de piedras, flechas y fuego abate sobre el muro el puente levadizo. Los primeros que por él se lanzaron fueron dos hermanos cuyos nombres ha conservado la historia: Ludolfo y Engelberto de Tournai; Godofredo fué el tercero, y en pos de él bajaron Eustaquio, Balduino y sus guerreros al adarve, y de allí, peleando y venciendo, hasta las inmediatas calles. En un instante aplícanse á las murallas gran número de escalas; por ellas suben presurosos los sitiadores, y el grito de guerra de *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* resuena con aterrador estruendo.

Al mismo tiempo bajaban al muro Tancredo y los suyos; al saberlo Godofredo les da orden de franquear á toda costa la puerta de San Esteban: así se hizo derribándola á hachazos, y por ella penetró en tropel gran parte del ejército. Jerusalén era otra vez cristiana.

Los provenzales del conde de Tolosa, á los que se oponía aún desesperada resistencia, supieron por los gozosos clamores que llenaban el aire la victoria de sus compañeros de armas; abandonando entonces la torre y los ingenios, que no podían ya ser movidos, arrimaron escalas al muro, y dispersaron á los pocos sarracenos que les hicieron frente, hallóse toda la hueste reunida dentro del recinto de Jerusalén.

Tancredo, al frente de los suyos, llegó en breve á la iglesia del Santo Sepulcro,

donde los cristianos, de nación armenia, griega y siria, que moraban en Jerusalén, habían buscado refugio durante el combate; tomólos bajo su amparo, y dejando para protegerlos una guardia de doscientos hombres, avanzó con sus caballeros hacia la gran mezquita. Cerradas estaban las puertas del Haram-ech-Cherif, y dentro de ellas en gran número los moradores musulmanes de Jerusalén, resueltos á continuar la resistencia; pero todo es inútil ante el esfuerzo irresistible de los vencedores. Infantes y jinetes penetran enfurecidos en el murado recinto, y la cumbre del Moriah presenció la reproducción de la espantosa escena en que fueron actores los batallones de Tito. Dominando el horrendo tumulto oíanse gemidos, llantos y voces de muerte; los Cruzados andaban sobre cadáveres persiguiendo á los fugitivos, y han dicho testigos presenciales que en el pórtico y el atrio de la mezquita subió la sangre hasta la rodilla: más de diez mil musulmanes perdieron la vida en la cruel matanza. Los judíos perecieron casi todos abrasados en el incendio de sus sinagogas.

El piadoso Godofredo, que en aquélla no tomó parte, se apartó de sus compañeros de armas, y seguido únicamente de tres escuderos se encaminó desarmado y descalzo á la iglesia del Santo Sepulcro. La nueva de este acto de devoción difúndese velozmente por entre la hueste, y al instante el saqueo y la matanza cesan; despójanse los Cruzados de sus ensangrentadas cotas; llenan con sus sollozos y transportes en acción de gracias los ecos de Jerusalén, y precedidos por el clero se dirigen todos con los piés descalzos y descubierta la cabeza á la iglesia de la Resurrección. Cuando el ejército cristiano se halló así reunido en el Calvario comenzaba á cerrar la noche; profundo y sombrío silencio reinaba en las calles y plazas, y únicamente en aquel sagrado lugar lo rompían los cánticos de penitencia y aquellas palabras de Isaías: *Cuantos amáis á Jerusalén regocijaos con ella.*

Para consumir el gran número de cadáveres que llenaban casas y calles encendieron grandes hogueras; los escasos musulmanes que se salvaron del acero vencedor fueron destinados al fúnebre servicio de transportarlos y amontonarlos, y á poco la ciudad ofreció nuevo aspecto. En el espacio de breves días vió del todo mudadas su religión, sus leyes y sus moradores; antes del postrer asalto habíase convenido, siguiendo la costumbre establecida por los Cruzados en sus conquistas, que sería tenido por dueño y poseedor de una casa ó edificio el guerrero que primeramente lo ocupase; una cruz, un escudo, cualquiera otra señal colocada en la puerta, equivalía á un título de posesión, y no se dió ejemplo de que dejase éste de ser respetado por soldados que acababan de entregar la ciudad á todos los horrores de la guerra. Parte de los tesoros arrebatados á los moradores fué empleada en socorro de los pobres y los húerfanos y destinada á las iglesias; las lámparas, los candelabros de oro y plata, el magnífico botín recogido en la mezquita de Omar, con el cual dice una crónica de la época que se cargaron seis carros, fué propiedad de Tancredo, y éste lo compartió con el duque de Bouillon, á quien adoptara por señor.

Ochenta y ocho años, de 1099 á 1187, fueron los latinos dueños de Jerusalén,

y desde los primeros días de su dominación dieron muestras de aquella actividad prodigiosa que cubrió el territorio de Palestina de castillos, iglesias y monasterios, que eran también verdaderas fortalezas, y restauró en muchos lugares los edificios

ORATORIO EN LA PARTE ORIENTAL DEL HARAM-ECH-CHERIF

antiguos. Así lo hemos observado en varios puntos de nuestro itinerario, y así lo veremos en los que nos falta recorrer todavía; por lo que toca á la ciudad de Jerusalén en que ahora estamos, los latinos, después de reparar las brechas de

sus muros que, repetimos, tendrían probablemente igual extensión que ahora, dispusieron una residencia para sus reyes y otra para sus patriarcas, establecieron muchos monasterios, restauraron, engrandecieron y fundaron iglesias y oratorios, crearon hospicios para los peregrinos, hospitales para los enfermos y vastas residencias para las tres órdenes militares, que con los nombres de caballeros del Temple, de San Juan y Teutónicos tanto contribuyeron á extender la nueva conquista de que fueron los últimos sostenedores. Conforme tendremos ocasión de seguir observando, de los establecimientos latinos algunos han sido por completo destruídos y han desaparecido del suelo, y otros han experimentado tales quebrantos y modificacienes que apenas pueden ser reconocidos.

En el santuario del Santo Sepulcro había de desplegarse ante todo la devoción de los latinos, y en efecto, uno de los primeros actos del reinado de Godofredo fué disponer, considerando harto reducidas las cuatro aisladas iglesias construídas por el monje Modesto, el comienzo de las obras para reunirlas bajo un techo común y devolverlas la grandiosidad antigua. Poco adelantaron en los primeros años de la ocupación á causa de la incesante guerra, y hasta á principios del siglo siguiente no pudieron darse por terminadas, quedando reunidas en un solo monumento las iglesias del Santo Sepulcro, del Calvario y de la Invención de la Santa Cruz; la de Santa María, en la que se cree se hallaba la piedra de la Unción, fué suprimida. En las dos primeras se verificaron considerables reformas; á los Cruzados han de atribuirse el crucero con su cúpula, el coro que forma la actual iglesia de los griegos, la gran fachada meridional con su esbelto cornisamento, sus ventanales de ojiva, sus dos hermosas puertas y su campanario, desmochado hoy de su remate. En cambio hubieron de introducir pocas modificaciones en el santuario de la Invención de la Santa Cruz, ya que éste, por su situación subterránea, pudo salir mejor librado de las devastaciones de las edades anteriores; por esto toda su parte inferior, así como sus pesadas columnas bizantinas, datan al parecer de la época de Modesto.

Los reyes latinos recibían la corona en la iglesia del Santo Sepulcro y en seguida se dirigían á la del Calvario á ofrecerla al Señor, costumbre muy conforme con los piadosos y caballerescos sentimientos de aquellos monarcas y de aquellos súbditos. Al entrar en la última se veían á la derecha el sepulcro de Godofredo de Bouillon y á la izquierda el de su hermano Balduino; una losa prismática y triangular cubría su sarcófago de mármol sostenido por cuatro colunas; en una de sus caras leíanse estas inscripciones: en el de Godofredo

HIC IACET INCLYTUS DUX GOTTIFRIDUS DE BULION
QUI TOTAM TERRAM ISTAM
ACQUISIVIT CULTUI CHISTIANO:
CUIUS ANIMA CUM CHRISTO REQUIESCAT. AMEN.

En el de Balduino:

REX BALDUINUS, JUDAS ALTER MACHABEUS,
SPES PATRIÆ, VIGOR ECLESIÆ, VIRTUS UTRIUSQUE,
QUEM FORMIDABANT, CUI DONA TRIBUTA FEREBANT
CEDAR ET ÆGPTUS, DAN AC HOMICIDA DAMASCUS
PROH DOLOR! IN MODICO CLAUDITUR HOC TUMULO.

A poca distancia de ambos héroes, junto al coro, yacían en sepulcros de mármol apoyados en la pared, Balduino III, Fulco de Anjou, Balduino II, Amauri, Balduino IV y Balduino V.

«No quise abandonar el sagrado recinto, dice el vizconde de Chateaubriand, sin detenerme é inclinarme ante los monumentos funerarios de Godofredo y Balduino, que dan frente á la puerta de la iglesia. Con respetuoso fervor saludé las cenizas de los reyes caballeros que merecieron hallar su descanso junto al gran Sepulcro por ellos libertado.»

Chateaubriand sería sin duda uno de los últimos viajeros de Occidente á quien cabría honra semejante; después del incendio que devastó la iglesia en el año de 1808, el vandalismo griego destruyó los venerables y gloriosos monumentos respetados por el fuego, y los sepulcros de Godofredo y su hermano, que eran elocuente testimonio de la conquista de Jerusalén por los latinos, desaparecieron, así como varias inscripciones que atestiguaban el derecho secular de los católicos á la legítima posesión de aquellos santuarios. M. de Saulcy, sin embargo, no tiene por segura la destrucción de los sepulcros, y no está lejos de pensar que los griegos los conservan ocultos ó enterrados en ignorado sitio de la basílica.

Las construcciones románicas de aquellos primeros Cruzados han llegado, conforme queda dicho, hasta nosotros; pero entre las numerosas adiciones y reformas que la basílica ha requerido en el curso de los siglos, no es fácil conocer á primera vista su origen.

La víspera del día para siempre memorable en que Jesucristo había de morir en suplicio de cruz para la salvación del mundo quiso perpetuar su presencia entre los hombres instituyendo el sacramento de la Eucaristía. En el Cenáculo se verificó el gran misterio, y sobre el lugar que ocupó aquél ha sido siempre la tradición tan unánime y tan fija como respecto al Santo Sepulcro: siempre y constantemente lo ha colocado en el monte Sión, á un centenar de metros de la puerta del mismo nombre, sitio que formaría parte del recinto jebuseo, pero que sin duda hubo de quedar extramuros desde el tiempo de David, en una casa de dos pisos, bajo el uno y el otro superior. En éste celebró el Salvador su última Pascua con sus discípulos, allí se dignó lavarles los piés y predijo la traición de Judas y la flaqueza de Pedro; allí dictó aquel mandamiento nuevo: «Amaos los unos á los otros, así como yo os he

amado.» En el Cenáculo se apareció resucitado á sus discípulos, y en el Cenáculo, en fin, estaban reunidos los apóstoles cuando descendió sobre ellos el Espíritu Santo.

Créese que en el propio lugar fué instituído el sacramento de la Confirmación, consagrado Santiago el Menor obispo de Jerusalén, designado por la suerte san Matías, elegidos san Esteban y los seis diáconos, y que de allí, en fin, salieron los apóstoles al separarse para ir á predicar el Evangelio por toda la tierra.

Lugar tan augusto y venerable hubo de ser desde un principio tenido por santo y sagrado, y sábese que en él solían reunirse los apóstoles y los primeros fieles para la celebración de los divinos misterios. Créese que pudo salvarse de la destrucción de Tito, pues de un pasaje de san Epifanio se desprende que esta iglesia, madre de todas las demás, según la llaman las crónicas de las Cruzadas, existía aún en tiempo de Adriano. Muy reducida entonces, expresado queda como el primer emperador cristiano elevó allí un templo más digno de la santidad del lugar, en el cual, en nada obstante su grandiosa planta, se conservó religiosamente su disposición primera en dos pisos, recibiendo el superior el nombre de iglesia de los Apóstoles. Según san Jerónimo, de una de las colunas que sostienen el pórtico de la basílica se decía estar salpicada con sangre de Nuestro Señor, por haber estado atado á ella durante su cruel azotamiento.

En el siglo VI Antonio de Plasencia visitó la santa basílica del monte Sión, de la que, profanada y destruída después, sólo quedaban ruinas al llegar los Cruzados á Jerusalén. Los reyes latinos la reedificaron conservando sus dos tradicionales altos y embelleciéndola con pinturas de los memorables sucesos allí acaecidos. A la izquierda de la iglesia superior veíase un oratorio dedicado á san Esteban, cuyo cuerpo había sido trasladado á aquel lugar en el año de 415 desde Gafar-Gamala en que fuera primeramente sepultado; años después estas reliquias pasaron, como hemos dicho, á la basílica fundada en honra suya por la emperatriz Eudoxia, basílica que reconstruyeron igualmente los Cruzados. Una comunidad de canónigos regulares de san Agustín, cuyo monasterio estaba unido á uno y otro santuario, los servía ambos con el nombre de Santa María del Monte Sión y del Espíritu Santo, y disfrutaba de importantes rentas con obligación de mantener ciento y cincuenta hombres de armas para la defensa del Santo Sepulcro. Caído el recinto latino, la basílica del Cenáculo quedó por algún tiempo en poder de los religiosos sirios, pero en el siglo XIII experimentó nueva devastación y ruina.

Antes, en el año de 1187, habían sido destruídos la basílica de San Esteban y el inmediato monasterio por los mismos latinos, cuando el enemigo se presentó audaz y formalizó el sitio de la Ciudad santa, los sitiados, temerosos de que aquellos edificios por su proximidad al muro fuesen ocupados en su daño, los arrasaron, y de ellos ni vestigios quedan.

La basílica de la Ascensión en el monte de los Olivos fué otra de las reconstruídas por los Cruzados, y las ruinas de esta última iglesia son las que cubren todavía la cumbre central. El edificio, tal como los latinos lo erigieron, tenía la foma de un

octágono regular de treinta y cuatro metros de diámetro, conforme lo indican las bases de las colunas aun existentes. Un pórtico interior sostenido por colunas sustentaba una cúpula esférica, cuya parte superior quedaba abierta, como sucediera en las basílicas anteriores. En el monasterio inmediato á la iglesia moraban canónigos de la orden de San Agustín, los cuales habían reemplazado á la comunidad benedictina que allí estableciera el emperador Carlomagno.

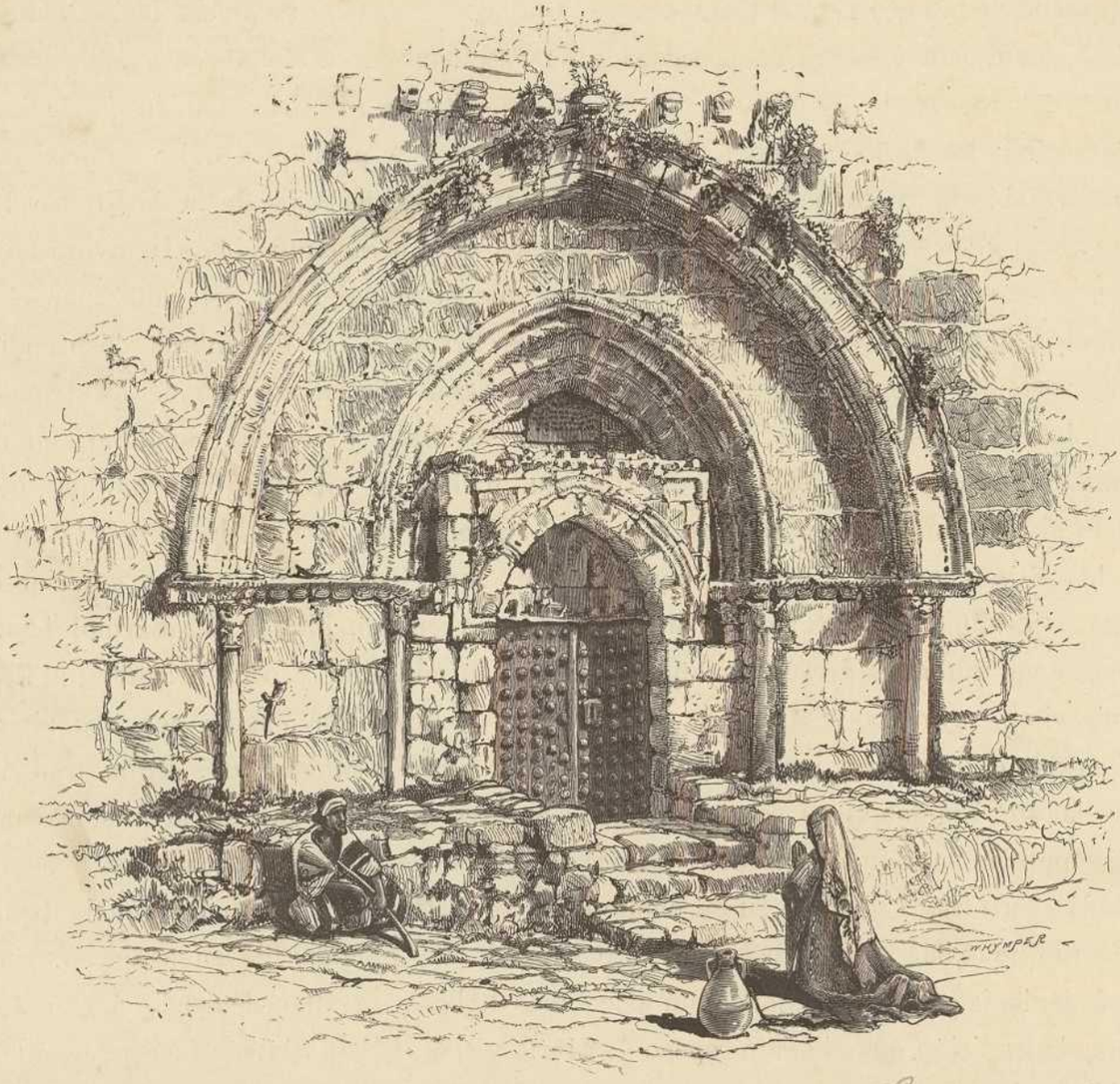
Uno de los primeros actos del reinado de Godofredo fué establecer y dotar una comunidad de monjes negros cluniacenses junto á las ruinas de la iglesia de la Asunción de la Virgen, con encargo de proceder á su reconstrucción. Hallábase aquélla situada al pié del monte de los Olivos, en el valle de Josafat, y atribuíase su fundación á Constantino; lo cierto es que á fines del siglo IV ó á principios del V cubría ya la sepultura abierta en la peña que recibiera los mortales despojos de la Madre de Dios antes de su gloriosa ascensión al cielo, sepultura muy semejante á la de su divino Hijo [1]. Si en el día se encuentra mucho más baja que el actual nivel del valle, por efecto de haber elevado el suelo en aquel punto las tierras y los escombros desprendidos de la vertiente oriental, hubo de ser en su origen labrada en uno de los peñascos de la ladera y componerse de dos estancias, vestíbulo y cámara sepulcral; en esta última, que es la única que en el día subsiste, hállase el sarcófago ó urna, que, como el del Calvario, ha sido separado de la peña y cubierto de mármol. El edificio levantado por los latinos, que es el mismo hoy existente, compónese de un pórtico exterior con frente á levante; la puerta es ojival y la adornan cuatro colunas de mármol blanco. Pasados sus umbrales preséntase ancha escalera de cuarenta y ocho peldaños; al llegar al vigésimo primero vese en la pared de la derecha una capilla con dos altares, consagrado el uno á san Joaquín y el otro á santa Ana, y construídos, según tradición, sobre las tumbas de ambos santos. Algunos autores suponen que en la misma capilla está sepultada la reina Melisenda, esposa de Fulco de Anjou, fallecida en setiembre de 1161; pero fray Lievin en su excelente *Guía de la Tierra Santa* opina que la tapiada abertura que existe algunos escalones antes puede ser el lugar de su sepulcro. En la pared de la izquierda y bajando un poco más hállase un altar dedicado á san José, siendo de tradición que el santo esposo de María y además san Simeón fueron sepultados también en aquel sitio.

Al pié de la escalera que sólo recibe luz por la puerta de ingreso se extiende la basílica propiamente dicha que forma una cruz latina de unos treinta metros á lo largo de occidente á oriente por ocho á lo ancho. Cubierta con bóveda y terminada en cada uno de sus extremos por un ábside semicircular, recibía antes luz por ventanas de vasto alféizar interior por las que no entra ahora claridad ninguna á causa de las tierras y escombros que al desprenderse las han cegado. Todo el lado occidental de la basílica está como enterrado, y esto hace que reine en ella oscuridad casi completa, que

[1] Sostienen algunos autores que fué Efeso el lugar que vió el feliz tránsito de la Santísima Virgen de esta vida mortal á la gloria del cielo; pero la opinión más acreditada y probable es que espiró en una casa inmediata al Cenáculo.

en algunos puntos desvanecen las lámparas colocadas en los altares que allí tienen los griegos, armenios, coftos, abisinios y sirios, pues los latinos, únicos y legítimos poseedores antes de la iglesia, fueron de ella excluídos en el año 1759.

El sepulcro de la Santísima Virgen está encerrado en un reducido monumento ó santuario cuadrado, de cuyas paredes de roca cuelgan antiguos tapices; y rematado en humilde cúpula; un altar de mármol cubre el sepulcro. A este oratorio, profusamente iluminado por numerosas lámparas pendientes de la bóveda, dan ingreso dos puertecitas



PORTADA DE LA IGLESIA DE LA ASUNCIÓN

de las que guardan las llaves griegos y armenios. En virtud de un firmán de 1852 los latinos pueden entrar por ellas y oficiar en el altar, pero recogiendo en seguida, luego de celebrada la misa, cuantos objetos han servido para el culto. Los dos pequeños ábsides en que termina la pared en que aquellas puertas se abren, contienen, el del norte un altar propio de los sirios, y el opuesto ó meridional un *mirhab* ó lugar de oración para los musulmanes, los cuales tienen igualmente en gran veneración la tumba de Setty-Maryam. Al oeste se encuentra una cisterna junto á un altar de los coftos.

A lo que se cree, muchos personajes de la corte latina de Jerusalén eligieron su

sepultura en la iglesia en que la tuvo la madre de Dios ó en sus inmediaciones; el cronista Alberto de Aix cita á dos: á Werner de Gray, primo de Godofredo de Bouillón, sepultado en el año de 1100 «en el pórtico de la basílica de Santa María, en el valle de Josafat,» y Arnulfo de Oudenarde, muerto en cacería, al que se dió tierra en 1107 «en el valle de Josafat, junto á la iglesia de Santa María.»

Reconquistada Jerusalén por los musulmanes en el año de 1187 arrasaron el convento de los monjes negros empleando sus materiales en la recomposición de los muros de la ciudad; pero la iglesia fué respetada por la veneración que, como se ha dicho, profesan á Maryam, madre de Ayssa (Jesús). En el año 1363 la reina Juana de Nápoles obtuvo un firmán del sultán de Egipto poniendo á los Padres de San Francisco en posesión del santuario con facultad de reconstruir el convento, lo cual no pudieron verificar por escasez de recursos.

Uno de los edificios de la época latina mejor conservados es la iglesia llamada de Santa Ana; á poca distancia de la puerta de San Esteban fué levantada en el solar de antigua casa cimentada en la peña y perteneciente á san Joaquín, descendiente en línea directa de David, y á santa Ana, de la familia de Aarón. Dice una tradición constante, afirmada por el testimonio de infinitos autores, que los padres de la Santísima Virgen poseían y habitaban en Jerusalén una casa inmediata á la piscina Probática, y que si las calamidades públicas que precedieron á la coronación de Herodes y la saña con que éste persiguió á todos los miembros de la dinastía de los Macabeos les movieron, como á otros muchos, á salir de Jerusalén escogiendo como refugio la ciudad de Nazareth, no por ello abandonaron del todo su modesta vivienda de Jerusalén. En ella, según tradición cuyo encadenamiento puede seguirse hasta los primeros siglos de la era cristiana, nació la Reina de los Angeles, la madre del Mesías. Así lo cree por lo menos universal y unánimemente la Iglesia oriental, y la de Jerusalén en particular reivindica, como justificada por innumerables testimonios, la gloria de haber sido cuna de la Santísima Virgen. En aquella casa, á lo que la tradición asegura, transcurrieron para los augustos padres de María los últimos años de su vida; allí tuvieron la dicha de que viniera al mundo el fruto privilegiado que había de eclipsar á todas las criaturas por su pureza angélica y su maternidad divina; desde allí llevaron á su hija al Templo para consagrarla al Señor; allí exhalaron el último suspiro, y de allí, en fin, fueron trasladados, acaecida su muerte, y sepultados en el valle de Josafat, á poca distancia del sepulcro que por breve tiempo había de ocupar la Virgen María.

Objetan á esto algunos críticos que la casa de san Joaquín y santa Ana hubo de ser destruída cuando las legiones de Tito asaltaron el Templo, en cuyas inmediaciones estaba situada, esto es, al pié del monte Bezetha; pero se les contesta que si es verdad que las paredes exteriores y toda la parte edificada de la casa de Santa Ana fueron entonces probablemente destruídas no hubo de suceder lo mismo con las estancias inferiores labradas en la peña, como sucedió con las dos inmediatas piscinas, la de

Bethesda y la Probática, las cuales, por la índole de su construcción, pudieron librarse del general desastre. La primera, oculta en gran parte debajo del suelo, ha sido descubierta en nuestros días por el arquitecto francés M. Mauss, y la otra, conforme á su tiempo veremos, es el gran Birket-Israil mencionado por los viajeros desde tiempos muy antiguos [1].

Dada esta general creencia, no ha de caber duda que en el movimiento que desde la primera edad de la Iglesia llevó numerosas peregrinaciones á los sitios santificados por la presencia del Salvador ó de su santísima Madre, hubo de ser la casa de santa Ana, ó cuando menos las estancias labradas en la roca que de la misma quedaban objeto de particular veneración. Por probable se tiene que fuese incluída entre aquellas iglesias en número de treinta, que además de las grandes basílicas que nominalmente son atribuídas á la piadosa Helena, afirma Nicéforo Calixto haber sido erigidas por la madre de Constantino; pero es lo cierto que, fundáralo santa Helena ó la emperatriz Eudoxia, como suponen algunos, ya en el año de 530 el peregrino Teodosio hace mención de un santuario consagrado á la Santísima Virgen cerca de la Piscina Probática, lo cual repite en el de 570 Antonio de Plasencia; y que en aquella fecha había de ser tenida por antigua la basílica de que se trata, atestígualo el hecho de que la erigida en 529 por Justiniano en el monte Moriah, en el lugar de la Presentación, fuese llamada, conforme queda dicho, Santa María la Nueva para distinguirla de Santa María de la Natividad, que había de existir por lo mismo desde época anterior.

Destruída sin duda en la de la invasión de Cosroes en el año de 614 la basílica de Santa María la Antigua ó de la Natividad no tardó en ser reedificada, quizás por Modesto, pues cítala como por existente san Sofronio, sucesor del ilustre monje en la sede patriarcal de Jerusalén. A principios de siglo IX había contiguo á ella un monasterio de mujeres, y al apoderarse los Cruzados en Jerusalén en 1099 hallaron la iglesia convertida en mezquita, habiéndose salvado así de la ruina. Devuelta á su primitivo destino, estableciéronse en ella monjas benedictinas, que, al parecer, fueron en corto número hasta que en el año 1104 tomó entre ellas el velo la reina Arda, repudiada esposa de Balduino I. Algunos años después, en el de 1130, la princesa Judit, hija de Balduino II, entró igualmente en el monasterio y permaneció en él hasta que concluyó la obra de Bethania, que para ella fundara su hermana la reina Melisenda, y de estos sucesos y de esta época datan sin duda la prosperidad y el gran número de religiosas que hicieron famoso el monasterio de Santa Ana. Entonces seguramente fué cuando se hicieron en la iglesia las obras, no de reconstrucción, pero sí de ensanche, reparación y ornato, contándose entre las últimas hermosas pinturas murales representando los principales sucesos de la vida de san Joaquín, santa Ana y la Santísima

[1] Conviene advertir que, contradiciendo la tradición oriental, existe otra, que no se tiene por probable, que fija el lugar del nacimiento de la Santísima Virgen en Sephoris, ciudad de Galilea inmediata á Nazareth, y otra, profesada por todo el Occidente, que cree haberse verificado en la *Santa Casa* de Nazareth.

Virgen. Del monasterio se cree que lo reconstruyeron por completo los latinos. Es, pues, la iglesia bizantina y á la vez románico-ojival; de treinta y seis metros á lo largo por veintiuno á lo ancho, forma un cuadrilongo terminado por tres ábsides, circulares por dentro y poligonales por fuera; divídese en tres naves que guían al crucero, en cuyo centro se alza una cúpula bizantina, apoyada en cuatro arcos que descansan á su vez en cuatro robustas colunas. La portada principal mira al oeste, y participa á la vez del estilo arábigo y románico, como son de ello prueba las esculturas que la decoran y el rosetón que la remata.

Sitiada Jerusalén por Saladino es de tradición que las animosas monjas de Santa Ana, para evitar los torpes ultrajes de los sectarios del Corán, no vacilaron en mutilar su rostro.

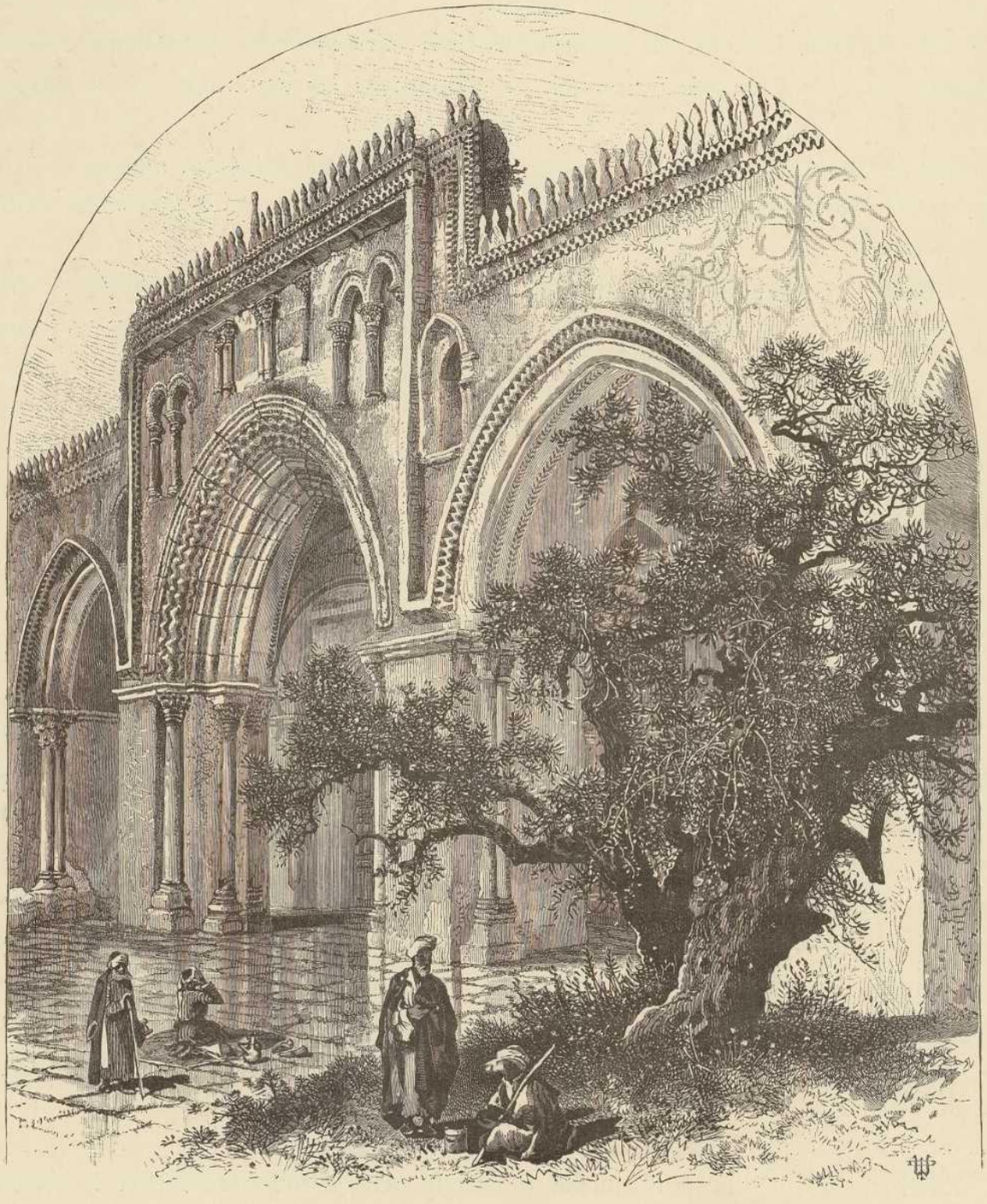
Rendida la ciudad, el sultán, en el año 1192, según expresa la inscripción arábiga grabada en el tímpano de aquella puerta, convirtió el edificio en *medreseh,* ó escuela musulmana. Cerrada ésta ya en el siglo xv, el antiguo monasterio caía en ruinas, y únicamente la iglesia permanecía entera, los peregrinos no dejaban jamás de visitarla y los Padres franciscanos, mediante el pago de crecidas sumas, obtenían permiso para celebrar en la cripta dos veces al año, esto es, en las festividades de santa Ana y de la Natividad de la Virgen.

Esta fué la suerte de la venerada basílica hasta que el sultán Abdul-Medjid, agradecido á Napoleón III, hizo de ella donación á la emperatriz Eugenia en el año de 1856, después de la guerra de Crimea; en nombre de Francia tomó de la misma posesión el cónsul general M. de Barrere, y la restauración fué confiada al arquitecto M. Mauss, quien, al conservarle con fidelidad su estilo greco-latino y la ornamentación arábigo-cristiana, la ha remozado en cierto modo y le ha devuelto la belleza de que la despojaron los ultrajes del tiempo y de los hombres. La cripta, que es igualmente una verdadera reliquia del tiempo pasado, en la que se respira el grato aroma de augustas memorias, nada ha perdido tampoco de su forma y divisiones tradicionales, y se extiende debajo del crucero; á ella se baja por una escalera de ventiún peldaños, y se compone de tres partes; un *narthex,* una capilla en la que pueden verse aún vestigios de pinturas murales, y dos ábsides. Allí estuvo la casa de santa Ana; allí nació la Santísima Virgen, y por estrecho corredor se pasa á una segunda cripta situada debajo del altar mayor, á la que se dice que de nuevo fueron trasladados en todo ó en parte los preciosos restos de san Joaquín y de santa Ana.

En el año de 1878 ha sido confiada la custodia del venerable santuario á la Sociedad de los Misioneros de Argel.

Obra de los Cruzados vencedores fué la transformación de la mezquita de Omar en iglesia con el nombre de *Templum Domini;* en la sagrada Roca que cubrieron con planchas de mármol erigieron un altar; imágenes de santos y religiosas pinturas adornaron el interior del edificio; en su cúpula lanzaron una cruz dorada, y canónigos agustinos quedaron encargados del culto. Trazóse el recinto del coro, del cual se

conservan aún vestigios en el lado del sudoeste, así como es también memoria de aquel tiempo la gran verja de hierro forjado, con cuatro puertas, que rodea la Roca, obra de á fines del siglo XII. En el año 1130 Alberico, obispo de Ostia y legado del pontífice Inocencio II, consagró con gran solemnidad el nuevo santuario, en el



FACHADA DE LA MEZQUITA EL-AKSA

reinado de Fulco, y el antiguo templo de Salomón quedó otra vez santificado con la presencia de Nuestro Señor Jesucristo.

La mezquita llamada *Djami-el-Aksa*, situada al este del terraplén superior que señala el *Hieron* interior del antiguo templo, mezquita que, según queda dicho, había reemplazado á la basílica de Justiniano consagrada á la Presentación de la Virgen

y llamada de Santa María la Nueva, quedó convertida en palacio real, siendo designada indistintamente con el nombre *Palatium Salomonis* y con el de *Templum Salomonis*. En el año de 1118 el rey Balduino I cedió parte del palacio á la naciente orden militar cuyos caballeros tomaron por este motivo el nombre de Caballeros del Temple ó de Templarios. Para su uso construyeron una capilla en el brazo oriental del crucero de la mezquita, é instalaron sus caballos en los inmensos subterráneos conocidos con el nombre de *Caballerizas de Salomon*. De su residencia subsiste todavía una vasta sala de armas, con robustas colunas y ojivales bóvedas.

Á trescientos llegó á poco el número de los Templarios, que tuvieron origen en nueve caballeros consagrados al amparo de los peregrinos, y fué su primer gran maestre Hugo de Payens, natural de Turena; monjes por las prácticas, soldados por las acciones, según los calificó Pedro el Venerable, tenían por objeto, además de la protección de los viajeros, la defensa de los Santos Lugares contra los infieles. Balduino II les otorgó grandes privilegios.

Su instituto fué en un principio semejante al de los canónigos regulares y hacían voto de pobreza, celibato y obediencia, sometidos al patriarca de Jerusalén, éste y el rey atendían á la subsistencia de la novel milicia. Diez años contaba de existencia cuando fué confirmada por el concilio de Troyes en 1128, en el cual quedó formada su monástica y militar regla y se decidió que fuese su hábito blanco al que se añadió después una cruz roja. «Juro, decía el neófito, pasar á ultramar para defender á mis hermanos y tener siempre mi brazo al servicio de la Iglesia y de los reyes contra los príncipes infieles. En tanto mis enemigos no pasen de tres contra mí les haré frente; si son infieles en ningún caso emprenderé la fuga.» En su estandarte de combate llamado *Bauceant* estaba escrita esta humilde leyenda: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo de gloriam*. San Bernardo hizo magnífico elogio de la caballeresca orden; la austeridad de su regla atrajo sobre ella la veneración de los pueblos, y tanto aumentó el número de los Templarios en el espacio de cincuenta años, que llegaron á ser tres mil caballeros sin contar á los freires sirvientes. Su intrepidez en las batallas era proverbial; los campos y las fortalezas de Tierra Santa fueron regadas con su sangre generosa y presenciaron sus épicos combates. Monarcas y barones protegían á la esforzada, fiel y entusista milicia destinada á mantener abiertos y seguros los caminos del Santo Sepulcro y á sostener gloriosamente la enseña de Jesucristo *usque ad mortem*. De ahí que, creciendo proporcionalmente su riqueza y extendiéndose la Orden á los países de Occidente, no hubiese reino cristiano en que no poseyesen tierras y castillos.

Tomada Jerusalén por Saladino fueron los Templarios á residir á San Juan de Acre ó Tolemaida, y fortificaron un castillo en las inmediaciones de Cesárea, desde donde sus compañías prestaron decidido auxilio á los Cruzados que trataban de reconquistar la ciudad santa. En la toma de San Juan de Acre (año de 1291) perdieron en gran número la vida; los pocos que se libraron del desastre se retiraron á la isla de Chipre

y reconstituyeron la casi aniquilada milicia con la esperanza de reconquistar la tierra que había de conservar eternamente la memoria de sus hazañas.

Tales eran los hombres sin miedo, es verdad, pero no sin mancha contra los que no tardaron en fulminarse terribles acusaciones. Algunos ritos misteriosos, ciertas prácticas singulares traídas de Oriente se prestaban á las interpretaciones de la maledicencia; la libertad de costumbres de algunos miembros de la Orden era universalmente conocida, y sin dificultad se concibe que la posesión de gran riqueza fuese en la disipación de la vida militar ocasión para que se entregaran á violentas pasiones. De ahí tomó pié el proceso que contra ellos se formó; basado en los más negros y nefandos cargos.

Felipe el Hermoso de Francia fué su denunciador ante el Papa y su acérrimo adversario: no satisfecho de la lentitud y madurez con que la causa era llevada por las comisiones pontificias, dispuso en el año de 1307 prender en un mismo día (5 de octubre) á todos los Templarios de Francia; quinientos setenta y seis caballeros fueron conducidos ante el tribunal á quien confiara Felipe el conocimiento de los cargos contra ellos aducidos; en vano fué que reclamara la comisión inquisitorial instituída por el Papa; en vano que los acusados apelaran al Pontífice; en un solo día se vieron condenados al suplicio del fuego cincuenta y seis Templarios que fueron quemados en Vincennes. Encendida ya la hoguera que había de consumirlos prometió Felipe la vida á los que confesaren los delitos que se les imputaban; todos, empero, entre los gritos que les arrancaba el dolor, protestaron de su inocencia invocando á Jesucristo y á su Santísima Madre. Iguales ejecuciones ordenaron con la misma rapidez los tribunales provinciales; los caballeros que se libraron de la muerte fueron condenados á prisión y á duras penitencias, y los grandes dignatarios de la Orden permanecieron presos, habiéndose reservado el Papa expresamente su juicio.

El concilio general de Viena (Delfinado), convocado para decidir de la suerte de la famosa milicia, se reunió por fin en octubre del año de 1311, y fundando su sentencia en los dichos y testimonios presentados por el rey de Francia y en las confesiones de varios acusados, declaró su abolición, que era ya en aquel reino un hecho consumado.

Dos legados pontificios recibieron en 1314 el encargo de resolver acerca de la suerte del gran maestre y de los demás dignatarios de la Orden, presos con él en París. Reunidos los jueces en la catedral é introducidos los acusados, el gran maestre Santiago de Molay se levantó indignado al escuchar los horribles cargos que á la Orden se dirigían, y protestó de que nunca se había ésta manchado con tan feos delitos. El tormento había antes arrancado al maestre confesiones que se le dijeron haber de ser favorables á sus hermanos, y entonces se retractó de ellas proclamando su completa inocencia. El rey, sin embargo, se apresuró á hacer condenar al gran maestre y al delfín de Viena como relapsos, y mandó que fuesen quemados delante de su propio palacio. Ambos caballeros sufrieron el suplicio protestando de su inocencia y apelando al cielo

de la injusticia de que eran víctimas (marzo de 1314). El pueblo no pudo menos de conmoverse al verlos tan firmes y confiados en la justicia divina, y acreditóse la voz de que habían emplazado al papa y al rey á comparecer dentro de aquel año ante el tribunal de Dios. El pontífice Clemente V murió el día 20 de abril y Felipe en 29 de noviembre del año de 1314.

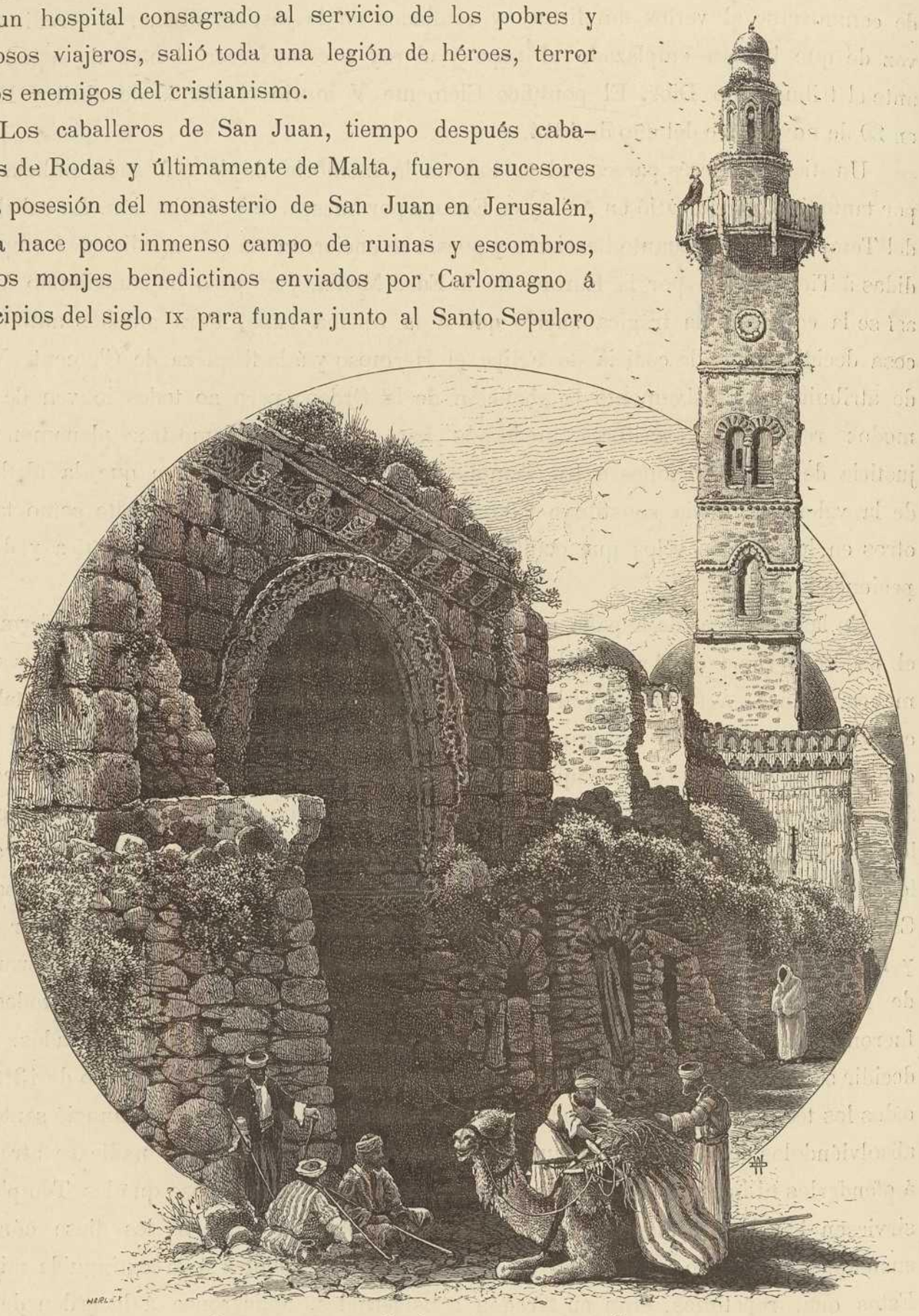
Un tierno interés parece rodear todavía la memoria de la esforzada milicia que por tanto tiempo combatió en Asia y en Europa por nuestra fe y civilización. La caballería del Temple sintetiza cuanto heroismo y poesía se encierran en las expediciones emprendidas á Tierra Santa por la Europa de la Edad Media, y no poco ha contribuído á que así se la considere la trágica suerte que á la misma cupo. Para muchos autores es cosa decidida que á la codicia de Felipe el Hermoso y á la flaqueza de Clemente V ha de atribuirse exclusivamente la abolición de la Orden; pero no todos lo ven de este modo: respetables escritores modernos han tratado de demostrar plenamente la justicia de las acusaciones á los Templarios dirigidas, y ello hace que la abolición de la valerosa milicia constituye todavía un problema histórico envuelto como tantos otros en los opacos velos que ocultan los tenebrosos secretos de la política y de las pasiones humanas.

En las comarcas de España que con las islas y las posesiones de Italia formaban el poderoso reino de Aragón, habían alcanzado los Templarios grandes bienes y no menos pujanza. Á su Orden y al maestre Guillermo de Monredón, natural de Cataluña, estuvieron confiadas en los primeros años del siglo VIII la educación y guarda del niño que había de ser Jaime I el Conquistador, y cuando Felipe el Hermoso, luego de reducir á prisión á los Templarios de Francia, escribió á don Jaime II exhortándole á practicar lo mismo en sus estados, contestóle el monarca aragonés negándose á proceder contra los caballeros del Temple, de los cuales decía no tener sino motivos de alabanza. Celebrado el concilio de Viena, Clemente V envióle mandamiento para su supresión, y los Templarios de Aragón, temerosos de experimentar la suerte de sus hermanos de Francia, se encastillaron en sus fortalezas con ánimo de resistirse. Á todas las fueron sitiando y rindiendo las tropas reales, y los frailes quedaron encarcelados. Para decidir sobre su causa reunióse un concilio en la ciudad de Tarragona (año de 1312), y oídos los testigos y guardadas todas las formalidades de derecho se pronunció sentencia absolviéndolos de los delitos de que eran acusados y mandando que nadie se atreviese á ofenderlos ni infamarlos. Abolida, empero, la Orden, determinóse que los Templarios sirviesen bajo la obediencia de los respectivos obispos y que se les diese cóngrua sustentación, vestido y asistencia de los bienes pertenecientes á la extinguida milicia. Estos que, repetimos, eran en Aragón considerables, aplicáronse á la orden de San Juan de Jerusalén y á la orden militar de Montesa, recién creada en esta tierra para defenderla contra los sarracenos.

Otra orden famosa en Jerusalén y en aquel mismo tiempo creada fué la de los caballeros de San Juan, nacida, como la de los Templarios, al calor del propio impulso

que produjo las Cruzadas, esto es, el espíritu religioso unido al espíritu militar. De un hospital consagrado al servicio de los pobres y piadosos viajeros, salió toda una legión de héroes, terror de los enemigos del cristianismo.

Los caballeros de San Juan, tiempo después caballeros de Rodas y últimamente de Malta, fueron sucesores en la posesión del monasterio de San Juan en Jerusalén, hasta hace poco inmenso campo de ruinas y escombros, de los monjes benedictinos enviados por Carlomagno á principios del siglo IX para fundar junto al Santo Sepulcro



PUERTA DEL HOSPICIO DE SAN JUAN Y ALMINAR LLAMADO DE OMAR

un hospicio en que fuesen asistidos los viajeros latinos. En él halló hospitalidad en el año de 870 el peregrino Bernardo, quien escribe en su *Itinerario:*

«Fuí recibido en el hospicio del glorioso emperador Carlos, en el cual encuentran

acogida cuantos visitan por devoción esta tierra y hablan la lengua romana. Á él está unida una iglesia dedicada á Santa María, la cual posee una rica biblioteca, debida á la munificencia del emperador, con más doce habitaciones, campos, viñas y un huerto en el valle de Josafat. Delante del hospicio está el mercado.»

Destruídos estos edificios por el califa Hakem en el año de 1010, fueron reedificados algún tiempo después por los mercaderes de Amalfi que, en su tráfico con los países de Levante, sintieron la necesidad de contar con un establecimiento á que pudiesen dirigirse y en que pudiesen permanecer con toda seguridad. Enviados por ellos embajadores al califa con ricos presentes alcanzó su demanda buen suceso, y con la autorización correspondiente levantaron de nuevo el hospicio y la iglesia en el año de 1023, tomando la última el nombre de Santa María Latina, por celebrarse en ella según el rito latino. Los monjes que servían una y otra procedían de Amalfi. El firmán del sultán Mozhaffer de aquella fecha se conserva original en el archivo de los Padres franciscanos de Jerusalén.

Á poca distancia de este hospicio y convento fundóse otro con la advocación de Santa María Magdalena; servido por religiosas ofrecía hospitalidad á las mujeres latinas que, arrostrando los peligros del viaje, llegaban en peregrinación á Jerusalén. La capilla era llamada *Santa María Parva,* sin duda á causa de ser más pequeña que Santa María Latina. A los dos establecimientos se agregó en breve un hospital consagrado á san Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría, y los tres estaban bajo la jurisdicción del abad de Santa María Latina. Al ser tomada Jerusalén por el ejército cruzado era el hospital dirigido por un santo varón llamado Gerardo, natural de Provenza, y el convento de religiosas por una noble dama de nombre Inés. Los guerreros heridos en el sangriento asalto fueron asistidos en los establecimientos de Santa María Latina, que este nombre colectivo llevaban, y á poco Gerardo, aumentando el fuego de su caridad á proporción que crecían las necesidades con el mayor concurso de peregrinos á la ciudad santa, resolvió reunirse en congregación con los que le ayudaban en sus piadosas tareas, y en manos del patriarca de Jerusalén hizo los votos de pobreza, castidad y obediencia. Los nuevos religiosos tomaron por patrón á san Juan Bautista en vez de san Juan el Limosnero, y en el año de 1113 se apartaron de la jurisdicción del abad de Santa María Latina. En el mismo año el papa Pascual II aprobó la nueva Orden y nombró á Gerardo fundador y jefe de los Hospitalarios, á los que, acaecido que fuese el fallecimiento de aquél, confirió el exclusivo derecho de nombrarle sucesor. Gerardo y sus compañeros, al consagrarse á la vida religiosa, adoptaron por distintivo una cruz blanca sobre el pecho.

Inés les había imitado, y tomando como ellos el hábito regular, fué fundadora de las religiosas hospitalarias.

En el año de 1118, muerto Gerardo, Ramón Dupuy, natural del Delfinado, le sucedió por unánime elección de los frailes hospitalarios; era Ramón Dupuy un guerrero, compañero de Godofredo, que herido gravemente en un encuentro con los

infieles había sido recogido y curado por los freiles del hospital, entrando después en la Orden. Elegido para gobernar llevó á ella su espíritu militar, y propuso á los religiosos unir á sus tres votos el de guerrear en defensa de la religión y de la Tierra Santa. Acogida con entusiasmo la proposición, quedó la Orden dividida en tres clases, á saber: los sacerdotes, los freiles sirvientes al cuidado de enfermos y peregrinos y los caballeros, que salían á guerrear contra los sarracenos. Desde aquel día su desenvolvimiento y prosperidad crecieron sin cesar, la flor de la caballería se alistó en la sagrada milicia, y la fama del valor guerrero y de las cristianas virtudes de aquellos frailes soldados llenó el Oriente y el Occidente.

Entonces recibió la Orden su organización definitiva; dividióse por compañías ó lenguas según la patria de los caballeros, que fueron en un principio de Provenza, Auvernia, Francia, Aragón, Italia, Alemania é Inglaterra; tiempo después se agregó la de León y Castilla, y sustituyó á la de Inglaterra la anglo-bávara. El hábito consistía en túnica negra con manto de igual color, teniendo en el lado derecho una cruz blanca de ocho puntas; los caballeros usaban además en la guerra una cota encarnada con la cruz. Las armas de la Orden fueron la cruz paté en campo de gules.

Nueve grandes maestros de los Hospitalarios residieron sucesivamente en Jerusalén tomando con sus caballeros importante parte en las continuas campañas que hubo de sostener el combatido reino latino desde el año 1113 al de 1187. Perdida Jerusalén, los restos de la Orden se encastillaron en su fortaleza de Margat, de donde pasaron á Acre que tomó con este motivo el nombre de San Juan de Acre, y esta plaza, merced á su denuedo y al de la milicia del Temple y de los caballeros Teutónicos y merced también á poderosos refuerzos llegados de Europa, pudo resistir durante un siglo á todas las fuerzas del islamismo dirigidas contra ella. Al fin, en 1291, sus defensores hubieron de ceder ante el número de sus enemigos; los caballeros de San Juan se retiraron á la isla de Chipre residiendo en Limassol algunos años sin dar tregua á sus guerreras correrías contra los infieles de Palestina, hasta que en el de 1309 se establecieron en la isla de Rodas.

Allí tuvo pequeños comienzos, pero rápido y considerable desenvolvimiento el poderío marítimo de la ínclita Orden que desde el catalán Odón de Pins en 1295 hasta el de igual lengua Pedro Ramón Sacosta en 1471 había tenido cinco grandes maestres españoles, que fueron, además de los dichos, Rogerio de Pins, Ramón Berenguer y Juan Fernández de Heredia. Éralo el francés Felipe Villiers de l'Ile Adam cuando los Turcos en el año de 1522, después de largo asedio y valerosa resistencia, consiguieron rendir por capitulación la ciudad de Rodas, y la Orden, por cesión del emperador Carlos V, se trasladó á Malta en 1530. Desde aquel año á los postreros del siglo XVIII veintiocho grandes maestres se sucedieron en el gobierno de la isla y de los caballeros y freiles de San Juan, de ellos, ocho españoles, que fueron Juan de Homedes en 1553, Martín de Garcés en 1601, Luis Méndez en 1623, Rafael Cotoner en 1663, Nicolás Cotoner en 1680, Ramón Perelló de Rocafull en 1720, Ramón Despuig en 1741 y

Francisco Jiménez en 1775. Al inteligente impulso, al maravilloso arte y á los grandes recursos de los Hospitalarios debióse que el peñón de Malta se convirtiese en pocos años en una de las plazas más fuertes del Mediterráneo; bellos edificios se elevaron en la ciudad que lleva el nombre del ilustre gran Maestre La Valette, y las galeras de la Orden eran antemural de la cristiandad contra las terribles acometidas de la marina otomana. En nuestra historia constan el poderoso auxilio que prestaron á nuestros grandes monarcas Carlos I y Felipe II en todas sus marítimas empresas contra infieles; y la heróica defensa de Malta en el año de 1565 al par que la gran rota de la formidable hueste musulmana al acudir al socorro el

Escalera de la iglesia de San Juan

ejército español de Sicilia, fué uno de los más heróicos hechos ocurridos en el siglo XVI produciendo en los estados cristianos universal regocijo. Lo que no consiguieron los

musulmanes alcanzáronlo dos siglos después, en 1798, los soldados de la república francesa acaudillados por el general Bonaparte; vergonzosos tratos pusieron á éste en posesión de los fuertes de la isla, y la Orden que fuera en Palestina y en el Mediterráneo constante y denodado campeón de los pueblos cristianos, dejó de existir como potencia independiente y soberana.

De los inmensos edificios que ocupó en Jerusalén, al sur de la basílica del Santo Sepulcro, levantados en gran parte en tiempo del maestre Dupuy, sólo quedan, como se ha dicho, informes ruinas, sin embargo de las vastas salas abovedadas con arcadas ojivales que existen en la calle de David dícese, al parecer con razón, que pertenecieron al convento; en nuestros días sirven de almacenes ó están arrendadas á mercaderes. Cuenta Guillermo de Tito que por los años de 1130 á 1140 los freiles del Hospital, bajo la dirección de Ramón Dupuy, hicieron construir, dando frente á las puertas del Santo Sepulcro, magníficos edificios, cuyas campanas eran de tan sonoro y vigoroso timbre que ahogaban á veces la voz del patriarca al predicar en el Calvario. De este pasado esplendor, dice M. de Saulcy, únicamente quedan escombros y paredes empotradas en las casas modernas; por lo mismo sólo caben suposiciones más ó menos fundadas acerca de la planta del vasto hospital que, á creer á Juan de Maudeville, estaba aún sostenido en el año 1322 por ciento veinticuatro colunas de mármol y cincuenta y cuatro pilares de piedra. Créese que sería un vasto *khan* construído á estilo árabe, y puede juzgarse de sus proporpociones por el dicho de Juan de Wirtzburgo, quien afirma que el número de enfermos hubo ocasiones en que llegó á dos mil. En una palabra, los edificios de los Hospitalarios acabaron por ocupar toda la gran extensión de terreno que se extiende hasta las salas abovedadas de la calle de David.

Dueño de Jerusalén Saladino residió algún tiempo en una parte de los edificios del Hospital, y permitió que diez freiles sirvientes permaneciesen allí durante un año para atender al cuidado de los enfermos. Una porción de la capilla de San Juan fué transformada en mezquita en el año de 1216, y es la actual de Sidna Omar; la otra lo fué en hospicio arábigo ó *Muristan*. En las salas del hospital, respetadas por los musulmanes, hallaron albergue numerosos peregrinos por espacio de muchos años, hasta que á fines del siglo XVI, no habiéndose permitido proceder á reparación alguna, no quedaba en todo el vasto recinto rincón alguno habitable. La Sublime Puerta lo cedió á Prusia, y en el año de 1869 tomó de él posesión el príncipe Guillermo durante la corta permanencia que hizo en Jerusalén en el mes de noviembre.

A Prusia igualmente fueron entonces cedidas las ruinas del convento inmediato que con el nombre de Santa María Mayor había reemplazado al de Santa María Magdalena, y estaba como éste destinado á hospedar á las peregrinas y á recibir enfermas. Son aún aquellas ruinas de mucha importancia, y por ellas viénese en conocimiento de que á la iglesia, que constaba de tres naves con un ábside principal en la del centro y dos más reducidos en las laterales, estaba unido el claustro con sus celdas; venía después el refectorio en el cual, en su parte conservada, se ha estable-

cido á expensas del emperador de Alemania una capilla protestante, y luego dos vastas salas que serían sin duda enfermería. Pero lo más interesante es la antigua portada de la iglesia, medio enterrada entre escombros; de los bajo-relieves que la adornaban poco queda; no así de las esculturas de la archivolta en las que puede aún conocerse la representación de los doce meses del año por medio de figuras ocupadas en diferentes labores, constando sus nombres en letras latinas del siglo XII. Entre los meses de junio y julio están representados el sol y la luna; el primero por una figura de medio cuerpo con un disco en la cabeza; la segunda, por una mujer con media luna; encima de aquél está escrito SOL y encima de ésta LUNA.

Junto á la portada se encuentra una hermosa ventana de igual estilo bastante bien conservada.

Después de la toma de Jerusalén por Saladino la iglesia de Santa María Mayor sería más ó menos devastada, pero por relaciones de á principios del siglo XIV sábese que en esta época permanecía aún en pie; su ruina se precipitó en los años siguientes, sobre todo al ser transformado el monasterio del cual era capilla en parador musulmán. Dícese que el emperador Guillermo quiere reconstruirla en su forma primitiva.

En los desmontes que á expensas de Prusia se han practicado en el terreno cedido, donde se proyecta levantar grandes establecimientos para la colonia alemana, se han descubierto varias cisternas abovedadas y de construcción excelente, á unos quince metros debajo del actual nivel de la calle.

En cuanto á Santa María Latina, nada queda de ella, y ni siquiera su situación se sabe con certeza.

El convento de los caballeros Teutónicos no tenía la importancia del de los Templarios ni del de los Hospitalarios de San Juan; en la calle que en la Edad Media se llamó de los Alemanes y es el Bab-el-Morharbeh de nuestra época, se elevaban la iglesia y el hospital de Santa María de los Alemanes, fundados en el año de 1128 para los peregrinos de lengua alemana. El personal de este benéfico establecimiento, trasladado tiempo después á San Juan de Acre, formó el núcleo de la Orden Teutónica, la cual debió su origen á un alemán, residente en Jerusalén con su esposa, quien concibió la generosa idea de fundar en aquella ciudad un establecimiento para hospedar á los peregrinos pobres y enfermos de su nación. En el sitio que ocupó se elevan hoy casas de particulares.

Los estatutos de la Orden tuvieron iguales bases que los de los Templarios y caballeros de San Juan, y fueron confirmados por bula pontificia del año de 1191. Los caballeros vestían hábito blanco con una cruz negra, y seguían la regla de San Agustín. En sus estandartes llevaba una cruz paté de sable en campo de plata, rematada por el águila imperial también negra. Perdida la ciudad de San Juan de Acre, á cuya prolongada defensa contribuyeron con denodado esfuerzo los caballeros Teutónicos, en vez de seguir á los del Temple y del Hospital á Chipre, se retiraron á sus territorios de Prusia y Livonia.

Eran estas órdenes militares como una cruzada permanente que mantenía la emulación en los ejércitos cristianos en la incesante y empeñada lucha á que se encontró sometido el reino latino de Oriente. No había en Europa ilustre familia que no diese un caballero á las órdenes militares de Palestina; hasta príncipes se alistaban en la santa milicia y deponían las insignias de su dignidad para tomar la cota roja de los Hospitalarios ó el blanco manto de los caballeros del Temple. En todos los pueblos de Occidente se les cedían villas y castillos que ofrecían á los peregrinos hospedaje y socorro y se convertían así en auxiliares del reino de Jerusalén. En ellas la religión santificaba los peligros y las violencias de la guerra, y el espíritu que habían recibido de la sociedad guerrera y cristiana en que nacieran, se robustecía más y más en ésta con sus constantes ejemplos. Cada monasterio de Palestina, escribe M. Michaud en la *Historia de las Cruzadas*, era como una fortaleza en que se unía á las oraciones el estruendo de las armas; humildes cenobitas buscaban la gloria en las batallas; los canónigos instituídos por Godofredo para orar junto al Santo Sepulcro, habíanse armado á imitación de Hospitalarios y Templarios, de yelmo y coraza, y con el nombre de caballeros del Santo Sepulcro ocupaban honroso lugar entre los soldados de Cristo.

Para dar fin al relato de las grandes obras por los latinos realizadas en la ciudad de Jerusalén, falta que mencionemos otras dos iglesias que les son atribuídas, ó que por lo menos repararon.

A unos doscientos metros al noroeste de la iglesia de Santa Ana y á ciento y veinte de la puerta hoy llamada Bab-ez-Zahari ó de las flores y también de Herodes, existen las ruinas de una iglesia que son ahora propiedad de un alfarero. Las naves yacen há tiempo desplomadas y maleza y escombros las obstruyen. Precedida en el lado occidental por un pórtico ó *narthex* interior, que es la parte mejor conservada del edificio, estaba dividida en tres naves por medio de pilares rectangulares; atravesábalas el crucero, cuya parte central remataba en cúpula, y acababan en tres ábsides, semicirculares por dentro y poligonales por fuera; actualmente sólo queda en pié el septentrional. Según tradición que existe todavía en Jerusalén, fué construída en el lugar que ocupó la casa de Simón el Fariseo, donde comió el Salvador. «Una mujer pecadora que había en la ciudad, refiere el evangelista san Lucas, al saber que Jesús estaba á la mesa en casa del Fariseo llevó un vaso de alabastro lleno de ungüento, y cayendo á sus piés los regó con su llanto, los ungió con el ungüento y los enjugó con sus cabellos.» Por esto, y por confundirse esa mujer con María Magdalena, fué puesta la iglesia bajo la advocación de esta santa.

En el año de 1165 el peregrino J. de Wirtzburgo menciona esta iglesia como servida por monjes jacobitas, los cuales mostraban á los piadosos visitantes una cruz trazada en el pavimento señalando el lugar en que la pecadora estuvo á los piés del Salvador.

Saladino la transformó en *medreseh* ó escuela y tomó el nombre de Maimunieh, que conserva aún entre los musùlmanes.

De ella se cree que, fundada por los sirios antes de la época de las Cruzadas, fué objeto por parte de los latinos de reparaciones considerables, ya que en los días del sitio hubo de experimentar, por su posición inmediata al muro septentrional de la ciudad, gran deterioro.

Lo mismo ha de decirse de la reducida iglesia de San Pedro, inmediata á la anterior; consta de tres naves y tres ábsides. Consagrada desde hace mucho tiempo al culto musulmán, pertenece en la actualidad á unos derviches. Es tradición que fué construída en el lugar donde se encarceló á san Pedro por orden de Herodes Agrippa.

La Jerusalén latina, según hemos debido decir repetidas veces, cayó á los golpes de Saladino en octubre de 1187, después de ochenta y ocho años de existencia; el cerco fué llevado con vigor y la defensa con obstinación, hasta que al fin los cristianos viéronse reducidos á la necesidad de capitular. La vida y la libertad fueron aseguradas á los habitantes mediante rescate, con facultad de conservar cuanto pudiesen llevar consigo; la gente de guerra pudo marchar con armas, y cerradas todas las puertas de la ciudad, excepto una, salieron por ella los vencidos. El patriarca, seguido del clero, llevando los vasos sagrados; la reina acompañada de muchos varones y caballeros; las mujeres, teniendo en los brazos tiernos infantes y anegadas en llanto; gran multitud de hombres que habían abandonado preciosos objetos para llevar á cuestas ancianos ó enfermos; los guerreros, con la cabeza inclinada al suelo y humedecidos los ojos, todos, en número de cien mil, formaban lúgubre cortejo, desfilaron por delante de Saladino. A tal espectáculo el emir se conmovió, y no ocultando el interés que le inspiraba aquel heróico infortunio mandó distribuir limosnas á los pobres y permitió á gran número marchar sin rescate.

En seguida hizo en la ciudad su triunfal entrada entre las estruendosas y alegres aclamaciones de los suyos, y su primer cuidado fué devolver al culto musulmán el sagrado recinto del Templo. Destruyéronse en él los altares é imágenes erigidos por los latinos; fueron borradas las pinturas, reemplazando versículos del Corán las palabras de David escritas en las paredes. La piedra *Sakrhah* fué de nuevo descubierta, lavada con agua de rosas así como el suelo y las columnas; todo, en una palabra, volvió á su anterior estado y la dorada cruz en que remataba la gran cúpula fué destrozada y derribada al suelo con horrible estrépito. Saladino devolvió igualmente la mezquita El-Aksa al culto mahometano; rehizo el *mirhab* decorándolo con mosaicos y colunas de mármol; adornó también con mosaicos la cúpula y los arcos que la sostienen, y dispuso que fuese trasladado junto al mirhab el magnífico *minbar* ó púlpito que allí existe aún, cubierto con arabescos é incrustaciones de nácar y marfil, y que se hallaba en una de las mezquitas de Alepo desde el emirato de Nureddin.

Abatidas las cruces, rotas las campanas, profanados los altares, las iglesias todas quedaron abandonadas ó fueron convertidas en mezquitas, á excepción de la del Santo Sepulcro. Refiere el historiador arábigo Emad-eddin «que muchos y celosos musulmanes dieron á Saladino el consejo de destruir y arrasar este monumento, diciendo que una

vez destrozado el sepulcro del Mesías y se hubiese pasado el arado por el lugar que ocupaba la iglesia, desaparecería para siempre la causa impulsiva de las peregrinaciones cristianas. Otros, empero, juzgaron más conveniente respetar el religioso edificio, fundándose en que no era la iglesia sino el lugar del Calvario y del sepulcro lo que excitaba el fervor de los adoradores de Cristo, y en que por lo mismo en ningún caso cesarían de afluir á Jerusalén las gentes cristianas. Observaron además que cuando el califa Omar, en el siglo primero del islamismo, se hizo dueño de la Ciudad santa, permitió á aquéllas residir en ella y respetó la iglesia del Santo Sepulcro.»

Este último partido se adoptó. y facultóse á cuatro sacerdotes latinos para quedar en su servicio.

Devastáronla en el año de 1244 los Karismios, cuyas salvajes hordas pasaron á filo de espada á cuantos infelices habían en ella buscado un asilo, siendo las primeras víctimas los Padres franciscanos que tenían ya entonces bajo su custodia. Conservóse, sin embargo, el edificio y en el año de 1310 poseía la iglesia, según testimonio de numerosos peregrinos, muchos y magníficos altares. A mediados del siglo XVI, amenazando ruina el templete que rodea el Santo Sepulcro, ó sea el sagrado edículo, obtúvose del sultán permiso para su restauración, y nuestros grandes monarcas Carlos I y Felipe II contribuyeron con cuantiosas sumas á las obras que comenzaron en 1555 siendo guardián de los Santos Lugares el R. P. Bonifacio de Ragusa. Con este motivo, según relato que hizo éste, quedó por algún tiempo en descubierto el sepulcro de Nuestro Señor tal como fuera labrado en la peña, por haber sido levantada una de las tablas de mármol que lo ocultaban. En él estaban pintados dos ángeles; el uno llevaba un letrero con estas palabras en latín: *Ha resucitado: no está aquí;* el otro, mostrando con el dedo la tumba, sostenía esta inscripción: *En este lugar lo pusieron.* Las pinturas, al contacto del aire se deshicieron en polvo. Dentro del sepulcro hallóse una reliquia de la verdadera cruz envuelta en precioso paño que se aniquiló casi por completo al recibir el aire y la luz, dejando en las manos del religioso que con respeto lo sostenía únicamente unos pocos hilos de oro.

En los primeros años del siglo XVII, después de que por los esfuerzos del embajador de la república de Venecia se logró dejar sin efecto la orden que mediante la suma de cinco mil ducados habían alcanzado los judíos de Ahmet I en 1607 para la demolición de la santa basílica, ejecutáronse en ella varias reparaciones por los latinos, y como se temiese el desplome de la gran cúpula, en 1719, venciendo repetidos obstáculos opuestos por los musulmanes, restauróse aquella parte también por los latinos lo mismo que varias capillas, publicándose para ello explícito firmán de Constantinopla obtenido por mediación de Francia.

A pesar de esto, habremos de ver en el siguiente capítulo hasta qué punto han sido menospreciados y hollados los legítimos derechos de los católicos.

IV

JERUSALÉN EN NUESTROS DÍAS.—Los Padres de San Francisco en Tierra Santa.—Reconstituyen el Cenáculo.—Convento de San Salvador.—*Casa Nuova.*—Visita á la BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO.—Convento griego de San Abraham.—Fachada de la basílica.—La piedra de la Unción.—Incendio en el año de 1808.—Protectorado de Francia sobre los Santos Lugares.—Los griegos reparan la basílica.—ROTONDA Y EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO.—Sepulcro de José de Arimatea.—Iglesia griega.—Capilla de Santa Helena.—Capilla de la Invención de la Santa Cruz.—EL CALVARIO.—Altares de la Crucifixión y de la Elevación de la Cruz.—Capilla de Adán.—Conventillo de los Padres Franciscanos en la Iglesia del Santo Sepulcro.—La espada y las espuelas de Godofredo de Bouillon.—Capilla de la Aparición.—Procesión diaria de los Padres de San Francisco.—El fuego sagrado.

Pero entremos ya en Jerusalén, y conocida su historia y la de sus principales monumentos, lleguemos á ver la ciudad tal cual es en nuestra época.

Hasta hace pocos años no se conocieron en ella fondas en el sentido que se da á esta palabra en España; *khans* ó paradores era lo único que en Jerusalén, como en todas las ciudades de Oriente, brindaba con un asilo al viajero que no quería ó no podía apelar á la proverbial hospitalidad oriental. En el día existen en la ciudad santa tres ó cuatro fondas de muy regulares circunstancias; sin embargo, los viajeros católicos, conservando la antigua buena usanza, suelen preferir á su trato más ó menos exquisito la hospitalidad más sencilla, pero también más afectuosa, que en su excelente hospedería llamada *Casa-Nuova* ofrecen los Padres de San Francisco.

Vencidos y arrollados, como acabamos de ver, los hijos de la guerra, se habían presentado y establecido en Tierra Santa los hijos de la paz, los discípulos del ángel de Asís, y todavía sus manos conservan enhiesta la bandera católica que cobija y defiende los santuarios cristianos. En efecto, en la época en que los ejércitos latinos habían de abandonar los lugares que á costa de tanto esfuerzo conquistaran, suscitó Dios en San Francisco de Asís el jefe de una legión pacífica y heróica que con tanta humildad como denuedo quiso fundar en Palestina más duradero reino que el de Godofredo de Bouillon. Doce franciscanos, dirigidos por su santo fundador, desembarcaron en Tolemaida en el año de 1219; otros los siguieron, y poco tiempo después llegaron algunos hasta Jerusalén. En el año de 1230 el pontífice Gregorio IX confióles la custodia de la iglesia del Santo Sepulcro, y hemos visto que la regaron con sangre de mártires al perecer á los golpes de los Karismios en el año de 1244.

En el de 1291 se perdió San Juan de Acre, postrer baluarte de la cristiandad en Palestina, y muchos frailes de San Francisco quedaron sepultados entre los escombros de los templos á su custodia confiados. En el propio año cayó el reino cristiano en Tierra Santa, y con él desaparecieron totalmente el patriarcado de Jerusalén, los cuatro arzobispos de Cesárea, Nazareth, Krak y Tiro, los nueve obispados de Lydda, Hebrón, Beyruth, Tolemaida, Sidón, Paneas, Sebaste, Tiberíades y del Sinaí, y gran número

de abadías, capítulos y monasterios. Fecunda siempre la sangre de los mártires, numerosos discípulos de San Francisco dejaron al momento las playas de Europa para ir á reemplazar á sus hermanos, y á los pocos años, en el de 1299, véseles de nuevo velando y orando junto al Santo Sepulcro. Su posición, empero, aunque momentáneamente respetados por los musulmanes, que los tomaron por una especie de derviche, era muy instable y precaria, hasta que en 1342 Roberto de Sicilia y su esposa Sancha de Aragón compraron al sultán de Egipto las ruinas del Cenáculo para cederlo á la Santa Sede, y ésta por bula de Clemente VI, expedida en Aviñón en 21 de noviembre de aquel año, cedió á su vez su propiedad y confió el servicio del mismo á los Padres Franciscanos. Estos, merced á la regia liberalidad de aquellos soberanos y á la de una dama florentina por nombre Sofía, reconstruyeron la iglesia y el convento del monte Sión y fundaron allí mismo un hospicio para los peregrinos, donde por espacio de dos siglos ofrecieron generoso asilo á cuantos cristianos visitaban los Santos Lugares. Desde aquel día no han cesado aquellos religiosos de permanecer fielmente en el puesto de honor en que fueron colocados, defendiéndolo hasta dar por él la vida; si algunos santuarios han abandonado ha sido á viva fuerza y sin abdicar jamás del derecho que les asiste para reivindicarlos. Por todas partes y siempre se han mostrado dignos herederos de la fe, de la piedad, del evangélico celo y de las virtudes de su santo fundador: á su valor no le arredran contratiempos, y como no hay obstáculos para su actividad, tampoco existen dificultades que no allane su perseverancia. La persecución, los padecimientos, las privaciones, los ultrajes que en todas épocas han sufrido no han bastado á disminuir su piadoso ardor, y en gran número son los que han tenido la dicha de alcanzar allí la palma del martirio. Estremece leer el dilatado catálogo de encarcelamientos, suplicios, atropellos y vejámenes de toda clase que los heróicos frailes hubieron de padecer por parte de los turcos; léase el Devoto Peregrino, y en su relato del siglo XVII se verá hasta dónde puede llegar el refinamiento del odio en la tiranía y la superstición. Referirlo aquí no es del caso, pues esto equivaldría á trazar la historia de la seráfica Orden en Palestina; baste decir que esta historia lo es de abnegación y heroísmo y que se confunde y es una misma con la de los venerados santuarios por ella custodiados. Comunes son á la una y á los otros los triunfos y los reveses; á la vez y juntos padecieron los ultrajes y violencias del pueblo al cual ha entregado la Providencia, en sus impenetrables decretos, la posesión de aquella tierra, y á la piadosa milicia es deudor el mundo católico del inapreciable beneficio de haber conservado hasta nuestros días la propiedad exclusiva ó dividida de los lugares más santos y venerandos del globo.

La legítima posesión de los Padres de Tierra Santa había sido confirmada por varios sultanes de Egipto y Constantinopla, mas esto no impidió que fuesen despojados del Cenáculo en el año de 1547 con el doble pretexto de que el monte Sión, como posición estratégica, no convenía que estuviese en poder de cristianos y de que tampoco habían éstos de poseer el sepulcro de David, por el cual tienen los musulmanes gran veneración

y suponen que existe en aquel sitio. El Cenáculo fué convertido en mezquita, conforme veremos al visitarlo, y los Padres que no fueron expulsados de la ciudad, adquirieron á gran precio, en 1559, la iglesia y el convento llamados ahora de San Salvador, antes de la Columna, á la sazón abandonados después de haber sido poseídos por los georgianos. Desde entonces, instalados dentro de la ciudad, aquel convento restaurado y reformado ha sido su residencia.

Su arquitectura es pesada é irregular; tienen espaciosos y abovedados corredores y en sus celdas pueden vivir cómodamente hasta cincuenta religiosos. En el mismo edificio mantienen los frailes dos escuelas de niños, un taller para los aprendices y una imprenta. «En el aspecto del convento, dice el P. Damas, hay algo que sorprende y enternece: llégase á él por una calle abovedada, cuyo silencio y oscuridad recuerdan el misterio de que se rodeaban los primeros cristianos contra la persecución, y se entra en un vasto caserón, muy irregularmente construído, cuya puerta baja, estrecha, forrada de hierro, está siempre abierta para los peregrinos y para los desgraciados, y sin cesar expuesta á los ultrajes de los musulmanes. Sus largos y oscuros corredores, sus patios angostos, sus escaleras sombrías, su pequeña iglesia en el primer piso, todo atestigua la necesidad de ocultarse para estar al abrigo de vejaciones y atropellos. No hay allí campanas, antes bien reina en toda la casa un silencio absoluto para no llamar la atención y hacerse olvidar. La pobreza siempre, con frecuencia la aflicción y el dolor, forman el cuadro en que se desenvuelve la existencia de los Padres; por esto la vista de su residencia inspira melancólica tristeza. En ella, hace años y años, han de combatir cada día los piadosos solitarios con el fanatismo de los turcos, la inquina de los griegos y los recuerdos de la patria perdida. ¡Gloria á vosotras, almas escogidas é ilustres! Vuestra vida en Jerusalén, como la de los religiosos del San Bernardo, habría de bastar ella sola para imponer perpetuo silencio á la aversión de los impíos por las instituciones monásticas.» Por una escalera del patio súbese á la iglesia parroquial situada en el primer alto; es de tres naves, y la bóveda que cobija el altar mayor, dedicado al Espíritu Santo como lo estaba el del Cenáculo, remata en una pequeña cúpula. Los Padres en Jerusalén, además de custodios del Santo Sepulcro, tienen la administración parroquial, así como son á la vez misioneros, profesores y maestros, médicos, farmacéuticos y hospitalarios.

En este concepto sostienen la *Casa-Nuova,* situada á muy poca distancia; en ella se da gratuita hospitalidad á pobres y ricos; aquéllos nada satisfacen, éstos dan al marcharse lo que quieren. Por su aspecto exterior nadie creería que es uno de los mejores edificios de Jerusalén, sobre todo desde las reformas de que fué objeto en el año de 1873; aunque se respiran allí modestia y sencillez, reinan en todo la comodidad y el aseo.

La primera visita del peregrino en Jerusalén es para el Santo Sepulcro, como la idea que en su mente domina á todas es la de la Pasión del Salvador. Dirijámonos, pues, á la basílica ante todo y recorreremos después la *vía dolorosa* por las

calles de Jerusalén para satisfacer en cierto modo este imperioso anhelo del alma cristiana.

La manzana de casas á que está unida la iglesia del Santo Sepulcro forma un cuadrado limitado al oeste por la calle del Patriarca, al sur por una callejuela en cuesta que guía al atrio ó plaza, concurrida siempre por vendedores de rosarios y otros objetos devotos; al este por la calle de San Estevan y al norte por la del Santo Sepulcro.

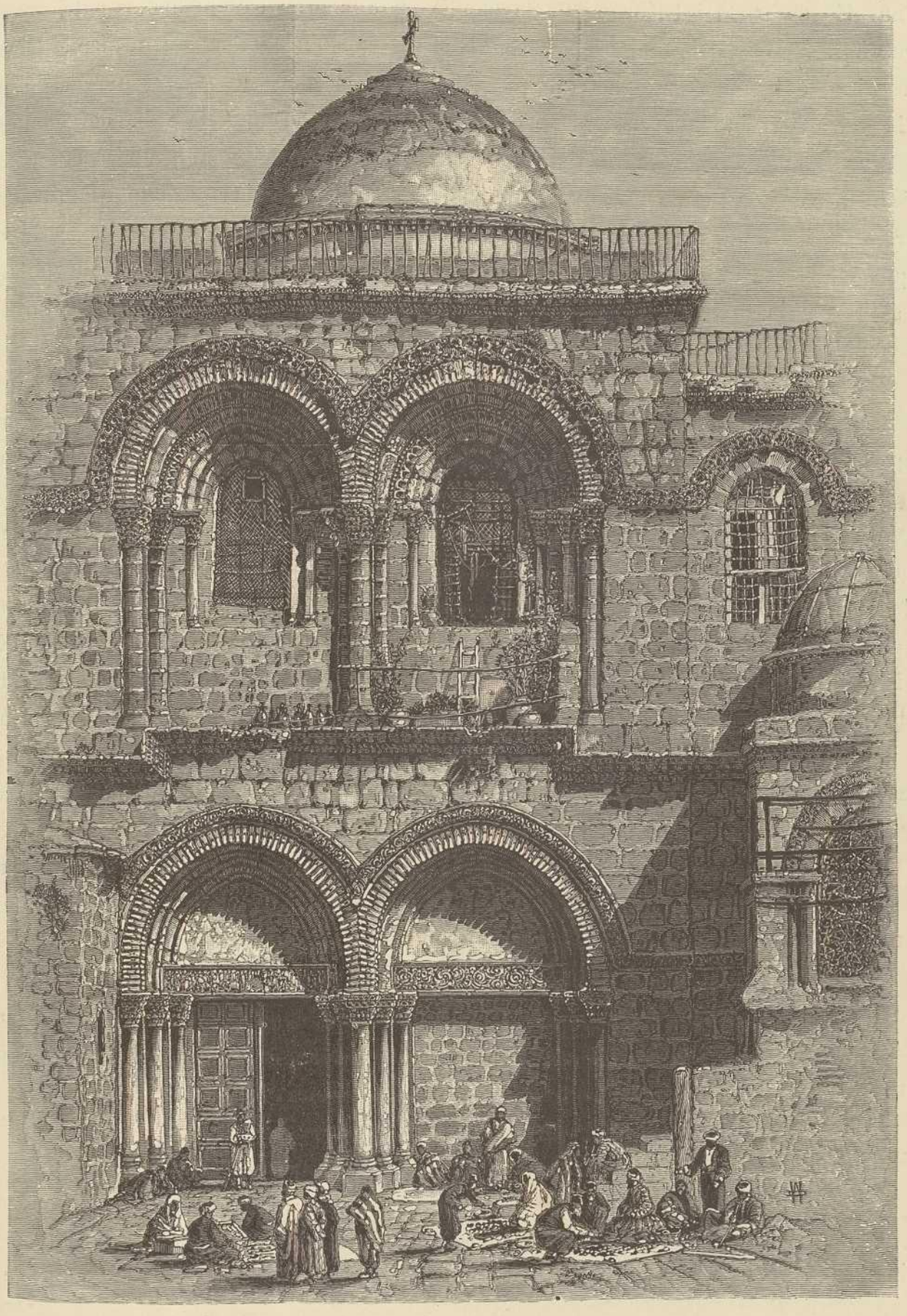
A este patio ó atrio rectangular, más bajo que el nivel de la calle, bájase por medio de tres escalones; está empedrado con grandes baldosas amarillentas, y en el lado del norte, cerrado antes con una pared, la que se atravesaba por una puerta sumamente baja [1], existen aún seis bases de otras tantas colunas, claro indicio de que existió una especie de pórtico. Consérvase aún una coluna en la parte de poniente, empotrada en la casa inmediata, y apoyado en ella el arranque de un arco.

Dentro ya del patio encuéntranse, á la derecha el convento griego de San Abraham, en cuyo solar ven algunos el de Santa María la Latina; en el piso superior existe la iglesia de los Apóstoles con el altar de Melkisedec. En una estancia contigua se muestra el lugar en que, según una tradición poco generalizada que cree haber debido Abraham inmolar á Isaac en el mismo sitio donde después consumó Cristo el sacrificio, fué detenido el brazo del patriarca. En el mismo lado están la capilla de los armenios dedicada á San Juan, la de San Miguel, propiedad de los coftos, y la reducidísima de Santa María Egipciaca que lo es de los griegos. Allí, según tradición, quedó convertida aquella famosa pecadora en el año de 374 al ser rechazada por una fuerza invisible que se opuso á que penetrara en la iglesia. En el opuesto lado del patio, esto es, á la izquierda en el sitio que ocupó el convento latino de la Santísima Trinidad, existen tres capillas griegas que conservan aún los antiguos ábsides; están dedicadas á Santiago la primera, á Santa María Magdalena la que sigue, por ser tradición griega que en aquel punto se apareció Jesús por tercera vez á María, y finalmente, la tercera ó más inmediata á la basílica, lleva el nombre de los Cuarenta Mártires. En el mismo patio se enseña el sitio en que la venerable María de Portugal, terciaria de San Francisco, fué martirizada y quemada por los turcos al ir á visitar el Santo Sepulcro, así como aquel en que padeció igualmente martirio el venerable Cosimo, lego que fué de la Orden franciscana.

Álzase en frente hermosa portada que trae á la memoria las iglesias carlovingias de las márgenes del Rhin; compónese de dos arcos ligeramente ojivales, sostenidos por colunas de mármol, procedentes sin duda de la antigua basílica, y á cada uno de ellos corresponde una puerta: la de la derecha está tapiada, y únicamente queda expedita la otra. Encima de los arcos ábrense dos ventanas de estilo románico. En otro tiempo adornaba el tímpano de las puertas dorado mosaico que ha desaparecido casi por completo; subsisten sí en los dinteles los bajo relieves, que son de gran precio y

[1] Esta puerta, que obligaba á gran inclinación de cabeza, fué derribada en 1860 á consecuencia de haberse causado, al chocar contra el dintel, grave herida en la frente la princesa Murat, que iba acompañada del cónsul de Francia.

representan, los de la puerta de la izquierda, pasos de la vida de Jesucristo ocupando gran lugar entre ellas la entrada triunfal en Jerusalén; los de la derecha, hoy



Portada de la basílica del Santo Sepulcro

condenada, consisten en follaje y flores, en pájaros y figuras humanas, todo de significación simbólica. A lo que se cree data su ejecución del siglo XII.

Domina al patio y se alza junto á la iglesia un campanario cuadrado que, construído entre los años de 1160 y 1180, pertenece, como lo demás de la fachada, á la época latina. En su parte inferior existía la capilla en que eran sepultados los patriarcas de Jerusalén. Porque sobrepujaba aquella vistosa Torre de las Campanas, dice el Devoto Peregrino, á las torres de las mezquitas, ó según otros autores, porque desde ella en la época del reino de Jerusalén se daba la señal de alarma á la vista del enemigo, los musulmanes rencorosos la desmocharon al ocupar la ciudad, y en el día consta únicamente de dos cuerpos. Abrense en las cuatro caras góticas ventanas con contrafuertes en los ángulos; encima de los arcos que los cobijan había dos líneas de más pequeñas ojivas pareadas, de las cuales sólo subsiste la inferior; por antiguos dibujos se sabe que la torre terminaba en un muro almenado con una cúpula ó cimborio octogonal.

Pasado el umbral hállase un vestíbulo, y en él, á mano izquierda, en una especie de portería, están los custodios musulmanes de la basílica encargados de abrirla y cerrarla. Algunos pasos más adentro, al entrar en la iglesia, vese la Piedra de la Unción, gran losa rectangular de jaspe rojizo, que cubre el sitio en que, según usanza judaica, fué ungido con mirra y áloe el cuerpo de Nuestro Señor antes de ser depositado en el sepulcro; elévase treinta centímetros del suelo; mide dos metros y setenta centímetros á lo largo por un metro y treinta centímetros á lo ancho, y tiene una esfera dorada en cada uno de sus ángulos. Ya en el año de 1621 M. Deshayes, enviado de Luis XIII de Francia, escribe que, á causa de la indiscreción de los peregrinos, que se llevaban pedazos de la piedra de la Unción, hubo necesidad de cubrirla de mármol y rodearla de una barandilla de hierro. Latinos, griegos, armenios y coftos tienen derecho de encender y mantener allí lámparas. En otro tiempo solían los peregrinos medir la piedra para cortarse la mortaja de igual longitud.

A unos diez y seis pasos á la izquierda existe una pequeña rotonda recién construída alrededor de una piedra, que indica el sitio donde estaban las santas mujeres contemplando la gran tragedia del Calvario.

Ya dentro de la iglesia y torciendo á la izquierda, pues se opone que sigamos de frente el coro de los antiguos canónigos, perteneciente hoy á los griegos y llamado *catholicon,* llegamos á la parte principal ó sea la capilla circular, en el centro de la que se alza el templete ó edículo del Santo Sepulcro.

No se encuentra ahora como quedó después de las reparaciones de los años de 1555 y de 1719, antes mencionadas; en el de 1808, en la noche de 12 á 13 de octubre, voraz incendio estalló de pronto en la capilla de los armenios, situada en una de las galerías superiores. A lo que generalmente se asegura, prendiéronlo los griegos en odio á los latinos; aquéllos acusan del delito á los armenios [1], y también es posible que fuese

[1] En 12 de octubre de 1808, escribe M. Eugenio Boré en su *Cuestión de los Santos Lugares,* los griegos pusieron fuego deliberadamente á la cúpula del Santo Sepulcro; sabían que los recursos de los Padres de Tierra Santa eran muy exiguos en aquella ocasión, y por lo mismo que no había de serles posible proceder á la reconstrucción, y pensaron que, tomándola ellos á su cargo,

resultado de una mera imprudencia. El sacristán de los Padres franciscanos, encargado de cuidar de las lámparas durante la noche, fué el primero que le observó y dió la voz de alarma; pero ya las llamas habían hecho progresos tales, hallaba su voracidad tanto alimento y eran tan imperfectos los medios de combatirlo, que los Padres vieron perdida toda esperanza de salvar un edificio por el cual, dice el R. P. Geramb, todos habríamos dado la vida. Al cabo de dos horas, calcinadas las colunas, derretido el plomo de la cubierta que caía á chorros dentro de la iglesia, desplomóse la gran cúpula arrastrando las galerías y trozos de pared, arruinando una parte del santo edículo por ella cobijado, y causando desperfectos en otras varias capillas. Dominado por fin el fuego sin daño de persona alguna, vióse que se había salvado toda la parte oriental del edificio, quedando de éste, según el citado P. Geramb, casi toda la fachada tal como existe en el día, la Piedra de la Unción, el Santo Sepulcro, la capilla del Angel, la de Santa María Magdalena, la sacristía y la residencia de los Padres. «El incendio, añade el mismo escritor, no pasó de la mitad del Calvario; el lugar de la crucifixión y el reducido oratorio de la Virgen de los Dolores nada padecieron, como tampoco las dos capillas subterráneas de Santa Helena y de la invención de la Santa Cruz, ni las del Improperio y de la División de los vestidos.»

Si no fueron los griegos autores del mal, ello es que sacaron del mismo buen provecho, con gran detrimento por parte de los católicos. Los pueblos de Europa, dominados por Napoleón I ó en guerra con él, en nada pudieron ayudar á los frailes de Tierra Santa para la reconstrucción de la iglesia, y poco les valió el protectorado de Francia, ya que el embajador, que lo era el general Sebastiani, abandonó por completo sus sagrados é imprescriptibles derechos. Dicen los autores franceses que aquel protectorado tuvo origen cuando Aarón-el-Rechid envió á Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro; pero aunque así sea en teoría es lo más cierto en la práctica que la influencia adquirida por Francia en Constantinopla, influencia que se empleó varias veces, sobre todo reinando Luis XIV, en beneficio de los Padres de la Tierra Santa, fué principalmente debida á los tratos y alianzas que con grave daño y escándalo de la cristiandad mantuvo con turcos y protestantes en odio á la casa de Austria cuando ésta, imperando sus príncipes en España y Alemania, hubo de sostener en Africa, en el Mediterráneo y en Hungría, la lucha colosal en la que quedó triunfante la civilización cristiana.

Así, pues, nadie contrarió á los griegos cuando, ocurrido el funesto incendio, solicitaron de la Puerta autorización para restaurar la basílica; un *firmán* les facultó

lograrían que prevalecieran sus pretensiones á la co-propiedad, siempre desestimadas. Sabido es que el incendio devoró toda aquella parte del templo ocupada por los audaces profanadores, y respetó con asombro general los puntos que ocupaban nuestros religiosos sorprendidos y consternados.»

«Es cierto sí, dice el abad Mislín, que antes del incendio no tenían los armenios el menor derecho á la iglesia del Santo Sepulcro, que poseían únicamente una capilla que amenazaba ruina y que solicitaban hacía mucho tiempo autorización para reconstruirla, autorización que la Puerta les había constantemente negado. También lo es que su posición ha mejorado mucho después de la catástrofe, y que el fuego comenzó en la capilla, de la cual se comunicó á todo el edificio.»

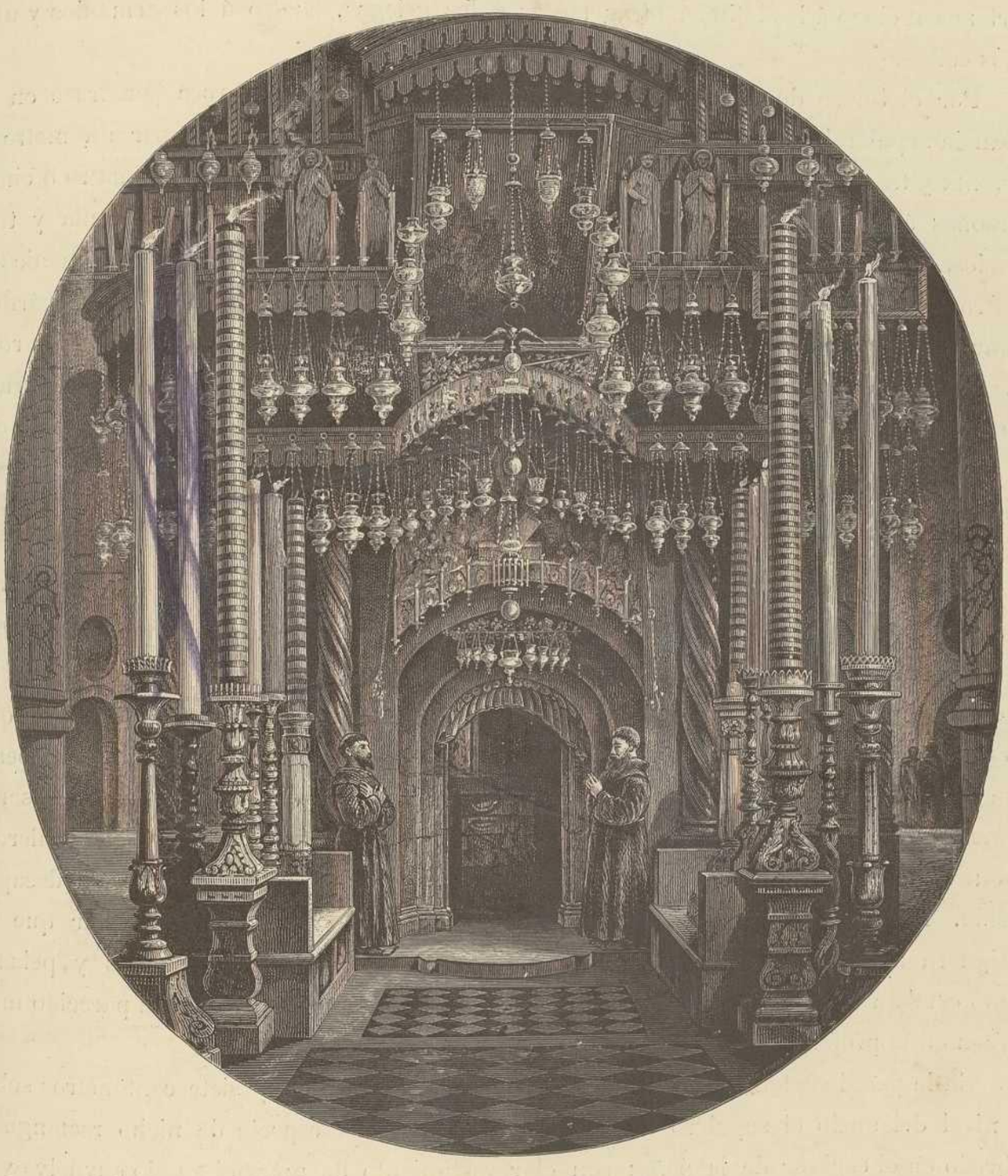
para reconstruir y reparar cuanto el fuego había destruído ó deteriorado, y ayudados por los armenios con crecidas sumas, comenzaron las obras bajo la dirección del llamado Komnenos Kalfa, natural de Metelin, dándolas por concluídas en el año de 1810. La iglesia actual, reconstruída sobre los fundamentos de la antigua, de la cual quedan varios vestigios, dista mucho de igualarla en belleza, y se cuenta que los griegos derribaron cuanto el fuego había respetado en el templete del Santo Sepulcro á fin de poner así el sello á su supuesto derecho de propiedad.

Con motivo de estos tristes acontecimientos y de las no menos tristes escenas ocurridas alguna vez en la iglesia del Santo Sepulcro entre latinos y cismáticos, casi no hay obra que de Tierra Santa trate que no se extienda en consideraciones sobre lo intempestivo y deporable de las disensiones que los producen. Que aquellas escenas sean de sentir y deplorar nadie habrá que lo ponga en duda; pero es cuando menos singular que precisamente aquellos autores que más parecen indignarse por ellas sean los que no tengan ni una palabra de reprobación para quien las causa, envolviendo en igual censura á agresores y á agredidos, al despojador y al despojado. Si todos los santuarios de Palestina pertenecían á los latinos que los han pagado cien veces con su oro y con su sangre, ¿qué extraño es que los defiendan contra aquellos que les han arrebatado más de la mitad y que sin cesar inventan artimañas, cuando no recurren á la violencia, para hacerse con el resto? Deplórense, pues, en buena hora estas disensiones, pero señálese de ellas la culpa á quien la tiene, que no son en verdad los Padres de Tierra Santa.

La actual rotonda mide diez y nueve metros y treinta centímetros de diámetro; está rodeada de diez y ocho pilastras que sostienen dos galerías sobrepuestas formada cada una de diez y ocho arcos, y sírvele de bóveda la inmensa cúpula que domina todo el ámbito de Jerusalén. En el año de 1852, esta cúpula, aunque construída hacía poco más de cuarenta años, hallábase en gran deterioro, y transcurridos otros diez amenazaba con inminente ruina; después de trabajosas negociaciones comenzó su reconstrucción en 1863, habiendo ofrecido aquéllos la particularidad de presentarse el gobierno de Rusia como patrono oficial de la secta griega, representada antes en todas ocasiones por el patriarca de Constantinopla. La obra quedó concluída en 1868 á expensas comunes de Francia, Rusia y Turquía, cada una de las cuales nombró un arquitecto para entender en ella; la madera y el hierro fueron llevados de Marsella á Jaffa y trasladados luego á Jerusalén en camellos. Como la anterior, tiene la actual cúpula veinte metros de diámetro y una abertura en el centro; una cruz dorada le sirve de remate. Las pinturas que la adornan en su parte inferior son triste y elocuente testimonio del criterio que presidió á la obra; en vez de grandes cuadros representando escenas de la vida del Salvador ó de sus Apóstoles, se distinguen por la carencia absoluta de imágenes y emblemas religiosos: así lo exigieron del pintor francés, por nombre Salzmann, los tres gobiernos, que pensaron de esta manera neutralizar en cierto modo la cúpula lo mismo que el santo edículo

dor ella cobijado, y así ha resultado que la bóveda del santuario más augusto de la cristiandad ostenta una ornamentación enteramente profana.

Debajo de esta cúpula y ocupando el centro de la gran rotonda hállase el edículo del Santo Sepulcro, reconstruído por los griegos después del incendio; es de forma prolongada, cuadrada al este donde tiene la entrada y pentagonal al oeste, y mide ocho



PORTADA DEL EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO

metros y veintiséis centímetros á lo largo, por cinco metros y cuarenta y siete centímetros en su mayor anchura. De mármol todo él, adórnanlo en el exterior diez y seis pilastras, y una pesada cúpula greco-rusa cobija la capilla del Sepulcro habiendo reemplazado al esbelto remate del siglo XVI, debido á la restauración del P. Bonifacio de Ragusa. El vestíbulo, llamado *Capilla del Angel,* está igualmente

decorado con pilastras; de tres metros y cuarenta y cinco centímetros de largo por dos metros y noventa centímetros de ancho, contiene en su parte central, dentro de un marco de mármol blanco, parte de la pesada losa que había cerrado la estancia sepulcral y en la que vieron las santas mujeres sentado á un angel que les anunció la gloriosa Resurrección. Quince lámparas arden constantemente en la capilla, y pertenecen cinco á los latinos, otras tantas á los griegos, cuatro á los armenios y una á los coftos.

Por el hueco de una puerta baja, estrecha y abierta en la roca penétrase en la estancia sepulcral que mide dos metros y siete centímetros á lo largo por un metro y noventa y tres centímetros á lo ancho, de modo que sólo puede contener cuatro ó cinco personas á la vez. La claridad del día no penetra en ella jamás, y cuarenta y tres preciosas lámparas, pertenecientes en número igual á católicos, griegos y armenios y cuatro á los coftos, la iluminan de día y de noche. Revestida por completo de mármol blanco así por fuera como por dentro, ocúltase bajo esta artificial cubierta la pelada roca que la formó en otro tiempo y que á pesar de las repetidas demoliciones y reconstrucciones que ha tenido, existe todavía, según así lo acreditaron el formal testimonio del P. Bonifacio de Ragusa en 1555 y el más reciente del Padre español Trifonio López, que vivía aún en el año de 1852. Este venerable anciano, que asistiera en 1808 al incendio de la basílica y pasó más de medio siglo en Tierra Santa, pudo contemplar el venerado edículo despojado de su revestimiento marmóreo mientras lo reconstruyeron los griegos, y afirma igualmente la existencia de una masa de roca debajo de las tablas de mármol que la ocultan. Esto es causa de que muchos autores, por espíritu de devoción algunos, por interés de la historia y de la arqueología los más, deploren que no se haya dejado el lugar en su forma y desnudez primitiva. Atiéndase, empero, que á ello hubieron de obligar, como sucedió con la Piedra de la Unción, las indiscreciones de los fieles, de no haberse apelado á tal recurso para proteger el sepulcro y la cueva, es casi seguro que á fuerza de llevarse de ellos reliquias, habrían desaparecido. Además la piedad tiene también sus derechos, y es difícil concebir que se resignara á dejar los sitios que Jesucristo regó con su sangre escuetos y pelados como estaban en tiempo de Poncio Pilato: abandono semejante le habrá parecido muy cercano á la profanación.

En la pared septentrional de la estancia álzase á setenta y siete centímetros sobre el nivel del suelo el sepulcro de Jesucristo que es una especie de nicho rectangular labrado en el espesor de la peña; con el revestimiento de mármol que lo envuelve y lo transforma en una especie de sarcófago y altar, mide dos metros á lo largo por noventa centímetros de ancho. En el centro de aquélla vese un bajo relieve en mármol representando la resurrección del Salvador, y á los lados pinturas del mismo asunto; el bajo relieve pertenece á los griegos, y los cuadros, el de la izquierda á los Padres de Tierra Santa, y el de la derecha á los armenios. Jarrones con flores, diariamente renovadas, esparcen en la capilla suavísima fragancia.

Detrás del templete y adherido al mismo hay un altar cerrado con una verja de hierro que durante la época latina sirvió para oficiar en la capilla del Santo Sepulcro y era el propio de la misma. En el siglo XVI pasó á poder de los coftos.

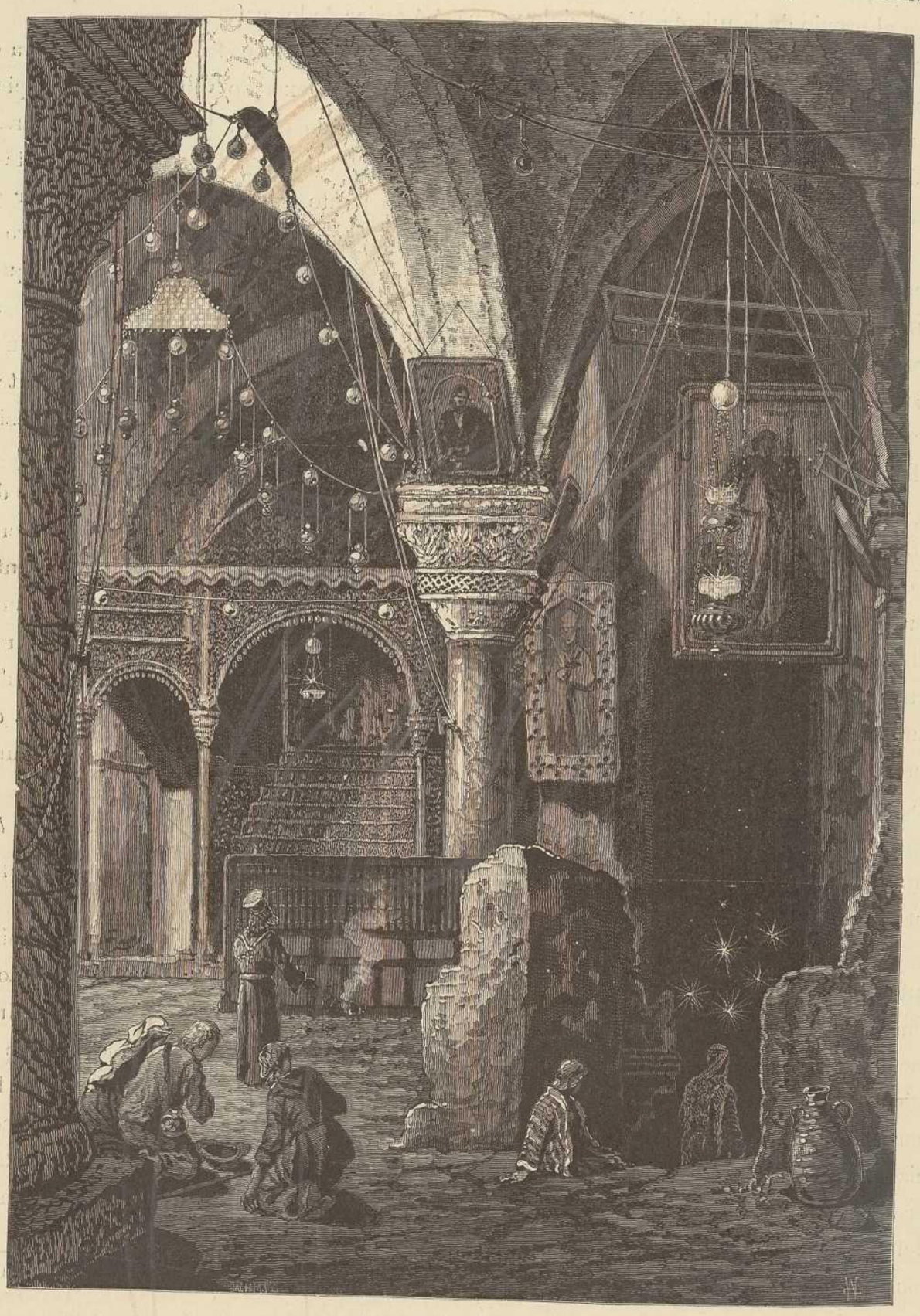
Situada otra vez en la rotonda vémosla rodeada de espaciosas salas á las que llevan once puertas de escasa altura. Pertenecen á los griegos excepto una, que es propia de los Sirios y Jacobitas, y estrecho pasadizo guía desde ella á la estancia sepulcral de José de Arimatea; seis son los nichos ó verdaderas tumbas judaicas en ella contenidas, labradas paralelamente á la peña y de todo punto iguales á la del Salvador y á las otras descubiertas en las cercanías de Jerusalén; suponen algunos que allí fueron sepultados el referido José y Nicodemus. No consta, sin embargo, el punto en que aquél falleció, pues al paso que hay quien sostiene haber quedado en Jerusalén, dicen otros que con Lázaro, Marta y María fué á Provenza, y de allí pasó á Inglaterra, donde murió y fué su memoria tenida en gran veneración. Estas sepulturas, conforme antes hemos indicado, son nuevo é irrebatible testimonio de que el lugar que ocupa la iglesia del Santo Sepulcro estuvo situado á extramuros en la época de Jesucristo.

Delante del venerado edículo, con dirección á oriente, extiéndese el antiguo coro de canónigos y hoy coro de la iglesia griega, de treinta y seis metros de longitud. Tiene la entrada por el llamado *arco del Emperador*, y en verdad que sorprende su ornamento por la brillantez de los dorados y las pinturas que lo forman. Según tradición, allí mismo estaba plantado el huerto de José de Arimatea. Cuatro robustas colunas sostienen en el centro cuatro arcos ojivales, sobre los que se alza una cúpula en forma de media naranja. Entre la puerta y el coro, en el cual se ven las sedes de los patriarcas de Jerusalén y Antioquía, muéstrase un rosetón incrustado en el suelo, y en él una pequeña esfera colocada en un vaso de mármol: allí está, dicen los griegos, el centro del mundo, *umbilicus terræ*. El coro y el altar mayor, llamado el *Santo de los Santos*, están separados del resto del edificio, según usanza griega, por un tabique formando un *iconoclaustrum;* en él no se da á los extranjeros fácil acceso.

A poca distancia del ábside una escalera de veintiséis gradas lleva á la capilla subterránea de *Santa Helena*, elevada en el sitio donde permanecía en oración la piadosa emperatriz en tanto se trabajaba en busca de la cruz del Salvador. Tiene unos veinte metros á lo largo por trece á lo ancho, y está situada á cinco debajo del nivel de la iglesia; dos ábsides la terminan por el lado de oriente, y su parte central recibe luz por una pequeña cúpula sustentada por cuatro macizas colunas con capiteles de aspecto bizantino. Esta capilla, cuya bóveda es lo único que recuerda la época latina, datará probablemente de la restauración llevada á cabo por el abad Modesto y es la parte del edificio primitivo que menos transformación ha experimentado. Es propiedad de los Abisinios, y está adornada con lámparas y huevos de avestruz suspendidos en la bóveda.

Bájanse otros trece escalones y se llega á la capilla de la *Invención de la Santa Cruz*, oratorio de forma irregular, de unos siete metros á lo largo por casi otro tanto en su

mayor anchura, propio de los Padres latinos. Fué construída sobre antigua y abandonada cisterna en la que, consumado el gran delito, fueron enterrados, según costumbre



Capilla de Santa Helena

judaica, los instrumentos que sirvieran para el suplicio, á fin de evitar que alguien, tocándolos, quedase impuro á lo menos por ocho días; allí fueron halladas las tres

cruces, según antes hemos explicado. En el único altar de esta capilla se venera una imagen de Santa Helena abrazada á la cruz, regalo del archiduque de Austria Fernando Maximiliano, el mismo que sucumbió trágicamente en Méjico.

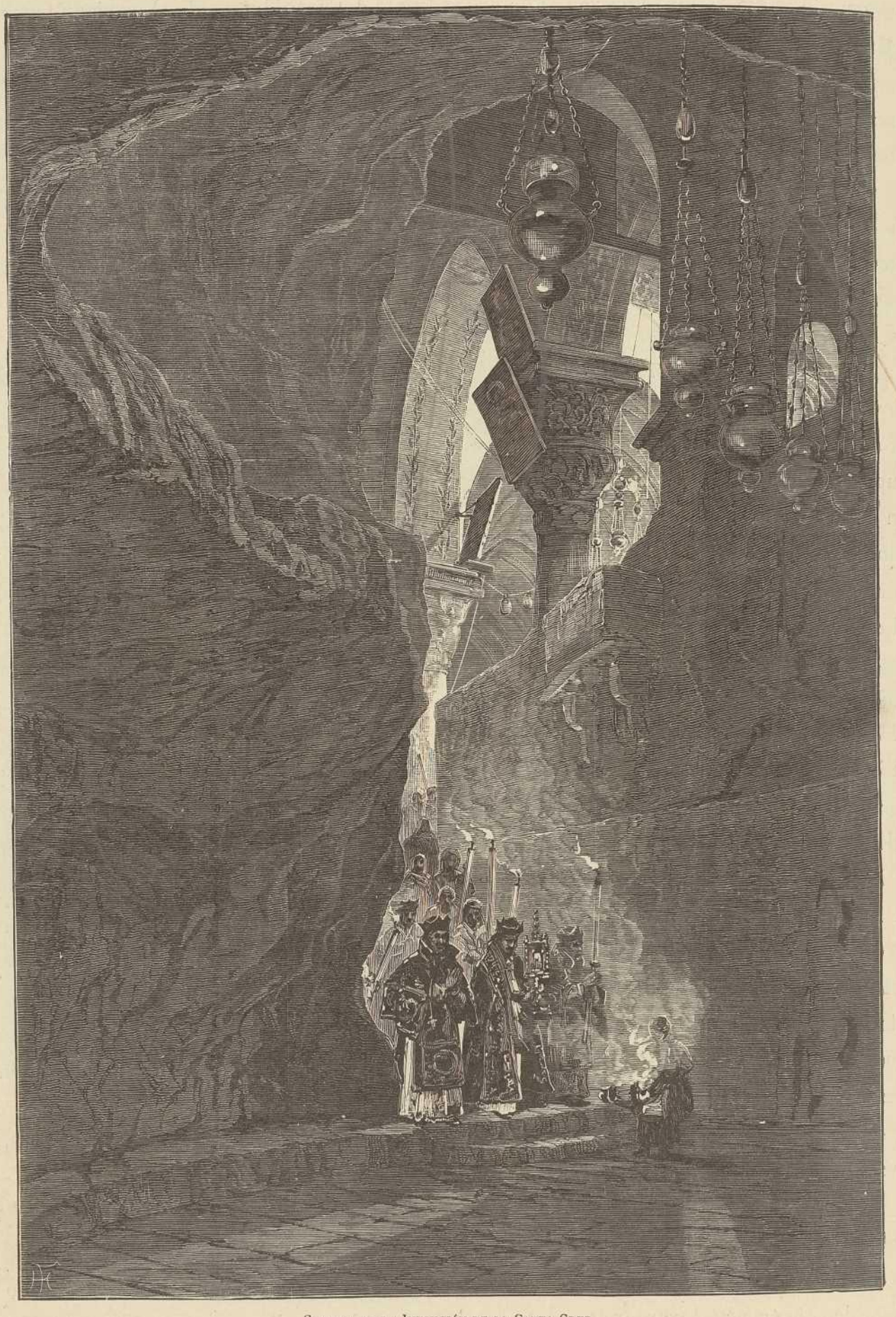
Volviendo atrás, subidas ambas escaleras y siguiendo la nave lateral del sur se encuentran las diez y ocho gradas que guían al Calvario, del cual no ha de creerse que fuese un elevado monte; los Evangelistas emplean para designarlo la expresión *locus Calvariæ*, en hebreo Golgotha (cráneo ó cabeza), por su figura redonda ó por las muchas calaveras ó cráneos de ajusticiados que allí se encontraban. Era un peñascoso otero que se alzaba solamente algunos metros dominando el huerto de José de Arimatea, situado éste en la parte baja por el lado del oeste é inmediato á una de las puertas de la ciudad perteneciente al segundo recinto.

Varios de los peldaños que llevan á aquel augusto lugar se ofrecen gastados, como la *Scala santa* de Roma, por las rodillas de los peregrinos que los suben de hinojos; la meseta superior, unos cinco metros más alta que el Santo Sepulcro, presenta una superficie de quince metros cuadrados, y en ella se levanta la iglesia, sustentada parte en la peña y parte en bóvedas artificiales. Consta de dos naves, formando como dos capillas separadas por gruesas colunas; la meridional, llamada de la *Crucifixión*, pertenece á los latinos é indica el punto en que Cristo fué clavado en el árbol de la cruz; el cuadro al óleo del altar representa este terrible paso de su suplicio. Junto á la pared del sur, separado de la iglesia por una verja de hierro, ábrese un reducido oratorio bajo la advocación de los *Siete Dolores de la Virgen;* en aquel punto estuvo la Santísima Madre acompañada de san Juan y de las santas mujeres mientras crucificaban á su Hijo, y desde él se dirigió con el discípulo predilecto al pie de la cruz luego que los verdugos se hubieron alejado. Esta capilla que servía antes como de vestíbulo á la iglesia y la ponía en comunicación con el exterior, es igualmente propiedad de los latinos. Los griegos poseen la segunda nave ó compartimiento de la iglesia, esto es, el lugar donde fué plantada la cruz; allí, en la cima del Calvario, existía la roca y en ella la abertura practicada para recibir la cruz al ser levantada en alto; después del incendio de 1808 los griegos arrancaron aquella piedra para enviarla á Constantinopla, adonde no llegó por haber naufragado el buque que la conducía, y la sustituyeron con la actual. Sobre ella hay un altar sostenido por cuatro colunas, y detrás del mismo vense los agujeros en que fueron plantadas las cruces de los dos ladrones, la de Dimas al septentrión y la otra á mediodía, de modo que aquél estaba á la derecha del Salvador, el cual espiró de espaldas á Jerusalén y con el rostro á Occidente.

Esta capilla está ricamente adornada, y detrás de ella se encuentra el refectorio de los griegos.

A poca distancia del punto en que fué alzada la cruz del Redentor, al lado de la Epístola, obsérvase, levantando una plancha de plata, una hendidura ancha y profunda como que se prolonga hasta la base del Gólgota; constante é invariable tradición la atribuye á la conmoción violenta que experimentó la naturaleza al exhalar el Hijo de

Dios su criador y rey el último suspiro, y examinada por diferentes naturalistas todos



Capilla de la Invención de la Santa Cruz

han debido convenir en que ofrece caracteres tan extraordinarios que de ningún modo puede ser obra de los hombres ni tampoco de un terremoto ordinario. Aunque los

bordes de la hendidura se adaptan perfectamente uno á otro, son tan complicadas sus líneas que se tiene por imposible que el arte ni instrumento alguno haya podido producirlas. El inglés Addison en su obra titulada: *La Religión cristiana*, refiere acerca de esto el siguiente suceso:

«Un caballero inglés de estimables prendas que ha viajado por la Tierra Santa, me ha contado que uno de sus compañeros de viaje, deista decidor y de talento despejado, no perdía en el camino ocasión de hacer objeto de chanzas y burlas lo que los religiosos católicos nos contaban referente á los Santos Lugares. En esta disposición de ánimo fué á inspeccionar la hendidura de la roca que se enseña en el monte Calvario como causada por el trastorno experimentado por la naturaleza al ocurrir la muerte de Jesucristo, y después de mirarla por todos lados con la detención del hombre dado á estos estudios, dijo de pronto á su amigo:—¿Sabéis que comienzo á ser cristiano?—Y como aquél le expresase su admiración, añadió: — Mis estudios en física y matemáticas me impulsan á asegurar que esta hendidura no puede ser efecto de un terremoto ordinario ó natural. Una conmoción de esta clase habría podido separar las varias capas de que se compone la mole, pero siempre siguiendo las vetas que las distinguen y rompiendo su unión por los puntos de más flaqueza. Así lo he visto en cuantas rocas han sido resquebrajadas por temblores de tierra, y así lo dicta la natural razón. Pues aquí sucede todo lo contrario: la peña está agrietada al través; la hendidura cruza las vetas de un modo singular y sobrenatural, y queda á mis ojos claro y demostrado que es efecto de un milagro ya que el arte ni la naturaleza han podido producirla. Gracias sean dadas á Dios que me ha llevado hasta aquí para contemplar este monumento de su gran poderío y de la divinidad de Jesucristo.»

«Este pasaje y otros varios que podrían invocarse, dice M. Guerin, que también lo cita en su obra, han de probarnos cuánto importa, tratándose de Palestina, no pronunciarse precipitadamente en nombre de la ciencia contra ciertas tradiciones aunque de pronto confundan nuestra razón, porque sucede muchas veces que si de ellas pueden burlarse los hombres de vulgares y superficiales conocimientos, quién sabe más honda y perfectamente las cosas se ve obligado á admitirlas é inclinándose ante ellas prestarles solemne homenaje.»

Entre los altares de una y otra nave y junto á una de las pilastras que las separan vese el altar del *Stabat Mater* en el punto en que María recibió en sus brazos el divino cuerpo al ser descendido de la cruz. Al pié de una imagen de la Virgen se lee esta inscripción:

QUÆ HIC STABAT MATER DOLOROSA, ECCE MATER TUA AMOROSA.

El cerro del Calvario, en la época de Nuestro Señor Jesucristo, tenía en su parte inferior una cueva que fué después transformada en capilla consagrada á Adán, por ser tradición antiquísima que allí estuvo sepultado el primer hombre. Decía ésta,

según nos la han transmitido los primeros Padres de la Iglesia, que expulsado del paraíso terrenal, Adán se refugió en la tierra que fué después Judea y que en ella murió, siendo sepultado en un lugar que fué llamado *Cranion* ó Calvario (lugar del cráneo), por estar allí enterrado el cráneo ó la calavera del humano linaje; y añadíase que Noé no hubo de ignorar un hecho que tanto llamaría la atención de las primeras generaciones, y que por él, á la salida del arca, la tradición se difundió por el mundo.

El pequeño ábside que se dice ser la sepultura de Adán hállase precisamente debajo de la cavidad en que fué plantada la cruz del Redentor, y por la hendidura que allí es más visible y de la que se dice que se extiende hasta el centro de la tierra, pudo la sangre de la divina víctima llegar hasta los restos del primer hombre; á causa de tal tradición suele pintarse ó esculpirse una calavera al pie del crucifijo, tierna imagen de la misericordia de Cristo que rescata en Adán á todo el linaje humano. «Y no es en verdad improbable; hermanos míos, dijo san Agustín en uno de sus sermones, que el médico fuese adonde yacía el enfermo, que al punto donde cayera postrada la humana soberbia descendiera allí mismo la misericordia divina, y que la preciosa sangre derramada para borrar el pecado viniera á rescatar, corriendo sobre ellas, las cenizas del primer pecador.»

La iglesia de Oriente admite que Melkisedec, fundador de Salem, al cual una tradición equipara con Sem, hijo de Noé, está sepultado en el mismo lugar.

A la entrada de esta capilla, á derecha é izquierda, estaban los sepulcros de Godofredo Bouillon y Balduino I, que hoy no existen, conforme queda explicado; los de los reyes latinos han sido reemplazados por dos gradas de piedra sitas á poca distancia de la Piedra de la Unción.

En la época de la peregrinación del obispo Arculfo, en el siglo VIII, celebrábase en esta capilla el oficio de difuntos.

Excepto en dos ó tres puntos hállase el cerro del Calvario cubierto enteramente de preciosos mármoles, único medio, dice el P. Bourassé, de preservarlo del indiscreto fervor de los peregrinos, y de los arqueólogos, añadimos nosotros.

Las divinas alabanzas no se interrumpen jamás en la basílica del Santo Sepulcro, y gran número de lámparas arden de continuo en todos los santuarios. «Sacerdotes cristianos de las distintas comuniones, dice Chateaubriand, habitan en varios puntos del edificio, y en lo alto de las bóvedas, donde anidan como palomas, en el fondo de las capillas ó de los subterráneos dejan oir sus cánticos á todas las horas del día y de la noche: el órgano del fraile latino, los címbalos del religioso abisinio, la voz del sacerdote griego, la oración del solitario armenio, las quejumbrosas notas del monje cofto llegan alternativamente ó á la vez á vuestro oído. No sabéis de dónde esos conciertos parten, y sentís el aroma del incienso sin ver la mano que lo quema; sólo veis pasar y desaparecer tras las colunas, perdiéndose entre las sombras del templo, al pontífice que va á celebrar los tremendos misterios en los lugares mismos en que se consumaron.»

En efecto, ahora, como en la época en que Deshayes representaba á Luís XIII de Francia en Palestina, cada nación posee en la iglesia un recinto particular en que celebra los oficios según el propio rito, y los sacerdotes que en él entran no lo abandonan hasta que, transcurrido cierto tiempo, llegan del convento que tienen en la ciudad otros que los sustituyan.

Los griegos son los que en esta residencia junto á los augustos santuarios se han reservado la mejor parte; á los Padres Franciscanos ha tocado, si así puede decirse, la peor. En el lado septentrional de la rotonda que queda descrita poseen un conventillo en el que, sucesores de los veinte canónigos instituídos por Godofredo de Bouillon, diez religiosos y algunos legos, que se relevan de seis en seis meses á causa de la insalubridad de la vivienda, están especialmente destinados á la custodia del Santo Sepulcro, al cuidado de los santuarios que pertenecen aún á los católicos, y á la celebración de los oficios y procesiones que se verifican cada día en aquel sagrado lugar. «He visto *i piombi* de Venecia y los calabozos de Spielberg, dice el abad Mislin, y todo me ha parecido preferible á la cárcel de aquellos religiosos; á tal extremo los han reducido las incesantes usurpaciones de griegos y armenios, la codicia de los turcos y nuestra indiferencia.»

Allí, en celdas húmedas y oscuras, viven los frailes sin comunicación con la ciudad, á no ser las cortas horas en que los custodios turcos tienen abierta la puerta de la iglesia, y recibiendo por un ventanillo la comida que les mandan del convento de San Salvador. Los turcos han hecho una cuadra del piso superior, de modo que á todas horas les molesta el patear de los caballos; merced á los esfuerzos del emperador José II de Austria tienen, desde el año de 1869, una azotea que, si bien pequeña, les sirve de gran esparcimiento.

En las grandes festividades acude á la basílica toda la comunidad de San Salvador.

En la sacristía guardan los Padres la espada y las espuelas de Godofredo de Bouillon; tiene aquélla ochenta centímetros de hoja y trece de empuñadura, que es de cruz y de forma sencilla; las espuelas, que se conoce haber sido doradas, miden veinte centímetros. Estos gloriosos trofeos sirven para la recepción de los caballeros del Santo Sepulcro, imponente ceremonia que se verifica á pocos pasos de la tumba que el nuevo caballero jura defender hasta la muerte. El vizconde de Chateaubriand calzó aquellas espuelas y recibió con la espada del héroe el requerido espaldarazo que le dió el Padre Guardián. Desde el restablecimiento del patriarcado en Jerusalén es el patriarca el que confiere en el Santo Sepulcro la religiosa Orden.

Junto á la sacristía de los Padres Franciscanos, en el extremo septentrional del crucero encuéntrase la capilla llamada de la aparición ó Latina, por ser de exclusiva propiedad de los Padres Franciscanos, ocupando, á lo que se cree, el lugar en que estuvo edificada una casa de José de Arimatea en la cual se recogió la Santísima Virgen después de la muerte de su Hijo. Allí mismo, á lo que asegura ls tradición, ocurrió el milagroso suceso de recobrar la vida una mujer al tocar su cuerpo con la verdadera

cruz recién descubierta, conforme queda referido. El altar mayor indica el punto en que Nuestro Señor Jesucristo se apareció á su Madre acaecida su resurrección. El lateral de la derecha se llama de la Santa Cruz ó de las reliquias porque allí se conservó gran parte del santo leño hasta que, como hemos visto, fué dividido en los tiempos de persecución; años después, cuando en el siglo XVI el P. Bonifacio de Ragusa encontró en el Santo Sepulcro otra reliquia de la cruz, fué depositada en esta capilla; mas de ella se apoderaron á poco los armenios y la enviaron á su país aprovechando el cautiverio y la deportación á Damasco que padecieron los frailes, en quien vengaban los turcos las victorias que contra la media luna alcanzaban las armas españolas. El altar colocado á la izquierda del mayor encierra parte de la coluna á que fué atado Jesucristo en el suplicio del azotamiento; por esto es llamada *de la flagelación*. De esta sagrada coluna refiérese haber sido llevada por los primeros cristianos á la iglesia del Cenáculo, donde en el siglo XIII los Padres de San Francisco la recibieron de los canónigos de San Agustín; profanada y rota por los musulmanes en el año de 1551, el P. Bonifacio de Ragusa envió un fragmento de ella al sumo pontífice Paulo IV, otro á Felipe III de España y otro á la república de Venecia, que se venera aún en la iglesia de San Marcos, reservando para la comunidad el mayor, el cual, á fin de evitar nuevas profanaciones, fué llevado á la iglesia del Santo Sepulcro y resguardado con férreas cerraduras en el altar en que actualmente se encuentra. Es de mármol rojizo, mide de altura unos setenta centímetros, y observan los autores que no ha de confundirse esta coluna con aquella en que fué atado Jesús en la casa de Caifás, la cual se venera en la iglesia de Santa Práxedes en Roma.

Del convento sale cada tarde, después del rezo, solemne procesión que se detiene de santuario en santuario para venerarlos sucesivamente y orar en todos ellos en nombre de la cristiandad; los peregrinos católicos suelen asistir á ella y conservar de la piadosa ceremonia memoria tierna y profunda.

Al canto del himno *Trophæ a Crucis* pónese en marcha para verificar la estación primera en el altar de la Flagelación, y de allí, dirigiéndose al este por la nave septentrional de la basílica, antigua colunata llamada de los Siete Arcos de la Virgen, llega á la Cárcel de *Nuestro Señor*, que es al parecer antigua y abovedada cisterna al pié del cerro del Calvario, donde el Redentor hubo de detenerse, bajo la custodia de la escolta, mientras se disponían en la cumbre los instrumentos del suplicio. Esta capilla, objeto de la segunda estación, pertenecía antes á los georgianos y en el día es propiedad de los griegos.

Por el ábside de la iglesia griega donde aun existe la escalera por la que desde el piso superior bajaban los canónigos al coro en la época latina, y dejando á un lado la capilla, griega también, consagrada á la memoria de san Longinos, el soldado que hirió con la lanza el costado de Jesús y que le confesó después, viene la procesión á la capilla armenia llamada de la *División* ó *Suertes*, por haberse allí dividido los soldados las vestiduras de Cristo y echado suertes sobre su túnica inconsútil. En ella se hace

la tercera estación. «Los soldados, después de crucificar á Jesús, refiere el Evangelista san Juan, tomaron sus vestiduras é hicieron con ellas cuatro partes, una para cada soldado; mas la túnica no tenía costura, sino que era tejida de arriba abajo, y dijeron unos á otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella. Y de este modo lo hicieron, cumpliéndose así aquellas palabras de la Escritura que dicen: —Repartiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes.»

Verifícanse la cuarta y quinta estación en la capilla de la Invención de la Santa Cruz y en la iglesia de Santa Helena, ya descritas, y otra vez la procesión en la nave del sur y siguiendo ahora la dirección de este á oeste se detiene en la capilla de los *Improperios,* propiedad de los griegos. En el altar, encerrada en una caja de hierro con varias aberturas, se venera un pedazo de la piedra en que estuvo sentado Jesús en el pretorio cuando fué abandonado á las burlas y á los ultrajes de la soldadesca y le coronaron de espinas.

«Y los soldados, dice el Evangelista, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, le vistieron un manto de púrpura, y viniendo á él, le decían: —Dios te salve, rey de los judíos. —Y le daban de bofetadas.»

Puesta otra vez en marcha la devota procesión sube las gradas del Calvario, y en los altares de la Crucifixión y de la Elevación de la Cruz verifica las estaciones séptima y octava. «Era ya casi la hora de sexta, refiere san Lucas, y toda la tierra se cubrió de tinieblas hasta la hora de nona; se oscureció el sol, el velo del templo se rasgó por el medio, y Jesús, dando una gran voz, dijo: —Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Y el sacerdote que esto lee, al añadir con acento bajo y lastimero las últimas palabras: *et hœc dicens* HIC *expiravit,* se postra y con él todos los asistentes sobre la misma tierra regada con la sangre del Justo.

En la piedra de la Unción detiénense de nuevo aquellas dos hileras de luces al descender de las galerías del Calvario, y en seguida se dirigen al Santo Sepulcro al cual dan la vuelta por tres veces, haciéndose allí la estación décima. Dice el Evangelista san Juan que José de Arimatea (que era discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo á los judíos) rogó á Poncio Pilato que le cediera el cuerpo del Redentor, lo cual obtuvo, y añade: «Nicodemo trajo una confección como de cien libras de mirra y áloe, y juntos tomaron el cuerpo de Jesús y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran á sepultar. En el lugar donde fué crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que aun no había sido puesto nadie: en él pusieron á Jesús.»

«Casi media hora permanecí de rodilas en la reducida estancia del Santo Sepulcro, escribió el vizconde de Chateaubriand, fijos los ojos en la piedra sin poder apartarlos de allí. Uno de los dos religiosos que me acompañaban estaba arrodillado junto á mí con la frente sobre el mármol; el otro, con el Evangelio en la mano, leíame, á la luz de las lámparas, los pasajes relativos á la santa sepultura. Entre versículo y versículo rezaba una oración: *Domine Jesu Christe, qui in hora diei vespertina de cruce depositus,*

in brachiis dulcissimæ Matris tuæ reclinatus fuisti, horâque ultimâ in hæc sanctissimo monumento corpus tuum exanime contulisti, etc. Tal cúmulo de ideas se agolpaban entonces á mi mente que no me era dable fijarme en ninguna; sólo sí puedo afirmar que á la vista de aquel sepulcro triunfante sentí como nunca mi flaqueza, y cuando mi guía exclamó con san Pablo: *¿Ubi est, Mors, victoria tua? ¿Ubi est, Mors, stimulus tuus?* presté el oído como si hubiese de contestar que quedaba vencida y encadenada en aquel monumento.

»Así seguimos las estaciones, añade el mismo escritor, hasta la cima del Calvario. ¿Dónde hallar en la antigüedad cosa tan tierna y portentosa como las últimas escenas del Evangelio? No se trata aquí de las singulares aventuras de una deidad agena al hombre, sino antes bien de la historia más patética que, además de arrancar lágrimas por su belleza, mudó con sus consecuencias, aplicadas al universo, la faz de la tierra. Yo, que acababa de visitar los monumentos de Grecia, sentía aún el alma penetrada de su inmensa grandeza; pero ¡cuán lejos estuvieron de inspirarme lo que por mí pasaba á la vista de los Santos Lugares!»

La estación undécima se verifica en el punto en que Jesús resucitado se apareció á María Magdalena; es una oscura capilla perteneciente á los latinos, en cuyo altar se representa en pintura el maravilloso suceso. Un círculo de mármol en el centro indica el sitio que ocupó el Salvador; otro, hacia el norte, el de la Santa. «María estaba llorando junto al sepulcro, refiere el Evangelista... y los ángeles le dijeron: —Mujer, ¿por qué lloras?—Porque se han llevado de aquí á mi Señor y no sé dónde le han puesto. —Al decir esto se volvió y vió á Jesús que estaba en pié, pero no le conoció. —¿Por qué lloras, mujer? le preguntó. ¿A quién buscas? —María, creyendo que era el hortelano, le dijo: —Si sois vos quien lo ha llevado de aquí, decidme dónde le habéis puesto. —¡María! dijo Jesús, y entonces ella, conociéndole, exclamó: —*¡Rabboni!* (que significa Maestro.)»

En la inmediata capilla de la Aparición en la que, según común creencia, fué María la primera testigo de la resurrección de su divino Hijo, concluyen las estaciones y se disuelve la procesión.

Quien desee asistir á las misas que se celebran diariamente en el edículo del Santo Sepulcro conviene que obtenga permiso para pasar la noche en la iglesia, en cuanto el rezo comienza á media noche, según los diferentes ritos, y la puerta exterior no se abre hasta las cinco ó las seis de la mañana. Las peregrinas se establecen en las galerías, donde encuentran mujeres para su servicio. En aquellas horas, el profundo silencio que reina en las desiertas naves y las sombras que envuelven la basílica, desvanecidas de distancia en distancia por el gran número de lámparas que arden, sin apagarse jamás ante cada oratorio, elevan el alma y la sumergen en muda contemplación que no ha de luchar, como sucede durante el día, con la presencia de otras gentes. Todo en semejantes momentos contribuye á inspirar al entendimiento una de aquellas íntimas meditaciones que es preciso haber experimentado para comprender

su poderoso encanto; transcurren las horas sin dejar huella ni cansancio, y parece que revive á nuestros ojos el tiempo pasado con sus más sublimes y tiernos misterios. En el Calvario, parécenos asistir á las postreras y dolorosas escenas de la Pasión; óyese resonar aquella voz suprema que ha atravesado y atravesará los siglos todos: *¡Consumatum est!* y vense al pie de la cruz á la Virgen María y al discípulo amado deshechos en llanto. Quien haya llegado incrédulo puede, cual otro Tomás, poner la mano en la milagrosa hendidura de la roca, fiel é irrecusable testimonio de la veracidad de los Evangelios y de la divinidad del Hombre-Dios.

Y si al descender del Gólgota dirígense los pasos al Santo Sepulcro parece, al pasar el umbral de la capilla del Angel, que allí está aún el celeste mensajero sentado en la removida losa que cerraba el sepulcro; allí están las piadosas mujeres llevando aromas y ungüentos para embalsamar de nuevo el cuerpo del Señor; pero el sepulcro está vacío, la muerte sólo breve tiempo ha podido conservar su huésped divino, y ante la abierta tumba de la que salieron la vida y la redención del mundo, diez y nueve siglos han visto postrar á las generaciones y lo mismo verán los futuros hasta la consumación de los tiempos. ¡Qué de lágrimas y sollozos, qué de plegarias fervientes y de actos de adoración en todas las lenguas han brotado de los corazones de los innumerables peregrinos que de todos los ámbitos del mundo han ido á prosternarse al pequeño recinto en que el Hijo del hombre durmió durante tres días antes de despertarse en su gloria y majestad triunfante! Cuando á su ejemplo se toca con la frente y con los labios el mármol que cubre aquel sepulcro compréndese sin esfuerzo alguno como los pueblos de Europa se armaron en la Edad Media para reconquistarlo una vez perdido, y como ahora no cesan las naciones cristianas de tributarle por medio de sus peregrinaciones ardientes homenajes.

El Calvario y el Santo Sepulcro, que son los principales santuarios de esta basílica, ofrecen entre sí hermoso contraste que corresponde perfectamente con lo que significan y con los recuerdos que despiertan. La capilla del Calvario, dice la *Reseña de la Peregrinación española en el año de* 1881, escrita por D. Jaime Nogués, es oscura como si allí reinaran todavía las tinieblas que al espirar el Hijo de Dios envolvieron la tierra; sus bóvedas pesadas y bajas parece que obligan á las frentes pecadoras á humillarse ante el ara de la Cruz de nuestra Redención. Por el contrario, la rotonda del Santo Sepulcro está inundada de luz que desciende de lo alto de la cúpula, la cual, ascendiendo á gran altura, parece que quiere formar hasta donde alcanza el poder del hombre una nave que encierre el espacio recorrido por Jesucristo al volver triunfante á la gloria. Los infieles, añade el mismo autor, han podido robar los tesoros con que en otros tiempos enriqueció á esta basílica la piedad de los cristianos, y destruir su primitiva belleza, pero no han podido ni podrán jamás borrar de ella los sentimientos que infunde en el alma de los creyentes.

Estos sentimientos suben de punto y dejan en el corazón aún más si cabe imperecedero recuerdo cuando se han experimentado en las solemnes funciones con que en

la basílica celebran los católicos la Semana Santa. La procesión del viernes, sobre todo en que la imagen del Señor es alzada en cruz en el Calvario, descendida luego del instrumento de suplicio para ser incensada y perfumada en la Piedra de la Unción y depositada en el mármol del Santo Sepulcro, va acompañada de la consternación y del llanto de la mayor parte de los asistentes. Las pláticas que se pronuncian en las diferentes estaciones suelen ser en español é italiano, y M. Poujoulat, que describe la imponente ceremonia, pondera la magnificencia y belleza de los ornamentos de terciopelo negro, bordado de oro, que para la misma sirven, regalo hecho en el año de 1819 por el rey de España, cuyas armas brillan en las sagradas vestiduras.

La ceremonia llamada del *fuego sagrado,* que los griegos celebran en la basílica el día de Sábado Santo, es unánimemente reprobada por cuantos autores han escrito sobre Jerusalén, así por la profanación que se comete al presentar un falso milagro, como por los escándalos y á veces sangrientas peleas que la acompañan. A ella asisten gran multitud de peregrinos de Grecia, del Asia Menor, de Egipto, Armenia y Rusia, y por lo común comienza después de medio día, apagadas antes todas las lámparas. El patriarca griego, seguido de su clero y del armenio cismático, cofto y sirio, da tres vueltas alrededor del templete del Santo Sepulcro entonando cánticos; en seguida penetra solo en el monumento, mientras que la multitud que llena el templo, parte de la cual ha pasado en él la noche para hacerse con los mejores sitios, se agita é invoca al Señor con grandes voces. De pronto preséntase el patriarca con un cirio encendido en la mano al tiempo que por dos agujeros practicados á este efecto en el edículo desde la reconstrucción de 1808 vense asomar dos llamas del fuego descendido del cielo. Estruendosa aclamación llena las bóvedas; la multitud se empuja y precipita queriendo todos ser los primeros en encender en ellas la vela que cada peregrino lleva en la mano, y en breve la iglesia, vista desde las galerías superiores, se convierte en un mar de luces. El patriarca y los demás celebrantes, revestidos con magníficos ornamentos, dan de nuevo comienzo á su procesión circular, hasta que al fin, hecha la señal por un empleado turco, apáganse los cirios, se abren las puertas, el gentío va saliendo poco á poco y se restablece el silencio.

Raro es el año que acaba la ceremonia sin desgracias ocasionadas por las apreturas y la confusión; ninguno, empero, tan desastroso como el de 1834. Más de seis mil almas se hallaban en la iglesia cuando de pronto se armó uno de los ordinarios tumultos; los guardias turcos, creyéndose atacados, cayeron con el sable en la mano sobre el indefenso gentío, y tan grande fué el tropel que unas trescientas personas quedaron sin vida en las naves y en la puerta.

V

SITIOS QUE PRESENCIARON LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Huerto de Gethsemaní.—Gruta de la Agonía.—La casa de Anás.—La casa de Caifás.—El Pretorio.—La Flagelación.—Arco del Ecce-Homo.—*Vía dolorosa* ó *Vía crucis*.—El *Lithostrotos* ó *Gabbatha;* sentencia de Jesús: 1.ª estación.—La *Scala santa:* 2.ª—estación. Jesús cae por primera vez: 3.ª estación.—Encuentro de Jesus con su Santísima Madre: 4.ª estación.—El rico avariento y el mendigo Lázaro.—Simón Cirineo carga con la cruz: 5.ª estación.—Santa Verónica: 6.ª estación.—Puerta Judiciaria y segunda caída: 7.ª estación.—Llanto de las hijas de Jerusalén: 8.ª estación.—Tercera caída: 9.ª estación.—Las demás están incluídas en la basílica del Santo Sepulcro.—El MONTE DE LOS OLIVOS.—Lugares famosos.—Cumbres de la Ascensión, de *Viri Galilæi* y del *Escándalo*.—Gruta de santa Pelagia.—Aldea de Siloan.—Fuente de la Virgen María.—Torrente del Cedrón.—*Bir Ayub* (pozo de Job ó de Joab).—Estanque de Siloé.—Piscina Probática.—*(Birket-Israil)*.—Aguas de Jerusalén.—Cisternas.—*Birket el-Mamillah*.—Piscina de Ezechias.—*Birquet-es-Sultan*.—Otros estanques.—Gruta y piscina de Jeremías.—Monte del mal Consejo.

¿Dónde se celebró la cena? pregunta M. de Saulcy, y á renglón seguido añade: «Probablemente en un sitio fuera del recinto de los muros, allí donde la tradición secular coloca el Cenáculo. Es probable, y así ha de creerse, que las puertas de la ciudad se cerrarían al ponerse el sol, y como era de noche cuando Jesús y sus discípulos salieron del Cenáculo para dirigirse al monte de los Olivos es verosímil en cuanto cabe que la última Pascua fuese celebrada extramuros.»

Así habla la erudición por uno de sus ilustres adeptos, confirmando lo que por la tradición sabemos.

En efecto, después que el Jueves Santo hubo el Redentor celebrado la última Cena é instituído el sacramento de la Eucaristía en la sala superior de la casa que fué luego el Cenáculo, bajó, llegada ya la noche, la colina de Sión, y atravesando con sus discípulos el Cedrón, detúvose al pié del monte de los Olivos, en el huerto ó granja llamada de Gethsemaní, ó sea del molino de aceite, á causa de que allí existiría uno para extrujar la aceituna recogida en aquellos olivares. Era aquel huerto, como hoy, un sitio retirado plantado de olivos á que Jesucristo solía concurrir con sus discípulos, y llegado allí aquella triste noche, les dijo:—Sentaos aquí mientras hago oración.—Con él, sin embargo, fueron por orden suya Pedro, Santiago y Juan, y á poco, presa el Salvador de mortal angustia, exclamó:—Triste está mi alma hasta la muerte. Esperadme aquí y velad,—añadió dirigiéndose á los tres discípulos, y apartándose como un tiro de piedra comenzó entonces la desgarradora agonía y la sublime plegaria *(et factus in agonia, prolixius orabat)* que tuvieron á un ángel del cielo por testigo y consolador.—Padre, decía, si posible es, aparta de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. —Fué su sudor, dice el Evangelista, como gotas de sangre que corría hasta el suelo.

El huerto de Gethsemaní, que desde el año de 1847, para mayor resguardo, han rodeado de una cerca los Padres franciscanos á quien pertenece, forma un cuadrilátero irregular de unos setenta pasos, en el que existen ocho [1] venerables olivos debajo de los cuales pasaron quizás las escenas referidas. De siete á ocho metros de circunferencia

[1] Nueve eran en el siglo XVII.

miden sus troncos, y por sus retorcidas y huecas ramas, que han debido ser afianzadas con piedras, por sus numerosos retoños y por su corteza que lleva grabado el sello de los siglos, descubren su antigüedad remotísima. Y si tomando al pie de la letra

Huerto de Gethsemaní

el texto de Josefo que dice haber sido cortados todos los árboles de los alrededores de Jerusalén durante el sitio de Tito [1], no se los considera de la época evangélica ni testigos

[1] Fray Lievin hace observar con fundamento que no es probable que á tan corta distancia de los muros se expusiesen los sitiadores á cortar aquellos árboles, tanto más en cuanto podrían haber sido entonces muy jóvenes y no ser obstáculo á las operaciones de los romanos, ni servir tampoco para la construcción de sus ingenios.

del comienzo de la Pasión, es indudable que crecieron de los vástagos y tallos de aquéllos. «El olivo, dice el vizconde de Chateaubriand, es en cierto modo inmortal en cuanto renace de sus propias raíces; en la ciudadela de Atenas se conservaba uno cuyo origen dátaba de la fundación de la ciudad. Los olivos del huerto de este nombre en Jerusalén pertenecen cuando menos al tiempo del Bajo Imperio, y pruébalo el siguiente hecho: en Turquía, los olivos que los musulmanes hallaron ya en pié al invadir la tierra de Asia sólo pagan un *medin* al fisco, al paso que los plantados después de la conquista satisfacen al Gran Señor la mitad de su fruto. Ahora bien, los ocho olivos de que se trata pagan únicamente ocho *medins*.

Júzguese, pues, con qué amorosa solicitud y con cuánta veneración desempeñará su cargo el fraile franciscano que los tiene á su cuidado, y con qué interés recibirán los peregrinos algunas flores de las que allí cultiva, como también las hojas y aceitunas cogidas en los árboles sagrados. A pesar de su vetustez producen todavía copioso fruto; de él se extrae un aceite muy buscado, y sus huesos se emplean en la fabricación de rosarios.

Junto á la cerca se han erigido recientemente capillitas con las catorce estaciones del *Via-Crucis*, ofrenda de piadosa dama, y en el lado superior ú oriental se levanta un templete que cobija un bajo-relieve de mármol representando la agonía y oración del Señor.

Cerca de los árboles vese una roca llana y lisa en la que varias personas pueden sentarse con comodidad. La tradición dice que en ella quedaron los apóstoles cuando Jesús les dijo: «Sentaos aquí mientras hago oración.»

A corta distancia hacia el norte se encuentra la gruta de la Agonía, donde es antigua y general creencia que padeció Jesús aquella angustia y oró; de forma irregular, mide diez metros á lo largo por siete á lo ancho, y recibe luz por una abertura en la parte superior. Hállase tal cual quisieran muchos que estuvieran los demás santuarios, es decir, en el mismo estado que en la época de Nuestro Señor Jesucristo; la roca se presenta desnuda, y los peregrinos pueden ver y tocar la misma peña que escuchó los sublimes sollozos del celestial Agonizante y la tierra que se impregnó con las sangrientas gotas de su sudor divino. En la bóveda se conservan vestigios de las estrellas pintadas que antiguamente la adornaban; en tiempo de san Jerónimo existía allí una iglesia, de la cual sería cripta la gruta, y de ella y de un monasterio se habla aún en la Edad Media. En el día ni sus ruinas quedan, y en la gruta, que poseen los Padres de San Francisco desde el año de 1393, vense tres pequeños altares; el central, iluminado de día y de noche por numerosas lámparas, indica el punto donde estuvo postrado el Señor.

Por tercera vez acababa Jesús de dirigirse á sus discípulos que, vencidos por el sueño, se habían quedado dormidos á poca distancia, cuando al frente de armada cuadrilla se presentó el traidor Judas, el cual, acercándose á su Maestro, le besó, señal convenida con los suyos para que le prendieran. Un trozo de coluna señala el sitio

tradicional del horrible *beso de Judas*. Preso, maniatado y escarnecido por la sacrílega turba, Jesús fué llevado á la casa de Anás, ex-pontífice, suegro de Caifás, que lo era aquel año. Anás interrogó al preso acerca de su doctrina, y Jesús le contestó:—«En la sinagoga y en el templo, adonde concurren los judíos todos, he enseñado; en oculto nunca he hablado, y siempre lo he hecho delante de todo el mundo. No me interrogues, pues, á mí, antes bien pregunta á aquellos que me oyeron y te dirán lo que he dicho.—¿Así respondes al pontífice? dijo uno de los ministros presentes al tiempo que descargaba la mano sobre el divino rostro.—Si he hablado mal, respondióle el mansísimo cordero, da testimonio del mal; mas si bien ¿por qué me hieres?»

Y Anás le envió atado al pontífice Caifás.

En el sitio que ocupó la casa de Anás en el monte Sión y dentro del actual recinto de la ciudad, levántanse hoy una iglesia y un convento de religiosas armenias, y consta aquélla de dos oratorios distintos, pero con comunicación entre sí, siendo el uno venerado como el lugar donde sufrió Jesús el primer interrogatorio y recibió la bofetada. En un patio exterior se enseñan unos olivos que son, según tradición, retoños de aquel al que estuvo atado Nuestro Señor Jesucristo recibiendo ultrajes de aquella gente soez mientras deliberaba Anás acerca de su suerte, y algunas piedras que se dice formaron parte de la casa del pontífice.

Preso á las dos de la madrugada, permanecería Jesús algunas horas en la casa de Anás; á las seis era presentado á Caifás, al cual rodeaban los escribas y los ancianos, y juntos trataban sobre el mejor medio de llevarle á la muerte. Oídos dos falsos testigos sin que Jesús refutara sus afirmaciones relativas á la destrucción del templo, el príncipe de los sacerdotes le dijo:—«Conjúrote por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, hijo de Dios.—Tú lo has dicho, contestóle Jesús. Y aun os digo que á poco veréis desde aquí al Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios y venir con las nubes del cielo.»—Al oirle, el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo:—«Ha blasfemado; ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?—Y todos afirmaron que era reo de muerte.» Entonces, añade el sagrado relato, le escupieron y le maltraron.

Pedro que, si bien temeroso, había seguido de lejos á su buen Maestro, no imitando á los otros discípulos que se dieron á huir y á ocultarse después de la prisión, llegó al atrio de la casa de Caifás, y se arrimó al círculo que alrededor de la lumbre formaban los domésticos de los personajes allí reunidos. Una criada que le conoció le dijo:—Tú estabas con Jesús el Galileo.—Mas él lo negó delante de todos, y así por tres veces hasta prorrumpir, replicando á la insistencia de los otros, en imprecaciones y juramentos. En aquel instante, cuando estaba aún hablando, cantó un gallo. Y Pedro se acordó de lo que antes le dijera Jesús, y saliendo fuera lloró amargamente.

La casa de Caifás, poco distante de la de su suegro, se elevaba también en el monte Sión; su área ha quedado fuera del actual recinto, y en ella existe un convento armenio, llamado por los árabes *Habs-el-Mesîh*, carcel de Jesús. En la iglesia se venera el lugar donde padeció el Salvador aquellos ultrajes; la piedra que sirve de ara al altar es

semicircular y es tenida, como la de la capilla del Angel en el Santo Sepulcro, por parte de la losa que lo cerraba antes de la Resurrección. En esta iglesia donde se muestran los sepulcros de los patriarcas armenios de Jerusalén, tienen los Padres Franciscanos derecho de celebrar el lunes de Petencostés.

A algunos centenares de pasos, en un campo hoy cultivado, ábrese la gruta en que Pedro fué á llorar su cobarde flaqueza; en los primeros siglos estuvo comprendida en una iglesia, cuya fundación se atribuye á santa Helena, bajo la advocación de San Pedro en Gallicante *(in galli cantu)*. Arruinada ya en el siglo XII, de ella no quedan ni vestigios.

Capitaneada por Caifás y Anás, por los ancianos y escribas, la alborotada turba, que había ido creciendo á proporción que avanzaba la mañana, se dirigió al Pretorio llevando en medio al maniatado Jesús para que el Presidente ó Procurador romano, único que podía hacer efectiva la condenación á muerte, aplicase esta pena al preso objeto de sus iras. La ciudad de Cesárea era la habitual residencia del procurador, pero en aquel entonces hallábase en Jerusalén y se alojaba, como era costumbre en tales ocasiones, en la fortaleza Antonia, que, conforme queda explicado, había sido levantada por Herodes el Grande en el punto en que estuvo la antigua torre llamada Baris, erigida por Juan Hircano corriendo el año 121 antes de J. C. en el ángulo noroeste del recinto del Templo. Era aquella autoridad ejercida hacía ya nueve años por Poncio Pilato, sucesor de Valerio Grato, y su nombre expresado en el Credo que dicen y dirán las generaciones, ha quedado como perpetuo padrón de ignominia para los jueces flacos y prevaricadores. A los dos años de la sentencia de Nuestro Señor Jesucristo fué destituído por Vitelio, gobernador general de Siria, y enviado á Roma para justificarse ante el emperador por varios actos de tiranía. Por tradición se sabe que estuvo en Tarragona, y desterrado por Calígula á Viena de las Galias, dióse á sí propio la muerte.

Al Pretorio ó sala del tribunal subíase por una gradería de veintiocho peldaños; para no contaminarse entrando en la morada de un gentil durante la Pascua, sacerdotes y pueblo se detuvieron al pié de aquélla y de la fortaleza Antonia, en el *Lithostrotos* ó gran patio embaldosado del *hierón* exterior. Consintió Pilato en salir á aquellas gradas, y preguntó á la multitud:—«¿Qué acusación pesa sobre ese hombre?»—No acertaron los preguntados con una respuesta categórica, y gritaron:—«Es un malhechor; de no ser así no lo hubiéramos traído á tu presencia.—Pues juzgadle según vuestra ley,» dijo Pilato, poco satisfecho de aquellas palabras. Mas no era un juicio lo que Caifás y la turba reclamaban, sino la sentencia capital, reservada á los procuradores romanos; así se lo manifestaron á Pilato, y éste entró en el Pretorio adonde dispuso que le siguiese Jesús. Allí le interrogó, buscando inútilmente culpas en Aquel que era la santidad misma.—«Ningún delito hallo en él,»—hubo de decir al grupo que ocupaba el patio, á lo cual contestaron varias voces que la doctrina de Jesús tenía alborotado al pueblo desde Galilea hasta Jerusalén. El nombre de Galilea y el saber que el

acusado era de aquella comarca, hicieron esperar al procurador haber dado con el medio de desentenderse de tan mal asunto; el tetrarca de Galilea Herodes Antipas se encontraba á la sazón en su palacio de Jerusalén con motivo de la Pascua, y á su jurisdicción correspondía el caso. Envióle, pues, acusado y acusadores, y Herodes, dice el evangelista, que tenía curiosidad de conocer á Jesús por lo mucho que oyera hablar de él, se holgó de verle. Los príncipes de los sacerdotes repitieron con gran ahinco sus acusaciones, y el tetrarca, que no pudo recabar del acusado contestación á sus varias preguntas, le despreció, y haciendo que le vistieran una ropa blanca, como se acostumbraba en aquel tiempo con los locos, le envió de nuevo á Pilato, habiendo servido este suceso de motivo de reconciliación entre ambos personajes, divididos como estaban antes por antiguas enemistades.

Otra vez comenzaron para el débil presidente romano las vacilaciones y temores; en vano, apoyándose en el testimonio de Herodes, procuró persuadir á la turba furiosa de que no se hallaba en Jesús culpa ninguna y de que ninguno se había probado de los cargos que le hacían; para ver de contentarla, con iniquidad notoria, dispuso que le fuese impuesto el suplicio de azotes. Entregado á cuatro soldados, sacado á un patio y atado á una coluna fué el Redentor cruelmente azotado; no satisfechos aún los verdugos tejieron una corona de espinas; con ella le coronaron y vistiendo su ensangrentado cuerpo con unos harapos de púrpura y yendo á él le saludaban con befa como rey de los judíos y le daban de bofetadas.

A la memoria y veneración de tan horrible tormento está dedicada la capilla de la Flagelación erigida por los cristianos en los primeros siglos, reparada sin duda en diferentes épocas, fué arrebatada á los Padres de San Francisco en el año de 1618 por Mustafá-Bey, hijo del gobernador de Jerusalén, no siéndoles hasta 1838 devueltas sus ruinas por Ibrahim-Bajá. La piadosa liberalidad del duque Maximiliano de Baviera en 1858 permitióles construir la actual iglesia, bastante espaciosa y adornada con numerosas pinturas. Debajo del altar mayor vese una losa de mármol señalando el punto en que estuvo la coluna en que ataron á Jesús, trasladada, como hemos dicho, á la basílica del Santo Sepulcro.

Azotado Jesús, el procurador, quizás con la esperanza de despertar la compasión del pueblo mostrándole el estado de oprobio y dolor á que quedaba reducido el preso, salió otra vez fuera; con él sacó á Jesús con la corona de espinas y un trapo de púrpura, y dijo á la multitud:—*¡Ecce Homo!* ¡Ved aquí al hombre!

Existe en aquel punto de la ciudad atravesando la calle y pudo muy bien, en su parte inferior por lo menos haber pertenecido á la fortaleza Antonia, un arco ó galería cubierta en la que, como lugar más elevado y á propósito, salió Pilato, según tradición, para mostrar al pueblo el afligido Jesús. Prolongadas discusiones han sostenido los eruditos acerca de este monumento, en especial desde que caído el revoque árabe que lo desfiguraba por completo, se presentó á la vista con su verdadero carácter, que es el de un arco romano de la época del imperio. Constaba de un arco central y dos

laterales, y algunos ven en él antiguo arco triunfal erigido por Tito ó más bien por Adriano. Otros autores lo consideran un monumento cristiano levantado por santa Helena en memoria de la Pasión del Salvador; no falta quien lo tiene por antigua puerta herodiana, pero es indudable que en aquel sitio ó cerca de él hubo de suceder lo que el Evangelista refiere, en cuanto en las excavaciones practicadas por el R. P. María Alfonso de Ratisbona en la calle por el arco atravesada, se han encontrado á metro y medio de profundidad, extendiéndose en distintas direcciones, las pulidas baldosas que formaban el suelo del Lithostrotos. Para M. Guerin es exacta la tradición que hace del arco del *Ecce-Homo* uno de los testigos contemporáneos de la Pasión de Jesucristo. «Mi opinión, es, dice, que esta puerta con sus tres huecos servía por el lado del oeste de entrada monumental al patio del palacio donde moraban los procuradores, y por lo mismo que ante ella pasaron las inicuas escenas de la condenación del Justo... Si los arqueólogos hallan en sus molduras algo que consideran posterior á la época de Herodes, les diré que esta puerta del Pretorio pudo muy bien ser destruída en parte en la época del sitio de Tito y de la toma de la torre Antonia y reconstruída después por Adriano al fundar la *Ælia Capitolina,* siendo entonces transformada en

Arco del Ecce-Homo

un verdadero arco de triunfo. Y si hay empeño en considerarla de época todavía más baja, por ejemplo, de la de Constantino, pues posterior no puede ser, no se opone esto en nada á la tradición y deja al sagrado monumento todo la majestad de sus recuerdos, ya que si fué reparado, ó si se quiere reconstruído por santa Helena, sería porque á sus ruinas iba unida alguna circunstancia memorable de la Pasión de Cristo. De ahí el nombre de *Puerta dolorosa* que llevaba aún en la Edad Media, porque por ella, como dice un autor anónimo de aquel tiempo, salió Nuestro Señor del Pretorio para marchar al Calvario. Tenemos, pues, que aun considerando como una tradición relativamente moderna la creencia de que el Mesías fuese mostrado al pueblo por Pilato desde lo alto de este arco y se pronunciasen en él las famosas palabras: *Ecce-Homo*, creencia que, sin embargo, yo no impugno, pues si bien no se halla apoyada en remotos é irrecusables testimonios tampoco existe ninguno que la convenza de errónea; aun considerando, repito, como moderna tal creencia, siempre quedará probado, por el resultado de las excavaciones practicadas, que allí mismo se extendía el Lithostrotos, y por lo mismo que por el hueco central del arco, ya fuese éste obra de Herodes, ya fuese restaurado por Adriano ó Constantino, pasó, diez y nueve siglos cumplirán en breve, el Hombre Dios con la frente chorreando sangre, desgarrado el cuerpo, amoratado el rostro. ¿Qué más se necesita para imprimir al arco del *Ecce-Homo* un carácter para siempre sagrado?»

El hueco meridional del arco ha desaparecido, y el del norte hállase actualmente encerrado dentro de la iglesia del *Ecce-Homo* del convento de las Damas de Sión, iglesia y convento fundados por el R. P. María Alfonso de Ratisbona, después de adquirir, mediante considerable suma, el terreno inmediato al arco. Doble fué el objeto que con ello se propuso: en el mismo punto en que padeció el Señor quiso levantar una especie de monumento expiatorio y un templo especial en que de día y de noche se invocase la misericordia de Dios sobre el pueblo deicida, y además de esto, contribuir, con la educación cristiana dada á las niñas judías que le fuesen confiadas, á llevar á los pies del Mesías alguna de las extraviadas ovejas de Israel. A fuerza de constancia, de viajes y cuestaciones, el infatigable israelita, que es hoy ilustre sacerdote católico, logró levantar el bello monasterio que es uno de los ornamentos de la Ciudad Santa; las obras de explanación comenzaron en el año de 1859; en las excavaciones verificadas al abrir los cimientos descubriéronse varias cisternas, dos pasos subterráneos, abovedados y paralelos construídos con toda perfección, un antiguo acueducto labrado en la roca con dirección al Haram-ech-Cherif, un manantial hasta entonces ignorado, las pulidas baldosas del Lithostrotos de que antes se ha hecho mérito, y finalmente el pequeño arco septentrional, inmediato al mayor del centro por debajo del que pasa la Vía Dolorosa. El primero, así como el machón del segundo, han sido enclavados en la iglesia, conservándolos en el estado en que fueron descubiertos. Las obras, interrumpidas algunas veces por falta de recursos, no concluyeron hasta el año de 1868.

No fué compasión lo que despertó la vista del dolorido Jesús en los empedernidos pechos de sus perseguidores; ¡crucifícale! ¡crucifícale! gritaron á Pilato pontífices y ministros, y á su ejemplo la alterada turba con creciente vocería; pero el procurador, sin darse aún por vencido, apeló á otro medio para librar de la muerte al inocente. Era costumbre que por la festividad de la Pascua se diese libertad á un delincuente, y estando entonces en la cárcel un famoso malhechor por nombre Barrabás, Pilato, dirigiéndose al pueblo, le preguntó: —«¿A quién queréis que os entregue libre, á Barrabás ó á Jesús? —A Barrabás, respondieron unánimes. —¿Y qué haré de Jesús? —¡Que muera! ¡Crucifícale!»—El tumulto crecía por instantes; á los oídos de Pilato llegaron estas palabras, siempre de gran poder en la gente palatina si es de ánimo apocado: —«Quien se hace rey contradice á César; no serás tú amigo de César si le sueltas.»—Y ya vencido, subyugada la voluntad, no la tuvo sino para pedir agua con que lavar sus manos delante del pueblo y decir: —«Inocente soy de la sangre del justo; cuenta vuestra sea.—Sí, sí, aulló la plebe como en horrible profecía; caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»—Era la hora del medio día, y Pilato según el Evangelista, sacando fuera á Jesús y sentándose en su tribunal en el lugar que se llama Lithostrotos, en hebreo Gabbatha (de la radical *gab*, superficie plana y lisa), soltó á Barrabás y pronunció contra el Justo la inicua y sacrilega sentencia.

Esto conmemora la *primera estación* de la *Vía dolorosa* ó *Vía crucis* que suelen recorrer los peregrinos siguiendo las huellas del divino Cordero cuando fué á inmolarse en holocausto por la salvación del mundo. Téngase en cuenta, sin embargo, que la ciudad ha experimentado de entonces acá tantos trastornos y han sido tantas las demoliciones y reconstrucciones sucesivas que en muchos puntos no está el suelo actual al nivel que en aquel tiempo tenía, y por ello que, si el lugar de las estaciones es el mismo que presenció los hechos de que hacen memoria, su área ha de estar en algunos á más ó menos profundidad debajo del suelo que hoy la cubre.

La vía dolorosa de Jerusalén que es para toda alma cristiana la más santa y venerable del universo, no ha podido ser siempre recorrida con aquellos testimonios de devoción propios de los sentimientos que inspira; varias veces el populacho turco ha apedreado á los peregrinos, y cuando en el año de 1855 los duques de Brabante quisieron hacer las estaciones de rodillas, hubo de dárseles numerosa guardia. Con posterioridad Maximiliano de Baviera las siguió rodeado de soldados egipcios, y concluída que fué la guerra de Crimea el capitán francés del *Mercurio*, de gran uniforme, á la cabeza de la marinería de su nave, imitó á aquellos príncipes sin que nadie se atreviese á ofenderle ni á insultarle. Por lo que vemos en la *Reseña de la peregrinación española en* 1881 los peregrinos gozaron igualmente de completa libertad, y su fervor en la *Vía crucis* fué por todos respetado.

Esta primera estación suele practicarse en la calle, junto á la iglesia de la Flagelación; á aquella peregrinación de españoles fuéle permitido celebrarla dentro del cuartel turco que ocupa parte del área en que se alzó la torre Antonia, y por lo mismo

el Pretorio. En el recinto del cuartel ha sido comprendida antigua capilla cristiana llamada de la *Coronación de espinas*, consagrado en el día á la memoria de un santón, pequeño edificio de cinco metros en cuadro, rematado por un cimborio octágono. Además vense allí vestigios de una iglesia de más importancia que estuvo dedicada á santa Sofía, esto es, á la Sabiduría eterna, al Verbo divino que en aquel lugar fué juzgado y condenado. De ella hablan ya los peregrinos del siglo VI, y en el XVII existían aún varias capillas laterales y señales de las primitivas pinturas.

Condenado Jesús á afrentosa muerte y entregado á los soldados que con nuevos ultrajes le vistieron sus ropas, bajó por última vez la gradería del Pretorio para emprender el camino del suplicio. En la pared del cuartel muéstrase el lugar que ocuparon aquellas gradas, que, recogidas por los primeros cristianos, forman la llamada *Scala Santa* que Santa Helena en el año de 326 hizo trasladar á Roma y se venera en la basílica de San Juan de Letrán. Consta de veintiocho peldaños, de tal manera gastados por los fieles que los suben de rodillas, que para conservarlos ha habido necesidad de cubrirlos con tablas de nogal que han debido ser varias veces renovadas. Unicamente ha quedado al descubierto la última, en la que se distinguen algunas como manchas de sangre. En el lugar en que según tradición estuvo, junto al cuartel, se celebra la *segunda estación*.

Allí fué Jesucristo cargado con el árbol de la cruz. «Y llevando su cruz á cuestas, dice san Juan, salió para aquel lugar que se llama Calvario y en hebreo Gólgotha.» Siguiendo hacia el oeste, á unos doscientos metros, encuéntrase al extremo de la calle una coluna rota junto á la pared indicando la *tercera estación* ó sea el lugar en que, agobiado y sin aliento, cayó bajo el grave peso del instrumento de su suplicio.

Cerca de allí venérase con la *cuarta estación* el sitio donde la Santísima Virgen, que había permanecido en las inmediaciones del Pretorio durante aquellas angustiosas horas y anhelaba ver á su hijo por última vez, se colocó á su paso y cayó desfallecida al mirarle. En los primeros siglos elevóse en aquel lugar una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de los Dolores y estaba confiada su custodia á una comunidad de religiosas. En la misma calle estuvo edificada la casa del rico avariento y también la de Lázaro, de los que habla el Evangelio. «Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, refiere san Lucas, y cada día tenía espléndidos convites; y había también allí un mendigo llamado Lázaro que, lleno de llagas, yacía á la puerta del rico con la esperanza de apagar su hambre con las migajas de su mesa; pero no se encontró quien se las diese, y únicamente los perros salían á lamer sus llagas. Ahora bien, aconteció que al morir el pobre lo llevaron los ángeles al seno de Abraham; murió también el rico, y fué sepultado en el infierno.»

La historia de Lázaro y del rico avariento es tenida en opinión común, más que como una parábola, como un hecho real y generalmente sabido. Los judíos mismos nos han conservado el nombre del que tan mal uso hacía de su opulencia y le llaman Nabal.

Las fuerzas de Jesús se agotan y al verle exánime y casi sin aliento temen los verdugos que no pueda llegar al lugar del suplicio; entonces «compelieron á uno que pasaba, por nombre Simón, natural de Cirene, que venía del campo, á que cargase con la cruz de Jesús.» En el lugar en que esto sucedió verifícase la *quinta estación*.

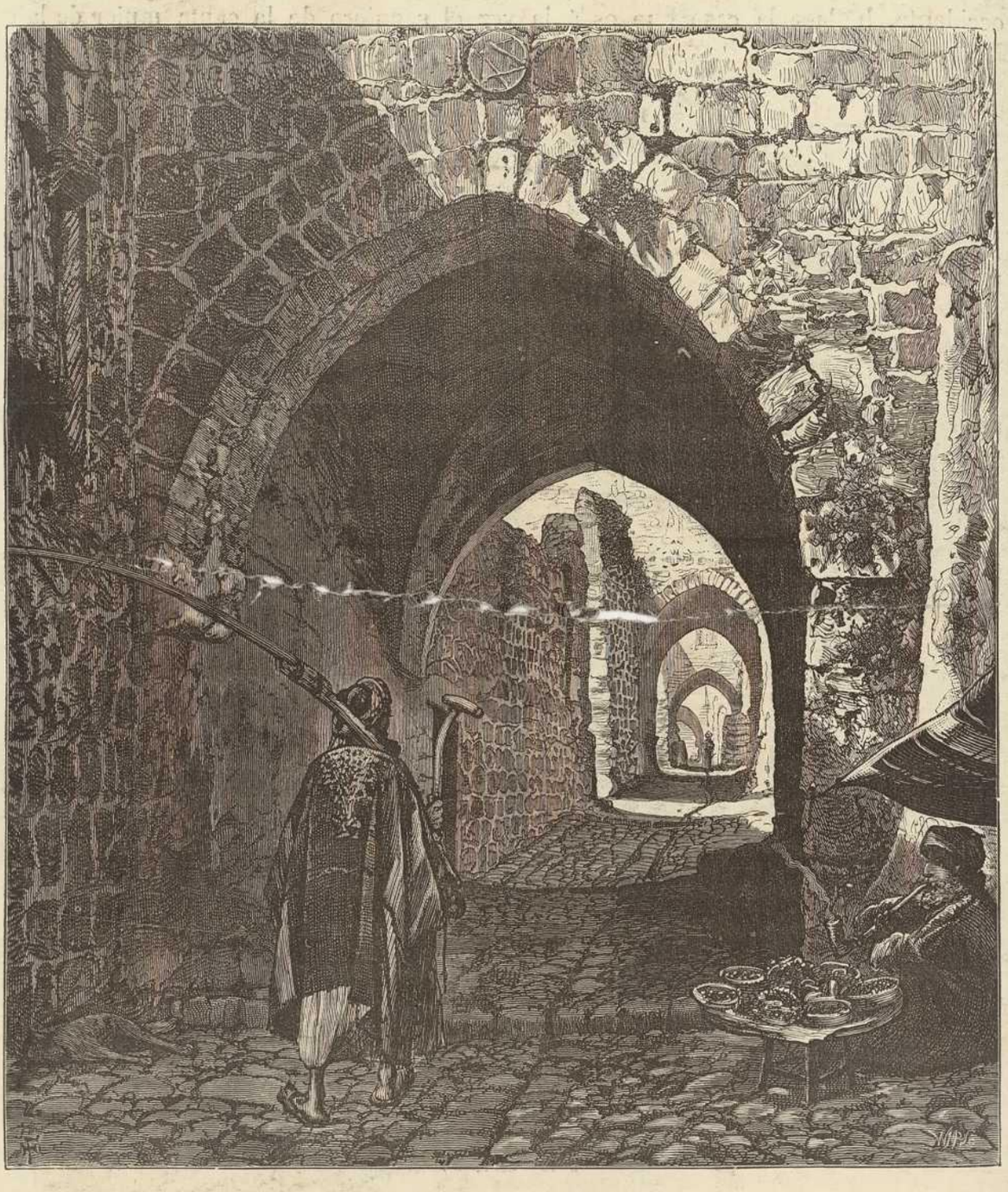
A unos ochenta y seis metros de distancia, siguiendo la misma calle en dirección á occidente, hállase la casa que es á la vez el sepulcro de la santa mujer de la cual

Casas del rico avariento y de Lázaro

refiere piadosa tradición que pasando por entre los soldados, se acercó al angustiado Jesús, aplicó á su adorable faz blanco lienzo para secar el sudor y la sangre que de ella goteaba, y mereció que sucediera un prodigio en recompensa de su valor y caridad: las facciones de la augusta Víctima quedaron grabadas en el velo consolador, el cual se venera hoy en Roma. El nombre de aquella animosa mujer era Seraphia, según unos, y según otros Berenice; su caridad para con el Salvador debía grangearle el de

Verónica, formado de *vera* é *icon*, palabra griega latinizada que equivale á imagen. Esta es le *sexta estación*.

La *séptima* se verifica en la puerta llamada Judiciaria, de la que se conservan aún vestigios; por ella salían los condenados á muerte. Al pasarla cayó Jesús por segunda vez, extenuado de fatiga y dolor.



Casa de santa Verónica en la Via Dolorosa

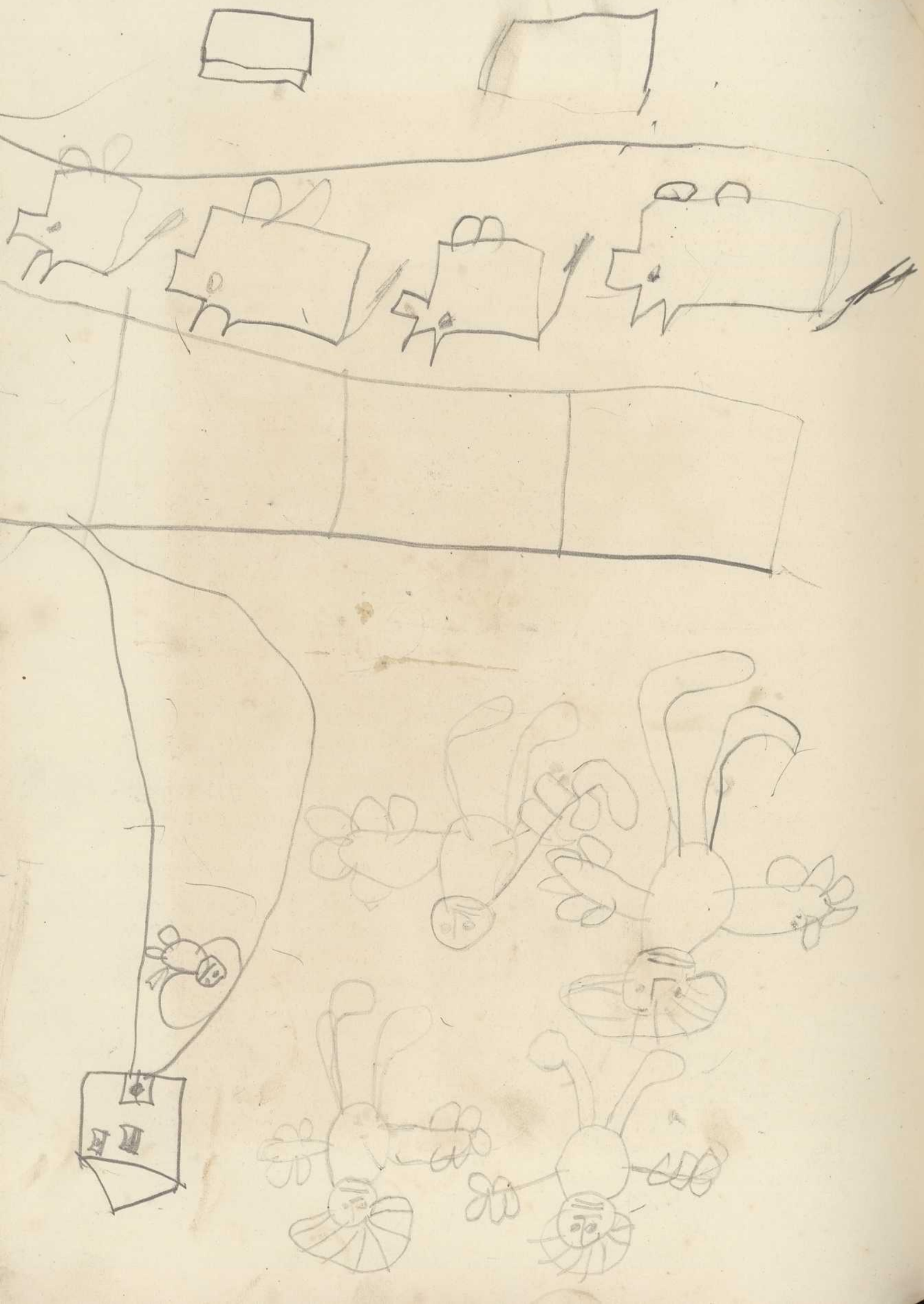
Una piedra en la pared del convento griego de San Caralambo indica el lugar de la *octava estación;* allí encontró Jesús á las hijas de Jerusalén que por él iban llorando. «Seguíale, dice el Evangelista, gran multitud de pueblo y mujeres, las cuales le plañían y lloraban. Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo:—Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque

J. D. WOODWARD, PINTÓ.

C. COUSEN, GRABÓ.

JERUSALÉN DESDE EL MONTE DE LOS OLIVOS.

ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—BARCELONA



vendrán días en que dirán: bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar.»—En la misma calle, empotrada en la pared á pocos metros de altura, se enseña un trozo de coluna, en la que, según tradición, se fijó el decreto del Procurador con la sentencia de Jesucristo.

Al llegar aquí, cerrado el paso por casas, hay que dar un rodeo para llegar al sitio donde el Salvador cayó por tercera vez y á la *estación novena*. Estamos al pié del Calvario, y la calle, antes senda, va teniendo mayor pendiente.

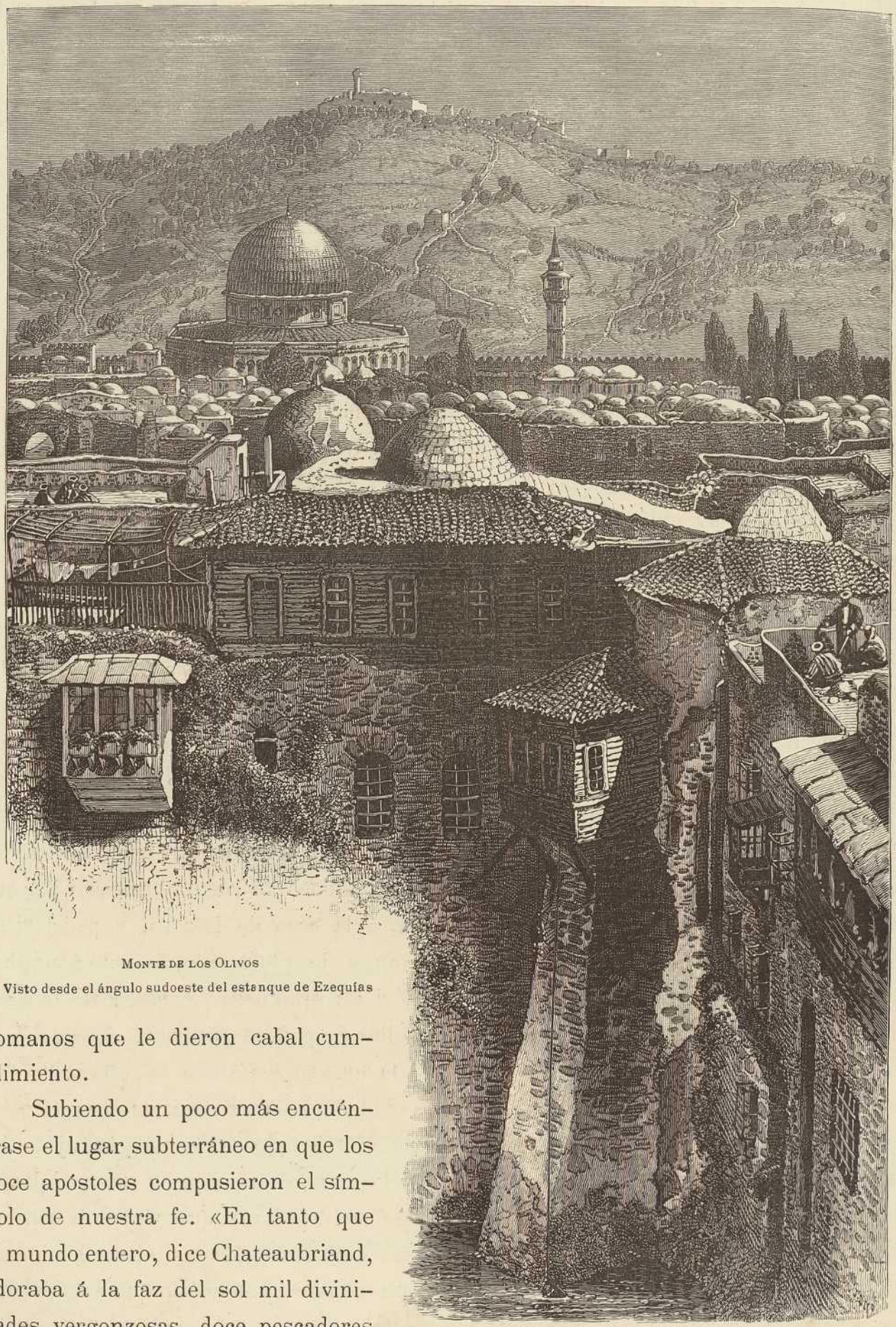
Las demás estaciones se practican en puntos incluídos en la basílica del Santo Sepulcro, visitados ya en el anterior capítulo: la *décima*, allí donde desnudaron á Jesús de sus vestidos; la *undécima* en el lugar de la crucifixión; la *duodécima* en el de la elevación de la cruz y muerte del Salvavdor; la *décimotercia* en memoria del descendimiento del divino cuerpo siendo recibido por los brazos de su dolorida Madre, y la *décimocuarta* y postrera en el Santo Sepulcro donde fué enterrado.

Una milla aproximadamente, ó sean unos mil y trescientos pasos separan lo que fué residencia de Pilato de la cumbre del Calvario; si al leer en los Evangelios el relato de la Pasión no hay quien no se sienta penetrado de admiración profunda y de santa tristeza, júzguese, como dice Chateaubriand, lo que ha de experimentar el alma que sigue paso á paso aquellas desgarradoras escenas por la falda del monte Sión, á la vista del Templo y dentro del recinto mismo de Jerusalén.

Concluída la *Vía dolorosa* volvamos al monte de los Olivos, *Mons Oliveti*, en árabe *Djebel-et-Tur*, en cuya base occidental, en el huerto de Gethsemaní y en la cueva de la Agonía, hemos visto comenzar para nuestro Redentor las mortales angustias que acabaron en el cerro del Calvario. Situado al opuesto lado del valle de Josafat estuvo un tiempo cubierto de frondosos olivares, y aun hoy, aunque éstos han desaparecido en gran parte, se ofrece más verde y con vegetaeión más lozana que cuantos campos lo circundan. El Mesías, seguido de sus discípulos, tenía por costumbre pasar por sus veredas al retirarse por las noches á Bethania, á la casa de Lázaro, y ¡misteriosa coincidencia! el monte cuya base presenció su angustioso tormento, fué en su cumbre testigo de su gran victoria, de su ascensión al cielo: grandiosa y consoladora imagen de la vida humana en la que todo triunfo va precedido de penoso combate.

Emprendida la subida y como á mitad de la cuesta, muéstrase la peña junto á la que lloró Jesús el Domingo de Ramos sobre la ciudad que con entusiasmo le aclamaba y que en breve había de pedir su muerte á voces. «Cuando se acercó á la bajada del monte de los Olivos, refiere el evangelista san Lucas, los numerosos grupos que le seguían comenzaron á alabar á Dios diciendo:—Bendito el rey que viene en nombre del Señor, paz en el cielo y gloria en las alturas... Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, exclamando:—¡Ah! ¡si siquiera reconocieses hoy lo que puede darte la paz! pero tus ojos no lo ven, y vendrán contra tí días en que tus enemigos te cercarán de trincheras y estrecharán por todas partes. Te derribarán en tierra, á tí y á tus hijos, y no dejarán de tí piedra sobre piedra porque no conociste el tiempo de tu

visitación.» Aquella peña de la Predicción vió junto á sí las tiendas de los guerreros



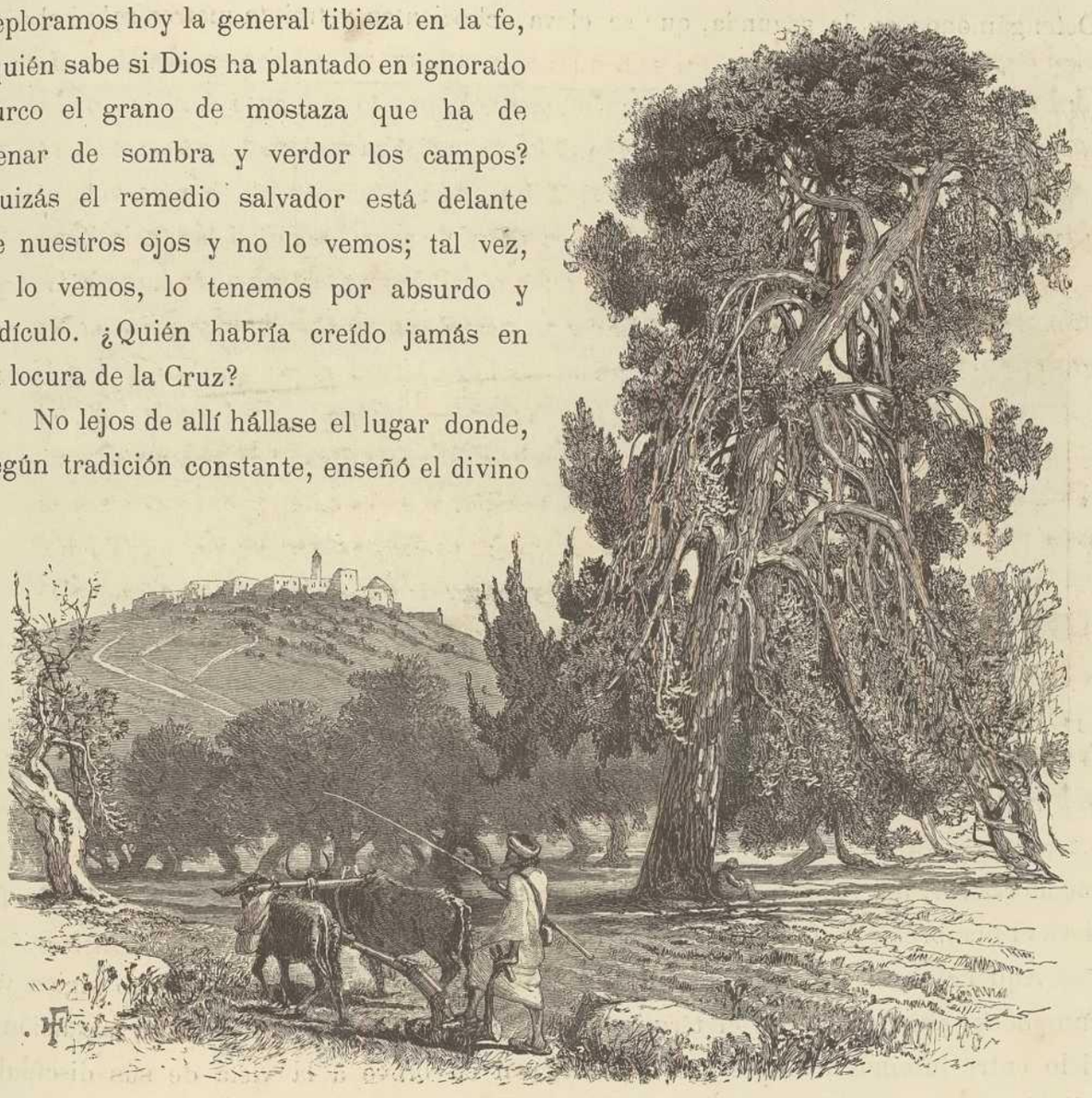
MONTE DE LOS OLIVOS
Visto desde el ángulo sudoeste del estanque de Ezequías

romanos que le dieron cabal cumplimiento.

Subiendo un poco más encuéntrase el lugar subterráneo en que los doce apóstoles compusieron el símbolo de nuestra fe. «En tanto que el mundo entero, dice Chateaubriand, adoraba á la faz del sol mil divinidades vergonzosas, doce pescadores ocultos en las entrañas de la tierra, formulaban la profesión de fe del humano linaje y confesaban la unidad del Dios criador de aquellos astros á cuya luz nadie se atrevía

á proclamar su existencia. Si un romano de la corte de Augusto, al pasar por junto á aquella cueva, hubiese divisado á los doce judíos autores de la sublime obra ¡cuánto no habría sido su desdén por aquellas supersticiones! ¡Con qué menosprecio habría hablado de aquellos primeros fieles! Y sin embargo aquellos hombres habían de destruir los templos del escéptico romano, destruir la religión de sus mayores, mudar las leyes, la política, la moral, la razón y hasta los pensamientos de los hombres. Por lo mismo, no desesperemos jamás de la salvación de los pueblos; y si los cristianos deploramos hoy la general tibieza en la fe, ¿quién sabe si Dios ha plantado en ignorado surco el grano de mostaza que ha de llenar de sombra y verdor los campos? Quizás el remedio salvador está delante de nuestros ojos y no lo vemos; tal vez, si lo vemos, lo tenemos por absurdo y ridículo. ¿Quién habría creído jamás en la locura de la Cruz?

No lejos de allí hállase el lugar donde, según tradición constante, enseñó el divino



KEFR-ET-TUR, ALDEA EN LA CUMBRE DEL MONTE DE LOS OLIVOS

Maestro á sus discípulos la oración dominical. «Aconteció que Jesús estaba orando, y cuando acabó le dijo uno de sus discípulos: — Señor, enséñanos á orar. — Y le contestó; — Cuando orareis decid: — *Padre, santificado sea el tu nombre,* etc.» De esta manera, casi en un mismo sitio, nacieron la profesión de fe y la oración de la humanidad entera, pan para el entendimiento y bálsamo para el corazón.

En los dos últimos puntos habían sido levantados santuarios que, abandonados y caídos en ruinas, han sido en el año de 1868 restaurados é incluídos en un mismo recinto

por la princesa de la Tour d'Auvergne, quien los ha confiado á religiosas del Carmen. Es de notar un hermoso claustro de estilo ojival, en cuyas paredes y en grandes cuadros de mosaico léese la Oración dominical en treinta y dos idiomas distintos. Cerca de allí, en mortuoria estancia, vese hermoso sarcófago de mármol blanco destinado para la piadosa fundadora, cuya estatua yacente la representa ya sin vida.

Llégase al fin á la cumbre central del monte, pues son tres las que tiene: la llamada de *Viri Galilæi* al norte, la de la Ascensión en el centro y la del *Escándalo* al sur. Detengámonos en la segunda, que se eleva ochocientos y treinta metros sobre el nivel

Mezquita é iglesia de la Ascensión en el monte de los Olivos

mediterráneo; por todos lados escarpada y áspera, existe en ella una aldea árabe que lleva el nombre de Kefr-et-Tur (lugar del monte de los Olivos).

Aquella cumbre fué elegida por Nuestro Señor Jesucristo, diez y ocho siglos van cumplidos, para que viera el término de su misión terrena y su gloriosa ascensión al cielo entre luminosas nubes que le ocultaron en breve á la vista de sus discípulos afligidos y embelesados. Llegada era la hora del triunfo: la Iglesia quedaba constituída, la religión cristiana iba á comenzar la carrera de sus portentosos destinos. El Salvador había dado sus supremas instrucciones que el Espíritu Santo había de confirmar en breve, y extendidos los brazos como para derramar sobre los hombres más abundantes bendiciones, con el semblante vuelto á oriente, elevóse por los aires y fué á sentarse á la derecha del Padre. Al abandonar la tierra dejó profundamente grabada en el suelo la huella de sus piés, según tradición de que se hicieron eco los escritores eclesiásticos de los primitivos siglos, y en el día se enseña aún la del pié izquierdo; la otra ha

desaparecido, bien por haber sido desgastada por el roce, bien, á lo que algunos dicen, por haber sido llevada á la mezquita de Omar la piedra que la contenía. Los peregrinos que suben á adorar á Jesús *in loco ubi steterunt pedes ejus,* según expresión del Salmista, besan con fervor las postreras huellas que dejó en la tierra hasta el día en que volverá al mismo sitio para juzgar al humano linaje.

Explicada queda la suerte que cupo á la basílica elevada desde los primeros siglos en aquel lugar augusto: destruído el reino latino de Jerusalén, la iglesia y el convento que allí dejaron los Cruzados, fueron, como tantos otros monumentos cristianos, demolidos; pero quedó en pié, en el centro del edificio, el edículo octágono que encerraba las huellas impresas por los piés de Jesucristo, transformado en mezquita ú oratorio musulmán en honor del profeta Issa (Jesús). El día de la festividad de la Ascensión del Señor tienen facultad los Padres franciscanos para celebrar en él los divinos oficios.

Grandes elogios hacen los autores del incomparable panorama que se ofrece á los que suben al alminar de la mezquita: al oeste abraza la vista todo el recinto de la ciudad de Jerusalén, la que se presenta como plano en relieve vivo y animado, dando exacta y rápida idea de su configuración general, de las calles principales que surcan el complicado laberinto de sus callejuelas y de la respectiva posición de sus edificios sagrados y profanos. Al este, más allá de la profunda vega en que serpentea el Jordán, distínguense las montañas de Ammón y de Moab y parte del mar Muerto, limitado por inmensos y peñascosos muros; el convento de San Elías y el cónico cerro de Herodia atraen particularmente la atención al sur, y por el norte, en fin, los montes de la tribu de Efraim se alzan y extienden en variadas y caprichosas líneas.

Carem es-Sayyâd (viña del Cazador) llaman los árabes á la cumbre que por judíos y cristianos es conocida con el nombre de *Viri Galilœi;* créese que en tiempo de los Macabeos existió allí una fortaleza cuyas ruinas subsistieron largos siglos, y que en aquel lugar tenían los galileos una especie de albergue nacional durante la celebración de las festividades judaicas. Supone, empero, otra tradición que recibió su nombre del hecho de haberse aparecido allí á los discípulos, que extáticos contemplaban el cielo después de la Ascensión de Nuestro Señor, dos hombres con blancas vestiduras diciéndoles:—«Varones galileos *(viri galilœi)* ¿qué estáis mirando? A Jesús, que á vuestra vista ha ascendido al cielo, veréisle otra vez cuando vendrá á juzgar al mundo.»

Monte del Escándalo *(mons offensionis* ó *scandali)* y también *Baten el-Hauâ* llámase la cumbre meridional del monte de los Olivos, y lleva tal nombre por haber sido testigo del agravio que Salomón infirió al Señor cuando en los últimos años de su vida, fascinado por mujeres extranjeras, consintió en elevar santuarios á sus falsas divinidades. «Salomón, dice el libro III de los Reyes, amó con pasión á muchas mujeres extranjeras, á la hija de Faraón, á las de Moab y Ammón, de Sidón y Heteos... Se pervirtió su corazón hasta seguir los dioses ajenos... y edificó un templo á Chamos, ídolo de Moab, en el monte que se alza junto á Jerusalén, y á Moloch, ídolo de los hijos de Ammón,

haciendo lo mismo con todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y sacrificaban á sus dioses.»

M. de Saulcy ha sido el primero en señalar á la atención de los arqueólogos un pequeño monumento que permanece aún en pié en la ladera del monte del Escándalo, considerándolo como un santurio egipcio erigido por el sabio y pervertido rey en honra de los dioses de su esposa la hija de Faraón. Hállase situado en medio de la aldea de Siloan, cuyas casas descansan en peñascosa meseta ó se apoyan en un muro de roca que ofrece en varios puntos vestigios así de excavaciones funerarias, como de otros edificios por completo arrasados. Aquel monumento es el único que ha permanecido casi intacto, y consiste en un monolito que se separa de la mole por tres de sus lados de seis metros á lo largo por cinco á lo ancho; tiene la entrada á occidente; es su forma la de un cubo rematado por una cornisa egipcia, y contiene una estancia cuadrada con nichos ú hornacinas abovedadas en sus paredes, precedida de un reducido vestíbulo.

El celo del rey Josías hizo desaparecer los idolátricos santuarios. «Destrozó las estatuas, taló los bosques, refiere el libro IV de los Reyes, y llenó aquellos lugares de huesos de muertos.»

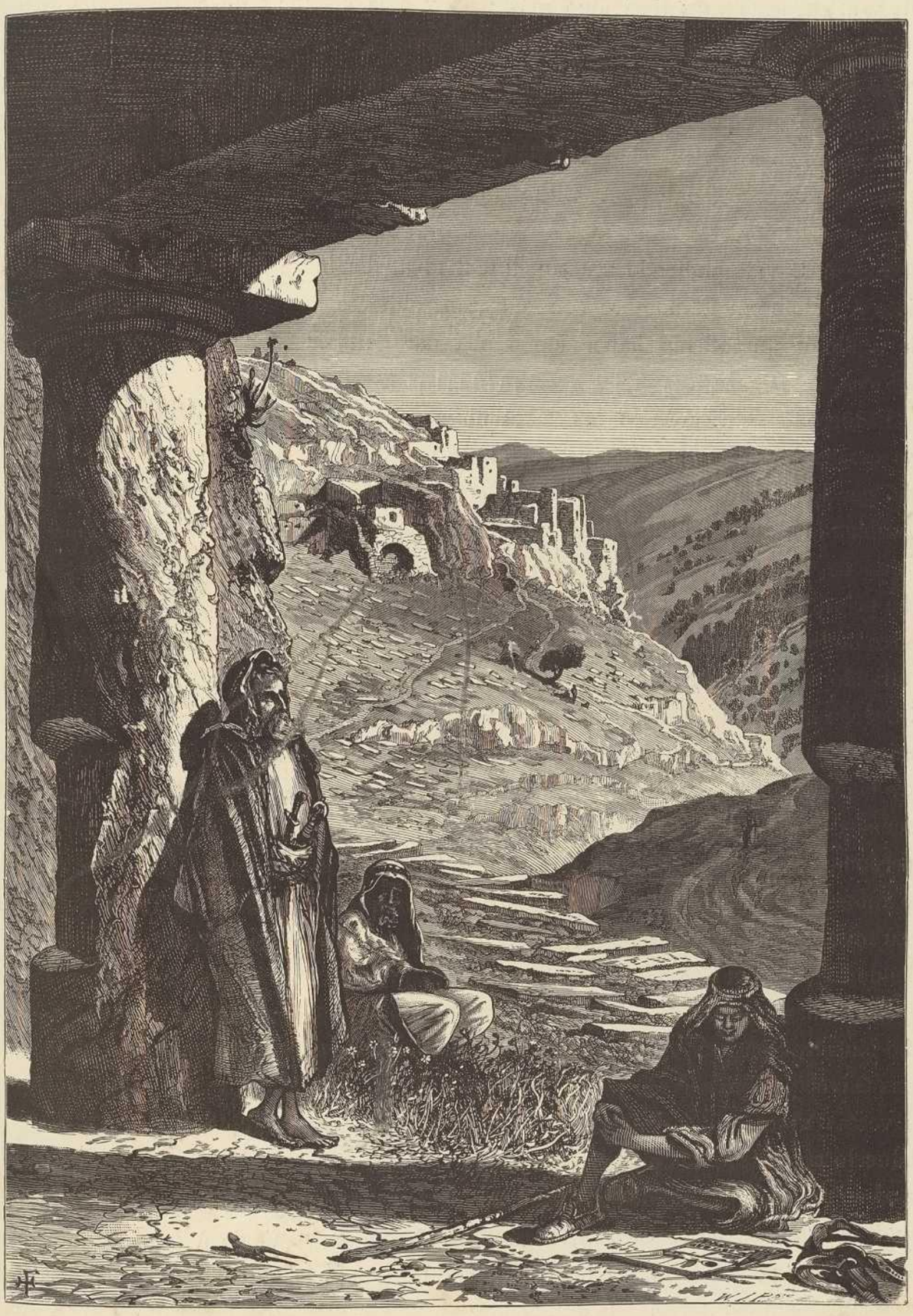
Otros lugares en el monte de los Olivos visita la devoción de los peregrinos: la roca blanca llamada del *Cinturón de la Santísima Virgen,* porque allí fué donde, según tradición que refiere san Epifanio, el apóstol santo Tomás, que no asistiera como los demás al fallecimiento de la Madre de Dios, vióla remontarse al cielo y recibió el cinturón que ella dejó caer y se venera en Prato de Toscana. A poca distancia vese el sitio donde por un ángel fué anunciada á la Virgen su próxima muerte; en tiempos antiguos se elevó allí un oratorio en memoria de esta tradición.

No muy lejos de la cumbre central existe una cueva llamada de santa Pelagia, por haber hecho en ella rigurosa penitencia de sus culpas una actriz de Antioquía que llevaba aquel nombre, famosa en el siglo v. De la iglesia que le estuvo dedicada subsisten todavía las ruinas.

La aldea de Siloé (en árabe Siloan), de la que hemos dicho estar situada en la ladera del monte del Escándalo, cuenta á lo más ochenta casas formando una sola calle que se dirige de norte á sur; sus moradores son todos musulmanes y no gozan entre los viajeros de gran reputación de hospitalarios. En las cuevas funerarias existentes en las inmediaciones habitaron antes piadosos anacoretas; en el día sirven varias de ellas de establo. Poco antes de llegar á la aldea muéstrase, á la izquierda del camino, el sitio en que estuvo el árbol en que se ahorcó el traidor Judas.

En cuatro minutos se llega á la entrada de la Fuente de la Virgen María, en árabe *Ain Sitti-Maryan,* y también *Ain Umm ed-Daradj* (fuente de la escalera), situada al pié de la colina de Ophel, en la ladera occidental del valle de Josafat. En la Biblia es designada con el nombre de fuente del Dragón. A ella se baja por una escalera de treinta y dos gradas, divididas en dos tramos, separados por un descanso; sus aguas son intermitentes y ligeramente salobres y hasta ahora no se ha venido aún en conocimiento

del punto en que tienen origen. ¿Brotan del suelo allí mismo ó proceden de más lejos



ALDEA DE SILOAN, VISTA DESDE EL SEPULCRO DE SANTIAGO

y de mayor altura? Se ignora, y sólo se sabe que esta fuente, que en los tiempos primitivos vertería sus aguas en el torrente del Cedrón, comunica por medio de

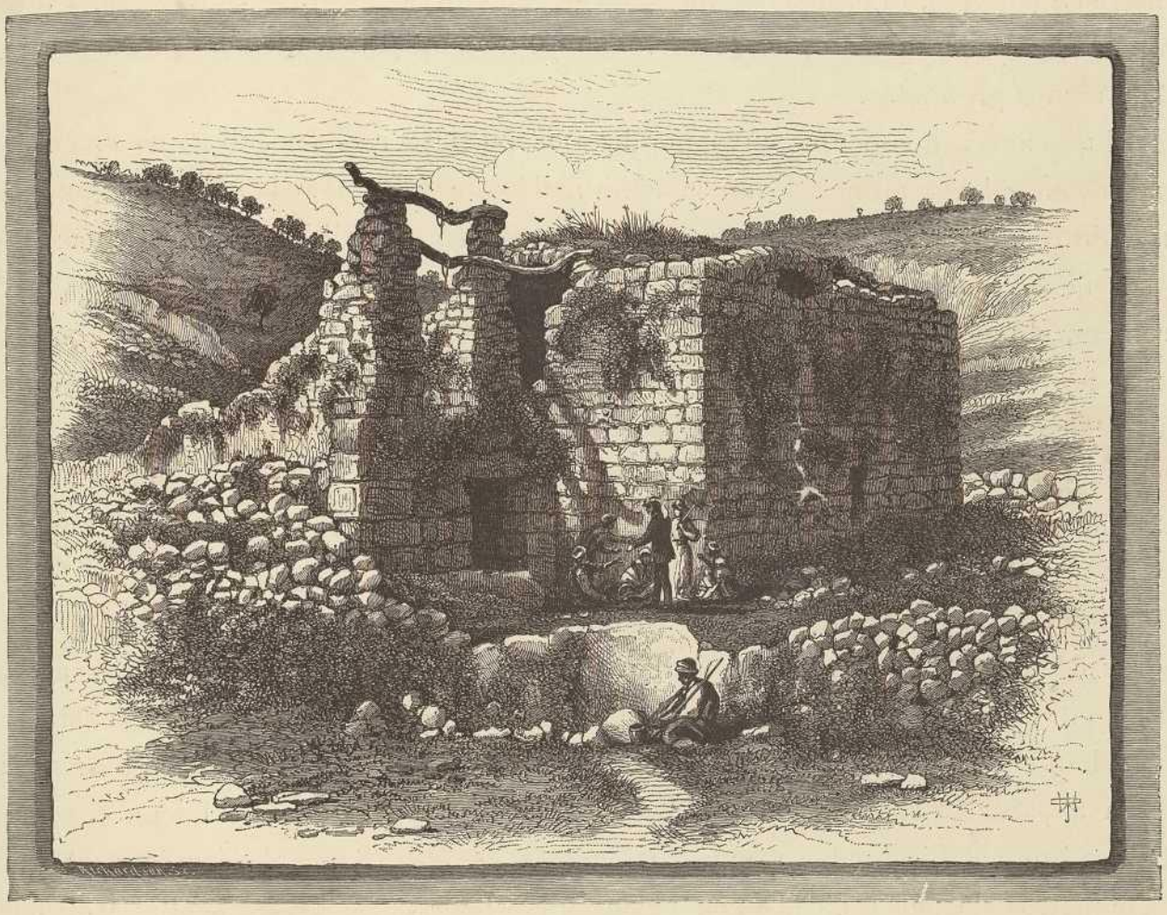
subterráneo acueducto, abierto todo él en la roca, con el estanque ó piscina de Siloé, situada al sudoeste á un nivel algo más bajo y á la distancia de cuatrocientos metros, si bien cuenta unos ciento más el referido canal á causa de sus numerosas curvas. Recibe luz por dos atabes, y con él, á diez y ocho metros de la fuente, se ramifica otro canalizo que desagua en un pozo ó depósito igualmente practicado en la peña, al que en caso de sitio podían acudir los moradores de Ophel por abovedado camino sin ser vistos por el enemigo. Uno y otro canal, el segundo de los cuales fué puesto al descubierto por el capitán inglés Warren en 1867, son, á lo que parece, de época posterior á David, pudiendo ser sin dificultad atribuídos á los reyes sus sucesores y quizás á Salomón. El nombre con que generalmente es esta fuente conocida débelo á la tradición que afirma haber ido á ella por agua la Madre de Dios en repetidas ocasiones.

El torrente del Cedrón varias veces nombrado, sólo en la época de copiosas lluvias lleva escasa corriente de agua por el fondo del valle de su nombre ó de Josafat; su lecho por lo común seco se ha elevado considerablemente á proporción de lo que ha ido subiendo el nivel del valle: por excavaciones recientes se ha venido en conocimiento de que en varios puntos habría que practicar grandes desmontes para llegar á su lecho primitivo. Es este torrente citado por primera vez en el Antiguo Testamento con motivo de la rebelión de Absalón contra su padre David; el sagrado texto nos presenta al afligido anciano huyendo de su capital y subiendo, deshecho en llanto, al otro lado del Cedrón la cuesta del monte de los Olivos para buscar refugio en el desierto. Absalón persigue á su padre hasta la tierra de Galaad; en la selva de Efraim empéñase el combate entre las tropas de David y los parciales de su hijo, y éste, á pesar de las terminantes órdenes del rey que, irritado como soberano, estaba como padre dispuesto siempre á perdonar, fué muerto por Joab y enterrado en el bosque en un hoyo cubierto con alto montón de piedras, no alcanzando ni siquiera el consuelo de reposar, después de su muerte, en el monumento fúnebre que para sí mandara construir en vida en el valle de Josafat, del que habremos de hablar á su tiempo.

Pero más que por esto es el Cedrón famoso por haber pasado y repasado por su lecho Nuestro Señor Jesucristo cuando de Jerusalén se dirigía á Bethania ó al monte de los Olivos y regresaba de allí á la capital. La víspera de su pasión Jesús lo atravesó dos veces: al marchar con sus discípulos al huerto de Gethsemaní y luego al ser conducido maniatado á la ciudad; finalmente el día de su Ascensión lo pasó por última vez al subir, acompañado de sus discípulos, la montaña de los Olivos, por su presencia santificada tantas veces. *Cedrón,* según san Jerónimo, equivale á *triste,* y en verdad que á pocos lugares cuadrará mejor tal nombre; todo en aquellos hondos barrancos ofrece la imagen del horror y la desolación.

En el año 1015 antes de J. C., refiérese en el libro III de los Reyes, Adonías, el hijo mayor que era de David, acaecida la muerte de Absalón, quiso á su vez hacerse proclamar rey aun en vida de su padre, y á este efecto invitó á un gran festín junto

á la peña de Zoeleth, á poca distancia de la fuente de Rogel, á sus demás hermanos, excepto á Salomón; favorecían sus proyectos el sumo sacerdote Abiathar y también Joab, al paso que el sacerdote Sadoc, el profeta Nathan y Banaias, hijo de Joiada, eran partidarios de Salomón. Por consejo del profeta dirígese Bethsabé, madre de este príncipe, á participar á David el suceso y á alcanzar de él la renovación de anterior promesa según la cual había de pertenecer el trono á Salomón su hijo; sin dilación dispone el rey que aquellos tres personajes acompañen al príncipe al valle de Gihon, á poca distancia de la fuente llamada Gihon, añade el historiador Josefo, y allí es



Bir-Ayub, pozo de Job

consagrado rey y ungido con el óleo santo, regresando al palacio de David entre las aclamaciones del pueblo. Sabedor de la inesperada coronación, siéntese Adonías poseído de terror; abandonado por sus parciales corre á refugiarse en el altar del monte Sión y á poner el tabernáculo del Señor entre él y la venganza fraternal. Salomón le otorgó generoso perdón. Según M. Guerin la fuente cerca de la cual fué coronado Salomón es la actual de la Virgen, dándose igual nombre de Gihon al terreno del Cedrón á ella inmediato.

En la confluencia del valle del Cedrón con el de Ben-Hinnom existe un profundo pozo, llamado Bir-Ayub (pozo de Job ó de Joab); según la opinión más generalizada y admitida es la antigua fuente ó manantial de Rogel, mencionada en la Biblia como límite entre las tribus de Judá y Benjamín, y lugar donde Adonías, conforme acabamos

de decir, reunió á sus parciales. Encontrábase, dice M. Guerin, en el jardín del Rey, el cual ocuparía probablemente toda aquella porción del valle que lo separa de la fuente de Siloé y estaba inmediato á la peña de Zoeleth, la cual será sin duda alguno de los peñascos que lo circundan.

Autores hay, sin embargo, que identifican la fuente de Rogel con la de la Virgen, y que buscan por lo mismo la peña de Zoeleth en las laderas inferiores en que está edificada la aldea de Siloan; pero ésta, repetimos, no es la opinión común ni la más antigua, debiendo advertir en su abono que los hebreos aplicaban indistintamente el nombre *en* (fuente), lo propio que los árabes el de *ain*, de idéntico significado, á fuentes y á pozos, considerando á éstos como fuentes ó manantiales contenidos en excavaciones más ó menos profundas.

El que ahora nos ocupa, cuyo nombre así puede ser el de Job como el de Joab, famoso general comprometido en la conjuración de Adonías, es designado igualmente con el de Nehemías á causa de que, según antiquísima tradición, los israelitas, antes de ser llevados en cautiverio á Babilonia, encondieron allí, por mandato del profeta Jeremías, el fuego sagrado del templo. Transcurridos setenta años y de regreso á la patria, los nietos de los sacerdotes que en aquel lugar lo pusieron, sólo encontraron agua cenagosa; por disposición del sacerdote Nehemías rociáronse con ella las víctimas y la leña que había de consumirlas, y en aquel momento el sol, oculto hasta entonces entre nubes, lo inundó todo con sus rayos, á cuya fuerza brotó en la pira, con general asombro, deslumbrante llama.

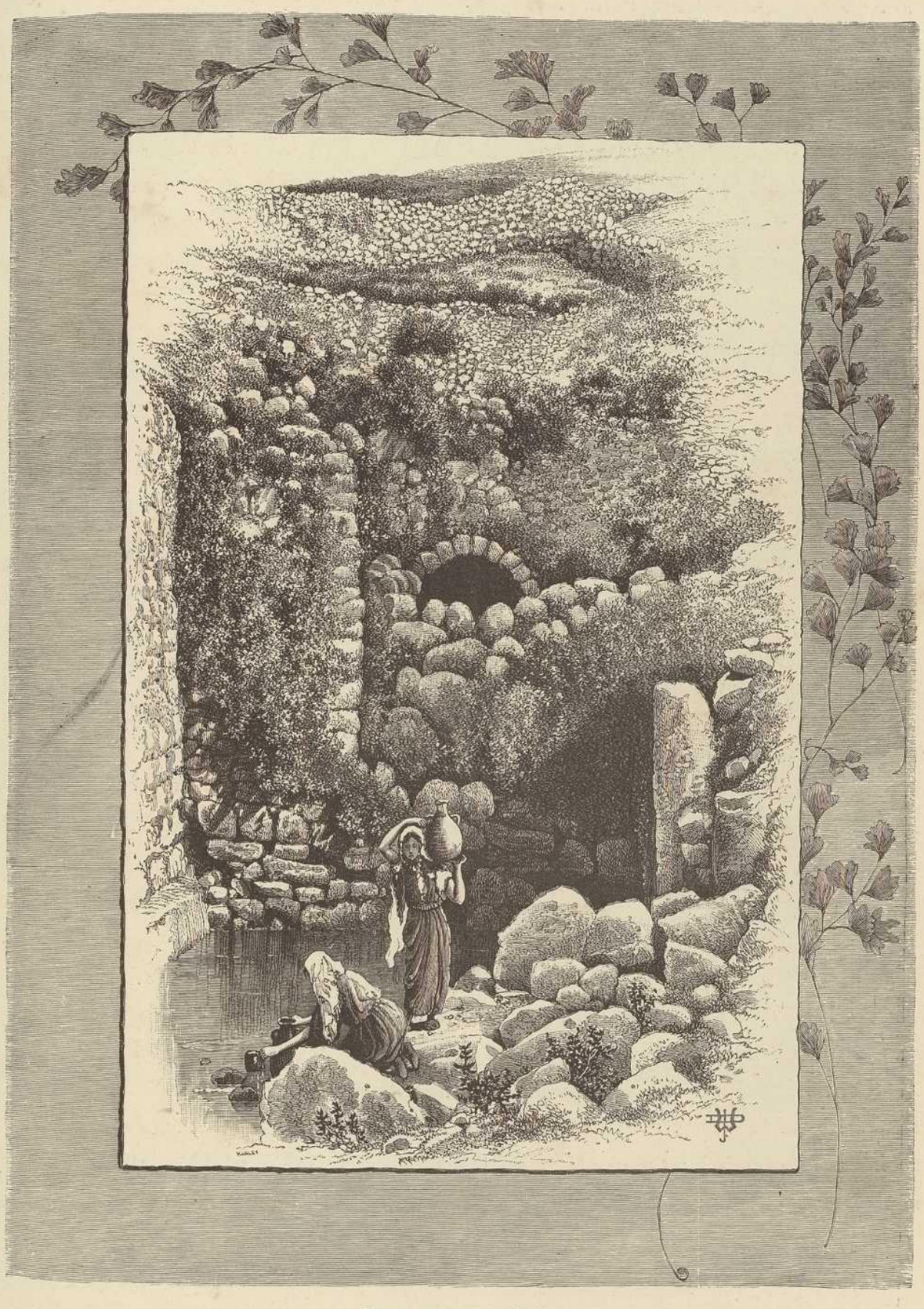
La actual profundidad del pozo es de unos cuarenta metros, y está formado con piedras de gran tamaño que datan al parecer de remotísima antigüedad. El agua se recoge en el fondo en vasto depósito labrado en la peña, y en enero, cuando las lluvias han sido copiosas, suele subir hasta la boca y desbordarse formando un riachuelo que va á parar al Cedrón; en ello ven los labradores presagio de buena cosecha, y reunidos junto al Bir-Ayub se entregan á vivas demostraciones de contento. A treinta y siete metros de profundidad encuéntrase un primer depósito, desde el que otro pozo comunica con el segundo depósito, que es el que actualmente sirve, y esto parece indicar que hubo tiempo en que, empezando á escaear el agua, se dió al pozo la profundidad que ahora tiene.

Las paredes que se alzan junto á él son ruinas de antigua mezquita.

La fuente de la Virgen lleva sus aguas, como queda dicho, al estanque ó piscina de Siloé, famosa por el relato de san Juan. «Vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento... y ungiéndole con su saliva los ojos, le dijo: Vé, lávate en la piscina de Siloé.—Se fué, pues, se lavó y volvió con vista. Los vecinos y cuantos le habían visto antes mendigar, decían: ¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna? Los unos decían: Este es, y los otros: No es ese, sino que se le parece. Mas él decía: Yo soy.»

Esta piscina, situada á poca distancia de la unión meridional del valle de Tyropœon con el de Josafat, existe aún, pero en ruinoso estado, y forma un rectángulo de diez

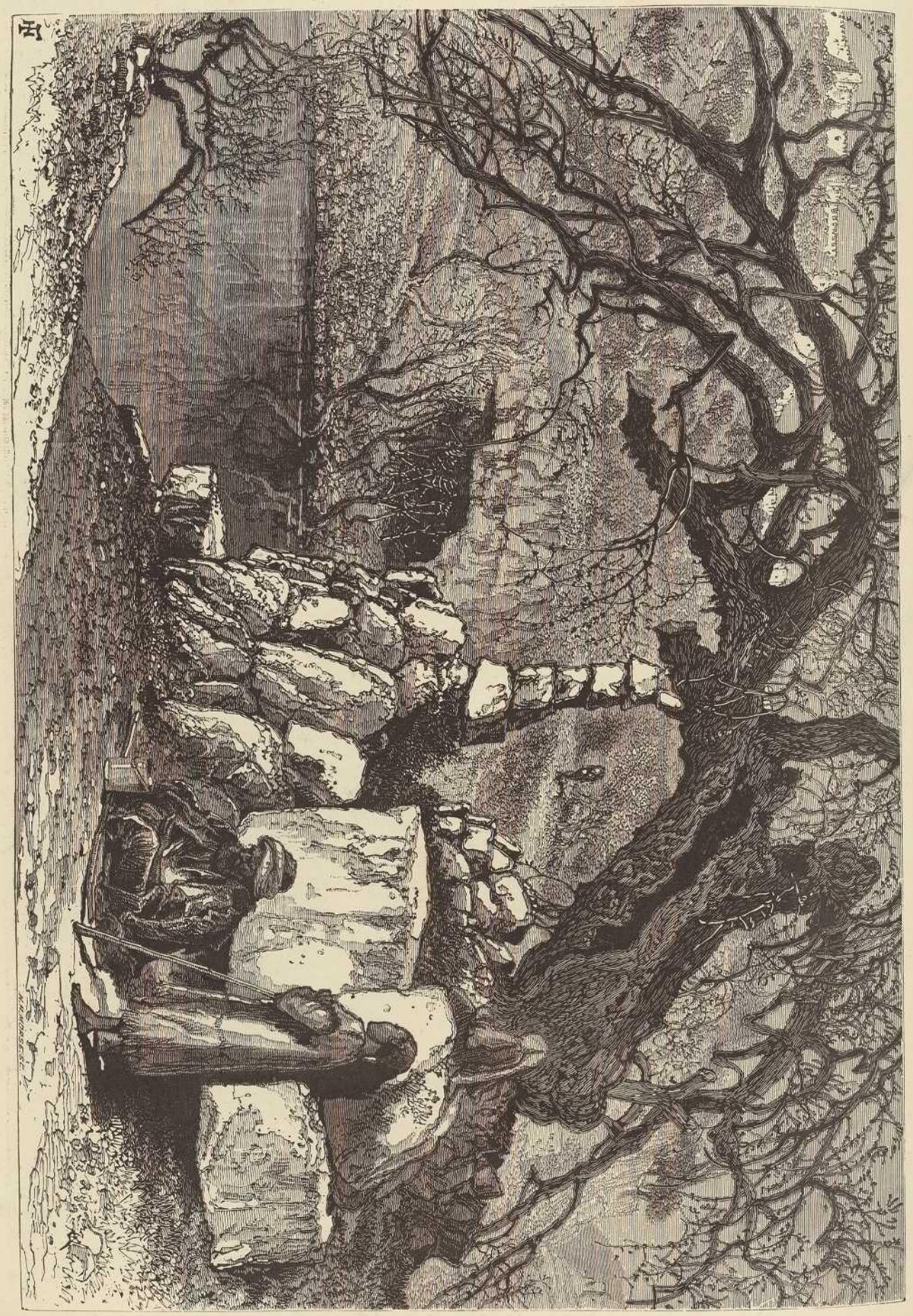
y ocho metros á lo largo por cinco y medio á lo ancho, debiendo su nombre al subterráneo acueducto que la pone en comunicación con la fuente de la Virgen, pues Siloé



Piscina superior de Siloé

equivale á *emisario* ó *conducto*. En su lado oriental consérvanse seis columnas de granito empotradas en una obra de mampostería relativamente moderna, la fachada de occidente

data de mayor antigüedad. En la época cristiana, en memoria de aquella curación



PISCINA INFERIOR DE SILOÉ

milagrosa, fué encerrado el estanque dentro de un pórtico con su correspondiente oratorio dedicado al Salvador Iluminador, y estaba dividido en dos compartimientos

separados por una balaustrada y reservados, á los hombres el uno y el otro á las mujeres, que por devoción se bañaban en sus aguas.

Los peregrinos de los primeros siglos hacen mención de otra gran piscina, atribuída á Salomón, en la que se bañaba el pueblo, inmediata á la anterior. Labrada en parte en la peña y en parte construída con sillares está en el día completamente segada y convertida en un huerto.

A algunos metros de distancia y en dirección á levante un tercer estanque de menor cabida y también en ruinoso estado recibe las aguas de la primera piscina de Siloé y las vierte en los fértiles huertos de Siloan, que han sucedido en aquel lugar á los antiguos jardines del Rey. Sus aguas, como las de la fuente de que derivan, son intermitentes, y su intermitencia, que ha sido atestiguada por todos los autores antiguos y modernos, no ha recibido aún explicación satisfactoria.

Junto á este estanque se ve un pequeño otero que sirve á los musulmanes como lugar de oración; un árbol añoso, cuyo tronco está sostenido con piedras, indica el sitio en que, según tradición, padeció muerte el elocuente profeta Isaías. A reyes y pueblos había reconvenido por sus iniquidades, y el martirio fué el premio de su entereza: en presencia del rey Manassés aserraron su cuerpo por la mitad, y allí mismo recibió sepultura.

En las inmediaciones de la piscina de Siloé, sin duda para defenderla en tiempo de guerra, alzábase una torre que fué mencionada por san Lucas en el siguiente pasaje:

«Si no hiciereis penitencia, dijo Jesús, pereceréis todos de la misma manera; ¿pensáis acaso que aquellos diez y ocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató fuesen más deudores que cuantos moraban en Jerusalén?»

Otra piscina, no menos famosa que la anterior, recuerda otro milagro de Nuestro Señor Jesucristo: la curación del paralítico. Situado en el ángulo nordeste del Haram-ech-Cherif, y larga de ciento y quince metros por cuarenta de ancho hállase en el día cegado en sus tres cuartas partes por ser depósito de toda clase de escombros, tierras é inmundicias; esto es causa de que no sea posible medir su profundidad, que sin duda excedería de veinticinco metros. En el lado occidental existen dos galerías abovedadas y paralelas, que, obstruídas como están, sólo es posible andar por ellas unos cincuenta pasos, y esto con el cuerpo inclinado.

Judíos y musulmanes designan el estanque con el nombre de Birket-Israel; los cristianos llámanlo por lo general piscina Probática y aplican á él, por tradición inmemorial, el siguiente pasaje de san Juan:

«Existe en Jerusalén la piscina Probática que, en hebreo se llama Bethsaida; en sus cinco pórticos yacía gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua, porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina moviéndose el agua, y el primero que entonces entraba en ella quedaba sano.

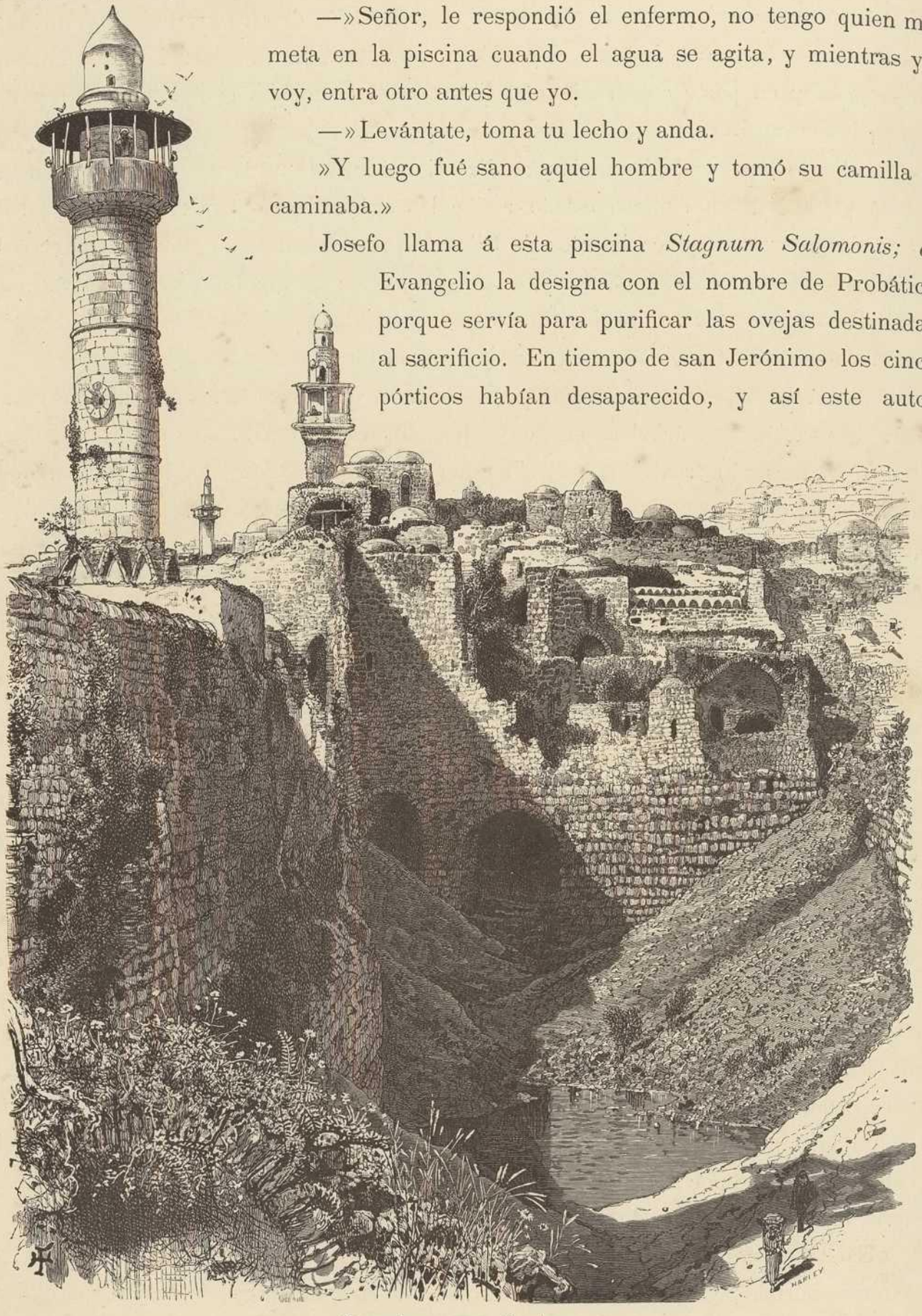
»Y estaba allí un hombre que padecía enfermedad hacía treinta y ocho años; vióle Jesús y le dijo:—¿Quieres ser sano?

—»Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en la piscina cuando el agua se agita, y mientras yo voy, entra otro antes que yo.

—»Levántate, toma tu lecho y anda.

»Y luego fué sano aquel hombre y tomó su camilla y caminaba.»

Josefo llama á esta piscina *Stagnum Salomonis; el* Evangelio la designa con el nombre de Probática porque servía para purificar las ovejas destinadas al sacrificio. En tiempo de san Jerónimo los cinco pórticos habían desaparecido, y así este autor



BIRKET-ISRAIL; PISCINA PROBÁTICA

como el Peregrino de Burdeos mencionan en aquel sitio dos piscinas iguales; la segunda, cegada hace mucho tiempo y separada de la anterior por la calle llamada de San Esteban,

ha sido recientemente descubierta al verificarse las obras de restauración de la iglesia de Santa Ana, conservando aún vestigios de pórticos. Esto y la variante que se observa entre el texto latino y el griego del primer versículo de san Juan antes citado [1] han dado lugar á creer que la última es la verdadera piscina Bethesda, inmediata á la Probática, conforme expresa el texto griego, y no idéntica á ella. Además, el nombre de Bethesda, equivalente en hebreo á casa de Misericordia, le cuadraba mejor, á causa de las numerosas curaciones en ella alcanzadas, que el de Bethsaida (casa de la Pesca) que le da la Vulgata.

La ocasión de haber tratado de estas famosas piscinas nos lleva á decir algunas palabras sobre las aguas de Jerusalén. Geológicamente hablando el terreno de los cerros en que la ciudad está asentada es de composición calcáreo-jurásica, y los manantiales son en ellos raros y escasos; cuatro, ó por decir mejor tres son los únicos que actualmente se conocen, todos en el valle del Cedrón; es el primero la fuente de la Virgen que, como hemos dicho, comunica y da origen á la de Siloé en lugar más accesible para los moradores de la ciudad; es el otro el que alimenta el Bir-Ayub, y el tercero, en fin, que apenas por su poca importancia merece ser mencionado, hállase á algunos centenares de metros de aquel pozo en lo más apartado del Uadi-en-Nar (valle de Fuego) que es la la prolongación del valle del Cedrón. En la estación calurosa cada día permanece abierta durante algunas horas la puerta llamada Bab-el-Morharbeh, por lo común cerrada, para dar paso á los *sakha* ó aguadores que van á abastecerse como pueden á aquellas fuentes y cargan sus odres en numerosa borricada. Si Jerusalén no tuviese más recurso que éste sus habitantes se morirían de sed.

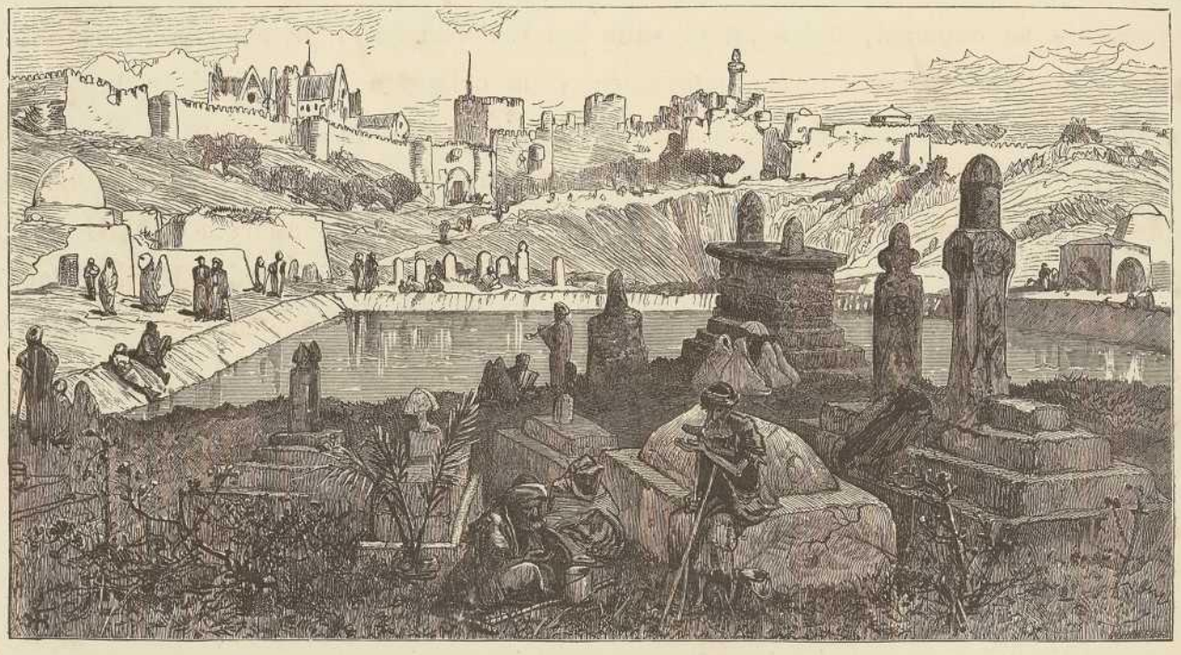
Por esto en todas épocas, antes y ahora, el primer cuidado de los que alzaron las casas que la forman ha sido abrir cisternas en que fuesen recogidas las aguas pluviales que, por feliz acaso, caen todos los años por espacio de seis semanas con una abundancia de que no bastan á darnos idea las lluvias más copiosas de nuestro país. Prueba de ello es que no pueden removerse las densas capas de escombros acumuladas por los siglos y por las numerosas catástrofes que han afligido á la ciudad santa sin dar con cisternas sobrepuestas y por lo mismo pertenecientes á diferentes y sucesivas épocas; y si se recorren los alrededores obsérvanse en cuantos puntos sale la roca á flor de tierra bocas de cisternas, casi todas abandonadas hoy. Puede, pues, afirmarse con toda seguridad que desde la antigüedad más remota hasta nuestros días, siempre tuvo cada casa por lo menos una cisterna para depósito de las aguas pluviales.

Esto, sin embargo, no podía ser suficiente para el servicio público, como baños y sostenimiento de caballos, camellos y otros animales, y esta fué causa de que, para acumular las aguas á tales usos necesaria, se construyeran en la ciudad al pié de sus murallas los grandes estanques de los que llevamos citados algunos. Jamás los

[1] Dice así el texto griego: «Existe en Jerusalén, junto á la Probática, una piscina llamada en hebreo Bethesda; en sus cinco pórticos, etc.»

reyes de Judá descuidaron tan interesante punto de buena administración y gobierno, y de su tiempo datan todos ellos, exceptuando uno solo.

A los mencionados antes hay que añadir fuera del recinto murado y á pocos centenares de metros de la ciudad por el lado del occidente el gran estanque de Mamillah *(Birket-el-Mamillah),* que es la piscina de las Serpientes mencionada por Josefo, llamada antes superior ó antigua con relación á la inferior y relativamente más moderna, con la que comunica por medio de un canal de reciente construcción que habrá sucedido á otro más antiguo. La segunda comprendida hace siglos en el perímetro de la ciudad é igualmente de considerables proporciones, lleva ahora el nombre de *Birket Hamman-el-Batrak* (estanque de los Baños del Patriarca), por estar situada en las inmediaciones de un establecimiento de baños que dista poco del antiguo patriarcado latino. En la



Birket-el-Mamillah ó piscina superior de Gihon

época del sitio de Jerusalén por Tito es designada varias veces por Josefo con el nombre de *Amygdalon* (estanque de las Almendras) y fué obra del rey Ezenías, cuando, conforme llevamos explicado, al temer la invasión asiria de Sennacherich, modificó el recinto de la ciudad para tener dentro de los muros aquel depósito de agua. Es rectangular, y en el día sólo las lluvias lo alimentan lo mismo que á la piscina superior, quedando por lo general en seco á fines de verano.

Parece que en la Edad Media se levantó un monasterio junto á la piscina superior, la iglesia estuvo dedicada á san Babilas, de donde, á lo que se cree, ha tomado origen el nombre de Mamillah. El espacio que la separa de la ciudad era llamado Campo del Lavandero; forma la parte superior del valle de Gihon, y en él solían los bataneros lavar y tender los paños. Allí establecieron su campamento los asirios, según manifiesta el libro IV de los Reyes. «Llegados con gran poder contra Jerusalén, dice, hicieron alto junto al acueducto del estanque superior que está sobre el camino del campo del

Lavandero.» Rabsaces, uno de sus caudillos, se acercó al muro, y profiriendo blasfemias contra Dios habló á los enviados de Ezechías y al pueblo que coronaba el adarve; pero Ezechías invocó al Señor, é Isaías le anunció que su oración había sido oída: aquella noche el ángel del Señor dió muerte á ciento ochenta y cinco mil hombres en el campamento asirio.

Es además famoso aquel lugar por la profecía de Isaías, á quien dijo el Señor: «Sal al encuentro de Achaz al extremo del acueducto de la piscina superior en el camino del Campo del batanero... El mismo Señor os dará una señal: hé aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo que será llamado Emanuel.»

Allí, en el anfiteatro natural que el terreno forma, propio para reuniones y fiestas populares, creen algunos autores que Salomón fué ungido rey por orden de David entre las aclamaciones del pueblo. Aun hoy sirve para las fiestas de los moradores de Jerusalén, especialmente al celebrar el comienzo del Ramazan y del Bairam y el regreso de los peregrinos de la Meca.

Otro gran depósito de agua fué construído en tiempo de los Reyes de Judá al pié de las murallas, en los confines de los valles de Hinnom y de Gihon, mide ciento y ochenta metros á lo largo por ochenta á lo ancho, y está en el día abandonado y seco. En la época latina sería restaurado por los alemanes y recibió el nombre de lago germano [1], sirviendo de abrevadero á los caballos de la gente de guerra; en el día lleva el de Birket-es-Sultán á causa de las obras que en él mandó hacer el sultán Solimán. De este estanque se ha dicho ser el lugar donde se bañaba Bethsabée, mujer de Urías, cuando David, desde las galerías de su palacio, fijó en ella libidinosa mirada, que le impulsó á hacerse reo de adulterio primero y después de la muerte del esposo. Aunque la piscina puede datar, en efecto, de tan remota época, todo induce á pensar que la tradición es errónea, pues, según observa M. Guerin, no es probable que la esposa de Urías se bañase en una piscina pública, como era la de que se trata, sino más bien, conforme Josefo lo dice expresamente, en otra especial y particular.

Al norte de esta piscina existen las ruinas de una aldea arábiga; allí estuvo situada en la época de Tito la llamada por Josefo Erebinthon Oikos (casa de los Garbanzos), y allí mismo acampó en las de las Cruzadas el conde Raimundo de Tolosa. Rodeada de pocas casitas vese en aquel lugar una capilla griega consagrada á San Jorge; sirve además de manicomio, y los locos furiosos son sujetados con una cadena á la que se atribuye virtud curativa por haber servido, dicen, para el suplicio del santo en Lydda.

Al lado oriental de los muros encuéntrase otra vasta piscina ó birket situada junto á la actual puerta de san Esteban; llámase de Setty-Maryam (de Santa María), y mide treinta metros á lo largo por veintiocho á lo ancho. Aliméntanla únicamente las aguas pluviales.

En el frente septentrional de las murallas y tocando á ellas hállase el estanque llamado de la Peregrina; situado á poca distancia de la puerta en el día tapiada que lleva

[1] Autores hay que suponen haberse llamado Germán, del nombre que tenía el que lo reparó á sus expensas.

el nombre de Herodes y también el de Bab-ez-Zeharieh (puerta de las Flores). A juzgar por su estructura es, como la otra, de gran antigüedad, y mide únicamente quince metros á lo largo por poco menos á lo ancho.

Hacia el oeste, antes de llegar á la puerta de Damasco, Bab-el-Aamud (puerta de la Coluna), ábrese la gruta de Jeremías, donde se cree que el profeta de Anathot compuso 600 años antes de Jesucristo, sus admirables Lamentaciones. Encarcelado estaba cuando Nabuzardán entró en la ciudad como vencedor; el general asirio, por orden de Nabucodonosor, lo puso en libertad y le dió á escoger entre Babilonia y Jerusalén;

Gruta de Jeremías

el profeta optó por su patria, se retiró á esta gruta. Junto á ella existe una piscina, alimentada por una fuente de escaso caudal; es abovedada y parece ser de construcción arábiga. La gruta de Jeremías formó parte de las canteras reales hasta que quedó aislada el día en que, como se ha dicho, fué comprendida la ciudad nueva ó sea Bezetha en el recinto murado en tiempo de Herodes Agrippa. En la eminencia en que está abierta la gruta acampó la hueste del duque de Normandía en la época del sitio de Jerusalén por los Cruzados, y las excavaciones realizadas por los griegos en sus cercanías, en un terreno de su pertenencia, han puesto al descubierto vasta y antigua cisterna que á juzgar por sus dimensiones hubo de ser un monumento público. A ella puede referirse lo que de Jeremías se cuenta: por haber profetizado cuando la invasión caldea la catástrofe de Jerusalén, fué preso por los judíos, los cuales para ocasionarle la muerte,

le bajaron con cuerdas á una cisterna donde no había agua, sino lodo que le llegaba al cuello, y allí estuvo hasta que fué librado por orden del rey Sedecías.

A la salida de la misma puerta de Damasco existe otra gran piscina constantemente llena, adonde abrevan el ganado la guarnición y los ciudadanos.

Una piscina servía de foso á la ciudadela Antonia, y situada en el ángulo noroeste del sagrado recinto del Templo, llevaba el nombre de Struthion; por ella hubo de hacerse camino Tito al atacar la fortaleza. Si ésta ha desaparecido no sucede lo propio con la alberca, la cual existe aún en gran parte debajo de los edificios inmediatos al antiguo Serrallo, hoy cárcel, que ha sucedido á la famosa torre; todavía se saca de ella agua, y estará sin duda alimentada por manantial de poca importancia.

Y esto era todo, pues no hay que hablar de algunas cisternas abiertas debajo de los pórticos del Templo, en cuanto, destinadas especialmente al servicio del culto, no contribuían en lo más mínimo al consumo de la población. Además, aun admitiendo que hubiese, como por algunos autores se ha supuesto, un manantial en las laderas del monte Moriah, distaría de haber sido suficiente para las atenciones del culto, en cuanto experimentóse la necesidad de aumentar de un modo considerable el caudal de aguas del Templo.

Para obtener el apetecido resultado debieron de buscarse á gran distancia, y explicadas quedan las grandes obras atribuídas á Salomón para llevar á Jerusalén las que nacían en Etham, en el camino de Hebrón. En la reparación del dilatado acueducto, que mide por lo menos veinte kilómetros y llega á la ciudad atravesando por medio de un puente el Birket-es-Sultan, empleó Poncio Pilato, con vivo enojo del pueblo judío, parte del tesoro del Templo; en la Edad Media el sultán de Egipto El-Malek-en-Naser hízolo reparar á su vez, pero en el día hállase en varios puntos completamente arruinado.

Mas las aguas de Etham estarían muy especialmente consagradas al servicio del culto en cuanto en el Templo terminaba el canal que las conducía, y los reyes de Judá, al mirar el buen resultado de aquellas obras, no dejaron de emprender otras semejantes para satisfacer la necesidad pública. Del manantial de Nephtoah, en el día Leftah, sábese que fué canalizado y llevado á Jerusalén, de la que distaba una legua kilométrica, y aun en nuestros días pueden verse en distintos sitios los vestigios del acueducto á este efecto construído.

Especiales y detenidas investigaciones, difíciles hoy sino imposibles, serían precisas para conocer y apreciar de una manera completa el sistema adoptado por los soberanos de Judá para dotar á su capital del necesario caudal de agua; pero consta sí que lo consiguieron, que Jerusalén disponía de ella en abundancia en las calles, en las casas, en los edificios públicos y en frondosos huertos y jardines de las cercanías, de manera que por todos lados, dice el griego Timochares citado por Eusebio, se veía regada la tierra, siendo así que hasta unos cuarenta estadios de la ciudad era por naturaleza absolutamente árida y seca.

Antes de abandonar aquellos lugares para subir al monte Sión, demos una mirada al Djebel Abu-Tor, llamado por los cristianos montaña del Mal Consejo, por ser de tradición que en la quinta de Caifás, en él mismo situada, túvose, alterados los ánimos con el reciente y sonado milagro de la resurrección de Lázaro, el funesto y sacrílego consejo en que quedó decidida la muerte de Jesús. Los príncipes de los sacerdotes y

Cumbre de la colina del Mal Consejo

los fariseos, refiere el Evangelista, se juntaron en concilio, y dijeron: — «Hora es ya de tomar una resolución, porque ese hombre hace muchos milagros, y todos van á creer en él, siendo esto causa de que los romanos arruinen no sólo nuestra ciudad, sino la nación entera.» — Caifás tomó la palabra, y puso fin á la perplejidad general diciendo: — « Veo que vosotros no sabéis nada, en cuanto estáis dudando de lo que es evidente: de la conveniencia de que muera un hombre por el pueblo antes que toda la nación perezca.» El decreto fatal quedó acordado, «y así desde aquel día pensaron cómo le darían la muerte.»

En la colina del Mal Consejo no se ven hoy más que ruinas y algún arbol añoso y carcomido.

H. PENN, PINTÓ. S. BRADSHAW, GRABÓ.

EL MONTE DE LOS OLIVOS DESDE EL MONTE SION.

ESPASA Y COMP.ª EDITORES.—BARCELONA.

VI

El monte Sión.—*El Kalaah* (la ciudadela).—Torre de David.—Templo protestante.—Convento armenio.—Iglesia de Santiago.—Chozas de los leprosos.—Deir Neby Daud (convento de David).—El monte Moriah.—Visita al *Haram-ech-Cherif*.—Muros exteriores.—Plaza de las lágrimas.—La puerta dorada.—Caballerizas de Salomón.—La Kubbet-es-Sakhrah.—Tradiciones musulmanas.—Mezquita de *El Aksa*.—Otros santuarios.

El monte Sión, la ciudad alta de los jebuseos ó la ciudad de David, es sin duda alguna la colina que lleva aún aquel nombre, como lo indica la puerta de la ciudad allí abierta, Bab-Sahiun (puerta de Sión). De norte á mediodía mide unos seiscientos y cincuenta metros por quinientos y cincuenta de este á oeste; su mayor altura sobre el nivel del Mediterráneo es de setecientos ochenta y nueve. Limitada al norte por un ramal de escasa profundidad del valle de Tyropœon, al este por la hondonada principal del mismo valle, al sur y al oeste por el más considerable de Ben-Hinnom, era casi inexpugnable por los tres últimos lados y únicamente accesible por el del noroeste, donde el ramal del Tiropœon sólo contaba quince metros de profundidad, conforme así lo han probado las excavaciones últimamente practicadas. En este punto, pues, y en este ángulo debieron los antiguos jebuseos de levantar su ciudadela, reconstruída por David; allí existe también la ciudadela actual ó El-Kalaah, conocida en la época latina con el nombre de castillo de los Pisanos, la que, después de las varias demoliciones y restauraciones que ha tenido, encuéntrase como la dejaron las últimas obras emprendidas por Solimán en el año de 1534. Situada al mediodía de la puerta de Jaffa, designada antes por los musulmanes con el nombre de Bab-el-Mihreb-Daud (puerta del *mirhab* ó del oratorio de David) y en el día con el de Bab-el-Kalil (puerta de Hebrón), forma un cuadrilátero irregular de ciento y treinta metros á lo largo de norte á mediodía, por ciento y diez de este á oeste en su mayor anchura. Rodéala un foso, y la flanquean cinco torres rectangulares, de las que la llamada de David es la más importante, atrayendo justamente la atención de cuantos la examinan. Allí, como sabemos, existió el palacio del glorioso monarca israelita; allí el rey profeta, pulsando la cítara y bailando delante del arca santa, hizo que fuese colocada en el tabernáculo erigido, donde permaneció cuarenta y cuatro años hasta la conclusión del Templo.

Pasada la puerta de la ciudadela, que es todavía el punto más fuerte de la plaza de Jerusalén, hállase un vestíbulo que conduce al recinto interior, conjunto de piezas en ruinoso estado en las que no se hace reparación ninguna. Excepto algunos restos de columna empotrados en las paredes, poco ó nada tiene que ver, consagrándose toda la atención del viajero en la torre antes nombrada. Consiste su parte inferior en un fuerte muro que desde el foso se eleva formando talud, y que remata en un camino

de ronda, defendido por almenado parapeto, muro que, excepto en aquellos puntos que fueron reparados por los Cruzados ó por los musulmanes, ofrécese como notabilísima obra de sillería. Sobre él se alza verticalmente antigua y maciza torre que mide veintiún metros á lo largo por diez y seis y medio á lo ancho y nueve de altura, compuesta de grandes sillares, y de ella arranca, en fin, otro cuerpo mucho más moderno, que

Puerta de la ciudadela de Jerusalén

contiene varias estancias y una cisterna. Una de aquellas salas es llamada por los musulmanes El-Mirhab Daud (oratorio de David); desde allí, según tradición arábiga, nacida quizás de otra más antigua, fijó el rey por una ventana sus ojos licenciosos en Bethsabee, siendo así que por la Biblia se sabe haber sucedido esto cuando paseaba por las galerías de su palacio. Allí, dice la misma tradición, compuso el inspirado monarca la mayor parte de sus salmos, y en especial aquél, expresión de su remordi-

miento, en que implora la misericordia de Dios. En lo alto de la torre ondea el pabellón otomano, y arrimadas al parapeto vénse dos ó tres antiguas piezas de artillería con

Ciudadela de Jerusalén, vista desde el valle de Hinnom

las que se hace la salva en señaladas festividades. Desde aquella altura disfrútase del magnífico panorama de Jerusalén y sus alrededores, y esta torre fué probablemente

la que, reconstruída tiempo después por Herodes, conservando la primitiva base maciza é indestructible, obra de David, pero revistiéndola de enormes y pulidas planchas marmóreas que en el día han desaparecido por completo, recibió el nombre de Fasael. Antonino de Plasencia, que peregrinó á Jerusalén en el año de 570, dice que las estancias de la torre servían de morada á cenobitas, y que los peregrinos iban á pasar en ellas la noche por devoción. La parte maciza de la torre de David y un pozo de que hace mención Josefo en la de Hippicos y existe aún en la torre meridional de la misma ciudadela inmediata á la puerta de Belén, es cuanto queda, en opinión de los arqueólogos, de las tres famosas fortalezas levantadas por Herodes con los nombres de Fasael, Hippicos y Mariamna.

De mayor antigüedad, como que se atribuye á la ciudad jebusea ó cuando menos davídica, es un largo fragmento de fortificación existente en aquella parte del monte Sión que por Adriano fué dejada fuera del perímetro de Ælia Capitolina. Una estrecha escalera adherida á la peña y destinada al parecer á poner en comunicación el foso con las obras exteriores, es atribuída por M. de Saulcy al recinto y á la época de los jebuseos.

Da frente á la actual ciudadela extenso cercado perteneciente al consulado de Inglaterra, y en él se levanta aislado un templo protestante que ha sucedido á la pequeña capilla autorizada por la Puerta para el servicio de aquel consulado. Bancos, escaleras, púlpito, techumbre, todas las piezas de que consta han sido traídas de Inglaterra, y dícese que su coste se aproxima á millón y medio de francos. En él tienen entrada todas las comuniones protestantes, las que, á la verdad, en tierra consagrada por tan gran número de religiosos recuerdos y que tantas huellas conserva de Jesucristo y los apóstoles, estuvieron bien poco acertadas al elegir para su reciente templo un lugar que sólo trae á la memoria escenas de crueldad y licencia, ya que en efecto allí mismo se alzó el famoso palacio de Herodes de que antes hemos hablado. Los demás establecimientos de la misión anglicana, como son una escuela y un hospital, se encuentran inmediatos al templo.

Todo lo demás del espacioso recinto hasta la puerta de Sión está ocupado por los armenios; cuyo nombre lleva el barrio *(Hareth el-Arman)*, y de los cuales puede afirmarse que, exceptuando la mezquita de Omar, poseen los mejores edificios de Jerusalén. A poca distancia del convento de religiosas en que está convertida la casa de Anás, álzase un monasterio de varones que es el más capaz y bello que existe en Palestina; más que un claustro parece un palacio. Un patio interior separa el convento de la iglesia, y dilatados jardines rodean uno y otra. La iglesia, construída y adornada con magnificencia, está dedicada á Santiago el Mayor, que padeció martirio en el año 44 por orden de Herodes Agrippa; consta de tres naves; decoran las paredes hermosas pinturas y en el crucero se eleva majestuosa cúpula. Una capilla indica el sitio en que el apóstol fué decapitado á su regreso de España adonde trajera la luz de la fe; sus discípulos trasladaron el cuerpo á Compostela de Galicia, y créese

que monarcas españoles costearon las obras de la hermosa basílica dedicada á su glorioso patrón. Esto no obstante poséenla los armenios, que han hecho de ella su catedral, conservando únicamente los católicos ó los Padres de Tierra Santa la facultad de celebrar en su recinto los divinos oficios el día de la festividad de Santiago.

En la misma calle que separa los dos monasterios armenios, el de hombres y el de mujeres, vese una iglesia construída por los Cruzados en el área donde estuvo la casa de santo Tomás. En el día está convertida en mezquita.

En las inmediaciones de la puerta de Sión, al pie de las murallas, encuéntranse varias chozas construídas de tapia; son triste morada de los enfermos de lepra, á las que los árabes, en su expresivo y poético lenguaje, llaman *casas de los desventurados*. Ocúpanlas por lo común quince ó veinte infelices atacados de aquel horrible mal, y viven de las limosnas que reciben, abandonados á su triste suerte. Hace pocos años fundaron los alemanes un hospital para ampararlos y atenderlos; pero muchos se niegan á ingresar en él prefiriendo á aquella reclusión lo que ellos llaman su libertad. En el año de 1876 existían en el benéfico asilo doce hombres y seis mujeres.

En la época latina el hospital de los leprosos estuvo situado, por efecto de un piadoso sentimiento, en el mismo punto que ocupó la casa de Simón el Leproso; una poterna allí practicada en el muro servía para trasladar al cementerio, inmediato á la gruta de Jeremías, los cadáveres de los leprosos sin tener que atravesar las calles de la capital.

Pasando por el lugar en que se elevó la casa donde en compañía de san Juan vivió la Santísima Virgen hasta el día de su dichoso tránsito, lugar que indican hoy dos piedras y una cruz, llégase, á unos cien metros de la puerta de Sión, al venerado Cenáculo, conjunto de casas que desde la expulsión de los Padres de San Francisco, antes explicada, se ha convertido en lo que llaman los musulmanes Deir Naby Daud (convento del profeta David). Este recinto, á lo que se cree, estuvo incluído en el de la ciudad jebusea, pero ya David lo dejaría fuera de los muros por carecer de defensa lateral. El piso inferior del Cenáculo, dice Guerin, en el cual con dificultad se entra por servir de morada á la familia de un santón, contiene dos estancias ó salas principales, la mayor de las cuales es tenida por el lugar en que Jesucristo lavó los pies á sus discípulos; dos pilares sostienen la bóveda; en la otra, más reducida, hállase el sarcófago de David, del que tendremos ocasión de hablar más adelante. En el piso superior está la sala llamada del Cenáculo, cuyas dimensiones son catorce metros á lo largo por nueve á lo ancho; de estilo gótico, obra sin duda de los Padres franciscanos después de la donación del año 1342, divídenla dos colunas en otras tantas naves paralelas. De esta sala, á la que dan luz tres ventanas y en la que los musulmanes han abierto un *mihrab* en la pared del lado meridional, pásase por una escalera de pocos peldaños, á una estancia dividida en dos por medio de un tabique: es la una un oratorio musulmán y la otra una segunda tumba de David, cubierta de tapices como la de la sala inferior, que es más bien un cenotafio, lo propio que ésta, estando

contestes muchos musulmanes en afirmar que los mortales despojos del Rey Profeta yacen en cripta abierta muy por debajo de las salas que actualmente existen. Tal es, en pocas palabras, el estado, por desgracia bien lamentable, que tiene hoy uno de los santuarios más augustos del universo. Además de los altos misterios y sublimes escenas de que fué su recinto testimonio y que antes de ahora hemos mentado, cree la tradición cristiana que en él fué instituído el sacramento de la confirmación, consagrado san Jaime el menor obispo de Jerusalén, designado por suerte san Matías, elegidos san Esteban y los otros seis diáconos, y finalmente que allí se separaron los apóstoles para ir á predicar el Evangelio por toda la tierra.

El sepulcro de David, construído por Salomón en el monte Sión, era, conforme habremos de decir más adelante, de extraordinaria magnificencia; pero á los recuerdos históricos que lo acompañan se han unido con el transcurso de los siglos no pocas fabulosas noticias. Ello es que los musulmanes profesan gran veneración por el cenotafio que es vulgarmente tenido como la verdadera sepultura. Anualmente envía el sultán de Constantinopla ricos tapices que son colocados encima del sarcófago, y hasta hace poco los musulmanes se limitaban, desde el piso superior, á levantar la losa que cerraba la entrada del inferior y á arrojar por ella las ofrendas venidas de Constantinopla. El acceso de la estancia sepulcral estaba severamente prohibido á los cristianos; en nuestros días, aunque difícil, ha sido permitido á varios viajeros, y uno de éstos, el abad Mislin, refiere su visita en estos términos:

«Por una escalera de seis ú ocho escalones bajamos á un recinto abovedado y de escasa altura que, á lo que pude juzgar, ha de encontrarse exactamente debajo de la iglesia de la institución de la Eucaristía, de la cual sería la cripta ó capilla subterránea. Atravesado el vestíbulo llégase á la parte que corresponde á la nave única de la iglesia superior; pero en este punto la estancia queda dividida en dos en sentido longitudinal por macizas colunas de piedra en las que se apoya un tabique, y de éste nace otro en ángulo recto que forma dos salas en el extremo meridional de la cripta. Se entra por la de la derecha, y el sepulcro ocupa casi enteramente la del lado izquierdo.

»Cuando estuvimos en la estancia de la derecha, á la que llamaré del *Mihrab* porque en ella se encuentra el *nicho de la oración,* presentáronse dos dificultades: fué la primera la de las indispensables babuchas, pero el jeque que me acompañaba la allanó diciendo que habiendo penetrado hasta aquel santuario con nuestro propio calzado no había inconveniente en que continuásemos en él; la segunda, de mayor importancia, consistió en si se podía ó no franquearnos la entrada en la sala del sepulcro. En el sitio donde nos encontrábamos reinaba gran oscuridad; la de la estancia inmediata era todavía mayor, y al través de la tosca verja que de ella nos separaba sólo acertábamos á divisar un extremo de paño ó tapiz, con lo cual no quedaba nuestra curiosidad satisfecha. Kiamil-Bajá hizo presente al jeque que el objeto de nuestro viaje era precisamente ver el sepulcro, y entonces, después de mandar por las llaves, abrió el jeque la puerta, sin nuevas observaciones. Kiamil-Bajá dobló la rodilla, llevó á

los labios y á la frente la franja del paño que cubría el sepulcro, y permitió que lo examináramos todo á satisfacción nuestra.

»Delante de nosotros teníamos un sarcófago de unos sietes pies de altura y de longitud doble, cubierto con siete magníficos tapices; el de encima es de seda azul con anchas franjas más oscuras, y está todo él cubierto de textos del Corán. En el centro del sepulcro vese un paño cuadrado con recamos y franjas dorados, también con sentencias del Corán, cuyas letras están bordadas en oro: todo ello es regalo del sultán Abdul-Medjid. El segundo tapiz es de color azul claro con adornos de plata; los demás están ya raídos y son de menor riqueza. Del techo pende un dosel de seda con rayas blancas y azules. Levantaba el jeque el extremo del paño para que pudiese con mi mano tocar el sarcófago; pero como no llegase á sentir sino la seda que lo cubre, con dificultad me era dable juzgar de su materia y de su forma; por esto el jeque, al observar que me daba por muy poco satisfecho, levantó de una vez los tapices todos, y pude ver al descubierto toda la parte delantera del sarcófago, el cual me pareció ser de mármol ceniciento toscamente labrado.

Pasando á inspeccionar las paredes ví que estaban cubiertas de azulejos blancos con dibujos azules; cuelgan varias lámparas alrededor del sepulcro, y esto es cuanto pude observar, con el auxilio de una vela, en aquel cuarto reducido y lóbrego. Nada en él sabe á antiguo, y para que se conserve algún crédito al tal sepulcro hacen bien los musulmanes en sustraerlo á todas las miradas.»

Un trozo de coluna plantado en el suelo indica en el monte Sión, á poca distancia de la cueva en que lloró san Pedro su pecado, el lugar en que un grupo de judíos intentó apoderarse del cuerpo exánime de la Santísima Vírgen cuando los apóstoles lo llevaban al sepulcro del valle de Josafat. Antiguamente conmemoraba el hecho una capilla.

El monte Moriah, cuyos augustos recuerdos hemos evocado en varias de estas páginas, se eleva en la parte oriental de Jerusalén, inmediato al valle de Josafat; en su cumbre, que sustentó el templo de Jehová, álzase hoy la mezquita de Omar, á la cual ha llegado el caso de dirigir nuestros pasos.

Hubo un tiempo, y no muy lejano, en que habría sido temeraria sino imposible empresa para un europeo ó cristiano no sólo penetrar en ella, sino acercarse á su venerado recinto, inaccesible para los *infieles* bajo pena de muerte; cítanse los nombres de algunos pocos afortunados viajeros que apelando á disfraces y artificios lograron llegar á la famosa mezquita, y de otros á quien costó su atrevimiento muchos ultrajes y sinsabores. Pero acaecida la guerra de Crimea levantóse la prohibición, y mediante una retribución que varía según el número de personas que lo solicitan otórgase permiso para visitar el santuario, que para los musulmanes es casi tan santo como el de la Meca, lleno como está para ellos de leyendas, memorias y objetos sagrados.

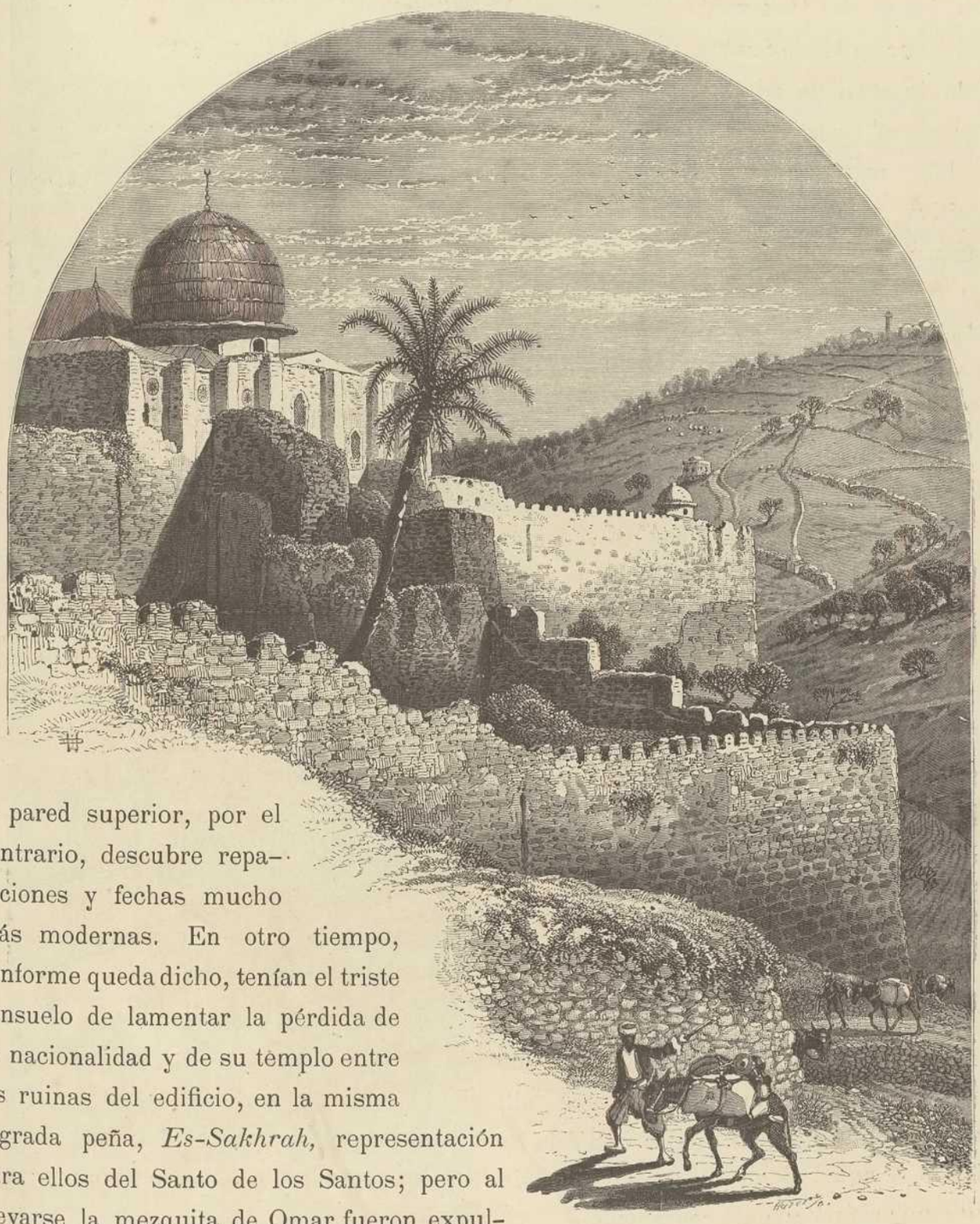
Explicadas quedan las grandes obras que para la formación de la artificial meseta en que se asienta realizaron Salomón y otros reyes, así como las que exigió el gigantesco

muro de sostenimiento que le cerca. De él, del antiguo recinto que rodeaba el atrio de los gentiles y abrazaba toda la explanada superior del Moriah, subsisten aún muy notables fragmentos que han resistido á las redobladas injurias del tiempo y de los hombres. Para M. de Saulcy tales restos se remontan sin sombra de duda á la época del sabio rey; M. Vogué, autor también de gran autoridad en la materia, se limita á tenerlos por herodianos, pero es lo cierto que los trabajos de excavación realizados por los ingleses en el año de 1867 han venido á dar gran peso á la opinión y á las razones aducidas por el primero de dichos autores. De aquellas obras, dice M. Guerin, ha resultado al parecer acreditado que la meseta del Haram tal como en el día existe estuvo rodeada por completo de un muro de cerca construído con sillares enormes en una época muy anterior á Herodes, quien no introdujo en él variación alguna, limitándose á repararlo, como hiciera antes Nehemias. Este recinto, añade el propio Guerin, á lo menos en sus robustos cimientos, que tan profundamente penetran en la tierra, lo mismo que en algunos lienzos superiores que acá y allá se levantan casi intactos, se encuentra hoy tal como lo dejaron Salomón y los monarcas sucesores suyos, y si por Tito no fué enteramente destruído débese á que, hundiéndose á tan gran profundidad en las entrañas del Moriah, no podía ser de allí erradicado, por decirlo así, sino con esfuerzos á la vez que portentosos supérfluos, ya que con demoliciones practicadas de trecho en trecho podía alcanzarse idéntico resultado.

El capitán Warren, que dirigió aquellos trabajos de exploración, comenzó por practicar hondas excavaciones en distintos puntos del frente occidental del Haram, y entre ellos en el ángulo sudoeste, con objeto de dar con los vestigios del viaducto que ponía en comunicación la ciudad alta con el templo atravesando el valle de Tyropœon, en un espacio de noventa y un metros, viaducto sobre el cual fué Robinsón el primero en llamar la atención de los arqueólogos. En el arranque del gigantesco arco que aun subsiste adherido al muro del Haram, hállanse piedras de seis y ocho metros de largo. Siete pozos fueron sucesivamente abiertos en aquel valle ó barranco, cegado hoy casi en las tres cuartas partes de su profundidad por enorme cúmulo de escombros, y por medio de ellos quedó al descubierto el fundamento de la pila en que descansa el arco antes nombrado. Varias claves de los arcos fueron halladas á unos quince metros de profundidad sobre embaldosado recinto, debajo del cual viéronse restos aun más antiguos, entre ellos los de un primer puente, quizás el que unía el palacio de Salomón con la parte inferior de la ciudad alta, puente sustituído por el viaducto del cual queda aún en pie el fragmento de un arco.

A unos ciento veinticinco metros del ángulo sudoeste, junto al miserable barrio de los Mogrebinos ó Berberiscos, hállase el lugar que lleva el nombre de Plaza de las Lágrimas. Allí, en efecto, mediante autorización del gobierno turco alcanzada á peso de oro, acuden todos los viernes del año los judíos de Jerusalén para gemir y llorar los dilatados infortunios de su pueblo; allí se alzan los imponentes restos de un muro que se cree haber pertenecido á la maravillosa fábrica de Salomón, y los infelices que

sin exponerse á una muerte cierta no podrían penetrar en el recinto del Haram, riegan con su llanto y se complacen en tocar la antiquísima obra, cuyos sillares inferiores por su colosal tamaño, su regularidad y perfecto trabajo son en realidad incomparables;

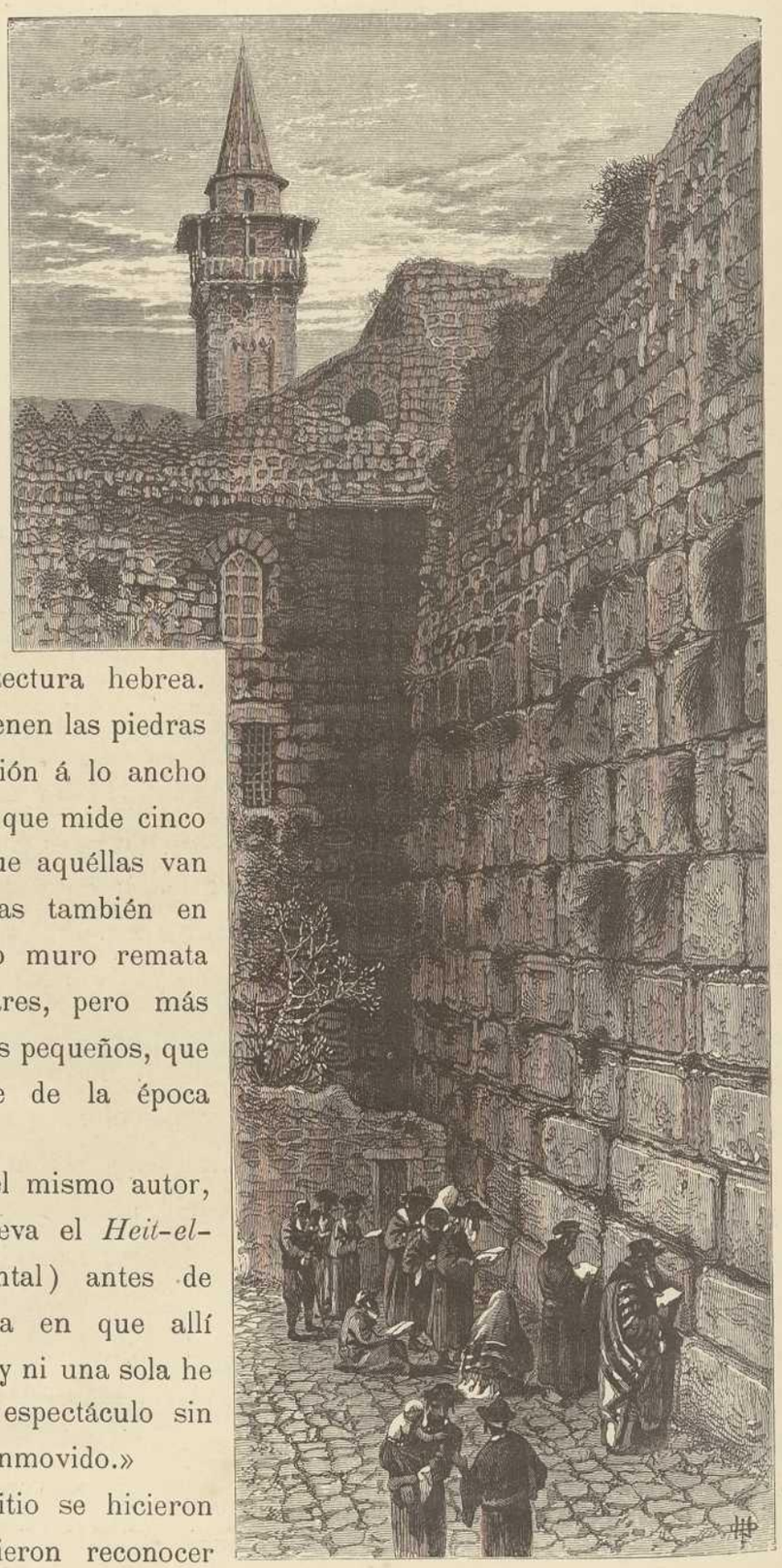


Muro meridional del Haram-ech-Cherif
Cúpula de la mezquita El Aksa y monte de los Olivos

la pared superior, por el contrario, descubre reparaciones y fechas mucho más modernas. En otro tiempo, conforme queda dicho, tenían el triste consuelo de lamentar la pérdida de su nacionalidad y de su templo entre las ruinas del edificio, en la misma sagrada peña, *Es-Sakhrah,* representación para ellos del Santo de los Santos; pero al elevarse la mezquita de Omar fueron expulsados hasta del recinto exterior de su santuario, convertido en el *Haram-ech-Cherif* y consagrado al islamismo, debiendo contentarse con pagar á gran precio el derecho de entregarse la tarde de los viernes en la plazoleta de que hablamos á su luto nacional. Mide aquel lugar treinta metros á lo largo por cuatro á lo ancho, y limítanlo al norte el *Mekhemeh* ó tribunal de los musulmanes, á mediodía y poniente

casas de particulares, y al este el vetusto muro que, á su vez, cuenta cuarenta y ocho metros á lo largo por diez y ocho de altura.

«Llegado que hube á poco pasos del venerable muro, escribe M. de Saulcy, quedé inmóvil de admiración: en el espacio de más de doce metros la obra primitiva ha permanecido intacta, y basta una mirada para convencerse de que la tradición judaica es de todo punto exacta; muro semejante no pueden haberlo construído griegos ni romanos, y es, á no dudar, una muestra de la arquitectura hebrea. En las hiladas inferiores tienen las piedras por lo regular doble extensión á lo ancho que á lo alto (hay alguna que mide cinco metros), y á proporción que aquéllas van subiendo, disminuyen éstas también en dimensiones. El primitivo muro remata en algunas hiladas regulares, pero más modernas y de sillares más pequeños, que parecen datar únicamente de la época musulmana.»



Plaza de las Lágrimas

«Varias veces, añade el mismo autor, he ido al lugar do se eleva el *Heit-el-Morharby* (muro occidental) antes de ponerse el sol, á la hora en que allí están reunidos los judíos, y ni una sola he asistido á aquel doloroso espectáculo sin sentirme profundamente conmovido.»

También en aquel sitio se hicieron excavaciones que permitieron reconocer hasta veintitrés metros debajo del suelo actual los cimientos del antiguo muro, lo cual es nueva confirmación de su origen más bien judaico que herodiano.

Siguiendo hacia el norte el muro occidental del Haram, llegaremos al punto en que

el explorador M. Wilson descubrió en el año de 1865 un segundo arco de ojo igual al descubierto antes por Robinsón en el ángulo sudoeste; créese que formaría parte de la gran calzada que en aquel punto enlazaba el monte Moriah con el de Sión. En 1867, el capitán Warren halló al oeste de este mismo arco, por medio de profundo pozo, una prolongada galería subterránea atribuída á Herodes, que permitía á las tropas pasar sin ser vistas de la ciudadela de Sión al Templo y unía la fortaleza Antonia con la puerta Dorada. Tiénese por seguro que por ella, tomada la ciudad por Tito, intentó huir Simón, hijo de Gioras, ofreciéndose de pronto como fantástica aparición á los legionarios romanos.

La entrada principal del Haram hállase situada en la calle de David, debajo de la cual se encuentra el arco descubierto por M. Wilson, y penétrase en el sagrado recinto por magnífica y doble puerta cuya abertura meridional es llamada Bab-es-Silsileh (puerta de la Cadena), y la septentrional Bab-es-Salam (puerta de la Paz).

Continuando en dirección al norte, las casas modernas que se han elevado junto al muro nos obligarán á separarnos de él, pero á poco hallaremos otra puerta de gran antigüedad, oculta en gran parte por escombros y descubierta por el capitán Warren. No muy lejos ábrese la puerta musulmana que tiene nombre *El-Kattanin* (de los Mercaderes de algodón), por su inmediación al bazar en que antes éste se vendía; la tradición local afirma que esta puerta corresponde á la antigua *Porta Speciosa,* en cuyos umbrales los apóstoles san Pedro y san Pablo curaron á un paralítico en nombre del Divino Maestro.

Desde el arco descubierto por Wilson hasta la puerta del Serrallo el muro del Haram deja de ser visible; debajo de ésta el inglés Conder descubrió en el año de 1874 un fragmento de la antigua muralla por todo extremo interesante, como que está adornado con pilastras salientes á semejanza del muro que existe en el Haram de Hebrón.

De esta manera, siguiendo el lienzo occidental que hemos perdido varias veces de vista, oculto como está en distintos puntos por construcciones modernas, llégase al ángulo noroeste, separado del sudoeste por un espacio de cuatrocientos y ochenta metros. En aquel sitio el Moriah se alzaba como peñascoso promontorio que hubo de ser rebajado y explanado, cortándose en sentido vertical sus laderas septentrional y occidental á fin de hacer su acceso aún más difícil. En aquel ángulo levantaron los reyes asmoneos la fortaleza llamada Baris, transformada por Herodes en la famosa torre Antonia.

El muro septentrional tiene trescientos veinticinco metros de extensión, y como no es posible examinarlo exteriormente, oculto como en gran parte se halla y obstruído el paso por el cuartel que, según hemos dicho, ocupa el lugar de aquella torre y por el vasto estanque medio cegado apellidado Birque-Israil, trasladémonos sin más detención al ángulo nordeste. Profundas excavaciones practicadas en este punto, á poca distancia de la actual puerta de San Esteban, han permitido al capitán Warren

asegurar que la primitiva altura del muro sobre la roca hubo de ser de unos cuarenta y nueve metros; resultado de su trabajo fué además el hallazgo de muchos restos de vasos fenicios. Antes de pasar al muro oriental obsérvese que el septentrional del recinto del Templo servía al propio tiempo de muralla á la ciudad antes que Herodes Agrippa procediese á su ensanche hacia el norte, comprendiendo en él el arrabal de Bezetha y una parte del monte Goreb.

Siguiendo de norte á sur el muro oriental del Haram encuéntrase á ciento y cuarenta metros del ángulo nordeste la puerta Dorada; condenada hace tiempo por los musulmanes entre los que es de tradición que si un día ponen los cristianos nuevo sitio á Jerusalén habrán de penetrar por ella en la plaza, reemplazó en la época de Herodes ó Adriano á otra puerta mucho más antigua que daba acceso al Templo por el lado del este. Por ella, dice la tradición cristiana, hizo Nuestro Señor Jesucristo su triunfal entrada en Jerusalén el Domingo de Ramos, y también pasó el emperador Heraclio sus umbrales cuando en el año de 628 volvió con el reconquistado leño de la Cruz. Que si los adornos de la puerta actual son de época posterior á Jesucristo, conforme aseguran algunos autores, si el vestíbulo interior ofrece huellas de obras bizantinas y quizás también arábigas, en nada destruye esto la veracidad de la tradición cristiana, ya que las jambas de la puerta primitiva permanecen aún en pié y bastan para justificarla por completo.

Junto á esta puerta el muro del Haram penetra hasta la profundidad de diez metros en el suelo actual; á diez y seis metros de distancia han puesto en descubierto las excavaciones de Warren otro muro macizo y formado por enormes sillares. Sería el de la ciudad propiamente dicha, ó quizás uno de los tres que, según Josefo, construyó Salomón para el sostenimiento de los sucesivos terraplenes del Moria.

A trescientos y diez metros al sur de la puerta Dorada está el ángulo sudeste del Haram, objeto de admiración para los arqueólogos por la rara perfección de la obra. A veintisiete metros de profundidad descubrió el capitán Warren, en muchos sillares del lienzo oriental que penetra hasta las laderas de la colina, caracteres semíticos esculpidos y pintados de rojo con toda la apariencia de fenicios, y esto ha venido á autorizar más y más la opinión de aquellos que atribuyen al rey Salomón la obra de aquel ángulo cuya altura actual, á contar desde la peña, pasa de cuarenta y siete metros, ya que no pueden ser otra cosa aquellas letras sino inscripciones allí puestas por los operarios fenicios enviados por Hiram de Tiro.

El muro meridional del Haram, de doscientos y ochenta metros de extensión, está dividido en tres secciones distintas por la puerta Sencilla, la Triple y la Doble, ó sea de Huldah; la primera, condenada en el día como las otras dos y más moderna que éstas, llevaba á los inmensos y abovedados subterráneos conocidos con el nombre de caballerizas de Salomón, los que ocupan debajo de la parte sudeste de la meseta ó explanada del Haram un vasto espacio de ochenta metros de oeste á este y de cincuenta

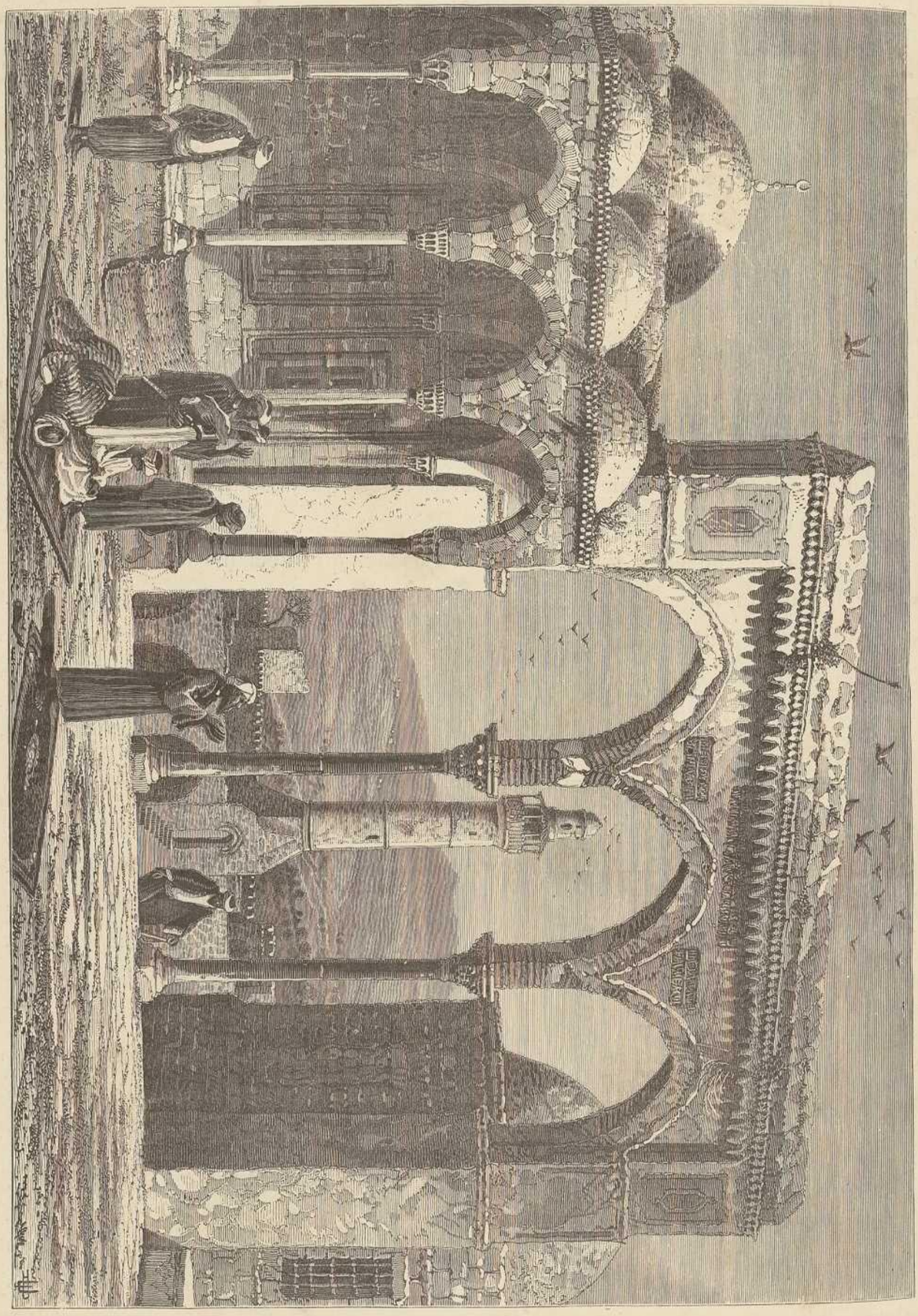
de mediodía á norte. Imposible de todo punto es penetrar en ellos sin experimentar vivísima admiración: construídos con objeto de ensanchar por el lado del sudeste el terraplén que había de sustentar el Templo llevándolo más allá de los bordes de la cumbre, gigantescas bóvedas que descansan en numerosas hileras de pilares sostienen el terreno sobrepuesto. Para M. Guerin son aquellos enormes pilares muy anteriores á Justiniano, al cual los atribuyen algunos autores, y también á Herodes, y añade aquel escritor: «El no haber sido esos subterráneos rellenados de tierra señal es de que se quería utilizarlos, y por lo mismo nada de particular tendría que hubiesen servido de cuadras para los numerosos caballos de Salomón, conforme la tradición afirma.» Lo que sí consta de un modo indudable es que en la época latina, cuando la Orden del Temple ocupó la mezquita de El-Aksa y sus dependencias, tuvo allí sus caballerizas, y en muchos pilares se conservan aún los aros labrados en la misma piedra en los que serían atados al pesebre los caballos y acémilas. Al acercarse por el magnífico subterráneo de unos nueve metros de altura al muro que forma el recinto exterior del Haram, pueden verse sus grandes sillares, no pulimentados como en la parte exterior, y completamente oxidadas algunas de las ligaduras de hierro que, según el historiador Josefo, los enlazaban entre sí.

Las otras dos puertas, igualmente condenadas, que abrían este lienzo del muro, son por lo común llamadas Triple la más inmediata á la anterior, y Doble la otra, por el número de huecos distintos que cada una tenía, dando entrada á otras tantas galerías subterráneas que por suave cuesta llevaban á la superficie superior de la explanada del Haram. La última ocupa el mismo lugar que la llamada Huldah, nombre de una profetisa famosa en tiempo del rey Josías, y dice la tradición que por ella pasó con frecuencia, al dirigirse al Templo, Nuestro Señor Jesucristo. Sin entrar en la razonada discusión de los varios problemas arqueológicos que ambas puertas han planteado entre los eruditos, tócanos decir con M. Guerin que en su forma primitiva, y dejando aparte las modificaciones sucesivas y la decoración posterior, que pudo ser obra de Herodes ó Adriano, tienen toda la apariencia de ser contemporáneas del muro meridional y por lo tanto anteriores á la época de Herodes.

Examinado el muro exterior ó el ámbito de la meseta del Haram, que mide mil quinientos y setenta metros, con diez puertas que dan á ella acceso, penetremos en el sagrado recinto. Aquella meseta ó explanada, tal como en el día se encuentra, lo mismo que los fundamentos del muro de cerca y sostenimiento y alguna de sus partes salientes, cuya obra gigantesca es idéntica á la que penetra en las entrañas del monte, todo ello obra fué de los reyes de Judá, ya de uno ya de muchos: esta es la opinión actualmente más acreditada y mejor cimentada, creyéndose que los árabes se limitarían á levantar el actual muro con piedras de menor tamaño, sobre los robustísimos cimientos de la obra judaica.

El terraplén ó meseta forma un cuadrilátero irregular cuyo lado occidental mide cuatrocientos ochenta y ocho metros; cuatrocientos sesenta y seis el de oriente,

trescientos diez y siete el del norte y el meridional doscientos y ochenta y uno; su superficie no es enteramente horizontal, siendo en el ángulo del noroeste más alta de



CÚPULA DE LA ROCA

unos tres metros que el resto del recinto. En él están diseminados varios *mastabás,* (lugares altos), cada uno con su *mihrab,* que sirven como puntos de oración; pero entre

tantos edificios llaman desde el primer momento la atención dos grandes monumentos: es el uno la mezquita de *Es-Sakhrah* y el otro la de *El-Aksa*.

La Kubbeth-es-Sakhrah (cúpula de la Roca) está construída en un terraplén artificial que se eleva unos tres metros más que el de Haram y ocupa el lugar del antiguo santuario hebreo; lleva el nombre de mezquita de Omar, si bien, según queda dicho, este califa no la construyó, limitándose á idear su construcción. Súbese á ella por varias escaleras situadas en los cuatro lados, las que terminan en esbeltas arcadas, formando en su conjunto como una imitación del átrio que precedió al Templo. Llámanlas los árabes *mauazin* (balanzas), por creer que de ellas, el día del postrer juicio, colgarán las destinadas á pesar á los humanos. Por su sagrado carácter no es lícito pisar sino con babuchas aquel suelo ricamente embaldosado.

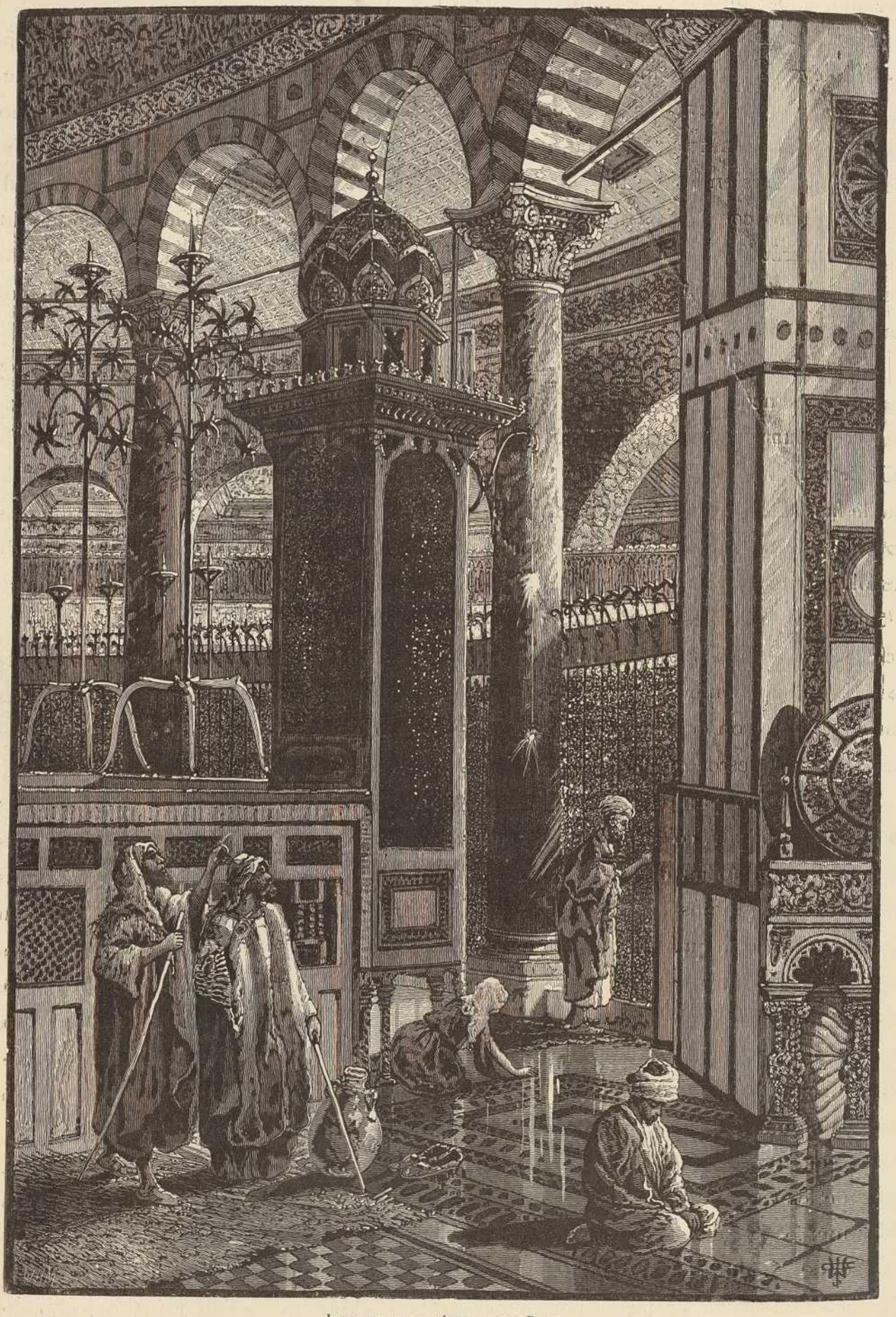
Es la forma del santuario un octágono regular de unos veinte metros por lado y cincuenta y cinco de diámetro, ornado y dividido interiormente por dos hileras concéntricas de colunas y pilares; la central sostiene la cúpula de ventiún metros y medio de diámetro. Las paredes están cubiertas de brillantes azulejos desde lo alto hasta la línea de las ventanas, que son en número de cincuenta y seis de ojiva rebajada; de ellas diez y seis están condenadas; en la parte inferior están aquellas adornadas con tablas de mármol, algunas de las cuales, en opinión de M. de Saulcy, proceden probablemente del templo de Herodes. El estilo del edificio es bizantino, pues, conforme expresa M. de Vogué, «en Jerusalén, lo mismo que en Siria y Egipto, tierras recientemente sometidas, únicamente tenían los árabes soldados, y para erigir los nuevos monumentos de su culto hubieron de acudir á los vencidos, á la población indígena, ó llamar de otros países á los artífices de que carecían.»

En los cuatro puntos cardinales ábrense cuatro puertas rectangulares, precedida cada una de un pórtico sostenido por colunas, que por proceder de varios y antiguos monumentos son todas de aspecto y estilo distintos, y lo propio ha de decirse de sus capiteles. Elegantes mosaicos, obra de artistas bizantinos, adornan las paredes y cautivan por la donosura con que presentan, en caprichoso enlace, joyas, coronas y brazaletes con plantas, flores y frutas fantásticas, armonizado todo con exquisito gusto y rara habilidad. En la parte superior corre y da la vuelta al monumento ancho friso azul en el que están escritos en dorados caracteres cúficos versículos del Corán. Léese además en él la fecha de la fundación del edificio, y de esta inscripción de M. de Vogué la traducción siguiente:

«Ha construído esta Kubbeth el servidor de Dios Abd (Alah-el-Imam-el-Mamun), príncipe de los creyentes, el año 72, ¡téngalo Dios por agradable ofrenda y esté contento de él! Amen.»

Observa M. de Vogué que el nombre del verdadero fundador ha sido falsamente reemplazado en época posterior por el del califa El-Mamun, quien reinó del año de la hégira 198 al 218 (813-833), siendo sustituído su nombre al de Abd-el-Melik, superchería, añade el mismo autor, del todo inútil, ya que no cuidaron sus autores de variar

al mismo tiempo la inscripción en la cifra de los milésimos; además, habiendo de



INTERIOR DE LA CÚPULA DE LA ROCA

escribir el nombre en harto limitado espacio, hubo que estrechar las letras. Los escritores arábigos están contestes en señalar á la obra la fecha del año 72 de la hégira (691).

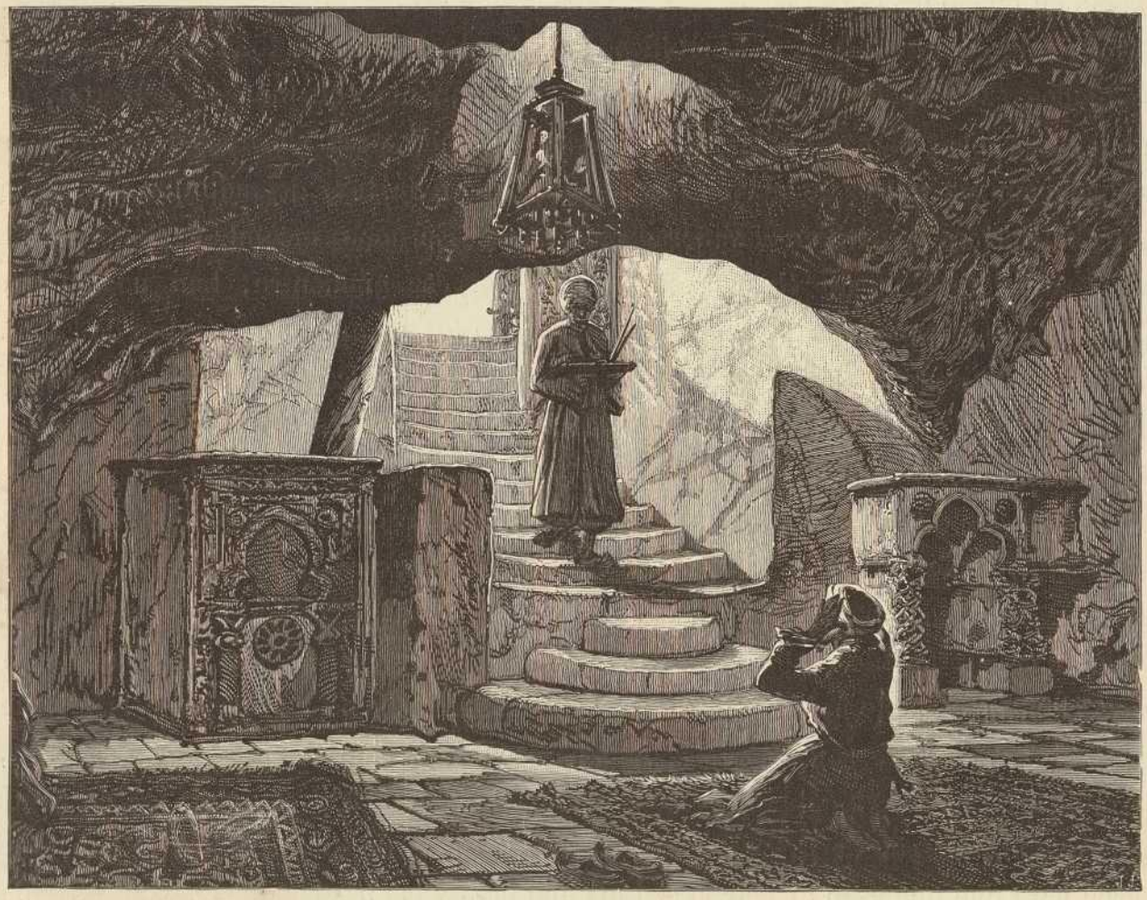
En el de 1016 de nuestra era (407 de la hégira) desplomóse la cúpula á impulso de violento terremoto; reconstruída ha poco, los mosaicos que la adornan quedaron concluídos en el año de 1027, conforme lo indica otra inscripción traducida igualmente por M. de Vogué. Obra, como los otros, de artistas bizantinos, son representación, á causa de prohibir el Corán la de seres animados, de hojas, flores, racimos de uvas y otros frutos. La parte exterior de la cúpula, que estuvo cubierta antes de cobre dorado, lo está ahora de plomo; esbelta aguja, terminada en una media luna, remata el edificio que, según expresión de Chateaubriand, tiene todo el aspecto de una tienda árabe plantada en medio del desierto.

En tiempo de Solimán II el Magnífico, del año de 1522 al de 1528, fueron cubiertas de pintados azulejos las paredes exteriores, y al mismo soberano se debieron, á la vez que otras reparaciones en la parte interior, las hermosas vidrieras de las ventanas que, hasta en las horas de mayor claridad, quiebran la luz, dejando que únicamente opaca y misteriosa penetre en el venerado santuario. En época reciente se han verificado otras reparaciones, y de él, tal como en el día se encuentra, han podido decir los autores que ofrece algún punto de semejanza con los monumentos árabes de España: los esbeltos pórticos del atrio y los azulejos de las paredes, dice Chateaubriand que hubo de limitarse á examinarlos de lejos, traen á la memoria algunas partes del Generalife, de la Alhambra y de la catedral de Córdoba.

En el centro de la rotonda se levanta como á la altura de un metro la famosa roca *Es-Sakhrah*, á la que sirve de dosel un pabellón de seda encarnada y verde, del que dicen los musulmanes haber sido dado por el Señor á Eva la primera mujer; rodéala una verja de hierro, obra de los Cruzados, y su desigual superficie mide unos diez y ocho metros á lo largo por catorce á lo ancho. Tiene en medio y la atraviesa de parte á parte una abertura circular que parece haber sido la boca de una cisterna, y cubre una cripta que debió de ser la cavidad de la misma. Allí estuvo la era de Areuna ó de Ornan el jebuseo, de la cual hemos hablado antes de ahora, y habría debajo una cisterna para que pudiesen apagar la sed los hombres y las bestias que en ella trabajaban. Según algunos autores, fué esta roca el altar de los holocaustos del antiguo Templo, y así al parecer lo acredita el hecho de ser el suelo de la cripta sonoro si se golpea con el pié por existir debajo de él, á lo que se asegura, subterráneo canal en comunicación con el torrente del Cedrón, por el que tendrán salida las aguas impuras y la sangre de las víctimas. Esto sería lo que llaman los musulmanes *Bir-el-Aruah* (pozo de las Almas), á causa de que, á creer á una de sus leyendas, allí se congregan dos veces á la semana las almas de los creyentes para adorar á Alah. Otros críticos, apoyados en una tradición rabínica, sustentan que la peña Sakhrah estuvo contenida en el Santo de los Santos, y que en ella, sobre los mármoles que la cubrían, descansó entre querubines el Arca de la alianza.

Si un *infiel* llegase hasta allí, decían los turcos, y orase en aquel lugar, el Señor oiría indefectiblemente su plegaria aun cuando le pidiese poner á Jerusalén en poder

de los cristianos; *Es-Sakhrah* es para ellos una de las peñas del paraíso; quien en ella hace oración queda tan inocente como el día de su nacimiento, sean cuales fueren los delitos que hubiese cometido, y de la gran veneración en que la roca es tenida procedía la rigorosa prohibición antes dicha. Para los musulmanes está la peña suspendida en el aire por efecto de perpetuo prodigio, sin más apoyo que invisible palma sostenida por la madre de Mahoma y la de Jesús, que son los dos mayores profetas. En el día postrero la Caba se trasladará de la Meca á la Sakhrah, donde resonará la trompeta del tremendo juicio, y sobre la roca se levantará el trono de Dios. En ella oró Mahoma;



Gripta de la Roca sagrada

al lado derecho enséñase la cavidad que le imprimió su turbante al apoyar allí la frente, y desde aquel punto se elevó al cielo montado en el portentoso caballo El-Borak; entonces su cuerpo abrió en la peña el agujero que en ella existe todavía. La Sakhrah, para no separarse del profeta, quiso seguirle; pero el ángel Gabriel que allí se encontraba, impidió que el mundo se viese privado de la bendita peña reteniéndola con la mano: la señal que de ello quedó muéstrase aún á los devotos, lo mismo que, resguardada por una especie de dorado templete, la huella que dejó el pié de Mahoma.

A la cripta ó cisterna que existe debajo de la roca bájase por una escalera de quince peldaños; la parte de la Sakhrah que la cobija lleva el nombre de *El-Lissan* (la lengua) por haber correspondido al religioso saludo que el califa Omar le dirigiera. En aquella estancia de figura irregular como la peña que la cubre existen cuatro pequeños escabeles

de mármol adheridos á las paredes; señalan los puntos en que oraron Abraham, David, Salomón y el profeta Elías. En el último oró también Mahoma.

Hállase en el centro, cerrada por una tabla de mármol, la boca del Bir-el-Aruah, dentro del cual, según algunos viajeros, óyese como murmullo de agua. Los musulmanes suponen que allí tienen origen los tres grandes ríos de Oriente, el Tigris, el Eufrates y el Nilo. «Es sí indudable, dice M. de Saulcy, que el suelo suena á hueco, y por lo mismo que habrá debajo otro espacio vacío; lo que es en realidad Dios lo sabe.»

Volviendo al piso superior vense, en la parte meridional, el estandarte del Profeta arrollado en el asta, y desplegado *El-Sandjak* ó bandera de Omar. Debajo pónense de manifiesto á los creyentes dos sillas del caballo El-Borak, que no son otra cosa que fragmentos de antigua cornisa á los que se ha dado una forma curva.

Junto á la puerta septentrional, en la primera nave circular, existe en el suelo una losa de jaspe con diez y nueve agujeros, en los que se dice que hubo antes otros tantos clavos de oro, y en efecto tres y parte de otro restan todavía. En esta piedra, á lo que se cuenta, echaban pié á tierra los profetas al desmontar para penetrar en el Templo, y en ella se apeó también Mahoma á su llegada de Arabia. Cuenta la leyenda que el mismo profeta puso en la losa los diez y nueve clavos en representación de los diez y nueve siglos que había de durar el universo hasta el fin de los tiempos; al llegar el de cada siglo desprendíase por sí mismo un clavo, que iba á robustecer el trono de Alah. Pero el diablo, con propósito de acelerar el tremendo día, penetró en la Kubbeth-es-Sakhrah y dióse á arrancar aquellos clavos hasta que le estorbó en su tarea el ángel Gabriel, quien le arrojó para siempre del sagrado recinto. Habiendo permanecido en su sitio tres clavos y medio quedan aún al mundo trescientos y cincuenta años de existencia.

A poca distancia de la puerta meridional hay empotrada en la pared una piedra de mármol, cuyas venas para los musulmanes representan dos pájaros. Son dos urracas petrificadas á las que Salomón condenó á quedar esclavas del templo hasta la consumación de los siglos, por haber querido, insolentes, inducir á las aves á negar el homenaje y tributo que prestaron al sabio rey, concluída que fué su grande obra, todos los seres animados de la creación.

En la pared oriental, entre la puerta Dorada y el ángulo sudeste, vese empotrado el fuste de una coluna; de allí arranca el famoso puente Es-Sirath, más estrecho aún que el corte de un cuchillo, por el cual habrá que pasar el día del postrer juicio. Sostenidos por los ángeles, lo atravesarán los justos sin tropiezo; los pecadores, abandonados á sus propias fuerzas, caerán al valle de Josafat y de allí irán despeñados al infierno.

En otros puntos del monumento enséñanse la espada de Alí, el escudo de Hamza, tío y compañero de Omar, y el Corán que usó este califa.

Tal es lo principal que ha de verse en una visita á la Kubbeth-es-Sakhrah, la que siendo, como es, preciosa y característica expresión del arte arábigo, no puede en rigor

ser considerada como una verdadera mezquita; es una kubbeth, esto es, una cúpula que cobija un lugar sagrado, y nada más, si bien es notable entre cuantas existen en Oriente por lo grande y suntuosa.

En el mismo recinto del Haram, hacia el este, elévase la mezquita llamada Djami-el-Aksa, de que antes de ahora hemos tenido ocasión de hablar. Un pórtico con siete arcos, obra de Melik-el-Moazzem-Issa, sobrino de Saladino, en el año de 1236, precede la fachada septentrional, y corresponde cada uno de aquellos á las siete puertas y otras tantas naves que tiene la mezquita después de las sucesivas modificaciones de que ha sido objeto. En su estado actual forma un rectángulo que mide noventa metros á lo largo por sesenta á lo ancho; las colunas que sostienen las bóvedas y la cúpula son de estilos y mármoles distintos, procedentes de más antiguos monumentos, y es probable que fuesen parte de la basílica y de los pórticos levantados por Justiniano. En el año de 1327 fué la cúpula restaurada por disposición del sultán Mohamed-ben-Kelaun. Vidrieras de colores de igual época que las de la Sakhrah, pero menos bellas, adornan las ventanas que se abren en la nave central.

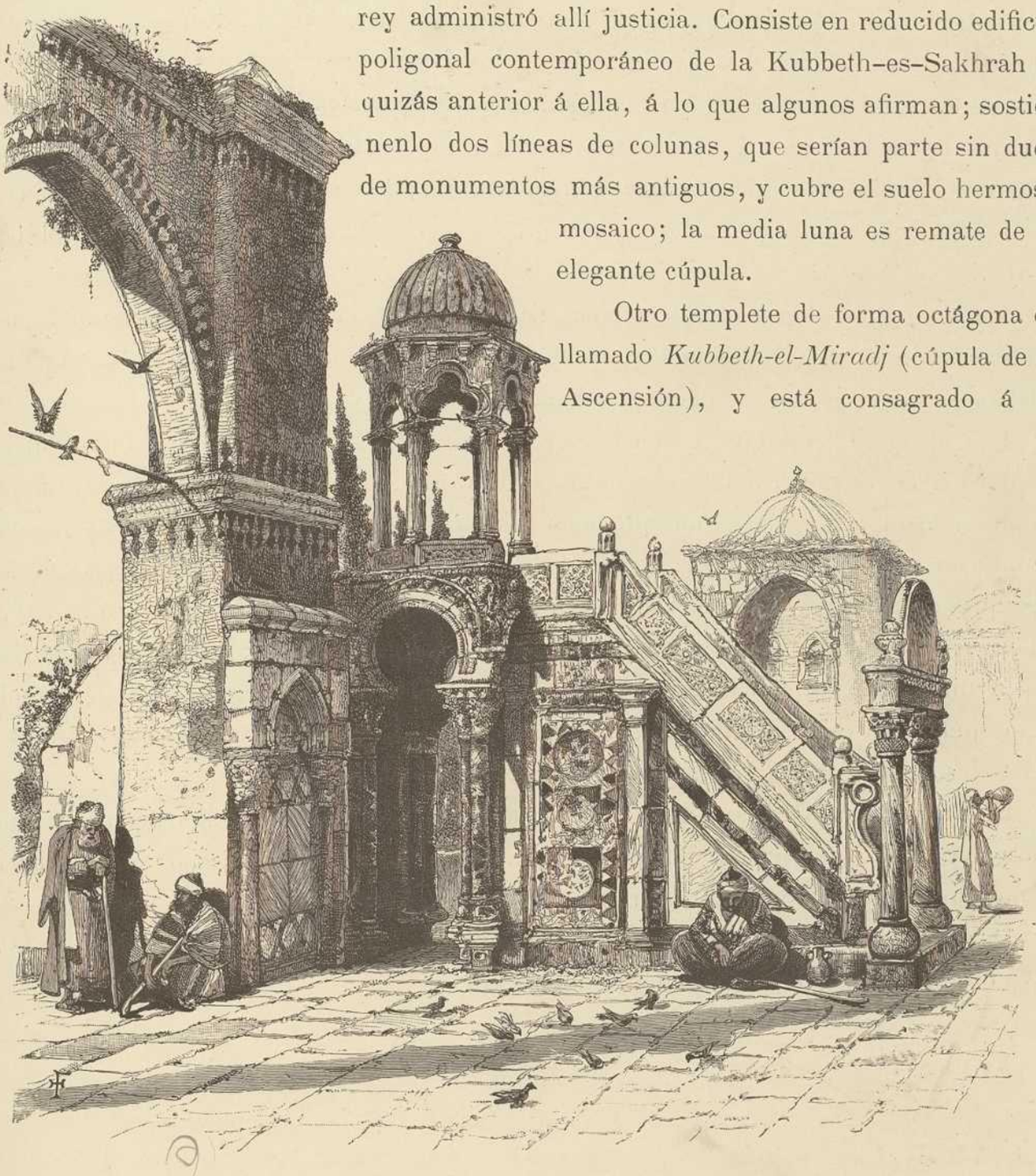
Obsérvase en toda la obra característica confusión de estilos, y si en un lado conócese la obra de los arquitectos latinos, vese en otro la mano de los artífices musulmanes. Existe en la mezquita el magnífico púlpito de que antes hemos hablado, y las dos colunas que se alzan á poca distancia de él son llamadas de la Prueba: estando muy inmediatas una á otra no es fácil pasar entre ambas sino á las personas de poca corpulencia; las demás han de emplear más ó menos esfuerzo. Las que lo consiguen están predestinadas para el paraíso de Mahoma; á aquellas que no lo logran les aguardan tristes días después de la muerte. Si un cristiano intentase pasar entre las dos colunas, el espacio que las separa se estrecharía hasta aplastarle y dejarle sin vida.

Enséñanse en la mezquita la tumba de dos hijos de Aarón, indicada en el suelo por una piedra rectangular rodeada por una balaustrada, y además la boca de un subterráneo, llamado de la Hoja, por el cual llegó un hombre hasta el paraíso trayendo de allí una hoja verde detrás de la oreja; el sitio en que fué muerto san Zacarías; aquellos donde hicieron oración san Juan Bautista y el califa Omar, y dos *mihrabs*, dedicados el uno á Moisés y el otro á Jesucristo. Junto á él los musulmanes muestran y besan con respeto, en una piedra de mármol blanco, la huella de uno de los piés de nuestro Redentor, y en la veneración que profesan á Jesús, á quien tienen por uno de sus grandes profetas, guardan en oratorio subterráneo, en el ángulo sudeste del Haram, su supuesta cuna. La tradición cristiana dice que aquel lugar fué morada del anciano Simeón y que en él pasó algunos días la Santísima Virgen después de la presentación de su divino Hijo.

Dada una mirada á la sala de armas de los Templarios que, situada al extremo de las naves del oeste, se halla en muy buen estado de conservación, saldremos de la vasta mezquita para examinar los otros edificios de menor importancia diseminados por la cumbre terraplenada del Moriah.

Inmediato á la puerta oriental elévase un esbelto oratorio rodeado de un pórtico; lleva el nombre de *Kubbeth-es-Silsileh* (cúpula de la Cadena), porque misteriosa é invisible cadena lo une con el cielo desde los tiempos de Salomón; si se llega á tocarla quien ha cometido un perjurio, de ella se desprende un eslabón. Los musulmanes llaman también á este monumento *Mekkemeh Daud* (tribunal de David), por creer que este rey administró allí justicia. Consiste en reducido edificio poligonal contemporáneo de la Kubbeth-es-Sakhrah y quizás anterior á ella, á lo que algunos afirman; sostiénenlo dos líneas de colunas, que serían parte sin duda de monumentos más antiguos, y cubre el suelo hermoso mosaico; la media luna es remate de la elegante cúpula.

Otro templete de forma octágona es llamado *Kubbeth-el-Miradj* (cúpula de la Ascensión), y está consagrado á la



Tribuna ó púlpito en el Haram

memoria del nocturno viaje de Mahoma al cielo; data, según una inscripción, del año de 1200 (597 de la hégira). A poca distancia vese antigua pila bautismal que sirve de abrevadero.

Tres cúpulas, sostenidas igualmente por colunas de mármol, están dedicadas: la primera á las Tablas de la Ley, y es llamada *Kubbeth-es-Aluah;* la segunda al arcángel Gabriel, por lo cual lleva el nombre de *Kubbeth Djibrail,* y la tercera á san Jorge

venerado á la vez por musulmanes y cristianos; llámase *Kubbeth-el-Khadher*. Estos monumentos, lo mismo que un hermoso púlpito ó tribuna construída en el siglo XV desde la cual se explica el Corán todos los viernes del Ramadan y que lleva el nombre de Omar y también el de su constructor el Kadi Burhan ed-Din, se alzan en el terraplén superior de la gran cúpula de la Sakhrah. Una hermosa fuente, rodeada de árboles y construída en 1445 por el sultán mameluco Malek-el-Achraf Kait-Bey, lleva aún su nombre y embellece la meseta inferior.

En ésta, al norte de la puerta Dorada y adherido al muro del recinto, hállase otro oratorio llamado Trono de Salomón, donde, según tradición musulmana, fué hallado cadáver el sabio rey. Encierra este edificio un cenotafio rodeado de una verja de hierros en la cual colocan los musulmanes retazos de tela para obtener los favores del hijo de David.

En el ángulo sudoeste álzanse la cúpula de Moisés y la de Fátima, hija de Mahoma; finalmente en el muro occidental apóyase la mezquita de los Mogrebinos, que, como las anteriores, no ofrece cosa digna de particular mención.

Los otros edificios que existen en el terraplén del Haram carecen de importancia, y consisten en escuelas donde se enseña el Corán y en viviendas particulares; han de llamar sí la atención varias antiquísimas cisternas y albercas labradas en la peña que comunican entre sí por subterráneos conductos y eran alimentadas por el agua de los estanques de Salomón. Algunos cipreses, cual fúnebres monumentos, elevan su negro follaje en aquel lugar tan rico en recuerdos de luto y desolación; en la vasta soledad crecen unos pocos y carcomidos olivos, y sobre el Haram, como antes sobre el templo de los judíos, revolotean constantemente aquellas bandadas de cornejas que movieron á Herodes á resguardar la techumbre con metálicas agujas.

El Haram forma como una ciudad separada y distinta de Jerusalén, con su administración especial, su jeque y sus jerifes, que son siempre personajes de importancia. La mezquita disfruta de cuantiosas rentas.

De esta manera existe doce siglos van cumplidos, y por lo tanto ha durado ya tres veces más que el templo de Salomón.

VII

Antiguas necrópolis de Jerusalén.—Sepulcros de David y Salomón —Panteón de los Reyes.—Panteón de los jueces.—Panteón de los profetas.—El valle de Josafat.—Sepulcro de Absalón.—Sepulcro de Josafat.—Sepulcro de Santiago el Menor.—Sepulcro de Zacarías.—El valle de Hinnom.—Sepulcro de Anás.—*Hakeldama.*—Otros sepulcros.—Sepulcros de Helena, reina de Adiabenes.—Sepulcros del sumo sacerdote Juan y de Alejandro Janneo —Osarios judaicos.—Sepulturas musulmanas.—Cementerios cristianos.

La muerte de David refiérela la Biblia en el libro III de los Reyes con estas sencillas palabras:

«David se durmió con sus antepasados, y fué sepultado en la ciudad de David.»

Sobre este punto entra en más pormenores el historiador Josefo. «Su hijo Salomón, dice, le dió en Jerusalén magnífica sepultura, y además de tributarle cuantas honras eran de costumbre en los reyes, enterró con él enorme tesoro cuya extraordinaria importancia puede conjeturarse por el hecho que voy á referir. Transcurridos mil y trescientos años, hallándose el pontífice Hyrcano sitiado por Antíoco apellidado Eusebio, hijo de Demetrio, y no sabiendo cómo procurarse la suma que le prometiera para que fuese el cerco levantado, abrió una de las estancias ó nichos del monumento de David y sacó de él tres mil talentos. Muchos años después abrió el rey Herodes otra estancia y extrajo de ella gran riqueza; pero ni uno ni otro llegaron al misterioso sitio en que descansaban las cenizas de los reyes, pues estaban con tal arte sepultadas en tierra que nada veían los que en el monumento penetraban.»

El mismo historiador, al referir en otra obra la violación de estos sepulcros por Herodes, añade que el príncipe perdió, devorados por las llamas, á dos de sus *doryforos* ó domésticos, en el momento en que, después de apoderarse de muchos y preciosos objetos, quisieron penetrar en el oculto recinto que encerraba los cuerpos de David y Salomón. Asustado, dióse prisa á salir, y para conjurar el divino enojo dispuso que en la entrada del panteón fuese erigido un monumento de piedra blanca, el cual costó considerables sumas.

Benjamín de Tudela, que peregrinó en 1173, cuenta que quince años antes de su llegada á Tierra Santa se desplomó en el monte Sión parte de un muro; dedicados á su reparación algunos operarios, dos que habían sido los últimos en cesar en el trabajo, levantaron un día una losa que les facilitó entrada en un subterráneo, y andando por él hallaron una sala con las paredes incrustadas de plata y oro y con bóvedas sostenidas por colunas de mármol. Había en ella una mesa y en la mesa una corona y un cetro de oro; vieron también varias urnas, pero no se enteraron de lo que contenían. Como quisieran seguir avanzando fueron derribados por un torbellino, permaneciendo privados de sentido hasta la noche en que oyeron una voz que les mandó levantarse y salir fuera, lo que verificaron.

Relato es este que parece calcado en el de Josefo, no siendo probable que en el siglo XII se encontrasen aún allí un cetro y una corona.

En la colina de Sión, en efecto, hubo de estar situado el panteón famoso, empezado por Salomón y continuado por sus sucesores los reyes de Judá á proporción que habían de ser en él depositados nuevos y regios sarcófagos; así lo expresa terminantemente un pasaje de Nehemías, y san Pedro, predicando por primera vez á gran multitud reunida en el Cenáculo, dijo que cerca de ellos tenían el sepulcro del patriarca David.

De ahí sin duda la tradición musulmana que hemos referido en el anterior capítulo al visitar el Deir Neby Daud y lo del sarcófago en él venerado; ese sarcófago es apócrifo sin duda ninguna, pero no por ello deja de ser testimonio de que una tradición constante, adoptada lo mismo por musulmanes que por cristianos y judíos, ha colocado siempre en el monte Sión el sepulcro del rey profeta. Quizás, dice M. Guerin, podríase llegar á descubrirlo de alcanzar permiso para verificar excavaciones en el Cenáculo ó en sus inmediaciones.

Esto no obstante, M. de Saulcy y otros autores creen y afirman que el panteón de los reyes de Judá fué el renombrado Kobur-el-Moluk ó Kobur-es-Selathin (sepulcros de los reyes ó sultanes), monumento fúnebre de extraordinaria magnificencia que se encuentra en vasta excavación á unos setecientos y setenta metros al norte de la ciudad, saliendo por la puerta de Damasco y tomando el camino de Naplusa. Universalmente admirado y varias veces descrito, los trabajos de su desmonte y limpia que en el año de 1863 dirigió M. de Saulcy permiten apreciarlo desde aquella fecha, sino por completo, con mayor conocimiento de sus pormenores y de sus bellezas, y siguiendo á aquel autor vamos á dar del mismo una idea tal como en el día se ofrece á los ojos del viajero.

Bájase al Kobur-el-Moluk por una escalera de veintiséis peldaños labrados en la peña é interrumpidos por varios descansos; al llegar al postrer escalón hállase un portal que franquea el paso por recio y peñascoso muro en cuyo espesor está abierta la escalera, y se entra en una especie de zaguán ó patio labrado verticalmente en la roca, el cual pudo ser en un principio una cantera; mide este patio veintisiete metros por cada lado y tiene seis de profundidad, siendo su suelo muy desigual y pedregoso por la acumulación de escombros que en él se ha ido formando. En el lado occidental ábrase ancho vestíbulo, que por desgracia ofrece visibles señales de los ultrajes que le han inferido el tiempo, los hombres y los terremotos, siendo de los últimos testimonio la profunda grieta que lo corta casi de arriba abajo; sostenían lo dos colunas, de las que sólo queda en su lugar parte del capitel de la derecha, y dos pilastras adheridas al peñascoso muro; mutilada guirnalda de hojas y frutos, esculpida con gran perfección y delicadeza, rodea el dintel de la puerta cayendo por los lados en festones, y corre por la parte superior del arquitrabe hermoso friso con palmas, coronas, páteras y triglitos con un racimo de uvas en el centro, como emblema de la Tierra prometida. Sobre el friso, también muy maltrecho, extiéndese un cornisamento que alcanza casi al nivel del terreno inmediato.

Transpuesto el umbral del vestíbulo vese en la pared de la izquierda una puertecita, que se cerraría por medio de un gran disco de piedra encajado en circular ranura y

se levantaría con el auxilio de una palanca; da ingreso en cuadrada antecámara llena de tierra y escombros antes de 1863, y en ella encontró M. de Saulcy gran número de objetos de la época romana, monedas anteriores al asedio de Tito y urnas de distintas dimensiones con restos humanos incinerados, lo cual dió pié á aquel erudito para suponer haber dado con una de las fosas ó carneros á los que serían arrojados durante el sitio los cadáveres de romanos y judíos. Pásase de esta antecámara á varias estancias sepulcrales por tres pequeñas aberturas, cerradas antes con puertas de piedra, en el día rotas ó desaparecidas, cuyos goznes y espigones estaban trabajados en la misma roca; son en número de nueve, y cuantos sepulcros contenían en nichos ú hornacinas cobijadas por un arco abovedado, han sido hace tiempo violados, rotos en parte y en parte sustraídos [1]. M. de Saulcy, en la fecha citada, descubrió otra sala de baja techumbre, inexplorada hasta aquel día, y en ella encontró un sarcófago intacto, provisto de su tapa, y colocado en fúnebre banco debajo de un arco ó bóveda. En la parte anterior del mismo leíase una inscripción semítica de dos líneas, y levantada la tapa vióse un bien conservado esqueleto, que apoyaba la cabeza en una especie de almohada formada en la misma piedra de la tumba; había pertenecido á una mujer, y al recibir la luz se deshizo y desapareció en polvo. El sarcófago fué remitido al museo del Louvre donde actualmente se encuentra, y la inscripción que es bilingüe, escrita la primera línea en arameo y la segunda en hebreo cuadrado, fué traducida así por M. de Saulcy: aquella, *Zodan* ó *Zoran*, *reina*, y esta, *Sadah* ó *Sarah*, *reina*.

Hasta ahora la época á que este sepulcro pertenece es todavía un problema sin solución; la reina cuyos restos yacieron en él era aramea; su nombre y dignidad fueron desde un principio escritos en el sarcófago con caracteres arameos, y otra mano tradujo y grabó después en hebreo la fúnebre leyenda. Esto es lo único que al parecer puede afirmarse; todo lo demás, dice M. de Saulcy, cae bajo el dominio de la hipótesis.

Y en cuanto al grandioso panteón de Kobur-el-Moluk, que ha de calificarse sin vacilar de necrópolis regia, ya que una reina (*malketah*, dice la inscripción hebrea) fué en él sepultada, y esto en lugar que no era el de preferencia ¿á qué dinastía ha de ser atribuído? A larga y empeñada discusión ha dado lugar este punto entre los sabios, y de ella se deduce que no pudo pertenecer el panteón á los reyes asmoneos, cuyos sepulcros han sido hallados en Modiim, cerca de Lydda, conforme á su tiempo diremos, ni tampoco á la dinastía de Herodes, por constar los lugares distintos en que sus príncipes fueron sepultados. No es admisible que pueda ser, según pretenden varios arqueólogos, el sepulcro de Helena, reina de Adiabenes, y de su hijo Izates, así por su situación diferente de la que señala Josefo al último monumento, como por sus vastas proporciones, impropias para dos sepulturas [2]; tampoco lo es que fuera

[1] De los pilones de algunas fuentes árabes, en el día secas, se dice, con apariencias de verdad, que fueron antiguos sarcófagos de Kobur-el-Moluk.

[2] En refutación de este último argumento alegan los sostenedores de la opinión contraria que Izates tuvo veinticuatro hijos y que es probable que fuesen todos sepultados con él.

la de Alejandro Janneo por iguales razones, de manera que lo que hasta ahora reune, al parecer, mayor número de probabilidades es que el Kobur-el-Moluk fué panteón de los reyes de Judá.

Panteón de los Jueces, á la izquierda; á la derecha Panteón de los Reyes

Pero contra tal opinión subsiste y permanece en pié, impidiendo que sea generalmente admitida, el pasaje de Nehemías antes citado, que coloca en el monte Sión el sepulcro de David, y para conciliar una y otro M. Guerin, fundado en unas palabras de Ezequiel, propone la solución siguiente que, si bien pertenece hasta ahora al dominio de las suposiciones, no deja de ofrecer caracteres de verosímil.

Dijo el profeta:

«Hijo de hombre, este es el asiento de mi trono, el escabel de mis piés y el lugar en que para siempre tenga mi morada en medio de los hijos de Israel, los cuales cesarán

de hoy más en las profanaciones de mi santo nombre, ellos y sus reyes, con su idolatría y con los cadáveres de sus monarcas.

«Echen, pues, lejos de mí su idolatría y los restos de sus reyes, y moraré siempre en medio de ellos.»

Y ahora el autor citado:

«De estos versículos creo poder deducir que antes del cautiverio de Babilonia, durante el cual profetizó Ezequiel, los sepulcros de los reyes de Judá, situados en el monte Sión, habían infringido por su inmediación al Templo las prescripciones de la ley mosaica, al paso que, por obedecer al mandato del Señor que habló por su profeta, fueron después trasladados al magnífico panteón de que se trata. En el monte Sión, en la ciudad propiamente dicha de David, labróse la primitiva necrópolis de los reyes de Judá, en el lugar designado por Nehemías con el nombre de Sepulcro de David, príncipe que era como personificación de su dinastía y que daba su nombre único al común y múltiple mausoleo donde yacían, en distintas salas sepulcrales, los restos de los reyes descendientes suyos. Tiempo después sus regios despojos serían trasladados más lejos de la ciudad, al panteón que M. de Saulcy les atribuye, y que por lo mismo, construído y decorado en época más reciente, pudo sin dificultad reproducir en su vestíbulo rasgos de la arquitectura griega.

»Y si se alega en contra de esta hipótesis que de los pasajes en que el historiador Josefo narra la violación del sepulcro de David por Juan Hyrcano y Herodes se deduce, al parecer, que aun reinando el último ocupaban todavía David y Salomón en la colina de Sión, en misteriosas estancias, el lugar en que fueron sus restos depositados, y que lo mismo se desprende de las palabras de san Pedro, no puede haber inconveniente en admitir que, haciéndose excepción en favor de aquellos monarcas, se les dejó descansar en paz en su sepulcro primero, al uno por haber sido á un tiempo profeta y rey y haber reparado sus yerros con fervoroso arrepentimiento, y al otro por haber sido fundador del Templo para el cual hubo de limitarse su padre á preparar los materiales.

»Si la hipótesis de la traslación de las regias cenizas de la necrópolis de Sión á la de Kobur-el-Moluk no se considerase aceptable, propondré otra, consistente en decir que en la primera, ó sea la de Sión, tuvieron sepultura únicamente los reyes de la dinastía de David, como consagrados que en cierta manera quedaban por la santa unción y por el carácter real de que estaban revestidos; pero sus mujeres, aunque reinas, y los príncipes descendientes suyos que no llegaron á reinar, fueron sepultados en Kobur-el-Moluk. Además, aun cuando los ornamentos del vestíbulo correspondan, al parecer, á un estilo antes griego que judaico, acerca de lo cual conviene no olvidar que los griegos tomaron de egipcios, fenicios y judíos muchos principios arquitectónicos que se limitaron á perfeccionar, pero que no inventaron, ¿qué dificultad habría en suponer que las funerarias salas de Kobur-el-Moluk fueron en todo ó en parte anteriores á la decoración exterior del vestíbulo?»

Así se expresa el autor antes nombrado y este es en el día el estado de la científica cuestión suscitada por uno de los monumentos más grandiosos y menos conocidos de Tierra Santa. A creer á antiguas relaciones de viaje el vasto y subterráneo monumento estuvo indicado por tres elevadas pirámides, y de esto toma pie M. de Saulcy para afirmarse aún más en su opinión de haber sido los sepulcros de Kobur-el-Moluk los profanados por Herodes y aquellas pirámides el monumento expiatorio erigido por aquel monarca. En el día no existe obra alguna que indique en lo exterior la existencia de la magnífica necrópolis.

A unos mil y quinientos metros al noroeste de la puerta de Damasco se encuentra otra excavación sepulcral, que, comparable en magnificencia con la anterior, contiene, en distintos altos, una serie de salas en cuyas paredes se abren sesenta nichos funerarios; como por lo estrechos no pudieron contener ataudes es de creer que los cadáveres serían en ellos depositados con sólo la mortaja. El vestíbulo que da entrada á la vasta catacumba tiene elegante portada cuyo tímpano está adornado con graciosas guirnaldas de follaje, flores y frutos; la puerta de la primera sala sepulcral es también notable por sus bellos ornamentos. Lleva el monumento el nombre de Kobur-el-Kodha (panteón de los Jueces), y con este motivo plantea M. de Saulcy las siguientes cuestiones: «¿De qué Jueces se trata aquí? ¿de los Nasi ó magistrados elegidos por las tribus? ¿de los Elohim (adivinos), nombrados igualmente por el pueblo? Sin datos para decidirlo, me limitaré á afirmar que para mí es punto poco menos que demostrado que el sepulcral subterráneo es contemporáneo de los reyes de Judá y ha recibido en su recinto los restos de una serie de magistrados supremos cuyas funciones no tenían el carácter de hereditarias.»

«No pueden ser los sepultados en este lugar los quince jueces de Israel, porque sabemos de casi todos ellos que lo fueron en el territorio de su propia tribu, dice sobre el mismo asunto M. Guerin, pero nada se opone á creer la afirmativa por lo que toca é los individuos del Sanedrín que, presididos por el Nasi y en número de setenta y dos, celebraban sus sesiones para la resolución de importantes causas y la interpretación de las leyes en una sala llamaba Gazith, inmediata al Templo.» En aquellos ornamentos de las puertas descúbrese la mano de artistas griegos ó romanos, y esto ha servido de argumento para impugnar la afirmación antes dicha de M. de Saulcy; atiéndase, sin embargo, á que tales adornos, aún en el caso de no pertenecer á artistas judíos de la época de los Reyes, lo cual no es seguro, pudieron ser aplicados á un monumento ya de mucho antes existente. El Kobur-el-Kodha encuéntrase en total abandono y sirve de refugio á los ganados. En pocos años ha experimentado grandes deterioros.

A unos doscientos y ochenta metros al sudoeste del santuario de la Ascensión en el monte de los Olivos, y en medio de olivares y campos cultivados, hállase otra interesante catacumba que lleva el nombre de Kobur-el-Aubia ó Panteón de los profetas. Bájase al subterráneo por rápida cuesta que lleva á una rotonda cuya bóveda tiene en el centro circular abertura ó tragaluz; de ella parten tres angostos pasadizos que

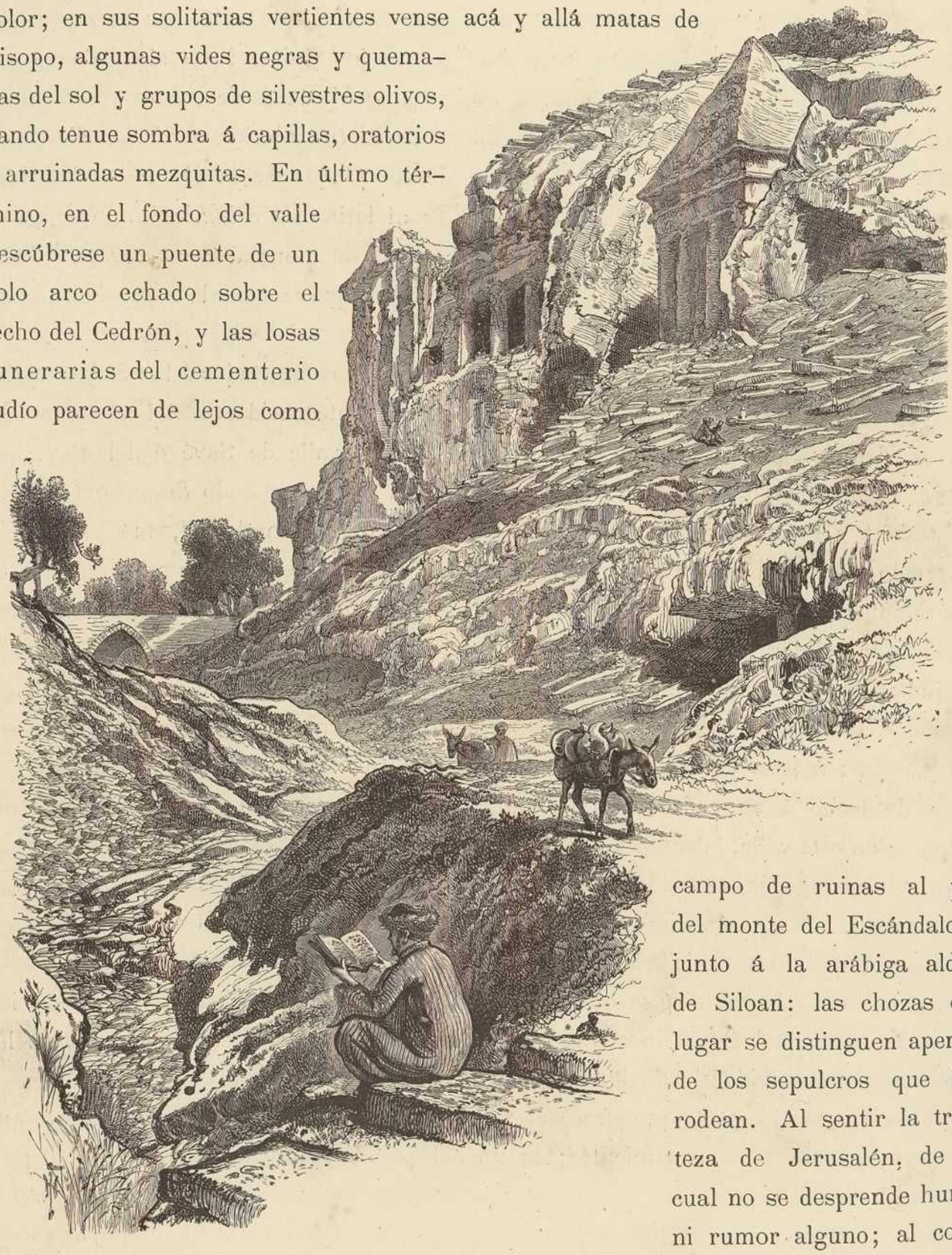
llevan á dos galerías semicirculares y concéntricas en cuyas paredes se abren funerarios nichos y á otras reducidas estancias sepulcrales, en las que se entra con dificultad suma. Hanse descubierto allí varias inscripciones griegas de la época cristiana, prueba de que en aquel lugar tuvieron sepultura discípulos de la nueva doctrina; antes de ello recibiría este lugar los mortales restos de personajes judíos investidos de sagrado carácter, como su nombre lo atestigua. En opinión de M. de Saulcy, á esta catacumba aludió Josefo cuando, al hablar de las líneas de circunvalación de Tito, dice que, atravesando el Cedrón, rodeaban el monte de los Olivos hasta las rocas llamadas *Peristereon,* pues este nombre griego corresponde al latino de *columbarium*, que puede aplicarse perfectamente al panteón. Este lugar sirvió de morada á anacoretas. Créese que allí habitaban los solitarios del monte de los Olivos que en el siglo IV sacaban copias para san Jerónimo de los Diálogos de Cicerón.

Y pues estamos recorriendo los fúnebres recintos consagrados á la muerte en las inmediaciones de la ciudad y nos hallamos en la vertiente occidental del monte de los Olivos, descendamos al lecho arenoso del Cedrón, al valle de Savé ó del Rey, que presenció la entrevista de Melkhisedec y Abraham, y que, tomando después el nombre de Josafat por haber tenido en él sepultura el rey así nombrado, fué al parecer destinado siempre para cementerio de Jerusalen. Allí se encuentran monumentos de los remotos siglos y de los tiempos modernos, y todo el valle está como invadido y cubierto de sepulcrales losas antiguas unas y recientes muchas, bajo las que descansan los judíos que de tiempo inmemorial afluyen á Jerusalén desde Europa, Asia y Africa, para dormir en aquel lugar el eterno sueño y confundir sus cenizas con las de sus antepasados; á peso de oro adquieren del extranjero unos palmos de tierra para que sirva de lecho á su cadáver en el campo de sus mayores. Los cedros que plantó Salomón en este valle, la sombra del templo que lo protegía, el torrente que lo surca, cuyo nombre significa oscuridad y aflicción, los doloridos cánticos que allí compuso David, los lamentos que confió á sus ecos Jeremías, todo, como expresa Chateaubriand, lo hacía adecuado y propio para la tristeza y la paz de los sepulcros. Al comenzar su Pasión en este solitario lugar, diríase que por Jesucristo le fué impresa nueva consagración de dolor; allí aquel David inocente, para borrar nuestros delitos, vertió otra vez las lágrimas que el David culpado derramó en expiación de sus propios pecados.

Desolado es el aspecto que ofrece el valle de Josafat y no hay lugar en la tierra que evoque más solemnes pensamientos; ni un solo objeto animado distrae al que llega á meditar á su triste soledad: una ciudad amortajada en sus infortunios, un torrente sin agua, por todos lados fúnebres monumentos, peladas rocas, algunos árboles sin hojas, áridos montes, sepulturas rotas y abiertas, la memoria de los mártires y de los profetas, la agonía del Hijo de Dios y su venida al fin de los siglos para juzgar á los hombres, este es el espectáculo y estas las ideas que llenan el alma de emoción y espanto.

Forma la ladera occidental del valle alta y escarpada colina de terreno gredoso y

ceniciento que sostiene las góticas murallas por encima de los cuales se ve asomar á Jerusalén; constituyen la oriental el monte de los Olivos y el del Escándalo, y una y otra montaña que se tocan, son áridas y de rojizo y sombrío color; en sus solitarias vertientes vense acá y allá matas de hisopo, algunas vides negras y quemadas del sol y grupos de silvestres olivos, dando tenue sombra á capillas, oratorios y arruinadas mezquitas. En último término, en el fondo del valle descúbrese un puente de un solo arco echado sobre el lecho del Cedrón, y las losas funerarias del cementerio judío parecen de lejos como



Cementerio judaico en el valle de Josafat
Sepulcros de Zacarías y de Santiago. Puente sobre el torrente

campo de ruinas al pie del monte del Escándalo y junto á la arábiga aldea de Siloan: las chozas del lugar se distinguen apenas de los sepulcros que las rodean. Al sentir la tristeza de Jerusalén, de la cual no se desprende humo ni rumor alguno; al contemplar la soledad de unas montañas por las que no discurre ni un sér animado; al ver el desorden de aquellas tumbas hendidas, rotas, entreabiertas, diríase, según expresión de Chateaubriand, que ha sonado ya la trompeta del tremendo juicio y que los muertos van á llenar todo el ámbito del valle de Josafat.

Cuatro mausoleos principales, los sepulcros de Absalón, de Josafat, de Santiago el Menor y de Zacarías, atraen con preferencia en aquel lugar de desolación la mirada del viajero; sobre los cuatro ha tenido ocasión de ejercitarse en prolongadas discusiones

Sepulcro de Absalón

la crítica de los arqueólogos, siendo por unos considerados como antiquísimos y de origen puramente hebraico y por otros como de época mucho más reciente.

Sabemos por la Sagrada Escritura que Absalón, hijo de David, erigió en el valle de Savé ó del Rey un monumento destinado á ser su sepultura; dícenos también el inspirado libro que el príncipe rebelde, al caer á los golpes de Joab, fué enterrado en

una fosa abierta en un bosque, al otro lado del Jordán, sobre la que se amontonaron piedras, pero existe una tradición que supone haber el desconsolado padre mandado exhumar el cadáver y depositarlo en el monumento que su hijo se preparara en vida. Sea de esto lo que fuere, Josefo menciona el monumento del valle de Josafat con el nombre del desgraciado príncipe, y la tradición constante y universal á él lo atribuye.

Consiste en una mole cúbica cortada del inmediato monte y ahuecada y labrada por mano de los hombres; quizás descanse en forma de gradería en una base hoy enterrada, y mide por lado seis metros y ochenta y cinco centímetros. Forman el ornamento de cada uno dos colunas y dos medias colunas jónicas, adheridas éstas á las pilastras de los ángulos, y sobre ellas corre un friso dórico con páteras y triglifos; remátalo una verdadera cornisa egipcia. Este primer cuerpo es completamente monolito; lo demás está construído con sillares, y se compone de otro cuadrado, terminado en una cornisa más pequeña que la anterior y base de una pirámide, adornada en su vértice con una haz de palmas, semejante á un capitel egipcio. En la cara meridional del mausoleo, debajo de la cornisa egipcia, ábrese una puertecita cuadrada que comunica con una estancia sepulcral, á la que se baja por algunos peldaños; en ella, cobijados por una bovedilla, vese lugar para tres sarcófagos que en el día han desaparecido. Escombros y cascajo impiden reconocer el suelo. La altura total del monumento tal como se ofrece hoy á la vista del que lo contempla, es de catorce metros y sesenta centímetros.

Hemos dicho que acerca de este edificio, que presenta reunidos en singular maridaje los géneros arquitectónicos más distintos, se han emitido encontradas opiniones; quien, como M. de Saulcy, ha visto en él un monumento primitivo de la época que la tradición le señala; quien mira en él una obra de los tiempos de decadencia. No se olvide, sin embargo, al juzgar de la impresión que causan las colunas dóricas y el jónico friso que uno y otro estilo tuvieron su orígen en Egipto, y que el reciente descubrimiento de las ruinas de Nínive ha dado mucha luz sobre sus primeros esbozos antes que los griegos constituyeran con ellos los suyos peculiares y clásicos. Además también de este monumento es posible pensar con M. Guerin que, contemporáneo de David en su parte esencial, fué en época posterior modificado y adornado, perdiendo las más sencillas y austeras formas que en un principio tuviera.

Los musulmanes dan al sepulcro de Absalón el nombre de *Tantur-Faraun* (gorro de Faraón). Los judíos, aun hoy, no pasan por junto á él sin arrojarle una piedra, como para expresar el horror hacia el hijo desnaturalizado.

A pocos pasos al nordeste del sepulcro de Absalón hállase un monumento, en parte sepultado entre escombros, al que los judíos y los cristianos de Jerusalén dan el nombre de sepulcro de Josafat. La puerta, abierta á occidente, estuvo adornada con elegancia y buen gusto, y en su tímpano se conservan todavía bellas esculturas; llégase por ella á tres salas sepulcrales; por los vestigios de pinturas que en una existen sospé-

chase si pudo servir en otro tiempo de capilla cristiana. En la sala más interior suelen encontrarse cintas con peticiones ó retazos de pergamino que allí echan los judíos por una claraboya del techo para hacer llegar sus deseos á conocimiento de su venerado monarca.

Dícenos la Biblia que el rey Josafat se durmió con sus antepasados y fué con ellos sepultado en la ciudad de David; de modo que para justificar la tradición referente á la sepultura de que tratamos, es preciso admitir (lo cual es muy posible) que aquel soberano mandó erigir para su familia un monumento funerario en el valle que tiempo después llevó su nombre, al paso que él, como rey que era, fué depositado, acaecida su muerte, en la necrópolis real del monte Sión. Y si se objeta contra esta opinión, dice M. Guerin, el ornamento del frontis, el que, siendo debido al parecer al arte de Grecia ó de Roma, hay que atribuir á la época de los Asmoneos y quizás á tiempo más bajo aún, esto es, á la dinastía de Herodes, ningún inconveniente existe en que este monumento, al igual de otros que están en igual caso, fuese en su origen y primordial forma puramente judaico, para ser objeto en tiempos posteriores de restauración y reforma según el estilo griego ó romano.

A ochenta y cinco pasos al sur de este mausoleo encuéntrase el tercero, venerado por los cristianos con el nombre de sepulcro de Santiago y llamado por los musulmanes *Diuan Faraun* (Diván de Faraón). Llégase á él siguiendo el plano inclinado que parte de la boca de una caverna y que al parecer oculta antigua escalera; excavado á más de diez metros debajo del lecho del Cedrón, muéstrase al exterior un vestíbulo sustenido por dos colunas y dos medias pilastras dóricas, reunidos estos cuatro apoyos por un arquitrabe sobre el cual corre un friso, dórico también, rematado á su vez por una cornisa de igual estilo. Grabada en el arquitrabe existe una inscripción hebraica de muy difícil lectura por su gran deterioro; pero interpretada por M. de Vogué, se ha sabido por ella pertenecer aquel mausoleo á ocho individuos de la familia sacerdotal de los Beni-Hezir, descendientes de Eleazar, hijo de Aaron. Ocho, en efecto, son los nichos funerarios que en el panteón se encuentran, y la fecha del monumento se cree corresponder á mediados del siglo IV antes de Jesucristo; algunos autores, empero, tiénenlo por contemporáneo de Herodes.

El suelo del vestíbulo se extiende sobre una base de peña de dos metros de altura, y mide seis á lo largo por tres á lo ancho; pásase por él á tres salas funerarias, que, según M. de Saulcy, no ofrecen en conjunto la noble sobriedad arquitectónica de las otras sepulturas judaicas, á las que atribuye este autor antigüedad más remota.

La tradición cristiana ha dado al subterráneo panteón el nombre de San Jaime; dice que al caer el Salvador, vendido por Judas, en manos de sus enemigos y al despertarse los aterrados discípulos, refugióse en su recinto san Jaime el menor, permaneciendo en él sin probar alimento hasta que allí mismo se le apareció Jesucristo resucitado. Este apóstol fué el primer obispo de Jerusalén; por confesar á su Maestro fué precipitado de lo alto del Templo, á instigación del sumo sacerdote Anano, y

oraba aún moribundo por sus enemigos cuando la turba emprendió con él á pedradas, un desalmado, descargándole en la cabeza terrible golpe con la maza de un batán, le remató y le dió la palma del martirio. Aquella tradición afirma que su cuerpo fué depositado en uno de los nichos del panteón de que estamos tratando, lo cual es muy posible. Según fray Lievin, la escalera que arranca de una de las salas y guía hasta la peña que forma la bóveda del subterráneo, llevaba antes á una capilla allí levantada en honor del santo en los primeros siglos cristianos; en la parte superior del vestíbulo obsérvanse aún como señales de una explanación; pero de la capilla ni vestigios quedan. El subterráneo sirve en el día de refugio á los ganados.

A pocos pasos de este sepulcro hállase el de Zacarías, con este nombre designado por cristianos y judíos; los musulmanes lo llaman *Karb Zudjet Faraun* (sepulcro de la esposa de Faraón). El mausoleo, enteramente monolito, está aislado de la mole peñascosa en que fué labrado y forma un cubo de cinco metros y cincuenta y tres centímetros por lado, adornado cada uno con dos colunas y dos medias colunas jónicas, adheridas á las pilastras de los ángulos. La cara que mira á oeste es la única acabada, y ostentan rara elegancia los capiteles de sus colunas; las otras tres han quedado en estado de esbozo más ó menos trabajado, y la del sur tiene las líneas apenas indicadas. En varios puntos de la superficie, sobre todo en los huecos de la parte inferior, subsisten todavía señales de una pintura rojiza, así como al lado del mediodía pueden verse aún los agujeros en que se colocaron los andamios que sirvieron á los operarios para labrar la roca. El arquitrabe, sostenido por los capiteles, termina en una cornisa egipcia semejante á la del sepulcro de Absalón, rematado todo por una pirámide truncada.

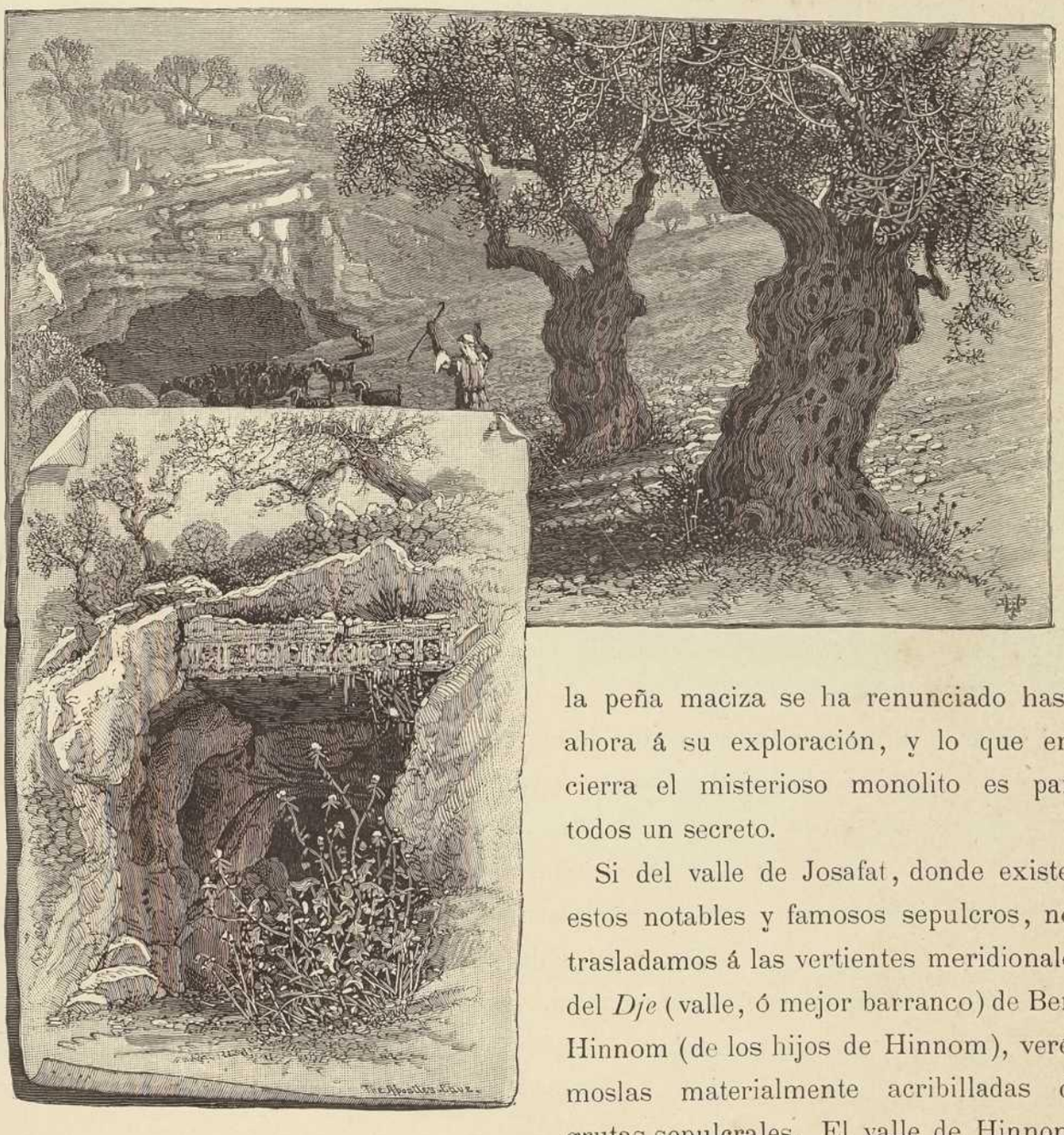
Hállase gran parte del monumento oculto y como enterrado, y esta vez no son las piedras arrojadas por los viandantes hebreos en señal de maldición las que se han acumulado en su base; el sepulcro de Zacarías goza, por el contrario, de gran veneración entre los judíos, quienes miran como honra señalada tener la sepultura lo más cerca posible del antiguo mausoleo. Las losas funerarias forman como vasto recinto que envuelve la base actual del sepulcro, el cual se ve cubierto todo él de nombres é inscripciones trazadas por los viajeros y piadosos visitantes. Su altura actual sobre el nivel del suelo contada hasta la cima de la cornisa es de cinco metros y sesenta y cinco centímetros, y su imponente aspecto hace muy comprensible la admiración que experimentó al verlo en el siglo IV el peregrino de Burdeos.

¿Quién fué el personaje por nombre Zacarías al que la tradición lo atribuye? En opinión de los más, si bien no reposa sobre fundamento alguno positivo es el hijo de Barachias, mencionado en el Evangelio de San Mateo, quien pone estas palabras en boca de Nuestro Señor Jesucristo:

«Os envío profetas, sabios y doctores, y vosotros matáis y crucificáis á unos y azotáis á los otros en vuestras sinagogas, persiguiéndoles de ciudad on ciudad, para que caiga sobre vosotros cuanta sangre inocente ha sido vertida en la tierra, desde

la del justo Abel hasta la de Zacarías, hijo de Barachias, á quien disteis muerte entre el templo y el altar.»

¿Por dónde se entraba en el monumento? ¿Consta de varias salas, como el de Absalón? Créese que la puerta está en el lado oriental oculta por las inmediatas tumbas; recientemente se intentó abrir brecha en aquel lado, mas por no hallar otra cosa que



Tumbas en el valle de Hinnom

la peña maciza se ha renunciado hasta ahora á su exploración, y lo que encierra el misterioso monolito es para todos un secreto.

Si del valle de Josafat, donde existen estos notables y famosos sepulcros, nos trasladamos á las vertientes meridionales del *Dje* (valle, ó mejor barranco) de Ben-Hinnom (de los hijos de Hinnom), veremoslas materialmente acribilladas de grutas sepulcrales. El valle de Hinnom, que fué límite primero entre la tribu de Judá y la tierra de los jebuseos, y después entre aquélla y la de Benjamín, divide el monte Sión de la colina del Mal Consejo. Allí fué donde, según expresión de san Jerónimo, pereció el pueblo judío por el infame culto que rindió á Moloch, allí, en el lugar llamado Tofet (lugar de la cremación), se levantaba la estatua de la horrible deidad entre cuyos brazos morían abrasadas inocentes víctimas: así sacrificaron sus propios hijos los reyes Achaz y Manassé, y aun mucho después de haber sido aquel lugar purificado por Josías era aún el *dje ben-Hinnom* objeto de horror para los hebreos; de

aquí el nombre de *gehenna*, abreviación de aquel que emplearon para designar el infierno. La colina que se alza al mediodía de Tofet es toda ella una vasta necrópolis; entre aquellas tumbas abiertas en las peñas las hay de todas las épocas, ofreciendo más ó menos adornos; la mayor parte datan de remota antigüedad, algunas vieron quizás la Jebus primitiva, siendo después utilizadas por las generaciones sucesivas; algunas llevan inscripciones, pero todas han sido profanadas, y lanzadas al viento las cenizas que contenían. «La necrópolis del valle de Hinnom, escribe M. de Saulcy, data del tiempo en que eran los jebuseos dueños del país, después de ellos, los israelitas confiaron á las mismas rocas los mortales restos de sus padres, y aquellas tumbas, que lo fueron más tarde de cristianos, han dejado de mudar de dueños y ocupantes á contar desde la caída del reino latino. Pero dentro de ellas ni á su alrededor apenas se encuentran hoy restos humanos: de la ciudad de los difuntos sólo los muertos han desaparecido, al paso que sus moradas han permanecido casi intactas.»

Esto, que era cierto hace unos veinte años, ha dejado ya de serlo, y no pocas de aquellas tumbas han sido arrasadas para emplear sus materiales en nuevas construcciones.

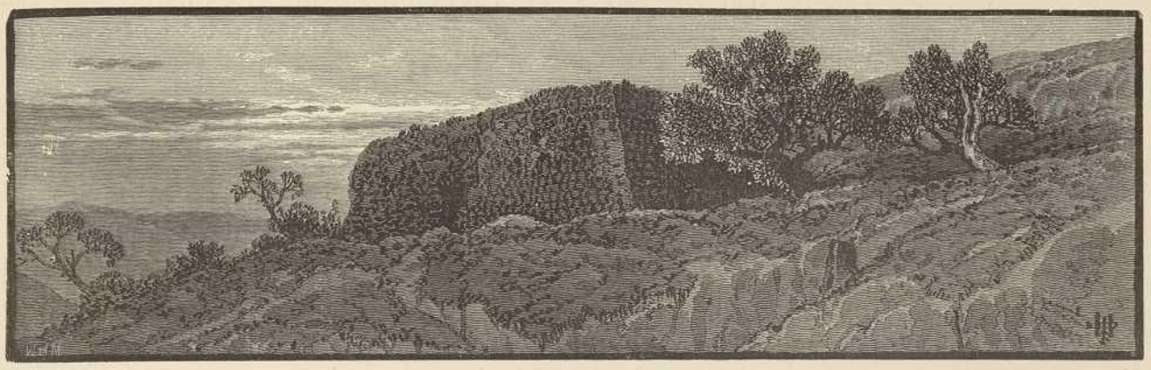
La sencillez es el carácter general de los sepulcros del valle de Hinnom: una puerta cuadrada, por lo común muy baja, lleva á una sala sepulcral con uno ó varios nichos ó *arcasolia;* en los más pásase de esta sala á otras, y al considerar el número de sepulturas que encierran es evidente que han de ser tenidos por panteones familiares. En varios de ellos hicieron morada, llegada que fué la época cristiana hasta el siglo VI, piadosos anacoretas.

Es entre estos monumentos notable el que lleva el nombre de Asilo de los Apóstoles á causa de la tradición cristiana que cree haberse refugiado en aquel subterráneo los discípulos al ser preso el divino Maestro en el huerto de Getsemaní. La puerta del vestíbulo que lo precede está adornada con elegante friso dórico, con racimos y flores; en las salas inmediatas se abren muchos nichos funerarios, y las paredes, lo mismo que el vestíbulo, conservan aún señales de pinturas religiosas, obra de los cenobitas que allí habitaron en la época bizantina. En el siglo III sirvió aquel lugar de retiro á san Onofre, y acaecida su muerte erigióse en él una capilla bajo su invocación. Cada año los griegos cismáticos de Jerusalén celebran un oficio en el subterráneo el día de su festividad.

La tradición judaica cree que es este monumento el sepulcro del gran sacerdote Anás ó Anano, ante quien fué llevado primeramente Nuestro Señor Jesucristo. Autores hay, sin embargo, que creen hallarse la sepultura de este personaje en el Hakeldama, hoy Hak-ed-Damm (precio de sangre).

El campo de triste recordación, como que fué adquirido con el dinero de la perfidia de Judas para dar sepultura á los extranjeros, encuéntrase, en efecto, al oeste del anterior sepulcro ó panteón. En él existe igualmente funerario subterráneo sobre el cual se levanta abovedado edificio de estilo romano, sostenido por un robusto pilar central;

la parte inferior está labrada en la misma roca; sillares forman la superior, y en las arruinadas paredes vense varios nichos sepulcrales. En el Hak-ed-Damm, llamado en árabe *el-Ferdus* (el Paraíso), existió una iglesia cuya fundación se atribuye á santa Helena; de ella nada queda. El monumento sepulcral fué reparado por los latinos en la época de las Cruzadas, y en él daban sepultura los caballeros de San Juan á los extranjeros que en su hospital fallecían, atribuyendo una tradición popular á aquella tierra la propiedad de consumir en veinticuatro horas los cadáveres en ella enterrados. Por esto se cuenta que la madre de Constantino cargó en varias naves y llevó á Roma gran cantidad de aquella tierra extraordinaria, y en el año de 1218 los pisanos extrajeron y se llevaron la suficiente para llenar su Campo Santo En época reciente se han verificado con ella varios experimentos para saber hasta qué punto era exacta tan singular propiedad, y se ha venido en conocimiento de que si dicha tierra la tuvo en efecto algún día, en la actualidad la ha perdido por completo. Conserva sí la de



HAKELDAMA

ser propia para la fabricación de vasijas de barro, y en este uso es aún empleada; en las excavaciones que allí se practican encuéntranse en gran cantidad fragmentos de vidriado, ofreciendo así constante testimonio en favor del texto evangélico: aquel es todavía el *campo del alfarero*.

Los armenios lo poseyeron hasta el año de 1841; en el día hállase todo él abandonado é inculto.

En el extremo occidental del valle de Hinnom hállase otro grupo de sepulcros de tosco trabajo y muy inferiores en belleza de estilo á los que quedan descritos; en muchos de ellos se escribieron epitafios cristianos. Uno, varias veces reproducido, indica que aquellas cuevas eran propiedad de la Santa Sión, esto es, de la iglesia del Cenáculo. Otro expresa que allí descansa la princesa Tecla, hija del emperador iconoclasta Teófilo y de Teodora, la cual, acaecida la muerte de su esposo, restableció el culto de las imágenes. La princesa, después de haber padecido grandes persecuciones por la fe de parte de Basilio el Macedónico, acabó sus días en el convento de San Jorge de Jerusalén.

A algunos metros al sur del gran Birket Mamillah existe confuso montón de escombros que obstruyen cinco cuevas funerarias; según M. de Saulcy son aquellos los

miserables restos del monumento sepulcral de Herodes que menciona el historiador Josefo, mausoleo erigido en honor, no de Herodes el Grande, sepultado en Herodia, sino de otros príncipes de su dinastía.

Si de este monumento puede decirse que ha desaparecido exceptuando aquellos insignificantes restos, el de Helena, reina de Adiabenes, del que hace igualmente mención el citado historiador lo mismo que Eusebio y san Jerónimo, no ha dejado siquiera vestigios y disputan los eruditos acerca del lugar en que estuvo situado. Reinaba aquella soberana en una parte del Kurdistán, al este del río Tigris, cuando atraída por la fama de la ciudad de David marchó con su hijo Izates á Jerusalén y se convirtió á la religión judaica. Allí se estableció luego de sucedido el fallecimiento de su esposo Mumbaz en el año 48 de la era cristiana, pasando á habitar un palacio situado en la ciudad baja, en la colina de Acra. De ella se cuenta que, imperando Claudio, sacrificó casi toda su fortuna personal para acudir en auxilio de la población de la ciudad santa en tiempo de gran carestía. De regreso á su patria murió allí, lo mismo que Izates; pero Monobaces, otro hijo suyo que ciñó la corona, mandó llevar los cadáveres á Jerusalén donde fueron inhumados en sepulcro en forma de pirámide á tres estadíos de la ciudad por el lado de la puerta de las Damas, cuyos restos se ven aún empotrados en la actual de Damasco. El punto en que el mausoleo estuvo situado, fijamente no se sabe hasta ahora; en opinión de varios arqueólogos, ya lo hemos dicho, el monumento de Kobur-el-Moluk es el panteón de Helena; para M. de Saulcy se elevó donde existen informes ruinas á unos doscientos y cuarenta metros de la puerta de Damasco, en medio de las que se abre una gruta sepulcral. M. Guerin, y con él otros autores, creen por el contrario que en aquel sitio se levantó la basílica fundada por la emperatriz Eudoxia en honor de san Esteban, la que, situada extramuros, distaba poco de la puerta de igual nombre con el cual fué llamada la de Damasco durante la dominación latina. La gruta sepulcral que allí existe fué quizás la que encerró las reliquias del santo mártir, y es posible que contuviera igualmente los mortales restos de la emperatriz, sepultada en la misma basílica.

«Mi opinión es, dice M. Guerin, que el sepulcro de Helena, reina de Adiabenes, ha sido completamente destruído, ó cuando menos que sus ruinas no han sido descubiertas aún, atendiendo á que no es posible calificar de tal el panteón de Kobur-el-Moluk, aun cuando estén por la afirmativa eminentes arqueólogos, ni tampoco las ruinas inmediatas á la puerta de Damasco, conforme opinan los autores Saulcy, Pierotti y otros, el primero porque su situación excede en mucho á los tres estadíos indicados por Josefo, y las segundas por no llegar de mucho á ellos.»

Famosos fueron también otros dos sepulcros mencionados por el historiador hebreo con motivo del sitio puesto á Jerusalén por Tito, y son el del sumo sacerdote Juan y el de Alejandro Janneo, comprendidos en el tercer recinto, construído, ó por mejor decir, empezado por Agrippa I. Fué el sumo sacerdote Juan el quinto pontífice de los judíos á contar desde el regreso del cautiverio y padre de Iaddua, el que salió á recibir al

conquistador Alejandro. El sepulcro que le fué erigido estuvo situado, á juzgar por dos pasajes de Josefo, entre la torre de Psefina y la piscina Amygdalon ó el Hammam-el-Batrak de nuestros días, pero su posición exacta no ha podido ser determinada.

Lo propio ha de decirse del de Alejandro Janneo, el príncipe asmoneo que mudó su nombre judaico de Jonathan en el griego de Alejandro; los judíos, en el odio que por él concibieron, le llamaron *trucidator* (el matador). Hubo de alzarse su sepulcro en la ladera meridional del monte Bezetha, dando frente á la torre Antonia y al pórtico septentrional del Templo, y para M. de Saulcy es resíduo del mismo un antiguo muro situado á la izquierda de la Vía Dolorosa, al que se llega por la sombría callejuela que conduce á la puerta del Haram llamada Bab-el-Hittah. En él abriéronse en otro tiempo dos puertas ojivales, en el día condenadas; pero una ventanilla con reja da vista á un reducido cementerio cercado, en el cual hace muchos años que no se verifican inhumaciones: es el único que existe dentro del actual recinto de Jerusalén.

«La base del muro al que con cierta seguridad relativa, escribe M. de Saulcy, aplico el nombre de sepulcro de Alejandro Janneo, está formada por nueve hileras de grandes sillares, cuyo estado de desgaste descubre su remota antigüedad; sobre ellas se alza cuadrada torre de estilo romano. Viajeros hay que consideran esta torre como una de las cuatro que flanqueaban la fortaleza Antonia; pero es evidente que tal opinión al contrariar toda la topografía de la Jerusalén antigua, no descansa en fundamento alguno digno de ser tenido en cuenta. El muro que la sustenta formó á mi ver la base del sepulcral monumento.»

La hipótesis del sabio arqueólogo relativa al sepulcro del rey asmoneo no ha logrado todavía la completa aquiescencia de los eruditos.

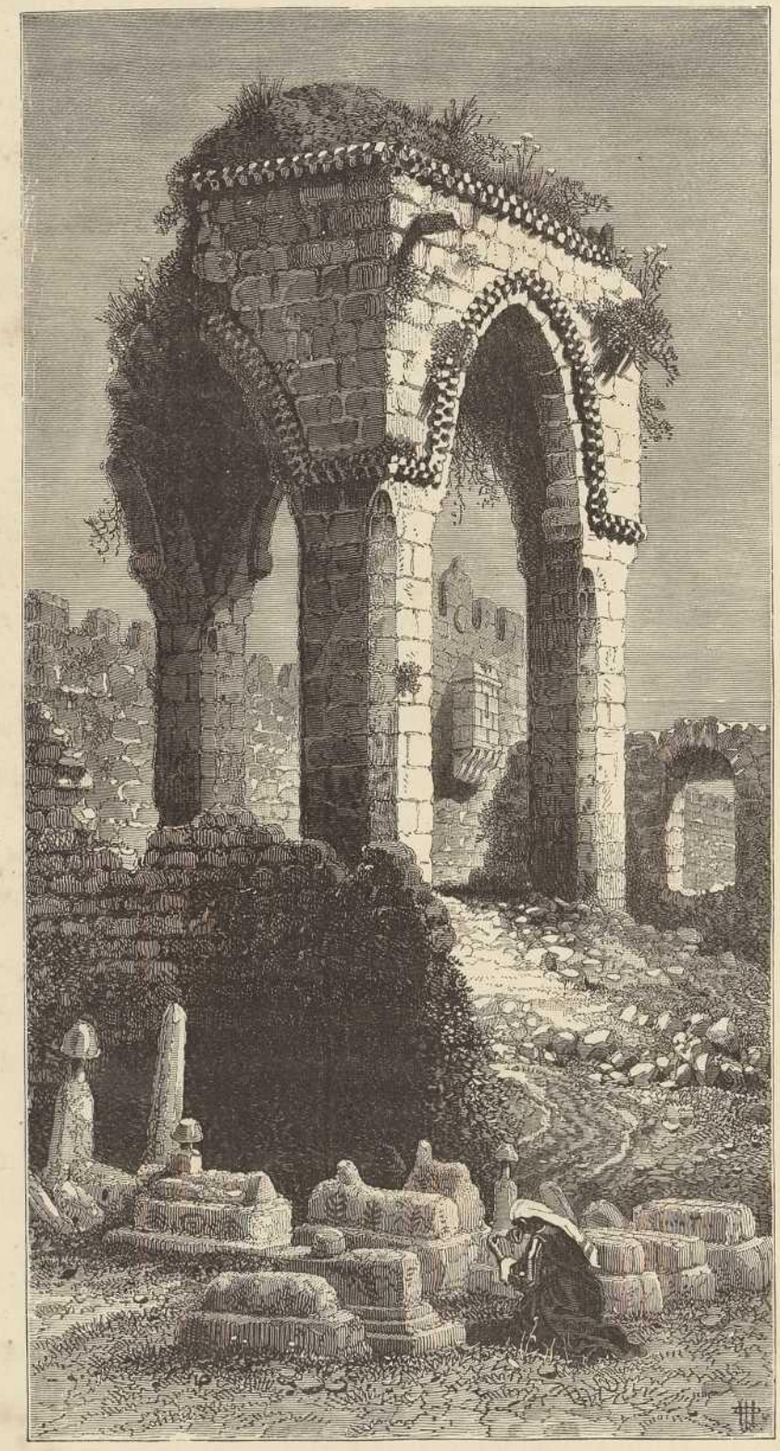
Hemos descrito algunos monumentos funerarios elegidos entre los muchos que forman la necrópolis de Jerusalén, y hemos debido limitarnos á ellos, pues de querer mencionar cuantos monumentos de esta clase existen hoy en las cercanías de la ciudad santa, podrían llenarse muchas páginas y hasta tomos enteros.

Terminaremos por lo mismo lo que hace referencia á estas tumbas, que son en definitiva el fundamento de la arqueología judaica, con breves noticias acerca de los osarios.

En el Panteón de los Reyes eran los cadáveres encerrados en verdaderos sarcófagos, cuyas tapas estaban muchas veces ornadas con guirnaldas de follaje, de flores y frutos, como por ejemplo el que existe en el Museo del Louvre, que, según M. de Saulcy es nada menos que el de David; otros, absolutamente lisos, estaban desprovistos de toda clase de adornos, ó á lo menos tenían sencillas molduras. Los sarcófagos de las mujeres eran de una forma especial que, al parecer, se caracterizaba por la tapa triangular.

Sucedía, dice M. de Saulcy, que no siendo muy considerable el número de nichos sepulcrales en los panteones familiares, habían de llenarse pronto, tanto que al cabo de dos ó tres generaciones no había de quedar sitio disponible. Y como por otra parte

no era posible detener la acción deletérea del tiempo, de ahí que hubiesen de vaciarse los *kukim* que eran ya inútiles y retirar de ellos los huesos para sustituirlos con cadáveres mas recientes, huesos que los judíos rodeaban de profundo respeto y ponían al amparo de profanaciones.



Cementerio musulmán en Jerusalen

De este respeto por las cenizas de los antepasados nació el uso de preciosas cajas ó cofres destinados á osarios que hace pocos años han sido descubiertos en Jerusalén en algunos subterráneos funerarios, habiendo escapado antes á todas las investigaciones practicadas.

En el año de 1816 descubrió un musulmán en su viña, inmediata al hospital de la misión rusa, una cueva labrada en la peña y cerrada por medio de pesada losa. Componíase el subterráneo de dos estancias tan bajas que apenas podía estarse en ellas de pié; la primera que servía de vestíbulo, era de dimensiones mayores que la segunda, en cuyas paredes estaban abiertos seis nichos que, al ser explorados por primera vez, contenían veinte cofres ú osarios en excelente estado de conservación. Los huesos, dispuestos con cierta simetría, pertenecían todos á personas adultas, y en algunos cofres había colocadas aquellas vasijas de vidrio llamadas lacrimatorios. La mayor parte de ellos carecían de toda clase de adornos; en otros se veían finas esculturas, y en dos se leía el nombre de Josef.

Quien llegaba á tocar un sepulcro contraía una mancha ó impedimento legal, y por esto tenían los judíos por costumbre blanquear con cal las losas funerarias y las piedras

que cerraban la entrada de las cuevas sepulcrales. Cada año, venido el mes anterior á las fiestas de Pascua, renovábase esta operación, y á ella aludía Jesucristo cuando reconvenía á los fariseos por asemejarse á *sepulcros blanqueados* por fuera y llenos por dentro de impureza y podredumbre.

Los mahometanos han elegido también el valle de Josafat por lugar de sepultura y ocupan la parte opuesta á los judíos, es decir, el inmediato á aquel á donde ha de descender el Profeta para juzgar á los hombres: han tomado para sí la derecha del valle para estar más seguros de poseerla en el postrer juicio.

En el monte Sión, á poca distancia del convento armenio que ocupa el lugar de la casa de Caifás, hállanse los cementerios de las varias comuniones cristianas, de católicos, armenios, griegos y anglicanos; los pertenecientes á anglicanos y griegos están cercados con muros.

VIII

Murallas de Jerusalén.—Sus puertas.—Calles principales.—Casas.—Bazares.—Barrios de Jerusalén.—La comunión latina.—Los Padres de Tierra Santa.—Restablecimiento del patriarcado de Jerusalén.—Monseñor Valerga.—Sus fundaciones.—El actual Patriarca.—Griegos cismáticos.—Armenios.—Jacobitas ó Sirios.—Coftos.—Abisinios ó Etiopes.—Protestantes.—Barrio judío.—Barrio musulmán.—Hospital de Santa Helena.—Observaciones sobre la ciudad de Jerusalén.

El murado recinto que limita el actual perímetro de Jerusalén es el mismo que los Cruzados recompusieron y repararon, y que tiempo después los musulmanes, en los años de 1534 á 1539, reinando el sultán Solimán II, hijo de Selím, han restaurado por última vez, conforme lo atestiguan varias inscripciones arábigas; presenta cuatro caras á los cuatro vientos, y forma un cuadrilátero irregular, al que puede darse la vuelta en hora y media: tiene tres mil y novecientos metros ó sean 5400 pasos de circuito. Miden los muros de doce á quince metros de altura y hállanse en bastante buen estado de conservación, pudiendo aún verse en ellos antiquísimos restos de las pasadas fortificaciones; defiéndenlos treinta y cuatro torres cuadradas, algunas de las cuales, según observa M. de Saulcy; se alzan sobre las mismas bases que sustentaron las antiguas, y en la parte septentrional, único punto por el cual es la plaza vulnerable, un foso abierto en la peña y en el día cegado hasta la mitad. Junto al Kasr-el-Djalud la muralla forma un ángulo, y en él se encuentra un reducido oratorio musulmán, en el día abandonado; según opinión común entre el pueblo fué elevado en el punto por donde Saladino penetró en la plaza al arrebatarla á los cristianos. Con su muralla almenada, con sus torres y baluartes ofrece Jerusalén, mirada desde el monte de los Olivos, el impotente y pintoresco golpe de vista de una plaza fuerte de los siglos medios.

Abrense en este recinto seis puertas, que son:

1.ª Al norte la de Damasco ó de Naplusa, en árabe Bach-ech-Cham ó Bab-el-Amud (puerta de la Coluna); en la Edad Media se llamó de San Esteban por su inmediación á la basílica fundada por la emperatriz Eudoxia. Es esta puerta la que tiene entre todas más monumental aspecto; flanquéanla dos almenadas torres y es hermosa é interesante muestra de la arquitectura del siglo XVI; ha reemplazado á otra más antigua, probablemente la de las Damas, de las que existe aún el arco casi del todo enterrado, y los materiales con que fué construída, especialmente en la parte inferior, es probable que datarían de época remota. A cada lado álzanse esbeltas colunas sosteniendo un tímpano ojival con una inscripción, según la cual Solimán la construyó en el año 944 de la hégira (1537). Las excavaciones allí practicadas han puesto al descubierto una piscina y un lienzo de muralla con dirección de este á oeste. Por esta puerta solían los peregrinos entrar antiguamente en la ciudad.

2.ª En el mismo lado septentrional la puerta de Herodes; ó según los musulmanes Bad-ez-Zahari (de las flores), ha sucedido igualmente á otra más antigua que llevaría probablemente el mismo nombre de Herodes, en cuanto daba acceso á los barrios de Bezetha, incluídos por Herodes Agrippa en el tercer recinto de Jerusalén. Parece ser la misma á la que un tiempo llamaron los cristianos puerta de Benjamín. En el día está condenada, y suele franquearse en los meses en que tienen ejercicio los Redif ó reclutas del país.

3.ª En el lienzo de muralla oriental hállase la puerta llamada por los árabes Bab-Sitti-Mariam ó de Santa María porque guía al sepulcro de la Madre de Dios, situado, como queda dicho, en el valle de Josafat. Para los cristianos lleva hace años el nombre de San Esteban, por creerse que junto á la misma fué apedreado el proto-mártir. Vénse en la parte exterior cuatro leones de piedra en relieve, testimonio de que la obra es debida al sultán Bibars, y ábrese en un ángulo al igual que otras de la ciudad.

4.ª Al mediodía la puerta llamada Bab-el-Morharber ó de los Mogrebinos (africanos occidentales) y también Bab-el-Hadid (puerta de Hierro) por estar sus hojas forradas de este metal; era esta la antigua puerta Sterquilinea ó de las Inmundicias. Situada á la mitad del valle de Tyropœon, conduce á la piscina de Siloé y suele á fines de verano, cuando los calores han secado cisternas y piscinas, estar abierta únicamente para facilitar el transporte de agua á la ciudad. Por ella llevaron los judíos á Jesús luego de haberle reducido á prisión en el huerto de Gethsemaní.

5.ª En el mismo lado la puerta llamada Bab-es-Sahiun ó de Sión por los cristianos y por los musulmanes Bab-en-Neby-Daud ó del profeta David, guía á la parte meridional del monte Sión que ha quedado fuera del moderno recinto, y por ella se va al Cenáculo y al sepulcro de aquel rey. Por la inscripción en la misma esculpida sábese que data del año 947 de la hégira (1540), y de lo alto de su almenado torreón gózase de delicioso panorama. Al igual que las demás puertas modernas ocupará el lugar de otra más antigua, pero se ignora cuál haya sido ésta; algunos autores suponen que estuvo allí la puerta Thecuitis, así llamada porque llevaba á Thecua.

6.ª Abrese al oeste la puerta de Jaffa ó de Hebrón, conocida también con el nombre de Bab-el-Kalil ó del Amigo de Dios, esto es, Abraham, la más espaciosa y concurrida entre todas. Llamóse en la Edad Media puerta de David por su proximidad á la torre de este nombre. La plazoleta inmediata hállase contínuamente atestada de camellos, caballos y acémilas pertenecientes á los viajeros que llegan ó parten de la ciudad santa, y, como antes se ha dicho, al silencio y recogimiento que en aquellas inmediaciones reinaban hace algunos años ha sucedido el movimiento que producen varios cafés y figones que ostentan su título en rótulos franceses é italianos. «Luego que Tito hubo dado fin al asedio de Jerusalén, dice M. de Saulcy, dejó en ella de guarnición á la legión décima, y ésta se estableció detrás del muro occidental del recinto, única parte que no fué desmantelada y que se halló en estado de amparar el campo de los legionarios contra un ataque del exterior. La puerta que nos ocupa subsistió, por lo tanto, no en

verdad tal como se encuentra hoy, pues es relativamente moderna, sino con un adorno imaginado por la soldadesca romana. En el dintel, que fué rebajado para que no pudiese ser franqueado sin doblar el cuerpo, colocóse en piedra una cabeza de cerdo, de modo que los judíos que quisiesen visitar las ruinas de su ciudad natal retrocediesen de horror antes que inclinarse y hacer un saludo á la ofensiva imagen.»

En el recinto de la mezquita de Omar, que por este y mediodía se confunde con la muralla de la ciudad, ábrense, al este la puerta Dorada, de que anteriormente se ha tratado, y al mediodía las llamadas Sencilla, Doble y Triple, según que tienen uno, dos ó tres huecos; las cuatro están tapiadas hace muchos años. En tiempo de los Cruzados permanecía la primera algunas horas abierta el domingo de Ramos y el día de la Exaltación de la Santa Cruz.

Otras puertas tuvo Jerusalén en el día destruídas ó transformadas en las que acabamos de mencionar; de algunas no puede determinarse la situación precisa, como sucede con la antigua que llevaba el nombre de Gennath ó de los Jardines, así probablemente llamada porque antes de la construcción del tercer recinto, posterior á la era cristiana, abría sobre jardines ó públicos lugares de esparcimiento.

Las puertas de Jerusalén se abren cada día por la mañana después de salido el sol, y se cierran invariablemente al oscurecer, lo mismo en invierno que en verano. Además, ciérranse por respeto todos los viernes durante la hora de oración, que ocupa desde medio día hasta las dos de la tarde. Dice el pueblo que un viernes, mientras los creyentes estarán congregados en la mezquita, han de presentarse los cristianos de improviso para apoderarse de Jerusalén, y que á fin de impedirles el paso y evitarlo se ha establecido aquella costumbre y se cierran las puertas de la ciudad.

El convento de San Salvador en que nos hemos alojado, ocupa uno de los puntos más elevados de Jerusalén, y desde lo alto de sus azoteas abraza la vista gran parte de la ciudad cuya historia y cuyos monumentos han sido objeto de nuestro relato; con embeleso van corriendo los ojos el gran número de cúpulas, torres y alminares que, dominando el caserío, dan á Jerusalén grandioso y pintoresco aspecto, aspecto que, preciso es confesarlo, es muy superior á la realidad. Así que se baja á las calles y por ellas se penetra, aquella magnífica impresión queda en gran parte desvanecida.

Chateaubriand, al entrar en la ciudad después de contemplarla desde el monte de los Olivos, experimentó á su vez esta triste decepción: aunque escrita á principios de este siglo la bella descripción que de la ciudad nos ha dejado el gran escritor francés, es todavía verdadera y exacta en sus principales puntos.

«Las casas de Jerusalén, dice, se presentan cual pesadas moles cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas; rematan en azoteas mochas ó en cúpulas, y más que de viviendas tienen el aire de cárceles ó sepulcros; todo se ofrecería á la vista en un mismo é igual nivel si los campanarios de las iglesias, los alminares de las mezquitas, las copas de algunos cipreses y las plantas de nopales no rompiesen la uniformidad de las líneas. A la vista de aquellas casas de piedra, contenidas en un

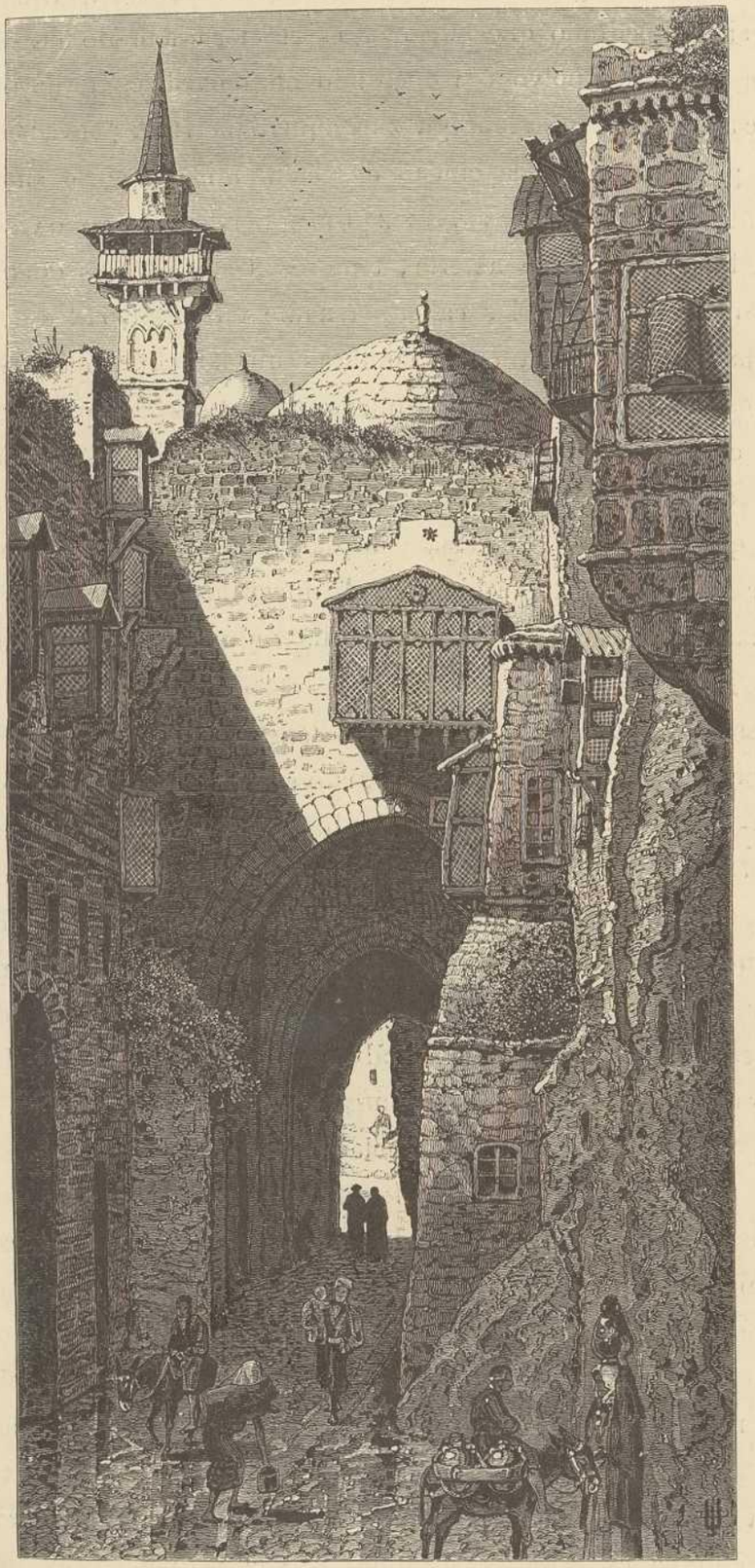
paisaje de piedra también, acude la idea de hallarse en medio del desierto entre los confusos monumentos de un cementerio.

»Nada, al entrar en la ciudad, mitigará la sensación de tristeza antes experimentada; perdidos en callejuelas sin empedrado que suben y bajan por quebrado terreno, tenéis que andar envuelto en nubes de polvo ó tropezando en movedizos guijarros. Toldos que van de una á otra casa aumentan la lobreguez de aquel laberinto; abovedados é infectos bazares acaban de privar de luz á la ciudad desolada; miseria es lo único que acierta á descubrirse dentro de unas pocas y mezquinas tiendas, y se da con frecuencia el caso de que ni la puerta tienen abierta, temerosos sus dueños de que pase por la calle un candí. A nadie se ve en las calles, á nadie en la puerta de las casas; sólo de cuando en cuando se desliza entre sombras un labrador ocultando entre sus vestidos los frutos de su trabajo, por miedo de que se los robe un soldado; en apartado rincón el matarife árabe degüella á una res colgada por los piés á ruinoso muro, y por el feroz aspecto de aquel hombre de ensangrentados brazos diríais que, más bien que á un cordero, acaba de dar muerte á un semejante suyo. No se oye más rumor en la ciudad deicida que á intervalos el galopar del potro del desierto; es el genízaro que trae la cabeza del beduino ó que viene de estrujar al *fellah*.

»En medio de tan extraordinaria desolación importa detenerse un instante para contemplar cosas más extraordinarias aun. Entre las ruinas de Jerusalén, dos pueblos independientes han hallado en su fe el medio de hacerse superiores á tanto horror y á tanta miseria. Moran allí unos religiosos cristianos á quien nada basta á hacer abandonar el sepulcro de Jesucristo, expoliaciones, ultrajes ni amenazas de muerte; sus cánticos resuenan día y noche alrededor del Santo Sepulcro; á la mañana despojados por un gobernador turco, encuéntralos la tarde al pie del Calvario, orando en el mismo lugar en que Jesucristo padeció por la salvación de los hombres. La serenidad brilla en su frente y en sus labios la sonrisa; con gozo reciben al extranjero, y sin fuerza y sin soldados protegen contra la iniquidad á poblaciones enteras, amenazados por el sable y el palo, mujeres, niños, ganados buscan refugio en los claustros de esos solitarios, y sólo la caridad de los frailes impide al malvado que cuenta con la fuerza seguir adelante en persecución de su presa y derribar tan frágiles baluartes. Turcos, árabes, griegos, toda clase de cismáticos, todos se acogen á la protección de unos pobres religiosos que no aciertan á defenderse á sí propios, dando así nuevo testimonio de que, conforme dijo Bossuet, manos que se elevan al cielo destrozan más batallones que las armadas con lanzas.

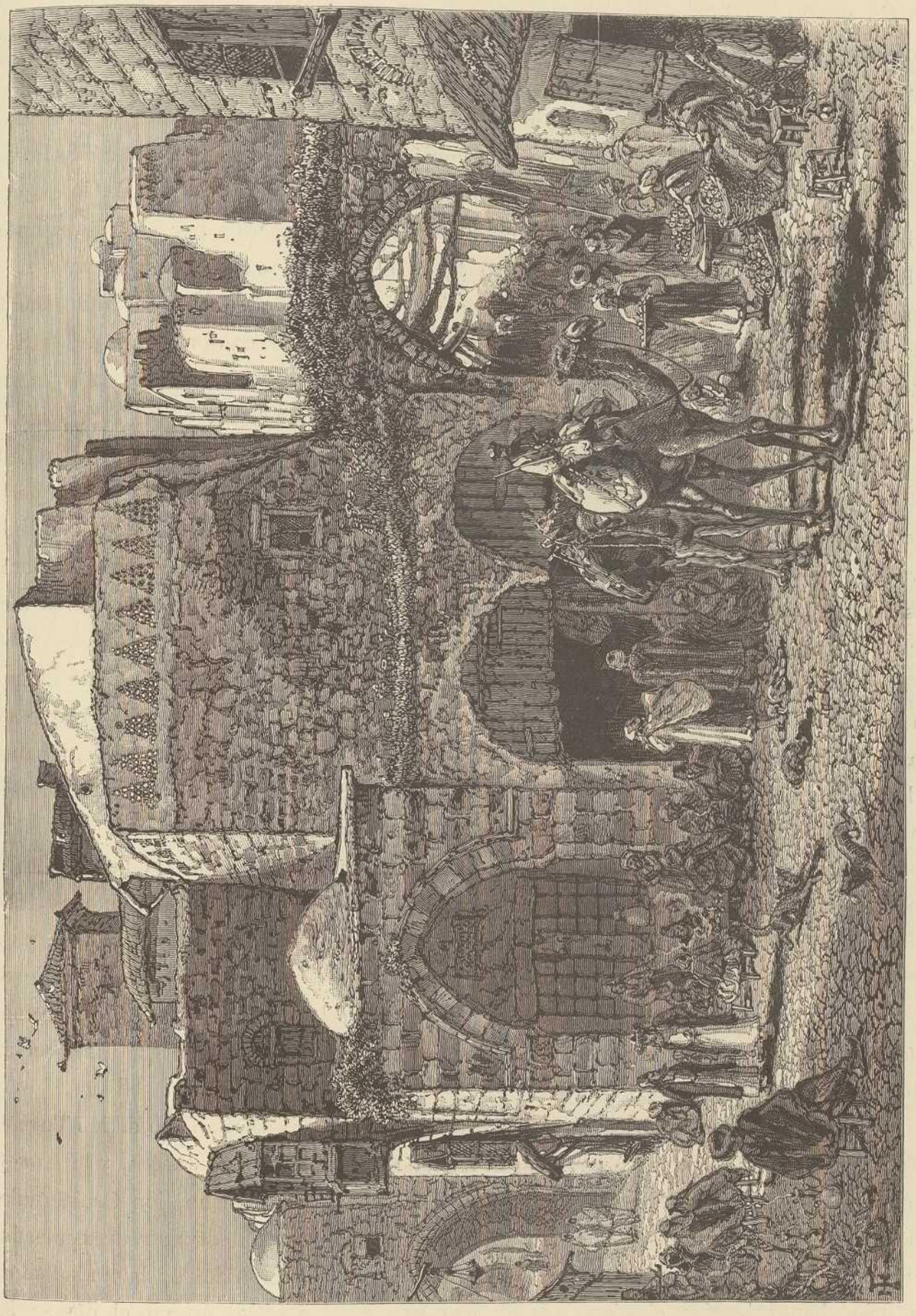
»Al tiempo que la nueva Jerusalén nace así *del desierto deslumbrante de luz*, dirigid una mirada entre la montaña de Sión y el Templo, ved la pequeña grey que vive separada de los demás moradores de la ciudad. Objeto de especial desprecio, inclina la frente sin quejarse; aguanta y sufre todas las vejaciones sin demandar justicia, sin proferir un gemido recibe golpes y más golpes, y cuando le piden la cabeza presén-

tala sin resistencia al alfanje. Al espirar un individuo de esta sociedad proscrita su compañero irá, llegada que sea la noche, á darle furtivamente sepultura al valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomón. Si penetráis en las viviendas de este pueblo lo veréis rodeado de horrible miseria, dando á leer un libro misterioso á sus hijos, quienes, á su vez, lo darán á leer á los suyos. Lo que hacía hace cinco mil años esto mismo está haciendo hoy; diez y siete veces ha asistido á la ruina de Jerusalén, y nada hay que baste á desalentarle, nada que le impida volver á Sión sus ojos anhelantes. Ver á los judíos dispersos sobre la haz de la tierra, según las palabras de Dios, infunde sin duda sorpresa; mas para sentir sobrenatural asombro preciso es mirarlos en Jerusalén; necesario es ver á los legítimos señores de la tierra de Judea esclavos y extranjeros en su propio país; importa verlos cómo, resistiendo á toda clase de opresiones, tienen fija su esperanza en un rey que ha de libertarlos. Anonadados por la Cruz que los condena y está plantada encima de sus cabezas, ocultos en las inmediaciones del Templo, del cual no queda piedra sobre piedra, permanecen en su deplorable ceguedad. Persas, griegos, romanos, todos han desaparecido de la tierra, y un reducido pueblo, cuyo origen precedió al de aquellas grandes naciones, subsiste todavía sin mezcla entre



Calle de la puerta de la Cadena

los escombros de su patria. Si en la vida de los pueblos ha de reconocerse en algo el carácter de milagro, esto sin duda lo tiene. ¡Y qué maravilla puede darse,



Calle de la Puerta de Damasco

aún á los ojos del filósofo, comparable con la coexistencia al pié del Calvario de la antigua Jerusalén y de la Jerusalén nueva: la primera afligida, al mirar el sepulcro

de Jesucristo resucitado; la segunda, hallando su consuelo en la única tumba que nada tendrá que devolver el día en que se acabarán los siglos!»

En medio del intrincado laberinto de calles y callejuelas, sucias y tortuosas, que se cruzan en todos sentidos en el interior de la ciudad, distínguense tres vías principales que de parte á parte la atraviesan. De la puerta de Jaffa parte una calle que lleva á la puerta llamada Bab-es-Silsileh (de la Cadena), una de las principales del Haram-ech-Cherif, calle que lleva hoy este nombre y que en la Edad Media se llamó de David en su parte superior ú occidental y del Templo en la inferior ú oriental. En la puerta de Damasco nace otra que atraviesa la ciudad de norte á sur, pasa por el lado oriental de la iglesia del Santo Sepulcro, continúa hacia el sur dejando atrás los bazares, y tuerce luego hasta el sudoeste para acabar en la puerta de Sión ó de Neby-Daud. En la época de las Cruzadas llevaba en su parte superior el nombre de calle de San Esteban y más abajo el de Monte Sión. La tercera calle, que tiene origen en la puerta de Sitti-Mariam, al este, pasa por junto el Birket-Israil, sigue hacia oeste, describiendo un ángulo, las estaciones de la Vía Dolorosa, y termina en el convento de San Salvador. En su parte baja llamóse esta vía en la época latina calle de Josafat; en la parte media, Vía Dolorosa, y en la alta, calle del Santo Sepulcro. En el día esta última lleva el nombre de *Haret-en-Nasara* ó de los cristianos, y es una de las primeras vías-bazares de Jerusalén, aunque bastante estrecha; sus tiendas se dan cierto aire á las de Europa, y á ellas suelen concurrir los peregrinos y viajeros.

La calle que se dirige de norte á sur, cortando la que nace en la puerta de Jaffa ó sea la calle de David, era llamada en la época latina calle del Patriarca, porque en ella tenían los patriarcas su morada, y también calle de los Baños del Patriarca, á causa de la piscina que se encuentra en sus inmediaciones. El edificio, que en aquel tiempo sirvió de vivienda á los patriarcas, lleva hoy el nombre árabe de *el Chankeh*.

Hasta hace pocos años estuvo prohibido á los judíos el paso por la angosta calle que guía á la iglesia del Santo Sepulcro, así como la entrada en la basílica; en el de 1845 se levantó la prohibición. La parte de esta calle que, situada más allá del atrio, pasa por junto á las ruinas del hospital de San Juan, llamóse en la época latina calle de las Palmas *(ruha Palmariorum);* en ella se vendían las palmas que los peregrinos traían á Occidente como memoria de su viaje, en cambio del bordón que dejaban en la basílica de Jerusalén.

Entre las calles secundarias citan los autores la *Haret-el-Mulsmin,* ó de los Turcos, la *Haret-el-Asman,* ó de los Armenios, la *Haret-el-Yud,* ó de los Judíos, y la *Haret-el-Maurgrabé,* ó de los Mogrebinos. Son estos, como queda dicho, los Occidentales ó Berberiscos, y entre ellos se cuentan algunos descendientes de los moros expulsados de España. «Estos desterrados, dice Chateaubriand, fueron recibidos en la ciudad santa con gran benevolencia; elevóse para su uso una mezquita, y aún en el día se les reparten panes, frutos y otras limosnas. Los sucesores de los altivos abencerrajes los elegantes arquitectos de la Alhambra hállanse en Jerusalén convertidos en porteros

que son muy solicitados á causa de su inteligencia, y en correos, estimados por su extraordinaria ligereza.»

Estas calles, irregulares y angostas casi todas, están la mayor parte en rápida cuesta, y en la época de las grandes lluvias de invierno quedan transformadas en verdaderos torrentes. Añádase á esto el pésimo empedrado en las que lo tienen, si empedrado puede llamarse un conjunto de cantos mal clavados en el suelo que queda así muy resbaladizo, y la carencia de alumbrado por las noches, durante las que sólo brilla alguno que otro farol en el barrio de los cristianos, debido á la caridad de los vecinos.

Las casas que estas calles forman no tienen por lo general y como medida de precaución sino una puertecilla baja por la cual no se entra sin inclinar el cuerpo; muchas, especialmente en el barrio musulmán, defienden sus balcones con celosías que permiten á sus moradores mirar sin ser vistos; consta el mayor número de dos altos, planta baja y un piso superior, y casi en todas, en el centro de la azotea que las remata, levántase una media naranja á ocho ó diez palmos de altura. Allí suelen pasar los habitantes las deliciosas horas de las noches de verano, sumidos en la contemplativa indolencia tan grata á los orientales; allí hacen su oración los musulmanes; los judíos, á imitación de sus mayores, erigen allí los *tabernáculos* en la fiesta de este nombre, y aquel sitio, en fin, sirve de mirador y observatorio de cuanto pasa en la calle. La escasez de maderas que en el país se observa es causa de que sólo se edifique en bóveda; el patio con la cisterna, á la que afluyen cuantas aguas pluviales recibe la casa, forma el centro de la misma, la que se compone de cierto número de piezas separadas, cada una con su entrada especial y á diferente altura, que comunican por medio de galerías ó escaleras al descubierto; el suelo de las habitaciones es una argamasa que llega á obtener la consistencia del mármol. Por las calles donde hay cierto peligro en pasar á caballo, divagan muchos perros sin dueño, y numerosos mendigos, sobre todo en las cercanías de la iglesia del Santo Sepulcro, imploran la caridad de los transeuntes.

Los bazares son por lo común abovedados y lóbregos, no recibiendo más luz que la que les da una claraboya pequeña y circular; varios son los que datan de la dominación latina, y los hay á los que se atribuye aún mayor antigüedad. El gran mercado público ó *suk* compónese de tres galerías de arcos ligeramente ojivales, paralelas y anteriores, á lo que se asegura, á la época de las Cruzadas; en la del centro, llamada *Suk-el-Attarin* (mercado de los drogueros), que es la más frecuentada y comunica con las otras por varios pasajes, pueden leerse, grabadas en la piedra en caracteres góticos del siglo XII, algunas inscripciones que dan testimonio de la concesión hecha á la abadía de Santa Ana por los reyes de Jerusalén de ciertos derechos sobre los rendimientos de este mercado, y también de aquellas abovedadas galerías son contemporáneas de las Cruzadas, si no son á ellas anteriores. Los pequeños puestos establecidos á derecha é izquierda están provistos de artículos de comer y de toda clase de ropas. En distintos puntos de la ciudad, y en especial junto á los conventos y á la basílica del Santo Sepulcro,

véndense cirios y objetos piadosos, comercio que es de suyo muy lucrativo en la época pascual, cuando los peregrinos, entre los que griegos y rusos ocupan por su número el primer lugar, afluyen por millares á la ciudad santa y doblan, por decirlo así, su población.

Esta no pasa en el día de veintitrés mil almas que viven en cuatro barrios

Rusos comprando cirios para el Santo Sepulcro

distintos: al noroeste, el de los cristianos, latinos y griegos, en el monte Goreb; al sudoeste, en el monte Sión, el armenio; al noroeste, el musulmán, mucho más extenso que los demás, en las colinas de Bezetha y Acra y en el valle superior de Tyropœon; al sudeste del barrio judío, ocupando á la vez las laderas orientales de Sión y la parte baja del Tyropœon; al este, en fin, el monte Moriah, cuya meseta está circuída por el recinto exterior del Haram, constituye, según queda dicho, un barrio ó distrito aparte, para los musulmanes sagrado.

Comencemos nuestra reseña por los latinos, en número de mil y seiscientos. Entre

KHAN-EZ-ZEIT, EN EL GRAN BAZAR DE LOS MERCADERES DE ACEITE

ellos no se conocen descendientes de los Cruzados aun cuando en la Edad Media fué bastante considerable la inmigración occidental; en el siglo XV la comunión latina

en Jerusalén quedó reducida á escaso número de personas, y á los trabajos y esfuerzos de los Padres franciscanos es debida la importancia que en el día tiene.

A principios del siglo XVII un decreto de la Propaganda colocó bajo la jurisdicción espiritual del Padre custodio de los Santos Lugares y Guardián del Monte Sión las ciudades de Jerusalén, Belén, Nazareth y cuantos lugares de Palestina, Siria y Egipto contasen con un convento franciscano. A fines del propio siglo fué el Padre custodio nombrado igualmente prefecto apostólico de aquellas regiones, con inclusión de la isla de Chipre; pero en el año de 1829 limitó Gregorio XVI su jurisdicción á la Palestina y á la isla referida.

Los dignatarios principales de la custodia de Tierra Santa en Jerusalén son:

1.° El padre custodio con el título de Paternidad Reverendísima, dependiente del general que reside en Roma y de la Propaganda; esta alta dignidad se confiere siempre á un italiano. Hasta el restablecimiento del patriarcado el religioso con ella investido gozaba de derechos y privilegios casi episcopales; oficiaba de pontifical con mitra y báculo, confería órdenes menores y otorgaba dispensas.

2.° El vicario del Reverendísimo; esta dignidad, según los estatutos, ha de ser conferida á un francés.

3.° El procurador general; hállase éste encargado de la administración temporal y es cajero de la orden en Tierra Santa. Ha de proveerse siempre en religioso de nacionalidad española.

El superior de los frailes residentes en el conventillo del Santo Sepulcro lleva el título de presidente.

Los principales conventos y casas para los peregrinos radican en Jaffa, Ramleh, Belén, San Juan de la Montaña, Emaus, Nazareth, Tiberíades y Jerusalén. En Nazateth existe el noviciado; en San Juan de la Montaña se enseñan humanidades, en Belén filosofía, y teología en el convento de San Salvador en Jerusalén, residencia del Padre custodio. En el último tienen los frailes instalada una excelente imprenta en la que publican libros arábigos para sus escuelas primarias, y muchos de los niños que á ellas concurren, en número de sesenta y más, son mantenidos por el convento, el cual socorre además á numerosos pobres, ancianos, viudas y huérfanos, facilitándoles vivienda, vestidos y más de mil libras de pan diarias.

Además de los conventos mencionados tienen los Padres otro en Jerusalén, cerca del Santuario de la Flagelación, que sirve como de sucursal á la *Casa nuova* en las raras ocasiones en que no basta ésta para dar hospedaje á los peregrinos.

Según los estatutos de la Orden podían los Padres regresar á su patria transcurridos tres años; desde el de 1841 queda fijado en seis el término de su residencia en Tierra Santa y en doce para los misioneros; á contar de la propia época son los dignatarios nombrados por seis años. Existe auténtico y casi completo el catálogo de los Reverendísimos custodios de Tierra Santa que han velado junto al Santo Sepulcro desde la extinción del reino cristiano, y desde el año de 1226 son en número de ciento y setenta: continua-

ción gloriosa de la serie de obispos y patriarcas de Jerusalén y testimonio irrecusable de la identidad de los Santos Lugares.

Antes del año de 1847, época de la restauración del patriarcado latino, los tres conventos de Padres franciscanos en esta obra mencionados eran los únicos que tenían los católicos en Jerusalén. El de San Salvador, que era el de mayor importancia, encerraba treinta sacerdotes y treinta y dos legos, y su capilla, según queda dicho, era la única parroquia de la población católica que ascendía á unas novecientas y cuarenta almas. A esta capilla, por favor pontificio, se habían transferido las mismas indulgencias é iguales privilegios que fueron antes concedidos por los Papas á la capilla del Cenáculo.

Tal era el estado de la comunión católica en Jerusalén cuando Pío IX, de gloriosa memoria, concibió y realizó el proyecto de restablecer en la santa ciudad, después de largos siglos de interrupción, el antiguo patriarcado latino, proponiéndose con ello no sólo realzar con aquella dignidad eminente la iglesia de Jerusalén y darle un jefe igual en autoridad y prestigio á los de las comuniones disidentes, sino también combatir con mayor fuerza en la cuna misma del catolicismo al poderío cismático, creciente sin cesar y de cada vez más agresivo, fiado en el patronato de Rusia, y oponer más robusta valla á la influencia protestante que comenzaba á nacer merced al apoyo de Inglaterra y Prusia. La elección del pontífice, en 10 de octubre de 1847, recayó en un sacerdote de la diócesis de Génova, de gran entendimiento y familiarizado con las lenguas orientales, como la griega, la arábiga, la turca, la pérsica y la armenia, y dotado de fisonomía imponente, de aire majestuoso, á pesar de contar únicamente treinta y cuatro años, de firme y penetrante mirada y de singular energía de carácter, de la que diera muchas pruebas en las difíciles y peligrosas misiones que desempeñara en diferentes provincias de Asia, y principalmente en Siria, Mesopotamia y Persia.

Su entrada en Jerusalén, verificada en 18 de enero de 1848, fué saludada, al igual que la de un soberano, por los cañones de la torre de David, siendo escoltado hasta la humilde casa que había de ser su interina residencia, no sólo por la población latina, que afanosa salió á su encuentro, sino también por considerable multitud de turcos, heterodoxos y hasta judíos. No puede entrar en nuestro propósito relatar la historia de los veinticinco años de su glorioso patriarcado, ni decir las grandes dificultades que hubo de orillar y vencer para establecer su autoridad, y únicamente diremos que monseñor Valerga, pues así se llamaba, murió en gran pobreza el día 2 de diciembre de 1872, después de haber fundado muchos y notables establecimientos, entre ellos el seminario de Beit-Djalla, el palacio patriarcal que encierra una rica biblioteca, y la catedral inmediata al mismo, construída por operarios de Jerusalén, bajo la dirección del Patriarca. En ella descansan sus restos, en la capilla de su patrón san José.

Luego de instalado en Jerusalén el nuevo patriarca llamó junto á sí á las Hermanas de San José de la Aparición, de la orden de San Francisco, las cuales tomaron á su cargo el hospital francés de San Luis y abrieron una escuela de niñas, lo cual no les impide dar sus cuidados á cuantos enfermos los reclaman.

En el año de 1855 otras religiosas de la orden de Nazareth, cuya casa matriz radica en Oullins, á poca distancia de la ciudad de Lyón, al ruego y excitación de monseñor Valerga, fundaron una escuela en Nazareth, otra en Caiffa, otra después en San Juan de Acre, y finalmente otras dos en Chefa-Amar y Beiruth.

En 1856 la orden de las Damas de Sión llegó á Jerusalén para consagrarse, bajo la activa y entendida dirección del P. Alfonso María de Ratisbona, á la conversión de niñas y mujeres hebreas, y á su tiempo hemos hecho mención del monasterio por ellas erigido en la Vía Dolorosa, edificio que es ahora uno de los ornamentos de la ciudad santa. Contiene un colegio de pensionistas, que son en su mayor parte huérfanas maronitas, una escuela de alumnas externas frecuentada por niñas israelitas, y además una farmacia que desde su instalación en 1874 vese cada día asediada por gran multitud de enfermos, heridos y lisiados, judíos casi todos, que van en busca de medicinas, remedios ó consultas gratuitas.

Otro establecimiento de no menor importancia ha fundado el P. Ratisbona en las puertas de esta ciudad santa y á un kilómetro del Birket-Mamillah; con el título de *Institución de San Pedro* está destinado á ser con el tiempo uno de los instrumentos más eficaces de la influencia católica en Jerusalén. Sus vastas proporciones, el considerable número de jóvenes que podrán ser en él admitidos, el objeto útil y civilizador que se propone, destinado como está á ser una gran escuela de artes y oficios, todo habla muy alto en favor del celo que anima al P. Rabistona, quien con sus dignos colaboradores no ha vacilado en emprender con sólo los recursos de la caridad, siempre precarios, una obra realmente colosal digna del gobierno de un Estado.

El monasterio del *Ecce Homo* en la Vía Dolorosa tiene como sucursal otro fundado en San Juan *in Montana,* que, como aquél, hállase en muy floreciente estado.

Bajo el patriarcado de monseñor Valerga háse fundado igualmente en Jerusalén el bello hospicio destinado á los peregrinos austriacos.

Estas son, en resumen, las principales obras creadas, suscitadas ó alentadas por monseñor Valerga, que autorizan para decir que los veinticinco años de su patriarcado, durante los que casi se ha doblado el número de los católicos, han sido en verdad fecundos en resultados para la Iglesia de Jerusalén. Fuera de la ciudad santa fundó sucesivamente las misiones de Beit-Djalla, Djifneh, Ramallah, Bir-Zeit, Beit-Sahur, Thaybeh, Naplusa, Salt y Iafa. En su tiempo se construyó en Kubeibeh el monasterio debido á la señora Nicolás, y allí la piadosa émula de Paula y Eustoquia descansa en paz á la sombra del santuario obra de su munificencia.

Monseñor Valerga tuvo por sucesor á monseñor Bracco, nacido en Torraza en el año de 1835; desde el de 1860 habitaba en Palestina, y explicando filosofía en el seminario de Beit-Djalla fué investido con el rectorado hasta que, nombrado en 1866 obispo de Magida quedó al lado del patriarca en clase de vicario general. Muy versado en la Sagrada Escritura, sencillo, modesto y conciliador tanto como de ejemplar piedad y penetrado del espíritu que guiara en sus fundaciones á su glorioso antecesor, Pío IX

le ascendió, á pesar de su humildad y pocos años (contaba apenas treinta y ocho), á la sede patriarcal de Jerusalén.

Nombrado en 1873, el virtuoso prelado correspondió á las esperanzas que en él cifrara Su Santidad, y con el auxilio de sus capitulares consagróse sin pérdida de momento, no sólo á continuar las obras debidas á monseñor Valerga, sino á crear otras nuevas. Así fué como en el año de 1874 fundó la misión de Kerak, trasladada recientemente á Medaba, en 1875 la de Rememim, en 1877 las de El-Fahez y Reyneh, y finalmente en 1878 la de Gaza. Él ha sido quien ha llamado á Jerusalén los Hermanos de la Doctrina cristiana, cuyo establecimiento, inmediato al Patriarcado, encierra en su recinto las ruinas del Kasr-el-Djalud, ó sea la antigua torre Psefina; apenas allí instalados han visto los Hermanos acudir á sus clases casi todos los niños de la ciudad sin distinción de religión y nacionalidad, bastando decir que el bajá de Jerusalén tiene en ellas sus dos hijos, como ya tenía dos hijas en el colegio de las Damas de Sión.

Bajo los auspicios del Patriarca han abierto no há mucho los misioneros de Nuestra Señora de Africa, á cuya custodia, conforme queda dicho, se ha confiado el santuario de Santa Ana, una escuela especial de superiores estudios orientales, y Dom Belloni ha comunicado nuevo impulso y ha engrandecido el establecimiento que fundara en Belén en vida de monseñor Valerga bajo la advocación de la Santa Familia. Doscientos alumnos, entre ellos setenta internos, aprenden, bajo la infatigable y paternal dirección del sabio monje, no sólo los principales elementos de los humanos conocimientos, sino también un oficio ó carrera con que formarse un estado en la sociedad. Otros niños son por él mismo, en una granja-escuela situada en Beit-Djemal, mantenidos y adiestrados en las labores agrícolas, y finalmente conviene hacer mención de otras cuatro fundaciones, aún más recientes y ya muy importantes: la de un convento de Carmelitas en Belén, debida á la piedad de una señora francesa, por nombre Saint-Criq de Artigau; la de una casa de misioneros del Sagrado Corazón de Betharam en la misma ciudad y por la propia señora, y dos hospitales que se estaban edificando el año último, el uno en Jerusalén y el otro en Jaffa.

Por su parte, los Padres franciscanos, activos y celosos como siempre, han dado cima á su santuario de Kubeibeh; han restaurado casi todos sus conventos y casas, han fundado otros nuevos en Tiro y en Sidón, y han realizado en el monte Thabor importantes obras y excavaciones.

Las comuniones orientales que continúan en el regazo de la Iglesia católica, están representadas en Jerusalén por la de los griegos unidos (treinta almas), los cuales tienen una iglesia parroquial servida por un Padre Melquita, y por la de los armenios unidos que no llegan todavía á aquel número.

Tal es el estado relativamente de gran prosperidad á que ha llegado en Jerusalén la comunión latina; delante de ella se alza el coloso de Rusia que aspirando, al parecer, á la representación de la iglesia griega, se ha establecido allí hace unos veinte años de una manera estable y grandiosa. En las mismas puertas de la ciudad santa,

en la meseta que por el norte la domina y desde donde la han asediado sus sucesivos conquistadores, ha solicitado y obtenido de la Sublime Puerta la cesión de inmenso terreno que ha cerrado con muros y en el cual, gastando enormes sumas, ha levantado, en 1860 á 1864, un palacio episcopal, una basílica, el consulado, vastos hospicios para los peregrinos con cisternas y estanques, en una palabra, una ciudad rusa en que nada falta y en la cual se acogen en la época pascual los millares de peregrinos que afluyen de todos los puntos de Rusia. Por lo general muy pobres, estos peregrinos visitan, distribuídos en numerosos grupos, los santuarios de Jerusalén, y su devoción grave y fervorosa, sus armoniosos cantos, las robustas y sonoras voces de los hombres, unidas á las afinadas y argentinas de los niños y mujeres, forman gran contraste con la alborotada y poco respetuosa piedad de los griegos y con sus monótonos y guturales cánticos. Sus dogmas religiosos son idénticos, y el imperio de Rusia, repetimos, se presenta como patrono y defensor de toda la Iglesia que se da el nombre de ortodoxa.

Los griegos cismáticos residentes en Jerusalén en número de unos dos mil y ochocientos, hállanse bajo la jurisdicción de un patriarca, del cual dependen diez obispos y considerable número de monjes repartidos en diez monasterios, cada uno con una ó varias iglesias ó capillas. Es entre todos el de mayor importancia el de San Constantino, residencia del patriarca y de cien monjes, edificio que está unido por el lado occidental á la basílica del Santo Sepulcro, ocupando una parte del antiguo patriarcado latino. Su rica biblioteca es digna de ser visitada. A todos ellos van unidos hospicios para los peregrinos de su nación. Tienen los griegos además tres conventos de religiosas sin clausura y varias escuelas elementales.

Alentados por el buen suceso en sus empresas alcanzado, los griegos, que ningún derecho tuvieron en los Santos Lugares de Jerusalén, están espiando y con habilidad aprovechan todas las ocasiones para despojar á los católicos de los que adquirieran con su sangre y con su oro. Poderosos los cismáticos por su opulencia y por los valedores con que cuentan en Constantinopla, fuertes por el número de sus correligionarios avecindados en Jerusalén y más todavía por el de sus peregrinos, sostenidos por el tesoro de Rusia, han logrado hacerse temer y á todo se atreven, á armar litigios, á inventar calumnias, á recurrir al escándalo y á la violencia. Esto y la flojedad de las potencias católicas explican los enormes progresos que en un centenar de años ha podido el cisma realizar en la posesión de aquellos santurios, y son sus usurpaciones tan contínuas é incesantes que es posible la duda de si, de no variar el curso de las cosas, quedará alguno dentro de pocos años en poder de los católicos, sus legítimos dueños.

A la izquierda del barrio judío, en la ladera oriental del monte Sión y á espaldas del barrio cristiano álzase, parecido á un alcázar por la grandiosidad de su fábrica y de sus jardines, el convento armenio de que antes hemos hecho mención. Reside en él con ciento y ochenta religiosos el patriarca, y á su alrededor han formado los armenios un barrio que lleva su nombre. Dicho está que poseen aquellos cismáticos

los más hermosos edificios de Jerusalén, y como son ricos y se recomiendan por su inteligencia y laboriosidad, consérvanlos con un lujo, un orden y un aseo que atraen desde luego la atención de los viajeros. La morada del prelado es quizás la mejor de la ciudad, y un gran salón abovedado, de marmóreo pavimento y lujosamente alhajado, préstase admirablemente á la pompa de las recepciones. Alrededor de la faustuosa vivienda vense jardines y hospederías en las que son recibidas las numerosas peregrinaciones de la época pascual. Cuatro obispos asisten al patriarca, y esto que el número de los armenios no unidos no pasa en Jerusalén de unos quinientos.

Además del convento y de la catedral de Santiago poseen los armenios un colegio ó seminario y otros conventos de varones y mujeres. En la catedral, cuyo origen se dice ser del siglo XI con sus restauraciones modernas, elévanse dos sedes ó tronos, vacío el uno y consagrado á la memoria del gran Apóstol, y destinado el otro al patriarca.

Hasta mediados del último siglo no hallamos establecida en Jerusalén la iglesia armenia. Este pueblo que carece de patria, políticamente hablando, desde que Rusia, Persia y Turquía dividieron entre sí su territorio, conserva, sin embargo, su nacionalidad en los varios países á que aquella conquista le ha lanzado, pero no la integridad de la fe. Los armenios, que se envanecen de haber sido en el mundo la primera nación cristiana, han visto naufragar la pureza de la doctrina á la fuerza de las revoluciones que la han combatido; la mayor parte de ella, arrastrada por la herejía, se separó de la Iglesia romana y abrazó el error monofoseista que únicamente reconoce en Jesucristo una naturaleza, esto es, la divina, error condenado en el año 451 por el concilio de Calcedonia en la persona de Eutyches.

El escaso número de armenios que permanecen en el gremio católico son gobernados por un patriarca que reside en Bzommar, en el monte Líbano, y por un arzobispo-primado cuya sede radica en Constantinopla. En cuanto á los cismáticos tienen en Eischmiadzin un jefe espiritual que toma el título de *Catholicos* ó *universal*, del que depende el patriarca de Jerusalén. Su clero se compone de sacerdotes regulares y monjes; los primeros se dividen en simples sacerdotes y en doctores, los que se distinguen por su erudición; los monjes tienen por principal ocupación la lectura de los libros litúrgicos, única que les está permitida, y hacen voto perpetuo de celibato.

Los Jacobitas ó Sirios no unidos profesan también el error monofoseista, y son en Jerusalén en número de quince. De la capilla de su reducido convento se dice estar edificada, según queda expresado, en el área que ocupó la casa de María madre de Juan, apellidado Marcos, en la que se refugió san Pedro luego que un ángel le abrió las puertas de su cárcel. El antiquísimo cuadro que se venera en el altar atribúyese á san Lucas.

Los Coftos no unidos, igualmente eutychianos, son en número de ciento y treinta, y residen en dos conventos, inmediato el uno á la basílica del Santo Sepulcro y situado el otro en las cercanías del *Birket Hamman-el-Batrak*. Llámase aquél *Deir es-Sultan* (convento del Sultán), y es residencia de un obispo; dispuesto á la europea, contiene

varias habitaciones para peregrinos. El segundo convento está bajo la advocación de san Jorge. Los coftos practican la circuncisión.

Los Abisinios ó Etiopes, pertenecientes á la misma secta, no pasan de setenta y cinco; son muy pobres, y habitan miserables celdas entre las ruinas que rodean la cúpula de la capilla de Santa Helena. Monjes, entre los que se encuentran varios negros, rezan sus oraciones en la antigua leńgua etíope, y junto al tronco de un olivo muestran el sitio en que halló Abraham, al disponer el sacrificio de Isaac, el carnero sujeto por los cuernos.

Los protestantes, á pesar de los grandes recursos que pone en acción la sociedad bíblica, son poco numerosos en Jerusalén; su número llega apenas á trescientos. En aquellos apoyada, la misión protestante, anglicana y prusiana, fundada en la ciudad santa en el año de 1840, ha podido crear varios establecimientos, como son una sede episcopal mantenida á expensas comunes de Inglaterra y Prusia, cuyo titular es alternativamente nombrado por la una y por la otra potencia; un elegante templo erigido delante de la torre de David en el monte Sión; una iglesia para los indígenas cristianos afiliados á la secta protestante, un hospital para los judíos, otro para los cristianos, escuelas, hospicios y finalmente una biblioteca.

En número de unos diez mil viven los judíos hacinados en el compacto caserío que cubre las laderas orientales del monte Sión y el antiguo valle de Tyropœon; las angostas callejuelas de su barrio, *Haret-el-Yaud,* no se distinguen por el aseo y limpieza, y sin duda á esto se debe la extraordinaria mortandad que allí se nota. Divididos en diferentes sectas, forman las principales los Sefardim, los Akenazim y los Caraitas; para los últimos no existe la autoridad del Talmud. Cuentan con varias sinagogas, con escuelas y con dos vastos hospitales, en el monte Sión el uno y el otro en las laderas occidentales del valle de Ben-Hinnom: debido es el último á la liberalidad de los acaudalados hebreos Rothschild y Montefiore.

Calcúlase que si la población en los otros barrios de Jerusalén fuese tan densa como en el judío contaría la ciudad con más de cien mil habitantes. Los israelitas que en él moran no pertenecen ni descienden de familias de antiguo establecidas en el país: las familias se extinguen allí en muy cortos años, devoradas por las enfermedades contagiosas; los judíos de Jerusalén son casi todos extranjeros, y muchos llegan á su recinto en edad ya avanzada sin más objeto que espirar en la patria de sus mayores y ser sepultados en el valle de Josafat. En su mayor parte son pobres, y sólo subsisten del producto de las cuestaciones que para ellos se hacen entre sus correligionarios de Europa.

Los sefardim descienden de los judíos españoles expulsados por los reyes Fernando é Isabel; en su lenguaje quedan aún numerosos y visibles vestigios del habla castellana, y por su traje más aseado y por la mayor franqueza de su trato distínguense con ventaja de los akenazim, originarios de Rusia, Galitzia, Hungría, Bohemia, Alemania y Holanda. La secta de las Caraitas, muy poco numerosa, parece próxima á su extinción.

Ninguna de las sinagogas ofrece al viajero cosa digna de particular interés, ni aún la grandiosa que recientemente han erigido los akenazim, á no ser algunas copias del Antiguo Testamento pertenecientes á remota época que con gran veneración en ella se custodian.

La administración civil y religiosa es ejercida por un gran rabino que lleva el nombre de *Khakham*. A él, á cada nuevo reinado entrega el bajá de Jerusalén la llave de la fortaleza de Jaffa como símbolo de la facultad que se otorga á los judíos para circular libremente por la que fué su patria; un retardo ó descuido en semejante requisito obligaría á los hebreos á permanecer encerrados dentro de la ciudad hasta que se le diese cumplimiento, y cuéntase que así sucedió no há mucho tiempo al subir al trono el sultán Abdul-Azis.

Entre los barrios de Jerusalén el de los musulmanes, *Haret el-Muslinim*, es el más extenso y holgado; extiéndese al norte y al este sin más limitación que la muralla de la ciudad, y no parece sino que se complace en su holgura y que está como conteniendo por mediodía y occidente á los otros tres, á los que consiente por favor en abandonar muy reducido espacio. Sus moradores, que pueden calcularse en siete mil y quinientos, poseen en la ciudad, además de los templos de Omar y de El-Aksa, unas diez mezquitas de menor importancia, á las que están adheridos establecimientos de beneficencia *medresehs*, ó sean escuelas. Cada día en las obras reglamentarias resuena en lo alto de los alminares la voz de los almuédanos que anuncian el rezo, y todos los viernes se reunen los seguidores de Mahoma en el vasto recinto de El-Aksa para asistir á la plática y á la oración en común.

La Vía Dolorosa atraviesa por el centro el barrio musulmán, en el cual, excepto el gran bazar, algunos baños públicos, unas grandes fábricas de jabón y el edificio llamado por los cristianos hospital de Santa Elena y por los mahometanos *el-Tekijjeh*, poco ó nada ha de merecer la atención de los viajeros.

Aquel hospital, hoy en ruinoso estado, que sirvió un tiempo para albergue de enfermos, empléase ahora únicamente como lugar donde se distribuyen socorros á los indigentes y peregrinos musulmanes. Obra de Selim I en el año de 1517 y de su sucesor Solimán, su portada exterior, de elegante estructura, está adornada con hermosos arabescos, y es una de las joyas arquitectónicas de Jerusalén. Al sostenimiento del hospital fué señalada la totalidad de los tributos que se percibiesen en las poblaciones de Belén, Bethania y otras; con iguales derechos cuenta hoy, pero ya sea que aquellas rentas hayan disminuído, ya que sean dilapidadas, es lo cierto que el hospital hállase en estado de completo abandono y que sólo muy imperfectamente cumple con el objeto que motivó su creación. Consérvanse en él las antiguas calderas donde se preparaba la sopa para los asilados; su dimensión colosal atestigua su gran número: una de ellas mide ciento treinta y tres palmos de circunferencia.

La tradición cristiana dice que allí existió desde el siglo IV un establecimiento hospitalario fundado por la santa madre de Constantino, y en efecto, la parte baja de

los muros parece acusar fecha muy anterior á la de la fábrica superior. En este caso los sultanes se limitarían á reconstruir lo arruinado y á continuar de siglo en siglo la fundación de santa Elena. M. de Saulcy, al participar de la opinión que atribuye edad muy remota á la planta del benéfico establecimiento, se inclina, sin embargo, á pensar que el nombre de Elena que lleva, si bien cierto y real, no es el de la emperatriz romana, sino el de la reina de Adiabenes, de que antes que ahora hemos hablado. «En Oriente, dice, los monumentos consagrados á idéntico destino se suceden y se sobreponen en cierto modo unos á otros, así como se transmiten los nombres de padres á hijos con admirable perseverancia.» Según el autor citado allí se alzaría el palacio de la indicada reina que tan generosa se mostró para con la población de Jerusalén, y de ahí el nombre que se dió al caritativo establecimiento.

A no ser en los alrededores del bazar y de algún otro edificio público, este barrio, á causa de su gran extensión, ofrécese casi siempre desierto. Arabes y turcos lo habitan, y además la colonia berberisca ó africana que antes se ha mencionado.

El bajá de Palestina es el supremo gobernador de la ciudad; en ella tiene su residencia y le asiste una especie de alcalde y de consejo municipal *(medjlis)*, compuesto de cuatro musulmanes, tres cristianos y un judío. La guarnición, en época ordinaria, consiste en un batallón de línea.

Según el censo del año de 1871 cuenta Jerusalén 1,025 casas musulmanas, 299 greco-ortodoxas, 18 greco-católicas, 175 armenias, 7 sirias, 179 latinas, 16 protestantes, 44 coftas y 630 hebreas, en total 2,393 casas.

El número de peregrinos de todas las religiones que llegan anualmente á Jerusalén varía entre 3,000 y 10,000.

Cada uno de los barrios que acabamos de mencionar forma como una pequeña ciudad separada y distinta de las otras; sus costumbres, sus intereses y su manera de existir difieren esencialmente unos de otros, y el judío no habita ni trata apenas con el cristiano, ni el musulmán con el cristiano ni el judío. La diversidad de religión es gran obstáculo para toda clase de relaciones sociales, pues de ella resulta que sólo son en número de cuatro los días hábiles en Jerusalén para el trabajo y los negocios: los viernes, sábados y domingos son sucesivamente feriados para musulmanes, judíos y cristianos.

A cada paso y en todos los momentos puede conocerse que los turcos son los dominadores y que obran como tales: los seguidores del Corán hacen gala de arrogante desdén hacia los cristianos y judíos, y no desperdician ocasión de hacerles sentir la humilde condición en que viven. Conviene decir, además, que Jerusalén, para muchos de sus moradores, es únicamente lugar de tránsito, y para no pocos de destierro. Los que á la ciudad llegan arman su tienda lo mejor que pueden, y sólo suspiran por el instante en que podrán levantarla para volver á su patria: el europeo á Occidente, los bajaes y los turcos á Damasco ó á Constantinopla, y el árabe al desierto. Puede decirse que la ciudad de David no tiene hoy pueblo; en ella sólo se encuentran hombres

llegados de todos los ámbitos del mundo, atraídos por razones de religión, de política ó de mera curiosidad; entre sí no los une lazo alguno; á la primera señal se dispersan y ceden el sitio á otros recién llegados, que á poco imitarán su ejemplo.

En las calles más frecuentadas y en sombrías y mezquinas tiendas se expenden los artículos necesarios para la vida; pero en la ciudad apenas se observa indicio de tráfico, industria ni comercio: los hombres lo mismo que los monumentos, aparecen sin animación y como muertos; ruinas y sepulcros es lo que allí más abunda, y los raros moradores que en silencio

Una tienda de zapatero en Jerusalen

pasean entre tantos escombros muestran bien no ser más que residuos de los pueblos que por aquella tierra han pasado. No se busque, pues, en Jerusalén una agradable

población, industrial y mercantil, de cómodo y elegante caserío; la santa ciudad no brilla por ninguna de estas cualidades: su aspecto es triste, su industria limitadísima, y su comercio en extremo reducido. Todo en ella es primitivo, así sus bazares como sus medios de trabajo y de transporte. Los usos europeos únicamente se encuentran en las casas del patriarca latino, de los cónsules y de otros personajes

Una tienda de droguero en Jerusalén

constituídos en dignidad. En el convento de los Padres de Tierra Santa todo respira la sencillez y pobreza monástica, y cosa análoga puede decirse de todas las familias de Jerusalén, en las que no existe clase alguna de lujo, ni en muebles ni en la mesa, ni en vestidos. El mayor adorno que usan las mujeres consiste en sartas de monedas de plata ú oro en el cabello y en el cuello; algunas, siguiendo antiquísima costumbre, suelen pintarse de negro las cejas.

Jerusalén es la ciudad de los recuerdos y de los tiempos pasados; es como la necrópolis del judaismo, y es sobre todo y más que todo el sepulcro del Mesías, la ciudad

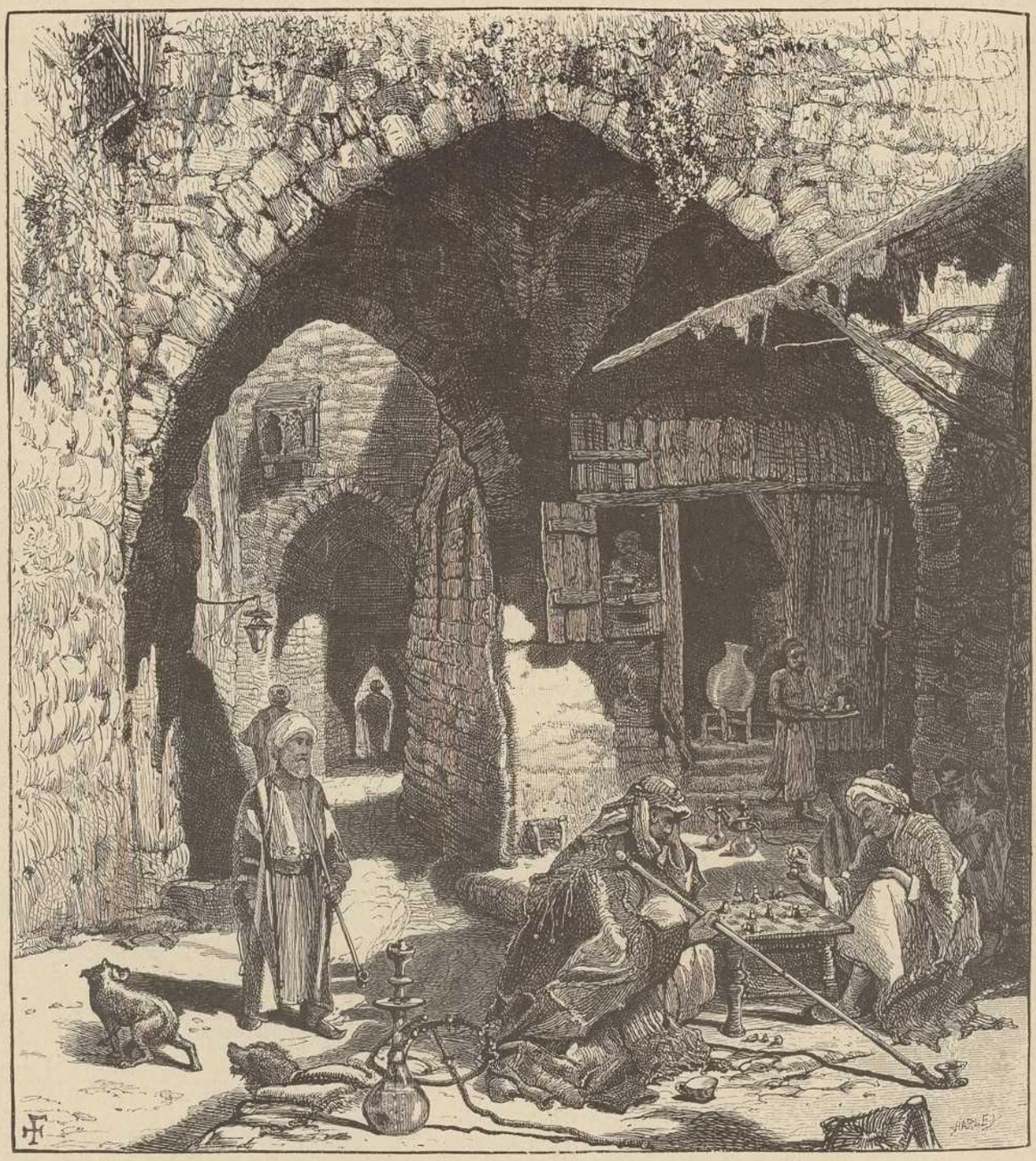
del llanto y de las lamentaciones, la ciudad del Gólgota y de la inmolación del Hombre-Dios, es decir, del crimen más horrendo que los hombres hayan visto jamás cometido. Pero es también la ciudad de la resurrección del Salvador y la cuna de la nueva doctrina que ha de regir al humano linaje hasta la consumación de los tiempos, y en ella hállanse representados todos los pueblos, todas las lenguas, todas las religiones

MERCADER JUDÍO ESCARDANDO ALGODÓN

monoteístas. El judaísmo tiene allí sus sinagogas, el islamismo sus mezquitas, la iglesia de Jesucristo y las principales ramas por desgracia desgajadas de su vigoroso tronco sus iglesias, capillas y conventos. No hay pecho, aun los que menos sienten el divino influjo de la religión, que no se conmueva ante aquella reunión de pueblos alrededor del sepulcro de Cristo, al eco de aquellas oraciones pronunciadas en cien idiomas distintos en el lugar mismo donde los apóstoles recibieran del Espíritu Santo el don de hablar todas las lenguas de la tierra.

Y si en la ciudad santa por excelencia se alza la media luna delante de la Cruz

y los ministros de la verdad no pueden dar un paso sin codearse con los sectarios del error; si gime años y años bajo el yugo musulmán y la mezquita de Omar se mantiene en pié y triunfante en el mismo lugar que ocupó el derruído templo de Salomón, designio particular es de la Providencia divina que, para humillar y castigar



Un café en Jerusalén

á la ciudad deicida, la ha sometido á una esclavitud de la que sólo por corto tiempo pudo librarla la Europa coligada en la época de las Cruzadas y cuyo término no aciertan á conocer las humanas previsiones. El templo de la ley antigua está allí condenado á irrevocable ruina, como símbolo de una época para siempre extinguida; pero el sepulcro del Salvador, del cual surgió la vida del mundo moderno con Jesucristo resucitado, recibirá hasta la consumación de los siglos los piadosos home-

najes de los pueblos cristianos y brillarán verdaderas aquellas palabras del profeta: *Sepulcrum ejus erit gloriosum.*

Cuando todo esto se piensa y se siente desaparecen al impulso de más altas impresiones la pena y el malestar experimentados al recorrer aquellas tristes calles y al visitar las ruinas de una grandeza ya muerta. A proporción que el viajero pasa días en Jerusalén y difiere su partida, crece el interés que aquel espectáculo le inspira y acaba por ver claro como el sombrío cuadro de la ciudad moderna, en su estado de decadencia material y moral, se compadece bien con las grandes escenas de que fué teatro. Con pesar y llanto se deja la ciudad que antes pareció lugar de desolación, y solemne es siempre el adiós que envía el peregrino á los sitios que presenciaron los hechos más altos y trascendentales de la historia. Pocos serán, tan hondamente han de sentirse penetrados de lo que han visto, aquellos que no puedan apropiarse entonces las palabras del salmista: «Jerusalén, si algún día te olvido, si cesa de vivir en mí tu memoria, séquese mi mano y quede pegada mi lengua al paladar.» Pero entre ellos dichoso aquel que con los grandes recuerdos y las profundas impresiones se lleva, al trasponer los almenados muros, una fe más viva y una más firme esperanza, y siente ya como las primicias de los goces que están prometidos al cristiano en la Jerusalén celeste.

SAMARIA

I

BETHEL.—La escala de Jacob.—Rimmun.—Thayebeh ó sea la antigua Efrem.—Djifna.—Silo.—Lebben.—Otros lugares.—El valle de la Makna.—Las doce tribus de Israel renuevan la divina alianza.—El pozo de Jacob.—Jesús y la Samaritana.—Sepulcro de Josef.—NAPLUSA.—Su historia.—Sichem y los samaritanos.—Estado actual de la ciudad.—Su poblacion.—Sus principales monumentos.

Por la puerta de Jaffa salgamos del sagrado recinto de la Ciudad Santa, y emprendamos el camino de Samaria y Galilea, que es uno de los más frecuentados de Palestina: su dirección es al norte pasando por El-Bir, Jebrud, Naplusa, Sanur y Djenin, donde corta la carretera de Gaza á Damasco; conduce luego á Nazareth atravesando la nava de Esdrelón, y de allí, partiéndose en dos, guía por Safurieh á San Juan de Acre, por un lado, y por otro y por Tiberíades, al puente de Jacob. Numerosos recuerdos bíblicos consagran la tierra que pisamos; por ella pasaron los patriarcas y los profetas; la Santa Familia recorrió este camino varias veces, y Jesucristo y los apóstoles lo seguían cuando de Judea se dirigían á Galilea atravesando el territorio de Samaria. No hay camino en el mundo al que mejor se adapte el nombre de *vía sacra*.

A nuestra espalda queda el pueblo de El-Bireh, la antigua Beeroth, confín de la Judea, y penetramos en tierra de Samaria, una de las cinco provincias ó regiones en que fué dividida la Tierra de promisión ó de Canaan. Los montes se hacen más escarpados; escasos arbustos brotan en sus peñascosas laderas, al paso que nopales y olivos sombrean las hondonadas; encuéntranse de cuando en cuando ruinas y algunas sepulturas en las rocas.

A cuatro kilómetros al nordeste de El-Bire está sentada en la falda de un otero la aldea de Beitin, de unos cuatrocientos habitantes; gran número de las casas que la forman se caen en ruinas. En la cima del montecillo existen los restos de una torre que ha debido seguramente experimentar varias reconstrucciones, pues sólo en su base presenta señales de remota antigüedad. En el lado opuesto de la aldea otro torreón de defensa, arruinado en gran parte, ofrece iguales caracteres. Más abajo subsisten vestigios de una reducida iglesia cristiana, y finalmente, á la entrada del pueblo,

límpida fuente mana en circular pilón que se alza en el centro de vasto receptáculo medio cegado en el día.

A unos setecientos metros al sudeste de Beitin las ruinas de un convento fortificado y de una iglesia, á las que se da el nombre de Kharbet-el-Bordj, coronan la cima de inmediato altillo.

Beitin es la antigua Bethel, muy nombrada en las Sagradas Escrituras. Procedente de Sichem y viajero hacia el mediodía detúvose Abraham en un cerro situado al oriente de Bethel; allí plantó su tienda teniendo esta ciudad á poniente y la de Ai á levante, y erigiendo un altar al Señor invocó su santo nombre. Dice la tradición que esto pasó en el punto donde existen las ruinas de Kharbet-el-Bordj.

A su regreso de Egipto el patriarca hizo nuevo alto en las cercanías de Bethel, en el mismo sitio donde levantara el altar, y tiempo después Jacob, huyendo de la ira de su hermano Esaú, pasó una noche en las inmediaciones de la propia ciudad, á lo que se cree en igual punto que su abuelo Abraham. Una de las piedras que por el suelo yacían sirvióle para reclinar la cabeza, y habiéndose dormido vió en sueños la maravillosa escala cuyo pié se apoyaba en la tierra y su remate tocaba en el cielo; ángeles de Dios subían y bajaban por ella. El Señor renovó entonces al patriarca la promesa hecha á Abraham de multiplicar su posteridad como las arenas del mar, y díjole que suya sería la tierra en que dormía.

Despertó Jacob y despavorido exclamó:—«En verdad que el Señor habita este lugar, y yo no lo sabía. Terrible es ciertamente: casa de Dios es y puerta del cielo.»

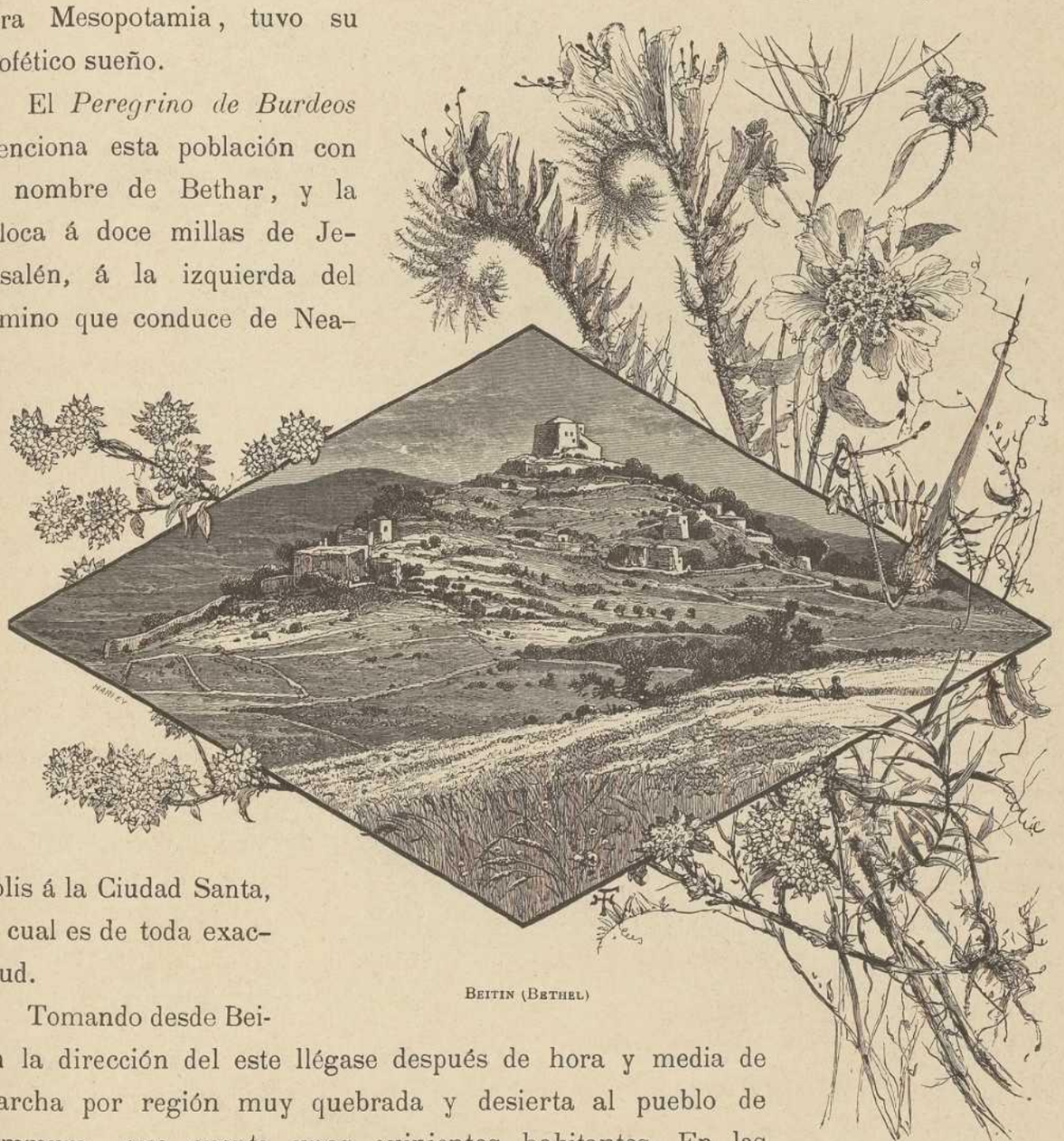
Y levantándose muy de mañana tomó la piedra que se había puesto por cabecera, hincóla en tierra derramando aceite sobre ella, y llamó Bethel (casa de Dios) á la ciudad que llevara antes el nombre de Luza (almendro), á causa sin duda de las abundantes plantaciones que de este árbol existían en sus alrededores.

Luza fué residencia de un rey cananeo, y cuando la invasión israelita, conocida desde entonces con el nombre que le diera el patriarca, fué adjudicada por Josué á la tribu de Benjamín como frontera con la de Efraim, pero esta última se apoderó de ella y la poseyó. En la época de los Jueces erigióse en Bethel un altar á Jehová, y allí estuvo depositada por algún tiempo el arca de la alianza. Costumbre era en Samuel ir anualmente á esta ciudad para juzgar á Israel, hasta que llegada la época de los Reyes se convirtió su recinto en centro de la idolatría introducida por Jeroboam, quien, á fin de impedir que sus súbditos fuesen á sacrificar al templo de Jerusalén, alzó un becerro de oro en Dan y otro en Bethel. Conquistada Bethel por el rey Abia é incorporada al reino de Judá, recobróla el de Israel en tiempo del rey Baasa.

Elías y Eliseo visitaron la ciudad de Bethel, y sábese que en aquel entonces había en ella un colegio de profetas cuyos discípulos salieron á recibirlos; como algunos muchachos hicieran burla de la calvicie del segundo que regresaba de Jericó, maldíjolos el profeta, y á su voz salieron fieras de un monte cercano y despedazaron á muchos. En tiempo de Jeroboam II fué Bethel una de sus regias residencias, y en ella predijo

el profeta Amos la ruina de Israel, cambiando su nombre de Bethel en el de Beth-aven (Casa del crimen). Repoblada finido el cautiverio, fué habitada de nuevo por los Benjaminitas, y fortificada en la época de los Macabeos por el sirio Bacchides cayó en poder de Vespasiano en la marcha por éste emprendida de Cesarea á Jerusalén. En tiempo de san Jerónimo quedaba Bethel reducida al estado de aldea, y por el santo sabemos que se había erigido una iglesia en el sitio en que Jacob, en camino para Mesopotamia, tuvo su profético sueño.

El *Peregrino de Burdeos* menciona esta población con el nombre de Bethar, y la coloca á doce millas de Jerusalén, á la izquierda del camino que conduce de Neapolis á la Ciudad Santa, lo cual es de toda exactitud.



Beitin (Bethel)

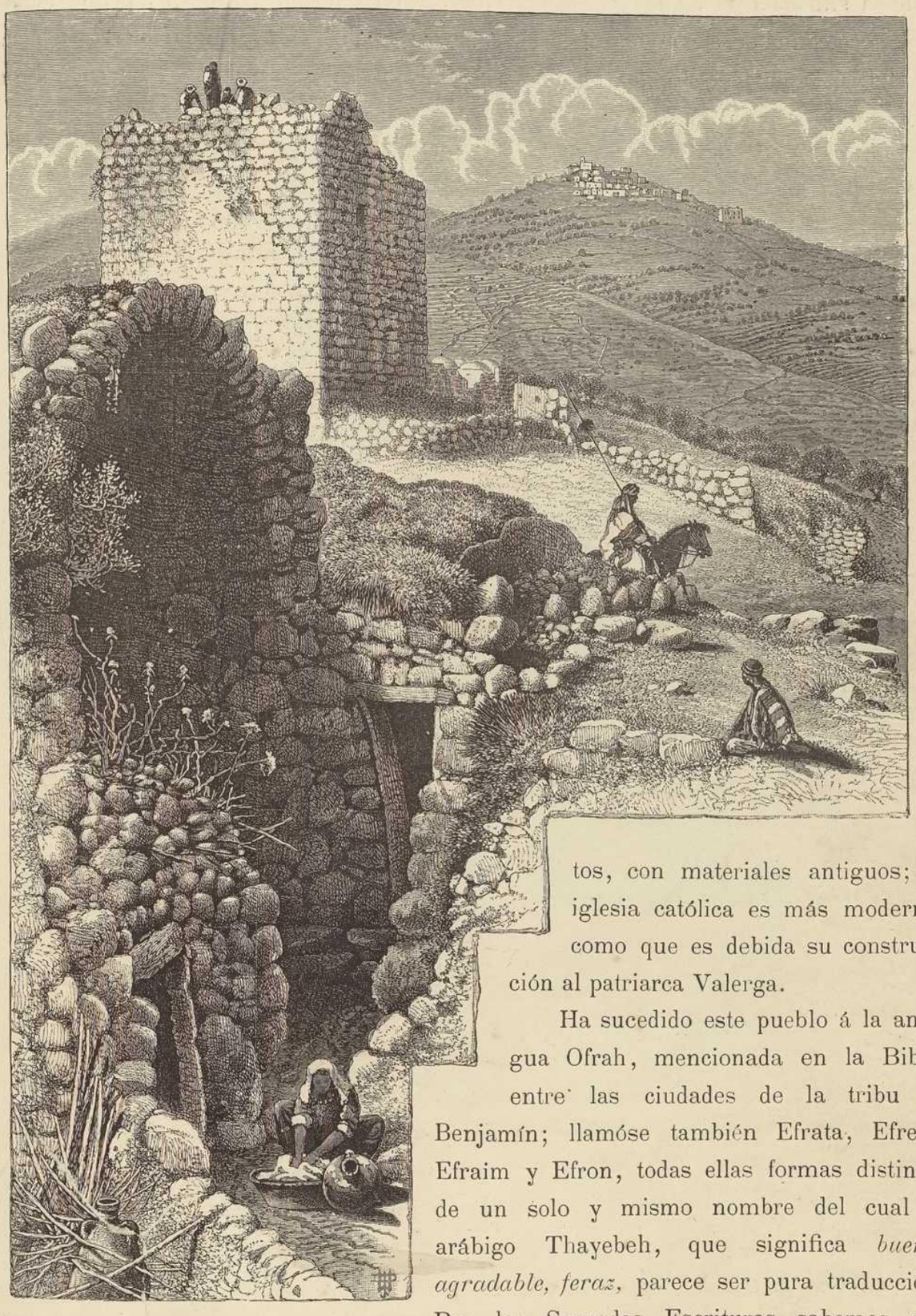
Tomando desde Beitin la dirección del este llégase después de hora y media de marcha por región muy quebrada y desierta al pueblo de Rimmum, que cuenta unos quinientos habitantes. En las calizas vertientes del cerro, cuya cumbre ocupa, ábrense varias cisternas y cuevas artificiales, que en el día sirven de refugio á pastores y ganados. A causa del nombre que aún conserva y de su situación en escarpada eminencia defendida en tres de sus lados por profundos despeñaderos, créese fundadamente que el pueblo de Rimmum se alza en aquel lugar llamado en la Biblia *Sela-ha-Rimmon*, en latín *Petra Remmon* ó sea peña del granado, seguramente á causa de los granados que crecerían en los terrenos labrantíos del monte. Allí, en aquel peñón, como en

natural é inexpugnable ciudadela, buscaron amparo los fugitivos de la tribu de Benjamín acuchillada por los hijos de Israel. La aspereza del terreno permite en efecto á un puñado de valientes defenderse contra gran número de enemigos, y los Benjaminitas se resistieron por espacio de cuatro meses; transcurridos éstos, ofreciéronles paz, y celebrada que fué, pudieron á poco ir reparando el desastre de su tribu casi del todo aniquilada.

Ruinas de una iglesia en Beitin (Bethel)

Como á dos kilómetros y medio al norte de Rimmun, el pueblo de Thayebeh cubre la ladera de un monte en cuya cima vense las ruinas de antigua fortaleza, construída con magníficos sillares. Lo que de ella permanece sirve para moradas particulares, y aún puede reconocerse en varios puntos el vasto recinto que la rodeaba. Algunas de las casas del pueblo datan al parecer de remota antigüedad, é indudablemente la tienen muy grande sus cisternas y silos labrados en la roca. Vive en Thayebeh una población de ochocientas almas, que, exceptuando unos sesenta católicos, pertenece toda ella á la comunión greco-

cismática. El templo griego fué en parte construído, especialmente en sus basamentos, con materiales antiguos; la iglesia católica es más moderna, como que es debida su construcción al patriarca Valerga.



Aldea de Thayebeh, antiguamente Ofrah, vista desde las alturas de Rimmun, ó sea la antigua Rimmon

Ha sucedido este pueblo á la antigua Ofrah, mencionada en la Biblia entre las ciudades de la tribu de Benjamín; llamóse también Efrata, Efrem, Efraim y Efron, todas ellas formas distintas de un solo y mismo nombre del cual el arábigo Thayebeh, que significa *buena, agradable, feraz,* parece ser pura traducción. Por las Sagradas Escrituras sabemos que Abia, rey de Judá, vencedor de Jeroboam, soberano de Israel, conquistó las ciudades de Bethel, Jesana y Efron. A Efrem se retiró momentáneamente con sus discípulos Nuestro Señor Jesucristo poco antes de su pasión

y después de la resurrección de Lázaro, diciéndonos el evangelista san Juan que se hallaba situada esta ciudad *prope desertum,* y en realidad Thayebeh, per el lado del este, toca con el desierto que guía á las márgenes del Jordán. En la guerra judaica la ciudad, á la cual da Josefo el nombre de Efraim, cayó en poder de Vespasiano, quien

Ued-el Djib

dejó en ella guarnición, y en efecto, las ruinas de la inmediata fortaleza atestiguan haber tenido el punto gran importancia militar. Desde entonces no vemos hecha de esta ciudad mención en la historia.

A ocho kilómetros de Thayebeh, en fértil valle que con el nombre de Ued-el-Djib corre entre dos sierras sombreadas por olivos, higueras y vides, encuéntrase la aldea

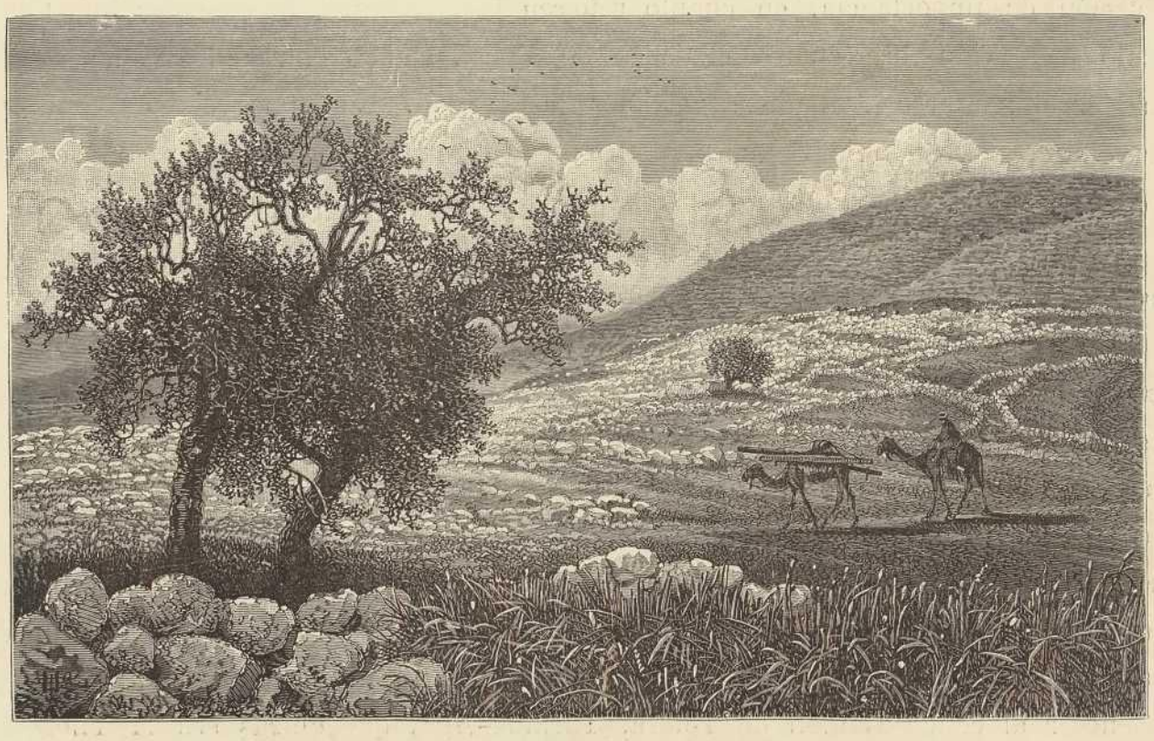
de Djifna, cuyas últimas casas ocupan la falda del monte. Junto á cristalina y abundante fuente, á la que se baja por medio de algunos escalones, álzase otra fundación, católica de monseñor Valerga, iglesia y escuela á la vez. Más lejos vense las ruinas de antiguo templo bizantino dedicado á san Jorge, del que sólo quedan parte del ábside y dos colunas todavía en pié. En el centro de la aldea existen aún paredones de un castillo, á lo que se cree de la época de las Cruzadas, entre los que viven varias familias de labradores. La población está reducida á trescientos y veinte habitantes: doscientos y cuarenta griegos cismáticos y ochenta católico-latinos.

La aldea de Djifna, triste y miserable hoy, fué un tiempo la ciudad de Gofna, indicada por Josefo como capital de una toparquía. Ya antes de esta época sería población de importancia, en cuanto refieren las *Antigüedades judaicas* que Cassio redujo á servidumbre cuatro ciudades de Judea, siendo entre ellas Gofna la más considerable; Marco Antonio devolvióles la libertad. En su marcha de Cesarea á Jerusalén atravesando la Samaria, detúvose Tito una noche en Gofna, donde había guarnición romana desde que en la ciudad penetrara su padre Vespasiano.

Siguiendo por el valle hacia el nordeste hállanse al paso las aldeas de Ain-Sinia (probablemente la antigua Jesana), de Yabrud y de Siluad entre el agradable verdor de viñas, olivares é higuerales en paisaje, si bien quebrado, cada vez más pintoresco. Vense á poca distancia en la cima de un altillo las ruinas llamadas *Kasr-Berdoil* ó Castillo de Balduino, fortaleza de la época de las Cruzadas, y llégase á la fuente del Uady el-Haramieh ó de los Ladrones, nombre que debe sin duda á lo áspero, angosto y solitario del camino. Junto á ella existen aún vestigios de considerable estanque y restos de una torre que dominaría el desfiladero y á ambos lados del mismo encuéntranse en región bien cultivada, varios lugares ó caseríos, entre los que pueden citarse Sindjel, conocido por los Cruzados con el nombre de *Casale Saint Giles*, por pertenecer al conde Ramón de Tolosa, Turmus-Aga, que quizás sea la Thormasia del Talmud, y las ruinas del antiguo pueblo llamado Rafidieh, hasta que en tres horas de marcha se llega al arruinado lugar de Silun. La ciudad que se alzó en aquel sitio hoy desierto cubría la meseta y las laderas de un montecillo; eran sus calles estrechas y gran número de derrumbadas casas la cubren con sus ruinas y escombros. Por lo general, ofrecen el aspecto de moradas arábigas, pero sus cisternas y silos abiertos en la peña datarán sin duda de más remota época. Corpulenta encina da sombra á una mezquita que se conserva aún en pié y que fué toda ella construída con sillares procedentes de antiguos edificios. A unos quinientos pasos existe interesante monumento, que es por lo común tenido por antigua sinagoga. Cuadrado y midiendo unos diez metros por lado, fué construído con sillares sobrepuestos, sin betún ni argamasa, y en el centro de la cara que mira al norte ábrese una puerta rectangular en cuyo dintel se observan muy notables y antiguas esculturas. En su parte interior divídese el edificio en tres naves por medio de cuatro colunas, dos por lado, cuyos fustes de una sola pieza yacen por el suelo, lo mismo que los capiteles corintios que los remataban.

En época posterior aplicáronse contrafuertes á este monumento como para transformarle en una especie de fortín, y abrióse en el lado occidental otra puerta que después ha sido condenada.

La necrópolis de la antigua ciudad de Silo, cuyo nombre se conserva en el de Silun, hállase á diez minutos de su recinto, y la forman gran número de sepulturas abiertas en la peña, casi todas consistentes en un vestíbulo y una estancia sepulcral con nichos ó urnas funerarias. A poca distancia mana regalada y copiosa fuente, la Ain-Silun, cuyas aguas, después de llenar cuadrada alberca, corren por el valle al que comunican fertilidad y lozanía. Enormes peñas yacen aquí y allá desprendidas al parecer del inmediato monte á impulso de temblores de tierra, y una de ella conserva labradas



SILUN, ANTES SILO

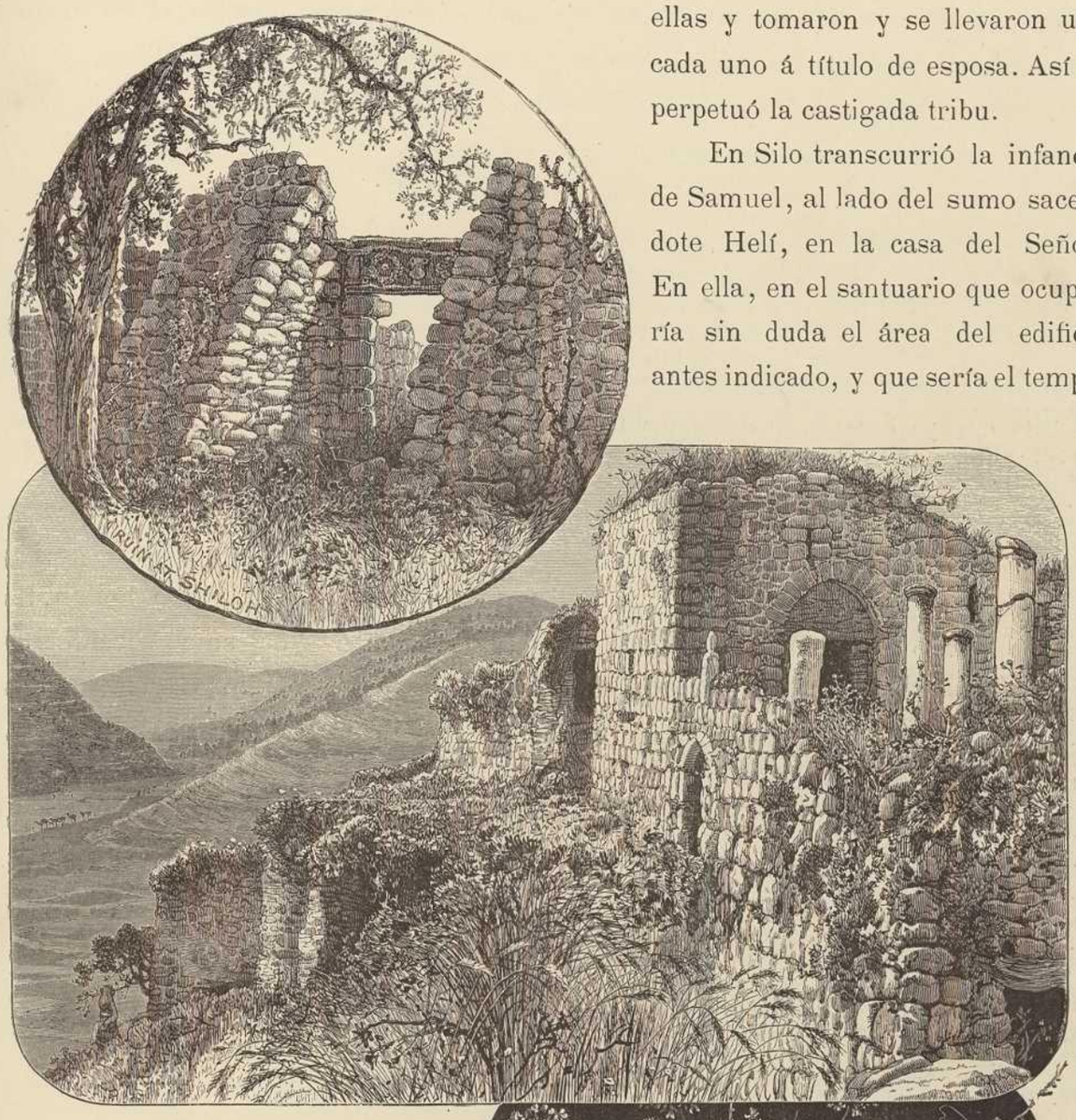
dos sepulturas, separadas por una pilastra intermedia. Las peñascosas laderas de aquellos cerros aparecen todas trabajadas por la mano del hombre, quien las ha explotado como canteras ó ha abierto en ellas sepulcros.

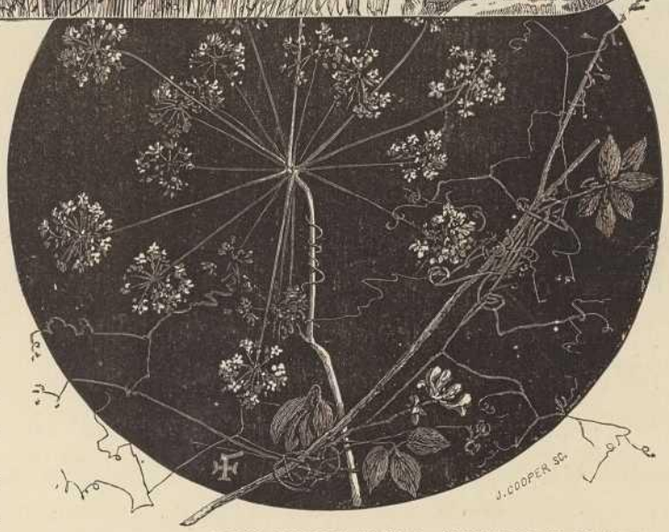
En Silo se congregaron las tribus de Israel para el reparto de la Tierra prometida, y allí, ante el arca de la alianza, procedió Josué á echar suertes sobre el país conquistado; Silo tocó á la tribu de Efraim.

Casi aniquilada la de Benjamín á causa del crimen que á su tiempo relatamos, tuvo Israel gran pesar, dice el sagrado texto, y para que no desapareciese del todo y no faltar tampoco al anterior juramento que declaraba maldito al que de sus hijos diere mujer á los culpables Benjaminitas, á consejo de los ancianos, se otorgó permiso á cuantos, libres de la matanza, carecían de esposa para robar á otras tantas hijas de Silo. Para ello se ocultaron en las viñas inmediatas á la ciudad y cuando en la anual festividad consagrada al Señor, salieron las doncellas del Silo á formar las usadas

danzas, quizás junto á la fuente poco há nombrada, los Benjaministas cayeron sobre ellas y tomaron y se llevaron una cada uno á título de esposa. Así se perpetuó la castigada tribu.

En Silo transcurrió la infancia de Samuel, al lado del sumo sacerdote Helí, en la casa del Señor. En ella, en el santuario que ocuparía sin duda el área del edificio antes indicado, y que sería el templo primitivo anterior al de Salomón en Jerusalén, permaneció el Arca Santa luego de ser trasladada del campamento de Gálgala hasta que llevada al ejército, cayó en poder de los filisteos, esto es, durante trescientos veintiocho años. A Silo acudieron, pues, los hebreos en todo este transcurso de tiempo para adorar al Señor y celebrar sus festividades, y allí estaba Helí cuando llegó á él la nueva de la derrota de Israel en Ebenhezer, de la muerte de sus dos hijos Hofni y Finees y de la pérdida del Arca; al oirla, al saber el tremendo desastre, el sumo





PUERTA DE UNA ANTIGUA SINAGOGA EN SILO.—RUINAS DE UN CONVENTO FORTIFICADO EN EL UED LEBBEN

sacerdote cayó derribado de espaldas de la silla en que estaba sentado, y quebrada la cerviz, espiró á la edad de noventa y ocho años. Los filisteos en cuya tierra ocasionara el Arca de la alianza grandes calamidades la devolvieron al fin, pero no fué ya llevada á Silo sino á Cariathiarim, á la casa de Abinadab, y de aquel tiempo datará sin duda el progresivo decaimiento de aquella ciudad, á la cual, cesando las solemnes y anuales fiestas, dejaría de acudir la multitud que antes la frecuentara.

Originario era de Silo el profeta Ahias que anunció á Jeroboam primeramente su futura grandeza y su elevación al trono de Israel, y después la muerte de su hijo y trágica suerte de todos lo suyos cuando, infiel é ingrato para con Dios que le había ensalzado, favoreció el culto de los ídolos.

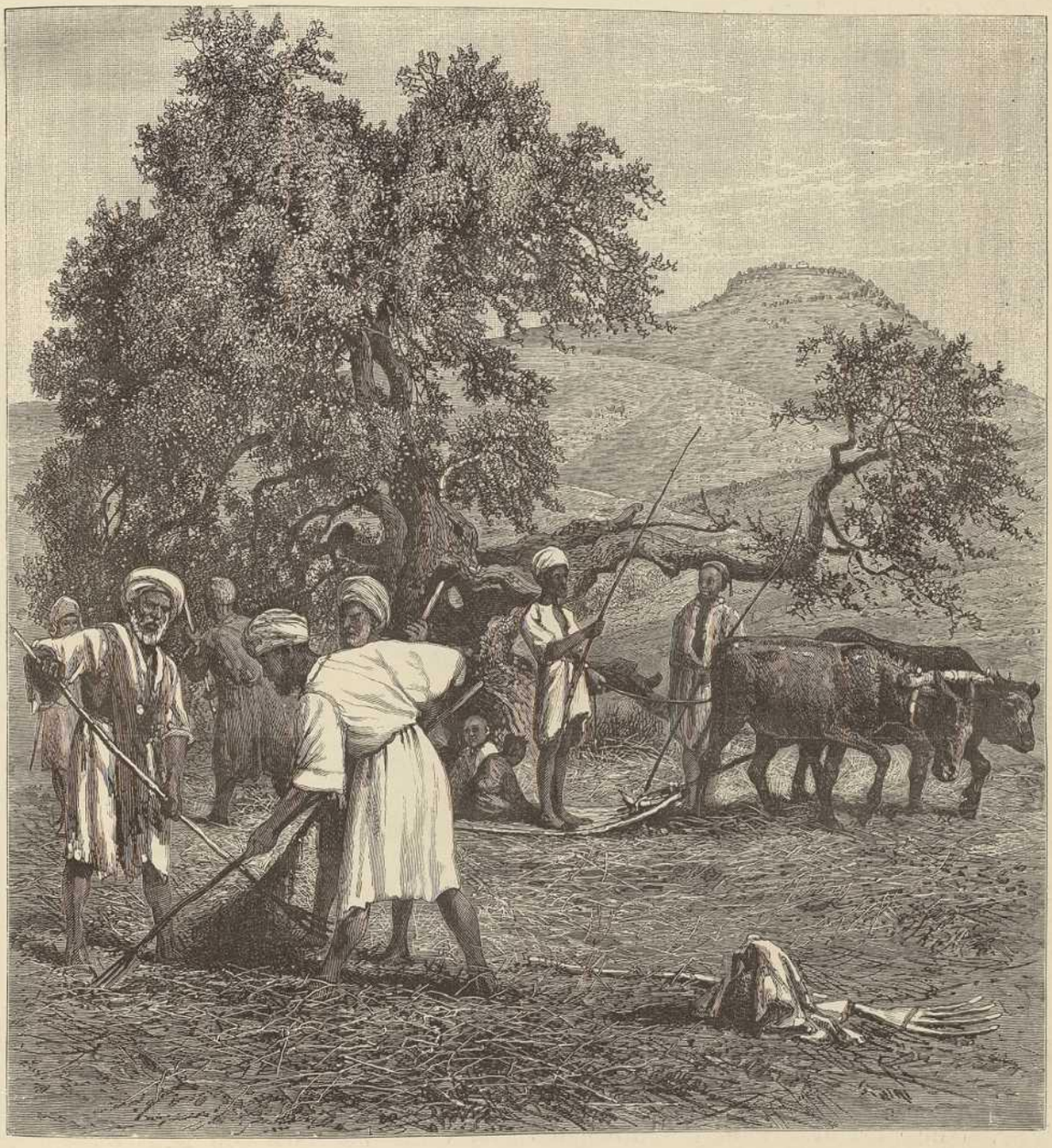
Silo era ya campo de soledad y ruinas en la época de San Jerónimo, quien vió aún vestigios del altar de los holocaustos; en la Edad Media habríase perdido al parecer la idea de su verdadera situación ya que varias crónicas latinas la confunden con Neby-Samuil, ó sea la antigua Ramathaim-Sofim, patria de Samuel, siendo así que en el siglo IV los libros judaicos lo indican con toda exactitud. «En Seilun, dice el más moderno del rabino Isaac Chelo, existen los sepulcros del sumo sacerdote Helí y de sus hijos Hofni y Finees, monumento notabilísimo en el cual judíos y musulmanes alimentan perpetua luminaria. Junto á él tiene su morada un viejo cabalista, alemán de nación, que vive de la copia de los libros santos.»

El sepulcro de Helí y de sus hijos, del que se ha perdido la huella, estará en una de las funerarias cuevas de que antes se ha hablado, pero hasta ahora no ha sido descubierto; las subsistentes hoy son en número de veintitrés, habiendo sido destruídas varias, entre ellas una que era al parecer de las más importantes, á juzgar por sus ruinas que yacen inmediatas al Ain-Silun.

Como á dos kilómetros y medio de esta fuente, por el lado del oeste, asemejándose el profundo valle á extenso y fértil llano, brota otra abundante y regalada, junto á la cual se ven las ruinas de abandonado *khan;* en ella suelen hacer alto los viajeros antes de dirigirse, siguiendo el Ued-Lebben, al pueblo de este mismo nombre, situado á alguna distancia hacia el norte en la falda de un collado. Fórmalo un grupo de casas de ruín aspecto, pero al mirarlas de cerca vense en muchas de ellas, especialmente en las jambas y dinteles de las puertas, magníficos sillares que datan sin duda de remota época. En el patio de la reducida mezquita existen además tres colunas procedentes como aquellos de algún antiguo edificio. El número de habitantes no pasa de trescientos. En la ladera de inmediata colina estuvo labrada una necrópolis, y las cuevas sepulcrales que se conservan sirven aún de cementerio á los moradores de Lebben. Esta aldea ha sido fundadamente identificada con la antigua Lebona, ciudad mencionada en el libro de los Jueces; Josué exterminó á sus habitantes, incluso á su rey.

Numerosos lugares álzanse á derecha é izquierda del camino que desde allí conduce á Naplusa al través de los montes de Samaria; á medida que por él se anda más feraz

y mejor cultivada se presenta la campiña y conócese ser aquella, en efecto, la rica tierra de Sichem. El viajero ve á lo lejos el pueblecillo de Sanieh y el de Kariut, antiguamente Corea, donde acamparon Pompeyo y Vespasiano; al septentrión hállanse Yetina, y más allá Yasuf, cuya pasada importancia atestiguan una hermosa fuente y una vasta necrópolis; divísase luego la aldea de Hauara, y á mayor distancia, hacia el noroeste, la de Auartah.

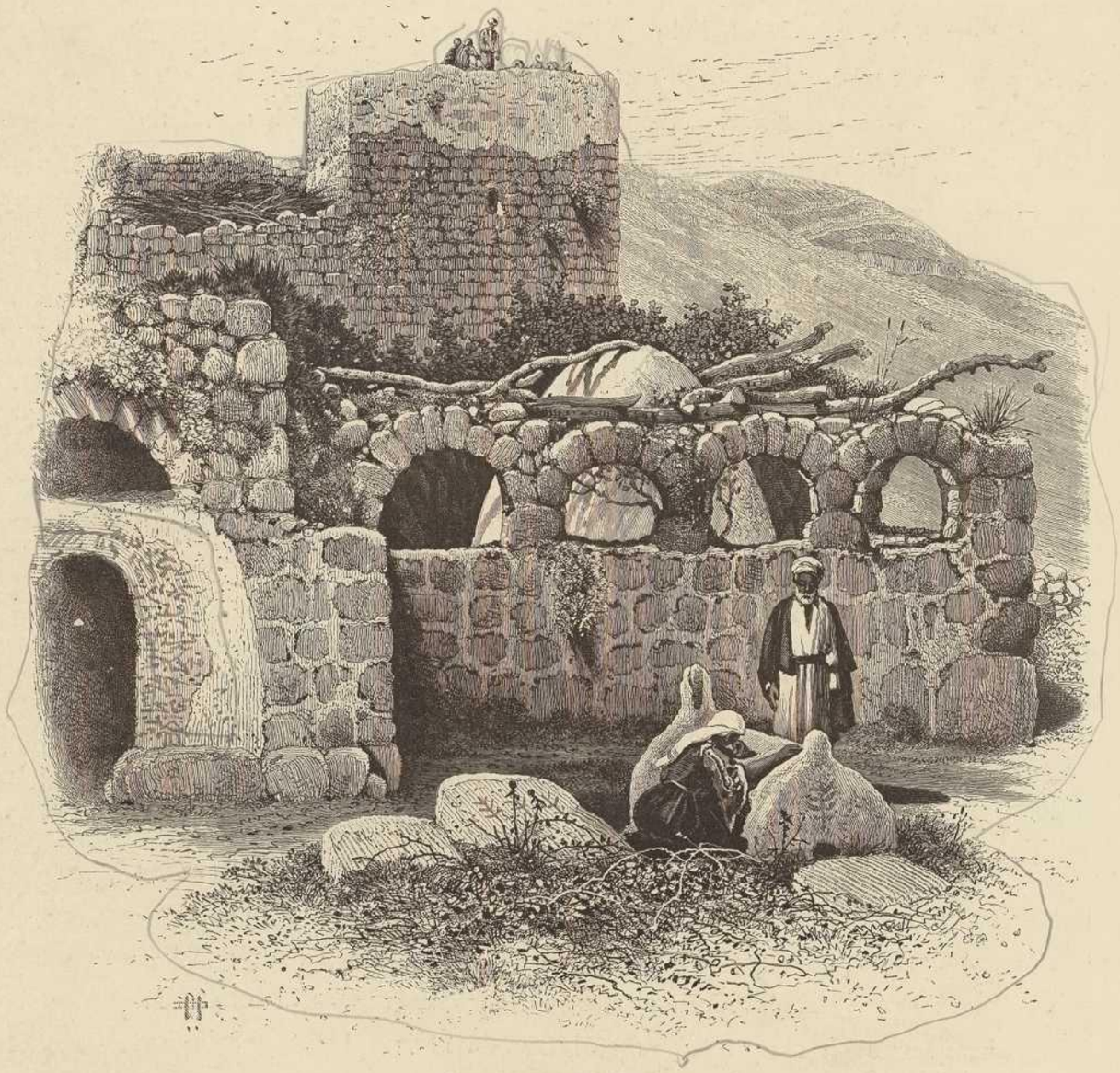


UNA ERA.—FELLAHS AECHANDO TRIGO.

Ocupa la última meseta y la ladera de un cerro, y su población es de setecientos habitantes. En dos *ualys* venéranse allí dos sepulcros de dimensión gigantesca blanqueados con cal; del uno dicen judíos y samaritanos que encierra los restos del sumo sacerdote Eleazar y del otro los de Finees, de la estirpe de Aarón. Esta tradición, aunque antiquísima, es tenida por errónea, especialmente por lo que toca al sumo sacerdote Eleazar, pues de éste se sabe por la Biblia que murió y fué sepultado en

Gibeat-Pinehas, en los montes de Efraim, pueblo que se cree ser la actual aldea de Ejibia, á poca distancia de Kharbet-Tibneh y del sepulcro de Josué. Por esto, san Jerónimo, en el *Epitafio de santa Paula,* pudo decir que la ilustre romana, colocada en la montaña de Efraim, veneró las sepulturas de Josué y Eleazar, situadas la una enfrente de la otra.

Delante de nosotros se abre el frondoso valle de la Makna, que tiene más de un



AUARTAH.—SEPULCRO DE FINEES.

kilómetro de anchura; á él desembocan otros valles laterales como los afluentes de un gran río, y forman sus laderas los montes Ebal y Garizim que, de altura casi igual, se alzan á unos trescientos y cincuenta metros sobre el nivel de la vega y á novecientos y treinta sobre el del Mediterráneo, mostrando el primero sus peñascosas y estériles laderas y el segundo sus cultivados y feraces campos. Nos encontramos en el teatro de uno de los más grandiosos hechos de la historia; seiscientos mil guerreros y numeroso pueblo tomaron allí posesión de su prometida patria y en sublimes transportes de religioso entusiasmo obligáronse, ellos y su posteridad, con terribles juramentos,

á ser fieles á los divinos preceptos hasta la consumación de los tiempos, renovando así la divina alianza. ¡Grandiosa é imponente escena digna de las épicas edades!

Cumpliendo Josué lo ordenado por Moisés, dispuso, después del paso del Jordán y de la toma de Ai, que Israel marchara á este lugar famoso por la estancia del patriarca

Auartah.—Sepulcro de Eleazar

Jacob y que dividida la muchedumbre en dos campos, se colocasen seis tribus en las laderas del Ebal y otras seis en las del Garizim; el arca de la alianza quedó en medio del valle entre sacerdotes, levitas, jueces y ancianos, y en un altar erigido en la cumbre del Ebal, ofreciéronse holocaustos. Alzó Josué la voz que resonó potente entre el solemne y universal silencio, y comenzando por proclamar las bendiciones reservadas á la nación de permanecer fiel á la divina ley, acabó por fulminar terribles maldiciones

para el caso de ser conculcada la celeste alianza. A las primeras, vueltos los sacerdotes que rodeaban el arca hacia el monte Garizim, contestaron á una sola voz *Amén* las seis tribus allí reunidas y lo propio respondieron á las segundas las seis que cubrían las laderas del Ebal, repitiendo los ecos de una y otra montaña las formidables aclamaciones que fueron prolongándose y perdiéndose por el valle cual el fragor del trueno. De ahí que quedase al Garizim el nombre de monte de la Bendición y de la Maldición al de Ebal.

A proporción que el viajero se acerca á la ciudad de Naplusa, hállase rodeado por paisaje de cada vez más risueño y por vegetación más abundosa; cerros y collados aparecen cubiertos de verdor; frondosos bosquecillos rematan sus cumbres, y olivos, granados, naranjos y otros árboles dan apacible sombra á torrenteras y hondonadas. Blancas casitas se destacan de los huertos y jardines que las rodean; la vid extiende de unos árboles á otros sus prolongados sarmientos, y en todas partes se ve impreso el sello de la inteligencia y del trabajo humano.

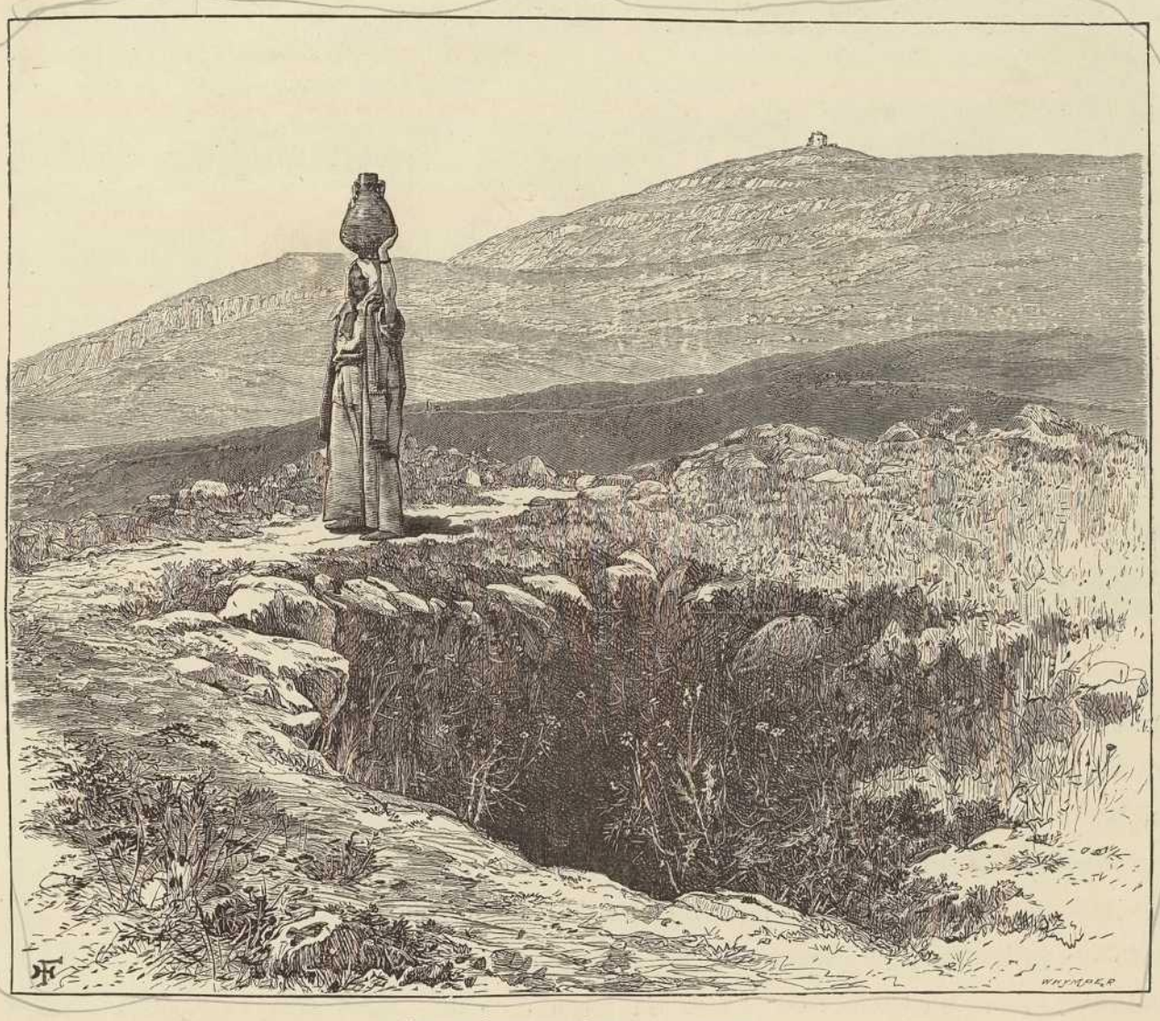
Procedente de Haran llegó á este valle Abraham con su mujer Sara, su sobrino Loth y la multitud de sus siervos y ganados, y en él erigió un altar al Señor. Años después de regreso Jacob de Mesopotamia vino también con todos los suyos al mismo lugar, estableció su campamento á la sombra de los robledales de Moreh [1], compró por cien corderas á los hijos de Hemor que era soberano de la comarca y padre de Sichem, la parte del campo en que había alzado sus tiendas, y erigiendo un altar invocó al fortísimo Dios de Israel. La cruel venganza que tomaron sus hijos del agravio inferido por Sichem á Dina, hija de Lía, movió á Jacob, previendo la enemistad con que por ello le perseguían cananeos y pherezeos, moradores de aquella tierra, á abandonarla, tomando hacia la ciudad de Luza, después de enterrar al pié de un terebinto los dioses extranjeros traídos por los suyos de Mesopotamia.

De estos hechos es aún testimonio, á creer tradición no interrumpida y admitida á la vez por cristianos, judíos, samaritanos y musulmanes, el pozo que se encuentra á cinco kilómetros al norte de Auartah siguiendo por el valle de la Makna las vertientes orientales del Garizim: lleva el nombre de Jacob, y abriólo el patriarca en el campo que adquiriera de los hijos de Hemor para el uso de su familia, de sus siervos y ganados. Está encerrado en reducida cripta abovedada que fué capilla de una iglesia cristiana construída en forma de cruz, de la cual sólo existe la antigua área; algunas colunas de granito rotas y truncadas yacen en ella derribadas. Muy estrecho en su boca por la que apenas pasaría un hombre, alcanza luego más anchura; muy profundo antiguamente, las piedras que años y años han tirado á él los peregrinos para juzgar de su profundidad por el tiempo que en la caída emplean, la ha reducido á unos veinticuatro metros. Por lo común está seco, á causa de que el manantial que lo alimentaba, brotando sin duda más bajo, ha quedado al fin obstruído por aquel pedrisco; pero

[1] Los samaritanos, en el pasaje de la Biblia referente al sacrificio de Isaac, leen Moreh en vez de Moriah, y de ahí que sostengan haber sido el monte Garizim, inmediato á Moreh, el lugar en que se verificó.

en la estación de grandes lluvias todavía logra penetrarlo, y viajeros hay que han visto en el pozo tres ó cuatro metros de agua.

Además del nombre antes dicho lleva el de *Bir-es-Samirieh* (pozo de la Samaritana) porque junto á él pasó la tierna escena que refiere el evangelista san Juan. En el brocal (que hoy está en Roma) hallábase sentado Nuestro Señor Jesucristo cansado del camino, y rendido al calor de la hora del medio día aguardaba á los discípulos que habían ido á la ciudad por víveres, cuando una mujer de Samaria, con cuyos moradores esquivaban

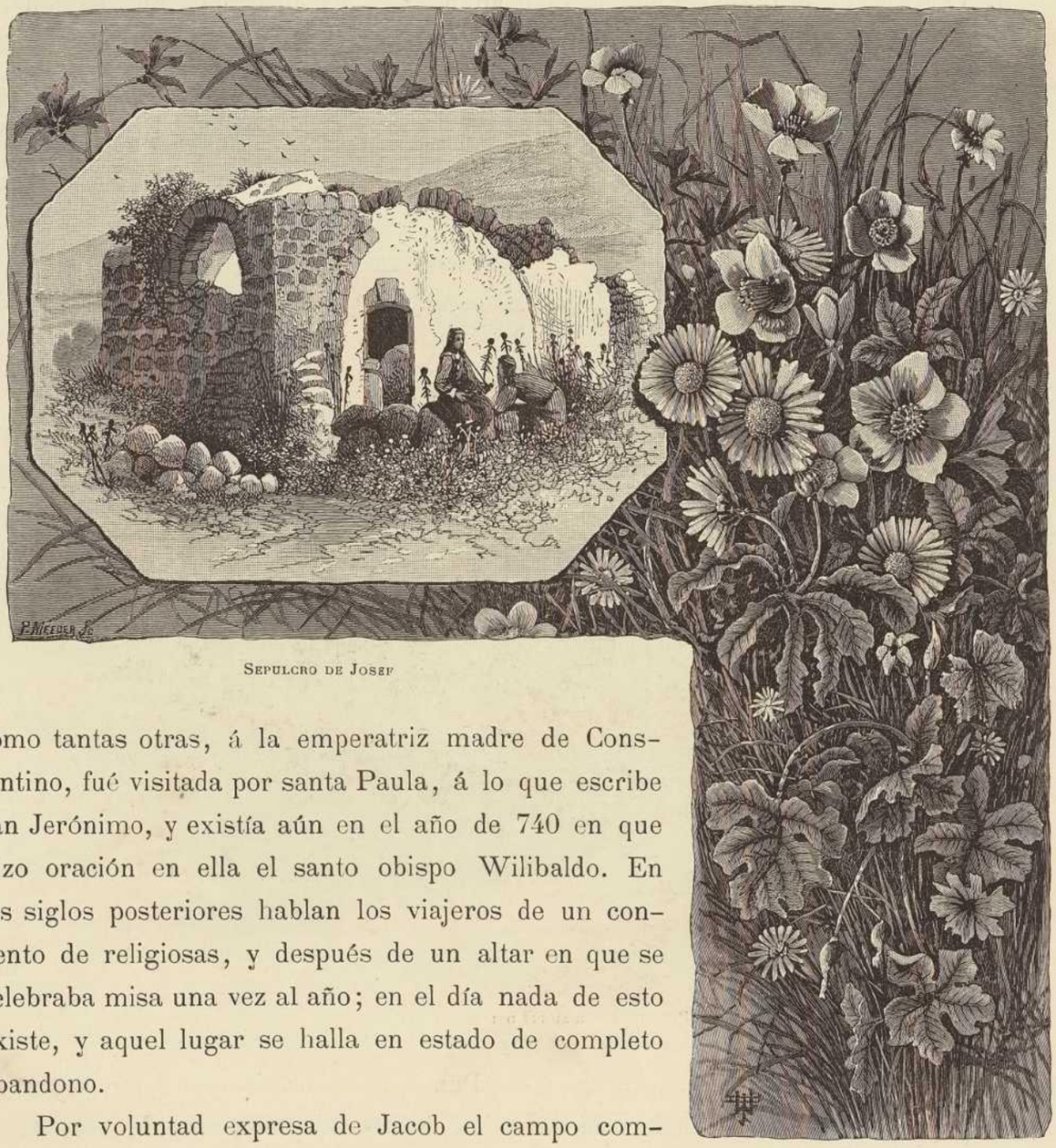


Pozo de Jacob al pié del monte Garizim

los judíos el trato, se presentó á sacar agua:—«Dame de beber, le dijo Jesús.—¿Cómo vos, siendo judío, fuéle contestado, me pedís de beber á mí, que soy mujer samaritana? —¡Ah! si conocieses el don de Dios y supieses quien es el que te dice: Dame de beber, tú sin duda le pidieras á él, y te daría agua viva.—Señor, no tenéis con que sacarla, pues el pozo es hondo. ¿De dónde la tomaríais? Si Jacob nuestro padre no halló agua más excelente que esta para sí, para sus hijos y para sus ganados, ¿cómo podéis decir vos que me daréis otra mejor?—Todo aquel que bebe de esta agua, respondió Jesús, volverá á tener sed; pero en verdad te digo que el que bebiere del agua que yo le daré nunca jamás la tendrá...—Dadme de esa agua, señor, para que no tenga sed, ni haya de pasar la fatiga de venir á sacarla.»

La tradición cuenta que la Samaritana, á la que los griegos, propietarios del pozo, han dado el nombre de Fotina, abrió sus ojos á la divina luz y ejerció en Africa un verdadero apostolado, habiendo convertido al cristianismo los moradores de Cartago bajo el imperio de Nerón.

La iglesia que la piedad cristiana levantó en este venerado lugar y que se atribuye,



Sepulcro de Josef

como tantas otras, á la emperatriz madre de Constantino, fué visitada por santa Paula, á lo que escribe san Jerónimo, y existía aún en el año de 740 en que hizo oración en ella el santo obispo Wilibaldo. En los siglos posteriores hablan los viajeros de un convento de religiosas, y después de un altar en que se celebraba misa una vez al año; en el día nada de esto existe, y aquel lugar se halla en estado de completo abandono.

Por voluntad expresa de Jacob el campo comprado á los hijos de Hemor pasó en herencia á Josef, su hijo predilecto, y en él, llegados los israelitas á la Tierra prometida, fué dada sepultura á las cenizas del ministro de los Faraones sacadas por Moisés de Egipto, á escasa distancia, unos cuatrocientos pasos, del pozo del patriarca. El monumento que lleva el nombre de *Ualy-Neby-Yusef*, lo mismo que el sarcófago, en el cual se dice estar contenidas las cenizas del hijo de Jacob, han de haber sufrido infinitas reconstrucciones, y en su forma actual no ofrecen carácter alguno de antigüedad, teniendo todo el aspecto de los sepulcros que los musulmanes erigen en honor de sus santones. A lo que reza

una inscripción en lengua inglesa fué restaurado en el año de 1868 por el cónsul británico Rogers; judíos y musulmanes queman incienso en el hueco de las dos colunitas inmediatas al sarcófago, que á este fin habrán sido vaciadas en su parte superior. En el mihrab, abierto en la pared del mediodía, léese una inscripción en caracteres hebraicos, y esto es lo únieo que de judaico tiene el actual monumento, debajo del que existirá seguramente la funeraria gruta que guardó los restos mortales de Josef, ya que el sagrado texto y la tradicion constante y fielmente conservada no dejan duda de que allí recibieron sepultura.

Santuario musulmán en el valle de Sichem

A pocos minutos del pozo de Jacob hacia el noroeste encuéntrase reducido lugar por nombre Balatah, donde brota, saliendo por antiguo canalizo, abundante manantial que fertiliza dilatada huerta; en este punto, según antiguas tradiciones, creció la encina al pié de la cual asentó Josué poco antes de morir una gran piedra como nuevo testimonio de la alianza contraída con Dios. En las inmediatas peñas del monte Ebal vense abiertas varias sepulturas; allí estaría situada la necrópolis de la antigua Sichem, y siguiendo hacia oeste llégase á otra fuente que lleva un nombre griego contemporáneo quizás del de

Neapolis, el de Ain-Dafneh, junto á la cual se alza un gran cuartel de tropas turcas. A la izquierda queda un santuario musulmán llamado *Auliet-el-Amud,* que contiene debajo de varias cúpulas los sepulcros de personajes acerca de los cuales no es unánime la tradición; la más generalizada dice que fueron profetas de Israel.

Atravesado frondoso y antiquísimo olivar hállase el viajero á las puertas de Nablus, nombre árabe que los europeos pronunciamos Naplusa y que es corrupción de Neapolis, que le fué dado en una de sus reconstrucciones. Sichem (en hebreo *Chekhem,* altura), fué el primitivo y el que da á aquel lugar el Génesis cuando fué á él Abraham, pues

Olivar inmediato á Naplusa

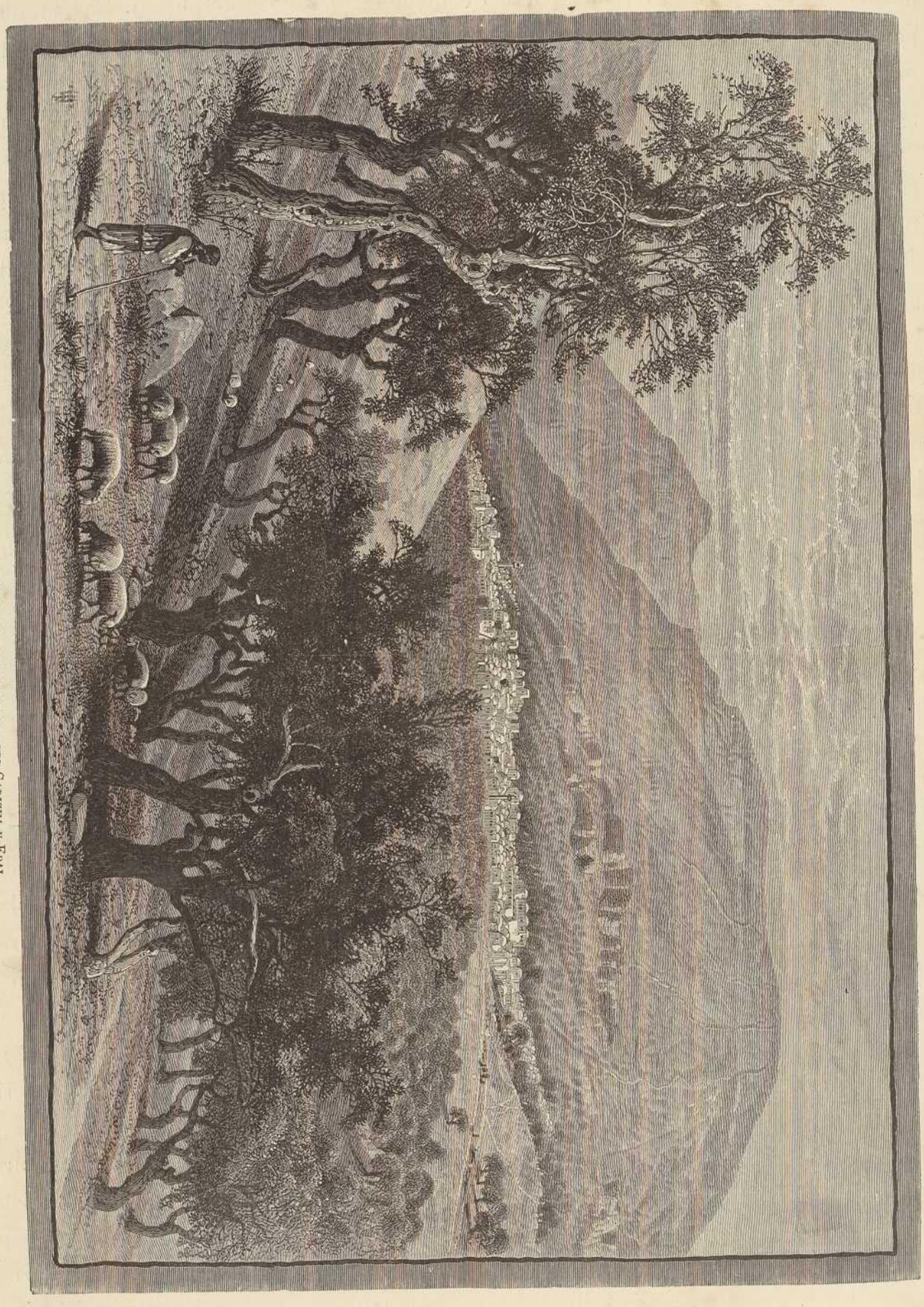
la ciudad no existiría aún; Sichem, hijo de Hemor que vivió en tiempo de Jacob, pudo haberlo dado á la naciente población, ó quizás recibirlo él del que á la ciudad se diera. En la división de la Tierra prometida correspondió Sichem á la tribu de Efraim hasta que fué destruída por Abimelech, hijo de Gedeón, el libertador de Israel. Había logrado aquel príncipe, después de dar muerte á sus hermanos excepto al menor Joathan, que le proclamaran rey de Sichem; pero sus tornadizos moradores se rebelaron apenas transcurridos tres años, y en castigo, luego de vencerlos, arrasó la ciudad y la sembró de sal.

Reconstruída estaba ya al acaecer el fallecimiento de Salomón, en cuanto en ella se congregaron las diez tribus de Israel que, alzadas contra Roboam, se separaron de Judá y consumaron el cisma político eligiendo soberano á Jeroboam. Sichem quedó por capital del nuevo reino, hasta que en tiempo de Nadab, hijo y sucesor de Jeroboam, perdió tal privilegio que tuvieron después sucesivamente las ciudades de Thirza y Sebaste, ó Samaria. Destruído por Salmanasar el reino de Israel en el año 721 antes de J. C. y llevadas las diez tribus en cautiverio á Babilonia, los colonos idólatras del país de los Medos enviados por Hassar-Haddon para repoblar el territorio, estableciéronse principalmente en Sichem y sus alrededores entre las familias que allí quedaron; de ello resultó, aunque convertidos los recién llegados al culto del Dios verdadero por miedo á los leones y otras fieras que los diezmaban, una población mestiza en creencias y costumbres en la que dominaban los elementos extranjeros contaminados de idolatría, y con ella se negaron los judíos, á su regreso del destierro, á mantener relaciones. Más y más entre unos y otros crecieron entonces los antiguos rencores nacionales, tanto que al ser reconstruído por Zorobadel el templo de Jerusalén quedaron los samaritanos excluídos, como falsos israelitas que eran, de toda participación en la obra del sagrado monumento, y esta especie de excomunión, precediendo á la obstinación con que algunos malos judíos se empeñaron, violando las prescripciones de la ley, en conservar las mujeres que tomaran en tierra extranjera, llevaron al cisma religioso que quedó consumado en la época de Darío. De este rey alcanzaron los samaritanos facultad para alzar un templo en el monte Garizim, y desde aquel día alcanzó de nuevo Sichem gran importancia, convertida como en centro del reciente culto.

Entonces fué, en opinión de algunos críticos, cuando recibieron los samaritanos el Pentateuco que aún poseen y que es una de las joyas de Naplusa al tiempo que notabilísimo monumento de la autenticidad de los Sagrados libros. A creer al sumo sacerdote actual el famoso libro fué escrito en el tabernáculo sobre la piel de un cordero inmolado en sacrificio pacífico por Abischua, hijo de Phinehas, dijo de Eleazar, hijo de Aaron, hermano de Moisés, el año décimotercio del establecimiento de los israelitas en la tierra de Canaán; á ser esto cierto contaría más de tres mil y trescientos años de antigüedad; pero el presbítero francés Bargés, en su obra titulada: *Los Samaritanos de Naplusa*, demuestra lo infundado de esta pretensión, y opina que el manuscrito data á lo más de unos diez siglos.

Vencido por Alejandro el ejército de Darío, los moradores de Sichem se apresuraron á declararse por el afortunado vencedor, al paso que por el gran sacerdote Iaddua, de quien reclamó Alejandro un contingente en hombres y dinero, fuéle contestado que los judíos habían prometido á Darío, mediante juramento, no hacer jamás armas contra él, y que en tanto viviere habían de cumplirlo. El Macedonio marchó airado contra Jerusalén para castigar tal conducta, y hemos descrito la grandiosa escena á que esto dió lugar en la falda del Scopos. De Alejandro obtuvieron los samaritanos

confirmación del culto que en el monte Garizim rendían al Señor hacía un siglo; en la calamitosa época de Antíoco Epífanes fué aquel templo consagrado á Júpiter, y



Vista general de Naplusa entre los montes Garizim y Ebal

algunos años después, en el de 129 antes de J. C., frecuentes y sangrientas las hostilidades entre samaritanos y judíos, fué destruído por Juan Hyrcano.

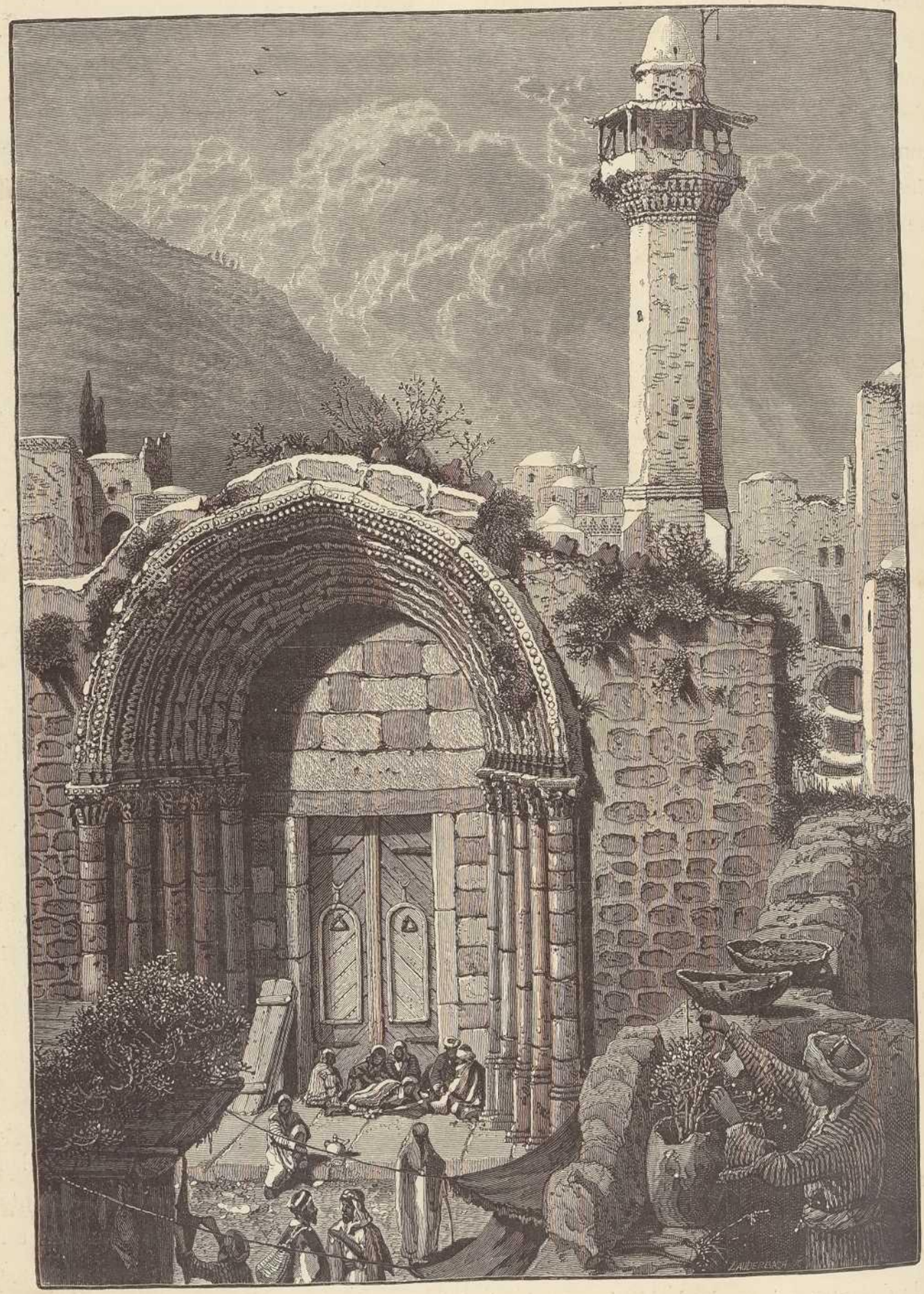
Sichem, que vió aumentar ó amenguar su esplendor según fué el del inmediato santuario, gozó del honor insigne de albergar por espacio de dos días á Nuestro Señor Jesucristo, quien convirtió á gran número de habitantes. En aquel tiempo se designaba la ciudad en varios monumentos con el nombre de Sichar, que san Jerónimo cree corrupción de Sichem, al paso que otros autores ven en él despreciativo mote; en efecto, derivado de las palabras hebreas *chekker* (mentira, falsedad) ó *chikkor* (beodo), en ambos sentidos pudo ser aplicado por el rencor judaico á la aborrecida población. Dice Josefo que llevó también el de Mamortha ó Mabortha (desfiladero ó puerto). En ella se formó desde los tiempos apostólicos una comunidad cristiana, y hállanse en los anales de la primitiva Iglesia varios obispos de Sichem; de allí era natural el filósofo y mártir san Justino.

Una revuelta de los samaritanos, reprimida con gran crueldad por Poncio Pilato, fué causa de que éste, caído en desgracia, fuese llamado á Roma. Tiempo después, en la funesta guerra en que quedó exterminada la nación hebrea, los moradores de Sichem organizaron en el monte Garizim sólida resistencia; Cerealis, lugarteniente de Vespasiano, no pudiendo reducirlos á viva fuerza, los acorraló dentro de sus trincheras, y al rigor del cerco muchos perecieron de sed. Atacados en aquel mísero estado por las legiones romanas, fueron todos pasados á cuchillo sin que se librara ni uno solo en número de once mil y seiscientos.

La antigua Sichem fué entonces destruída, y con sus ruinas la colonia romana allí enviada por Flavio Vespasiano fundó la ciudad llamada Flavia Neápolis; á lo que se cree por tradición subsistente aún en el país y perpetuada de edad en edad, la anterior, sobre cuyo nombre antiguo ha prevalecido enteramente el moderno, estuvo situada más hacia oriente, en las inmediaciones del pozo de Jacob. Como si á los nuevos colonos se hubiese transmitido el espíritu inquieto y levantisco de los antiguos ciudadanos no fué aquella la última escena de rebelión allí ocurrida; la nueva ciudad se alzó varias veces contra los emperadores de Constantinopla, y en una de ellas fueron muertos por los amotinados gran número de cristianos, incluso el obispo, é incendiadas varias iglesias. Justiniano les impuso severo y merecido castigo despues de vencerlos á fuerza de armas en el año 529, y puede decirse que desde entonces cesaron los samaritanos de existir como nación; arrasadas sus sinagogas huyeron muchos á tierra de los persas y otros se hicieron cristianos.

Tomada la ciudad de Jerusalén por los Cruzados sometiéronse Naplusa y su comarca, y Tancredo, á la cabeza de algunos caballeros, fué á tomar posesión de la plaza: las rentas de la ciudad quedaron atribuídas al Santo Sepulcro. En el año de 1120, durante el pontificado de Calixto II, reinando en Jerusalén el segundo Balduino reunióse un concilio en Naplusa para proceder á la deseada reforma de las costumbres; después de la desastrosa jornada de Hittin cayó la ciudad en poder de Saladino. En el año de 1202 fué destruída por horrible terremoto no quedando en pié otras casas que las del barrio samaritano, y en el siglo presente, en 1.° de enero de 1837, se ha repetido la catástrofe

aunque no con tanta intensidad. Poco antes, en el año de 1834, había sufrido la rigurosa justicia de Ibrahim-bajá, quien, para castigarla por su participación en el gran levanta-



Portada de la gran mezquita de Naplusa

miento de los *fellahs* de Palestina, cayó sobre ella con diez y seis mil hombres y llenó su recinto de cadáveres y ruinas.

A pesar de esta continuada serie de calamidades, la excelente situación de la ciudad es causa de que se reponga siempre de sus desventuras, tanto que tiene fama en el día de ser una de las poblaciones más florecientes de Palestina. Al pié septentrional del Garizim, en el hermoso valle que se extiende entre este monte y el Ebal, forma Nablus ó Naplusa un polígono irregular de unos mil y doscientos metros á lo largo por quinientos en su mayor anchura; en sus confines orientales ocupa el punto del valle en que se parten las aguas entre el Jordán y el Mediterráneo, y por lo tanto hállase casi enteramente situada en aquella parte del valle donde, á una altura de quinientos y veinte metros, comienza el declive hacia el mar. Un muro, en el cual se abren dos puertas principales, la rodea y defiende, y de este á oeste la atraviesa ancha calle con numerosas tiendas y talleres, la que, abovedada en su parte central, forma como una galería cubierta, con claraboyas de cristales de trecho en trecho que dan paso á la luz, pero no á la lluvia: aquello es el *suk* ó bazar. Las otras calles, excepto dos ó tres, son angostas, tortuosas y de gran suciedad; algunas tienen una acera embaldosada, en la cual apenas cogen dos personas de frente; el arroyo consiste en un sendero lleno de polvo ó de lodo según las estaciones, transformándose cuando llueve en impetuoso riachuelo. Las casas son por lo común de dos pisos, algunas de tres, y las hay también de uno solo; todas suelen rematar en una azotea con una cúpula rebajada en el centro. El aspecto interior de la ciudad es semejante al de Jerusalén.

Sus alrededores y aun sus callejuelas extraviadas no gozan para los extranjeros de gran fama de seguridad; la población conserva su antigua reputación de pendenciera y díscola y se distingue por la enemiga que á los cristianos profesa. Fórmanla unos trece mil habitantes, musulmanes todos, exceptuando unos pocos judíos, quinientos cristianos y ciento y cuarenta samaritanos, y se mantiene holgadamente con los productos de la agricultura, de la industria de fabricación de jabones y de lucrativo comercio. Las caravanas llevan á ella los géneros de Damasco, y es Naplusa entre las ciudades orientales la de más vida y mayor movimiento.

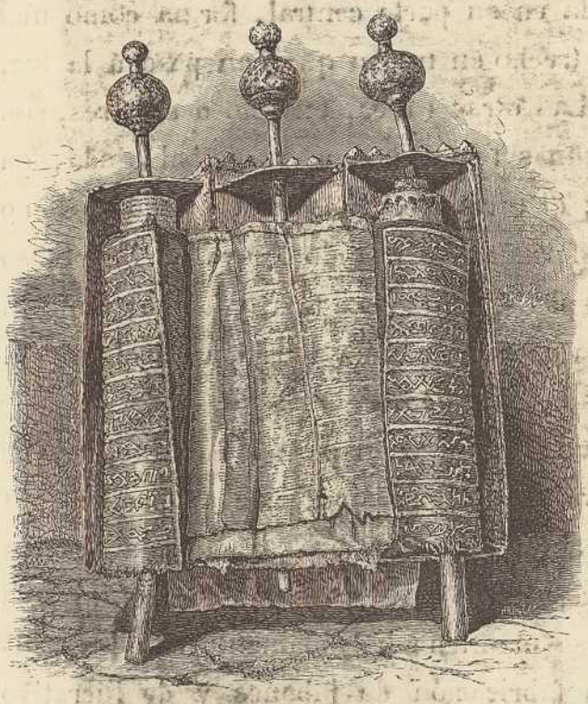
Sus mezquitas son en número de cinco; la principal ó *Djama-el-Kebir* fué una iglesia cristiana dedicada á san Juan y perteneciente en la época latina á los caballeros hospitalarios. La portada oriental permanece aún en pié y sus elegantes líneas recuerdan la del Santo Sepulcro; compónese de tres archivoltas ojivales que se apoyan en graciosas colunas corintias de mármol blanco, adornando el arco exterior bellas esculturas románicas. La puerta da ingreso á un patio donde son de ver la piscina de las abluciones y varias colunas de granito sin capiteles, patio que al ser la iglesia transformada en mezquita fué tomado de las antiguas naves; son éstas muy bajas y en número de tres, sostenidas por colunas con capiteles desiguales. En esta iglesia se celebraría probablemente el sínodo que antes hemos mencionado.

También fué iglesia la mezquita llamada *Djama-en-Naser;* dividida en tres naves, cinco arcos descansando en colunas de una sola pieza separan la central de las dos laterales. De los capiteles dóricos de las colunas se ha colegido que habrían pertenecido

antes á un monumento pagano cuyo lugar ocupó la iglesia, convertida ahora en mezquita. Son las bóvedas ojivales y reciben luz por estrechas aberturas.

En la parte sudoeste de la ciudad álzase otra iglesia construída también en la época latina y ahora mezquita con el nombre de *Djama-el-Khadra;* es de tradición que en este lugar se hallaba Jacob al recibir la falsa nueva de la muerte de Josef. Junto á la mezquita se eleva una torre que sin duda fué campanario; en una inscripción en caracteres samaritanos empotrada en sus paredes fúndanse los samaritanos para sostener que allí tuvieron antes una sinagoga.

Un vasto *khan* en ruinoso estado forma, como todos los edificios de esta clase, un gran rectángulo, rodeado en su parte interior de abovedadas galerías de dos pisos rematadas en azoteas. En el centro del patio, cobijando una fuente, se elevaba no hace mucho tiempo graciosa cúpula.



PENTATEUCO SAMARITANO EN LA SINAGOGA DE NAPLUSA

El barrio de los samaritanos está situado en la parte occidental de la ciudad; en ella viven treinta y cinco familias, resto de las colonias asirias que, conforme queda dicho, llegaron de distintas provincias de Caldea y Mesopotamia para repoblar el reino de Israel; casi anonadadas hoy y fundidas en otras razas, son todavía muy dignas de atención en cuanto, á pesar del largo transcurso de los siglos y de los embates de mil revoluciones, conservan fielmente su religión, sus costumbres y su Pentateuco; diríase que quedan como otro de los evidentes testimonios de la autenticidad de los libros mosaicos. Hace algún tiempo vivían aún algunos samaritanos en Ascalón, Cesarea, Gaza y Damasco; en el día sólo los hay en Jaffa y Naplusa, en el reducido número antes dicho. Son por lo general pobres, y se ocupan los más en el oficio de cambistas; profundo é inveterado odio subsiste entre ellos y los escasos judíos de la población. En los últimos años la sociedad bíblica ha empleado grandes esfuerzos para atraer con el cebo del oro á los miserables résiduos del cisma judaico, pero hasta ahora sin resultado alguno.

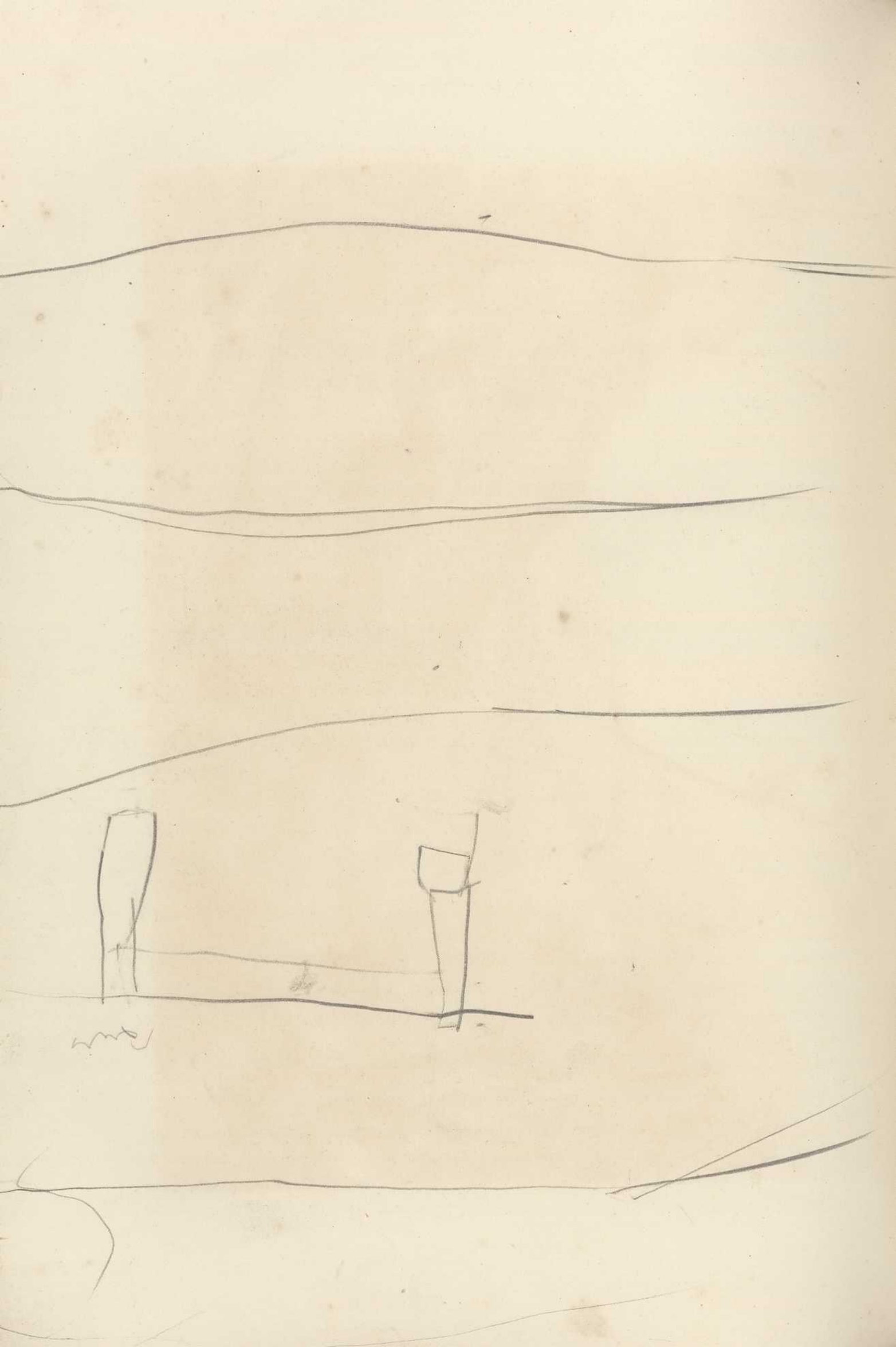
La actual sinagoga de los samaritanos de Naplusa consiste en una sala rectangular cuyas paredes están blanqueadas con cal, sin más mueblaje que una mesa pintada de negro y algunas esteras sobre el pavimento, recibiendo luz por la puerta y por una claraboya circular de cristales practicada en el techo. En la pared de mediodía vese un hueco á manera de armario delante del cual pende una cortina de lana verde: allí se guarda en estuche de cobre cincelado el precioso libro de la Ley de que antes se ha hablado, escrito en caracteres samaritanos, y cuando en las ceremonias del día

H.FENN, PINXT

A.KRAUSSE, SCULPT

NAPLUSA, LA ANTIGUA CIUDAD DE SIQUEM.

ESPASA Y COMPA EDITORES, BARCELONA.



de las expiaciones es presentado á la vista del público, los asistentes, descalzos en señal de respeto, se adelantan uno á uno á besarlo. Aunque los samaritanos hablan generalmente el árabe, rezan las oraciones en su antiguo y propio idioma, y sólo entre sí contraen matrimonio para no corromper con alianzas extranjeras, dicen, la pureza de su sangre y de sus doctrinas religiosas. Su gran sacerdote, jefe de la comunidad é individuo del consejo del distrito, usa turbante blanco y túnica de seda roja. Su dignidad es hereditaria en una familia de la tribu de Leví, y su comunión le satisface el diezmo. Los samaritanos son muy amantes de la pulcritud, y teniendo horror al contacto de los muertos, hasta el entierro de sus propios padres lo confían á musulmanes asalariados. El monte Garizim es el lugar donde celebran, según su rito, las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos.

La población cristiana de Naplusa pertenece en su mayoría al rito griego cismático, y hállase bajo la jurisdicción espiritual de un obispo que casi siempre reside en Jerusalén, teniendo en la ciudad un presbítero que lo representa. Su iglesia es muy reducida y pobre.

Los católicos en número de sesenta son griegos recién convertidos ó maronitas; esta misión fué fundada por monseñor Valerga en el año 1862.

El número de protestantes no pasa de diez.

En la población abunda el agua; además de las fuentes que en su recinto manan y que no bajan de quince, riegan otras los magníficos huertos y jardines de las cercanías, y esta abundancia de agua, dice Guerin, y la excelente situación de la ciudad en una vega feraz, inmediata al camino real que lleva de Jerusalén á Damasco, han contribuído no poco á mantenerla en un estado de relativa riqueza. Nada es comparable á la amenidad de los vergeles que la rodean formándole como frondosa corona entre el Ebal y el Garizim; en ellos, con el desorden que es peculiar del cultivo oriental, vense confundidos almendros, nopales, moreras, albaricoqueros, olivos y hasta soberbios nogales, árbol que en Palestina es muy raro. Trepadoras vides se enlazan en sus troncos y corren en festones de uno á otro; á sus piés crecen varias especies de legumbres, y también jazmines y rosales, con cuyas flores se fabrican fragantes y renombradas esencias. Y de cuando en cuando, entre las plantas y también en el recinto de la ciudad sirviendo de adorno á casas y edificios ó bien yacentes en el suelo, hállanse fustes de coluna ó magníficos sillares que denuncian una época muy anterior á la invasión musulmana y son nuevo testimonio de que Naplusa ha sucedido y ocupa el propio sitio de otra ciudad más antigua, que se remonta por lo menos al tiempo de la dominación romana.

II

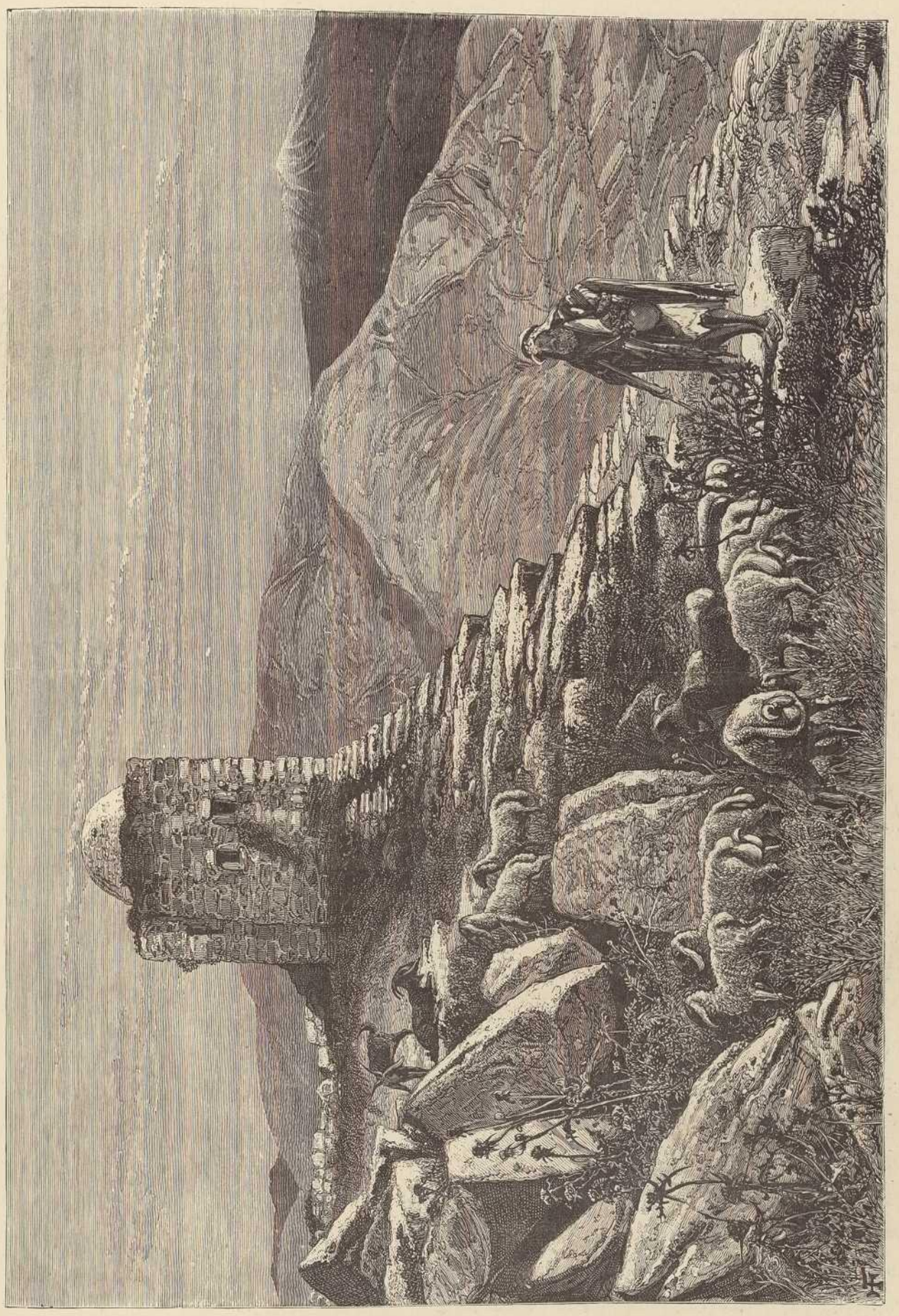
El monte Garizim.—Ruinas que existen en su cumbre.—El monte Ebal.—Sus ruinas.—Salém.—Samaria ó Sebaste, hoy Sebastieh.—Iglesia y sepulcro de san Juan Bautista.—Columnata.—Ruinas.—Fundación é historia de Samaria.—Sanur (Bethulia).—Judith y Holofernes.—Dothain.

Una hora se emplea en el camino que lleva de Naplusa á la cumbre del monte Garizim; súbense al principio suaves cuestas que van serpenteando entre frondosos grupos de nopales, almendros y olivos, regados por claro manantial llamado Ras-el-Ain; el sendero se hace un poco más pendiente y áspero, y desaparece el arbolado. Las laderas del monte están formadas en varios puntos por extensos campos de trigo, y conservan aún en otros vestigios de antiguo y abandonado cultivo; gran número de muros de sostenimiento, medio arruinados, sirvieron al parecer de apoyo á bancales plantados de viña.

Dejando á un lado el sitio donde suelen acampar los samaritanos de Naplusa cuando celebran en el monte las fiestas de Pascua, de Pentecostés y de los Tabernáculos, llégase en diez minutos á la cima, dilatada meseta que se extiende de norte á mediodía, y en ella, avanzando hacia el este, hállanse los famosos sillares apenas desbastados conocidos con el nombre de *Tenacher-Balathah* (las doce piedras planas). Dicen los samaritanos que, representando por su número las doce tribus, son las piedras que, según su Pentateuco, puso Josué en el monte Garizim por divino mandato á fin de erigir allí el altar de los holocaustos. Atiéndase, sin embargo, á que en los manuscritos hebraicos se lee Ebal en vez de Garizim, y de ahí que se tenga por seguro que las piedras designadas con el nombre de Tenacher-Balathah serían colocadas en aquella cima en época muy posterior á Josué sin duda por los mismos samaritanos, deseosos de consagrar en cierto modo por medio de aquel monumento el erróneo texto de su Pentateuco.

A algunos pasos hacia el este, en el sitio culminante del monte, extiéndese vasto recinto en forma de cuadrilátero cuya cerca queda todavía en pié en muchos puntos, con cuerpos salientes ó torrecillas cuadradas en los ángulos. Setenta y nueve metros miden los lados meridional y septentrional y sesenta y cuatro los de este y oeste. En el del norte ábrese una puerta, la única que tenía el recinto, y en su centro alzábase un edificio octagonal, del cual sólo las líneas permanecen subsistentes. Quiere la opinión más generalizada que sean estas ruinas las de la iglesia de Santa María, fundada por Zenón y rodeada por Justiniano de fortificado muro, á lo que refiere el historiador Procopio, con objeto de defenderla de los ataques de los samaritanos, los cuales habían expulsado de ella á los cristianos; y en efecto, conforme observa M. Guerin, la orientación del monumento, según resulta de su ábside, y los

vestigios de las capillas laterales, todo indica haber sido el edificio antigua iglesia cristiana.



Ruinas en la cima del monte Garizim

En contra de tal opinión se ha elevado la autorizada de M. de Saulcy, quien ha visto en el interesante monumento los restos del templo de los samaritanos, destruído por

Hyrcano. «Preciso es, dice este autor, carecer de toda clase de noción de arqueología práctica para imaginar que obra semejante puede pertenecer á la época de Zenón ó de Justiniano, sin contar que toda la parte interior está llena de grandes cubos de mosaico blanco, negro, y rojo, muy parecidos á los que se encuentran á centenares en el Haram-ech-Cherif de Jerusalén, y jamás ha llegado á mi noticia que las fortificaciones del tiempo de Zenón y Justiniano tuviesen semejante soladura.»

M. Guerin, para armonizar estas encontradas opiniones, conviene en que el muro de cerca, formado con gruesos sillares, pudo muy bien haber pertenecido al templo samaritano, y en su santuario, dedicado por Antíoco Epifanes á Júpiter Helénico y arrasado por Juan Hyrcano, se elevaría después el edificio octágono, cuyos son los vestigios existentes. «Las medallas de Antonino Pío, acuñadas en Neapolis, sigue diciendo el mismo autor, representan el monte Garizim con el templo que allí levantara Adriano en honor de Júpiter Altísimo, templo que, habiendo sucedido al del Júpiter Helénico, idéntico éste con el samaritano, está figurado en forma rectangular y con dos pórticos, rematados ambos por triangular frontispicio. Es de presumir, en efecto, que los samaritanos al erigir en el Garizim un templo rival del de Jerusalén, imitarían la forma de éste, esto es, la rectangular y no la octagonal, de manera que todo conspira á acreditar que los vestigios del edificio con la última construído no son los del templo samaritano, sino más bien los de la iglesia de Santa María, levantada por Zenón sobre las ruinas del templo de Júpiter Altísimo, que sucedería probablemente al del Júpiter Helénico y por lo tanto al de los samaritanos.»

Por el espesor de sus muros y las torres que lo flanquean lleva aún el recinto exterior el nombre de El-Kala (el castillo). Una de las torres ha sido por los musulmanes transformada en un *ualy* dedicado al jeque Abu-Rhanem, el cual ha dado su nombre á todo el monte, y desde las ventanas del reducido santuario disfrútase de admirable panorama, tan extenso como variado. Estando allí en el punto más elevado del Garizim, que es una de las montañas más altas de Samaria, abraza la vista esta provincia toda entera, desde la sierra que limita la vega del Jordán por oriente hasta el Mediterráneo por poniente. Al mediodía irguen sus cumbres los montes de Judea, al norte los de Galilea, sobre los que asoma en lontananza la nevada cima del Gran Hermon, y entre estos límites extiéndese á los piés del observador pintoresco paisaje formado por cerros, valles y llanuras de terreno por naturaleza feraz, justificando, á pesar de la decadencia á que la comarca ha venido hace siglos, los encomiásticos elogios que en otros tiempos se le dieron.

Fuera del vasto recinto, hacia el norte, existe otro de construcción análoga; contiene extensa piscina, y á su alrededor ábrense varias tumbas musulmanas; los que en ellas yacen quisieron reposar, acaecida su muerte, junto al venerado ualy del jeque Abu-Rhanem. A ochenta pasos al sur del lado meridional del Kalah extiéndese peñascosa plataforma en cuyos irregulares contornos se conservan vestigios del muro de cerca; forma un plano inclinado de este á oeste y termina en ancha hendidura que

parece ser la boca de una cisterna labrada en la roca; dicen algunos samaritanos que en aquel punto descansó un tiempo el Arca de la alianza, y suponen otros que allí estuvo erigido el antiguo altar de sus sacrificios. Avanzando aún más al sur, vese una especie de pilón oblongo toscamente labrado en la peña, donde creen los samaritanos haberse verificado el sacrificio de Abraham; en él hizo el patriarca que se tendiera su hijo Isaac cuando detuvo su brazo el ángel del Señor.

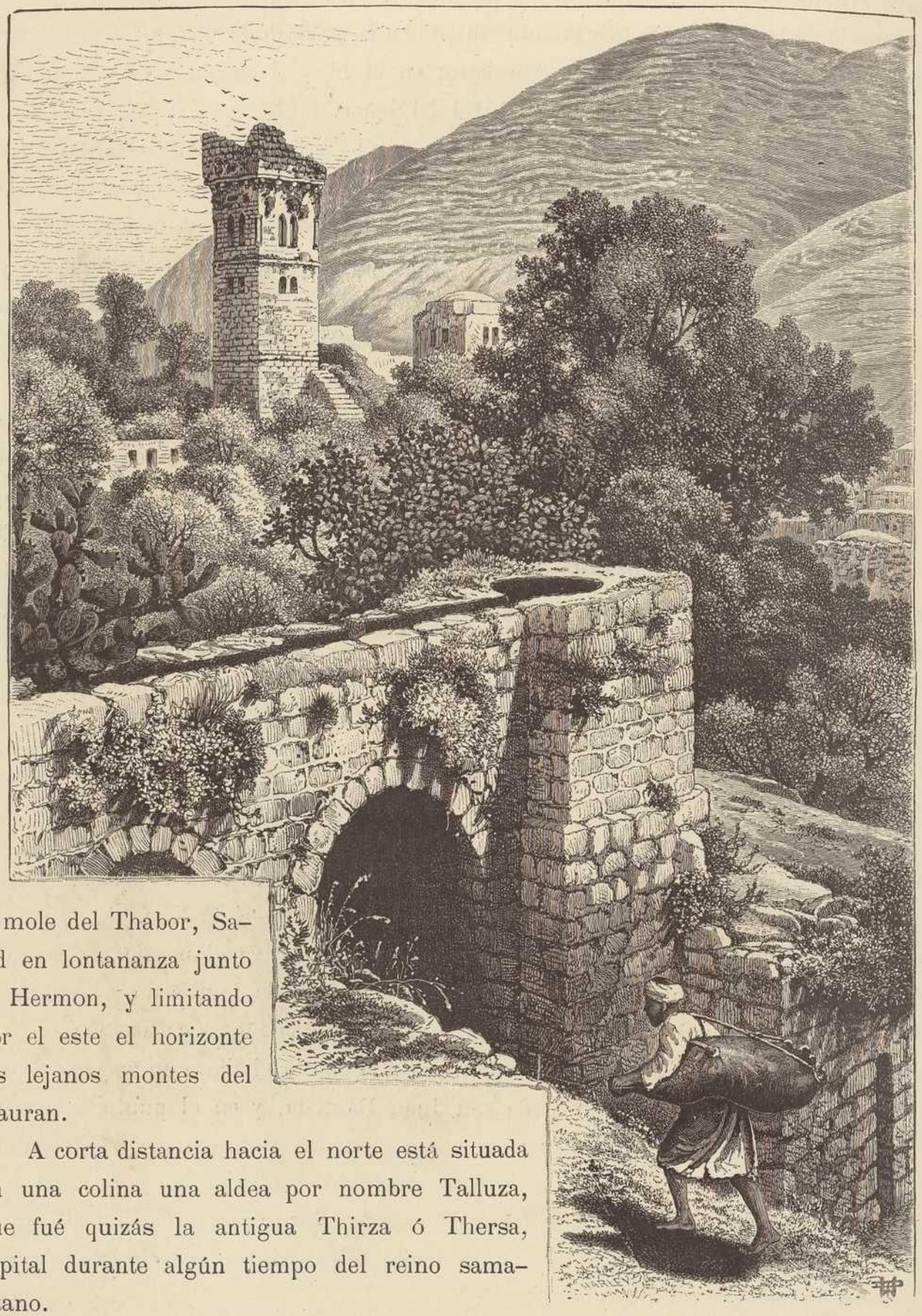
Además de las ruinas mencionadas existen otras en la meseta de Garizim; llevan el nombre de Kharbet-Luza, y dícese que pertenecen á antiquísima ciudad, cuya historia no ha llegado hasta nosotros. Según M. de Saulcy, hubo de ser población de importancia. «Al recorrer las ruinas de Luza, escribe, pueden aún distinguirse sus calles, que eran angostas y estaban soladas con baldosas; á uno y otro lado existen vestigios de las casas, muchas de las cuales hubieron de tener una sala con ábside circular.

La ascensión al monte Ebal, en árabe *Djebel es-Suleimiyé*, es más penosa que la del Garizim, y esta es la causa de que sean pocos los viajeros que la emprenden, sin embargo de que el paisaje que desde su cima (unos cincuenta metros más alta que la de éste) se descubre es por lo mismo aún más interesante. Álzase el monte Ebal en el lado septentrional del valle de Naplusa dominando la ciudad, y en su falda, por la parte del sudeste, brota cristalina fuente que lleva el nombre de Ain-Asker. Con el de Kharbet-Asker son conocidas las ruinas de un lugarejo á ella inmediatas, en las cuales algunos críticos, fundados en la analogía del nombre, quieren ver las de la ciudad de Sichar mencionada en el Evangelio de san Juan. Pero ya hemos dicho que la opinión común y más probable identifica Sichar con Sichem, sin contar que Kharbet-Asker no ha sido jamás sino una modesta aldea.

Emprendiendo la subida por el lado nordeste llégase en una hora de fatigosa marcha por un camino que serpentea entre nopales, á la meseta superior, después de dejar á la espalda las ruinas de otro lugar llamado Kharbet-Kefr-Kus. A proporción que se va subiendo se hace la cuesta más áspera y más bravo el monte y erizado de peñas, conócese, sin embargo, por las numerosas ruinas de muros de sostenimiento que en un tiempo fué cultivado por bancales; todavía algunas añosas cepas se encuentran aquí y allí medio enterradas. Poco antes de llegar á la cumbre hállase un *ualy* musulmán del cual se dice encerrar el cráneo de san Juan Bautista, y en el punto culminante del monte numerosos edificios llenan con sus revueltos y desmenuzados escombros un terreno desigual y peñascoso. Un recinto cuadrado que mide unos treinta y dos pasos por lado, fué construído con sillares de grandes dimensiones y tiene el nombre de El-Kala; otros paredones llevan el de Khirbet-Kenisé (ruinas de iglesia); pero de todas se ignora por completo la historia.

En la cumbre del Ebal fué erigido por Josué el altar de piedras toscas no tocadas por el hierro, según Moisés había ordenado, y cree M. Guerin que este altar ocupó el centro del recinto llamado El-Kalah, el cual tiempo después sería convertido en

templo ó quizás en ciudadela. Desde allí la vista abraza sin obstáculo las montañas de Galilea desde el Carmelo siguiendo la llanura de Jezrael hasta la sierra de Gelboe,



Monte-Ebal, visto desde la huerta de Naplusa

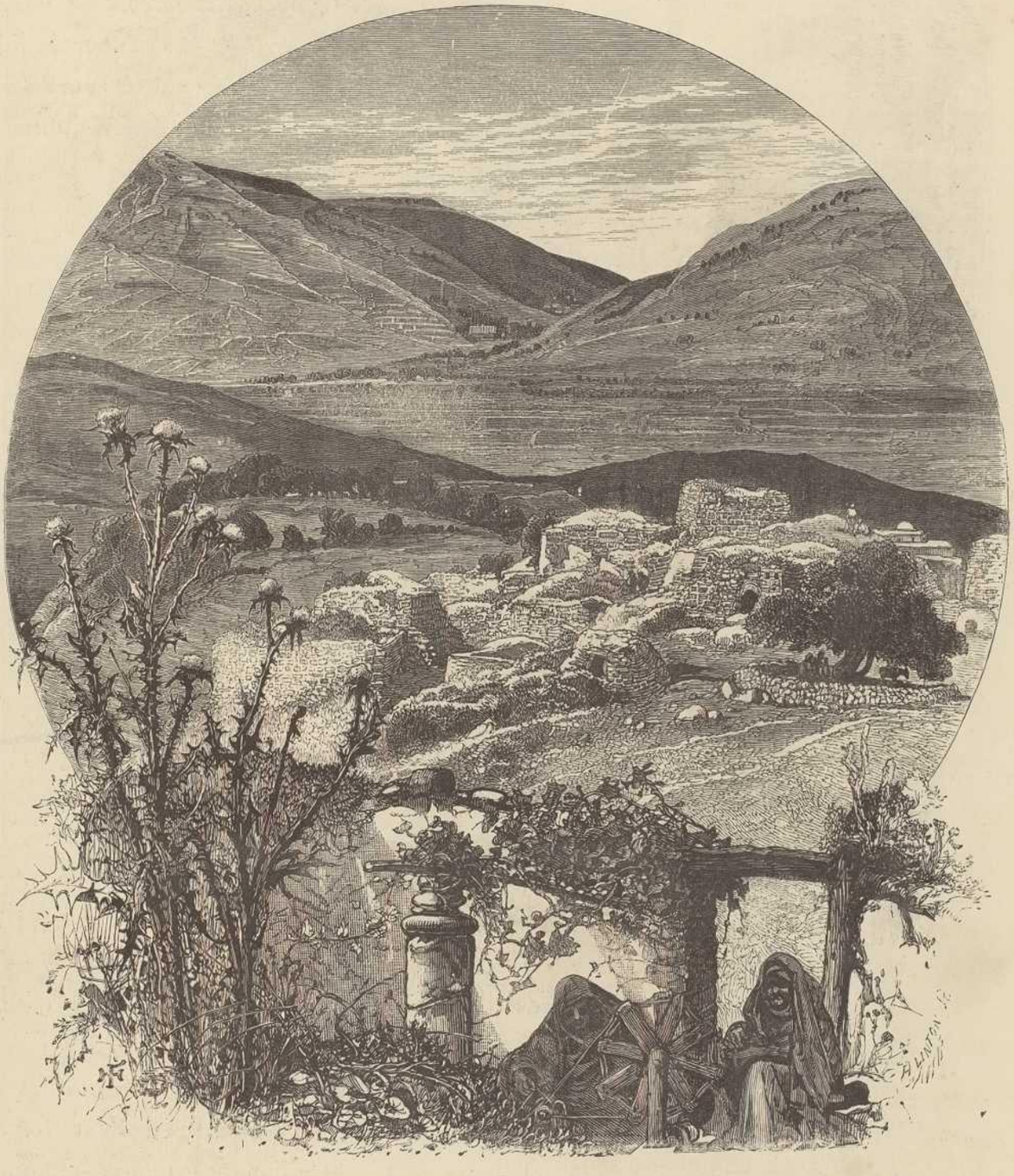
la mole del Thabor, Safed en lontananza junto al Hermon, y limitando por el este el horizonte los lejanos montes del Hauran.

A corta distancia hacia el norte está situada en una colina una aldea por nombre Talluza, que fué quizás la antigua Thirza ó Thersa, capital durante algún tiempo del reino samaritano.

Al este del pozo de Jacob, en inmediata colina plantada de nopales, olivos y almendros, se encuentra la aldea de Salem, cuya población apenas llega á doscientas almas. Sus casas se caen en ruinas; varias

antiguas cisternas están ahora inservibles por la incuria de los habitantes, y las mujeres del pueblo se ven obligadas á ir por agua á un kilómetro de distancia á una fuente que mana entre peñas por un canalizo en apariencia muy antiguo.

Por su nombre y su posición corresponde perfectamente este lugar á la antigua



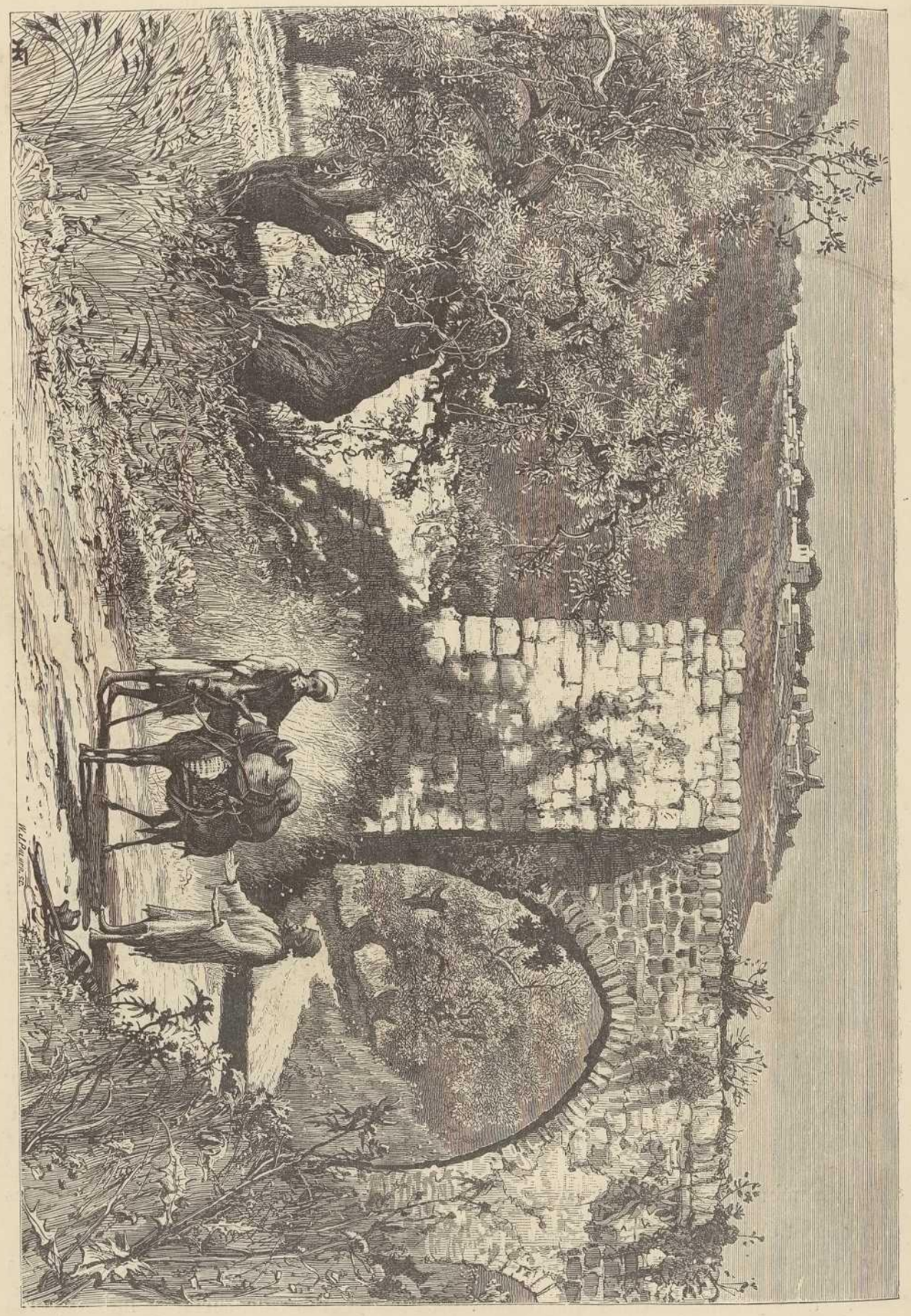
SALEM

Salem, en hebreo Chalem, por la cual pasó Jacob al llegar de Mesopotamia, antes de plantar sus tiendas en las cercanías de la ciudad de Sichem.

«Y Jacob, dice el Génesis, pasó á Salem, ciudad de los Sichimitas, que está en la tierra de Canaán, después que volvió de Mesopotamia de Siria, y habitó cerca de la ciudad.»

Eusebio y su traductor san Jerónimo confundieron á Salem con Sichem; pero todo

induce á creer que era un lugar dependiente y no distante de la última ciudad, mas no idéntico con ella.



COLINA DE SAMARIA Y ALDEA DE SEBASTIEH

Como á once kilómetros al noroeste de Naplusa álzase en la ladera de pintoresco y aislado montecillo el lugar de Sebastieh, que sólo ínfima parte ocupa de los barrios

inferiores de la antigua Sebaste, cuyo nombre ha conservado. La ciudad alta cubría la cima del monte y las suaves cuestas que á la misma conducen. Junto á la actual aldea vense las ruinas de una iglesia de cuarenta y siete metros á lo largo por veintisiete á lo ancho, dividida en tres naves cortadas por un crucero que tiene tres ábsides á oriente. Las bóvedas, de las que sólo queda en pié la lateral del mediodía, eran ojivales; las baldosas del suelo han desaparecido hace tiempo, y en el sagrado recinto extienden hoy sus ramas añosas higueras y crecen gigantescos cactos. En el extremo occidental del monumento encuéntrase un santuario musulmán *(Neby Yahya)*, rematada en pequeña cúpula cuyas

Sepulcro de San Juan Bautista en la cripta de la antigua iglesia consagrada al Santo Precursor

angostas lumbreras dejan penetrar débil claridad en la cripta por ella cobijada. Bájase á ésta por una escalera de veintiún peldaños, y se llega á una estancia

sepulcral dividida en tres tumbas abovedadas y contiguas, construídas con pulimentados sillares. Según antiquísima tradición, en ellas estuvieron sepultados los Profetas Abdías y Elíseo y san Juan Bautista; san Jerónimo, al referir la peregrinación de santa Paula, nos hace saber que la fervorosa romana visitó Sebaste, «donde están enterrados, dice, san Juan Bautista, el más ilustre entre los hijos de los hombres, y los profetas Elíseo y Abdías.» Todo en la cripta, excepto la cúpula musulmana, atestigua un origen muy anterior á la Edad Media, así es que es muy posible perteneciera á la primitiva basílica que allí fué erigida en el siglo IV.

Decapitado el Precursor en el palacio de Makheronte, sus discípulos tomaron su cuerpo y lo enterraron; el Evangelista no dice más, pero la tradición referida, y con ella las profanaciones cometidas en la época de Juliano, no dejan duda de que por cristianos y gentiles era tenido por seguro que san Juan estaba sepultado en Sebaste.

En efecto, dada suelta en aquel funesto reinado al rencor que contra los cristianos y sus monumentos abrigaban los judíos y gentiles de la ciudad, fué violado el venerado sepulcro, siendo arrojadas al viento sus cenizas. Sin embargo, no todos aquellos preciosos restos se perdieron: unos monjes que andaban disfrazados entre los profanadores, consiguieron salvar una parte, y llevároнlos á Jerusalén; su abad, por nombre Felipe, envió algunos á san Atanasio, á Alejandría, de donde tiempo después pasaron á Constantinopla y á los reinos de Occidente, y los otros, á lo que se cree, fueron devueltos á la iglesia de Sebaste.

A la basílica que vemos mencionada por Antonio de Plasencia y que había sufrido grandes ultrajes del tiempo y de los hombres, sucedió en la época de las Cruzadas la hermosa iglesia cuyas ruinas acaban de ser someramente descritas. «Hemos visto la iglesia de Sebaste donde descansan el bienaventurado Juan Bautista y otros cuerpos venerables, escribió el rey san Luis, y la santidad de aquel lugar ha complacido y causado en nuestra alma sensación profunda; la devoción y severa disciplina de los freires nos han impresionado vivamente y nos han dado gran idea de ellos y de su iglesia.» El piadoso rey se refería á los caballeros de San Juan que habían ornado con gran magnificencia el templo elevado al santo Patrón de su instituto en la segunda mitad del siglo XII; de catedral lo califica la *Guía* de Lievin, y en efecto, lo que de él queda, sus paredones y contrafuertes, sus arcos y colunas adornadas con bellas esculturas que pertenecen aún al estilo románico, las cruces de la Orden que, esculpidas en mármol y medio destruídas, se ven todavía en las paredes, todo revela la importancia del edificio, el cual tiene varios puntos de semejanza con el de Santa Ana de Jerusalén.

Al sur de la iglesia encuéntranse vastas cisternas y considerables ruinas que son probablemente las de antiguo monasterio. Al lado del norte, otras ruinas, entre las que subsisten visibles vestigios de un muro con torres cuadradas en sus ángulos, fueron, á lo que se cree, la fortificada residencia de los caballeros.

Del miserable villorrio de Sebastieh sólo puede decirse ser confusa reunión de chozas y casuchas construídas con materiales de toda clase, provenientes de la gran

ciudad de Sebaste. Quedan de ésta restos de fuertes murallas, de puertas monumentales, de templos y pórticos, y dominándolo todo resíduos de majestuosa y doble serie de colunas monolitas, de las que unas sesenta por lo menos permanecen aún en pié, yaciendo las otras en el suelo junto á su base respectiva; de unos cinco metros de altura, todas han perdido su capitel, y en una extensión de mil y setecientos metros dieron la vuelta al monte en que estuvo la ciudad edificada. Nada tan fantástico como

Restos de la columnata de Samaria

aquella inmensa columnata de una anchura de quince metros que no lleva ni pertenece á edificio alguno, alzándose en medio de campos labrados, entre olivos y nopales, y de ella puede decirse ser en verdad sombra de una grandeza extinguida. Acerca de lo que fué, la fantasía de los viajeros ha podido espaciarse á sabor; para unos pertenecieron aquellas colunas á circos y anfiteatros, para otros fueron peristilos ó fachadas de templos ó alcázares; pero es lo cierto que de aquel lujo de arquitectura alrededor de un monte, de aquel monumento sin nombre se ignora por completo el destino. Sábese únicamente que fué obra de Herodes el Grande, y descúbrese en

él la suntuosidad aparatosa que suele ser característica de las épocas de decadencia. Al nordeste, al pié de la colina, se encuentran los restos de otra columnata de unos cuatrocientos y cincuenta metros que se apoyaba oblícuamente en la primera.

El acrópolis de la ciudad antigua, que, según todas las apariencias, constituía la primitiva Samaria, se eleva en altos sucesivos, por medio de suaves pendientes muy hábilmente trazadas, hasta la meseta superior, á cuatrocientos y setenta metros sobre el nivel del mar, desde la cual se goza de magnífico panorama que limitan por oeste las azuladas y brillantes aguas del Mediterráneo. La meseta y las inmensas gradas que la sostienen han sido desde hace siglos entregadas al cultivo; á los templos, palacios y casas allí edificados han sucedido campos de trigo ó plantaciones de higueras y olivos; ruinas, piedras diseminadas es lo único que aquí y allí anuncia que esta montaña, sobre la cual parece haber recobrado sus derechos la naturaleza á juzgar por la rica vegetación con que la viste, estuvo en otros tiempos cubierta de edificios suntuosos.

También en las casas del pueblo y en sus calles descúbrense cada día nuevos fragmentos de colunas, capiteles y molduras que los habitantes, conocidos por su carácter fanático y poco hospitalario, ofrecen á los extranjeros á cambio de dinero. Al oeste del lugar, en vasta área explanada por mano de los hombres que se utiliza ahora como era para la trilla, consérvanse una docena de colunas descabezadas: allí se levantó probablemente el templo erigido por Herodes en honor de Augusto en una de las plazas de la ciudad.

Fué ésta fundada por Amri, sexto rey de Israel, después de haber reinado por espacio de seis años en Thirza. Refiere el libro III de los Reyes que aquel soberano compró por dos talentos de plata á Semer, su propietario, el monte de Semerón, y que allí edificó una ciudad á la que dió el nombre que llevaba la montaña. Esto sucedía novecientos veinticinco años antes de J. C., y Semerón, ó si se quiere Samaria, para emplear la palabra que los Setenta y la Vulgata han hecho usual y corriente, llegó en breve á ser la capital de las diez tribus á causa de su excelente situación y de la feracidad de su territorio. Thirza, que había sucedido á Sichem como centro del gobierno, volvió á caer en la oscuridad.

Achab, hijo de Amri y contemporáneo de Josafat de Judá, fortificó la nueva capital; dotóla de anchas calles y magníficas plazas y la embelleció con grandes edificios á la usanza siria, entre otros un palacio para su morada con adornos de marfil y oro. Unido el príncipe con Jezabel, hija del rey de Tiro y Sidón, á Samaria acudieron en gran número los mercaderes fenicios, y desde entonces entronizóse en ella la idolatría, contra la cual lanzaron los profetas sus elocuentes anatemas. Baal tuvo en su recinto suntuoso templo en medio del sagrado bosquecillo, y allí, desde el campo de batalla, fué llevado el cadáver de Achab: conforme á la profética palabra que le anunciara el trágico fin en justo castigo de su iniquidad, lavaron su ensangrentado carro en el estanque de Samaria y lamieron los perros su sangre. Algunos años después sus

numerosos hijos perecieron á los golpes de Jehú, ungido por un discípulo de Elíseo; el templo de Baal fué arrasado, entregado á las llamas el ídolo, y sus adoradores pasados á cuchillo.

Era tal la fortaleza de los muros de Samaria que los reyes de Siria la sitiaron repetidas veces, y siempre en vano; no pudieron, sin embargo, resistir al furioso embate de Salmanasar, quien en el año 721 antes de J. C. los expugnó después de tres años de sitio. El vencedor destruyó la ciudad y llevóse cautivos á sus moradores, junto con los demás habitantes del reino de Israel, que desde entonces cesó de existir. Hasar-Addon repobló después el territorio de que había sido Samaria capital con los Chuteos y otros pueblos del país de los Medos.

Por largos años sería Samaria una población sin importancia, devastada por las invasiones y la guerra, hasta que en el año 330 antes de J. C. Alejandro Magno envió allí una colonia de macedonios, luego de haber castigado cruelmente en aquellos moradores la parte que tomaron en la muerte de Andrómaco, gobernador de Siria. Juan Hyrcano destruyó otra vez la ciudad en el año 110 antes de la era cristiana después de un año de sitio, lo que manifiesta que otra vez era lugar poblado y fuerte, y de nuevo salió de sus ruinas, reedificada en parte por Gabinio, procónsul romano de Siria. Sin embargo, el verdadero restaurador y el segundo fundador de Samaria fué Herodes el Grande; á su iniciativa poderosa debiéronse los magníficos edificios que hacían de ella una de las más famosas ciudades de Oriente y los fuertes muros que la defendían de veinte estadíos de circunferencia. Seis mil colonos, á quienes el rey distribuyó tierras, pasaron á poblarla, y en ella, conforme hemos visto, elevó en honor de Augusto, su protector, suntuoso templo, rodeado de sagrado recinto. Su nombre de Samaria fué mudado en el de Sebaste, traducción griega del latino *Augusto,* á fin de agradar al omnipotente emperador.

En Samaría ó Sebaste celebró Herodes sus bodas con la infortunada Mariamna, y allí mismo dió orden de estrangular á los dos hijos que de ella tuviera, por nombres Alejandro y Aristóbulo. También en Sebaste experimentó años después, cuando Mariamna había caído á su vez á los golpes de su furor sanguinario, los primeros ataques del horrible mal que había de conducirle al sepulcro. Malthacé, esposa de Herodes, acaecido el trágico fin de Mariamna y madre de Herodes Antipas, verdugo de san Juan Bautista, era natural de Samaria.

Acaecido el martirio de san Esteban y perseguidos por los judíos de Jerusalén, esparciéronse los cristianos por las ciudades comarcanas. El diácono Felipe fué á predicar el Evangelio á los moradores de Sebaste, y como se convirtiesen muchos, los apóstoles Pedro y Juan marcharon á aquel punto para llamar sobre los convertidos, con la imposición de manos, el Espíritu Santo; de Sebaste era Simón Mago, que se hallaba entre aquéllos, y allí ocurrió entre él y los Apóstoles la escena que refiere el libro de los Hechos.

De varios obispos de Samaria se hace mención en los antiguos concilios, y en tal

calidad hállase la firma del prelado Mario entre los Padres del ecuménico de Nicea. Esta ciudad, hasta la invasión agarena, tuvo gran nombradía en Oriente á causa de la afluencia de peregrinos que visitaban el sepulcro del santo Precursor, y dueños de ella los Cruzados restablecieron el obispado y reconstruyeron, como se ha visto, la catedral de San Juan. Aun hoy existe un obispo griego titular de Sebastieh.

En nuestros días, ya lo hemos dicho, la antigua capital de Samaria á la cual diera su nombre, no pasa de ser una miserable aldea musulmana; mas las ruinas de su iglesia y las de sus admirables calles de colunas, lo mismo que sus grandes recuerdos, la hacen aún muy acreedora á la atención especial de los viajeros.

Rodean por todos lados el monte en que estuvo Samaria edificada una serie de colinas y oteros de suaves pendientes que van á morir en los últimos estribos de los montes Garizim y Ebal, y en el llano y en las alturas vense diseminados lugares y aldeas; al este estuvo situada la de Iscarioth, patria de Judas, perteneciente á la tribu de Efraim. Burka tiene por nombre el primer pueblo que en la dirección del nordeste se ofrece al viajero después de una media hora de marcha, durante la que habrá bajado al Uady-ech-Chair y emprendido luego otra vez la subida. Las casas, todas de piedra, están agrupadas en la cima de un otero junto á ruinas que parecen haber sido castillo ó fortaleza, y rodéanlas bien cultivadas huertas. Cercas de nopales dividen las diferentes propiedades, y grupos de olivos dan á la tierra un poco de sombra y frescura. La cuesta va haciéndose más áspera y penosa; en diferentes puntos de la sierra divísanse los pueblos de Silé, Ramé (la antigua Rameth) y Anza, y por senderos casi impracticables se llega á la aldea de Fendekumiyé (probablemente Pentecomia), delicioso oasis regado por abundantes fuentes donde se encuentran verdes prados, cosa muy rara en Oriente, á los que dan sombra copudas higueras; en él suelen los viajeros tomar algún descanso.

Emprendida de nuevo la marcha, preséntase, transcurrida como una media hora, el lugar de Djeba, que en importancia y aseo deja muy atrás á todos los de la comarca; las casas, construídas con piedra labrada, ostentan cierta elegancia, y los moradores respiran en trajes y maneras compostura por allí no usada. Las mujeres llevan cubierta la cabeza con un velo de grana y gustan de adornarse cuello y pecho con sartas de monedas.

Doce kilómetros de tierra por demás quebrada separan á Sebaste de la aldea de Sanur, situada en la cima de aislado y peñascoso cerro, de forma casi circular, en medio de la hermosa llanura de igual nombre. Aquellos campos fueron en remotos siglos inundados por los batallones asirios; en ellos plantaron sus innumerables tiendas, y en el sitio ocupado hoy por el pueblo, en la cumbre de la altura que parece predestinada para servir de asiento á una fortaleza, se levantó la antigua Bethulia, famosa por la heróica abnegación de Judith. En las tajadas laderas de la colina ábrense varias cisternas, y una muralla flanqueada por torres rodeó en otro tiempo la meseta superior; en el día vese en gran parte destruída.

Sanur, en efecto, es el lugar de Samaria que mejor corresponde á los datos que arrojan los sagrados libros acerca de la situación de Bethulia: á poca distancia de Dothaim domina el paso por los desfiladeros que de los llanos de Esdrelón conducen el montañoso terreno de Samaria, y el ejército de Holofernes, al dejarlos á su retaguardia, hubo necesariamente de pasar junto al cerro de Sanur que en la antigüedad, al igual que en la época moderna, no dejaría de estar fortificado. Por esto, la opinión común y más acreditada, así entre los eruditos como entre el vulgo, es que allí sucedió el interesante drama en que una mujer, como en tiempo de Débora, sirvió de instrumento al celeste poderío para salvar al pueblo escogido y confundir la soberbia de sus enemigos.

Holofernes, general de Nabucodonosor, á la cabeza de poderoso ejército asirio, compuesto de ciento y veinte mil combatientes de á pié y veintidós mil á caballo, sin contar con los cuerpos auxiliares que sacara de las ciudades conquistadas en Mesopotamia é Idumea, avanzaba contra Judea devastando y asolando la tierra. El terrer se difundió hasta Jerusalén, y Eliachim, sumo sacerdote, escribió á los moradores de Samaria y á cuantos habitaban en las cercanías de la gran llanura de Esdrelón que ocuparan en armas los pasos de los montes, que levantaran reductos y acopiasen víveres apercibiéndose para la resistencia. No tardó en presentarse el formidable enemigo, que, dejando á la espalda la llanura de Esdrelón, tomó el camino más corto para llegar á la capital, esto es, el que pasaba por junto á Bethulia, y se detuvo para expugnar la enriscada ciudad que podía ser obstáculo á su victoriosa marcha; sus numerosos batallones se extendieron de Dothaim á Belma y á Chelmón, y en tanto los hijos de Israel, postrados en tierra, cubrían sus frentes de ceniza é imploraban la misericordia de Dios, confiados, más que en sus lanzas y flechas, dice el sagrado texto, en la natural fortaleza de sus inexpugnables posiciones. Animosos y esperanzados preparábanse á oponer en ellas vigorosa defensa, y su bélica actitud, tan distinta de la sumisión á que el terror obligara á otros reyes y pueblos, más encendía la ira de Holofernes.—«¿Qué pueblo es ese, decidme, preguntó á los príncipes de Moab y de Ammon que como auxiliares le seguían, que así se atreve á cerrarnos los pasos de sus montañas? ¿Qué poder es el suyo, con qué ciudades cuenta, cuál es el caudillo de su ejército? ¿Por qué entre cuantos moran á oriente, estos, sin temor á nuestras fuerzas, se resisten á salir á nuestro encuentro y á recibirnos en paz?»—Un guerrero de los hijos de Ammon, por nombre Achior, se propuso explicar al airado general la portentosa historia del pueblo escogido, y cómo su Dios le hizo vencedor de todos sus enemigos siempre que, sumiso y arrepentido, volvía á los caminos del bien. «Si hay maldad en él delante de su Dios, dijo al concluir, lancemos sin temor nuestros soldados contra sus fortificadas peñas, pues de cierto lo pondrá el Señor en tus manos y lo sujetará al yugo de tu poder; pero si el agravio no existe y el Señor le ampara, no esperemos vencer, sino, por el contrario, ser oprobio de la tierra.»

Gran indignación causaron en el caudillo lo mismo que en sus capitanes las palabras del Amonita, y al tiempo que mandó que atado fuese éste llevado y entregado á las

avanzadas enemigas para que, junto con ellas, experimentase los efectos de su furor el día de su próxima victoria, dispuso que se estrechara más y más el cerco de Bethulia. Por su orden fueron cortados y custodiados por fuertes destacamentos cuantos manantiales proveían de agua á sus defensores, y así se hallaron éstos á los veinte días con todas sus cisternas y depósitos agotados, expuestos á perecer de sed. Amotinado el pueblo ante la horrible perspectiva, pidió á voces la redención, y Ozías, que mandaba en la plaza, sin poder resistir á los clamores de la angustiada muchedumbre, hubo de prometerla si dentro de cinco días, pues mayor plazo no consentía la falta de agua, no recibían con el anhelado socorro testimonio de la misericordia de Dios.

Llegó esta nueva á oídos de Judith, opulenta viuda que con sus domésticas llevaba devota existencia en retirada vivienda. Tres años y seis meses habían transcurrido desde el fallecimiento de Manassés, su marido, víctima de una insolación que cogió vigilando á sus segadores por aquellos campos propios suyos; en Bethulia fué enterrado junto á sus padres, y Judith, joven y agraciada, quedó dueña de su vasta hacienda, creciendo de cada día la buena fama de que entre todos gozaba. «Temía al Señor, dice el sagrado texto, y no había quien hablase de ella una mala palabra.» Sabedora, pues, de lo prometido por Ozías al pueblo, no recató el disgusto que le causaba el que así se hubiese fijado plazo á la misericordia de Dios, conducta propia para excitar más bien su enojo que su piedad; así lo manifestó á los ancianos junto con otros conceptos dignos de su levantado y religioso ánimo, y concluyó con estas palabras: «Esta noche me franquearéis la puerta de la ciudad; con una de mis siervas saldré al campo, y no dejéis de hacer oración para que dentro de cinco días, como habéis dicho, vuelva el Señor los ojos á su pueblo. No queráis penetrar mi designio, y hasta que yo vuelva no se haga otra cosa sino orar por mí.»

Dicho esto entró Judith en su oratorio, y vestida de cilicio, cubierta la frente de ceniza elevó al cielo fervorosa plegaria; en seguida llamó á su doncella, y dejando el traje de la viudez para adornarse con sus mejores galas se dirigió en su compañía á la puerta de la ciudad, donde ya la esperaban Ozías y los ancianos. «El Dios de nuestros padres te dé gracia y fortifique con su virtud el designio de tu corazón,» le dijeron maravillados al verla tan hermosa, y cuantos allí estaban contestaron á una voz: «Así sea, así sea.»

Al asomar el alba y apenas llegaron á la falda del monte fueron rodeadas las dos mujeres por las avanzadas asirias; pidióles Judith ser conducida á presencia del príncipe Holofernes, quien, al verla, dice el bíblico relato, quedó al instante rendido y preso por sus propios ojos. Las alabanzas que la bella cautiva tributó á Nabucodonosor y á la prudencia de su general, el relato que le hizo de los males que á los sitiados afligían acabaron de fascinar su voluntad, hasta que el cuarto día requirióla enamorado para que comiera con él alegremente «porque has hallado, le dijo, gracia delante de mí.»

Obedeció Judith á aquel deseo; de las provisiones que de la ciudad trajera consigo

para no verse precisada á tomar manjares de gentiles, comió y bebió delante de Holofernes lo que su criada le había preparado. «Y Holofernes, refiere la Biblia, estuvo alegre por causa de ella, y bebió con mucho exceso cuanto jamás había bebido en su vida.»

Al mirarle así rendido del vino en su lecho y profundamente dormido, Judith que quedara sola en la cámara, pues luego de anochecido se retiraron con presteza los siervos, vió llegado el supremo momento; avisó á su criada para que estuviese en observación á la puerta de la estancia, y ella, en pié junto á la cama, murmurando ardiente oración, descolgó el alfange colgado de uno de los pilares. Desenvainólo; con la mano izquierda asió por el cabello al dormido general mientras que con la diestra descargóle dos golpes en la cerviz y le cortó la cabeza, rodando por el suelo el tronco ensangrentado. La animosa viuda entregó á su criada la cabeza de Holofernes mandándole ocultarla en un saco que de prevención traía, y las dos atravesando el campamento según aquellos días tenían por costumbre, pudieron llegar á la puerta de la cercada plaza.

«Ved aquí la cabeza de Holofernes, general del ejército de los Asirios, dijo á los ancianos y al pueblo que alborozados acudieron al saber su llegada; alabad al Señor nuestro Dios que no desampara á los que esperan en Él. Su ángel me ha guardado y no ha permitido que yo su sierva fuese mancillada, sino que me ha hecho volver á vosotros sin mancilla de pecado, gozosa por mi victoria, por haberme yo escapado y haber sido vosotros libertados.»

En efecto, cuando á la siguiente mañana se enteraron los capitanes y luego toda la hueste del trágico fin de su caudillo se les fué la razón y el consejo, dice el sagrado texto, y poseídos de terror diéronse á desbandada fuga, abandonando tiendas, ganados y tesoros, perseguidos á filo de espada por los defensores de Bethulia y por los soldados hebreos que permanecían apostados en aquellos desfiladeros; vencidos poco antes y ahora vencedores, todos, desde el menor hasta el mayor, quedaron ricos con sus despojos.

Tres meses duraron los regocijos por tan señalado triunfo y por el heroísmo que puso fin á la cuarta y última campaña del victorioso Holofernes. «Pasados aquellos días, refiere el Libro que lleva el nombre de la heroina, cada uno se volvió á su casa, y Judith fué célebre en Bethulia, y la más esclarecida mujer de toda la tierra de Israel... Presentábase en público sólo los días de fiesta; dió libertad á la sierva que la acompañara al campamento asirio, y después de permanecer ciento y cinco años en casa de su marido, murió, y con él fué enterrada en Bethulia.»

En la Edad Media dióse alguna vez el nombre de Bethulia al monte de los Francos, en tiempos antiguos Herodia; pero dicho monte, situado al mediodía de Jerusalén, no se adapta en manera alguna á las circunstancias expresadas en el libro de Judith, de las cuales resulta sin sombra de duda que Bethulia distaba poco de Dothaim y de la llanura de Esdrelón. Tampoco ha sido admitida por los eruditos, ni ha logrado

sobreponerse á la tradición la opinión de algunos que colocan en Safed la patria de la heroina israelita, ya que Safed se encuentra muy adentro de la llanura de Esdrelón hacia el norte, y Bethulia hubo de estar situada, como Sanur, al mediodía de este mismo llano.

La fortaleza de Sanur, cuyo gobernador se había declarado independiente, fué tomada en el año de 1831 por Abdalah, bajá de san Juan de Acre, después de seis meses de asedio en el cual perdió seis mil hombres, y ni aún así la habría expugnado á no haber tenido en los últimos días el terrible auxiliar del hambre. Sus muros, entonces arruinados, fueron reconstruídos por Ibrahim bajá; mas por haber participado los moradores de Sanur en el general alzamiento contra él promovido, quedó la plaza en

Tell-Duthan, antiguamente Dothain

el estado en que hoy se encuentra: aunque por completo desmantelada, conserva todavía cierto aspecto amenazador, y unos dos mil fellahs hallan alojamiento entre sus escombros, embellecidos por las heroicas memorias del tiempo pasado.

Al este de Sanur extiéndese el llano hacia el Jordan; siguiendo sus límites occidentales, pues puede haber peligro en atravesarlo sin guía experimentado á causa de la instabilidad del terreno que se hunde en diferentes partes, hállase, á los veinte minutos de marcha, la aldea de Mithiliyé; hacia el norte divísanse el lugar de Cufer, y á la izquierda las casas del de Djerva. En esta misma llanura se levantó la ciudad de Thebes, junto á la cual pereció Abimelech cuando, combatiendo una de sus torres donde se habían refugiado los últimos defensores de la plaza, una mujer arrojó desde lo alto un pedazo de muela de molino, que le rompió el cráneo. Abimelech, hijo de Gedeón, fué el que, después de dar muerte á sus setenta hermanos, usurpó el mando supremo

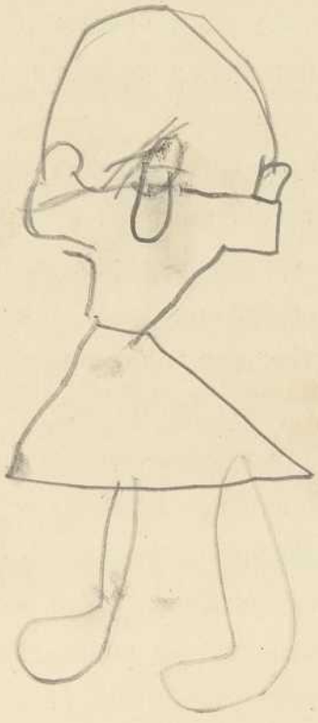
apoyado por los sichimitas, y en la ciudad de Ephra, patria de Gedeón, donde el crimen fué cometido, estuvo igualmente situada en estos llanos, lo mismo que la de Dothain.

Es la última nombrada por primera vez en la Biblia con motivo de la excursión verificada por Josef en busca de sus hermanos, quienes allí le vendieron á unos mercaderes ismaelitas. En el siglo XV mostrábase aún la cisterna en que antes le habían echado. Dícese en el libro IV de los Reyes que Elíseo se hallaba en Dothain cuando el rey de Siria Ben-Hadad, en guerra con el reino de Israel, envió soldados que le prendieran á causa de la publicidad que daba el profeta á los designios más secretos por él concebidos.

De dos pasajes del libro de Judith despréndese que esta ciudad estaba situada al mediodía, en las inmediaciones de la llanura de Esdrelón, y esto corresponde exactamente con la posición del *Tell-Duthan* (colina de Duthan), nombre que reproduce con fidelidad el de Dothain y equivale á *los dos pozos* ó *las dos cisternas*. Destruída por completo hace siglos, la reja del arado ha roto y revuelto varias veces el suelo en que se asentaba; únicamente en las laderas y en la cima del otero muchos escombros é innumerables fragmentos de vidriado ofrecen vestigios de los edificios que allí existieron. Aquí y allí, en medio de los labrados campos, crecen algunos frondosos algarrobos, y un grupo de terebintos dan sombra á un *ualy* que se cae en ruinas. En la falda brota la fuente del *el-Hafiré*, y al pié del *tell* existen aún dos pozos; el uno se remonta á gran antigüedad; el segundo, si bien más moderno, ha podido suceder á otro antiguo, circunstancia que justifica aún ahora el nombre que este sitio tenía.

Al noroeste de Duthan queda el *Tell-Yabud*, coronado por la aldea de este nombre; atravesemos Kabatiyé, lugar muy grande y poblado, pero desaseado por extremo, y emprendamos el paso de los montes que son confín de Samaria y dan paso á las comarcas galileas. Por ásperos senderos, atravesando angostas gargantas llegaremos á la cima de la sierra, donde se ofrecerá á nuestra vista magnífico panorama: á nuestros piés contemplaremos la famosa llanura de Esdrelón; á la derecha, los montes de Gelboé, testigos del vencimiento y de la muerte de Saul; más lejos vese brillar á los rayos del sol la cumbre del Hermón. El Thabor alza la suya en forma de gigantesca cúpula y en los confines del llano se levantan las fragosas montañas detrás de las que se oculta la humilde ciudad de Nazareth, la patria de María. Por poniente y en vaporosa lontananza corre hacia el mar la sierra del Carmelo, y en presencia de aquella espléndida naturaleza y de tan ilustres recuerdos no tardan en olvidarse las fatigas de la penosa subida. Descendamos, pues, y entremos en la vasta y feraz región de Galilea.

agudos rectos y obtusos



542
-544
3
237

543
-342
237

GALILEA BAJA

I

Djenin (antiguamente En-Gannim).—La llanura de Esdrelón.—Victoria de Gedeón.—Batalla del Thabor.—La sierra de Gelboé.—Muerte de Saul y de sus hijos.—Zerain ó JEZRAEL.—La viña de Naboth.—Trágico fin de la reina Jezabel y de la familia de Achab.—Ain-el-Djalud.—Saladino y Guy de Lusignan en la fuente Tubania.—BETHSAN.—Tannak.—Ledjun, Legio ó Medggiddo.—Hadad-Rimmon.—Sulem.—El Pequeño Hermón.—Naim.—El hijo de la viuda.—En-Dor.—La profetisa Débora.—Muerte de Sísara.—Los Cruzados en las márgenes del Kison.—Iksal.—Yafa.—A la vista de Nazareth.

Forman las comarcas de Galilea la provincia más ilustre y memorable de la Tierra Santa después de la de Judea, y es también la de más vasto territorio; esto hacía que en antiguos tiempos fuese dividida en dos partes, llamada la una Galilea superior ó alta y por otro nombre *Galilæa gentium* ó sea de los gentiles, que se extendía al norte del lago de Gennesareth hacia poniente, y la otra Galilea inferior ó baja, habitada casi exclusivamente por hebreos. Comprendía la primera dos tribus, esto es, las de Aser y Neftalí, y otras dos la segunda que eran las de Zabulón é Issachar. Todas ellas fueron llevadas en cautiverio á Babilonia; á su regreso, los judíos colonizaron de nuevo la tierra comenzando por el sur, y de ahí que en la parte septentrional ó alta ofreciese la población, más que la otra, un carácter mixto y compuesto de elementos varios. Y aun en la baja, donde predominó el elemento hebreo, habían los extranjeros establecido su morada en mayor número que en Judea y hasta el idioma hablado en ésta no era del todo idéntico al usado en Galilea. Compuesta de llanos y montañas, ha sido siempre la tierra de esta comarca tan feraz y abundosa en frutos que por Herodes fué dividida en dos tetrarquías al igual que la etnarquía de Arquelao, que abrazaba todas las demás provincias. Son límites de esta fértil región, tomada en conjunto, por septentrión las elevadas cumbres del ante Líbano, el país de Samaria que acabamos de recorrer, á mediodía, y extiéndese por occidente hasta las orillas mediterráneas. Como en nuestro itinerario hemos de ver, abundan en ella las ciudades y los sitios famosos y de grandes recuerdos: Nuestro Señor Jesucristo la

eligió muchas veces por teatro de su predicación divina, y allí transcurrió la mayor parte de su vida mortal.

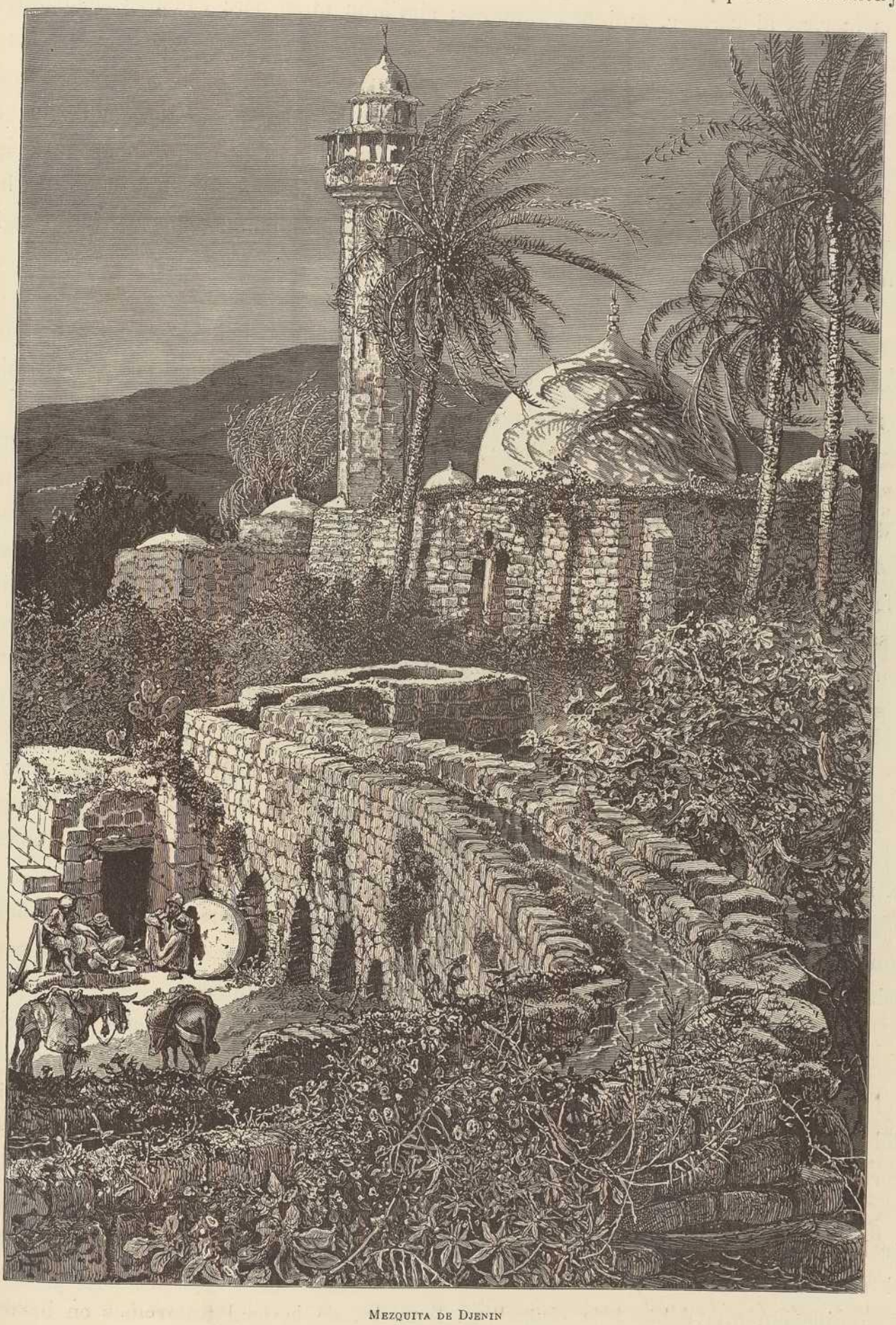
El lugar ó mejor villa de Djenin es la primera población que se encuentra al salir de los desfiladeros de Samaria para entrar en Galilea; situada en el extremo de un valle y dominando la magnífica llanura de Esdrelón, ocupa las últimas y suaves pendientes de los montes que acabamos de atravesar, y prolongándose hasta el llano, ostenta sus casas edificadas en anfiteatro, parte hacia levante para recibir los primeros rayos del sol á su salida, y parte hacia el norte como para respirar el fresco ambiente

Djenin, ó la antigua En-Gannim

que se exhala de las gargantas del ante-Líbano. Una gran mezquita y esbeltos alminares le comunican imponente aspecto; los huertos y jardines, en los que abunda el arbolado, están cercados por nopales de punzantes hojas y de rosadas flores. Grupos de palmas, hermanados en pintoresco desorden con frondosas moreras, dan sombra al paisaje, animada por caudalosa fuente que nace al pié de la colina, y arbustos y plantas de toda clase crecen y se extienden vigorosas por do quiera la mano del hombre deja abandonada la vegetación á su espontánea y natural lozanía.

Forman la población unos tres mil habitantes, musulmanes casi todos, excepto un número reducido de griegos cismáticos y dos familias católicas. De las dos mezquitas de la villa, es la una relativamente muy vasta; junto á la segunda mana una fuente

cuyas aguas recoge un pilón. Pequeñas tiendas en número de quince constituyen



Mezquita de Djenin

lo que lleva el nombre de *suk* ó mercado; de unas ruinas de importante edificio créese pertenecieron á un *kalah* ó castillo. Fuera de la población se encuentran dos

cementerios, y en las colinas inmediatas numerosas cuevas abiertas en la peña; unas fueron, al parecer, antiguas canteras; sirvieron otras para cámaras sepulcrales, y muchas están en el día convertidas en establos.

A causa de su nombre, de su situación, de sus abundantes aguas y de su hermosa huerta es la villa de Djenin generalmente tenida por la antigua En-Gannim (la fuente de los jardines), en latín Engannim, mencionada en el libro de Josué entre las ciudades de la tribu de Issachar. Creen algunos ser la población citada en el libro IV de los Reyes con el nombre de *Bet-hag-Gan* (casa del jardín), en latín *Domus horti*, al referir la fuga del rey de Judá Ochozías perseguido por Jehú.

Habla también Josefo del lugar de Ginæa, situado en los confines de Samaria y de la Gran Llanura, esto es, la de Esdrelón; y como la posición de Djenin corresponde exactamente á lo de dicho lugar, es este por lo común identificado con En-Gannim y Beth-hag-Gan.

En el Nuevo Testamento no se hace mención de En-Gannim ni una vez siquiera; pero es indudable que el divino Salvador hubo de pasar con frecuencia por aquel punto al dirigirse de Galilea á Judea atravesando las tierras de Samaria. Antigua y acreditada tradición asegura que en Djenin ocurrió el encuentro de Jesucristo con los diez leprosos referido por el evangelista san Lucas. «Aconteció, dice, que yendo el Señor á Jerusalén pasaba por Galilea y Samaria, y al entrar en una aldea salieron á él diez hombres leprosos, que, parándose á lo lejos, alzaron la voz, diciendo:—Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros.—Id, y mostraos á los sacerdotes, díjoles Jesús, y mientras iban, ya quedaron limpios.

Uno de ellos, que era samaritano, volvió glorificando á Dios á grandes voces, y postrado en tierra le dió las gracias.—¿Por ventura no son diez los que fueron limpios? dijo Jesús. ¿Dónde están los otros nueve? De ellos no hubo quien volviese sino este extranjero y diese gloria á Dios. Levántate, añadió, tu fe te ha hecho salvo.»

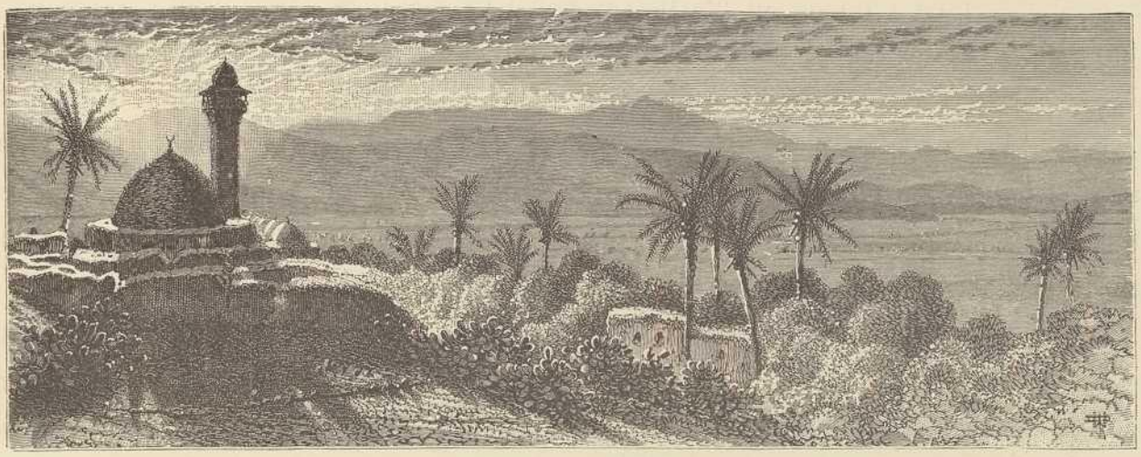
En memoria de este suceso edificaron los cristianos una iglesia de la cual á duras penas se descubren hoy raros vestigios. Ya en el siglo XVI, según el relato de la peregrinación del monje Bonifacio (año de 1555), estaba caída en ruinas.

En Djenin, á causa de su ventajosa situación, se reunieron las milicias de aquellas comarcas levantadas contra Ibrahim-bajá, y allí les causaron gran derrota las tropas del virey de Egipto. Esta villa se encuentra á más de quinientos piés sobre el nivel del mar, y pasa por ella el camino que siguen las caravanas de Egipto á Damasco, cortando oblícuamente el que se dirige de norte á mediodía.

La gran llanura que se extiende al norte de Djenin es en el día conocida por los árabes con el nombre de Merdj-Ibn-Amir (llano del hijo de Amir); antiguamente tuvo el de llanura ó valle de Jezrael, en hebreo Emek-Izreel y en latín Vallis Jezrael, denominación que debía á la ciudad así llamada, de la cual trataremos en breve, y tiempo después se llamó de Esdrelón ó Esdrelom, forma griega derivada de la hebraica Izreel. En la Edad Media fué conocida con el nombre de San Sabas. De figura triangular

y limitada por las montañas de Samaria y Galilea, ofrece á la vista inmensa superficie con ligeras ondulaciones y además algunos oteros hacia el lado de levante. Por el del noroeste comunica, por medio de un valle inmediato á las laderas orientales del Carmelo, con la gran llanura de San Juan de Acre, y llega así hasta la ribera del Mediterráneo; al este se prolonga en otros tres valles distintos: el primero, al norte comprendido entre el monte Thabor y el Pequeño Hermón ó Djebel-Dahy; el segundo, que se extiende entre el Pequeño Hermón y la sierra de Gelboé, en el día Djebel-Fukuah, y el tercero, situado al sur de esta montaña.

Difícil es formarse idea, á no verlo, de la portentosa feracidad de aquella tierra privilegiada; allí donde es labrada, magníficas espigas ondulan al soplo del aire; en los puntos en que no recibe cultivo la atestigua el vigoroso herbaje, entre el que crecen matizadas flores y gigantesca maleza: á esto debe el nombre de paraíso y granero de



Parte meridional de la llanura de Esdrelón, tomada desde Djenin

Siria. En la época del calor su suelo se agrieta profundamente, y anchas hendeduras hacen peligroso andar por él fuera de los caminos trillados. Súrcanlo varias torrenteras que están en seco las dos terceras partes del año, excepto unas pocas, entre las que son las de mayor importancia el Nahr-Djalud, que es tributario del Jordán, y el Nahr-el-Mukattha, que es el famoso Cison ó Kison y desagua en el mar, al norte de Kaifa. La línea divisoria de las aguas pasa por Jezrael, el Hermón y el Thabor; unas corren al Mediterráneo otras al Jordán.

Unos cincuenta kilómetros por lo largo y veinticinco por lo ancho mide el llano que en diferentes puntos penetra por entre las sierras que lo limitan; su suelo se eleva por término medio á ochenta metros sobre el nivel del mar y fórmalo una tierra negruzca, compuesta en su mayor parte de rocas volcánicas en descomposición. Suelen volar por la llanura grandes bandadas de grullas y cigüeñas.

Ilustres recuerdos se ciernen sobre aquella gran extensión de tierra, á la que su vegetación, contemplándola desde una altura, hace semejante á un mar de follaje. Atribuída en lote á la tribu de Issachar, fué teatro de muchas batallas en las épocas todas de la historia judaica, y entre ellas de la portentosa rota causada á los madianitas

por los trescientos hombres de Gedeón. Pasado el Jordán acamparon aquéllos y sus auxiliares en la llanura de Jezrael, devastándola cual plaga de langosta; sus camellos, dice el sagrado texto, eran innumerables como la arena que forma las orillas del mar. Gedeón, hijo de Joas, alentado por inspiración de lo alto, presentóse como libertador de Israel, y congregó algunas tribus junto á la fuente de Harad, al pié de los montes de Gelboé, para caer contra el enemigo que tenía su campamento en el collado de Moreh, entre aquella sierra y la de Hermon. En escaso número eran los soldados israelitas, que no pasaban de diez mil, pero aun así, queriendo Dios mostrar la fuerza de su brazo, ordenó á Gedeón que despidiera á cuantos al ser conducidos á beber á aquella fuente pusieran para coger el agua una rodilla en tierra. Trescientos únicamente fueron los que con el caudillo quedaron, y con ellos formó tres compañías, poniendo en manos de cada hombre una trompeta y un cántaro vacío en el cual iba oculta una antorcha. A media noche se apostaron por tres distintos lados junto á las tiendas enemigas, y á una señal rompieron todos en agudos toques de trompeta al tiempo que, quebrando con estrépito unos con otros los cántaros, aparecieron de pronto numerosas luces corriendo de una parte á otra. Fué todo esto acompañado de grandes clamores invocando al Señor y á Gedeón, y el resultado fué introducir tal pánico y confusión entre los madianitas que después de acuchillarse entre sí, tomaron precipitada fuga hacia el Jordán dejando el campo sembrado de cadáveres.

Aquellos extensos llanos, que más de una vez en la Edad Media fueron testigos del guerrero valor de los Cruzados, presenciaron también en la época moderna sangrientas y heroicas escenas. Sitiaba el caudillo Bonaparte á San Juan de Acre cuando supo que los turcos de Damasco acudían en auxilio de la combatida ciudad. Al general Junot, hostigado en las cercanías de Caná por considerables fuerzas, puede librar su compañero Kleber, quien, á la cabeza de tres mil soldados, se dirigía á Fuleh con el propósito de atacar por sorpresa el campamento enemigo; pero, burlado por los guías, fué él el sorprendido, ya que de pronto, el 16 de abril del año de 1799, se encontró delante de un ejército de treinta mil hombres, entre ellos veinte mil jinetes. Nunca habían visto los franceses arremolinarse á su alrededor tan numerosa caballería, la cual, confiada en la victoria, prorrumpía en estridente clamoreo de triunfo. Sin embargo, á poco conoció ser éste más difícil de lo que en un principio imaginara: á sus cargas repetidas oponen los franceses, inmóviles y formados en cuadro, una triple línea de bayonetas, y su fuego incesante cubre la tierra de muertos y heridos. Admirados los turcos retroceden para de nuevo acometer con mayor furia; cien veces lanzan sus caballos contra el infranqueable muro de hierro y de fuego, y otras tantas son rechazados con gran pérdida. Seis horas había durado aquel combate entre fuerzas tan desiguales, cuando de pronto resonó un cañonazo al pié del Thabor.—¡Bonaparte llega! gritaron con alborozo los franceses, y en efecto, el general, dejando dos divisiones en el sitio de San Juan de Acre, había tomado con sus restantes tropas el camino de los montes, y cual rayo avanzaba entre nubes de polvo surcadas por los siniestros fulgores de su

artillería. A la cabeza de la división Bon y formando con ella otros dos cuadros, maniobró de manera que envolvió á su vez al enemigo, estrechándole entre sus fuegos y los de las tropas de Kleber. El lugar de Fuleh fué al fin tomado por éstas á la bayoneta, y la muchedumbre musulmana, ametrallada por todos lados, tomó en desordenado galope la fuga hacia el Jordán, dejando cubierto el llano de cadáveres, hombres y caballos. Murat, con su caballería, completó la derrota, acuchillando á los fugitivos en las márgenes del río, en cuyas aguas se ahogaron muchos, quedando así de un golpe destruída una hueste que fué, según exagerada expresión de aquellos moradores, tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del desierto. Tal fué la batalla que lleva el nombre del monte Thabor, por haberse empeñado en la llanura donde se alza la célebre montaña.

En las inmediaciones del pueblo de Fuleh, en la base occidental del Hermón, levantaron los Templarios un fuerte, *castrum fabæ*, el cual fué arrasado por Saladino en el año de 1187, después de la funesta batalla de Hattin. De él quedan algunos paredones.

Desde Djenin avanzamos hacia el norte por la dilatada llanura; un hombre á caballo llega apenas á dominar los nopales, cardos y otras silvestres plantas que, secas en verano por el ardor del sol, se agitan con prolongado rumor al impulso del viento del desierto. Serpientes, jabalíes y alguno que otro leopardo bajan de los montes y se ocultan en la espesura, donde por acaso se ve turbada su ardorosa soledad. Ni un árbol en aquel inmenso espacio brinda al viajero con su benéfica sombra, y hay que guiar con gran cuidado el caballo para no abismarse en las profundas hendeduras que abre en la tierra la fuerza del calor. «Todas las torrenteras están secas: las ciudades, la hierba de los prados, hasta el agua de los ríos, todo ha sido devorado, dice el abad Mislin en su excelente obra sobre los Santos Lugares; únicamente, de cuando en cuando, vese una aldea cuyos habitantes han cosechado un poco de trigo y lo han amontonado en sus eras, donde brilla cual oro á los rayos solares; algunos camellos, tendidos alrededor, aguardan á que se ajuste su precio para cargar con él y llevarlo á Damasco. Más lejos, negras tiendas de beduinos, medio ocultas entre la maleza, acaban de dar al cuadro singular carácter que inspira á un tiempo temor y asombro.

A nuestra derecha álzase el *Djebel-Fukuah*, el Gilboa del texto hebreo; el Gelboé de la Vulgata, cuyo antiguo nombre se ha conservado con poca alteración en el de uno de los lugarejos del monte, llamado Djelbun. Prolóngase la sierra de nordeste á sudeste en una extensión de catorce kilómetros, con una anchura que varía entre cinco y ocho; de ella sólo una parte se cultiva, y valles y hondonadas más ó menos profundas la dividen en distintas montañas en las que se encuentran algunas peñas basálticas. La tierra, en la que domina el elemento calcáreo, es de color rojizo; cubierta antiguamente de frondosos bosques, muestra hoy desolado aspecto, y únicamente en las más suaves vertientes del mediodía se ven campos de trigo y cebada. Grupos de higueras y olivos, cercas de nopales, allí donde no ha empleado el hombre su

trabajo, maleza y plantas silvestres cuando no la roca árida y pelada, así se ofrece en el día á la vista del viajero el monte que presenció la catástrofe de Saul y Jonathás, y contra el cual pronunció David aquella famosa imprecación:

«Montes de Gelboé, no venga sobre vosotros lluvia ni rocío, ni haya en vuestras laderas campos de primicias, porque allí fué abatido el escudo de los valientes, el escudo de Saul, como si no hubiera sido ungido con óleo.»

SIERRA DE GELBOÉ, VISTA DESDE SULEM

Saul llegó á esta llanura marchando contra los filisteos, y asentó los reales á poca distancia de la fuente de Jezrael, mientras el enemigo reunía en Aphec sus numerosos escuadrones entre los que estaban los de Achis, príncipe de Geth, en cuya corte se refugiara David con sus parciales huyendo de la ira de Saul. A retaguardia formaba la pequeña cohorte de emigrados israelitas; pero los capitanes filisteos, no participando de la confianza que en ella y en su jefe tenía depositada Achis, exigieron, por temor

á una traición, que se retiraran antes de la batalla, y así lo verificaron. Saul, en tanto, á la vista de las grandes fuerzas de sus enemigos, sintió pavor en su corazón, y como el Señor á quien cansultó no le respondiese ni por sueños, ni por sacerdotes, ni por profetas, apeló en su angustia á los conjuros de una pitonisa que sus gentes descubrieron en Endor; allí fué de noche disfrazado; á la voz de la maga apareció la sombra del anciano Samuel, y al oir de sus labios el vaticinio de su derrota y de su próxima muerte, cayó el rey en tierra sin sentido.

Esto no obstante, empeñóse á poco la batalla entre las dos enemigas huestes; la de Israel llevó desde un principio la peor parte, y muchos de sus caudillos perecieron

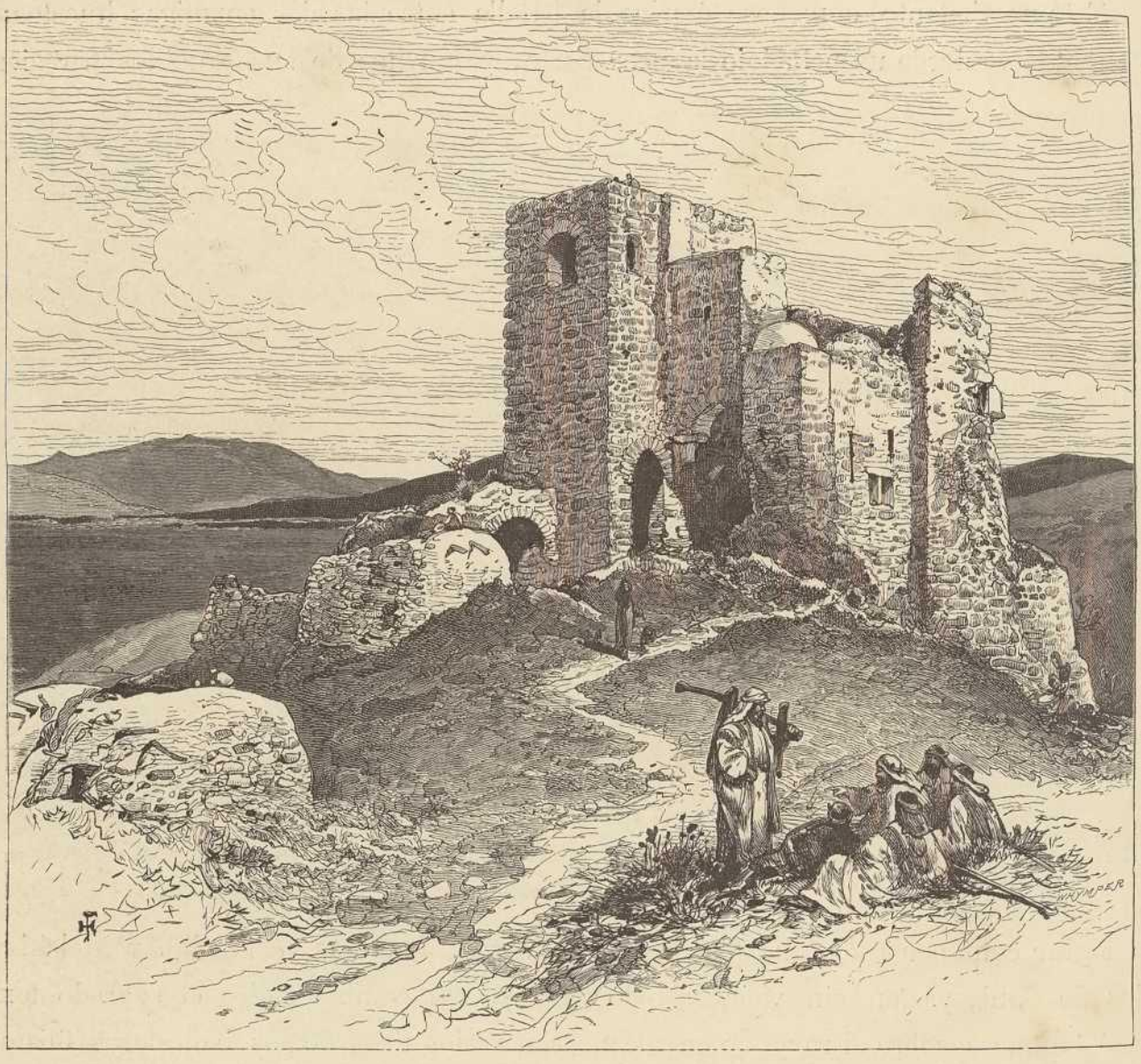
Zerain, antiguamente Jezrael

sin lograr contener á las vencidas y fugitivas tropas. Jonathás, Abinadab y Melchisua, hijos de Saul, yacían sin vida, y todo el peso del combate, dice el sagrado texto, cargó entonces sobre el rey á quien alcanzaron varios tiros de los ballesteros filisteos. —Desenvaina tu acero y mátame para evitarme la afrenta de caer á sus golpes, gritó á su escudero; mas no queriendo éste poner las manos en su soberano, él mismo se mató arrojándose sobre su espada. El fiel escudero le imitó y cayó exánime á su lado. Al otro día hallaron los filisteos los cadáveres de Saul y sus hijos; la cabeza del monarca fué paseada como sangriento trofeo de victoria, y colgaron su cuerpo en los muros de Bethsan.

El viajero encuentra en su camino algunas cisternas labradas en la peña; divisa en la cima de la sierra el *Nebi Mezar*, sitio de peregrinación para los musulmanes, y andados once kilómetros, á contar desde Djenin, llega á la aldea de Zerain, confuso grupo de miserables viviendas. En el centro, en lo más alto del collado que le sirve

de asiento, elévase una casa de forma cuadrada y con apariencia de torre, donde reside el jeque; en estado ruinoso, como casi todas las demás, muestra ser de origen arábigo, aunque es fácil que se alzara sobre la base de obra más antigua. Desde ella se domina la extensa llanura, y la vista puede extenderse al norte hasta Nazareth, que se distingue por entre montañas, y al este, más allá del Tell-Beisan, antigua acrópolis de Bethsan ó Scythopolis, hasta las alturas de la tierra de Galaad.

En sus alrededores ocurrió la gran catástrofe que con la muerte de Saul y sus hijos



Torre de Zerain

llevamos referida, pues Zerain no es más que una forma ligeramente alterada del nombre hebraico de Izreel, ya que excepto la primera letra, que ha desaparecido, y la terminación *el*, convertida en *in*, del propio modo que Bethel se ha trocado en Beitin, las dos palabras son idénticas y contienen las mismas letras formativas. En la Vulgata este nombre se convierte en Jezrael.

Allí, en efecto, estuvo edificada la ciudad así llamada, de la que si por primera vez se hace mención en el libro de Josué como perteneciente á la tribu de Issachar, no adquirió, al parecer, gran importancia hasta el siglo IX antes de nuestra era, en que el rey Achab y su esposa la impía Jezabel la eligieron por su principal residencia.

No por ello dejó Samaria de ser capital del reino, mas el rey se hallaba muy á gusto en Jezrael, donde tenía suntoso palacio; y sin embargo, al regio alcázar, á sus vastos y amenos jardines faltaba, según desapoderado deseo que á poco se encendió en su dueño, para ser completa su belleza, una porción de terreno, una pequeña viña inmediata, modesta herencia de familia, que poseía Naboth, quien, á las seductoras proposiciones del rey para que la vendiera, contestaba siempre:—Guárdeme el Señor de cederos el patrimonio de mis padres.—La adquisición de la viña de Noboth se ha convertido en el pensamiento dominante del monarca; la imprevista entereza del súbdito y su desinterés le han robado la calma, y Jezabel hace burla de una autoridad que no le sirve para satisfacer antojo de tan escasa monta.—Sosiega tu ánimo, le dice al fin entre irónica y cariñosa, que yo te daré la viña que deseas.

En nombre de Achad y sellada con su anillo escribió una carta á los ancianos de la ciudad, y á causa de ella el infeliz Naboth, falsamente acusado, fué sacado fuera de los muros, apedreado y muerto. Achad pudo satisfacer su ardiente deseo y apoderarse de la codiciada viña; mas colmada con este delito la medida de sus iniquidades tomó el cielo sobre sí la venganza de la inocencia oprimida; el profeta Elías, suscitado por Dios, fué al encuentro del monarca y le anunció su trágica muerte, el exterminio de su linaje y el horrible fin de Jezabel. Como murió Achab, referido queda en las páginas que tratan de su ciudad de Samaria.

Trece años han pasado; corría el 884 antes de J. C. y su hijo Joram era su segundo sucesor en el trono de Israel; para arrancar de manos de Hazael, rey de Siria, la ciudad de Ramoth de Galaad sale á campaña en unión de Ozochías, rey de Judá; pónela cerco; pero herido en los primeros combates, toma la vuelta á Jezrael para curarse, dejando que la hueste continúe el asedio. Jehú, hijo de Josafat, era uno de sus príncipes ó capitanes, y á él se presentó secretamente un enviado del profeta Elíseo para ungirle por rey de Israel, mandándole en nombre de Jehová proceder al exterminio de la familia de Achab. Aclamado por los principales caudillos, dirígese con ellos á Jezrael, donde á la sazón se hallaba Ozochías de Judá, que había ido á visitar á su pariente Joram: uno y otro al saber la próxima é inesperada llegada de Jehú y de su gente, salen en sus carros para investigar la causa que la motivara, y á poca distancia de lo que fuera viña de Naboth, al estar cerca de los recién llegados, pueden conocer los hostiles propósitos de que estaban poseídos.

Joram, dando á Ozochías la voz de ¡traición! quiso volver atrás; pero una flecha disparada por Jehú le hirió entre las espaldas y le dejó sin vida, quedando su cuerpo insepulto en aquel mismo campo que adquiriera su padre derramando inicuo la sangre del justo; esto sucedió en una de las laderas del montecillo en que ahora estamos.

No fué mejor la suerte de Ozochías: herido en su fuga, fué á morir á Mageddo, de donde llevaron su cadáver á Jerusalén.

El nuevo rey verifica su triunfal entrada en la ciudad, y la odiada Jezabel, ataviada y prendida con sus mejores joyas, como queriendo mostrar la alteza de su espíritu, le

aguarda asomada á una ventana, desde donde le dirige amarga reconvención por su conducta. Sus eunucos, por orden de Jehú, la precipitaron á la calle, y su sangre salpicó las paredes y pisotearon su cuerpo los caballos de la comitiva. A poco el corazón de Jehú sintió como un destello de piedad, y dijo á los suyos que diesen sepultura á aquella infeliz «que al fin es hija de rey;» pero los que se disponían á cumplir esta orden no hallaron del cadáver sino el cráneo, los piés y la extremidad de las manos; lo demás había sido comido de perros. Así quedaron cumplidas aquellas palabras de Elías: «En Jezrael serán devoradas por los perros las carnes de Jezabel.»

Después de estos hechos la ciudad de Samaria abrazó la causa de Jehú, y allí fueron muertos los setenta hijos de Achab y cuantos habían favorecido el infame culto de Baal.

A contar de la ruina de la impía familia de Achab cesó la ciudad de Jezrael de ser sitio real y su prosperidad decreció muy rápidamente. En la época de las Cruzadas desígnanla los autores latinos con el alterado nombre de *Parvum-Gerinum*, al paso que los escritores arábigos le dan el mismo que ahora lleva.

A dos kilómetros y medio al este de Zerain mana, al pié de los montes de Gelboé, abundante fuente llamada Ain-Djalud; nacida debajo de una gran peña ahuecada en su interior en forma de reducida cueva, se derrama en un estanque semicircular que estuvo un tiempo embaldosado donde se crían gran número de peces, y divídese luego en dos arroyos que por canalizos de que aun existen restos dan movimiento á dos molinos y forman después el Nahr-Djalud.

Es esta fuente, á lo que con toda probabilidad se cree, la que en la Biblia es llamada En-Harod ó Harad, cerca de la cual acampó la hueste de Gedeón antes de la portentosa victoria poco há referida, y probablemente es también la misma junto á la que tiempo después establecieron sus reales Saul y sus hijos en su funesta campaña contra los filisteos. Llama á esta última el texto sagrado fuente de Jezrael, y en efecto, dista poco de la población; conviene, sin embargo, observar que más inmediata á Zerain existe otra fuente conocida hoy con el nombre de Ain-el-Maiteh; pero mucho menos copiosa que la anterior, lícito es creer que Saul elegiría con preferencia la última para lugar de campamento. En la época de las Cruzadas la hueste de Saladino plantó sus tiendas cerca de este manantial, designado ya entonces por el cronista Bohaeddin con el propio nombre que ahora lleva; los latinos, así como los griegos de los primeros siglos, dieron á la ciudad de Jezrael el de Stradela y llamaron á esta fuente *fons Tubania*, sin que haya llegado á nosotros la causa etimológica de la denominación. En cuanto al de Djalud, traducción arábiga de Goliath, deriva de la errónea tradición, conservada al parecer por los musulmanes, que colocó en este sitio el vencimiento y la muerte del gigante filisteo.

Corría el año de 1183; próximos estaban los que tan funestos habían de ser para el cristiano reino de Jerusalén, y Saladino, deseoso de vengar los ultrajes que el animoso Reinaldo de Chatillon infiriera al islamismo con menosprecio de la tregua establecida,

abandonó las márgenes del Eufrates y del Tigris para regresar á Damasco. En sus lejanas expediciones había conquistado varias é importantes ciudades tales como Edessa, Amida ó Dearbekir; había alcanzado la sumisión del príncipe de Mossul y habíase al fin apoderado de Alepo, donde acababa de espirar el hijo y heredero de Nureddin. Los príncipes y emires todos de Mesopotamia reconocíanse aliados ó tributarios suyos, y al sultán no le quedaban más enemigos que los cristianos, cuyo reino se encontraba

Ain-Djalun, ó la antigua En-Harod, fuente de Jezrael

como asediado y cercado por numerosos pueblos que los detestaban y que estaban prontos á marchar á la voz de un solo hombre. Desde la llegada de Saladino á Damasco gran zozobra y ansiedad reinaron entre los latinos, que no sabían en qué punto estallaría la tempestad que los amenazaba: en *fons Tubania* se condensó la nube que había de descargar calamidades sin fin sobre la Tierra Santa.

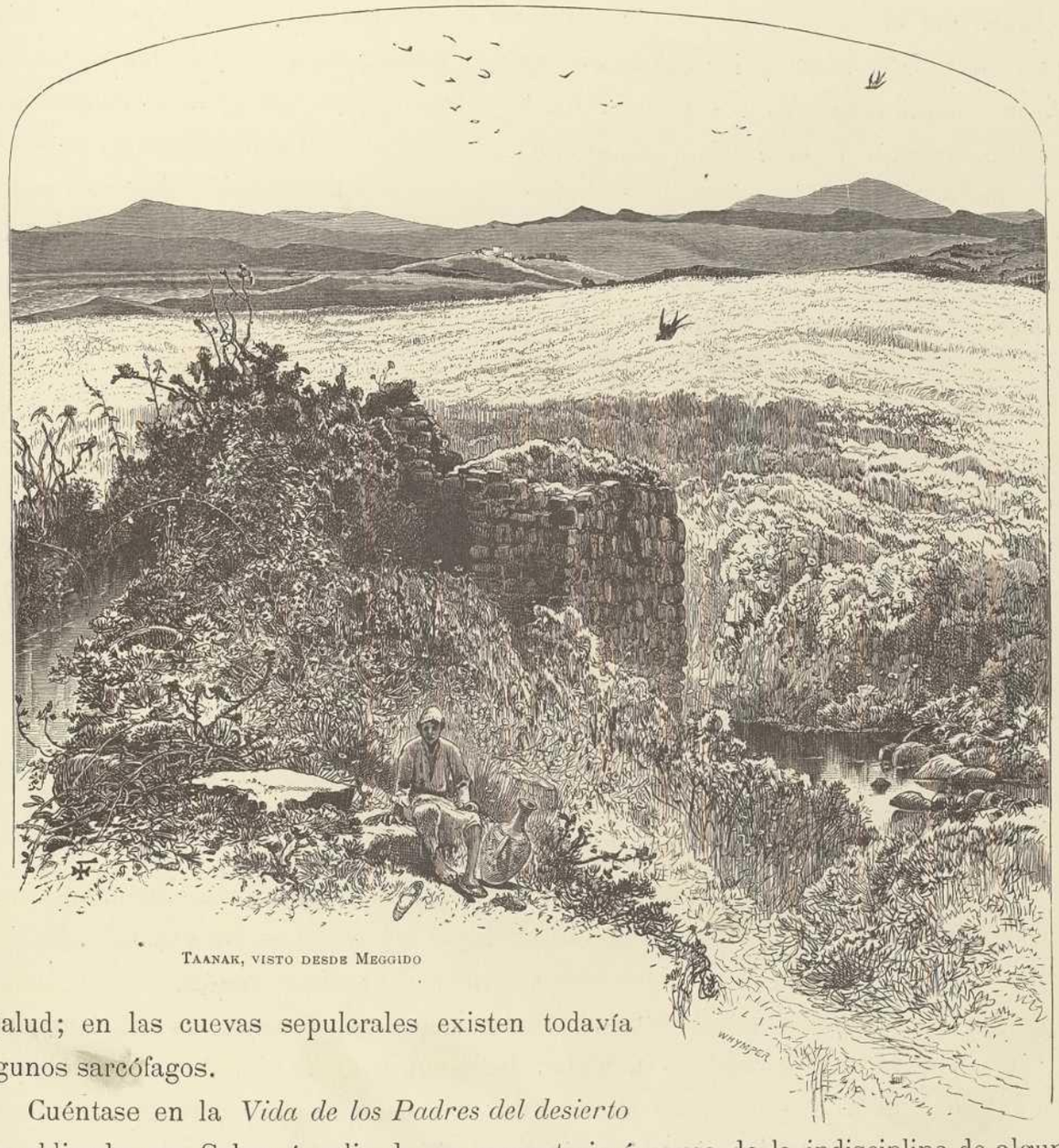
De pronto se supo que Saladino, á la cabeza de formidable cuerpo de caballería, había penetrado en territorio cristiano; después de haber acampado en las riberas del Jordán, desde donde envió fuertes divisiones á las inmediatas comarcas, estableció

sus reales, dicen las crónicas latinas, en la fuente Tubania, entre la sierra de Gelboé y la antigua ciudad de Bethsan ó Scythopolis. Entonces el ejército cristiano se puso en marcha, acaudillado por Guy de Lusiñán, regente del reino desde que la horrible enfermedad que padecía Balduino IV le incapacitó para el ejercicio de la autoridad suprema, y fué á acampar á la vista y á poca distancia de los musulmanes. El enemigo devastaba la campaña, saqueaba villas y lugares, cautivaba á las mujeres y entregaba al fuego monasterios é iglesias sin que tanto estrago y desolación sacaran de su inmovilidad á la hueste cristiana, y esto que se contaban bajo las banderas de la cruz mil y trescientos caballeros y más de veinte mil infantes, lo que no se viera en Oriente desde la primera Cruzada. Las crónicas creen que se perdió ocasión muy favorable de vencer á Saladino y dirigen á Guy de Lusiñán severos cargos; pero es lo cierto que el regente no presentó la batalla y que ni siquiera dió orden de perseguir al enemigo cuando éste, dando muestras de prudencia, emprendió la retirada á Bethsan. Entonces ocuparon los soldados cristianos el lugar que junto á la fuente dejara expedito, y dice la crónica del monje Bernando que se sustentaron varios días con los peces de sus aguas.

Al pié de los collados que se extienden entre Djenin y el monte Carmelo, en la llanura de Esdrelón, hubo de estar situada la ciudad de Aphec, en cuyas cercanías alcanzó Achab gran victoria contra Benadad, rey de Siria. A ella corrieron los fugitivos en busca de refugio, y sus muros, desplomándose, causaron la muerte á los veintisiete mil que del combate quedaron con vida. De esta ciudad han desaparecido hasta las ruinas y no ha podido fijarse por ahora su situación. Lo propio ha de decirse de la de Chelmon, donde acampó Holofernes en su marcha hacia Betulia.

Algunas cabañas, un arruinado castillo, un puente romano, residuos de un templo, vestigios de un teatro y varias sepulturas en la peña, es lo único que resta de la antes importante ciudad de Bethsan, conocida también con el nombre de Scythopolis, á causa de los escitas que en ella se establecieron después de la irrupción que hicieron en Palestina reinando Jonás en Judá. En tiempo de los Jueces pertenecía la ciudad á los cananeos, y en el reinado de Saul no había sido tomada aún por los israelitas. El ensangrentado cadáver de este monarca fué suspendido en los muros de Bethsan, y David, al parecer, realizó su conquista. En su recinto residió en la gloriosa época de Salomón un funcionario nombrado por el rey, mas Bethsan no llegó nunca, á lo que se cree, á ser una ciudad hebrea propiamente dicha. Alejandro Janneo tuvo en ella una entrevista con Cleopatra; Pompeyo, en su marcha contra Judea, pasó por Scythopolis, y Gabino restauró y aumentó sus fortificaciones. Fué en la época cristiana sede episcopal, y cayó en poder de los Cruzados luego de conquistada Jerusalén. Saladino logró reducirla después de grandes esfuerzos y la entregó á las llamas. Embelleciéronla frondosos bosques de palmas, y los peregrinos del siglo XIII alcanzaron aún á ver sus últimos retoños. Por esta ciudad pasó varias veces Nuestro Señor Jesucristo al dirigirse á Jericó ó á Jerusalén por el valle del Jordán.

En el día queda reducida á miserable aldea, sin otro interés que las ruinas antes dichas; su nombre es Beisan. El Kasr (castillo) no se remonta más allá de las Cruzadas; del templo ú otro monumento quedan aún veinticuatro colunas derribadas y maltrechas, y á pesar de la alfombra de hierba con que el teatro está cubierto, es posible apreciar su diámetro de cincuenta y cinco metros y distinguir perfectamente los pasillos interiores y las puertas ó salidas. El puente romano consérvase sobre el Nahr-



TAANAK, VISTO DESDE MEGGIDO

Djalud; en las cuevas sepulcrales existen todavía algunos sarcófagos.

Cuéntase en la *Vida de los Padres del desierto* que obligado san Sabas á salir de su monasterio á causa de la indisciplina de algunos monjes, se encaminó á tierra de Scythopolis haciendo morada en una cueva que servía de guarida á un león; allí el hombre de Dios vivió en compañía de la fiera, amansándose ésta hasta servirle y acariciarle. De esta piadosa tradición vino el nombre con que fué conocida en la Edad Media la llanura de Esdrelón.

A poca distancia de Beisan se encuentran Chatta, la antigua Beth Sitta, y Merassas, tenida por la antigua Meroz, cuyos moradores, por no haber acudido en auxilio de los guerreros de Israel, atrajéronse las maldiciones de Débora.

Si desde Zerain se extiende la vista á los confines occidentales de la vasta nava de Esdrelón, divísanse además de las cabañas de El-Foulé, teatro de la batalla antes mentada, el lugarejo de Taanak, distante unos doce kilómetros; inmediato á él el de Rummaneh, y más lejos las ruinas de Ledjun.

Taanak queda hoy reducido á unas diez ó doce miserables chozas en la ladera de un collado; en otro tiempo toda su parte meridional y la meseta superior estaban ocupadas por el caserío, conforme lo atestiguan los innumerables fragmentos de vidriado esparcidos por el suelo y los escombros que lo llenan; las piedras de mayor volumen habrán sido llevadas á otros puntos. En la entrada de la aldea existe una reducida mezquita de la que se cree haber sido antigua iglesia cristiana; su orientación, en efecto, es de oeste á este, y las piedras que la forman proceden sin duda alguna de un edificio anterior; algunas, como las de las jambas de la puerta, aparecen adornadas con esculturas. A poca distancia y ya en el llano varias cisternas labradas en la peña y un pozo que es llamado Bir-Taanak, datan igualmente de remota antigüedad; aquéllas están inservibles, pero éste continúa proveyendo de agua á los moradores del lugar.

Taanak ha conservado sin alteración el nombre de la ciudad de la cual se ofrece como miserable residuo; en el libro de Josué es mencionada por vez primera entre las ciudades cananeas que, gobernadas por distintos reyezuelos, cayeron en poder de los hebreos. En el reparto de la Tierra prometida fué adjudicada á la media tribu de Manasés y concedida á los levitas de la familia de Caath, pero los antiguos habitantes continuaron residiendo en ella mediante el pago de un tributo.

Entre Taanak y Meggido empeñóse la famosa batalla en que el cananeo Sísara fué derrotado por Barac, conforme luego tendremos mejor ocasión de explicar.

Reinando Salomón, Taanak, junto con otras ciudades inmediatas, tuvo por gobernador á Baana, hijo de Ahilud. En la época de Eusebio y san Jerónimo era todavía lugar de importancia á tres millas de Legio.

De esta última ciudad sólo queda un arruinado khan que lleva el nombre apenas alterado de Ledjun, lo mismo que el *ued* en cuyas márgenes estuvo edificada. El Ued-Ledjun es uno de los más considerables afluentes del antiguo Kisón; su lecho estuvo al parecer canalizado en aquel punto, y el agua que por él corre es suficiente, aún en verano, para mover algunos molinos. El nombre de Legio, de origen romano, atestigua que allí fué establecido uno de aquellos campamentos permanentes *(castra stativa)* que ocupaba una legión, y es opinión admitida por el mayor número de autores, aunque combatida por algunos, que en aquel punto estuvo situada la antigua Megiddo ó Mageddo, ciudad de tal importancia que en muchas ocasiones es designado con su nombre todo el vasto llano en que se halló asentada, lo mismo que el Cisón, llamado por lo tanto río de Megiddo.

La ciudad de Mageddo correspondió á la tribu de Manassés, pero los cananeos continuaron teniendo en ella morada; reinando Salomón, en el año 992 antes de J. C., fué reedificada y sus fortificaciones recibieron considerable aumento. En ella, conforme

queda dicho, espiró Ozochías herido por Jehú, y dos siglos después, en el año 610 antes de la era cristiana, perdió allí mismo la vida otro soberano de Judá, el piadoso rey Josías. El faraón Nechao, á la cabeza de poderosa hueste, salió de Egipto, y por tierra de los filisteos penetró en la llanura de Esdrelón para marchar contra el rey

KHAN-LEDJUN, ANTIGUAMENTE LEGIO Ó MERGIDDO

de Asiria; á su paso quiso oponerse Josías, y en las cercanías de Mageddo empeñóse furiosa batalla. Mortalmente herido por los arqueros egipcios el soberano de Judá espiró á poco; muerto le llevaron sus siervos á Mageddo, y su cadáver fué trasladado á Jerusalén en medio de duelo tan intenso y universal que quedó en Judea esta muerte como término de comparación para expresar irreparable desgracia.

En la época romana mudó Mageddo su primitivo nombre por el de Legio, á creer á M. Guerin que adopta la opinión antes dicha, profesada por M. Robinsón y otros autores; tiempo después fué sede episcopal; en el día, á no ser por algunos informes restos, podría decirse que esta ciudad ha desaparecido por completo.

En sus inmediaciones brota un manantial, y en las cercanas colinas vense ruinas, sepulturas y miserables chozas. En lontananza álzase la redondeada cumbre del Thabor.

Rummaneh es, como Taanak, insignificante aldea que ha sucedido á Hadad-Rimmón, cuyo nombre compuesto se encuentra, en su última parte á lo menos, en el de Rummaneh. Rimmón, en árabe lo mismo que en hebreo, significa *granada*.

Por un pasaje del profeta Zacarías sabemos que Hadad-Rimmón, en la Vulgata

Monte Thabor, visto desde Ledjun

Adadremmón, estaba situada en el llano ó campo de Mageddo. «Grande será aquel día, dice, el llanto en Jerusalén, como fué grande el duelo en Adadremmón en el campo de Mageddo,» aludiendo á la desgraciada muerte del rey Josías, antes referida. Aquel nombre compuesto derivóse al parecer del oculto que en aquel lugar se tributaría á dos deidades sirias, á Hadad, representación del sol, y á Rimmón, que tendría por símbolo una granada, emblema de fecundidad. Perteneció esta ciudad á la tribu de Zabulón.

A algunos centenares de metros hacia el nordeste álzase una colina volcánica que lleva el nombre de *Tell-Iskander*, y en la margen derecha del Ued-Ledjun otra de mayor altura, llamada *Tell-Mut-Sellim*. Su cumbre y sus vertientes, en el día cubiertas en parte de maleza y en parte labradas, sirvieron de asiento á una ciudad cuyo nombre no se ha fijado aún y que ha sido destruída por completo hace siglos; de ella quedan montones de escombros, algunos fustes de coluna y numerosos residuos de objetos de cerámica.

No lejos de Zerain por el lado del norte hállase la aldea de Sulem, que ha sucedido á la antigua Chunem, en latín Sunem ó Sunam, ciudad señalada á la tribu de Issachar; situada al pié del Djebel-ed-Dahy ó Pequeño Hermón, contiene cuatrocientos habitantes. Consérvase en una casa antiquísima estancia abovedada que suelen visitar los viajeros

NOPALES QUE FORMAN LA CERCA DE LAS HUERTAS DE SULEM, ANTIGUAMENTE CHUNEM Ó SUNAM

y lleva el nombre de *Beit-Sulamieh* (aposento de la Sulamita). En medio del pueblo corre una fuente que, por medio de un canalizo, riega extensos huertos en los que abundan los limoneros y granados.

La ciudad de Chunem ó Sunam es mencionada en la Biblia como el primer punto en

que acamparon los filisteos antes de empeñar con Saul la batalla de la sierra de Gelboé. Abisag, la doncella de rara hermosura que fué elegida para cuidar de la ancianidad de David, era natural de Sunam. A esta ciudad llegaba con frecuencia el profeta Elíseo, y una excelente mujer en cuya casa solía comer, dijo á su marido: «Conozco que ese hombre que viene á menudo á casa es un varón santo de Dios; hagámosle, pues, un aposentillo, pongamos en él una cama, una mesa, una silla y un candelero á fin de que cuando viniere, lo ocupe.» Así lo hicieron, y hospedaron al profeta; y cuando llegó el día de la tribulación para la buena sunamita que vió morir á su único hijo, Elíseo pagó la deuda resucitando el niño cuyo cadáver había sido colocado en el aposento y en la cama del hombre de Dios. Viva se conserva aún en Sulem la tradición del milagro, y de ella es testimonio irrecusable y la perpetúa la estancia llamada de Sulamieh, construída sin duda, ya que no sea la misma, en el propio lugar donde existió la que tuvo Elíseo destinada. La amada del sagrado cántico era de Sulem; Sulamita la llama Salomón.

El Djebel-ed-Dahy ó pequeño Hermon, llamado Hermoniim por san Jerónimo, se alza como inmensa cúpula radiante de luz en medio de la vasta llanura que estamos recorriendo. Dice una tradición oriental que habiendo Adán, el primer hombre, explicado á los hijos de Seth las delicias de que un tiempo gozara en el paraíso terrenal, nació en el corazón de muchos el deseo de reconquistar por la virtud y sumisión lo que se perdiera por la concupiscencia y rebeldía, para lo cual se retiraron al monte Hermon de Palestina á fin de vivir allí castamente y con temor de Dios. Muchos años pasaron así hasta que, desvanecida la esperanza de recobrar por sus solos méritos el perdido estado bajaron al llano, se confundieron con los descendientes de Caín y tomaron á sus hijas por esposas; de estas uniones nacieron los gigantes, ó sea la vigorosa raza de hombres de que hablan la tradiciones en los albores de la humana historia.

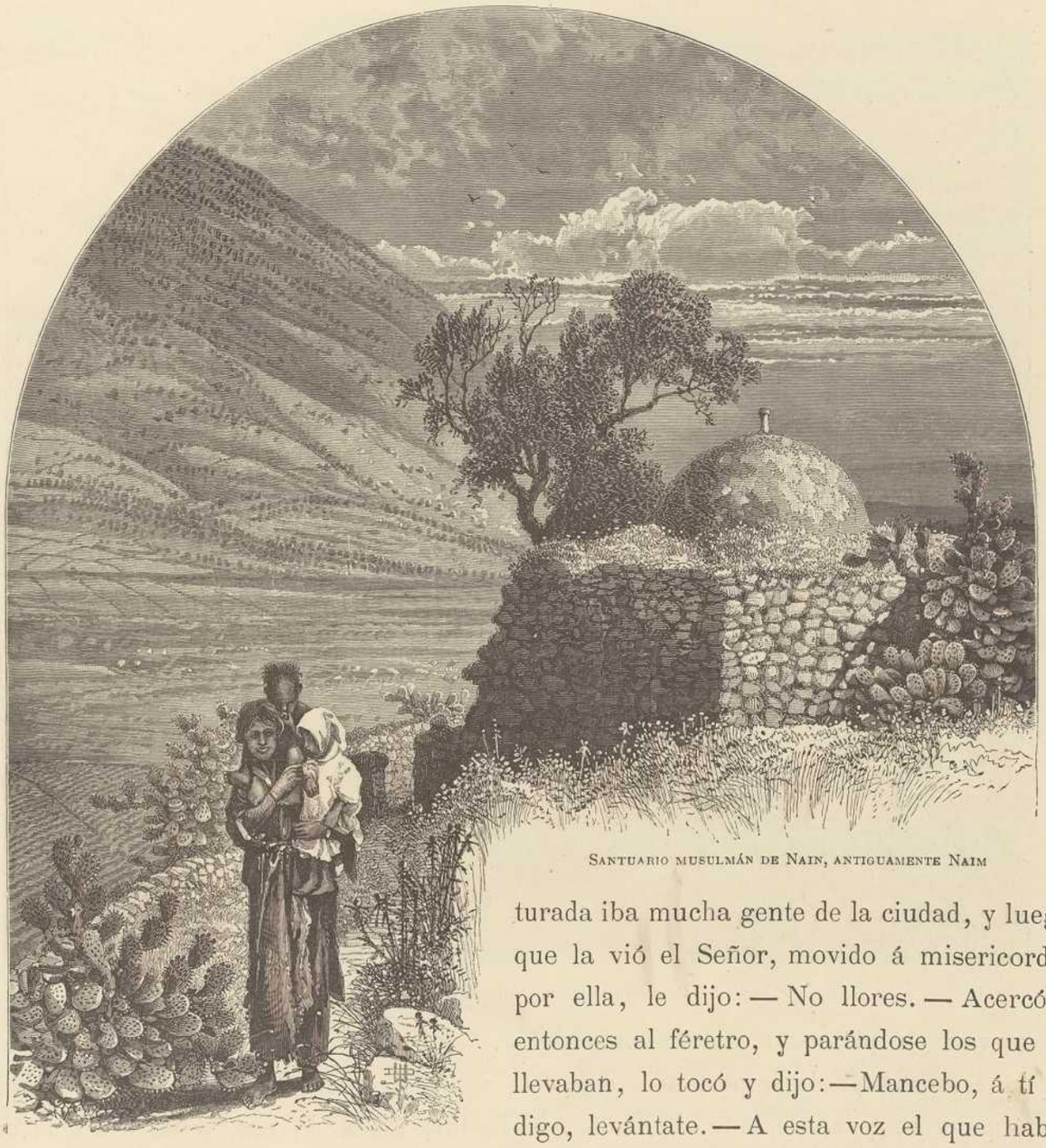
Otra tradición refiere que Caín, cometido el horrendo delito, buscó refugio en la fragosidad de aquel monte, y que allí le dió muerte Lamech.

Una de las epístolas de san Jerónimo, tierna y elocuente en alto grado, está dirigida á unas vírgenes que en aquel tiempo habitaban un monasterio en las peñas del monte Hermon. En el día existe cerca de la cumbre, á quinientos cincuenta y tres metros sobre el nivel del mar, un *makam* ú oratorio dedicado á un profeta musulmán llamado *ed-Dahy* que ha dado nombre á la montaña. Hay á poca distancia un lugarejo que lo lleva igual, y desde la cima abarca la vista extenso y pintoresco panorama.

Siguiendo el camino hacia el norte no tardan en presentarse, entre la maleza y los silvestres cardos que cubren la ladera de un otero unido al Djebel-el-Dahy, una docena de ruinosas chozas de tapia que componen la aldea de Nain. A la entrada del lugar un manantial, llamado Ain-Nain, brota en abovedada gruta á la que se baja por algunos escalones; cerca de allí yacen por el suelo tres antiguos y mutilados sarcófagos, colocados como pilones junto á un estanque en parte destruído, y á pocos pasos obsérvanse los vestigios de un pequeño edificio del que subsisten los fundamentos;

fué, al parecer, iglesia cristiana un día, transformada después en mezquita, y se elevó, según tradición generalmente admitida, en el sitio en que nuestro Señor Jesucristo resucitó al hijo de la viuda de Naim.

«Jesús, seguido de sus discípulos y gran multitud de pueblo, se dirigía á la ciudad de Naim, dice el sagrado texto, y sucedió que al llegar cerca de la puerta sacaban fuera á un difunto, hijo único de su madre, que era viuda. Acompañando á la desven-



SANTUARIO MUSULMÁN DE NAIN, ANTIGUAMENTE NAIM

turada iba mucha gente de la ciudad, y luego que la vió el Señor, movido á misericordia por ella, le dijo: — No llores. — Acercóse entonces al féretro, y parándose los que lo llevaban, lo tocó y dijo: —Mancebo, á tí lo digo, levántate. — A esta voz el que había estado muerto se sentó, abrió los labios, habló, y Jesús lo dió á su madre alborozada. Y sintieron todos gran miedo, escribe el Evangelista, y glorificaban á Dios, diciendo: —Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.»

Nain es, en efecto, la antigua Naim donde sucedió este gran milagro; aún se enseña medio enterrado el ábside de la reducida iglesia atribuída, como tantas otras, á santa Helena, y una esbelta colunita de mármol blanco que á ella había pertenecido. Las paredes están arrasadas á flor de tierra, y gran parte del área, en la que crece abundante

la hierba, sirve de cementerio á los árabes. Además de estas ruinas existen aún varias cisternas, sepulcros, cuevas y silos abiertos en la peña, contemporáneos seguramente de la época evangélica.

Con una hora de marcha, siguiendo la base del monte, llégase al lugar de Endur, situado en la vertiente septentrional de un collado volcánico cuyas dos cumbres llevan el nombre de Tell-Adjul. La mitad de las casas yacen por el suelo, y las que se

Cavernas de Endur, ó la antigua En-Dor

conservan en pié están amenazando ruina. Los silos y las cisternas labradas en la peña atestiguan la importancia que esta población tuvo un día; abundan también los sepulcros, y una fuente, llamada Ain-Endur, mana en una gruta desde la cual por un canalizo corre á regar los huertos de las cercanías, cerrados con vallados de nopales y arbustos. Numerosas cavernas se abren en las pendientes de las rocas, y por su temeroso aspecto y por lo ruinoso de la aldea ofrécese el lugar con lúgubres colores que no suavizan, antes al contrario, las negras tiendas de los pastores árabes que generalmente acampan por aquellos alrededores. Los hechiceros, de que se hace mención en la historia del primer rey de Judá, no pudieron elegir más apropiada vivienda, ya que Endur, como su nombre y posición indican, ha sucedido á la ciudad

de En-Dor (fuente de Dor), en latín Endor, donde entre el atribulado Saul y la pitonisa acaeció la dramática escena que en este mismo capítulo queda referida.

Por primera vez hállase citada en el libro de Josué como perteneciente á la media tribu de Manassés per más que situada en territorio de la de Issachar, y David, en uno de sus salmos, asocia el nombre de En-Dor á la gran derrota experimentada por el ejército de Sísara. Desde aquellas alturas, en efecto, extiéndese la vista por el llano que fué testigo de las hazañas y de la victoria de Débora sobre los enemigos del pueblo de Dios.

Veinte años hacía que el rey cananeo Jabin, desde su ciudad de Asor, devastaba con audaces y terribles irrupciones la tierra de Israel, prevalido de su numeroso y aguerrido ejército y de sus novecientos carros armados de hoces, cuando al fin los angustiosos clamores de los oprimidos hallaron gracia delante de Dios. Había una profetisa llamada Débora á la que los hijos de Israel acudían en todos sus litigios; sentada al pié de una palmera entre Rama y Bethel en el monte de Efraim pronunciaba sus acatados fallos. Cierto día llamó á Barac, de la tribu de Neftalí, y le dijo:—Manda el Señor que tomando contigo diez mil combatientes de los hijos de Neftalí y de Zabulón, te dirijas al monte Thabor; allí haré que marche Sísara, general del ejército de Jabin, con sus carros y gente, y los pondré á merced tuya.—Sólo con la condición de que Débora le acompañe consiente Barac en obedecer aquel mandato, y la profetisa le dice: —Sea como tú quieres; iré contigo; mas la gloria de la expedición no te será atribuída y por manos de una mujer será derribado el tirano.—Partieron, pues, para reunir los diez mil guerreros en el Thabor, y al llegar la nueva á Sísara movióse en seguida con su bien pertrechada hueste encaminándose desde la ciudad de Haroseth al torrente de Kison. A la voz de Débora precipítanse del monte los guerreros de Israel y con furioso ímpetu caen sobre el enemigo; nada alcanza á resistirles; su victoria es completa, y Sísara, poseído de espanto al mirar la horrible matanza de los suyos, salta de su carro, y solo y á pié busca su salvación en la fuga. Rendido de cansancio llegó á la tienda de Jahel, mujer de Haber; después de pedir un poco de agua para apagar su ardiente sed, entregóse confiado al descanso; mientras dormía atravesóle Jahel la cabeza con un clavo, y juntando el sueño con la muerte, dice el sagrado texto, Sísara desfalleció y murió. En aquel momento llegó Barac que venía en persecución del fugitivo, y Jahel salió á recibirle y le mostró el cadáver del enemigo de su pueblo.

Añade Josefo que Barac, apoderándose de Asor, dió muerte al cruel Jabin y arrasó la ciudad. Por el mismo historiador se sabe que durante la batalla del Thabor cayó una fuerte lluvia con granizo que era arrojado por la violencia del viento contra los cananeos, imposibilitándoles de hacer uso de sus hondas y armas arrojadizas. Jamás fué triunfo alguno celebrado en más sublime lenguaje del que emplearon la profetisa y el caudillo al rendir gracias por él al Señor; Débora entonó su cántico cinco siglos antes del nacimiento de Homero, ocho antes del de Píndaro, y nunca desde entonces ha tomado la poesía más sublime vuelo ni ha prorrumpido en más inspirados acentos.

«Reyes, oid, decía el cántico de la profetisa; escuchad, príncipes; voy á cantar la gloria del Señor, del Dios de Israel. A tu presencia, ¡oh Jehová! tembló la tierra, cielos y nubes destellaron aguas y las montañas se hundieron... Decaídos estaban los fuertes de Israel; ya no existían, hasta que se levantó Débora, madre de su pueblo... Vinieron los reyes de Canaán y pelearon en Thanach junto á las aguas de Mageddo, mas no llevaron la codiciada presa. Desde el cielo se combatió contra ellos, y hasta las estrellas, en su orden y curso, pugnaron contra Sísara. El torrente de Cisón arrastró sus cadáveres; las uñas de los caballos se rompieron en la fuga, y en precipicios se derrumbaron los más valerosos de los enemigos... La madre de Sísara, mirando por la ventana, se deshacía en sollozos y exclamaba:—¿Cuánto tarda en volver su carro? ¿Cómo son tan pesados los piés de sus cuatro caballos?—Una de sus damas, más avisada que las otras, procuraba sosegarla y le decía:—Quizás se halla ahora repartiendo los despojos y se está escogiendo para él la más hermosa entre las cautivas...—Así perezcan ¡oh Jehová! todos tus enemigos, y brillen los que te aman y te sirven así como resplandece el sol en su oriente.»

Es bello en verdad, según dice el abad Mislin, leer aquella sublime expresión de gratitud y de patriotismo á la vista del mismo lugar en que fueron los carros destrozados, en que fué aniquilada la poderosa hueste, donde se manifestaron la justicia y clemencia de Dios.

En el año de 1217 un ejército cristiano, tal como no se viera en Siria por lo numeroso y brillante desde los tiempos de Saladino, avanzó viniendo Tolemaida hasta esta misma llanura y acampó en las márgenes del Kison, á las órdenes de Andrés, rey de Hungría, de los duques de Austria y de Baviera y de los soberanos de Chipre y Jerusalén. El patriarca de la ciudad santa acudió al campamento llevando una parte del leño de la cruz, salvada en la funesta jornada de Tiberíades, y reyes y príncipes salieron descalzos á su encuentro. Religioso ardor animaba á la hueste, y como el enemigo no se atrevió á salirle al encuentro, pudo atravesar sin combate el Kison y extenderse por todo el llano de Jezrael, entre los montes Hermon y Gelboé. «Marchaba la hueste cristiana entonando cánticos, refiere el historiador Michaud; la religión y sus recuerdos habían restablecido entre los guerreros la paz y disciplina, y cuanto á su alrededor veían les infundía hacia la Tierra Santa piadosa veneración. En esta campaña, que fué más bien verdadera peregrinación, hicieron gran número de prisioneros casi sin haber peleado, y cargados de botín regresaron á Tolemaida.»

De la ciudad de En-Dor no vuelve á hacer mención la historia, á contar de la época de David, y únicamente sábese por Eusebio que en su tiempo era todavía un lugar de población numerosa á cuatro millas al mediodía del Thabor. De la actual aldea parte un camino que lleva directamente al sagrado monte; quede á un lado, y dirigiéndonos al noroeste avancemos hacia la sierra que nos separa de Nazareth á la distancia de doce kilómetros. Cruzando el gran camino de las caravanas de Egipto á Damasco y atravesando varias torrenteras llegaremos en dos horas de marcha al

pueblecillo de Iksal, situado en una pequeña colina; componen su población cuatrocientos habitantes musulmanes todos. Allí estuvo la antigua Khesulloth, ciudad perteneciente á la tribu de Issachar, y testimonio son de su importancia las numerosas cisternas y la vasta necrópolis que han de llamar la atención de los viajeros.

Llegados al extremo septentrional de la llanura comienza la subida por estrecha y áspera garganta; á la izquierda queda el lugarejo de Yafa, que ocupa dos altillos inmediatos y cuenta cuatrocientos habitantes, latinos, greco-cismáticos y musulmanes. Monseñor Valerga fundó allí en el año de 1866 una misión católica. Los cristianos suelen dar al pueblo el nombre de San Jaime por ser de tradición que en su recinto nació el Zebedeo, lo mismo que sus hijos los apóstoles Jaime y Juan.

La antigua ciudad de que no ofrece la aldea de hoy sino insignificantes residuos, es llamada Yaphia en el libro de Josué, siendo señalada por este caudillo como uno de los límites de la tribu de Zabulón. El historiador Josefo en la época de su mando en Galicia, la fortificó, y por el mismo sabemos haber sido expugnada por Tito á pesar de su doble recinto, siendo sus moradores pasados á cuchillo, excepto las mujeres y los niños.

Unos tres cuartos de hora dura la subida; al fin al doblar uno de sus recodos divísanse en un valle y en la ladera meridional del Djebel es-Sikh las blancas casas y las iglesias de la patria de María, de Nazareth, de la Ciudad blanca (Medina Abiat), como en un tiempo fué llamada; de la Ciudad de las Flores, según Isaías, donde brotó la más incomparable que ha visto la tierra, saliendo de ella el que se elevó como estandarte de los pueblos, aquel que llamó á sí todas las naciones y había de tener glorioso sepulcro.

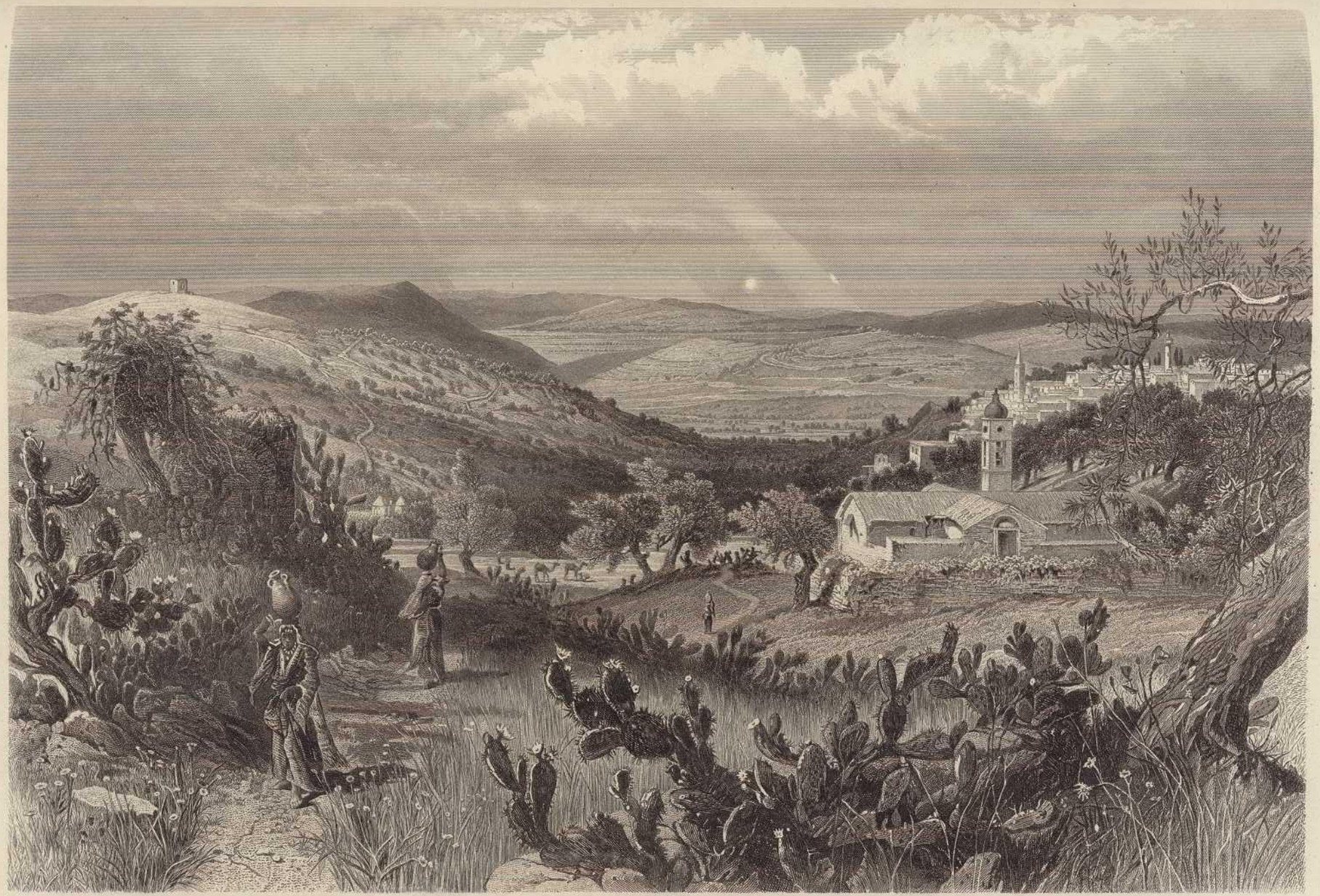
Por el camino que acabamos de recorrer y que nos ha llevado de Judea á Nazareth, pasó muchas veces la Sagrada Familia, y entre otras siguiéronlo la Santísima Virgen al ir á visitar á su prima santa Isabel; María y san José cuando, obedientes al edicto de Augusto, partieron á Belén, y el Salvador, al ir con sus padres á Jerusalén á la edad de doce años con motivo de las fiestas de Pascua; á los treinta, al dirigirse de Cafarnaum á la capital, y finalmente, un año antes de su pasión y muerte, al marchar á Jerusalén en la época de la fiesta de los Tabernáculos.

La última parte de este mismo camino recorrería san Luis cuando desde Tolemaida se dirigió peregrinando á Nazareth. Para contrarrestar los malos efectos que en las costumbres del ejército cristiano podía causar la suspensión en que estaban las operaciones de la guerra, no cesaba el clero, al amonestar á caudillos y á soldados, de hacerles presente que no había en Palestina ciudad, pueblo ni sitio que no fuese elocuente testimonio de venerandas tradiciones y de la justicia y misericordia de Dios. Esto hizo que muchos barones y caballeros, dejando las armas para tomar la esclavina y el bordón del peregrino, se dirigiesen á los lugares consagrados por los milagros y la presencia del Salvador ó de sus santos, y así fué como en el año de 1251 Luis IX de Francia visitó el monte Thabor y la ciudad de Nazareth. «La víspera de la Anuncia-

ción, dice una crónica de la época, al rey, que iba cubierto de un cilicio, llegó á las cercanías de Nazareth; á la vista de la santa ciudad descabalgó, y después de arrodillarse siguió á pié el camino. En todo aquel día, á pesar de la fatigosa jornada que llevaba hecha, ayunó á pan y agua. Jamás Nazareth, desde los tiempos de la Virgen María, había presenciado fervor y devoción más encendida.»

El sultán de Damasco, en su deseo de obtener la alianza del rey franco, siguen diciendo las relaciones contemporáneas, le invitó á llegar hasta Jerusalén; y aunque tal peregrinación sonreía al piadoso monarca y hubiera satisfecho ardiente deseo de su corazón, obispos y barones lograron que de ella desistiese representándole que no le estaría bien entrar en Jerusalén cual inerme peregrino á quien había ido á Oriente, no sólo para visitar el Santo Sepulcro, sino también para libertarlo. Luis confiaba aún que no había de tardar el día en que penetrase en Jerusalén á la cabeza de su hueste y con las armas en la mano; pero su esperanza hubo de desvanecerse en breve: tampoco entonces permitió Dios que la ciudad santa fuese arrancada al yugo de los infieles.

Pero aunque entregados á esas divinas é históricas memorias, continuemos avanzando por los senderos que guían á la ciudad cuya vista por los recuerdos á ella unidos despierta en el alma muy vivas y tiernas emociones; al acercarnos á su blanco caserío alegrará nuestro corazón de cristianos el sonido de las campanas, y á la llegada los Padres de Tierra Santa tienen preparada al peregrino en su *Casa-Nuova* modesta, pero cordial hospitalidad. Entremos, pues, en la ciudad de María.



H. FENN. PINXT

W. FRENCH. SCULPT

EL VALLE DE NAZARETH.

ESPASA Y COMPª EDITORES.

II

NAZARETH.—Su aspecto general.—Una página del poeta Lamartine.—Historia de la ciudad.—Recuerdos de las Cruzadas.—Gloriosa muerte del mariscal del Temple Santiago de Maillé.—El sultán Bibars en Nazareth.—Llegan á la ciudad los Padres de San Francisco.—Situación de Nazareth.—Barrios que forman la ciudad.—Su población.—Santuario de la Anunciación.—Casa de Loreto.—La iglesia de la Encarnación.—El Convento de Padres franciscanos.—Taller de san José.—*Mensa Christi.*—La sinagoga.—Monte del Precipicio.—Djebel es-Sikh.—Las Damas de Nazareth.—Los protestantes.—La iglesia de los griegos cismáticos.—Fuente de María.—La mezquita.

Nazareth fué la ciudad por el Salvador elegida para pasar los treinta primeros años de su existencia en la tierra, y de ahí la incomparable aureola que á los ojos del cristiano la rodea y la atracción que ejerce en el gran número de peregrinos que anualmente se postran en el santuario de la Anunciación.

«¡Nazareth, Belén, Jerusalén! exclama al llegar á este punto de su relato el presbítero Bourassé. Tres nombres son estos inseparables en mis recuerdos de Palestina como lo son en los misterios cristianos, ya que simbolizan la Anunciación, la Natividad y la Redención. Jerusalén, en medio de los áridos peñascos de Judea, ofrece la imagen de la tristeza y desolación; Belén, en la ladera de un collado, respira toda ella alegría; Nazareth, dominando sosegado valle desde suave pendiente, álzase en sitio por todo extremo agradable. Imposible es dejar de sentir las armonías que existen entre estas ciudades y los acontecimientos de que fueron teatro: Nazareth, en hebreo, significa *la ciudad de las flores y de las rosas*, y en aquel jardín bendecido de lo alto abrióse la flor misteriosa de Jessé; para morada de la virgen pura cual ninguna no acertaría la imaginación á idear asilo más retirado y propio. La *ciudad de María*, en el centro de la feraz Galilea, ocupa un pedazo de tierra embellecido con todas las gracias de la naturaleza; de lejos muéstrase rodeada de una cerca de verdor, y en esto consisten sus murallas; las casas son blancas, limpias y de buena construcción. El santuario católico domina el paisaje, lo mismo que la iglesia de los armenios, erigida en el área de la antigua sinagoga. No hay lugar en el mundo, y así debía de ser, en que sea tan popular como en Nazareth el nombre de María; los peregrinos hallan en la ciudad fraternal acogida, y á cada instante oyen resonar en sus oídos el dulcísimo nombre. Las mujeres todas de Nazareth dicen ser parientas de la Virgen, madre de Jesús, y al extranjero que se muestra inclinado á galantearlas por la belleza que por lo común las adorna no dejan jamás de asegurar que son deudoras de tal privilegio á la sangre que corre por sus venas. No sería del caso poner en tela de juicio sus pretensiones, y ello es que las mujeres católicas son en Nazareth tan modestas, tan devotas y de tanta virtud, que de no ser, como ellas piensan, primas de María, hacen en verdad méritos para llegar á serlo.»

Oigamos ahora lo que piensa un gran poeta al llegar á Nazareth; si todas las páginas del *Viaje á Oriente* hubiesen sido dictadas por los elevados senti-

VISTA GENERAL DE NAZARETH.

mientos que inspiraron la que vamos á transcribir, no habrían seguramente recaído sobre la obra de M. de Lamartine las infinitas y fundadas censuras que la han

reducido justamente á ser tenida por libro de poco fuste y lleno de inexactitudes y malicias.

«Al visitar, dice, los sitios consagrados por alguno de los misteriosos sucesos que han mudado la faz de la tierra, experiméntase algo semejante á lo que siente el viajero al remontar con fatiga el curso de famoso río, el Nilo ó el Ganges por ejemplo, para descubrirlo y contemplarlo en sus escondidas é ignoradas fuentes. También á mí, al subir las últimas cuestas que de Nazareth me separaban, parecíame que iba á ver y contemplar en su misterioso origen la religión vasta y fecunda que desde hace dos mil años, brotando en los montes de Galilea, ha tomado por lecho el universo y ha saciado con sus aguas puras y vivificadoras á tan gran número de humanas generaciones. Aquí, en la concavidad de esta roca que ahora piso, estuvo el manantial; la colina cuyas últimas pendientes subo llevó en su seno la salvación, la vida, la luz, la esperanza del mundo; allí, á pocos pasos del lugar en que ahora estoy, el hombre modelo quiso tomar carne y mostrarse entre los hijos de Adán para apartarlos, con sus palabras y con sus ejemplos, del océano de errores y corrupciones en que iba á sumergirse el humano linaje.

»De considerar el hecho únicamente como filósofo, veíame en el punto de partida del acontecimiento de mayor trascendencia que ha transformado jamás al universo político y moral, acontecimiento cuya percusión es todavía lo único que imprime al mundo intelectual un resto de movimiento y vida. Aquí, aquí apareció entre oscuridad, ignorancia y miseria el más grande, el más justo, el más sabio, el más virtuoso de los hombres todos; aquí tuvo principio, este fué el teatro de sus hechos, de sus eficaces predicaciones; de aquí partió, joven todavía, con algunos hombres rudos y oscuros á los que había inspirado la confianza de su superioridad y el valor de su encargo, con el propósito de ponerse á sabiendas frente á frente de un estado de ideas y de cosas que, si no era bastante fuerte para resistirle; éralo sí lo suficiente para hacerle morir!... De aquí partió para marchar confiado á la conquista de la muerte y á la del universal imperio de la posteridad. Aquí, en este sitio, brotó el cristianismo, fuente escondida, gota de agua ignorada en el hueco de la peña de Nazareth en que apenas habrían apagado la sed dos gorriones, que habría secado un rayo de sol, y que hoy, como el gran océano de las inteligencias, ha colmado los abismos todos de la humana ciencia y ha bañado con sus inagotables corrientes lo presente, lo pasado y lo que está por venir.

»Pero á mirar como cristiano el misterio del cristianismo, he de ver aquí, debajo de este cielo azul, en este valle angosto y umbrío, el punto del globo por el Omnipotente elegido de toda eternidad para que descendiera á la tierra su verdad, su justicia y su amor encarnado en un Niño-Dios.

»A estos pensamientos me entregaba cuando distinguí á mis piés, en lo más hondo de una vega, las casitas blancas de Nazareth con gracia agrupadas en el valle y en sus laderas. La iglesia griega, el elevado alminar de la mezquita de los turcos

y los prolongados y anchos muros del convento de los Padres latinos se destacaban sobre todo lo demás; varias calles formadas por casas más reducidas, pero de oriental y elegante forma, estaban diseminadas alrededor de aquellos más imponentes edificios y rebosaban de movimiento y vida. Por todo el valle, comunicando amenidad y belleza al paisaje, se alzaban aquí y allí, sin orden y como al azar, grupos de espinosos nopales, higueras despojadas de sus hojas otoñales y granados de sutil y amarillento follaje, eran como silvestres flores alrededor de un altar campesino. Dios sabe lo que en aquel momento pasó en mi corazón; únicamente puedo decir que por espontáneo y, si vale expresarse así, involuntario movimiento, me encontré de rodillas y con la frente inclinada al suelo.»

Nazareth, en árabe Nasarah, ó Nasirah, recibió nombre, según san Jerónimo, de la palabra hebrea *neser,* que significa retoño; de esta ciudad no se hace mención en el Antiguo Testamento ni en las obras de Josefo, y este silencio da á entender, á la vez que su escasa importancia, que únicamente ha debido su celebridad al honor insigne que le ha estado reservado de haber alojado al Salvador en los treinta primeros años de su vida. Perteneciente á la toparquía de Galilea fué atribuída, al parecer, á la tribu de Zabulón y estuvo situada en los límites de la de Issachar. En tiempo de Jesucristo era una población tan miserable y gozaban sus moradores de tan mala reputación que cuando el apóstol san Felipe anunció á Nathanael haber hallado al Mesías anunciado por Moisés y los profetas en la persona de Jesús de Nazareth, recibió esta contestación: —¿En Nazareth puede haber cosa buena?— El nombre de Nazareno que por menosprecio dieron á Jesucristo, pasó á sus discípulos, y aún en el día designan los árabes á los cristianos con el de Nasara.

Con el triunfo de la Iglesia en tiempo de Constantino inauguróse para Nazareth la época de su esplendor religioso. Eusebio y san Jerónimo hablan ya de la ciudad en que creció y se educó el Salvador y donde fuera anunciada su encarnación á la Virgen; de entonces comenzaron las peregrinaciones á aquellos venerados lugares, y á principios del siglo VII existían en ellos dos grandes iglesias. A poco la conquista musulmana hubo de poner á los cristianos en graves apuros, ya que, transcurrido un siglo, sábese por san Willibrode que debía rescatar sus templos á precio de oro, empeñados como estaban los conquistadores en su demolición. Aunque no la realizaran, parece indudable que la ciudad perdió mucho en importancia, tanto que era más bien una aldea cuando en el año de 970 la reconquistó el emperador griego Zimiscés. Reconstruída sin duda, otra vez la devastaron los sarracenos antes de abandonarla á las triunfantes armas de los Cruzados; Tancredo, príncipe de Galilea, territorio que le cediera en feudo Godofredo de Bouillón, miró con particular cariño á la santa ciudad de Nazareth, y bajo el paternal gobierno del valeroso campeón de la cruz alcanzaron aquellas comarcas un estado tal de prosperidad como no conocían hacía muchos siglos. A Nazareth trasladóse la sede metropolitana de Scythópolis, y fueron reparadas las iglesias de la ciudad, lo mismo que las del monte Thabor y de Tiberíades. En Nazareth exhaló

el último suspiro el infeliz Balduino IV, apellidado el Leproso, y su cadáver fué trasladado á Jerusalén por los templarios. En 1.° de mayo del año de 1187, dos meses antes de la funesta jornada de Tiberíades, Afdal, hijo de Saladino, al frente de siete mil caballos, atravesó el Jordán é hizo irrupción en tierras de Galilea, presentándose sus jinetes á la vista de Nazareth, en cuyo recinto se había precipitado en desorden la aterrorizada población de la campiña. Heraldos recorren las calles gritando: —Hombres de Nazareth, armaos para defender la ciudad del verdadero Nazareno;— y de este modo se reunen trescientos ó cuatrocientos infantes, á cuya cabeza se ponen ciento y treinta caballeros del Temple y del Hospital que de la llanura de Esdrelón habían acudido en auxilio de la santa ciudad. No vaciló la intrépida cohorte en salir al encuentro del enemigo, y la pelea se empeñó á una hora de distancia hacia el nordeste, en un pueblecillo al que las crónicas, que por la gloria allí adquirida lo comparan con las Termópilas, dan el nombre de El-Mahed. Los soldados de la cruz fueron los primeros en lanzarse al combate sin arredrarles la superioridad numérica de los enemigos; los cronistas contemporáneos, al celebrar el irresistible denuedo de los caballeros cristianos, refieren de ellos hazañas que rayan en prodigio, y se extienden principalmente en describir la gloriosa muerte del mariscal del Temple Santiago de Maillé, el Leonidas de la sangrienta jornada. Perteneciente á noble familia de Turena, cuyo nombre se mudó en el de Luynes en tiempo del rey Luis XIII, el buen caballero peleó con intrepidez nunca vista y los musulmanes le tomaron por san Jorge, á quien los cristianos invocaban en todas sus batallas. Acribillado de heridas, montado en blanco corcel, sostenía sólo entre montones de cadáveres el choque de centenares de enemigos, asombrados de tanto denuedo; por último su caballo, rindiéndose á la fatiga, cayó y le arrastró consigo. Pero de nuevo se pone en pié el intrépido guerrero, y blandiendo la lanza, cubierto de sangre y de polvo, erizado de flechas su cuerpo, todavía abrió brecha en las apretadas filas de sus contrarios. Cayó al fin como un soldado, con las armas en la mano, y espiró. Los hijos de Babilonia y Sodoma, según llama á los turcos el cronista, se acercaron con respeto á su inanimado cuerpo; repartiéndose los girones de sus vestidos, sus armas destrozadas, y echaron sobre sus cabezas el polvo que rociara su sangre generosa, confiando en heredar de esta manera su fuerza de alma é indomable valor. Los cristianos de Nazareth, llevando el arzobispo á su cabeza, salieron á recoger el cadáver del héroe, y le dieron sepultura en la basílica de la Anunciación.

El gran maestre del Temple y dos de sus religiosos fueron los únicos que quedaron con vida en el campo de batalla de El-Mahed; todos los demás, caballeros é infantes, yacían muertos entre montones de cadáveres turcos; pero su heroico sacrificio no fué estéril, ya que Afdal, por las pérdidas en su gente padecidas y por la prudencia que hubo de infundirle el valor desplegado por la reducida hueste, emprendió la retirada, y Nazareth vióse libre por algún tiempo más del yugo musulmán.

A los pocos meses, acaecida la catástrofe de Tiberíades, caía en poder de Saladino.

Pero no la ocuparon los musulmanes de un modo permanente, ni causaron grandes destrozos en la población; á ella no cesaron de acudir los peregrinos, si bien, destruído el reino latino de Jerusalén, habían de dirigirse á la santa ciudad desde San Juan de Acre. El emperador Federico II estuvo en Nazareth y hemos dicho que san Luis la visitó en devota peregrinación: al día siguiente de su llegada, festividad de la Anunciación, asistió con gran piedad á los divinos oficios y recibió la comunión de manos del legado pontificio, quien pronunció una plática que, según las crónicas, arrasó en llanto los ojos de todos los asistentes.

Doce años después de la edificante escena, en el 1263, el sultán Bibars, que diera muerte al postrer descendiente de Saladino y cuyo nombre fué el terror y la execración de los cristianos de Oriente, invadió la tierra de Palestina á la cabeza de innumerables fuerzas; á la embajada que le enviaron los latinos solicitando paz contestó asolando el país comprendido entre Naim y el Thabor, devastando la ciudad de Nazareth, de la cual arrojó á los cristianos que no perecieron á sus golpes, y entregando á las llamas la iglesia de la Anunciación. Su audacia llegó hasta llevar sus escuadrones á la vista de la fuerte ciudad de Tolemaida, poderoso baluarte de los cristianos en Siria: como señales de su paso sólo quedaron pavesas y escombros.

En venganza de este hecho, los Cruzados que en el año de 1271 salieron á campaña llevando á su cabeza al príncipe Eduardo de Inglaterra, recién llegado de Europa con algunos refuerzos, expugnaron á Nazareth, plantaron otra vez la cruz en sus murallas, y pasaron á cuchillo á cuantos musulmanes la habitaban. La infeliz ciudad quedó convertida en montón de ruinas.

Rendida la fuerte plaza de Tolemaida en el año de 1291 y evacuada por los latinos la tierra de Palestina, perdió mucho Nazareth en población y fué poco frecuentada por los viajeros. Un peregrino alemán escribía en el año de 1449: «Hemos pasado la noche en la capilla subterránea donde el ángel saludó á María; la hermosa iglesia que aquí existió está arruinada; en ella sólo he encontrado un sacerdote y dos cristianos.» Todos ellos hubieron de salir de la ciudad acaecida la conquista turca en el siglo XVI; los peregrinos de aquel tiempo, sin mencionar la iglesia, hablan únicamente de la gruta, y en el siglo siguiente quedaba reducida Nazareth á una pobre aldea compuesta de unas cuarenta casas. El emir Fakhr-eddin, príncipe de los Drusos, que logró crearse en Beyruth una soberanía hostil á los turcos, apoyado por los venecianos y dando favor á los cristianos indígenas, franqueó en el año de 1620 su recinto á los Padres de San Francisco, y de aquella fecha data el nuevo y sucesivo crecimiento de la ciudad, á pesar de haber sido varias veces teatro de las contiendas intestinas de los jefes árabes y de las incursiones de los beduinos. A mediados del siglo XVIII, durante la dominación del jeque Zahir el-Amer, de la familia arábiga de Seidan, que se hizo dueño de gran parte de Galilea, vémosla aumentar en importancia y población; en sus cercanías acamparon los franceses en el año de 1799, y Bonaparte, la noche que siguió á la gloriosa jornada del Thabor, cenó en Nazareth y visitó el día siguiente la

gruta de la Anunciación. Después de la retirada de su hueste, Djezzar bajá, sucesor de Zahir, quiso pasar á cuchillo cuantos cristianos moraban en su territorio, y aunque lo impidieron las amenazas del almirante inglés, su situación fué por demás desgraciada por la continua opresión que por espacio de algunos años padecieron.

Mas recientemente, en el año de 1860, cuando las matanzas de Damasco y del Líbano, los cristianos de Nazareth que pudieron temer una catástrofe semejante á las que ensangrentaron diferentes puntos de Palestina y Siria, debieron su salvación al jefe de beduinos Akil-Agha, quien tomó noblemente su defensa.

El terremoto de 1.° de enero de 1837 causó en la ciudad gran estrago.

Situada Nazareth en las inferiores cuestas de elevada colina, hállase á una altura media de trescientos y sesenta metros sobre el nivel del Mediterráneo, y es capital de un distrito del bajalato de Acre. El risueño y agradable aspecto que por fuera ofrece no queda del todo justificado al penetrar en su recinto; por lo común son las casas de construcción mezquina, y de las calles, que no se distinguen por su limpieza, se levantan nubes de polvo en verano cuando no son arroyos fangosos en invierno. Y esto no obstante, observa el viajero en Nazareth cierta policía y aseo como no existen en las otras ciudades de Oriente.

Divídese en tres barrios: el de los latinos, *Haret el-Latin,* al oeste; el de los griegos, *Haret er-Rum,* al norte, y el de los mahometanos, *Haret el-Islam*, á levante. Viven en ellos unos seis mil habitantes, población que se descompone de esta manera: dos mil musulmanes, dos mil y quinientos griegos cismáticos, setecientos y diez católico-latinos, trescientos griegos unidos, doscientos y veinte maronitas, y finalmente algunas familias protestantes, inglesas, americanas y prusianas. La generalidad de los habitantes, que gozan fama de ricos y turbulentos, se entregan á la agricultura y á la cría de ganados; los menos ejercen las industrias necesarias á la vida, ó se dan al comercio de granos y algodón. Los cristianos son regidos por jefes especiales y nombrados por ellos mismos. Sus mujeres visten saya con bordados de vistosos colores, y se adornan con sartas de monedas el pecho y la cabeza.

Casi todas las calles de Nazareth están en cuesta, y muchas son las casas que, por decirlo así, son dobles, esto es, que constan de habitaciones exteriores y de fábrica y de otras interiores y labradas en la roca, en un país ardiente como el de Palestina, estas viviendas ofrecen gran ventaja, ya que protegen á la vez contra el excesivo calor del estío y también contra el frío del invierno. Tal costumbre explica la actual disposición de los Santos Lugares de Nazareth; la Santa Familia, dice el presbítero Bourassé, no abundaba en bienes mundanos; José era artesano, y Jesús consintió en compartir durante los treinta primeros años de su vida el rudo trabajo de su padre adoptivo. La morada de la Santa Familia estaba, pues, formada por una reducida casita y por una gruta de mayor profundidad. En la gruta está el santuario de la Anunciación.

Bájase á esta cripta desde el centro de la iglesia en que se halla contenida por una escalera de diez y siete gradas de mármol blanco. Al llegar á la décimaquinta

encuéntrase una capilla llamada del Angel, que forma un rectángulo de ocho metros á lo largo por dos y setenta centímetros á lo ancho; á la derecha de esta capilla vese un altar dedicado á san Joaquín y santa Ana, y otro á la izquierda bajo la invocación del arcángel Gabriel: ambos están adornados con una coluna granítica de una sola pieza, procedente de la primitiva basílica. Atraviésase luego un arco ojival que se apoya en dos colunas de mármol, y bajando las otras dos gradas se llega al santuario propiamente dicho de la Anunciación, capilla toda ella labrada en la peña debajo del altar mayor de la iglesia revestida de mármoles, á excepción de la bóveda. Ilumínanla constantemente varias lámparas de plata, y su resplandor, unido á la escasa claridad que desde la escalera se difunde, produce una luz velada y misteriosa muy favorable á la oración y á los devotos pensamientos. Allí, en efecto, según tradición no interrumpida por espacio de largos siglos, en la parte más recóndita de su morada hallábase la Santísima Virgen cuando el arcángel Gabriel se presentó á anunciarle el misterio entre todos augusto.

«El ángel Gabriel, dice el sagrado texto del evangelista san Lucas, fué enviado por Dios á una ciudad de Galilea, llamada Nazareth, á una virgen desposada con un varón por nombre José, de la casa de David: el de la virgen era María.

»Y habiendo entrado el ángel adonde estaba, le dijo:—Dios te salve, llena eres de gracia; el Señor es contigo, y bendita tú eres entre todas las mujeres.

»Turbóse María cuando esto oyó, y el ángel siguió diciendo:—No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. En tu seno concebirás y parirás un hijo al que darás por nombre Jesús. Y será grande; y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará por siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.»

A estas y otras palabras del celeste mensajero, María dispuesta de antemano por insignes favores de lo alto para el cumplimiente de la grande obra, contestó con aquellas no menos famosas:

«Esclava soy del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

En el mismo instante, en el mismo lugar en que estamos de rodillas, el Verbo se hizo carne por un prodigio de amor incomprensible. Revistióse Dios de la humana naturaleza en el seno de la más pura entre las vírgenes, y así fué como esta oscura gruta se convirtió en el primer santuario y en la primera morada de Jesucristo en la tierra.

Es el altar de mármol blanco con elegantes esculturas; adórnanlo cuatro colunas de mármol también, pero de color verdoso, y debajo de la mesa, en la pared del fondo, léese esta inscripción:

VERBUM CARO HIC FACTUM EST.

Hay en él un buen cuadro representando la Anunciación, dentro de rico marco de plata.

Vese á la izquierda una coluna de granito que por su parte superior penetra en la bóveda y llega hasta el coro de los religiosos que está encima, al paso que, cortada á metro y medio del suelo, se mantiene como suspendida por la fuerza del convento y de robustas barras de hierro. Créese por tradición que indica el lugar que ocupaba María al ser saludada por el ángel, y se dice que los turcos la mutilaron en el siglo XVII en busca de un tesoro [1].

Otras dos colunas de granito se elevan á poca distancia, y una de ellas, á creer la tradición, señala el punto en que estuvo el angélico enviado. Como la anterior, datan seguramente de gran antigüedad, y son por lo común atribuídas á la santa madre de Constantino.

Junto al altar ábrese una puertecita que conduce á oscura estancia, abovedada en forma de ábside; en un principio hubo de constituir una sola pieza con el anterior santuario, del cual lo separa hace siglos un tabique que habrá experimentado diversas reconstrucciones. Hay en ella un altar dedicado á san José; un cuadro representa á la Sagrada Familia, y léese en él esta inscripción: *Hic erat subdit usillis.* El presbítero Juan Phocas, que escribió en los primeros siglos acerca de los Santos Lugares, dice que esta estancia fué la de Nuestro Señor Jesucristo después de su regreso de Egipto; aunque no expresa en qué autoridad apoya su dicho, la piadosa tradición ha sido por muchos admitida. Desde allí, subiendo diez escalones, se llega á una gruta superior, dependencia de la principal, que comunicaba antes con el convento franciscano. La devoción popular le da el nombre de *Cocina de la Virgen*

«Que la estancia de la Anunciación sea hoy subterránea, observa el presbítero Bourassé, cosa es que no ha de causar extrañeza, ya que en las ciudades habitadas hace siglos es sabido que el nivel del suelo va subiendo cada día, sin contar que á veces las ruinas lo elevan de pronto considerablemente. El embaldosado del foro romano, cuya área no ha sido todavía descubierta del todo, á pesar de trabajar en ella hace medio siglo, está á unos tres metros de profundidad; edificios antiguos hay en Roma que están enterrados hasta el nivel del primer alto, y por lo mismo nada de particular tiene que la gruta de Nazareth, adherida que estuvo á la casa de cal y canto, sea en el día un santuario subterráneo.»

Por el *Devoto Peregrino* fray Antonio del Castillo, que visitó los Santos Lugares de Nazareth á principios del siglo XVII, pocos años después de haberse allí establecido definitivamente los hijos de san Francisco, sábese que ya entonces hacíase diariamente á los santuarios de la gruta una procesión como en Belén y el Santo Sepulcro. «Cántase, dice, la letanía de Nuestra Señora en el altar de la Anunciación y se rezan otros himnos y oraciones acomodadas al tiempo y lugar. Sobre esta santa Casa, añade el propio autor,

[1] Piensa el vulgo que un poder maravilloso sostiene en el aire esta coluna, y hasta los musulmanes le atribuyen sobrenatural virtud; pero los Padres, lejos de favorecer estas opiniones, no dejan de hacer reparar á los peregrinos en las ligaduras que la sujetan. Tan lejos están de merecer las censuras que por el erudito viajero Mr. Robinson se les han dirigido, escandalizado, á lo que asegura, de que en *época de ilustración* como la nuestra se fomenten creencias tan absurdas.

había una grandiosa iglesia, que hoy está arruinada y sólo demuestra haber sido un gran edificio en los pilastrones y otras cosas que todavía se ven en pié. Aquí, sigue diciendo, padecen los religiosos por conservar este punto grandísimos trabajos, y varias veces han sido presos y llevados cautivos de los árabes, habiendo estado este Santo Lugar mucho tiempo desierto y desamparado. La causa de padecer tanto en este convento es porque Nazareth es muy pequeña villa sin defensa ninguna; no hay en ella cristianos ni quien ampare á los religiosos, y por esta causa están expuestos á tantos bárbaros que, como leones, cada día se enfurecen contra ellos y sin causa ni razón sacian en nuestro daño el odio y aborrecimiento que nos tienen.»

La piadosa y antigua creencia de que hemos hecho mérito, según la cual el angélico mensaje y el impenetrable misterio se realizaron en el recóndito punto del santuario que queda indicado, únicamente con discreta circunspección es profesada por los autores católicos: lo que la iglesia entiende y tiene por indubitable es que el gran suceso de la aparición del Angel y la Encarnación del Verbo acontecieron en el recinto de la cripta de la Anunciación; pero no decide si fué en la gruta propiamente dicha, ó en la casita que á ella estaba unida ocupando la parte anterior de la misma cripta, ó sea el lugar en que existen ahora la capilla del Angel y casi toda la escalera antes descritas.

Esta casa, conforme sabe el universo cristiano, no se encuentra ya en Nazareth; lugar honrado por los fieles desde los primeros siglos, la piadosa emperatriz Helena encerrólo en magnífica basílica, que, según Nicéforo, llevaba esta inscripción: *Este es el santuario en que tuvo el primer fundamento la salvación de los hombres.* Grandes quebrantos padecería la iglesia en los agitados tiempos de guerras y persecuciones que llevamos referidas, pero en ella se conservaba la venerada casa de la Santísima Virgen que desde santa Paula hasta san Luís fué visitada de siglo en siglo por gran número de ilustres personajes. Llegado el año de 1291, en que con nuevo furor y saña profanaban y destruían los musulmanes los santuarios de Tierra Santa, aquella casa, en la noche del día 9 de mayo, desapareció de Nazareth y fué encontrada á la hora del alba del siguiente día en la ribera del mar en Dalmacia, en un lugar llamado Rauniza. De allí, tres años después y también por milagrosos medios, fué trasladada á Recanati, en Italia, en medio de un bosquecillo, y por último al lugar de Loreto, adonde el portentoso hecho, acreditado como está por los más auténticos testimonios, atrae hace siglos numerosas peregrinaciones de todos los puntos del globo.

La iglesia que en Nazareth y en aquel santo lugar reemplaza hoy á la basílica de la Encarnación, obra de la emperatriz Helena, y á las sucesivas reconstrucciones que la misma experimentaría, empezó á salir de las ruinas allí acumuladas luego que en el año de 1620 el P. Tomás de Novara, superior de los Padres Franciscanos de Tierra Santa, obtuvo de los infieles la restitución del santuario de la Anunciación. El P. Jacobo, que le acompañara en su visita al emir Fakhr-eddin, recibió encargo de emprender los primeros trabajos para la reconstrucción de la iglesia, y las obras continuaron en

los años sucesivos á la par que las del inmediato convento. No se tuvo, sin embargo, el buen acierto de conservar el plan primitivo de la basílica bizantina, lo cual era, al parecer, muy factible; por Quaresmio se sabe que ésta se hallaba orientada lo mismo que el subterráneo santuario, el cual ocupaba entonces la parte baja y septentrional del edificio, situado en dirección de poniente á oriente. Hace pocos años, practicando excavaciones en el huerto, descubrieron los frailes varias colunas de granito y los fundamentos de paredones que pertenecieron á la antigua basílica. La nueva, tal como hoy existe, fué concluída en el año de 1730; algunos años antes la obra había sufrido por parte de los árabes otras depredaciones y hubo necesidad de repararla, lo cual se verificó en aquella fecha por medio de operarios procedentes de Damasco; esto explica cómo su fachada principal, que data de dicha época, según lo atestigua la inscripción que en ella se lee, tiene todo el carácter de la arquitectura arábiga.

Dividida en tres naves, forma un rectángulo de veintidós metros á lo largo por diez y siete á lo ancho; de menores dimensiones que el edificio primitivo está orientada, no como aquél de oeste á este, sino de sur á norte. La bóveda de la nave central descansa en cuatro arcos sostenidos por otros tantos robustos pilares, y hay dos altares en cada una de las laterales. Al altar mayor, regalo del rey de Nápoles y dedicado al arcángel Gabriel, súbese por doble escalinata de mármol en medio de la cual queda la cripta; detrás del altar está el coro. La iglesia posee un buen órgano y varios cuadros de mérito; en ella se reune la población católica de Nazareth, y el Padre guardián ejerce el cargo de párroco.

El convento que la contiene es de vastas proporciones, cíñenlo elevados muros y le da entrada espacioso patio. En su disposición actual data del año de 1730, en que fué reparado y ensanchado el que antes existía. Moran en él diez religiosos franciscanos presbíteros, nueve legos y algunos novicios; casi todos son españoles é italianos. Un lego dirige una escuela de niños muy concurrida, y otro, médico y farmacéutico á la vez, prodiga por caridad sus cuidados y medicamentos á cuantos los reclaman. El Padre guardián es además jefe y representante de la nación latina en Nazareth.

A pocos pasos, estando sólo de por medio la calle, álzase la *Casa Nuova* ú hospedería, abierta á cuantos extranjeros, en su paso por Nazareth, piden hospitalidad á los buenos hijos de san Francisco.

Además de la reducida casa cuya parte edificada se encuentra, conforme hemos dicho, en Loreto, quedando aún subsistente en Nazareth, en medio de la iglesia de la Encarnación, la parte de la misma labrada en la roca, san José y su virginal esposa poseían en la ciudad otra casita que servía de taller al padre adoptivo de nuestro Señor Jesucristo. San José, según la opinión más general y acreditada, era de oficio carpintero; por el mártir san Justino sabemos que se ocupaba en labrar yugos y arados; san Ambrosio, en su comentario á san Lucas, dice que trabajaba en cortar árboles y en preparar el maderaje para las obras, añadiendo que sabía manejar también los útiles de cerrajero. Cierto día Libanio, servidor y amigo de Juliano el Apóstata, preguntó con

ironía á un cristiano:—¿Qué está haciendo el Nazareno?—Y fuéle contestado:—Está labrando un ataud para el emperador Juliano.

En el sitio que ocupó el taller existió antiguamente una iglesia con tres naves y tres ábsides, orientada de oeste á este; de ella sólo queda un lienzo de pared y otros insignificantes vestigios. Los Padres de San Francisco, que adquirieron el terreno á mediados del siglo último, levantaron en el año de 1858 la modesta capilla que hoy existe en el lugar santificado por el trabajo de san José y de su divino Hijo. Situada en el barrio musulmán, una puertecita da entrada á un patio rodeado de muros, y en él se levanta la capilla; en su altar llama la atención un cuadro de relevante mérito.

La vista de esta pobre capilla, escribe el presbítero Bourassé, me ha conmovido hasta el punto de sentir correr mis lágrimas: en este sitio creció el Hombre-Dios, ocupado en trabajos manuales bajo la dirección de su padre adoptivo; aquí, donde manos divinas se ejercitaron en rudas tareas, donde Jesús manejó los instrumentos de penoso oficio, aquí fué verdaderamente ennoblecido el trabajo y santificado el sudor del pobre que gana con fatiga el pan de cada día. ¡Sublime enseñanza, harto olvidada en un siglo en que domina á tantos hombres la pasión insaciable entre todas, la codicia! Y al salir del humilde santuario, sigue diciendo el mismo autor, representéme de memoria los deliciosos cuadros de Overbeck y Lallez en los que los piadosos artistas han pintado las ocupaciones de la Santa Familia, y comprendí las suaves y poéticas inspiraciones que tuvo para su fe el taller de Nazareth.

Otro santuario poseen los Franciscanos en la parte occidental de la ciudad, santuario construído en el año de 1861 y conocido con el nombre de *Mensa Christi;* forma un rectángulo de trece pasos á lo largo por ocho á lo ancho, rematado en pequeña cúpula con cuatro aberturas. En el fondo, delante del altar, vese enorme peñasco, largo de tres metros y medio y ancho de tres levantándose unos seis palmos del nivel del suelo; su superficie superior está toscamente desbastada, y según antiquísima tradición sirvió de mesa á Nuestro Señor Jesucristo, quien comió allí con sus discípulos después de su resurrección.

En aquellas inmediaciones se encuentra una iglesia servida por un sacerdote maronita, la cual sirve de parroquia á los de su nación en Nazareth.

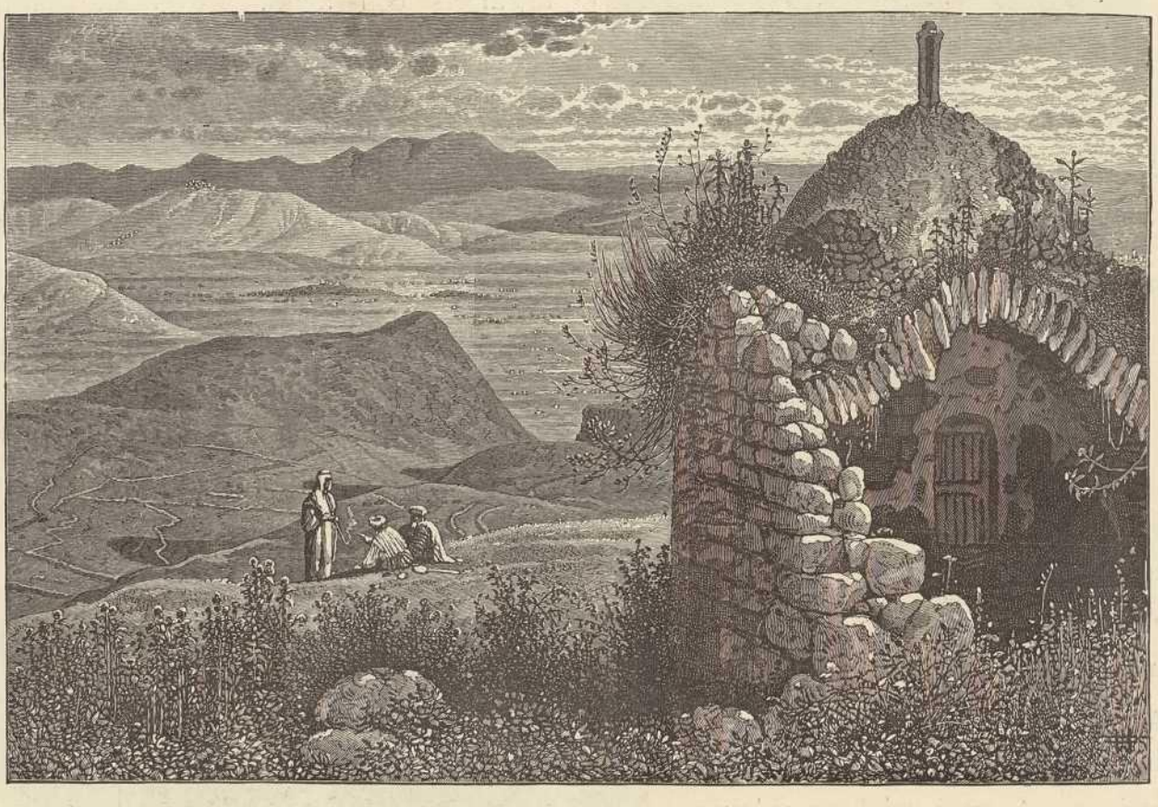
La de los griegos unidos ó católicos, propiedad un tiempo de los latinos, quienes, según el *Devoto Peregrino,* la llamaban de los Cuarenta Mártires, fué cedida á aquellos por éstos, y es fama que se levanta en el mismo lugar en que estuvo la sinagoga en la época evangélica. Jesús concurrió á ella varias veces durante su infancia, al comienzo de su vida pública, después de ayunar cuarenta días en el desierto, volvió á Nazareth, y entrando en la sinagoga según su costumbre en un día de sábado, escribe el Evangelista, se levantó á leer. «Fuéle dado el libro de Isaías profeta; desarrollólo, y leyó aquel pasaje en que dice:—El espíritu del Señor es sobre mí; por esto me ha ungido y me ha enviado para dar á los pobres buenas nuevas, para sanar á los enfermos de corazón, para anunciar á los cautivos el rescate y á los ciegos la vista, para aliviar

á los oprimidos y publicar el año del Señor y el día de la justicia.—Y habiendo arrollado el libro dióselo Jesús al ministro, y se sentó. Clavados estaban en él los ojos de todos los asistentes, y entre otras cosas les dijo: —La Escritura que acabáis de oir ha quedado hoy cumplida.—Y no había quien no se maravillase de las palabras de gracia que proferían sus labios, y decían entre sí:—¿No es este el hijo de José? Sin duda me argüiréis con aquel proverbio, continuó diciendo Jesús:—Médico, cúrate á tí mismo, y las grandes cosas que según cuentan hiciste en Capharnaum, hazlas también aquí, en tu patria. Pero en verdad os digo que ningún profeta es acepto en su patria...—A estas palabras se levantaron airados los de la sinagoga, y echándose sobre Jesús, le expulsaron de la ciudad y le llevaron á la cumbre del monte en que está aquélla edificada para despeñarle. Él, empero, pasando por entre todos, se fué.» Desde aquel día la Sagrada Familia dejó Nazareth para establecerse en Capharnaum.

Monte llamado del Precipicio

Según antigua y general tradición, el monte del cual quisieron los judíos precipitar al Salvador es el conocido hasta por los árabes con el nombre de *Djebel-el-Kafzeh*, ó sea del salto ó del principio. Dista unos cuatro kilómetros de la

ciudad y lo rodean horribles despeñaderos. Para llegar á él tómase, á la salida de Nazareth, hacia el mediodía por entre campos de trigo, siguiendo por risueño valle. Como á la mitad del camino, junto á un pequeño collado, «hay una iglesia que llaman del Pasmo de la Virgen, porque fué aquí adonde, habiendo entendido la Virgen lo que los de Nazareth querían hacer con su Hijo, salió á buscarlo, y aquí supo lo que había pasado y encontró al Señor.» Esto escribía en el siglo XVII el *Devoto Peregrino,* y en el nuestro, en unas excavaciones allí practicadas hace pocos años por los Padres franciscanos, se han encontrado vestigios y restos de la iglesia y del monasterio de monjas benedictinas que antiguamente existieron en aquel sitio con el nombre de



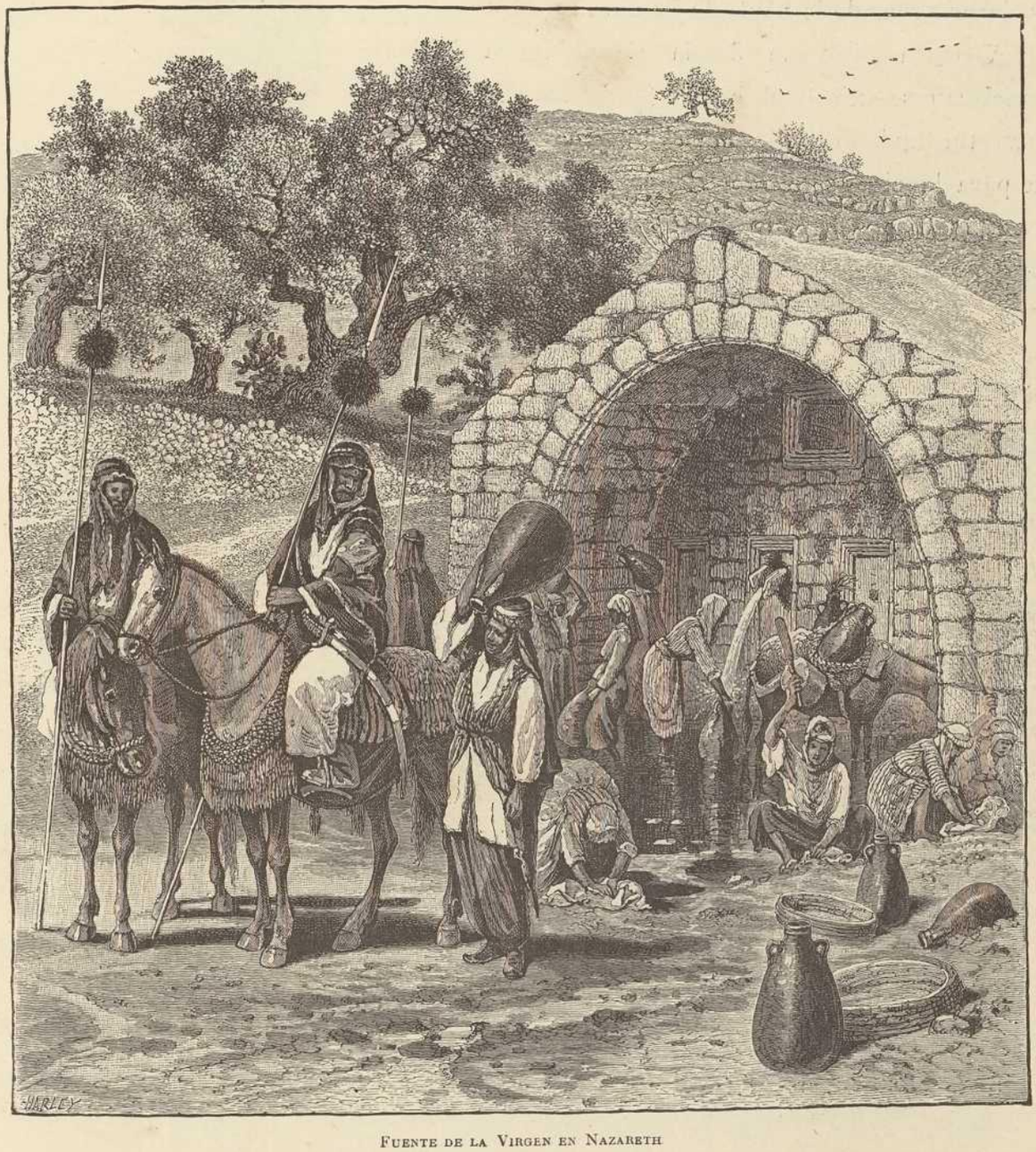
Uali Neby-Ismail, en la cumbre del monte de Nazareth

Santa María del Tremore, aludiendo al tembloroso espanto de que fué poseída la desolada Madre al saber el peligro que corría su divino Hijo.

Continuando en la misma dirección, síguense por áspero y pedregoso sendero las sinuosidades de un torrente que serpentea en angosto barranco, empréndese luego por entre breñas la subida, y en poco más de media hora se llega al sitio llamado el *Precipicio.* Dos enormes peñas forman como un parapeto en una reducida meseta, y separan al viajero de la sima casi vertical que se abre delante de él; la altura de aquel punto es de doscientos metros sobre la llanura de Esdrelón, y la de la cumbre es mayor todavía.

En estos últimos tiempos han querido algunos críticos corregir la tradición, y han sostenido que el monte á que con tan siniestros propósitos llevaron los judíos á Jesús, es el Djebel es-Sikh, que se alza al noroeste de la ciudad; ésta se extiende hoy en su

falda, creyéndose que la antigua población ocupó mayor extensión hacia las cuestas superiores. Con ello piensan estos autores estar más dentro del texto evangélico, ya que éste habla de la montaña en que estaba edificada la ciudad; pero aunque en efecto el Djebel es-Sikh, que abunda también en despeñaderos, domina á Nazareth, al paso que el Djebel el-Kafzeh, como hemos visto, se encuentra de ella á alguna distancia, es lo positivo que contra esta opinión está la antigua y universal creencia.

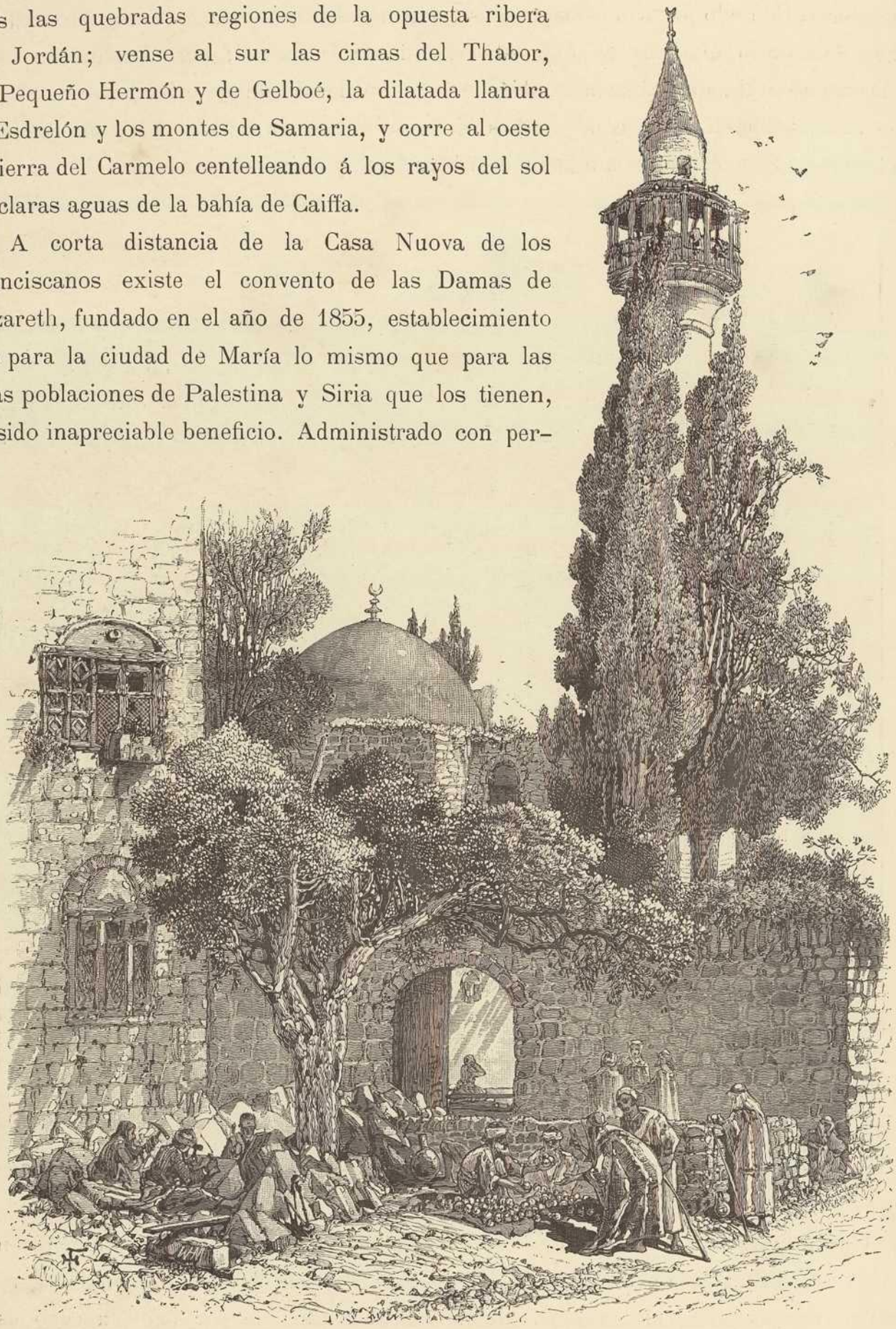


FUENTE DE LA VIRGEN EN NAZARETH

Un santuario musulmán conocido con el nombre de Neby-Ismail y también con el de Neby-Said remata la cumbre del Djebel es-Sikh, que se eleva á quinientos cuarenta y cinco metros sobre el nivel del Mediterráneo. Agradable por todo extremo es el espectáculo que de allí se goza; á los piés ofrécese con su pintoresco aspecto el valle de Nazareth; extiéndese al norte la tierra de las dos Galileas, asomando en lontananza detrás de los montes de Safed, la gigantesca mole del Hermón: por el

este se recrean los ojos en las azuladas aguas del lago de Tiberíades y divisan á lo lejos las quebradas regiones de la opuesta ribera del Jordán; vense al sur las cimas del Thabor, del Pequeño Hermón y de Gelboé, la dilatada llanura de Esdrelón y los montes de Samaria, y corre al oeste la sierra del Carmelo centelleando á los rayos del sol las claras aguas de la bahía de Caiffa.

A corta distancia de la Casa Nuova de los Franciscanos existe el convento de las Damas de Nazareth, fundado en el año de 1855, establecimiento que para la ciudad de María lo mismo que para las otras poblaciones de Palestina y Siria que los tienen, ha sido inapreciable beneficio. Administrado con per-



Mezquita de Nazareth

fecto orden y cabal disciplina, alberga, además de las monjas, á treinta huérfanas pensionistas y en sus clases reciben educación más de ochenta alumnas externas.

También en Nazareth pueden observarse los esfuerzos de los protestantes á fin de contrabalancear la influencia católica con la suya propia; ingleses y prusianos compiten para conseguirlo, y en el espacio de pocos años han levantado una escuela y una bella iglesia gótica que domina gran parte de la ciudad. Muy recientemente y en sitio más elevado aún han dado cima á la construcción de un vasto asilo para niñas huérfanas; dirígenlo tres maestras inglesas, y visto de lejos ofrece el aspecto de una fortaleza.

Los griegos cismáticos que desde hace pocos años tienen un metropolitano en Nazareth, poseen en la ciudad una iglesia dedicada al arcángel Gabriel, rematada en elegante cúpula. Las obras de talla del *iconostasis,* en las que se lee la fecha de 1767, son dignas de ser admiradas. En la parte septentrional del edificio hállase antigua capilla subterránea á la que conducen varios escalones, y en ella se encuentra una cisterna que recibe por derivación el caudal de una fuente que brota á mayor altura en el monte. Dice la tradición griega que yendo allí por agua la Santísima Virgen fué por vez primera saludada por el arcángel Gabriel, y que habiendo vuelto con precipitación á su casa se le apareció de nuevo el celeste mensajero. En el siglo XVII esta capilla subterránea era lo único que quedaba en pié; la iglesia que la contenía, lo mismo que el monasterio de religiosas á ella contiguo, yacían en ruinas; la iglesia actual fué construída á mediados del siglo pasado.

Un canalizo lleva el agua de aquel manantial algunos metros más abajo y provee con ella una fuente pública que tiene el nombre de María ó de la Virgen. Construída en forma de bóveda, data tal como está del año de 1862. El agua, recogida al caer en vasto receptáculo de piedra, se pierde luego entre grupos de frondosos árboles Existe aún allí antiguo sarcófago que servía antes de pilón, y aunque muy mutilado, es de ver todavía la esculpida guirnalda que corre en festones por sus costados. Por tradición se sabe que la esposa de José, en compañía de su Hijo, vino varias veces á esta fuente, y en verdad que siendo la única de la población y muy de suponer que existiese ya en la época evangélica, ha de tenerse por seguro que la Santísima Virgen acudiría á ella con frecuencia, lo mismo que las demás mujeres de Nazareth. En busca de su agua fresca y cristalina suele reunirse gran concurso, especialmente por las tardes, y es de ver la postura de aquellas jóvenes de pintoresco traje, llevando sin esfuerzo y en equilibrio encima de la cabeza el cántaro de anticuada forma. Del agua de esta fuente, situada á cuatro minutos al nordeste de la ciudad, no dejan de beber los peregrinos, y aquellos naturales aseguran que es excelente para la curación de muchas enfermedades.

Los lugares hasta aquí mencionados son los únicos que han sido consagrados por tradiciones de la vida del Salvador en la ciudad que le sirvió por tan largo tiempo de morada y que fué santificada por su presencia, por sus trabajos y por sus virtudes. Nazareth obtuvo la insigne honra de unir su nombre al del Hijo de Dios, é ingrata, al igual que toda la nación hebrea, lo rechazó é intentó darle muerte. Jesús, dice el

evangelista san Mateo, no hizo en esta ciudad muchos milagros á causa de la incredulidad de sus moradores.

Los musulmanes celebran las ceremonias de su culto en una mezquita situada al norte del convento franciscano: remata en elegante cúpula; junto á ella se alza el alminar y le dan sombra altos cipreses. En la ciudad hay, además, varios *ualys* ó capillas dedicadas á diferentes santones.

III

Seffurieh ó la antigua Sephoris.—Sus ruinas.—Iglesia de San Joaquín y Santa Ana.—Historia de la ciudad.—Ain-Seffurieh.—Campamento del ejército cruzado.—El Monte Thabor.—Su historia.—La Transfiguración del Señor.—Ruinas.—Convento griego de San Elías.—Capilla de San Salvador.—Convento latino.—Grandioso panorama.—Daburieh.—Reineh.—El Mechhed.—Sepulcro del profeta Jonás.—Caná.—Primer milagro de Nuestro Señor Jesucristo.—Ruinas.—Fuente de Kefr-Kenna.—Otros lugares.—Campo de las espigas.—Chefa-Amer.—Jotapata.—Khan et-Tudjard.—Kefr-Sabt.

El pueblo de Seffurieh, situado á seis kilómetros al noroeste de Nazareth, lleva con ligera alteración el mismo nombre de Sephoris con que fué conocida la ciudad que en otro tiempo hizo estos lugares famosos. En la cumbre del alto cerro cuya falda ocupa elevóse el acrópolis rodeado de fuerte muro, del cual subsiste todavía algún vestigio, y en el punto culminante queda aún en pié una gran torre cuadrada que mide unos veintidós pasos por lado. La fortificada mole que, vista á lo lejos, ofrece apariencia de gran antigüedad á causa de la clase de materiales con que fué construída, es probable que no date más allá de la conquista arábiga, aunque también lo es que ocupase el lugar de obra más antigua. La vasta meseta que á su alrededor se extiende está hoy en gran parte entregada al cultivo. En las laderas del collado fueron abiertos muchos silos y cisternas, y más abajo, en su falda, hállase el pueblo actual en el mismo sitio de la ciudad propiamente dicha. Contiene unos dos mil y quinientos habitantes, musulmanes en su mayor parte y poseídos de exaltado fanatismo, tanto que rara vez pueden partir sin haber sido insultados los raros viajeros que visitan las ruinas de Sephoris.

De lo que ésta fué, difícil es formarse aproximada idea, ya que en su revuelto suelo aparecen mezclados y confusos los últimos residuos de monumentos judaicos, romanos, cristianos y sarracenos en medio de una población de miserable apariencia. Esto es, por lo común, lo que sucede siempre en esta tierra de Siria: do quiera hubo en otro tiempo una ciudad floreciente encuéntrase ahora una pobre aldea, y así es como puede con toda verdad asegurarse que en aquel país eminentemente histórico no queda más que la sombra de un gran pueblo y la memoria medio borrada de famosos hechos.

Los peregrinos veneran en el extremo noroeste del pueblo las ruinas de una iglesia que estuvo dedicada á los padres de la Santísima Virgen san Joaquín y santa Ana, los que, según antigua tradición, nacieron y habitaron por muchos años en Sephoris. Orientada de oeste á este, constaba la iglesia de tres hermosas naves correspondiendo á otros tantos ábsides; permanecen aún en pié dos, el principal y el lateral del norte, y por ellos puede juzgarse de la belleza que tuvo el edificio; las dos filas de colunas que ornaban y separaban las naves consistían en fustes monolitos de granito ceniciento

rematados en capiteles corintios, conforme atestiguan los dos que subsisten todavía; estas colunas pertenecieron sin duda á la basílica primitiva, reconstruída más tarde en la época latina. Los Padres de Tierra Santa tienen la propiedad de este terreno que es el mismo que ocupó la casa de los padres de María, y una vez el año celebran en él el santo sacrificio. Para llegar al coro, que se conserva en parte, hay que pasar

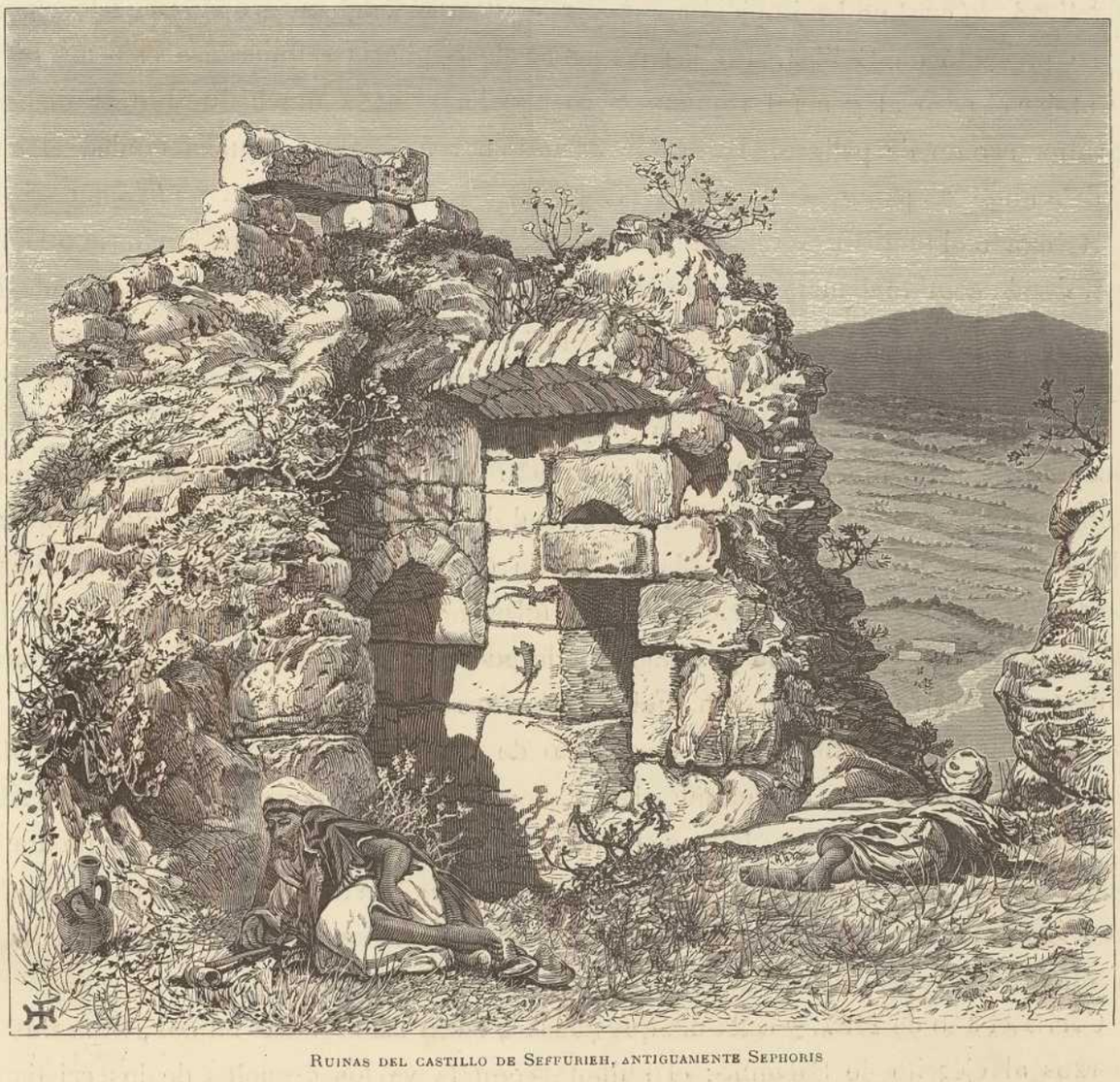
Aldea inmediata á Nazareth, y vista de Seffurieh

por entre caídas paredes, derribadas colunas y tabiques levantados en lo que fueron naves y que son hoy estrechas habitaciones de familias musulmanas [1].

En opuesto barrio, hacia el este, y en la parte alta de Seffurieh es fácil distinguir entre escombros el recinto rectangular de otro monumento sobre cuyo destino no se tienen noticias ciertas; sin embargo, orientada como está de sur á norte, se supone

[1] Léese en la obra del viajero inglés Mr. Clarke que en esta iglesia se encontraron tablas pintadas antes del siglo x, las cuales fueron llevadas á Cambridge, donde aún se conservan.

que pudo ser en su origen antigua sinagoga. Edificado con pulidos sillares, colunas de granito sostenían sus bóvedas y dividían sus naves. Este monumento, del que se veían aún grandes restos en los últimos siglos, era llamado «el hermoso castillo;» algunas de sus ruinas indican que sería reconstruído en tiempo de los Cruzados, pero las bases datan seguramente de la época romano-judaica si no le son anteriores; mide diez y seis metros por lado. Una escalera medio arruinada permite subir á un resto de bóveda ojival, desde la que se goza de magnífica vista. Créese que allí estuvo situado



Ruinas del castillo de Seffurieh, antiguamente Sephoris

el acrópolis de la ciudad antigua. Las sepulturas, los estanques y otras ruinas que se encuentran en aquellas cercanías son testimonio de la importancia y magnificencia que ésta tuvo.

Su territorio carecía de límites bien determinados, y puede decirse que se extendía desde el valle de Caná hasta la llanura de Esdrelón y de la colina de Nazareth á los collados que se derivan de la dilatada sierra del Carmelo. Reinando Herodes I era Sephoris notable ciudad, así por su situación como por el número de sus habitantes; Herodes Antipas la embelleció con magníficos edificios, aumentó sus fortificaciones, y desde entonces, consagrada á Augusto, trocado su nombre en el de Diocesarea, indicando

con él que tenía á la vez por patronos á Júpiter y al emperador, fué capital de Galilea y la plaza más fuerte y como la llave de todo aquel territorio. Su prosperidad y opulencia eran proverbiales, y á pesar de esto y quizás por esto mismo, en la calamitosa época del levantamiento nacional vemos á sus moradores fluctuantes, inclinándose ora á los poderosos romanos, ora á sus enardecidos compatriotas, según creían que había de ser á unos ó á otros favorable el resultado de la empeñada contienda. Al saber la proximidad de Vespasiano enviáronle embajadores á Tolemaida para rendirle homenaje de fidelidad, lo cual no les impidió reconocer la autoridad del gobernador Josefo cuando éste se presentó en Galilea. En las cercanías de Sephoris reuniéronse cien mil judíos para atajar el paso al general romano, pero aquella armada muchedumbre se dispersó al primer asomo de peligro. Destruída Jerusalén refugióse en aquella ciudad el gran Sanedrín antes de pasar á instalarse á Tiberíades.

Reinando el emperador Constantino, en el año 339 de nuestra era, Sephoris ó Diocesarea, donde continuaban residiendo gran número de judíos, alzó bandera de rebelión contra los romanos; Galo tomó la ciudad por fuerza de armas y la entregó á las llamas con gran matanza de sus moradores. De esta catástrofe no llegó al parecer á rehacerse, por más que posteriormente vésela habitada por numerosos cristianos y ser sede episcopal perteneciente á la Palestina segunda. La famosa capital había degenerado en una villa, á la cual daba cierta celebridad la iglesia en aquellos siglos levantada en honor de los progenitores de María. En la época de las Cruzadas adquirió nueva importancia con la reconstrucción de esta iglesia y del castillo, para ser al fin por completo devastada y destruída por Saladino después de la jornada de Tiberíades cuando su hueste vencedora hizo irrupción cual asolador torrente en la provincia de Galilea.

Al mediodía de Seffurieh, en el camino de Nazareth, brotan varios manantiales, entre los que es el más abundante el que lleva el mismo nombre del pueblo (Ain-Seffurieh). En las crónicas latinas hállase con frecuencia mencionada la fuente de Sephoris como lugar de reunión y campamento de los guerreros de la cruz, y allí se dieron igualmente cita los barones cristianos antes de marchar á la funesta batalla en que se perdió el reino de Jerusalén.

Corría el año de 1187, y cada día que pasaba, dicen las crónicas latinas, traía nuevos refuerzos al ejército de Saladino; el sultán prometía ya los despojos de los cristianos á las familias musulmanas que habían sido arrojadas de Palestina, y distribuía lugares y territorios á sus emires más esforzados. El califa de Bagdad y cuantos príncipes reconocían su espiritual imperio desde el Korazan hasta las riberas del Nilo, alzaban oraciones al cielo por las armas musulmanas y por la conquista de Jerusalén, cuando en los primeros días del mes de junio pasó Saladino el Jordán y avanzó hacia Tiberíades á la cabeza de ochenta mil combatientes.

Guy ó Guido de Lusiñán y el conde Ramón de Trípoli, olvidada su anterior enemistad á impulso del común peligro, reuniéronse en Jerusalén con los principales barones para deliberar acerca de la defensa del combatido reino. En el consejo por ellos celebrado

señalóse la llanura de Sephoris como punto de reunión de las fuerzas cristianas para desde allí dirigirlas al que fuere amenazado. El árbol de la verdadera cruz fué llevado en procesión fuera de la ciudad, y entregado por el patriarca Heraclio á los obispos que habían de llevarlo al campamento. Tristes presentimientos acompañaron la imponente ceremonia, y fueron muchos los que pensaron, fundados en antiguas predicciones, que la verdadera cruz no volvería jamás á Jerusalén. Así lo dice la crónica de Bernardo el Tesorero, para el cual la cruz del Salvador, devuelta á Jerusalén por un príncipe llamado Heraclio, debía de perderse en tiempo de un patriarca que llevaría igual nombre.

A la fuente de Sephoris acudieron en pocos días cuantos hombres se hallaban en estado de empuñar las armas; las fortalezas quedaron sin defensores y en los pueblos sólo quedaron ancianos, mujeres y niños. El príncipe de Antioquía envió al ejército cincuenta caballeros mandados por su hijo; de todas las ciudades del condado de Trípoli habían acudido hombres de armas de á pie y de á caballo; cuantos peregrinos se encontraban entonces en la Tierra Santa, las tripulaciones de los buques cristianos llegados de Occidente, se dirigieron todos á Sephoris para defender el suelo que santificara con su presencia Jesucristo, llegando á componerse la hueste de más de cincuenta mil hombres. Súpose en breve que Saladino había entrado en Tiberíades y que tenía puesto cerco á la ciudadela donde buscara refugio la condesa de Trípoli, y junto á la fuente, en la tienda real, reunióse un gran consejo para resolver si se marcharía en auxilio de los sitiados. Emitieron sucesivamente su parecer los capitanes, y al llegarle la vez al conde Ramón, se expresó en estos términos:

«Tiberíades es mi ciudad; mi mujer se encuentra en la ciudadela, y por lo tanto nadie arriesga lo que yo en la empresa, ni está ninguno de vosotros tan interesado como yo en socorrer á Tiberíades y á sus moradores. Y sin embargo, fuerza es que os lo diga: ¡infelices de nosotros si llevamos la multitud de hombres y caballos que nos rodea á las áridas soledades donde habrían de encontrar sepultura devorados por la sed, el hambre y el ardor del clima! No ignoráis que hasta en el lugar do estamos experimenta el ejército gran padecimiento por los ardores del aire y del sol y que á no ser por la frescura de esa fuente no tardaría en perecer; sabéis también que nuestros enemigos no pueden llegar hasta nosotros sino perdiendo mucha gente abrasada de calor y sed, y por una y otra razón conviene que permanezcamos junto á este manantial, en sitio donde los víveres no nos faltan. Tened por seguro que los sarracenos, envanecidos con la toma de la ciudad, no se distraerán á derecha ni izquierda, sino que, atravesando la desierta región que nos separa, vendrán directamente á nosotros para provocarnos al combate. Entonces nuestro ejército, que de nada carece, que tiene agua y víveres en abundancia, saldrá animoso de sus trincheras y se precipitará contra un enemigo medio vencido ya por el hambre y por la sed; entonces nosotros y nuestros caballos estaremos prontos y ágiles para todo, y amparados por la cruz vivificante pelearemos y triunfaremos de ese pueblo infiel, extenuado de fatiga y sin refugio. Los

enemigos de Jesucristo expiarán cruelmente, yo os lo aseguro, su imprudente acometida, y antes que puedan volver al Jordán ó al mar de Tiberíades perecerán todos de sed ó á filo de espada, ó serán nuestros cautivos. Y si llegase para nosotros el triste caso de la desgracia, si, lo que Dios no permita, nos viéramos obligados á emprender la retirada, tendríamos en esta comarca socorro y asilo. Por todas estas razones opino por dejar que se pierda Tiberíades para que el reino no se pierda.»

También Saladino, á lo que refieren las historias orientales, había reunido el consejo de sus emires, y decidióse en él presentar batalla al ejército cristiano, por la razón, dicen, de que los Cruzados poco provecho podían esperar de una victoria y podían perderlo todo en caso de vencimiento. Así, pues, el conde de Trípoli, penetrando sagazmente el plan de Saladino, había propuesto el partido más adecuado para burlar los propósitos del enemigo, lo cual no impidió que sus palabras fuesen por varios combatidas: el gran maestre del Temple, deseoso de tomar venganza de la trágica muerte de sus caballeros en la refriega de El-Mahed, Reinaldo de Chatillón arrastrado por su natural ardimiento, y otros caudillos opinaron por marchar al encuentro de Saladino. La mayoría de los votos dió la razón al conde de Trípoli, y el rey decidió permanecer en el campamento de Ain-Sephoris. Pero apenas quedó solo en su tienda se le presentó el gran maestre y después de recordarle los agravios que del conde Ramón había recibido, añadió: «Poco tiempo hace que ceñís la corona y os halláis á la cabeza de poderoso ejército. ¿Qué se dirá de vos si dais comienzo á vuestro reinado dejando que se pierda una ciudad cristiana? Por lo que á nosotros toca, sabed que los Templarios venderemos cuanto poseemos, hasta nuestros mantos, antes que consentir en el oprobio que quiere imponerse al pueblo de Jesucristo. Señor, yo os lo ruego, haced que se pregone por los campamentos la orden de marcha.» Guy de Lusiñán, débil siempre, no supo resistir á las instancias del gran maestre, y él, que ya en otras ocasiones había dictado órdenes contradictorias, dió entonces la de salir al encuentro del enemigo. Por la vez primera, dicen las crónicas, el rey de Jerusalén se hizo obedecer, y fué para ruina de los cristianos.

Seis siglos después, como acamparon en Ain-Seffurieh los guerreros de la cruz, acampó allí la división francesa de Kleber al marchar en auxilio de la de Junot, cercada en las inmediaciones de Caná por considerables fuerzas, y la misma fuente en que vivieron los vencidos de Tiberíades apagó la sed de los vencedores de Heliópolis.

De Seffurieh al monte Thabor la distancia es corta; en poco menos de una hora se llega al pie de la montaña después de atravesar varios oteros sombreados por arbustos y hermosas encinas. Allí el melodioso canto de las aves, lo que no es frecuente en Palestina, alegra en las alboradas los alrededores del sacro monte como manantial cántico, y ha reemplazado á los devotos himnos que entonaban voces cristianas en tiempos más venturosos.

El monte Thabor se levanta hacia el cielo como sublime altar, resplandeciente de gloria, erigido por el Eterno para la manifestación de su Hijo: es entre los de

Palestina uno de los más bellos y de los más famosos. «Júroos, dijo el rey cuyo nombre es el Señor de los ejércitos por boca de Jeremías, que Nabucodonosor vendrá y se ofrecerá como entre los montes el Thabor.» Es su forma la de un cono truncado rematando en una cúpula ovalada y perfectamente regular; aunque presenta la apariencia de un volcán es de naturaleza caliza. Situado á diez kilómetros de Nazareth, su altura sobre el lago de Tiberíades es de unos setecientos y ochenta metros, de quinientos noventa y cinco sobre el Mediterráneo y de cuatrocientos sobre la nava de Esdrelón, por ésta avanza, aislado por tres de sus lados, frente á frente del Hermón, con el cual forma notable contraste por la regularidad de sus líneas y su vegetación abundosa; por la parte del norte está ligeramente unido por su base con las montañas de Galilea, á las que domina por su mayor altura como sobrepuja á todos por la celebridad de su nombre. Sus suaves y verdes laderas vense vestidas de diferentes clases de encinas, terebintos, algarrobos, lentiscos, alerces, jaras y otros varios árboles y arbustos. Comunicando con su dulce murmullo alegre animación al paisaje, brotan muchas fuentes entre la espesura, en la que se encuentra caza en abundancia; también viven en ella jabalíes, panteras, zorras y gacelas. Un sendero algo áspero, pero practicable hasta la cima para los mulos y caballos del país, serpentea en toda la extensión del monte; en varios puntos se han labrado gradas en las peñas, y los griegos han hecho últimamente en él grandes reparaciones; una hora se emplea en llegar á la cumbre; y al recorrerlo no hay quien se libre de íntima y viva emoción al pensar que allí mismo imprimieron sus huellas infinitas generaciones, que allí estampó el Mesías su divina planta hace diez y ocho siglos.

La meseta superior, suavemente inclinada hacia el lado de poniente, mide ochocientos metros á lo largo por unos cuatrocientos de anchura media; en distintos puntos y sobre todo en las orillas, está erizada de árboles, arbustos y maleza, aquí y allí yacen informes resíduos de edificios y monumentos por los que extiende sus ramas la hiedra trepadora, amiga de las ruinas, y por todas partes se elevan y llenan, por decirlo así, el ambiente antiguos y venerandos recuerdos. Son tantas las sucesivas transformaciones que estas ruinas han tenido que no es fácil á primera vista distinguirlas y clasificarlas fijamente; sólo á proporción que con tiempo se examinan y comparan puede llegarse á determinar con visos de certeza las que pertenecen á las distintas épocas históricas que allí han dejado profunda impresión de su paso.

Es conocida esta montaña con el nombre hebreo de *Thabor*, con el de *Itabyrion* y *Atabyrion* que le dieron los griegos, y con los arábigos de *Djebel Nur* (monte de luz) y *Djebel et-Tor*. Antiguos autores, fundados en remotas tradiciones, suponen que en ella recibió Melkhisedec á Abraham y que en la cumbre ofreció un sacrificio al Señor. Por vez primera la menciona el libro de Josué como formando límite entre las tribus de Issachar y Zabulón y siendo de pertenencia de esta última, lo mismo que la ciudad que con igual denominación de Thabor existía en lo más alto. En el Thabor, conforme hemos visto, reunió Barach su hueste para combatir á Sísara, á quien venció

en las márgenes del Cisón, y tiempo después los hermanos de Gedeón fueron asesinados en este mismo monte por Zebee y Salmana, príncipes de los madianitas, que no tardaron en expiar su delito con la vida. Por el historiador Polybio sábese que en el año 218 antes de J. C. existía aún en la cima la ciudad á la que llama Atabyrion, en cuanto Antíoco el Grande se hizo dueño de ella por sorpresa en la fecha citada;

Monte Thabor

después de fortificarla, se retiró, y desde entonces desaparece de la historia la ciudad, que es de presumir estuviese por completo arruinada y desierta en la época de Nuestro Señor Jesucristo. Hácelo pensar fundadamente así el relato de Josefo, quien, treinta y cinco años después del prodigioso suceso que hizo para siempre aquella meseta memorable y sagrada, esto es, en el año 67 de nuestra era, durante el alzamiento nacional contra Roma, mandó establecer un recinto ó campamento atrincherado en la cumbre del Thabor, sin hacer mención de que existiera allí población alguna. En él buscó

refugio gran multitud de judíos, y para desalojarlos marchó allí enviado por Vespasiano, que estaba ocupado en el sitio de Gamala, el general Plácido. Como hiciera Antíoco, procuró el caudillo de Roma atraer los judíos al llano, y al conseguirlo por medio de feliz estratagema, cayó sobre ellos y los pasó á cuchillo. De los que quedaron en el campamento, los unos pudieron escapar á Jerusalén, los otros se rindieron á Plácido después de verse expuestos á perecer de sed.

No habían transcurrido tres siglos desde este acontecimiento cuando santa Helena visitó la cima del Thabor, construyó en ella una iglesia y señaló cuantiosa suma para los fieles que fuesen á morar á aquellos sitios. Santa Paula estuvo en ellos peregrinando en el siglo IV; san Antonio en el VI vió allí tres iglesias, en memoria de las tres tiendas ó tabernáculos de que se hace mención en el Evangelio; por Adamnano sabemos que durante el VII hubo un gran monasterio de religiosos griegos; y llegado al VIII habla san Wilibaldo también de un convento y de una iglesia consagrada á Moisés y Elías, santuarios y monasterios que en la época latina fueron restaurados y embellecidos, si bien consta que la guerra causó en ellos no pocas devastaciones. En el año de 1113 unos benedictinos de Cluny que fundaran en el Thabor otro monasterio, fueron todos pasados á cuchillo por los sarracenos; en el de 1187 los santuarios y las fortificaciones de la santa montaña fueron arrasados por Saladino, y su hermano y sucesor el sultán Melek el-Adel, para amenazar el territorio de Tolemaida, levantó allí en el año 1212, una nueva ciudadela defendida por diez y siete torres que á poco fué desmantelada por los mismos musulmanes. Bibars-Bendokhdar en 1263 llevó otra vez la devastación al sagrado monte adonde habían acudido de nuevo varios religiosos alrededor de las ruinas de los tres tabernáculos, y completó la destrucción y el estrago.

Contra la ciudadela del Thabor marchó en el año de 1217 el mismo ejército cruzado al que, en uno de los capítulos anteriores, hemos visto en la llanura de Jezrael, entre los montes de Hermón y Gelboé, al mando de los reyes de Jerusalén, de Chipre y de Hungría. «Los jefes de la hueste, escribe M. Michaud en su *Historia de las Cruzadas,* habían resuelto llevar sus armas á las márgenes del Nilo, pero el invierno, cuyos rigores comenzaban, no consentía de momento tan lejana expedición. Por esto y para ocupar á los soldados, á quienes la ociosidad llevaba siempre á la licencia, formóse el proyecto de atacar el monte Thabor, en cuya cima estaban los musulmanes fortificados...

»Para llegar hasta él se habían de arrostrar mil peligros, mas nada bastó á intimidar á los guerreros cristianos. El patriarca de Jerusalén, que marchaba á la cabeza de los Cruzados, mostrábales el signo de la redención y los alentaba con su ejemplo y sus palabras. Enormes peñas rodaban desprendidas de las alturas ocupadas por los infieles, los cuales hacían caer una lluvia de flechas sobre cuantos caminos guiaban á la cumbre; pero el denuedo de los soldados de la cruz triunfó de los esfuerzos todos de los sarracenos. El rey de Jerusalén Juan de Brienne se distingió por su valor

indomable, y dió muerte con su propia lanza á dos emires. Llegados á la cumbre del Thabor dispersaron los Cruzados á los musulmanes, y arrollándolos hasta las puertas de la fortaleza parecía que nada había de resistir á sus armas. De pronto, empero, algunos capitanes se manifestaron recelosos de lo que pudiese intentar el príncipe de Damasco, y el temor de una sorpresa labró en el ánimo de todos con tanta mayor fuerza en cuanto nadie la había previsto. Al tiempo que los musulmanes se retiraban asustados al recinto de sus muros, súbito terror se apoderó de los vencedores; renunciando á expugnar la fortaleza el ejército cristiano emprendió la retirada como si su solo objeto, al avanzar hasta el monte Thabor, hubiese sido el de contemplar el sitio consagrado por la transfiguración del Señor.

»A no ser el formal testimonio de los historiadores contemporáneos cristianos y arábigos, apenas podía darse crédito á la repentina retirada; algunas antiguas crónicas quieren fundar en una tradición aquel hecho inexplicable, otras lo atribuyen á la falta de agua, lo cual es más probable, y por mucho entrarían en él la discordia y la imprevisión que solían ser compañeras de muchas de aquellas expediciones.

»Esta retirada produjo muy funestas consecuencias; al paso que los caudillos se echaban en cara unos á otros la humillación de la bandera y el yerro que habían cometido, caballeros y soldados dejábanse caer en visible desaliento. El patriarca de Jerusalén se negó en adelante á llevar al frente del ejército la cruz de Jesucristo, que no bastaba ya á reanimar en él la piedad y el valor, y los príncipes y reyes que dirigían la Cruzada, deseosos de no volver á Tolemaida sin reparar el vergonzoso contratiempo, llevaron la hueste á tierras de Fenicia. Ningún hecho notable ilustró sus armas en esta nueva campaña: emprendida en el rigor del invierno fueron muchos los soldados que, víctimas de las heladas, quedaron abandonados por los caminos; otros perecieron á los golpes de los árabes beduinos; la víspera de Navidad, acampando los Cruzados entre Tiro Sarepta, fueron sorprendidos por deshecha tempestad: el viento, la lluvia y el granizo, rayos y huracanados torbellinos matáronles muchos caballos, rasgaron y se llevaron sus tiendas y dispersaron sus bagajes, gran desastre que les hizo pensar que el cielo les negaba decididamente su favor.

»Careciendo de víveres y no pudiendo subsistir el ejército todo en un mismo punto, decidieron dividirse en cuatro cuerpos distintos para esperar la conclusión del invierno. El rey de Jerusalén, el duque de Austria y el gran maestre de San Juan marcharon á las llanuras de Cesarea; el rey de Hungría, el de Chipre, y Ramón, hijo del príncipe de Antioquía, se retiraron á Trípoli. El gran maestre del Temple, el de los caballeros teutónicos y los cruzados flamencos dirigiéronse á una fortaleza levantada al pié del Carmelo; los demás regresaron á Tolemaida con el propósito de volver á Europa.

»El rey de Chipre enfermó y murió en vísperas de emprender el regreso á su reino; Andrés, rey de Hungría, caído de ánimo, comenzaba á perder toda esperanza en el buen suceso de una guerra de tan mal principio, y en efecto, este príncipe, después de permanecer tres meses en Palestina, consideró que ya su voto quedaba cumplido, y

formó de pronto la resolución de volver á sus estados, lo cual realizó á pesar de los ruegos de los barones y del patriarca de Jerusalén, dejando, para que no se dijese que abandonaba del todo la causa de Jesucristo, la mitad de sus tropas al rey de Jerusalén.»

San Luis peregrinó varias veces á la cumbre del Thabor, y tres siglos después de las depredaciones de Bibars fué este lugar visitado por el caballero italiano don Aquilante Rocchetta, quien en su *Peregrinación á Tierra Santa* describe así el estado de aquellas solitarias ruinas: «Lo primero que se ofreció á nuestro paso fué un gran lienzo de muralla muy alta, que, á mi parecer, debía de ser residuo de importante castillo ó fortaleza así por su fábrica como por su grandiosidad: los sillares que la forman causan maravilla no sólo por su gran volumen sino también por la dificultad de su transporte. Junto á esta fábrica existe un pozo labrado en la peña de agua abundante y excelente; extiéndese luego la gran meseta de unos veintitrés estadíos de circuito, cubierta toda ella de hierba y maleza, sin que se acierte á ver otra cosa sino ruinas de iglesias, monasterios y otros grandes edificios. Avanzando siempre hacia mediodía encontramos dos cisternas ó pozos, el uno abierto en la roca, obra de fábrica el otro, pero ambos en ruinoso estado; otros dos hay á poca distancia que conservan todavía agua, la que nos pareció de calidad inmejorable. Seguimos andando, y hallamos aún en pié parte de un edificio formado como un pórtico con una entrada por levante y otra por septentrión; en su interior vense tres capillas, orientadas la una hacia oriente, la otra hacia occidente y hacia al norte la última, y por una puerta que hay en ésta se pasa á una estancia en la cual existen tres tabernáculos ó capillitas semejantes á las anteriores, pero más pequeñas. Las pinturas que en ellas había no han resistido á la acción del tiempo, de modo que es de todo punto imposible distinguir los misterios que sin duda representaron. A alguna distancia de este punto vimos, cimentado en una gran peña, un vasto edificio, á cuyo pié se abre espantosa sima; de él no quedan más que unas paredes sin bóveda ni techo, con apariencia de haber sido una gran sala.»

Nuestro *Devoto Peregrino* subió á la sagrada montaña corriendo el siglo XVII, y de ella dice: «En lo alto de este monte, que remata en una como corona y tendrá como una milla de circuito, está la iglesia en cuyo lugar se transfiguró el Señor, y es muy capaz, aunque hoy, como otras muchas, está deshecha. Sólo duran aquellos tres tabernáculos que se hicieron á contemplación de lo que dijo san Pedro: *Domine, si vis faciamus hic tria tabernacula, etc.* Por las ruinas que hay es menester entrar por debajo de ella y de unos arcos; el paso no es muy bueno.

»Santa Elena, en memoria de este tan glorioso suceso, edificó aquí una basílica... Hoy se ven grandes ruinas; las murallas de una fortaleza están en algunas partes casi enteras y también la puerta que á ella daba ingreso. Hay una cisterna de agua muy buena, que está junto á la iglesia de la Transfiguración; allí hicimos colación y bebimos del agua con gran devoción y gusto.»

En aquella cumbre, entonces aún más que ahora solitario lugar, verificóse á lo

que dice constante tradición que se remonta á los primeros tiempos de la Iglesia, el portentoso suceso que narra el Evangelista en los siguientes términos:

«Jesús tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan su hermano y llevándolos aparte á un monte alto, se transfiguró delante de ellos; su rostro resplandeció como el sol, sus vestiduras se mostraron blancas cual la nieve, y al mismo tiempo apareciéronse y hablaron con él Moisés y Elías. Pedro dijo entonces á Jesús:—Señor, bien estamos aquí; si te parece hagamos en este sitio tres tiendas *(tabernacula)*, una para tí, otra para Moisés y la tercera para Elías.—Estaba aún hablando cuando viéronse todos envueltos en luminosa nube, y de ella salió una voz que decía:—Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido, escuchadle.—Al oirla los discípulos, poseídos de pavor, cayeron con el rostro contra el suelo; mas Jesús se acercó á ellos y los tocó, diciéndoles:—Levantaos, y no temáis.—Y alzando ellos los ojos á nadie vieron, sino solo á Jesús.

»Al bajar del monte, éste les dijo:—A nadie digáis la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.»

Veamos ahora lo que puede leerse entre las ruinas que cubren la meseta superior del monte, y el estado en que hoy se encuentran.

A la época primitiva, quizás á la ciudad mencionada en el libro de Josué, pertenecen sin duda las antiguas cisternas abiertas en la peña y gran número de gruesos y bien labrados sillares, los que serían seguramente utilizados tiempo después por Josefo en las obras de fortificación allí realizadas á consecuencia del gran levantamiento contra Roma. Cruzados y musulmanes los aprovecharían también, y es posible que labrasen otros sirviéndoles aquéllos de dechado.

A la época cristiana y bizantina corresponden, según todas las apariencias, los residuos de una pequeña iglesia consagrada á Elías, que los griegos han hecho revivir de sus ruinas hace pocos años y han incluído dentro de su nuevo monasterio. Junto á ella se abre dilatada cisterna, y en sus inmediaciones álzanse vastos edificios de fecha reciente, destinados á la recepción de los peregrinos griegos que en gran número visitan el sagrado monte. Antiguo estanque, hoy cegado en parte, forma parte de una huerta en la que se cultivan legumbres y árboles frutales, estando todo rodeado de un muro de cerca.

A los latinos, esto es, á los Padres franciscanos de Nazareth, pertenece la mayor parte de la meseta que forma la cumbre, y los frailes, después de haber cercado igualmente con muros el terreno de que son propietarios, practicaron en él, en el año de 1874, excavaciones por demás interesantes, en cuanto han puesto en descubierto el verdadero punto en que estuvo situado el santuario de la Transfiguración. Debajo de enorme masa de escombros se encontraron los restos de dos capillas; la primera, de muy reducidas dimensiones, tenía un ábside á oriente y el pavimento de mosaico. Siguiendo la investigación hacia el este no tardaron en aparecer los vestigios de otra capilla mucho mayor con tres naves que medían treinta y seis metros á lo largo por

J. D. WOODWARD. DELT.

A. WILLMORE, SCULPT.

EL MONTE TABOR.

diez y seis á lo ancho. Debajo de la central ábrese dilatada cripta á la que se baja por una escalera de doce peldaños, labrados los unos en la peña y construídos los otros con pulidas baldosas. Lo propio ha de decirse de la cripta: abierta parte en la roca, es de fábrica en los puntos donde no existe aquélla; en el fondo álzase un altar del cual la mitad permanece aún en pié. Esta cripta, sepultada poco há bajo gran masa de piedra, tierra y cascajo, data sin duda alguna de los primeros siglos del cristianismo y pertenece al primitivo santuario erigido en el Thabor bajo la advocación de San Salvador; la capilla que la contenía y se elevaba encima de ella pudo ser destruída y rehecha varias veces; pero la cripta es natural que se librase así de los estragos como de las restauraciones que por precisión debieron de alterar el carácter del edificio superior. Situado éste en el punto culminante del monte y siendo esta capilla la de mayor importancia y la más notable entre las tres en aquella cima construídas, no puede caber ni asomo de duda en que fué esta la de San Salvador, así como las otras dos son la de Elías la primera y la de Moisés la segunda, resultando de todo que la cripta de que se trata ha fijado de un modo indudable el lugar en que, desde los primeros siglos de la Iglesia, se creyó haberse realizado el gran misterio de la Transfiguración. El altar ocupa probablemente el punto en que, según la misma tradición, imprimió Jesús su divina planta cuando hizo brillar un destello de su gloria á los ojos de los asombrados discípulos.

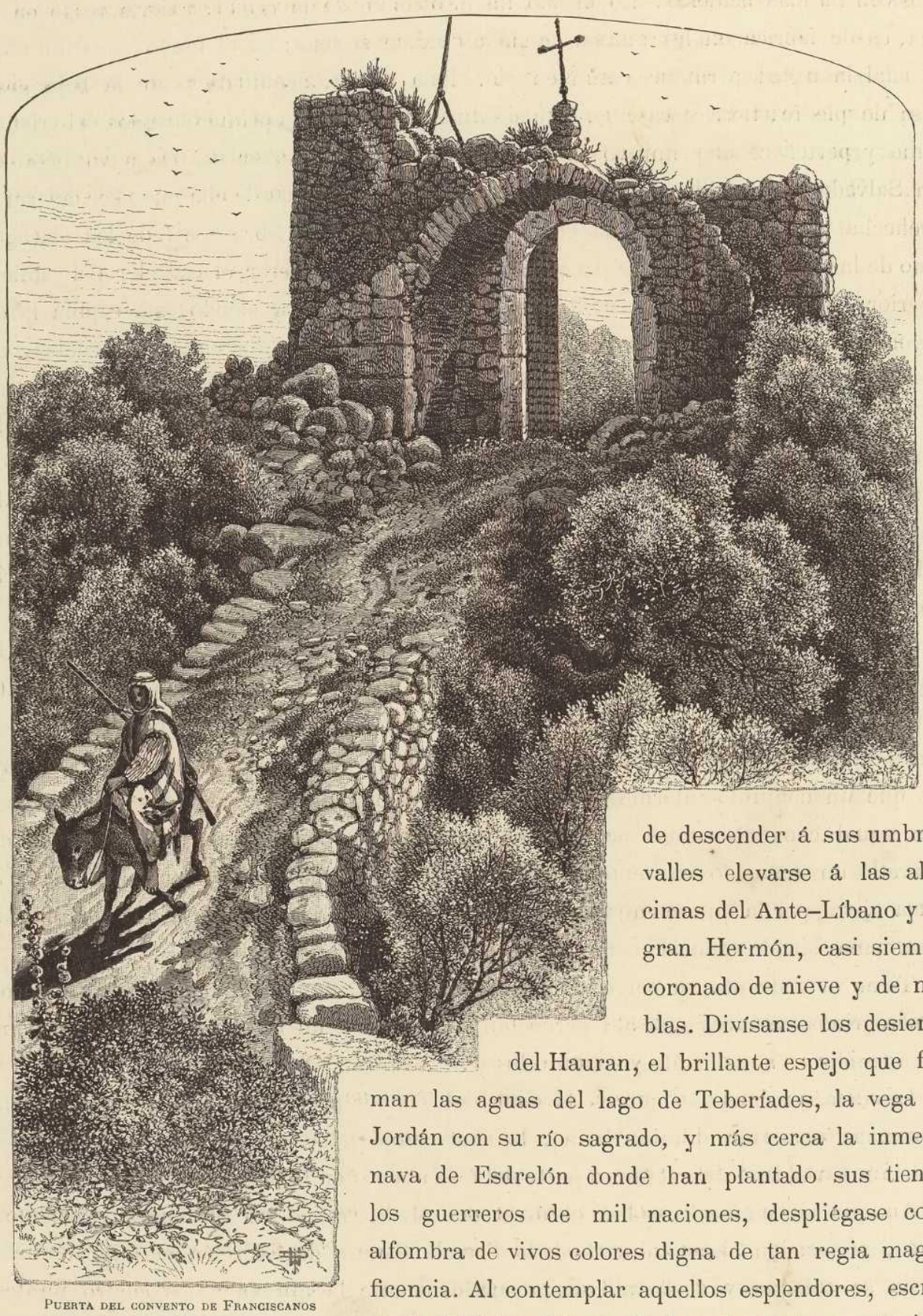
Las dos capillas de este modo descubiertas, así la pequeña de Moisés como la mayor de tres naves dedicada á San Salvador, estuvieron contenidas en el recinto de un gran monasterio fortificado que en la época de las Cruzadas perteneció á los latinos y cuya posesión les ha sido recientemente devuelta. El vasto edificio no era más que un conjunto informe de varias construcciones, medio demolidas ó arruinadas, y en aquel caos de ruinas acumuladas han construído los Padres franciscanos de Nazareth un reducido convento, sirviéndose de los materiales allí abandonados. La puerta ojival por la que se entra en su recinto data de la Edad Media y de la dominación musulmana, siendo conocida con el nombre arábigo de Bab el-Haua.

Tiene el convento su correspondiente hospedería, aunque reducida, por ser pocos los peregrinos católicos que allí pernoctan; atiéndenlos un sacerdote y dos legos que suelen residir en aquel santo y solitario lugar.

Las demás ruinas que cubren la cima del Thabor pertenecen á la gran ciudadela musulmana posterior al reino latino, la cual comprendía toda la meseta del monte. Existe aún en el lado del este gran parte del foso abierto en la peña viva.

Aunque su elevación sobre el nivel del Mediterráneo no alcance á seiscientos metros, su posición aislada al norte de la dilatada llanura de Esdrelón permite á quien en ella se coloque y desde allí dirija sucesivamente la mirada á los cuatro puntos cardinales gozar del más grandioso y variado panorama que pueden ofrecer las regiones de Palestina. Hacia el mediodía extiéndese á lo lejos la vista por entre los montes de Gelboé hasta las azuladas sierras de Judá y Efraim; las alturas más sombrías del

Carmelo la detienen por el lado de poniente; al norte puede recorrer los ámbitos de Galilea, impregnada toda ella con las memorias y los milagros del Salvador, y después



Puerta del convento de Franciscanos en el Thabor

de descender á sus umbríos valles elevarse á las altas cimas del Ante-Líbano y del gran Hermón, casi siempre coronado de nieve y de nieblas. Divísanse los desiertos del Hauran, el brillante espejo que forman las aguas del lago de Teberíades, la vega del Jordán con su río sagrado, y más cerca la inmensa nava de Esdrelón donde han plantado sus tiendas los guerreros de mil naciones, despliégase como alfombra de vivos colores digna de tan regia magnificencia. Al contemplar aquellos esplendores, escribe el abad Mislin, llénase el alma de santo y entusiasta fervor, y cree que á sus ojos ha de descender la luminosa nube y resonar en sus oídos la voz del Eterno. El cristiano que ha visto las maravillas del Thabor siéntese inclinado

á repetir aquellas palabras del príncipe de los Apóstoles: «No creáis que al haceros conocer el poderío y la venida de Nuestro Señor Jesucristo nos fundemos en fábulas ó ingeniosas invenciones, nó; con nuestros propios ojos hemos contemplado su majestad... y oimos la celeste voz estando con él en la santa montaña.»

«Las breves horas que pasé en el Thabor, añade el mismo autor, las tendré siempre por las más fecundas y deliciosas de mi vida; con no poco esfuerzo y pena me sustraje á las emociones que me dominaban, y á ejemplo de cuantos peregrinos tienen la dicha de visitar el sagrado monte, repetía una y cien veces aquellas palabras de san Pedro: *Domine, bonum est nos hic esse.* Tan cierto es, como dice san Francisco de Sales, que el hombre gusta de la virtud si va acompañada con miel más que si se le presenta con hiel y vinagre; el Calvario no nos encanta y seduce como el Thabor, y no en aquel monte sino en éste quisiéramos erigir nuestros tabernáculos.»

Esta impresión de bienestar moral físico que en el Thabor se experimenta es universalmente sentida, y así se expresa en cuantos relatos tenemos á la vista. Ya el peregrino don Aquilante Rocchetta lo calificó del monte más *vago e dilettevole* que en su vida viera, y el presbítero Bourassé nos pinta el estado de su ánimo en los siguientes términos:

«Imposible se me hacía dejar la hermosa montaña; la brisa del mar refrescaba el ambiente, y después de tan largos días de sofocante calor ¡qué placer el nuestro al llenar el pecho de aire puro y sutil! Con el propósito de ganar tiempo hacía observar á los compañeros en difusas consideraciones el grandioso espectáculo que á nuestros piés se mostraba. ¡Admirable cuadro en efecto! A poniente, el Carmelo con sus encrestadas cimas en las que se descompone la luz como en un prisma; á mediodía la sierra de Gilboé sirviendo de peana á los ásperos montes de Efraim y Judá, los que limitan el horizonte como azulados vapores que se confunden con el color del cielo. Al norte se extiende la tierra de Galilea, donde cada ciudad, cada pueblo, cada peña guarda una evangélica memoria; á lo lejos vese brillar el mar de Tiberíades indicando el comienzo del valle del Jordán. Aquí el gran Hermón alza su cumbre nevada y brumosa; allá las alturas del Ante-Líbano y las soledades del Hauran que se prolongan hasta las puertas de Damasco. Y de los llanos de Esdrelón, campo de batalla de todos los pueblos, diríase que se oyen subir en medio de guerrero estruendo los nombres de Gedeón, de Débora, de Saul, de Godofredo, de Ramón de Tolosa, de Tancredo, de san Luís y de Napoleón! Al fin, con gran sentimiento, emprendimos el descenso...»

Hagamos nosotros lo que él, y abandonando la venerada cumbre sigamos la revuelta senda que lleva á la aldea situada al pié del monte y conocida con el nombre de Daburieh: es la antigua Dabereth, ciudad levítica que formaba frontera entre las tribus de Zabulón é Issachar, á la cual pertenecía, lo mismo que todo el llano de Esdrelón. Créese que en esta población se reunió Jesús con sus discípulos al descender del Thabor, y que allí, en medio del gran concurso de gente, curó al poseído. Existen en ella ruinas de una iglesia cristiana que sería erigida en memoria del milagro. Es frecuente hallar

en las inmediaciones del sacro monte las negras tiendas de un campamento de beduinos.

Es digno de ser notado, observa el abad Mislin, que las grandes escenas de la vida de Nuestro Señor Jesucristro, su transfiguración, su muerte y su ascensión se han verificado todas en montañas. También en los montes del desierto ayunó por espacio de cuarenta días y fué tentado por el espíritu maligno; en un monte realizó el prodigio de la multiplicación de los panes, enseñó el Padre nuestro y las Bienaventuranzas y eligió á los doce apóstoles; en el monte Sión instituyó la Eucaristía y envió el Espíritu

Sepulcro del profeta Jonás en El-Mechhed, la antigua Gath-ha-Hepher

Santo; en el monte Olivete lloró sobre Jerusalén, á sus ribazos iba á orar con frecuencia, y al mismo monte ha de venir para juzgar al humano linaje.

La primera aldea que se encuentra más allá de Nazareth, si se toma hacia el nordeste, lleva el nombre de Reinech; situada á treinta y cinco minutos de marcha de aquella ciudad, encierra ochocientos habitantes, la mitad musulmanes y los otros griegos cismáticos, y ha sucedido probablemente á la antigua Garis, mencionada por Josefo.

En sus inmediaciones mana la Fuente del Berro, y antes de un cuarto de hora, siguiendo hacia el norte, se llega al lugarejo de El-Mechhed, que se levanta en peñascoso otero y contiene unos trescientos moradores. Allí se empeñó el glorioso combate entre la numerosa caballería que acaudillaba el hijo de Saladino y los defensores de Nazareth en 1.° de mayo del año de 1187, referido en el anterior capítulo. En reducida

mezquita venérase un sepulcro cubierto de verde tapiz, donde se encierran los restos del profeta Jonás, según tradición acreditada entre los musulmanes y los cristianos de Palestina. El lugar que sufrió gran estrago cuando el terremoto del año de 1837, ha sido casi todo él edificado de nuevo; la mezquita se conserva en buen estado, y el sepulcro, por el cual profesan los turcos gran veneración, sólo puede verse exteriormente.

Si la tradición es fundada, como todo lo hace presumir así, El-Mechhed es la antigua ciudad de Gath-ha-Hepher, mencionada en el libro de Josué como situada en el límite de la tribu de Zabulón, en el de los Reyes como patria de Jonás. San Jerónimo dice que ya en su tiempo quedaba reducida á una aldea, donde se enseñaba el sepulcro del profeta; pero el rabino Isaac-Chelo, que escribió en el siglo XIV *Los caminos de Jerusalén*, contradice en parte la tradición diciendo: «De Sephoris se llega á Gath-ha-Hepher, en el día Meschhad, patria del profeta Jonás, hijo de Amitaí, conforme se lee en la Sagrada Escritura. Según el Talmud pertenecía el profeta Jonás, por parte de padre, á la tribu de Zabulón, y por la de su madre, á la de Aser. Gath-ha-Hepher es un lugar de escasa importancia habitado únicamente por algunas pobres familias musulmanas. De allí se pasa á Kefr-Kenna, pueblo que encierra el sepulcro del profeta Jonás.»

De El-Mechhed al pueblo de Kefr-Kena la distancia no llega á dos kilómetros.

Es Kefr-Kenna la Caná de Galilea, edificada en anfiteatro y ocupando como en inmensa gradería las laderas de una colina hasta su cumbre, otros oteros semejantes la rodean, dominando fértil valle al que dan agradable sombra bosquecillos de naranjos, higueras, olivos y sobre todo de granados. Allí, á ruego de su Madre, hizo Jesús su primer milagro y manifestó su gloria y su absoluto poder sobre las criaturas.

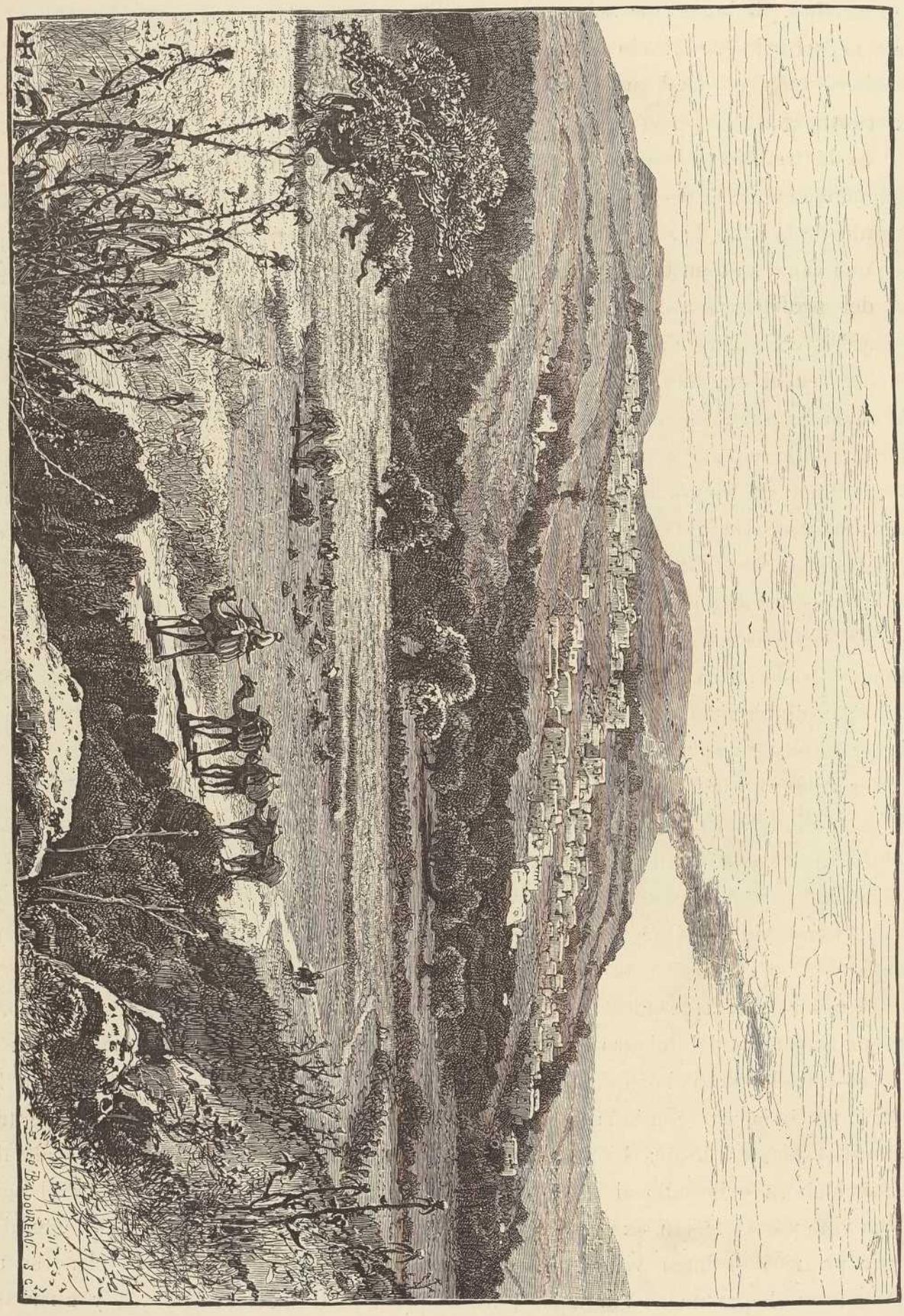
«De allí á tres días, dice el sagrado libro, se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, á las que asistió la Madre de Jesús. También fueron invitados Jesús y sus discípulos, y como llegase á faltar vino entre los convidados, dijo María á su Hijo: —No tiene vino.—¿Qué nos vá en ello? contestóle Jesús; aún no es llegada mi hora.»

A pesar de esta respuesta, llena la Virgen de justa y humilde confianza y como cierta y asegurada del milagro que por su intercesión esperaba, dijo á los que servían:

«—Haced cuanto él os dijere.—Y había allí seis hidrias de piedra destinadas á las abluciones judaicas, continúa el evangélico relato, y cabían á cada una dos ó tres cántaros.—Díjoles Jesús: Llenad las hidrias de agua.—Llenas que fueron, añadió: —Sacad ahora y llevadlo al maestresala *(architriclinus)*.—Así lo hicieron, y el agua hecha vino parecióle tan excelente que se apresuró á decir al esposo:—Es costumbre servir primero el buen vino, y luego que los convidados han bebido bien, seguir sirviéndoles el que no es tan bueno; tú, empero, lo has hecho al revés y guardaste el mejor para la postre.»

En el sitio que ocupó la casa en que se verificaron las famosas bodas y se realizó

el prodigio, levantaron los cristianos una hermosa iglesia, y los peregrinos de la Edad Media hacen mención de un monasterio allí mismo fundado con el nombre de Archi-



Vista general de Kefr-Kenna, la Caná evangélica

triclinium. Guardábanse en él las hidrias ó tinajas que sirvieron para el milagro, y de ellas es tradición haber sido trasladadas á Occidente en la época de las Cruzadas,

gloriándose con su posesión varias iglesias. En Francia, la abadía de Port-Royal conservaba una, y existía otra en el tesoro de la abadía de San Dionisio; en los calamitosos días de la revolución que estalló á últimos del siglo XVIII desaparecieron una y otra para reaparecer después la una en el museo de Angers y un fragmento de la segunda en la Biblioteca Nacional de París. La ciudad de Quedlinburgo, en el reino de Prusia, cree poseer otra entera que se dice traída de Oriente por la emperatriz Teodosia, esposa del emperador Otón II. En nuestro Escorial se guarda una, y por regalo de Otón III existía otra, entera también, en la iglesia de San Miguel de Hildesheim; ésta fué rota por los protestantes en el año de 1662, y sólo una pequeña parte se conserva de ella. Andrés de Hungría, al retirarse de Tierra Santa en el año de 1218, llevó consigo, entre otras preciosas reliquias, una de las tinajas de Caná, la cual, dividida en fragmentos, existe en varios puntos de Hungría.

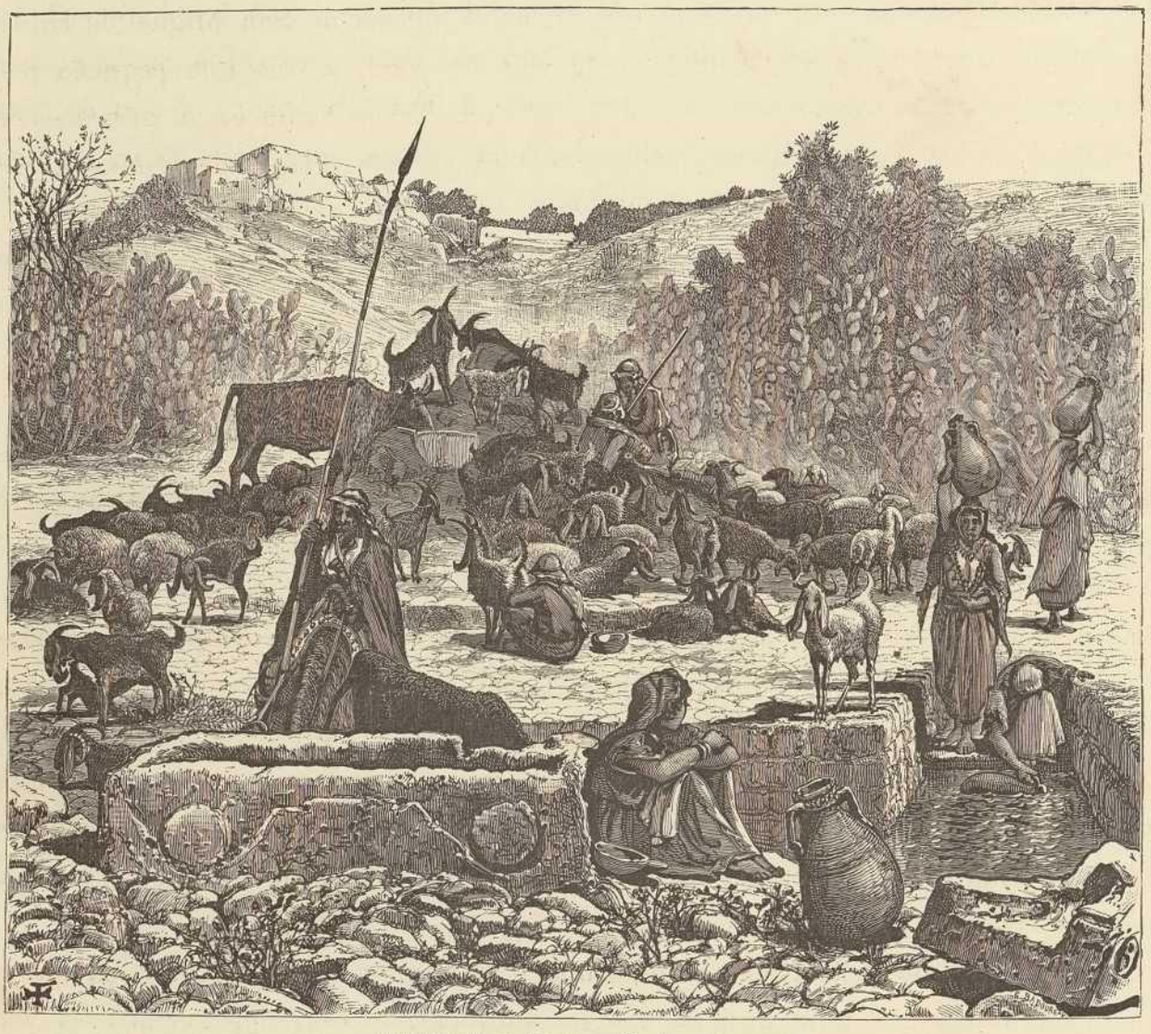
El Redentor realizó en Caná otro milagro que refiere san Juan en los siguientes términos: «Jesús vino otra vez á Caná de Galilea, donde convirtiera el agua en vino, en ocasión en que se encontraba en Capharnaum un señor de la corte cuyo hijo estaba muy enfermo, y como hubiese oído que Jesús venía de Judea á Galilea fué á él y con lágrimas le rogó que fuese á su casa y sanase á su hijo porque se estaba muriendo...—Tu hijo vive y está bueno, puedes marcharte,—díjole Jesús. Creyó el hombre en estas palabras y se fué, y á su regreso encontró á sus criados que le dieron nuevas de que su hijo había curado. Preguntó la hora en que había comenzado á mejorar, y le dijeron:—Ayer á las siete le dejó la fiebre.—Entendió entonces el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo:—Tu hijo vive.—Y de aquel día creyó en él lo propio que su familia toda.

El discípulo Nathanael, á quien algunos llaman Simón, presentado á Jesús por el apóstol Felipe, era de Caná; tiénese por verosímil que éste fué el apóstol san Bartolomé, y los primeros cristianos le dedicaron una pequeña basílica en el lugar donde estuvo edificada su casa.

La actual aldea de Kefr-Kenna sólo ocupa una mínima parte del sitio en que se halló situada la población antigua á la cual ha sucedido; la tierra de las laderas y de la meseta que á ésta servían de asiento ha sido hace poco tiempo rota y revuelta por el arado y sometida al cultivo; en ella son de ver varias cisternas abiertas en la peña. En la cumbre de la colina los cimientos de una fábrica rectangular son tenidos por los de antigua torre de defensa, y junto á ella se encuentran algunas sepulturas de antigüedad aún más remota. Las ruinas de una mezquita que existe al pié de la eminencia merecen aún más particular atención, pues este edificio, antes de ser consagrado al culto mulsumán, fué la iglesia erigida en la casa donde Jesucristo realizara su primer milagro; de ella se conservan algunos paredones y un pequeño ábside bizantino, medio enterrado entre escombros. Hace algunos años que habiendo los Padres Franciscanos de Nazareth obtenido permiso para reconstruir el santuario descubrieron, desmontando el suelo, algunos magníficos sillares y cinco ó seis fustes

de coluna; pero los musulmanes del lugar se opusieron á que continuaran los trabajos y se apoderaron de las piedras y las llevaron al pueblo. En el día sólo presenta aquel sitio confuso conjunto de ruinas, muy dignas del respeto y de la veneración del cristiano por los recuerdos que á las mismas por tradición van unidos; en medio de ellas los frailes han levantado una reducida capilla en conmemoración del milagro.

A unos treinta pasos al oeste de estas ruinas existen las de otro santuario conocido con el nombre de *Beit-Samaan* (casa de Simón); convertido tiempo después en mezquita



Fuente de Kefr-Kenna, la Caná del Evangelio

y ahora abandonado y en ruinoso estado, créese que fué construído en el área de la casa del apóstol Bartolomé. A creer á Nicéforo Calixto, fué el mismo cuyas bodas se celebraban el día en que mudó Jesucristo el agua en vino.

A poca distancia encuéntrase una pobre y pequeña iglesia perteneciente á los griegos cismáticos, á los que sirve de parroquia; su construccion es, á no dudar, posterior á la época de las Cruzadas, y aún los griegos mismos reconocen que no ocupa el lugar de la sala del festín, la cual colocan, al igual de los latinos, entre las ruinas de la mezquita antes mencionada. Esto no impide que muestren en su iglesia, empotradas en la pared, dos tinajas de piedra como otras de las que sirvieron para convertir el agua en vino. Temerario es afirmarlo, dice acerca de esto M. Guerin,

pero no ridículo, ya que las dos hidrias se remontan de todos modos á gran antigüedad.

La aldea de Kefr-Kenna se divide en tres partes distintas ó barrios: en el de la derecha moran los musulmanes y en los otros dos los griegos cismáticos; entre todos no pasará la población de seiscientas almas, en número igual unos y otros.

Al pié de la colina en cuya falda se levantan, á unos quinientos pasos de la aldea por el lado del mediodía corre abundante y límpida fuente cuya agua, viniendo de más lejos por angosto canalizo, es recogida en antiguo y labrado sarcófago que sirve de pilón. Como es la única del pueblo acuden diariamente á ella gran número de mujeres llevando sus grandes ánforas de tierra, semejantes sin duda á las hidrias del memorable festín de las bodas. Casi todas visten holgada túnica azul, sin velo, ni más adorno en la cabeza que sartas de monedas entre sus negros cabellos; muchas se dan color en los labios y en los ojos. De esta fuente sin duda, pues repetimos no hay otra en aquellos alrededores, procedía el agua que el Salvador, á ruego de su Madre, mudó en vino, y por esto suelen los peregrinos beberla con devoción. Rodéanla copudos árboles á cuya sombra se toma agradable descanso, y la fuente corre luego á fertilizar la hermosa huerta en la que crecen principalmente granados.

Algunos viajeros han pretendido que la Caná evangélica es, con preferencia á este lugar, el arruinado y desierto de Kana-el-Djelil, á unas dos horas de Seffurieh; pero la opinión común y más acreditada es lo que queda referido.

De Kafr-Kenna á Tiberíades el camino sigue hacia el este por un valle inmediato á la fértil llanura de Battauf que se ramifica en varias direcciones por entre las montañas y era llamada antiguamente llano de Zabulón, á causa de ser aquel lugar principal establecimiento de esta tribu. Griegos y romanos le daban el nombre de *Asokhis*. Déjase luego á la izquierda la aldea de Turan y se llega á poco á las ruinas de Mescara, quedando á la derecha el lugarejo de Esh-Chadjara. El país es de lo más feraz que puede imaginarse, pero poco cultivado.

Entre Mescara y Lubi ó Lubiyé acaba el llano; es el último una gran aldea situada en una colina rodeada enteramente de nopales. El general Junot, procedente de Kefr-Kenna, fué atacado en las inmediaciones de Lubiyé por los mamelucos en número muy superior al de sus tropas, y después de heroico combate hubieron los franceses de emprender ordenada retirada hacia el punto de donde venían; dos días después, en 11 de abril del año de 1799, presentóse Kleber para libertar á la comprometida división, y entonces fué cuando, rechazados, se replegaron los musulmanes al llano de Esdrelón, donde podían sacar mejor partido de su numerosa caballería. A los pocos días, reforzado el ejército turco, ocurrió allí la batalla llamada del Thabor, que queda referida.

En aquel punto tiene origen ancho valle que corre hacia oeste, y es el que siguieron los Cruzados en su marcha de Sephoris á Tiberíades. El conde de Trípoli, que iba á la vanguardia, fué detenido por los musulmanes junto á un *cazal* ó aldea llamado por

los cristianos *Marescalcia* por pertenecer al mariscal del Temple ó del Hospital. En las cercanías de Lubi vense unas ruinas que podrían muy bien ser el lugar designado en las crónicas de la Edad Media. Los beduinos les dan el nombre de *Meschenah*.

A corta distancia de la aldea de Turan, como á tres cuartos de hora de Kefr-Kenna, divísase el campo llamado de las Espigas, donde pasó el suceso que refiere el Evangelista en estos términos: «En aquel tiempo andaba Jesús un día de sábado por unos sembrados, y sus discípulos, como tuviesen hambre, comenzaron á cortar espigas y á comer. Cuando esto vieron los fariseos le dijeron:—Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito en sábado.—Pero Jesús les respondió:—¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, lo mismo que aquellos que con él estaban? Pues entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición que sólo podían comer los sacerdotes. ¿No habéis leído en la ley que los sacerdotes tienen en el templo que quebrantar el sábado, y son sin pecado? Dígoos que aquí está el que es mayor que el templo y señor hasta del sábado.»

El lugar de Chefa-Amer, situado en una altura que domina el llano de Battauf, es otro de los que importa citar antes de abandonar la región anterior al lago de Tiberíades, adonde nos dirigimos. Los geógrafos árabes indican este pueblo con el nombre de *Chefaram*, corrupción quizás del antiguo hebreo de *Kephraim* (doble aldea) que un tiempo llevó; y en efecto, las sepulturas labradas en la peña atestiguan antigüedad remotísima. Cuenta el pueblo dos mil habitantes, musulmanes, cristianos, drusos y judíos, y hay en él un convento latino de religiosas. El edificio más interesante del lugar es el antiguo castillo que lo domina, restaurado en parte á mediados del pasado siglo; la fachada septentrional es la mejor conservada. En este sitio, á lo que se asegura, estableció Saladino un campamento atrincherado para hostigar á los latinos que tenían puesto sitio á Acre; en las inmediaciones se encuentran gran número de cisternas y grutas y las ruinas de una fortaleza de la Edad Media, de la cual subsisten los arranques de sólidos muros.

En el Tell-Djefat, á cuarenta minutos de las ruinas de Kana-el-Djelil, se alzó la fuerte ciudad de Jotapata que el historiador Josefo defendió por largo tiempo contra Vespasiano, viéndose al fin obligado á capitular. Por disposición suya fué rodeada con fuerte muro la colina septentrional, único punto accesible para llegar á la ciudad; pero agotada el agua de las cisternas y sin manantial ninguno en la población, la falta de agua hizo la posición insostenible.

Hállanse en aquel monte la aldea de Rummané, la antigua Rimmón de la tribu de Zabulón, y también la de Rumé (la Roma de los Cruzados), mencionada igualmente por Josefo.

Como á una legua del Thabor encuéntrase el gran khan que lleva el nombre de Et-Tudjar y también de los Mercaderes por celebrar en él mercado el lunes de cada semana los habitantes de aquellos contornos. Está situado en la elevada y desigual llanura de Ard el-Hamma, que fué antiguamente conocida con el nombre de Saron

al igual de otros varios puntos de fertilidad extraordinaria, y consiste en dos vastos edificios en ruinoso estado, uno en cada lado del camino, antiguos fuertes, flanqueados por torres.

Frecuentes son en aquel lugar, junto á la fuente inmediata, los campamentos de beduinos, y por entre ellos, llégase en menos de una hora al lugar de Kefr-Sabt, que ocupa probablemente el lugar de la ciudad cananea de Bethanath. En el año de 1870 el gobierno turco lo ha cedido á unos emigrados argelinos, eximiéndolos de tributos por espacio de ocho años.

Otro khan del cual sólo quedan ruinas se alzaba á media hora de Lubiyé; de allí, por montuoso terreno, se toma hacia el este y comienza la subida por entre las volcánicas peñas que indican la proximidad del mar de Tiberíades en región distintas veces trastornada por violentos terremotos. Colinas suceden á colinas y cañadas á cañadas como surcos trazados en el suelo por gigantesco arado, y la bella y grata impresión que en el ánimo dejaran los afortunados campos de Nazareth desaparece por completo ante el imponente y fragoso aspecto que de cada vez más va tomando el paisaje. En hora y media se llega á la cumbre del último collado.

IV

El lago de Tiberíades.—Recuerdos evangélicos.—Thabarieh, la antigua Tiberíades.—Terremoto.—Historia de la ciudad.—Su fundación.—Famoso combate naval.—La escuela talmúdica.—Institución del primado de San Pedro.—La ciudad en la época cristiana.—Su conquista por los musulmanes.—Su estado actual.—Ruinas.—Baños termales de Emmaus.—La antigua Sennabris.—Ruinas de Tarichées.—Medjel (Magdala).—Arbela.—*Korun-Hattin* ó *Hittin*.—El sermón de la Montaña.—Batalla de Hittin ó de Tiberíades.—Milagro de la multiplicación de los panes.—Ued-el-Hamam.—La antigua Kinnereth.—El Khan-el-Minieh.—Bethsaida occidental.—*Ain-Tubigha*.—Capharnaum.—Antigua sinagoga.—Iglesia arruinada.—Memorias evangélicas.—Corozain.—Bethsaida-Julias.—*Karbet-Kersa* (Gerasa).—*Kalat-el-Ha'en* (Gamala).—Hippos.—Recuerdo de las Cruzadas.

Siete horas de marcha por senderos casi siempre quebrados conducen directamente al viajero que no se detiene en las anteriores excursiones, de Nazareth al mar de Galilea ó lago de Tiberíades, siguiendo la dirección del nordeste. «Con pena, escribe el presbítero Bourassé, deja el peregrino el recinto de Nazareth; un cristiano se acostumbra con facilidad á considerarlo como una segunda patria, privilegio que comparte con las ciudades de Jerusalén, Roma y Belén; la de María posee, al igual que éstas, particular atractivo. Antes de partir bajamos al santuario de la Anunciación y rezamos á coro el *Angelus*, la oración cuyas sublimes palabras salieron aquí mismo de los labios del Angel y de los de aquella Virgen sin mancilla que fué después madre de Dios. Bebimos al paso en la Fuente de María, y saludamos con la postrera mirada unos sitios por tan gratas memorias embellecidos. Una desigualdad del terreno ocultó en breve la ciudad á nuestra vista; á nuestro camino le presta sombra el Thabor y la llanura de Esdrelón se extiende aún á nuestros piés. ¡Oh afortunados campos de Nazareth! ¡dichosas las almas fieles que pasan aquí su vida bajo la protección de Aquella á quien aman como madre los católicos y que ha sido establecida por Dios dispensadora de sus gracias! ¡Vuestra bella imagen, oh María, permanece aún viva en medio de estos valles y collados por vos tantas veces recorridos!»

Un camino que más bien merece el nombre de despeñadero, lleno de escorias y negruzcas piedras, lleva desde el elevado punto á que de nuestro itinerario llegamos al fin del capítulo anterior, situado á unos trescientos metros sobre el nivel de las aguas del lago, á las márgenes de este mismo lago, que es de formación volcánica, según así está universalmente reconocido. La cavidad que lo contiene, las peñas que lo rodean, las aguas termales que manan en aquellos contornos, los terremotos que con frecuencia siembran en ellos el espanto son otros tantos positivos indicios, no sólo de las grandes catástrofes allí sucedidas, sino también de la persistencia de este mismo volcánico influjo.

«El mar de Tiberíades, dice M. Bourassé, no se parece en nada á los lagos alpinos; es el inmenso cráter de un volcán lleno de agua, formando sus márgenes hendidas y

quemadas rocas.» De ovalada figura mide á lo largo de norte á sur veintiún kilómetros, siendo de doce su mayor anchura: por este y oeste lo limitan elevadas colinas, y esto y la profunda depresión de su superficie respecto el nivel mediterráneo, depresión que está calculada en ciento y noventa metros, hacen que reine allí alta temperatura. El Jordán lo atraviesa en toda su extensión, como que penetra en él por el centro de su arco septentrional y sale por el lado sudoeste de su extremo meridional. En sus aguas claras y límpidas se crían infinitos peces, entre ellos especies que sólo en el Nilo se encuentran, y cuando en su cristal se retrata el azul del cielo y centellean á los rayos del sol, ofrécense como brillante espejo que deslumbra y encanta á la vez. Tíñense, llegada la tarde, de hermosos y purpúreos colores que van perdiendo su intensidad á proporción que el astro del día se acerca al horizonte y se esconde detrás de las inmediatas montañas, y por la noche, cuando tachonan las estrellas la bóveda del firmamento, rielan con sus vívidos ó lánguidos destellos. Entonces el hermoso mar de Galilea, al cual no puede otro alguno compararse por los sublimes recuerdos que despierta, queda envuelto como por misterioso y diáfano velo, y mostrándose en todo el esplendor de su majestad, inspira indefectiblemente á quien lo contempla íntima y religiosa melancolía. Entonces, en el profundo recogimiento que nos embarga, en el solemne sosiego en que reposa la naturaleza, parece, en efecto, que surgen del sepulcro con sus memorias imperecederas los tiempos ya pasados, y que la barca de Jesús y sus discípulos surca aún el lago en todas direcciones. Vemos las ondas, ora tranquilas y tersas como un cristal, ora agitadas y tempestuosas, y el esquife del Salvador corre más de una vez el peligro de zozobrar con gran espanto de los apóstoles, cuando una palabra, un gesto solo del Mesías, por un instante adormitado, refrena y calma la furia de las olas que reconocen luego en él al supremo ordenador del universo.

»Entrando él en un barco, dice el evangélico relato, siguiéronle sus discípulos. A poco sobrevino gran tempestad en la mar, de modo que las olas cubrían la navecilla, mas él dormía. Angustiados los discípulos le dispertaron clamando:—Sálvanos, Señor, que perecemos.—Y Jesús les dijo:—Hombres de poca fe, ¿por qué teméis?—Y levantándose, al punto mandó á los vientos y á la mar y se siguió gran bonanza.—¿Quién es este á quien los vientos y la mar obedecen? decían maravillados cuantos presenciaron el suceso.»

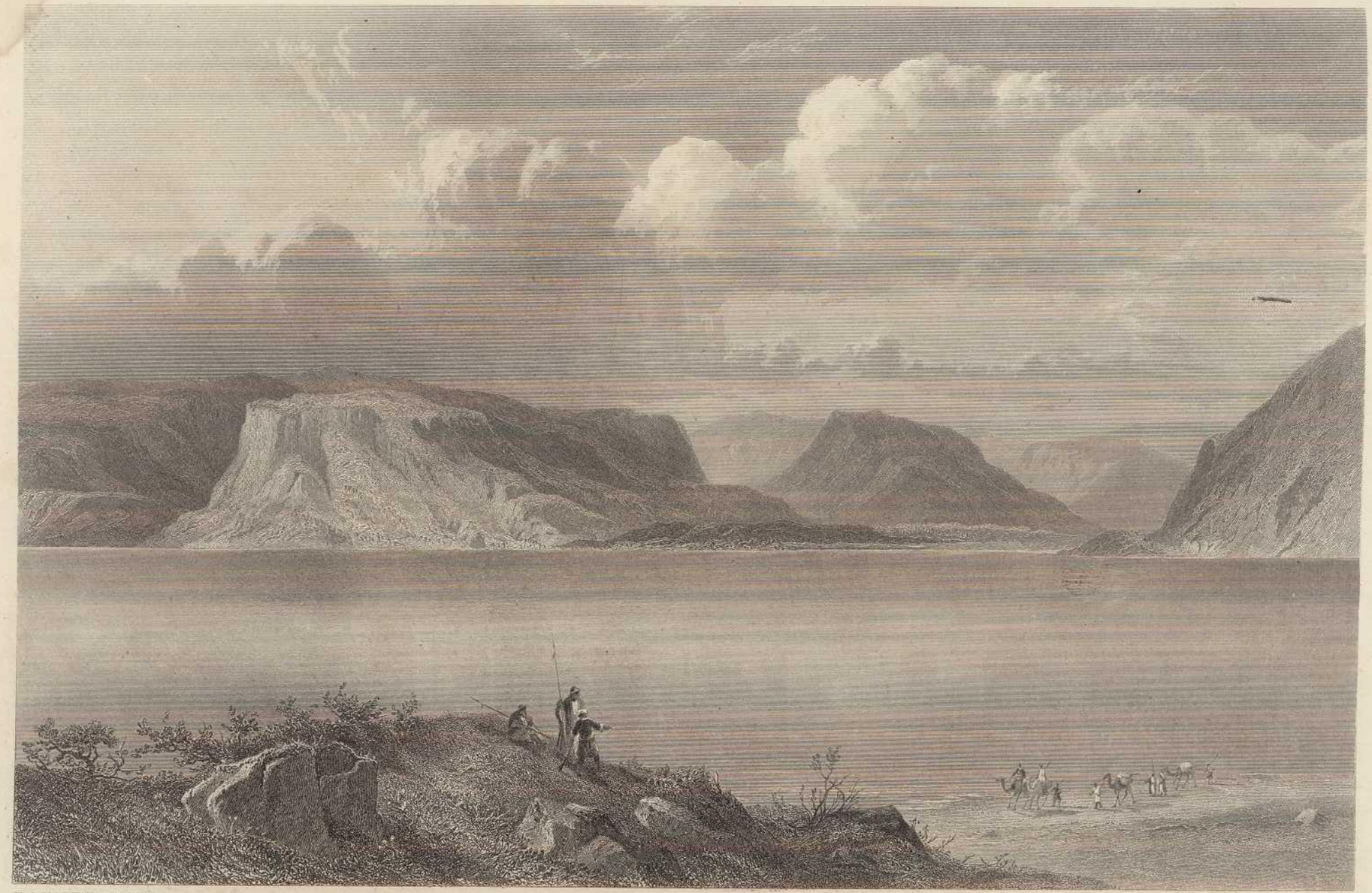
Otras veces las aguas del lago ofrecen á las divinas plantas del Redentor sólido pavimento, y por su unida superficie anda cual en tierra firme. «A la cuarta vigilia de la noche (casi al rayar del alba), mientras la barca con los discípulos permanecía en medio del lago, combatida de las ondas y los contrarios vientos, Jesús fué hacia ellos andando sobre las aguas. A la vista de tal prodigio se turbaron, y creyendo ser fantasma comenzaron á dar voces.—Yo soy, les dijo Jesús, no temáis.—A lo que contestó Pedro:—Señor, si tú eres, mándame venir á tí sobre las aguas.—Vén, le dijo Jesús, y bajando Pedro del barco andaba también sobre el agua acercándose á

su Maestro hasta que, arreciando el viento, tuvo miedo y comenzó á hundirse.—Valedme, Señor, exclamó, y Jesús, extendiendo la mano, lo sujetó y le dijo:—«Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

A la voz de Jesús precipítanse los peces y se amontonan en las redes de Simón Pedro, de Santiago y Juan, que durante toda una noche habían estado trabajando en balde, y logran entonces milagrosa pesca. No hay sitio en aquellas orillas que el Salvador no consagrase con sus enseñanzas, beneficios y milagros. «¿Dónde existe en el globo otro lago, pregunta M. Guerin, que pueda gloriarse con recuerdos semejantes? Por lo que á mí toca, dice el mismo autor, jamás podrán borrárseme del corazón las profundas é inefables impresiones que recibí á la vista de aquel reducido mar al cual he dado la vuelta

Pescadores en el lago de Tiberíades

en dos ocasiones distintas y en cuyas riberas he plantado muchas veces mi tienda. En tanto que tomaban descanso los hombres de mi escolta, complacíame, después



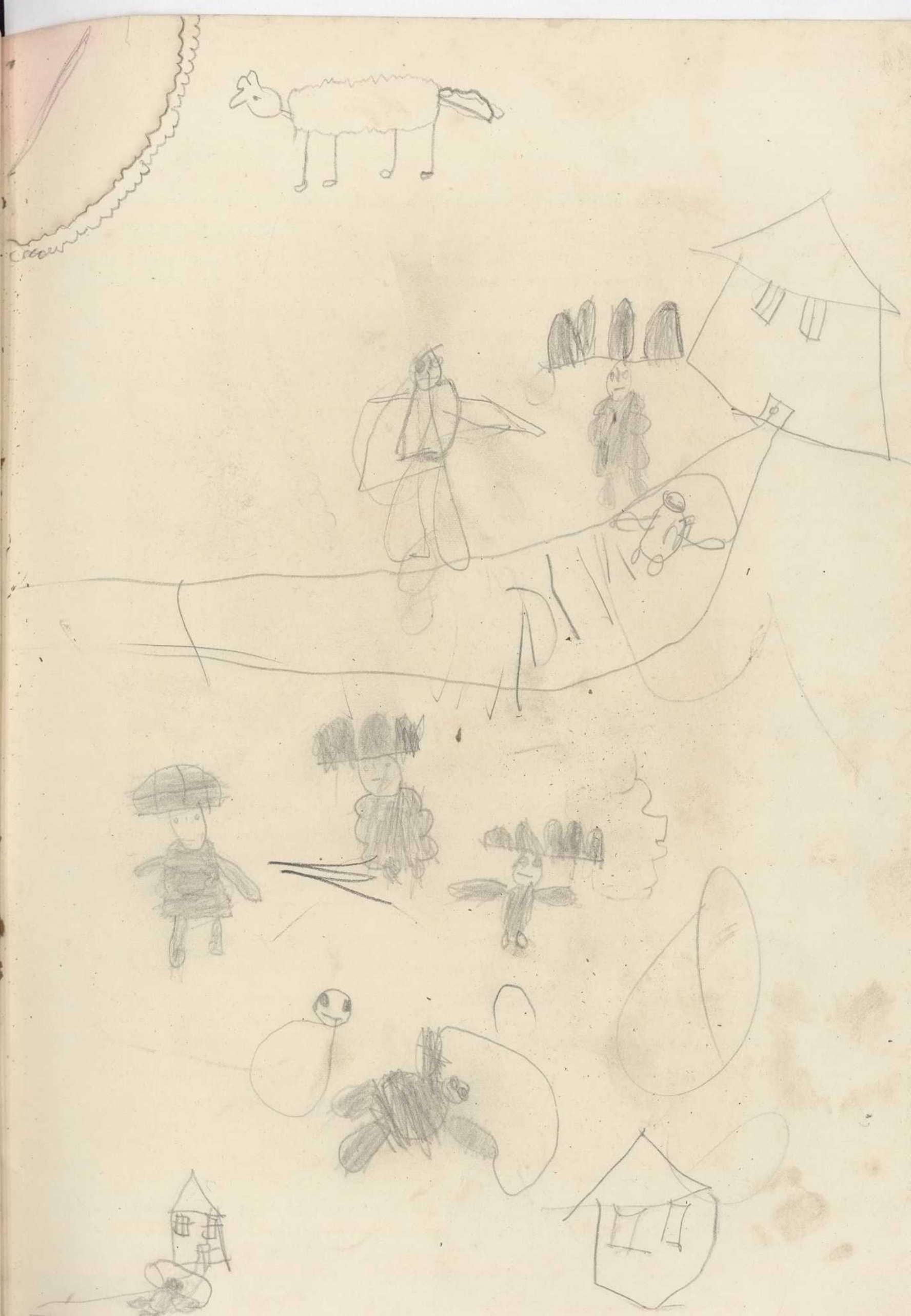
H.A.HARPER, PINXT

C.COUSEN, SCULPT

EL MAR DE GALILEA DESDE LAS ALTURAS DE SAFED.

8

ESPASA Y COMPª EDITORES.



de las fatigas y excursiones de la jornada, en vagar de noche por la solitaria playa adonde venían suave y lentamente á espirar las olas; y en aquellos instantes, atento el oído á su rumor plañidero, aspirando con delicia la nocturna brisa que refrescaba el abrasado ambiente, engolfábame en la meditación de lo pasado y evocaba con el pensamiento los principales sucesos ocurridos en los sitios que pisaba... Por medio de la Biblia y del historiador Josefo esforzábame en hacerlos revivir en mi memoria; pero sobre todos los de aquellas sombras de ciudades que allí existieron y que desde hace siglos están destruídas y desiertas, dominando á los principales personajes que en otro tiempo les dieron animación y vida, alzábase siempre ante mis ojos viviente y celestial la figura de Jesús que un día brillara en este lago y sus contornos y parece iluminarlos todavía con inmortales esplendores.»

Un día en que por aquella ribera andaba, dice el evangelio de san Mateo, «vió á dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés que, como pescadores que eran, echaban la red al mar, y les dijo:—Venid en pos de mí, y haré de vosotros pescadores de hombres.—Y ellos al instante, dejando las redes, le siguieron.» Más lejos «halló á otros dos hermanos Santiago y Juan en un barco con Zebedeo su padre que estaban remendando sus redes; llamólos, y también ellos, dejadas al punto las redes y el padre, se fueron con él.» De estas playas salieron, pues, varios de los futuros conquistadores del mundo; uno de los míseros pescadores de este lago fijará en Roma su humilde solio que reemplazará al soberbio trono de los Césares. En otra ocasión, siendo muy numeroso el gentío, entró Jesús en el barco de Pedro y le mandó apartarse algo de la orilla, para que mejor le vieran y oyeran; desde allí dirigió su voz á la multitud comunicándole divinas lecciones como viva imagen de lo que había de repetirse en toda la serie de los siglos: Jesucristo hablando y enseñando desde la barca del pescador.

No parece sino que alrededor de este privilegiado lago se complugo el Salvador en multiplicar sus milagros y enseñanzas; allí curó á gran número de enfermos; allí, al escriba que quería seguirle, dijo aquellas palabras:—Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene en donde recostar la cabeza.—A uno que, antes de acompañarle, quería dar sepultura á su padre, le dice:—Sígueme, y deja que los muertos entierren á sus muertos.—Aquel mar era, en efecto, según escribe el abad Mislin, el mar de Jesús, y éste mostraba por él predilección especial.

En la antigüedad llevó el nombre de *Kinneret* ó *Kinnerot*, denominación que debía á su configuración semejante á un laud *(kinnor)*; en la época de los Macabeos recibió el de *Gennezar* ó *Gennezareth*, del que tenía el llano situado en su confín del noroeste; después tomó y conserva aún el de la inmediata ciudad dedicada á Tiberio de que luego se hará mención. Su mayor profundidad es de cincuenta metros, y á poca distancia de su ribera septentrional comienza la depresión del valle del Jordán. Sus orillas se cubren en primavera de silvestre vegetación, y como los collados que lo rodean no son muy escarpados ni tienen gran altura, no ofrece el paisaje el agreste carácter de la

región del mar Muerto, antes bien se complace el ánimo en su aspecto risueño y sosegado, al que contribuyen las bandadas de avecillas que revolotean por la maleza. Hubo un tiempo, según sabemos por el Nuevo Testamento, en que numerosos barquichuelos surcaban el lago, cuyas márgenes albergaban á infinitos pescadores: hoy en una costa que, conforme se dirá, pudo proporcionar á Josefo doscientas y treinta barcas y suficientes materiales á Vespasiano para la construcción de una flotilla, no pasan de dos ó tres las barcas que salen al mar, y apenas se ve alguna que otra red puesta á secar entre las ruinas.

Bello en verdad había de mostrarse cuando quince ciudades se agrupaban á su alrededor y le formaban como viviente corona en su vega sombreada por toda clase de árboles y plantas. «La tierra que rodea el lago de Gennezareth y lleva el propio nombre, dice Josefo, es admirable por su feracidad y por la gran variedad de sus frutos. En ella vive hasta el nogal, árbol de los países fríos; higueras y olivos, amantes de los climas templados, adquieren allí gran crecimiento, y no hay que decir si prosperarán los necesitados de calor, como las palmas. Diríase que la naturaleza, en fuerza de su amor por esta hermosa comarca, se complace en reunir en ella los productos más diferentes, y no sólo hace que den excelentes frutos sino que duren como no sucede en otra parte alguna; uvas é higos se comen aquí durante seis meses y otra fruta todo el año.» En el día, excepto las cañas y adelfas que se crían en la playa, y algunos grupos de palmeras entre las ruinas de Tiberíades, nada más queda de tanta riqueza.

El agua del lago, que no está libre de borrascas cuando el huracán atraviesa el valle, es clara y potable, aunque con cierto sabor salobre; su temperatura es más elevada que la del Jordán, y aquellos naturales la refrescan dejándola expuesta al aire en vasijas porosas, exactamente como lo practicaban hace dos mil años, según sabemos por el historiador Josefo. En el lago desaguan varios manantiales de aguas calientes, y constantemente se alzan blancos vapores de su superficie.

En los tiempos evangélicos rodeábanlo, en efecto, varias ciudades y villas florecientes, de las cuales Tiberíades y Magdala son las únicas que se conservan en pié; las demás, como Bethsaida, Capharnaum, Corozain, Emmaus, Tarichées, Hippos, Gamala y Gerasa no son otra cosa que confusos montones de escombros apenas perceptibles.

Dirijámonos á ellas, así á las que existen aún como á las que casi ni siquiera viven en sus ruinas, comenzando por Tiberíades, que era entre todas la de mayor importancia.

Al llegar á sus inmediaciones llama la atención el ruinoso estado de sus muros, surcados por profundas grietas: en 1.° de enero de 1837 un terremoto destruyó gran parte de la ciudad y muchos habitantes perdieron la vida entre sus casas desplomadas. Fueron tales la violencia y la duración de las oscilaciones que las murallas se agrietaron y cayeron en diferentes puntos. Lo que en Oriente se arruina tarda mucho en ser reparado, si alguna vez se repara, y Tiberíades ofrece aún hoy el aspecto de la desolación. Los terremotos han sido frecuentes en la Tierra Santa, y la historia ha conservado la fecha de muchos de estos terribles fenómenos en Siria: el día 30 de

octubre de 1759, Tiberíades quedó casi destruída por completo; en veinte de mayo de 1802 y en agosto de 1822 las ciudades situadas en la ribera mediterránea y en los valles del Líbano y Galilea experimentaron violentas sacudidas, y en la última de estas fechas Alepo vió desplomados gran parte de sus edificios.

La ciudad de Tiberíades no data de gran antigüedad; fundóla por los años 16 de nuestra era Herodes el Tetrarca ó Antipas, príncipe no menos fastuoso que su padre de igual nombre apellidado el Grande, y á este efecto eligió uno de los más fértiles territorios de Galilea, en las inmediaciones de las renombradas aguas termales de Emmaus y en la ribera del magnífico lago de Gennezareth, que desde entonces tomó la denominación de la ciudad dedicada al emperador Tiberio, de quien era el Tetrarca muy devoto. Para construirla hubo

Llanura de Gennesar

necesidad de destruir gran número de antiguos sepulcros, y esto, al paso que atestigua la existencia en aquellos sitios de una ciudad anterior, probablemente ya destruída en aquella época, cuya necrópolis formarían, fué motivo para que los judíos mirasen con repugnancia la morada de la nueva y que Herodes, para poblarla, hubiese de llevar á ella algunas familias casi á la fuerza y de otorgar franquicias y privilegios á los extranjeros que allí se estableciesen. Aún con estos inconvenientes su población creció rápidamente, y por esto, por su extensión, por los suntuosos monumentos greco-romanos que la embellecieron, se convirtió en capital de Galilea. Herodes residió con preferencia en su recinto, en magnífico palacio que fué algún tiempo después saqueado y dado á las llamas.

Acaecida la muerte de este príncipe, fué la ciudad cedida por Nerón á Agrippa el Joven, y éste devolvió á la de Sephoris el título de capital que antes tuviera.

En la época del levantamiento nacional Flavio Josefo, gobernador de Galilea, se apresuró á fortificar la ciudad de Tiberíades, y para lograr que prevaleciera en ella su autoridad, tan inquieta y levantisca era su población, tuvo que emplear no poco

esfuerzo. Varias sediciones se promovieron contra él que pusieron en peligro su vida, pero de todas salió con bien y con honor. En una de ellas logró apoderarse de la ciudad sin otras fuerzas que las de siete soldados y doscientos y treinta barcos vacíos que llevara de Tarichées y que dejó á alguna distancia; los sediciosos, creyendo que los tripulaban hombres armados, se sometieron y le enviaron en rehenes seiscientos senadores y dos mil habitantes. El jefe de los amotinados, por nombre Clito, fué condenado á cortarse él mismo una mano.

Esto explica como, á pesar de haber sido la ciudad convertida en imponente plaza de guerra, se apresuraron el mayor número de sus moradores, presididos por Agrippa, á arrojarse á los piés de Vespasiano así que éste se presentó al frente de las legiones. Trajano, enviado por el general, tomó posesión de la ciudadela mientras establecía Tito su campamento en Emmaus y comenzaba la expugnación de Tarichées, adonde se habían dirigido en armas, resueltos á no rendirse, algunos miles de hombres procedentes de Tiberíades y por lo general extranjeros. Tomada la plaza y decididos todavía á desesperada resistencia, se refugiaron en los barcos de la playa y se hicieron mar adentro; pero Vespasiano, en buques ligeros á toda prisa construídos, envió fuerzas en su persecución, y entonces se empeñó en el lago de Tiberíades un combate naval que fué famoso por la cruel matanza á que los romanos se entregaron: de sus enemigos no se libró ni uno solo. El mar, dice Josefo, quedó materialmente enrojecido de sangre y cubierto de cadáveres; seis mil y quinientos hombres habían perecido, y al cabo de algunos días sus hinchados y lívidos cuerpos, flotando sobre las aguas, corrompieron el ambiente hasta el punto de infestar las comarcas ribereñas. Los moradores de Tarichées que no pudieron seguir á sus compañeros por el lago, fueron hechos prisioneros; conducidos á Tiberíades y encerrados en el anfiteatro, los más viejos y achacosos en número de mil y doscientos fueron sin piedad pasados á cuchillo; seis mil, jóvenes y robustos, fueron enviados á Grecia á trabajar en la abertura del itsmo de Corinto, y los demás, que pasaban de treinta mil, quedaron reducidos á cautiverio.

Tomada y destruída Jerusalén por las armas de Tito, el gran Sinedrio, después de momentánea residencia en Jamnia y en Sephoris, fue á establecerse á Tiberíades, formándose entonces en esta ciudad una escuela talmúdica que adquirió en breve gran autoridad y se mantuvo por muchos años en floreciente estado. Proponíanse sus maestros conservar incólumes las tradiciones nacionales, y fijando por escrito las interpretaciones más acreditadas desvirtuar de antemano aquellos comentarios que pudiesen alterar la pureza de la ley mosaica. A Judas, apellidado *Hakadosch*, esto es, el Santo, debióse la ordenada compilación de los antiguos preceptos con interpretación admitida, y su obra, que goza aún de gran crédito entre sus compatriotas, fué titulada *Mischnah* ó segunda Ley. Es este el principal texto talmúdico, en el que sucesivamente trabajaron otros varios autores para no recibir conclusión definitiva hasta á fines del siglo II.

Pero en él no todo fué previsto ni pudo ser comprendido, y así vemos que más de un siglo después el rabino Jochanan publicó, también en Tiberíades, su complemento, que recibió el nombre de *Gemara*. Por grande que fuese la autoridad del autor, no fueron adoptados sus comentarios por sus correligionarios todos: los numerosos judíos diseminados por las márgenes del Eufrates habían á su vez fundado escuelas que no cedían en erudición á la de Tiberíades ni tampoco en pretensiones, y esta rivalidad dió origen á una segunda *Gemara*, conocida después con la denominación de Talmud de Babilonia. Una y otra se contradicen en muchos puntos, y de ambas conviene hacer observar que, más bien que la verdadera doctrina de los antiguos judíos conservada por medio de la tradición, contienen no pocas teorías absurdas cuando no pueriles entre excitaciones á la violencia y á la lucha.

Tiberíades había recobrado algo de su pasado esplendor y los judíos se acostumbraban á considerarla como una segunda Jerusalén. Por espacio de tres siglos fué el centro de cuantas tramas maquinaron los más animosos y constantes para reconstituir su nacionalidad é independencia, hasta que, creyendo llegada la ocasión propicia, dieron la señal de un general alzamiento. Era el alma de la conspiración el rabino Akiba, presidente del sanedrín; desde su residencia de Tiberíades manejaba éste los hilos de la vasta trama, que extendía sus ramificaciones ó Palestina, á Egipío, á Cirene, á la isla de Chipre y hasta más allá del Eufrates. Hacíase pasar por inspirado profeta, y á él fué debida la *Kabbalah*, interpretación mística de la ley, que mereció muy duras y justas censuras. El levantamiento con tanto trabajo organizado acabó en sangrienta catástrofe.

No dice el Evangelio si Jesucristo fué alguna vez á Tiberíades; pero como sabemos que durante su residencia en Capharnaum y en otros puntos de Galilea recorrió con frecuencia las orillas del lago, parece que no ha de haber duda en que entraría en aquella ciudad en distintas ocasiones. La tradición antiquísima y constante la señala como el lugar donde Jesús, después de su resurrección, se manifestó por tercera vez á sus discípulos y estableció á san Pedro por cabeza de la Iglesia universal. Cuando hubieron comido, refiere el evangelista san Juan, preguntó Jesús á Simón Pedro: —«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Y él le respondió:—«Sí, Señor; tú sabes que te amo.—Apacienta mis corderos,» le dijo el Salvador, y en seguida por segunda y por tercera vez, como para darle lugar á que con sus protestas de amor reparase las tres negaciones pasadas, le dirigió igual pregunta.—«Señor, le contestó san Pedro entristecido, tú que sabes todas las cosas bien sabrás cuánto te amo.—Apacienta mis ovejas,» le dijo Jesús.

La memoria de este suceso fué consagrada por un templo en la época de Constantino. Refiere san Epifanio que el conde Josefo, natural de Tiberíades, cuya conversión al cristianismo atribúyese en parte á haber hallado en el Tesoro de la ciudad los Evangelios de san Juan y san Mateo y los Hechos de los Apóstoles, recibió del emperador el encargo de erigir la nueva iglesia, para la cual aprovechó con las modificaciones necesarias

un antiguo y grandioso edificio que quedara sin concluir y era conocido con el nombre de *Adrianeum*.

El judío que enseñó el hebreo á san Jerónimo era natural de la ciudad de Tiberíades.

En el siglo VI Justiniano, á quien tan grandes obras se debieron, levantó de nuevo sus murallas y restauró sus iglesias; un peregrino del siglo VIII escribe haber visitado en la ciudad varios templos, y entre ellos uno de gran magnificencia. Cuando los persas, acaudillados por Cosroes, emprendieron su devastadora marcha hacia Jerusalén en el año de 614, los judíos de Tiberíades y de otras poblaciones de Galilea se unieron á su ejército, y á ellos principalmente se atribuyó la horrible matanza de cristianos en la toma de la ciudad santa.

Desde el siglo V al VIII hubo varios obispos en Tiberíades, hasta que, verificada la conquista musulmana, perdió la ciudad mucha de su pasada importancia. Recobróla en parte cuando, libertada por los Cruzados la Tierra Santa, pasó á poder del príncipe Tancredo y vió restablecida la sede episcopal, que era sufragánea del metropolitano de Nazareth. En el año de 1187, poco antes de la batalla de Hittin, entró Saladino en la ciudad sin hallar resistencia; la condesa de Trípoli, esposa del conde Ramón, se encerró con los hombres de armas en la ciudadela, y la defendió denodadamente hasta que la noticia de la gran catástrofe le quitó toda esperanza de victoria; entonces la rindió por capitulación.

La ciudad actual de Thabarieh sólo ocupa una quinta parte á lo sumo, hacia el norte, de la vasta área que encerraba en su recinto la de Tiberíades, cuyo nombre ha conservado. Abierta por el lado del lago, cíñela por septentrión, poniente y mediodía una muralla construída con piedras basálticas en el año de 1738 sobre la arruinada de la época latina, obra de Godofredo de Bouillon; flanquéanla, á igual distancia una de otra, torres redondas unas y cuadradas otras; dos puertas franquean el paso, si bien puede penetrarse en la ciudad por las brechas que abrió el terremoto antes mencionado y que después ha ido ensanchando la mano del hombre. La ciudadela, morada que fué del príncipe Tancredo, cuya reconstrucción, lo mismo que la del recinto murado, se atribuye al jeque Dhaher-el-Amer, forma en su parte principal un paralelógramo flanqueado por cuatro torres cilíndricas y se alza en un montecillo al nordeste de la población; abandonada en el día, los considerables edificios que de ella dependían, muy maltratados también por el último temblor de tierra, van cayendo en ruinas. Desde las torres, donde yacen medio enterradas algunas antiguas piezas de artillería, disfrútase de agradable panorama.

Inmediata á la ciudadela es de ver una bella mezquita en ruinoso estado, construída con piedras regulares y alternativamente blancas, rojizas y negras, rematada en tres cúpulas, de las que ha desaparecido la central que era la de más importancia. Esbelto alminar la domina, y precédela un pórtico en medio del que se alza un grupo de palmeras.

Todo en el actual recinto nos habla del esplendor que hubo de alcanzar la ciudad

H.FENN, DELT

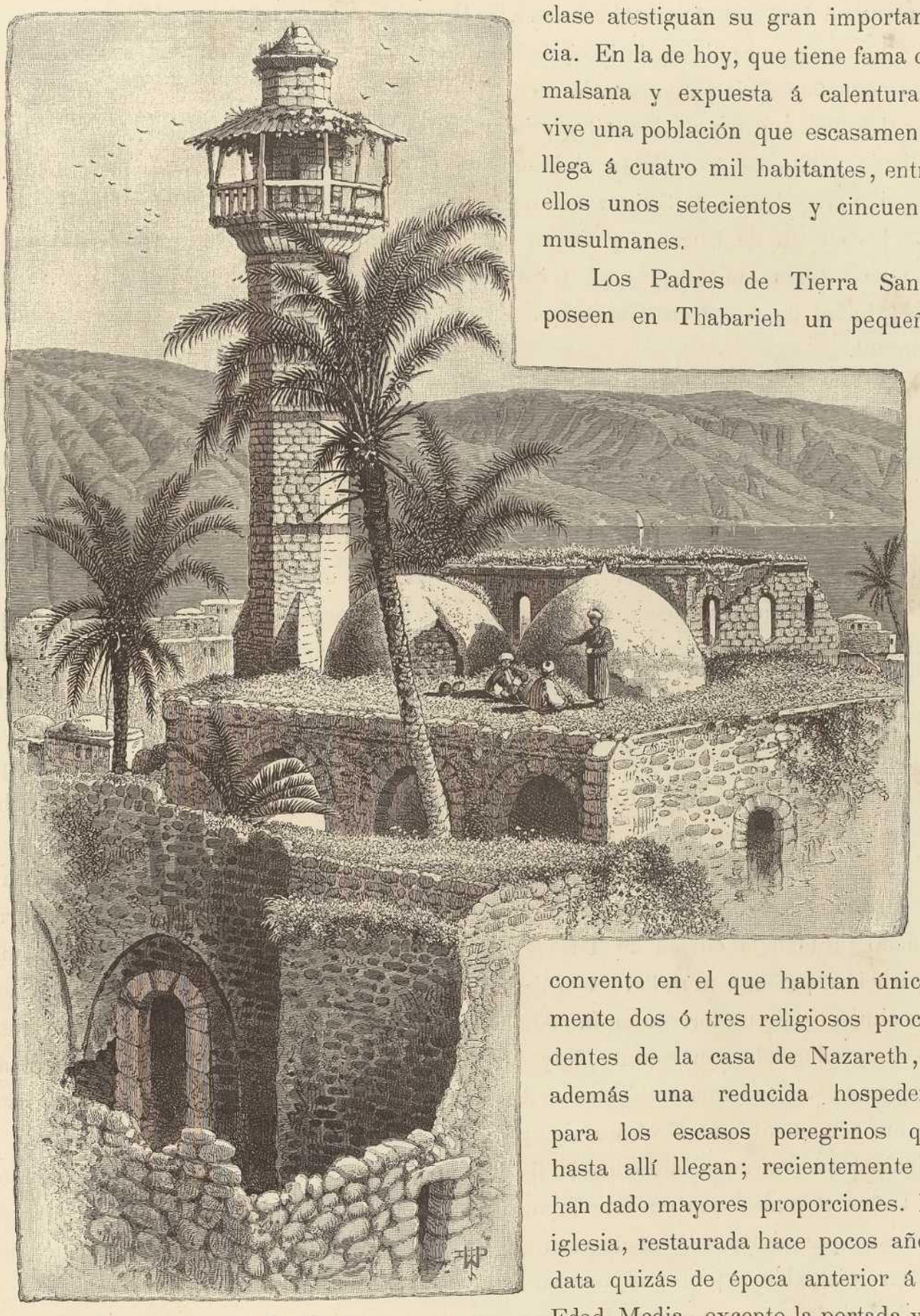
E.BRANDARD, SCULPT

VISTA DE LA CIUDAD DE TIBERIADE.

ESPASA Y COMPª EDITORES, BARCELONA.

antigua; fustes de coluna, magníficos sillares, robustos paredones y escombros de toda clase atestiguan su gran importancia. En la de hoy, que tiene fama de malsana y expuesta á calenturas, vive una población que escasamente llega á cuatro mil habitantes, entre ellos unos setecientos y cincuenta musulmanes.

Los Padres de Tierra Santa poseen en Thabarieh un pequeño convento en el que habitan únicamente dos ó tres religiosos procedentes de la casa de Nazareth, y además una reducida hospedería para los escasos peregrinos que hasta allí llegan; recientemente le han dado mayores proporciones. La iglesia, restaurada hace pocos años, data quizás de época anterior á la Edad Media, excepto la portada y el vestíbulo, obra de 1874. Dedicada á san Pedro, figura exteriormente el casco de un buque en memoria de la barca del pescador; consta de una sola nave y recibe escasa luz por aberturas que, más que ventanas, parecen saeteras, las paredes tienen diez palmos



Mezquita de Tiberíades

de espesor. Adorna el santuario un buen cuadro, regalo del rey de Portugal, representando á Jesús en el acto de entregar las llaves al primero entre los apóstoles.

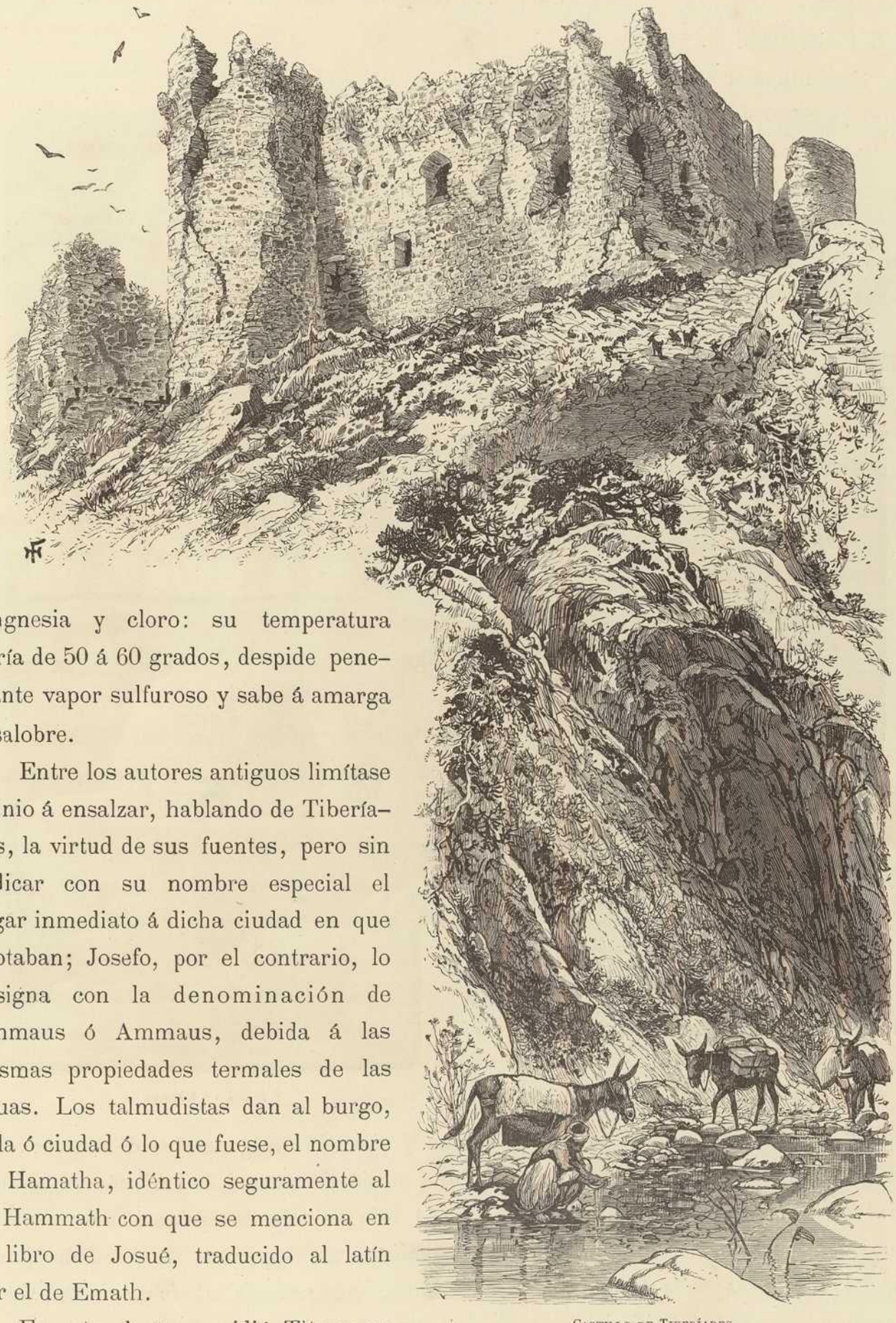
Los griegos católicos de la ciudad, en número de trescientos, son propietarios de una pequeña iglesia y una escuela.

Los judíos pasan de dos mil y quinientos; originarios en su mayoría de Alemania, Polonia y España, conservan el idioma y el traje que usaron en estos países, los hay también procedentes de Siria y del norte de Africa. Casi todos viven de las limosnas que les envían de Europa, y tienen cuatro sinagogas de mezquina apariencia en las que se reunen los sábados para implorar el advenimiento del Mesías, que, según ellos, habrá de nacer en Tiberíades. Entre ellos está aún muy en boga el estudio del Talmud.

Al mediodía de la ciudad moderna extendíase, á lo largo de la playa, la ciudad antigua cuya mayor parte está hoy convertida en campos labrados, cementerios y terrenos yermos. En aquellos solares se han hecho grandes excavaciones en busca de colunas y materiales de construcción, y sin embargo, aún se ven allí numerosos residuos de casas y edificios públicos. Uno de estos monumentos, orientado de oeste á este, estaba en su interior adornado con colunas monolitas de granito ceniciento, quince de las cuales yacen todavía en el suelo. Tiénense por ruinas del templo que fundara Adriano y que tiempo después, según queda dicho, el conde Josefo transformó en iglesia cristiana. Más lejos créese distinguir vestigios de un teatro y la figura elíptica de un circo. Hacia el oeste, alto y peñascoso cerro servía de acrópolis á la ciudad; en las dos cumbres en que remata vense las ruinas de antiguo castillo que guarda aún el nombre de *Kasr-Beit-el-Malek* (castillo de la casa del rey), por haber sido quizás, al propio tiempo que fortaleza, residencia real.

Siguiendo la costa hacia el sur llégase después de treinta minutos de marcha á unas ruinas llamadas *Karbet-el-Hammon,* que es cuanto queda de un burgo ó barrio situado junto á la ciudad de Tiberíades, confinando por el norte con ella, sin más separación que una muralla. Rodeábalo fuerte muro del cual subsisten todavía pedazos. Los cimientos de un torreón en inmediata altura, los de un edificio orientado de oeste á este y adornado con colunas, hoy caídas por el suelo, los escombros de varias casas, muchas cuevas funerarias abiertas en las laderas de las colinas de poniente, los restos de un acueducto que llevó un tiempo á la ciudad las aguas de Ued-Fedjaz son lo principal que en aquel sitio ha de fijar la atención del viajero. Los establecimientos de baños termales que en este lugar se alzaron florecientes han caído en ruinas, y los tres que ahora allí se encuentran son de construcción moderna. Dos de ellos tienen miserable aspecto; el tercero fué restaurado durante la corta dominación de Ibrahim-bajá, cuyo nombre lleva, y por lo general se toma el baño en común. Son sus aguas muy renombradas contra el reumatismo, el escorbuto y la lepra, y dícese que cicatrizan con rara prontitud las úlceras inveteradas, especialmente las causadas por heridas de armas de fuego. Cuatro son los principales manantiales

que los alimentan, y el agua, además de azufre, tiene en disolución sosa, cal, magnesia y cloro: su temperatura varía de 50 á 60 grados, despide penetrante vapor sulfuroso y sabe á amarga y salobre.



Castillo de Tiberíades

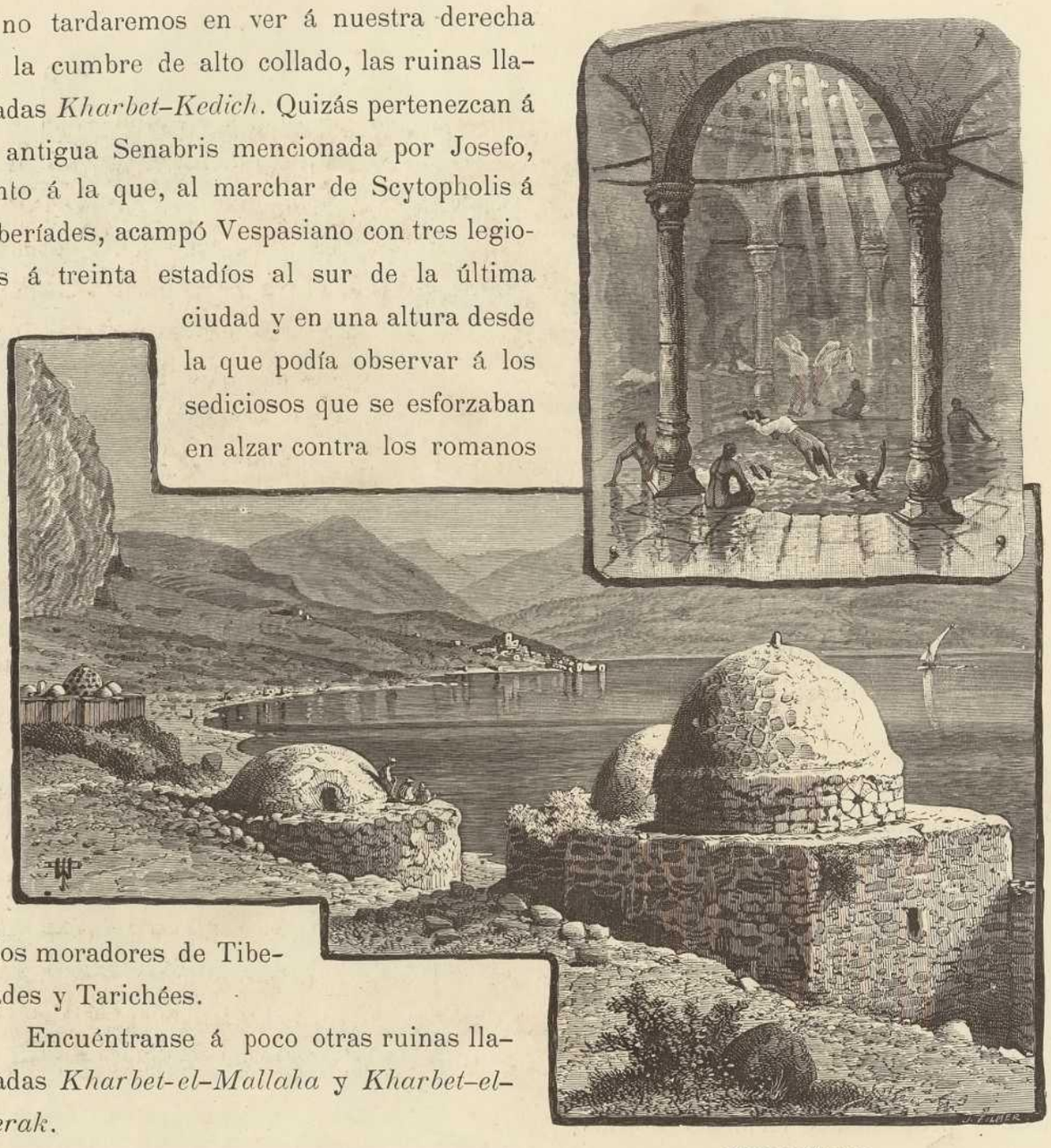
Entre los autores antiguos limítase Plinio á ensalzar, hablando de Tiberíades, la virtud de sus fuentes, pero sin indicar con su nombre especial el lugar inmediato á dicha ciudad en que brotaban; Josefo, por el contrario, lo designa con la denominación de Emmaus ó Ammaus, debida á las mismas propiedades termales de las aguas. Los talmudistas dan al burgo, villa ó ciudad ó lo que fuese, el nombre de Hamatha, idéntico seguramente al de Hammath con que se menciona en el libro de Josué, traducido al latín por el de Emath.

En estos baños residió Tito y en sus contornos estableció su campamento para la expugnación de Tarichées.

A poca distancia encuéntrase el sepulcro del famoso filósofo hebreo Maimonides,

fallecido en el año de 1204, y junto á él los de Rab Amí y Rab Ache, distinguidos talmudistas. Más lejos existe aún el del rabino Akiba, que fué el alma de la sedición de Bar-Cokheba.

Continuemos avanzando hacia el sur sin abandonar las riberas occidentales del lago, y no tardaremos en ver á nuestra derecha en la cumbre de alto collado, las ruinas llamadas *Kharbet-Kedich*. Quizás pertenezcan á la antigua Senabris mencionada por Josefo, junto á la que, al marchar de Scytopholis á Tiberíades, acampó Vespasiano con tres legiones á treinta estadíos al sur de la última ciudad y en una altura desde la que podía observar á los sediciosos que se esforzaban en alzar contra los romanos



Baños de Emmaus

á los moradores de Tiberíades y Tarichées.

Encuéntranse á poco otras ruinas llamadas *Kharbet-el-Mallaha* y *Kharbet-el-Kerak*.

Cubren las primeras un otero, sembrado todo él de escombros entre cardos y maleza y circuído antiguamente de muros; á sus piés forma la costa pintoresca ensenada que sirvió de puerto á Tarichées, en cuyo recinto estaría esta eminencia comprendida. Confírmalo la denominación que á estas ruinas dan los árabes, ya que el nombre de *mellaha* no tiene otra significación que la raíz del griego *tarichées* usado por Josefo, esto es, la de *pescado salado* ó *salazón*, siendo de creer que la ciudad de Tarichées sería llamada así á causa de aquella industria.

Junto al otero y á la inmediata calle extiéndese desigual llanura que muestra la figura de un gran triángulo con el vértice al septentrión y la base al mediodía, limitada

por colinas que por su regularidad indican ser en parte naturales y en parte artificiales. Por cuantos lados eran con facilidad accesibles defendíalas un muro del que subsisten algunos residuos, pero en su casi totalidad está arrasado y al nivel del suelo, lo mismo que la ciudad que incluyó en su recinto. Atravesaba la ciudad de norte á sur una calle larga y honda, convertida hoy en un barranco que termina en el punto en que el Jordán sale del lago por el extremo del sudoeste; el área que ocuparon las casas y los públicos

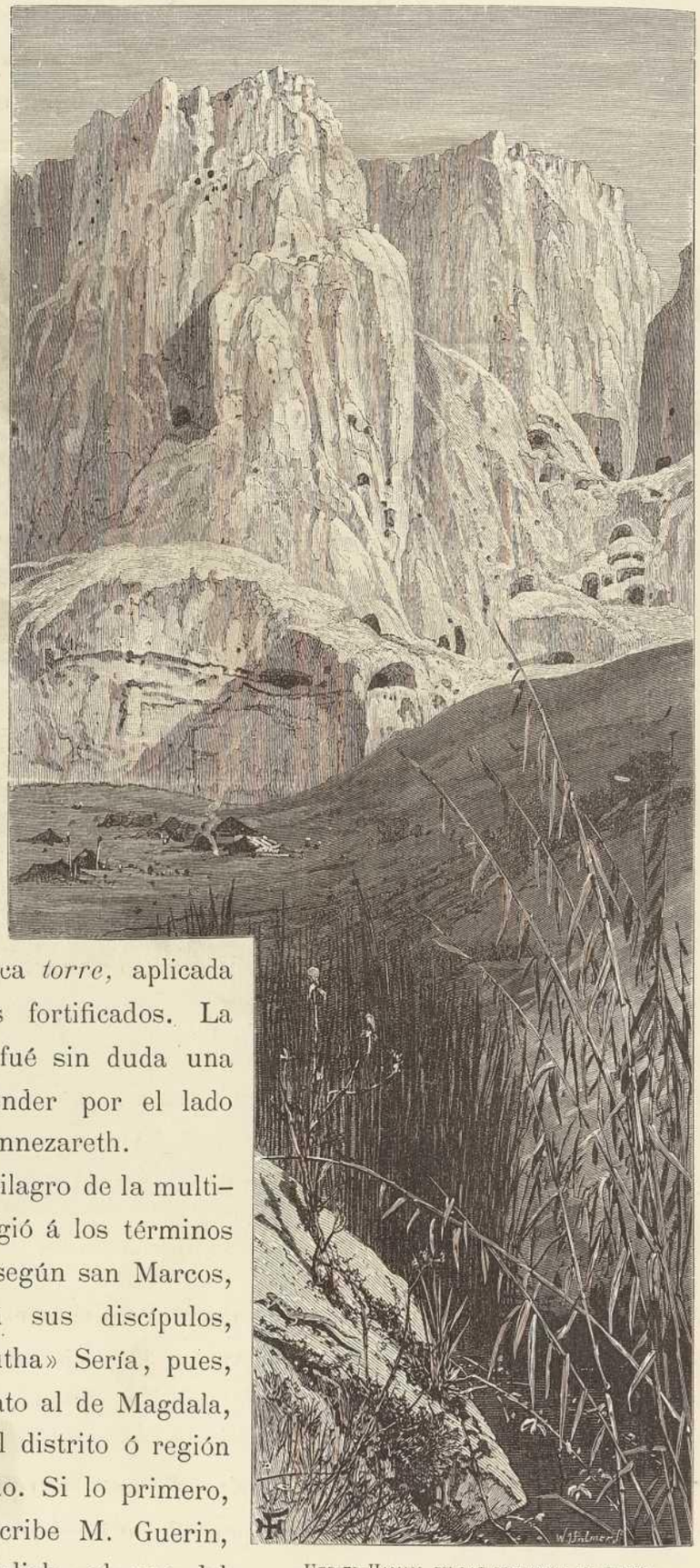
MEDJDEL (MAGDALA)

edificios ha sido hace mucho tiempo rota y revuelta por la reja del arado, y únicamente en el vértice septentrional se conservó un lugarejo árabe, cuyas ruinas llevan hoy el nombre de *Kharbet-el-Kerak,* en el cual ven los autores una corrupción del de Tarichées.

Esta ciudad formó parte del patrimonio señalado por Nerón á Agrippa, y fué otra de las fortificadas por Josefo en la época del alzamiento. Dicho queda la catástrofe con que tuvo fin la resistencia opuesta por sus defensores á las armas romanas.

Volvamos ahora á Thabarieh, y después de haber recorrido hacia el mediodía la costa occidental del lago, sigámosla saliendo de aquella ciudad hacia el norte.

A cinco kilómetros al noroeste de Thabarieh, en reducido valle entre montañas, regado por un riachuelo que le presta amenidad y frescura, hállase la aldea de Medjdel, compuesta de unas treinta casitas encima de las que se alzan otras tantas chozas de cañas donde los habitantes buscan refugio durante las abrasadas noches de verano. En las inmediaciones de la playa dos fuertes paredones son al parecer las ruinas de vetusta torre.



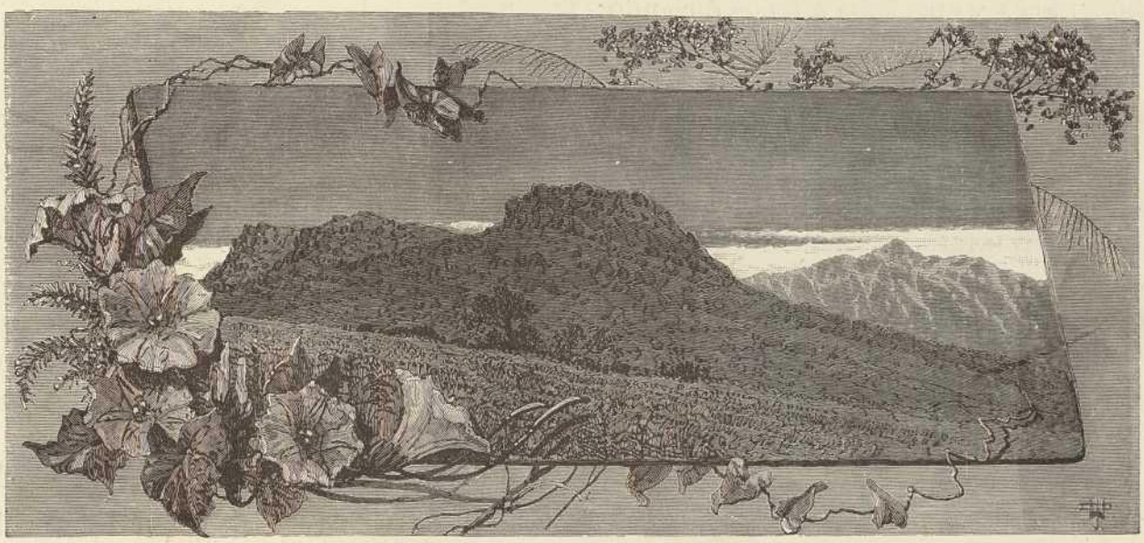
UED-EL-HAMAM, EN LAS CERCANIAS DE ARBEL

Es Medjdel la antigua Magdala, patria de María, apellidada por esto Magdalena. En la versión griega del Evangelio de san Mateo es llamado este lugar con aquel nombre; en la Vulgata se lee Magedan. La denominación hebraica sería probablemente *Migdal* ó *Migdol,* que significa *torre,* aplicada en Palestina á varios puntos fortificados. La aldea en que ahora estamos fué sin duda una plaza fuerte destinada á defender por el lado meridional la rica llanura de Gennezareth.

El Salvador, realizado el milagro de la multiplicación de los panes, se dirigió á los términos de Magdala, dice san Mateo, y según san Marcos, «entrando en el barco con sus discípulos, pasó al territorio de Dalmanutha» Sería, pues, Dalmanutha un pueblo inmediato al de Magdala, ó quizás llevaría tal nombre el distrito ó región en que estaba éste comprendido. Si lo primero, puédese fijar su situación, escribe M. Guerin, en la entrada del valle de Fulieh, al sur del promontorio que lo separa de Medjdel, ya que dicho valle, regado por dos fuentes caudalosas en el cual existen visibles ruinas, pudo en efecto haber servido de

asiento en la antigüedad á población de mayor ó menor importancia. Si lo segundo, si Dalmanutha fué la denominación del distrito, podía éste comprender el actual valle de Fulieh y el territorio de Magdala. En uno y otro caso es evidente que decir que Jesús pasó embarcado á los términos de Magedan ó Magdala, ó que, entrando en el barco, pasó al territorio de Dalmanutha es expresar una sola cosa con diferentes palabras. Los cristianos levantaron allí una iglesia que está totalmente destruída.

A cuatro kilómetros de Medjdel hacia el sudoeste vense las ruinas llamadas *Kharbet-Arbed,* cubriendo las laderas de un collado. Son las de una ciudad por completo destruída, pero todavía es posible descubrir aquí y allí entre la maleza los vestigios de la muralla formada con piedras basálticas, mientras que dentro del que fué fortificado recinto se tropieza á cada paso con escombros de arruinadas casas, construídas también



KORUN-HATTIN, Ó MONTAÑA DE LAS BIENAVENTURANZAS

con materiales basálticos. Abundante fuente proveía de agua á los habitantes, los que además habían abierto en la roca gran número de cisternas y estanques. Reuníanse los sábados en una sinagoga cuyas paredes, formadas con hermosos sillares, han sufrido una devastación total; ornábanla colunas corintias unas y otras jónicas, muchas de las cuales yacen por el suelo con sus capiteles mutilados; su portada miraba al este, y en sus residuos pueden admirarse aún algunas bellas esculturas. Los musulmanes transformarían el edificio en mezquita, conforme lo atestiguan las ruinas de un mihrab en la parte meridional.

Kharbet-Arbed ocupa el sitio y con ligera alteración conserva el nombre de la ciudad de Arbel ó Arbela, mencionada varias veces por Josefo.

Desde allí vemos á cuatro kilómetros por el lado del sudoeste alzarse la famosa montaña llamada *Korun-Hattin* ó *Hittin* á causa de las dos cumbres ó cuernos que la rematan; en su parte superior estaba rodeada de muros, de los que, especialmente en las dos cimas, quedan aún numerosos vestigios. Subsisten además señales de una

cisterna y de arrasados edificios, que fueron construídos con piedras basálticas. ¿A qué estuvieron destinados? La historia guarda sobre esto profundo silencio, pero es de creer que se alzó allí una fortaleza en tiempos muy antiguos, erigiéndose después en el mismo lugar una iglesia ó capilla, cuando la piadosa madre de Constantino y más tarde santa Paula visitaron cuantos sitios fueran consagrados por la presencia del Salvador.

Aquel lugar, en efecto, es tenido por la antigua tradición cristiana como el teatro de una de las más memorables escenas del Evangelio; allí el Redentor explicó á sus discípulos y á la multitud que le rodeaba las divinas bienaventuranzas y les habló los sublimes conceptos conocidos con el nombre de Sermón de la Montaña.

Gran gentío procedente de Galilea, de Judea y de la otra ribera del Jordán seguía á Jesús, y éste, dice el sagrado texto, subió á un monte, y después de haberse sentado abrió su boca y enseñaba á todos diciendo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

»Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

»Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

»Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios.

»Bienaventurados los pacíficos, porque hijos de Dios serán llamados.

»Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

»...Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.»

El divino Maestro explicó en seguida cómo debe de hacerse la limosna y elevarse el corazón á Dios. «Vosotros, les dijo, así habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos...» Aquí, pues, enseñó Jesucristo por vez primera la oración dominical, divina instrucción que, interrogado por un discípulo que probablemente no asistiría á este acto, repitió más tarde, conforme queda dicho, en el monte de los Olivos.

En memoria de tan memorable paso los peregrinos que, desde Tiberíades ó Medjdel, visitan la colina de Hittin, guardan la piadosa costumbre de recitar en su cumbre los versículos que en el Evangelio hacen á él referencia. Los cristianos del país la conocen con el hermoso nombre de Monte de las Bienaventuranzas.

Los Evangelistas mencionan más de una vez este monte, frecuentado por el Señor que á él se retiraba para pasar las noches en oración; en él escogió de entre sus discípulos á los doce apóstoles, y cuenta san Lucas que descendiendo con éstos al llano rodeado de la gran multitud que oyera sus enseñanzas, toda la gente procuraba tocarle porque salía de él una virtud á cuyo influjo no había enfermo que dejase de ser sano.

Con razón es, pues, llamada esta colina montaña de Cristo y también montaña de los Apóstoles.

A estas religiosas memorias á Jesucristo consagradas, todas ellas impregnadas de gratitud y amor al que trajo al mundo tanto bien, suceden para el cristiano en la montaña de Hittin otros muy dolorosos y bien distintos pensamientos. A sus piés se extiende la llanura tristemente famosa en los anales del reino latino de Jerusalén, llanura en que pereció á filo de espada la flor de la caballería europea y donde recibió el golpe mortal la obra civilizadora de las Cruzadas.

Hemos dejado á la hueste cristiana próxima á abandonar su campamento de la fuente de Sephoris, y de él salió, en efecto, á la luz del alba del día 3 de julio. Abría la marcha el conde de Trípoli con sus tropas; cubrían los flancos varios cuerpos acaudillados por los barones y señores de la Tierra Santa; avanzaba en el centro el leño de la cruz confiado á la custodia de escogidos batallones, y Guy de Lusiñán, rodeado de sus esforzados caballeros y de los temidos freires del Temple y del Hospital, mandaba la retaguardia del ejército. La ciudad de Tiberíades era el punto á que se dirigía; y tres millas distaba aún de ella cuando en el *cazal* ó aldea de Marezcalcia recibió la vanguardia las primeras flechas de los sarracenos: Saladino, á la cabeza de ochenta mil hombres, con sus arqueros apostados en todos los pasos y alturas, teniendo á retaguardia el lago de Tiberíades, se interponía entre la ciudad y los cincuenta mil Cruzados. El conde Ramón envió entonces un mensaje al rey para que sin detenerse en la aldea apresurase cuanto fuese posible la marcha á fin de poder ganar los desfiladeros y malos pasos que del lago los separaban, y siguiendo adelante penetró en la llanura, donde el peligro del enemigo y el calor y la sed que comenzaba á sentir el ejército, se hicieron de cada vez más amenazadores. Los batallones cristianos avanzan en medio de espesa granizada de piedras y flechas, cuando de pronto gruesas masas de caballería musulmana caen sobre la retaguardia con ímpetu tal que hasta Templarios y Hospitalarios vacilan y retroceden; el rey no se atreve á continuar la marcha, é indeciso, sin saber qué partido tomar, da la orden de hacer alto y de plantar las tiendas, al tiempo que se le oyó exclamar: «¡No hay esperanza; perdidos somos, el reino y nosotros todos!» Con dolor y tristeza general fué obedecido, y la noche separó á los combatientes.

El sultán, como gran capitán que era, aprovechó la oscuridad para envolver por completo al ejército cristiano; toda la noche estuvo en vela é hizo distribuir á sus arqueros cuatrocientas cargas de flechas. Los Cruzados, en tanto, consumida cuanta provisión de agua llevaban consigo, habían apurado, escribe un autor arábigo, *hasta el agua de las lágrimas;* mas no por esto, añade, decayó su esfuerzo, antes bien decían: —Con nuestros aceros hallaremos mañana agua.

¡Horrible noche fué aquella para los soldados de Cristo! «Los hijos de Esaú (los turcos), dice el relato de un testigo de la horrible catástrofe (crónica de Raul de Coggeshale), iban concentrándose en grandes masas alrededor del pueblo de Dios, y de pronto pusieron fuego á las hierbas y maleza que cubrían el llano, aumentando con

el calor y la humareda las angustias de la sed que padecían los cristianos.» A la siguiente aurora (4 de julio del año de 1187) dispúsose el ejército latino para atravesar los desfiladeros y escarpados cerros que le separaban del mar de Galilea, y la vanguardia del conde Ramón había de dirigirse á una altura ocupada ya por fuerzas musulmanas. «Entonces, dada la señal de marcha, dice el citado cronista, formados los batallones y puestos en movimiento, era de creer que los infantes contendrían al enemigo con sus dardos, conforme así lo exigían el orden y la disciplina, según los que la infantería protege á los caballeros contra los arqueros contrarios, así como defienden los caballeros con sus lanzas á la gente de á pié. Esta regla salvadora fué desatendida.» A la vista de los sarracenos la infantería cristiana formó apiñado cuadro, y entre nubes de flechas quiso ganar una altura dejando abandonado el resto del ejército; en vano el rey, los obispos y los principales caudillos le enviaron mensaje tras mensaje para que se detuviera; Saladino, que había aguardado para empeñar la pelea que abrasara el sol el horizonte, seguro de hallar en sus ardores terribles auxiliares, lanzóse con grandes fuerzas por el espacio que quedó vacío entre infantes y caballeros. En aquel momento, según los autores árabes, acabó por los francos toda esperanza de salvación, y para colmo de desventura, impetuoso viento levantaba ardientes remolinos de polvo y los llevaba al campo cristiano.

A pesar de todo, venciendo la vacilación que se introdujo en sus filas, los caballeros caen sobre los musulmanes con su impetuosidad acostumbrada, y se muestran, como siempre, valerosos. De las nubes de humo que se levantan aún del suelo véselos salir lanza en ristre para estrellarse contra apretados batallones erizados de relucientes armas; cien veces vuelven á la carga, y no logran romper ni por un punto la línea de los enemigos, sólida é inexpugnable cual fuerte muralla.

Abrasado de sed, rodeados de áridas colinas que centellean con los aceros enemigos, arde la tierra bajo sus plantas y fulmina el sol sobre sus cabezas sus encendidos rayos. Vano es todo el legendario esfuerzo de los freires del Temple y del Hospital; su heroico valor, dice un testigo presencial, habría salvado el ejército si su salvación no hubiese sido imposible. Abrumados por la creciente muchedumbre sarracena llamaron al rey en su auxilio, diciéndole no poder sostener por más tiempo el peso del combate; pero ya había comenzado la derrota, y envueltos y perdiendo terreno eran todos arrollados hacia la colina de Hattin. En sus laderas se riñó desde aquel momento la acción, y en aquéllas el rey, rodeado de sus fieles caballeros y de los obispos, hizo desplegar las tiendas y formar la gente para contener en lo posible las impetuosas cargas de los sarracenos. Varias veces subieron éstos la cuesta en recia acometida, y entonces los guerreros de la cruz se arremolinaban en la cumbre; pero otras tantas volvían éstos á la carga extendiéndose irresistibles por la montaña, y eran los árabes arrojados al llano. En uno de estos asaltos es mortalmente herido el obispo de Acre que llevaba el leño de la cruz, y sin lograr impedirlo los guerreros que lo defienden y el obispo de Lidda que lo recibe ensangrentado, el sagrado emblema cae en poder de los musulmanes.

A poco vese desaparecer derribado el real estandarte, y desde aquel momento puede decirse que la lucha acaba y la matanza empieza. Al tiempo que Saladino se apea para dar gracias á Dios de su victoria y que la infantería cristiana es acuchillada y huye en todas direcciones, el rey de Jerusalén, su hermano Godofredo, el marqués de Monferrato, el gran maestre del Temple y el del Hospital, Reinaldo de Chatillon y gran número de notables barones de Tierra Santa son hechos prisioneros. Jamás habían los cristianos sufrido en Palestina derrota semejante, ni padecido infortunio igual, y es más facil, dice la crónica citada, expresar con sollozos y llorando á lágrima viva que contar con palabras lo que pasó al fin de la desastrosa jornada. De esta manera humilló Dios á su pueblo, añade el creyente escritor, y hasta las heces derramó sobre él el cáliz de su enojo. A la vista del espantoso desastre fueron muchos los guerreros que, envuelta la cabeza con el manto é hincados de hinojos, esperaron impasibles el golpe funesto. Y éste no se hizo esperar: la ferocidad de los vencedores rayaba en delirio, y por todos lados sembraba la muerte.

Los historiadores musulmanes, al referir la victoria de los sarracenos, celebraron todos el denodado esfuerzo que mostraron en la batalla los caballeros latinos; cubiertos con sus corazas de malla, dicen, presentaron al principio impenetrable muro á los golpes de sus contrarios; pero cuando sus caballos cayeron extenuados de cansancio ó heridos á lanzadas ó á flechazos, sucumbieron también ellos, abrumados y rendidos bajo el peso de sus propias armas. Un autor arábigo, secretario y compañero de Saladino, que asistió á la cruel jornada, describe el espectáculo que ofrecían el llano, las colinas y los valles cubiertos de horridos despojos, vió los pendones cristianos hechos jirones y manchados de sangre y lodo, cabezas separadas del tronco, brazos, piernas, por todas partes inanimados cuerpos. Otro autor musulmán que atravesó aquellos campos un año después miróles llenos aún de huesos humanos, de armas destrozadas y de horribles vestigios de la catástrofe, siendo espanto y horror de los viajeros; á cada paso que por allí se daba tropezábase con tristes restos de los soldados cristianos y encontrábanse hasta en las torrenteras y montañas inmediatas adonde los habían transportado las aguas y las fieras.

»Al mirar tan gran número de muertos, escribe un testigo ocular, parecía que no podía haber prisioneros; al ver los prisioneros habríase dicho que no había muertos.» Las cuerdas de las tiendas, añade, no bastaban para atar á los guerreros escapados al acero y condenados á cautiverio; hasta cuarenta iban ensartados como cuentas en una sola, y vió á doscientos custodiados por un solo hombre. Tan grande era el número de cautivos que los victoriosos musulmanes no hallaron á quien venderlos, y que, según cuentan las crónicas, dábase un caballero por un par de sandalias.

El conde Ramón, al ver derribado el pendón real en la colina de Hattin, pudo con algunos guerreros de la vanguardia, abrirse camino entre las filas enemigas, y huyó á Trípoli donde murió de pena. Reinaldo de Sidón, hijo del príncipe de Antioquía, y el joven conde de Tiberíades con unos mil soldados pudieron seguirle, y éstos, de

todo el lucido y numeroso ejército, fueron los únicos que quedaron con libertad y vida.

Conforme queda dicho al referir la cristiana muerte de Reinaldo de Chatillón (véase pág. 97), dispuso Saladino levantar en medio del campo espaciosa tienda donde le fuesen presentados los principales prisioneros; al rey, á quien trató con afabilidad, reservólo para ornamento de su triunfo, pero con la misma saña con que derramó la generosa sangre de Reinaldo, hizo que fuesen inmolados cuantos freires del Temple y del Hospital cayeron con vida en poder de sus vencedores: no en vano aquellos guerreros habían sido por muchos años terror y espanto de los musulmanes. Gran número de emires, doctores y capitanes rodeaban el trono de Saladino, y el sultán permitió á cada uno de ellos dar muerte á un caballero cristiano. Algunos hubo que se negaron á tan miserable oficio y apartaron los ojos del horrendo espectáculo; pero los más, desnudando el acero, asesinaron sin piedad á aquellos maniatados guerreros, mientras que el sultán, desde su trono, aplaudía la feroz matanza, siendo él mismo, á lo que aseguran varios autores, quien descargó el golpe mortal contra el gran maestre del Temple. Con alborozo recibieron los freires la palma del martirio; por ser general entre los prisioneros el deseo de morir, fueron muchos los que, sin pertenecer á las órdenes militares, dijeron en alta voz ser Hospitalarios ó Templarios, y como si temiesen el cansancio de los verdugos empujábanse unos á otros para ser los primeros en dejar la tierra para volar al cielo.

Los musulmanes dieron gracias á su Profeta en el mismo campo de batalla por la gran victoria alcanzada, y sin dilación ocupóse Saladino en hacerla fecunda. Dueño de la ciudadela de Tiberíades y enviada á Trípoli la esposa del conde Ramón, que la había defendido, púsose sin dilación en campaña. Tolemaida, Naplusa, Jericó, Ramla Cesarea y casi todas las plazas fuertes, desprovistas de defensores, se rindieron al terror que precedía á las triunfantes armas musulmanas y vieron ondear en sus torreones los amarillos pendones de Saladino. Cayó la ciudad santa de Jerusalén, y todo en Palestina fué para los cristianos devastación y sangre y luto. La consternación y el dolor se difundieron á estos reinos de Occidente; de pueblo en pueblo corrieron lúgubres relatos deplorando el cautiverio del rey de Jerusalén y de sus caballeros y la ruina de las ciudades cristianas de Oriente. Guillermo, arzobispo de Tiro, enviado á Europa para implorar el auxilio de los príncipes cristianos, predicó la guerra santa por encargo del Sumo Pontífice y la tercera Cruzada, en la que fueron caudillos Ricardo de Inglaterra, apellidado Corazón de León, y Felipe Augusto de Francia, llevó de nuevo á la tierra por Jesucristo santificada lo más principal é ilustre de la caballería europea.

En Korum-Hattin, donde ahora estamos, en la meseta de su cumbre, tuvo su tienda el infortunado Guy de Lusiñán; aquí fué hecho prisionero con los ciento y cincuenta caballeros que rodeaban el regio pendón; en esta vertiente fué donde los guerreros cristianos, después de pelear con heroico denuedo y al mirarlo todo perdido, se apearon de sus caballos y se sentaron en tierra esperando resignados la muerte y el cautiverio;

más abajo, al principio de la cuesta, fué arrancada la santa cruz de manos del obispo de Lidda; del suelo que pisan nuestras plantas, de los campos que á nuestra vista se extiende exhalóse, al cubrirse de destrozados cadáveres, lo que un autor musulmán llama *gratísima fragancia* en su bárbaro alborozo. Aun hoy, á lo que afirman los habitantes del lugarejo musulmán de Hattin, situado al pié de la colina, á pesar de los siglos transcurridos, no es raro, antes bien muy frecuente, que la reja del arado desentierre humanos esqueletos que allí yacieron sin duda desde la horrible matanza que ensangrentó aquellos sitios, de recordación funesta para el nombre cristiano.

Aunque la cumbre de Hittin no llega á la altura del Thabor, gózase en ella de admirable panorama, en el que se destacan el hermoso lago de Gennezareth, inmenso y reluciente espejo entre un marco de montañas, y más lejos los desiertos de Bosra, el alto pico en que se sienta Safed, el Hermón; el Líbano y los montes de Galaad. Desde allí se domina por completo el terreno en que se riñó la sangrienta batalla; desde la vertiente meridional prolóngase aquél por los valles de Catuf, de Hattin y de Hamam, teniendo por límites al norte la Montaña de las Bienaventuranzas, al nordeste la que presenció el milagro de la multiplicación de los panes, al este los escarpados cerros que llevan al lago y el pueblo de Lubiyé al mediodía. Triste es en verdad su aspecto; en su vasto espacio no crece un árbol ni brota una gota de agua, y tallos de cebada y avena que nadie ha sembrado y que no siega nadie disputan á las malezas aquella tierra desolada.

Pero apartemos la mente de aquellos campos de matanza para fijarla en punto de más grata memoria; por fortuna el lugar en que estamos, aunque todo silencio y ruinas, está lleno de santidad y de misterios, y á poca distancia al sudeste de Djebel-Korun-Hattin encuéntrase el desierto, lugar en que coloca la tradición el milagro de la multiplicación de los panes.

Seguido de gran multitud de gente, atraída por los milagros que obraba sobre los enfermos pasó Jesús á la otra parte del mar de Galilea, refiere el evangelista San Juan, y subiendo á un monte se sentó allí con sus discípulos. Alzó Jesús los ojos, y viendo que venía á él tan numerosa muchedumbre, dijo á Felipe:—¿Dónde compraremos pan para que coman?—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, contestó Andrés, hermano de Simón Pedro; mas ¿qué es esto para tanta gente?—Haced que se sienten todos, mandó Jesús.—Y así lo hicieron en número de cinco mil en la alfombra de heno que cubría la tierra. Jesús, entonces, tomó los panes, y habiendo dado gracias los repartió á los discípulos y los discípulos á los que estaban sentados; lo mismo hizo con los peces, y cuando todos se hubieron saciado, dijo á los discípulos:—Recoged los pedazos que han sobrado, que no se pierdan.—Y con aquellos residuos llenaron doce canastos.

La memoria del milagro se conserva viva entre aquellos naturales; los árabes llaman al lugar *Khams-Khobzat* (los cinco panes) y los cristianos *Pane e pesce*. Alzase el monte de los confines del llano de Hittin, y el punto inmediato á la cumbre en que

se cree estuvieron sentados el Salvador y los apóstoles lleva el nombre de Mesa del Señor; las grandes piedras de basalto que se suponen llevadas allí por disposición de santa Helena, quizás para la construcción de una iglesia, son designadas con el de los doce tronos; en la del centro ha grabado varias cruces la devoción de los peregrinos. A este sitio, lo mismo que al monte de las Bienaventuranzas, van cada año en peregrinación los padres de Nazareth; santa Paula visitó estos lugares, los que constan venerados desde los primeros siglos del cristianismo.

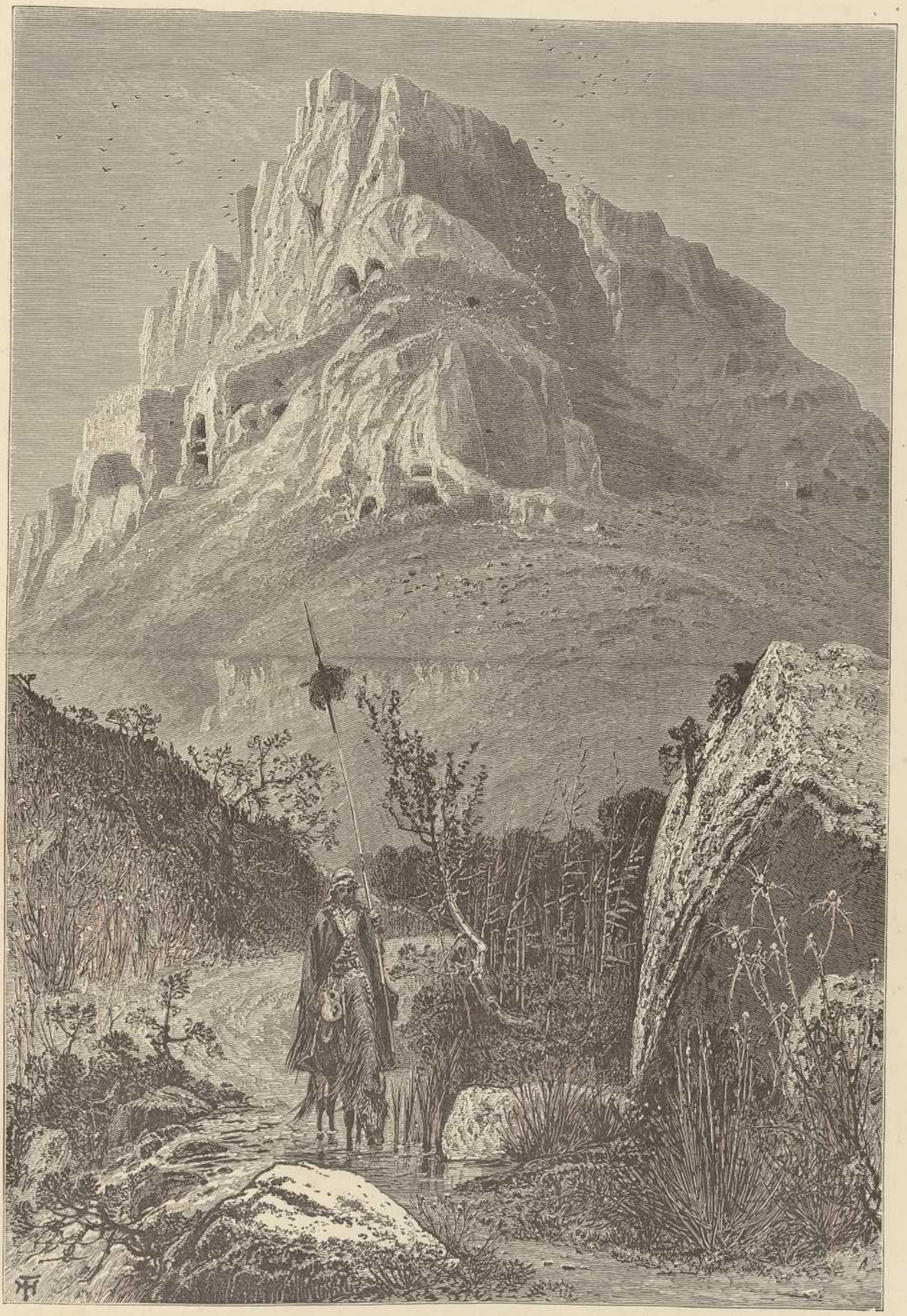
Recorrerlos hoy, sobre todo si se prolonga la excursión á la opuesta ribera del lago, no deja de ofrecer peligro á causa de los beduinos que por ellos llevan de un lado para otro sus movibles campamentos; conviene, pues, que el viajero se acompañe de respetable escolta, ó que haga por agua y en barca la visita de aquellas playas. Antes, empero, avancemos hacia el norte y por sendas de rápida pendiente bajemos al Ued-el-Hamam.

Entre cañas y lentiscos brota copioso manantial, y el arroyo que sus aguas forman corre y serpentea por profunda cañada, limitada y estrechada por dos peñascos y paralelos cerros en cuyas escarpadas laderas, semejantes en algunos puntos á gigantescos muros de más de trescientos y sesenta metros de elevación, labró la mano del hombre en época remota numerosas cuevas. Inaccesibles de todo punto serían algunas á no ser por los escalones cortados en la roca; las más notables son designadas con el nombre de Kalat Maan, y estuvieron antiguamente fortificadas. Una escalera, abierta en plano casi vertical, conduce á una primera serie de cavernas á las que se llega siguiendo una especie de pasadizo cuya bóveda, ligeramente triangular, está en parte labrada en la peña y en parte fué construída con piedras de regular dimensión. De allí, otras escaleras permiten ascender á otros pisos superiores. Una pared flanqueada por torrecillas semicirculares defiende en varias cuevas la entrada; angostas galerías establecen comunicación entre ellas, y muchas estuvieron provistas de cisterna. Morada de piadosos anacoretas en los primeros siglos de la era cristiana, están hace mucho deshabitadas y sirven de asilo á millares de palomas que han dado al Ued-el-Hamam el nombre que hoy lleva, esto es, el de Valle de las Palomas.

El historiador Josefo menciona en diferentes pasajes estas famosas cuevas; dice en sus *Antigüedades judaicas* que el general sirio Bacchides, á su paso por Arbel, redujo á cautiverio cuantos judíos habían buscado refugio en las cuevas inmediatas á aquella ciudad, que son sin sombra de duda las que tenemos delante.

En su *Guerra de los judíos* refiere haber servido de asilo á numerosas partidas de bandoleros; Herodes los bloqueó allí después de haberlos vencido en campo raso, y para acabar con ellos hubo necesidad de bajar desde lo alto y por medio de cuerdas unos grandes cajones con soldados: llegados á las bocas de las cuevas arremetían con largas picas contra los que las ocupaban ó los asfixiaban encendiendo en ellas fogatas de paja. Cazados como fieras, la mayor parte de los bandidos perecieron despeñados por aquellos derrumbaderos.

Tiempo después, al acontecer la invasión de las legiones romanas, Josefo, á lo que cuenta él mismo en su *Vida,* dispuso la fortificación de las cuevas.



Arroyo y cavernas del Ued-el-Hamam

Para volver á orillas del lago habremos de atravesar la hermosa llanura que se extiende junto al Ued-el-Hamam y al lugar de Medjel, llamada por los árabes

El-Rhueir (el pequeño Rhor, el valle chico), por designarse con el nombre de Rhor el gran valle del Jordán, llanura que regada por varios arroyuelos que no se secan nunca, es de una feracidad que excede á toda ponderación. Es la de Gennezar, de la cual habla Josefo en encomiásticos términos y que medía en la costa del lago treinta estadios á lo largo por veinte de anchura. Las vides, los nogales y los olivos, las higueras y palmas que en abundancia se criaban en ella han desaparecido casi del todo, y la tierra, en los puntos en que recibe cultivo, vese cubierta por lo general de plantas de algodón, y de sésamo y durillo. Allí donde por falta de brazos la deja el hombre inculta, nacen y crecen arbustos y malezas gigantescas formando impenetrable espesura; el sauzgatillo y la adelfa ostentando extraordinaria lozanía, se retratan en las límpidas corrientes que murmurando la atraviesan.

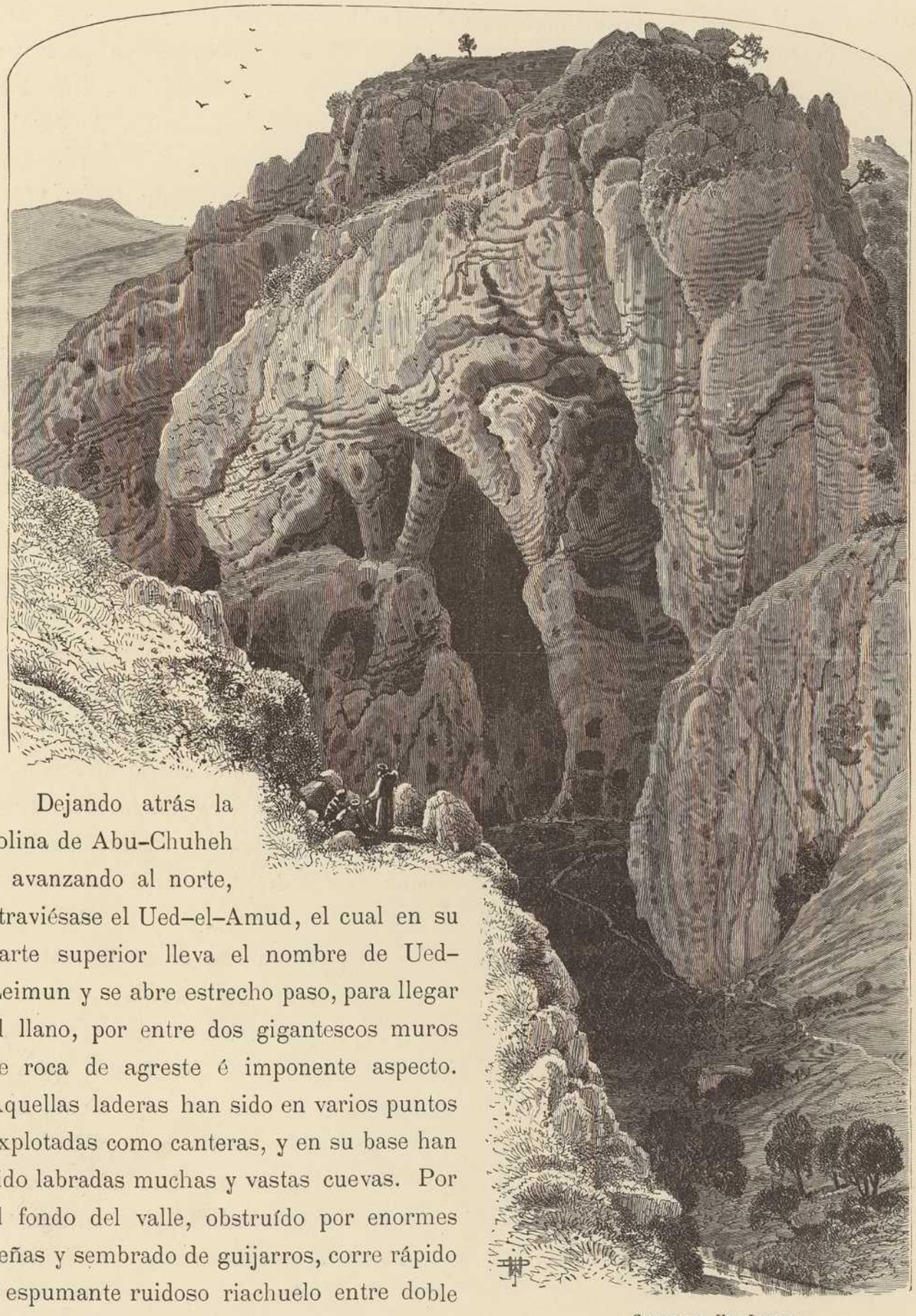
Entre las fuentes que en el llano brotan y lo fertilizan ha de ser citada en primer lugar la llamada *Ain-el-Medauarah* (fuente redonda), nombre que debe á la forma circular del gran pilón que la contiene; su diámetro es de sesenta metros con sesenta centímetros de profundidad. Es el agua clara y agradable al paladar, y por dos aberturas, practicadas la una al oeste y al este la otra, corre y serpentea por el llano, formando dos arroyuelos cuyo caudal se destina al riego de la tierra.

Andando como dos kilómetros y medio al norte de ese manantial, después de atravesar las varias torrenteras que se derivan del Ued-Rabadhieh, llégase al pié de una eminencia en cuya cima se encuentra un pequeño *ualy* dedicado á Abu-Chuheh, del cual han tomado nombre las ruinas que lo rodean. Junto á él existen varios sepulcros musulmanes y unas diez ó doce chozas toscamente construídas con piedras volcánicas; la meseta superior y las laderas del collado vense sembradas de materiales semejantes, residuos de casas que no existen.

Varios son los autores, y entre ellos está el autorizado M. Guerin, que identifican estas ruinas de Abu-Chuheh con la antigua Kinnereth, en latín Cenereth, mencionada en la Biblia entre las plazas fuertes de la tribu de Neftalí, ciudad que hubo de estar en las inmediaciones del lago, al cual dió su nombre de *Iam-Kinnereth* (madre de Kinnereth). Así en efecto es llamado el lago de Tiberíades en el libro de los Números y en el de Josué, nombre que probablemente se trocaría luego en Gennezar y Gennezareth.

De poca importancia son en verdad las ruinas que existen hoy en la colina de Abu-Chuheh, dice el citado Guerin, y aquella miserable aldea musulmana dista mucho de poder dar idea de haberse alzado allí mismo una ciudad fortificada; pero obsérvese que la destrucción de Kinnereth datará sin duda de no pocos siglos, y no se olvide que son muchas en Palestina las poblaciones que, renombradas y fuertes un día, no han dejado tras sí huellas más profundas y visibles. Josefo, al describir la incomparable belleza de la llanura de Gennezar, pasa en silencio el nombre de aquella ciudad, y esto induce á suponer que habría llegado para ella la época de decadencia, eclipsada como estaría y reducida á lugar secundario por la vecindad de la gran capital ó sea

Tiberíades, recientemente fundada y desde un principio con importancia bastante para dar al lago su nombre.



Cuevas del Ued-Leimun

Dejando atrás la colina de Abu-Chuheh y avanzando al norte, atraviésase el Ued-el-Amud, el cual en su parte superior lleva el nombre de Ued-Leimun y se abre estrecho paso, para llegar al llano, por entre dos gigantescos muros de roca de agreste é imponente aspecto. Aquellas laderas han sido en varios puntos explotadas como canteras, y en su base han sido labradas muchas y vastas cuevas. Por el fondo del valle, obstruído por enormes peñas y sembrado de guijarros, corre rápido y espumante ruidoso riachuelo entre doble hilera de cañas, sauzgatillos y adelfas.

Caminando hacia el este hallaremos abandonado khan que lleva el nombre de El Minieh y data, á lo que se cree, de la época de Saladino; por allí pasa la antigua

vía romana que siguen las caravanas al dirigirse á Acre y Damasco. Llégase á poco á abundoso manantial llamado *Ain-et-Tin* (fuente de la higuera), á causa de prestarle sombra añosa higuera, cuyo tronco crece en el reducido estanque que recoge sus aguas antes de extenderse para formar una pequeña balsa y después ancho arroyo que, como á un centenar de pasos, se abre camino hacia el lago. Aquella balsa ha reemplazado probablemente á un puerto de escasa importancia, y de ahí el nombre de *Karbet-el-Minieh* (ruinas del puerto pequeño) que tienen los restos de antiguas construcciones existentes en los alrededores de la fuente, ya que la palabra arábiga *minieh* es diminutivo de *mina* equivalente á *puerto*. Estas ruinas, que la reja del arado ha roto y esparcido y que han sido por espacio de largos años beneficiadas como canteras, no ofrecen en el día gran interés al viajero; todavía, sin embargo, pueden distinguirse en ellas con el auxilio de trincheras recientemente abiertas, los fundamentos de un edificio que sería construído con pulidos sillares. Varios oteruelos, hoy invadidos por la maleza, se han formado al parecer, con amontonados escombros, y llenan además los labrados campos abundantes tiestos, atestiguando la existencia de una población que puede decirse desaparecida por completo de la tierra. Por último, al norte de la fuente y junto á ella, elévase una colina cuyos altos sucesivos parecen haber sido regularizados por la mano del hombre, al paso que la meseta superior, hoy reducida á cultivo, conócese haber estado rodeada de un muro que en el día está casi del todo arrasado. Desciende este collado hacia el este y forma una especie de peñascoso promontorio que se extiende hasta las aguas del lago y sirve de esta manera por el lado del nordeste de límite y valle natural á la llanura denominada *El Rhueir;* para llegar al opuesto lado puédese dar la vuelta por poniente ó atravesarlo directamente por mediodía, y en este último caso síguese angosta senda abierta en la roca, senda que no es otra cosa que antiguo canal destinado en otro tiempo á conducir al llano de Gennezar para su riego las aguas de la fuente Tabighah, de la cual habremos de hacer mención en breve.

Las ruinas que tenemos á la vista ¿á qué antigua ciudad han de atribuirse? ¿qué población, hoy por completo extinguida, tuvo su morada en este escondido y desierto lugar? En él, según la opinión más fundada y más generalmente admitida, estuvo asentada la ciudad ó villa de Bethsaida occidental, patria de los tres santos apóstoles Pedro, Andrés y Felipe: allí, conforme lo expresa aún el nombre antes dicho, hubo de existir una pequeña ensenada, cegada por las arenas luego que cesaron de correr canalizadas las aguas de la Ain-et-Tin; aquellas ruinas, en fin, han de pertenecer á ciudad ó barrio que, contando con un puerto en el lago, pudo ser por consiguiente habitación de pescadores y gente de mar. Esto indica el mismo nombre de Bethsaida que equivale en hebreo á *casa de la pesca*. Según M. de Saulcy, en aquel sitio estuvo Corozain.

Jesucristo visitó muchas veces estos lugares, y de las ciudades de Bethsaida y Corozain recibiría grandes testimonios de ingratitud é incredulidad cuando las reconvino

con estas palabras: «¡Ay de tí, Bethsaida! ¡Ay de tí, Corozain! que si en Tiro y en Sidón se hubieran realizado las maravillas que en vuestro recinto han sido hechas,

Ain-et-Tin; antigua Bethsaida

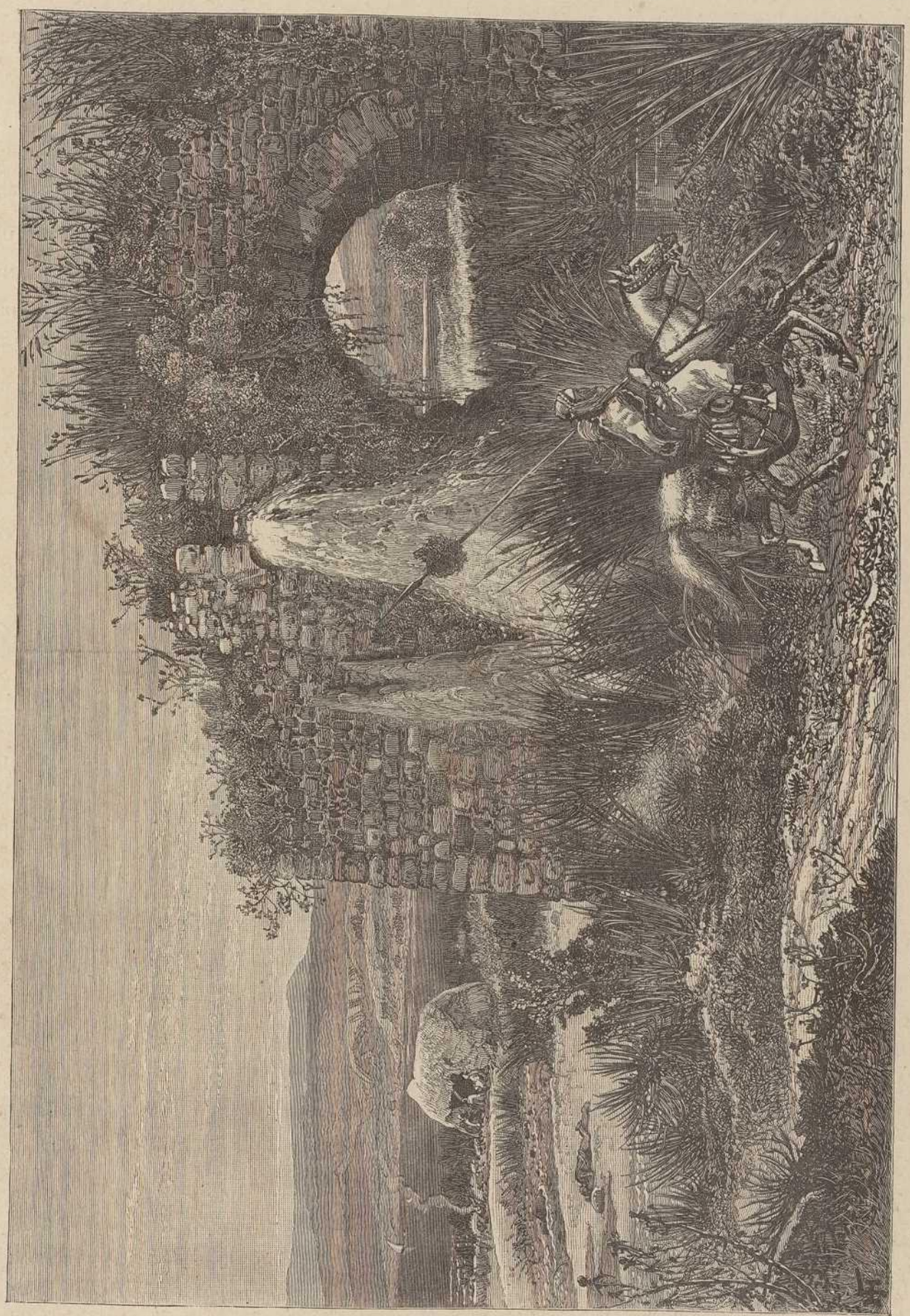
ya mucho há que se hubieran entregado á la penitencia en cilicio y en ceniza. Sabed, pues, que para Tiro y Sidón habrá en el día del juicio menos rigor que para vosotras.»

Avanzando hacia el norte y siguiendo como unos tres kilómetros por el sendero que fué un día acueducto, llegaremos al caudaloso manantial al que dan los árabes el nombre *Ain-et-Tabighah*. Es el agua recogida en vasto y ochavado pilón, cuyo perímetro mide ochenta metros; construído con piedras volcánicas de regulares dimensiones cuenta diez metros de profundidad, y una escalera permite bajar, ya que no hasta el fondo, hasta una especie de balcón cuadrado que antes, en que solía ser mayor el líquido caudal recogido, desaparecía con frecuencia debajo del agua. A semejanza de lo que sucede en la fuente de Medauarah críanse en ésta gran número de peces, y el agua, que en el día apenas alcanza unos dos metros de altura, se escapa hacia las tierras bajas por diferentes hendeduras; antiguamente se elevaba hasta una abertura de desagüe practicada en la parte superior, y corría de este modo por un canalizo que también ha desaparecido en gran parte.

A unos sesenta pasos de este estanque vese una especie de torre redonda de dos altos; en otro tiempo estuvo revestida exteriormente de sillares que han desaparecido todos, quedando solo el cuerpo de mampostería. Dentro de ella mana otra fuente caudalosa, cuya temperatura se eleva á treinta y dos grados centígrados con sabor ligeramente sulfuroso; como la anterior es llamada *Ain-et-Tabighah,* y el agua que brota con gran fuerza en la base de la torre, forma tres riachuelos que daban hace algunos años movimiento á varios molinos. De ellos sólo uno está ahora en servicio. Ni en ésta ni en la otra fuente distínguense restos ni vestigios de población alguna, y por lo mismo se tiene como del todo infundada la opinión del autor (M. Robinson) que fija en estos sitios la villa ó barrio de Bethsaida.

Según la de M. Guerin los dos manantiales conocidos con el nombre de Ain-et-Tabighah han de ser identificados con la fuente de Capharnaum, que es la mencionada por Josefo como la que regaba el distrito de Gennezar, distrito que sin duda ninguna comprendía todo el llano que lleva actualmente el nombre de Rhueir. M. de Saulcy, por el contrario, cree que la fuente de Capharnaum ha de buscarse en la *Ain-el-Madauarah,* y se funda principalmente en abundar en ésta una especie de peces originarios del Nilo y denominados *coracinus* por el autor hebreo, por el cual sabemos se criaban en la de Capharnaum. Por igual motivo otros viajeros, entre ellos M. Robinson, creen ser ésta la Ain-et-Tin; pero entre tantos y discordantes pareceres el de M. Guerin, que es también el del capitán Wilson, ha sido el más generalmente adoptado, y el manantial de Ain-et-Tabighah, que es el más cercano al Tell-Hum donde según todas las probabilidades estuvo situada la antigua Capharnaum, queda hasta ahora en posesión de tal nombre. «Más caudaloso aún que la Ain-Medauarah y la Ain-et-Tin, dice Guerin, y tan rico como éstas en pesca, es más notable que ellas por las grandes obras hidráulicas por medio de las cuales fueron en lo antiguo aprovechadas sus aguas. Aunque no brota en el centro de la llanura como la Ain-Medauarah ni en su extremo nordeste como la Ain-et-Tin, podía, sin embargo, por su posición más elevada, regar por medio de canales mayor extensión de las tierras del distrito.»

A los cuarenta minutos de la Ain-et-Tabighah, andando hacia el nordeste y dejando sucesivamente á la derecha varias pequeñas ensenadas, llégase al *Tell Hum*, nombre



Molino movido por las aguas de la Ain-et-Tabighah, antigua fuente de Capharnaum

con el cual son conocidas unas ruinas que yacen en la playa en una extensión de ochocientos metros á lo largo por cuatrocientos á lo ancho, de lo cual ha de deducirse

que la ciudad que allí existió y estuvo cercada por un muro, arrasado hace mucho tiempo, no sería de grandes proporciones. Destruída casi por completo, llenan hoy el área que ocupó gran número de piedras basálticas de todas dimensiones, unas lanzadas allí, al parecer, por erupciones volcánicas, y procedentes otras de arruinados edificios. Altos azufaifos crecen en medio de espesos cardos, espinos y plantas silvestres, y de cuando en cuando, á lo largo de la playa, mantiénense en pié residuos de bóvedas y de paredones.

Allí, conforme queda dicho, se levantó la ciudad de Capharnaum, en hebreo Caphar-Nahum (villa ó pueblo de Nahum ó del Consuelo), nombre que en el Talmud se convirtió en Kefar-Tanhum y últimamente en el árabigo de Tell-Hum. Capharnaum no es citada ni una sola vez en el Antiguo Testamento; en cambio lo ha sido muchas en el Nuevo, según luego hemos de ver. San Mateo dice de ella que era ciudad marítima en los confines de Zabulón y Neftalí. En su recinto había un puesto militar romano, una oficina para la recaudación de tributos y una sinagoga.

Lo que sobre todo en aquel campo de lúgubres ruinas ha de llamar la atención del viajero son los fundamentos de un magnífico edificio, probablemente una sinagoga, cuyo plan es todavía hasta cierto punto apreciable á pesar de las devastaciones de toda clase de que han sido objeto de algún tiempo acá los preciosos restos de este monumento. De estos residuos, exhumados en el año de 1866 por una comisión inglesa presidida por el capitán Wilson, muchos han sufrido destrucción completa y otros han sido llevados á distintos puntos. Los beduidos que acampan en las cercanías, al ver el interés que daban los viajeros á tan notables ruinas, han imaginado que en ellas se guardaban tesoros, y como no hallaron en los cimientos ni en el suelo, hanlos buscados en los fustes de la coluna, en los capiteles, en los sillares de más rica escultura, mutilándolos y destrozándolos con ciega obstinación, alimentada por insensata codicia. Los habitantes de Tiberíades, por otro lado, han acudido varias veces á este sitio en busca de materiales de construcción, y resultado ha sido que las hermosas ruinas de la sinagoga han disminuído en el día considerablemente y que, si á semejante vandalismo no se pone muy pronto remedio, se buscará en vano dentro de breves años el último resto del venerable edificio.

Orientado de mediodía á norte, como el mayor número de antiguas sinagogas de Palestina mide veintitrés metros á lo largo por diez y siete á lo ancho; las paredes que cerraba este cuadrilátero estaban formadas con piedras calcáreas de bella apariencia y adornábanlas en su parte exterior elegantes pilastras. En la fachada meridional abríanse tres puertas rectangulares; sus jambas, consistentes en magníficos sillares, sostenían un dintel gigantesco, y de todas habían de admirarse las esculturas, representando frutos entrelazados y guirnaldas de flores. El edificio estaba dividido por dentro en cinco naves, separadas una de otra por cuatro hileras de siete colunas calcáreas rematando en capiteles corintios.

Es tenida esta sinagoga por la que, según se expresa en el Evangelio, construyó

el centurión que en la época de Nuestro Señor Jesucristo mandaba la corta guarnición establecida en Capharnaum, centurión que, si bien romano, era muy amante de la nación hebrea. Judaico es, en efecto, todo el carácter del monumento, y si, como todo lo hace creer, no puede señalársele origen posterior á aquel tiempo, es indudable que en aquel recinto resonó más de una vez la divina voz del Mesías explicando los augustos

Ruinas de la sinagoga de Capharnaum, en Tell-Hum

misterios de su doctrina y que aquellas paredes presenciaron muchos de los milagros en la ciudad realizados.

Junto á la fachada oriental de este edificio existen vestigios de otro monumento rectangular, construído igualmente con magníficos sillares calcáreos que contrastan con el sombrío color de las piedras basálticas que los rodean; tuvo tres puertas en la fachada septentrional y una sola en la oriental; como la sinagoga, con la cual no comunicaba, estaba adornado con pilastras á su exterior. Su longitud era de treinta

pasos y de diez y seis su anchura. Aunque de gran antigüedad son estas ruinas de época posterior á la sinagoga, y se cree que pertenecen á la iglesia cristiana que consta haber levantado en Capharnaum el judío converso Josefo con autorización del emperador Constantino. Hasta aquel día había sido aquella ciudad exclusiva morada de judíos, sin que pudiesen cristianos residir en ella. A fines del siglo VI existía aún esta iglesia, pues de ella hace mención Antonino de Plasencia.

Esto es lo principal que hoy queda de Capharnaum, considerada como una segunda patria del Salvador, honrada, al igual que la de su Santísima Madre, con el insigne privilegio de ser apellidada *su ciudad;* de Capharnaum, donde se refugió y vivió después que salió de Nazareth, y que por lo mismo ha adquirido entre los cristianos imperecedera fama. Su triste suerte vaticinó Jesús cuando le dijo: «Y tú, Capharnaum, ¿piensas acaso alzarte hasta el cielo? Dígote que hasta el infierno descenderás, porque si en Sodoma se hubieran hecho los prodigios que en tí han sido obrados, tal vez aún hoy permanecería.» Las olas del mar de Galilea llegan mansamente hasta el pié de las esparcidas ruinas de lúgubre aspecto, y entre ellas balancean su verde follaje árboles y arbustos. Un peregrino del siglo XVI vió allí dos elevadas palmeras; en el día no existen, y los débiles retoños nacidos de sus raíces crecen desmedrados entre cascajo y escombros. De las obras que formarían el puerto ni vestigio resta; de su necrópolis subsisten aún dos sepulcros al extremo septentrional de la ciudad. El uno que hubo de ostentar cierta magnificencia, consiste en un subterráneo dividido con sillares, encerrando en cada una de sus tres estancias varios nichos rectangulares y rematando en un templete del cual sólo quedan escasos resíduos; fué el otro un edificio cuadrado en el que se inhumarían gran número de cadáveres. Si, conforme se ha practicado en el Nínive, se emprendiesen en gran escala en los altillos que han ido formando las ruinas las excavaciones empezadas en el año de 1866, sin duda alguna habría de conseguir la arqueología preciosos descubrimientos.

Un día en que Jesús entraba en Capharnaum se le presentaron unos ancianos para rogarle que sanase á un enfermo que estaba á la muerte, criado del Centurión romano y de él muy estimado.—Hazlo, Señor, le dijeron, pues su amo es de ello merecedor por el gran cariño que á nuestra nación profesa; á él debemos la construcción de nuestra sinagoga.—Yo iré y le sanaré,—les respondió Jesús; pero al dirigirse con ellos á la casa salióle al encuentro el mismo centurión, quien, entre confuso y respetuoso, le dijo:—No te tomes, Señor, este trabajo, que no soy yo digno de que entres en mi casa, y por esto no me atreví á ser yo quien te hablase. Mándalo con tu palabra y mi siervo será sano, pues también yo, aunque hombre sujeto á otro, tengo soldados á mis órdenes, y digo á éste: vé, y vá, y al otro: vén, y viene, y á mi siervo: haz esto, y lo hace.

Maravillado Jesús, volvióse al pueblo que le iba siguiendo, y dijo:—En verdad que ni en Israel he hallado jamás fe tan intensa...—Y volviéndose al Centurión, añadió: —Vé, y como creiste, así te sea otorgado.—Y desde aquel momento el siervo quedó sano.

Pedro, aunque nacido en Bethsaida, tenía su casa en Capharnaum, y en ella fué su suegra curada de violenta fiebre por Jesús al solo contacto de su mano. En aquel sitio se levantó la iglesia que vió en el siglo VI Antonino de Plasencia y cuyas ruinas contempla aún el viajero.

En la oficina de Capharnaum ejercía Mateo su empleo de publicano ó cobrador de tributos cuando Jesús, acertando á pasar por allí, vióle sentado en su banco.—Sígueme,

ANTIGUO PUERTO DE CAPHARNAUM

le dijo; y aquel hombre, tocado de la divina gracia, se levantó, le siguió y fué uno de los doce apóstoles.

Durante lo que puede llamarse su vida pública residió el Salvador habitualmente en Capharnaum; en esta ciudad curó á un paralítico al que cuatro hombres descolgaron, tan grande era el gentío que rodeaba á Jesús, por la abertura que practicaron en el techo de la casa que ocupaba. Un príncipe de la sinagoga ve morir á su hija; conmovido Jesús al mirar su aflicción, toma la mano yerta del cadáver, le manda ponerse en pié, y la niña recobró la vida; la muerte obedeció á la voz omnipotente que le arrancaba su presa. Una infeliz afligida doce años había de un flujo de sangre, tocó su vestidura entre la confusión de la gente, y en el mismo instante se sintió curada. Puede decirse que los milagros se sucedían sin interrupción en esta ciudad privilegiada, y los evange-

listas no se toman el trabajo de enumerarlos: aquella tarde, dicen, le presentaron cuantos padecían algún mal, y todos los que tocaron siquiera la orla de su vestido, quedaron sanos.

La opinión general de los autores, de la que no participa, según sabemos M. de Saulcy, ve en las ruinas llamadas *Kharbet-Kerazeh,* situadas á tres kilómetros de Tell-Hum ó Capharnaum, la antigua Corozain, en conformidad á lo que expresa san Jerónimo, quien dice que una y otra ciudad estaban separadas por la distancia de dos millas. Lo que en ellas llama con preferencia la atención del viajero son los restos de antigua sinagoga la cual, orientada de mediodía á norte, fué construída con hermosas piedras basálticas. En el centro de lo que fué su fachada meridional yace en el suelo magnífico dintel ornado con elegantes esculturas que estuvo un día sobre jambas monolitas, en el día hechas pedazos. Vense á poca distancia tres grandes sillares labrados en forma de caracol marino y cubiertos de graciosas esculturas representando frutos y flores, con los que se adornaría el arco de la puerta principal. El suelo, dentro del recinto del monumento, está sembrado de mutiladas colunas y de capiteles jónicos destrozados.

De la ciudad ó importante villa á que pertenecía esta sinagoga subsisten todavía numerosas cisternas abiertas en la peña y como unas cuarenta casas, parte de ellas aún en pié, algunas de las cuales ofrecen aspecto de gran antigüedad. Su primitivo nombre de Khorazin, en latín Corozain, se conserva fielmente en la denominación arábiga.

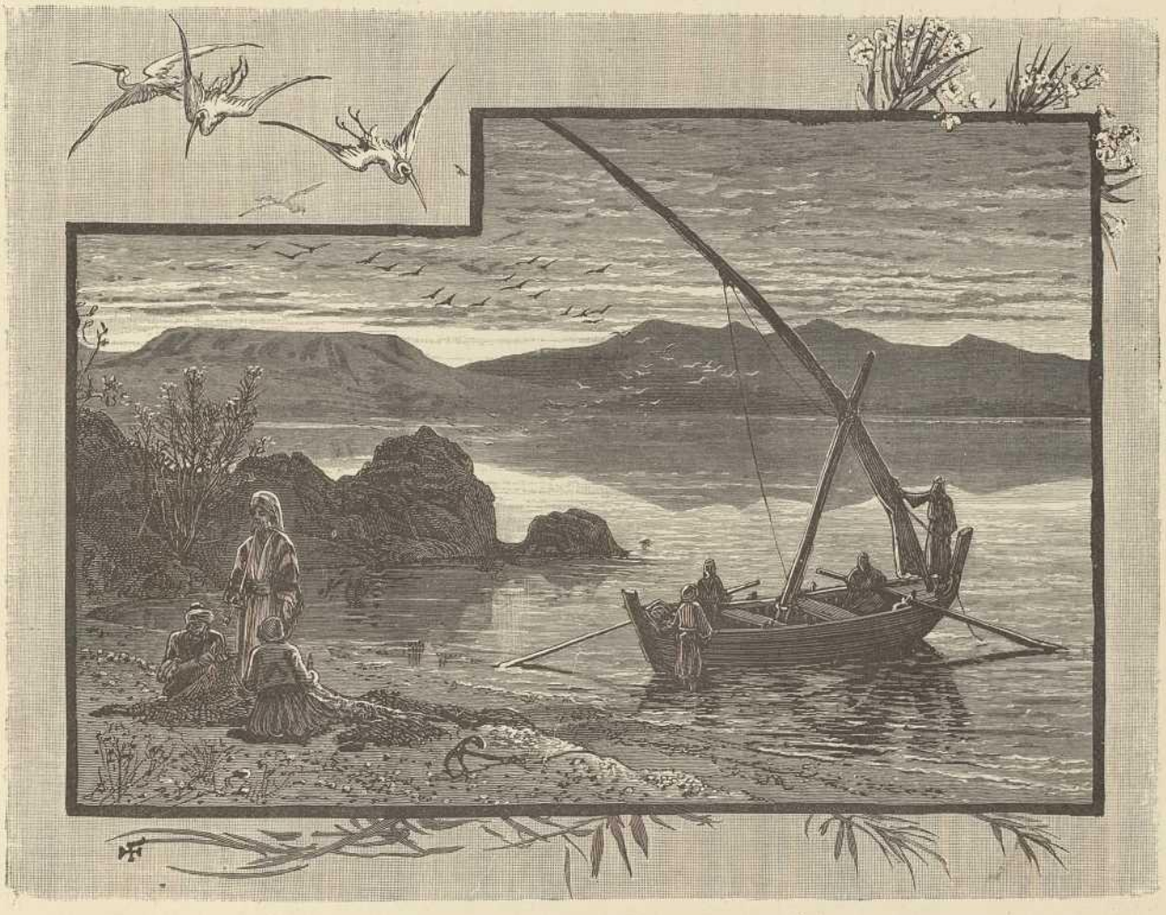
No es esta ciudad citada en el Antiguo Testamento y es mencionada en el Nuevo, junto con Bethsaida y Capharnaum sus vecinas, como objeto de las imprecaciones de Nuestro Señor Jesucristo, conforme antes se ha dicho, lo cual es evidente testimonio de que, al igual que las otras dos, había recibido grandes dones del Salvador y la honra de tenerle en su recinto. Su sinagoga, dice M. Guerin, hubo sin duda de oir más de una vez sus divinas palabras y presenciar sus milagros, y por esto sus ruinas, lo propio que las de la sinagoga de Tell-Hum, han de ser miradas por los cristianos como reliquia de inestimable valor. Este monumento, al igual que el de Tell-Hum, de ningún modo parece ser posterior á Jesucristo, y por lo que toca á Corozain sabemos que se hallaba abandonada y desierta en la época de Eusebio y san Jerónimo; la maldición de Jesús la había dejado ya sin vida.

Siguiendo á M. Guerin indicaremos brevemente las principales ruinas que existen en la opuesta ribera del lago, más allá del Jordán, y empezaremos por detenernos en *Kharbet-et-Tell,* á tres kilómetros y medio al nordeste de la desembocadura del río.

Las ruinas con este nombre llamadas cubren las laderas y la cima de un montecillo que hubo de servir de asiento á una población de cierta importancia; por oriente domina todo el llano de El-Bathihah y es de tradición entre aquellos labradores que allí estuvo situada la capital del distrito. Si así fué, la ciudad está en el día por completo destruída y la ha reemplazado mísera aldea cuyas casuchas de tapia sólo durante el

invierno son habitadas por los beduinos llamados Rhuarna, prefiriendo en primavera y verano la estancia en la tienda ó en chozas de cañas. La aldea sólo ocupa parte de la colina, pero en toda ella se ven diseminados montones de piedras, residuos de casas ó edificios arruinados; acacias, sicomoros y algarrobos extienden sus copas sobre las ruinas.

Al pié del collado, hacia el oeste, mana copiosa y clara fuente, y además dos arroyuelos canalizados y procedentes del Jordán riegan la huerta, que es de proverbial feracidad, aunque muy mal cultivada.



MONTES QUE LIMITAN POR ORIENTE EL LAGO DE TIBERÍADES, VISTOS DESDE EL ANTIGUO PUERTO DE BETHSAIDA DE GALILEA

Estas ruinas de Et-Tell son generalmente tenidas por las de Bethsaida-Julias, ciudad, dice M. Guerin, distinta de la Bethsaida de Galilea de que antes se ha hablado y que fué patria de los apóstoles Pedro, Andrés y Felipe. De la primera hace mención el historiador Josefo en el siguiente pasaje: «Felipe el Tetrarca, hijo de Herodes, fundó á Paneas junto á las fuentes del Jordán y la llamó Cesarea. En cuanto al lugar de Bethsaida, situado en la ribera del lago de Gennezareth, elevólo á la clase de ciudad, aumentando el número de sus moradores y proporcionándole mayores recursos. Dió á esta ciudad el nombre de Julias, en honor de Julia, hija del emperador Agusto.» Lo probable es, observa á esto el citado Guerin, que el lugarejo que fué después ciudad de Julias estaría muy inmediato á la playa, ocupando quizás el punto conocido con el nombre de *Kharbet-et-Aradj*, y que después, al elevarse á ciudad, sin dejar de ser

estación marítima junto al lago, se extendiese en busca de sitio más saludable y menos pantanoso hasta el montecillo de Et-Tell.

Obsérvese que M. de Saulcy y con él algún otro viajero que no reconocen en Khan-el-Minieh las ruinas de la patria de los tres apóstoles sino las de Corozain, no admiten la existencia de dos lugares con el mismo nombre de Bethsaida, y únicamente reconocen la existencia de uno, convertido en la ciudad de Julias por el tetrarca Felipe en el punto en que ahora estamos.

Casi en el centro de la ribera oriental del lago otras ruinas, diseminadas entre frondosa maleza, llevan el nombre de *Kharbet-Kersa;* en las laderas de los inmediatos montes, por el lado del este, ábrense varias cavernas, y por el mediodía se adelanta en continua pendiente hasta pocos pasos de la playa una especie de promontorio. Allí, según tradición constante, se verificó el suceso que narra el Evangelista en estos términos:

«Cuando Jesús hubo pasado de la otra parte del lago á tierra de los Gerasenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados, que salían de las cuevas sepulcrales, fieros en tal manera que nadie podía pasar por aquel camino. Y á gritos le decían: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús, hijo de Dios? ¿Has venido acá á atormentarnos antes de tiempo?

«Por aquellas cercanías andaba paciendo una piara de cerdos, y los demonios dijeron á Jesús: Si nos echas de aquí envíanos á esa piara de cerdos.

»Id, les mandó Jesús, y ellos salieron y se fueron á los cerdos, y en el mismo punto toda la piara emprendió furiosa carrera y por un despeñadero se precipitó en el mar y murieron en las aguas.»

En la tierra de los Gerasenos, habitada en gran parte por griegos en la época de Jesucristo, estuvo situada la población de Gerasa, nombre que reproduce el arábigo de Kersa, pronunciado *Guersa* por los beduinos.

Atiéndase, dice al llegar á este punto M. Guerin, que no ha de confundirse esta Gerasa, villa de escasa importancia, con la gran ciudad del propio nombre, en el día Djerach, de la cual se conservan notables vestigios en el antiguo territorio de Gilead.

A cinco kilómetros al sur de Kharbet-Kersa considerables ruinas á las que se da actualmente el nombre de *Kalat-el-Hasen* (castillo fuerte), merecen particular atención; diseminadas en la meseta superior de un monte casi aislado, que sólo es accesible por estrecha calzada en el lado oriental, la ciudad que un día formaron estaba rodeada de fortificado recinto, destruído hoy en sus tres cuartas partes. Los muros, construídos con piedras basálticas, descansaban en muchos puntos en la peña y tenían por fosos naturales los profundos barrancos del Ued-el-Fik al norte y del Ued-el-Kalah al mediodía, los cuales reúnense á poniente para no formar más que un solo valle por el que serpentea, antes de desaguar en el lago, el riachuelo que viene del primero. La ciudad por aquella fortificación limitada era de ovalado perímetro, y en él llenan el suelo enormes montones de escombros, restos de arruinados edificios, por entre

los cuales salen al aire y al sol silvestres cardos y frondosa maleza, dominados aquí y allí por lozanos terebintos. Atravesaba la ciudad en toda su longitud, es decir, de levante á poniente, una calle principal y como á la mitad de la misma en una plaza adornada de colunas de granito, cuyos fustes yacen por el suelo, existen los residuos de suntuoso monumento construído con magníficos sillares basálticos. Descú-

Límite septentrional del mar de Galilea.—Colina de Et-Tell ó Bethsaida-Julias.—En lontananza el monte Hermón

brense en varios sitios, por poco que se excave el terreno, restos de otros edificios arrasados que tenían igualmente por adorno colunas basálticas, graníticas ó calcáreas

rematadas en capiteles corintios ó jónicos, y diferentes monumentos paganos situados en diversos puntos indican que la población se componía de gentiles tanto como de judíos. Al establecerse el cristianismo, convertiríase, en parte por lo menos, á la religión nueva, pues son aún muy perceptibles los vestigios de una basílica. Todo induce á pensar, dice M. Guerin, que esta ciudad, destruída hoy y desierta, es la famosa de Gamala que, antes de sucumbir á los golpes de Vespasiano, le opuso muy viva resistencia.

Gamala, según el historiador Josefo, estaba situada en la parte superior del lago de Tiberíades, delante de Tarichées, y por consiguiente en la ribera oriental; por el mismo autor se sabe que pertenecía á la Gaulanítides inferior y que ocupaba la meseta superior de un monte de redondeada cumbre, de lo cual procedía el nombre hebreo de Gamala, derivado de *gamal,* camello. Indicaciones son estas en situación y en figura que convienen todas á la eminencia de Kalat-el-Hasen, lo mismo que la de los horribles precipicios de que, según el propio Josefo, estaba la ciudad rodeada.

En los comienzos del gran levantamiento de los judíos contra los romanos, fué Gamala fortificada por Josefo, quien aumentó con gran arte su natural fortaleza. En vano el rey Agrippa que defendía la causa de los conquistadores, quiso apoderarse de la plaza teniéndola sitiada por espacio de siete meses. También Vespasiano fué rechazado en la primera acometida, pero dió nuevo asalto á la llegada de las fuerzas acaudilladas por su hijo Tito, y la ciudad fué rendida á viva fuerza á pesar del heroico denuedo de sus defensores.

Fáltanos solamente visitar en el extremo del sudeste lago las ruinas de Hippos.

En el Talmud de Jerusalén hácese varias veces mención, junto con la de Tiberíades, de una ciudad llamada Susitha, como habitada por gentiles; una y otra, situadas en opuestas riberas, estaban en frecuentes relaciones, y Susitha es, en opinión de los eruditos, lo mismo que Hippos, cuya denominación griega se limita á traducir la hebraica de *sus* (caballo). Sábese, en efecto, que en la época romana constaba principalmente de griegos la población de la ciudad. Comprendida entre las que formaban la Decápolis, fué tomada por Pompeyo á los judíos y cedida luego á Herodes el Grande por Augusto, quedando reunida, acaecido el fallecimiento de aquél, á la provincia de Siria. Al estallar la insurrección contra Roma los judíos se lanzaron á saco por la población; pero á poco los habitantes gentiles tomaron del atropello sangrienta venganza, y no dejaron hebreo con vida. Llegada la época cristiana fué Hippos sede episcopal y han llegado hasta nosotros los nombres de los dos de sus obispos, Pedro y Teodoro, de quienes se sabe haber asistido al conciliábulo de Seleucia en el año de 359 y al concilio de Antioquía en el de 363 el primero, y al concilio de Jerusalén en el de 536 el segundo.

Las ruinas que de Hippos se ven en nuestros días con el nombre de Kharbet-es-Sumra pertenecen á un gran lugar árabe que había ocupado el sitio de la antigua

ciudad, conforme lo atestigua el gran número de piedras basálticas que datando sin duda de muy remota edad, sirvieron para la construcción de casas más modernas, arruinadas actualmente casi todas.

Hippos es mencionada por Josefo como distante unos treinta estadios de Tiberíades, y por Plinio se sabe que aquella ciudad estaba situada al oriente del lago, datos todos que convienen con la posición de las ruinas de Kharbet-es-Sumra.

Desde ellas vese perderse á lo lejos cual línea blanca y sutil entre montañas la antigua vía romana que lleva de Acre á Damasco. Por ella pasa la grande y anual caravana de la Meca, la cual emplea treinta días en recorrer la distancia de Constantinopla á Damasco y cuarenta y siete de Damasco á la Meca. Años hay en que se compone de treinta y cuarenta mil camellos; mil soldados la escoltan, y sin embargo, se han dado casos de haber sido robada por los beduinos.

De las alturas en que ahora estamos domínase un campo de batalla que lo fué de muerte para los cristianos. Ocurrió el hecho en los días del mes de junio del año de 1113, cuando innumerables hordas, procedentes de las riberas del mar Caspio, del Korasan y del país de Mossul, avanzaron por tierras de Siria. Esta vez dejaron en sosiego las ciudades de Edessa y Antioquía, dice el historiador Michaud, y marchando entre Damasco y las regiones fenicias, entre el Líbano y las costas del mar, penetraron en Galilea. Al saber su proximidad acudió con su hueste el rey Balduino I, y encontró al enemigo acampado en una isla formada por dos brazos del Jordán; los cristianos establecieron su campo en los alrededores, y ambos ejércitos, separados por el torrente de Dan, estaban á la vista uno de otro hacía muchos días, cuando Balduino, engañado por un ardid del enemigo, empeñó con desventaja el combate. La hueste cristiana, el reino todo estuvo á punto de perecer, según refieren las crónicas, en la funesta jornada: Balduino corrió inminente peligro; su estandarte fué arrebatado por los enemigos, y los cristianos perdieron treinta caballeros y más de mil y doscientos infantes muertos ó cautivos. Los cadáveres fueron arrojados al lago de Tiberíades; sus aguas quedaron teñidas en sangre, y por espacio de muchos días fué imposible beberlas. Roger de Antioquía y el conde de Trípoli que con sus tropas acudían en auxilio de Balduino, llegaron el día siguiente de la perdida batalla, y reuniendo á los vencidos fueron á ocupar el monte Safed, al paso que la muchedumbre de los turcos ocupaba los valles y se extendía hasta las márgenes del lago. Todo fué devastado en las riberas del Jordán y en los llanos de Galilea, cuyos moradores estaban entonces ocupados en la labor de la siega; por todas partes, dicen los autores contemporáneos, reinaba la desolación, y nadie se atrevía á huir á derecha ni á izquierda por temor de hallar la muerte en el camino. Ignorábase en las ciudades lo que sucedía en el campamento cristiano, y en el campamento lo que pasaba en las ciudades; fué invadido el país de Sichem, Naplusa fué entrada á saco, y Jerusalén, que había quedado sin defensores, cerró sus puertas y temió por algunos días caer de nuevo en poder de los enemigos de Jesucristo. Por fortuna la llegada de refuerzos de Occidente y la discordia que se

introdujo entre las hordas invasoras y después su retirada, devolvieron la seguridad al país de los latinos y por lo mismo á toda esta parte de la Galilea.

Pero tiempo es ya dejar esta tierra de heroicos infortunios, de esplendentes glorias y de estupendos milagros. «¡Oh patria de mi Salvador! exclamó al despedirse de ella un peregrino de los siglos medios; campos tantas veces hollados por sus divinas plantas á pesar del estado de desolación en el que con tristeza os miro, os amo y os venero como jamás he venerado y amado las tierras más opulentas y las ciudades más renombradas.» Todo, en efecto en las riberas del hermoso y sosegado lago, habla á la mente y al alma del divino morador de Capharnaum, y si, conforme hemos visto, reina incertidumbre respecto de la precisa situación de algún lugar, el cuadro que allí la naturaleza ofrece es sin duda ninguna el mismo que en los tiempos de Jesucristo.

La Galilea alta, con sus ciudades, también medio destruídas, cuando no por completo arruinadas, nos espera y solicita de nosotros la enumeración y breve historia de sus lugares más famosos.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DE MATERIAS

Pág.

INTRODUCCIÓN. v

EL SINAI—LA ARABIA PETREA

I

Del Cairo á Suez.—Grandes recuerdos.—Paso del mar Rojo por los israelitas.—El camello.—La península del Sinaí.—Fuentes de Moisés.—El desierto.—El maná.—Inscripciones sinaíticas.—Antigüedades egipcias.—El Uadi-Farán.—Ruinas de Farán.—Josué y los amalecitas.—La peña de Horeb.—El monte Serbal.—Monasterio de Santa Catalina.—El Sinaí.—Tradiciones bíblicas. 1

II

Otra vez el desierto.—Un *ualy* musulmán.—Campamentos de los israelitas.—Isla de Faraón.—Akabah.—Ezión-Gaber.—Cordillera y tierra de Edom.—Petra.—Sus monumentos.—Reinaldo de Chatillon.—Una noche en la ciudad de Petra.—Monte Hor.—Ruinas. 79

JUDEA

I

BERSABE.—Pozos de los patriarcas.—Agar é Ismael.—Recuerdos bíblicos.—Campo Damasceno.—Otras ruinas.—HEBRÓN.—Sus tradiciones é historia.—David y Abner.—La piscina de Hebrón.—Ricardo de Inglaterra y la caravana sarracena.—El Haram.—Sepulcro de los patriarcas.—Los cuatro barrios de Hebrón.—La encina de Abraham.—El valle de Mambré.—Kefr-Bereik.—Cueva de Lot.—La fuente de Engaddi.—Las manzanas de Sodoma.—EL MAR MUERTO.—Abraham y Lot.—Destrucción de Sodoma y Gomorra.—Hipótesis científica sobre la formación del Mar Muerto.—Situación del valle de Siddim y de las ciudades malditas.—Expediciones al Mar Muerto.—Naturaleza de sus aguas.—La estatua de la mujer de Lot.—Ruinas de Masada.—Heroísmo de sus moradores. 105

II

Estanques de Salomón.—La Fuente sellada.—El Jardín cerrado.—Etham.—Bethsur.—Beit-Djibrin (Eleutheró-polis).—Bethzachara.—Beit-Fagur.—Thecua.—Cueva de Odollam.—Montaña de los Francos.—Herodia.—BELÉN.—Basílica de Santa María.—Gruta de la Natividad.—El Pesebre.—Altar de los Reyes Magos.—Altar de San José.—Capilla de los Santos Inocentes.—Gruta de San Jerónimo.—Conventos.—Historia de la basílica.—Hechos históricos y tradicionales.—Los Cruzados en Belén.—Gruta de la leche.—Los Pastores.—Campo de Booz.—Sepulcro de Raquel.—Monasterio de San Elías.—Pozos de David. 144

III

Beit-Djalla.—Fuente de San Felipe.—Monasterio de la Santa Cruz.—Ain-Karim ó SAN JUAN DE LA MONTAÑA.—Santuario de la Natividad de San Juan Bautista.—Santuario de la Visitación.—Cueva de San Juan.—Sepulcro de Santa Isabel.—MONASTERIO DE SAN SABAS.—Otros desiertos.—Los Beduinos.—El río JORDÁN.—Fuente de Elíseo.—JERICÓ.—Paso del Jordán por los israelitas.—Gálgala.—Recuerdos históricos.—Er-Riha.—Montaña de la Cuarentena. 185

IV

Excursión á la orilla izquierda del Jordán.—Aarak-el-Emir.—AMMAN.—Sus admirables ruinas.—HESBAN.—Kharbet-Madeba.—Monte Nebo.—Muerte de Moisés.—Muerte de san Juan Bautista.—Mcaur.—Callirrhoe.—Ruinas de Ma-in.—KERAK.—Vuelta á la orilla derecha del Jordán.—Uady el-Kelt.—Valle de la Bendición.—Adonamim.—Parábola del buen Samaritano.—Fuente de los Apóstoles.—BETHANIA.—Resurrección de Lázaro.—Bethphage.—Neby-Samuil. 226

V

Gabaón.—Gran victoria de Josué.—Bethoron.—Ialo.—Emmaus.—Nicópolis.—Latrun.—Kiriet-el-Anab.—Iglesia de San Jeremías.—Soba.—Kulon.—Valle del Terebinto.—David y Goliat.—Mizpah.—Gibeah de Saul.—Anathoth.—Er-Ram.—Geba.—Mikhmach.—Población.—Ai.—Beerot. 247

JERUSALÉN

I

Pág.

Aspecto general de Jerusalén.—El monte Scopos.—El gran sacerdote Iaddua y Alejandro Magno.—Topografía y clima.—JERUSALÉN CANANEA.—Melchisedech y Abraham.—Los Jebuseos.—Primer recinto de Jerusalén.—JERUSALÉN JUDAICA.—Conquístala David.—Templo de Salomón.—Segundo recinto.—Magníficas obras de aquel rey.—Destrucción del Templo por los caldeos; su reconstrucción por Zorobadel.—Jerusalén en tiempo de Herodes.—El último templo.—La torre Antonia.—Otras obras de Herodes.—Jerusalén en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo. 277

II

Tercer recinto de Jerusalén.—Conclusión de las obras del templo.—JERUSALÉN ROMANA.—El gobernador Gessio Floro.—Escenas de desorden en Jerusalén.—Alzamiento.—Campaña del procónsul Cestio Galo.—Su derrota.—Campañas de Vespasiano.—Situación de Jerusalén.—Tito formaliza el sitio.—Obras de ataque.—Expugna el primero y segundo recinto.—Línea de contravalación.—Hambre.—Toma de la ciudadela Antonia.—Incendio y destrucción del templo.—Ruina de Jerusalén.—Triunfo de Tito.—ÆLIA CAPITOLINA.—JERUSALÉN CRISTIANA.—Santa Helena en Jerusalén.—EL GÓLGOTA Y EL SANTO SEPULCRO.—Autenticidad de los Santos Lugares de Jerusalén.—Invención de la Santa Cruz.—La iglesia de la Resurrección.—Otros santuarios. . . 309

III

JERUSALÉN MUSULMANA.—El califa Omar en Jerusalén.—La piedra *Es-Sakhrah*.—Fundación del Haram-ech-Cherif.—Devastación de los santuarios cristianos.—Sitio y toma de Jerusalén por el ejército de los Cruzados.—JERUSALÉN LATINA.—Restauración de los Santos Lugares.—Sepulcros de los reyes de Jerusalén.—EL CENÁCULO.—Basílica de la Ascensión.—Iglesia de la Asunción.—Iglesia de Santa Ana.—*Templum Domini*.—Los Templarios.—Su gloriosa existencia y su trágico fin.—Caballeros hospitalarios de san Juan de Jerusalén.—Santa María Latina.—Ruinas de lo que fueron edificios de la Orden de San Juan.—Caballeros Teutónicos.—Casa de Simón el Fariseo.—Iglesia de San Pedro.—Los musulmanes recobran la ciudad de Jerusalén.—Suerte que cupo al *Templum Domini* y á la iglesia del Santo Sepulcro. 341

IV

JERUSALÉN EN NUESTROS DÍAS.—Los Padres de San Francisco en Tierra Santa.—Reconstruyen el Cenáculo.—Convento de San Salvador.—*Casa-Nuova*.—Visita á la BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO.—Convento griego de San Abraham.—Fachada de la basílica.—La Piedra de la Unción.—Incendio en el año de 1808.—Protectorado de Francia sobre los Santos Lugares.—Los griegos reparan la basílica.—ROTONDA Y EDÍCULO DEL SANTO SEPULCRO.—Sepulcro de José de Arimatea.—Iglesia griega.—Capilla de Santa Helena.—Capilla de la Invención de la Santa Cruz.—EL CALVARIO.—Altares de la Crucifixión y de la Elevación de la Cruz.—Capilla de Adán.—Conventillo de los Padres franciscanos en la iglesia del Santo Sepulcro.—La espada y las espuelas de Godofredo de Bouillon.—Capilla de la Aparición.—Procesión diaria de los Padres de San Francisco.—El fuego sagrado. 373

V

SITIOS QUE PRESENCIARON LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.—Huerto de Gethsemaní.—Gruta de la Agonía.—La casa de Anás.—La casa de Caifás.—El Pretorio.—La Flagelación.—Arco del Ecce-Homo.—*Vía dolorosa ó Vía crucis*.—El *Lithostrotos ó Gabbatha;* sentencia de Jesús: 1.ª estación.—La *Scala santa:* 2.ª estación.—Jesús cae por primera vez: 3.ª estación.—Encuentro de Jesús con su Santísima Madre: 4.ª estación.—El rico avariento y el mendigo Lázaro.—Simón Cirineo carga con la cruz: 5.ª estación.—Santa Verónica: 6.ª estación.—Puerta Judiciaria y segunda caída: 7.ª estación.—Llanto de las hijas de Jerusalén: 8.ª estación.—Tercera caída: 9.ª estación.—Las demás están incluídas en la basílica del Santo Sepulcro.—EL MONTE DE LOS OLIVOS.—Lugares famosos.—Cumbres de la Ascensión, de *Viri Galilæi* y del *Escándalo*.—Gruta de Santa Pelagia.—Aldea de Siloan.—Fuente de la Virgen María.—Torrente del Cedrón.—*Bir Ayub* (pozo de Job ó de Joab.)—Estanque de Siloé.—Piscina Probática (*Birket-Israil*).—Aguas de Jerusalén.—Cisternas.—*Birket-el-Mamillah*.—Piscina de Ezechias.—*Birket-es-Sultán*.—Otros estanques.—Gruta y piscina de Jeremías.—Monte del Mal Consejo. 395

VI

EL MONTE SIÓN.—*El-Kalaak* (la ciudadela).—Torre de David.—Templo protestante.—Convento armenio.—Iglesia de Santiago.—Chozas de los leprosos.—Deir Neby Daud (convento de David).—EL MONTE MORIAH.—Visita al *Haram-ech-Cherif*.—Muros exteriores.—Plaza de las lágrimas.—La puerta Dorada.—Caballerizas de Salomón.—La KUBBET-ET-SAKHRAH.—Tradiciones musulmanas.—Mezquita de *El-Aksa*.—Otros santuarios. . . 427

VII

Antiguas necrópolis de Jerusalén.—SEPULCROS DE DAVID Y SALOMÓN.—PANTEÓN DE LOS REYES.—Panteón de los jueces.—Panteón de los profetas.—EL VALLE DE JOSAFAT.—Sepulcro de Absalón.—Sepulcro de Josafat.—

Pág.

Sepulcro de Santiago el Menor.—Sepulcro de Zacarías.—El valle de Hinnom.—Sepulcro de Anás.—*Hakeldama*.—Otros sepulcros.—Sepulcro de Helena, reina de Adiabenes.—Sepulcros del sumo sacerdote Juan y de Alejandro Janneo.—Osarios judaicos.—Sepulturas musulmanas.—Cementerios cristianos. 449

VIII

Murallas de Jerusalén.—Sus puertas.—Calles principales.—Casas.—Bazares.—Barrios de Jerusalén.—La comunión latina.—Los Padres de Tierra Santa.—Restablecimiento del patriarcado de Jerusalén.—Monseñor Valerga.—Sus fundaciones.—El actual Patriarca.—Griegos cismáticos.—Armenios.—Jacobitas ó sirios.—Coftos.—Abisinios ó Etíopes.—Protestantes.—Barrio judío.—Barrio musulmán.—Hospital de Santa Helena.—Observaciones sobre la ciudad de Jerusalén. 468

SAMARIA

I

Bethel.—La escala de Jacob.—Rimmun.—Thayabeh, ó sea la antigua Efrem.—Djifna.—Silo.—Lebben.—Otros lugares.—El valle de la Makna.—Las doce tribus de Israel renuevan la divina alianza.—El pozo de Jacob.—Jesús y la Samaritana.—Sepulcro de Josef.—Naplusa.—Su historia.—Sichem y los samaritanos.—Estado actual de la ciudad.—Su población.—Sus principales monumentos. 493

II

El monte Garizim.—Ruinas que existen en su cumbre.—El monte Ebal.—Sus ruinas.—Salém.—Samaria ó Sebaste, hoy Sebastieh.—Iglesia y sepulcro de San Juan Bautista.—Columnata.—Ruinas.—Fundación é historia de Samaria.—Sanur (Bhetulia).—Judith y Holofornes.—Dothain. 518

GALILEA BAJA

I

Djenin (antiguamente En-Gannim).—La llanura de Esdrelón.—Victoria de Gedeón.—Batalla del Thabor.—La Sierra de Gelboé.—Muerte de Saul y de sus hijos.—Zerain ó Jezrael.—La viña de Naboth.—Trágico fin de la reina Jezabel y de la familia de Achab.—Ain-el-Djalud.—Saladino y Guy de Lusignan en la fuente Tubania.—Bethsan.—Taanak.—Ledjun, Legío ó Meggiddo.—Hadad-Rimmom.—Sulem.—El Pequeño Hermon.—Naim.—El hijo de la viuda.—En-dor.—La profetisa Débora.—Muerte de Sísara.—Los Cruzados en las márgenes del Kison.—Iksal.—Yafa.—A la vista de Nazareth. 537

II

Nazareth.—Su aspecto general.—Una página del poeta Lamartine.—Historia de la ciudad.—Recuerdos de las Cruzadas.—Gloriosa muerte del mariscal del Temple Santiago de Maillé.—El sultán Bibars en Nazareth.—Llegan á la ciudad los Padres de San Francisco.—Situación de Nazareth.—Barrios que forman la ciudad.—Su población.—Santuario de la Anunciación.—Casa de Loreto.—La iglesia de la Encarnación.—El Convento de Padres franciscanos.—Taller de san José.—*Mensa Cristi*.—La sinagoga.—Monte del Precipicio.—Djebel es-Sikh.—Las Damas de Nazareth.—Los protestantes.—La iglesia de los griegos cismáticos.—Fuente de María.—La mezquita. 563

III

Seffurieh ó la antigua Sephoris.—Sus ruinas.—Iglesia de San Joaquín y Santa Ana.—Historia de la ciudad.—Ain-Seffurieh.—Campamento del ejército cruzado.—El Monte Thabor.—Su historia.—La Transfiguración del Señor.—Ruinas.—Convento griego de San Elías.—Capilla de San Salvador.—Convento latino.—Grandioso panorama.—Daburieh.—Reineh.—El Mechhed.—Sepulcro del profeta Jonás.—Caná.—Primer milagro de Nuestro Señor Jesucristo.—Ruinas.—Fuente de Kefr-Kenna.—Otros lugares.—Campo de las espigas.—Chefa-Amer.—Jotapata.—Khan et-Tudjar.—Kefr-Sabt. 581

IV

El lago de Tiberíades.—Recuerdos evangélicos.—Thabarieh, la antigua Tiberíades.—Terremoto.—Historia de la ciudad.—Su fundación.—Famoso combate naval.—La escuela talmúdica.—Institución del primado de san Pedro.—La ciudad en la época cristiana.—Su conquista por los musulmanes.—Su estado actual.—Ruinas.—Baños termales de Emmaus.—La antigua Sennabris.—Ruinas de Tarichées.—Medjel (Magdala).—Arbela.—*Korun-Hattin ó Hittin*.—El sermón de la Montaña.—Batalla de Hittin ó de Tiberíades.—Milagro de la multiplicación de los panes.—Ued-el-Hamam.—La antigua Kinnereth.—El Khan-el-Minieh.—Bethsaida occidental.—*Ain-Tubigha*.—Capharnaum.—Antigua sinagoga.—Iglesia arruinada.—Memorias evangélicas.—Corozain.—Bethsaida-Julias.—*Karbet-Kersa* (Gerasa).—*Kalat-el-Hasen* (Gamala).—Hippos.—Recuerdo de las Cruzadas. 604

ÍNDICE

DE LAS LAMINAS EN ACERO

TOMO PRIMERO

	Pág.
Portada.	2
Desfiladero de Shoeib.—Valle de Jethró.	62
Iglesia de la Natividad en Belén.	168
El llano de Jericó tomado del oeste.	222
Jerusalén desde el monte Scopus.	282
El monte de los Olivos desde el monte Sión.	426
El valle de Nazareth.	562
El mar de Galilea desde las alturas de Safed.	606

LA TIERRA SANTA

TOMO I

9891

SALVATELLA BARCELONA